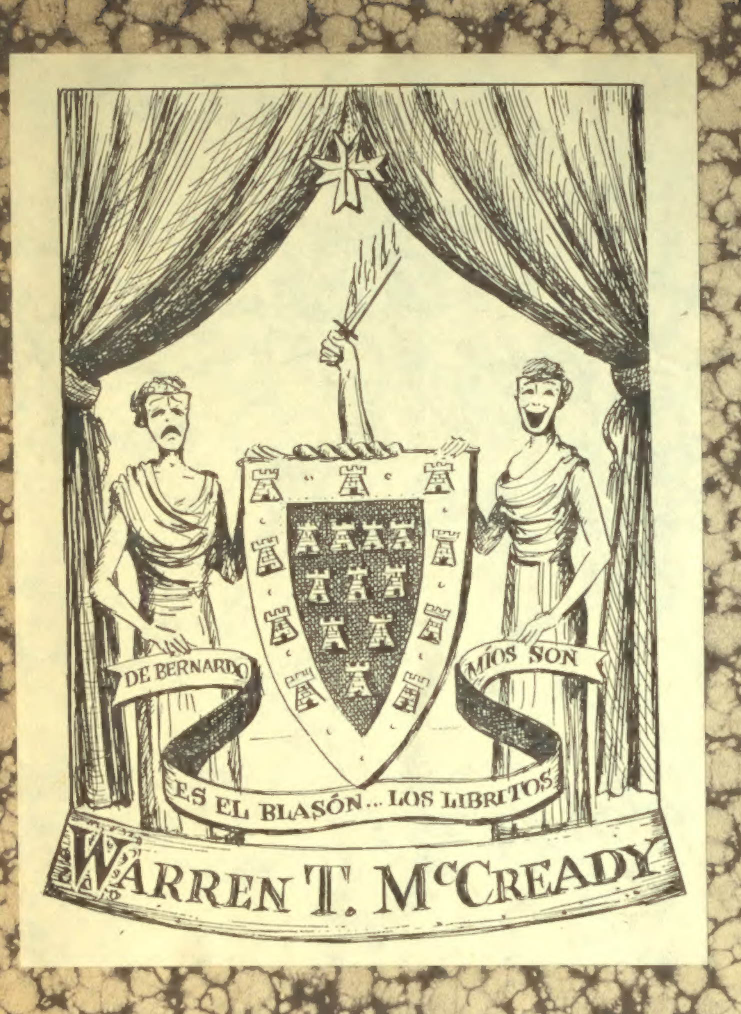



DE BERNARDO
MÍOS SON
ES EL BLASÓN... LOS LIBRITOS
WARREN T. McCREADY



OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Tomo XII

CRÓNICAS Y LEYENDAS DRAMÁTICAS DE ESPAÑA

SEXTA SECCIÓN



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
PASEO DE SAN VICENTE, NÚMERO 20

1901

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

XII

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO XII

CRÓNICAS Y LEYENDAS DRAMÁTICAS DE ESPAÑA

SEXTA SECCIÓN



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
PASEO DE SAN VICENTE, NÚMERO 20

1901

EJEMPLAR NÚM. 474

CRÓNICAS Y LEYENDAS DRAMÁTICAS DE ESPAÑA

SEXTA SECCION



OBSERVACIONES PRELIMINARES

OBSERVACIONES PRELIMINARES.

I.—LA SERRANA DE LA VERA.

Comedia citada en la primera lista de *El Peregrino*, y, por consiguiente, anterior á 1603; fecha que conviene tener presente por lo que advertiremos luego. Impresa en la *Parte séptima* del Teatro de Lope. (Madrid, 1617: reimpresa el mismo año en Barcelona.)

Fúndase esta pieza en una célebre tradición extremeña, cantada en romances, de que todavía queda alguna reliquia en la tradición oral, y cuyo texto completo fué recogido en un precioso librillo de fines del siglo XVII, lleno de curiosidades históricas y de lozanas descripciones, aunque no enteramente original en sus mejores páginas (1). Titúlase *Amenidades, florestas y recreos de la provincia de la Vera Alta y Baja en la Extremadura* (2), y fué su autor D. Gabriel Azedo de la Be-

---

(1) La galana descripción de los arbolados y frutas de la Vera, que es uno de los mejores trozos de esta obrita, está tomada casi al pie de la letra de otra de Fr. Gabriel de Talavera en su *Historia de Guadalupe* (Toledo, 1587), según hizo notar D. Vicente Barrantes en su *Aparato bibliográfico para la historia de Extremadura* (III, 130). Es posible que iguales plagios haya en otras partes del libro, que está mejor escrito de lo que era costumbre en tiempo de Azedo.

(2) *Amenidades, florestas y recreos de la Provincia de la Vera Alta y Baja, en la Extremadura. Con un tratado de la retirada que muchos Santos Pontífices y otros Prelados y Santos Diáconos del Andalucía y de otras partes, hicieron á las sierras de la Vera, huyendo de la persecucion de los Moros; y otro tratado de cómo los Griegos entraron en España; y de muchos hechos heroicos y de valor que algunos hijos desta Provincia han obrado en servicio de sus Reyes, y de otros Varones ilustres, así en armas como en letras, que ha procreado, y salen cada dia desta dilatada Provincia de la Extremadura. Compuesto por D. Gabriel Azedo de la Berrueza, natural de la villa de Jarandilla. Al muy noble y esclarecido caballero D. Diego de Azedo y Albizu, Señor del Palacio y Torre de Azedo en Navarra. Con Privilegio. En Madrid. Por Andrés García de la Iglesia. Año de* 1667.

Siendo rarísima esta primera edición, se ha publicado una segunda y muy elegante en Sevilla (Imp. de E. Rasco, 1891), á expensas del Duque de T'Serclaes Tilly, á quien, lo mismo que á su hermano, el Marqués de Jerez de los Caballeros, y á otros bibliófilos de aquella insigne ciudad, se debe el haber hecho accesibles muchas curiosidades de nuestra antigua literatura.

rrueza, natural del lugar de Jarandilla. Trata por entero el capítulo XX «del valeroso y determinado ánimo de la Serrana de la Vera», y conviene transcribirle, por ser pieza capital en este proceso:

«No paran solamente en los hombres los esforzados ánimos de los extremeños, sino que tambien pasan y se ven en los arrojos de las varoniles mujeres, de quienes podia contar muchos y muy grandes sucesos; mas por ahora me contentaré el hacer una breve mencion de aquella, más que varonil, mujer de la fama, nombrada por todo el mundo la Serrana de la Vera, *pues apenas hay persona que no cante el antiguo romance de su historia.* Fué, pues, esta determinada Serrana, natural de Garganta la Olla, lugar bien conocido en la Vera de Plasencia, y hija de muy honrados padres, que no los nombro por no ser al caso; queríanla mucho y la estimaban, porque además de ser hija era muy hermosa, y tenia muchas partes naturales para ser querida y estimada de todos; y todos los que la miraban quedaban rendidos á su mucha hermosura, gentileza y gallardía. Puso los ojos esta bella serrana en un alentado joven, natural de su mismo lugar, con quien ella en sus niñeces se habia criado, y conociendo los padres el empeño en que su hija estaba, trataron divertirla por otro camino, proponiéndola un casamiento, al parecer, conforme á su calidad y estado, y que estaba bien á todos. Mas como ya ella tenia puesta la voluntad y rendido el corazon al otro, y sus pasiones no la daban sosiego, determinóse y dijo á sus padres que no habia de ser otro su esposo sino aquel á quien ella ya tenia más que rendida su voluntad; y viendo la repugnancia que los padres hacian en darla gusto, porque les parecía no convenir, determinóse y como desesperada se salió de casa de sus padres y se fué, como perdida, á habitar entre las fieras que esconde la grande fragosidad de aquellas altas y empinadas sierras. ¿Qué no hará una mujer picada del apetito de su gusto, y qué arrojos no emprenderá, aunque sea con desdoro de su misma reputacion? Viase sola en los montes; turbábanla confusiones; y aunque estuvo mucho tiempo entre aquellas asperezas, ya el pundonor, ó por mejor decir la vergüenza, la detenía para no volver á casa de sus padres (que cuando una determinacion no es buena, ella misma se pone en peligros de desesperacion); confundíanla pensamientos, y el demonio, que en tales ocasiones nunca duerme, la atizaba, y más en la soledad, que es adonde el enemigo procura siempre hacer la mayor batería y más cruda guerra. Era, además de ser hermosa por extremo, de alentado ánimo, briosa, esforzada y valiente más que los valientes. Dió esta hermosísima serrana, habitadora de los montes, en salirse á los caminos con una flecha al hombro y una honda en la mano, que eran las armas de que ella usaba y con que mataba caza para comer y sustentarse. Salteaba, como digo, en los caminos á todos los pasajeros y caminantes que encontraba, y si no querían ir de grado y de su voluntad, los llevaba por fuerza á su cueva, que habia hecho al pie de un alto y eminente escollo para su descanso y abrigo, y allí les quitaba lo que llevaban. Entreteníalos el tiempo que le parecía, haciéndoles perder el miedo, y regalándolos lo mejor que podia con perdices y conejos que cazaba. Era grande tiradora de barra, y á los que veía que eran alentados hacia que tirasen con ella, y ninguno la ganó; y hoy se está arrojada en

aquel suelo la piedra con que tiraba, que apenas los que la ven se pueden persuadir á que hubiese mujer que tirase con ella por lo grande y pesado que tiene; y hoy aquel puesto, en memoria del caso, se llama el Tiro de la Serrana. Despues de estos y otros muchos entrenimientos que con los pasajeros tenia, hacia que tuviesen sus gustos y deleites con ella; y despues, por no ser conocida ni descubierta, les quitaba las vidas; de que tenia entre aquellos cóncavos de aquellos encumbrados y eminentes montes y espesuras muchas hacinas de hombres muertos, que las aves destrozaban con sus picos y los brutos saciaban y satisfacían su hambriento apetito. Esta es, en suma, la historia de la Serrana de la Vera, con este *antiguo romance*, que lo declara mejor:

Allá en Garganta la Olla, — en la Vera de Plasencia,
Salteóme una serrana — blanca, rubia, ojimorena.
Trae el cabello trenzado — debajo de una montera,
Y porque no la estorbara, — muy corta la faldamenta.
Entre los montes andaba — de una en otra ribera,
Con una honda en sus manos, — y en sus hombros una flecha.
Tomárame por la mano — y me llevara á su cueva;
Por el camino que iba, — tantas de las cruces viera.
Atrevíme y preguntéle — qué cruces eran aquéllas,
Y me responde diciendo — que de hombres que muerto hubiera.
Esto me responde, y dice — como entre medio risueña:
«Y así haré de ti, cuitado, — cuando mi voluntad sea.»
Dióme yesca y pedernal — para que lumbre encendiera,
Y mientras que la encendí, — aliña una grande cena.
De perdices y conejos — su pretina saca llena,
Y despues de haber cenado — me dice: «Cierre la puerta.»
Hago como que la cierro, — y la dejé entreabierta;
Desnudóse y desnudéme, — y me hace acostar con ella.
Cansada de sus deleites, — muy bien dormida se queda,
Y en sintiéndola dormida, — sálgome la puerta afuera.
Los zapatos en la mano — llevo porque no me sienta,
Y poco á poco me salgo, — y camino á la ligera.
Más de una legua habia andado — sin revolver la cabeza,
Y cuando mal me pensé, — yo la cabeza volviera,
Y en esto la vi venir — bramando como una fiera,
Saltando de canto en canto, — brincando de peña en peña.
«Aguarda, me dice, aguarda; — espera, mancebo, espera;
Me llevarás una carta — escrita para mi tierra;
Toma, llévala á mi padre; — dirásle que quedo buena.»
«Enviadla vos con otro, — ó sed vos la mensajera.»

Trae, además, Azedo esta otra variante, mucho menos popular y de peor estilo, con algunos rasgos amanerados y conceptuosos que indican ser ya de muy entrado el siglo XVII: imitación del romance anterior hecha por algún poeta culto que pretendió mejorarle. Acaso será del mismo Azedo, porque en algunas frases coincide

con su prosa, y él también versificaba, como aparece por otros romances insertos en su libro:

Allá en Garganta la Olla, —en la Vera de Plasencia,
Salteóme una serrana — blanca, rubia, ojimorena.
Rebozada caperuza — lleva, porque así cubierta,
Su rostro nadie la viese — ni della tuviese señas.
Á lo galante el vestido, — con tanta gala y destreza,
Las basquiñas enfaldadas, — montes sube y montes trepa.
Sus cabellos destrenzados, — con los arcos de sus cejas
Flechas arrojan al aire, — y el aire las flechas vuela.
Sus hermosos ojos negros — saltean como ella mesma,
Pues si ella quita las vidas, — ellos matan y dan penas.
Con una flecha en sus hombros, — saltando de breña en breña,
Salteaba en los caminos — los pasajeros que encuentra.
Á su cueva los llevaba, — y despues de estar en ella
Hacia que la gozasen, — si no de grado, por fuerza;
Y despues de todo aquesto, — usando de su fiereza,
Á cuchillo los pasaba — porque no la descubrieran.
Muchas hacinas de muertos — se hallaban por allí cerca,
Ya de brutos destrozados, — y ya comidos de fieras.
Nunca las fieras temió; — antes, como si lo fuera,
Por reina entre ellas mismas — la levantan y respetan.
Con una piedra á la barra — tiraba con tal destreza,
Que ninguno la ganó, — por muy tirador que fuera.
Era muy grande y pesada, — que sólo para moverla
Aun parecía imposible, — cuando á ella muy ligera.
De su casa se salió — y habitó en aquellas sierras,
Sólo por no la dar gusto — en un empeño que intenta:
Quiso casarse con quien — sus padres se lo reprueban,
Y como desesperada — se fué á vivir con las fieras.

El primitivo romance de *La Serrana* puede considerarse como de transición entre los populares y los vulgares, y tiene la curiosidad de ser una de las más antiguas canciones de bandidos y facinerosos, género que abundó luego lastimosamente en la poesía vulgar, así de Castilla como de Cataluña. Hay trozos de esta canción en todas las obras dramáticas que tratan de la Serrana y que mencionaremos después; pero su forma primitiva no parece haber sido la de romance, sino la de villanesca ó serranilla, al modo de las del Arcipreste de Hita y del Marqués de Santillana; y quizá no tuvo al principio la leyenda el carácter feroz y vindicativo que adquirió después, sino más bien otro puramente picaresco y amatorio. El tipo que tenemos por más antiguo y genuino es éste que nos ha conservado Lope en una de las escenas del acto tercero de su comedia:

Salteóme la Serrana
Junto al pie de la cabaña.
La Serrana de la Vera,

Ojigarza, rubia y branca,
Que un robre á brazos arranca,
Tan hermosa como fiera,
Viniendo de Talavera
Me salteó en la montaña,
Junto al pie de la cabaña.
Yendo desapercibido
Me dijo desde un otero:
«Dios os guarde, caballero.»
Yo dije: «Bien seáis venido.»
Luchando á brazo partido,
Rendíme á su fuerza extraña
Junto al pie de la cabaña.

De la popularidad y difusión de los romances no puede dudarse. Nos consta que en la Extremadura Alta se cantan todavía, aunque muy degenerados. «Aun hoy (dice el Sr. Barrantes) en las noches de invierno, al amor de la lumbre, donde salta la castaña y chirría en el asador la carne de jabalí, los cantan á sus nietos algunos ancianos de la Vera» (1). En la misma ciudad de Plasencia se ha recogido una variante (2). Y lo más singular es que se los encuentra también en la montaña de Cataluña, donde se cantan, como otros muchos, en una jerga mixta de catalán y castellano. El Dr. Milá y Fontanals recogió hasta cinco versiones, de las cuales sólo pondremos la más completa, tomándola de su *Romancerillo catalán*, donde tiene el núm. 259:

Á la montaña de Oro, — allí dentro de una cueva,
N' hi habia una serrana — blanca y *rossa*, y no es morena.
Trae el cabello crespado — y con una rica trenza.
Cuando quiere hallar un hombre, — ya se va por la ribera.
Veu vení un gallardo mozo: — «Gallardo mozo, detente.»
S'en prenen mano *per* mano — y *s' en* van *dalt* de la cueva;
La cueva *n' era voltada* — de cabezas de hombres muertos:
«Son los hombres que yo he muerto — allí *baix* á la ribera;
Lo mismo será de ti — cuando mi voluntad fuera.....»
De *tants* besos y *abrassadas* — la serrana *s'en* aduerme;
Yo me *vuy* á poco á poco, — yo me *vuy* apartar de ella.
Siete leguas caminaba — *sense girarme enderrera.*
Ya *veig vení* la serrana; — venia tota correnta,
Ab un perro al costado — que *feya mes pó* que ella.
«Detente, gallardo mozo; — gallardo mozo, detente,
Que *t'en vuy doná* una carta — *per* la *gent* de la ribera;

(1) *Narraciones extremeñas, por D. V. Barrantes.* Madrid, 1872; t. 1, pág. 14.

(2) La inserta D. Alejandro Matías Gil en su libro *Las siete centurias de la ciudad de Alfonso VIII. Recuerdos históricos de la M. N. y M. L. ciudad de Plasencia en Extremadura desde los tiempos de su fundación hasta el presente siglo.* (Plasencia, 1877.)

Si no *l' escrich* de mi sangre, — ya *l' escriuré* de la teva.»
«No *pot* ser, linda serrana, — que yo ya seré *á* mi tierra.»
«¡Ay *trista* de mí, *mes trista*; — ahora seré descubierta!»
De tanta rabia y malicia, — la serrana se *reventa*.

En otras variantes, en vez de la montaña de *Oro* se dice la de *Orís* y la de Urp; en algunas se menciona la ciudad de Valencia, y en dos la de Clemencia, por corrupción del nombre de Plasencia, que debe de ser poco familiar al vulgo catalán. El traje de la Serrana ha ido también modernizándose y cada vez resulta más prosaico:

Lleva chaqueta encarnada — y *hermilla* de seda buena;
Los pantalones de paño, — voltados de anticuelas;
Los calzones con torcidos, — chavalga (?) con chivallero (?).

Lope la presentaba en el teatro con «capote de faldas, faldon de pellejo de tigre y montera de lo mismo, zapato y polaina, espada en tahalí y arcabuz». Luis Vélez de Guevara, «vestida á lo serrano, de mujer, con sayuelo y muchas patenas, el cabello tendido, y una montera con plumas, y un cuchillo de monte al lado; botín argentado y puesta una escopeta debajo del caparazon del caballo».

¿Tiene algún fundamento histórico esta leyenda? Todo induce á creer que sí. Por historia verdadera la dió el autor de las *Amenidades*, aunque sin determinar la fecha. En esto difieren también los poetas dramáticos, puesto que Luis Vélez de Guevara coloca la acción en tiempo de los Reyes Católicos, poco después de la muerte del príncipe D. Juan, y Lope la trae al reinado de Carlos V. Tampoco en la calidad de la Serrana ni en su patria concuerdan. Lope la hace noble, y de Plasencia, Vélez de Guevara villana, y de Garganta la Olla, que dista de Plasencia ocho leguas, distancia que en otra parte sería de consideración, pero que no lo parece tanto en la inmensa y despoblada Extremadura. Así el cronista, como los poetas, ocultan por buenos respetos el nombre de la heroína, que al parecer feneció su mala vida en la horca, pero ambos dramaturgos indican más ó menos descubiertamente el apellido del novio ó amante de la Serrana, que dió ocasión á su fuga á los montes, llamándole Vélez el capitán D. Lucas de *Carvajal*, y declarando Lope que era *sobrino de un obispo ya difunto*, que, según buena inducción del Sr. Barrantes, pudo ser el obispo de Plasencia D. Gutierre de Vargas y *Carvajal*, tan digno de memoria por su piadosa esplendidez y grandes fundaciones, de que guarda Madrid en la iglesia de San Andrés insigne muestra. Un erudito investigador placentino, D. Vicente Paredes, que actualmente trabaja sobre esta materia, y nos ha favorecido con muy curiosas noticias, cree haber descubierto el verdadero nombre de la Serrana, que, en su concepto, fué D.ª María de Zúñiga, hija natural del duque de Béjar D. Alvaro, segundo de este nombre.

La tradición de *La Serrana* ha dado tema, por lo menos, á cuatro obras dramáticas, que son por este orden: la presente comedia de Lope de Vega; otra con el mismo título de Luis Vélez de Guevara; *La Serrana de Plasencia*, auto sacramental del maestro José de Valdivielso; y *La Serrana Bandolera*, comedia anónima

é inédita, cuyo autor, á juzgar por su estilo, debió de florecer en los últimos años del siglo XVII. Comenzaremos por la de Lope que es la más antigua de todas y la que más particularmente nos incumbe.

El asunto de la Serrana tenía todas las condiciones necesarias para fructificar en manos de Lope: una base popular, un carácter de mujer original y extraño hasta lo sumo. De esta manera la describe en la primera jornada:

Es un poco robusta de persona,
Pero hermosa y gentil, que más bizarra
No la hay desde París á Barcelona,
Ni desde Transilvania hasta Navarra.
Es una nueva Hipólita amazona;
Juega las armas, tira bien la barra,
Y con el arcabuz, sin verse cómo,
Pasa desde la vista al blanco el plomo.
Sube á caballo, y con las fuertes piernas
De tal manera los talones bate,
Que menos tú le riges y gobiernas
Con el duro bocado y acicate.
Tiene obras graves y palabras tiernas
Con que apenas hay vida que no mate;
Para nieve, en efecto, era extremada,
Porque es muy blanca y en extremo helada.
Los hombres estimó toda su vida
Por cosa de vil precio y accesoria;
Pero esta nieve y piedra, enternecida
Hoy ha dado al amor rica victoria.

El drama está muy cargado de acción, como todos los de la primera manera de Lope, y abunda en escenas episódicas que embrollan sin fruto la fábula principal: amoríos, celos y competencias de personajes subalternos, recursos teatrales tan toscos como el de sacar un león á la escena; artificio que ya había empleado el bachiller Sebastián Fernández para desenlazar su *Tragedia Policiana*. Pero tan graves defectos, nacidos de cándida inexperiencia ó de culpable desaliño, no empañan el mérito esencial de esta obra, que consiste, como siempre, en la viva y gráfica representación, tal que se confunde con la realidad misma, en la psicología espontánea y adivinatoria, en el vigoroso instinto de las situaciones dramáticas, en la expresión, precisa y justa casi siempre, en la compenetración de la poesía tradicional con la inventada, en el ambiente local, que aquí es el de las sierras de la alta Extremadura, tan bien sentidas por Lope como la llanura manchega ó los verjeles de Valencia ó las tibias noches á orillas del Guadalquivir. Fíjese la atención en el lindísimo cuadro de la feria de Plasencia (1) con que se abre el primer acto; en el diálogo, tan

(1) «Hácense en ella dos ferias cada año (dice D. Gabriel Azedo): la primera, día de San Andrés, á los 30 de Noviembre, donde se junta innumerable cantidad de ganado vacuno,

lleno de bizarría y despejo, de las tres rebozadas serranas (1); en las rivalidades, bandos y pendencias de los hidalgos de lugar, y sobre todo en las escenas en que interviene la fiera doncella, que es una de las excelentes creaciones femeninas de Lope. Con un gran sentido de delicadeza artística, el poeta modifica la brutal leyenda; prescinde del curioso misterio fisiológico que entraña; deja intacta la honra de Leonarda, y la presenta casta y enamorada, pero bravía, montaraz, iracunda, vengativa y celosa, hasta que toca los límites de la desesperación y del delirio. ¡Con qué brío, franqueza y resolución está escrita la escena de su despedida de la casa, de su partida para el monte! No hay palabra que huelgue:

LEONARDA.
¡Hola!
AVENDAÑO.
Señora....
LEONARDA.
¿Está ya
Ensillado el *Andaluz*?
AVENDAÑO.
Sentido está de la cruz.
LEONARDA.
¿Puede salir?
AVENDAÑO.
No podrá.
LEONARDA.
¿Y el *Rosillo*?
AVENDAÑO.
Está clavado.
LEONARDA.
Pues ¿qué ensillan?
AVENDAÑO.
El *Tordillo*.
LEONARDA.
¿Con qué aderezo?
AVENDAÑO.
Amarillo
Sobre cuero de venado.
LEONARDA.
Dame, Avendaño, la espada.

---

merino y de cerda, sin las muchas tiendas de platería, sedas y paños, con otras muchas cosas diferentes, que hermosean las plazas y calles de la ciudad.» Esta es la que describe Lope.

(1) También aquí el libro de las *Amenidades* puede servir de muy lindo comentario á los versos de Lope: «Son, pues, hermosas por extremo las veratas, de mucha gallardía, donaire y gentileza; son entendidas, briosas y dispuestas, buenos talles, cabos negros, y blancas todas como la blanca nieve, y sobre todo honestas y recatadas, que es el realce de la mayor hermosura; y sus claveles y rosas son del campo, y no de tienda.»

AVENDAÑO.
Cuchillo de monte había.
LEONARDA.
No es, Avendaño, este día
Para guarnición dorada.....
AVENDAÑO.
Toma estribo.
LEONARDA.
¿Qué es tomar?
¿Será nueva maravilla
Subir sin él?
AVENDAÑO.
¡Gran blasón!
LEONARDA.
Basta que toque el arzón
Para ponerme en la silla.

D. Luis, el hermano de la Serrana.

DON LUIS.
Espera.
LEONARDA.
No puedo más.
DON LUIS.
Óyeme.
AVENDAÑO.
¡Cólera fiera!
DON LUIS.
Veréte partir siquiera
LEONARDA.
¡Adiós, casa!
DON LUIS.
¡Al fin te vas!

Su naturaleza selvática y feroz se va acentuando con las caricias del viento de la sierra, y cuando se cree definitivamente abandonada por su prometido esposo, rompe en estas feroces imprecaciones:

Claro cielo, sol hermoso,
Agua, viento, fuego y tierra,
Verdes enebros armados,
Pardos riscos, blancas peñas,
Murmuradores arroyos,
De mis lastimosas quejas
Ecos, que las vais doblando
Con las sílabas postreras:
Á todos, como testigos
De mi voluntad sin fuerzas,

Hago juramento y voto
De no volver á Plasencia;
De vivir entre estos montes
En las más cóncavas cuevas,
Entre los silvestres gamos
Y entre las cabras montesas;
De aborrecer á los hombres
Y de tratar con las fieras;
De salir á los caminos
Y hacerles notable ofensa;
De matar y de herir tantos,
Que haya por aquestas cuevas
Tantas cruces como matas,
Tanta sangre como adelfas;
De vestir de sus despojos,
Y de ser en esta sierra
Una esfinge más cruel
Que la que escriben de Tebas.

El arrepentido galán se entrega también á la vida salvaje, y, cual otro Cardenio, vaga errante y medio loco por los montes, pretendiendo amansar la crueldad de la terrible salteadora, pero ya sin fruto. Leonarda ha perdido la razón y apenas le escucha, aunque por un resto de amor no ensangrienta en él las manos.

Ya es tarde, por vida tuya;
Que mujer desengañada,
Es grande furia la suya;
No hay ave del nido echada
Que así de los hombres huya.
No es bien que tu pecho ame,
Para juntar con su nombre
El que tan limpio se llame,
Una mujer que es medio hombre
Y un hombre que es medio infame.

Los devaneos de su celosa pasión están pintados con mucha fuerza, y son por extremo animadas y pintorescas las escenas de su vida bandolera. Por fin es pregonada su cabeza en 2.000 ducados; pero Lope no quiere llevar las cosas hasta el extremo, y hace que muy á tiempo llegue la cédula de perdón, traída de Toledo por un caballero pariente del novio D. Carlos, con quien al fin se reconcilia la Serrana en haz y en paz de la Iglesia, terminando en boda la comedia. La relación final tiene muchas reminiscencias del primer romance de los que trae Azedo:

Allá en Garganta la Olla,
Desta Vera de Plasencia,
Salteóme una serrana
Blanca y rubia, zarca y bella.

Á casarme por conciertos
Con una dama extremeña,
De Talavera venía,
Cuando al bajar de una cuesta,
Desta salteadora miro
El talle, con que pudiera
Robar más almas mirando,
Que con el plomo y las flechas.
El cabello en crespos rizos
Debajo de una montera,
Un arcabuz en el hombro
Y una espada en la correa.
Por ser tu sangre, don Carlos,
Dióme la vida, y juréla
Traerla el perdón del Rey
Para que viva en su tierra
Sin que justicia ninguna
Á su persona se atreva.
Es doña Juana, mi tía,
Camarera de la Reina:
Fuí á Toledo y alcancé
Perdón de Carlos para ella.
Esta provisión lo dice,
Así lo firma y lo sella;
Y al que no la obedeciere
Haré yo que la obedezca.

El argumento de *La Serrana* era tan *sugestivo* y dramático, que no es maravilla que inmediatamente se apoderase de él otro ingenio esclarecido, Luis Vélez de Guevara, cuya comedia, inédita todavía (1), está fechada en Valladolid, 1603, y hubo de ser puesta en escena por la famosa comedianta Jusepa Vaca. Posterior á la de Lope es, sin duda, no sólo porque el título de ésta aparece ya en un catálogo impreso aquel mismo año, y que comprende las más antiguas producciones del Fénix de los Ingenios, sino por el especial estudio que Vélez hace de no encontrarse con él y por las innegables ventajas que le lleva en corrección y gusto, ya que no en fuerza poética. Este deseo de evitar el plagio se muestra hasta en el hecho de haber trasladado la acción á época distinta y de haber cambiado la condición social de los personajes, los motivos de sus resoluciones y hasta el desenlace mismo, que aquí es ejemplar y trágico, y no placentero como en Lope. Luis Vélez, como su predecesor, se inspiró en los romances populares relativos á la Serrana, y aun puede decirse que los glosa con más fidelidad literal, como lo muestra este trozo:

(1) El manuscrito autógrafo existe en la Biblioteca Nacional, y procede de la de Osuna. Publicó un amplio extracto D. Vicente Barrantes en el tomo I de sus *Narraciones extremeñas*, páginas 67-98.

Allá en Garganta la Olla,
En la Vera de Plasencia,
Salteóme una serrana
Blanca, rubia, ojimorena.
Botín argentado calza,
Media pajiza de seda,
Alta basquiña de grana
Que descubre media pierna.
Sobre cuerpos de palmilla,
Suelto airosamente lleva
Un capote de dos haldas
Hecho de la misma mezcla.
El cabello sobre el hombro
Lleva, partido en dos crenchas,
Y una montera redonda
De plumas blancas y negras.
De una pretina dorada,
Dorados frascos le cuelgan;
Al lado izquierdo un cuchillo,
Y en el hombro una escopeta.
Si saltea con las armas,
También con ojos saltea.....

El mismo Vélez da testimonio de la popularidad de estos romances:

Agora,
No solamente en la Vera,
Sino en Castilla, no cantan
Otra cosa.....

Pero puede decirse que á esto se reduce la semejanza. La Serrana de Luis Vélez no es una dama de noble alcurnia, como la de Lope, sino una garrida labradora, hija de padres humildes, aunque ricos, y celebrada en todo el país por sus alardes varoniles y fuerzas hercúleas, pues no hay zagal en la Vera á quien no desafíe y venza en los ejercicios de correr, saltar, luchar y tirar la barra:

Es su ardimiento bizarro;
De bueyes detiene un carro,
De un molino la violencia;
Corre un caballo mejor
Que si en él cosida fuera,
Y en medio de la carrera
Y de la furia mayor,
Que parece que al través
Á dar con un monte viene,
Suelta el freno, y le detiene
Con las piernas y los pies.

La fábula que imaginó Vélez de Guevara recuerda, en parte, la de *El Alcalde de Zalamea*, otra comedia del mismo Lope, que luego Calderón hizo suya, mejorándola de un modo sublime. El capitán D. Lucas de Carvajal, alojado en Garganta la Olla, en casa de Giraldo Gil, padre de la Serrana, la seduce bajo palabra de matrimonio, la abandona y se burla de ella. De aquí nace la desesperada resolución de arrojarse á la vida bandolera, hasta dar con el salteador de su honra y tomar cruenta venganza de él:

Y hasta matarle, no pienso
Dejar hombre con la vida;
Y hago al cielo juramento
De no volver á poblado,
De no peinarme el cabello,
De no dormir desarmada,
De comer siempre en el suelo,
Sin manteles, y de andar
Siempre al agua, al sol y al viento,
Sin que me acobarde el día
Y sin que me venza el sueño,
Y de no alzar, finalmente,
Los ojos á ver el cielo,
Hasta morir ó vengarme.

Los feroces impulsos que mueven á la venganza á la Serrana están mejor razonados en Vélez que en Lope, pero entran más en la convención dramática. El carácter de la heroína es mucho menos original y excéntrico; pierde la aureola de bárbara castidad que ennoblece á Leonarda en medio de todos sus desafueros, y tampoco llega, porque en el teatro era imposible presentarlo con decoro, á la aberración erótico-sanguinaria que el romance supone, y que no carecía tampoco de cierto género de poesía brutal é insana, que hubiera hecho las delicias del romanticismo degenerado. Queda, pues, reducida la venganza de Gila á una de tantas catástrofes de amor y honor; pero la escena en que se consuma es de un efecto trágico extraordinario, y bastaría por sí sola para probar la injusticia del olvido que pesa sobre el Teatro de Luis Vélez de Guevara, uno de los mejores poetas de segundo orden, que en momentos felices llega á hombrearse con los de primero.

Caminando de noche el capitán, perdido por las fragosidades de la sierra, llega á la choza de la Serrana, donde ve lumbre. Ella le reconoce en seguida, y se entabla entre ellos terrible coloquio al borde de un despeñadero, entre el mugir de los torrentes y la luz de los relámpagos:

GILA.

Á buen puerto habéis llegado.
¡Noche, piedad has tenido, (Aparte.)
Pues que me has restituído
La ocasión que me debías!
. . . .

Vos parecéis hombre honrado,
Y daros posada quiero.

CAPITÁN.

. . . .
Yo agradezco ese favor;
Quedaos adiós.

GILA.

No, señor;
Mi huésped habéis de ser.

CAPITÁN.

Estáis sola y sois mujer,
Y yo estimo vuestro honor.

GILA.

¿De cuándo acá lo estimáis?

CAPITÁN.

Desde el día en que nací.

GILA.

¡Mentís, que hay testigo aquí
De que verdades no habláis!
Yo soy Gila.

El capitán se ve perdido y quiere reparar su ofensa, pero Gila le escarnece y le arroja por el precipicio:

Gila, palabra te dí
De ser tu esposo. Aquí estoy;
Tu esposo y tu esclavo soy.

GILA.

Ya es tarde, ingrato. De aquí
Has de volar, pues por ti
Al cielo he sido traidora
Con tantas culpas.

CAPITÁN.

Señora.....

GILA.

No hay ruego que mi honra estrague.
¡Quien tal hizo, que tal pague;
Y cáigase el cielo ahora!

Es claro que tal combinación dramática exigía un desenlace contrario al de Lope de Vega. Gila cae en poder de los cuadrilleros de la Santa Hermandad, que la llevan á la ciudad para asaetearla ó ahorcarla, aunque esto no llega á verse en la obra.

Parece mentira que de tan profana leyenda haya podido sacarse una alegoría eucarística; pero nuestros poetas de autos sacramentales se atrevían á todo, y la buena fe los escudaba. No tuvo inconveniente, pues, el maestro José de Valdivielso

en tratar *á lo divino* el caso de *La Serrana de Plasencia* (1) en un auto del Corpus, muy lozanamente versificado, como todos los suyos, pero en el cual no puede menos de ofender y escandalizar á los oídos de ahora la extraña é irreverente mezcla de los misterios más augustos con las pecaminosas aventuras del marimacho de la Vera. Pasan los límites del candor y llegan á los confines del absurdo las escenas en que el celestial Esposo ronda la cabaña de la Serrana (que es símbolo del alma perdida en los vicios), la salva de manos de los cuadrilleros, y acaba perdonándola y dándola á comer y beber su Cuerpo y su Sangre. Intervienen en tan desatinada obra varias figuras alegóricas, tales como la Razón, el Engaño, el Desengaño, la Juventud, la Hermosura, el Honor, el Placer. Se vislumbra, en medio de este caos, que Valdivielso tenía presente la comedia de Vélez de Guevara más bien que la de Lope, y parece también haber conocido el romance en distinta versión de las que tenemos, como puede juzgarse por los versos que intercala:

Allá, en Garganta la Olla,
En la Vera de Plasencia,
Salteóme una serrana
Pelirrubia, ojimorena.
Recogidos los cabellos
Debajo de una montera,
Una ballesta en el hombro
Y su espada en la correa,
Á saltear caminantes
Se sale por la ladera.
Quiso Dios y mi ventura
Que me encontrase con ella.....

Auto es también, pero no sacramental, sino de Navidad, aunque se intitule *comedia*, *La Serrana Bandolera*, cuyo manuscrito descubrió D. Vicente Paredes en el arca que servía de archivo á la cofradía del Niño Jesús de Plasencia, juntamente con otros papeles impresos y manuscritos, mezclados con antiguas castañuelas de los cofrades, máscaras, trajes y otros trebejos necesarios para la celebración de la fiesta. La obra, á juzgar por su estilo, no se remonta más allá de la segunda mitad del siglo XVII, pero acaso será refundición de otra más antigua. El manuscrito no puede ser más infeliz: algunos pasajes aparecen grandemente alterados, hasta el punto de carecer de sentido, y hay, además, evidentes intercalaciones, de tono muy grosero, hechas sin duda para lisonjear el gusto de los cofrades y del público, gente rústica por lo común. Debemos á la generosidad literaria del Sr. Paredes un amplio extracto de esta desconocida pieza, del cual sólo tomaremos lo que sea

---

(1) *Doze Actos* (sic) *Sacramentales y dos comedias divinas. Por El Maestro Ioseph de Valdivielso. Toledo, Juan Ruyz, 1622.* El de *La Serrana de Plasencia* es uno de los que reimprimió González Pedroso en el tomo de *Autos sacramentales* de la Biblioteca de Rivadeneyra.

suficiente para mostrar su híbrido carácter de profana y sagrada, y pueda servir para ilustración de la leyenda.

Ya hemos dicho que esta comedia es, en rigor, un auto del Nacimiento, y se desenlaza en el portal de Belén, siendo, por consiguiente, personajes obligados la Santísima Virgen, San José, un ángel y los pastores. Con ellos aparecen confundidos del modo más extraño los siguientes personajes novelescos, cuya identificación histórica propone el Sr. Paredes:

Belisa.—Doña María de Zúñiga, hija natural de D. Alvaro, Duque de Béjar, segundo de este nombre, que la hubo en D.ª Isabel Marquina, hija de Leonor Suárez de Alfaro y de D. Francisco Marquina, regidor perpetuo de la ciudad de Plasencia y antiguo camarero del primer D. Alvaro, Duque de Béjar, de cuyo testamento, otorgado en Béjar en 1487, aparece como testigo.

Doristo.—Don Fadrique de Zúñiga, hermano de D.ª María de Zúñiga, menor de edad en 1508, é igualmente hijo de D. Alvaro segundo de Zúñiga y de D.ª Isabel Marquina.

Dorindo.—Un nieto de D. Gutierre de Carvajal.

Libio.—Un tal Salazar, administrador y habitante de las propiedades que tenían D. Francisco Marquina y su mujer en las Ventas de Caparra.

Flora.—Elvira de Salazar, hija natural de Salazar, habida en D.ª Isabel Marquina.

Los nombres de los pueblos están desfigurados: por *Belén*, debe entenderse Plasencia; por *Ebrón*, Torrejón, y por *Tolemaida*, Talavera.

Comienza la primera jornada con un diálogo entre Doristo y el gracioso, que lleva el prosaico nombre de Morcilla y hace y dice mil impertinencias y groserías en toda la pieza. Dorindo retrata á su amada Belisa en estos fáciles, pero amanerados versos, que pueden dar idea del gusto dominante en la pieza, que no es otro que el de los imitadores subalternos de Calderón:

Aquella zagala bella
Que de aquestas alquerías
Es la Palas luminosa,
La Venus esclarecida,
La Ceres de las deidades,
Del amor la Proserpina,
La que roba el corazón
Que atentamente la mira
De hito en hito lo pulido
De sus facciones divinas.
Y si no, ¿quién hasta ahora
Vió la flor de sus mejillas
Que no diga que la grana
Está cual rosa escogida?
¿Y aquellos hermosos ojos,
Cuyas relucientes niñas
Alumbran á cuantos ven,

Si desde cerca la miran?

. . . .

¿Quién pudo considerar
Aquella nariz pulida,
Ni pintarla, sino un rasgo
De la pericia divina?
¿Quién desde cerca miró
Aquella boca de risa,
Que al punto no considera
Ser concha de perlas ricas?

. . . .

En fin, amigo, yo estoy
Arriesgado hoy á servirla,
Galantemente rondarla,
Con amor, con cortesía,
Con halagos y con ruegos,
Con dádivas y delicias,
Hasta poner á sus plantas
Cuanto en diamantes se cría,
Cuanto la tierra en sí tiene,
Cuanto el aire en sí avecina,
Cuanto el mar esconde y guarda
En sus ondas cristalinas.
Porque peces, animales,
Piedras, perlas, cornerinas,
Aves, flores, minerales,
Yerbas, plantas, sedas ricas,
Todo es poco, y más merece,
Todo es nada, y no hay estima,
Porque merece ser reina
De las reinas mi Belisa.

Asómase Belisa á la ventana, y del coloquio de los dos amantes resulta que ya hay prendas de amor entre ellos, y que Belisa está en cinta. Dorindo la promete acelerar la boda y volver antes de siete días.

Lo restante del acto nada tiene que ver con la Serrana. De repente, y sin transición alguna, entra en escena San José, y sólo se trata de sus mal llamados celos y del sueño que los disipa, terminando la jornada con un soliloquio de Luzbel, que manifiesta sus temores ante la próxima venida del Mesías y la redención del linaje humano.

En el acto segundo vuelve á anudarse la comedia profana. Diálogo entre Belisa y su hermano Doristo:

DORISTO.

Por esta carta he sabido,
Hermana, una mala nueva,
Y es que el mayoral ha muerto,

Y el ir allá ha de ser fuerza.
El ganado se halla bueno,
Muy apacible la tierra,
Pues como si fuera en Mayo,
Brota en pimpollos la yerba.
De aquí á las montañas hay,
Hermana mía, seis leguas;
Irme yo y quedar tú en casa,
No es cosa que nos convenga,
Porque tu mucha hermosura
Es envidia, y la desean,
Como ves, en la ciudad.

BELISA.

Doristo, mucho me pesa
Que, sabiendo tú mi gusto,
Hoy de nada me prevengas.
Yo soy mujer tan de bien
Como es razón que lo sea,
Y aunque yo en casa quedara,
Yo bastaba á mi defensa
Si alguno me hiciera agravio:
Además, que es cosa necia
Decir que ninguno puede,
Como una mujer no quiera,
Ser dueño de su albedrío.

. . . .

Mujer soy; mas ¡vive Dios!
Que si á mí me sucediera
Que algún villano atrevido
Contra mi honor se atreviera,
Cuando me faltaran manos,
¡Vive Dios! me defendiera
Con los dientes, con los ojos,
Con los brazos, con la lengua;
Diera voces como loca,
Moviera al cielo con quejas,
Que el hombre pierde el valor
Si ve que por mal lo llevan.
Pero porque no me digas
Que es alguna estratagema,
Y por quedarme yo en casa
Muestro aquí tanta braveza,
Digo que vamos los dos
Con gusto á nuestras dehesas,
Á gobernar la alquería
Y celebrar las exequias
Del mayoral, pues es muerto.

Cerremos, pues, esas puertas;
Que antes yo me alegraré
De andar por aquesas sierras,
Donde tal vez me entretenga
Tirando con la escopeta
Al tímido gazapillo,
Á la perdiz volandera.....

DORISTO.

Tu entendimiento, Belisa,
Tan fuera de mí me deja,
Que no acierto á hablar palabra.

BELISA.

Pues, Doristo, yo quisiera,
Ya que es buena la ocasión,
Darte de mi vida cuenta.
De aquesa ciudad de Ebrón
Un zagal de ricas prendas,
Ha dado en galantearme,
Y es cierto que yo quisiera,
Ya que tan pronto me sirve,
Pagarle tan grande deuda.

DORISTO.

Hermana, mira primero
Si es cosa que nos convenga.....

BELISA.

Hermano, sé que conviene
Á mi gusto, y me contenta;
Él ha de ser mi marido.

DORISTO.

Ya veo que eres discreta;
Mas no quisiera, Belisa,
Que mal empleada fueras.

BELISA.

Ya lo he mirado despacio,
Y es cierto que me contenta;
Que es un alentado mozo
Y tiene sobrada hacienda.

DORISTO.

Eso es lo que es menester;
Que juntando con la nuestra
Otra parte, hermana mía,
Serás de estos valles reina.

BELISA.

Pues, hermano, vamos luego;
Que ya sabes que está cerca
Ebrón de nuestra alquería.

La escena siguiente nos transporta á la sierra. Aparece la zagala Flora tocando el rabel (*arrabel* le llama la pieza) y cantando unos versos pastoriles, á cuyo són se va adormeciendo.

Aquí, entre estas soledades,
Al són de mi arrabalejo,
El rato que no me quejo
Aumento mi mocedad.
Pobre pastora nací,
Mas me dió naturaleza
Un dón que no merecí.
Hermosa me llaman todos,
Pero tan mal lo apetezco,
Que á mí misma me aborrezco.
Yo aquí con mis ovejillas
Vivo con tanto contento,
Que haber nacido no siento.
Que aquí entre flores süaves
Y arroyuelos cristalinos,
Me suelen cantar las aves
Con cánticos muy divinos.
Al pie de esta hermosa fuente
Quiero divertir mis penas,
Contemplando en sus arenas
Lo terso y lo transparente.

Salen Dorindo y su criado, y se acercan á la pastora dormida. El infiel galán de la Serrana queda prendado de la hermosura de Flora, la despierta, y de buenas á primeras la ofrece su mano, á lo cual ella replica:

Garzón, yo soy tan humilde
Y tan poco melindrosa,
Que para ser vuestra esposa
Me falta el merecimiento.
Haz con otra el casamiento,
Porque yo, si he de hablar claro,
Es fuerza que haga reparo,
Y no muy poco, en aquesto.
Mi padre es un labrador
De hacienda muy moderada;
Si vos la tenéis sobrada,
Nunca igualamos los dos.
Y si yo caso con vos,
En pasándose la boda,
Diréis que la hacienda toda
Es vuestra, y que mía no.
Y para mandar en paz,

Más vale que lo dejemos,
Y con eso no tendremos
Mañana desigualdad.

Dorindo contesta que él tiene bastante hacienda para los dos. En esto sobreviene el labrador Libio, buscando á su hija Flora, y entra en recelos al verla tan acompañada. El caballero procura disiparlos diciendo que ha perdido el camino de Nazaret. Libio le ofrece hospitalidad en su casa, y ordena á Flora que se adelante á prevenir la cena. Llegados á la casa, Libio, para entretener á su huésped, le da cuenta de su vida en una relación interminable y pedestre como todas las de esta comedia, pero que no carece de interés novelesco, y acaso tiene algún fondo tridicional.

LIBIO.

Veinte años ha, poco menos,
Que entre aquestos montes vivo
Desterrado de Belén,
Que es mi patria, hijo querido.
Vivía yo en un mesón,
Que, en fin, aunque es bajo oficio,
Suele ser muy provechoso
Si se acredita de limpio.
Murió mi amada consorte,
Dejando al alivio mío,
Después de dos sucesiones,
Sólo esta hija que has visto.

. . . .

Una noche que el invierno
Suele dar con mucho frío,
Estaba yo descansando
En mi lecho ya dormido,
Cuando llamando á la puerta
Con golpes y con rüido,
Me obligó á salir del lecho,
Pienso que medio vestido,
Á abrir la puerta de casa
Porque entrasen dos prodigios:
Una señora tapada
Con un velo terso y limpio,
Y en el regazo cubierto
Un hermoso y bello niño.
Pidióme una sala aparte
De toda bulla y rüido,
Y dos pajes la llevaron
Con silencio á tal retiro,
Y en una cama la dejan,
Dando vuelta de camino
Al coche que la sacaron,

Y dando dos estallidos
Con un azote en las mulas,
Se fueron luego al proviso,
Desempedrando las calles.
Pero apenas fueron idos,
Volví, cerrando mis puertas;
Y una criada me dijo
(Que era una negra y quedó
Sola á atender al servicio
De su ama): «Señor huésped,
Mi señora me ha pedido
Que os lleguéis hacia su cuarto,
Que tiene que hablar contigo.»
Fuíme á ver luego con ella,
Y apenas su rostro miro,
Cuando quedé mudo y yerto,
Y abrasado en un hechizo,
Que robado de sus ojos,
Al punto se fué á los míos.
Como era mancebo yo,
Me rindió el traidor Cupido,
Y disparando una flecha,
Á entrambos hirió de un tiro.
Díjome que un caballero
Se la quitó á su marido,
Y habiendo parido dél,
Nunca faltó quien lo dijo,
Y quitándole la vida,
Ella salió del peligro;
Y así guardada en mi casa
Se ha de estar hasta que el niño
Pueda defender brioso
Su vida de un precipicio.
Mas no llegó á defenderla;
Que Dios, por sus altos juicios,
En aquella misma noche
Le quitó la vida al niño.
El sentimiento fué grande,
Y el duelo fué tan cumplido,
Que en dos meses no cesaron
Sus ojos de dar indicios.
Consolábala yo mucho;
Dió en festejarse conmigo,
Y de nuestras amistades
Tuvimos otros dos niños.
. . . .
Belisa llamé á la niña,

Y al niño llamé Doristo;
Ya ha veinte años y más
Que á los dos no los he visto;
La ocasión diré después,
Que es también esto preciso.
Después que aquesta amistad,
Hijo, entre los dos tuvimos,
Ella me entregó sus joyas,
Dineros y cofres ricos,
Con que, dejando el mesón,
Compré estos montes que has visto,
Compré rebaños de ovejas,
Tierras, viñas y cortijos,
Y en fin, fabriqué en Belén
Un palacio, sí, harto rico.
Todos mi dicha envidiaron;
Mas la mujer que te he dicho
Que quedó por compañera,
Por un arrojo que hizo
Se ausentó, y buscando á su amo,
Cuanto pasaba le dijo.
Juntó á todos sus pastores,
Y hecho un león vengativo,
Á tomar de mí venganza,
Sin más detenerse, vino.
No faltó entre tanto riesgo
Quien de todo me dió aviso,
Y para ponerme en cobro
Saqué algunos dobloncillos.
Saqué á mi hija en los brazos,
Y una noche nos salimos,
Dejándonos en la cama
Los otros niños dormidos.
Al saltar por una tapia
Tan poca suerte tuvimos,
Que se cayó, y mi querida
Quedó muerta entre ladrillos.
Volver por mis hijos quise,
Y al saltar por el portillo,
Vi que mi casa cercaron,
Armados, mis enemigos.
Salí al campo, entré en el monte,
Llegué cansado al cortijo,
Ciegos mis ojos de llanto,
Despeado del camino,
Y aquí oculto en esta aldea
Me libré de este peligro.

No sé si mis hijos viven
Ni en qué parase aquel ruido;
Yo no he vuelto hacia *Belén*,
Porque si soy conocido
He de morir sin remedio,
Y así, el ir no determino.
Aquí con un par de bueyes
Rompo, alredor de estos riscos,
Las entrañas de la tierra,
Donde cojo rubio trigo.
Sólo trescientas ovejas
Con unos cien corderillos,
Pastan la yerba á estos prados
Y beben de aqueste río,
Que le llaman el Cedrón.
Aquí yo soy asistido
De todos cuantos zagales
Moran por estos ejidos,
Pues al són de sus campanas
Pasan los ratos perdidos.
Esto soy, y pues ya sabes
Quién soy y cómo aquí vivo,
Entra á cenar, porque Flora
Ya lo tendrá prevenido.

Semejante relato deja absorto á Dorindo, porque empieza á sospechar que también Belisa es hija del viejo; pero determina atropellar por todo y casarse con Flora. En la escena siguiente, por revelación del demonio en traje de ermitaño, se enteran Belisa y su hermano de que ya está desposado. Ambos hermanos juran venganza, y el encubierto Lucifer promete ayudarles en ella. Y aquí volvemos á encontrar á la Serrana del romance, con los mismos furores que en Lope ó en Vélez de Guevara:

BELISA.

Yo soy más interesada,
Y á mí me toca el castigo.
¡Ah, falso y traidor amante!
¿Este pago he merecido?
Y ¿así agradeces, infame,
Favores que has recibido?
¡Fuego de Dios en los hombres!
Reniego de sus cariños.
Malditas sean sus palabras,
Sus fingimientos malditos.....
¡Oh traidor de mi deshonra,
Burlador de mis designios,
Plegue al cielo que te encuentre,

Amante desvanecido,
Que como á mis manos caigas,
Tú pagarás lo debido!
¡Pastores, acudid todos!
Tío del alma, Doristo,
Ergasto, Riselo, Lauro,
Fileno, Sancho y Tamiro,
Acudid á tanto riesgo,
Todos me ayudad, amigos,
Que para lograr el tiro
Vuestro valor necesito.....
El mundo ha de ser testigo
De la más justa venganza
Que en sus anales se ha escrito.
Cómprense luego, al instante,
Charpas, armas, capotillos,
Y me verán en la sierra
Sujeta al calor y al frío,
Hasta que tome venganza
De un amante tan fingido.
Aquí juramento hago,
Siendo vosotros testigos,
De matarle ó de matarme
Si este trance no consigo.
El que me quiera seguir,
Parta á la sierra conmigo;
Que bandolera he de ser,
Y al punto he de poner sitio
Desde el parque donde estamos
Hasta el más soberbio Olimpo,
Hasta que caiga en mis manos
Ese burlador Tarquino.....

Las escenas de la vida bandolera ofrecen poca novedad, salvo la continua intervención del Diablo, que, fingiéndose tío de Belisa, se mete en todo, la ayuda en sus fechorías, y trae á su presencia, entre otros pasajeros, á la Virgen y á San José, á quienes la Serrana respeta y deja libres, movida por cierto impulso de misteriosa veneración.

Al principio de la jornada tercera aprendemos que se ha librado ya de tan funesto consejero, á pesar de lo cual continúa en sus fierezas y desgarros, amenazando á los vecinos de un pueblo con ir allá y hacerles amasar el pan y cocerlo en hornos caldeados con los huesos y la vara del alcalde. Aquella misma noche asalta con un escuadrón de foragidos la casa de Libio, donde se estaban celebrando las bodas, y manda sacar los ojos al novio y cortar á la novia la lengua:

Los ojos porque miraron,
Y porque dió el sí, la lengua.

Esta situación se prolonga demasiado con pormenores que de puro atroces rayan en grotescos. Pero acaba de un modo muy original y muy fantástico. Belisa, impaciente de que su hermano quiera contener el frenesí sanguinario que la ciega, invoca al Demonio, y éste aparece reclamando su alma y recibiéndola en precio de su venganza:

BELISA.

¿No hay alguno que obedezca
Las órdenes de mi agravio?
Pues venga el Demonio, venga,
Y efectúe lo que mando,
Ya que aquí todos me dejan.

LUZBEL.

Á tu lado está el Demonio,
Y haré sin tener clemencia
Todo lo que tú ordenares.

BELISA.

¿Qué has dicho?

LUZBEL.

Demonio soy;
Di, Belisa, ¿por qué tiemblas?
¿Tú misma no me llamaste?
Á ti la culpa te echa;
El alma sabes que es mía.

. . . .

BELISA.

Ya lo he dicho, no hay remedio;
Tuya soy.

LUZBEL.

De Dios reniega.

BELISA.

Quitad la vida á Dorindo,
Llevalde, llevalde apriesa,
Sacalde al punto los ojos,
Porque miró á Flora bella.

DORISTO.

Belisa, ¿te has olvidado
De aquella amistad primera
Que con tu hermano Doristo
Tuviste siempre tan buena?
¿Tú con tan poco jüicio
Hoy al Demonio te entregas
Sólo por una venganza?

LIBIO.

Mujer altiva y resuelta,
¿Cómo, olvidada de Dios,
Permites cosa tan ciega,

Pues esclava del Demonio,
Á su poder te sujetas?
Mujer, pide á Dios perdón,
Y mira que está muy cerca
De nacer ya nuestro bien,
Según dicen los profetas.

BELISA.

Pues si Dios ha de nacer
Y está de nacer muy cerca,
Entonces sabré buscarle
Y pediré su clemencia;
Pero hasta tanto que nazca,
Mi palabra ha de ser cierta.

En esto se oye á lo lejos el cántico de los ángeles:

Gloria á Dios en las alturas,
Y paz al hombre en la tierra.

Todos los circunstantes se quedan absortos y mudos: sobreviene Dorindo, mostrando vacías las sangrientas cuencas de sus ojos, pero no pidiendo venganza, sino explicando los prodigios que se observan en la naturaleza, confesando sus culpas y exhortando á Belisa al arrepentimiento.

Ella se cree irremisiblemente condenada, pero una voz celestial la fortalece y consuela:

BELISA.

¡Ay, Dorindo, que ese aviso
Ya para mí tarde llega!
Esclava soy del Demonio.

VOZ.

«Ya está Dios en la tierra,
Sólo á restaurar al hombre
De la culpa.»

BELISA.

Voz que alegras,
¿Habrá perdón para mí?

VOZ.

«Si tú quieres remediar
Fácilmente tu pecado.»

BELISA.

Pues ¿qué he de hacer?

VOZ.

«Penitencia.»

BELISA.

Pues si así place á los cielos,
Dos mares mis ojos sean.....

Por lo poético de la concepción, y aun por la manera familiar y grandiosa á un tiempo con que están escritas estas escenas, recuerdan otras de *El Esclavo del Demonio*, de Mira de Mescua; de *La Fianza satisfecha*, de Lope; de los mejores dramas religiosos de nuestro Teatro. ¡Lástima que no estén mejor preparadas, y lástima también que no sean las últimas, ó que, por lo menos, el incógnito poeta, que en esta ocasión demostró serlo de veras, no haya abreviado un poco la solución del embrollo novelesco que había planteado con tan poco arte y que de nada sirve sino de entorpecer el limpio cauce por donde corre esta vez su inspiración popular y creyente!

Sale Luzbel furioso, y quiere llevarse al abismo á Belisa, á pesar de su arrepentimiento; pero aparece un ángel con la espada desnuda para defenderla, é intima al Demonio esta orden:

En pago de que engañaste
Á esa mujer con cautela,
Te manda Dios que descubras
La prodigiosa tragedia
De Dorindo y de Belisa;
Que es mucha razón que sepan
Lo que ellos no imaginaron,
Pues que Dios así lo ordena.

No entraremos en las explicaciones del Demonio, porque nada nuevo nos dirían, salvo que la quebradiza dama que posó en casa de Libio era una *Duquesa*. Además, los versos son tan rastreros, que no merecen transcribirse por no destruir el efecto de los últimos que dejamos copiados, y que realmente parecen de mano distinta, acaso de una comedia más antigua.

Tres desenlaces cabían en esta fábula, y los tres han sido ensayados. La serrana amnistiada, restituída á la vida social y convertida en esposa honrada: fué el desenlace de Lope. La serrana ajusticiada por los cuadrilleros de la Santa Hermandad: este desenlace, que probablemente era el histórico, fué el que prefirió Luis Vélez. La serrana trocada de bandolera en penitente ofrecía una tercera solución, que es sin duda la más poética: fué la que adoptó el incógnito dramaturgo de Plasencia.

BELISA.

Vayan afuera las armas,
Fuera capote y montera,
Fuera vestidos y galas,
Que ya no son para mí.
Venga una túnica blanca
De púrpura, rota y vieja,
Que cubra impureza tanta;
. . . .
Venga una soga nudosa
Que ciña aquesta garganta,
Y venga un velo que cubra

Los borrones de esta cara;
Venga un azote cruel
Que rompa aquestas espaldas.
Voyme, haciendo penitencia,
Á esa áspera montaña,
Por si encuentro alguna gruta
Adonde las fieras braman.
Adiós, padre; adiós, hermano;
Id y buscad á mi hermana,
Y decidla que perdone
La bandolera serrana.

Descúbrese el Portal de Belén y en él José y María; el Niño en el pesebre, y el Ángel al lado. Sale Belisa con un pliego en la mano, y, después de una devota súplica, le pone en manos del Niño. La Virgen devuelve el pliego en blanco y la dice que ya está perdonada. Llegan los pastores con sus ofrendas, recitando cada uno de ellos su correspondiente loa. Dorindo, al hacer la suya, recobra la vista. Cúbrese el Portal. Belisa perdona á Dorindo. Doristo se dirige al público anunciando el fin de la *primera parte* de la comedia, escrita por un *autor aficionado*, y prometiendo la segunda para la Natividad del año siguiente. No consta que tal promesa se cumpliese.

Tal es el peregrino drama que ha conservado hasta tiempos muy próximos á los nuestros la tradición de la Serrana de la Vera en el teatro popular de la Extremadura Alta. Informe parece, sin duda, y en muchas partes estragado; pero á veces muestra intenciones altamente poéticas. Y además, le hace curioso la extrañeza de su contextura, la mezcla de elementos devotos y profanos y el giro enteramente nuevo que se da á la leyenda, sin que se adviertan reminiscencias de los romances, ni de la comedia de Lope de Vega, ni de la de Luis Vélez de Guevara, ni del auto del maestro Valdivielso, lo cual puede ser indicio de que existían otras versiones orales, quizá más próximas á la verdad del hecho. Esto es lo que se propone dilucidar, y lo hará sin duda con su sagacidad acostumbrada, el Sr. D. Vicente Paredes, á quien de nuevo damos gracias por habernos comunicado tan interesante hallazgo.

II.—LA PÉRDIDA HONROSA Y CABALLEROS DE SAN JUAN.

Esta comedia, inédita hasta ahora, se imprime aquí por un manuscrito de la Biblioteca Nacional, copia moderna mandada sacar por D. Agustín Durán de un manuscrito antiguo que perteneció al librero de Madrid Quiroga, y cuyo actual paradero no consta.

El argumento de este poema dramático no pertenece, en rigor, á la historia de España, aunque algunos españoles hubiese entre los heroicos y desventurados defensores de Rodas. Pero no he querido separarla de las demás que tratan asuntos

del reinado de Carlos V, que fué, entre todos los Príncipes cristianos, el único que trató de socorrer á los caballeros de San Juan, aunque el socorro no llegó á tiempo para salvar la isla, consumándose así aquella catástrofe que hizo á los turcos dueños absolutos del mar de Grecia. La historia de este memorable cerco, que duró desde el 28 de Julio de 1522 hasta el 1.º de Enero de 1523, ha sido escrita muchas veces, y de ella hay libro especial, *De bello Rhodio*, compuesto por el italiano Jácome Fontano, y traducido del latín á nuestra lengua por el bachiller Cristóbal de Arcos, clérigo de Sevilla, en 1526, con el título de *La muy lamentable conquista y cruenta batalla de Rodas* (1). Para nuestro objeto basta con otra relación más breve, y también de autor contemporáneo. La trae Vasco Díaz Tanco de Frexenal, en su *Palinodia*, que viene á ser un compendio de la historia de los turcos, tomado principalmente de Paulo Jovio (2):

---

(1) *Con privilegio de sus Sacras Cesareas Catolicas Magestades. La muy lamentable Conquista y cruenta batalla de Rodas, nuevamēte sacada de la lengua latina en nuestro vulgar castellano, y puesta por mejor modo q̄ en el latin estaba por el bachiller Christoual de arcos, clerigo cura de la Santa iglesia de Sevilla. Dirigida al illustrissimo y reveredissimo señor don Alonso Manrique, por la divina miseracion arzobispo de Seuilla, inquisidor mayor en los reinos todos de España, consiliario de sus Magestades*, &, &. (Al fin:) *Acabosse de trasuntar a doze dias del mes de Octubre de M. d. XXVj años. Y de imprimir a XV dias de Nouiembre del dicho año en casa de Juan varela de Salamāca, vezino de la dicha cibdad d' Seuilla.*—Folio. Letra gótica. Á dos columnas.

Fué reimpreso este raro libro en Valladolid por Juan de Villaquirán, 1549, y en Medina del Campo por Francisco del Canto, 1571.

(2) *Libro intitulado Palinodia, de la nephanda y fiera nacion de los Turcos, y de su engañoso arte y cruel modo de guerrear, y de los imperios, reynos y provincias que han subjectado y poseen co inquieta ferocidad. Recopilado por Vasco Díaz Tanco, natural de Frexinal de la Sierra. Dirigido al muy alto y muy poderoso príncipe do Phelippe, nuestro señor* &. Año M. D. XLVIj (1547). (Al fin:) *Este libro llamado Palinodia, fue ympresso en la ciudad de Orense, que es en Galizia. En la ympression del propio actor q̄ lo hizo y recopiló y onde al p̄sente haze su residēcia. Acabose de imp̄imir a quinze dias de setiembre del año de nuestra redecion m. q. xxxxvij.*—Folio. Letra gótica. Folios XXXXIII y XXXXIV. Sobre las fuentes de este libro se explica así Vasco Díaz en el prólogo:

«Estando en Bolonia vi vn librezillo en lengua toscana, llamado comentario de las guerras de los turcos, recopilado por el Obispo de Nozera y dirigido al César Carlo vuestro padre. El qual libro por mi leydo me paresció obra de mucha estima, y su autor digno de loor por su buen estilo y modo de escrevir, y en especial por su buen zelo y sancta intencion, y esto segun mi poco entender: *onde* (sic) oi dezir á algunos mas práticos en Turquía, que aquel libro no carescia de defectos é ymperfectiones é ynmoderaciones.....

»Pues, serenissimo señor, hallándome yo en estos reynos de España, despues de haber andado tantas tierras extrañas, y sintiendo de aquella turquesca nacion y de sus modos y condiciones algunas cosas, como no sea de condicion dado á la ociosidad, me determiné de recopilar este libro sobre aquel comentario del dicho Obispo, el cual iba dirigido al César vuestro padre, y en partes traduzirlo, y en otras verificarlo.

»E ansi con baxo estilo traduxe, recopilé, fulminé y acabé lo que aquel reveredissimo obispo

«Cap. 54. *De cómo el grã turco Solimano hizo la empresa de Rodas, do dió terribles baterías y combates contra la religion de S. Juan, do los turcos rescibieron grandissimo daño.*

»Belgrado, siendo poseido de aqueste maldito príncipe Solimano por espacio de un año, luego determinó este can rabioso de hacer la empresa de Rodas, contra el parescer de Pirro Bassá (Bajá) y de otros muchos *Sanjacos*, que se acordaban con cuánta dificultad y daño su abuelo Mahometo habia tentado aquella empresa, y sobre todo le dixeron que no les parescia cosa segura que él pusiese su persona á tanto riesgo sobre una isleta tan sin provecho. Porque si acaso la armada de mar rescibiese algun daño señalado ó de la suerte de la tempestad, ó de la fuerza de las armadas cristianas, seriale forzado retirarse *onde* no podria haber buen succeso, ni se podria ganar mucha honra, y esto decian ellos porque les parescia que Rodas de razon habia de ser socorrida de poniente. Do los sobredichos bassás al fin concluyeron en que su señoria mandase gran armada de mar fornida de mucha artilleria, y su señoria en ninguna manera pasase, porque estaban los inconvenientes muy ciertos, y que su señoria lo mirase y notase y examinase con más maduro consejo y que no arriscase ansi su persona tan accidentalmente, porque no le estaba bien.

»Mas Solimano que habia oido decir á su padre que las empresas no han buen effecto por la mayor parte si el señor con determinado propósito no se mueve á ellas, y gana las victorias de su mano, se determinó de venir en persona sobre la dicha isla de Rodas.

»Pasó el gran turco Solimano en fin de Junio del año de nuestra redencion de M. D. XXIJ (1522) con cuatrocientas velas quadradas y latinas y con dozientos mil combatientes, y con artilleria infinita, con la qual tiraron las defensas á la ciudad, porque la plantaron sobre dos muy altos caballeros hechos de dos montañas de tierra. Cosa increible á quien las vee, porque de dos millas atrás comenzaron con azadas y palas á echar la tierra hazia los fosos de la ciudad, *onde* era tanta la multitud de los turcos que trabajaban cavando, que en breve tiempo entraron en los fosos y comenzaron á hacer minas y cortar con picos los muros de la ciudad.

»Allí Filipo Villadan, frances, gran Maestre de aquella religion, con muchos caballeros religiosos que allí se hallaron, hicieron todas las provisiones posibles para defenderse, do hicieron con artilleria y con otros ingenios de guerra gran daño á los turcos, y en las batallas se defendieron tan animosamente, que los fosos eran llenos de cuerpos de turcos muertos, y ni por aquesto el fiero Solimano afloxó su terrible propósito ni se cesó de su ferocísimo combate, aunque en este tiempo le morieron de fluxo de sangre y cámaras más de treinta mil hombres. Y al fin cavando gran número de turcos por baxo de tierra, fueron cortadas las torres y de-

---

nos dexó á mi parescer tabiẽ ordenado, para lo qual fue necesario bien examinar y cotejar las historias antiguas y modernas que desto tractan, que son diversas y en algunas cosas differentes, que me ponian en confusion.»

Sigue una larga lista de autores y libros consultados.

rrocados los muros con todos los géneros de artilleria, y con minas ocupadas las extremas cintas de la ciudad, de manera que con cavar palmo á palmo y con dar batallas de hora en hora, ganaban siempre más espacio, do era necesario que los christianos se retirasen, reparando de mano en mano lo mejor que podian. Entonces las casas de la ciudad (como estaban atormentadas con los grandísimos trabucos y morteretes y pelotas de un brazo de diámetro que aterraban los tejados y solares y hundian el *terreño*, con gran espanto de los que de dentro estaban), sin más tocarles se caian por todas partes. E pasando cinco meses que trabajaban en su defensa aquellos nobles religiosos, sin tener algun socorro de la christiandad ni esperanza de ninguna parte, llegó al fiero Solimano gran socorro de Natholia, enviado por Farath Bassá, con que se refrescó el campo Turquesco y cobró gran ánimo, porque vino mucha gente, y armas, y tiros de artilleria, y pólvora en gran cantidad, y muchas provisiones para sustentacion de la gente, y tambien llegaron de Alexandria cuarenta velas con cosas muy necesarias para aquella guerra, las cuales velas le invió Caierbeio, que no le fué poco favor, y el Maestre con los de su compañia, ningun remedio ni esperanza tenian.»

«Cap. 55. *De cómo el gran Maestre de Rodas, con la religion de San Juan, no teniendo otro remedio, se rendió al gran turco Solimano, el cual entró en Rodas con gran orden. Do el triste Maestre salió con gran afrenta de la christiandad.*

»En aquel tiempo llegó el papa Adriano de España en Roma con algunas naos y galeras y buena infanteria, do el cardenal de Médicis, que despues fué papa Clemente Séptimo, y el cardenal Farnesio, que ahora es papa Paulo tercio, y otros algunos príncipes elesiásticos dixeron á Su Santidad que quisiese mandar las naos é infanteria la via de Rodas, porque con los vientos prósperos del otoño sin duda entrarian en el puerto, á despecho de toda la armada turquesca, especialmente estando en la isla de Candía, como estaban, cincuenta galeas venecianas, que les habian de hacer algunas espaldas ó favor, al menos de muestra, mas Su Santidad, por ser venido nuevamente en el pontificado, no se osó determinar á tomar el súbito consejo, ni Dios le dió gracia para resolverse en tan glorioso remedio. E ansi, siendo las cosas de Rodas muy atribuladas con continua guerra y los caballeros de aquella religion desesperados de remedio, al cabo de seis meses de tan gran resistencia, el gran maestre Filipo Villadan hizo pacto con el gran turco Solimano, y se rendió con salvar las vidas y ropa y todos los muebles que llevar se pudiesen, excepto la artilleria, y ansi Solimano le complió la promesa, y no tocó las cosas sagradas de los templos.

»Notable cosa es que la primera vez que entró el gran turco Solimano en la ciudad de Rodas llevó consigo xxx mil turcos, entre los cuales jamás se sintió una palabra, que en esto parescian frailes de la observancia.

»Y cuando el reverendísimo Maestre fué la segunda vez á tomar licencia, fué rescibido del gran turco Solimano con manso semblante y amigable cara, el cual se volvió á Hebrain Bassá, su muy favorito, que estaba solo con él, y le dixo: «Cierta-

»mente me desplaze que este pobre viejo sea echado de su casa y se vaya ansi mal »contento.»

»Ansi salió de su antigua ciudad é isla el triste Maestre, do el gran turco Solimano, con gran gloria suya y vituperio de la christiandad, se sacó aquella mota del ojo. Esto fué en el sexto mes del combate.

»En el propio dia que en Rodas se concluyó el pacto de rendirse el Maestre acontesció un gran prodigio al papa Adriano, que en la Silla Romana residia, que queriendo entrar en la capilla de Palacio á las solemnes ceremonias del Natal, cayó el arco trabado de mármor de la puerta poco despues que Su Santidad habia pasado por debaxo, el cual arco mató ciertos alabarderos de su guardia, *onde* Su Santidad hobo gran miedo de morir.

»En aquel tiempo reinaba en España Don Carlos, emperador, en Portugal Juan III, y en Francia Francisco Primero.»

Sin gran malicia puede sospecharse que terminando su narración con este recuerdo cronológico, quiso dar á entender el historiógrafo extremeño que Rodas sucumbió, no tanto por las minas y las bombardas y morteros de Solimán *el Magnífico* y por el enjambre de bárbaros que sobre ella cayó, cuanto por el abandono en que la dejaron todos los Monarcas y Repúblicas de Occidente, comenzando por aquellos á quienes más interesaba la conservación de aquel baluarte contra el Islam, puesto en el camino de Constantinopla á Egipto y á los puertos del Asia Menor. «Sólo el Emperador (dice Fr. Prudencio de Sandoval), con estar tan ocupado en tantas guerras, envió á socorrerla, si bien el socorro llegó tarde y cuando la isla estaba sin remedio» (1). En realidad no llegó ni tarde ni temprano, aunque no fuese del Emperador toda la culpa. Las cosas pasaron así, según el mismo Sandoval refiere: «El Gran Maestre Felipe Villiers envió con tiempo por socorro á todos los Reyes cristianos y al Padre Santo, á quien más tocaba sostener y socorrer aquella caballeria cristiana. El papa Adriano VI tenia tres mil españoles que poder enviar á Rodas, que los habia llevado de guerra. Mas por no tener dineros, como él decia, lo dexó, y porque el Duque de Sessa, que á la sazon era Embaxador en Roma, y otros capitanes y grandes Señores le dixeron ser mejores aquellos soldados españoles para Lombardía contra franceses, que para Rodas, pues tenia quien la defendiese y estaba fuerte. Venecianos no ayudaron, aunque tenian cincuenta galeras en Candía, por tener paz entonces con el Gran Turco. De Francia no le fué socorro alguno. De España fué el Prior de San Juan Don Diego de Toledo, con otros caballeros de su Orden. Pero ni ellos pudieron pasar de Sicilia por el invierno, ni ciertas naos que iban de aquesta isla y de Nápoles á costa del Emperador. Y como los que vinieron á demandar ayuda no la hallaron en quien pensaban, vendieron la renta que la Orden tenia en el monte de San Jorge de Génova y enviaron dos naos; mas tampoco llegaron allá, porque la una se hundió cerca del Monaco,

---

(1) *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V.* (Amberes, Verdussen, 1681.) *Parte primera*, pág. 413.

y la otra se abrió no lexos de Cerdeña; *de suerte que no hubo quien socorriese á Rodas.*»

Así es la verdad, y el mismo Carlos V parece que quiso reparar tan culpable negligencia dando á los Caballeros Hospitalarios de San Juan la isla de Malta, para que en ella renovasen sus prodigios de valor y constancia contra los musulmanes. De todos modos, bien hizo Lope en calificar de *honrosa* aquella defensa de seis meses, sostenida por menos de 6.000 hombres contra 200.000, amparados por 400 embarcaciones de mayor ó menor porte y por una artillería para aquellos tiempos formidable. Las *ocho lenguas* de la Orden, franceses, alemanes, ingleses, españoles, portugueses, italianos, auvernios y provenzales, hicieron prodigios en la defensa de aquellas endebles fortificaciones. De 600 comendadores de la Orden, apenas 100 salvaron la vida, junto con el Maestre. Corrieron, como siempre, rumores de traición, que no eran necesarios para explicar el desastre. «Dicen que un Judío y un Comendador la vendieron, y que por eso se ganó: no esde creer.» Nadie la vendió sino la desunión y el egoísmo de los Príncipes de Occidente, que mientras ensangrentaban los campos de Lombardía, dejaban impasibles al enemigo común de la cristiandad cerrarla, Dios sabe hasta cuándo, el camino del Asia.

Aquella inmensa ruina, tan presente por sus efectos, aunque tan lejana, tuvo eco en nuestra poesía semipopular, como lo prueba el siguiente romance, inserto en la *Silva* de Zaragoza (1550), y reproducido por Durán con el núm. 1.147:

Llorando está el gran Maestre — sin poderse conhortar,
La mano en la su mejilla, — en San Juan cabe el altar,
Lágrimas tintas en sangre, — que es lástima de mirar.
Todos los comendadores — lloran con él á la par
La gran pérdida de Rodas, — que á todos hace llorar.
Lloran la grande traicion — de aquel traidor singular,
Que por ser Comendador — no lo quiero aquí nombrar,
Peor que Vellido Dolfos — y que el conde don Julián.
Lloran por la artillería — que el turco les fué á ganar;
Lloran la profanacion — de la iglesia de San Juan;
Lloran los muchos cautivos — que ven allí cautivar;
Lloran los muchos pecados — de toda la Cristiandad;
Lloran tambien el partido — hecho por necesidad.
La Cruz, cubierta de luto, — comienza de caminar,
Cantando aquel triste salmo — que acá solemos cantar:
In exitu Israel de Ægipto, — ya que se van á embarcar
Para la isla de Malta, — que les dió Su Majestad,
Do una grande fortaleza — comienzan á edificar,
De do pueden á los turcos — de continuo guerrear,
Hasta que Dios su gran ira — quiera de todos quitar.

Asunto antidramático de suyo el de la pérdida de Rodas, como todos los que se fundan en batallas campales, asaltos y conquistas de ciudades, poco juego podía dar al poeta, y realmente esta comedia es una de las más endebles de Lope. Lo cual

no quiere decir que deje de tener de vez en cuando cosas propias de su grande ingenio. La parte histórica está tratada con bastante sujeción al texto de Fontano, y á veces con cierta gravedad épica. El tipo del Maestre y el de Solimán *el Magnífico* no desdicen de la grandeza que uno y otro tienen en la historia, siendo muy loable en el poeta cristiano la imparcialidad generosa con que presenta la figura del grande enemigo de la Cristiandad, haciendo resaltar su proceder magnánimo después de la victoria. No hay en la obra rastro alguno del fanatismo que gratuitamente se atribuye á los poetas españoles: la gloria está partida equitativamente entre los dos adversarios, y los conceptos honrados y nobles puestos por igual en boca de uno y otro, como en bizarra competencia de generosidad:

SOLIMÁN.

Porque á no tener la luz
Que me dió Alá soberano,
Pienso que fuera cristiano
Sólo por traer tu cruz.
Y eres tan noble enemigo,
Donde tal valor se encierra,
Que al mismo Alá hiciera guerra
Como tú fueras mi amigo.
. . . .
Ya el provecho es inferior
Que vuestra ciudad encierra;
No peleo por la tierra,
Peleo por el honor.
. . . .

MAESTRE.

Los cequíes que me ofreces,
El cristal, joyas y espada,
Y aquesta merced sobrada
Con que mi ser engrandeces,
Claro está que ha de obligarme
Á servirte; mas, señor,
Para comprarme mi honor,
¿Tienes tesoro que darme?

Bien pudieron decir los espectadores de esta escena:

—Tratándose como amigos,
Muestran su esfuerzo y poder.
—Es honrado proceder.
—Son honrados enemigos.

En la jornada segunda cae herido y prisionero un valeroso soldado español, llamado D. Diego Tello; y el Maestre, de pie sobre la muralla, propone á Solimán su rescate con estas sentidas palabras:

Danos á Tello, señor,
Porque su cura se haga.....
Y si por desdicha es muerto,
Volvernos su cuerpo manda;
Que el sepultar los difuntos
También el Moro lo alaba.....
Y si está ya en ese punto,
Antes que su alma parta.....
Dánosle, gran Solimán,
Que vivas edades largas:
Muera entre las blancas cruces
El que fué de la Cruz blanca;
Que muriendo ese español
Entre las flores de España,
Tendrá quien Jesús le diga
Cuando se le arranque el alma.
Véanle morir los míos,
Y aprendan á ganar fama
De aquel que le sobró pecho
Cuando faltó una muralla.
Considera, gran señor,
Que en la muerte no hay venganza,
Y el que muere se consuela
Conociendo el que le falta.....

GRAN TURCO.

¡Por Mahoma, que me espanto
De ver en tus ojos agua!
¡Si eran de fuego no ha un punto,
Que amedrentaban las almas,
Tus lágrimas, Gran Maestre!
¡Por Alá y sus luces santas,
Que ser cruel y valiente
Repugna á natura humana!
Tu comendador te diera
Si creyera que en tu casa
Hubiera tan buena cura
Como donde le regalan.....
Allá faltan medicinas,
Y aquí las tendrá sobradas;
Y no me espanto que os falten,
Que son tantas las batallas,
Que no sé quién os da lienzo
Para apretaros las llagas.
Enviad á un español
Que seguro al campo salga,
Para que con Tello esté,
Si por dicha vivo escapa,

Y no para que le cure;
Porque os doy mi Real palabra,
Que será como la mía
Su persona regalada.

No carece de ternura y efecto poético la despedida del Maestre, cuando abandona á Rodas con las reliquias de su gente, llevándose el estandarte de la Orden y las reliquias de San Juan:

¡Adiós, murallas rompidas,
Cuanto fuertes desdichadas,
Sembradas de sangre y vidas;
Adiós campañas, compradas
Á mortal precio de heridas.
Adiós, famosos jardines;
Adiós, palacios cercados
De laureles y jazmines;
Adiós, fuertes levantados
Por los infieles Techines.
Adiós, templo de San Juan,
Aunque con nosotros van
Las reliquias veneradas,
Por las culpas desterradas
Del maestre Lisladán (1).
Adiós, sepulcros famosos
De aquellos antepasados
Maestres, más venturosos
Que no el que por sus pecados
Ve estos fines dolorosos!.....
. . . .
¡Adiós, calvarios y enseñas
Puestas por la cristiandad
En los caminos y en peñas,
Que de mi culpa y maldad
Me reprenderéis por señas!
Adiós, los que en las alturas,
Dejando este mundo á obscuras,
Estrellas pisáis sin miedo;
Que aun detenerme no puedo
Para daros sepulturas!

Como la materia histórica no bastaba para llenar la comedia, el poeta la ha dilatado con varios episodios más ó menos felices, siendo el principal un embrollo amoroso en que figuran dos damas sevillanas, D.ª Isabel de Toledo y D.ª Ana de Aguilar, que vienen persiguiendo á sus infieles galanes, disfrazadas la una de turco

(1) En esta forma transcribe Lope el apellido de Villiers-de-l'Isle-Adam.

y la otra de soldado español. A pesar de lo inverosímil del dato y de haberle repetido Lope en otras muchas obras, da lugar esta combinación á algunas escenas agradables y bien versificadas, siendo de notar un romance y unas endechas que hay en la jornada segunda.

III.—EL CERCO DE VIENA POR CARLOS V.

En la primera lista de *El Peregrino* (1604) se cita una comedia titulada *El Turco en Viena.* No afirmaremos que sea esta misma publicada á nombre de Lope de Vega en ejemplares sueltos del siglo XVIII, estragadísimos como todos los de su clase. El primer desatino está en el título, puesto que no fué Carlos V, sino Solimán *el Grande* el que cercó á Viena, y Carlos V el que la socorrió é hizo á los turcos levantar el cerco. El título verdadero y primitivo de la comedia debió de ser el que se indica en los últimos versos:

Y ésta es la feliz *vitoria*
Que alcanzó España en Viena.

En su estado actual es imposible que esta comedia sea de Lope. Está indudablemente refundida y estropeada por un versificador vulgar, pero en algunos pasajes todavía se reconoce la huella de su estilo, por ejemplo, en esta rápida y brillante descripción del campo turco (jornada segunda):

¡Qué de lanzas, qué de picas,
Qué de arneses, qué de cotas,
Qué de costosas marlotas,
Qué de sobrevistas ricas!.....
. . . .
¡Qué número de escopetas,
Qué grandeza de jinetes,
Qué cantidad de mosquetes,
Qué nublado de saetas!
¡Qué limpieza de cuchillas,
Qué inmensidad de vasallos,
Qué hermosura de caballos,
Qué curiosidad de sillas!
¡Qué de banderas tremolan,
Qué de atambores atruenan,
Qué de clarines que suenan,
Qué de lunas se enarbolan!

Por lo demás, la comedia vale poquísimo, y no era de esperar otra cosa de su asunto, grandioso y magnífico en la historia, pero de todo punto inadecuado para el teatro. Moratín tiene razón en esta parte: una comedia sobre el cerco de una

ciudad tiene que ser mala siempre, aunque sea un gran poeta quien la escriba, y no D. Eleuterio Crispín de Andorra. No hay quizá entre todas las hazañas de Carlos V otra más memorable que la de haber detenido y rechazado de las orillas del Danubio, por el sólo prestigio de sus armas y la habilidad y presteza de sus operaciones, sin llegar á trance de batalla, un ejército de 300.000 hombres con Solimán á la cabeza, conjurando así la más formidable invasión otomana que hubiese amagado á la cristiandad europea (A. 1532). No hubo entre los dos ejércitos más que parciales encuentros, que bien pueden llamarse escaramuzas, pero la retirada forzosa del Turco después de tan inmenso aparato, equivalió á muchas victorias, y valió más por haber sido comprada con tan poca sangre. La grandeza del hecho y de sus consecuencias mucho mejor se comprende leyéndole en el libro XXX de las *Historias*, de Paulo Jovio (1), ó en Fr. Prudencio de Sandoval, ó en la sencilla y verídica relación del arcabucero Cereceda (2), que en la presente comedia de Lope, donde casi todo es descosido y pueril, árido y enfadoso. El Solimán de esta pieza ha perdido la nativa magnanimidad que muestra en la anterior, y se ha convertido en un energúmeno furibundo que ordena por capricho atroces crueldades, y dice de sí mismo:

---

(1) *Libro de las historias, y cosas acontescidas en Alemaña, España, Francia, Italia, Flandres. Inglaterra, Reyno de Artois, Dacia, Grecia, Sclavonia, Egypto, Polonia, Turquía, India, y mundo nuevo, y en otros reynos y señoríos: començando del tiempo del Papa Leon, y de la venida de la Magestad del Emperador y rey nuestro Señor Carlos quinto en España, hasta su muerte. Compuesto por Paulo Iouio Obispo de Nuchera en Latin, y traduzido en romance Castellano por Antonio Ioan Villafranca medico Valenciano: y por el mismo añadido lo que faltaba en Iouio hasta la muerte del inuictissimo Emperador Carlos quinto nuestro rey y señor. Valencia en casa de Ioan Mey*, 1562.—Folio. Gótico.

—*Historia general de todas las cosas succedidas en el mundo en estos cincuenta años de nuestro tiempo: en la qual se escriuen particularmente todas las victorias y successos que el inuictissimo Emperador Don Carlos hubo, dende que comenzó á reinar en España hasta que prendió al Duque de Saxonia. Escrita en lengua latina por el doctissimo Pavlo Iovio, traduzida de latin en castellano por el Licenciado Gaspar de Baeça*..... Salamanca, por Andrea de Portonariis, 1563 Segunda parte, 1564.

Esta traducción, hecha en elegante estilo castellano, es muy superior á la primera.

(2) *Tratado de las campañas y otros acontecimientos de los ejércitos del Emperador Carlos V en Italia, Francia, Austria, Berbería y Grecia, desde* 1521 *hasta* 1545, *por Martin García Cerezeda Cordobés*..... *Publícalo la Sociedad de Bibliófilos Españoles*. Madrid, 1873. Tomo I, páginas 292-312.

Cereceda hace conmemoración de los españoles que asistieron á aquella famosa jornada: «De la nacion de España habia estos señores: el Duque de Alba, el Duque de Béjar, el Conde de Cifuentes, el Conde de Castañeda, el Conde de Santistéban, el Conde de Altamira, el Conde de Palma, y se esperaban al Marqués de Cogolludo y el Conde de Monte-Rey. Estaba el Comendador mayor de Castilla, el Comendador mayor de Leon, el Comendador mayor de Alcántara y el Comendador mayor de Calatrava; prelados, el Obispo de Bari, el Obispo de Palencia, el Obispo de Orense. Y de otras dignidades, caballeros, comendadores y cortesanos, no los podria escribir.»

Una lista mucho más completa trae Sandoval (II, 120).

Sólo el dios que reverencio
Es mi rabia y mi lujuria (1).

Los lances de cautivos y renegados son vulgarísimos, y la parte sobrenatural está presentada con muy poco arte y con una familiaridad peligrosa.

Versa sobre el mismo argumento que esta comedia otra anónima, y todavía peor, escrita, al parecer, en el siglo XVIII, con el título de *Desagraviar el valor, reino, hermano y opinion, ó Carlos V en Viena.*

Ninguna de estas obras dramáticas tiene relación con los dos romances harto infelices, compuestos en el siglo XVI sobre el sitio de Viena, que llevan en la colección de Durán los números 1.151 y 1.152. El más antiguo de ellos, inserto en la *Rosa Real* de Timoneda (1575), es una especie de gaceta rimada, curiosa sólo por contener la lista de los nombres de los caballeros españoles que asistieron como voluntarios á aquella jornada, «sin ser llamados ni compelidos de nadie (como dice Sandoval), vendiendo y empeñando sus haciendas, y echándolas en armas y caballos, dexando la dulce patria, mujeres y hijos». El segundo es una pedantesca composición de Gabriel Lobo y Laso de la Vega, impresa en su *Romancero y tragedias* (1587), que comienza de esta guisa:

Al soñoliento escorpion
El nuevo sol se avecina,
Sus tardos miembros tocando
Ya por las australes vías.....

---

(1) Pudiera creerse que Lope ha aplicado á esta fantástica pintura de Solimán los rasgos que á Mahometo II, el conquistador de Constantinopla, aplica con más razón Mateo Bandello, en una de sus novelas (la 13.ª de la parte segunda), en cuya lectura estaba tan versado Lope, hasta el punto de ser uno de sus libros predilectos, del cual sacó muchos asuntos dramáticos.

Dice Bandello de Mahometo:

«*Egli si persuase non esser Dio alcuno: si beffava della Fede dei Cristiani, sprezzava la legge giudaica, e nulla o ben poco stimava la religione Maomettana..... di modo che non ci era setta alcuna, che da lui non fosse sprezzata.*»

(*Novelle di Matteo Bandello. Parte seconda. Volume quarto. Milano, per Giovanni Silvestri*, 1813. Página 275.)

Y dice Solimán en *El Cerco de Viena*, jornada segunda:

Ninguna ley obedezco
Ni guardo razón ninguna.
La fe del moro blasfemo,
De la del turco hago burla,
Escupo la del judío,
La del alarbe me ofusca;
Pero la que estimo menos
Y la que más me estimula
Á un grande aborrecimiento,
Es la que Cristo promulga.

IV.—CARLOS V EN FRANCIA.

El original de esta comedia, fechada en Toledo á 20 de Noviembre de 1604, y acompañada de numerosas licencias y aprobaciones, que nos informan de haberse representado en Valladolid, 1607; en Madrid y Zaragoza, 1608; en Jaén y en Málaga, 1610; en Murcia, 1611; en Granada, 1615; en Lisboa, 1617, y en Madrid nuevamente en 1621 (1), existía á fines del siglo pasado, con otros muchos autógrafos

---

(1) Véanse estos curiosos documentos que van en las últimas hojas del manuscrito:

«LICENCIAS DE LOS INQUISIDORES Y JUECES ORDINARIOS.

»Por mandado de los señores Inquisidores de Valladolid, Jueces Apostólicos, vi esta comedia de *Carlos quinto en Francia*, y toda es historial, y no hay en ella cosa contra nuestra santa fe católica, ni contra buenas costumbres; y así me parece que puede representarse. Fecha en San Francisco de Valladolid, á 9 de Marzo de 1607.—*Fr. Gregorio Ruiz.*»

«Visto por los señores Inquisidores de Valladolid el parecer de arriba de fray Gregorio Ruiz, lector de teología de San Francisco de esta ciudad, dieron licencia para que se pueda representar esta comedia de atrás, intitulada de *Carlos quinto en Francia*. Fecha en Valladolid, á 9 de Mayo de 1607.—*Juan Martinez de la Vega.*»

«Examine esta comedia, cantares y entremeses el Secretario Tomás Gracian Dantisco y dé su censura. En Madrid, á 15 de Junio de 1608.»

«Por mandamiento del Arzobispo, mi señor, he visto esta comedia de *Carlos quinto en Francia*, y digo que se puede representar; y así lo firmo en Zaragoza, á 16 de Octubre de 1608. —*El Doctor Domingo Villalba.*»

«Vean esta comedia de *Carlos quinto en Francia* los padres Prior y Predicadores de Santo Domingo, y so pena de excomunion mayor *latae sententiae*, que no se recite nada de lo enmendado. Fecha en 25 de Julio de 1609.—*El Doctor de la Parra.*»

«Vi esta comedia así enmendada; como ya está, no tiene cosa por donde no se pueda representar.»

«Por mandado del Señor Gonzalo Guerrero, Canónigo de la doctoral y Provisor general de este Obispado, vi esta comedia de *Carlos quinto en Francia*; y, á mi parecer no tiene cosa contra la fé, y así puede representarse, salvo, &. Á 11 de Julio de 1610.—*Dr. Antonio de Godoy Chico.*»

«En la ciudad de Jaen, á 12 de Julio de 1610 años, su merced, el señor licenciado Gonzalo Guerrero, Provisor de este Obispado, habiendo visto el testimonio y vista de esta comedia, que se intitulaba *Carlos quinto en Francia*, por mandado de su merced, dado por el doctor Antonio

de Lope, en el archivo de la Casa ducal de Sessa, miserablemente malbaratado en nuestros días. Una copia sacada en 1781 por D. Miguel Sanz de Pliegos, archivero de aquella casa, se guarda hoy en la Biblioteca Nacional, formando parte del tomo II de la colección de comedias inéditas de Lope, que formó dicho Sanz de Pliegos, de la cual sólo se conoce este tomo II, que fué adquirido por D. Tomás Rodríguez Rubí en la feria de Atocha de 1860, y donado por él al Sr. Hartzenbusch, Director de la Biblioteca en aquella sazón. Consta en el *Catálogo* de La Barrera que D. Salustiano de Olózaga poseyó el manuscrito original, pero ignoramos su actual paradero.

Esta comedia fué publicada por Lope en la *Parte* 19 de las suyas (Madrid, 1623), de la cual hay otras tres ediciones: Madrid, 1624 y 1626; Valladolid, 1627. Es curiosa, por sus conceptos estéticos acerca de la música, la carta dedicatoria á Gabriel Díaz, maestro insigne de Capilla en el Real monasterio de la Encarnación, y que antes lo había sido en la iglesia colegial de Lerma. Tal testimonio debe añadirse á los muchos que tenemos de las aficiones musicales de Lope de Vega, que tanto influyeron en la parte lírica de sus obras.

Comprende el presente poema dramático tres diversas acciones históricas, correspondientes á los años 1538, 1539 y 1540. No tienen más enlace entre sí que el re-

---

de Godoy y Chica, Prior de la iglesia de esta ciudad, dijo que daba y dió licencia y facultad á Antonio Granados, autor de comedias, para que la pueda representar en esta ciudad y Obispado; y lo firmó de su nombre. — *El licenciado Gonzalo Guerrero.* — Ante mí, *Juan de Mata*, notario.»

«Doy licencia para que se represente esta comedia. En Málaga, 29 de Noviembre de 1610. *El Doctor Francisco del Pozo.*»

«Por mandado del señor licenciado Alonso Rodriguez, Canónigo de la Santa Iglesia de Cartagena, Provisor y Vicario general de su Obispado, he visto y leído esta comedia de *Carlos quinto en Francia*, y no hallo cosa ninguna contra la Religion cristiana ni buenas costumbres por que no se deba representar. Y lo firmé en Murcia, 30 de Mayo de 1611. Y así se podrá representar con su licencia.—*Doctor don Juan Andres de la Calle.*»

«Esta comedia se puede representar. En Granada, 3 de Diciembre de 1615.—*El Doctor Francisco Martinez Rueda.*»

«Podráse representar esta comedia intitulada *Carlos quinto en Francia*, con bailes y entremeses. En Lisboa, á 2 de Octubre de 1617.»

«Vi esta comedia, y puede representarse; que no tiene cosa en qué repararse. En Madrid, á 24 de Agosto de 1621.—*Pedro de Vargas Machuca.*»

«Dase licencia para que se pueda representar esta comedia de *Carlos quinto en Francia.* En Madrid, á 13 de Diciembre de 1620. (Rúbrica.)

ferirse todas á la persona del Emperador, y aun puede decirse que sólo los actos primero y segundo justifican el título de *Carlos V en Francia*.

Dan materia al primero las vistas concertadas en Villafranca de Niza entre el Emperador y el Rey de Francia para tratar de la paz por mediación del Sumo Pontífice Paulo III. Lope sigue la historia con bastante fidelidad, como puede juzgarse cotejando estas escenas de su comedia con cualquiera de las relaciones contemporáneas de aquel suceso, especialmente con la muy verídica y detallada de Pedro de Gante, secretario del Duque de Nájera. Bastará copiar algunas líneas de la relación, que corresponden con mucha puntualidad á la última escena de este acto (1):

«A 4 de Julio (de 1538), el Emperador se embarcó en Génova para España. Detúvose seis dias hasta llegar á Niza, porque hizo muy contrario tiempo..... Cerca de las islas de San Honorato llegó una galera de Francia en que venia un embaxador del Rey: hecha su salva y derribado el estandarte y banderas, ido ante el Emperador, le dixo que el Rey de Francia decia que si deseaba la paz de la Christiandad, que se viesen en Aguas Muertas, do le esperaba, y que no serian menester terceros. El Emperador le dixo que dixesse al Rey que no pasaria sin verle. Luego se volvió el embaxador.

»Otro dia llegó su Magestad á Islas d'Eras (de Hières); el Gobernador dellas le envió un presente de muchas frutas, y le vino á offrecer de parte del Rey las fuerzas y castillos de toda aquella tierra. El Emperador se lo agradeció, y le dixo que yba á verse con el Rey y le diria los servicios que le habia hecho.

»A 13 de Julio, sábado de mañana, llegó el Emperador acerca de Marsella. Salieron á recibille 21 galeras del Rey de Francia. Quando llegaron cerca de la capitana, do su Magestad iba, todas las banderas y estandartes derribaron, salvo el estandarte de su capitana. La salva que las unas á las otras se hizieron fué tal, y la escuridad del humo que á todos cubrió, que los unos no podian ver á los otros. El Conde de Tenda salió de la galera capitana del Rey con otros caballeros y entró á la del Emperador á ofrecelle á Marsella con toda aquella tierra. Todas las galeras en compañía se fueron hacia la ciudad. Cerca de media legua della está un castillo harto fuerte, dentro en la mar, en una pequeña isla para la guarda del puerto; desde aquél y de otro castillo que está al lado de la ciudad, dispararon mucha artillería, y de Marsella no menos. Las salvas de una parte y de otra fueron muy bravosas. El armada estuvo hasta la tarde entre el castillo que primero dixe, y una isla que está vezina. Muchos caballeros y criados de señores fueron en barcos á ver la ciudad y hallaron en los franceses todo buen trato y acogimiento.

---

(1) Véase además la *Relacion muy verdadera sobre las paces y concordia que entre Su Magestad y el Christianísimo rey de Francia pasaron. E las fiestas e recebimiento que se le hizo á su Magestad en la villa de Aguas-muertas á Xiiiij y XV de Julio, año M. D. XXXVIIj.*—Sin año ni lugar. 4.º gótico. Reimpresa en el curioso librito *Cosas de España*, por Espinosa y Quesada (seudónimos de Zarco del Valle y el Conde de las Navas). Sevilla, 1892. Páginas 20-31.

»Cerca era de la noche quando el armada comenzó á navegar para Aguas Muertas, donde el Rey esperaba al Emperador. Aquella noche hizo viento favorable, aunque pasó algun trabajo. El Emperador se halló en la mayor necessidad que nunca en la mar tuvo. La causa fué porque aquella noche y más de quatro ó cinco horas del otro dia hizo niebla tan escura, que de una galera no se via otra, si muy cerca no estaba, y assí se apartaron las unas de las otras con mucha distancia.....

»Otro dia, domingo al alba, como la niebla duraba, y por aquella parte hay en la costa poca hondura, la galera del Emperador encalló en la arena, sin poder yr adelante ni volver atrás: iba otra tras ella, en que yba el Conde de Módica; y no teniendo tiempo para detenerse ni desviarse por el ímpetu y rigor que yendo á vela con viento llevaba, embistió con la del Emperador, y desbaratado el governalle, lo derribó y rompió uno de los bancos de popa. Fué tan grande el golpe que la galera capitana recibió, y de tanto sonido, que los que lo vimos y oymos pensamos que era abierta y perdida. De creer es que el Emperador, en aquel paso contemplara la flaqueza de la humanidad y la poca jurisdiccion que en aquel lugar tenia. Su galera soltó en vezes tres piezas de artillería, pidiendo socorro á las otras; mas con la niebla andaban tan esparzidas, que de treynta que yban nuestras..... no se hallaron vezinas más de cinco, y éstas no muy cerca..... La galera que la socorrió fué la del Duque de Nájera.....

»Aquel dia, domingo 14 de Julio, llegó el armada á Aguas Muertas. Echaron áncoras cerca de una legua del lugar. Luego vino el Gran Condestable de parte del Rey al Emperador; hecha su visitacion, se volvió. Dende á una hora vino el Rey en un barco con el delfin y el duque Dorliens (de Orleans) sus hijos, con algunos caballeros, en diez ó doce barcos, sin tener hasta aquella hora hecho ningun concierto de cómo ni adónde tenian las vistas. La armada le hizo muy cumplida salva. El Rey llegó á la galera del Emperador, y ayudándole su Magestad á subir, entró en ella. Los dos Príncipes se abrazaron muchas veces, y hablaron con muestras de grande amor. El príncipe Andrea Doria llegó á besar las manos al Rey, el qual le abrazó y se le offreció por amigo. Despues de haber estado en mucho plazer hasta la tarde, el Rey se volvió al lugar, y el Emperador se quedó en su galera» (1).

No menos ajustado á la historia procede el acto segundo, que empieza con las famosas Cortes de Toledo de 1538, si bien Lope, como era natural en un poeta de su tiempo, prescinde del aspecto político y se fija más bien en la parte anecdótica y pintoresca. A juzgar por la fecha de su comedia, no es imposible que pudiera aprovechar la célebre *Historia del Emperador*, compuesta por Fr. Prudencio de Sandoval, cuya primera edición es de Valladolid, 1604; pero ya fuese tomándola de él, ya directamente de Alfonso de Ulloa y de otros autores á quienes Sandoval copia, es cierto que hizo mucho caudal de una anécdota que el Obispo de Pamplona refiere en estos términos:

---

(1) *Relacion de la jornada que el Emperador y Rey nuestro señor hizo á la ciudad de Niça este presente año de 1538, sobre las vistas entre su Magestad y el Rey de Francia. Scribióla*

«Sucedió con esto otro caso que diera principio y ocasion á grandes pesadumbres, si la prudencia y espera del Emperador no lo remediara. Fué, pues, que los Caballeros cortesanos ordenaron unas fiestas en Toledo, en las quales se hallaron el Emperador y la Emperatriz. Hiziéronse estas fiestas ó justas reales fuera de la ciudad, en la Vega, porque dentro della, por ser poco llana, casi no hay lugar cómodo. Salieron los Reyes, acompañándolos todos los grandes y Caballeros de la Corte. Iban los alguaciles en sus caballos apartando la gente y dando indiscretamente (como suelen) con gruesas varas. Uno dellos se metió entre los grandes, apretándolos con el caballo al galope, diziendo que caminasen y diesen lugar al Emperador. Acertó (por su desgracia) el Alguacil á dar con la vara en las ancas del caballo del Duque del Infantado, que á su persona no tocó. Sentido el Duque de la descortesía del Alguazil, volvió á él y preguntóle: *¿Vos conoceisme?* Respondió que sí y que caminase, que venia allí el Emperador. Entonces echó el Duque mano á la espada, y dió una cuchillada al Alguazil en la cabeza. Los demás caballeros quisieron tambien herirle, y sin duda los lacayos le mataran, si el Duque del Infantado no los detuviera. El Alguazil, herido y sangriento, se fué á quexar al Emperador. Sintió mucho el Emperador que en su presencia se atreviesen á herir á los ministros de su justicia. Luego acudió el Alcalde Ronquillo á querer prender al Duque, diziendo que el Emperador lo mandaba, y se puso á su lado, como que lo queria llevar consigo. El Condestable dixo al Alcalde que no tenia que ver en aquello, que él era Justicia mayor, y el que habia de prender al Duque, y no otro. El Duque del Infantado y todos los grandes se agraviaron mucho de que un Alcalde quisiese atreverse á prender un grande; y queriendo Ronquillo porfiar en ponerse al lado del Duque, el Condestable le echó de allí. Temiendo Ronquillo no le sucediesse lo que al Alguazil, cuerdamente se apartó, y el Duque se fué con el Condestable, acompañándole casi todos los grandes y caballeros, que dexaron al Emperador con solos los de su casa ó poco menos que solo. El Emperador disimuló prudentemente, y mandó en via ordinaria proceder contra el Duque conforme á las leyes. Curóse el Alguazil á costa del Duque, y dióle más quinientos ducados, y con esto no se habló más en ello. Y aun dizen que el Emperador envió á dezir al Duque si queria que se procediesse contra el Alguazil, que él lo mandaria castigar: tanta era la clemencia deste Príncipe, y lo que estimaba á sus caballeros. El Duque lo estimó como merced muy grande que el Emperador le hazia, y aun le valió al Alguazil para que el Duque, con ánimo generoso, le favoreciese y hiciese merced, mostrando en esto el Duque, como en todo, su grandeza.

Pedro de Gante, Secretario del Duque de Nájera, que se halló presente á lo que en la dicha jornada succedió. Páginas 15-49 del libro titulado

Relaciones de Pedro de Gante, Secretario del Duque de Nájera (1520-1544). Dalas á luz la Sociedad de Bibliófilos Españoles. Madrid, imprenta de Rivadeneyra, 1873.

Halló estas curiosas relaciones en el Museo Británico, y cuidó de su impresión, D. Pascual de Gayangos.

«Cuenta así esto Ulloa en la historia que escribió en Toscano, y Ponte Heutero en latin. Otro autor lo escribe algo diferente, y dice por relacion de quien lo vió en esta forma: que don Iñigo Lopez de Mendoza, quarto Duque del Infantado, salió de su posada, que era á S. Andres en las casas de Francisco Rojas y Ribera, señor de la villa de Larjos, y acompañado de muchos señores y caballeros, llegó á la Vega, donde se hazia la fiesta en aquel gran llano entre el convento de San Bartholomé y las huertas, que estaba cercado de tablados muy altos: fué esta llegada á tiempo que entraban los del torneo de á caballo. Venia adelante al galope Francisco Sanchez, alguazil de Corte, con un palo, haziendo lugar á los torneadores. No pudo subir el Duque á su tablado, y púsose en frente del Emperador á la parte de Toledo. Estando allí, el Alguazil acertó á dar un golpe en las camas del freno del caballo del Duque, con que le hizo empinar; dixo entonces el Duque: *¡Ah traidor, ¿qué has hecho? ¿conócesme?* Respondió el Alguazil: *Sí, señor; bien sé que Vuessa Señoría es el Duque del Infantado.* Metió entonces el Duque mano á la espada, y el Alguazil echó á huir; mas alcanzóle el Duque, y dióle una cuchillada en la cabeza. Volvió el Alguazil con la espada desnuda y dió al caballo del Duque en la cabeza, y empinóse y volvió las ancas. El Duque daba voces para que no hiziesen daño al Alguazil. Acudió luego el Alcalde Rodrigo Ronquillo y púsose al lado del Duque para llevarle por eso á su posada (que ya dixe la que era). Salió de través el Condestable de Castilla y dixo al Alcalde que se fuese, que á él le tocaba hacer aquella prision, y llevó al Duque, acompañándole todos los grandes y señores que allí se hallaron: de manera que sólo el Cardenal de Toledo quedó con el Emperador, harto sentido de que así le hubiesen dexado. Y otro dia el Duque fué á ver al Emperador, y recibióle diziendo que no estaba ofendido de lo que en su presencia habia pasado. *Y ¿es posible*, dixo, *Duque, que se os atrevió aquel bellaco? Merecia que luego allí le ahorcaran.*» (Libro XXIV, párrafo IX.)

Fray Prudencio de Sandoval, que, á pesar de sus hábitos, se picaba de linajudo, cuenta esta significativa anécdota en sentido más favorable al ofendido prócer que á los ministros de la justicia ordinaria, la cual quedó bastante malparada en aquel lance, aunque sin grave riesgo para lo futuro, gracias al *disimulo prudente* de Carlos V, que poco aventuraba transigiendo en las cosas pequeñas cuando tenía vencidas las principales, y á quien no debió de quitar el sueño el pueril alarde de los Grandes, pocos días después de haber ellos mismos oído y acatado sin réplica esta blanda intimación del cardenal Tavera, que les cerró para siempre la puerta de las Cortes del reino: «No hay para qué detener á Vuestras Señorías, sino que cada uno se vaya á su casa ó á donde por bien tuviere.» Mezquino desagravio de esto era descalabrar á un alguacil y entablar competencia con un alcalde. No puede darse símbolo más expresivo de la decadencia de una clase, cuyos grandes días habían pasado, aunque muchos de sus hijos hiciesen todavía reverdecer con propia y ajena sangre los antiguos laureles.

El acto tercero de esta comedia nos transporta á París, donde asistimos al solemne y cordial recibimiento que hizo Francisco I á Carlos V, en el mes de

Enero de 1540, cuando pasó por Francia para sosegar el tumulto de los ganteses. También aquí el poeta se muestra fidelísimo á las relaciones contemporáneas, entre las cuales merece especial recuerdo el rarísimo pliego gótico que lleva por título *El grãde y muy sumptuoso recibimiento que hizieron en la gran cibdad de Paris al Inuictissimo Emperador y rey nuestro señor.* Compendio de cualquiera de ellas, ó de Sandoval, que las recopila, parece el romance que se pone en boca del soldado Pacheco en esta jornada, la cual termina con una especie de apoteosis de España y Francia abrazándose coronadas de laurel y bendecidas por el Papa:

Dure esta paz y esta unión,
Santa liga, inmortal junta,
Por bien de la cristiandad.

Final, ciertamente, más patriótico que histórico, puesto que las guerras entre franceses y españoles continuaron, con muy pequeña intermisión, durante todo aquel siglo; pero acomodado á los tiempos en que Lope escribía (1604), cuando estaban frescas las paces con Francia, y parecía que iba estrechándose cada vez más la buena inteligencia entre ambos pueblos, rota luego desdichadamente en el reinado de Felipe IV por las opuestas ambiciones de Richelieu y Olivares.

Esta pieza, como se ve, carece de toda unidad dramática, y no es más que una crónica dialogada, con muy poca trabazón entre sus escenas, pero está bien escrita, tiene interés por los nobles ejemplos de valor y cortesía que evoca, y no dejan de amenizarla las escenas episódicas en que abunda, y de que son principales actores el soldado aventurero Pacheco, valiente, pero arrufianado; Leonor, italiana loca que desde Niza viene persiguiendo al Emperador, de quien está ridículamente enamorada; y otra dama andariega, disfrazada de paje, que se hace llamar Fernandillo. El encuentro de tales personajes da lugar á divertidas escenas, más picantes que honestas, de las cuales puede servir como muestra el siguiente trozo, en que la desvergüenza se perdona por lo lindo de la expresión:

Tres partes la harina tiene:
Flor, media harina y salvado;
Y una mujer de tu estado,
Á tener las mismas viene.
Goza la flor el señor,
Y paga el primer bocado,
Porque come regalado
En los deleites de amor.
La media harina, tras él,
Come el mayordomo acaso;
Que es escritura en traspaso,
Y se sustituye en él.
El salvado, que ya es
Lo vil destos tres linajes,
Viene á oficiales y á pajes,

Y aun á lacayos después.
Y desta suerte vendrás,
Leonor, á parar en mí.....

V.—LA MAYOR DESGRACIA DE CARLOS V

Y HECHICERÍAS DE ARGEL.

Esta comedia se ha impreso dos veces: primero, en una *Parte* 24 (apócrifa y *extravagante*) *de Comedias de Lope de Vega*, estampada en Zaragoza, por Diego Dormer, en 1633; y después, en una *Parte cuarenta y tres de comedias de diferentes autores*, publicada en Valencia, 1660, donde se halla á nombre de D. Diego Ximénez Enciso. No hemos logrado ver este tomo que cita en su *Índice* D. Juan Isidoro Faxardo, pero la comedia, tal como se imprimió en Zaragoza, tiene todos los caracteres del estilo de Lope, á pesar de lo incorrectísimo de este género de ediciones. Hemos procurado enmendar los yerros más evidentes, pero de seguro quedan muchos todavía. Por lo que toca á la fecha de esta pieza, podemos afirmar que es posterior á 1625, puesto que se habla en ella del fatídico tañido de la campana de Velilla en dicho año, y se extracta el discurso que sobre esta materia publicó entonces el Dr. Juan de Quiñones.

Pocas comedias habrá tan estrictamente históricas como ésta, puesto que el autor apenas se aparta en ninguna cosa esencial de las más autorizadas relaciones de aquella desastrosa jornada, entre las que sobresale el comentario latino del caballero de Malta Durand de Villegaignon (*Caroli quinti expeditio in Africam ad Algieram*, 1542), que sirvió principalmente á Sandoval para lo que escribe en el libro XXV de su voluminosa y útil compilación (1), y ha servido también para el elegante cuadro que el vicealmirante Jurien de la Gravière, benemérito de nuestra historia marítima del siglo XVI, traza en su libro sobre *Los corsarios berberiscos y la marina de Solimán el Grande* (2).

Que Lope acudió en primer término á la crónica de Sandoval, impresa ya en 1604, es cosa que no admite duda, y esto, no sólo por la identidad de las noticias, sino también de algunas expresiones. Dice Sandoval que Carlos V, á pesar del grave cuidado que le daban los negocios de Alemania, se animó á aquella expedición «por el amor grande que tenía á los reinos de España, y doliéndose de los males que los dichos reinos padecían por los continuos asaltos y robos de los corsarios», y que se despidió del Papa en Luca, partiendo «cargado de bendiciones y no de dineros». Las mismas palabras puntualmente pone Lope en boca de Carlos V:

---

(1) *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V.....*, tomo II, páginas 299-308 de la edición de Amberes, 1681.

(2) *Les Corsaires Barbaresques et la Marine de Soliman le Grand*, *par le Vice-Amiral Jurien de la Gravière.....* París, 1887. Cap. III, páginas 27-87.

Traigo del Papa, contra el Turco fiero,
Muchas más bendiciones que dinero.
. . . .
Importante en Italia hubiera sido,
Pero el amor de España me ha traído.

Luego veremos otras coincidencias todavía más significativas. Pero Lope, que era hombre de gran lectura histórica, no se atuvo á este único texto, sino que puso á contribución otros varios, y de un modo especial la *Topographia é historia general de Argel*, del Maestro Fr. Diego de Haedo (Valladolid, 1612), libro famoso en nuestra literatura por las noticias que contiene del cautiverio de Miguel de Cervantes (1). El largo romance del acto primero, en que se describe minuciosamente Argel, no es más que una versificación del texto de Haedo, sin suprimir ni aun los más prosaicos detalles topográficos y estadísticos. Daremos alguna muestra de este procedimiento:

Lope:

Argel, ciudad á quien besa
El muro Mediterráneo,
En elevación del polo
Tiene treinta y siete grados.
Está en la provincia antigua
Que Mauritania llamaron
Cesariense, y llamóse
Ior Cesárea, tiempos largos.
Reedificóla el rey Juba,
Bisnieto del desdichado
Masinisa, que se halló
Con Cipión sobre Cartago.
Colonia romana fué,
Ilustrando los romanos
Su grandeza: Ptolomeo
Lo afirma, el Itinerario
De Antonino y Estrabón,
Aunque otros autores varios
Dicen que Misgrana fué
Su apellido, pero es falso.....

Haedo (cap. 1):

«La ciudad que comunmente llamamos Argel..... está puesta en la provincia de Africa (que antiguamente se dezia Mauritania Cesariense), á la orilla del mar Mediterraneo, en ele-

(1) *Topographia é Historia general de Argel, repartida en cinco tratados, do se verán casos extraños, muertes espantosas y tormentos exquisitos, que conuiene se entiendan en la Christiandad: con mucha doctrina, y elegancia curiosa..... Por el Maestro Fray Diego de Haedo, Abad de Fromesta, de la Orden del Patriarca San Benito, natural del Valle de Carrança..... En Valladolid, por Diego Fernandez de Cordoua y Ouiedo, impressor de libros. Año de M. DC. XII.* Folio.

vacion de Polo, 37 grados poco más. Quién haya sido el que primero fundó esta ciudad y en qué tiempos, no se sabe tan puntualmente, ni muy de cierto: bien es verdad que Juan Leon, docto y curioso autor, de nacion moro, en su descripcion de Africa, dize que fué antiguamente edificada de un pueblo Africano que se dezia Mesgrana, y que, por tanto, tambien la mesma ciudad fuera llamada Mesgrana. Pero no dize en qué tiempo esto fué, ni para confirmacion de lo que afirma alega algun otro autor..... Porque ni en Estrabon, ni en Plinio, ni en Polibio, ni en las Tablas de Ptolomeo, ni en el Itinerario del emperador Antonino..... se halla nacion alguna, ó pueblo ó ciudad, que así se llame Mesgrana. Lo que más de cierto y de más antiguos tiempos se sabe, es lo que Estrabon..... escribe..... que en esta marina habia ciudad que se dezia Iol, la cual, habiendo reedificado Iuba, le mudó el nombre en Cesarea.»

Lope:

. . . . En el tiempo
De Leoncio conquistaron
Los árabes estos reinos,
Y con rüinas del cabo
De Metafuz, doce millas
De Argel, la reedificaron,
Y llamáronla Algecier,
Que en su lengua suena tanto
Como ciudad de la isla,
Y de aquí Argel la llamaron.
Es su natural figura
Una ballesta ó un arco
Con cuerda, con cuya frente
Elevada está mirando
Al Levante y Tramontana.....
Este cerco rematado,
De punta á punta se extiende,
Como se va figurando
La cuerda, que es la muralla,
Á quien besa el mar ufano.
Hace esta cuerda una punta
Que se extiende largo espacio
Por el mar, hasta una isla
Que da puerto á los corsarios.....
La vuelta del arco es
De mil y ochocientos pasos,
Y mil y seiscientos tiene
La cuerda que ata sus brazos.

Haedo (capítulos II y V):

«En tiempo del emperador Leoncio, los alarbes conquistaron y arruinaron toda Africa. .....esta venida de los Alarbes, dexando esta ciudad su antiguo nombre..... la llamaron siempre, y llaman hoy dia los Alarbes Algezeir, qne suena y quiere decir tanto como la isla..... La forma de todo el cuerpo y la figura de todo el circuito y muralla que hoy dia tiene esta ciudad, es del modo y manera de un arco de ballesta con su cuerda: la frente della responde para entre

Levante y Tramontana, para donde responde el puerto..... La vuelta del arco que rodea la ciudad en torno tiene 1.800 pasos, y la de la cuerda que se extiende por la marina es de 1.600 pasos.»

Con la misma fidelidad está calcado todo lo que se refiere á la descripción de las puertas y fortificaciones de Argel, de sus casas y calles, á las costumbres de sus habitadores y vecinos, turcos, judíos y renegados, y á los grados de la milicia entre los genízaros: de tal modo, que muchas veces el texto de la *Topographia* puede servir para enmendar las erratas de la comedia (1).

Lo sobrenatural, ora cristiano, ora diabólico, tiene gran parte en esta comedia, como ya lo indica su segundo título *Hechicerías de Argel.* La imaginación popular no concebía que tan formidable aparato de guerra como aquél, conducido por el gran Emperador en persona, hubiese podido fracasar por causas meramente naturales, sin intervención directa y eficaz del príncipe de las tinieblas. Cuenta Fr. Prudencio de Sandoval que el renegado Azán Agá, defensor de Argel, «por entretener los suyos, ó por desanimar los nuestros, si á sus oídos llegase, hablaba mucho con una vieja hechicera, que habiendo adivinado la perdicion de Diego de Vera y de D. Hugo de Moncada, agora tambien la del Emperador, y en ella no la engañó el demonio, si bien padre de mentiras, la fama de lo cual anduvo entre los españoles y campo imperial, mayormente cuando comenzó y anduvo la tormenta».

Y tanto mostraba confiar en estas supersticiones, que cuando Carlos V le intimó la rendición, respondió muy osadamente que «esperaba en Mahoma, que Argel que tan esclarecido era con las pérdidas de Diego de Vera y de D. Hugo de Moncada, famosos capitanes españoles, sería mucho más famoso con la nueva tormenta y desventura del emperador Carlos V. Tal respuesta dicen que dió aquel renegado capon, ó creyendo las adivinanzas de la hechicera, ó sabiendo que aquel mar suele embravecerse mucho por este tiempo».

Y en efecto, la tormenta fué espantosa. «Comenzó á llover reciamente de cierzo el martes (25 de Octubre de 1541) en la tarde, con un granizo y frío que traspasaba los hombres como tenian poca ropa, y con tan furioso aire, que derrocó las más tiendas del Real, y como duró toda la noche pasáronla todos con trabajo. Amaneció el miércoles con más rigor, y así los soldados apenas podian estar en pie, que los grandes lodos del pisar y la humidad no los sufrian echados..... comenzaron á correr grandes ondas de mar como mensajeras de la tempestad..... sobrevino un valiente cierzo, que propiamente llaman Nordeste, con tanta revuelta, fuerza, y frío y aguaceros, que puso toda la flota en términos de perderse, porque se arran-

(1) Algunas enmiendas son evidentes, como *puerta* de *Bavazón*, en vez de puerta de *Cavazón*, que escribe la edición antigua. Otras no me he atrevido á hacerlas, porque quizá Lope alteró las palabras de propósito, por eufonía ó por capricho. Así, tratando de los genízaros, dice la comedia *Adaxi* en vez de *Oldaxí*, *Toque* en lugar de *Otraque*, *Budaxí* por *Badixa*, *Baluvebaxí* por *Baluco Baxí*, *Almurbabico Baxí* por *Murbaluco Baxí*, *Baxibalvio Baxí* por *Baxi Balucobaxí*, y *Cayá* por *Chayá*, que son las formas que trae Haedo.

caban las áncoras, y se quebraban los cables, y así embestían las naves unas con otras, bamboleábanse tanto que parecian tomar agua con las gabias, y se abrian del mucho ludir, despidiendo las estopas calafateadas: por lo cual estaban los hombres desvanecidos y desatinados..... Llegaba en tan fuerte tiempo la flota de España, y así se hundió casi toda, sino los navíos grandes y recios. En conclusion se perdieron brevemente obra de ciento y cincuenta navíos menores y mayores, con cuanto iba dentro, salvo algunos caballos y los hombres, aunque algunos se ahogaron, y otros alancearon los Alarbes..... La misma fortuna pasaron las galeras, porque contrastaron con el viento, sosteniéndose al remo, desde media noche hasta muy alto el dia, con gran diligencia de los capitanes y cómitres, y maestría de los pilotos. En fin, no pudiendo más, y por no perecer ahogados si se volcasen tanto dentro en mar, hicieron vela y embistieron en tierra algunas galeras. Fué gran lástima, que los llantos no se oían con el ruido de las olas, que bramando quebraban en la costa y navíos trastumbados, ver cómo los Alárabes alanceaban los Christianos, que salian hechos agua, sin armas, y las manos juntas pidiendo misericordia, sin que les aprovechase cosa. Encomendábanse unos á los esclavos de galera, que con ageno mal se rescataban, otros se tornaban á la furiosa mar por miedo de las lanzas ginetas, y otros no sabiendo nadar se ahogaban.....»

La idea de haber intervenido magia en este desastre fué tan persistente en el ánimo del vulgo, que todavía la encontramos en el ingenioso satírico de fines del siglo XVII, Francisco Santos: «Y volviendo los ojos á Carlos V, con su armada sobre Argel, que la ganara, á no ser por aquel difunto mágico hechicero que ordenó unos polvos que, echados al mar, tierra y agua la inficionaron y alborotaron los elementos para que se perdiese con toda su gente: eso fué que lo quiso Dios, que así debia de convenir (1).»

Uno de los náufragos, que escribió en verso una relación de aquella jornada, obra más curiosa y fidedigna que poética, describe de este modo la tormenta:

La mar, con terrible esfuerzo,
Se tornó tan cruda y brava,
Que como montes se alzaba;
Vino un agua con un cierzo
Que las naus nos arrancaba:
Viérades cómo mostraban
Todos con lástima y duelo
De su muerte gran recelo;
Oyérades cómo alzaban
Los clamores hasta el cielo.
Allí, sin otras rancillas,
Los más duros y obstinados,

---

(1) *El Arca de Noé y campana de Belilla*, primera división (*Obras en prosa y verso* de Francisco Santos, tomo IV. Madrid, por Francisco Martinez Abad, 1723. Página 150).

Los corazones quebrados,
Se ponían de rodillas
Confesando sus pecados.
Todos estaban devotos,
Jurando enmendar su vida;
Todos, con voz dolorida,
Hacían mandas y votos
Si Dios les daba guarida.
Nunca vieron los nacidos
En un punto y un momento
Tres contrarios por un cuento
Tan bravos y enfurecidos:
La mar, la lluvia y el viento.
Pues viendo con qué porfía
Se iban todos á anegar,
Para poderse aliviar,
Todo cuanto bueno había
Lo lanzaban á la mar.

. . . .

La mar no daba bonanza,
El viento no se rendía,
Y así, ninguno tenía
De su remedio confianza,
Ni esperaba mejoría.
Entonces, con artes sabias,
Con voluntades muy buenas,
Rompían á fuerzas llenas,
Unos, mástiles y gavias,
Otros, trinquetes y entenas.
Unos estaban de lado
Que nada cuasi sentían;
Otros, de espanto morían,
Otros se echaban á nado
Por ver si se salvarían.

. . . .

¡Oh, qué gritos y alaridos,
Qué lágrimas sin consuelo!
¡Oh, qué llantos y qué duelo!
¡Oh, qué voces y gemidos,
Qué clamores hasta el cielo!
Así iban deste talle,
Como lo hablo y semejo,
Sin jarcias, sin aparejo,
Sin velas, sin gobernalle,
Sin aviso, sin consejo.
Iban en estos bajeles
Las gentes desacordadas;

No eran á tierra llegadas,
Cuando los moros crueles
Los mataban á lanzadas..... (1).

Lope prepara la catástrofe rodeando á la hechicera de todo el prestigio de la *necromancia* antigua, con ritos, á la verdad, más clásicos que musulmanes, y manifiestamente inspirados en el célebre episodio de la maga de Tesalia, que puso Lucano en el libro VI de la *Farsalia*, é imitó con tanta valentía Juan de Mena en su *Laberinto.*

Entre las sombras de la noche desciende al cementerio la Pitonisa de Argel y evoca á un muerto para preguntarle los secretos del destino. Esta escena no carece de solemnidad fúnebre y tétrica:

De Babazón la puerta
Hemos dejado atrás, y aquí enterrados,
Con paz segura y cierta,
Están los morabitos celebrados
Que el Alcorán guardaron
Y sus ritos divinos observaron.
. . . .
Mira cómo se enciende
Por sí misma la lámpara sagrada.....
Levanta el cuerpo frío,
Dime, ¿qué fin tendrá la dura guerra?
. . . .
La piedra se levanta.....
Ya del sepulcro asoma
El cadáver helado, estatua seca.....

MUERTO.

Vosotros, que vinisteis
Á impedir mi reposo en noche fría,
No temáis ni estéis tristes;
Que el gran Profeta á declarar me envía

---

(1) *Obra nuevamente compuesta sobre el gran naufragio que á la armada del invictísimo y católico señor el Emperador, Rey y Señor nuestro, le sucedió en la conquista de Argel en el mes de Septiembre de MDXXXXI.* (Manuscrito de la Biblioteca Nacional. T. 44.)

Esta relación ha sido impresa tres veces en estos últimos años: primero en los apéndices de la *Historia de las posesiones hispano-africanas*, de D. León Galindo y de Vera (tomo XI de las *Memorias de la Academia de la Historia*, 1884), obra menos conocida de lo que merece (páginas 382-388); después en el *Cancionero de Príncipes y Señores*, de D. Juan Pérez de Guzmán (Madrid, 1892; páginas 28-47), y por último, en el libro de D. Cesáreo Fernández Duro, *Viajes regios por mar en el transcurso de quinientos años* (Madrid, 1893; páginas 136-159).

El manuscrito de la Biblioteca Nacional donde se halla esta composición, contiene otras del almirante de Castilla D. Hernando Enríquez, primer Duque de Medina de Rioseco; pero es claro que ésta no puede ser suya, puesto que él no asistió á la expedición.

Los caminos más llanos
Contra la altiva armada de cristianos.....
  Degüella en limpias aras
Cuatro becerros negros, seis ovejas,
. . . .
Cuyas entrañas luego,
Al dar rayos el sol, echa en el fuego.
  De la sangre vertida
Un baño te has de dar; y ansí bañada,
De la lumbre encendida,
Con los conjuros á que estás usada,
Las entrañas divide,
Y con líquido aceite el fuego impide.
  Y cuando esté la guerra
Trabada, de los polvos parte envía
Al agua, y á la tierra,
Y al aire, de quien más favor confía;
Que así será bastante
Á que no tome Argel Carlos de Gante.
. . . .

AXÁ.

  Oye, visión sagrada,
No te apartes de mí de esa manera.
. . . .
Aun no recobro apenas
La helada sangre que faltó á las venas.

Otro elemento de terror sobrenatural ha aprovechado Lope, no en contraposición, sino en corroboración del efecto de esta magia negra: el ambiguo oráculo de la campana de Velilla de Ebro, no menos famoso en nuestra tradición popular que el oráculo de la estatua de Memnon entre los antiguos. Fué creencia arraigada en Aragón y en toda España que aquella campana se tañía espontáneamente para anunciar graves y por lo común luctuosos sucesos, trances de armas, muertes de personas reales. Excitada la fantasía adivinatoria con estos toques, entre los cuales mediaba por lo común gran serie de años, se buscaba profético sentido al número de sones de la campana y á la dirección del badajo, y todo ello se interpretaba conforme á los acontecimientos subsiguientes, interpretación fácil, después de todo, pues rara vez han faltado calamidades públicas, y en la monarquía española menos que en otras partes. El fenómeno en sí mismo permanece inexplicable hasta ahora: si fué superchería, es inverosímil que durara dos siglos, sin provecho de nadie, pues no consta que atrajera gran concurso de devotos al humilde templo de Velilla, que estaba casi en ruinas mientras las campanas repicaban á más y mejor; y además parece cosa fuerte poner tacha de falsedad en tantos testimonios notariales y aseveraciones y juramentos de hombres de bien que dan fe del hecho en ocasiones muy diversas: más racional parece explicarlo por causas físicas, aunque las meteorológi-

cas y sísmicas que apuntó el P. Feijóo no satisfacen del todo; y en suma, lo menos arriesgado es decir con el prudentísimo Zurita: «Cosa es ésta á que cada cual podrá dar el crédito que bien le pareciere, pues de mí puedo afirmar que si lo viese como hay muchas personas de crédito que lo han visto, pensaría ser ilusion.»

Por lo demás, el escepticismo en cuanto al famoso portento, era ya común en tiempo de Lope. El renombrado é ingenioso predicador Fr. Hortensio Félix Paravicino se burlaba de él á boca llena en uno de los sonetos que compuso sobre el asunto, y lo tenía todo por trápala y embuste del sacristán:

Tocóse la campana de Velilla
Como en Madrid la de San Blas pudiera,
Que en campanario que sufrió escalera,
Ni ilusiones padece fe sencilla.....
. . . .
¡Gustoso sacristán, que su quimera
Nos pudo revestir de maravilla!

Y con más gravedad en estos otros versos, dirigidos á Felipe III con ocasión del tañido de 1601, que algo tuvo que ver con la expulsión de los moriscos :

Vayan fuera, señor, los soñadores;
Que no habla Dios por lengua de campana.....

En la monografía muy sensata y erudita que sobre este curioso tema de *folk-lore* peninsular ha publicado el joven académico de la Historia D. Jerónimo López de Ayala, Conde de Cedillo (1), y de la cual bien puede decirse que deja agotada la materia, no encuentro que la campana tocase para anunciar el funesto desenlace de la expedición de Argel. No constan más tañidos del tiempo de Carlos V que el de 1527, que se tuvo por presagio del Saco de Roma; el de 1539, que antecedió poco á la muerte de la emperatriz D.ª Isabel, y el de 1558, que anunció, al decir de las gentes, el fallecimiento del mismo Emperador, ya retraído en Yuste. Parece, pues, que Lope inventó, por licencia poética, el de 1541, sin que necesite esto más explicación que haberse escrito la comedia en 1625, cuando los ánimos estaban preocupados por el toque de aquel año, que fué de los más célebres, y dictó graves inspiraciones á algunos poetas nuestros. Entonces fué cuando D. Francisco de Quevedo compuso este solemne y melancólico soneto, cuya antítesis final toca en lo grandioso:

Ó el viento, sabidor de lo futuro,
Clamoreó por el difunto hado,
Ó en doctos caracteres añudado,
Le repitió parlero gran conjuro.
Y puede ser que espíritu más puro,

(1) *Las campanas de Velilla. Disquisición acerca de esta tradición aragonesa, por D. Jerónimo López de Ayala y del Hierro, Vizconde de Palazuelos.* Madrid, Fe, 1886. 8.º

Á la advertencia humana destinado,
Pronunció penitencias al pecado
En lenguaje tan breve y tan obscuro.
Profético metal, los ciudadanos
Que de agüero y cometa son exentos,
Á tu son bailarán por estos llanos;
En tanto que tu voz y tus acentos
Oyen descoloridos los tiranos,
Y te atienden los reyes macilentos.

Con igual nobleza y majestad de dicción y no menos austero sentido escribía al mismo tiempo Bartolomé Leonardo de Argensola este otro soneto á la campana fatídica:

Sacro metal en Julia Celsa suena,
Émulo de proféticos alientos,
Que nos previene á insignes movimientos
Con proprio impulso y sin industria ajena.
Ofusca el sol su faz limpia y serena,
Arrojando esplendores macilentos,
Y sacudiendo el orbe de portentos,
Se aflige y brama en su fatal cadena.
Y mientras que el horror de lo futuro
Los ánimos oprime ó los admira,
Tú, Cremes, obstinado en tus amores,
Remites á los cetros la gran ira,
Y adulas á tu Pánfila con flores,
Deshonesto, decrépito y seguro.

No podía faltar en este concierto poético la voz de Lope, y así es que no sólo añadió de propia autoridad un toque á los de la campana, lo cual demuestra la escasa fe que debía de tener en el prodigio, sino que puso en boca del Duque de Alba una larguísima historia del famoso címbalo, compendiando en forma de romance uno de los principales escritos en prosa que aquel año aparecieron sobre el suceso, es á saber, el *Discurso* del Dr. D. Juan de Quiñones (1), á quien sigue paso á paso en noticias y en juicios, comenzando por la descripción de la campana:

Tiene de circunferencia
Diez palmos de metal terso;
Hendida está por un lado,
Que le da ronco el acento.....
En la fundición gloriosa
Dicen, por divino acuerdo,
Que asiste un dinero santo

---

(1) *Discurso de la campana de Vililla. Por el Doctor D. Iuan de Quiñones..... Madrid, Iuan Gonçalez*, 1625. 4.° Cuatro hojas preliminares y 32 foliadas.

De los que por Cristo dieron.
Fuertemente se estremece
Antes de tañer, queriendo
Que la gravedad del caso
Espante en su movimiento.
Tócase en forma de cruz
Cuando, sin impulso ajeno,
Futuros casos avisa,
Da saludables consejos.
Círculos la lengua hace,
La campana discurriendo,
Y siempre su golpe aplica
Adonde avisa el remedio.
Otras veces tiembla y calla
Con mortífero silencio,
Ostentando admiraciones
Y atemorizando ingenios.
Como ministra de Dios,
Se hace tener tal respeto,
Que á uno que la fué á tocar
Le derribó casi muerto.
Es diferente el sonido
Cuando el alto ministerio
De profecía le aplica,
Que aquel con que junta al pueblo.....

Los tañidos que Lope menciona son exactamente los mismos que trae Quiñones: el de la pérdida de España en tiempo de D. Rodrigo, el de la batalla naval de Ponza (1435), el del asesinato de San Pedro Arbués, el del Saco de Roma, el de la muerte de Carlos V, el de la traición de los moriscos en 1601, y, finalmente, el de 1625, que, al revés de los anteriores, se tuvo por agüero de sucesos faustos, como lo fué el de haber sido rechazada de Cádiz la armada inglesa. Claro es que de estos tres últimos no podía hablar el Duque sino á manera de profecía; pero se refiere á cierta inscripción hallada en una cueva del Pirineo:

Una lisa piedra escrita
Con el gótico alfabeto.

La jornada de Argel, en sí misma, poco campo ofrecía al poeta dramático, y no es maravilla que la dilatase con larguísimos episodios. Pero aun en ellos camina muy ceñido á la historia, y son históricos la mayor parte de los personajes que introduce. Uno de ellos es el valeroso soldado Martín Alonso Tamayo, á quien honra el propio Emperador refiriendo el memorable desafío que tuvo cerca de Ratisbona con un bizarro tudesco. Sólo hay aquí una leve perturbación del orden cronológico, puesto que la hazaña de Tamayo corresponde al año 1546, primero de la guerra de Alemania que hizo el Emperador contra los fautores de la Liga de

Smalcalda; pero, en lo restante, los versos de Lope no son más que un extracto de la narración de Sandoval, mucho más copiosa y detallada que la que trae D. Luis Zapata en su *Carlo famoso*. Pláceme transcribir aquí esta página del Obispo de Pamplona, porque siempre es grato renovar la memoria de estas proezas de antiguos soldados españoles, que parecerían fábulas de libros de caballerías si no estuviesen documentadas con todo rigor histórico:

«Siempre hubo escaramuzas en estos dias, y algunas particulares de valientes soldados: una tengo obligacion de decir por haberla hecho un montañés honrado..... Martin Alonso de Tamayo, hidalgo de la montaña de Oña y del lugar de Tamayo, cerca de aquel gran Monasterio de San Benito, se hallaba en esta guerra, y era arcabucero del tercio de D. Alvaro de Sandi, con el cual se habia hallado tres años en Hungría, y en la toma de Dura, y otras jornadas. Este dia, último de Agosto, como el enemigo estaba tan pujante, mandó el Emperador echar bando, que nadie, so pena de la vida, saliese de las trincheas á fuera á escaramuzar, ni á otra cosa, por el peligro que podia haber, que suelen por una escaramuza revolverse los campos, y sin querer darse y perderse las batallas. Fuera de las trincheas habia un foso hecho de la tierra que habian sacado, y en él mandó el Emperador estar ciertas compañias de españoles arcabuceros para que ojeasen los caballos enemigos, que se arrimaban á las trincheas. Un Tudesco alemán enemigo, que parecia un gigante Philisteo, con mucha bizarría y soberbia habia llegado estos dias (como se cuenta lo del Gigante Goliat) á desafiar cualquiera del campo imperial que quisiese salir á pelear con él, diciendo contra los Imperiales palabras afrentosas, y que su nacion era la mejor y más valiente del mundo, y los españoles unos cobardes, y que lo haria conocer peleando con uno y aun con dos en aquel campo, y llegaba tan cerca de las trincheas imperiales, que se oia dellas las palabras y blasfemias que el soberbio Tudesco decia, de manera que de muchos era oido y entendido: mas ninguno salia, ó por el bando que se habia echado, ó porque no parecia cordura salir á pelear con una bestia tan disforme, y que como desesperado venia á jugar la vida. Él se volvia dando la vaya, y aun haciendo otras descortesías que no se pueden decir aquí. El Martin Alonso dixo á sus camaradas, que aunque le costase la vida, él no habia de dexar de salir y dar el pago que aquella bestia merecia. Tiraban al Tudesco con los arcabuces, mas era tan suelto que huia antes que llegasen las balas, y luego revolvia haciendo los visajes y mofas que las veces pasadas y blandiendo la pica, desafiando con ella. El Martin Alonso estaba fuera de la trinchea del foso; que se habia salido para hacer la dicha trinchea, y oyendo las palabras soberbias del Alemán tan en afrenta de los Españoles, no lo pudo sufrir, y dexando el arcabuz tomó una pica, que no era suya, y á gatas por el suelo se fué más de cuarenta pasos, por no ser sentido de los Españoles, y al cabo se levantó en pie, y le vieron los centinelas de su Campo, que lo dixeron al Emperador, cómo aquel soldado se iba hacia el campo de los enemigos, desarmado, con sola una pica, arrastrando. El Emperador mandó que le llamasen, y le dieron voces, diciéndole: «Soldado, volved acá.» Martin Alonso se hizo del sordo, y caminó adelante; y cuando se acercó al contra-

rio hincó las rodillas en tierra, y rezó encomendándose á Sancta María, que él tenia por su abogada con particular devocion: esto hizo tres veces. El enemigo entendió que de miedo se arrodillaba, y comenzó á burlarse del Martin Alonso: mas costóle caro la burla, porque hecha su oracion, el Español se levantó, y con muy buen semblante se puso con la pica en orden para acometer al Tudesco, el cual hizo lo mesmo. Diéronse dos recios golpes, sin hacer presa: al tercero, que parece correspondió á las tres Ave María que Martin Alonso habia rezado, su pica hizo presa por baxo de la barbada, ó en la gola de la celada, ó morrion del Tudesco, tan reciamente que embistiendo Martin Alonso con él, le hizo caer en tierra sin sentido, y como él era tan grande y estaba todo armado, dió tan gran golpe en tierra que quedó atormentado, y sin perder tiempo saltó sobre él Martin Alonso, y con la propia espada que el Tudesco traia le cortó la cabeza con grita y regocijo de los imperiales que estaban á la mira. Allí mismo le cortó las cintas de las armas, y le sacó del pecho una bolsa larga de un palmo en que habia tres vasos que valen real y medio y una Mandrágora (1), y tomó la bolsa y la cabeza y espada, volviéndose con ella para su campo. Luego cargó mucha caballería de los enemigos, por donde Martin Alonso no pudo llevar la cabeza del enemigo, por correr mejor. La arcabucería del campo del Emperador, que estaba en el foso de fuera de las trincheas, dispararon contra la caballería enemiga, y los hicieron retirar, y como Martin Alonso se vió libre dellos volvió por la cabeza del Tudesco, que por defenderse de los caballos habia dexado, y le traxo con la espada y la bolsa que le habia quitado, y llegó con todo á la trinchea, saliéndole á recibir y abrazar muchos soldados y capitanes que le daban el parabien de la vitoria. Martin Alonso se presentó ante el Emperador, pidiéndole merced de la vida que por haber quebrado el bando y salido del foso sin orden á pelear tenia perdida. El Emperador en enojo le mandó confesar, y que le cortasen la cabeza. Suplicaron por él los Maestres de Campo y muchos caballeros y capitanes, diciendo que semejante hazaña era digna no sólo de perdon, sino de grandes mercedes..... Con todo esto el Emperador estaba duro, y los nueve mil españoles casi en propósito de no consentir que le quitasen la vida. Sintió el Emperador la indignacion de su gente, y como Príncipe cuerdo disimuló y dixo que perdonaba á Martin Alonso, mas fué este perdon de manera que Martin Alfonso se tuviese por seguro. Y por esto, agraviado de no se ver premiado conforme á sus servicios, que los tenia hechos bien señalados, acabada esta jornada se retiró á su casa mal contento, como sucede por muchos buenos, y acabó en ella con la pobreza ordinaria de la Montaña (2).»

No escapasteis mal, Tamayo;
Que á fe de quien soy, que tuve
Mucha gana de ahorcaros,

---

(1) Sin duda la llevaba á guisa de amuleto.

(2) Sandoval, *Historia de Carlos V*, lib. XXVIII, cap. XXIV (edición de Amberes, 1681), tomo II, páginas 419-420.

dice Carlos V en la comedia de Lope, donde el valeroso é ingenuo Martín Alonso aparece como personificación de la soldadesca española: tipo análogo, aunque más en pequeño, á los de Céspedes y Diego García de Paredes.

En el cuadro trágico de Argel no podía dejar olvidada Lope la figura de Hernán Cortés, que estuvo allí con sus dos hijos, en una galera armada á sus expensas, desplegando el fausto y magnificencia que cuadraban á quien volvía de conquistar un imperio, á pesar de lo cual se vió postergado y desatendido, y ni siquiera pudo hacer oir su voz en el Consejo cuando, oponiéndose á la triste retirada, ofrecía él solo llevar á término la empresa. «Y señaladamente (dice Sandoval) Hernando Cortés, Marqués del Valle, que sabia de semejantes trabajos y hambres y últimos aprietos, y fué el que más perdió despues del Emperador, porque se le cayeron en un cenagal tres esmeraldas riquísimas, que se apreciaban en cien mil ducados, y nunca se pudieron hallar, era tal su ánimo, que no sintió tanto esta pérdida como el poco caso que dél se hizo en esta jornada, porque con haber sido tan valeroso como era y es notorio, no le metieron en Consejo de guerra ni le dieron parte en cosa que en ella se hiciese, y aun despues de pasada la tormenta, porque decia él que se viniese el Emperador y le dexase con la gente que allí tenia, que se obligaba de ganar con ella Argel: no le quisieron oir, y aun dicen que hubo algunos que hicieron burla dél. Ningun discreto habrá que no entienda la causa desto, y más si conoce y sabe la soberbia del Español, como si la virtud y nobleza propia no valiese tanto, y *segun algunos*, más que la heredada.» (Libro XXV, cap. XII.)

El capellán y cronista de Cortés, Francisco López de Gómara, que al parecer le acompañaba entonces (y decimos *al parecer*, porque las palabras con que lo dice en la primera edición de su libro de la *Conquista de México*, hecha en 1552, fueron suprimidas en las restantes), da á entender que el Emperador ni siquiera llegó á enterarse de la proposición del conquistador de Méjico:

«Mucho sintió Cortés la pérdida de sus joyas; empero más sintió que no le llamasen á consejo de guerra, metiendo en él otros de menos edad y saber; que dió que murmurar en el ejército. Como se determinó en consejo de guerra de levantar el cerco é irse, pesó mucho á muchos; é yo, que me hallé allí, me maravillé. Cortés entonces se ofrecia de tomar á Argel con los soldados españoles que habia, y con los medios tudescos é italianos, siendo dello servido el Emperador. *Los hombres de guerra amaban aquello, é loábanlo mucho. Los hombres de mar y otros no lo escuchaban; y así pienso que no lo supo su Magestad, y se vino* (1)».

Lope desfigura un tanto las cosas para que resalte todavía más el arrojo de Hernán Cortés, sin agravio de la magnanimidad de Carlos V. El Emperador le colma de alabanzas, fía de él el éxito de la jornada, le llama á su Consejo de guerra, y allí se

---

(1) *Historiadores primitivos de Indias* (en la *Biblioteca* de Rivadeneyra), I, pág. 454.

En su *Crónica de los Barbarrojas* (publicada en el tomo VI del *Memorial Histórico Español*, (Madrid, 1853, pág. 433) da por seguro Gómara que «si le dexaran (á Cortés) con los soldados, como deseaba, no tiene dubda sino que la tomara (á Argel)».

encuentra con el Duque de Alba, único antagonista digno de él. La discordia de pareceres entre ambos llega á encresparse tanto, que degenera en desafío, quedando el Emperador agriado con Cortés desde entonces. Es hábil é ingeniosa la contraposición entre dos soldados tan excelentes, cada cual á su manera: sublime aventurero el uno é hijo de sus maravillosas obras, vástago el otro de una estirpe heroica y gran capitán de ejércitos regulares.

DUQUE.

Señor, como Hernán Cortés,
Aunque son tantos sus hechos,
Tuvo con gente desnuda
Sus batallas y reencuentros,
Gente, al fin, que se espantaba
De un caballo y de los ecos
De un arcabuz, imagina
Que ha de ser aquí lo mesmo.
Esto es guerra diferente;
Los contrarios son tan diestros
Como nosotros; no saben
Tener á las balas miedo.

FERNÁN.

¿Cómo puedo yo negar
Lo que se sabe tan cierto?
Tropas de desnudos hombres,
Á mi espada, señor, dieron;
Pero no añade el vestido
Bizarro, valor al pecho,
Ni el acero de las armas
Dará al corazón aliento.
No fué gente tan cobarde
Los desnudos, que no hicieron
Cosas, que dieron asombro
En un tan prolijo cerco.
Y para que Vuecelencia
No haga dellos desprecio,
Yo le aguardo en la campaña
Tan desnudo como ellos.
Salga Vuecelencia armado
De todas piezas; veremos
Si como vencí desnudos,
Esta vez armados venzo.

DUQUE.

No soy yo, Fernán Cortés,
De los hombres que acometo
Con ventaja á mi contrario;
Vuestra confïanza entiendo.
Si soy yo el desafïado

Y las armas nombrar puedo,
Una espada solamente
Nombro, como caballero:
Con ella aguardo en el campo.

FERNÁN.

Así quede.

CARLOS.

¿Qué es aquesto?
¡Hola! Ninguno se vaya
Ni se aparte de su puesto.
Alcanzad, Antón de Oria,
Ese guante. Mucho debo
Á mi paciencia, Marqués;
Vos alteráis mi consejo.
. . . .
Mucho enojo me habéis dado,
Poco amor, poco respeto.
Sígase el voto del Duque.

DUQUE.

Mil veces los pies os beso.

Otra alteración histórica más grave y sustancial se nota al fin de esta comedia. Sin duda, por buscar apacible desenlace, y para que no quedasen los espectadores bajo la triste impresión de la derrota de Argel, plugo al poeta terminar su obra con la conquista de Túnez, que es suceso anterior en seis años (1535). El verdadero desquite ó desagravio de Argel, pequeño en sus resultados, pero grande por el heroísmo que en él se desplegó, fué el asalto de la ciudad de Africa (ó Mehedia) entre Trípoli y Túnez, en 10 de Septiembre de 1550, magnífico hecho de armas que cubrió de gloria á D. García de Toledo y al virrey de Sicilia Juan de Vera, y del cual ha dicho el almirante Jurien de la Gravière que «no se vió hazaña mayor en los más hermosos días de las Cruzadas» (1).

VI.—EL VALIENTE CÉSPEDES.

Esta comedia, muy bien escrita, es posterior, sin duda, á 1618, puesto que no aparece en la segunda lista de *El Peregrino*. Fué publicada en la *Parte* 20 de Lope de Vega (1625), que tuvo tres reimpresiones en los años 1627, 1629 y 1630. Lope la dedicó á D. Antonio de Alvarado, Conde de Villamor, y puso al frente esta advertencia, muy digna de tenerse presente, como muestra del loable escrúpulo con que trataba la historia, especialmente la más próxima á su tiempo, guardándose de atribuir á sus personajes acciones y afectos imaginarios: «Adviértase que en esta comedia los amores de D. Diego son fabulosos y sólo para adornarla, como se ve el

(1) *Les Corsaires Barbaresques*, 185.

ejemplo en tantos poetas de la antigüedad: porque la Sra. D.ª María de Céspedes fué tan insigne por su virtud como por su sangre y valentía, y celebrada entre las mujeres ilustres de aquel tiempo, sin reconocer ventaja á las más valerosas del pasado, é igual á Camila, Zenobia, Lesbia é Isicratea. Con este advertimiento se pueden leer sus amores como fábula, y las hazañas de Céspedes como verdadera historia de un caballero que ponderó tanto su nacion cuanto admiró las extrañas.»

Fué el capitán Alonso de Céspedes uno de los más bravos soldados españoles del siglo XVI, y se le llamó por antonomasia *el fuerte* ó *el de las grandes fuerzas*, por haber sido tan extraordinarias las suyas que casi eclipsó la celebridad de Diego García de Paredes, ó á lo menos compitió honrosamente con él, pues si al uno dieron el mote de *Sansón de Extremadura*, el otro mereció los de *Alcides castellano* y *Hércules de Ocaña*. Su vida se encuentra largamente escrita en libro especial que compuso el portugués Rodrigo Méndez Silva (1), acompañado de una especie de corona poética, que tejieron muchos vates, más ó menos conocidos, de la segunda mitad del siglo XVII. Claro es que Lope no pudo utilizar este libro, impreso en 1647, pero muchas de las noticias que en él constan se hallan también en otros anteriores, ó proceden de la tradición, que con Céspedes fué muy pródiga, pues no contenta con sus verdaderas y pasmosas hazañas en los campos de batalla de Italia y Francia, y con su trágica muerte en las fragosidades de la Alpujarra, lidiando contra los moriscos rebelados, le atribuyó increíbles valentías y alardes de fuerza hercúlea, gran número de encuentros y combates singulares, y hasta lances fantásticos en que luchó cuerpo á cuerpo con los muertos y con el poder de las tinieblas.

Y comenzando por el tema de las fuerzas de Céspedes, oigamos á su contemporáneo, el caballero extremeño D. Luis Zapata, en su curiosísima *Miscelánea*, terminada, al parecer, antes de 1592, cuando todavía estaba fresca la memoria del invicto soldado á quien llamó Juan Rufo «despreciador altivo de la muerte».

«Pienso (dice Zapata) que Céspedes fué el que tuvo en nuestros tiempos mayor fuerza, bien que Diego García de Paredes tuvo mucha, y Don Hernando de Pare-

---

(1) *Compendio de las más señaladas hazañas que obró el capitan Alonso de Céspedes Alcides Castellano. Su Ascendencia, y Descendencia, con varios Ramos Genealógicos que desta Casa han salido. Publícalo Rodrigo Mendez Silva, Coronista General destos Reynos de su Magestad. Debaxo de la esclarecida proteccion del Excelentísimo señor don Luis Mendez de Haro Sotomayor y Guzman, Conde-Duque de Olivares, &. Con Privilegio, en Madrid por Diego Diaz. Año* 1647. 8.º (Con el retrato de Céspedes, grabado por Juan de Noort.)

Contiene este libro, además de la biografía y genealogía de Céspedes, gran número de poesías, compuestas en loor suyo por D. José Pellicer de Tovar, Francisco López de Zárate, Antonio López de Vega, Manuel de Faria y Sosa, D. Antonio Sigler de Huerta, D. Pedro Rosete Niño, D. Juan de Zabaleta, D. Antonio Coello, D. Rodrigo de Herrera, D. Antonio Martínez, el licenciado D. Sebastián de Villaviciosa, D. Agustín Moreto, D. Juan de Matos Fragoso, don Francisco Ramírez de la Trapera, D. Juan de la Portilla Duque, D. Jerónimo de Camargo y Zárate, D. Francisco de Avellaneda, D. Gabriel Fernández de Rozas, y otros muchos autores menos conocidos, entre ellos varias poetisas.

des, su nieto, infinita. Y entre otras grandes pruebas que hizo Céspedes, dicen meneaba doce hombres con una mano, puestos contra él al cabo de un gran madero; y preguntóle un pasajero una vez por el camino, y alzó un timon de una carreta y *«por allá va»* dijo, señalando con él. Tenia (detenía) tambien una rueda de una aceña para que no moliese, echándole cuanta agua en el caz podia caber. Y acaesció en Granada, asido con las manos de una reja, levantar un caballo en que iba á la gineta» (1).

Cosas todavía más estupendas refiere el biógrafo Méndez Silva, y aun sobre éstas da más pormenores. Lo de la rueda de molino fué en Aranjuez delante de Felipe II. «Hizo parar la primer rueda de una hazeña con toda la corriente, que le ocasionó á brotar sangre por los oidos y coyunturas de las manos; siendo la causa deste desusado accidente la malicia de un molinero, que sobornado de algunos émulos del Capitan, soltó toda el agua que servía para las demás ruedas. Pero sabido el engaño cauteloso, buscó los agresores, y cogiendo algunos, los arrojó en la mitad del río. (Folio 27.) (2).

»En la villa de Ocaña, hallándose en casa de Don Bernardino de Cárdenas, deudo suyo, en compañía de otros caballeros, una noche de invierno, tiempo en que la conversacion ocasiona varios entretenimientos, le pidieron hiciese alguna demostracion de fuerzas en prueba de lo que su fama publicaba. Á lo que no se negó el Capitan, pues tomando un bufete grande de nogal con algunos vasos llenos de agua, le levantó por una esquina con la mano derecha sin que se derramasen.

»El dia siguiente, teniendo Don Bernardino de Cárdenas un caballo á quien llamaban el mulo por la disformidad de su grandeza, subió Céspedes en él, y llegando á un portal de la plazuela que nombran del Duque, lo levantó en el aire con lo robusto de sus piernas, asido de una rexa.

»Un napolitano, gran ginete, caballerizo del referido Cárdenas, queriendo correr

---

(1) *Memorial Histórico Español..... que publica la Real Academia de la Historia*, tomo XI (Madrid, 1859), pág. 259.

(2) «Lo menos que vió España deste ilustre portento fué tener con sus brazos en su mayor concurso una furiosa rueda de molino; testigo es Guadiana desta verdad, pues hoy vive en su margen aquel prodigio; mis ojos mismos han mirado la piedra, y leido en ella que por memoria suya tiene en su reverso escrito «Don Lope (?) no pudo, y Céspedes la detuvo.» Por cierto, hecho increible, que ni del bravo Alceo ni de Milon Cretense se escribe semejante. Su tirar á la barra era con un grande peñasco, y más de una vez le sucedió yendo camino, sacar á fuerza de sus hombros un carro muy cargado que estaba empantanado, haciendo él solo lo que dificultaban cuatro mulas. Reventaba un caballo apretando las piernas, arrancaba una reja de sus quicios, y desencuadernaba con un brazo tan solo los huesos y costillas del manchego más doble; hacía pedazos cinco herraduras juntas, y para no cansaros, lo más que hay que admirar es que en diversas facciones él solo con su espada y rodela embistió con escuadras, atropelló rompió y quitó mil vidas de hombres, y puso en confusion los contrarios ejércitos.»
(Don Gonzalo de Céspedes y Meneses, *El soldado Píndaro*, en el tomo I de *Novelistas posteriores á Cervantes*, de la colección Rivadeneyra, pág. 310, columna 2.)

el mismo caballo, al tiempo de partir se puso el Capitan delante, y con la mano derecha detuvo la ferocidad de su veloz carrera.

»Hazia una singularísima fuerza, que era tomar una pica de veinte y cinco palmos con la mano derecha por remate, y se asían della algunos hombres, forcejando para mover al Capitan del lugar en que estaba, y no solo no lo conseguían, mas él, por asombro, los mudaba de la otra parte con facilidad.

»Estando aun en Ocaña, á tiempo que se recogía del campo, subiendo una cuesta que baxa á las puertas, venia despeñado un carro con dos mulas, cargado, y el dueño pidiendo al cielo socorro: púsose delante el Capitan y le detuvo con increible esfuerzo.

»Hallándose en Madrid pretendiente, y en negocios de importancia delante del Príncipe Don Carlos, le preguntó si tendría ánimo para esperar un tigre: remitió la respuesta á que se le soltasen, y al punto le embistió el feroz bruto; pero sacando el acero bizarro, le dió tan gran cuchillada al acometerle con el primer brinco, que no le dexó aliento para que repitiese el segundo. Díxole el Príncipe *en qué se habia fiado si errara el golpe.* Respondió que *en los brazos.* Habiéndolo sabido el Rey Don Felipe Segundo, advirtió á su hijo no aventurase otra vez en cosa de tan poca importancia á un caballero de tanta. (Folios 29-31.)

»Celebrándose en Ciudad Real unas fiestas de toros, en quince de Agosto, festividad de la Assumpcion de la Virgen, al dar una lanzada, con la gran fuerza cayeron él y el caballo; pero levantándose con su acostumbrado valor, cogió con la mano izquierda una punta del feroz animal, y con la derecha le dió tan estraño golpe en el pescuezo, que le dividió el cuerpo.

»Hallándose en Barcelona aguardando embarcacion para pasar á Italia..... estando oyendo Misa, por ser mucho el concurso de la gente en la celebridad de una fiesta, no pudo cierta dama llegar á tomar el agua bendita. Céspedes, en quien lució siempre la cortesía, con sus acostumbradas fuerzas arrancó fácilmente la pila de la pared, sirvió á la dama con ella, y volviéndola á su lugar, dexó admirados los catalanes. (Folio 32.)

»Antes que el capitan Alonso de Céspedes se partiese á la jornada de Alemania, le fué forzoso dar vista á la imperial Toledo, donde llegando una noche con su cuñado Don Diego de Artieda Chirino, á tiempo que las puertas de aquella ciudad estaban cerradas, y aunque llamaron, no quisieron abrir las guardas; entonces el capitan con sus fuerzas, apeándose del caballo, arrimó el hombro á ellas, cual otro Sanson á las de Gaza, con que facilitó la entrada. (Folio 32.)

»La siguiente noche, frigidísima, por ser el invierno de aquel año riguroso, siéndole necesario salir á deshora, encontró con un Alguacil que rondaba la ciudad, el cual con palabras descomedidas, ignorando quién fuese, le pidió la espada, mas el Capitan escusándose cortesmente, con el respeto y decoro que se debe á la justicia, no siendo posible reduzir aquel soberbio Ministro, ocasionado de su porfiada desatencion, le arrojó en un texado, donde estuvo, hasta que al romper del alba le baxaron con una escalera.

»Hallándose en la misma ciudad el Marqués de Villena con otros señores, teniendo noticia que estaba allí el capitan Céspedes, de quien se contaban tantas hazañas, le fueron á ver, y le pidieron probase las fuerzas con las increibles de un Turco cautivo, feroz en el semblante y portentoso en lo robusto: concediólo, y saliendo entrambos al campo delante de mucha gente que curiosa habia concurrido á la contienda, concertaron fuesse la lucha el hacer un hoyo en tierra que llegase hasta los hombros, donde metido el uno, el otro le sacase con una mano ó dos manos, sin llegar al cuerpo. Metióse primero nuestro Céspedes, y el Turco con entrambos brazos le sacó á costa de mucha fatiga. Entró el Turco, y el Capitan con un brazo no sólo le sacó, mas con gran facilidad le arrojó por encima de la cabeza, quedando del golpe casi muerto; faccion que los circunstantes alabaron, diziendo lo que la Reyna Sabá cuando vió á Salomón: *Mucho más es de lo que pregona la Fama.*

»Últimamente, pasando en su caballo por cierta calle de Toledo, donde en una ventana le detuvieron unas damas con chistes cortesanos (costumbre natural de aquellas rémoras de todo baxel forastero), y por no dexar de pedir, le pidieron hiziesse una demostracion de sus fuerzas. A lo qual obedeció con asirse de la rexa, levantando el caballo del suelo con las piernas; y aunque á ellas les pareció grande la accion, se la disminuyeron, por empeñarle en que hiziesse otra mayor. El Capitan entonces asiéndose de la misma rexa, la arrancó con una mano y dexó caer en tierra. Admiradas, pues, de tan prodigioso hecho, quedaron todas inclinadas á su heroica bizarría; y llamándole, él con retiros corteses prosiguió su camino sin hazer caso de sus aplausos, por ser más hijo de Marte que de Venus.» (Folios 36-40.) Y como si todo esto le pareciera poco, añade el bueno de Méndez Silva: «Otras muchas fuerzas obró Céspedes que el tiempo ha usurpado á la noticia de la posteridad.»

Tal es la leyenda de las grandes fuerzas de Céspedes, monstruosamente abultada por la fantasía popular, que le convirtió en un mito análogo al de García de Paredes, hasta el punto de ser á veces idénticos los casos, no ya apócrifos, sino punto menos que imposibles, que de uno y otro se relataban. Así, lo de abrir la puerta de una plaza «asiendo del cerrojo y arrancando las armellas», se escribe de Paredes en el apócrifo *Sumario* de su vida, y Cervantes le atribuye lo de «detener con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia» (1). Y aun entraron á la parte en esta puja otros forzudos, como el caballero navarro D. Jerónimo de Ayanza, de quien cuenta Zapata que «con las dos manos quitó de un monasterio de monjas con dos

(1) Se atribuye también á Paredes en un manuscrito de la Biblioteca de la Academia de la Historia (copia de fines del siglo xviii), que lleva por título *Libro de las cosas notables que han sucedido en la ciudad de Cordoba, y á sus hijos en diversos tiempos.* (Folio 116.) «Diego García de Paredes, por dar gusto á Felipe II en Córdoba, estando viendo las haceñas y batanes, detiene con la mano una piedra, y de la fuerza que hizo, le saltó la sangre por los ojos, oídos, boca y narices.» (Gallardo, *Ensayo*, i, núm. 580.)

ú tres enviones las rejas del locutorio», hazaña análoga, como se ve, á una de las de Céspedes. Pero aun rebajando de estas anécdotas toda la parte increible y todas las valentías ajenas que por atracción se ha llevado Céspedes, siempre habrá que dar fe al testimonio de D. Diego Hurtado de Mendoza, que al contar su muerte en la *Guerra de Granada* (lib. III, cap. VII), dice que «sus fuerzas fueron excesivas y nombradas por toda España: acompañólas hasta la fin con ánimo, estatura, voz y armas descomunales».

Si Céspedes no hubiera sido más que un jayán membrudo y un espadachín temerario, no ocuparía ni en la historia ni en la poesía el puesto que realmente ocupa y merece. Una tradición antigua y constante, y á la cual sería temerario negar crédito, aunque falte documento positivo con que confirmarla, le atribuye una intervención verdaderamente heroica en la batalla de Mülhberg, que decidió el triunfo en la gloriosa campaña de Carlos V contra la Liga de Smalcalda y los protestantes alemanes (1546-1547). Narra así el hecho Méndez Silva:

«El año siguiente de 1547 en el mes de Abril volvieron á juntarse los dos exércitos en las espaciosas márgenes del Albis, que á los dos dividía, ocupando el de Saxonia el sitio más fortificado y superior, con buena Artillería. Se comenzó de una y otra parte la pelea: los enemigos cubiertos, los católicos sin reparo, y aunque los arcabuceros españoles despejaban la ribera, para dar lugar á que los caballos buscasen el vado, no lo pudieron conseguir enteramente, porque la obscuridad de la noche, lo profundo de las aguas y lo proceloso de las olas estorbaban la valerosa diligencia de nuestros soldados. En esta confusion se hallaba el César, cuando el capitan Alonso de Céspedes, rompiendo por la gente hasta arrodillarse delante de su ínclita persona, le dixo:

«Sacra, Augusta y Católica Magestad, hoy os representa mi afecto la lealtad, y »obligacion con que nací español y vasallo vuestro; ahora sí que es el tiempo en »que los riesgos deben ser suaves, los imposibles fáciles, los peligros gustosos, y las »resoluciones apetecidas de aquellos soldados que han logrado la dicha de haberse »alistado en vuestras invencibles banderas: yo, que soy el menor que merecí tan »feliz nombre, pido licencia para que con nueve españoles, que he elegido, busque»mos modo con que nuestro exército se conduzca á la otra parte del Albis. Barcas »tiene el enemigo de que poder fabricar puente para esta faccion; y aunque parezca »el arroxo difícil, por los evidentes estorbos que se ofrecen á mi empresa, la osadía »siempre fué madre de la buena fortuna, y cuando la suerte me niegue el celoso »efecto desta resolucion, por lo menos no me podrá quitar la gloria de haberlo in»tentado, pues en la escuela marcial de vuestras gloriosas hazañas, aun los más pe»queños aspiramos á que no nos ultraje la negligencia de tan justo servicio. Poco »se pierde, señor, en diez vidas donde sobran tantas y tan valientes. Y pues que en »la guerra, cuando menos se piensa se suele encontrar la muerte, pretendo este dia »hacer gala della por honra de nuestra Sagrada Religion, por blason de nuestra pa»tria, y por el crédito de V. Magestad Cesárea.»

»Oyóle el Emperador con gran gusto, y con mayor le concedió lo que pedía. Y

partiéndose contento, á sus nueve elegidos les habló de esta suerte. (Sigue otro discurso todavía más retórico que el anterior, y más impropio de Céspedes, á quien nos imaginamos *corto en palabras cuanto largo en obras.*)

»Animaba Céspedes con la voz, y cuando era tiempo de obrar, con el exemplo. Y así los nueve españoles, vencidos de la elocuente persuasiva de nuestro capitan, desnudándose todos con gran osadía, se arrojaron á la corriente rápida del Albis, cuyas frigidísimas ondas parece se templaban con el fuego que exhalaban sus heroycos pechos, llevando en las bocas las espadas desnudas, á imitacion de Horacio Cocles, de los soldados romanos y de Marco Casio Ceva, que cuenta Valerio Máximo.....

»Surcadas, pues, aquellas impetuosas aguas, al llegar de la otra parte del rio, donde tenia el enemigo unas barcas para dellas fabricar puente, á pesar suyo y de infinita resistencia las traxeron, en las cuales se conduxo nuestro exército, que fué la principal causa de ganarse tan memorable y célebre vitoria, en 24 de Abril, víspera del Sagrado Evangelista San Marcos, año 1547, y comenzando á las once horas de la mañana, se acabó á las siete de la tarde, con gloria de nuestra nacion y asombro del orbe, donde fué preso el Duque de Saxonia, y entregado á la clemencia del César..... Hallándose tambien el capitan Alonso de Céspedes en la expugnacion de Mansflet (Mansfeld), plaza fortísima por naturaleza y arte de la Baxa Saxonia, siendo el primero que colocó en sus almenas los victoriosos estandartes de España» (1).

Si acudimos á los primitivos cronistas de aquella gloriosísima campaña, en todos encontraremos mencionada la hazaña de los infantes españoles, en ninguno el nombre de Céspedes (2). No se halla ni en el elegante y clásico *Comentario* de D. Luis de Avila y Zúñiga (3), que emuló dignamente la noble sencillez de Julio César; ni en

---

(1) *Compendio de las hazañas de Alonso de Céspedes*, folios 23-27 vto.

(2) La hazaña de los infantes españoles está atestiguada por Sleidan, historiador contemporáneo y protestante:

«*Ibi pedites aliquot Hispani, nudi et gladios transversos ore deferentes, in flumen sese conjiciunt, et quum natando pervenissent in ulteriorem ripam, navigia illa, quæ secundo flumine devecta, Saxones à reliqua parte pontis avulserant sistunt, et licet multis peterentur telis, abducunt. Ex iis navigiis et illis quæ Cæsar plaustris adduxerat, effecto ponte, fluvius deinde fuit constratus, ut pedites et impedimenta transirent.*»

(Joan. Sleidani, *De statu religionis et reipublicæ, Carolo Quinto Cæsare, commentarii.....* M. D. L V., fol. 321.)

(3) *Comentario del Illustre Señor Don Luis de Avila y Çuniga, Comendador mayor de Alcantara: de la Guerra de Alemaña hecha de Carlo V, Maximo Emperador Romano, Rey de España. En el año de M. D. XLVI y M. D. XLVII. En Venetia, en el M. D. XLVIII.* (Hay otras ediciones: de Salamanca, 1549; Amberes, 1550; Zaragoza, 1551; Venecia, 1552; Madrid, 1767, etcétera.) Fué traducido al latín por Guillermo Van Male de Brujas:

Clarissimi viri D. Lvdovici ab Avila et Zunniga, Militiæ Alcantarensis præfecti, Commentariorum de bello Germanico, à Carolo V. Cæsare Maximo gesto, libri duo à Gulielmo Malinaeo

los amenos *Diálogos de la vida del soldado*, de Diego Núñez de Alba (1); ni en la copiosa, aunque menos atildada narración del capitán Pedro de Salazar (2), historiador muy digno de aprecio á pesar de las bromas de D. Diego de Mendoza, ó quienquiera que sea el autor de la *Carta del bachiller de Arcadia*. Avila cuenta de este modo el paso del Elba:

Brugensi latine redditi, et iconibus ad historiam accommodis illustrati. Antuerpiæ, in ædibus Ioan. Steelsii, M. D. L.

Esta traducción es importante, porque fué hecha sobre el manuscrito original del autor, que se conservaba en la cámara de Carlos V, y en muchas cosas difiere del texto castellano, impreso en 1548. Van Male da razón de estas alteraciones en su epístola nuncupatoria: «Scio enim non defuturos, qui velut novam quandam et nimis liberam vertendi rationem suggillent, facta collatione ad vulgata exemplaria, a quibus multis locis discesserim, pleraque etiam addiderim, nonnulla dempserim. At nihil temere a me factum est, aut sine consilio. Archetypum ipsum in cubiculo Caesaris asservatum sequutus sum, nec id quidem tam anxie quin aliquot locis digressus sim, ubique tamen, si non arcta verborum et ordinis observatione, sensu tamen eodem fere et integro.»

De intento he copiado estas palabras de Van Male, porque sirven de argumento contra una afirmación algo ligera de Fr. Prudencio de Sandoval, en el libro XXXIX de su *Vida del Emperador*. Dice, pues, el Obispo de Pamplona que el segundo libro del *Comentario*, que lleva el nombre de D. Luis de Ávila y Zúñiga, no es suyo, sino de un soldado que calló su nombre y envió su escrito al Marqués de Mondéjar.

Prescindiendo de la inverosimilitud de que un personaje tan principal en el séquito del Emperador y tan insigne en letras y armas como D. Luis de Ávila, fuera á apropiarse la relación de un soldado anónimo; y prescindiendo de que el estilo del segundo libro es enteramente igual al del primero, y uno y otro de superior calidad y sello personalísimo, es imposible negar crédito á Van Male, ayuda de cámara de Carlos V, que tradujo al latín *los dos libros* sobre el manuscrito original archivado en la cámara del Emperador. La relación enviada al Marqués de Mondéjar pudo ser una de las muchas copias que circularon de estos *Comentarios* antes de imprimirse.

(1) *Diálogos de Diego Nuñez Alua de la vida del Soldado, en que se quenta la conjuracion y pacificacion de Alemaña, con todas las batallas, recuentros y escaramuzas que en ello acontecieron en los años de mil y quinientos y quarenta y seys y siete, y juntamente se descriue la vida del Soldado..... Con Preuilegio. En Salamanca, por Andrea de Portonariis*, 1552.—Reimpreso en Cuenca, por Juan Alonso de Tapia, 1589, y en la colección de *Libros de antaño*. Madrid, 1890, con un prólogo de D. Antonio María Fabié.

(2) *Historia y primera parte : de la Guerra : que don Carlos : Quinto : Emperador de los Romanos: Rey de España: y Alemania: movió contra los Príncipes: y ciudades rebeldes del Reyno de Alemania: y sucessos que tuuo. Con previllejo de su Santidad: y del Ecelentissimo viso Rey de Nápoles: para en Español: y Italiano.*

Colofón: *Aquí fenece la primera parte..... Impressa en la muy noble y muy leal ciudad de Nápoles: en la emprenta d' Juan Pablo Suganappo: Año del Señor de mil y quinientos y quarenta y ocho años. A cinco dias del mes de Setiembre.* Este libro no puede ser el que criticó don Diego de Mendoza, porque se refiere sólo á la primera campaña, y no le conviene ninguna de las señas que el crítico da.

—*Crónica del Emperador Carlos V, en la qual se trata la justisima guerra que su Magestad*

«Ya en este tiempo los enemigos comenzaban á desamparar la ribera, no pudiendo sufrir la fuerza de los nuestros, mas no tanto que no hubiese muchos á la defensa. Pues viendo el Emperador que era necesario ganalles su puente, mandó que el arcabucería usase toda diligencia, y así súbitamente se desnudaron *diez arcabuceros españoles*, y éstos, nadando con las espadas atravesadas en las bocas, llegaron á los dos tercios del puente, que los enemigos llevaban el rio abaxo, porque el otro tercio quedaba el rio arriba muy desamparado dellos. Estos arcabuceros llegaron á las barcas, tirándoles los enemigos muchos arcabuzazos de la ribera, y las ganaron, matando á los que habian quedado dentro, y assí las truxeron. Tambien entraron tres soldados españoles á caballo, armados, de los cuales uno se ahogó. Ganadas estas barcas, y estando ya toda nuestra arcabucería tendida por la ribera y señora della, los enemigos comenzaron del todo á perder el ánimo» (1).

Según Diego Núñez de Alba, que también se hallaba allí presente, fueron nueve, y no diez, los arcabuceros españoles que pasaron el río y asaltaron las barcas: «Se desnudó muy presto un soldado y se metió por el rio nadando, para acometerlas con solo su ánimo, y siguiéndole otros dos y á los dos siete, tirándoles los enemigos de arcabuzazos desde la otra parte del rio, llegaron á los dos tercios de la puente, donde hallaron vencidos de su propio temor algunos tudescos escondidos debaxo de las tablas. Los unos estaban desnudos, y solamente hacian la guerra con la buena fortuna del Emperador, y los otros con sus armas tenian tan quebrantados los corazones con las agenas heridas y vistas muertes, y ver que habia ya comenzado á retirarse el Duque su señor, que sin resistencia alguna los desnudos traxeron presos á los armados, juntamente con las barcas, de que habia más necesidad» (2).

Finalmente, Sandoval, que dice haber tenido presentes *algunas relaciones escritas de mano por soldados curiosos*, calla también el nombre de Céspedes. Cuando los actos de heroísmo abundan tanto como en aquella centuria abundaron, no es maravilla que los historiadores se olviden á veces de consignar los nombres de los héroes.

Fácil es deslindar en la comedia de Lope de Vega la parte historial de la anecdótica. Pertenecen al curso de historia nacional que en tan prodigioso número de obras iba dando el poeta, los relatos episódicos de la coronación del Emperador en

---

movió contra los Luteranos y rebeldes del Imperio y otros sucessos que tuvo. Sevilla, por Dominico de Robertis, 1552. Tampoco cuadra á este libro la crítica del *Bachiller de Arcadia*, puesto que la relación de la campaña de 1547, que en ella añadió el librero sevillano, no es más que el segundo libro del *Comentario* de Ávila y Zúñiga. Hay que suponer, por consiguiente, que Salazar escribió é imprimió una segunda parte de su *Crónica*, que no ha sido descubierta hasta ahora, acaso porque el autor destruyera la edición, ofendido con la mordaz censura del encubierto *Bachiller*.

(1) Páginas 262-263 de la edición de 1767.

(2) Página 192 de la reimpresión de *Libros de antaño*.

Bolonia (1530), en la primera jornada; de los preparativos de la guerra de Alemania, en la segunda; y las escenas de la batalla de Mühlberg y rendición del duque de Sajonia Juan Federico, en la tercera, sin omitir el episodio del villano que indicó al ejército imperial el vado del Albis. Todo lo restante es de pura invención, pero tan interesante y bizarra, que puede tomarse como prototipo de la comedia *soldadesca* ó de costumbres militares del siglo XVI. Tiene esta pieza la unidad orgánica que falta á otras muchas: la acción particular y novelesca no aparece como desligada de la acción general histórica, sino que la refuerza. Hay dos caracteres de gran mérito: el de Céspedes y el de su hermana.

Tuvo dos el capitán D. Alonso, llamadas, la una D.ª María, y la otra D.ª Catalina. Esta última fué *la celebrada en fuerzas*, según Méndez Silva, y no D.ª María, como aparece en el poema dramático de Lope. De ella refiere aquel genealogista esta curiosa anécdota, que, como veremos más adelante, no es la única de carácter fantástico que se encuentra en la rica leyenda de Céspedes:

«Volviendo á Ciudad Real (el capitán Alonso), y saliendo una noche de cierta conversacion disgustado, al pasar por los obscuros portales de la Alcaná, en la plaza, le salió al encuentro un bulto grande, y viendo que se le ponia delante, embistió con él, dándose los dos tan furiosos golpes, que en breve espacio se le hizo astillas la rodela, y se le quebró la espada, hasta que anduvieron á brazo partido grande rato. Llegó á su casa sin herida alguna, pero molido de tal suerte, que muchos días le duró la fatiga, por donde se conjetura ser algún espíritu diabólico. Entre estas confusiones anduvo vacilante algún tiempo en ver cómo era posible que hombre humano se le hubiese atrevido. Divirtióle D.ª Catalina de Céspedes, su hermana, no de menor valor y fuerzas, diciéndole *ser ella con quien había batallado aquella noche*, con lo cual se sosegó, sabiendo que sólo su brazo le podía hacer competencia.»

Gran triunfo de Lope fué presentar en el teatro á esta forzuda hembra sin que su calidad de dama principal y honrada sufra el menor quebranto, ni cuando apuesta á tirar á la barra con los carreteros de la Roda y San Clemente, ni cuando lucha á poder de brazos con su amante D. Diego, que se disfraza de ganapán para llegar á los suyos, ni cuando rechaza á estocadas al Corregidor de Ciudad Real y ase por los cabezones al alguacil, ni cuando en traje de soldado sigue á su novio por los campamentos de Alemania. Extraña mezcla de valor y ternura, de ferocidad y candidez infantil, de pasión ardiente y rudeza indómita, D.ª María de Céspedes, que tiene algo de la serrana de la Vera sin sus crímenes, es una de las afortunadas creaciones femeninas de Lope. Nótese en la escena de la lucha con el disfrazado D. Diego, de qué modo tan gentil se insinúa el elemento poético en un cuadro de vivo realismo, y cómo va prendiendo el amor en el corazón de la desprevenida y selvática doncella. Gracia, malicia villanesca, emoción lírica, fino conocimiento del corazón humano, todo se encuentra reunido en tan pequeño espacio y en versos que seguramente no costaron á su autor la menor fatiga, porque se diría que en ellos el arte se confunde con la misma naturaleza:

MARÍA.

¿Queréis tirar
Ó luchar?

DIEGO.

Sólo luchar,
Que todos tenemos nombre.
¿No habéis oído decir
Á Sancho de Valdepeñas?

MARÍA.

Bastan, Sancho, vuestras señas,
Porque podéis competir
Con cualquier hidalgo en talle.
¿Qué queréis luchar agora?

DIEGO.

Cuatro doblones, señora,
Que es lo que más pude hurtalle
Á un viejo rico avariento.

MARÍA.

Despojaos.

DIEGO.

¿Á cuántas va?

MARÍA.

Á la primera será.
Depositad.

DIEGO.

Soy contento.
Tened esta bolsa vos.

MARÍA.

Tended los brazos, á ver.

DIEGO.

Luego ¿ésta no ha de valer?

MARÍA.

No, que es probarnos los dos.

DIEGO.

¿Hay gloria como llegar
Á vuestros brazos, señora?
¿Qué príncipe puede agora
Tener más alto lugar?
Cuentan que un hombre subió
Con unas alas de cera,
Del sol á la roja esfera,
Mas no que con él luchó.
Y si de sólo subir,
En el mar se hizo pedazos,
Quien al sol tiene en los brazos,
¿Cómo pretende salir?

MARÍA.

¿Vos sois villano?

DIEGO.

No sé.

MARÍA.

El lenguaje y el olor
Del ámbar me dan temor.

DIEGO.

El lenguaje en vos le hallé,
Que luz al alma habéis dado;
El olor es de unas flores,
Que con cierto mal de amores
Dormí esta noche en un prado:
Junquillos, salvia y verbena
Se me habrán pegado al sayo,
Hasta que del sol el rayo
Dió luz al alba serena.

MARÍA.

Dejad los brazos.

DIEGO.

No puedo.

MARÍA.

Sospechosa estoy.

DIEGO.

¿De qué?

MARÍA.

Yo lo sé.

DIEGO.

Yo no lo sé.

MARÍA.

¿De qué tembláis?

DIEGO.

Tengo miedo.

MARÍA.

¿Por qué razón?

DIEGO.

Quien está
En alto, ¿no ha de temer
El peligro de caer?

MARÍA.

Yo os voy entendiendo ya.

DIEGO.

¿Paréceos á vos que es poco
El caer del cielo al suelo?

MARÍA.

Confirmasteis mi recelo:
Yo os dejo.

DIEGO.

¿Por qué?

MARÍA.

Por loco.

Una fatal casualidad viene á interrumpir este idilio amoroso, precisamente cuando el galán acaba de declarar su nombre y calidad.

DIEGO.

En Almagro, bellísima enemiga
Os vi una fiesta con belleza tanta,
Que á tal atrevimiento el alma obliga.

. . . .

Informaros podéis de Pero Trillo;
Sobrino suyo soy; hacienda tengo.

MARÍA.

Yo nunca del amor me maravillo.

DIEGO.

Para pedir á vuestro hermano vengo
Que me admita por hijo y por esclavo.

MARÍA.

¡Con qué piedad mi cólera detengo!
¿Es éste mi rigor, que por lo bravo
Despreció mil hidalgos desta tierra?

. . . .

¿Es esto inclinación, ó estoy mudada
De aquella condición áspera y dura,
Desde mi tierna edad ejercitada?
Dudosa estoy: señal de amor segura.....

Cabalmente, Céspedes, por una de sus acostumbradas valentías, acaba de matar á Pero Trillo, y tiene que ponerse en precipitada fuga para Andalucía, mientras el Corregidor asalta su casa y D.ª María la defiende bizarramente con ayuda de don Diego, ignorante todavía de la muerte de su tío; acabando por tomar asilo en la iglesia. Las últimas escenas de este acto, que pasan en el Arenal de Sevilla, entre rufianes, valentones, mozas del partido, jugadores y soldados aventureros, tienen una entonación tan cálida y vigorosa, un brío y un desgarro, que traen á la memoria las páginas inmortales de *Rinconete y Cortadillo.*

Hasta ahora no conocemos más que al Céspedes matasiete y pendenciero, al hidalgo de lugar, preciado de fuerzas hercúleas. El Céspedes heroico aparece en el acto segundo, pero no por transición brusca, sino por natural desarrollo del germen belicoso que en él había, y conservando siempre rastros de su fiereza primitiva, especialmente cuando algún luterano se le pone por delante:

Y ¡vive Dios, don Hugo, que en hallando
Hereje donde pueda sacudille,
Déstos que no se quitan el sombrero

Al Pan á quien los ángeles se humillan,
Que le pongo las piernas como á toro,
Para que siempre de rodillas quede!

Continúan los lances, cuchilladas y pendencias: la vida del campamento está pintada con viveza pasmosa, como nadie la presentó en las tablas antes de Schiller. Todo es episódico, si se quiere; pero de aquel tropel y algazara resulta la ilusión de la vida. Y ni un momento se pierde de vista á Céspedes: cuando no está en escena, sabemos de él por relación de amigos ó enemigos; su valentía, algo bárbara y fanfarrona, eclipsa mayores hazañas, provocando en unos la admiración, en otros el odio y el recelo:

¡Que se venga un manchego forcejudo
Que fué de ganapán su estrella y trato,
Y porque diez barajas romper pudo,
Y hacer una alabarda garabato,
Y á un labrador de una puñada mudo,
Lechuguillas las márgenes de un plato,
Y tener en la palma un hombre, el de Alba
Le haga más honra que á un señor de salva!

Así se lamenta el capitán Reinoso, á quien D.ª María, que andaba también en el campo del César, encubierta en hábito de soldado, llama al orden con un cintarazo digno de los que repartía su hermano. Pero en el corazón de esta fiera doncella, capaz de romper los hierros que la aprisionan y arrancar las rejas de la cárcel, arde inextinguible la llama de amores que encendió en ella el gallardo luchador de Almagro, y se sobrepone al estímulo de la venganza, ya que no al cuidado de la honra, como lo declara este precioso monólogo:

¿Dónde vas, cobarde, huyendo
De amor que supo obligar
Noblemente tus bajezas,
Que tal galardón me dan?

. . . .

¡Mal hayan mis pensamientos,
Aunque arrepentidos ya
De haber empleado en ti
Del alma el mayor caudal!

. . . .

¡Quién pensara que me dieras
Por tanto bien tanto mal!
Pero no quiero reñirte,
Falso, traidor, desleal,
Porque al fin, quien dice injurias,
Cerca está de perdonar.

. . . .

Fuerte soy; pero ¡ay de mí,

Que es la fuerza corporal;
Que el alma no tira al canto,
Y pierde siempre al luchar!
. . . .
Salga el infame don Diego
Del alma....., pero no más.....
Porque al fin, quien dice injurias,
Cerca está de perdonar.

Don Diego interesa poco, ó más bien es un personaje aborrecible. Cuando llega á averiguar que Céspedes era el matador de Pero Trillo, aunque le hubiese matado en buena lid y provocado por él, intenta asesinarle á traición, y comete la villanía de abandonar á su hermana, á la cual, por otra parte, había tratado honestamente, menos sin duda por virtud propia que por el saludable espanto que debía infundirle doncella tan bien resguardada.

Todo lo restante de la comedia son bizarrías de Céspedes, terminando con la más famosa de todas, el paso del Albis, que ejecuta á nado y con la espada en la boca, seguido de nueve compañeros. Y Lope, aun no contento con esto, le atribuye la prisión del duque Juan Federico, y, por consiguiente, la mayor prez de aquella inmortal jornada, suponiendo que por ello le honró Carlos V con el hábito de Santiago; de todo lo cual no dice palabra la historia.

El ginebrino Sismondi, que escribió con todo género de preocupaciones protestantes y de vulgar liberalismo su ya olvidada *Historia de las literaturas del Mediodía de Europa*, habla largamente de esta comedia (que fué una de las poquísimas de Lope que leyó), y se indigna mucho con el poeta y con Céspedes por la poca mansedumbre con que uno y otro tratan á los herejes y á los enemigos de su Rey y de su nación. ¡Graciosa extravagancia exigir de un poeta castellano del siglo XVII ideas de tolerancia que entonces no tenían ni los protestantes ni los católicos! (1) Lo que sí debe decirse en honra de Lope, es que hace justicia al valor de los vencidos, y presenta noblemente en escena al Duque de Sajonia, oyendo sin inmutarse ni interrumpir su partida de ajedrez, su sentencia de muerte, no confirmada luego.

Termina esta comedia prometiendo una segunda parte:

Senado, si ver queréis
De Céspedes las hazañas
Hasta su famosa muerte
En la guerra de Granada,
Para la segunda parte

---

(1) *De la Littérature du Midi de l'Europe, par J. C. L. Sismonde de Sismondi. Tome second. Bruxelles, 1837*. Páginas 336-342.

Historia de la Literatura española, escrita en francés por *Mr. Sismonde de Sismondi* (Traducción de Amador de los Ríos). Sevilla, imp. de Álvarez, 1842. Tomo II, páginas 52-59.

Os convido; que aquí acaba
La primera, y no el valor
De Céspedes, flor de España.

Esta promesa, como tantas otras, hubo de quedarse sin cumplimiento; pero no es difícil adivinar cuál habría podido ser el contenido de esta parte segunda. Consistía, sin duda, la catástrofe en la honrosa muerte del capitán Céspedes á manos de los moriscos rebelados, en una entrada que hizo en el valle de Lecrín D. Antonio de Luna; suceso que refieren todos los historiadores de aquella guerra: rápidamente D. Diego de Mendoza, que caracteriza á Céspedes con dos palabras enérgicas; más extensamente Luis del Mármol Carvajal (lib. VI, cap. XXXIII), y con más puntualidad y libertad que nadie, como testigo casi de vista, Ginés Pérez de Hita, en la segunda parte de sus *Guerras civiles* (cap. XIV):

«El valeroso capitan Céspedes, por orden del señor don Juan de Austria, estaba puesto de presidio en la puente de Tablate, para que los moros de la sierra no pudiesen bajar á los lugares que estaban sobre el camino; y habiendo tenido noticia de la derrota de los cristianos del puerto de la Ragua, deseoso de vengar la injuria, subió con su compañía á lo alto de la sierra buscando al enemigo. Ciertamente, la salida fué desordenada y así correspondió el éxito. Los moros, reconociendo al instante la poca gente que traia, le acometieron con valor, y á poco tiempo toda la compañía, con su capitan, fué desbaratada, quedando éste muerto en el campo y su cuerpo despues hecho pedazos, pues por la fama de su valor no hubo moro que no le hiciese herida; cogieron la bandera y llevaron por gran reliquia el alfange ensangrentado de Céspedes al reyecillo. Sin embargo, Céspedes vendió bien cara á los moros su vida, peleando antes como varon fortísimo, porque se hallaron más de cien moros partidos por su mano desde los hombros hasta la cintura con la fuerza de su poderoso brazo, manejando una espada valenciana que era la mejor del mundo, ancha de tres dedos, y tan fornida, que pesaba catorce libras. Doy fe de que la vi en Vera, la tuve en mi mano y presencié el acto de pesarla. Fué tanto más dolorosa la pérdida deste valiente capitan y los suyos, cuanto que don Antonio de Luna, que venia del real de Orjiva, pudo muy bien socorrerle habiendo llegado muy cerca de allí, de modo que vió la batalla por sus propios ojos. Quiso luego disculparse alegando que no estaba tan cerca y que no podia salir del cumplimiento del orden que llevaba; pero este descargo es despreciable, porque ¿quién ve á sangre fría una batalla entre moros y cristianos que no presta ayuda á los de su partido, y los deja perecer por no salir un punto de los límites de la orden que lleva? En mi opinion, á lo menos, don Antonio de Luna no quedó acreditado en esta ocasion de valiente ni de buen soldado.»

Acaeció este funesto encuentro el 25 de Julio de 1569. Llevaron á enterrar á Céspedes á la iglesia del lugar de Restaval, en el camino de Granada á Motril; y en el sitio donde le mataron, que fué en la montaña llamada las Guáxaras Altas, se le puso una cruz grande con este rótulo: «Aquí murió el Capitan Alonso de Céspedes el Bravo.» La poesía honró su nombre de varias maneras. Uno de los episodios me-

nos infelices de la *Austríada*, de Juan Rufo (canto x), es el que describe la final y desesperada resistencia de Céspedes y la caída de su cuerpo gigantesco,

Cual suele á la segur rendirse dura
El pino en la montaña de Segura.

Y Luis Barahona de Soto, excelente ingenio andaluz que también militó en la guerra de la Alpujarra, tributó en una de sus églogas este recuerdo al valeroso capitán manchego:

Allí el nervoso Céspedes tendido,
De roble coronado sin provecho,
Del alma ilustre vieras despedido,
En dura peña cual en blando lecho:
. . . .
Y contra cuya poderosa mano
Luchó la piedra del molino en vano (1).

La muerte del capitán Céspedes, que ya en vida era un personaje de *folk-lore* por sus monstruosas y peregrinas fuerzas y raras aventuras, no podía menos de irse rodeando de circunstancias extraordinarias en la imaginación del vulgo. Notable es, y en extremo fantástica, la historia que á este propósito refiere D. Gonzalo de Céspedes y Meneses (acaso deudo del capitán D. Alonso en algún grado) en su interesantísima novela de *El soldado Píndaro*, publicada en 1626. No procede transcribirla aquí porque es muy extensa, y el libro donde se halla muy conocido; pero importa dar alguna idea de ella, por la relación que tiene con otra comedia de que hablaré después.

Refiere, pues, el ingenioso novelista madrileño que cuando fué el Duque de Alba á París para la confirmación del tratado de paz entre nuestro D. Felipe y el rey de Francia Enrique II, llevó en su compañía al capitán Céspedes, el cual tuvo allí un famoso desafío con un noble francés llamado el Barón de Ampurde. «Y estando batallando, y el francés mal herido y cerca de rendirse, acudiendo en su ayuda otros deudos y amigos que vergonzosamente estaban en celada, pusieron en condición el vencimiento, y á no ser la de Céspedes, en muy grande peligro la persona del adversario. Sintió terriblemente don Alonso tan vil superchería, y apretando los puños con su coraje acostumbrado, no sólo se libró, mas los puso en huída, matando crudamente al Barón de Ampurde, y digo crudamente, porque aunque se le rindió y pidió de merced la vida ó tiempo para se confesar, no se lo concedió su indignación y cólera; antes, á puñaladas dando salida al alma, puso su salvación en contingencia, y en opinión su buen crédito y fama.»

Tornó á su patria D. Alonso de Céspedes; pasaron años que para él fueron de

(1) *Segunda parte de las Flores de Poetas ilustres de España, ordenada por D. Juan Antonio Calderón. Anotada por D. Juan Quirós de los Ríos y D. Francisco Rodríguez Marín*..... Sevilla, imprenta de E. Rasco, 1896, pág. 35.

increibles hazañas y acrecentamiento de fama, y cuando se hallaba en Granada dispuesto á servir al Rey con una lucida compañía de 150 hombres levantados á su costa, le aconteció el portentoso caso siguiente.

Volvía una tarde con sus criados de jugar á la pelota, cuando se le acercó una tapada que, llamándole aparte, le dió una cita en nombre de dos damas á quienes servía, y que, según dijo, le estaban aguardando, pagadas de su mucha bizarría y de la fama de sus hechos. Pareció bien al capitán la imprevista aventura, y siguiendo á la encubierta mujer, se internó en el Albaicín, cuando ya era noche cerrada, dejando á sus criados junto á las gradas de la parroquia de San Cristóbal. Llegó á una casilla que estaba cerca del cementerio de la iglesia, y se asomaron á la ventana dos hermosas damas, que después de un galante diálogo acabaron por arrojarle una escala de cuerda. Trepó Céspedes por ella y entró por la ventana, «mas no lo hubo bien hecho, cuando con un grande y funesto estampido se juntó la pared, y sin quedar señal de puertas ni ventanas, mujeres ni otra cosa, se halló metido en una larga y anchurosa cuadra. Estaba ésta vestida de presagios funestos, paños y bayetas obscuras, lo mismo todo el suelo, y en la mitad un túmulo, basa de un ataúd, á quien también cubría un tapete negro; á la cabeza y pies tenía dos hachas encendidas.....»

Quedóse pasmado y atónito Céspedes, pero no por eso flaqueó su invencible valor, sino que, paso tras paso, se fué acercando al ataúd y comenzó á levantar los negros paños que le cubrían. Sonaron dentro tristes gemidos, y poco á poco fué levantándose del túmulo «un espantoso hombre, y doyle tales títulos, no porque su persona fuese monstruosa ó desigual á las demás comunes, sino por el prodigio lastimoso que representaban en su cuerpo infinitas heridas, de las cuales venía acribillado y roto, desde el pálido rostro á la punta del pie. Suspenso quedó el animoso Céspedes viendo tan impensado y sangriento espectáculo; pero sin querer impedírselo, esperó á que se levantase y el fin de su salida. No estuvo mucho tiempo en semejante duda, porque el horrendo huésped, en poniéndose en forma, con ronca y triste voz le dijo desta suerte: «¿Qué miras, arrogante español? Abre mejor los »ojos y conóceme, que aún tienes causa y obligación de hacerlo: obras son de tus »manos las que tienes delante, golpes son mis heridas de tu inhumanidad y rigor bár»baro; yo soy, yo soy aquel francés Barón de Ampurde á quien impío y cruel diste »en París la muerte. Allí te pedí entonces la vida de merced y no quisiste dármela; »confesión te pedí y no me concediste término para hacerla: grandemente irritaste »la justicia divina; tales hechos y acciones la están clamando siempre por venganza; »mas mientras ésta llega librada en las moriscas lanzas de las vecinas Alpujarras, no »estemos así los dos ociosos; vengamos tú y yo otra vez á los brazos; quizá podrán »los míos, despedazados y sangrientos, ejecutar ahora lo que sanos y enteros no pu»dieron entonces.» Con esto, dando un terrible salto, le llevó de voleo, al mismo punto que, apagándose las hachas, dejaron en lóbregas tinieblas el aposento y el corazón magnánimo de don Alonso, no sin algún horror de tan extraña y temerosa empresa. Flacos y débiles estaban los quebrantados miembros del herido, mas no así le parecieron á Céspedes sus espantosas fuerzas, pues con ser las suyas las ma-

yores del mundo, así le postraron y envolvieron como si verdaderamente las ministrara un niño de dos años; mas ¿qué mucho, si el poder humano es tan limitado y corto, y el sobrenatural tan disconforme?»

Más de tres horas duró esta desigual contienda, «pero no pudo ser tal el tesón de Céspedes, que al fin, como mortal, no se rindiese entre los brazos de aquel furioso espíritu, el cual, dando con él un espantoso golpe, tendiéndole en el suelo, se desapareció, dejándole sin ningún sentido».

Prosigue refiriendo el novelista cómo los criados del capitán, inquietos por su tardanza, sintieron de repente un espantoso estruendo como si un gran edificio se viniera abajo, y vieron caer sobre las gradas un bulto, en quien reconocieron con terror á su dueño. «Creyeron al principio que estaba muerto, porque ni bullía pie ni mano ni tenía pulsos, con que dando principio á un doloroso llanto, tomándolo en los hombros, dieron con él en su posada. Aborotóse la ciudad y extendióse el suceso, y como nadie supiese el origen, todos le atribuyeron á la maldad y alevosía de los moriscos..... Entre esta variedad de pareceres llegó el siguiente día, en quien, ayudado de medicinas y remedios, con general gusto de los presentes, abrió los ojos don Alonso, y sintiéndose bueno, como si de un profundo sueño despertara, se levantó del lecho, y hallándose en su casa rodeado de amigos y fuera del peligro en que se reputaba, dió gracias á Dios, y á todos los circunstantes juntamente cuenta particular de sus acaecimientos; pero no pasaron éstos muy adelante: llegó la flecha cuanto podía alcanzar el arco de la Parca, y dentro de seis días vió en sí cumplido aquel fatal anuncio.....» (1).

Esta lucha de D. Alonso de Céspedes con un difunto recuerda desde luego escenas muy análogas de otras comedias de Lope (de las cuales citamos algunas al tratar de *El Infanzón de Illescas*), y no es menos patente su semejanza con la parte fantástica de *El Burlador de Sevilla*, con el cual tiene más relación, sin embargo, otra novela del mismo Céspedes, *La constante Cordobesa*.

De este episodio novelesco se aprovecharon, pero alterando sus circunstancias y sin sacar de él todo el partido que pudieran, los autores de otras dos comedias relativas á Céspedes, que llevan el título común de *El Hércules de Ocaña*. Fué autor de la primera Luis Vélez de Guevara (*Lauro*). Era obra rarísima ó más bien enteramente desconocida, hasta que el muy erudito historiador de nuestro drama nacional, Adolfo Schaeffer, tuvo la fortuna de encontrarla, con otras piezas no menos peregrinas, en un desconocido tomo de *Comedias de diferentes autores*, falto de portada y preliminares (2). Creemos que esta comedia es posterior á la de Lope, no sólo por la natural presunción de que él fuera, como en la mayor parte de los

(1) *El soldado Píndaro*. (En los *Novelistas posteriores á Cervantes*, I, 310-312.)

(2) *Ocho comedias desconocidas, de D. Guillén de Castro, del licenciado Damián Salustio del Poyo, de Luis Vélez de Guevara, etc., tomadas de un libro antiguo de comedias nuevamente hallado, y dadas á luz por Adolf Schaeffer. Leipzig, F. A. Brockhaus, 1887*. Tomo II, páginas 218-293.

casos, el imitado y no el imitador, sino por ser su obra mucho más fiel á la verdadera biografía de Céspedes, al paso que en la de Luis Vélez se alteran caprichosamente muchas de sus circunstancias, sin duda por buscar nuevos efectos dramáticos y no encontrarse con la fábula que ya había trazado Lope, y que debía de ser tan popular como todas las suyas. En lo que se ve perfecta identidad es en los caracteres de Céspedes y de su hermana (llamada aquí también D.ª María) y en las valentías y alardes de fuerza que se les atribuyen:

Hombre que se alza con diez
En la espalda y en los brazos,
Y para hacellos pedazos
Es racional almirez:
. . . .
Hombre que, si está mohino,
Sin rendirse á humanas leyes,
Detiene un carro de bueyes
Y una rueda de molino.
. . . .
Éste es Céspedes; y advierte
Que, desmintiendo su ser,
Es su hermana una mujer
Tan varonil y tan fuerte,
Que viniendo un carretero
De la Mancha á este lugar
Con Céspedes á tirar
La barra, muy forastero,
Sin el valor de los dos,
Y muy en lo presumido,
Sansón manchego, curtido,
De aquellos de «Cristo es Dios»,
Estando su hermano ausente,
Tiró á la barra con él,
Y le ganó al moscatel
Carreterazo valiente,
(Venciendo al gigante griego
En el ademán bizarro),
Cuanto llevaba en el carro,
Y el carro y las mulas luego:
Ésta es ella y éste es él.

Cito estos versos porque en ellos hay evidentes reminiscencias, y aun puede decirse que una especie de resumen, de las primeras escenas de la comedia de Lope. Y no pára en esto la semejanza, pues también la hay en la pendencia de Céspedes, que aquí es con el pretendiente de su hermana, y en la resistencia de D.ª María á la entrada del Corregidor (que aquí es Gobernador) en su casa, y, finalmente, á las andanzas de la valerosa doncella disfrazada de soldado.

Pero el teatro de las hazañas de Céspedes no es aquí Alemania, sino los Países Bajos, y aun caprichosamente se altera la cronología de ellas, poniéndolas, no en tiempo del Emperador, al cual las más famosas pertenecen, sino en el de Felipe II. Por lo demás, la comedia es interesante, amena y bien parlada, como lo son en general las de su autor, que fué quizá el más excelente de los dramáticos de segundo orden, llegando á imitar con tal perfección el estilo de Lope de Vega, que muchas veces se confunde con él.

Lo más curioso que esta pieza contiene es la pelea que Céspedes tuvo en una venta de la Mancha con un muerto; escena menos terrorífica que la de *El soldado Píndaro*, pero de buen efecto cómico-fantástico. Se notará, además, que el humorístico monólogo de Céspedes tiene cierto parentesco ó aire de familia con el de D. César de Bazán en el *Ruy Blas*, de Víctor Hugo.

La comedia de Luis Vélez termina, como la de Lope, anunciando una segunda parte, que probablemente no llegó á escribirse. Tampoco alcanza hasta la muerte del héroe otro *Hércules de Ocaña*, compuesto por D. Juan Bautista Diamante é inserto en el segundo tomo de sus *Comedias* (Madrid, 1670). Diamante, que en la mayor parte de sus obras no fué más que un remendón literario, zurció ésta con retazos de Lope y de Vélez de Guevara, puestos en su ampuloso y gongorino estilo, del cual es buena muestra el tremendo romanzón en que el héroe narra su vida:

Yo, invictísimo Monarca,
Cuyo dilatado imperio.....

De Guevara tomó el incidente del muerto, echándole á perder con la ridícula intervención del gracioso. Pero en lo principal de la comedia sigue á Lope con bastante servilismo, y termina, como él, con la batalla del Albis y la prisión del Elector de Sajonia.

Sobre este asunto histórico hay en el mismo tomo descubierto por Schaeffer una rara comedia, *La victoria del Albis por Carlos V*, atribuída allí á Juan de Villegas, con nota de que *la representó él mismo;* pero en un manuscrito de la Biblioteca Nacional, procedente de la de Durán, consta como de tres ingenios, cuyos nombres no se expresan. Es pieza de corto mérito y que no convida á más indagación.

VII.—EL ALDEGÜELA.

El manuscrito de la Biblioteca Nacional que nos ha servido de texto, dice al fin: «Acabóse en 6 de Mayo de 1623 años. Trasladóla Martin Navarro, en Toledo, el mismo dia, mes y año.» Imprimióse mutilada é incorrecta en la Parte 42 de *Comedias nuevas* (1676), con el título de *El Hijo de la molinera*, atribuida á D. Francisco de Villegas. Corre también en ediciones sueltas con el nombre de Lope, su autor verdadero, y este otro título: *Más mal hay en la Aldegüela de lo que se suena.*

Esta comedia es histórica por referirse al gran Duque de Alba y á su hijo natural el Gran Prior de Castilla, D. Fernando de Toledo, y terminar con el episodio del sitio y toma de Mons en 1572; pero la historia está tratada con caprichosa libertad, cambiando hasta el nombre del Duque y llamándole D. Fadrique, sin duda por evitar la repetición del nombre de Fernando.

¿Es de pura invención el fondo de esta comedia? Los biógrafos del Duque, á lo menos los que conozco, no dicen el nombre de la madre de D. Fernando. Tómese, por ejemplo, al P. Antonio Osorio, cuya historia, mucho menos conocida de lo que merece, se distingue no sólo por la elegancia de su latinidad, sino por el buen juicio, nada vulgar, y por lo fidedigno de la mayor parte de sus noticias. Cuando llega á hablar por primera vez del D. Fernando, como jefe de la caballería española, italiana y albanesa, que su padre llevó á Flandes, se limita á decir que era hijo del Duque de Alba y de una querida suya *(à Duce ex amasia genitus)* (1). No es más explícito cuando traza una especie de paralelo entre el Prior y su hermano D. Fadrique, diciendo de ellos que, aunque la suerte los hizo desiguales en el nacimiento, el Duque de Alba, como severo artífice, enmendó los defectos de la naturaleza y los hizo iguales en el valor (2). Infiérese, pues, que este biógrafo, bastante tardío, pero muy bien informado, como pariente y familiar que era de la casa de Alba, ó no supo el nombre de la madre de D. Fernando, ó no quiso por buenas razones revelarle. La luz que no nos da Osorio, menos hay que buscarla en los contemporáneos del Duque. Don Bernardino de Mendoza, en sus excelentes *Comentarios de las guerras de los Países Bajos* (1592), ni siquiera alude á la ilegitimidad del Prior. «Con la batalla iba D. Hernando Alvarez de Toledo, prior de San Juan, hijo del Duque, general de la caballería.» (Libro II, cap. II.)

El sospechoso silencio de historiadores y genealogistas deja inferir, dadas las ideas de aquellos tiempos, que la madre de D. Fernando sería de humilde origen, como en esta comedia de Lope de Vega aparece. Por grandes que fuesen los

(1) *Equites Hispani, et Itali, cum Epirotis ibant mille ducenti. His præerat Ferdinandus Toletanus à Duce ex amasia genitus.*

(Ferdinandi Toletani Albæ Ducis vita, et res gestæ. Authore P. Antonio Ossorio, Astorgiensi, Societatis Iesv. Salmanticæ: apud Melchiorem Esteuez. Anno 1669. Tomo II, pág. 236.)

Es libro raro á pesar de su fecha relativamente moderna. El P. Osorio, que era hijo de los Marqueses de Astorga, tuvo acceso franco á los archivos de la casa de Alba antes que este tesoro hubiese sido mermado por los varios incendios y sustracciones de que se da razón en la muy discreta advertencia con que la actual Duquesa, insigne cultivadora de los estudios históricos, encabezó en 1891 la primera de sus espléndidas publicaciones de *Documentos escogidos* de aquel Archivo.

(2) *Equitibus Ferdinandus Toletanus; peditibus Cauriæ Marchio Federicus Calatravæ magnus Commendator, Albani filius natu maximus præsidebat..... Ambo insignes animis, obsequii laudibus unum intuebantur, per labores suos, sanguinem et dispendia vitæ, magni patris gloriam et senectutem augere. Eos sors nascendi inæquales in lucem protulit: sed Albanus naturæ errorem severus artifex corrigens, pares virtute formavit.* Tomo II, pág. 319.

ensanches de la licencia poética en nuestros dramaturgos, no suelen llegar hasta el extremo de falsear la historia por completo, y mucho menos la historia contemporánea. Recuérdese que el Gran Prior de Castilla vivió hasta 1593, y es muy verisímil que Lope, doméstico de la casa de Alba, le tratase y conociese. Bastante atrevimiento fué sacarle á las tablas, y en una comedia de esta especie; pero ¿cabe en lo posible que, sin fundamento alguno, veinte años no más después de la muerte de tan alto personaje, se representase en los teatros la historia de los amoríos de su madre, desfigurada de tan extraña manera? Adviértase que hay en la comedia circunstancias muy precisas: que la acción se localiza entre la Aldegüela (1), Santiago del Collado y Piedrahita; que no faltan en esta obra rastros de poesía popular, y que toda ella está fundada sobre un proverbio, «*más mal hay en el Aldegüela de lo que se suena*», que continuamente repiten los personajes á guisa de estribillo, y que puede tener un valor histórico y haber sido inventado con ocasión de este suceso.

El primer acto de la comedia es de todo punto excelente. Pertenece al género villanesco, en que Lope triunfaba siempre. Los personajes hablan y obran con la inmoralidad más candorosa, como si vivieran en pleno naturalismo antiguo; pero cierta ingenuidad de sentimiento, unida al ambiente campesino de la obra, hace tolerables las escenas más libres. La serrana cede demasiado pronto para lo que el teatro moderno exigiría, pero téngase en cuenta la calidad del galán, la humildísima suya, el tiempo y lugar de la escena, la moral harto laxa del poeta, de los espectadores y de su siglo (2). Así y todo, cede por amor, no por interés; rechaza al principio los presentes del Duque, aunque los acepte después de su falta; está verdadera y profundamente enamorada del hombre á quien se entrega, no tanto por su alcurnia como por su juventud, por su gallardía, por sus bizarras condiciones personales:

No imagine, señor Duque,
Que soy yo de las doncellas
Que (vergonzoso es decirlo)
Se rinden á las promesas;
Yo soy honrada, y estimo
Más mi honor que las riquezas.
Confieso que me agradáis,
Que melindres son de necias;
Pero cuando considero
Mi humildad y mi bajeza,

---

(1) Hay muchos lugares de este nombre en España, pero la Aldehuela donde pasa la acción de la comedia es la que pertenece al partido judicial de Barco de Ávila, situada entre el puerto de Santiago del Collado y la Sierra de Gredos.

(2) Alguna salvedad hay, sin embargo, pero muy de pasada. Nótese ésta del primer acto:

Que aunque son villanos éstos,
Los señores deshonestos
Hacen traidores vasallos.

Conozco que es imposible
Que nuestro amor largo sea.
Vos os iréis á la corte,
Donde al punto se divierta
La memoria, y yo me quede
Para burla de mi tierra.....

DUQUE.

El mucho amor que te tengo
Anima tu resistencia;
Que amor, dueño de imposibles,
Fáciles cosas desprecia.
¡Por la cruz de aquesta espada
Y por la vida del César
Carlos quinto, por quien soy,
Que hasta la muerte te quiera!

MARÍA.

Palabras de enamorado
Andan por el aire en pena.

. . . .

DUQUE.

Esta cadena y diamantes
Toma.

MARÍA.

¡Qué gentil afrenta!
¿No fío en vuestras palabras
Y he de fiar en las prendas?
De una cosa os aseguro
Por esa cruz: que os quisiera
Por vos, no por interés.

DUQUE.

Más me obligáis.

MARÍA.

Esto crea.
Guardad las joyas, y adiós;
Que para la vez primera
No está malo.

DUQUE.

En sólo un día
Que tardes, mi muerte llega;
Fía de mí.

MARÍA.

¿Todavía?
Mire que es cruel la siesta;
Quítese del sol.

DUQUE.

El tuyo
Me abrasa más y más quema;

Pero entremos á la sombra.

MARÍA.

¿Dónde?

DUQUE.

Al molino me lleva.

MARÍA.

¿Seréis cortesano?

DUQUE.

Sí;

Que mi amor no admite fuerza.

MARÍA.

Pues entrad: medrosa voy.

DUQUE.

¿Quiéresme bien?

MARÍA.

¡Tan apriesa!

DUQUE.

En amor no hay dilación.

MARÍA.

¿No es forzoso que le quiera
Por mi señor?

DUQUE.

¿Y no más?

MARÍA.

El callar doy por respuesta:
Quien el fuego mete en casa,
Mucho hará si no se quema.....

La resbaladiza situación que aquí presenta Lope es la misma que sirvió de fondo principal á las antiguas serranillas provenzales, francesas, gallegas y castellanas, cuyo último y más delicado tipo son las del Marqués de Santillana y Juan del Encina. Lope, que tantas veces se inspiró en ellas, remeda aquí no solamente el color general, sino el movimiento lírico, esmaltando estas escenas con gran número de cantarcillos:

Molinera hermosa y bella,
Ya ha salido el sol sin vos;
Pero no me ayude Dios
Si no me parece estrella.....

. . . .

Linda molinera,
Moler os vi yo,
Y era la harina
Carbón junto á vos.....

. . . .

Parecéis molinero, amor,
Y sois moledor.....

Salteáronme los ojos
De la mozuela:
Díles más que pedían.
¿De qué se quejan?
. . . .
Serranas del Aldegüela,
Las mañanicas de Abril
Al valle salen alegres,
Porque se empieza á reir.
Cuál hace verdes guirnaldas
De trébol y toronjil,
Y cuál coge maravillas,
Cárdeno lirio y jazmín.
Los zagales que las siguen
Por el natural jardín,
Dulces canciones le cantan,
Y dicen, bailando, ansí:
«Flores cogen las zagalejas, mas ¿para qué?
Que ni lucen ni huelen ni tienen color,
Con mejillas y boca de grana y clavel.....

Casi tan lindo como el primer acto es el segundo, que comprende las mocedades de D. Fernando, criado rústicamente, como quien pasa por hijo de un labrador, pero dando continuos indicios de sus inclinaciones caballerescas, de su arrogante brío y de su condición altanera y mal sufrida. Lope gustaba mucho de estas heroicas infancias, y las ha descrito en el Ciro de *Contra valor no hay desdicha*, en *El Hijo de Reduán*, en *Los Benavides*, en *Los Prados de León* y en otras muchas comedias (1). Sobre el valeroso mancebo vela la protección de su glorioso padre, que, al verle postrar un toro de una cuchillada en las fiestas del Barco de Avila, le entre-

(1) De las mocedades de D. Juan de Austria se contaban anécdotas muy parecidas á las que en esta comedia se aplican á D. Fernando de Toledo. Algunas de estas tradiciones consigna Baltasar Porreño en su *Historia*, recientemente publicada por el Sr. Rodríguez Villa:

«Viendo Luis Quijada el valor de D. Juan, y lo mucho que se esperaba de su persona, le dió licencia que se cubriese delante de él y que ciñese espada, más por galantería que por pedirlo su edad, que era tierna. *La primera vez que echó mano á ella*, *fué en una fiesta de toros*, en que embistió con el andamio en que él estaba un toro bravo y feroz, tan porfiado en hacer presa por aquella parte, que toda la gente del andamio desamparó el puesto, quedando solo D. Juan, con su espada en la mano, haciendo resistencia al feroz animal, que pretendia derramar sangre real y austriaca. Don Juan se le opuso con tanto valor y destreza, que el animal tuvo por bien enfrenar el paso y escarbar con los pies. Escarbando y levantando mucho polvo entre los dos competidores, y bajando y levantando la cabeza apriesa, puso treguas á la contienda, quedando D. Juan vencedor y volviendo el animal atrás á quien le hiciese menor resistencia. Las damas del ventanaje le cantaron la gala, y todo el concurso alabó el ánimo y osadía de este mancebo, que, sin pelo de barba, se las habia tenido tiesas á una fiera bestia, deseosa

ga su anillo y le hace entrar en la servidumbre de la Duquesa, aunque el arriscado mozo más bien quisiera seguir al Duque en la expedición de Flandes. El oficio de camarero era el que menos podía cuadrar á su feroz osadía y temerario arrojo, de que bien pronto da muestras atropellando á un alcalde, poniendo en dispersión á una turba de ministriles y escalando la cárcel para sacar de ella á un amigo suyo que padece persecución por la justicia. Oféndese mucho la Duquesa de tan insolentes desmanes, y se entabla entre los dos este primoroso diálogo:

Labrador del Aldegüela,
Según vuestra condición,
Vos nacisteis para duque,
Que no para labrador.
¿Aprendisteis en el campo
Donde os abrasaba el sol,
Gravedades semejantes,
Arrogancia y presunción?
¿Quién os ha dado las alas?
Si acaso el Duque os las dió,
Yo os las cortaré, Fernando,
Sin que os valga su favor.
De vuestro linaje humilde
Muy bien informada estoy:
Hijo de la molinera,
Que en un arroyo nació,
Y de un grosero villano,
Del Aldegüela pastor,
¿Es esto atar los novillos
Á la coyunda feroz?
¿Los ministros de justicia,

---

de verter sangre humana, y daban el parabien á Luis Quijada del valor que, en traje humilde, descubria éste su encomendado, juzgando que debajo de aquel sayal hay al.»

(Historia del Serenísimo Señor D. Juan de Austria..... por el Licenciado Baltasar Porreño..... Publícala la Sociedad de Bibliófilos Españoles. Madrid, 1899; págs. 17-18.)

El P. Famiano Strada recoge tradiciones análogas, y hace notar su semejanza con las que Herodoto refiere de la infancia de Ciro:

«Juntábase con los otros niños de su edad, pero siempre le distinguia entre ellos no sé qué carácter de excelencia que le hacia parecer el primero de todos. Diriase que era como un Ciro entre los zagales. Entraba con ellos en la lucha, en la carrera, en tirar la barra, y cualquiera otro de sus juegos, pero no más que en cuanto le parecia estar seguro de la victoria; y por eso se daba con más gusto al estudio de andar á caballo, porque en él sin competencia se aventajaba á todos. Su primer cuidado por las mañanas era montar á caballo, guiar una tropa de muchachos, quebrar lanzas hasta hacerles piezas, ó correr la sortija.»

(Primera Década de las Guerras de Flandes..... escrita en latin por el R. P. Famiano Estrada, de la Compañía de Jesus, y traducida en romance por el R. P. Melchor de Novar..... Amberes, Verdussen, 1701; pág. 549.)

Por tan liviana ocasión,
Maltratáis de esa manera,
Sin respeto ni temor?
Agradézcaselo al Duque,
Que más castigo no os doy
Por ser la postrera cosa
Que al partirse me pidió.

FERNANDO.

Bien puede Vuestra Excelencia,
Con licencia de señor
Y de mujer, ofenderme,
Mas otro ninguno, no.
No recibo por afrenta
Que me hayáis dicho quién soy;
Yo he de empezar mi linaje
Como alguno le acabó.
De una cosa os certifico:
Que siento en mi corazón
Un no sé qué que me dice
Que no es nadie más que yo.
El cuchillo de una sierra,
Entre aspereza y rigor,
Cría tal vez el laurel
Que algún César coronó.
El campo estéril produce
Acaso una hermosa flor;
Y ansí, de un pobre molino
Tan noble ramo salió.
Para servirle en la guerra
Le pedí al Duque favor,
No para ser de tapices
Hambriento camaleón (1).
Si os ofendo en el palacio,
Cerca de mi casa estoy;
Que ya no es bueno servir
Sino solamente á Dios.
Amigo mío es el preso,
Y es injusta su prisión,
Pues tienen tanta disculpa
Los yerros que causa amor (2);
Y pues que juzga su causa
La mentira ó la pasión,
Armas habrá que le libren
Cuando justicia faltó.

(1) ¡Lástima de rasgo de mal gusto en tan bello trozo!

(2) Alusión al viejo romance de *El conde Claros*.

Fugitivo de España por el allanamiento de la cárcel, llega Fernando, en la jornada tercera, al campamento de su padre, delante de Mons, en Hainault. Claro es que la historia está aquí infantilmente desfigurada en cuanto á las relaciones de padre é hijo; pero en los pormenores del memorable cerco hay la exactitud habitual en Lope, como puede verse leyendo el clásico relato de D. Bernardino de Mendoza (1). Por lo demás, esta parte de la comedia vale muy poco, y está escrita con notable desaliño. La figura del Duque no aparece con la conveniente grandeza, ni en la escena en que vela el sueño de su hijo, ni siquiera en el acto solemne del reconocimiento, situaciones una y otra muy bien imaginadas, pero echadas á perder por lo atropellado de la ejecución.

Con el nombre del Dr. Remón (Fr. Alonso Ramón, de la Orden de la Merced) anda en ediciones sueltas una comedia titulada *El sitio de Mons por el Duque de Alba.*

VIII.—EL VALOR DE MALTA.

Comedia inédita hasta ahora, de la cual se hallan dos manuscritos en la Biblioteca Nacional, uno de letra del siglo XVII, procedente de la colección de D. Agustín Durán, y otro de letra moderna. Lord Holland poseía otra copia, según consta en el catálogo de Chorley.

Sólo por respeto, quizá excesivo, al testimonio de estos manuscritos, he publicado á nombre de Lope de Vega esta comedia, que me parece enteramente indigna de él por su falta de todo valor poético. Si primitivamente fué suya, debió de ser refundida y estropeada por algún ignorante, pues tiene hasta vulgarismos y groseras incorrecciones gramaticales, en que Lope no incurrió jamás. No me detendré á examinarla, porque no lo merece. Sólo algún trozo descriptivo, como el romance (de la jornada segunda) en que se narra el asalto de Santelmo, puede leerse sin enfado. Lo restante es un fárrago confuso de gritos y cintarazos, revistas militares y descargas de artillería; un bautizo en escena, martirios y apariciones milagrosas: todo el aparato, en suma, de este género de comedias de moros y cristianos, pero aquí presentado con más tosquedad que en muchas otras.

Pocos hechos tan heroicos registra la historia militar como la defensa que los caballeros de San Juan hicieron de su isla de Malta en 1565, á las órdenes del Gran Maestre Juan de la Valette, resistiendo cuatro meses de trinchera abierta, en que

---

(1) Con arreglo á él deben corregirse algunos nombres estropeados, que no pueden atribuirse á Lope, sino al poco esmerado copista de su comedia. Así, *Janepe* por *Jemape*, *Espinlic* por *Espinlieu*, *Beta y Mont* por *Bertaymont*, y algún otro.

(Vid. *Comentarios de D. Bernardino de Mendoça, de lo sucedido en las Guerras de los Payses Baxos desde el año de 1567 hasta el de 1577. Madrid, por Pedro Madrigal*, 1592. Libros VI y VII, passim.)

el ejército turco, sitiador, perdió 30.000 hombres, y 9.000 los cristianos defensores. Empresa de eterna memoria para toda la Cristiandad, pero muy particularmente para España, no sólo porque entre los 242 caballeros de la Orden que sucumbieron en defensa de aquel baluarte sagrado había 61 españoles, número escasamente inferior al de italianos y al de franceses (aun contando las tres *lenguas* de Provenza, Francia y Auvernia), sino por el esfuerzo decisivo con que el Virrey de Sicilia don García de Toledo socorrió y salvó la isla, derrotando á los turcos y haciéndoles levantar el cerco; primer quebranto del poder naval otomano y presagio feliz del gran día de Lepanto.

Á la grandeza del acontecimiento corresponde la literatura histórica dedicada á él, que es muy numerosa, tanto en España como en Italia y Francia, y ha recibido modernamente muy valiosos aumentos, sobre todo después de publicada en los *Documentos inéditos para la historia de España* (tomos XXIX y XXX) la correspondencia de Felipe II con D. García de Toledo sobre sus empresas navales. Fueron entre nosotros primitivos historiadores del cerco de Malta, Francisco Balbi de Correggio, que asistió como soldado á todo el sitio é hizo *Verdadera relación* de cuanto en él aconteció (1567) (1), y el capitán Pedro de Salazar, que en su *Hispania Victrix*, donde tejió la historia de todas las guerras marítimas de su tiempo, desde 1546 á 1565, concede el espacio mayor á la jornada de Malta, como su importancia exigía (2). No cumple á mi propósito enumerar las relaciones extranjeras, entre las cuales ha merecido preferencia siempre la del italiano Jacobo Bosio (*Istoria della sacra religione di San Giovanni Gierosolimitano*, 1594), fuente capital del ameno relato del abate Vertot en su *Historia de los Caballeros de Malta*, tan leída en el siglo pasado, y del elegante compendio de nuestro D. José Calderón de la Barca (*Gloriosa defensa de Malta*), publicado en 1796. W. Prescott, en su *Historia de Felipe II* (1856), no terminada, por desgracia, pero que en la parte que comprende continúa siendo la mejor que se ha escrito de aquel reinado, tomó por guía principal, en los cuatro extensos capítulos que á esta materia

---

(1) *La verdadera relacion de todo lo que este año de M. D. LXV ha sucedido en la Isla de Malta, dende antes que la armada del gran turco Soliman llegase sobre ella, hasta la llegada del socorro postrero del poderossisimo y catholico Rey de España don Phelipe nuestro señor, segundo deste nombre. Recogida por Francisco Balbi de Correggio, en todo el sitio soldado..... Alcalá de Henares, en casa de Juan de Villanueva, Impressor de libros..... Año de 1567.—La verdadera relacion &..... en esta segunda impresion, por el mismo autor revista, emendada y ampliada..... Barcelona, en casa de Pedro Reigner, 1568.*

(2) *Hispania Victrix. Historia en la qual se cuentá muchas guerras succedidas entre Christianos y infieles assi en mar como en tierra desde el año de mil y quinientos y quarenta y seys hasta el de sessenta y cinco. Con las guerras acontecidas en la Berberia entre los reyes de Marruecos, Fez y Velez. Compuesta por Pedro de Salazar....., vezino de la muy noble villa de Madrid..... Impressa con licencia en Medina del Campo por Vicente de Millis. Año de M. D. LXX* (1570).—Folio.

Los 15 últimos capítulos de este raro volumen se refieren á Malta.

consagra, el libro de Balbi de Correggio, sin dar muestras de conocer el de Salazar (1), al paso que éste ha servido de base al agradable y pintoresco relato del vicealmirante Jurien de la Gravière, benemérito vulgarizador de las antiguas crónicas navales (2).

Ora en las ingenuas páginas de los narradores antiguos, ora en las artísticas exposiciones de los modernos, se siente mejor la impresión épica de aquella sublime y desesperada defensa, que en los versos rastreros y prosaicos con que ingenios de mejor voluntad que numen aspiraron á eternizarlos. Ya el capitán Pedro de Salazar, que en dotes literarias no rayó tan alto como su donosísimo hijo, puso al fin de la *Hispania Victrix* ciertas diabólicas estancias «en loor de los famosos caballeros de la Religion, y soldados que murieron peleando contra los turcos y defendiendo la fe de Iesuchristo en el fuerte de Malta Sant Elmo el año de 1565.» No vale mucho más un pedestre *Romance de la venida del Turco sobre Malta*, que incluyó Juan de Timoneda en su *Rosa Real* (1573) y fué reproducido luego en otras colecciones (número 1.184 de Durán), el cual es, como casi todos los romances históricos de decadencia, una pura gaceta rimada sin rastro ni vislumbre de inspiración.

Son obras de mayor entidad, á lo menos por el bulto, los dos largos poemas de Hipólito Sans y de D. Diego de Santisteban Osorio, publicados, respectivamente, en 1582 y 1599, obras una y otra de muy fastidiosa lectura, aunque buscadas de los bibliófilos por su rareza. *La Maltea*, de Hipólito Sans (3), tiene además el mé-

---

(1) *History of the reign of Philip the Second king of Spain, by William H. Prescott. London, Routledge, 1856.* Tomo II, págs. 200-261.

(2) *Les Chevaliers de Malte et la Marine de Philippe II par le vice-almiral Jurien de la Gravière.* París, Plon, 1887. Dos volúmenes.

(3) *La Maltea. En que se trata la famosa defensa de la Religion de Sant Joan, en la isla de Malta. Compuesta en octaua rima por Hippolyto Sans, Cauallero natural de la Ciudad de Xatiua. Dirigida a la S. C. R. M. del inuictissimo y poderossisimo Rey Don Phelippe nuestro señor. Impressa con licencia en Valencia. Se imprimio en casa de Ioan Nauarro. Año* 1582.—8.° Cuatro hojas preliminares y 172 foliadas, repitiéndose al reverso de la última las señas de la impresión.—Encabezaron este libro con sonetos laudatorios D. Hieronymo Sans, probablemente deudo del autor, y Miguel Hieronymo de Armingol.

Por ser tan raro el libro y de alguna curiosidad histórica, no creo inútil dar á conocer los argumentos de cada uno de los cantos:

«Canto primero, como determinado el Turco de emprender la guerra, salió la armada de Constantinopla: y de la muestra de los Turcos: y como se aparejó el gran Maestre para esperarle.

»Canto segundo, del numero de los Soldados que entonces estauan en Malta, y de la venida de los Turcos sobre ella, y de algunas escaramuzas que hubo.

»Canto tercero, como se ivntaron los Turcos en consejo sobre quál batirian primero: y como por la discordia de Pialy se començó á batir sant Elmo: y de la pérdida del rebellino.

»Canto quarto, el qual contiene cómo se acabó la puente: y cierta carta que los de sant Elmo enviaron al Gran Maestre y sobre la ida allá de unos caballeros: y prosiguense los assaltos.

rito de ser una relación escrita por quien fué, no sólo testigo, sino actor, en las hazañas que narra, puesto que su autor, caballero natural de Játiba, militó honrosamente en la defensa de la isla. Si hubiera escrito en prosa su diario, como Balbi de Correggio, le hubiera igualado en la puntualidad y vencido en la pureza del lenguaje, que Balbi, como italiano que era, escribía con mucha incorrección. Pero falto Sans de toda condición poética, y sumamente inhábil en el manejo de la octava real, no acierta á dar animación á su desmayado cuento, y á no ser por el interés histórico, nadie podría llegar hasta el término de aquellos doce tan áridos y prolijos cantos.

Todavía infunden más hastío, aunque prueban más ingenio en su autor, la *Primera y segunda parte de las guerras de Malta y toma de Rodas* (1), poema de do-

---

»Canto quinto, en que se prosiguen los assaltos, y Dargut cerró el paso de socorro, y en eso fue herido de cierta piedra: y una escaramuza que tuvieron los caballos, y otros agradables successos.

»Canto sexto, en que prosiguiendo el cerco, se cuenta como en Sicilia se embarcó Melchior de Robles para socorrerlos: y la fundacion desta Religion, y el modo de elegir gran Maestre, y como fue ganado sant Elmo de los Turcos.

»Canto septimo, como Mostafan puso el sitio al Burgo: y la llegada de Robles: y del assalto primero que se les dió, que fue por mar y por tierra.

»Canto octavo, que contiene el mucho aprieto en que Mostafan puso al Burgo y a sant Miguel: y ciertas invenciones de guerra que hizo para ganarlos, y algunos asaltos que dio.

»Canto nono: del cruel asalto que al Burgo y a sant Miguel se dio: y de una emboscada que á los de caballo se hizo: y dos asaltos que en un día dieron a sant Miguel: y de la muerte de Robles.

»Canto decimo: como por haberse detenido Mostafan con los Jannizaros, el mismo arremetio en otro asalto, y el succeso deste: y de otros que intentó: y como los Turcos vinieron a rendirse, por no haber entre ellos quien pelease.

»Canto undecimo, que trata como viendo Mostafan que no podia ya animar sus Turcos, determinó volverse. Y cómo don Garcia de Toledo vino con su armada a dar el socorro, y desembarco en Malta.

»Canto duodecimo, como supo Mostafan que los Christianos estaban en tierra: y viniendo a batalla, fue rompido, y mucha de su gente muerta, y él a penas escapó; y como don Garcia se vió con el Gran Maestre: y el fin de la jornada.»

(1) *Primera y segvnda parte de las guerras de Malta y toma de Rodas. Por Don Diego de Santisteuan Osorio. Dirigida a Don Antonio de Toledo, Gentilhombre del Rey nuestro señor, y su Caçador mayor &. Con Priuilegio. En Madrid. En la imprenta del Lic. Varez de Castro. Año MDXCIX* (1599).—8.° Ocho hojas sin foliar, 297 foliadas, y tres más de tabla.—En el privilegio consta que el autor era hijo de Damián de Santisteban Villegas, vecino de León. Hay versos laudatorios de D. Antonio de la Peña, del Dr. Agustín de Texeda (*sic*, por Texada) Páez, de D. Cristóbal de Bilbao y Vedia, y de D.ª Victoria Osorio.

«*Parte primera:*

»Canto Primero. Donde se pone el assiento y descripcion de la Isla de Malta, y las causas que movieron al Turco Soliman a passar con su gente contra los caballeros de S. Joan, y el razonamiento que les hizo.

ble volumen que el anterior, compuesto á los veintidós años de su edad por el leonés D. Diego de Santisteban Osorio, que, con ser tan jovencito, no hacía entonces

---

»Canto Segundo. Habla el turco Briacán en Consejo de guerra, y pone entre los Baxanes algunas diferencias. Cuéntanse las palabras que tuvo con el Agá sobre el caso. Haze muestra general de su gente.

»Canto Tercero. Saben en Malta cómo viene el Turco á cercarla. Haze el Maestre fortalecerla. Manda juntar á Consejo de guerra, parece la armada, y toma tierra en la Isla.

»Canto Quarto. Ponen los Turcos cerco sobre Malta, entran en consejo de guerra para determinar en él algunas cosas, tienen los Generales ciertas palabras y differencias, combaten el fuerte de Santelmo.

»Canto Quinto. Sale Ambroz con una escolta a correr la tierra, halla á Zorayda, la qual en breves palabras le cuenta el processo de sus amores. Dase otro asalto al fuerte de San Elmo. Dízese el socorro que para Malta apercibe en Sicilia D. Garcia de Toledo.

»Canto Sexto. Prosiguese el assalto: señálase el Capitan Miranda valerosamente. Muere Zulman en la primera arremetida, y con él otros turcos sus amigos. Entran en San Elmo los bárbaros: muere el capitan Miranda.

»Canto Sétimo. Cuenta Ambroz en el cuerpo de guardia á Isen la historia de sus amores y enemistad con Mustafá: descúbrelo al General: dízele el buen aviso y discrecion que hubo el Turco sobre el caso. Manda Mustafá degollar los cautivos christianos: tiene ciertas palabras con él sobre ello Pialy Baxan: ponense quatro cabeças señaladas, sobre la muralla de San Elmo.

»Canto Octavo. Haze el gran Maestre de S. Ioan un razonamiento á su gente sobre la venganza de los amigos muertos: ofrézense los Caballeros Comendadores de tomarla en los bárbaros. Halla Zulema á Tarifa sobre un concierto que hazen: arremete la dama á la muralla; dale libertad á su marido Tarfe.

»Canto Nono. Celebran los Turcos la fiesta de San Ioan Bautista. Hay entre ellos muchas pruebas y diferencias. Señálanse algunos en ellos valerosamente.

»Canto Décimo. Dan un rebato de noche á los Turcos los Caballeros de la Religion. Entra en Malta el socorro de Sicilia, por medio de una niebla que sobrevino milagrosamente. Dan otro asalto á Malta los enemigos. Cuéntanse las palabras que pasaron antes Don Diego de Quiñones y Doña Iuana de Luna.

»Canto Undécimo. Arrójase don Diego de Quiñones de la muralla con Zelin y Briazan, que querian entrar en la ciudad. Haze gallarda muestra de su persona. Préndele el General. Acábasse el assalto. Llevan los de Malta la vitoria. Habla Paulo de Aula con un turco desde las trincheas.

»Canto Duodécimo. Cogen los Turcos un Maltés que iba á Sicilia de parte del Gran Maestre: danle tormento porque declare y muestre los despachos que lleva: cuéntase su obstinacion y pertinacia, y la honrada muerte que tuvo.

»*Segunda parte:*

»Canto Primero. El turco Reduan yendo una noche á Santelmo, da en una emboscada de españoles, donde despues de haber peleado valerosamente, le prende Melchor de Robles, á quien cuenta el processo de sus amores.

»Canto Segundo. Entra el Turco en Santelmo: cásase con Guazala: vuelve al campo: paga la libertad que le dió Melchor de Robles: sale Ochalí con una escuadra de Genizaros á correr la tierra: halla al capitan Romegas con cincuenta amigos: danse la batalla y piérdese Ochalí.

sus primeras armas, pues ya se había estrenado dos años antes (1597), añadiendo una *cuarta y quinta parte* á *La Araucana*, de Ercilla, con el éxito que era de esperar de la temeridad de la empresa. Considerado como versificador, Santisteban Osorio lleva gran ventaja á Hipólito Sans, y aun puede decirse que el exceso de facilidad le daña; pero en cambio su libro no tiene ninguna utilidad como fuente histórica. Está lleno de episodios de pura fantasía, de fábulas caballerescas, servilmente calcadas de otros poemas, y especialmente del *Orlando* de Ariosto, á quien también imita en las introducciones sentenciosas que pone á cada uno de los cantos. No falta el indispensable mágico con la descripción de su gruta, que da pie al autor para introducir episódicamente la historia del cerco de Rodas en la de Malta. Es visible en Osorio el empeño de enaltecer ciertos apellidos leoneses, haciéndoles intervenir en todo. Así, uno de los principales héroes del cerco es un

———

»Canto Tercero. Aliazar desafia á Reduan en consejo de guerra: acepta el desafio: dan otro assalto los Turcos á Malta: pásase uno de Santelmo al Burgo, y declara al Maestre la enemistad de los Generales y el punto en que estaban las cosas de la guerra.

»Canto Quarto. Dan un rebato los Turcos á unos Malteses, que estaban en unas cuevas, donde fueron descubiertos: acábase con la muerte del Iacbey y de Lybia. Pide Aliazar se cumpla el desafio con Reduan: entran los dos en la estacada, y comiençan su batalla.

»Canto Quinto. Desházese la batalla de Reduan y Aliazar con el rebato de los comendadores: tienen un porfiado encuentro con los Turcos: llega Troya á la playa de Malta: levántanse algunos movimientos: assegúralos Pyali Baxan.

»Canto Sesto. Cuéntase la prueba que los Turcos hizieron: dase otro assalto á Malta: señálanse en él algunos caballeros, resistiendo al enemigo la entrada: muere Melchor de Robles: señálase doña Ioana de Luna en la muralla: dan libertad á don Diego de Quiñones.

»Canto Sétimo. Cuéntase la lealtad de Celinda y Zara, y las palabras que passaron, y cómo hallaron Azarte muerto: mueren por darle vengança: sale Hali Baxan con dozientos amigos á correr la tierra.

»Canto Octavo. Sale Don Diego de Quiñones á correr la isla: halla la estancia del Mago Artidon: házesse una breve descripcion de las cosas que en ella habia.

»Canto Nono. Muestra Artidon en sus conjuros la conquista y toma de Rodas por el Turco Soliman: y cómo entraron los bárbaros enemigos en ella, quebrando los conciertos y condiciones que estaban puestas.

»Canto Décimo. Entran los Turcos en Consejo de guerra: habla el General á los Baxanes: determinaron de enviar á pedir la ciudad al Maestre: hazen embaxador á Zorayde, el cual lleva la embaxada á los caballeros de la Religion.

»Canto Undécimo. Sale la gente de socorro de Sicilia: toma puesto en Malta: llega el Príncipe Andrea Doria: dasse la última batalla. Llevan la vitoria los Comendadores: cuéntase la muestra que hizo de su valor doña Ioana de Luna.

»Canto duodécimo: entran los Baxanes en consejo de guerra: determinan de levantar el campo: tienen sobre esto palabra los dos Generales: al fin se embarcan y dan la vuelta para su tierra.

»Canto Décimo Tercio. En este último canto se cuenta cómo Reduan y Aliazar estando heridos entre los muertos se encontraron, y las palabras que tuvieron viendo su campo levantado, y cómo de concierto acabaron su batalla, y la cruel muerte que se dieron.»

D. Diego de Quiñones, de quien nada dice la historia, que el poeta transfigura con el mayor desembarazo á pesar de ser tan reciente. No parece que Santisteban utilizara *La Maltea*, de Sans, ni en el prólogo la cita. En cambio, el autor de la pésima comedia que me ha dado ocasión ó pretexto para estas noticias conoció, según creo, el poema del ingenio leonés: así me lo persuade la coincidencia en ciertos nombres de pura invención, como el de Celinda.

IX.—LA SANTA LIGA.

El primitivo título de esta comedia, anterior á 1603, fué *La Batalla naval*. Con él se encuentra mencionada en la primera lista de *El Peregrino*, y con él se la designa en los últimos versos de la comedia misma:

Ese estandarte real
Levantad, gran General,
Y arrastrad el de Selín;
Que con esto damos fin
Á *La Batalla naval*.

Acaso Lope cambió el título para evitar confusión con otra comedia de Cervantes sobre el mismo asunto, que no ha llegado á nuestros días.

Ésta de Lope es enteramente histórica, y presenta, por orden casi cronológico, los principales acontecimientos de la guerra de Chipre y de la liga contra el Turco, terminando el primer acto con la declaración de guerra de Selim á los venecianos, y el tercero con una animada y brillante descripción del portentoso combate naval de 7 de Octubre de 1571. No hay fábula dramática de ninguna especie, sino una serie de escenas inconexas. Los dos primeros actos valen muy poco: la aparición de la sombra de Solimán *el Magnífico* á su hijo Selim, lejos de producir el terror y el asombro que en *Los Persas*, de Esquilo, produce la sombra de Darío, de la cua probablemente se acordó Lope, pasa como un incidente vulgar y sin consecuencia. En otro género hay escenas que rayan en lo grotesco, como la del niño cautivo que teme que le vayan á circuncidar:

Sí, señor, porque mi amo
Me amenaza cada día,
Que me tiene de cortar
Cierta cosa en la mezquita.....

Pero la tercera jornada se levanta en gran manera sobre las anteriores, y está animada de espíritu verdaderamente épico, como dice Schack. Las palabras puestas en labios de Juan Andrea Doria, del Marqués de Santa Cruz y del mismo don Juan de Austria, no son indignas de tales héroes. Era problema insoluble, aun para el arrojo de Lope y la libertad omnímoda del escenario casi ideal en que se movía

representar dramáticamente la batalla naval; pero tampoco la sustituyó con una narración fría pronunciada por algún mensajero ó faraute, sino con una descripción progresiva que al mismo tiempo es una especie de coro triunfal, puesto en boca de tres figuras alegóricas, España, Roma y Venecia.

La descripción es rápida, pero tiene rasgos muy valientes, y está ejecutada con franqueza y desembarazo, en tono de romance popular:

Las islas Escorzalares
Va dejando nuestra armada,
Y por la boca del golfo
De Lepanto alegre pasa:
Ya descubrió la enemiga,
Ya dos fuertes galeazas
Llenas de tiros, se ponen
Delante de cada banda;
Ya don Juan, puesto en la popa,
Un crucifijo levanta,
Diciendo: «Famosa gente,
Honor de España y de Italia,
Éste es el famoso día
En que va el honor de entrambas.
Por la fe deste Señor
Habéis tomado las armas;
Ya está cerrado el camino
De la vida y de la fama;
Poderle hallar no es posible
Si no le abrís con la espada.»
Ya se acerca el enemigo,
Las galeazas disparan.
—Abriéndose van los turcos.
—La novedad los espanta.
—¡Qué gran daño recibieron!
—¡Qué bien parece la armada!
Don Juan la batalla guía,
Y de Lomelín y Malta
Cierran los dos lados fuertes
Las galeras artilladas.
¡Qué bien van por los costados
Las de Venecia y el Papa,
Cargando con igual son,
Del remo las anchas palas!
La mar, nuestra armada ilustre
Á sobreviento le gana;
Pero ya paran las olas,
Calla el mar y el viento calma.
. . . .

—Ya Uchalí, puesto en la popa,
Á los genízaros habla:
«Ea, soldados, les dice,
Honor y gloria del Asia,
Hoy es el dichoso día
En que habéis de ganar fama
Que no la acaben los tiempos,
Que tantas cosas acaban.
Todas aquestas naciones
El cielo junta y enlaza
En una cabeza sola
Para que podáis cortarla.
No os espanten las galeras,
De tiros y hombres preñadas,
Ni su capitán, mancebo
De poca experiencia y barba;
Haced cuenta que es pastor,
Que como á ovejuelas mansas
Trae al campo de la muerte
Toda esta gente engañada.»
—Ya las armadas se encuentran,
Ya se embisten, ya se traban,
De don Juan y el turco Alí
Las galeras capitanas,
Furiosos tiros escupen,
Fieros cañones disparan,
Humo que los aires ciega,
Fuego que los hombres mata.
¡Qué de mástiles y proas
Desmenuzan y quebrantan
Los herrados espolones,
Deshacen y desencajan!
«¡Santiago, dice don Juan,
Cierra España, cierra España!»
—«¡Mahoma!», responde Alí.
—¡Qué gentil ángel de guarda!
—Espera, Roma, que llegan
Seis galeras africanas
Á socorrer la de Alí.
—¿Qué importa, si las atajan
Las del Papa y de Venecia?
—Y la Patrona de España.
¡Oh, qué furioso á embestirlas
Viene el Príncipe de Parma!.....
Ya las galeras se abordan,
Se juntan, cierran y encajan;
Ya dejan los arcabuces,

Ya desnudan las espadas;
Ya paran el son horrendo
Culebrinas y bombardas,
Á cuya música fiera
Cuerpos por el aire danzan.
—Ya, por saltar en los bordes
De las galeras contrarias,
Caen en la mar soldados
Y con las espadas nadan.
Quién el pedazo del remo
Tira, ó de entena quebrada;
Quién, para tirar el grillo,
Los forzados desenclava;
Batayolas, escotillas,
Barriles, bancos y jarcias,
Portizas y portanelas
Rotas, sirven de arrojarlas;
Alquitrán, pez y resina
Envuelta en fuego, se clava
Entre la seca madera,
Y del agua brotan llamas.
—Junto al estandarte asiste
El divino don Juan de Austria,
Y don Luis de Requesens,
Peleando en la otra banda;
El noble Conde de Pliego
Muestra el valor de su casa,
Y el Marqués de Santa Cruz
Su mismo apellido ensalza;
De través, á la Real
Socorre á boga arrancada;
Después, el mar discurriendo,
Hace famosas hazañas.
—Ya la cristiana galera
Aportilla la contraria;
Ya llega al árbol mayor;
¿Qué hicieran más en campaña?
¡Qué hidalgamente pelean
Los de las cruces de Malta!
Pero el fiero Rey de Argel
Su capitana maltrata;
Mas ya las otras la cobran.
—¡Oh tragedia desdichada!
¡Murió el gran don Bernardino (1),
Pasóle el pecho una bala!

(1) De Cárdenas.

—¡Bien Marco Antonio le venga!
—¡Bien Barbarigo batalla!
—¡Qué bien don Juan de Cardona
Con la nación catalana!
—Y ¡qué bien Héctor Espínola
Los genoveses alaba!
Y ¡cuán diestro Juan de Andrea
Rompe, embiste y desbarata!
—Huyendo sale Uchalí.
—Ya toma puerto en la playa.
—Ya el gran don Juan va diciendo:
«Ayudadme, Virgen santa».
—Ya abaten el estandarte
Del Turco, y la cruz levantan.
—Vamos á hacer fiesta, amigas;
Que ya la victoria cantan.

Siendo tan conocido de todos los españoles, aun en sus mínimos pormenores, cuando Lope escribía, el triunfo de Lepanto, no hay para qué suponer que tuviese que consultar de un modo especial ninguna de las cuatro principales relaciones de aquella inmortal jornada, que en nuestra lengua corrían impresas; es á saber: la clásica y sobria de Hernando de Herrera (1), la de Jerónimo Costiol (2), la de Marco Antonio Arroyo (3), y la de Jerónimo Torres y Aguilera (4), más copiosa

(1) *Relacion de la gverra de Cipre, y svcesso de la batalla Naual de Lepanto. Escrito por Fernando de Herrera..... En Sevilla. Por Alonso Picardo, impressor de libros.* 1572.—8.° Lleva al fin el primer texto de la sublime *Canción* de Herrera á Lepanto.

Este libro rarísimo, y tan bien escrito como raro, se halla *reimpreso*, algo inoportunamente, en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. XXI (págs. 242-382), que, á juzgar por su título, parece que debía contener sólo papeles manuscritos.

De esta relación se acuerda particularmente Lope, escribiendo á la Sra. Marcia Leonarda, en su novela *Guzmán el Bravo* (1624): «..... la batalla naval tan escrita de tantos historiadores, tan cantada de poetas, que ni á mí me está bien referirla, ni á vuestra merced escucharla; y aunque para esta ocasion *pudiera remitirla al divino Herrera, que lo fué tanto en la prosa como en el verso, me parece que es más acertado que la busque en uno de los tomos de mis Comedias, donde la entenderá con menos cuidado.*»

(2) *Primera parte de la Chronica del muy alto y poderoso principe Don Iuan de Austria, hijo del Emperador Carlo quinto. De las jornadas contra el gran Turco Selimo II, començada en la perdida del Reyno de Cipro: tratando primero la genealogía de la casa Otomana. Copilada por Hieronymo de Costiol. Barcelona. En casa de Claudio Bornat.* 1572.—8.°

(3) *Relacion del progreso de la Armada de la Santa Liga, por Marco Antonio Arroyo.* Milan, 1576.—4.°

(4) *Chronica y Recopilacion de varios successos de gverra qve ha acontescido en Italia y partes de Leuante y Berbería, desde que el Turco Selin rompio con Venecianos y fue sobre la Isla de Chipre año de M. D. LXX, hasta que se perdio la Goleta y fuerte de Tunez en el de M. D. LXXIIII Compuesta por Hieronymo de Torres y Aguilera.* Zaragoza, por Juan Soler, 1579.—4.°

que ninguna; ni mucho menos que se hubiese internado en el laberinto de las historias extranjeras, especialmente italianas, cuya bibliografía es tan abundante como impropia de este lugar (1). Pero si atendemos al texto de la comedia, y le cotejamos con la *Vida de San Pío quinto*, de D. Antonio de Fuenmayor (2), escritor nervioso y castizo, á quien Lope estimaba mucho y con razón, apenas quedará duda que este libro, publicado en 1595, fué acaso el único que Lope tuvo sobre la mesa al componer esta comedia, pues muchas veces convierte en versos su varonil y acicalada prosa, siguiéndole especialmente en las arengas, donde, por ser de pura invención tales piezas oratorias, es más fácil confrontar ambos textos. Citaré algo de los discursos que Fuenmayor supone pronunciados por Doria y el Marqués de Santa Cruz en el consejo de guerra de Messina, careándolos con la versificación de Lope:

FUENMAYOR.

«Bien sé, señores, que las diferencias antiguas, heredadas de nuestros mayores entre mi República de Génova y la Veneciana..... han de hacer sospechosa mi plática. Bastante ocasion era esta para dexarme llevar del parecer de otros: mas pues vengo aquí á dezir lo que siento, donde se debe tener la mira atenta á la honra de Dios y de mi Rey, no miraré á la mia. Fundamento inmovible es de grandes Capitanes, y no me falta alguna experiencia, que batalla de poder á poder se ha de dar, ó cuando la necesidad aprieta, ó es la ventaja conocida. Lo demás es temeridad, poner á una vuelta de dado, en poder de la ciega fortuna, más poderosa en la guerra que en otra parte, vidas y señoríos. Aquí tan lexos estamos de ser superiores, que nos aventajan en vasos, que son más, los Turcos: en fuerzas, porque las galeras de Venecia están faltas de gentes y mal sanas: en experiencia, porque nuestros soldados son bisoños, y si hay alguno viejo, es nuevo en este género de batalla por mar: y lo que más es, en gallardía nos aventajan, y ánimos con recientes victorias levantados. Nuestra armada, compuesta de diversas naciones, donde juntaron su poder diversos Príncipes, está más sujeta á discordias, como cuerpo lleno de humores, que fácilmente se corrompe, y por esso es menos fuerte que la enemiga, donde sola es una nacion y sujeta á un señor..... Si somos vencidos, queda Italia desarmada para despojo del enemigo. Si vencemos, el invierno amenaza tan de cerca, que es sin fruto. Harto será haber tiempo para volvernos á invernar, cuanto y más para usar de la victoria. En el ínterin tendrá aparejo el Turco de reforzarse, y restaurará la guerra dudosa como al principio. Mi voto es socorrer á Chipre sin

(1) En comedias de este género hay que contar además con la tradición oral, muy fresca todavía. El primer protector de Lope, D. Jerónimo Manrique, obispo de Ávila, había sido Vicario General del Papa en la batalla naval. (Véase la dedicatoria de *Pobreza no es vileza*.)

(2) *Vida y hechos de Pio V. Pontifice Romano, dividida en seis libros; con algunos notables sucessos de la Christiandad del tiempo de su Pontificado, por Don Antonio Fuenmayor. Con privilegio. En Madrid, por Luis Sanchez. Año M. D. XCV.*—4.° Págs. 133-138.

afrontarnos al enemigo, usando del remedio de la diversion, fortissimo entre todos, y con molestar las costas de Grecia y de la Morea, forzarle que acuda allá con su poder todo, y dexe en tanto respirar los cercados.»

LOPE DE VEGA.

Bien sé que las diferencias
Antiguamente pasadas
Entre Génova y Venecia,
Sospechosa harán mi habla.....
Mas, pues la honra de Dios,
De mi Rey y de mi Patria
Debo mirar, de la mía
No quiero deciros nada.
Fundamento grande ha sido
De grandes hombres en armas,
De que ya todos sabéis
Que experiencia no me falta,
Que de poder á poder
Nunca se ha de dar batalla,
Si no es por necesidad
Ó conociendo ventaja.
Temeridad me parece
Dar á la fortuna varia,
Más poderosa en la guerra
Que en cuanto humilla y levanta,
El dado, que en una vuelta
Que de azar acaso caiga,
Las vidas y honras nos quita,
Que es su desdicha ordinaria.
Los turcos son superiores,
Porque en número nos ganan
Y en fuerzas, porque Venecia
Trae gente enfermiza y flaca.
En experiencia también,
Porque la suya es cursada;
La nuestra, en el mar bisoña,
Aunque vieja en la campaña.
En gallardía nos vencen
Con las almas levantadas
De las recientes victorias
En Chipre, Sopoto y Candia.
De diferentes naciones
Se compone nuestra armada.....
Un cuerpo lleno de humores,
Presto se corrompe y gasta:
Allá es sola una nación,

Y sólo un señor la manda.
Necesidad de pelea
No la tenemos, y basta,
Si es un hombre acometido,
Que se defienda en su casa.
Combatir con dilaciones
Es mejor, porque quebranta
Más presto las grandes fuerzas
El tiempo, que no la espada.
Si aquí fuésemos vencidos,
Queda desarmada Italia;
Si vencemos, el invierno
Ya veis que nos amenaza.
Harto será que después
Para invernar tiempo haya,
Y entretanto el enemigo
Volverá á tomar las armas.
Es mi voto socorrer
Á Chipre, sin ver la cara
Al enemigo, y después
Divertirle en buena traza.
Las costas de la Morea
Molestad, para que vaya
Allá con su poder todo,
Sabiendo que las maltratan.
Descansarán los cercados,
Que ha tanto tiempo que cansa.....

FUENMAYOR.

Razonamiento de D. Alvaro de Bazán:

«Si mirais, señores, los árboles que hazen ese mar un monte; las gentes que de toda Europa se han juntado; los tributos, que no solo á las ciudades han empobrecido, sino á los ministros de Dios libres; la solicitud que nuestros Príncipes en unirse han puesto, avergonzareisos en pensar que tantos aparatos sean para ningun efecto. Si habiamos de huir del enemigo, no se juntara tan gran máquina, que más ligeros huyéramos mejor..... ¿Acaso no es necesidad defendernos, pues la misma naturaleza nos lo enseña? Dezís que está orgulloso el enemigo por quatro pueblos sin defensa que abrasó. ¿Quién domará su ferocidad cuando vea que las fuerzas de la Christiandad juntas rehusen la batalla? Si el sustentar vuestra honra no es necesidad bastante, temamos perder la reputacion de animosos, parte importantísima en la guerra..... Que somos superiores es llano á quien mirare lo que pocos Christianos han hecho con tan innumerables Turcos en Rodas, en Malta y Sigeto, y que ahora combatimos casi con igual gente. La del enemigo es toda bisoña, que la enfermedad y cerco de Nicosia acabó la vieja el año pasado, y las reliquias asisten en

el assidio de Famagusta..... Cuando fuésemos vencidos..... aun en Flandes quedan exércitos en pie, entretanto peleará por nosotros el invierno..... A nosotros solo el nombre de vencedores nos basta, para que entrando por Grecia, pues hemos de combatir tan cerca de sus costas, reciban el imperio Christiano los Christianos. No libramos á Famagusta con molestar la Morea: pues si hemos de huir de la armada Turquesca, con ella nos echarán de donde estuviéremos, y el campo que está en Chipre, proseguirá su cerco. Mi voto es que peleemos, porque tras el imperio de la mar quitemos al tirano el de la tierra.»

LOPE DE VEGA.

Si miráis, claros señores,
La mar vuelta monte ó selva,
Con los árboles y jarcias
Que desde sus gavias cuelgan;
Gentes que aquí se han juntado,
Ciudades que pobres quedan
De tributos, que aun alcanzan
Á ministros de la Iglesia;
La solicitud que han puesto
Los Reyes que nos gobiernan,
En confederar la Liga
Para tan divina empresa,
No es posible que no os cause
Despecho, enojo y vergüenza
De que tantos aparatos
De ningún efecto sean.....
Si necesidad obliga,
¿Cuál es mayor que la nuestra?
Si el Turco viene orgulloso
Porque cuatro pueblos quema,
¿Quién le domará después,
Si ve que, juntas las fuerzas
De la cristiandad, le huyen
Cuando batalla presenta?
Cuando el sustentar la honra
Necesidad no os parezca,
Perder la reputación
Es necesidad extrema.....
Que al Turco sois superiores
Es cierto, como se advierta
Lo que han hecho Malta y Rodas
Con tan poca soldadesca.
Casi igual gente llevamos,
Y la del Turco más nueva;
Que el cerco de Nicosía
Acabó toda la vieja.....

Cuando fuésemos vencidos,
No tiene Selín deshecha
La virtud de nuestra Liga:
Soldados en Flandes quedan.....
Si vencemos, sólo el nombre
Basta para entrar por Grecia.
Y ¿de qué sirve que vamos
Á molestar la Morea?
Dondequiera, tras nosotros,
Irá la armada turquesca.
Mi voto es que peleemos,
Que se embarque Vuestra Alteza,
Que se busque al enemigo,
Y que, hallado, se acometa.
Esto, señor, un Bazán
Con el alma os aconseja;
Y por la cruz desta espada,
Que como cristiano besa,
Que sin pasión ni respeto
De otra razón que le mueva,
Lo que siente sólo os dice
En cargo de su conciencia.

Salvo los 12 últimos versos, añadidos por Lope para completar la apoteosis del Marqués de Santa Cruz, á quien indirectamente viene á atribuirse la prez mayor de la jornada, se ve que el poeta ha ido calcando las palabras del prosista. Aun el pensamiento de la devota á la par que poética escena en que San Pío V, arrodillado ante el crucifijo, ve, en revelación, el mar cuajado de velas, y presencia el trance de la batalla, tiene su origen en este portentoso caso que refiere Fuenmayor: «No quiso Dios tener suspenso á su santo mucho tiempo, esperando á que perezosos correos le truxessen la nueva, y con embaxada suya le avisó al instante. El dia de la vitoria, que fue á 7 de Octubre de 71, se paseaba con el thesorero, y súbitamente se apartó dél: abrió una ventana, y estuvo mirando al cielo como atónito. Cerróla de allí á poco, y dixo al tesorero: «Andad con Dios, no es tiempo de nego»cios, sino de dar gracias á Jesu Christo, porque nuestra armada venció á este »punto.» Ibase, y volviendo la cabeza, vió al Pontífice postrado delante de un Crucifixo, que tenia siempre adonde estaba, y por eso le pintan con él en las manos.» Prueba este ejemplo, añadido á tantos otros, que Lope consideraba buena presa cuanto leía y que todo lo hacía entrar en su inmenso Teatro.

Aunque el tema de Lepanto parece tan inadecuado para un poema dramático, no fué Lope de Vega el único ni el primero que le llevó á las tablas. ¿Quién sabe si un feliz é inesperado descubrimiento nos revelará el día menos pensado el texto de aquella *Batalla naval* que Miguel de Cervantes había compuesto y hecho representar en los teatros de Madrid, atreviéndose en ella por vez primera, según dice, «á reducir las comedias á tres jornadas, de cinco que tenian»? Dos veces

recuerda dicha obra: primero en la *Adjunta del Parnaso*, después en el prólogo de sus *Ocho comedias;* y aunque Moratín, con su rígido y estrecho criterio, afirme en profecía que «nada habrá perdido nuestra literatura con perderla», ¿para quién no ha de ser motivo de eterno dolor la pérdida de una obra de Cervantes, que no estaría ciertamente ajustada á los cánones seudo aristotélicos, pero mostraría quizá aquel mismo género de grandeza épica que admiramos en la *Numancia*, y tendría, de fijo, el valor de un documento autobiográfico, venerable y precioso por referirse á aquella «*facción prodigiosa*», á aquella «*ocasión, la más alta que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros*»*;* día de gloria, cuyo solo recuerdo hacía estremecer el alma de Cervantes, que no dejó de aludir á él en ninguna de sus obras, y más de propósito en estos tercetos de la magnífica *Epístola* dirigida desde Argel al secretario Mateo Vázquez, descubierta modernamente en el archivo de Altamira, y todavía no bastante vulgarizada, aunque por sí sola bastaría para dar á su autor nombre de poeta lírico, que muchos neciamente le escatiman:

Y en el dichoso día que siniestro
Tanto fué el hado á la enemiga armada,
Cuanto á la nuestra favorable y diestro,
De temor y de esfuerzo acompañada,
Presente estuvo mi persona al hecho,
Más de esperanza que de hierro armada.
Vi el formado escuadrón, roto y deshecho,
Y de bárbara gente y de cristiana
Rojo en mil partes de Neptuno el lecho;
La muerte airada, con su furia insana,
Aquí y allí con priesa discurriendo,
Mostrándose á quién tarda, á quién temprana;
El son confuso, el espantable estruendo,
Los gestos de los tristes miserables
Que entre el fuego y el agua iban muriendo;
Los profundos sospiros lamentables
Que los heridos pechos despedían,
Maldiciendo sus hados detestables.
Helóseles la sangre que tenían,
Cuando en el son de la trompeta nuestra
Su daño y nuestra gloria conoscían.
Con alta voz, de vencedora muestra,
Rompiendo el aire claro, el son mostraba
Ser vencedora la cristiana diestra.
Á esta dulce sazón, yo, triste, estaba
Con la una mano de la espada asida,
Y sangre de la otra derramaba;
El pecho mío, de profunda herida
Sentía llagado, y la siniestra mano
Estaba por mil partes ya rompida.

Pero el contento fué tan soberano
Que á mi alma llegó, viendo vencido
El crudo pueblo infiel por el cristiano,
Que no echaba de ver si estaba herido,
Aunque era tan mortal mi sentimiento,
Que á veces me quebró todo el sentido (1).

No es inverisímil que algunos de estos versos pasasen á *La Batalla naval*, como otros de la misma *Epístola* pasaron á *Los Tratos de Argel*, otra comedia de Cervantes, sembrada de recuerdos de su cautiverio heroico, y en la cual él mismo se personificó en la figura del soldado Saavedra.

A Cervantes siguió Lope de Vega, que, además de esta comedia de *La Santa Liga*, intercaló una muy minuciosa relación de la batalla de Lepanto, puesta en boca de D. Lope de Figueroa, en el arrogante drama trágico *Tanto hagas, cuanto pagues*, que también corre atribuído á Moreto (porque acaso le refundió) con el título de *La Traición vengada*, según tendremos ocasión de notar cuando llegue el turno á esta obra en la presente colección.

De Luis Vélez de Guevara se conserva, entre los manuscritos de la colección dramática de casa de Osuna (hoy de la Biblioteca Nacional), *El Águila del agua y batalla naval de Lepanto, representación española* (así la llamó el poeta), autógrafa y firmada en la última hoja, con las licencias para representarse en Madrid, á 29 de Julio de 1642. Otras habrá, sin duda, de autores menos famosos, que ahora no tengo presentes (2); pero por la singularidad del pensamiento, la rareza del libro y el punto en que se imprimió, no puedo menos de hacer memoria del *Coloquio doce* de los *Espirituales* y *Sacramentales* que el presbítero Fernán González de Eslava publicó en Méjico en 1619, y que en nuestro tiempo desenterró el doctísimo é inolvidable García Icazbalceta. En este *Coloquio*, que por el candor y sencillez de la composición pertenece, como todos los de su autor, más bien al teatro anterior á Lope de Vega que al que por la fecha de su edición pudiera creerse, se trata *á lo divino* «de la batalla naval que el Serenísimo Príncipe D. Juan de Austria tuvo con el Turco» (3).

Pero la victoria de Lepanto tuvo mucho más eco que en la poesía dramática, en

---

(1) *Obras de Cervantes* (edición completa de Rivadeneyra, 1864; t. VIII, páginas 452-53).

(2) De un Vicente Mascareñas, portugués, cita Barbosa Machado una comedia (castellana) titulada *Batalla naval de D. Juan de Austria;* pero como las demás comedias que el mismo bibliógrafo le atribuye parecen idénticas por sus títulos á otras de Lope, Mira de Mescua, Gaspar de Ávila y otros autores, puede inferirse que también ésta sea igual á *La Santa Liga*, ó acaso una refundición de ella.

(3) *Coloquios Espirituales y Sacramentales y Poesías Sagradas del Presbítero Fernan Gonzalez de Eslava (escritor del siglo XVI). Segunda edicion conforme á la primera hecha en Mexico en* 1610. *La publica con una Introduccion Joaquín García Icazbalceta, Secretario de la Academia Mexicana*, etc., etc. *México, Imprenta de F. Díaz de Leon*, 1867.—4.° De la primitiva edición sólo se conocen dos ejemplares, uno de ellos el que poseyó el Sr. Icazbalceta.

la lírica y narrativa. Sería tarea larga, y que de ningún modo podemos emprender aquí, el enumerar siquiera las principales composiciones acerca de este asunto. Nos limitaremos á la parte española, y aun ésta hemos de tratarla muy rápidamente. Sobre la italiana hay ya excelentes trabajos que pueden consultarse con mucho fruto, y que probablemente agotan la materia (1). Entre los innumerables poetas (pasan de ciento) que en tan solemne ocasión hicieron resonar sus liras más ó menos acordadas, baste con un nombre que vale por muchos, el de Torquato Tasso, que llamaba á Lepanto «la más noble victoria marítima que ningun príncipe ó capitan hubiese logrado despues de Augusto», y que, enardecido con el entusiasmo que en su cristiano espíritu produjo aquel triunfo, cobró nuevos bríos para proseguir y terminar su *Jerusalén libertada*, que en cierto sentido ideal puede llamarse la epopeya de la Santa Liga. En las *Rimas* del Tasso hay un mediano soneto dedicado á D. Juan de Austria, ó, según quieren otros, á Sebastián Veniero:

Quel che l'Europa con mirabil ponte.....

Prescindiré también de los poetas de otras naciones, que ya en latín, ya en sus respectivas lenguas vulgares, ensalzaron aquella grande empresa naval que por sus consecuencias no fué española ni veneciana tan sólo, sino decisiva ventaja del Occidente sobre el Oriente, y principio del menoscabo y ruina del poder otomano. Pero no he de omitir que entre estos versificadores se contó el pedantesco rey Jacobo, sexto de Escocia y primero de Inglaterra, cuyo poema sobre Lepanto puso en francés, sin duda por adulación al regio vate, el calvinista Guillermo Salluste, señor *Du Bartas*, conocido autor de una fastidiosa epopeya sobre la creación del mundo (2).

Concretándonos, pues, á España, encontramos sobre Lepanto poemas latinos y

---

(1) Masi (E.), *I cento poeti della vittoria di Lepanto*. En su libro *Nuovi studi e ritratti*. (Bologna, Zanichelli, 1894; I, 259-273.)

Mazzoni, *La battaglia di Lepanto e la poesia politica nel secolo XVI*. En su libro *La vita italiana nel seicento*. (Milano, Treves, 1895; II, 167-207.)

Solerti, *Vita di T. Tasso*. (Torino, Loescher, 1895; I, 156, n. 4.)

Belloni, *Gli epigoni della Gerusalemme Liberata*. (Padova, Draghi, 1893.)

Tengo á la vista el curioso y raro libro titulado *Raccolta di varii poemi latini, greci e volgari. Fatti da diversi bellissimi ingegni nella felice vittoria riportata da Christiani contra Turchi alli VII. d'Ottobre del MDLXXI. In Venetia, per Sebastiano Ventura, MDLXXII.*—8.º Dos partes con paginación diversa. La primera contiene, además de los versos, la *Relazione di tutto il successo di Famagosta. Et i nomi de i Bassá e Capitani ch'erano nell'armata Turchesca.*

(2) No he visto el poema del rey Jacobo, ni puedo decir con seguridad en qué lengua está. Jurien de la Gravière, que copia algunos versos de la traducción de Du Bartas, conforme á la última edición de las obras de éste (París, 1611), le llama poema *latino*. (Vid. *La Guerre de Chypre et la bataille de Lepante*. París, 1888; II, 248-249.) Pero William Stirling, á quien supongo mejor informado de la literatura de su país, da á entender que la ridícula ó despreciable (*doggerel*) narración métrica del coronado pedante, titulada *Lepanto*, está en inglés, y menciona de ella estas ediciones: *His Majesties poetical exercises at vacant hours*. Edimburgo, 1591; *His*

poemas vulgares (uno de ellos en catalán); romances y tentativas épicas en octava rima y en verso suelto; poesías líricas, finalmente, una de ellas de primer orden y consagrada á la inmortalidad mientras se hable la lengua castellana.

La erudición de los humanistas se había ejercitado ya en obsequio de D. Juan de Austria, contribuyendo al ornato de la popa de la galera real con «historias, fábulas, figuras, empresas, letras, hieroglíficos, dichos y sentencias que declarasen las virtudes que en un Capitan general de la Mar han de concurrir», para que «la misma galera sirviese al Señor D. Juan de libro de memoria á todas horas abierto». Todo aquel aparato puede verse difusa y doctamente declarado en el voluminoso libro del maestro Juan de Malara, principal autor de todas las trazas y alegorías, y también de los epigramas latinos que las compendian.

Por ella dijo Francisco Pacheco, en su elogio de aquel célebre humanista sevillano, «que parece que adivinó la gloria y ventura de esta divina pieza, aderezándola con tantas victorias, hermoseándola con tantas letras artificiosas, que se puede bien decir haber estado esta grande invención guardada para tan alto capitán». Coronó Malara su prolija labor con una *Exhortacion* (en octavas reales) *al Serenissimo Señor Don Juan de Austria, capitan general de la Mar* (1).

Logrado el triunfo que tales augurios vaticinaban, y logrado en las aguas clásicas del golfo de Corinto, era natural que el entusiasmo de los humanistas se desbordase; y mientras Ambrosio de Morales hacía la descripción del suceso en elegante prosa latina (2), el futuro Arzobispo de Tarragona, Antonio Agustín, uno de los luminares mayores del Renacimiento español, componía en dísticos elegiacos su *Carmen Gratulatorium ob partam de turcis victoriam*, que todavía no figura en la colección de sus obras (3); y otro erudito aragonés, Juan de Verzosa, tan feliz en la imitación

---

Majesties Lepanto or Heroical Song. Londres, 1603; y una reimpresión de Edimburgo, 1814, en facsímile.

(Véase la monumental obra póstuma de aquel insigne conocedor de nuestra historia del siglo XVI y de nuestras artes: *Don John of Austria or passages from the history of the sixteenth century*, 1547-1578. *By the late Sir William Stirling-Maxwell*, *Bart.... London*, *Longmans*, 1883; t. I, página 456.)

Cita otro poema inglés que, por la cuenta, debe de ser tan malo como el del Rey: *Naumachia, or a poetical description of the cruel and bloudy sea-fight or battaile of Lepanto (most memorable). By Abraham Holland. London*, 1632.—4.°

(1) *Obras del maestro Juan de Malara*, t. I. *Descripcion de la Galera Real del Sermo. Señor D. Juan de Austria. Año* 1876. Sevilla, imprenta de Alvarez. (Edición de la Sociedad de Bibliófilos andaluces.)

(2) *Descriptio belli nautici, et expugnatio Lepanti per D. Joannem de Austria.* (En el tercer tomo de los *Opúsculos* de Ambrosio de Morales, publicados por el P. Cifuentes. Madrid, Benito Cano, 1793; páginas 233-272.)

(3) Hállase el manuscrito autógrafo en la Biblioteca Escurialense. Empieza:

Aurea jam properant, properant foelicia secla
Promissa auspiciis, clare Philippe, tuis.....

(Colección de documentos inéditos para la Historia de España, III, 270.)

de las epístolas de Horacio, hacía imprimir en Alcalá su *Epinicio* sobre la clarísima victoria de D. Juan de Austria (1). Pero el tributo más singular que la lengua de los doctos pagó al vencedor de Lepanto, fué *La Austriada (Austriados libri duo)* del negro Juan Latino, catedrático de Humanidades en Granada; libro rarísimo y famoso, por ser, á lo que parece, la más antigua obra literaria impresa de individuo de la raza de color y de estirpe etiópica. En esto principalmente estriba su celebridad; pero ha de añadirse que los hexámetros del pobre esclavo que, gracias á su nativo ingenio y á la cristiana caridad de nuestros antepasados, alcanzó no sólo libertad, sino matrimonio distinguido, posición honrosa y hasta un monumento fúnebre con pomposo epitafio, son apreciables en sí mismos, dentro del género artificial y escolástico á que pertenecen, y demuestran que su negro autor estaba muy empapado en la lectura de Virgilio, de quien toma frases y aun hemistiquios, según el procedimiento habitual de los fabricantes de tales poemas (2), comenzando por el *Africa* del Petrarca.

---

(1) *Epinicium in clarissima victoria Seren. Principis Joannis ab Austria, qua classem turcorum potentissimam summo Christianae Reipublicae bono superavit et cepit. Auctore Joanne Verzosa Philippi II. Regis Catholici Romae Archivista. Cum Scholiis.* Alcalá de Henares, por Juan de Angulo, 1571. (Vid. Latassa, *Biblioteca nueva de los escritores aragoneses*, I, 306.)

(2) El *Austrias* es la más extensa de las composiciones de Juan Latino, reunidas en el precioso volumen cuya portada dice así:

Ad Catholicvm pariter et invictissimvm Philippvm Dei gratia Hispaniarvm Regem, de foelicissima serenissimi Ferdinandi Principis natiuitate, epigrammatum liber.

Deque Sanctissimi Pii Quinti Romanae Ecclesiae Pontificis summi, rebus, et affectibus erga Philippum Regem Chistianissimum, Liber unus.

Austrias Carmen, de Excellentissimi Domini D. Ioannis ab Austria, Caroli Quinti filii, ac Philippi invictissimi fratris, re bene gesta, in victoria mirabili eiusdem Philippi adversus perfidos Turcas parta. Ad Illustrissimum, pariter et Reuerendissimum D. D. Petrum à Deza Praesidem, ac pro Philippo militiae praefectū. Per Magistrum Ioannem Latinum Garnatae studiosae adolescentiae moderatorem. Libri duo. Cvm Regiae Maiestatis Privilegio. Garnatae. Ex officina Hugonis de Mena. Anno 1573. *Prostant in aedibus Ioannis Diaz Bibliopolae, in vico Sanctae Mariae.*—4.°

Cada una de las tres divisiones de la obra lleva paginación distinta. El *Austrias* ocupa 35 hojas.

Con el título de *Austriaca sive Naumachia* compuso otro poema un dómine madrileño que había ido á poner escuela en la remota Guatemala. Llamábase Francisco de Pedrosa, y el manuscrito original de su libro se conserva en la Biblioteca Nacional:

Francisci Pedrosae, mantuani, Grammatici, Poetae atque Oratoris, Austriaca, sive Naumachia, ad Christianissimum fidei Catholicae propugnatorem, invictissimumque Philippum, Hispaniarum et Indiarum regem.

En el tomo III de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España* (páginas 289-291) se lee un memorial muy curioso de este Francisco de Pedrosa, solicitando que se imprimiese su poema y que se le hiciese alguna merced por él. Este documento es de 1583. «Habrá ya tres años (dice) que el Licenciado García de Valverde, presidente de esta Real Audiencia de Guatimala, envió á V. M. un libro que yo compuse, que se intitula *Austriaca* o

No mostraron más originalidad, aunque siguieron distinto rumbo, los autores de poemas castellanos. Apenas me atrevo á contar entre ellos á Jerónimo Costiol, que al fin de su *Chrónica de D. Juan de Austria* (1572) insertó un *Canto al modo de Orlando, de la memorable guerra entre el gran turco Selimo y la Señoria de Venecia*, porque el mismo Costiol declara haberlo traducido del italiano, y promete la versión de *los consiguientes cantos que se aguardan*, promesa que, afortunadamente, no llegó á cumplir. Más consideración merece el largo poema en verso suelto del caballero portugués Jerónimo de Corterreal, vástago de una ilustre familia de navegantes y cosmógrafos. Corterreal, que, como la mayor parte de los ingenios de su nación, alternaba el cultivo de la lengua castellana con el de la propia, quiso, aunque infelizmente, rivalizar con Camoens en la epopeya, componiendo nada menos que tres: el *Segundo cerco de Diu* y el *Naufragio de Sepúlveda*, en portugués, y la *Felicísima victoria*, conocida también con los títulos de *Austriada* y *Golfo de Lepanto*, en castellano. Las tres están en verso suelto, sin duda para remedar la *Italia Liberata*, del Trissino, poeta erudito y frío, con quien tiene Corterreal muchos puntos de semejanza. Ni el modelo italiano ni las imitaciones portuguesas tienen hoy lectores, aunque del *Naufragio de Sepúlveda*, que es la menos infeliz, se recuerdan todavía algunas descripciones y el trozo patético de la muerte de D.ª Leonor de Sousa, el cual pierde enormemente si se le coteja con las admirables octavas de Camoens, que rápidamente condensan la misma catástrofe. La alta posición de Corterreal, que fué muy honrado y protegido por Felipe II, la hi-

---

Naumachia, que trata de la batalla naval en que V. M. venció al turco Selin, y todas las demás hazañas, jornadas y expediciones que V. R. M. con favor de la Majestad Divina ha hecho. Va escrito en verso heroico latino: van seis libros en un volumen..... Segun dicen los que en esta tierra bien entienden, ha sido trabajo y ocupacion bien empleada, pues podrá servir de trompeta de oro por todo el mundo, del gran valor, virtudes y poderosa mano de V. M..... cosa digna de eternizarse por todos los siglos, y en tal tiempo que casi se desconfiaba poder refrenar la furiosa osadía de aquel enemigo de la cristiandad, que tan á rienda suelta se abalanzaba hacia el Occidente sin temor de fuerzas humanas.» Se hace cargo luego de la *Raccolta* veneciana, que ya hemos citado: «Mayor contento me dió despues que vi un libro compuesto en Venecia, que so color de celebrar esta milagrosa obra, hecha con la poderosa espada de V. M., se atribuye á sí la gloria, loando á V. M. como de pasada, y no con el debido estilo y artificio que tan heroica materia requiere. Va compuesto por diversos autores y diversos caminos, siguiendo cada uno su particular aficion, escribiendo epigramas cortos como los de Marcial, ó los que ponen en los túmulos loando á los capitanes extranjeros.....» Al fin nos da algunas curiosas noticias de su poema: «Suplico á V. M. sea servido de mandar imprimir esta obra..... pues en los estudios puede servir de un Vergilio cristiano. Y si saliere tal cual yo deseo, á V. M. suplico me mande hacer alguna merced en esta provincia de Guatemala donde ha veinte y ocho años que enseño latinidad y otras facultades, y han salido más de dos mil sacerdotes que administran los sacramentos en esta provincia y Nueva España: que tengo muchos hijos y mucha necesidad, y soy hidalgo.....» En el prólogo del poema se titula «natural de Madrid, poeta y orador, y preceptor de Gramática en la catedral desta Santa Iglesia de Santiago de Guatemala».

dalguía de su carácter y la amenidad de su trato, que le convirtieron en Mecenas de muchos ingenios de su tiempo, dan la clave del éxito de estos poemas, que hoy nos parecen tan lánguidos y fastidiosos. Corterreal era un espíritu muy culto, aficionado á todas las artes y versado en varias ciencias: músico, pintor, astrónomo, dibujaba él mismo las ilustraciones de sus obras y hacía alarde en ellas de su lectura enciclopédica. Pero, hombre de escasa imaginación, si alguna vez abandona la pauta de las crónicas rimadas, es para caer en las más insulsas alegorías mitológicas. ¿Quién esperaría encontrar en un poema sobre la batalla de Lepanto una descripción del templo del Amor, una aparición de Baco al sultán Selim, y una visita de Venus á su marido Vulcano para que forje las armas de D. Juan de Austria, como en otro tiempo las de Aquiles y Eneas?

Fuera de estos vulgarísimos recursos, Corterreal sigue con nimia fidelidad las relaciones de los cronistas, especialmente la de Hernando de Herrera, cuya prosa calca muchas veces, ajustándola con leve trabajo á la contextura del endecasílabo (1). Para que el poema fuese más grato al Rey de Castilla, cuyas aficiones artísticas conocía, se le presentó *debuxado de su mano*, y Felipe II agradeció tanto el obsequio, que honró al autor con una carta gratulatoria de las más expresivas (2). A pesar de tan alto patrocinio, la *felicísima victoria* no obtuvo nunca los honores de la reimpresión, aunque los mereciese más que *La Austriada* de Juan Rufo y otros poemas análogos. El severo Luzán, único crítico nuestro que parece haberla leído, tacha el inoportuno empleo de la mitología en un asunto moderno, pero encuentra bueno el estilo de Corterreal, y «muy adornado de imágenes, de comparaciones y hermosas fantasías poéticas». Mucho le perjudicó el estar escrito en versos sueltos, generalmente malos, como casi todos los que entonces se componían en España y aun en Italia, sin variedad en las cesuras, sin arte en la construcción de los períodos, sin cuidado alguno de evitar las asonancias. Así y todo, Corterreal

(1) Ya lo notó D. Cayetano Rosell en su *Historia del combate naval de Lepanto*, premiada por la Academia de la Historia en el concurso de 1853 é impresa aquel mismo año (pág. 84).

(2) Dice así esta carta, que está publicada al frente del poema:

«Al magnífico y amado nuestro Hieronymo Corte-Real. Magnifico y amado nuestro. Mucho he holgado con vuestra carta y con el libro que aveis compuesto de la batalla naval y victoria que nuestro Señor tuvo por bien de dar a la Christiandad contra la armada del Turco, siendo general de la Liga el illustrissimo don Juan de Austria mi hermano. Porque en la carta mostrais el affición que teneis á mis cosas, y en la obra ingenio, juicio y otras buenas partes de que Dios os ha dotado: que lo uno y lo otro me ha sido muy agradable y assi os lo agradezco mucho: con aseguraros que para cualquiera cosa en que os tocare, hallareis en mi la voluntad que vuestra persona meresce. De Madrid a 8 de Noviembre de 576. Yo El Rey.»

El ejemplar manuscrito que Corterreal envió á Felipe II es seguramente el mismo que hoy existe en la Biblioteca Nacional. Tiene la fecha de 1575. Es un tomo en folio, lujosamente escrito y encuadernado, con frontis iluminado sobre fondo azul, letras de oro y varias iluminaciones. Los versos laudatorios que hay al principio no son exactamente los mismos que figuran en la edición de 1578.

muestra más aliño en este género de versificación que Gonzalo Pérez, por ejemplo, en su traducción de la *Ulixea* de Homero. Véase como muestra, por ser tan raro el poema, una parte de la descripción del último asalto de Nicosia por los turcos:

Como en las herrerías de Cantabria
Do se labra de hierro grande copia,
Aquellos duros yunques golpeados
Con trabajo continuo y fuerza inmensa,
Hacen fiero sonido, que ensordesce
Cualquiera habitacion circunvecina,
La mal compuesta casa y techo humoso
De centellas ardientes ocupando;
Avívase por puntos el combate,
Cresce en ambas las partes furia y saña;
Vuela una cruda nube de saetas,
Que hace notable mal y mortal daño;
Por el foso allanado ya se tienden
Varones valentísimos sin vida,
En lagunas de sangre; otros con pena
Y rabias de la muerte se revuelven.
El soberbio tyrano anda con ceño
Bravísimo á los suyos animando,
Y con palabras ásperas pretende
Á tan fácil entrada tanto espacio.
Ellos desto afrentados arremeten
Con nuevo impetu y nueva furia, alzando
Al Cielo horrenda grita: así, feroces,
Con rabioso furor entrar insisten.
. . . .
. . . .
Así como por fiesta en la ancha plaza
Donde anda el furioso, bravo toro,
Acierta de caer alto palenque,
Que el peso de la gente hizo rendirse,
Déxanse allí venir con grande estruendo
Gruesas vigas al suelo; álzase al aire
Regocijada grita, y queda hirviendo
La revuelta tan ciega y tan confusa,
Nadie mira por otro, sólo entiende
Darse maña ó remedio de salvarse,
Y el que el grave monton á cuestas tiene
Echa apenas la voz cuasi sin vida.
Da voces Mostafá, grita victoria,
Genízaros tras él victoria gritan,
Entran con denodada fuerza y saña
En horrendo tropel dentro del muro.....
Un alarido horrible, un llanto fiero

Anda por la ciudad á Dios llamando,
De las flacas mujeres, que sin orden
Atónitas van, palma y pecho hiriendo,
Bien así como cuando allá en la banda
De grullas el halcon hambriento afierra
La que el hado le da, las compañeras
Acá y allá van todas esparcidas,
Y de su mortal daño recelosas
Levantan por los aires altos gritos,
No saben, de turbadas, á qué parte
Las tristes del peligro se aseguren (1).

Mucho más celebrada y conocida ha sido *La Austriada* del jurado de Córdoba Juan Rufo Gutiérrez, gracias á la inagotable benevolencia crítica de Miguel de Cervantes, que en el escrutinio de la librería de D. Quijote la citó, juntamente con *La Araucana* y el *Monserrate*, graduando los tres libros de «las más ricas prendas de poesía que tiene España», «los mejores que en verso heroico, en lengua castellana, están escritos», y tales, que «pueden competir con los más famosos de Italia». Tan desaforada hipérbole sólo puede explicarse, ó por la ilusión de la amistad, que tanto suele engañar á los contemporáneos, ó por el natural atractivo que para Cervantes tenía el argumento de aquel poema, indigno, no ya de compararse con las obras del Ariosto y del Tasso, sino de andar en la buena compañía de Ercilla y aun del capitán Virués.

El juicio de Quintana sobre *La Austriada* es inapelable para todo hombre de buen gusto. «No hay que buscar en ella ni invención en las cosas, ni interés y fuerza en los pensamientos, ni nobleza y color en la expresión, ni música en los sonidos. El escritor arrastra penosamente su cuento, sin artificio ni intención poética ninguna, desde que los moriscos se rebelan en Granada, hasta que los turcos son vencidos en las aguas de Lepanto. Su objeto, al parecer, no es más que referir en verso las cosas mismas que otros han contado en prosa y sin comparación mejor que él.»

Diez años consumió Rufo en esta fastidiosa rapsodia, repartida en 24 libros, de los cuales sólo los seis últimos pertenecen á la historia de la Santa Liga y de la batalla de Lepanto. Algunas octavas regulares, que están como perdidas entre otras innumerables que no tienen de poesía más que el metro; algún rasgo feliz y enérgico, que pasa como un relámpago; y cierta claridad y soltura en la narración, no bastan á amenizar una leyenda tan árida, que ni siquiera para la historia ofrece interés, pues

(1) *Felicissima victoria concedida del cielo al señor Don Iuan de Austria, en el golfo de Lepanto, de la poderosa armada Othomana. En el año de nuestra saluacion de* 1572. *Compuesta por Hieronymo Corte Real, Cauallero Portugues*..... 1578. (Colofón:) *Fve impresso en Lisboa, por Antonio Ribero. Año de M. D. LXXVIII.*

4.°, 226 hojas. Con 15 grabados en madera, uno al principio de cada canto. Estos grabados no justifican, en verdad, la reputación artística que tuvo Corterreal entre sus contemporáneos.

no contiene ningún dato nuevo: cosa de reparar en quien fué cronista de D. Juan de Austria y dice haber escrito la obra por mandado suyo, valiéndose de los papeles y relaciones que él le dió. De todos modos, esta crónica rimada, cuya veracidad es indisputable, recibió una especie de consagración oficial cuando el Reino, junto en Cortes, solicitó del Rey que hiciera merced á Juan Rufo y ordenara la impresión de su libro, loando el estilo «fácil, grave y sustancial» en que estaba compuesto (1).

Poco ó nada perdieron las letras con que quedasen inéditos otros poemas, tales como los *Cantos de la batalla Ausonia*, por Pedro de Acosta, y *La Naval*, de D. Pedro Manrique (2). Por la curiosidad de la lengua y del metro debe hacerse particular memoria del poema catalán del presbítero de Mataró Juan Pujol, compuesto en endecasílabos de la manera antigua, es decir, con cesura en la quinta sílaba, y en estancias imitadas de las de Ausias March (3).

---

(1) *La Austriada de Iuan Rufo, jurado de la ciudad de Cordoua. Dirigida á la S. C. R. M. de la Emperatriz de Romanos, Reyna de Bohemia y Vngria*, etc. *Con licencia y previlegio, en Madrid, en casa de Alõso Gomez (que aya gloria), impressor de su Magestad. Año de mil y quinientos y ochenta y quatro.*

8.°, 18 hojas preliminares, 447 folios.

Entre los versos laudatorios que van al principio, los hay de Lupercio Leonardo de Argensola, de Cervantes y de D. Luis de Góngora. El *Memorial* del Reino no tiene fecha: le antecede otra carta de recomendación á favor de Juan Rufo, dada en 6 de Diciembre de 1578. Esta primera edición lleva el retrato del autor. *La Austriada* fué reimpresa en Toledo, por Juan Rodríguez, 1585; en Alcalá de Henares, por Juan Gracián, 1586, y en el tomo II de *Poemas épicos* de la Biblioteca de Rivadeneyra.

(2) Uno y otro manuscrito, al parecer originales, se guardan en la Biblioteca Nacional.

Los *Cantos de la batalla Ausonia*, por Pedro de Acosta. Consta de cuatro cantos en octavas reales. Después de una dedicatoria, en el mismo metro, á D. Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, comienza así:

La santa liga de cristianos canto,
De Austria las armas y varon potente,
Naval batalla que á la mar Lepanto
Turba la sangre de turquesca gente.....

El verdadero nombre de este poeta, según Barbosa en su *Bibliotheca Lusitana*, era Pero da Costa Perestrello, y escribió en portugués otras obras.

La Naval, de D. Pedro Manrique, poema en octava rima.

Inc.

La armada de la Liga ilustre canto,
Y el célebre varon, por quien vencido
Fué el escuadron Morisco, y con gran llanto
Desanudado de su antiguo nido,
Del que por Cipro, por amparo santo,
Pasó de España en Grecia, y fué temido,
Alzando como alzó con suerte amiga
El sublime estandarte de la Liga.

(3) El poema de Pujol tiene tres cantos. Creo que está inédito todavía, aunque en estos últimos años se trató de su publicación. Sólo conozco los extractos que el erudito rosellonés

Además de estas largas composiciones épico-históricas, consagradas totalmente á *la batalla naval*, como por antonomasia se la llamaba en el siglo XVI, ó á la vida entera de D. Juan de Austria, figura Lepanto como episodio en algunos de nuestros mejores poemas. Don Alonso de Ercilla, que estaba en Chile cuando la batalla se dió, encontró, sin embargo, modo de intercalarla en *La Araucana*, gracias á las artes del mágico Fitón, que le muestra como presente el combate en una esfera de cristal. El medio podía ser más ingenioso, pero la descripción, que llena un canto entero, el XXIV, está hecha con la robustez y el fiero ímpetu bélico que tienen casi siempre los versos de Ercilla.

El capitán Cristóbal de Virués, que combatió en Lepanto, según se infiere de su *Égloga de la batalla naval* (¡extraño asunto para una égloga!), hizo larga conmemoración de aquella jornada en el canto IV de su célebre leyenda de *Monserrate*. El licenciado Sebastián de Nieva Calvo, autor infeliz de un largo poema devoto sobre la vida de Nuestra Señora (*La Mejor Mujer, Madre y Virgen*), dedicó también el décimocuarto y último de los libros de su poema á *la vitoria de la batalla naval, ganada por intercession de María, y excelencia del favor de su santísimo Rosario* (1). Y para no hacer interminable esta enumeración, el Dr. Alonso de Acevedo, natural de Plasencia, en su poema de *La Creación del Mundo* (2) (donde hay bellezas descriptivas de primer orden), terminó el *Día segundo* con unas valientes, aunque no muy oportunas, octavas en recuerdo del triunfo de la Santa Liga (3).

Mientras así le celebraban los doctos, no estaba ociosa tampoco la musa de los romanceristas y autores de pliegos sueltos. Pero esta literatura narrativa había degenerado de tal modo en manos de sus últimos cultivadores, que ya no conservaba rastro de sus orígenes épicos, ni producía otra cosa que gacetas torpemente asonantadas. De los once romances de este ciclo que admitió Durán en su *Romancero*

Tastu comunicó al obispo de Astorga Torres Amat para su *Diccionario de escritores catalanes* (Barcelona, 1836).

En la *Biblioteca de escritores baleares*, de Bover (Palma, 1868), se cita una relación poética de la batalla, en quintillas catalanas, con el título de *Verdadera relació del combat naval dels cristians tengut en lo golf de Lepanto cuantre els infaels*, impresa en Barcelona, 1571. Debe de ser pieza rarísima, de carácter semipopular.

(1) *La Meior Mvger, Madre y Virgen. Svs excelencias, vida y grandezas, repartidas por sus fiestas todas. Poema Sacro del Licenciado Sebastian de Nieua Caluo..... Año* 1625. *Con Privilegio. En Madrid, Por Iuan Gonçalez.* Páginas 235-256 vta.

(2) Impreso en Roma, 1615, por Juan Pablo Profilio. Reimpreso en el tomo II de *Poemas Épicos* de la colección Rivadeneyra.

(3) Puede añadirse la *Vida del Illustrissimo Señor Otauio Gonzaga, Capitã general de la caualleria ligera del Estado de Milan. Recogida por Francisco Balbi de Correggio*, (Barcelona, por Hubert Gotard, 1581). En esta detestable crónica rimada (folios 13-15) se trata de la Santa Liga y de la batalla de Lepanto, y el testimonio de Balbi de Correggio tiene algún interés, por haber asistido él como soldado voluntario en la galera de Juan Andrea Doria.

(número 1.184 y siguientes), no hay uno solo que sea de inspiración popular ni digno de leerse, y lo mismo puede decirse de otros muchos que se imprimieron sueltos (1) ó que se hallan en las diversas *silvas* y *florestas*, comenzando por la *Rosa Real*, de Juan de Timoneda (1573). De la vulgarización de algunas de estas coplas da testimonio Quevedo en la *Vida del Buscón* (lib. II, cap. II), donde introduce á un falso soldado, natural de Olías, que «celebraba mucho la memoria del señor don Juan, y oíle decir muchas veces de Luis Quixada que habia sido honrado amigo; nombraba turcos, galeones y capitanes, *todos los que habia leido en unas coplas que andaban desto*. Y como él no sabia nada de mar (porque no tenia nada de naval mas de comer nabos), dixo, contando la batalla que había tenido el señor don Juan en Lepanto, que aquel Lepanto fué un Moro muy bravo».

Por caso singular parece haberse refugiado la tradición épica de Lepanto en las islas Azores, adonde acaso la llevaría la vencedora armada del Marqués de Santa Cruz. Teófilo Braga ha publicado tres romances procedentes de la isla de San Jorge, en honor del que allí llamaron *Dom João rei da Armada*. Son legítima poesía de marineros, contemporánea del suceso y muy bella por añadidura. La materia está no prosaica é históricamente tratada, sino líricamente interpretada, como en los romances viejos (2).

---

(1) Reimprimíanse todavía estos romances á fines del siglo XVII y principios del XVIII. Durán cita una edición de Valladolid, por Alfonso del Riego, y Salvá otra de Madrid, por Francisco Sanz, con este título:

Historia verdadera de la batalla naval, que el serenissimo Príncipe Don Juan de Austria dió al Gran Turco, en la qual se hallarán los mejores romances que sobre ella se han hecho. El romance primero es de como el señor rey Don Felipe Segundo entregó su Estandarte Real al Príncipe Don Juan de Austria, y el acompañamiento que le hizo á la salida de la villa de Madrid, y avisos que le dió sobre ser General de la Liga.

Los romances son diez en ambas publicaciones. No sé si algunos de ellos serán los mismos que, según D. C. Rosell (*Lepanto*, 126), se conservan manuscritos en la Biblioteca de la Universidad de Valencia, á nombre de Felipe de Gaona. Pero no hay duda que son del siglo XVI, y que cinco de ellos figuran en la *Silva de varios romances recopilados y con diligencia escogidos de los mejores romances de los tres libros de la Silva, y agora nuevamente añadidos cinco romances de la armada de la Liga*..... Barcelona, 1578, por Juan Cortey, y en otras varias colecciones.

A estos romances anónimos debe añadirse uno de Pedro de Padilla, que comienza:

En el tiempo venturoso
Que tuvo el Pontificado.....,

inserto en su *Romancero* (Madrid, por Francisco Sánchez, 1583; fol. 78 vto.), y otro muy notable de Vicente Espinel (*Historia de la Naval de D. Juan*), que no se halla en sus *Rimas*, sino en un códice de la biblioteca que fué de Salvá, de donde le copió el erudito escritor don Juan Pérez de Guzmán. (Vid. *D. Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz*, por D. Eduardo de Navascués. Madrid, 1888; páginas 117-119.)

(2) *Cantos populares do Archipelago Açoriano, publicados e annotados por Theophilo Braga*. Porto, 1869; págs. 304-313.

Pero toda poesía popular ó erudita, de las que nacieron al calor de aquella jornada venturosa, enmudece y se postra ante el himno triunfador que la mano del divino Herrera arrancó del arpa de los profetas para solemnizar, cual cristiano Simónides, aquella nueva Salamina. Esta canción es uno de los mayores timbres de nuestra poesía lírica, y nada debe á la imitación clásica. La vena opulenta y magnífica que en ella corre, baja en derechura de las cumbres de Sión. Con estar sembrada de reminiscencias bíblicas, no parece indigno de ellas lo que el poeta añade, y suyo es enteramente el arte solemne y profundo con que están traídas y aplicadas al tema moderno; el plan grandioso y progresivo de la oda; el entusiasmo ardiente y continuo, la exaltación religiosa y patriótica, que convierte al poeta no ya en eco sonoro de su pueblo, sino de la cristiandad entera; el impetuoso torbellino de afectos de esperanza, de desaliento, de regocijo, tan sincera y fervorosamente expresados, en una forma lírica, que sólo puede parecer enfática á lectores preocupados é ignorantes, que confundan el énfasis con la grandeza y la dignidad con que las grandes cosas deben tratarse (1).

Después de tan sublime composición, que fué la verdadera corona *rostrada* del «joven de Austria», parecería casi irreverencia citar ninguna otra, aunque las haya de cierto mérito, como *El Vaticinio de Proteo*, de Cristóbal Mosquera de Figueroa, inserto en los preliminares de *La Galera Real*, de Juan de Malara. El mismo Herrera quedó inferior á sí mismo en el famoso soneto

Hondo ponto que bramas atronado.....,

donde más que robustez hay abuso de la onomatopeya.

Con más razón todavía debemos prescindir de los poetas modernos. El asunto de Lepanto es de los que fácilmente tientan á cualquier musa primeriza. ¡Cuántas veces habrá servido de tema de juegos florales! A unos celebrados en Granada en 1850 concurrieron hasta diez ingenios, bastante conocidos algunos (2); y por fortuna rara en tales certámenes, se presentó una composición verdaderamente poética, un canto épico en octavas reales, parto juvenil de la rica y potente fantasía de D. Manuel Fernández y González, tan desenfrenada después en el campo de la novela, pero no en el de la poesía lírica y dramática, que cultivó siempre con nobleza, elevación y decoro. *La Batalla de Lepanto* es acaso la joya principal de su tesoro poético. Véase, como muestra de la valentía con que está escrito, una sola octava:

---

(1) Es sabido que existen dos textos muy diversos de la canción de Herrera, publicado el uno al final de su *Relacion de la guerra de Cipre* (1572), y el segundo en la edición póstuma de sus *Versos*, que hizo en 1619 el pintor Francisco Pacheco.

Además de los juicios, bien conocidos, de Conti, Estala, Quintana, Lista y otros críticos de la escuela clásica, debe leerse con especial atención el opúsculo de A. Morel-Fatio, *Fernando de Herrera.—L'Hymne sur Lépante publié et commenté.* (París, A. Picard, 1893.)

(2) Obtuvieron diversos premios y menciones D. José Salvador de Salvador, D. José García, D. Juan de Dios de la Rada y otros.

Avanzado al bauprés; la frente oscura
Por fatídica ruga señalada;
La agudísima y blanca dentadura
Tras los convulsos labios apretada;
Torva en sus ojos la mirada dura,
De la Liga posándose en la armada,
Junto al *Sanjac* que en su galera ondea,
El iracundo Alí jura y bravea.

X.—LOS ESPAÑOLES EN FLANDES.

Texto de la *Parte Trezena* de las comedias de Lope (1620).

Es curiosa la dedicatoria á Cristóbal Ferreira de Sampayo, en que Lope, sin duda en un acceso de mal humor, se queja amargamente de sus émulos literarios, y parece aludir en términos bastante desembozados á D. Juan Ruiz de Alarcón, de cuyos defectos físicos hace indigna chacota, si es cierta la conjetura de D. Luis Fernández-Guerra (1), que ve claramente zaherido al vate mejicano entre los que *señaló la naturaleza*, entre los que *tienen semejanza de animal*, entre los poetas que *son ranas en la figura y en el estrépito*, y, finalmente (y esto es más claro), entre los *gibosos*, cuyo *aliento*, *intercluso y malo*, no puede menos de *inficionar cuanto tocare*. A la distancia en que estamos de aquellos tiempos, nunca puede haber seguridad plena en tales conjeturas, por muy verisímiles que sean, como en este caso acontece. Acaso tan fieros denuestos fueran lanzados por Lope contra algún émulo suyo más oscuro que Alarcón, y de quien no ha quedado memoria. Pero si, como supone el Sr. Fernández-Guerra, Alarcón contestó á estos ultrajes con otros todavía más personales y feroces contra Lope en su comedia *Los pechos privilegiados*, habrá que reconocer que el gran moralista dramático no se quedó corto en el desquite y que distaba mucho de ser una mansa paloma.

De las comedias, probablemente numerosas, que Lope compuso sobre las guerras de Flandes, han llegado á nosotros cuatro, por lo menos. Sólo una de ellas, la titulada *Pobreza no es vileza*, merece figurar entre sus obras selectas. Las tres restantes valen muy poco, y nos detendremos poquísimo en su examen. Parece que el mismo Lope hizo el mejor juicio de muchas escenas de estos dramas cuando dijo en una acotación de *El Asalto de Mastrique:* «Aquí no hay representación sino cuchilladas».

El asunto principal de la deshilvanada comedia que lleva por título *Los Españoles en Flandes*, es la gobernación de D. Juan de Austria en los Países Bajos, la vuelta de los españoles que habían salido de aquellos Estados en virtud del convenio hecho por D. Juan, y la victoria de Gembloux, que el poeta llama de Gibelú.

---

(1) *Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza* (Madrid, 1871), pág. 323.

Con estos hechos históricos, presentados sin artificio alguno, y que por su índole política y militar son enteramente ajenos de la comedia, alternan las acostumbradas escenas de valentías y desgarros soldadescos, que hemos visto hasta la saciedad en otras piezas. Son los principales interlocutores de esta absurda fábula una madama Rosela, flamenca, que va á entregarse á D. Juan, de quien está locamente enamorada; un traidor, hermano suyo, que intenta darle de puñaladas, y una andariega española disfrazada de paje, que dice de buenas á primeras al alférez Chavarría:

¡Oh gallardo vizcaíno!
Tu donaire y libertad,
Á mi amor y voluntad
Hallaron fácil camino.
Tu despejo y valentía,
Tu furia desesperada,
Y el remitirle á la espada
Por cualquiera niñería,
Me hicieron dejar á quien
Me llevó de España á Flandes,
Y oblíganme á que me mandes
Que engañe á cuantos me ven,
Sirviéndote de criado;
Porque no hay, para mi gusto,
Como un bellacón robusto,
Hasta el alma desgarrado.

Esta comedia no vale la pena de investigar sus fuentes, suponiendo que alguna determinada tenga. Los principales libros que en tiempo de Lope corrían impresos sobre este período de las guerras de Flandes, eran los *Comentarios* latinos del célebre jesuíta Martín Antonio del Río (montañés de origen, antuerpiense de nacimiento), traducidos al castellano por D. Rodrigo de Medina (1), y las historias italianas de César Campana y Jerónimo Franchi Conestaggio (2). De esta última no hay duda que Lope la conocía; pero seguramente no quiso valerse de ella porque consideraba á Conestaggio como historiador mentiroso y venal, según se infiere

---

(1) *Comentarios de las alteraciones de los Estados de Flandes, sucedidas despues de la llegada del señor don Iuan de Austria á ellos hasta su muerte. Compuestos en latin por Rolando Natin Miriteo en cinco libros y traduzidos en Castellano por don Rodrigo de Medina y Marsilla. Madrid, Pedro Madrigal*, 1601.—4.º

(2) *Dalla Guerra di Fiandra fatta per difesa di Religione da i Catholici Re di Spagna Filippo Secondo e Filippo Terzo..... per lo spatio di anni trentacinque: descritta fedele e diligentemente da Cesare Campana.....* (Partes I, II y III.) *In Vicenza*, 1602.—4.º La gobernación de D. Juan de Austria está narrada en el libro VI de la primera parte.

Delle Guerre della Germania inferiore, istoria di Ieronimo Conestaggio..... Venecia, 1614.—4.º

En refutación de este libro publicó otro Juan Pablo Mártir Rizo con el título de *Historia de las guerras de Flandes contra la de Conestaggio.* (Valencia, 1627.—8.º)

de estos tercetos de una epístola al obispo de Oviedo Fr. Plácido de Tosantos, publicada con *La Circe* en 1624:

Y veo de qué suerte nos agravia
La extraña pluma, la parcial malicia,
La historia cautelosa cuanto sabia;
Y tan atropellada la justicia
Por los historiadores extranjeros,
Por pasión, por envidia y por codicia;
Y que Nerones bárbaros y fieros,
Del que es ya mercader, no coronista,
Compran el ser Trajanos con dineros.....
Mas ¿á quién no dará mortal disgusto
Un extranjero historiador hablando
De Felipe segundo, siempre augusto,
Que las guerras de Flandes dilatando,
Elocuente y retórico mintiendo,
Con artificio vil le está culpando;
Y un fiero calvinista engrandeciendo,
Que le pagó muy bien lo que escribía,
Está calificando y prefiriendo.....
Pues en el siglo desta edad segundo,
¿Quién no creerá que el Franchi Conestaggio
Dijo verdad? Luego en verdad me fundo.....
¡Oh España, siempre á todos verdadera!
¡Oh, siempre á todos justa envidia España!
Mas no es del Franchi la maldad primera.....
Pues quien por interés escribe y miente,
Y del anabaptista y luterano
Político defiende lo que siente,
¿Por qué se llama historiador cristiano,
Y quiere desdorar (que no es posible)
Las grandezas de un Rey tan soberano?

Acaso parezca áspera esta diatriba á quien sólo conozca á Franchi Conestaggio por su libro, muy estimable, *De la unión de Portugal á la Corona de Castilla* (si realmente es suyo, y no del Conde de Portalegre); pero el juicio de Lope en cuanto á sus *Guerras de Flandes* está robustecido por nuestro grave y fidedigno historiador militar D. Carlos Coloma, en el prólogo de las suyas: «Y cierto que cuando no hubiera otro ejemplo que el de Jerónimo Franchi Conestaggio, se deben recatar nuestros descendientes de escritores que, estando ausentes, escriben por informaciones de extranjeros apasionados. Este autor, habiendo emprendido el escribir todas las guerras de Flandes, habla de manera que no parece sino que el Príncipe de Orange y sus secuaces fueron los que defendieron la mejor causa, y que en querer el Rey sustentar la fe católica, su debida obediencia y la quietud y tranquilidad de aquellos sus vasallos, emprendía y tomaba á pechos todo lo contrario. Finalmente,

en el pintar la crueldad del Duque de Alba, la ignorancia del Comendador mayor y los juveniles impulsos del Señor don Juan (términos todos suyos), no parece sino que ha copiado á los escritores más herejes de Holanda, que dando siniestros sentidos á las acciones de tan grandes príncipes, no afectan otra cosa que hacernos odiosos á todas las naciones del mundo..... Y es de ver de la manera que trata de nuestras victorias, pasando en silencio las circunstancias más importantes, y muchas veces las mismas victorias; y cuando más no puede, y acaso se halla algun italiano en el tal suceso, no duda de hacerle autor dél con el mismo desenfado que si escribiera la guerra de Troya ó otras cosas de tan remota y dificultosa averiguacion..... Y porque puede justamente admirar que la pasion pudiese corromper el juicio y legalidad de un historiador tan señalado, débese sin duda prohijar esta culpa á las siniestras relaciones de que fué informado, acordándose de lo bien que cumplió con la verdad y las demás circunstancias de la historia en la de la union de Portugal á Castilla, por haber sido testigo de la mayor parte, y de lo demás advertido desapasionadamente; lo cual es sin duda que le faltó en ésta» (1).

XI.—DON JUAN DE AUSTRIA EN FLANDES.

Comedia inédita hasta ahora, y que añade muy poco á la gloria literaria de su autor, aunque es algo menos mala que la precedente. Ha sido descubierta y copiada por el erudito hispanista Antonio Restori en la Biblioteca Palatina de Parma. El manuscrito es original, al parecer, corregido por J. Martínez de Mora, cuya firma se lee al fin de cada jornada. Las aprobaciones, de Tomás Gracián Dantisco y fray Manuel Coelho, son de 14 de Octubre de 1606 y 5 de Octubre de 1607, y por ellas puede calcularse la fecha en que esta comedia fué representada en Madrid y en Lisboa. En una nota al fin de la jornada segunda, se halla esta otra noticia: «Esta comedia es de Alonso de Heredia, autor de comedias, y se *sacó* en Zaragoza el mes de Abril de mil y seiscientos y veinte cinco años, y por la verdad lo firmó de su nombre.» Lo de *sacarse* no ha de entenderse en el sentido de copiarse (puesto que las aprobaciones autógrafas estampadas en el manuscrito prueban que es anterior á 1625), sino en el de repartirse en papeles para la representación; sentido que todavía conserva el verbo *sacar* entre la gente de teatro. Por otra firma estampada un poco más abajo se infiere que este manuscrito anduvo también en manos de un *Francisco Polo*, que acaso sería el autor de la comedia *El honrador de sus hijas*, inserta en la *Parte veinte y tres de comedias nuevas* (1665).

Aun sin el testimonio de tan inteligente corrector como Martínez de Mora, que

---

(1) *Las Guerras de los Estados Baxos desde el año de M. D. LXXXVIII. hasta el de M. D. XCIX. Recopiladas por D.n Carlos Coloma..... En Amberes, en la officina de Iuan Bellero*, 1635. Páginas 3-4.

declara ser esta comedia de *Lope Félix de Vega Carpio*, basta la prueba del estilo, que es enteramente suyo, aunque se trata de una obra escrita con gran descuido. Si no aparece en la segunda lista de *El Peregrino* (1618), será por un olvido de Lope, que padeció otros muchos en aquel recuento; ó acaso estará disimulada con otro título.

El argumento de esta pieza es, en gran parte, el mismo de la anterior, pero abarca mayor espacio y comprende mayor suma de acontecimientos. Es, por decirlo así, una crónica dramática del gobierno de D. Juan de Austria en Flandes desde su llegada hasta su muerte, desde los últimos meses de 1576 hasta el 1.º de Octubre de 1578. La fidelidad histórica es grande, y si la comedia valiera algo más de lo que vale, literariamente considerada, sería muy fácil anotarla, mostrando su conformidad con las historias y relaciones del tiempo, y aun con lo que resulta de la propia correspondencia de D. Juan de Austria. Me limitaré á algunas indicaciones.

Ocupan gran parte de las incoherentes escenas de este poema dramático las tentativas hechas por flamencos y franceses para deshacerse de la persona de D. Juan de Austria, valiéndose de diversas cautelas y asechanzas. El mismo D. Juan habla repetidas veces de esto en sus cartas á Felipe II, no conocidas hasta nuestros tiempos. Decía, por ejemplo, desde Lovaina en 16 de Marzo de 1577: «Ellos andan..... machinando de matarme, y yo he de andar guardado destos mismos que tienen este intento; y de que es assi, cada dia me llegan diversos advertimientos por diferentes partes, porque por la de Inglaterra, franceses, oranges y bellacos de los de la tierra está tratado esto, de manera que hay ya gentes que tienen á su cargo el hazerlo á hierro ó veneno, ó como pudieren.....» Y en 24 del mismo mes repetía: «Me acaban de avisar agora, por parte de una persona que ni conozco ni me conoce, sino de fama, y que lo puede bien saber por ser de la nacion francesa, que ha venido un frances, criado del Duque de Alanson, con orden suya para matarme, y que lo piensa intentar un dia que entre en Bruselas ó en otro lugar á do se me haga recibimiento, tirándome un arcabuzazo á vuelta de las salvas ordinarias que se hacen en tales dias, y esto le podrá ser tanto más fácil si lo intenta, cuanto que se trata dello en Bruselas, y hanlo oido muchos sin que piensen más en el remedio que si fuese una obra de gran mérito y gloria» (1).

Históricos son también todos los afectos atribuídos en la comedia á D. Juan de

---

(1) Documentos de Simancas, publicados por mi docto amigo y colega D. Antonio Rodríguez Villa, al fin de la *Historia de D. Juan de Austria*, del licenciado Baltasar Porreño, dada á luz por la Sociedad de Bibliófilos españoles en 1899, páginas 464, 467, 468, etc.

Cf. en Lope, jornada primera:

OCTAVIO GONZAGA.

Pues ¿de tu enemigo fías
La guarda de tu persona?

DON JUAN.

Por este medio se alcanza
El fin que yo busco y sigo:

Austria: el dolor que sintió viendo partir á los soldados españoles, de quienes en una carta familiar dice: «Los españoles salen y el alma me llevan tras ellos, que encantado querría estar antes que tal ver» (1); la aversión que sentía por los flamencos, á los cuales, dolido de su mala fe, llamaba *muy grandes bellacos;* el tedio mortal que le consumía en aquella inacción forzada, que él tenía por afrentosa; el ansia y sed de gloria con que anhelaba el regreso de sus heroicos camaradas, y el desquite triunfal que, por fin, le concedió la fortuna, aunque con mano avara, poniendo las palmas de Gembloux tan cerca del féretro de Namur.

Había aquí el germen de una gran tragedia, pero mucho más interior que exterior: la tragedia heroica de D. Juan de Austria, víctima de su propia gloria, de su noble ambición y de su maravilloso destino, que sin tal remate parecería menos poético. Pero toda esta materia, para ser desarrollada con la profundidad debida, requería otra forma más amplia que la dramática. En el teatro no cabe la figura de don Juan de Austria, y bien lo ha mostrado el fracaso de todas las tentativas, desde Lope y su discípulo Montalbán (2), hasta Casimiro Delavigne, que se perdió en el vulgar

---

Al enemigo hace amigo
El hacer dél confianza.
. . . .

MEQUETREFE.

Guárdele nuestra nación;
Que yo solo le daré
Mil puñaladas.

MONS DE CLEU.

Seré
Atlante de tu opinión;
Serlo has tú para matallo
El día que éntre en Bruselas.

MEQUETREFE.

Sin quitarme las espuelas
Ni apearme del caballo,
Le daré un pistoletazo;
Que yo, como soy truhán,
Puedo llegarme á don Juan.
. . . .

(1) Página 548 del mismo libro.
Cf. en Lope:

DON JUAN.

Rásganseme las entrañas
Por abrazar los leones
Que los troncos borgoñones
Conservan á sus Españas.....
Venga; abrazaré al momento
Al menor español.....

(2) En *El Señor Don Juan de Austria*, penúltima comedia de las publicadas en el tomo I de las de Montalbán (1638-1652).

embrollo de una comedia de capa y espada, con apariencias de histórica (1). Don Juan de Austria no es personaje teatral, sino épico y novelesco. Desgraciadamente, sus cantores rara vez dieron muestra de comprender la alta y melancólica poesía que circunda á esta heroica sombra. El único que tuvo esta intuición luminosa fué un gran poeta contemporáneo de Lope de Vega, y émulo suyo por la lozanía y abundancia de la dicción, el obispo Valbuena, que en uno de los episodios del *Bernardo*, renovó de esta manera el llanto de Virgilio sobre el joven Marcelo:

Aquél en quien las horas presurosas
El curso abreviarán con tal corrida,
Que apenas á las puertas deleitosas
Llegar le dejarán de nuestra vida,
Cuando entre negras sombras tenebrosas,
La tierna faz, de amarillez teñida,
Dejará el aire claro y nuevo día
Que con su real presencia amanecía.
Yo digo de aquel Príncipe famoso
Que á España vestirá de luto y llanto,
Después que su valor vuelva espantoso
El seno de Corfú y el de Lepanto.....
¡Oh estrellas! ¡Cómo fuisteis envidiosas
Á la gloria de España! ¡Oh duro hado!
Si al golpe de sus huestes valerosas
No les faltara tiempo señalado,
Tú solo á mil regiones poderosas
Pusieras yugo y freno concertado,
Desde donde se hiela el fiero Scita
Adonde el abrasado Mauro habita.
Dadme ¡oh hermosas ninfas! frescas flores
Para esparcir sobre la tierna frente,
En sacrificios y debidos loores
De este mi soberano descendiente:
Y vosotros, divinos resplandores,
Deshaced los agüeros felizmente,
Y aquella sombra y triste centinela
Que sobre su cabeza en torno vuela.

Quizá en estas octavas, con ser reminiscencia de un pasaje del libro VI de la *Eneida*, hay más íntima poesía que en toda la comedia de Lope, aunque no puede decirse que falte en ella la que espontáneamente fluye del asunto. Muy feliz es, por ejemplo, el final de la primera jornada, en que los soldados españoles, y á su frente Sancho de Avila, Cristóbal de Mondragón, Julián Romero, todos los veteranos

(1) *Don Juan d'Autriche, ou La Vocation*, comedia en cinco actos, en prosa, representada en el Teatro Francés el 17 de Octubre de 1835. Está muy bien traducida al castellano por D. Mariano José de Larra (*Fígaro*).

curtidos en la victoria, dicen adiós á D. Juan de Austria, con una mezcla de rudeza y ternura que hoy mismo no puede menos de conmover el pecho de cualquier buen español para quien no sean vano sonido los nombres de aquellos soldados incomparables. ¡Qué efecto harían en tiempo de Lope!

MONDRAGÓN.

Ved, señor, cuál Vuestra Alteza
Ordena, dispone y manda
Salgamos los españoles
De Flandes para ir á España:
Las rodelas en las fundas,
Las espadas en las vainas,
Las trompetas en los hombros,
En los bagajes las cajas.
Ya se libró la cerviz
Flandes, de la dura carga
De la opresión española,
Que tanto le ofende y cansa;
Ya quedan con Vuestra Alteza,
Encargados de su guarda,
Sus fuerzas con sus presidios,
Con sus soldados sus plazas:
Lloramos, que Vuestra Alteza
Es prenda importante y cara;
Del Rey nuestro señor es,
Del honor de España el alma;
Es el sol de la milicia,
El laurel guardado de Austria;
Gran defensor de la fe,
Mar de nuestras esperanzas;
Y queda el mar suelto al viento,
Y el sol entre nubes pardas,
Y la prenda en un empeño
De sospechosa ganancia.
Tememos.....

SANCHO DÁVILA.

¡Ah, Mondragón!
¿Por qué así á Su Alteza hablas?
Señor, Vuestra Alteza es
Toda la honra de España.
Yo no hablo filosofías:
Hanos quitado su guarda,
Échanos de los Estados;
Vámonos á nuestras casas.
Queda entre sus enemigos;
Que la lealtad castellana
Era el freno de esta gente,

Que con palabras le engañan.
¡Vive Dios, que han de vendelle!
Que conozco sus palabras;
Y ha de enviar por nosotros
Do estuviéremos, mañana.....

Para lograr el cuadro final del último acto, en que D. Juan, moribundo en su tienda, se despide de sus capitanes y ordena sus últimas voluntades, bastóle al poeta versificar una parte de la carta-relación que su confesor, Fr. Francisco de Orantes, envió á Felipe II; como fácilmente se reconoce por el cotejo:

DON JUAN.

El padre Orantes, á quien
Dije mis culpas, honró
Esta razón harto bien.
El perdón os pedí yo;
Perdóneme Dios.....

TODOS.

Amén.

DON JUAN.

. . . .

Podéis á Su Majestad
Decille que con lealtad
Le he deseado servir.
Contento muero en morir
Con humilde voluntad.
No me desvanece fama
Del mundo que ya no gozo:
Ya se apaciguó esta llama,
Y parto alegre, aunque mozo,
Á dar cuenta á quien me llama.
No tengo de qué hacer
Testamento: mi señor
El Rey ha de disponer
De mis criados mejor
Que yo sabré proponer.....

. . . .

Dios dará á todos favor.
Diréis al Rey mi señor,
Otavio Gonzaga, en fe
De que aumentar deseé
La fe y aumentar su honor,
Que si acaso han merecido
Mis servicios algún día,
En las batallas que ha habido
Esta mortal monarquía,
Lo que le suplico y pido,

Que este cuerpo sea llevado
Á España, á do está enterrado
Mi padre el Emperador:
Goce, aunque muerto, el favor
De vivir muerto á su lado.

Las palabras de D. Juan, según el P. Dorantes, fueron éstas, dichas á él particularmente, y no á los capitanes; circunstancia que Lope hubo de alterar para el efecto escénico: «El alma encomiendo á Dios y al padre mio; cuanto á mi cuerpo, bien entiendo que hace poco al caso el lugar donde ha de reposar hasta el dia del Juicio; mas quiérole encargar y pedir que en mi nombre suplique á la Majestad del Rey, mi señor y hermano, que, mirando á lo que le pidió el Emperador mi padre y á la voluntad con que yo le procuré servir, alcance yo de S. M. esta merced: que mis huesos hayan algun lugar cerca de los de mi señor y padre, que con esto quedarán mis servicios satisfechos y pagados» (1). También del encargo dado á Octavio Gonzaga se hace mención en una carta del mismo P. Dorantes á Antonio Pérez, escrita desde el real sobre Namur, á 3 de Octubre de 1578.

No podía faltar en esta comedia, á pesar de la gravedad de su asunto, un episodio de amores, y no deja de ser interesante. En él intervienen un caballero español, D. Alonso de Vera, y una noble doncella flamenca, llamada Arcila, á quien, su padre, Mons de Prat, hierra bárbaramente en el rostro para venderla como esclava, en castigo de sus devaneos con el odiado extranjero. Semejante crueldad atiza más y más la llama de su amor, convirtiéndola en *esclava de su galán* (2), con ternezas análogas á las de aquella heroína de otra bellísima comedia de Lope:

En mi don Alonso adoro;
Más me enlazó la cadena
De hierro que en mis pies suena,
Que de toda Arabia el oro;
Más rica estoy con llorar
Por mi don Alonso ausente,
Que con las perlas de Oriente
Y las conchas de su mar.
Allí quiero, allí no olvido,
Allí adoro, allí deseo,
Con el pensamiento veo,
Y con el antojo pido.

El carácter del aventurero y algo fanfarrón D. Alonso no tiene el mérito de la novedad, puesto que en tantas otras piezas le hemos visto y le veremos; pero está

(1) Porreño, *Historia de D. Juan de Austria*, págs. 290-91.

(2)
No cobre jamás amor
Á prenda tan rematada,
Que trae la cara empeñada
En hierros de su señor.

bosquejado con la verdad y la gracia que son características de Lope en sus cuadros de costumbres soldadescas:

Pues en lo que es mi persona,
Aunque arrogancia parezca,
No soy de los desechados
En las postreras hileras;
No soldado tan bisoño,
Que ya doce años no tenga,
De Flandes, siendo doctor
Por la pica y escopeta.
No hay en todo este horizonte
Provincia donde no pueda
Medir á palmos y á pies,
Desde aquesta Galia Bélgica.....
No soy de los españoles
Que nacieron en la tierra
Hechos un sol de trabajos
En las montañas primeras;
Y siendo su mayor honra
Guardar dos vacas y ovejas,
Con abarcas y cerrados
Vestidos de tosca jerga,
En empuñando una pica,
Ó una alabarda ó jineta,
Con una cadena al hombro
Y una pluma á la francesa,
Dicen que fueron sus padres
Anquises, Didos, Eneas,
Y que es su solar Guevara,
Y comen diez mil de renta.
Quién soy, ya lo tengo dicho;
Mi propia persona muestra
Mi valor; mi ingenio, ya
Lo ha mostrado la experiencia.
Hacienda, diez mil ducados
Es mi patrimonio, y fueran
Treinta mil si no jugara
Mi tío don Juan de Vera.

También se hace mención en este drama, pero todavía más en el anterior (*Los Españoles en Flandes*), de empeños amorosos del propio D. Juan de Austria durante su estancia en los Países Bajos. Seguramente estas escenas tienen algún fundamento histórico que, para los contemporáneos, debía de ser muy claro. Ni la *madama Rosela* de la primera comedia, ni la *Ircana* de la segunda, parecen personajes imaginarios, aunque no tuvieran los nombres que les da el poeta. La historia galante de D. Juan nunca ha sido un misterio, por lo menos desde que

en 1632 el P. Famiano Strada, escritor tan sesudo como bien informado de las alteraciones de Flandes, empezó á levantar el velo en el libro x de su primera década *De bello Belgico* (1). Pásmase aquel docto jesuita italiano de que D. Juan de Austria, en sus últimas voluntades (por lo menos en las que se hicieron públicas) no se acordara de sus dos hijas naturales Ana y Juana, habidas la una en Diana Falanga, noble doncella de Sorrento, y la otra en D.ª María de Mendoza, *splendissimi generis formaeque elegantissimae puellae*. A estos nombres ha añadido Gachard los de otras dos amigas que D. Juan tuvo en Italia: Cenobia Saratosio y Ana de Toledo. En las interesantísimas cartas familiares de D. Juan de Austria á D. Rodrigo de Mendoza y al Conde de Orgaz, que, sacadas de un manuscrito de la Biblioteca Nacional de París, ha publicado A. Morel-Fatio (2), y que pertenecen á los dos últimos años de la vida del héroe (1576-1578), son frecuentes las alusiones á *la dama* que D. Juan había dejado en Madrid, y que tenía un hermano en el ejército de Flandes, hombre de condición poco sufrida, que en cierta ocasión ofendió é hirió á un caballero flamenco. Dados los hábitos de D. Juan y las costumbres de su tiempo, no es de presumir que en tan larga ausencia guardase gran fidelidad á la que había sido en la corte señora de sus pensamientos. Lo cierto es que en unas *Memorias* anónimas publicadas por la Sociedad de Historia de Bélgica, consta el nombre de la que pasaba por favorita de D. Juan en aquellos países: Diana de Donmartín, mujer del Marqués de Havré. Dejaremos en viejo francés lo que de ella dice el cronista anónimo: *On disait icelle dame*, *douée d'excellente beauté*, *plaisante et désirée*, *ayant constumièrement les tétins descouverts*, *estre en la grâce d'iceluy don Juan* (3).

XII.—EL ASALTO DE MASTRIQUE POR EL PRÍNCIPE DE PARMA.

Texto de la *Quarta Parte* de comedias de Lope (1614). No estando incluída en la primera lista de *El Peregrino*, y sí en la segunda, debemos creerla posterior á 1603.

En su novela *La Desdicha por la honra*, publicada con *La Circe* en 1624, refiere Lope una graciosa anécdota sobre la primera representación de esta comedia:

(1) La primera edición de la *Decas prima*, de Strada, es de Roma, 1632. Tanto ésta como las dos restantes fueron traducidas al castellano por el P. Melchor de Novar, de la Compañía de Jesús, y han sido durante todo el siglo XVIII, y aun más acá, libro de vulgar lectura en España, llamado por antonomasia *Guerras de Flandes*, mientras yacían en olvido nuestros clásicos historiadores de aquellas campañas, que tanto aventajaron al elegante y retórico panegirista de Alejandro Farnesio en conocimientos de arte militar y en virilidad de estilo.

(2) En su preciosa colección *L'Espagne au XVI^e et au XVII^e siècle. Documents historiques et littéraires* (Heilbronn, 1878), págs. 97-150.

(3) *Mémoires anonymes sur les troubles des Pays-Bas*, publicadas por Blaes y Henne, t. II, página 15. (Apud Forneron, *Histoire de Philippe II*, t. III, pág. 10.)

«Mal he hecho en confesar que escribo historia de tiempos presentes, que dicen que es peligro notable; porque en habiendo quien conozca alguno de los contenidos, ha de ser el autor vituperado por buena intención que tenga; pues no hay ninguno que no quiera ser, por nacimiento godo, por entendimiento Platon y por valentía el conde Fernan Gonzalez; de suerte que habiendo yo escrito *El Asalto de Mastrique*, dió el autor que representaba esta comedia el papel de un alférez á un representante de ruin persona, y saliendo yo de oirla, me apartó un hidalgo, y dijo muy descolorido que no habia sido buen término de dar aquel papel á hombre de malas facciones y que parecía cobarde, siendo su hermano muy valiente y gentil hombre; que se mudase el papel, ó que me esperaría en lo alto del Prado desde las dos de la tarde hasta las nueve de la noche. Yo, que no he tenido deudo con los hijos de Arias Gonzalo, consolé al referido don Diego Ordoñez, y dando el papel á otro, le dije que hiciese muchas demostraciones de bravo, con que el hidalgo, que lo era tanto, me envió un presente.»

El único alférez que en *El Asalto* figura es Martín de Ribera, y pariente suyo hubo de ser el que retó á Lope. El cuento es chistoso, é indica ya el carácter enteramente histórico de esta comedia, que es una especie de diario poético del memorable sitio que Alejandro Farnesio puso á Maestricht en 8 de Marzo de 1579 y se prolongó hasta el 29 de Junio de aquel año, en que fué entrada á saco la ciudad con espantosa resistencia. Los pormenores de la obra de Lope son fidedignos en su mayor parte, como puede comprobarse leyendo la relación de aquel sangriento y memorable triunfo en la más extensa crónica que de las campañas de Alejandro Farnesio tenemos en castellano, escrita por el capitán Alonso Vázquez (1), ó en las clásicas historias, latina é italiana, del P. Famiano Strada y del cardenal Bentivoglio (2).

Disto mucho de considerar *El Asalto de Mastrique* como el mejor drama de su género entre los de Lope, á pesar de la sentencia de un docto crítico, pero reconozco que está lleno de vida, y que la pintura de las costumbres de los soldados es magistral como siempre. Las murmuraciones y rencillas del campamento, originadas por la falta de pagas, eterna calamidad de los ejércitos de Flandes; el espíritu de indisciplina, apenas contenido por la prudencia de un caudillo venerado; la fiera

(1) *Los sucesos de Flandes y Francia del tiempo de Alejandro Farnese por el capitan Alonso Vazquez, sargento mayor de la milicia de Jaen y su distrito, escrito en diez y seis libros.* En la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomos LXXII á LXXIV. El cerco de Maestricht (Mastriq) ocupa la mayor parte del libro III, páginas 159-236 del tomo LXXII.

(2) *Segunda Decada de las guerras de Flandes desde el principio del govierno de Alexandro Farnese, Tercero Duque de Parma y Placencia, escrita en Latin por el R. P. Famiano Estrada de la Compañía de Jesus, y traducida en Romance por el R. P. Melchor de Novar de la misma Compañía. Tercera impression de nuevo enmendada, y corregida de muchas y grandes faltas. Amberes, por Henrico y Cornelio Verdussen. Año M.D.CCI.* Libro III, págs. 122 y 140.

Las guerras de Flandes, por el Cardenal Bentivollo. En Amberes. Por Geronymo Verdussen impressor y mercader de libros. Año 1687. (El traductor fué el P. Basilio Varén de Soto, de los Clérigos Menores; la primera edición es de Madrid, 1643.) Páginas 216-220.

lealtad que sobrevive en los mismos amotinados y los convierte en héroes; la extraña mezcla de piedad y relajación, de rapacidad y desinterés, de truhanería y caballerosidad; toda la psicología, en suma, de aquellos conquistadores injertos en pícaros, está representada con viveza pasmosa. Así filosofa sobre el hambre el soldado Añasco, recordando análogos conceptos de uno de los protagonistas de las jácaras de Quevedo:

Todo come, hermano Añasco;
Que todo perece luego,
En faltando el pan y el frasco;
La leña se come el fuego,
La mar se come un peñasco.
El aire come el olor
De las flores, y la tierra
Come el agua, y del humor
Que en sus entrañas encierra,
Da el trigo, el fruto y la flor.
Come el tiempo mil ciudades,
Come el olvido mil famas,
Come el sol mil humedades,
Come el pez al pez, las damas
Dineros y voluntades.
Come el orín el acero,
El juego come el dinero,
La poesía á más de dos;
Hasta la sarna ¡por Dios!
Come un estudiante entero.

Otro soldado exclama, muy dolido de las incomodidades y estrecheces de la vida militar:

¡Bien haya el santo oficial,
Hormas, hierro, aguja é hilo,
Que se ríen del estilo
Del estrépito marcial!

. . . .

¡Qué ejército como un martes
Mercado en Zocodover!

. . . .

¡Oh letras, bien haga el cielo
Al que os inventó, que, en fin,
No hay estudiante tan ruin
Que no le reluzca el pelo!

. . . .

¡Que viva un cura mil años
Entre el frasco y el pernil,
Y que aquí un soldado vil
Muera por reinos extraños!

Todos ellos murmuran de sus capitanes y no respetan en sus desgarrados coloquios el nombre de Farnesio. Pero ¡ay del enemigo que se fíe de tales murmuraciones! Así se lo advierte al Gobernador flamenco de Mastrique un confidente suyo:

Eso de quejarse dél
No engañe tus pensamientos;
Que á Carlos quinto decía
En Túnez un capitán:
«Los españoles están
Murmurando todo el día.»
Y él respondióle: «Pues id,
Y para vengarme en ellos,
Murmurad delante dellos,
Mal de mis cosas decid.»
Fué el alemán, y no había
Del Emperador hablado,
Cuando cayó por un lado
De una puñalada fría.
Experiencia dellos hice,
No creas que se le irán:
Dicen mal del capitán,
Y matan á quien lo dice.

¡Admirable rasgo histórico! Y como éste hay otros en la pieza, que en general está escrita con mucho nervio. En ella vemos aparecer la figura popularísima de D. Lope de Figueroa, con aquellas mismas tradicionales cualidades que luego han de tener pleno desarrollo en *El Alcalde de Zalamea:* su mal humor constante, su hábito de jurar, su brutal y honrada franqueza, su hidalguía sin tacha, su espíritu justiciero, y hasta su pierna gotosa:

..... ¡Juro á Jesucristo
Que me admira y espanta Vuestra Alteza!
Vaya al infierno, y demos á los diablos
Una batalla, y ¡voto á Dios de hacellos
Huir más tierra que perdieron cielo!

Así responde en el consejo de guerra á Alejandro Farnesio. Calcúlese cómo hablará á los soldados, especialmente cuando le atormentan los accesos de su mal:

¿Tanta paciencia presumió que gasto?
Pues ¡voto á Dios, que falta ya paciencia
Para sufrir dos piernas astrológicas,
Que saben las mudanzas de los cielos
Y sus alteraciones y discursos!
. . . .
¿No es la peor aquesta pierna mía
Que cuantas piernas tiene Dios criadas?
. . . .

.....¡Pluguiera á Dios, Perea,
Que sirviera yo al Rey con estos brazos
Que han hecho alguna cosa de hombre noble!

Lo que parecía que iba á degenerar en escena de entremés, adquiere, con esta melancólica reflexión, gravedad épica: aciertos geniales que tiene á cada momento el arte de nuestro poeta, aun en sus obras menos felices.

Pero el D. Lope de Figueroa que en *El Asalto de Mastrique* se nos presenta no está todavía, aunque doliente y achacoso, bastante purificado por el dolor: no es todavía el sublime veterano que en *El Alcalde de Zalamea* comparte con Pedro Crespo el lauro de la inmortalidad. Todavía paga tributo á las flaquezas humanas, y con desenfado puede decir:

.....¿Á quién
Cualquiera mujer no agrada,
No siendo monja ó pintada,
Con quien nunca estuve bien,
La una porque es de Dios,
La otra porque no es?

No peca de exceso de idealismo su intriga de cuartel con la flamenca Aynora; pero en vísperas del asalto de la ciudadela de Mastrique, el buen caballero procura saldar las cuentas de su conciencia y repararlo todo, no sólo con espléndida largueza, sino con buenos consejos:

Y vive como mujer
Que para morir nació;
Y pues te predico yo,
Bien me lo puedes creer.

La ajetreada amazona, que se encuentra de improviso con una dote de 500 escudos, no puede disimular su júbilo y exclama:

Digo, que si le dejase
De la pierna aquel dolor,
En España no hay señor
Que á don Lope se igualase.

Finalmente, llamaremos la atención sobre un rasgo enérgico y que toca en lo sublime. El soldado Alonso García, á quien el Príncipe de Parma ordena permanecer alerta toda una noche sobre uno de los reductos, y arrojarse al foso de Mastrique en apuntando el día, para dar la señal del ataque, pregunta con la mayor naturalidad del mundo:

¿Es más que esto?

FARNESIO.

¿Y esto es poco?

ALONSO.

¡Cristo con todos: adiós!

Este episodio es histórico, pero si hemos de atenernos á las Memorias del capitán Vázquez, la heroica y decisiva resolución de Alonso García, que dió la señal del triunfo á los españoles, fué arranque espontáneo suyo y no cumplimiento de una orden del General, puesto que la única que había recibido era estar de centinela.

«Cúpole estar en un reducto á un soldado español que se llamaba Alonso García Ramón, natural de Cuenca, de la compañía del capitán Alonso de Perea, ejecutando éste orden; hízolo con mucha puntualidad y vigilancia, pasando la palabra hasta que volvió desde lo último y á tiempo que pudiese hacer el efecto que se deseaba, que era tener á los rebeldes necesitados de sueño y en arma, para que cogiéndolos á la mañana fatigados, al tiempo de gozar el sabroso sueño del alba, dar sobre ellos; y en siendo de día tuvo tan buen conocimiento este Alonso García, que *sin aguardar orden ninguna*, no quiso perder la ocasión y suerte que Dios le había ofrecido, y tendiendo la vista por toda la muralla, vió á los demás españoles alertados y puestos á punto, y comenzó á grandes voces á tocar arma, y á decir: «¡Cierra España, Santiago!», y á un mismo tiempo se arrojó del reducto al foso, libre de todo temor, y dió sobre los enemigos valerosísimamente, y todos los demás españoles le fueron siguiendo; lo mismo hicieron los alemanes y valones, y cada uno por su parte comenzaron á pelear ferocísimamente, y los rebeldes á resistirse; pero viéndose asaltados por todas partes, y que no les era posible contrastar el ímpetu con que los católicos habían cerrado, y el valor con que peleaban, comenzaron á perder el ánimo y á desamparar sus puestos, y los españoles y demás naciones á degollarlos y á hacer una riza en ellos extraordinaria; y con la memoria de los trabajos que habían pasado en el largo y prolijo sitio con muerte de tantos amigos, se les encendió el furor, y mezclado con *alguna* crueldad, no perdonaban á niños ni á mujeres, que por escapar las vidas iban huyendo y se arrojaban por las ventanas, y daban en manos de otros que se las quitaban, y algunos echaron del puente, que es muy alto, en el río Mosa, y se ahogaban..... Fué un día de juicio, y tan grande la mortandad, que ponía admiración, pues al desembocar del puente había un gran monte de cuerpos muertos, que pasaban de 12.000 con los que se habían echado en el río» (1).

XIII.—POBREZA NO ES VILEZA.

Publicada en la Parte 20 de comedias de Lope (1625), de la cual hubo tres reimpresiones por lo menos. Figura también esta pieza en el tomo IV de la edición selecta de Hartzenbusch. Don Ramón de Valladares y Saavedra la refundió en cuatro actos, y en esta forma fué representada en 1848 (2).

---

(1) *Colección de documentos inéditos*, t. LXXII, págs. 214-215.

(2) *Pobreza no es Vileza. Comedia en tres jornadas, del célebre Lope de Vega Carpio; refundida y puesta en cuatro actos por D. Ramon de Valladares y Saavedra, para representarse en Madrid el año de 1848. Madrid, 1848, imprenta de Lalama.*

Dedicó Lope esta obra al joven Duque de Maqueda, á quien llamó con alguna hipérbole *el Africano*, por sus felices entradas en tierra de moros mientras fué gobernador de Orán. Consta, en efecto, que en 13 de Octubre de 1624 corrió el Duque los aduares de los Beni-Aghú, y volvió á la plaza con 200 esclavos y 5.000 cabezas de ganado, rechazando á los moros que le hostigaban, y apoderándose antes de una fragata y una saetía turcas, ancladas al frente de Mostagán (1).

Pobreza no es vileza, comedia deliciosamente escrita, como todas las de la última manera de Lope, realiza la fusión del drama histórico y de la comedia novelesca. Pertenecen al primero todas las escenas donde se describe la memorable campaña de 1595, en que el Conde de Fuentes, D. Pedro Enríquez de Acevedo, Gobernador de los Países Bajos después de la muerte del archiduque Ernesto, renovó gloriosamente las hazañas del Duque de Alba y de Alejandro Farnesio, entrando audazmente por la provincia de Picardía, conquistando las plazas fuertes de Chatelet y Doullens, derrotando en campal batalla el ejército francés mandado por el Duque de Bouillon y el almirante Villars, haciendo retroceder hasta Amiens al Duque de Nevers, y, finalmente, apoderándose de Cambray después de dos meses de sitio habilísimamente conducido. Los pormenores de estas jornadas pueden leerse en los clásicos libros de Bentivoglio y de D. Carlos Coloma (que tanta parte tuvo en aquellos triunfos), y en los *Comentarios* del capitán de caballos D. Diego de Villalobos y Benavides, que con tan profunda erudición y recto juicio ha ilustrado en nuestros días el docto académico de la Historia D. Alejandro Llorente (2). Hay, además, biografía especial y minuciosa del Conde de Fuentes, escrita por don Cesáreo Fernández Duro, y á ella me remito en lo que puede importar á la ilustración histórica de esta comedia (3), cuya puntualidad es grande. No fué la única compuesta en loor de D. Pedro Enríquez, pero la de Luis de Belmonte Bermúdez, *El Conde de Fuentes* (manuscrita en la Biblioteca Nacional, procedente de la de Osuna), trata muy diverso argumento.

En *Pobreza no es vileza* la historia está introducida con mucha más habilidad

---

(1) Relación impresa en Madrid por Juan Delgado en 1624, á la cual se refiere D. León Galindo y de Vera en su *Historia de las posesiones hispano-africanas*. (*Memorias de la Academia de la Historia*, t. XI, pág. 249.)

(2) *Comentarios de las cosas svcedidas en los Paises baxos de Flandes, desde el año de mil y quinientos y nouenta y quatro, hasta el de mil y quinientos y nouenta y ocho. Compvestos por don Diego de Villalouos y Benauides, Capitan de cauallos lanzas Españolas..... En Madrid, por Luis Sanchez..... Año de M. DC. XII.*

Reimpreso en la colección de *Libros de antaño* (tomo VI, 1876), con introducción, notas é ilustraciones de D. Alejandro Llorente, que constituyen uno de los mejores trabajos históricos publicados en nuestro tiempo.

(3) *Don Pedro Enriquez de Acevedo, Conde de Fuentes. Bosquejo encomiástico leído ante la Real Academia de la Historia en la junta pública celebrada el dia 15 de Junio de 1884, por el académico de número Cesáreo Fernández Duro* (tomo X de la colección de *Memorias* de aquel Cuerpo literario. Madrid, imprenta de Tello, 1884).

que en otras comedias, y sirve únicamente de fondo á una acción novelesca muy interesante en sí misma, y que lo parece más por el ambiente heroico en que se desenvuelve. Aun los críticos más prevenidos contra el arte de Lope y menos versados en la lectura de sus obras, han hecho justicia al mérito de esta simpática y agradable composición. Sismondi cita como modelo de exposiciones en acción (que es uno de los puntos técnicos en que Lope lleva conocida ventaja á la mayor parte de los dramaturgos, y particularmente á Calderón), el comienzo tan interesante y caballeresco de esta comedia, en que Rosela, dama flamenca de alto nacimiento, se ve asaltada en su quinta por cuatro soldados españoles de los amotinados por falta de pagas, que quieren á viva fuerza arrancarla sus joyas, salvándola de tal peligro la inesperada aparición del héroe de la comedia, D. Juan de Mendoza, que en pobre traje de aventurero, con capote de dos haldas, viene á Flandes á hacer muestra de su valor. «Siempre sabe el poeta (dice Sismondi) deslumbrar la vista y dominar la atención desde el principio de su obra.» Y refiriéndose al empleo de la historia, añade estas palabras, que son exacto juicio de esta comedia y de otras muchas: «Parece que Lope de Vega estudió profundamente la historia de España, concibiendo un noble entusiasmo por la gloria de su patria, que trató de realzar en todas ocasiones. No son sus dramas tan precisamente históricos como los de Shakespeare, es decir, que no ha reunido en un punto los grandes acontecimientos del estado para formar un drama político; pero ha ligado, en cambio, una intriga novelesca á todo cuanto más glorioso ha hallado en los fastos de España, y ha mezclado de tal manera lo fabuloso con lo histórico, que los elogios de los héroes nacionales son una parte esencial é inseparable de sus poemas. El asedio de Jatelete, en el cual debe distinguirse Mendoza, aparece en parte en la escena, no para dar al espectador el placer de presenciar una batalla ridícula, como sucede en los teatros afeminados de Italia, sino para que el Conde de Fuentes, al frente de su ejército, rinda á cada uno de sus oficiales, á cada uno de sus valientes, el tributo de gloria que la posteridad les concede» (1).

Además de los méritos apuntados por Sismondi, tiene esta pieza otros muy valiosos. Aunque es comedia de intriga, hay en ella un carácter muy bien estudiado, el del caballero pobre y honrado, que por reveses de la fortuna tiene que disimular en hábito humilde su ilustre prosapia, y se convierte en hijo de sus obras, logrando por premio de su valor, de su lealtad, de su recto y caballeresco proceder, de su discreción y cortesía, las palmas del triunfo en todos los lances de la vida, así en guerras como en amores. Este *roman d'un jeune homme pauvre* le puso en varias obras, y mejor que en ninguna en la bellísima parábola dramática *Las flores de Don Juan y rico y pobre trocados*. *Pobreza no es vileza* vale menos, sin duda, pero es

(1) *Historia de la Literatura española, escrita en francés por Mr. Sismonde de Sismondi, principiada á traducir, anotar y completar por D. José Lorenzo Figueroa, y proseguida por don José Amador de los Ríos*. Sevilla, Alvarez, 1842. Tomo II, 41. (Es la parte relativa á España en la obra *De la littérature du Midi de l'Europe*.)

del mismo corte y estilo. Los delicados diálogos de amor de D. Juan de Mendoza con la flamenca Rosela; la generosidad con que acude en socorro de un camarada suyo con los cien doblones únicos que posee; el celoso cuidado que tiene del honor de su hermana, compañera de su destierro; y sobre todo, aquel interesante conflicto entre el deber militar, que le llama á las trincheras de Chatelet, y la venganza de su honra familiar, ultrajada por el conde Fabio; aquella lucha de afectos mezclada con el tumulto del asalto y con las voces de mando del Conde de Fuentes, son pensamientos y situaciones muy bien imaginadas y de positivo efecto dramático:

¡Triste! ¿Qué tengo de hacer?
Ni á irme ni á estar me atrevo.
¿Cumpliré con lo que debo?
Si es mi sangre esta mujer,
¿Podré dejarla perder?
Pero ¿qué dirán de mí
Si agora falto de aquí?
Las cajas me están llamando,
Y mi honor me está incitando,
Si es verdad que le perdí.

. . . .

Honor, no hay para qué andes
Estorbándome á quedar.
Pero ¿qué puedo ganar
Si pierdo el honor en Flandes?

. . . .

Acometer es mejor:
Felipe ha de ser servido;
Que si el honor he perdido,
Él me volverá mi honor.

. . . .

Piérdase mi honor, mi hermana,
Mi vida y la sangre mía.
Voy al asalto, pues creo
Que muriendo con valor,
Vengo á cobrar más honor
Que en la venganza deseo.

. . . .

Claro está que si yo falto
En aquesta batería,
Dirán que es de cobardía,
Desde el humilde al más alto.
Morir en aqueste asalto,
El honor que pierdo adquiere,
Si en mi patria se supiere
Á un tiempo el bien como el mal.
¡Cierra España, pesia tal;
Que no puede más quien muere!

No es menos digna de atención la fiera altivez con que rechaza la mano de la señora flamenca, hermana del conde Fabio, que se la ofrece á trueque de que consienta en la boda de su hermana como reparación de su honor:

Conde, ya no puede ser
Que te cases con doña Ana;
Que aunque es tan noble tu hermana,
No la quiero por mujer;
Que quien no supo tener
Guardada la que le dí,
Ya no es buena para mí,
Ni yo lo soy para ella,
Pues pensaré siempre della
Que no ha de guardarse á sí.
Si ella la hubiera guardado,
Grande mi ventura fuera
Que su mano mereciera,
Habiendo mi honor cobrado;
Mas como el ser hombre honrado,
Rosela, al encuentro sale,
Ningún remedio me vale;
Pues casarse con recelo
Es tener llovido el suelo,
Adonde el honor resbale.
Mi hermana está en mi poder;
Yo sabré darla castigo,
Pues que casarse contigo
Dices que no puede ser
Sino es dándome mujer
Que pueda darme valor:
En mí culpa, y en ti error;
Que marido acreditado
Por mujer, ó es desdichado,
Ó sabe poco de honor.
Noblezas, Conde, y espadas,
Acreditan bien en Flandes
Hechos y servicios grandes
En seis famosas jornadas.
Las mujeres más honradas
Lo han de ser por su marido:
El que por mujer lo ha sido,
Sujeto vive á mujer;
Que basta una vez nacer
De mujer el bien nacido.

La desairada Rosela acude, en su despecho, al arbitrio desesperado de disfrazarse de hombre para asesinar á D. Juan, el cual inadvertidamente la hiere en propia

defensa. Huelga decir que esta sangre lo purifica todo, y une en estrecho lazo al gallardo español y á la apasionada y vengativa flamenca. Este desenlace es ingenioso y nuevo, aunque, por ventura, demasiado teatral.

Consiste, sin duda, el principal atractivo de esta comedia en lo elevado y caballeresco de los sentimientos que en ella campean, y en la pureza y fluidez del metro y de la dicción, muy rara vez empañada por resabios de mal gusto. Pero no vale menos la parte cómica: el truhán Panduro, antiguo capigorrón de Alcalá (1), medio ayo, medio escudero de D. Juan, es digno de alternar con los graciosos de Tirso de Molina, aunque á veces sus burlas pasen un tanto la raya del decoro, á lo menos para los melindrosos oídos de ahora. Júzguese por el cuento siguiente:

En mi tierra, un licenciado,
Hermosa mujer tenía,
Que á cierto galán quería,
Bien necio y bien confiado.
Púsole una noche al tal
Detrás de ciertas cortinas.....
. . . .
Y díjole: «Si por mí
Ó por vos se hace rüido,
Y, despierto mi marido,
Dijere: «¿Quién está ahí?»,
»Con los guantes haced son,
Porque piense que es el galgo.»
Á media noche, el hidalgo
Habló recio en ocasión,
Y diciendo el licenciado:
«¿Quién es el que hace rumor?»,
Le dijo: «El galgo, señor,
Que está aquí detrás echado.»

De este modo se presenta al Conde de Fuentes:

CONDE.
¿Qué érades antes vos?
PANDURO.
Era estudiante.

(1) Al fin del acto primero dice á su amo:

¿Para eso me sacaste
De capigorrón de escuelas,
Y por bonete y sotana
Me diste plumita y cuera?
¡Por la tribuna de Dios,
Que á ser *brodista* me vuelva,
Y á escribir mil solecismos
Á Alcalá, contra la guerra,
En un latin remendado
Que ningún hombre le entienda ....

CONDE.

¿Qué facultad?

PANDURO.

Compraba la comida.

CONDE.

¿Nunca fuisteis pasante?

PANDURO.

Antes pasaba
Mucha necesidad.

CONDE.

Pues de ese modo
Sabréis poco latín.

PANDURO.

Griego sé un poco.
Pregúnteme, señor, Vuestra Excelencia,
Y verá cómo en griego le respondo.

CONDE.

¡Si no sé griego yo!

PANDURO.

Desta manera
Mil dicen que lo saben, porque al griego,
Como nadie lo sabe, callan luego.

¡Tremenda y merecida pulla contra los pedantes, pero que de ninguna manera ha de tomarse, ni tampoco otras análogas humoradas de Lope, como un documento sobre la situación de los estudios helénicos entonces, muy decaídos, sin duda, de lo que habían sido en el siglo XVI, pero no tan desamparados de cultivadores formales como pudiera inferirse de estas sátiras! Pedro de Valencia, Vicente Mariner, González de Salas, el mismo Quevedo, eran helenistas, y los trabajos del segundo rayan en lo fabuloso por el número y por la importancia de algunos de ellos. Entre los literatos de profesión era ciertamente raro el conocimiento del griego; y Lope, que era uno de los muchos que le ignoraban, se venga con estos dardos irónicos de la desdeñosa censura de Torres Rámila y otros dómines de su tiempo.

Una gran parte de los chistes de Panduro recae sobre el contraste entre las costumbres españolas y las flamencas (1), y muy especialmente sobre el uso de la cerveza, que abomina con todas las potencias de su alma. Muchas de estas ocurrencias pueden quedarse en el texto de la comedia misma, porque son menos limpias que donosas. Bastará con citar alguna que no ofrece este reparo:

PANDURO.

¿Habrá qué beber?

TIBURCIO.

Habrá

---

(1) Este aspecto de la comedia fué ya tenido en cuenta por Morel-Fatio en la deliciosa conferencia *Espagnols et Flamands*, que dió en Bruselas el 8 de Marzo de 1892. (*Études sur l'Espagne*, segunda edición. París, 1895. Tomo I, págs. 236-293.)

Una extremada cerveza.

PANDURO.

¿Vino español.....

TIBURCIO.

No se gasta;
Bebemos á la flamenca.

PANDURO.

Oir cantar en falsete
Un hombre con barba negra;
Que hable de niña una dama
Que haya pasado de treinta;
Peinarse un galán lindoso,
Atada la bigotera,
Y que con ojos azules
Trate un hombre de pendencias;
Que ande diciendo sus versos
Eternamente un poeta;
Que un escudero se precie
De entendimiento sin letras;
Que califique discretos
Una doña hermosa y necia;
Que sea gracioso un frío
Porque perdió la vergüenza;
Que quien viste á la española
Traiga rosetas inglesas;
Que se descuide jugando
Quien tiene mujer y suegra;
Ver con despensero y coche
Quien tiene en aire la renta,
Y un rico por la fortuna
Desvanecido en soberbia,
Es lo mismo para mí
Que hacerme beber cerveza.

Y en otra escena de la última jornada:

Aquí (que nunca le viera)
Aquel escudero vi;
Aquí fué donde bebí
Cerveza la vez primera.
Mal agüero, ó el peor,
Pues desde entonces acá,
Traigo los bigotes ya
Á lo flandesco, señor.
¿Cuándo beberé con nombre
Más claro que el mismo sol
Aquel vinazo español,

Que hace barbinegro un hombre?
¿Cuándo aquel licor divino?
Que, en fin, cerveza es mujer,
Y el vino es hombre.....

Son notables también, por su valor histórico, las escenas que retratan la indisciplina de la bizarrísima pero desordenada milicia de Flandes.

Finalmente, sin pretender apurar todo lo que contiene de notable esta comedia, que debe leerse íntegra, no quiero omitir dos breves trozos líricos: el primero es una definición del amor, y el otro una paráfrasis de la anacreóntica de «El Amor y la Abeja», que también imitó Lope en el conocido romance «Por los jardines de Chipre».

LAURA.

Es amor una pasión
Reina de cuantas pasiones
Han dado imaginaciones
Á nuestra imaginación.
Es amor atrevimiento
Del sentido más hermoso,
De la voluntad reposo,
Y error del entendimiento.
Es amor enfermedad
Que con los remedios dura,
Y un género de locura
En que da la voluntad.
Es amor un accidente
Que no puede definirse,
Pues cuando acierta á decirse
Es cuando menos se siente.

(Acto segundo.)

. . . .

FABIO.

Vino de Chipre Cupido
Cierto día á Venus bella,
Quejándose que le había
Picado el dedo una abeja,
Y respondióle la diosa:
«La queja excusar pudieras,
Pues que tan pequeño picas
Almas que abrasas y hielas.»

El último verso no es muy anacreóntico que digamos, pero como ya de suyo la poesía seudo anacreóntica es tan amanerada, un grado más de amaneramiento no la perjudica mucho.

XIV.—LA TRAGEDIA DEL REY D. SEBASTIAN
Y BAUTISMO DEL PRÍNCIPE DE MARRUECOS.

Texto de la *Onzena Parte* de Lope (1618). En la primera lista de *El Peregrino* (1603) se cita una comedia titulada *El Príncipe de Marruecos*, que debe de ser esta misma. Su fecha consta con toda certidumbre por el texto de la comedia, que es, en gran parte, una pieza de circunstancias, compuesta en 1593 para festejar la conversión de un príncipe marroquí. Da noticia del hecho Antonio de León Pinelo en sus *Anales de Madrid*, inéditos aún:

«Muley Xeque, Príncipe de Marruecos, hijo de Muley Mahomet, Rey de Fez y Marruecos, habiendo sido echado del reyno por Muley Moluc, su primo, se vino á España, y desengañado de su falsa seta, recibió el agua del bautismo. Estuvo algun tiempo en el convento de la Victoria, donde le catequizaron. De alli fue llevado con mucho acompañamiento á las Descalzas Reales á recibir el bautismo. Fueron sus padrinos el Principe D. Felipe y la Infanta D.ª Isabel. Llamóse D. Felipe de Africa, y comunmente el *Príncipe Negro*, porque lo era mucho. El Rey le dió hábito de Santiago y encomienda, con que vivió honrado y estimado en la Corte. Murió en la Fe Católica, sirviendo en Flandes» (1).

De este caballero africano, que figuró entre los Grandes de España en la jura del Príncipe que fué luego Felipe IV (13 de Enero de 1608), dice Lope en su novela *La desdicha por la honra*: «Está el Príncipe de Fez en Milan sirviendo á su Majestad con un hábito de Santiago en los pechos, y tan honrado del Rey Felipe II, y de la señora Infanta que gobierna á Flandes, que él le quitaba el sombrero y ella le hacia reverencia.»

Gracias á la *Adjunta al Parnaso* (1614) sabemos el lugar de su habitación en Madrid, nada menos que por testimonio del dios Apolo en el sobrescrito de la carta que por mano del poeta Pancracio de Roncesvalles envió *á Miguel de Cervantes: calle de las Huertas, frontero de las casas donde solía vivir el Príncipe de Marruecos.* Según las investigaciones de D. Ramón Mesonero Romanos (2), esta casa era la de Ruy López de Vega, en cuyo solar se levanta ahora el palacio que fué del Duque de Santoña. Suponen algunos, sin fundamento, que de este Príncipe moro tomó nombre la calle del *Príncipe*, pero consta que desde mediados del siglo XVI se la designaba ya con este nombre.

Finalmente, puedo presentar á mis lectores la fecha, hasta ahora ignorada, del fallecimiento de este ilustre converso, gracias al siguiente apunte que me facilitó el inolvidable D. Pascual de Gayangos: «En la Kalenda de Uclés leí el año 1849

(1) *Anales de Madrid*, año de 1593 (manuscrito de la Biblioteca Nacional). Copió ya este pasaje Pellicer en la *Vida de Cervantes* que precede á su edición del *Quijote* (1797), pág. CC.

(2) *El antiguo Madrid*, segunda edición, 1881; t. I, pág. 299

un párrafo que decía así: *Obiit Dominus Philippus Benamarin de Africa, Princeps de Marruecos, comendator de Bedmar et Albanchez qui regnum postposuit fidei*, 1621 (1).

Comparando la tercera jornada de esta comedia de Lope de Vega, en que hay una minuciosa descripción de la ceremonia del bautizo del Príncipe, con la noticia de León Pinelo, se advierte una discordancia notable, puesto que Pinelo dice que la ceremonia se verificó en las Descalzas Reales, y nuestro poeta supone que fué en El Escorial. En este caso, sin embargo, no dudo en dar preferencia al poeta sobre el analista, porque éste escribía muchos años después del suceso, cuando ya había muerto el Príncipe de Marruecos, al paso que Lope redactó su gaceta dramática inmediatamente después de la ceremonia, enumerando uno por uno todos los personajes que á ella concurrieron, é introduciéndose á sí mismo como testigo presencial, con su nombre poético de *Belardo*. Por cierto que hace constar de paso que era entonces la primera vez que visitaba El Escorial:

GASENO.

¿Esta grandeza no vistes
Hasta agora?

BELARDO.

Esta real
Máquina del Escurial
No había visto.

GASENO.

¿Vos nacistes,
Belardo, en Madrid?

BELARDO.

Nací
En Madrid, y confiado
En estar tan cerca, he estado
Sin verla hasta agora, y *fuí*
Dos mil leguas una vez
Sólo á ver á Ingalaterra.....

. . . .

GASENO.

Parece esa maravilla,
En la que es tan soberana,
La del viejo de Triana
Que no había visto á Sevilla.

BELARDO.

Pues pienso que no viniera

(1) Hubo también á principios del siglo XVII un D. Gaspar Benimerín que se titulaba infante de Fez, cuyo retrato se halla al frente del *Origen y descendenzia de los Serenissimos Reyes Benimerines Señores de Africa hasta la persona del Señor D. Gaspar Benimerin Infante de Fez. Recopilada por Juan Vincenzo Escalión Cavallero Napolitano. En Napoles. Por Jvan Iacobo Carlino los anos* (sic) 1606. Libro raro y curioso.

Si del bautismo los ecos
Del Príncipe de Marruecos,
Donde tal vista se espera,
No me movieran los pies.....

Tengo por históricas, no sólo estas últimas escenas, sino todas las que se refieren á la conversión del Príncipe y á su estancia en Andújar, donde pasa la acción de la segunda jornada. Los pormenores son tan precisos, que apenas dejan sospecha de invención, y no hay que dudar que el retrato del Príncipe está sacado del natural:

Modesto rostro y moreno;
De cabello rizo y alto;
Alegre de ojos, y falto
De barba; fornido y lleno;
Fuerte, ligero y galán;
Á pie y á caballo, airoso;
Llano, humilde y generoso.....
. . . .
—¿De quién viene acompañado?
—De don Gonzalo de Ulloa,
Corregidor de Jaén,
Que de verde cruz se adorna.....

Me he detenido en estos pormenores, que algunos calificarán de nimios é insignificantes, porque siempre es útil fijar una fecha más en la vida de Lope y en la cronología de sus obras.

Esta comedia, cuyos personajes llegan á 56, es, sin disputa, una de las más irregulares y desordenadas que compuso. Comprende dos acciones enteramente inconexas. En el acto primero, la expedición de D. Sebastián á Africa y el desastre de Alcazarquivir, del cual se intercala además una larga relación en el acto segundo para que se entere de ella Muley Xeque, que era muy niño cuando la batalla acaeció (4 de Agosto de 1578). Lo restante de la pieza se reduce á la conversión del Príncipe, sin que vuelva á hablarse una palabra de la pérdida del rey D. Sebastián, ni se establezca lazo alguno entre ambos sucesos.

La monstruosidad del plan, unida á la diferencia de estilo que entre la primera y la segunda parte de esta obra advertirá todo el que tenga práctica de las distintas maneras de Lope, me hace sospechar que éste fundió en una dos obras diversas: que la comedia de su juventud no abrazaba más que lo que indica su título, *El Príncipe de Marruecos*, y que la primera jornada fué añadida muchos años después, y es acaso principio de otra comedia que Lope no llegó á terminar. Sólo con esta hipótesis se explica el que repitiese una misma batalla, primero en acción y luego en narración.

A pesar de tan absurda trama, este poema dramático tiene bellezas parciales que hacen tolerable su lectura. Las escenas de la romería de la Virgen de la Cabeza en Andújar (acto segundo) son un delicioso cuadro de *género*, con todo el hechizo

del naturalismo poético y popular, en que Lope se aventajaba siempre. Hay trozos picarescos de una gracia y lozanía de expresión insuperables; por ejemplo, las lamentaciones del villano á quien unos ladrones roban su asno, dejándole montado sobre la albarda. Adviértase que no puede haber aquí imitación ni reminiscencia del robo del rucio, porque esta comedia es anterior al *Quijote* en diez años. El movimiento fácil de las figuras, el nutrido gracejo y la rapidez del diálogo, la mezcla feliz del elemento lírico y musical (1), la alegría y animación del conjunto, nos hacen asistir á la fiesta como si la tuviésemos delante de los ojos, y viéramos las danzas de gitanos y las pendencias de jugadores, y oyéramos el són de las guitarras y adufes, y el chirrido de los carros, y aspirásemos el pesado olor de las tiendas de los buñoleros moriscos.

La parte que podemos llamar *épica*, es decir, toda la jornada primera, en que se trata de la catástrofe del rey D. Sebastián, forma singular contraste con este regocijado episodio por la gravedad histórica y el nervio de la expresión. No es decir que Lope se penetrase enteramente de la trágica poesía de su argumento: sólo Herrera fué digno intérprete de ella en su canción elegiaca, tan solemne y melancólica, tan profundamente sentida, que sólo en las lamentaciones de los profetas de Israel pudo hallar adecuado modelo. Pero si en la esfera de la poesía lírica triunfa sin rival aquella canción, hermana gemela del himno triunfal de Lepanto, y aun superior á él en opinión de muchos, no hay duda que nuestro dramaturgo dejó

---

(1) Hay varios cantarcillos de tono popular:

Á la Virgen bella
Rosas y flores,
De Jaén y Andújar
Los labradores.....
. . . .
Virgen pura, estrella,
Norte de la mar,
Llevadme á la orilla,
Que me voy á anegar.....
. . . .
La Virgen de la Cabeza,
¡Quién como ella!.....

Es singular que el historiador de Andújar, D. Antonio Terrones, no mencione para nada, en el largo capítulo que dedica á la ermita de Nuestra Señora de la Cabeza y á sus milagros, éste, en que Lope insiste tanto, de haber empezado allí la conversión del Príncipe mahometano, que va á la romería con intento de burlarse de ella y sale de allí catecúmeno. Véase el libro titulado *Vida, Martyrio, Translacion y Milagros de San Euphrasio Obispo, y Patron de Andujar. Origen, Antigüedad y excelencias desta ciudad, Privilegios de que goza, y varones insignes en santidad, letras y armas que á* (sic) *tenido. Ilustrado todo de varia erudicion, y buenas letras por Don Antonio Terrones de Robres, veintiquatro de la misma ciudad. Con privilegio, en Granada en la Emprenta Real por Francisco Sanchez, año de* 1657.—4.º

Capítulo XXVI. «Aparecese la Sacratissima Virgen María de la Cabeza á un Pastor, y milagros que Dios obra por su intercession en su santa casa.» (Páginas 176-182.)

á larga distancia á todos los poetas portugueses que con flacas fuerzas acometieron este argumento, especialmente á Luis Pereira Brandão, uno de los ingenios que D. Sebastián llevó á Africa para que cantasen sus proezas, y que en el duro cautiverio de Fez comenzó su insoportable *Elegiada* (1), poema épico ó más bien crónica rimada en 18 cantos, tan prosaicos como la prosa más desmayada, sin número, armonía, ni cadencia. Queda memoria de otras dos epopeyas trágicas sobre D. Sebastián: una de Esteban Rodríguez de Castro, otra de Jerónimo Corte-Real; pero si no eran mejores que ésta, no hay que lamentar mucho su pérdida. Mucho más que estos versos de escuela nos interesa la ingenua prosa de la *Miscellánea* de Leitam de Andrade, ó el clásico y luminoso relato de Jerónimo Franchi Conestaggio (fuese ó no testaferro del Conde de Portalegre, como algunos suponen). Este libro, cuya primera edición italiana es de 1585, fué, á mi juicio, el único que Lope tuvo presente (2).

Hay otras dos piezas dramáticas sobre este asunto: una bastante notable, de Luis Vélez de Guevara, desenterrada por Adolfo Schaeffer, de un tomo, sin principio ni fin, de comedias antiguas, que por muy buenos indicios supone anterior á 1620 (3);

---

(1) *Elegiada de Luys Pereyra, dirigida ao Serenissimo Senhor Cardeal Alberto, Archiduque de Austria, Gouernador dos Reynos de Portugal. Impressa por Manoel de Lyra. Anno* 1588. *A requerimento de Francisco de Miranda. Com licença e priuilegio Real.*—8.° 4 + 286 folios. Con poesías laudatorias de Pero d'Andrade Caminha, Jerónymo Corte Real y Diego Bernardes.—Segunda edición con el título de *Jornada da Africa, poema* (Lisboa, 1785).

Una parte, por lo menos, de este poema, fué traducida al castellano, y Salvá poseyó un fragmento manuscrito de esta versión (núm. 862 de su *Catálogo*).

(2) *Dell' vnione del Regno di Portogallo alla Corona di Castiglia. Istoria del Sig. Ieronimo de Franchi Conestaggio Gentilhuomo Genovese. In Genova. Appresso Girolamo Bartoli*, 1585.—4.°, 12 hojas preliminares, sin foliar, y 264 páginas.

—*Historia de la vnion del reyno de Portvgal a la Corona de Castilla: de Geronimo de Franchi Conestagio. Traduzida de lengua italiana en nuestra vulgar Castellana por el Dotor Luys de Bauia. Barcelona, Sebastian de Cormellas*, 1610.—4.° Cuatro hojas preliminares + 227 folios, y uno más con las señas de la impresión.

Para las noticias genealógicas sobre los Reyes de Marruecos hubo de valerse Lope de Vega de cierta historia de los Jarifes, que expresamente menciona:

BELARDO.

Yo he leido las historias
Destos jarifes, y estoy,
Gaseno, á fe de quien soy,
Aficionado á sus glorias.
Fueron grandes caballeros,
Fueron notables soldados.....

Esta historia no puede ser otra que la *Relacion del origen y svccesso de los Xarifes, y del estado de los Reinos de Marruecos, Fez, Tarudãte y los demás que tienen usurpados. Compuesta por Diego de Torres. Sevilla, Francisco Pérez*, 1586.—4.°

(3) *Ocho comedias desconocidas de don Guillem de Castro, del Licenciado Damian Salustio del Poyo, y de Luis de Guevara*, etc., *tomadas de un libro antiguo de comedias nuevamente hallado y dadas á luz por Adolf Schaeffer*. Leipzig, Brockhaus, 1887. Tomo II, págs. 153-217.

y otra de D. Francisco de Villegas, *El Rey Don Sebastián y Portugués más heroico*, que se funda en la de Guevara más bien que en la de Lope, y está inserta en la Parte 19 de *Comedias nuevas escogidas* (1662) (1).

La comedia de Calderón *El Gran Príncipe de Fez D. Baltasar de Loyola* tiene distinto protagonista que ésta de Lope, pero trata como ella de la conversión de un príncipe marroquí, que abraza el cristianismo y entra en la Compañía de Jesús. El drama de Calderón (que puede considerarse como un homenaje á los Padres de la Compañía, sus antiguos maestros) es esencialmente teológico, y tiene muchas escenas con personajes alegóricos. En Lope hay una sola de este carácter, en que la *Ley evangélica* y la *Secta africana* se disputan la posesión del Príncipe. Sin duda Calderón la tuvo presente, pero, siguiendo la inclinación de su genio conceptuoso y sutil, dió mucho más desarrollo á esta controversia.

XV.—EL ALCALDE DE ZALAMEA.

La primera mención de un *Alcalde de Zalamea* compuesto por Lope se halla en el *Catálogo* de D. Vicente García de la Huerta (1785); pero nadie fijó la consideración en ella, por entender, sin duda, que se trataba del famoso drama de Calderón del mismo título, y que su atribución á Lope era uno de tantos errores y confusiones de Huerta (2). Valentín Schmidt, el más diligente de los comentadores de Calderón, tampoco tuvo más noticia que ésta. El descubrimiento de la comedia de Lope se debe á D. Agustín Durán, que poseyó el manuscrito que hoy existe en la Biblioteca Nacional, y se le franqueó generosamente, lo mismo que el resto de su colección dramática, al conde Adolfo Federico de Schack para redactar el *Apéndice* que en 1854 añadió á su *Historia del Teatro español*, publicada en 1845. Schack fué el primero que habló de *El Alcalde* de Lope con conocimiento de causa, aunque demasiado rápidamente y llegando á una conclusión exagerada: «En *El Alcalde de Zalamea* (dice) aprovechó Calderón una comedia del mismo título de Lope, *apropiándose la traza entera de la fábula, los caracteres de los personajes y las escenas más interesantes; de suerte que sólo la dicción poética puede llamarse propiedad suya* (3). En los catálogos de Chorley y Barrera se anunció la existencia, no sólo del ejemplar manuscrito de Durán, sino de una edición suelta en la biblioteca

(1) En el *Romancero general* de 1604, y en el de Durán (números 1.245-1.247), hay tres romances artísticos sobre la jornada de Alcazarquivir. En dos de ellos se repite el tema del célebre romance de la batalla de Aljubarrota: «Si el caballo vos han muerto.....»

(2) *Catalogo alphabético de las Comedias, Tragedias, Autos, Zarzuelas, Entremeses y otras obras correspondientes al Theatro Hespañol. En Madrid. En la Imprenta Real.* 1785.—8.°

(3) *Geschichte der dramatischen Literatur und Kunst in Spanien. Von Adolph Friedrich von Schack. Zweite, mit Nachträgen vermehrte, Ausgabe. Frankfurt am Main*, 1854. (Página 85 del Apéndice.)

de lord Holland, y el mismo Chorley, insigne colector y bibliógrafo de las obras teatrales de Lope, llegó á adquirir otra suelta que se conserva hoy en el Museo Británico.

Adquirida por nuestro Gobierno la colección de Durán en 1863, se apresuró el ilustre director de la Biblioteca Nacional, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, á dar cuenta de aquel espléndido ingreso, en la Memoria inaugural leída en junta pública el 20 de Enero del año siguiente, fijándose muy especialmente en esta comedia, haciendo de ella un minucioso análisis, con inserción de varios trozos, y una comparación discreta y luminosa con el drama calderoniano. Dada la singular pericia del crítico y el delicado sentimiento que tenía del arte dramático, en que tanto sobresalió, no hay que decir que su estudio fué magistral, y aun pudiera tenerse por definitivo si en algún caso el excesivo celo por la gloria de Calderón no le hubiera llevado á rebajar en demasía la importancia de la obra de su predecesor, sin la cual el inmortal y definitivo *Alcalde de Zalamea* no existiría (1).

El manuscrito de Durán, que se halla encuadernado con otras nueve comedias, todas de Lope ó atribuídas á él y todas muy raras, es copia de letra moderna de un impreso que perteneció al médico D. Manuel Casal, festivo versificador, más generalmente conocido por su seudónimo de *D. Lucas Alemán y Aguado*, con el cual ya ejercitaba la pluma en tiempo de Carlos III y continuaba fatigando las prensas en 1832 y aun más adelante. Su colección dramática, que según noticias era riquísima, emigró de España después de la muerte de su dueño, y acaso proceda de ella uno ú otro de los dos ejemplares existentes en Inglaterra. Nada puede afirmarse del de lord Holland, porque, hasta ahora, no ha parecido entre sus libros. El del Museo Británico, que por los indicios tipográficos pareció á Chorley impreso en Sevilla á principios del siglo XVIII, es una edición suelta que no puede identificarse con la que tuvo Casal, pues cotejándola con la copia de Durán, resultan algunas variantes que no parece natural atribuir á descuido ó capricho del amanuense moderno.

Con presencia de ambos textos ha hecho una esmerada reproducción de esta comedia el erudito alemán Máximo Krenkel, bien conocido entre los doctos por su excelente edición crítica de Calderón, interrumpida, por desgracia, en el tercer volumen, que es el que contiene el texto de ambos *Alcaldes*, acompañado de útiles notas y de una apreciable introducción de 134 páginas, en que se dilucidan con sana y abundante doctrina todas las cuestiones relativas á este famoso argumento dramático (2). A esta monografía me remito para todo lo que es propio de Calde-

---

(1) *Memorias leídas en la Biblioteca Nacional en las sesiones públicas de los años* 1863 *y* 1864. Madrid, imprenta de Rivadeneyra, 1871. Páginas 32-47.

(2) *Klassische Bühnedichtungen der Spanier herausgegeben und erklärt von Max Krenkel. III. Calderon. Der Richter von Zalamea nebst dem gleichnamigen Stücke des Lope de Vega. Leipzig, Johann Ambrosius Barth*, 1887.—4.º *El Alcalde de Zalamea* de Lope ocupa la última parte del tomo, págs. 284 á 388.

rón, limitándome aquí á la parte de Lope y procurando no insistir en lo que Krenkel ha dicho perfectamente.

Basta leer *El Alcalde de Zalamea*, ya en el texto de Calderón, ya en el de Lope, para comprender que se trata de un drama profundamente histórico, de una *historia verdadera*, como Calderón la llama. Y esto, no sólo por la intervención de personajes tales como Felipe II y D. Lope de Figueroa, sino por el color y figura de verdad que toda la pieza tiene, y por las precisas circunstancias de lugar y tiempo á que la acción se contrae. Calderón modificó algo, como veremos, el dato primitivo; pero en cuanto á Lope, no tengo duda de que las cosas pasaron tal y como él las representa, y que hubo en Zalamea de la Serena un alcalde como el suyo (llamárase ó no Pedro Crespo), que hizo en vindicación de su honor lo que en la comedia se contiene, acaeciendo esta memorable justicia en los meses que corrieron desde Marzo de 1580 hasta Febrero de 1581, durante la jornada de Felipe II á Extremadura para estar atento á las operaciones del ejército que á las órdenes del Duque de Alba invadió y conquistó á Portugal. Es claro que ni los documentos oficiales ni los historiadores consignan un hecho que les parecería de poca importancia y de interés puramente doméstico; pero hablan, en general, de los desafueros y tropelías de los soldados y de la dureza con que fueron reprimidos, y éste sería uno de tantos casos (1). Cierto es que en ninguna parte consta el nombre del capitán D. Alvaro de Ataide, pero este nombre pertenece exclusivamente á Calderón: los dos capitanes de Lope no tienen apellido, y la más elemental prudencia obligaba á callarle ó desfigurarle en el teatro, para no infamar á sus familias tratándose de un caso tan reciente y lastimoso. En la presencia de D. Lope de Figueroa no hay infracción alguna de la historia. Aquel famoso Maestre de campo no mandaba ninguno de los tercios de infantería que concurrieron á la conquista de Portugal, pero mandaba la escolta de Felipe II cuando entró á tomar posesión del nuevo reino, en 28 de Febrero de 1581. A un poeta dramático no se le puede exigir, aun tratándose de cosas contemporáneas, el mismo rigor cronológico que á un historiador.

Creo, pues, que *El Alcalde de Zalamea* es una anécdota histórica, sin más fuente que la realidad misma, y conceptúo superfluo buscarla ningún origen literario. No lo es, en verdad, pues sólo presenta semejanza muy remota (que Krenkel ha sido el primero en advertir), un cuento de *Il Novellino*, de Masuccio Salernitano, desvergonzadísimo pintor de las costumbres napolitanas en tiempo de la dinastía de Aragón. Floreció Masuccio en la segunda mitad del siglo XV: la primera edi-

---

(1) Basta fijarse en el bando severísimo publicado por Felipe II, en el Campo de Cantillana, el 28 de Junio de 1580, en cuyo art. 3.º se lee: «Que *ningun soldado*, *ni otra persona de cualquier grado ni condicion que sea*, ose ni se atreva de hacer *violencia ninguna de mujeres*, de cualquier calidad que sea, so pena de la vida.»

(Antonio de Herrera, *Cinco libros de la historia de Portugal, y conquista de las Islas de los Azores*..... 1591; págs. 78-81.)

ción de su libro es de 1476. La novela que tiene relación con nuestro asunto es la 47, y está dedicada al primer Duque de Urbino, Federico de Montefeltro (1). Extractaré aquí lo sustancial de esta narración, conservando, en lo que pueda, el singular estilo de su autor.

Dice, pues, Masuccio que «después de haber tornado la rica y poderosísima Barcelona á la obediencia y fidelidad que debía al ínclito rey D. Juan de Aragón (*segundo de este nombre*), su verdadero é indisputable señor, determinó éste rescatar á Perpiñán, ocupada por los franceses, y para esta empresa invocó el auxilio del ilustrísimo Príncipe de Aragón, Rey de Sicilia, su primogénito (*que fué después Fernando el Católico*), el cual, para cumplir el mandato paterno, abandonando las delicias de España y el amor de su joven esposa, emprendió con sus barones y caballeros la jornada. Y pasando por muchas ciudades y fortalezas del reino de Castilla, donde fué alegremente recibido y honrado como señor natural, llegó á Valladolid, donde, no menos por su autoridad que por el enlace que recientemente había contraído, tuvo una entrada triunfal, y fué hospedado en casa de un notable caballero de los principales de la villa, que para honrar como se merecía á tan gran Príncipe, convidó al día siguiente á su casa á la mayor parte de las damas de la ciudad, para que le festejasen con diversos géneros de instrumentos y toda manera de bailes. Brillaron entre estas damas, por lo hermosas y por lo honestas, dos hijas suyas doncellas, que á todas excedían en gentileza. Lo cual fué ocasión de que dos caballeros aragoneses, de los más amados y favorecidos por el excelente señor Rey, se enamoraran ardentísimamente cada uno de ellos de una de estas bellas damiselas, de suerte que en brevísimo tiempo se encontraron engolfados dentro del piélago del amor, y anteponiendo su desordenado querer á todo mandamiento de la razón, tomaron por último partido, aunque la muerte les costase, obtener la victoria de tal empresa; y como para el día siguiente se disponía el Rey á continuar su viaje, determinaron satisfacer la noche siguiente su inicuo y malvado deseo. Y habiendo logrado por extrañas y cautelosas vías entrar en trato con una criada de casa del caballero, la cual tenía por nombre Agnolina, que solía dormir en la propia cámara de las susodichas doncellas, la corrompieron con muchos dones y promesas, como es costumbre en los de allende los montes, y ordenaron con ella cuanto convenía á la ejecución de su designio. Y como quiera que la cámara y ventanas de estas doncellas estaban muy altas respecto de la calle, acordaron valerse de una escala de cuerda, que habían empleado en otras partes para escalar monasterios. Y

---

(1) *Il Novellino di Masuccio Salernitano restituito alla sua antica lezione da Luigi Settembrini. Napoli, presso Antonio Morano.....* 1874.

Página 488: *Novella XLVII. Argomento. Lo signore Re di Sicilia in casa de uno Cavaliero castigliano alloggiato. Dei de' soi più privati Cavalieri con violenza togliono la virginitate a due figliole de l'oste cavaliero: il signor Re con grandissimo rencriscimento sentito, le fa loro per mogli sposare, e a l'onore reparato, vole a la giustizia satisfare, e a'doi soi Cavalieri fa subito la testa tagliare.*

cuando llegó la noche, con el favor de la sobornada sierva, escalaron la ventana de la habitación donde las doncellas se creían tan seguras, y entrando uno tras otro con poca luz, las encontraron en el lecho desnudas, durmiendo con toda quietud, y cumplieron con ellas su perversa, torpe y abominable intención, á pesar de las altísimas voces con que ellas se lamentaban y pedían socorro. Al espantoso rumor acudió su padre, cuando ya los caballeros habían huído; y oyendo de labios de sus hijas la relación del hecho, y viendo la escala todavía apoyada á la ventana, comenzó con ásperas amenazas y tormentos á inquirir de la esclava quiénes habían sido los quebrantadores de su honra y de la honestidad de sus hijas. Ella lo declaró todo, y el viejo con ánimo grande confortó á sus hijas, y tomándolas por la mano se fué con ellas á la cámara del señor Rey, y con fiero dolor le contó el hecho, lamentándose de que sus más íntimos criados hubiesen correspondido de tal modo á las demostraciones de lealtad y amor con que él había recibido al Príncipe. El prudentísimo y sapientísimo Rey, que con pena grande había escuchado al caballero, sintió tal furor é indignación, que poco faltó para que en aquel mismo punto no hiciese morir á sus perversos caballeros; pero refrenando un poco la explosión de su ira, se reservó en lo arcano de su pecho el fiero castigo que en tan áspero y extraño caso se requería; y después de haber consolado al pobre caballero y á sus hijas, deliberó lo primero reparar en cuanto se pudiese la quiebra de su honor. Para lo cual, difiriendo su partida, ordenó con el Potestad *(Gobernador)* que todos los notables de la ciudad, hombres y mujeres, se reuniesen en casa de aquel caballero para una nueva fiesta que allí se iba á celebrar. Llegaron con presteza, y habiéndolos hecho conducir á una gran sala, salió el prudentísimo Rey acompañado de las dos doncellas, y habiendo hecho venir á los dos criminales caballeros, declaró, casi llorando, á todos los presentes el enormísimo caso, para reparación del cual, si bien imperfecta, quería que cada uno de ellos se desposase con la doncella que había violado, y que allí mismo entregasen á cada una 10.000 florines de oro á título de dote. Convertido súbitamente en tanta alegría el pasado terror, tornó á proseguirse la fiesta con duplicado regocijo, y el contento de todos fué mayor cuando vieron que el Rey salía á la plaza mayor. Y allí, en presencia de todos los nobles y del pueblo, después que los heraldos impusieron silencio á la muchedumbre, habló de esta manera: «Señores míos, paréceme haber aplicado en la pequeña parte que estaba á mi al»cance los oportunos remedios que en tan fatal y lastimoso extremo pensé que po»dían convenir al honor de este buen caballero, huésped mío, y de sus hijas, de lo »cual todos y cada uno de vosotros podéis en lo venidero dar testimonio. Ahora »quiero satisfacer enteramente á la justicia, á la cual primero y más que á ninguna »otra cosa estoy obligado, pues preferiría morir antes que faltar á ella en ninguno »de mis actos. Por lo cual han de llevar todos con paciencia lo que yo, con el más »grande dolor que en mi corazón he sentido nunca, voy á hacer ahora para desli»garme de tan justa obligación.» Y dicho esto, sin otra forma de juicio, mandó traer dos vestiduras negras que arrastraban hasta el suelo, y haciéndoselas vestir á los dos caballeros, ordenó que en el instante mismo, y ante aquel tan numeroso y lucido

concurso, fuesen ambos degollados. Y así se hizo, no sin llanto general de los ciudadanos, los cuales procuraron que se diese á los caballeros honrada sepultura. El Rey dispuso que todos sus bienes muebles é inmuebles pasasen á las doncellas, ya viudas, y que fuesen casadas nuevamente con dos de los más nobles ciudadanos. De este modo acabó aquella fiesta, tantas veces interrumpida por tan tristes y alegres casos. El Rey partió de Valladolid con la estimación de ser el único príncipe virtuoso y liberal de nuestro siglo.»

Repasando atentamente esta historia, cualquiera echa de ver que no coincide con el argumento de *El Alcalde de Zalamea*, sino con el desenlace de *El mejor Alcalde el Rey*. Lo que hace Fernando *el Católico* en el cuento, hace el emperador Alfonso VII en la comedia:

Da, Tello, á Elvira la mano
Para que pagues la ofensa
Con ser su esposo; y después
Que te corten la cabeza,
Podrá casarse con Sancho,
Con la mitad de tu hacienda
En dote.....

Y es claro que este argumento no le tomó Lope de Masuccio, sino de la cuarta parte de la *Crónica general*, como al fin de la comedia se advierte.

Respecto de *El Alcalde de Zalamea*, no puede verse otra semejanza que la violación de las dos doncellas (que Calderón redujo á una sola) y el castigo impuesto á los bárbaros capitanes. Pero como el vengador moral de la ley es aquí el Rey, y no el padre ni el juez, falta en el cuento de Masuccio todo lo que constituye la mayor originalidad y belleza de *El Alcalde*, así en Lope como en Calderón, es decir, el carácter de magistrado popular que tiene y ejercita el padre ofendido.

Esparcidos en otras obras de Lope están casi todos los elementos que reunió en *El Alcalde de Zalamea*. Pedro Crespo, en su condición de villano sagaz, sentencioso y enérgico, es próximo pariente de Juan Labrador (*El Villano en su rincón*), de Mendo (*El Cuerdo en su casa*), de *Peribáñez*, de Esteban el de *Fuente Ovejuna*; y aun este último es alcalde, para que todavía resalte más el aire de familia. El carácter tradicional de D. Lope de Figueroa (cuya historia militar es inútil resumir aquí, puesto que ya Krenkel ha trazado su biografía con gran lujo de noticias) está bosquejado en *El Asalto de Mastrique*, y recibe ahora su perfección y complemento. De aquí pasó, no sólo al segundo *Alcalde de Zalamea*, sino á otra comedia de Calderón, *Amar después de la muerte*, y á *El Defensor del Peñón*, de D. Juan Bautista Diamante, y á otras varias comedias de nuestro antiguo repertorio en que aparece más ó menos episódicamente tan famoso personaje.

El primitivo *Alcalde de Zalamea* es, sin duda, una de las piezas más desiguales del inmenso Teatro de Lope; circunstancia que, á la vez que justifica el hecho de la refundición, coronada por la gloria, hace más excusable el olvido en que llegó á caer la obra primitiva, hasta convertirse en una curiosidad bibliográfica, no exhumada

hasta nuestros días. Pero hubo mucho de injusto en este olvido, y la crítica, imparcial y justiciera, debe dar á cada uno lo suyo, reconociendo y estimando en su altísimo valor los elementos que Calderón encontró en la comedia, algo defectuosa y atropellada, de su inmortal predecesor. Lo que Calderón debe á Lope en *El Alcalde de Zalamea* no es cualquier cosa accidental ó secundaria, sino la idea poética fundamental, el conflicto dramático, el plan, los principales personajes, las situaciones culminantes, y, además, algunos versos enteros y una porción de frases literalmente copiadas. Que todo lo enmendó y mejoró no tiene duda, ni podía esperarse otra cosa de un poeta de su talla que se pone á refundir una obra ajena; pero *facilius est inventis addere*, y el mérito de la invención nadie se le puede quitar á Lope, como mostrará el breve análisis siguiente.

Pedro Crespo, labrador de Zalamea, tiene dos hijas solteras que por la noche hablan desde las rejas con el capitán D. Diego y su hermano D. Juan, pertenecientes á un tercio que se encuentra alojado en la villa de Zalamea. Precisamente por los mismos días el vecindario de Zalamea pone la vara de alcalde en manos de Pedro Crespo, el cual la acepta después de repetidas excusas, mostrando desde el principio de su gobierno aquella mezcla de honrada altivez, de espíritu justiciero, de candor rústico y de maliciosa ingenuidad, que son las principales notas de su carácter, tal como Lope le ha concebido y desarrollado en una serie de escenas que tienen mucho de cómicas y ofrecen no leves puntos de semejanza con las del gobierno de Sancho en su ínsula. Pero pronto más graves asuntos ponen á prueba el claro discurso y el recio temple de alma de Pedro Crespo. Cae en sus manos un papel en que los capitanes rondadores de sus hijas anuncian su propósito de sacarlas de noche engañadas con palabra y cédula de matrimonio. El Alcalde trata de evitarlo previniendo de un modo indirecto á sus hijas contra el peligro que las amaga de parte de quienes, *en viéndolas sin honra, han de publicallo á gritos*. Pero todo en balde: las doncellas emprenden la fuga, cayendo, afortunadamente, en manos de su padre y de un criado suyo que estaban emboscados, y que logran salvarlas de las garras de sus robadores, haciendo prisionero en la refriega á un sargento que acompaña á los capitanes y que viene á ser el *miles gloriosus* de la pieza.

Hasta aquí el primer acto. En el segundo aparece D. Lope de Figueroa, tan brusco y honrado como siempre, jurando y perjurando, lastimado por los dolores de la gota. El conflicto con el Alcalde es el mismo que en la obra calderoniana, aunque no se condensa en rasgos tan enérgicos. También es idéntico en sustancia el resto de la acción. Las dos hijas de Pedro Crespo llegan, al fin, á huir con sus seductores, que las abandonan después de violarlas. Su padre, que en vano ha corrido á detenerlas, cae en manos de una partida de soldados que le atan á un árbol. Allí, para complemento de su desgracia, ve pasar á sus hijas, que, temerosas de su venganza, no se atreven á desatarle. Y allí permanece hasta que un fiel criado suyo llega y rompe sus ligaduras.

Entretanto, los capitanes que habían arrebatado la honra á las hijas del Alcalde, se entregaban al merodeo en el término de Zalamea, cometiendo mil desafueros y

tropelías. El Alcalde logra sorprenderlos una noche, los pone en prisiones, recibe de sus dos hijas las cédulas de matrimonio que ellos habían firmado, y comienza por hacerlos casar antes que apunte la aurora del día siguiente. Hay en el diálogo momentos muy felices:

ALCALDE.
¿Sabéis lo que me debéis?
DON JUAN.
Sí sabemos: ¿qué queréis?
ALCALDE.
Quiero que en saliendo el día
Con mis hijas os caséis.
DON DIEGO.
Es nuestra sangre muy clara.
ALCALDE.
Pues si es clara, bueno fuera
Que primero se mirara
Porque no se obscureciera.
. . . .
DON DIEGO.
Cualquiera humilde partido,
Rendidos á vuestros pies,
Damos por bien recibido;
Pero ¿qué ha de ser después?
ALCALDE.
Lo que Dios fuere servido.

Al día siguiente llega á Zalamea Felipe II de jornada para Portugal; y sabedor de la prisión de los capitanes, pregunta por ellos al Alcalde, y exige verlos. El Alcalde contesta con su habitual laconismo, no sin mezcla de socarronería:

ALCALDE.
¿Enfadaráse ¡pardiez!
Conmigo cuando los vea?
REY.
¿Enfadarme yo? ¿Por qué?
ALCALDE.
Porque, siendo el juez mayor,
No os hice á vos el jüez;
Mas yo, como Dios me ayuda,
Hice lo que supe hacer.
Descubrid ese balcón:
Aquí mis yernos veréis.
. . . .

Y, efectivamente, los ve, pero ahorcados.

El diálogo continúa con la misma sublime rapidez:

REY.

¡Válgame Dios! ¿Qué habéis hecho?

ALCALDE.

¡Pardiez, hice lo que ve!

REY.

¿No era más justo casallos?

ALCALDE.

Sí, señor; ya los casé
Como la Iglesia lo manda,
Pero ahorquélos después.

REY.

Pues para haber de ahorcallos,
¿Por qué los casasteis?

ALCALDE.

Fué
Porque ellas quedaran viudas
Y no rameras.....
. . . .
Forzar doncellas, ¿no es causa
Digna de muerte?

REY.

Sí es;
Pero si son caballeros,
Era justo ver también
Que habíais de degollarlos,
Ya que os hicisteis su juez.

ALCALDE.

Señor, como por acá
Viven los hidalgos bien,
No ha aprendido á degollar
El verdugo.....

Estos últimos versos han pasado íntegros á la obra de Calderón, el cual, como se ve, debe á Lope algo más que materiales informes. El desenlace tampoco difiere mucho. El Rey aprueba lo hecho: las hijas de Pedro Crespo van á un convento, y él queda por Alcalde perpetuo de Zalamea.

Las imitaciones de detalle son tan frecuentes, que sería preciso llenar algunas páginas con el cotejo; tarea, por otra parte, inútil, puesto que ya la realizó Krenkel. Me limitaré á copiar muy pocas frases:

LOPE DE VEGA.

El Maese de campo es un demonio,
Y es medio renegado si se enoja.

CALDERÓN.

Es el cabo desta gente
Don Lope de Figueroa,
Que si tiene tanta loa
De animoso y de valiente,
La tiene tambien de ser
El hombre más desalmado,
Jurador y *renegado*
Del mundo.....

LOPE DE VEGA.

¿Hay desvergüenza mayor
Que la que tiene el villano?

—¡.....! ¡Pese á la pierna,
No viniera un demonio y la llevara!

—¿Mejoró ya de la pierna?
—En mi vida estaré bueno.
¡Ofrézcola á Bercebú!.....

..... Echad un bando,
Que no parezca en el pueblo
Hoy, so pena de la vida,
Ningún soldado.....

Puesto os han infames lazos,
Porque nuestra infamia vean
Vuestros ojos, sin que sean
Furioso estorbo los brazos.
Temiendo que no nos deis
La muerte, os habrán atado.
. . . .
Perdonad, que estáis de suerte
Ofendido, y con razón,
Que si rompo la prisión
Me he de condenar á muerte.

Á vos, por lo bien que hacéis
Vuestro oficio, os hago alcalde
Perpetuo.....
—Pues con esto, señor, ven,
Dando fin á la comedia,
Pues precias tan justo juez.

CALDERÓN.

La desvergüenza es mayor
Que se puede imaginar.....

¿No me basta haber subido
Hasta aquí con el dolor
Desta pierna, que los diablos
Llevaran, amén?.....

Nunca acá venga,
Sino que dos mil demonios
Carguen conmigo y con ella.....

¡Hola! Echa un bando, tambor,
Que al cuerpo de guardia vayan
Los soldados cuantos son,
Y que no salga ninguno,
Pena de muerte, en todo hoy.....

No me atrevo, que si quitan
Los lazos que te aprisionan,
Una vez las manos mías,
No me atreveré, señor,
Á contarte mis desdichas,
Á referirte mis penas;
Porque si una vez te miras
Con manos y sin honor,
Me darán muerte tus iras.....
. . . .

Vos, por alcalde perpetuo
De aquesta villa os quedad.
—Solo vos á la justicia
Tanto supisteis honrar.
. . . .

Todo esto y mucho más que aquí se omite, está, no sólo imitado, sino literalmente calcaldo sobre este primer bosquejo del grandioso drama *municipal* que hoy admiramos. Tal como se lee en el único texto conservado (pues en sustancia son uno mismo el de la Biblioteca Nacional y el del Museo Británico), la obra de Lope parece haber sufrido mucho en manos de copistas y refundidores antes de llegar á las de Calderón. Hartzenbusch hizo notar que los actos segundo y tercero abundan en largos romances, bastante ajenos de la manera de Lope, el cual en sus obras dramáticas hacía constante alarde de mucha riqueza de metros y combinaciones. De aquí

deducía aquel inolvidable poeta y erudito, que la de Calderón era ya, por lo menos, tercera refundición, lo cual es indicio claro de la belleza y popularidad del tema. Con nombre de Rojas, y con el título algo extraño de *El garrote más bien dado*, hállase también, en impresiones sueltas y descuidadas, una comedia del Alcalde de Zalamea, pero ésta es la misma de Calderón, con variantes levísimas, originadas sin duda alguna de incuria de los editores. Por otra parte, nadie ha de sentirse tentado á atribuir á Rojas la paternidad de obra tan bella, cuando vemos que el mismo Calderón la reconoce por suya en la lista de sus comedias que envió al Duque de Veragua. Es cierto que no se parece á ninguna de las demás que compuso; es una excepción en su Teatro; pero conocido ya su origen, á nadie puede sorprender esta diferencia.

Cuantas innovaciones introdujo Calderón en la obra que refundía ó imitaba, otras tantas fueron felicísimas y magistrales. Redujo á una sola las dos doncellas violadas, y á uno solo también los dos capitanes, evitando así que el interés se dividiese, y sustituyendo á estos cuatro personajes, que en Lope son débiles y descoloridos, dos figuras que, si no alcanzan la talla gigantesca de Pedro Crespo ó de D. Lope de Figueroa, tienen, no obstante, en cuanto dicen y hacen, alma y acento propio. Tomó de Lope el asombroso tipo del Alcalde, pero reforzando la parte noble y elevada de su carácter y borrando algunas incongruencias cómicas que en nuestro autor le deslucen. Dejó intacto el de D. Lope de Figueroa, pero también derramó en él algunas gotas de idealismo, suavizó un poco su aspereza y le dió mayor intervención en la fábula. Creó el tipo episódico, pero en su línea perfecto, del hidalgo pobre, y sacó, por último, del limbo de la obscuridad, de la muchedumbre soldadesca, anónima y mal definida, que anda en la comedia de Lope, los tipos rápidamente esbozados, pero inolvidables, de Rebolledo y la Chispa. Verdad es que otras comedias históricas de Lope están llenas de personajes de la misma especie, y no se necesitaba grande esfuerzo para trasladarlos á ésta.

Todavía fueron más trascendentales, aunque á primera vista de menos bulto, las enmiendas que hizo Calderón en el plan de Lope. Las principales resultaron de la modificación feliz introducida en el carácter de la protagonista, que, en vez de liviana y antojadiza como las dos malandantes doncellas de Lope, es un dechado de honestidad y de modestia. Por esta vez guió bien á Calderón su concepto enteramente idealista de la virtud y pureza femeninas; concepto que, llevado hasta la exageración en sus comedias *de capa y espada*, dió á todas un tinte de uniformidad, bien lejana de aquella variedad prodigiosa, y tan finamente observada, de las mujeres de Lope.

La pureza del tipo femenil concebido por Calderón excluía toda complicidad por parte de Isabel en el proyecto de rapto. Es más: sólo por un concurso de circunstancias, no dependientes de la voluntad de la honestísima doncella, podía aquél consumarse. Así la vemos, desde las primeras escenas, retraerse con su prima Inés á las habitaciones más altas de la casa, mientras en ella se alojan los soldados. Obedece en ello la voluntad paterna, pero todavía obedece más á su propio instinto de

paloma tímida y á cierto vago presentimiento de su futura desgracia. Cuando el capitán oye de labios del sargento encomios repetidos de la hermosura de aquella labradora, tiénela al principio en poco; pero luego la ausencia despierta en él la curiosidad, la privación sirve de acicate al apetito:

Y sólo porque el viejo la ha guardado,
Deseo ¡vive Dios! de entrar me ha dado
Donde ella está.....

Para entrar en su habitación finge quimera con un soldado, y logra verla y hablarla. Sobrevienen Pedro Crespo y su hijo, mozo arriscado y de grandes alientos, uno de los personajes nuevos de la obra de Calderón. Padre é hijo caen en la cuenta, pero cada cual obra según su carácter: el padre con reconcentrado disimulo, el joven con braveza impetuosa:

JUAN.
Y yo sufriré á mi padre,
Mas á otra persona no.
CAPITÁN.
¿Qué habías de hacer?
JUAN.
Perder
La vida por la opinión.
CAPITÁN.
¿Qué opinión tiene un villano?
JUAN.
Aquella misma que vos:
Que no hubiera un capitán
Si no hubiera un labrador.

Nada hay que decir de D. Lope de Figueroa, porque vivo y presente está en la memoria de todos el jurador impenitente, el veterano bravío, el justiciero inexorable, el león abrumado, pero no rendido, por el peso de los años y de las dolencias; la personificación, en suma, más hermosa, brillante y simpática del caudillo español del siglo XVI, terror de Flandes, de Italia y de Alemania. Lucha en él la soberbia de clase y de oficio militar con un poderoso y arraigado sentimiento de la justicia. Hay pocas escenas tan admirables en el Teatro de Calderón como aquellas en que D. Lope, en duelo colosal de soberbia á soberbia, de aspereza á aspereza, de orgullo á orgullo, siente doblegarse y rendirse su indómita condición ante la condición más férrea y más indómita todavía de Pedro Crespo, ó más bien ante la razón que habla por su boca, y que al fin y al cabo no puede menos de hacer mella en el alma hermosísima y generosa de D. Lope, alma de oro bajo sus rudas y brutales apariencias. Los dos adversarios son dignos el uno del otro, y la admiración del lector y del espectador no sabe á quién atender primero, si al Maestre de campo ó al villano.

Y ¿qué diremos de las bellas escenas del acto segundo: de las intimidades de don

Lope (ya amansado) con Pedro Crespo y con los suyos: de la partida del hijo del labrador para el ejército, adonde le llevan su afición y el estímulo de D. Lope; escena que rebosa de poesía, á un tiempo suave y austera, melancólica y varonil, realzada por los consejos del padre y el llanto de la hermana? Todas estas bellezas son novedades introducidas por Calderón, aunque entren en el género habitual de Lope mucho más que en el suyo. Imitando á Lope, se empapó en su espíritu, se asimiló su fuerza poética sin renunciar á la suya propia, y de la fusión de las cualidades características de uno y otro resultó una obra casi perfecta.

Las escenas siguientes, es decir, las del rapto, se parecen mucho á las de la comedia primitiva, salvo la diferencia capitalísima de la resistencia de la forzada Isabel, y salvo otras enmiendas, todas de admirable efecto escénico. Pedro Crespo queda atado á un árbol como en el drama de Lope, pero no es su criado quien le desata, sino su propia hija. Esta situación raya en lo más encumbrado de la sublimidad trágica. ¡Lástima que Calderón, dejándose arrastrar aquí de su gusto habitual por todo lo enfático y conceptuoso, y apartándose de la vigorosa y realista sencillez con que todo lo restante de su *Alcalde* está escrito, haya estropeado situación tan soberanamente concebida, poniendo en boca de Isabel una interminable relación de cerca de doscientos versos, de lirismo tan inoportuno como barroco! ¡Cuánto habría acertado reduciéndola á las últimas palabras, únicas propias y dignas de tal poeta y de tan lastimero caso:

Tu hija soy, sin honra estoy,
Y tú libre; solicita
Con mi muerte tu alabanza,
Para que de ti se diga
Que por dar vida á tu honor
Diste la muerte á tu hija.

A Lope de Vega pertenece, con pleno y perfectísimo derecho, la idea genial de haber juntado en la misma mano el hierro del vengador y la vara de la justicia. Pero Calderón ha ahondado más, y ha sabido encontrar en el alma del terrible Alcalde, juntamente con los furores del pundonor ultrajador y vindicativo, un manantial dulcísimo de afectos nobles y humanos. Antes de proceder como juez, el Alcalde de Zalamea procede como padre: insta, llora, suplica, ofrece de rodillas al capitán D. Alvaro toda su hacienda si consiente en casarse con su hija, reparando el ultraje que la hizo. ¡Cuán lejanos estamos de aquella sutil casuística de la honra, de aquel discreteo metafísico, con que la idea del honor anda envuelta y empañada en casi todos los dramas de Calderón! Aquí, por el contrario, ¡cuán limpia y radiante aparece! ¡Cómo simpatizamos con las lágrimas y con los ruegos de aquel hombre, tanto más sublime, cuanto más plebeyo! No nos encontramos aquí en presencia de un convencionalismo más ó menos poético. Son afectos de todos los tiempos, algo que seguirá conmoviendo todas las fibras del corazón, mientras no se pierda el último resto de dignidad humana. La obra maestra de Calderón como poeta dramá-

tico, no de una época ni de una raza, sino de los que merecen ser universales y eternos, es, sin duda, ese diálogo entre el Alcalde y el Capitán, desde que aquél arrima la vara hasta que vuelve á empuñarla y manda poner en grillos al Capitán y llevarle á las casas del Concejo. Un crítico alemán, Klein, ha llamado á esta escena *el canon de Policleto de la belleza dramática*.

El triunfo de la justicia concejil, en Calderón, como en Lope, recibe al fin del drama la sanción regia del prudentísimo Felipe II. ¿Hay en todo esto un pensamiento simbólico? ¿Era *El Alcalde de Zalamea* para sus contemporáneos, como parece serlo para los nuestros, la encarnación de la libertad municipal castellana, en lucha con el fuero privilegiado de la nobleza y de la milicia? ¿Podemos dar á este drama doméstico un verdadero alcance político y aun revolucionario?

Hay, á nuestro entender, en el fondo de toda obra artística de primer orden, una multitud de gérmenes de ideas que, en su expresión abstracta y general, quizá no atravesaron nunca la mente del poeta, pero que yacen real y verdaderamente en su obra bajo formas concretas y palpables, como yacen en el fondo mismo de la vida, de la cual es idealizado trasunto toda obra dramática digna de este nombre. Y cuanto más compleja y rica sea la realidad que en la obra de arte se manifiesta, tanto mayor será el número de ideas que, merced á ella, se revelen y hagan patentes á los ojos de los lectores. No pensaron ni Lope ni Calderón en hacer la apoteosis del municipio castellano, pero en sus fábulas adivinamos lo que tal institución fué en esencia y en espíritu, todavía mejor que con la lectura de los fueros y cartas pueblas. *Peribáñez*, *Fuente Ovejuna*, *Los Jueces de Castilla*, *El Alcalde de Zalamea* (por no citar más comedias que éstas) nos prueban, mejor que lo harían doctas disertaciones, cuánta era la vitalidad que el recuerdo de nuestras instituciones y de nuestros magistrados concejiles conservaba en pleno siglo XVII, triunfante ya en Europa el régimen de las monarquías absolutas. No se escribió *El Alcalde de Zalamea* en son de protesta; pero leído ó visto representar hoy, no es maravilla que á algunos parezca una especie de desquite tardío de Villalar.

Las sucesivas vicisitudes de este drama, sus numerosas imitaciones y traducciones en todas lenguas, los fallos críticos que sobre él han recaído, es materia que corresponde ya á la historia literaria de Calderón, y no á la de Lope, puesto que la refundición enterró el original. Al desenterrarle hoy por tercera vez (dado que la edición de Krenkel apenas ha circulado en España, y del discurso de Hartzenbusch pocos guardan memoria), no me propongo entablar una competencia imposible ni arrancar una sola hoja del laurel con que los siglos han coronado al triunfante imitador: me limito á observar que nunca fué Calderón tan grande como cuando siguió paso á paso las huellas de Lope en una de sus obras más imperfectas, llevando la imitación hasta el extremo de que mucho de lo añadido por él parece de Lope más que suyo.

XV.—ARAUCO DOMADO.

Publicada en la Parte 20 de las comedias de Lope (1625).

Debió de ser compuesta poco antes, y aun puede conjeturarse la ocasión que Lope tuvo para escribirla, tributando este homenaje á la familia de los Marqueses de Cañete, que contaba entre sus principales timbres las hazañas del famoso Gobernador y Capitán general de Chile, D. García Hurtado de Mendoza.

Es sabido que en *La Araucana* el caudillo de la expedición aparece envuelto en una celosa penumbra, á pesar de los indudables méritos de sus campañas y de su gobierno. De esta manera había castigado Ercilla, con preterición menos injusta que desdeñosa, al violento y arrebatado mozo que por el lance de la Imperial había querido llevarle al patíbulo, juntamente con su contrario D. Juan de Pineda. Pero no habían de faltar á tan poderoso magnate como D. García celosos panegiristas de sus hechos, que en prosa y en verso volviesen por su fama y quemasen en sus aras todos los perfumes de la lisonja. Él mismo tampoco se descuidaba en buscar y alentar á los ingenios que en tal labor quisieran emplearse, temeroso, y con razón, de que la voz de tan gran poeta como Ercilla llegase, con alguna mengua de su crédito militar y político, á la posteridad más remota, por aquel formidable privilegio que tienen los poetas de eternizar la gloria ó el desdoro de los personajes que suenan en su canto. Así nacieron historias panegíricas como la muy elegante y artificiosa del Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa, *Hechos de Don García Hurtado de Mendoza, cuarto Marqués de Cañete* (1). Así obras dramáticas, todavía más aptas para hacer popular una versión contraria; y se escribieron sucesivamente la comedia de nueve ingenios, que lleva por título *Algunas hazañas de las muchas de Don García Hurtado de Mendoza* (2); el presente *Arauco domado*, de Lope de Vega; *El Gobernador prudente*, de Gaspar de Avila (3); *Los Españoles en Chile*, de Francisco González de Bustos (4); sin contar con *La Belígera española*, de Ricardo del Turia, que celebra el heroísmo de D.ª Mencía de Nidos en el asalto de Concepción (5).

La comedia de los nueve autores merece particular atención por haber precedido

(1) *Hechos de Don Garcia Hurtado de Mendoza, Quarto Marques de Cañete. Por el Doctor Christoval Suarez de Figueroa. Madrid, Imprenta Real*, M. DC. XIII (1613).—4.º

(2) *Algvnas Hazañas de las Muchas de Don Garcia Hurtado de Mendoça, Marqués de Cañete. A Don Jvan Andres Hvrtado de Mendoça, su hijo, Marqués de Cañete..... Por Luis de Belmonte Bermudez. En Madrid, Por Diego Flamenco. Año* 1622.—4.º, de 74 hojas, inclusas las de preliminares, sin foliar.

(3) Incluída en la Parte 21 de *Comedias nuevas escogidas* (Madrid, 1663).

(4) En la Parte 22 de la misma colección (1665).

(5) En el *Norte de la poesía castellana, ilustrado del sol de doce comedias* (segundo tomo de poetas valencianos). Valencia, 1616: por Felipe Mey.

en tres años á la de Lope, que seguramente fué escrita en victoriosa competencia con ella. A la verdad, no era difícil triunfar de tal esperpento, aunque fuesen poetas de valía algunos de los que tuvieron la idea de tan extraña asociación y división del trabajo. Hacía cabeza entre ellos, y es el que firma el prólogo y la dedicatoria al quinto Marqués de Cañete (hijo de D. García), el ingenioso aventurero sevillano Luis de Belmonte Bermúdez, autor de la célebre comedia de *El Diablo predicador*, y no menos famoso por sus andanzas en el Nuevo Mundo y navegaciones en el mar Austral. De él nació, sin duda, la idea de presentar en el teatro á D. García de Mendoza, cuyas hazañas había oído ponderar en Lima, donde estuvo en 1605. Colaboraron con él vates tan insignes como D. Juan Ruiz de Alarcón, D. Guillén de Castro, el Dr. Mira de Amescua y Luis Vélez de Guevara, y otros no de tanto nombre, pero de alguna estimación entre sus contemporáneos, como D. Fernando de Ludeña, D. Jacinto de Herrera, D. Diego de Villegas y el Conde del Basto (nieto de Antonio de Leiva). Puede conjeturarse con el Sr. Fernández-Guerra, en su hermoso libro sobre *Alarcón* (pág. 359), que todos estos ingenios andaban por aquella fecha rostrituertos con Lope de Vega, puesto que se atreven á decir de sí mismos, por boca de Belmonte, que «son los que en España tienen mejor lugar, á despecho de la envidia». Lope contestó á esta indirecta escribiendo su *Arauco domado*, que no es ningún prodigio, pero que vale mucho más que la comedia de los nueve poetas. El trabajo de éstos consistió, principalmente, en poner en verso la galana prosa del panegírico, más que historia, de aquel ilustre capitán, debida á la mercenaria pero cultísima pluma del Dr. Suárez de Figueroa. Tanto el historiador como los dramaturgos, se inspiraron, para lo que podemos llamar *color local* de sus respectivas obras, en el modelo de *La Araucana*, de la cual afectaban separarse, pero cuyo prestigio ha pesado y pesará eternamente sobre todo lo que se escriba de las cosas de Arauco, y aun sobre todo poema de conquistas ultramarinas. Este color, verdadero ó falso, estos indios tan bizarros, elocuentes y sentenciosos, vencedores de los tormentos y de la muerte; estas indias tan apasionadas y patéticas, tomaron por él carta de naturaleza en el arte, y con estos elementos fué creado un nuevo mundo poético, dentro del cual tuvieron que moverse los imitadores. Rengo y Tucapel, Caupolicán, Galvarino, Colocolo y Guacolda, son, en la comedia de los nueve ingenios, un pálido trasunto de los personajes del mismo nombre en Ercilla, con alguna que otra reminiscencia de Pedro de Oña. El estilo y la versificación merecen aprecio, especialmente en los trozos escritos por Luis Vélez y Guillén de Castro. Pero, en conjunto, la obra es monstruosa, como podía esperarse de un poema dramático repartido entre nueve personas que destrozan un texto histórico para hacer mangas y capirotes de él.

Aunque Lope de Vega tenía muy presente el libro del Dr. Suárez de Figueroa, y, por de contado, *La Araucana*, lo que principalmente leyó en esta ocasión, recordándolo hasta en el título, fué el poema del joven chileno Pedro de Oña, *Arauco domado*, que es el más antiguo monumento poético de autor de aquella región y uno de los más vetustos de la poesía castellana en toda América.

Salió el *Arauco domado* de las prensas de Lima en 1596, con título de primera parte, aunque nunca llegó á publicarse la segunda, ni tampoco otro poema, ó quizá novela, cuyo asunto habían de ser *los venturosos lances* de D. García de Mendoza en la corte.

El *Arauco domado* es una adulación tan continua y fastidiosa al Marqués de Cañete y á su familia, que el autor mismo tuvo escrúpulo de divulgar el poema hasta que su héroe hubiese dejado el virreinato del Perú y vuelto á España, «porque el publicar sus loores en presencia suya no engendrase (á lo menos en dañados pechos y de poca consideración) algún género de sospecha». Fué, sin duda, trabajo de encargo, ejecutado á toda prisa, «con apremio y tarea de veinte octavas al día», según afirma un contemporáneo (1), é indirectamente confiesa el mismo Oña en el canto VIII:

Es el discurso largo, el tiempo breve,
Cortísimo el caudal de parte mía,
Y *danme tanta priesa* cada día,
Que no me dejan ir como se debe.

La priesa que le daban debía de ser tanta, y la facilidad del versificador tan maravillosa, que en tres meses había hilvanado ocho cantos de los 19 que comprende la obra total, cuya extensión pasa de 16.000 versos.

El *Arauco* es, pues, una improvisación de estudiante, y no sería equitativo juzgarla de otro modo. El autor no tuvo nunca la loca pretensión de competir con Ercilla; al contrario, se presenta con la más simpática modestia:

¿Quién á cantar de Arauco se atreviera,
Después de la riquísima *Araucana*?
¿Qué voz latina, hespérica ó toscana,
Por mucho que de música supiera?

Sólo le dolía que en cánticos tan raros faltase *tan subido contrapunto* como el de las proezas de D. García. Por eso se determinó á escribir la misma materia que Ercilla, «preciándose mucho de ir al olor de su rastro».

Con efecto: el *Arauco domado* no es una continuación, sino una nueva versión de la materia histórica contenida en algunos cantos de la segunda parte de *La Araucana*. Pero como Pedro de Oña se limita á las empresas en que intervino personalmente D. García, toma el hilo de su relato en el canto XIII de Ercilla, cuando el Marqués de Cañete nombra á su hijo Gobernador de Chile, y ni siquiera le prosigue hasta el suplicio de Caupolicán y la transitoria sumisión del valle (única cosa que justificaría el título de *domado*), sino que apenas refiere otros lances de aquella guerra que el asalto de la fortaleza de Penco y la batalla de Biobio. Todo lo demás,

(1) Así lo dice un oidor de Santiago, que en 1647 aprobó el libro de las *Guerras de Chile*, del maestre de campo Santiago de Tesillo.

ó son puras ficciones poéticas, como los amores de Caupolicán y Fresia, de Tucapel y Gualeva, ó hechos del virreinato de D. García en el Perú, muy posteriores á su juvenil gobierno en Chile. Así los tumultos de Quito y la derrota del corsario inglés Sir Richart Hawkins (Aquines) en el mar Pacífico. Para dar cabida en su poema á estos larguísimos episodios recurre el poeta al arbitrio, tan cómodo como absurdo, de poner la narración en boca de una india, arrebatada de espíritu profético. Oña copiaba servilmente á Ercilla hasta en lo que Ercilla tiene de menos recomendable: las apariciones de Belona y los prestigios del mágico Fitón.

No se crea por eso que la obra del imitador sea despreciable, ni que le faltasen condiciones propias para brillar entre los poetas de segundo orden. Por el contrario, creemos que el excesivo prurito de la imitación amenguó sus bríos é impidió que lozanease su estro propio, que era muy diverso del de Ercilla. Hay en el *Arauco domado* mucho desembarazo y juvenil frescura, gran desenfado narrativo, facilidad abandonada y algo pueril, que delata los pocos años de su autor, lozanía intemperante que se acomoda mejor con lo ameno y florido que con lo heroico. A ratos parece que el poeta no toma su asunto en serio: siembra la narración de rasgos realistas y aun cómicos; usa por lo común un tono familiar, divertido y como de broma; se dilata con complacencia en escenas voluptuosas, tales como el baño de Caupolicán y Fresia, y revela de mil modos la muelle y enervadora influencia del clima limeño, bajo el cual escribía. Comparado con Ercilla, carece de todo vigor en las descripciones de batallas; sus caracteres adolecen de suma indecisión y palidez, lo mismo en las figuras de indios que en las de españoles, á pesar de los esfuerzos que hace para enaltecer á D. García, llegando al extremo de pintarle como un jayán ó valentón temerario, que lidia á cada paso cuerpo á cuerpo con los enemigos, y descarga en ellos furibundos golpes; y al todavía más ridículo de ponderar varias veces su belleza física y los estragos que con ella debía causar en los corazones femeniles, y aun en los de las mismas diosas inmortales. Siempre que Oña se encuentra con su predecesor en algún episodio como el del rescate de la lanza de Martín de Elvira ó el de las manos cortadas de Galvarino, es patente su inferioridad. Pero en cambio tiene condiciones propias muy dignas de alabanza; mucha nobleza y naturalidad en la expresión de los afectos amorosos (léanse, por ejemplo, las quejas de Gualeva á Tucapel), y mucho lujo de imaginación en los fantásticos paisajes en que coloca las escenas, ya bucólicas, ya guerreras, de sus cantos. Porque es de notar que en este poema, enteramente americano por su asunto y escrito por autor que en su vida había salido de América, y no podía conocer, por consiguiente, otra naturaleza que la del Nuevo Mundo, esta naturaleza brilla por su ausencia, y está sustituída con bosquecillos cortados á tijera, con reminiscencias de los jardines de Armida y de Alcina: con una vegetación absurda ó convencional, propia, á lo sumo, del Mediodía de Italia ó de España, y que nunca pudieron contemplar los ojos de Pedro de Oña en las florestas de su nativo Chile. Las descripciones campestres que hace son muy lozanas y recrean agradablemente la vista y el oído; pero están tomadas de los libros y no de la Naturaleza.

Algunos nombres indígenas de plantas, algunos chilenismos ó peruanismos de dicción, algún fugitivo rasguño de costumbres de los salvajes, no bastan para disimular esta falsedad continua, doblemente extraña en quien se preciaba de haber vivido entre los araucanos y conocer su *frasis, lengua y modo*. El idilio de Caupolicán y Fresia en el canto V, que es, sin duda, lo mejor de la obra, quizá lo único enteramente bueno, es bello en sí mismo, y parecería muy bien en una égloga ó en un poema mitológico; pero ¿quién, si se detiene un poco á considerar la descripción del supuesto valle de Elicura, en que Caupolicán y su amada sesteaban, no ha de pasmarse de verle plantado de álamos, fresnos y cipreses; cubierto de jazmines, azucenas, lirios y claveles; engalanado por vides trepadoras; poblado de gamos, jabalíes y venados, mientras el blanco cisne pasea por la ribera, y suena el zumbido de las abejas; siendo, como es, notorio que ninguno de estos árboles, flores y animales, existía en los valles de Arauco, ni existen todavía los más de ellos? Quizá no pueda presentarse otro ejemplo igual de la tiranía ejercida por los libros, y de la general carencia del sentimiento de la Naturaleza, hasta tiempos muy recientes.

Del mismo origen nacen, denunciando la poca edad y los estudios nada maduros del autor, el continuo é intolerable uso de la mitología antigua en boca de indios; la procesión de sátiros, tritones, sirenas, nereidas y hamadríadas con que puebla el mar Pacífico y los valles de Chile; la abundancia de latinismos y neologismos pedantescos; y, finalmente, el empleo de una máquina absurda que hace revolverse todo el infierno en consulta general contra D. García, saliendo, por fin, Megera á lanzar sus víboras en el seno de Caupolicán cuando se solazaba en su deleitoso baño. Hay, entre otras cosas, una escena de conjuros en que un hechicero indígena llamado Pillalonco, habla del *humoso Flegetón* y del *Estigio lago*, é invoca á Hécate y á Ixión, y á Tántalo, y á Ticio, y á Demogorgón y al Cancerbero, con todo el aparato y prosopopeya de un profesor de humanidades. Hay una aparición de la sombra de Lautaro á Talgueno, que reproduce punto por punto la de Héctor á Eneas en el libro II del poema de Virgilio.

Si á este aparato de erudición escolar, tan malamente aplicada, se unen los defectos de ejecución menuda y algo pueril, que derrama unas veces el color como á tientas, y otras se eterniza en accesorios infecundos, sin lograr casi nunca componer un cuadro, se tendrá idea de los defectos, en verdad no leves, del *Arauco domado*, que además, bajo el aspecto histórico, vale poco, y nada de sustancia añade á lo que consta por otros documentos. Pero aunque distemos mucho de considerar al licenciado Pedro de Oña como digno rival de D. Alonso de Ercilla, todavía reconocemos que en este libro imperfectísimo abundan los destellos de talento poético. Razón tuvo uno de los aprobantes en decir que su autor «muestra una natural facilidad, un caudal propio y un no imitado artificio con que descubre muchas lumbres de natural poesía». Dejó correr su vena sin tiento ni arte, y muchas veces se despeña en la prosa más vil; pero tenía rarísimas condiciones de versificador, tanto que llegó á inventar una *nueva correspondencia de rimas*, un nuevo tipo de octava menos solemne y más graciosa y ligera que la antigua, rimando el

primer verso con el cuarto y el quinto, y el segundo con el tercero y el sexto: combinación agradable, que ha tenido menos fortuna de la que merecía, puesto que supera por todos conceptos á la falsa octava de finales agudos, y se presta con facilidad y donosura al tono de la narración festiva. El desacierto de Oña estuvo en emplearla en un poema que él quería hacer pasar por heroico (1).

Basta la más somera comparación entre el poema de Pedro de Oña y la comedia de Lope de Vega para establecer el parentesco entre ambas producciones. Los nombres puramente poéticos é imaginarios de Fresia, Gualeva, Pillalonco, Talgueno, Quidora y otros tales, indican desde luego esta filiación, que se comprueba con el examen de los principales episodios de la comedia.

Singular contraste ofrecen los juicios que sobre ella se han formulado en diversas épocas de la crítica, y no carece de saludable enseñanza el recordar algunas de las más radicales antítesis.

El punto extremo de la detracción y del desprecio se encuentra, sin duda, en esta curiosa nota de D. Leandro Moratín:

«*Arauco domado* es una de aquellas comedias que escribía Lope después de decir misa, mientras le calentaban el almuerzo. Es, sin disputa, una de las más desatinadas que compuso. Indios, indias, chiquillos, soldados, tambores, guitarras, chirimías, cañonazos, asaltos, batallas, *Santiago*, *y á ellos*, y *Cierra España*, y *¡Viva Carlos! ¡Carlos viva!* La acción dura dos años: el argumento es la conquista de once provincias, en donde á fuerza de sangre y matanza se ganan nueve ciudades, nueve batallas y nueve banderas. Entre los personajes hay un demonio, llamado Pillán, vestido con un justillo de guadamací, que después de anunciar á los araucanos los trabajos que van á pasar, se hunde y salen llamas. Otro interlocutor es el alma de Lantaro, que tiene por habitación el tronco de un árbol. El indio Galvarino sale á la escena con las manos cortadas chorreando sangre. Una mujer arroja un niño, hijo suyo, desde una altura y le estrella en unos peñascos á vista del audito-

---

(1) *Primera parte de Arauco domado*, *compuesta por el Licenciado Pedro de Oña*, *natural de los Infantes de Engol*, *en Chile*, *collegial del Real Colegio mayor de Sant Felipe y San Marcos*, *fundado en la ciudad de Lima. Dirigido á Don Hurtado de Mendoza*, *Primogénito de Don García Hurtado de Mendoza*, *Marqués de Cañete*, *Señor de las Villas de Argete y su partido*, *Visorrey de los Reynos del Perú*, *Tierra Firme y Chile..... Hijo*, *nieto y biznieto de Virreyes. Con privilegio*, *impresso en la ciudad de los Reyes por Antonio Ricardo de Turin*, *primero impresor en estos Reynos. Año de* 1596.—4.°, 352 hojas. Con el retrato del autor, grabado en madera.

Esta primera edición es de gran rareza. Nuestra Biblioteca Nacional posee un ejemplar.

—*Arauco domado*, *compuesto por el Licenciado Pedro de Oña*, *natural de los Infantes de Engol*, etc. *En Madrid*, *por Juan de la Cuesta*, 1605.—8.° No es vulgar esta edición, aunque mucho menos rara que la primera.

Hay, por lo menos, dos reimpresiones modernas del poema de Pedro de Oña: la una de Valparaíso, 1849, en 16.°, por D. Juan María Gutiérrez, y otra de Madrid, 1854, en el tomo II de *Poemas épicos* de la Biblioteca de Rivadeneyra, coleccionado por D. Cayetano Rosell.

rio. Todo concluye con un ajusticiado, que reza un soneto, y con una revista militar» (1).

Enfrente de esta caricatura póngase el siguiente juicio de Schack:

«*Arauco domado* es comedia única en su género, y se distingue no sólo por el aparato escénico, que desenvuelve á nuestros ojos toda la gala de la naturaleza del Nuevo Mundo y nos transporta á las magníficas soledades de América, sino porque nos representa igual heroísmo en los dos pueblos que pelean: los esforzados hijos de las selvas, batallando rudamente y con valor casi sobrehumano por su independencia; los españoles, deseosos de dilatar por el mundo su fe y la gloria de su patria. Es difícil encontrar ninguna otra comedia que sobresalga tanto como ésta por sus atrevidas creaciones, por el vuelo y el brillo de la fantasía» (2).

El que tuviera que guiarse por juicios ajenos, difícilmente llegaría á comprender que Moratín y Schack hablan de la misma comedia. En realidad, el elogio y la censura son igualmente hiperbólicos y sacados de quicio. Ni el *Arauco domado* es un desatino indigno de un gran poeta, ni es tampoco una obra sorprendente que deba citarse con particular elogio entre las innumerables de su autor y de su género. Es una crónica dramática, tan desordenada como otras muchas, pero llena de trozos poéticos de notable hermosura. Aun al ceñudo y mal informado Sismondi, que tan rara vez acierta en su crítica, le llamaron la atención las bellas estancias de Caupolicán y Fresia, donde, inspirándose Lope en el mejor episodio del poema de Pedro de Oña, le deja á larga distancia:

CAUPOLICÁN.

Deja el arco y las flechas,
Hermosa Fresia mía,
Mientras el sol con cintas de oro borda
Torres de nubes hechas,
Y declinando el día,
Con los umbrales de la noche aborda.
Á la mar, siempre sorda,
Camina el agua mansa
De aquesta hermosa fuente,
Hasta que su corriente
En sus saladas márgenes descansa:
Aquí bañarte puedes
Tú, que á sus vidrios en blancura excedes.
Desnuda el cuerpo hermoso,
Dando á la luna envidia,
Y quejaráse el agua por tenerte;
Baña el pie caluroso,

(1) *Obras póstumas de D. Leandro Fernández de Moratín*..... Tomo III. Madrid, Rivadeneyra, 1868. Página 135.

(2) *Geschichte der dramatischen Literatur und Kunst in Spanien*, II, 304.

Si el tiempo te fastidia;
Vendrán las flores á enjugarte y verte,
Los árboles á hacerte
Sombra con verdes hojas,
Las aves armonía,
Y de la fuente fría
La agradecida arena, si el pie mojas,
Á hacer con mil enredos
Sortijas de diamantes á tus dedos.
De todo lo que miras
Eres, Fresia, señora:
Ya no es de Carlos ni Filipe Chile;
Ya vencimos las iras
Del español que llora
(Por más que contra Arauco el hierro afile)
El ver que aun hoy destile
Sangre esta roja arena,
En que Valdivia yace.
Del polo en que el sol nace,
Adonde sus caballos desenfrena,
No hay poder que me asombre:
Yo soy el dios de Arauco, no soy hombre.
Pídeme, Fresia hermosa,
No conchas, no crisoles
De perlas para alfombras, sino dime:
«Caupolicán, enlosa
De cascos de españoles
Todo este mar, que por tragarlos gime;
La fuerte maza esgrime;
Hazme reina del mundo;
Pásame, dando asombros,
Sobre tus fuertes hombros
Desotra parte deste mar profundo;
Y adonde Carlos reina,
Di que de Chile soy y Arauco, reina.»

FRESIA.

Querido esposo mío,
Á quien estas montañas
Humillan las cabezas presurosas,
Por quien de aqueste río,
Que en verdes espadañas
Se acuesta, coronándose de rosas,
Las ninfas amorosas
Envidian mi ventura:
¿Qué fuente, qué suaves
Sombras, qué voces de aves,
Qué mar, qué imperio, qué oro ó plata pura,

Como ver que me quieras,
Tú que eres el señor de hombres y fieras?
No quiero mayor gloria
Que haber rendido un pecho
Á quien se rinde España, coronada
De la mayor victoria.....
Ya la española espada,
El arcabuz temido,
Que truena contra el cielo,
Y rayos tira al suelo;
Y el caballo arrogante en que, subido
El hombre, parecía
Monstruosa fiera que seis pies tenía,
No causarán espanto
Al indio que rebelas,
Cuya libre cerviz del yugo sacas
Del español, que tanto
Le oprimió con cautelas,
Cuya ambición de plata y oro aplacas;
Ya en tejidas hamacas
De tronco á tronco asidas
De estos árboles altos,
De inquieta guerra faltos,
Dormiremos en paz, y nuestras vidas
Llegarán prolongadas
Á aquel dichoso fin que las pasadas.

Estos versos son buenos, con paz sea dicho del autor de *El Barón* y de *La Mojigata*, y merecen doble alabanza si Lope los componía después de decir misa y mientras le preparaban el almuerzo. No es para ingenios correctos y tímidos el repetir estos alardes, pero por lo mismo se impone al crítico cierta reverencia respecto del mortal privilegiado que fué capaz de ellos en todas las horas de su vida.

Atroz es, sin duda, la aparición de Galvarino con las manos ensangrentadas, pero las palabras que el poeta ha puesto en su boca son de salvaje y bárbara elocuencia. Pedro de Oña le había hecho pronunciar una retórica arenga de 20 octavas reales, en que apenas hay más rasgo enérgico que éste:

Mirad aquí mis brazos destroncados
Y como troncos fértiles podados ....

Lope de Vega se acordó mucho más del elocuente razonamiento de Ercilla, pero en vez de calcarle, quiso rivalizar dignamente con él:

¡Cuánto mejor es morir
Con las armas peleando,
Que vivir sirviendo un noble
Como bestia y como esclavo!

Siendo forzosa la muerte
Á todo lo que es humano,
¿Cuál hombre, aunque nazca rey,
Muere mejor que un soldado?
Morir de una enfermedad,
Sin lengua, desnudo, flaco,
En una cama, es el fin
De los más dichosos años;
Pero un soldado en la guerra
Muere animoso y gallardo,
Vestido y lleno de plumas,
Con su lengua y con sus manos.
¡Desdichados de vosotros,
Araucanos engañados,
Si vendéis la libertad
De vuestra patria á un extraño,
Pues que, pudiendo morir
Llenos de gloria y armados,
Queréis morir como bestias,
En poder destos tiranos!
¿Será mejor que esas plumas
De que os miráis coronados,
Esas macanas famosas,
Esas flechas, hondas y arcos,
Llevar las cargas á cuestas
Destos españoles bravos,
Y morir en los pesebres
De sus galpones y tambos?
¿Será mejor que esos hijos
Vayan de leña cargados,
Y que sus madres les den,
Con vuestra afrenta y agravio,
Siendo amigas de españoles,
Otros mestizos hermanos
Que los maten y sujeten
Con afrentas y con palos?
Mirad lo que hacéis, chilenos,
Morid con honra, araucanos;
Que yo, aunque manos no tengo,
Esta lengua con que os hablo
Haré que sirva en la guerra,
Sólo hablando y animando,
Lo que hace el atambor
Que anima al que tiene manos.....

Perdida *La Conquista de Cortés*, cuyo título consta en la segunda lista de *El Peregrino*, el *Arauco domado* es la única comedia que de Lope conocemos sobre

asuntos de historia ultramarina, excepción hecha de *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*. Pero no hay duda que esta pieza aventaja mucho á *El Nuevo Mundo*, tanto por el mérito del estilo correspondiente á la madurez del autor, como por algunos felices toques de color local americano, más ó menos auténtico, pero que basta para el efecto poético. El canto de guerra de los araucanos, cuyo estribillo es *Caupolicán*, parece imitación de otro de Mira de Amescua, que está en la primera escena de la comedia de los nueve ingenios; pero la canción india que acompaña al baile de Quidora y Leucotón (jornada tercera del *Arauco*) es enteramente original de Lope, y salvo las impropias alusiones mitológicas, tiene cierto sabor exótico muy agradable. Acaso Lope, tan curioso aficionado de la música y danza popular, quisiera remedar los *yaravíes* peruanos.

Piraguamonte, piragua,
Piragua, jevizarizagua.
En una piragua bella,
Toda la popa dorada,
Los remos de rojo y negro,
La proa de azul y plata,
Iba la madre de Amor,
Y el dulce niño á sus plantas;
El arco en las manos lleva,
Flechas al aire dispara;
El río se vuelve fuego,
De las ondas salen llamas.
Á la tierra, hermosas indias,
Que anda el Amor en el agua.
Piraguamonte, piragua,
Piragua, jevizarizagua;
Bío, Bío,
Que mi tambo le tengo en el río.
Yo me era niña pequeña,
Y enviáronme un domingo
Á mariscar por la playa
Del río de Bío-Bío;
Cestillo al brazo llevaba,
De plata y oro tejido;
Halláramé yo una concha,
Abríla con mi cuchillo;
Dentro estaba el niño Amor,
Entre unas perlas metido;
Asióme el dedo, y mordióme;
Como era niña, dí gritos.
Bío, Bío,
Que mi tambo le tengo en el río.
Piraguamonte, etc.
Entra, niña, en mi canoa

Y daréte una guirnalda,
Que lleve el sol qué decir
Cuando amanezca en España.
Iremos al tambo mío,
Cuyas paredes de plata
Cubrirán paños de plumas
De pavos y guacamayas.
No tengas miedo al Amor,
Porque ya dicen las damas
Que le quiebra el interés
Todos los rayos que fragua.
Piraguamonte, etc.
La blanca niña, en cabello
Salió una mañana al río,
Descalzó sus pies pequeños,
Comenzó á quebrar sus vidros.
Andaba nadando Amor,
Y acercándose quedito,
Asióle del uno dellos,
Á quien llorando le dijo:
«Deja el pie, toma el cabello,
Pues que la ocasión he sido,
Y porque mejor la goces,
Vente á mi tambo conmigo.»
Bío, Bío,
Que mi tambo le tengo en el río.

El *Arauco domado* de Lope ha sido traducido en prosa francesa (1) por Angliviel de la Beaumelle (1829). El texto original (además de las tres reimpresiones antiguas de la Parte 20 de Lope) ha sido modernamente reproducido en Chile por el muy erudito D. José Toribio Medina en su *Biblioteca Hispano-Chilena* (1523-1817), tomo I, págs. 241-277.

Era mi propósito terminar en este volumen la serie de comedias históricas de Lope de Vega. Pero como todavía restan algunas correspondientes á los reinados de Felipe III y Felipe IV, que no podrían entrar en este tomo sin abultarle mucho, las reservamos para encabezar el siguiente, en que dará principio la larga é interesante serie de los *dramas novelescos* del portentoso ingenio (2).

M. Menéndez y Pelayo.

---

(1) *Chefs-d'œuvre des théâtres étrangers*..... París, Dufey, 1829. (Tomo I de Lope de Vega, 1-134.)

(2) Al hablar de la comedia *El Cerco de Viena*, olvidé notar que la comedia de Rojas *El desafío de Carlos quinto* tiene el mismo argumento que ésta.

Tratando en el tomo anterior de la comedia de Lope *La contienda de Diego García de Pa-*

redes y el capitán Juan de Urbina, manifesté que no había podido averiguar el fundamento histórico ó tradicional de la venganza atribuída al capitán Urbina. No recordé entonces estas palabras que más de una vez había leído en la *Historia de Carlos V* de Fr. Prudencio de Sandoval (libro XIX, cap. XIII): «Fuera, en fin Joan de Urbina muy dichoso y honrado, sino fuera *por la muger:* empero *él se vengó muy bien della*, *matándola con quantas cosas halló vivas en su casa.*»

Hay sobre este terrorífico argumento una comedia del licenciado Manuel González, *El español Juan de Urbina, ó el cerco de Nápoles*, publicada en el *Lavrel de Comedias*, *Quarta parte de diferentes autores* (1653).

LA SERRANA DE LA VERA

COMEDIA FAMOSA

DE

LA SERRANA DE LA VERA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Leonarda.
Estela y Teodora.
Don Carlos.
Don García.
Don Rodrigo.
Galindo, *lacayo*.
Fulgencio y Fineo.
Don Luis.
Avendaño, *criado*.
El Capitán Andrada.
Carpio y Alejo.
Ircano, Ausonio y Galicio, *salteadores*.
Alejandro.
Lucía y Bartola.
Un Alcalde.
Alcino, *viejo*.
Un buhonero.
Don Juan.
Turindo.

ACTO PRIMERO.

Salen Leonarda, Estela y Teodora, en hábito de serranas, embozadas, con sus cestillas.

LEONARDA.

Qué, ¿no hay fe en los hombres?

ESTELA.

No.

TEODORA.

Qué, ¿tan falsos son, Estela?

ESTELA.

¡Líbrete Dios de su escuela!

LEONARDA.

Tarde lo procuro yo.

ESTELA.

No hay alquimia, por tu vida,
Teodora, como su fe;
Que aunque dorada se ve
Es por de dentro fingida.

TEODORA.

Por uno que visto habrás,
¿Todos los hombres agravias?

ESTELA.

Pues por éste, si sois sabias,
Conoceréis los demás.
Por la muestra se ve el paño.

TEODORA.

No estoy en eso tan diestra.

ESTELA.

Y aun, de ordinario, en la muestra
Pone el que vende el engaño.
Siempre la buena portada
Muestra todo el edificio,
La voluntad el servicio,
Y la guarnición la espada;
El silencio las hazañas,
Los ojos muestran los pechos,
La buena cara los hechos
Y la lengua las entrañas.
Cargan aquí en nuestra Vera
Fruta en cestos mercaderes,
Y siempre, si verlo quieres,
Es la mejor la primera.
Pues si en todo es lo mejor,
No es bien que adelante pase;

Cuantos más hombres buscase,
Iré de mal en peor.

LEONARDA.

¿Pasión tienes por tus ojos?

ESTELA.

Estoy quejosa, Leonarda.

LEONARDA.

¿Qué recelo te acobarda?
¿Qué te da, mi Estela, enojos?
Vesnos aquí todas tres
En vísperas de casar,
Sin que nos pueda obligar
Fuerza, tiempo ni interés.

ESTELA.

¿Vísperas dices que son?

LEONARDA.

¡Pues no, en cosas ya tratadas!

ESTELA.

Vísperas son excusadas
En los días de pasión.
¡Buenos nuestros deudos andan
Para buscarnos maridos!

TEODORA.

Veo que están divertidos
En las cosas que nos mandan.

LEONARDA.

¿Qué nos mandan?

TEODORA.

Recoger,
No escribir, no hacer ventana,
Oir misa de mañana
Y acostarse á anochecer.
Y si supieran que estamos
Todas tres con tres intentos
De tres nobles casamientos
Que sin su gusto tratamos,
No andarían tan esquivos
En recatos y recelos.

ESTELA.

De su voluntad los Cielos
Siempre son ejecutivos;
Ellos harán lo que suelen.

LEONARDA.

¡Brava gente nos proponen!

TEODORA.

Si el alma no me disponen,
Por tu vida que se muelen.

ESTELA.

¿Qué hacen de darnos paseos
Con galanes alcorzados,
Más de vestido apretados
Que de amorosos deseos?
Hoy echaron mis hermanos
Á dos propuestos maridos
Azogue por los oídos,
Como á bestias de gitanos.

LEONARDA.

¿De qué suerte?

ESTELA.

Pasearon,
Haciendo piernas.

LEONARDA.

¡Braveza!

TEODORA.

Mostrarían gentileza

ESTELA.

Harta necedad mostraron.
Con mujeres por casar
Juega el naipe la fortuna;
Pierden muchas, gana alguna.

LEONARDA.

Y muchas suelen ganar.

ESTELA.

Toma la fortuna varia
El naipe; por pasar tiempo,
Alza amor, baraja el tiempo,
Porque sabe que es voltaria.
Á las pobres las da oros,
Bastos á las desdichadas,
Á las no castas espadas,
Penas, tormentos y lloros;
Á otras mil regocijos,
Y es copas todo el manjar;
Á cuál no los suele dar
Y á cuál le da un flux de hijos;
Todo á veces al revés.

LEONARDA.

Estela, yo te prometo
Que si agora es grande aprieto
Es harto mayor después.
Y pésame que los celos
De don García.....

ESTELA.

¡Ah traidor!

LEONARDA.

Te obliguen á mal humor.

ESTELA.

Saben su engaño los Cielos.
Hoy, con habernos vestido
De serranas de la Vera,
Veréis, si hay hombre que quiera,
Que no tenga amor fingido.
No digo, Leonarda, yo
Que tu don Carlos te engaña;
Que faltará amor de España
Y de sus entrañas no.
Ni creo que don Rodrigo
Sea falso con Teodora;
Pero que veréis agora
La verdad de mi enemigo.
Y como vecinas, viendo,
Pues lo sois, que se me abrasa
Mi casa, de vuestra casa
Iréis el daño advirtiendo.

Salen D. Carlos, D. García, D. Rodrigo y Galindo, lacayo.

DON GARCÍA.

¿No hay en la feria que ver?

DON CARLOS.

Poco ó nada, don García.

DON RODRIGO.
Reparad, por vida mía,
Si os queréis entretener.
DON CARLOS.
¡Oh, qué gallardas serranas!
DON RODRIGO.
¡Oh, qué villanas tan bellas!
DON GARCÍA.
Parecen á las estrellas,
Que dicen que son hermanas.
DON CARLOS.
¡Qué gentil comparación,
Siendo esas hermanas siete!
DON RODRIGO.
¿Quién en historias os mete?
DON GARCÍA.
No sé, por Dios, cuántas son;
Pero no he dicho muy mal,
Que seis ojos hay en ellas,
Que son esas seis estrellas,
Y una la más celestial,
Y es en la que yo he mirado
La luz de las otras dos.
DON CARLOS.
Disculpado se ha por Dios.
GALINDO.
¡Qué tan bien se ha disculpado!
DON CARLOS.
Galindo, la una de ellas
Es una estrella, y las tres
Tienen seis ojos: bien ves
Que son siete las estrellas.
GALINDO.
Antes, si lo miras bien.....
DON GARCÍA.
No lo digas, ignorante.
DON RODRIGO.
¿Hablarélas?
DON CARLOS.
Id delante.
DON RODRIGO.
Id vos, don Carlos, también.
DON CARLOS.
Dadnos de hablaros licencia.
DON GARCÍA.
Que son serranas recelo,
Más del cielo que del suelo
De la Vera de Plasencia.
GALINDO.
¡Qué por alto que han echado!
¡Estrellas, cielo!..... ¡quimeras!
Á ellas digo: vendederas,
Digan si es carne ó pescado.
DON GARCÍA.
Quítate allá, que me enfadas.
¿Qué vendéis, serranas bellas?
GALINDO.
Decid tres pares de estrellas,
Sin las que están añubladas.
LEONARDA.
¿Habláis conmigo?
DON GARCÍA.
Con vos;
Que á esos ojos matadores
Quiero comprar mil amores.
LEONARDA.
¿Mil amores?
DON GARCÍA.
Sí, por Dios.
LEONARDA.
¿Cómo sabéis que esta tienda
Tiene esa mercaduría?
DON GARCÍA.
Donde hay luz, serrana mía,
¿Quién ha de ignorar que encienda?
LEONARDA.
¿Tienda mis ojos?
DON GARCÍA.
¿Pues no?
LEONARDA.
¿Y qué es lo que vendo?
DON GARCÍA.
Antojos.
LEONARDA.
¿De qué?
DON GARCÍA.
De los mismos ojos.
LEONARDA.
¿Yo antojos?
DON GARCÍA.
No, sino yo.
LEONARDA.
Pues si los tenéis, hidalgo,
¿Por qué los compráis en mí?
DON GARCÍA.
Por hallarme agora aquí,
Que es donde perdido salgo.
DON CARLOS.
No seáis, serrana, esquiva;
Vendedme un favor siquiera.
ESTELA.
Si hecho alguno tuviera,
Yo os le vendiera, así viva.
DON CARLOS.
Que no sabéis qué es favor
Colijo de la respuesta.
ESTELA.
¿Qué vale?
DON CARLOS.
Conforme cuesta.
ESTELA.
¿Qué es favor?
DON CARLOS.
Gusto de amor.
ESTELA.
¿Amor es gusto?
DON CARLOS.
Si es justo..
ESTELA.
¿Qué es amor?
DON CARLOS.
Quererse dos.

ESTELA.
Pues si yo no os quiero á vos,
Aquí no hay amor ni hay gusto.

DON CARLOS.
Todo será comenzar;
Queredme, y gusto tendréis.

ESTELA.
¿Luego ya vos me queréis?
Mas debeisos de burlar;
Que no es posible que un hombre
Pueda tan pronto querer.

DON CARLOS.
Serrana, siendo mujer,
Para amaros basta el nombre.

ESTELA.
Qué, ¿á todas generalmente
Por ser mujeres queréis?

DON CARLOS.
Sí, amiga.

ESTELA.
Muy bien hacéis,
Pues amor os lo consiente.
¡Triste de la que se fía
De uno sólo!

DON CARLOS.
Y con razón.

ESTELA.
¿Queréis oir mi razón?

TEODORA.
Decid.

DON RODRIGO.
Mas basta ser mía,
Para que no la escuchéis.

TEODORA.
¿Qué es lo que queréis decir?

DON RODRIGO.
Lo que no queréis oir.

TEODORA.
Pues hidalgo, no os canséis;
Que como no hemos vendido
Lo que á Plasencia traemos,
Por la feria andar queremos.

DON RODRIGO.
¿Y qué es lo que habéis traído?
Que yo os lo quiero comprar,
Y á esas serranas también
Estos caballeros.

TEODORA.
Bien;
Todos nos queréis burlar.

DON RODRIGO.
Descubrid la cesta, á ver.

TEODORA.
¿Compraréislo?

DON RODRIGO.
Sí, por Dios.

DON GARCÍA.
Y nosotros á las dos,
Si hay algo que nos vender.

LEONARDA.
Paso; no lo descubráis.

DON GARCÍA.
¿Qué vendéis?

LEONARDA.
Un corazón
De un galán.

DON GARCÍA.
Mal galardón.
¿Y como halcón me tratáis?
Mas ¿qué hizo el desdichado
Que le vendéis?

LEONARDA.
Ser traidor.

DON CARLOS.
¿Y vos, qué vendéis?

ESTELA.
Señor,
Yo vendo un gusto forzado.

DON RODRIGO.
¿Y vos, ojinegra?

TEODORA.
Yo
Vendo unos papeles.....

DON RODRIGO.
Bueno.

TEODORA.
Que un cierto amante al sereno
Soñó, pensó y escribió.

DON GARCÍA.
De veras, ¿vos qué traéis?

LEONARDA.
Unas naranjas traía.

DON GARCÍA.
¿Agrias?

LEONARDA.
Todas, á fe mía.

DON GARCÍA.
Vuestra condición vendéis;
Pero trocadlas, y al punto
Serán dulces.

DON CARLOS.
Vos, amiga,
¿Qué traéis?

ESTELA.
¿Quiere que diga
Lo que traigo?

DON CARLOS.
Eso pregunto.

ESTELA.
Camuesas.

DON CARLOS.
¡Qué desabrida
Fruta!

ESTELA.
Pues así soy yo.

DON RODRIGO.
¿Traéis vos algo?

TEODORA.
¿Pues no?

DON RODRIGO.
Descubridlo, por mi vida.

TEODORA.
Flores, así Dios os guarde.
DON RODRIGO.
En fin, esperanzas son.
ESTELA.
Baste la conversación;
Que no compran, y es muy tarde.
DON CARLOS.
Don García, oid aparte.
DON RODRIGO.
¿Y yo no?
DON CARLOS.
Sí, también vos.
Necios andamos, por Dios.
DON GARCÍA.
¿De qué suerte?
DON RODRIGO.
¿De qué arte?
DON CARLOS.
Si pensáis que son serranas,
Tratad amores de veras;
Que son damas forasteras
Y en extremo cortesanas.
DON GARCÍA.
Muy necio sois para alcalde;
Que eso ya nos lo sabemos.
LEONARDA.
¿Compráis algo, ó nos iremos?
GALINDO.
Todo lo querrán de balde;
Que son muy lindos pelones.
DON GARCÍA.
Yo doy aquesta cadena
Por una naranja.
LEONARDA.
¿Es buena?
DON GARCÍA.
¿No lo véis? Como doblones.
DON CARLOS.
Y yo esta sortija á vos,
Si una camuesa me dais.
ESTELA.
Tomad.
GALINDO.
¡Qué necio que andáis!
DON RODRIGO.
Yo lo he de ser con las dos:
Estas manillas tomad
Que compré para una dama.
TEODORA.
Decidme cómo se llama.
DON RODRIGO.
Si no sois de la ciudad,
No es decirlo impertinencia.
TEODORA.
No, que puede ser mi amiga.
DON RODRIGO.
¿Vuestra?
TEODORA.
Sí.
DON RODRIGO.
Basta que os diga
Que es lo bueno de Plasencia.
Dadme una flor.
TEODORA.
Que me place;
Pero licencia nos dad.
DON CARLOS.
Las tres son de la ciudad,
Y de alguna causa nace
Habernos favorecido.
DON GARCÍA.
Sin duda nos han buscado
Con el traje disfrazado.
DON RODRIGO.
Amor ¡vive Dios! ha sido.
Los toros del otro día
Deben de andar por aquí.
DON CARLOS.
Pico, á la fe, lo turquí,
El nácar y argentería.
DON GARCÍA.
Yo más me atengo al rejón
Con que al toro derribasteis.
DON CARLOS.
Yo á la lanza, en que pasasteis,
Por dicha, algún corazón;
Pues á fe que el buen Rodrigo
Que anduvo de perlas y oro.
DON GARCÍA.
Dió una cuchillada á un toro,
Cual la tenga mi enemigo.
DON RODRIGO.
Sí, por Dios, y cara á cara;
Que aunque ser bestia, jamás
Le dí herida por detrás.
LEONARDA.
¡Oh Estela, quién lo pensara!
ESTELA.
¡Buenos galanes tenemos!
TEODORA.
¿Ha hecho de ellos confianza?
ESTELA.
Tal galardón nos alcanza.
LEONARDA.
¿Irémonos?
ESTELA.
Bien podemos.
Adiós, señores.
DON CARLOS.
Adiós.
TEODORA.
No hemos vendido muy mal;
Doblaremos el caudal.
LEONARDA.
Yo me vengaré de vos.

Vanse las serranas.

DON CARLOS.
Galindo.

GALINDO.
Señor.
DON CARLOS.
Camina,
Y esas damas.....
GALINDO.
Ya lo entiendo.
DON CARLOS.
¿Sabes ya lo que pretendo?
GALINDO.
¿Dices, al pasar la esquina,
Las sacuda, ó de allí un poco,
Tres bofetadas de envite,
Y que las prendas les quite?
DON CARLOS.
Oye, borracho, ¿estás loco?
GALINDO.
Pues ¿qué me mandas hacer?
DON CARLOS.
Seguirlas, saber su casa.
GALINDO.
Voy.

Vase.

DON CARLOS.
Vuelve, y di lo que pasa.
DON GARCÍA.
Don Carlos, ¿qué puede ser
Este disfraz de estas damas?
Que ellas sin duda lo son.
DON CARLOS.
Ó ha sido amor ó invención.
DON RODRIGO.
Donde hay fuego brotan llamas.
El achaque de la feria
Esta ocasión les ha dado
Para decir su cuidado.
DON CARLOS.
¿Qué distes?
DON GARCÍA.
Todo es miseria;
Una cadenilla pobre.
DON CARLOS.
¿Fina?
DON GARCÍA.
Como á quien la di,
Y un cuerpo de oro la vi,
Pero con alma de cobre.
DON CARLOS.
Yo un anillo razonable.
DON RODRIGO.
Yo unas manillas muy buenas.
DON CARLOS.
Todas son prendas ajenas;
Pero fué lance notable.
A mí Leonarda me había
Dado aquel anillo.
DON GARCÍA.
A mí
La cadena Estela, y fuí
Su convidado aquel día.
DON RODRIGO.
A mí Teodora, por Dios,
Las manillas.
DON CARLOS.
¡Si acaso
Las ven en aquéstas!
DON RODRIGO.
Paso.
DON GARCÍA.
Voces dan.

Entra Galindo con la espada desnuda y revuelta la capa al brazo.

GALINDO.
¡Al fin sois dos!
¡Uno á uno aquí os espero,
Gallinas!
DON RODRIGO.
Este es Galindo.
DON CARLOS.
¡Ah, borracho!
GALINDO.
No me rindo.
DON CARLOS.
Tente, que estás hecho un cuero.
GALINDO.
Déjenme, ¡pesia á mi mal!
Que dos bellacos me han dado
Mil palos, y se han entrado.
DON CARLOS.
¿Adónde?
GALINDO.
En aquel portal.
DON GARCÍA.
¿Por qué ó cómo?
GALINDO.
Aquellas pu.....
¡Que iba á decirlo, por Dios,
Lo mandaron á los dos!
DON RODRIGO.
Pues ¿qué les hiciste tú?
GALINDO.
Si vuesa merced dejara
Que, por abreviar razones,
Las diera seis bofetones
Y las joyas les quitara,
No se nos fueran riendo,
Y todo se hiciera noche.
DON CARLOS.
¿Dónde entraron?
GALINDO.
En un coche,
Con mucha risa, diciendo,
(Que esto sentí más que un rayo,
Por decirlo haciendo fieros):
«Á aquellos tres majaderos
Decid, hermano lacayo,
Que tienen mucha ignorancia
En el hacer y el decir;

Que ojos que nos vieron ir
Que nos verán más en Francia.»
Prometí dar el recado,
Y porque el porte trujese
Cobrado antes que le diese,
Todo en cuartos me le han dado.
¡Ah, bellacas disfrazadas,
Echar acá esas gallinas!

DON GARCÍA.

¡Brava burla!

DON RODRIGO.

¡De las finas!

DON GARCÍA.

Pero ellas son las burladas.

DON CARLOS.

No viva yo, si las tres
No son Leonarda y Estela
Y Teodora.

DON GARCÍA.

Corre, vuela;
Mira, Galindo, lo que es;
Mira dónde entran.

GALINDO.

¿No eres
Más necio?

DON GARCÍA.

Camina.

GALINDO.

Bien,
¿Quieres que otra vez me den
El porte aquellas mujeres?

DON GARCÍA.

Sigamos el coche.

DON CARLOS.

Vamos.
¡Ay mi anillo!

DON RODRIGO.

¡Ay mis manillas!

DON GARCÍA.

¡Ay mi cadena!

GALINDO.

¡Ay costillas!
Y más si el coche topamos.

Vanse y salen Fulgencio y Fineo.

FULGENCIO.

Estos son los sucesos de Plasencia,
Después que de ella os fuisteis á Granada.

FINEO.

Son novedades de una larga ausencia,
Y toda la ciudad está trocada.
Si después del diluvio y su inclemencia
Del hijo de Noé fuera poblada,
No la hallara más nueva en gente y trato.
¿Qué hay de las damas?

FULGENCIO.

Escuchadme un rato.
Casóse Anarda y enviudó Rosela;
Fuése Lisandra á Italia, y sus hermanas
Son monjas ya.

FINEO.

¡Jesús!

FULGENCIO.

Clara y Lisbela
Tienen dos melancólicas cuartanas;
Murió con grande lástima Clavela.

FINEO.

¡Válgame Dios!

FULGENCIO.

Sin duda.

FINEO.

¿Y las dos Juanas,
Vuestras vecinas?

FULGENCIO.

Son en hermosura
La gala y el valor de Extremadura;
Divorcio han hecho Octavia y Filiberto.

FINEO.

¿Celillos?

FULGENCIO.

No, por Dios, un suegro avaro;
Camila pide ante el Vicario á Alberto.

FINEO.

¿Él gana en eso mucho?

FULGENCIO.

Está muy claro.

FINEO.

¿Qué hay de Teodora?

FULGENCIO.

Ya su padre es muerto,
Y ténela en su casa Juan de Haro,
Que fué, como sabéis, su grande amigo.

FINEO.

¿Y quién la sirve agora?

FULGENCIO.

Don Rodrigo.

FINEO.

¿Qué hay de Estela?

FULGENCIO.

Esa adora don García.

FINEO.

¿Es gentil dama?

FULGENCIO.

Á mí me lo parece;
Ronda la noche y desempiedra el día
La calle, y más cuando la Luna crece.

FINEO.

¿Está buena Leonarda?

FULGENCIO.

¡Ay suerte mía!

FINEO.

¿Con suspiro?

FULGENCIO.

¡Ay de mí!

FINEO.

Señal me ofrece
Ese suspiro de pasión por ella.

FULGENCIO.

No ha hecho el Cielo aquí cosa tan bella.
Es Leonarda un espejo en que se mira
El valor de Plasencia.

FINEO.

Si es Leonarda
Por quien agora vuestro amor suspira,
No pongo duda que será gallarda.

FULGENCIO.

Sin eso, os digo que su talle admira,
Y hasta la envidia enfrena y acobarda.
¿No vistes ninfas de alabastro hechas?

FINEO.

Amor en piedra romperá las flechas.

FULGENCIO.

Es un poco robusta de persona,
Pero hermosa y gentil, que más bizarra
No la hay desde París á Barcelona,
Ni desde Trasilvania hasta Navarra.
Es una nueva Hipólita amazona,
Juega las armas, tira bien la barra,
Y con el arcabuz, sin verse cómo,
Pasa desde la villa al blanco el plomo.
Sube á caballo, y con las fuertes piernas
De tal manera los talones bate,
Que menos tú le riges y gobiernas
Con el duro bocado y acicate.
Tiene obras graves y palabras tiernas
Con que apenas hay vida que no mate;
Para nieve, en efecto, era extremada,
Porque es muy blanca y en extremo helada.
Los hombres estimó toda su vida
Por cosa de vil precio y accesoria;
Pero esta nieve y piedra, enternecida,
Hoy ha dado al amor rica victoria.

FINEO.

¿Quiérete bien?

FULGENCIO.

¡Ay, Cielo! ¡Está perdida!

FINEO.

¿Por ti?

FULGENCIO.

Por un don Carlos, cuya historia
Hoy romperé, si puedo; y podré creo
Con un engaño y tu favor, Fineo.

FINEO.

Don Carlos, ¿no es aquel de Talavera,
Sobrino del Obispo ya difunto?

FULGENCIO.

El mismo. Y ése estima aquesta fiera,
Y están las bodas de los dos á punto.

FINEO.

¿Pues qué remedio tu desdicha espera
Sino es que venga el desengaño junto?

FULGENCIO.

Escucha.

FINEO.

Dí, que puede ser que importe.

FULGENCIO.

Don Luis, su hermano, vino de la corte.

FINEO.

¿Qué ha hecho allá?

FULGENCIO.

Por méritos y ruego
Pidió un hábito al Rey, al soberano
Carlos el Santo, que es espada y fuego
Del moro en la defensa del cristiano.
Alcanzólo y volvió á Plasencia luego,
Donde Leonarda, como á tal hermano,
Le dió parte de aqueste casamiento.
Y de la ejecución está contento.
Hácese información en esta tierra
Por don Luis para el hábito que digo,
Y aquí pienso á don Carlos hacer guerra.

FINEO.

¿Cómo, si es su cuñado y es su amigo?

FULGENCIO.

Hoy verás si quien ama acierta ó yerra.

FINEO.

Pues ¿qué he de hacer?

FULGENCIO.

Afirmarás conmigo
Lo que me oyeres.

FINEO.

Basta.

FULGENCIO.

Don Luis viene.

FINEO.

Firmes en un papel los ojos tiene.

Sale D. Luis, leyendo un papel; Avendaño, criado; Galindo, lacayo de D. Carlos, que le ha traído el papel.

DON LUIS.

Dile á don Carlos, Galindo,
Que he leído su papel,
Y aunque no respondo á él,
Que de palabra le rindo
Gracias de su cortesía.

GALINDO.

Vendrás muy gran cortesano.
Yo apostaré que al verano
Te llamamos señoría.

DON LUIS.

¿Cómo?

GALINDO.

Porque ya tendrás
El lagartado en el pecho,
Y tan grave, que sospecho
Que no me conocerás.
En buena fe, que acertó
Su Majestad en marcarte
Con tal mancha, por sacarte
La que algún necio te dió.
Agora sí que envidiado
Por la ciudad andarás,
Y al descuido mostrarás
El remiendo colorado.

DON LUIS.

Ese día no se excusan
Á Galindo unos gregüescos
De aquestos medio tudescos
Que allá en la corte se usan.

GALINDO.

Pues mal año, si hay torillos
Y sales con lanza al coso;
Iré á tu lado brioso

Con rejones amarillos.
Y ¡vive el coime sagrado!
Si alguno te acierta á dar,
Que le he de desjarretar
Con ésta de Lope Aguado.

DON LUIS.

Famoso estás, Galindillo.
Dale un vestido, Avendaño.

AVENDAÑO.

¿Cuál?

DON LUIS.

El de mezcla.

AVENDAÑO.

¡Buen paño!

GALINDO.

¿Hay pestaña?

AVENDAÑO.

Y molinillo.

GALINDO.

Vivas más que un campanario;
Eres noble á toda ley;
Tantas cruces te dé el Rey,
Que parezcas un calvario.
Pues, Avendaño, ¿á qué hora
Iré por este vestido?

AVENDAÑO.

Allá á la tarde.

GALINDO.

Eso pido.

AVENDAÑO.

¿Qué dicen de mi señora?

GALINDO.

Que se casa con mi amo.

AVENDAÑO.

¿Es cierto?

GALINDO.

Ya lo has de ver.

AVENDAÑO.

Amistad hemos de hacer.

GALINDO.

Como á un hermano te amo.
¿Qué lugarejo es Madrid?
¿Cómo ha ido por allá?
¿Está bueno?

AVENDAÑO.

Bueno está;
Puédele vivir el Cid.

GALINDO.

¿Tiene buenas delanteras
De casas?

AVENDAÑO.

Á la malicia.

GALINDO.

¿Qué se trata?

AVENDAÑO.

De milicia.
Todo es cajas y banderas;
Que va Carlos á Alemania
Contra Lutero.

GALINDO.

¡Oh traidor!
Dios le traiga vencedor.
¿Qué hay del turco?

AVENDAÑO.

Entró en Albania.
Y aun dicen que allá en Viena
Irá el hijo de Felipe,
Antes que á entrar se anticipe.

GALINDO.

¡Gran valor!

AVENDAÑO.

Esto se suena.

GALINDO.

¿Hay buen vino por allá?

AVENDAÑO.

Hijo, la corte es un mapa,
Donde todo se traslapa:
Todo falta y todo está.
Milagros hace el dinero.

GALINDO.

¿Fregonas?

AVENDAÑO.

Haylas á pares
En un río Manzanares,
De mayor nombre que Duero.

GALINDO.

¿Por qué?

AVENDAÑO.

Porque todo el año
Corre jabón.

GALINDO.

¡Ved qué ensayos!

AVENDAÑO.

Y son sus olmos lacayos,
Y sus flores lienzo y paño.

GALINDO.

¿Topaste alguna?

AVENDAÑO.

¡Y qué tal!
Mas con la humedad del río
Pegóme cierto humor frío,
Que doy voces y ando mal.

GALINDO.

Mejor fruta hay en la Vera,
Que hay truchas entre pizarras.

AVENDAÑO.

Doy al diablo estas bizarras.

GALINDO.

Voyme.

AVENDAÑO.

Adiós.

GALINDO.

Allá me espera

Vase.

FINEO.

Hablarle puedes agora.

FULGENCIO.

¡Señor don Luis!

DON LUIS.

¡Oh Fulgencio!

FULGENCIO.
¡Oh don Luis! Este silencio,
Cuando de estado os mejora
La fortuna, da á entender
Que tenéis algún cuidado.
DON LUIS.
Lo menos se ha negociado,
Y lo más falta de hacer.
FULGENCIO.
Si andáis en la información,
Aunque es negocio más llano
Que la palma de la mano,
No os falta contradicción.
DON LUIS.
No me espanto. Que al más libre
De que puedan murmurar
Suele la envidia buscar.
FINEO.
¿Quién hay que de ella se libre?
FULGENCIO.
Yo conozco un caballero
Que emparentaba con vos,
Y hoy nos ha dicho á los dos
Que es contra vos el primero,
Y aun á serlo nos incita;
Pero sabemos muy bien
Quién sois, y lo que él también
Con su engaño solicita.
Que porque ha dado en querer
Á Estela, y salirse afuera
De la voluntad primera
Que tuvo á cierta mujer,
Os ha hecho mal nacido,
Y habla mal en vuestro abuelo.
DON LUIS.
¡Castigo venga del Cielo
En hombre tan fementido!
¿Es don Carlos?
FULGENCIO.
Yo no os digo
Quién es ése, pues os toca;
Miradlo y callar la boca.
DON LUIS.
¡Ah, don Carlos, falso amigo!
FINEO.
No nombréis á nadie aquí,
Que nadie os dice quién es,
Y se negará después,
Si vos lo decís así.
Basta haberos avisado
Y en vuestro honor advertido.
DON LUIS.
Don Carlos, ¿yo mal nacido?
¡Y tú, hasta ayer, mi cuñado!
¿Es esto lo que á la corte
Me escribías? ¡Ved qué mengua
De un noble! ¡Ah traidora lengua,
La espada del Cielo os corte!
¿No se hallará otro camino
Para dejar á mi hermana,
Sino en mi probanza llana
Este infame desatino?
No diré á lo menos dél
Que es mal nacido y villano;
Que hombre que he llamado hermano
No he de poner falta en él.
Que es noble diré, por Dios,
Pues dice que soy villano;
Porque así será muy llano
Que mentiremos los dos.
Si hay muertes que satisfagan
Los agravios y las iras,
Casi también las mentiras
Unas con otras se pagan.
Cierto que no lo sabía:
Ausencia todo es cautela;
Antes pensé yo que á Estela
Agradaba don García.
Bien la pudo pretender
Don Carlos sin mi deshonra;
Que yo entiendo que mi honra
No la ha podido ofender.
Que es mi hermana hermana mía,
Y por sí misma tan buena,
Que quita al alma la pena
Y al honor la fantasía.
Este papel me escribió:
Dice en él que quiere hablarme:
Querrá las causas mostrarme
Por qué la fe me rompió.
Y habrá de ser la primera
La que dicen que ha jurado.
FULGENCIO.
Ni sé que os haya injuriado,
Ni á saberlo os lo dijera.
Sin nombre os digo que un hombre.
Esto ha hecho contra vos.
DON LUIS.
¡Decís el hombre los dos,
Y estáis encubriendo el nombre!
Todo temor es villano;
Quien le tiene, poco medra,
Ya que tirasteis la piedra,
¿Para qué escondéis la mano?
Carlos es quien me ofendió,
Y éste decírmelo, ha sido
Que á los dos os ha ofendido,
Y queréis que os vengue yo.
Pues yo lo haré.
FINEO.
Si él me hubiera
Ofendido, no aguardara
Á que nadie me vengara.
FULGENCIO.
Ni yo, si don Carlos fuera
César, Rodamonte, Alcides.
DON LUIS.
Ahora bien, sea lo que fuere.
FINEO.
Ved la malicia que infiere.
DON LUIS.
¡Ah honor, qué venganza impides!

FULGENCIO.
Lo que nació de amistad
Atribuye.
FINEO.
Estoy.....
FULGENCIO.
Dejalde.
FINEO.
¿Ha de llevarse de balde
Esta loca libertad?
DON LUIS.
Vente conmigo, Avendaño.
AVENDAÑO.
¡Oh qué mal, señor, has hecho!
Que éstos buscan tu provecho.
DON LUIS.
Mal, si me dicen mi daño.
¡Húndase el mundo primero
Que lleve un hombre de bien
Palabras á nadie!

Vanse los dos.

FINEO.
¡Bien!
FULGENCIO.
Buen efecto agora espero.
FINEO.
Rabiando voy de pesar.
FULGENCIO.
Grande máquina intenté;
Pero ya que comencé,
Hasta el fin no he de parar.

Salen Galindo y D. Carlos.

DON CARLOS.
¿No respondió por escrito?
GALINDO.
Fué porque le hallé en la calle.
DON CARLOS.
¿Galán viene?
GALINDO.
Y de buen talle.
¿No te has holgado?
DON CARLOS.
Infinito;
Ya ves tú si emparentar
Con un hombre que en su pecho
Traiga una cruz, habrá hecho
Placer en tanto pesar.
GALINDO.
En casándote, ¡también
La traerás tú!
DON CARLOS.
Así la nombro.
GALINDO.
Mas no en el pecho, en el hombro.
DON CARLOS.
Pienso que ha de estarme bien,
Porque es Leonarda muy bella.
GALINDO.
Sí, pero ten atención,
No venga la condición
Como lo que cuentan de ella.
DON CARLOS.
Por Dios, que hay lindos sucesos.
GALINDO.
La mano ayer me pidió,
Y de suerte me apretó,
Que me crujieron los huesos.
Guárdate reñir con ella
Cuando te la den los Cielos,
Y guarda de darla celos
Ni en un cabello ofendella;
Que te dará bofetada,
Si te alcanza, de revés,
Que te quede por un mes
Toda la mano estampada.
Haz cuenta que te desposas
Con Hércules.
DON CARLOS.
¿Aún no callas?
GALINDO.
Con un gigante batallas,
Hecho de nieve y de rosas.
DON CARLOS.
¿No miras que hay gente aquí?
FULGENCIO.
¡Oh, señor don Carlos!
DON CARLOS.
Creo
Que os trajo aquí mi deseo.
¿Venís triste? ¿Cómo así?
FULGENCIO.
Con esta nueva mudanza
De don Luis.
DON CARLOS.
¿Es ironía,
Por ver que de su alegría
La mayor parte me alcanza?
FINEO.
¿Disimuláis?
DON CARLOS.
No lo entiendo.
FULGENCIO.
¿Dar don Luis vuestra Leonarda
Á otro hombre no os acobarda?
DON CARLOS.
¡Qué alegre me estoy muriendo!
Sin duda que con sangría
Me quiso matar amor;
Que no sintiendo dolor,
El alma se me salía.
¿Don Luis, Fulgencio, concierta
Casar con otro á su hermana?
FULGENCIO.
¿Fama de cosa tan llana
No ha entrado por vuestra puerta?
Después que esta cruz le dieron,
Tan grave con ella está,
Que dice que no os la da,

Por cosas que le dijeron
Pasando por Talavera,
De donde sois natural.

DON CARLOS.

Si enemigos hablan mal,
Amigos buscar pudiera.
Yo soy noble conocido,
De cuatro abuelos hidalgo,
Y él no sé si topa en algo,
Aunque la cruz ha traído.
La que ¡vive Dios! que ponga
Tan tarde al pecho, que vea
Que no hay bien que se posea
Que envidia no descomponga.
Seré el primero que diga
Cosas; pero basta así,
Que hablando dél, hablo en mí,
Y mi propio honor me obliga.
¿Tanta gravedad le ha dado,
Tanto le ha desvanecido
La merced que ha recibido
Por el servicio pasado?
¿Qué pierna ha traído menos
De Flandes? ¿Qué manos rotas?
¿En qué campos, en qué flotas
Sueldo ha tirado á lo menos?
¿Él ha visto un puerto, un dique?
Tuvo buen padre; eso basta.
¿En una casa tan casta
Mancha ha hallado que publique?
¿Ya no le parezco limpio?
¿Ya con mi sangre le ofendo?
Pues presuma que desciendo
Desde Júpiter Olimpio.
Pues si esas soberbias fragua,
Juntemos sangres un día
Y verá encima la mía,
Como el aceite en el agua.
¡Rapaz loco!

FINEO.

¿Dónde vais?

DON CARLOS.

No sé, que pierdo el juïcio.

FULGENCIO.

Bien han dado el claro indicio
Las voces que al viento dais;
Reportaos, que bien podéis
Satisfacer este engaño.

DON CARLOS.

Sospecho que es mayor daño;
Mal su intención entendéis.
Querrá, por no me la dar,
Poner falta en mi linaje.

FINEO.

Sin duda.

DON CARLOS.

¿Pues ese ultraje
Conmigo se ha de usar?
Con menos daño podía
Quitarme á Leonarda ya.
¿Sabéis á quién se la da?

FULGENCIO.

Sospecho que á don García.

DON CARLOS.

¿Y es don García mejor,
Galindo?

GALINDO.

Señor.....

DON CARLOS.

¿Qué sientes?

GALINDO.

Que los amantes y ausentes
Traen peligroso el honor.

DON CARLOS.

Ven; que en este desengaño
Gran mal estaba escondido.

GALINDO.

¡Miren por donde he perdido
El vestidillo de paño!
¡Cuerpo de tal! ¿no podían
Decírselo de aquí á un mes?

Vanse D. Carlos y Galindo.

FULGENCIO.

Ya de mis engaños ves
Qué ramas y flores crían.

FINEO.

Si así corresponde el fruto,
Paga tributo al amor.

FULGENCIO.

Hasta quedar vencedor
No pienso pagar tributo.

Vanse, y salen D. Luis y Leonarda, su hermana, ya de dama.

LEONARDA.

¿Eso me cuentas, hermano,
De don Carlos?

DON LUIS.

Esto ha hecho.

LEONARDA.

El corazón en el pecho
Detiene apenas la mano.
¿Con Estela trata amores
Y ha jurado contra ti?

DON LUIS.

Sí, Leonarda.

LEONARDA.

¿Cómo sí?

DON LUIS.

Sufre, vuelve en ti, no llores.

LEONARDA.

¿Qué es sufrir, ni llorar tanto?
Si los ojos con la injuria
Muestran agua, es ira, es furia,
Que no procede de llanto.
Que, como en el alta esfera
Han de subir humedades
Para hacer sus calidades

Fuego que á ser rayo espera,
Así en mis ojos se fragua
Agua de enojo, que luego
Se ha de convertir en fuego,
Y así es fuego, que no es agua.
No siento que me dejase
Por Estela, que hoy la vi
En la feria, donde fuí
Á que me desengañase;
Que fingió no conocerme.
Y una sortija le dió
Que por favor le dejó,
Pues harto pierde en perderme,
Siento que se haya atrevido
Para jurar contra ti.

DON LUIS.

Espera un momento aquí.

LEONARDA.

Que no le busques te pido;
Aguarda tiempo y lugar
Que puedas vengarte dél.

DON LUIS.

Ni aun pienso verme con él.

LEONARDA.

La palabra me has de dar
De que hasta que yo te avise
No le hablarás.

DON LUIS.

Yo la doy.

LEONARDA.

Júralo.

DON LUIS.

Á fe de quien soy,
Aunque la boca me pise;
Que por tan cuerda te tengo,
Que mi agravio, mi disgusto
Pongo en manos de tu gusto.

LEONARDA.

Vete agora.

DON LUIS.

Luego vengo.

LEONARDA.

Oye.

DON LUIS.

¿Qué quieres?

LEONARDA.

No digas
Á ningún amigo nada.

DON LUIS.

Ni tú á la más regalada,
Leonarda, de tus amigas.
Que al villano yo pondré
A su tiempo tal cautela
Que no le defienda Estela.

Vase.

LEONARDA.

¡Ah falso, ah traidor sin fe!
¿Así me desconocías,

Sale Avendaño.

Con los serranos despojos,
Y á Estela á mi propios ojos
Tantos amores decías?

AVENDAÑO.

Aquí, mi señora, están
Estela y Teodora.

LEONARDA.

¿Quién?

AVENDAÑO.

Teodora y Estela.

LEONARDA.

Bien;
Á darme cuenta vendrán
De su nuevo casamiento.

Salen Estela y Teodora, de damas.

Pues ¿dónde bueno, señoras?
¿Tan de prisa y á estas horas
Anda en la cabeza el viento,
Muévense á compás los pies
De la veleta de arriba?
¿Qué hay de boda? Que, así viva,
Que andamos buenas las tres.
¿De qué están mudas y en calma?
¡A don Carlos buscarán!
Pues ya aquí no le hallarán,
Si no le traen en el alma.
¿Estela, aún no te has casado
Y ya le buscas celosa?

ESTELA.

Habla, finge. ¡Linda cosa!
¡Oh qué melindre extremado!
Riñe, adelántate, di,
No lo dejes, ve delante.

LEONARDA.

¿Qué queréis que me adelante?
Ya no está ese hidalgo aquí.
Y aunque linces os volváis,
No le hallaréis en mi pecho.

TEODORA.

¡Muy mal, Leonarda, lo has hecho!

LEONARDA.

¡Bueno, á fe! ¿de mí os quejáis?
¿Qué dices, Teodora?

TEODORA.

Espera;
Que en tus fuerzas confiada,
Arrogante de la espada,
Más que Alejandro pudiera.
No mirando que á mujer
Conviene el aspa y la rueca;
Que la que esto deja, trueca
Su condición y su sér,
¡Te atreves á liviandades
Con tus amigas!

LEONARDA.

¡Qué bien!
¿Pues tú, Teodora, también

Me riñes y persuades?
  Téneme á don Carlos ya
Estela, como á marido,
¿Y á reñirme habéis venido?
¡No me habléis, quitaos allá!

ESTELA.

  ¡Qué bien has disimulado
El tener á don García,
A quien han dado este día
El parabién de casado!
  Pues, aunque más fuerte seas,
No le gozarás, traidora.

LEONARDA.

¡Hola, Avendaño!

AVENDAÑO.

Señora.....

LEONARDA.

Quiero que tu engaño leas.
  Cierra esa puerta, y ¡por Dios!
Que han de ver aquestas damas
Que soy hombre!

ESTELA.

¿Paces llamas?
Miedo tienes de las dos.

LEONARDA.

  Eso de miedo me agrada.
Veréis, si á las manos vengo,
Que en vosotras dos no tengo
Para la primer puñada.
  ¡Hame á don Carlos quitado,
Y pídeme á don García!

Salen D. García y D. Carlos.

DON GARCÍA.

Viniendo en mi compañía
Podéis entrar confiado;
  Mas mirad que no digáis
Aquí alguna impertinencia;
Considerad mi paciencia,
Para que de ella aprendáis.
  Que si Estela me ha dejado,
Como me han dicho, por vos,
Yo la dejaré, por Dios.

DON CARLOS.

Yo sé que os han engañado.
  Y si vos sois tan devoto
Que fraile os queréis meter,
Yo no sé si he de poder,
Y por eso no hago voto.

TEODORA.

  ¡Don Carlos y don García
Se han entrado!

LEONARDA.

Sí harán.
Habla, Estela, á tu galán.

ESTELA.

Harto bien, por vida mía.
  Tú puedes llegarle á hablar.

DON CARLOS.

Á solas, Leonarda fiera,
Hablarte un rato quisiera.

LEONARDA.

Agora tienes lugar.

DON CARLOS.

  ¿Y á solas?

LEONARDA.

Ya se acabó;
Tendrá celos tu mujer.

DON CARLOS.

¿Quién?

LEONARDA.

Estela.

DON CARLOS.

Eso es querer
Que diga lo mismo yo.
  Pero pase don García,
Ya que no te puedo hablar,
Y ocupará mi lugar,
Porque hable á Estela, si es mía.

LEONARDA.

  Ya, don Carlos, es en vano.

DON CARLOS.

Espera.

LEONARDA.

¿Cómo podré,
Á quien me niega la fe
Y jura contra mi hermano?

Vase.

DON CARLOS.

  Seguirte tengo, por Dios.

ESTELA.

¿Esto sufrís, don García?

DON GARCÍA.

Si es agravio, ingrata mía,
Partámosle entre los dos.
  Que con don Carlos casada,
Que hoy un anillo te dió,
Quedando contigo yo,
Será la burla trocada.

ESTELA.

  No será; porque si diste
Una cadena á Leonarda,
Que ya como tuya aguarda
Lo que allí le prometiste,
  Ni ofendido ni celosa
Puede haber, que yo lo soy.
Ven, Teodora, que me voy.

Vase.

DON GARCÍA.

Escucha, víbora hermosa;
  Oye, detenla, Teodora.

TEODORA.

¿Cómo puedo detenella?

DON GARCÍA.

Oye, no vayas con ella;
Escúchame sola agora:
  Dile que estas sinrazones

Tendrán fin con esta vida.

TEODORA.

En honra tan ofendida,
¿Qué importan satisfacciones?

DON GARCÍA.

Duélete, amiga, de mí.

Sale don Rodrigo.

DON RODRIGO.

¿Cómo que de ti se duela
Don García?

DON GARCÍA.

¡Ay, dulce Estela!

DON RODRIGO.

¿Disimulas?

DON GARCÍA.

¿Cómo así?

DON RODRIGO.

¡Pues requiebras á Teodora,
Y asidos sus brazos tienes!

DON GARCÍA.

¡Qué deslumbrado que vienes!

DON RODRIGO.

¿Y llamas á Estela agora?
¡Ah, falso amigo!

TEODORA.

¿Estás loco?
¿No ves que me está rogando
Que hable á Estela?

DON GARCÍA.

Estoy pensando
Que estimas tu honra en poco.
Yo la ruego que me ablande
Un tigre que me llevó,
De aquí el alma.

TEODORA.

Y gusto yo
De que serville me mande.
Vete, Rodrigo, en buen hora.

DON GARCÍA.

Averiguad vuestros celos,
Entretanto que los Cielos
Me vuelven mi ausente aurora.
¡Ay Estela, falsa estrella,
Contraria á todo mi bien!

Vase.

DON RODRIGO.

¡Muéstrame agora desdén,
Por tu vida, ingrata bella!

TEODORA.

No te he de hablar en mi vida,
Por la pena que me has dado.

DON RODRIGO.

Pues voyme, si lo has jurado.

TEODORA.

¿Y si estoy arrepentida?

DON RODRIGO.

Si lo estás te abrazaré.

Abrázala.

Salen D. Luis y dos lacayos con dos cañas.

DON LUIS.

Dale, que es don Carlos, dale.

DON RODRIGO.

¿Hay maldad que aquésta iguale?
Á mí, villanos, ¿por qué?

LACAYO 1.º

¿No es don Carlos?

DON RODRIGO.

Don Rodrigo
Soy.

TEODORA.

¡Ay de mí!

DON LUIS.

Tente, tente.

DON RODRIGO.

¡Tenerme, ah perro, insolente!

DON LUIS.

Don Luis soy, y soy tu amigo;
Que por don Carlos te tuve.

DON RODRIGO.

Matarte tengo, traidor;
Porque aunque es sol el honor,
Le cubre cualquiera nube.

ACTO SEGUNDO.

Salen don Luis y Leonarda.

LEONARDA.

¡Que hubiste de ser mi hermano,
Vive el Cielo!

DON LUIS.

Calla agora,
Que ya el mundo en honra adora.

LEONARDA.

Aparta, quita la mano;
Que no hay honra más forzosa
Que la palabra.

DON LUIS.

Es así.

LEONARDA.

Pues ésta me diste á mí,
Y es honra y ley rigurosa.

DON LUIS.

No hay entre hermanos palabra,
Y así no hay honra que obligue.

LEONARDA.

¡Oh, que el Cielo te castigue
Y hasta la tierra se abra!
¿La honra puede faltar
De ninguna parte, siendo
Las manos que están ciñendo

El mundo?

DON LUIS.

Cesa de hablar;
Que yo en verdades me fundo,
Que lo demás es donaire.

LEONARDA.

¿No ves que la honra es aire
En que se sustenta el mundo?
Y como no puede estar
Ningún cuerpo sin aliento,
La honra es el elemento
Con que se ha de respirar.

DON LUIS.

Luego si te diera yo
Un bofetón, ó tú á mí,
¿Era caso de honra?

LEONARDA.

Sí.

DON LUIS.

¿Siendo tu hermano? Eso no.

LEONARDA.

¿Cómo no? ¿Nunca has oído
Que su padre al Cid mordió
Un dedo, cuando intentó
Que le vengase ofendido?
Y le dijo: «Á no ser padre,
Os diera en esta ocasión,
Láinez, un gran bofetón.»

DON LUIS.

¿Y eso quieres que te cuadre?
Harto más me cuadra á mí;
Pues si levantas la mano
Dirás: «A no ser mi hermano,
Quizá la pusiera en ti.»
¿Ves cómo te has condenado?
¿Ves cómo no puede haber
Honra entre hermanos, ni ser
De hermano á hermano afrentado?
Y por la misma razón,
Que no te afrentó el quebrar
La palabra.

LEÓNARDA.

¿Puedes dar
De tu error satisfacción?
¡Loco, rapaz, atrevido!
Pues afrentabas un hombre
Que tuvo á lo menos nombre
De tu hermano y mi marido.
Si algunas prendas tuviera
Con que fuera ley forzosa
Casarme con él, ¿qué cosa
Remediar tu error pudiera?
¡Buenos quedaran, por Dios,
Nuestros padres, con un yerno
Afrentado, y yo en eterno!

DON LUIS.

Ya estamos libres los dos:
Tú con haberle entregado
Prendas suyas, como es justo,
Yo cumpliendo con mi gusto
Y habiendo la suerte errado.
Que bien verá don Rodrigo
Que no hay que ofenderle pueda.

LEONARDA.

Sí; ¿mas no ves que te queda
Don Carlos por enemigo?

DON LUIS.

Gente, hermana, le apacigua,
Que hace grande diligencia.

LEONARDA.

Yo no he de estar en Plasencia
Mientras esto se averigua.
Las botas me he calzado,
La saya corta que ves,
Que honestamente los pies
Muestra de este y de aquel lado.
Esta espuela, este sombrero,
Son para irme al monte.

DON LUIS.

Tente;
Que en ocasión tan urgente
Es crueldad.

LEONARDA.

Allá te espero.

DON LUIS.

¿Sin ti me dejas, Leonarda,
En tan extraña ocasión?

LEONARDA.

No espere más galardón
Quien mal la palabra guarda.
¡Hola!

AVENDAÑO.

Señora.

LEONARDA.

¿Está ya
Ensillado el *Andaluz*?

AVENDAÑO.

Sentido está de la cruz.

LEONARDA.

¿Puede salir?

AVENDAÑO.

No podrá.

LEONARDA.

¿Y el *Rosillo*?

AVENDAÑO.

Está clavado.

LEONARDA.

¿Pues qué ensillan?

AVENDAÑO.

El *Tordillo*.

LEONARDA.

¿Con qué aderezo?

AVENDAÑO.

Amarillo,
Sobre cuero de venado.

LEONARDA.

Dame, Avendaño, la espada.

AVENDAÑO.

Cuchillo de monte había.

LEONARDA.

No es, Avendaño, este día
Para guarnición dorada,

Ni de cuchillo de monte;
Que anda todo de cuestión.

Sale Carpio, criado.

CARPIO.
Asir puedes el arzón;
Señora, á caballo ponte.

LEONARDA.
¿Está apercibido ya?

CARPIO.
Á punto está.

LEONARDA.
¿No hay mochila?

CARPIO.
Ya está envolviendo Camila
Lo que has de llevar allá.

LEONARDA.
¿Qué llevo?

CARPIO.
Un gentil jamón
De Alcántara.

LEONARDA.
¡Con qué hambre
Lo dices! ¿Y qué, hay fiambre?

CARPIO.
Un extremado capón,
La bota de lo de á ciento,
Queso y cuatro panecillos.
Que vamos dos monacillos.

DON LUIS.
¿Que esto intentas?

LEONARDA.
Esto intento.

DON LUIS.
Mira, hermana.

LEONARDA.
No hay mirar:
Hombre eres.

DON LUIS.
Adiós.

LEONARDA.
Adiós.
¿Quién va allá?

CARPIO.
Nosotros dos.

AVENDAÑO.
¿Toma estribo?

LEONARDA.
¿Qué es tomar?
¿Será nueva maravilla
Subir sin él?

AVENDAÑO.
¡Gran blasón!

LEONARDA.
Basta que toque el arzón
Para ponerme en la silla.

DON LUIS.
Espera.

LEONARDA.
No puedo más.

DON LUIS.
¡Óyeme!

AVENDAÑO.
¡Cólera fiera!

DON LUIS.
Veréte partir siquiera.

LEONARDA.
¡Adiós, casa!

DON LUIS.
¿Al fin te vas?

Vanse, y entran D. García, Fulgencio, Fineo y el capitán Andrada.

FULGENCIO.
Digo que ha sido traición.

ANDRADA.
Callad; que no lo entendéis.

FULGENCIO.
¿Qué es traición?

DON GARCÍA.
Si no sabéis,
Que preguntéis, es razón.
Diga el señor capitán
Andrada qué siente de esto,

ANDRADA.
Á decirlo estoy dispuesto;
Pero lugar no me dan,
Y pues que vos, don García,
Sois letrado y sois soldado,
Pues, el estudio dejado,
Fuisteis con el Duque á Hungría,
Y en Túnez visteis mil cosas
De la milicia mejor
Que tuvo el Emperador
En sus jornadas famosas,
Dadle á Fulgencio á entender
Cómo se engaña en pensar
Que don Luis pudo afrentar
Á nuestro pariente ayer.
Que el serlo suyo, si fuera
Afrenta, bien muestra claro
Que no tuviera reparo
Si del Rey abajo fuera.

DON GARCÍA.
Traición, Fulgencio, es engaño
Contra el bien público, es muerte
Injusta, y hecha de suerte
Que toca á todos en daño.
Y suélese castigar
Por buena gobernación
Más que por satisfacción
Del daño particular.
Traición es la que se hace
Contra la fe ó la corona.

FINEO.
Y contra una persona,
¿No es traición?

DON GARCÍA.
De traición nace;
Mas llámase alevosía,

Y el vulgo con fraude así
Los nombra.

FULGENCIO.

Siempre entendí
Que por una se tenía.
Sepamos: si yendo un día
Fernando á matar á Juan,
Matase á Francisco, ¿dan
Á este caso alevosía?

ANDRADA.

No; pero sería reo
De la muerte.

DON GARCÍA.

Esas cuestiones
Tienen varias opiniones.
Yo, por sin duda, lo creo.
El homicidio sin dolo
Excusan muchos.

FULGENCIO.

Mirad
Que es muy mala la maldad;
Y por este ejemplo sólo:
Quien mata al que no le ofende,
Yendo á matar al culpado,
Por más alevoso es dado.

DON GARCÍA.

La inocencia le defiende.

FULGENCIO.

No hace, pues ofendió
Al que no lo merecía,
Y es mayor alevosía,
Pues al seguro mató.
Y esto en don Luis está llano,
Ofendiendo á don Rodrigo,
Siendo su deudo y su amigo.

DON GARCÍA.

¡Oh! ¡Cómo cargáis la mano!
Antes es mi parecer
Que es don Carlos afrentado,
Pues en su nombre y culpado
Al otro pudo ofender.

ANDRADA.

Eso tiene que tratar
Despacio.

FULGENCIO.

¡Qué extraño enredo!

DON GARCÍA.

Lo que por agora os puedo,
Señores, aconsejar
Es que don Luis dé á Leonarda
Por mujer á don Rodrigo,
Siendo su hermano y su amigo.

ANDRADA.

Extremada traza.

FULGENCIO.

Aguarda;
Que no la apruebo.

FINEO.

Ni yo.

DON GARCÍA.

¡Notable intención mostráis!
Sospecho que procuráis
Que esto se encienda.

FULGENCIO.

Yo no.

FINEO.

Ni yo he procurado más
Que tus paces.

DON GARCÍA.

No lo creo.
Pues tan extraño deseo
Á todo mostrando estás,
Que se case don Rodrigo
Con Leonarda no defiendes.

FULGENCIO.

Hágolo, si no lo entiendes,
Porque es don Carlos mi amigo.
Si es afrentado, por Dios,
Que si el casarse es remedio,
Que ha de partirse por medio
Y casalla con los dos.

DON GARCÍA.

No, que pues con la intención
Don Luis le ofendió, no es justo
Imaginar darle gusto
Sin llegar á ejecución.
Y á don Rodrigo, que fué
Con las obras agraviado,
Darle á Leonarda.

FINEO.

Tú has dado
Justa sentencia.

DON GARCÍA.

Esto sé.

FINEO.

Fulgencio, mira por ti;
Basta haber dado ocasión
Con tu engaño é invención
Á lo que ha pasado aquí.
Deja casar á Leonarda,
No se declare el enredo.

FULGENCIO.

¡Ay, Fineo! ¿Cómo puedo?
¿No ves que amor me acobarda?

FINEO.

¡Oh, reniego del amor,
Si aquesta traición sabida
Te viene á costar la vida!

DON GARCÍA.

Este es el medio mejor.

ANDRADA.

Oid, que se me ha ofrecido
Que cuando don Luis llegó,
Á don Rodrigo le halló
Del brazo á Teodora asido.
Ya sabes que es mi sobrina;
Preguntémosla primero
Si hay algo.

DON GARCÍA.

Yo me prefiero
Á que calle.

ANDRADA.

Pues camina.

DON GARCÍA.

Antes es mejor saber
El gusto de don Rodrigo.

ANDRADA.

Que lo ha de querer os digo.

DON GARCÍA.

Leonarda es bella mujer.

ANDRADA.

Por no obligarse á matar
A don Luis, nos dará albricias.

Vanse D. García y el Capitán.

FINEO.

Tarde á Leonarda codicias;
Bien te puedes consolar.

FULGENCIO.

Como se aumenta el deseo
Con cualquiera privación,
Así también la pasión
Aumenta el amor Fineo.
Déjame á Leonarda hablar.

GALINDO.

¿Habéis visto á mi señor?

FULGENCIO.

¿Dónde con tanto furor,
Galindo?

GALINDO.

Voyle á buscar;
Que Leonarda es ida á caza,
Y estále bien que la siga.

FULGENCIO.

Y á mí mejor que prosiga
El discurso de mi traza.
Toma un caballo, Fineo,
Y vente al monte conmigo.

FINEO.

¡Triste de mí, que te sigo,
Si te despeña el deseo!

GALINDO.

¡Que sea tan desdichado
Que en ninguna casa esté,
Y en ocasión que se ve
De tantas cosas cercado!
Allí con la libertad
De don Luis, que en fin ha sido
El que ha llamado ofendido
La opinión de la ciudad.
Allá con el desamor
De Leonarda, que le olvida,
Porque le llama homicida
De su gusto y de su honor.
Pero ¡ay Cielos! éstos son
Teodora, Estela y don Carlos.
Quiero primero escucharlos.

Salen Estela, Teodora y D. Carlos.

ESTELA.

Esta ha sido la ocasión.

DON CARLOS.

Como Estela, yo he jurado
Contra don Luis; pierdo el seso.

ESTELA.

La ocasión de este suceso
De esta causa ha resultado.

DON CARLOS.

¿Pues cómo? Hacer oraciones
Al Cielo y á las remotas
Imágenes más devotas
Mil novenas y estaciones,
Porque fuese mi mujer
Leonarda, y los ordinarios
Con mil ruegos necesarios
Para obligarla á querer;
Escribir siempre á su hermano
Y en la corte á sus amigos;
Hacer los míos testigos
De que era negocio llano;
Publicarlo por Plasencia,
Como cosa ya acabada;
Ser en presencia estimada;
Ser adorada en ausencia;
Traer sus mismas colores;
Salir al coso con ellas;
Pedir á sus manos bellas
Tantos públicos favores;
Acompañarla á las fiestas
Que todo el mundo lo vía;
Hallarme en su puerta el día
Con tantas armas á cuestas;
No dejar, de puro loco,
Entrar hombre por la calle
Bien vestido ó de buen talle,
Ni en su casa el sol tampoco;
Besar, por dulces despojos,
Con mil tiernas fantasías
De noche las celosías
Donde tocaban sus ojos,
Con otros mil disparates
Que no son para decir,
Da ocasión á presumir
Que esas bajezas me trates!
¡Yo jurar contra don Luis,
Cuando mi hermano no fuera,
Ni á Leonarda pretendiera,
Como sabéis y decís!
¡Yo falsamente quitar
A un caballero el honor,
Que es querer el resplandor
Del Sol intacto manchar!
¡Yo en su noble nacimiento
Poner falta! ¡Ah lengua vil!
¡Ah envidia, viento sutil
Que sale del pensamiento!

ESTELA.

Carlos, tu satisfacción
Bien ocupa mis recelos.

DON CARLOS.

Saben, Estela, los Cielos
Mi limpia y sana intención.

ESTELA.

¿Viento á la envidia llamaste?
Dices bien, que como encierra
En cuatro vientos la Tierra
El Cielo, haciendo un engaste,
Así el corazón que toca
Está en otros cuatro vientos,
Que para varios intentos
Salen del pecho á la boca:
Venganza, aborrecimiento,
Son de primero lugar,
Que bastan á derribar
El más seguro contento.

TEODORA.

¿No estás, Estela, informada
De lo que se dice agora?

ESTELA.

¿Hay algo nuevo, Teodora?

TEODORA.

No más de que estás casada.

ESTELA.

¿Con quién?

TEODORA.

Con don Carlos.

ESTELA.

¿Yo?

TEODORA.

Tú, pues.

ESTELA.

¡Extraña maldad!

TEODORA.

Y que de esta enemistad
El juramento nació;
Que don Carlos, por romper
La obligación de Leonarda,
Con esta ocasión aguarda
Pedirte á ti por mujer.
Y cree que te han culpado,
Y no sé si don García
Lo sabe.

ESTELA.

¡Teodora mía!
De mi pensamiento honrado
No daré satisfacción
Á Plasencia de esta vez;
El Cielo es grande jüez
De nuestra jurisdicción.
Yo he tratado mis verdades
Con don García, y no creo
Que hay en don Carlos deseo
De hacer falsas amistades;
Que es caballero muy noble.

DON CARLOS.

¡Algún demonio anda suelto!

ESTELA.

¡Todo el mundo está revuelto!

TEODORA.

¡Temo que el daño se doble!

DON CARLOS.

Galindo, ¿qué haces ahí?

GALINDO.

Aguardo, señor, que acabes,
Por ser personas tan graves,
Lo que estás tratando.

DON CARLOS.

Di,
¿Has sabido en qué paró
El enojo de Leonarda?

GALINDO.

Jamás de ardiente bombarda
Colado el hierro salió,
Entre el polvorín y el taco,
Como de su boca, allí
Salió un «¡véteme de aquí,
Desvergonzado, bellaco!»

DON CARLOS.

¿Luego no tomó el papel?

GALINDO.

¿Qué es papel? Á estarme quedo,
Creo que en palos y miedo
Te trujera el porte de él.
Porque, alzando la baqueta
Con que el caballo regía,
Si no se empina, hoy tenía
Lindos guantes la estafeta.

DON CARLOS.

¿Qué es caballo? ¡Triste yo!

GALINDO.

Tú tienes gentil despacho.
Vestida de marimacho,
Con seis podencos salió,
Un azor y dos criados,
Que Avendaño y Carpio son,
Á un tordillejo bridón
Batiéndole los costados.

DON CARLOS.

¿Dónde?

GALINDO.

Tres leguas de aquí,
Hacia Gargantalaolla,
Y no sé qué de una polla,
Capón y jamón oí.
De donde vengo á entender
Que hará más que noche allá.

DON CARLOS.

¡Estela, mi bien se va!

ESTELA.

¡Paciencia habrás menester!

DON CARLOS.

Á lo menos, diligencia.

ESTELA.

¿Irás allá?

DON CARLOS.

Ó no vivir;
Ponte, y verásme salir
Como un rayo, de Plasencia,
Sobre aquese corredor.

ESTELA.

Será diligencia justa;
Que en las soledades gusta
De sus regalos amor.

Allí la persuadirás.

DON CARLOS.

Si está dura é importuna,
Lloraré, sin duda alguna.

ESTELA.

¡Por tu vida! ¿Llorarás?

DON CARLOS.

No sé, por Dios, porque estoy
De don Luis muy agraviado.

TEODORA.

¿Cómo, si es ya tu cuñado?

DON CARLOS.

Temblando á reñirla voy.

TEODORA.

Mejor será su amistad.

ESTELA.

Si duraren los enojos,
Allega el lienzo á los ojos,
Aunque le falte humedad,
Y verás cómo se ablanda.

DON CARLOS.

Galindo, ensilla á *Jazmín*.

GALINDO.

¿No vas armado?

DON CARLOS.

¿Á qué fin?

GALINDO.

¡Ah, que vas en la demanda
Del gigante Fierabrás!

DON CARLOS.

Anda, loco, que es mujer.

GALINDO.

Yo del monte he de volver
Con linda leña detrás.

Vanse los dos.

TEODORA.

Pluguiera á Dios que la afrenta
No le diera más disgusto
Á mi don Rodrigo.

ESTELA.

Es justo
Que así don Carlos lo sienta.
Porque, en fin, no le tocó,
Ni á vengarse está obligado;
Y si ha de ser su cuñado
Ninguna cosa perdió.

TEODORA.

¿Haránse estas amistades?

ESTELA.

No entiendo leyes del duelo;
Que se ablandará recelo,
Si tú se lo persüades.
Que las mujeres, Teodora,
Con los que nos quieren bien,
Mucho alcanzamos también,
Si le quieres y él te adora.
Advierte que si le das
Lugar para esta venganza,
Que no te queda esperanza
Para gozarle jamás.

Sale D. García.

DON GARCÍA

Guárdeos, señoras, el cielo.

ESTELA.

¿Dónde, señor don García?

DON GARCÍA.

Siguiendo, Estela, venía
De mi pensamiento el vuelo;
Pero no quiero engañaros:
Que un papel vengo á traer
Á Teodora; aunque por ver,
Mi bien, esos ojos claros,
Que son el regalo y luz
De aquéstos con que los veo.

ESTELA.

¡Juradlo, que no lo creo!

DON GARCÍA.

Si esta guarnición es cruz,
En ella pongo la mano.
Tomad, señora, el papel.

TEODORA.

Las vuestras beso por él.

ESTELA.

¡Buen paje!

TEODORA.

Y muy cortesano.
Abierto viene.

DON GARCÍA.

Es verdad,
Que es del capitán Andrada.

TEODORA.

¿Á qué efecto?

DON GARCÍA.

Está tratada
De don Luis el amistad
Con don Rodrigo, y en casa
De Leonarda se han hablado.

ESTELA.

¿Qué satisfacción le ha dado?

DON GARCÍA.

Que con su hermana se casa.

TEODORA.

¿Don Rodrigo?

DON GARCÍA.

Sí, señora;
Pero dice el Capitán,
Que los conciertos se harán
Si no replica Teodora.

ESTELA.

Lee el papel, por tu vida.

TEODORA.

¡Triste de mí! ¿Cómo puedo?
¡Que estoy temblando de miedo!

ESTELA.

¡Muestra!

TEODORA.

Lee.

ESTELA.

¡Estoy perdida!

Lee.

«Sobrina, en casa de Estela
Habemos hoy hecho amigo
Con don Luis á don Rodrigo,
Si no hay en esto cautela.
Porque la paz se ha tratado
Casándose con Leonarda,
Y solamente se aguarda
Saber si te está obligado.
Que como digas que no,
Se casará don Rodrigo,
Aunque le pese, contigo,
Porque así lo quiero yo.
Tu tío, *Esteban de Andrada.*»

TEODORA.

Decid, señor don García,
¿Queda bien la honra mía,
Ya por Plasencia infamada?
Don Rodrigo dijo sí.
¡Ah, hombres!

DON GARCÍA.

¿Pues en qué agora
Quedáis sin honra, Teodora?
Si hay algo decidlo aquí.

ESTELA.

¡Qué ha de haber! De vos me espanto.
¿Cuando don Luis le ofendió,
En sus brazos no le halló,
Que se ha publicado tanto?
Cuando en secreto á Teodora,
Ese y otros mil le diera,
De ningún daño le fuera,
Pero esto es público agora.
Si él quiere con tal violencia
Salvar su honor de ese modo,
Teodora el suyo.

DON GARCÍA.

Eso todo
Es destrucción de Plasencia.
Mal le aconsejas, Estela.

TEODORA.

Qué ¿no quiere don Rodrigo
Su honor?

DON GARCÍA.

La verdad te digo.

TEODORA.

Mal entiendes su cautela.
Don Luis y él se han concertado
Que de burlas le ofendiese,
Para que ocasión tuviese
Con que hacerle su cuñado.
Quiere á don Carlos romper
La fe y palabra primera,
Por lo que oyó en Talavera.

ESTELA.

¿Hay tal maldad?

DON GARCÍA.

¡Oh mujer!

ESTELA.

¿Y tú andas, don García,
En estos enredos?

DON GARCÍA.

Digo
Que don Luis y don Rodrigo
Serán incendio este día
De su patria y de su honor;
Yo de todo alzo la mano.

TEODORA.

Responderéis al villano
Que paga bien tanto amor;
Y á mi tío le diréis
Que toda Plasencia sabe
Que me abrazó.

DON GARCÍA.

¡Cosa grave!

ESTELA.

Bien dice, y no repliquéis;
Que mañana, don García,
Á la primer liviandad,
Fingiréis otra amistad
Y romperéis con la mía.
Esto les decid.

DON GARCÍA.

Yo voy
Con una mortal tristeza.

Vase.

ESTELA.

¡Guarde don Luis su cabeza!

TEODORA.

Por besar tus pies estoy.
Eres verdadera amiga.

ESTELA.

Tu honor me toca, Teodora.
Leonarda es una embaidora,
Que á llamarla así me obliga.
¿Ves los varios pareceres
Con que quiere á cuantos hombres?

TEODORA.

Así es bien que la nombres;
Pues de todas las mujeres
Se diferencia en tener
Gusto y fuerzas de hombre en todo.

ESTELA.

Ven, y verás de qué modo
Te vengo de esta mujer.

Salen el capitán Andrada, D. Luis y D. Rodrigo.

ANDRADA.

El parabién os doy del buen suceso.

DON LUIS.

Bien sabe don Rodrigo que es injusta
Cualquiera queja que de mí tuviese,
Porque es mi amigo, y le ofendí engañado.
Y esta satisfacción es honra mía,
Que sin el lazo de este parentesco
Puede tener valor para amistades,
Sin ofenderme en nada, pues la digo
Á un hombre á quien no quise hacer ofensa,
Y que en mi vida me ofendió, ni tuvo

Conmigo pesadumbre ni disgusto.

DON RODRIGO.

Don Luis, de tus palabras satisfecho,
Contento de tus obras, que son tales
Que cuando fueran mis agravios ciertos
Bastaran á saldar mayores pérdidas,
Digo que soy tu amigo y soy tu hermano.

ANDRADA.

Daos las manos y brazos; que Teodora
No puede ser que esta amistad impida.
Y vayan luego al monte dos criados
Á pedirle á Leonarda las albricias;
Que yo hablaré á don Carlos esta tarde,
Y por su parte quedará segura.

Sale D. García.

DON GARCÍA.

¡Basta, señores! Que no habemos hecho
Cosa en este negocio de importancia.
Hallé á Teodora en casa de su prima,
Que ya sabéis la condición de Estela;
Y entrambas dicen que Plasencia toda
Sabe que don Rodrigo la abrazaba
Cuando llegó don Luis con sus criados,
Pensando que á don Carlos ofendía.
Y que si quiere honor, que ella pretende
Cobrar también el suyo.

ANDRADA.

Caballeros,
Mi sobrina se entiende, y don Rodrigo
Lo ha hecho mal. Si obligación la tiene,
Deshago los conciertos, y á la espada
Remito esta verdad.

DON RODRIGO.

¡Capitán, paso,
Que yo digo lo mismo! Y desde agora,
Me paso á vuestro lado.

DON LUIS.

Don García,
Todos me habéis traído con engaño
Para matarme aquí.

DON GARCÍA.

Don Luis, yo he sido
En cuanto he hecho honrado caballero.
Y en prueba de esto moriré á tu lado.

Riñen dos á dos y dan voces adentro.

Dentro.

¡Guarda el león, que se ha soltado!
¡Guarda el león!

DON GARCÍA.

¡Ay, Cielos! ¿Qué es aquesto?
Volved, hidalgos, las espadas todos;
Que sin duda el león de don Fabrique
Agora se ha soltado de la jaula.

Sale un león y cuatro ó seis muchachos huyendo delante.

DON RODRIGO.

Pasó corriendo tras aquella gente.

DON LUIS.

Don Rodrigo, esto digo en voces altas:
Yo no os quise ofender, si os he ofendido.
Mas si lo estáis, salid. Aquí os aguardo.

Vase.

DON RODRIGO.

¡Esa sola es la ofensa que me has hecho!
Espera, que ya voy.

DON GARCÍA.

No iréis agora.

DON RODRIGO.

¡Dejadme!

ANDRADA.

¡Deteneos!

DON GARCÍA.

Si os parece
Que es mejor que los dos al campo salgan,
Apadrinad á don Rodrigo.

ANDRADA.

Vamos;
Que allá le han de matar, ó ser amigos.

DON RODRIGO.

Vamos donde la sangre nos iguale.

Dentro.

¡Guarda el león!

DON GARCÍA.

¿Si vuelve?

DON RODRIGO.

Al campo sale.

Vanse.

Salen Leonarda, Avendaño y Carpio.

LEONARDA.

En el lance.....

AVENDAÑO.

Por el cerro
Hizo punta y se caló.

CARPIO.

Creo que en la zarza entró.

AVENDAÑO.

Por allí ladraba el perro.

LEONARDA.

¿Había comido?

AVENDAÑO.

Poco.

LEONARDA.

Qué, ¿iba hambriento?

AVENDAÑO.

¿No lo ves?

LEONARDA.

Muy lerdos tienes los pies.

AVENDAÑO.

Es éste un oficio loco.

CARPIO.

Cien leguas irá.

AVENDAÑO.
Eso siento.
LEONARDA.
Bien le sabe el viento.
AVENDAÑO.
Y como
Es el rocín como un plomo,
Y el ave, en efecto, es viento.....
CARPIO.
Este halcón, aunque mudado,
Es de red.
LEONARDA.
Seguid tras él.
AVENDAÑO.
Aquí escucho el cascabel,
Tras las zarzas de este prado.
LEONARDA.
¡Pues alto! Dadle señuelo.
AVENDAÑO.
¡Húchoho..... hohó..... hohó!

Salen Fulgencio y Fineo.

FULGENCIO.
El señuelo nos llamó.
AVENDAÑO.
Sí; mas no bajáis del cielo.
FINEO.
Danos, Leonarda, las manos.
LEONARDA.
¡Fineo, Fulgencio, amigos!
¿Dónde bueno?
FULGENCIO.
Á ver contigo
Cómo por los vientos vamos.
Va persiguiendo tu halcón
Á las pintadas perdices.
FINEO.
No viene á tal.
LEONARDA.
¿Qué me dices?
FINEO.
Sino á mayor ocasión.
Tú, señora, estás casada.
LEONARDA.
¿Yo? ¿Con quién?
FINEO.
Con don Rodrigo.
LEONARDA.
¿Qué dices?
FINEO.
La verdad digo.
Ya está la paz concertada
De él y don Luis, tu hermano,
Con que seas su mujer.
Deja el halcón y el correr,
Que otro se vino á la mano;
Vuelve á Plasencia, á ser suya.
FULGENCIO.
Antes que á Plasencia vuelvas,
Y á dar el sí te resuelvas,
Importa á la vida tuya
Que me escuches dos razones.
LEONARDA.
¡Qué notable confusión!
FULGENCIO.
Este concierto es traición,
Y á gran peligro te pones;
Que don Rodrigo, por dar
Satisfacción á su honor,
Dió el sí, y díjome el traidor
Que te pensaba matar,
En viéndote en su poder,
Con veneno, porque adora,
Como sabes, á Teodora,
Porque ha de ser su mujer.
Á esto vine, queda adiós;
Y pues en todo difieres,
Leonarda, de otras mujeres,
Quédese esto entre los dos.
Fineo, vamos de aquí.
LEONARDA.
Oye.
FULGENCIO.
No puedo aguardar.

Vanse.

AVENDAÑO.
Parabién te quiero dar.
LEONARDA.
Para mal fué para mí.
AVENDAÑO.
Vuelve, señora, á Plasencia,
Á ser paloma de paz.
LEONARDA.
¡Que intentase este rapaz
Tan extraña impertinencia,
Y que para remedialla
Quiera hacer otra mayor!.....
AVENDAÑO.
No pudo hacer mi señor
Cosa más honrada.
LEONARDA.
¡Calla!
AVENDAÑO.
Pues ¿cómo vivir podía
En Plasencia?
LEONARDA.
No viniera;
Que á Flandes irse pudiera,
Ó, como su padre, á Hungría.
Basta, que á un hombre perdí,
Á quien sólo quise bien,
Y que quiere darme á quien
Apenas el rostro vi.
Pues no ha de ser de esa suerte.
¡Hola, Avendaño!
AVENDAÑO.
Señora.
LEONARDA.
Volved á Plasencia agora,

Y con nuevas de mi muerte.
Decid allá que he caído
De un risco con el caballo.

AVENDAÑO.
No me atreveré á contallo,
Ni á ser tan mal recibido.

CARPIO.
Ni yo, por Dios.

LEONARDA.
¡Pues, villanos,
Daréos de cuchilladas!

AVENDAÑO.
¿De esto, señora, te enfadas?

LEONARDA.
Pues ya conocéis mis manos.

AVENDAÑO.
Ya vamos, y lo diremos.

LEONARDA.
Partid luego.

CARPIO.
Ya nos vamos.

AVENDAÑO.
¡Gentil despacho llevamos!

CARPIO.
¡Tales albricias tendremos!

Vanse.

LEONARDA.
Claro cielo, sol hermoso,
Agua, viento, fuego y tierra,
Verdes enebros armados,
Pardos riscos, blancas peñas,
Murmuradores arroyos,
De mis lastimosas quejas
Ecos, que las vais doblando
Con las sílabas postreras:
Á todos, como testigos
De mi voluntad sin fuerzas,
Hago juramento y voto
De no volver á Plasencia;
De vivir entre estos montes,
En las más cóncavas cuevas,
Entre los silvestres gamos
Y entre las cabras montesas;
De aborrecer á los hombres
Y de tratar con las fieras;
De salir á los caminos
Y hacerles notable ofensa;
De matar y de herir tantos,
Que haya por aquestas cuestas
Tantas cruces como matas,
Tanta sangre como adelfas;
De vestir de sus despojos,
Y de ser en esta sierra
Una esfinge más cruel
Que la que escriben de Tebas.
Pero aquí siento ruïdo.
¡Quiera Dios que alguno sea
En quien pruebe mi venganza
Los filos de su soberbia!

Salen D. Carlos y Galindo.

DON CARLOS.
Aquí quedó.

GALINDO.
Ya me canso.

DON CARLOS.
Al pie de aquestos enebros,
Á quien dice sus requiebros
Aqueste arroyuelo manso,
Dijo Carpio que estaría.
¡Hela allí!

GALINDO.
Sí, por Dios.
Ve delante, que los dos
Juntos es descortesía.

DON CARLOS.
Hermosa fiera, que á los montes vienes
Cansada de matar en las ciudades,
Por ver si entre estas mudas soledades
El mismo imperio con las fieras tienes.
Si quiere el Cielo que el rigor enfrenes,
Escucha de mi pecho las verdades,
Á tiempo que soberbia persüades
Para mí injustamente tus desdenes.
Yo soy aquel á quien la envidia injusta
Ha traído al mayor peligro y mengua,
Pues pudo tu grandeza derribarme.
Si has de matarme, de escucharme gusta.
Y pues para matarme tienes lengua,
Ten oídos también para escucharme.

LEONARDA.
Carlos, si las paces hechas
De don Rodrigo y mi hermano
Te traen, porque sospechas
Que está aguardando esta mano
Á llorar falsas endechas;
Si el ver que, en fin, don García
Se ha de casar con Estela,
Y que el amor este día,
Castigando tu cautela,
Miró la justicia mía;
Si te ha dado celos ver
Que de otro hombre soy mujer,
Y los amores pasados
Te han dado algunos cuidados,
Como suele acontecer,
Ya es tarde, por vida tuya;
Que mujer desengañada
Es grande furia la suya.
No hay ave, del nido echada,
Que así de los hombres huya.
No es bien que tu pecho ame,
Para juntar con su nombre,
El que tan limpio se llame,
Una mujer que es medio hombre
Y un hombre que es medio infame.
Que juraste falso es llano;
Y quéjome en tal suceso,
Ya que lo hiciste, villano,
De que á mí me diste el beso

Para vender á mi hermano.
¡Conmigo amores, don Carlos,
Y con mi hermano traiciones!
Pues ya no pienso escucharlos,
Resuélvome en dos razones,
Que allá puedes emplearlos.
Y que estas peñas también
Viviré por penitencia
De haberte querido bien,
Que no volveré á Plasencia
Porque mil mundos me den.

DON CARLOS.

Señora, señora, advierte.....

LEONARDA.

¿Qué quieres?

DON CARLOS.

Que de mi muerte
Tengas compasión alguna.
No me traiga mi fortuna
El mayor mal, que es perderte.
Si juré contra tu hermano;
Si con Estela traté
Amores, como liviano;
Si la escribí, si toqué
Sus umbrales ó su mano;
Si no ha sido fingimiento
De algún amigo, envidioso
De mi honrado casamiento,
Todo el Cielo poderoso
Castigue mi atrevimiento.
Yo sé bien vuestra limpieza,
Pura y clara como el Sol;
De un linaje sois cabeza,
Que no hay hidalgo español
De más antigua nobleza.
Bastantes satisfacciones
Os dan los rojos leones;
Mas lo sabido os refiero:
Un freile y un caballero
Hacen las informaciones.
De ello traeré por escrito,
Que no he jurado, señora,
Porque sea finiquito,
De los enojos de agora,
Cuya amistad solicito.
¿Yo soy hombre que podéis
Creer de mí tal maldad?
Suplícoos que os informéis,
Y, sabida la verdad,
Del que os engaña, os quejéis.
Mirad, mi bien, que os estimo
Sobre cuanto el Cielo ha hecho.
Don Luis, señora, es mi primo;
Para la cruz de su pecho
Yo he sido el mejor arrimo.
Á mí me han dicho que él fué
Quien mi nobleza infamó.

LEONARDA.

No hables más.

DON CARLOS.

¿Cómo podré?

LEONARDA.

Hombre que tan mal habló,
Para siempre mudo esté.

Vase.

DON CARLOS.

Esa palabra te doy
Y de no hablar mientras viva,
Pues tan desdichado soy.

GALINDO.

Fuése airada y fugitiva;
Temblando, señor, estoy.
Déjala vaya entre fieras,
Malas espinas la pasen
Aquellas plantas ligeras;
Malos barbechos la abrasen
Del trigo que está en las eras.
Mal áspid, mal alacrán
Muerda sus blancos tobillos,
Y sus pies, que huyendo van
Por retamas y tomillos,
Vayan por pez y alquitrán.
Vuelve, señor, á Plasencia.
¡Ah, señor! ¿No me respondes,
Callas? ¡Línda impertinencia!
¿Por qué tu rostro me escondes?
Iréme; dadme licencia.
Ala, ¿despídome ó no?
¡Ah, señor, estoy contigo!
¡Eres mi amo! Él echó
Llave de loba al postigo;
Ved lo que el diablo trazó.
¡Ah, señor, á esotra puerta!
¡Ah, borracho! No hay hablar.
¿Duermes? ¡Ah, señor, despierta!
¡Triste! ¿Así le he de dejar
En montaña tan desierta?
Quiero en Gargantalaolla
Pedir un conjurador
Ó traer de allá un doctor
Que le saque de la cholla
Este frenesí de amor.

Sale el león.

¡Ay Dios, qué gran confusión!
¿Cómo en los montes de España
Se ha visto jamás león?
¡Valedme, fuerte montaña!

Vase.

DON CARLOS.

¿Qué es esto, imaginación?
¿Leones me representas?
Pero, sin duda, es verdad:
Llega, si matarme intentas.
¿Cómo con tanta piedad,
León, á mis pies te asientas?
¡Ah Cielos, las fieras son
Mansas con los hombres ya,
Y una mujer es león!
¡Qué manso á mis pies está!

Pero ya sé la razón.
Éste en la ciudad estaba
En casa de don Fadrique,
Donde yo á veces le daba
Pan ó carne: que éste aplique
Á piedad furia tan brava.
Cielos, planetas, estrellas,
Elementos, tierra, montes,
Peñas, arroyos y ríos
Perezosos y veloces.
Aves de los altos aires,
Peces, animales, hombres,
Sombrosos y altos castaños,
Duros y pálidos bojes,
Verdes é intrincadas zarzas,
Hayas blandas, duros robles,
Celosos toros y vacas,
Ovejas, cabras, pastores,
Oidme los que podéis,
Aunque, en tales ocasiones,
Los montes tienen oídos
Y hasta las pizarras oyen.
Si las aguas tienen lengua
Y su orilla aqueste nombre,
Tengan orejas las aguas,
Esto escuchen y esto lloren:
¡Voto y juramento hago
De que á Plasencia no torne
Hasta que Leonarda diga
Que mi firmeza conoce!
Viviré en esta montaña
Entre animales feroces,
Y será mi compañía
Este rey de los mayores.
Diréle mis pensamientos;
Que desdichas tan enormes
Con bestias se comunican,
Que no son para los hombres.
Iremos juntos de día
Á cazar por esos bosques,
Y donde nos venga á hallar,
Juntos tendremos la noche.
Véngate, Leonarda, bien;
Que esto merece quien pone
En el viento su esperanza:
Vientos siembra y llanto coge.

ACTO TERCERO.

Salen Ircano, Ausonio y Galicio, salteadores.

IRCANO.

Dejar podemos la montaña, Ausonio,
Si no es que esta mujer quiere oficiales
Ó trata con alguno matrimonio,
Pues somos todos en el trato iguales.

AUSONIO.

No pienso que es mujer, sino demonio;
Que entre aquestos romeros y jarales
Quita más vidas que costó la Cava.

IRCANO.

¿Adónde dicen que primero estaba?

GALICIO.

Un villano me dijo que en Plasencia,
Y que es de gente principal nacida,
Y que por ciertos pleitos hizo ausencia,
Y anda en el traje de varón vestida.

AUSONIO.

¡Cólera de mujer! ¡Sin resistencia,
Es furia, es áspid: quitará la vida
Á cuantos de Toledo y Talavera
Pasen á Extremadura por la Vera.
Si no la viera que en aquestos riscos
Con cada cuerpo muerto cruces pone,
Creyera ser demonio.

GALICIO.

Como apriscos
De ovejas, mil cadáveres compone.

IRCANO.

Entre estas murtas, brezos y torviscos,
Ya puede ser que tantos amontone
Que pueda competir con la matanza
Cuanto la margen de este cerro alcanza.
Alistemos las armas, y así, juntos,
La haremos capitana: pues es hembra,
¿Le daremos galán?

GALICIO.

Sin esos puntos
Debe de estar.

IRCANO.

¿Pues qué pan coge ó siembra?
Si es mujer, ¿qué ha de hacer entre difuntos?

GALICIO.

Si parte, si destroza, si desmiembra
Hombres, por odio que á los hombre tiene,
Buscar otro remedio nos conviene.

AUSONIO.

Quedo, que un hombre de este cerro baja.

GALICIO.

¡Todo hombre alerta!

IRCANO.

Aquí detrás le escucha.

AUSONIO.

Sírvanle estas gamarzas de mortaja.
Para nuestra invención su flema es mucha.

GALICIO.

Por ese lado, amigo Ircano, ataja.

IRCANO.

Con alguna pasión batalla y lucha.

GALICIO.

Sin duda es caballero y se ha perdido.

IRCANO.

La vida le perdono, no el vestido.

Sale D. Carlos.

DON CARLOS.

Ya que el hablar me quitas, á lo menos

Las quejas no podrás, Leonarda ingrata.
Quéjase el mar, si el viento le maltrata;
Tiembla la tierra en sus profundos senos;
Silban las troncos, de hoja y ramas llenos,
Y hasta la rueda y clavazón de plata
De sus ejes á veces se desata
Con voces de relámpagos y truenos.
Quéjanse los delfines, los leones,
El toro, el tigre, y tú, como ellos, quieres
Que calle la razón á mi despecho.
Mas como todas fueron sinrazones,
No quieres que se sepa que tú eres
Á la vista mujer, diamante al pecho.

IRCANO.

Téngase, y deje la cobarde espada,
El sombrero y ropilla.

AUSONIO.

¿Dónde iba?

GALICIÓ.

¿No se defiende?

AUSONIO.

¿No responde nada?

IRCANO.

¿Perdióse acaso la montaña arriba?

GALICIO.

¿Va á la corte, Sevilla ó á Granada?
Sin duda que el temor de voz le priva.

AUSONIO.

¡Si era mudo!

GALICIO.

¿No ves que agora hablaba
Y de estas soledades se quejaba?

IRCANO.

¡Á el, digo! ¿Es cavador ó caminante?
Si sabe hablar, harémosle decirlo.

AUSONIO.

Déjale, Ircano.

IRCANO.

¿Hay çosa semejante?
¡Vive el Dador, que estoy por darle un chirlo!

GALICIO.

No le hagas mal; pasemos adelante.

IRCANO.

Aun no basta la espada á divertirlo.

AUSONIO.

Sin duda es loco.

GALICIO.

No lo entiendo.

IRCANO.

Parte,
Y busquemos la vida en otra parte.

Vanse los salteadores.

DON CARLOS.

Pon á tu cuenta, cruel,
Estos golpes de fortuna,
Y verás que no hay alguna
Tan rigurosa como él.
Vesme aquí solo y desnudo
Por tu gusto y obediencia,
Para morir con paciencia.
Y por no perder la vida (1),
Vesme aquí sin defenderme,
Obediente á tu castigo.

Sale Leonarda, como serrana, con capote de dos haldas y faldón de pellejo de tigre y montera de lo mismo, zapato y polaina, espada en tahalí y arcabuz; y un hombre huyendo de ella.

HOMBRE.

¡Piedad, por Dios!

LEONARDA.

Enemigo
De correr, vengo á correrme.
Pero aquí hay un hombre: vete,
Pues me dejas en el puesto
En quien me vengue.

DON CARLOS.

¿Qué es esto?

LEONARDA.

Ya percibo el pistolete.

DON CARLOS.

Sin duda que es mi enemiga.

LEONARDA.

Como toro me has tratado;
Que esta capa me has echado
Para que en fin no te siga.
Pues hoy como el toro haré,
Si tu cautela te escapa,
Que me vengaré en la capa
Del hombre que se me fué.
Pero no acierto ¡ay de mí!
Bien al blanco que pretendo;
Que el alma me está diciendo,
Hombre, que me mato en ti.

Vaya escribiendo D. Carlos con un cayado que trae en el suelo entretanto que ella habla.

¡Jesús, don Carlos parece
Este hombre! ¿Es él? Sí; él es;
Alza el rostro. ¿No me ves?
¡Calla, suspira, enmudece!
¿De dónde vienes? ¿Qué haces?
¿En qué piensas? ¿Qué fabricas?
¿Enmudeces, no replicas?
Bien tus culpas satisfaces,
Que son tantas, que haces bien
En enmudecer con ellas;
Que no podrás defendellas
Aunque mil lenguas te den.
¿Qué te trujo por aquí?
¿Anda en la montaña Estela?
¿Caza acaso, corre ó vuela?
¿Estaba en tus huertas, di?
Sí, que acostado estaría,
Pues viene el traidor desnudo;
Que, celoso, venir pudo
Á prenderle don García.
¡Y salió desnudo huyendo!
¡Todo hombre falso es cobarde!

(1) Falta la rima.

¿Quieres que yo te la guarde?
Que ya deudada me ofendo.
¿Cómo dejaste la espada?
¿Así deja un caballero,
Sin dar mil vidas primero,
Prenda tan noble y honrada?
Tú, traidor, vienes de buenos;
Que al fin la espada perdió;
Mas quien la dama dejó,
La espada fué lo de menos.

Vase D. Carlos.

Sin hablar te vas; es noble;
La venganza le forzó;
Algo en la arena escribió
Con la punta de aquel roble.
Aquí dice: «No hablaré
Mientras no me das licencia»;
Y más delante: «A Plasencia
No he vuelto ni volveré.»
Aquí dice: «Unos ladrones
Me robaron.» ¡Ay de mí!
Basta, que el traidor así
Dió respuesta á mis razones.
Mas, ¿cómo sufro que calle
El haber gozado á Estela?
¿Dónde estás? Pero ya vuela
Midiendo á pasos el valle.
Yo te buscaré, traidor.
¡Ay del hombre desdichado
Que entretanto de este prado
Pise arena, hierba ó flor!

Sale Alejandro, caminante.

ALEJANDRO.
¡Oh, plega al Cielo que antes
Que en su vistosa techumbre
La confusa tierra alumbre
El pabellón de diamantes,
Dentro de Plasencia esté!

LEONARDA.
¿Quién va allá?

ALEJANDRO.
¡Válgame Dios!

LEONARDA.
¿Vas solo?

ALEJANDRO.
Con otros dos.

LEONARDA.
¿Van á caballo ó á pie?

ALEJANDRO.
Á pie y á caballo van.

LEONARDA.
No te turbes.

ALEJANDRO.
¿Sois acaso
La serrana?

LEONARDA.
En este paso,
¿Quién puede ser, ganapán?

ALEJANDRO.
Quisiera yo serlo agora,
Y no conde ó duque aquí.

LEONARDA.
¿Eres de Plasencia?

ALEJANDRO.
Sí;
De Plasencia soy, señora.

LEONARDA.
¿Qué hace don Luis?

ALEJANDRO.
Ayer
Quiso toda la justicia
Prenderle.

LEONARDA.
¿Por qué?

ALEJANDRO.
Es malicia;
Mentira debe de ser:
Dicen que ha muerto á don Carlos,
Porque nunca ha parecido.

LEONARDA.
¿No está preso?

ALEJANDRO.
No han podido.

LEONARDA.
Creo que he de ir á buscarlos.
¿Qué hay de don Rodrigo?

ALEJANDRO.
Ha puesto
Carteles de desafío
Contra tu hermano.

LEONARDA.
No es mío;
Pero vengaréle presto.
¿Qué hay de Teodora?

ALEJANDRO.
No quiere
Á don Rodrigo.

LEONARDA.
¿Por qué?

ALEJANDRO.
Porque te amó.

LEONARDA.
Justo fué;
Rabie el traidor, desespere.
¿Y Estela?

ALEJANDRO.
Que está sospecho
Desde hoy en una alquería.

LEONARDA.
De allá don Carlos salía;
Aun vive amor en mi pecho.
¿Qué queréis celos? ¿No soy
Aquella piedra que fuí?
¿Esto ha de pasar por mí?
¿Qué me detengo? Allá voy;
Pero no, que de otra suerte
Me sabré de ellos vengar.
¿Dónde ibas?

ALEJANDRO.

Á llevar.....

LEONARDA.

Di el cuchillo de tu muerte.

ALEJANDRO.

¿Tú lo harás mejor, siquiera
Por las nuevas que te he dado?

LEONARDA.

¿Buenas? ¡Si me has abrasado
Y de piedra vuelto en cera!

ALEJANDRO.

De Talavera venía;
Que la señora Teodora
Trata un casamiento agora,
Y el retrato le traía
Del hidalgo que la pide.

LEONARDA.

Muestra.

ALEJANDRO.

Aquí está en un papel;
Descoge y verás, cruel.

LEONARDA.

Va mirando el retrato, y el hombre se le va poco á poco.

Que en Talavera reside.
¡Lindo es! Mas los pintores,
Aunque fuesen como Apeles,
Dicen que hacen sus pinceles
De lenguas de aduladores.
Poco, aunque soy mujer, temo
Estos lindos afeitados,
Y hombres, en fin, que, aun pintados,
Los aborrezco en extremo.
Con tu licencia, le quiero
Dar un balazo, paisano,
Y tendrásle tú en la mano.
Mas ¿qué digo? ¡Ah falso, ah fiero,
Ah traidor, que te me has ido!
Gente viene; aquí me escondo.

Salen Lucía y Bartola.

LUCÍA.

Harto le digo y respondo,
Pero á todo está dormido.

BARTOLA.

¡Pardiez, hermana Lucía,
Pésame que el bellacón
Te hiciese aqueste chichón
Con tanta superchería!

LUCÍA.

¡Qué quieres! Yo me lo quise,
Que á la fe, callé y zofrí.

BARTOLA.

Si él me requebrara á mí,
Yo hiciera lo que te dije.

LUCÍA.

¿Qué había de hacer?

BARTOLA.

Que primero
Me diera palabra y mano.

LUCÍA.

Habróme todo el verano
Por en somo del humero;
Y el invierno, porque había
Humo, las bardas quitó
Al trascorral.

BARTOLA.

¿Y entró?

LUCÍA.

Entró.

BARTOLA.

¡Hay tan gran bellaquería!

LUCÍA.

¡Pardiez! yo estaba acostada
Casi á los pies de mi abuela,
Vieja, y que nada recela.

BARTOLA.

No hará, si no siente, nada.

LUCÍA.

Cuando siento pezilgarme
Una pata, así, quedito.

BARTOLA.

¿Retorció?

LUCÍA.

Bueno; dí un grito,
Que pensé desgaznatarme.

BARTOLA.

¿Qué pensaste?

LUCÍA.

Que era duende.

BARTOLA.

Y él ¿qué dijo?

LUCÍA.

Alejo soy,
Recuerda; al diabro te doy,
Lucía, y hérguete dende.

BARTOLA.

¿Y herguístete?

LUCÍA.

En eso estuvo;
Fuíme á la campiña sola.

BARTOLA.

¿Con Alejo?

LUCÍA.

Sí, Bartola.

BARTOLA.

¡Verá el ánimo que tuvo!

LUCÍA.

Al fin se fué, y me dejó.

BARTOLA.

¿Y no se quiere casar?

Llega Leonarda á ellas.

LUCÍA.

No hay remedio.

LEONARDA.

¿Cómo no,
Pues, serranas?

LUCÍA.

¡Triste yo!

BARTOLA.

¡Ay, Dios!

LEONARDA.

Dejad de temblar.
¿Sabéis quién soy?

LUCÍA.

Sí, sabemos.

LEONARDA.

Vuestra desdicha escuché.

LUCÍA.

Triste, ¿por dónde me iré?

BARTOLA.

Señora, luego volvemos.
Déjenos ir, por su vida.

LEONARDA.

¿Cómo que os deje? Esperad.

LUCÍA.

Luego volveré, en verdad.
Déjenos ir, si es servida.

LEONARDA.

¿No sabéis que yo nací
Para agravios deshacer
De mujeres?

LUCÍA.

¡Es mujer!
Cumpre con quien es así.

LEONARDA.

¿Quién es aquese villano,
Ese que no te cumplió
La palabra que te dió?

LUCÍA.

En el pueblo más cercano
Vive.

LEONARDA.

¿Qué vecinos?

LUCÍA.

Treinta.

LEONARDA.

Guiadme.

LUCÍA.

¡Si le querrá
Matar!

BARTOLA.

Calla, que no hará.

LEONARDA.

Á este pueblo voy contenta.
Haré al villano que quiera;
Traeré sustento á mi choza.

LUCÍA.

¡Lindo talle!

BARTOLA.

¡Hermosa moza,
Si marimacho no fuera!

Vanse, y salen D. Luis y Avendaño huyendo.

DON LUIS.

¡Huye, amigo Avendaño!

AVENDAÑO.

Ya te puedes
Sosegar, que no siento gente alguna.
¡Diestramente saltaste las paredes!

DON LUIS.

¡Bravamente me sigue la fortuna!

AVENDAÑO.

No será justo que en Plasencia quedes.

DON LUIS.

¿Ya no ha de haber seguridad ninguna?
¿Á mí prenderme? ¡Extraño desconcierto!

AVENDAÑO.

Á don Carlos, señor, dicen que has muerto.

DON LUIS.

De eso, que no es verdad, mejor saldría
Que de la necedad de don Rodrigo;
Con carteles me busca y desafía,
Y no es razón popar al enemigo.
Tras esto, si á la plaza salgo un día,
No me habla deudo ni me busca amigo;
En corrillos murmuran de mi hermana,
Que ya la llaman todos la Serrana.
Cosas cuentan aquí de su osadía
Que de Cirene no se dicen tales,
La que los hombres vivos dividía;
Ni Amadís pudo hacer cosas iguales,
Tulia, Medea, Progne y Atalía
Y todas las más fieras que señales
Fueron piadosas, si á Leonarda miras:
En ella están las furias y las iras.
¡Jesús! ¿En qué paró la fortaleza
De esta mujer? No hallo á quien la aplique,
Avendaño, si no es á la fiereza
Del león que se fué de don Fadrique.

AVENDAÑO.

Juntos dicen que habitan la maleza
De esta montaña.

DON LUIS.

Ayer contaba Enrique
Que del león no tienen tanto miedo:
Sin lágrimas decirlo apenas puedo.
Ven conmigo á ese monte, que imagino
Que la justicia va juntando gente
Y que la espera alguna encina ó pino
En que la sangre de su padre afrente.

AVENDAÑO.

¿Por qué dió en tan extraño desatino?

DON LUIS.

Por don Carlos no más, traidor y ausente.
Ven, que quiero probar si hablarla puedo.

AVENDAÑO.

Llevas mucha razón; yo mucho miedo.

Vanse, y salen Leonarda, Alejo y Lucía.

ALEJO.

Digo que me casaré.

LEONARDA.

Queda este negocio llano.

LUCÍA.

Haz que la mano me dé.

LEONARDA.

Si no le dieres la mano
Te mataré con el pie.

ALEJO.

Digo que quiero á Lucía
Por mi esposa.

LUCÍA.

En este día,
Señora, la vida os debo.

ALEJO.

Á responder no me atrevo.

LUCÍA.

Á fe que me lo debía.

ALEJO.

¿Qué os lo debo? Pues iráse.

LUCÍA.

No irá, que esta noche quiero
Que en muesa choza la pase.

LEONARDA.

¿Qué es lo que dice el grosero?

ALEJO.

Que si mandas que me case
Con todo aqueste lugar,
Del cura abajo, lo haré.

LUCÍA.

Entra, señora, á cenar;
Que hay buena cama á la he,
Donde puedes reposar.

LEONARDA.

Sueño me aprieta: entra dentro;
Dormiré sin desnudarme.

LUCÍA.

Señora, á serviros entro.

Éntranse las dos.

ALEJO.

¡Que ésta viniese á casarme!.....
¡Hase vido tal encuentro!
Pues no ha de pasar así;
Mi padre es alcalde hogaño:
¡Voto al Sol! que viene aquí.

Salen el Alcalde y tres villanos con chuzos.

ALCALDE.

Digo que es soceso extraño;
Con estos ojos la vi.

VILLANO 1.°

¡Aquí está Alejo!

ALEJO.

Aquí estoy.

ALCALDE.

¿Sabes lo que ha socedido?

ALEJO.

Callad, que á buscaros voy.

ALCALDE.

Todos están sin sentido.

ALEJO.

Habra bajo. ¡Al diabro os doy!

ALCALDE.

Diz que está aquí la Serrana.

ALEJO.

Á ser mi cura por fuerza
Vino al puebro esta mañana.

ALCALDE.

¡Oh, mal cordel la retuerza!

ALEJO.

De cáñamo, no de lana.
Creo que estará acostada;
Locia la cama le dió.

ALCALDE.

¡Prenderéla!

ALEJO.

Eso me agrada;
Que anteyer se apregonó
Que nadie la diese nada.

ALCALDE.

Con estas armas venía,
Sólo para defenderme;
Mas, pues, en cas de Locía,
Como dice Alejo, duerme.....
¡Alto! la prisión es mía.

ALEJO.

¿Cómo entraremos?

ALCALDE.

Callando.

ALEJO.

Mejor se coge en el nido
La paloma que volando.

ALCALDE.

Entrad sin hacer rüido.

ALEJO.

Nadie vaya resollando.

ALCALDE.

Atada ha de ir á Plasencia.
¡Mal año, si no ha de darme
El Obispo alguna herencia!

ALEJO.

Aquí, infame, has de pagarme
Tanto mal.

ALCALDE.

Prestad paciencia.

Vanse.

LEONARDA.

¡Ah, perros! No estoy desnuda;
Vestida estoy.

ALCALDE.

¡Que se va,
Acuda gente!

LEONARDA.

Aunque acuda
Todo el mundo, no podrá
Poner mi victoria en duda.

Sale Leonarda, descabellada, y dando con la espada en los villanos.

VILLANO 1.°

¡Ay, que me ha muerto!

LEONARDA.

¡Traidores!

ALEJO.

¡Asilda, echémosla hierros!

LEONARDA.
Dormirme fueran mayores.
ALEJO.
¡Echala, Gil, esos perros!
VILLANO 2.°
Ni aunque le echasen azores.
ALEJO.
Huese; quedamos burlados.
VILLANO 1.°
Y aun muy bien descalabrados.
ALEJO.
Vestida acostada estaba,
Que soldemente llevaba
Los cabellos destranzados.
ALCALDE.
Entra adentro, que á fe mía
Que ha de prenderse Locía.
ALEJO.
De hoy más cantará cualquiera:
«La Serrana de la Vera,
Que volaba y no corría.»

Vanse.

Salen D. García y D. Rodrigo.

DON RODRIGO.
Muy buena puede ser la cacería;
Muy bueno el regocijo á que vinistes;
Mas cansan en extremo, don García,
Los ajenos placeres á los tristes;
Para serviros, como veis, venía
En tan buena ocasión.
DON GARCÍA.
Merced me hicistes.
DON RODRIGO.
Pero los desengaños de Teodora,
De ello me alejan.
DON GARCÍA.
¿Dónde vais agora?
DON RODRIGO.
Sin mudar el vestido, ni el caballo,
Á Talavera voy.
DON GARCÍA.
Pues ¿á qué efeto?
Si es por don Luis, locura es ya buscallo,
Pues no ha venido al aplazado reto.
DON RODRIGO.
Ya en esa parte mis agravios callo,
Y él hizo en no venir como discreto,
Á todo respondiendo que es mi amigo,
Y me pide perdón.
DON GARCÍA.
Lo mismo digo.
Pero, ¿á qué podéis ir?
DON RODRIGO.
Teodora aguarda
Casarse con don Juan, de rabia fiera
De que quise casarme con Leonarda,
Y esta semana en la ciudad le espera;
Y con esto, sin otra gente ó guarda,
Á hablar voy á don Juan á Talavera,
Y á pedirle que deje el casamiento,
Contándole mi antiguo pensamiento.
Llevo aquí los papeles de Teodora
Para enseñar; que voy determinado
De decirle, sin duda, que me adora,
Y que por celos en casarse ha dado.
DON GARCÍA.
¿Queréis consejo?
DON RODRIGO.
No le admito agora.
DON GARCÍA.
¿Queréis algún dinero, algún criado?
DON RODRIGO.
Ninguno.
DON GARCÍA.
Pues adiós.
DON RODRIGO.
Él mismo os guarde.

Vase.

Sale Alcino, villano viejo.

DON GARCÍA.
Mucho me admiro de que Estela tarde;
Pues Alcino, ¿qué dicen? ¿viene Estela?
ALCINO.
Apercebida está, señor, la casa,
Y á ver si viene en un rocín que vuela,
Pienso que Antandro de este monte pasa.
DON GARCÍA.
Al rucio quiero yo poner la espuela.
ALCINO.
¿Va don Rodrigo allá?
DON GARCÍA.
No, que se abrasa
De celos de Teodora, y hace ausencia,
Mientras duran mis bodas, de Plasencia.
ALCINO.
Pensé que iba también á recebilla.
DON GARCÍA.
Yo solo voy; haced que traigan luego
Leña y agua del monte ó de la villa.
ALCINO.
Agora de llamar mis hijos llego.
DON GARCÍA.
Quedaos adiós.
ALCINO.
¡Ah, gente! ¡Ah, Bartolilla!

Vase.

Sale Bartola.

BARTOLA.
¿Qué queréis?
ALCINO.
¿Dónde estás?
BARTOLA.
Soplando el huego.
ALCINO.
Déjalo, y ve por agua.

BARTOLA.

¡Malos años,
Pardiobre, que tenéis dichos extraños!
¿Veis que nunca se quita de la huente
Esta Serrana, matadora de hombres,
Y envíasme por agua?

ALCINO.

Lleva gente,
Para que de sus armas no te asombres.

BARTOLA.

Allá en Garganta se quedó Clemente.

ALCINO.

¿No vino acá Turindo?

BARTOLA.

No le nombres;
Que es un cobarde.

ALCINO.

Ven, que irán contigo
Silvano, Antandro, Ergasto y Amerigo.

Vanse.

Sale un buhonero con una caja y la Serrana tras él.

LEONARDA.

¡Detente, necio!

BUHONERO.

¡Por Dios,
Que tengáis piedad de mí!

LEONARDA.

¿Qué es lo que llevas aquí?
Partámoslo entre los dos.

BUHONERO.

¡Mira que soy hombre pobre!

LEONARDA.

¿Qué oficio tienes?

BUHONERO.

Buhonero.
Mostrártelo todo quiero;
Mas es todo alquimia y cobre.

LEONARDA.

¿Traes antojos?

BUHONERO.

Aquí tengo
Un famoso par de antojos.

LEONARDA.

¿Muestra á ver?

BUHONERO.

¡Que á tales ojos,
Cielo, á dar antojos vengo!

LEONARDA.

¿Son de larga vista?

BUHONERO.

Sí.
Que hacen las cosas más grandes.

LEONARDA.

Aguarda.....

BUHONERO.

¿Qué hay que me mandes?

LEONARDA.

Que quiero matarte así.

BUHONERO.

¿Por qué puestos los antojos?

LEONARDA.

Para que cuando te embista,
Como son de larga vista,
Parezcas algo á mis ojos.

BUHONERO.

Otros, señora, hallarás;
No quieras vengarte en mí.

LEONARDA.

Eres pequeño, y así
Mayor me parecerás.

BUHONERO.

¿Tan mal á los hombres quieres?

LEONARDA.

¡Muere, traidor: no te nombres!

BUHONERO.

¡Oh castigo de los hombres!
¡Oh afrenta de las mujeres!

Dale y huye.

LEONARDA.

Allí cayó; quiero hacer
Una cruz de aquestas ramas.

Vienen bajando por lo alto Bartola, Turindo, Antandro y Corevo, villanos, por agua y cantando á cuatro voces.

Gente baja estas montañas;
Me podrán bien esconder.

Cantan.

Salteóme la Serrana,
Junto al pie de la cabaña.
La Serrana de la Vera,
Ojigarza, rubia y branca,
Que un robre á brazos arranca,
Tan hermosa, como fiera.
Viniendo de Talavera
Me salteó en la montaña,
Junto al pie de la cabaña.
Yendo desapercebido,
Me dijo desde un otero:
«Dios os guarde, caballero.»
Yo dije: «Bien seáis venido.»
Luchando á brazo partido,
Rendíme á su fuerza extraña,
Junto al pie de la cabaña.

BARTOLA.

Baja Turindo á la huente;
Que por toda aquesta loma,
No se mira, ni se siente.

TURINDO.

Muestra ese cántaro.

BARTOLA.

Toma.

Ásele Leonarda.

LEONARDA.

¿Adónde bueno, pariente?

TURINDO.
¡Ay de mí!
LEONARDA.
¡Tente, villano!
BARTOLA.
¿Qué es eso?
LEONARDA.
Que le he cogido.
BARTOLA.
Ah triste, ah esposo, ah hermano!
TURINDO.
En las redes he caído;
Detén, señora, la mano.
LEONARDA.
¡Villanos, bajad por él!
TURINDO.
¡Al diabro se atreverán!
LEONARDA.
Gente viene de tropel;
Cúbrete de este arrayán,
Y aguarda callando en él.
TURINDO.
Señora, yo aguardaré
Á que pasen, y estaré
Aguardando tu clemencia.
LEONARDA.
Ten, por tu vida, paciencia;
Que luego te mataré.

Sale D. Juan en un machuelo, muy arropado, y un mozo de mulas.

MOZO.
Camine, señor don Juan.
DON JUAN.
¡Cuerpo de tal, Sebastián,
Y cómo hace extraño frío!
MOZO.
Los de á pata, señor mío,
Siempre calurosos van.
DON JUAN.
Por mi fe, que me apeara
De buena gana.
LEONARDA.
¡Á ellos, digo!
MOZO.
¡Pica, aprieta!
LEONARDA.
¡Tente, pára!
MOZO.
Yo aquesta vereda sigo,
Que ya os conozco en la cara.
LEONARDA.
¿Si le tiraré? ¡Oh traidor!
Mozo de mulas, al fin.
Él vuela como un azor.
DON JUAN.
¡Que no trujera el rocín!
LEONARDA.
¿Dónde bueno, mi señor?
DON JUAN.
Allá, señora, á Plasencia
Iba, con vuestra licencia.
LEONARDA.
Desarrópese, por Dios,
Y un poco hablemos los dos;
Que tiene buena presencia.
Baje, baje, por su vida,
Quédese esta noche aquí;
Que estoy sola y afligida.
DON JUAN.
¿Decíslo de veras?
LEONARDA.
Sí.
DON JUAN.
Perdonad, si sois servida;
Que voy de prisa á casarme
Con un ángel de Plasencia,
Y no es posible apearme.
LEONARDA.
¡Oh, qué lindo!
DON JUAN.
En mi conciencia,
Que el detenerme es matarme.
LEONARDA.
¿Llevará vuesa merced
Mil necedades pensadas
Que decirle?
DON JUAN.
¿Eso creed?
Ya estas burlas son pesadas;
Suplícoos me hagáis merced
De dejarme caminar.
LEONARDA.
¡Oh qué graciosos enojos!
Antes le quiero apear.
DON JUAN.
¿De veras?
LEONARDA.
Sí, por sus ojos.
DON JUAN.
Vos me lo podéis mandar,
Pero mal hecho sería.
LEONARDA.
Haga luego cortesía,
Majadero caminante.
Saque muy despacio el guante.
DON JUAN.
¡Tengo la mano tan fría!
LEONARDA.
¡Oh, pesia tal! Con la mano
Ten este macho, villano.
TURINDO
Ya le tengo.
LEONARDA.
¡Baje luego!
DON JUAN.
Que miréis quién soy os ruego.
LEONARDA.
Saca ese macho á lo llano.
TURINDO.
¡Jo, aquí! ¡Jo, Barrabás!

DON JUAN.
¿En qué mi desdicha estuvo?
TURINDO.
¡Voto al Sol, que si en él subo
Que no me habéis de ver más!
LEONARDA.
El gabán y el papahigo
Me han, por mi vida, enfadado.
DON JUAN.
Al hombre desde hoy maldigo
Que se fía de criado
Ni camina sin amigo.

Sube el villano en el macho y vase.

TURINDO.
Agora, amiga Serrana,
Alcanzadme si podéis.
LEONARDA.
¡Oh mala casta villana!
Mas no importa, vos vendréis
Por agua alguna mañana.
Con el macho se me ha ido,
Pero vos habéis quedado.
DON JUAN.
Piedad, mi señora, os pido,
Si un hombre que habéis amado
No le habéis puesto en olvido.
De don Carlos primo soy,
Que á casarme con Teodora,
Cual véis, á Plasencia voy;
Que del rescate, señora,
Palabra de hidalgo os doy.
Sangre soy de hombre que amáis,
Aunque estáis de él ofendida,
Pero sin razón lo estáis,
Y si aquí me dais la vida,
Creed que á vos os la dais.
Es, en aquesta ocasión,
Camarera nuestra tía
De la Reina, y en razón
De esta piedad, os podría
Traer del Rey el perdón.
Iré á Toledo, y echado
Á sus pies, le pediré
Que alcance del Rey airado
Vuestro perdón; que yo sé
Que prenderos han mandado.
Dos mil ducados le dan
Á cualquiera que os prendiere,
Y muchos á punto están.
LEONARDA.
¿Que el Rey castigarme quiere?
¿Cómo te llamas?
DON JUAN.
Don Juan.
LEONARDA.
Pues, don Juan, si por tener
Sangre de Carlos, mi esposo,
Tal bien me quieres hacer,
Harás un hecho hazañoso
Con una noble mujer.
Palabra doy de esperarte,
Dámela tú de venir.
DON JUAN.
Pues en esta misma parte
Me espera.
LEONARDA.
¿En qué podrás ir?
Mas quiero un caballo darte.
DON JUAN.
¿Dónde está?
LEONARDA.
Junto á esa fuente
Le até á un roble, el dueño muerto.
DON JUAN.
¡Adiós!

Vase.

LEONARDA.
Él tu vida aumente.
¡Cómo! ¡Que mi desconcierto
Ya por las cortes se siente!
¡Cómo! ¡Que mi mal vivir
Del Rey ofenda el oído
Y me mande perseguir!
Al Cielo tengo ofendido.
¡Vendré sin honra á morir!
Esto mis celos han hecho;
Esto mis fuerzas y brío.

Salen D. Rodrigo y D. Luis acuchillándose.

DON RODRIGO.
¡Traidor, pasaréte el pecho!
DON LUIS.
Nunca fué el intento mío
Tu ofensa.
DON RODRIGO.
Estoy satisfecho
Con eso, y haberte herido.
LEONARDA.
¿Es mi hermano?
DON LUIS.
Llega, hermana.
DON RODRIGO.
¡Cielos! Aquí soy perdido,
Que he dado con la Serrana.

Huya.

LEONARDA.
¡Tente, aguarda, mal nacido!
DON LUIS.
Déjale, hermana querida,
No le sigas; que esta herida
Me dió como caballero,
Y si no es mortal, espero
Que allá asegure mi vida.
En el monte nos topamos;
Justo ha sido el desafío.

Ven, y á tu cabaña vamos.

LEONARDA.

Es su cama, hermano mío,
De hierbas, pieles y ramos;
Mas sube el monte, que tengo
Vestidos con que abrigarte.

DON LUIS.

Quisiera hablarte, y no vengo
De suerte que pueda hablarte.

Van subiendo, y sale D. Carlos con unas pieles.

DON CARLOS.

¿Cómo la furia detengo?
¿Cómo viendo que á su cueva
De la mano un hombre lleva
No rompo este vil concierto?
Hombre lleva; yo soy muerto.
¡Cuán bien que es mujer se prueba!
Los hombres aborrecía;
Pero, en fin, era mujer;
Llegó de mostrarlo el día.
¡Ah, Cielos! ¿Quién puede ser
Quien venció nieve tan fría?
Basta, que fué su tesoro
Como el de Angélica. ¡Ah leyes
De mujer, con risa os lloro,
Pues, negándose á mil leyes,
Se dió al esclavo Medoro!
Montes, ¿aquesto sufrís?
¿Cómo vuestras pesadumbres
No humilláis y confundís?
¡Peñas de estas altas cumbres,
Llorad, si mi mal sentís!
Una mujer tuvo el mundo
Piedad, que de celos era
Un Calígula segundo,
Y que dar fuego pudiera
Á las furias del profundo.
Los hombres aborreció;
Muchos por uno mató;
Callarme mandó, callé;
Pero, en fin, si mujer fué,
Ya que era mujer mostró.
Ya los quiere, ya los ama;
Ya, en lugar de aborrecellos,
Los acaricia y los llama;
Ya vive y duerme con ellos,
Ya no los mata ni infama.
¡Oh bien empleadas penas!
¡Oh vida, por cierto, honrada!
¡Noches de lágrimas llenas,
Ya sobre una piedra helada,
Ya sobre ardientes arenas!
¡Oh buen callar por su gusto!
¡Oh vivir como animal!
Estoy, con este disgusto,
Por acabar con mi mal,
Si entre nobles fuera justo.
Quiero llamar el león
Y hacerle entrar en su cueva.
Gente viene.

Sale Fulgencio con cuatro cuadrilleros con ballestas.

FULGENCIO.

La razón
Más que el interés me lleva.

CUADRILLERO 1.°

Buenos los dineros son.

FULGENCIO.

¿Qué importan dos mil ducados
Que el Emperador promete
Á quien la prenda pagados,
Si en tal peligro se mete?

DON CARLOS.

¡Cielos! Éstos son soldados
Que con este capitán
La Serrana á prender van.

FULGENCIO.

Éstos piensan que he venido
Por el precio prometido,
Y en notable engaño están;
Que, como adoro á Leonarda,
Si puedo prenderla y veo
Que el peligro la acobarda,
La he de decir mi deseo
Y el premio que el alma aguarda.
Y si me admite, libralla
É irme con ella á Aragón.
Aquí está un pastor.

DON CARLOS.

Sí, calla
Por costumbre mi razón,
Y es más razón no aguardalla.

FULGENCIO.

¡Hola, pastor!

DON CARLOS.

¿Qué queréis?

FULGENCIO.

¿Vives aquí?

DON CARLOS.

¿No lo veis?

FULGENCIO.

¿Dónde la Serrana vive?

DON CARLOS.

¡Oh, mal plomo la derribe,
Ó las jaras que traéis!
Diré que la vi, no es justo;
El dejarla con su gusto,
Es morirme de celoso;
Mas si el matarla es forzoso,
Quiero sufrir mi disgusto.
Porque, cuando más me asombre
Su liviandad, he de ver
Que hay diferencia en el nombre,
Pues erró como mujer
Y he de perdonar como hombre.

FULGENCIO.

¿Has echado ya la cuenta
Del lugar donde la viste?

DON CARLOS.

Eso la memoria intenta;
Mas como en tantos asiste,

En ninguno se aposenta.
Es un alarbe en la vida.

FULGENCIO.

Subid y el monte mirad.

CUADRILLERO 2.°

Espera, ¿es ésta subida?

CUADRILLERO 3.°

¿Traéis bota?

CUADRILLERO 4.°

Sí.

CUADRILLERO 3.°

Mostrad.

DON CARLOS.

¡Pobre mujer afligida!
¿Qué haré? ¡Que han de dar con ella!
Morir quiero y defendella;
Forzoso será morir,
Porque mal podré vivir
Si matan mi vida en ella.

Vanse.

Salen Estela y Teodora.

ESTELA.

¿Por qué, si estás ofendida
Que don Rodrigo se fuese,
Diste ocasión desabrida
Á que tu desdén pusiese
Espuelas á su partida?
¿Y por qué, si le querías,
El casamiento admitías
De don Juan con tanta furia?

TEODORA.

Porque una celosa injuria
Suele durar muchos días.
No sé qué remedio tenga
Para excusar á don Juan
Y que don Rodrigo venga.

ESTELA.

¿Donde mil suspiros van,
No hay uno que le detenga?

TEODORA.

De toda esta casería
Algún villano podría,
Si le envías, detenelle.

ESTELA.

Podrá, si acertase á velle.

TEODORA.

Lleva de ventaja un día
Y no le podrá alcanzar;
Que va en extremo furioso.

Salen D. García y D. Rodrigo.

DON GARCÍA.

Aquí habrá mejor lugar
De esconderos, que es forzoso
Ver en lo que ha de parar.

TEODORA.

¡Es don Rodrigo!

DON RODRIGO.

Yo soy,
Teodora ingrata.

TEODORA.

¿Á qué vuelves?

DON RODRIGO.

No á buscarte, que ya estoy
Seguro que te resuelves
Á dejar mis prendas hoy.
Ya sé que viene don Juan
Á tus bodas, y también
Sé que á buen tiempo serán,
Pues mi furia y tu desdén
Matarme juntos podrán.
En el monte dejo herido,
En los brazos de su hermana,
Aquel don Luis atrevido;
Que de su ofensa, aunque vana,
Satisfacción he tenido.
Y así vuelvo sólo á ver
De quién has de ser mujer;
Que pues ya con honra muero,
Morir, en viéndole, quiero;
Que mi veneno ha de ser.

TEODORA.

No te mates; que vendrá
Leonarda á matarme á mí.

ESTELA.

Deja estas locuras ya,
Que sólo te quiere á ti;
Mira en el punto que está,
Habiendo á don Luis herido.

DON GARCÍA.

Leonarda ya no es mujer;
Pon á Leonarda en olvido.

DON RODRIGO.

¿Cómo puedo yo querer
Lo que jamás he querido?

TEODORA.

Qué, en fin, ¿te he de perdonar?

Sale Turindo.

TURINDO.

Una nueva os vengo á dar
Que os ha de dar compasión:
Leonarda viene en prisión.

DON GARCÍA.

¡Gran desgracia!

ESTELA.

¡Grande azar!

TURINDO.

Fulgencio, estando dormida
Con su hermano, la prendió,
Mal curado de una herida
Que don Rodrigo le dió
Y con más segura vida,
Porque en llegando á Plasencia
La aguarda mortal sentencia.

Salen Fulgencio y Leonarda, atada, y D. Luis y los cuadrilleros.

FULGENCIO.

Pues que ya se acaba el día,

Esté en esta casería,
Mientras hace el Sol ausencia.

DON GARCÍA.

Don Luis viene, don Rodrigo;
Entraos adentro conmigo.

Vanse los dos.

ESTELA.

¡Leonarda!

LEONARDA.

¡Estela, Teodora!

FULGENCIO.

No podréis hablarla agora.

ESTELA.

¿Tú la prendiste, enemigo?
¿Tú, Fulgencio?

FULGENCIO.

Éntrense ya;
Que es orden del Rey expresa
Que no la habléis.

ESTELA.

¿Quién podrá
Verte sin lágrimas presa?

Vanse Estela y Teodora.

FULGENCIO.

Entrad vosotros allá;
Buscad la parte más fuerte.

CUADRILLERO 1.°

Fuerte será menester.

FULGENCIO.

Solos estamos; advierte,
Don Luis, que está en mi poder
Leonarda á punto de muerte.
No la prendí por codicia
De aquestos dos mil ducados,
Mas temiendo la malicia
De que otros menos honrados
La entreguen á la justicia.
Tres años ha que suspira
Por su hermosura mi fe;
Lo que dije fué mentira
De don Carlos, porque fué
Sólo moveros á ira.
Nunca don Carlos juró,
Ni tuvo tal pensamiento;
Que sólo pretendí yo
Impedirle el casamiento.
¡Tanto el amor me forzó!
Agora si por mujer,
Don Luis, me la queréis dar,
Podréla en salvo poner,
Podréla á Aragón llevar;
Irá honrada en mi poder.
Sino, será fuerza luego
Llevársela á la justicia
Y morir en palo ó fuego.

DON LUIS.

Bien se ve que tu malicia
Te tiene abrasado y ciego.
¡Que á don Carlos has culpado!
¡Que tanto mal has causado!
¡Que la has preso por forzalla
Á tu gusto!

FULGENCIO.

Don Luis, calla,
Que estás loco.

DON LUIS.

Y tú engañado.
Más quiero darla á la mano
De un verdugo, que á un villano
Por quien nos vemos así.

LEONARDA.

Mi sangre es quien habla en ti;
Conozco que eres mi hermano.
¡Mil vidas me han de quitar!

FULGENCIO.

Pues alto: esta provisión
Quiero luego ejecutar,
Porque me da comisión
Para prender ó matar.
¡Ah de la guarda!

CUADRILLERO 2.°

Aquí estamos.

FULGENCIO.

Atad luego á esos dos ramos
Esa mujer.

CUADRILLERO 4.°

¿Cómo así?

FULGENCIO.

El Rey os lo manda aquí.

CUADRILLERO 1.°

Primero, «yo el Rey» veamos.

FULGENCIO.

Desde esta señal leed.

CUADRILLERO 1.°

Lee.

«Y que la podáis matar,
Que vos haré gran merced.»

FULGENCIO.

Aquí la podéis atar.

Sale D. Carlos.

DON CARLOS.

Pies, á mi muerte corred.
Yo he llegado al postrer paso.

CUADRILLERO 4.°

¿No hay cuerdas?

CUADRILLERO 3.°

Sirva el cabello.

FULGENCIO.

¡Ola, pastor! ¿Traes acaso
Algún cordel?

DON CARLOS.

Sí, en el cuello.

FULGENCIO.

¿Qué dices?

DON CARLOS.

¡Ah, triste caso!
No traigo, que bien lo veis;
Pero una vida os daría,
Que por ella me quitéis.
Y si es poco, por ser mía,
Con ella os ruego me atéis.
Que os juro que vuestras flechas
Vengan á mí más derechas,
Porque soy yo la ocasión
De su desdicha y prisión.

FULGENCIO.

¿Quién eres?

DON CARLOS.

¿No lo sospechas?

Salen Estela, D. Rodrigo, D. García y Teodora.

DON GARCÍA.

Entrad, echaos á sus pies.

ESTELA.

Señor, llevadla á Plasencia;
Que aquí grande rigor es
Ejecutar la sentencia.

FULGENCIO.

No será mayor después.
Yo por su honra lo intento.

DON CARLOS.

¡Ah Fulgencio! ¡Ah vil tirano,
De abatido nacimiento!

FULGENCIO.

¿Quién eres, que hablas, villano,
Con tan loco atrevimiento?

DON CARLOS.

¿Cómo que con estas voces
Á don Carlos desconoces?
Don Carlos soy, prenda mía;
Que he de morir este día,
Ó hacer que tus años goces.
Si pensara que á tu hermano
Llevabas á tu cabaña,
Yo matara á este villano.

FULGENCIO.

Detén, don Carlos, la saña;
Detén el roble y la mano.

DON CARLOS.

¿Qué es detener? ¡Fuera, digo!

FULGENCIO.

¡Favor al Rey, caballeros!

DON LUIS.

¡Aquí favor, don Rodrigo!
Vuelvan por mí los aceros
Que me hirieron siendo amigo.
¡Ea, señor don García!

LEONARDA.

¡Ah Cielos, que esté yo atada!

FULGENCIO.

¡Favor al Rey!

Entra D. Juan con una provisión.

DON JUAN.

Este día
Quedará desobligada
Serrana, la prenda mía.
¡Teneos al Rey!

FULGENCIO.

¿Quién es?

DON JUAN.

Quien trae esta provisión
Para que libre me des
Á Leonarda.

DON CARLOS.

Y es razón
Que me des, don Juan, tus pies.

DON JUAN.

Sus manos voy desatando;
Perdónala el Rey por mí.

FULGENCIO.

La provisión voy mirando.

DON JUAN.

Oid el suceso.

DON CARLOS.

Di,
Que el alma te está escuchando

DON JUAN.

Allá en Gargantalaolla,
De esta Vera de Plasencia,
Salteóme una serrana
Blanca y rubia, zarca y bella.
Á casarme por conciertos
Con una dama extremeña
De Talavera venía,
Cuando al bajar de una cuesta,
De esta salteadora miro
El talle, con que pudiera
Robar más almas mirando
Que con el plomo y las flechas.
El cabello en crespos rizos
Debajo de una montera,
Un arcabuz en el hombro
Y una espada en la correa.
Por ser tu sangre, don Carlos,
Dióme la vida, y juréla
Traerla el perdón del Rey,
Para que viva en su tierra,
Sin que justicia ninguna
Á su persona se atreva.
Es doña Juana, mi tía,
Camarera de la Reina:
Fuí á Toledo y alcancé
Perdón de Carlos para ella;
Esta provisión lo dice,
Así lo firma y lo sella.
Y al que no lo obedeciere
Haré yo que la obedezca.
Esto digo porque alguno,
Según me dicen, por fuerza
Quiere gozarla ó matarla.

FULGENCIO.

De todo, señor, me pesa.
Perdón humilde la pido;
Si por amor entre fieras
Don Carlos vivió en el monte,

Y haciendo mil muertes ella,
Los yerros que he cometido
La misma disculpa tengan:
Yo erré, como ellos erraron.

DON CARLOS.

Basta, disculpado queda.
Hablad, Teodora, á don Juan.

DON RODRIGO.

¿Es mi mujer?

DON JUAN.

Que lo sea
Por muchos años y buenos.

DON GARCÍA.

Y de don García Estela.

DON JUAN.

El parabién doy á todos.

ESTELA.

Hablad, Leonarda.

LEONARDA.

La lengua
Impide, y con gran razón,
Mi desdicha y mi vergüenza.

DON GARCÍA.

Pues todos estáis casados,
Queden estas paces hechas
De don Luis y don Rodrigo.

DON RODRIGO.

La sangre cura la afrenta;
Mis brazos le doy.

DON LUIS.

Yo á vos
Los míos.

DON CARLOS.

Leonarda bella
Me dé la mano de esposa,
Don Luis, con vuestra licencia.

DON LUIS.

Yo os recibo por hermano.

LEONARDA.

Yo por marido.

DON GARCÍA.

Las fiestas
Se harán con mayor espacio,
Dando la vuelta á Plasencia.

TEODORA.

Don Juan ha de ser mi huésped.

DON JUAN.

Gran merced, señora, es ésa.

DON CARLOS.

Aquí, senado, se acaba
La Serrana de la Vera.

FIN DE LA COMEDIA.



LA PÉRDIDA HONROSA

Y CABALLEROS DE SAN JUAN

(INÉDITA)

LA PÉRDIDA HONROSA

Y CABALLEROS DE SAN JUAN

(INÉDITA)

PERSONAS

El Maestre de San Juan.
Don Diego Tello.
Don Juan.
Don Enrique.
Castro Saldaña.
El Gran Turco.
Doña Isabel.
Doña Ana.
Don Ramón.
María Adalifa.
Juan, *su hijo.*
Don Tártaro.
Mostafá. } *Moros.*
Pirro. }
Bencusir.
Un paje.
Dos ciudadanos.

JORNADA PRIMERA.

Sale D.ª Isabel de Toledo, en hábito de turco, á caballo, y D.ª Ana de Aguilar, en la muralla, en hábito de soldado español, con hábito de San Juan al pecho.

DOÑA ISABEL.

Maestre y comendadores
De San Juan y cruces blancas,
Ya de vuestra sangre rojas,
Más que las de Calatrava;
Vosotros los que seguís
Con la religión cristiana
La persecución turquesca,
Con el corso y carabañas;
Los que medís cada día
En el muro y la campaña
Las espadas y rodelas
Con el alfanje y adarga;
Los que por Cristo juráis
De no volver las espaldas,
No sólo con igualdad,
Mas con desigual batalla;
Los que con orgullo y brío
Salisteis de vuestras casas
Á conquistar las ajenas,
Adquiriendo eternas famas;
Los que ha un año que sufrís
Tanto aprieto y guerra tanta,
Como el gran señor os da
Con su gente y con sus armas,
Que son tres mil y doscientas
Las banderas otomanas,
De quien hoy tiembla la Tierra
Y el Sol esconde la cara;
Tanto arcabucero persa,
Tanto pechero de Arabia,
Tanto jinete turquesco,
Tanto infante de cimarra,
La gente de Trapisonda
Que cubre aquestas campañas,
De Constantinopla y Siria,
De Egipto, con la gran Asia:
Oid, que quiero deciros
Que el que se agraviare salga
Á responder á mi lengua
Y á resistir á mi lanza.

Oid, Maestre y bailíos
Que á Rodas tenéis en guarda,
Cercada de vuestros brazos
Mejor que de sus murallas:
Soy un moro de Tripol,
Que de la casa otomana
Tengo noble descendencia,
Y esto á mi crédito basta.
Dos años ha que salí
De estar esclavo en España
En la ciudad de Toledo,
Adonde serví una dama;
Agradóle mi servicio,
No de suerte que su fama
Alcanzase de mi amor
Sólo un átomo de mancha.
El día de mi rescate
Le di mi fe y mi palabra
De partirme para Rodas,
Si vivo desembarcaba,
Y retar á un caballero
De quien se siente agraviada,
Aunque el agraviado él es,
Que rompió la fe á una dama.
Esta pluma pongo mía
En este bastón ligada,
Y esta cinta de su frente,
Prisión de mi cuerpo y alma.
Salga el caballero infame
De Francia, España ó Italia,
De Albania ó Ingalaterra,
De Saboya ó de Alemania,
El romano ó moscovita,
El de Sicilia ó de Candia
Y de todas las naciones
Que amparan esas murallas;
Y el que se hallare culpado
En faltar su fe y palabra
Á dama que haya servido,
Haga conmigo batalla.
Mañana por todo el día
Tengo mi tienda en campaña,
Con armas para los dos
Y caballo, si le falta;
Allí comeremos juntos,
Con salvoconducto y guarda
Que tengo del gran señor
Que á Rodas tiene sitiada;
Y después de la comida
Le doy, por mi Rey, palabra
Que no le ofenda ninguno,
Sino mi lanza y espada.
Salid, cruzados de Rodas,
Terror y afrenta del Asia,
Medid vuestras blancas cruces
Con mis lanzas otomanas.

DOÑA ANA.

Valiente y gallardo moro,
Y más cortés que gallardo,
Que en tu demanda conozco
Tu pecho noble y honrado;
El Maestre y sus bailíos
Y los caballeros de hábito
No te pueden responder;
Que están agora ocupados,
Porque por el fin y muerte
De Fabricio Coretano,
Nuestro Maestre famoso
Y vuestro asombro y espanto,
Han nombrado por Maestre
Á Filipo Lisladano,
Y en el templo de San Juan
Le están agora jurando.
Yo en mi vida serví dama;
Que por probar si tus brazos
Dicen con tu gallardía,
Hubiera salido al campo.
Que el gran señor sitie á Rodas
No es cosa que nos da espanto,
Que es dar papel donde todos
Nuestros nombres escribamos.
Aquí de todas naciones
No hay más de dos mil soldados,
Y quinientos caballeros
Del santo del *Ecce Agnus*.
Venga Arabia, venga Persia,
Venga Trapisonda y Cairo,
Venga Egipto, Efeso y Siria,
Venga Turquía y Bizancio;
Aquí hay veintidós banderas
Y aquel estandarte sacro
Que hoy cargan sobre los hombros
De aquel á quien dan el cargo.
Saldrán contra tus naciones
Italos, hispanos, francos,
Romanos, ingleses, frisios,
Milaneses, saboyanos;
Y esas bárbaras banderas
Y esos estandartes bravos
Traerán para colgaduras
Al templo del Patrón santo.
Yo estaba de posta al muro,
Y hase cumplido mi cuarto;
Voime á jurar al Maestre.

DOÑA ISABEL.

Y yo me vuelvo á mi campo,
Adonde aguardo mañana,
Con mis armas y caballo,
Á quien me mate y deshaga
La memoria de un agravio.

Vanse y sale el Gran Maestre y frey Juan de Jío, D. César de Alba, D. Enrique, D. Fernando de Bolea, Castró, D. Diego Tello y D. Ramón, todos caballeros del hábito.

DON JUAN.

Tema la Tierra, tema el firmamento,
Atruene el mundo la parlera trompa;
Sepan los turcos nuestro bien y aumento,
Humillen su soberbia y vana pompa;
El húmedo y diáfano elemento
Tome temor, cuando sus ondas rompa;

Tiemble la Tierra y sus criaturas todas
Del Gran Maestre y blanca cruz de Rodas.

DON CÉSAR.

Párese el Sol para mirar las glorias
Del nuevo Marte, en quien el peso fundo
De las altas hazañas y victorias
Que ha de esparcir la fama por el mundo;
Borre de los pasados las memorias,
Tema la Persia, asómbrese el profundo,
Deje las armas afrentado Marte;
Que don Filipo ensalza su estandarte.

DON RAMÓN.

Vuele la blanca cruz sobre una nube
Para eclipsar las lunas agarenas,
Que si con ella el Gran Maestre sube,
La del cielo estará segura apenas;
El humor triste que en el alma tuve,
El hielo amargo que cubrió mis venas,
Por muerte de mi amigo Coretano,
Cure el nuevo maestre Lisladano.

DON FERNANDO.

De nueva luz la Tierra se corone,
Salga el Sol más alegre que solía,
Pues desde donde nace á do se pone
Llevará con la fama compañía.
Porque donde él alumbre ella pregone,
Dando á entender la nueva monarquía
Contra los sarracenos conservada,
Puesta sobre el valor de vuestra espada.

MAESTRE.

Honra y gloria de todas las naciones,
Columnas de la fe, nobles guerreros,
De la cristiana religión leones,
Total azote de estos perros fieros,
Y para concluir en dos razones,
De la cruz del Bautista caballeros,
Alcides fuerte, en quien el peso cargo
De mí, de Rodas, de mi honor y cargo.
Un freile soy humilde más que todos;
Francia sangre me dió y la fe que guarde;
Crióme España, y por diversos modos
Busqué el mundo con ánimo gallardo.
Tudescos, frisos, albaneses, godos,
El portugués, romano, italo, sardo,
Me conocieron en su propia tierra
Aspirando al honor que da la guerra.
Vuestro soy y seré, pues me habéis hecho
Tan grande honor que apenas en mí cabe,
Y así, por esta cruz que traigo al pecho,
Y por la Virgen, á quien vino el Ave
Que dejó al Padre Eterno satisfecho,
Siendo del general socorro, nave
Que trajo al mismo Dios entre nosotros,
De morir por cualquiera de vosotros.
¿Creéislo así?

CASTRO.

¿Quién hay que dude en eso?

TODOS.

¡Viva Filipo! ¡Lisladano viva!

DON JUAN.

Ponga el pie sobre el persa y turco cuello,
Humille su cerviz y frente altiva.

MAESTRE.

Hoy á vuestra nobleza echáis el sello,
Porque en mi pecho eternamente viva
El agradecimiento; que la paga
No puedo hacerla tal que satisfaga.

Sale D.ª Ana de comendadora, llámese D. Juan.

DOÑA ANA.

Goces mil años, señor,
El nuevo cargo, pequeño
Para tu inmenso valor;
Que á ser de toda Asia dueño
También lo fuera en rigor.

MAESTRE.

¡Oh, valeroso don Juan,
Como vuestros enemigos
Con más verdad lo dirán,
Siendo abonados testigos
Con las victorias que os dan!
¿Dónde bueno?

DOÑA ANA.

Había salido
De guarda habrá media hora
De sobre este cubo hendido,
Que de la canalla mora
Esa fuerza ha defendido;
Y estando con el cuidado
Que debe un soldado honrado
De posta en esa muralla,
De entre esa fiera canalla
Llegó un morillo arriscado,
De gentil talle y donaire,
Y clavando aquel bastón,
Con risa, burla y desgaire,
Dejó la pluma y listón
Que están tremolando al aire;
Para cualquier caballero,
Natural ó forastero,
Que en ofensa de su fama
Faltó palabra á su dama
Siendo ingrato ó lisonjero;
Mas por no tocarme á mí
No le respondí con obras,
Que las suele haber en mí;
Pero á su arrogancia y sobras
Libre respuesta le dí.
Cualquier caballero vea
Si desea que la fama
Que en el santo honor se emplea
No publique que á su dama
Aleve é ingrato sea,
Si por dicha le ha ofendido,
Que este bárbaro ha venido
Para su defensa, en suma,
Y trae la pajiza pluma
De las galas de Cupido,
Salga á mostrar su valor.

DON FERNANDO.

Esta es ocasión de honor.

TELLO.

Y por cosa cierta sé
Que á doña Isabel falté
La palabra de su amor.
Dame licencia, Maestre,
Para que al morir le muestre
El valor de aquestos brazos,
Haciéndose mil pedazos,
Aunque el ciego dios le adiestre.

MAESTRE.

Dadme la pluma y listón;
Suspéndase el desafío,
Sólo por el gusto mío,
Hasta mejor ocasión.

Entra un paje.

PAJE.

Un turco con embajada
Á la muralla llegó,
Y don Fernando mandó
Que no le nieguen la entrada.
Dejó las armas allí,
Y agora pide licencia
Para verse en tu presencia.

MAESTRE.

Traedle luego ante mí.
¿Qué os parece que nos quiere?

TELLO.

Vendráte á ofrecer partidos.

MAESTRE.

Hállenos apercibidos,
Y venga á lo que viniere.

Entra Mostafá, turco.

MOSTAFÁ.

Sálvete Dios, Gran Maestre,
Y á los que contigo están.

MAESTRE.

Y á ti, famoso baján,
Favorable se te muestre.
¿Quién eres?

MOSTAFÁ.

Soy Mostafá.

MAESTRE.

¿Qué quieres?

MOSTAFÁ.

Darte embajada,
Y que me sea escuchada.

MAESTRE.

Habla, pues, que sí será.

MOSTAFÁ.

Rodas, noble isla antigua,
Famosa en el mar Carpacio,
Gloriosa en armas y en letras,
Temida por largos años,
Que para fortalecerse
Tiene su asiento tan alto
Que su coloso parece
Que al Sol quiere hurtar el carro:
Los candiotas belchinos,
De Candia invencibles bárbaros,
Sin experiencia de letras
Y ejercitados en arcos,
Ganaron aqueste monte
Y esta ciudad levantaron;
Fortalecieron sus muros
De ladrillo y piedra mármol;
Mas luego que Trepolemo,
Habido el sitio troyano,
Griego en las armas famoso,
La conquistó en dos asaltos,
Vino á ser Rodas, y Atine
Floreció por largos años,
Desde Chipre hasta Liguria
Y desde el Nilo hasta el Ganjo;
Después los famosos citas
Desde los montes caucasos
Han tomado los principios
Donde siempre el clima helado,
Ganando el Asia invencible,
Tracia y Grecia les dió lauro,
Las costas del mar Ilirio,
Trapisonda, imperio sacro;
Viéronse después señores
De la gran ciudad de Otranto,
Ciudad en Italia ilustre;
Reyes del reino calabrio,
Ganando á Constantinopla,
Donde el imperial palacio
Fundaron y la gran corte
Famosa de Armenia al Cairo.
Sobre Rodas y su tierra
Pusieron todo su campo,
Que de Amurates regido,
Huyó á sus pobres vasallos.
Poseyóla largos tiempos,
Mas los caballeros de hábito
Con la cruz, divisa y orden
De este vuestro patrón santo,
Llevando por su Maestre
Al que fué honor de los francos,
Al famoso Villarsito,
De Jerusalén amparo,
Y al gran duque de Saboya,
Con los nobles de su Estado,
Á Rodas pusieron cerco,
Ganándola con engaño.
Habrá que la poseéis
Ciento y cuarenta y dos años,
Donde todos los maestres
Han hecho hazañas de bravos.
Hoy has empezado á serlo
Y hoy te envía el César magno
Un recado de su gusto
Y el parabién de tu cargo.
Dice, pues, el gran señor
Que le goces largos años,
Y que él gusta de tener
Un tan honrado contrario;
Y pues que nunca te ha visto

Si no ha sido en los asaltos,
Donde no miró tu rostro
Por guardarse de tus manos;
Que pues es mañana el día
De ese vuestro Patrón santo,
Á quien veneramos todos
Los moros y los cristianos,
Que en tu ciudad ó en su tienda
Quiere que os veáis despacio,
Debajo del real seguro
Que del gran señor te traigo.
Esta carta traigo dél,
Léela, gran Lisladano,
Y dame respuesta breve,
Porque me vuelva á mi campo.

Lee el Maestre.

«He tenido mucho gusto, valeroso Filipo Vilelio Lisladano, nuevo Maestre de Rodas, que en lugar de un enemigo tan honrado como en Fabricio Coretano perdí, haya sucedido en su lugar y carga un tan famoso soldado como vos; querría que nos viésemos despacio en vuestra ciudad ó en mi campo, ansí para conocer tan honrado enemigo como para tratar cosas que os convienen, debajo de salvoconducto y guarda real, que yo la concedo por todo el día. De estas nuestras tiendas y sitio de Rodas á 13 de la Luna de Manlud. Año de la era y peregrinación de nuestro Profeta de 1395.—*Solimán II.*»

MAESTRE.

Por cierto, razón es suya,
Porque la fama se arguya
Que de gran soldado tiene
De la modestia que viene
En esta embajada tuya.
Al Gran Señor le dirás
Que estimo en tanto el favor,
Como de tan gran señor,
Y si puedo, mucho más,
Pues es mucho su valor.
Y si rey cristiano fuera,
De esta merced obligado
Alegre á servirle fuera,
Y como pobre soldado
Sujeto á sus pies me viera;
Pero que entre mis trofeos
Pago sus buenos deseos
Con rogar al Cielo aquí
Que, no siendo contra mí,
Favorezca sus empleos.
En Rodas no hallo lugar
Donde poderle alojar;
Que esta casa humilde y llana
Está hecha atarazana
De ingenios de pelear.
Aquí de noche y de día
Se adereza artillería,
Se fabrican carretones,
Se están armando cestones,
Se limpia arcabucería,
Muélese polvos á suerte,
Y está tal, que si lo advierte,
Esta casilla parece
En los pertrechos que ofrece,
Una heredad de la muerte.
Y cuando en Rodas quisiera
Meter su grandeza, sé
Que en vano mi intento fuera,
Pues claramente se ve
Que cuando en ella se viera,
Como en estrecho se hallara,
Las murallas reventara
Por ensanchar su grandeza,
Y con esto la llaneza
De los rodios allanara.
Y así le podéis decir
Que le quiero ir á servir,
Pues sé que estará excusado
De la molestia y cuidado
De poderme recibir;
Porque á mi persona indina
Que á favorecerte inclina,
No la real tienda que goza
Me basta, sino una choza
De terrones y fagina.
Y de paso de esa fe,
Con tres del hábito iré
Á verme con su grandeza,
Y que humillando su alteza
Con tres bajares esté.
Y pues que seguro envía,
Mañana por todo el día,
De sol á sol se le doy.

MOSTAFÁ.

Yo, Gran Maestre, me voy,
Pues dije á lo que venía;
Mas por Mahoma y Alá
Y aquel Alcorán sagrado
Que escrito en el Cielo está,
Que el lauro de gran soldado
Justamente se te da.
Queda con Alá.

Vase.

MAESTRE.

Con él
Vayas ¡ah bárbaro infiel!
¡Nobles soldados, querría
Antes que llegase el día
Dalle un rebato cruel!

TELLO.

Si quieres, déjame el cargo:
Yo, Gran Maestre, me encargo
De hacer que mis brazos pruebe,
Y aunque dió el término breve
Hacer que se le haga largo.

MAESTRE.

Famoso frey Juan de Jío,

De los de Candia juntad
Cien hombres de esfuerzo y brío,
Y al punto los enviad
Al alojamiento mío;
Y vos, don Tello, al momento
Me prevenid otros ciento
De los soldados de España,
Que son los que en la campaña
Darán vida á nuestro intento;
De tudescos y albaneses,
Ramón Marquete elegid
Cien hombres; de los franceses,
Don Roberto, apercibid
Ciento, y traiga cien ingleses
Don Enrique, y hecho aquesto
Se junten en este puesto
Y á media noche saldremos
Para que al turco le demos
Un regocijo funesto.
Entiendan de estos cruzados,
De su tártara familia,
Que no viene sin vigilia
Fiesta de tales soldados.

DON RAMÓN.

¿Cabeza no nos señalas
Para tal empresa?

MAESTRE.

No.
¿Será bien que en ricas salas
Me quede durmiendo yo
Mientras resistís las balas?

TELLO.

Señor, vuestra alteza vea
En el caso que se emplea;
Que no es bien desamparar
Tu grandeza este lugar
Por una simple pelea.
Para tal empresa basta
Cualquiera de los que van,
Que son freiles de San Juan,
Y en hechos, ánimo y casta
Igualan á Solimán.

DON RAMÓN.

No salgas, Maestre ilustre,
Donde una contraria suerte
Nuestro contento deslustre,
Dándole al bárbaro suerte,
Para sus hazañas lustre.

TELLO.

¿Quién bastará á gobernar
Esta fuerza, este lugar,
Si tú del muro te alejas
Y sin tu gobierno dejas
Tu presidio militar?

MAESTRE.

Por el hábito sagrado
Del Bautista que profeso,
Por mí y por el cargo honrado,
Cuyo gravamen y peso
Está en mis hombros cargado,
Que he de salir el primero,
Y que en el conflicto fiero
No se ha de envainar mi espada
Sin que de la encamisada
Me retire yo el postrero.
Si el turco me envía á llamar
Para ver si sé hablar,
Por satisfacerle, quiero
Que esté informado primero
De cómo sé pelear.
Nadie en esto me replique:
César, Ramón, don Enrique
Y Roberto, á vuestro cargo
Acudid; que yo me encargo
Hacer que se fortifique
El muro de la ciudad.
Poned cien mil luminarias,
Disparad con brevedad
Mil presas en partes varias,
Las campanas repicad,
Porque con el alboroto
Piensen que es acto devoto
Del patrón que celebramos,
Y cuando acudan, tengamos
Un escuadrón muerto ó roto.
Sólo un clarín llevaremos
Para que en concierto y orden
Al muro nos retiremos,
Sin que por culpa ó desorden
Rotos ó muertos quedemos.
Y con esto vamonós,
Que son cerca de las dos.

TELLO.

Pienso que dadas serán.

MAESTRE.

¡Viva el profeta San Juan!

TODOS.

¡Viva el gran primo de Dios!

Vanse.

Salen María Adalifa y Juan, su hijo, y Servio, esclavo.

SERVIO.

Como te digo, le vi
renegar.

MARÍA.

¿Que tú le viste?

SERVIO.

Digo, señora, que sí.

MARÍA.

¡Ah, ingrato! ¿No me hiciste
Dejar esa ley á mí?
¡Infiel! ¿Ya olvidaste el día
Que, dándote libertad
Y renunciando la mía,
Me trajiste á tu ciudad
Y rendiste á tu porfía?
¿No me hiciste que negase
Mi Alcorán, y que adorase
En Cristo su Madre y cruz,
Para que la eterna luz,

Siendo cristiana, gozase?
¿Pues cómo sigues agora,
¡Infame! la secta mora?
¿Cómo, falsario, traidor,
Usaste tanto rigor
Con la triste que te adora?
Tu alma infiel y falsaria,
Tu condición ciega y varia,
Nos dan muy claro á entender
Que diste fe á tu mujer
Para seguir la contraria.
Claro, Jácome, se ve
En ese pecho sin fe,
Que el día que me engañaste
La fe de Dios me enseñaste
Para buscar nueva fe.
¿Quién podrá, falso, creer,
Si no es que lo llega á ver,
Lo que pasa entre los dos?
¿No había harto en un Dios
Para marido y mujer?
¿Y adónde está?

SERVIO.

El gran señor
Acerca de su persona
Le ofrece inmenso favor.

MARÍA.

¿Y con qué razón abona
Su falsedad el traidor?

SERVIO.

Dice el apóstata ingrato,
Para disculpar su trato,
Que si nuestra ley dejó
Fué que á ello le obligó
La crueldad y el maltrato
De quien fué esclavo primero,
Cuando en el conflicto fiero
De Nícaro fué cautivo,
Y que en el tormento esquivo
Le fué amigo verdadero.
Con temor de triste muerte,
Tuvo por mejor perderte
Que no ser preso y cautivo.

MARÍA.

¡Ay tormento infiel y esquivo!
¡Ay terrible y triste suerte!
¿Fué mejor perderme á mí?
¡Ansí, infiel marido, ansí!
Pues yo no temí perder
Mis padres, hacienda y sér,
Sólo por ganarte á ti.
Dale esta carta, y vé adiós.

SERVIO.

Él mismo quede con vos.

Vase.

MARÍA.

¡Ay hijos, ay desdichados!
Por la desdicha engendrados,
Mía y de entrambos á dos;
Ya sin padre y madre os veo;
Ya vuestra muerte deseo,
Que siendo cierta la mía,
Dejaros vivos sería
Un caso terrible y feo;
Pues querer mataros sé
Que ánimo me faltará,
Y mataros no podré,
Si en vos retratado está
Un ingrato que adoré;
Pues, hijos míos, decí
¿Qué es lo que será de mí
Y qué será de los dos?

JUAN.

¡Madre, encomiéndelo á Dios!
Está loca, vuelva en sí.
Quien tuvo ánimo y valor
Para escoger lo mejor,
La que con valor profundo
Me dió á mí por hijo al mundo,
Siendo de los dos mayor,
No tema; que el Cielo sabe
Que aunque mi vida se acabe,
Perdiendo este mortal sér,
Tengo de morir ó hacer
Cómo su dolor se acabe.
Quede adiós, y al Cielo juro,
Que ese bárbaro y perjuro
Que su ley y Dios dejó,
Y á mí y á vos afrentó,
No viva de mí seguro.

MARÍA.

¡Hijo!

JUAN.

Déjeme, que rabio.
Déme al momento un vestido,
Con que iré desconocido
Á reconocer mi agravio.

MARÍA.

¡Hijo Juan, hijo querido!
¡Repórtate, escucha un poco!

JUAN.

¡Madre, á morir me provoco,
Pensando que aquél, sin Dios,
Nos afrenta á mí y á vos!

MARÍA.

¡Ten sufrimiento! ¿Estás loco?
¿Acompañarásme á mí
Para tomar la venganza
Al peso de mi esperanza
En hábito extraño?

JUAN.

Sí,
Hasta donde el sér alcanza,
Que vos, madre, me habéis dado;
Que de aquel desventurado
Nada he recibido yo,
Ni sér ni vida me dió.

MARÍA.

Que es tu padre.

JUAN.

Renegado.

MARÍA.

Calla, Juan; vente conmigo.

JUAN.

Yo iré para ser testigo
De su proceder villano.

MARÍA.

Mira que es tu padre, hermano.

JUAN.

No es mi padre, ni aun amigo.

Vanse.

Salen el Maestre, D. Juan, Tello y los demás, vestidos de encamisada.

MAESTRE.

Hoy, escuadrón pequeño y valeroso,
Es justa cosa que valor se muestre,
Sin amparo de muro ni de soto.
Aquí va el estandarte y el Maestre;
Que no diréis que solos os envía,
Sin caudillo ó cabeza que os adiestre.
Tema la Persia y tiemble Berbería;
Resuene vuestra fama en la Asia toda,
Y á Europa cubra el gozo y la alegría.
Con la sangre francesa, itala y goda,
Tended las armas contra la canalla,
Que hoy la fama en su libro os acomoda.
No nos cubre el acero el ante ó malla,
Sólo pieles le sirven de defensa
Y los delgados lienzos de muralla.
Agora el que extender la fama piensa,
El acero desnude, al turco embista;
Que de su gloria desta vez suspensa
Llore el bárbaro Rey esta conquista,
Con pérdida de gente, plata y oro,
Á quien no alcanza número ni vista.
Cubrid con sangre del soberbio moro
Las campañas desnudas de arboledas,
Dadle de Rodas el mortal tesoro;
Y si la diosa y su mudable rueda
Permite que muramos, será gloria
Que muera el hombre donde fama hereda;
Y lleve cada uno en la memoria
Que del cerco de Rodas algún día
Los que vendrán han de tener victoria.
Con la sangre compremos este día
Para la fama hazañas soberanas,
Que al tiempo hagan dulce compañía;
Seguid ese estandarte y estas canas,
Que he de teñillas, á pesar del mundo,
En sangre de las huestes africanas.

DON RAMÓN.

Maestre heroico en quien el peso fundo
Deste escuadrón de Rodas y del cargo
Pequeño para tu valor profundo,
Deja razones y el proemio largo
Con que á morir honrados nos incitas,
Poniendo al embestir prolijo embargo,
Rompe por medio de los fieros citas,
Ve por medio de Persia y del Arabia
Derribando murallas y mezquitas.

TELLO.

Ya, Maestre famoso, nos agravia
No llegar á las manos contra el perro
Que mueve nuestros ánimos á rabia.
Hambriento está el fatal y agudo hierro
Pidiendo sangre desta gente perra.

MAESTRE.

Hoy la pena y temor dejo y destierro.

DON RAMÓN.

Maestre valeroso, al punto cierra.

MAESTRE.

¡Viva Cristo y San Juan, y Rodas cierra!

Dase la batalla; sale el Gran Turco, Mostafá, Pirro y los turcos que pudieren.

GRAN TURCO.

¡Á ellos, canalla vil!
Deteneos, ¿dónde vais?
¿De qué gente os retiráis
Al pie de doscientos mil?
¿Qué guadaña de la muerte
Es la que veis que os destruye?
Volved, que la muerte huye
Del que se le muestra fuerte.

MOSTAFÁ.

Sale.

¡Ah Mahoma, tal consientes!

GRAN TURCO.

¿Qué hay Mostafá?

MOSTAFÁ.

Gran señor,
Falta de esfuerzo y valor
En nuestras cobardes gentes:
Hay temor y cobardía,
Hay afeminados pechos,
Hay, señor, infames hechos
En la viciosa Turquía;
Hay un huir temerario,
Vergonzoso y deshonesto,
Y hay todo al contrario desto
En tu famoso contrario.

PIRRO.

¡Las furias del hondo infierno
Esta noche se han soltado!

GRAN TURCO.

¿Qué hay Pirro?

PIRRO.

Que se ha soltado
Contra ti Mahoma eterno.
Sabe, señor poderoso
Aunque no con la fortuna,
Pues cuatro pechos cruzados
Hoy tus vitorias enturbian,
Que de la rebelde Rodas
Por aquella senda obscura
Que atraviesa al hondo foso
Y la muralla asegura
De las minas que inventamos,

Pues todos por ellas cruzan,
Siguiendo una señal sola,
Casi al salir de la Luna,
Salió un escuadrón pequeño,
Aunque grande en la ventura,
Y para cubrir las armas
Que con la luna relumbran,
Encima de los vestidos
Blancas camisas ó aljubas,
Cogiéndonos descuidados,
Toda tu gente segura,
Sepultados en silencio,
Aunque ya en la sepultura,
Embistieron de repente
Sobre la turba confusa,
Que al despertar le dan sueño
De que no despiertan nunca.
Los tirantes de las tiendas
Los agudos filos cruzan,
Cayendo sobre los tristes
Que las habitan y ocupan,
Y cortándolas llegaron
No muy lejos de la tuya,
Diciendo: San Juan de Rodas,
San Juan sólo sea en tu ayuda;
Aquí va el Maestre propio,
Prendedle, canalla turca,
Que si el Gran Turco le prende,
Rodas y la isla es tuya.
Salí, señor, de mi tienda,
Y á la lumbre de la Luna
Vi las venerables canas,
Que á tus gentes atribulan,
Cortando brazos y piernas,
Rodelas, jacos y aljubas.
Sin parar pasan de vuelo
Dando en tu gente segura.
Con hasta quinientos hombres
Emprendió aquesta diablura
Este francés temerario,
Aquesta cristiana furia;
Pero lo que más se siente
Y la mayor desventura,
No sé, señor, si lo diga
Que esta es desventura mucha,
Habemos echado menos
Catorce banderas tuyas,
. . . . (1).
Que perdió Cartamobúcar,
Tu belerbey general,
Aquel de cuya ventura
Ni yo esperé tal suceso
Ni aun el poder de fortuna.
Quiso furioso cobrarle;
Pero en vano lo procura,
Porque de una herida el alma
El cuerpo le desocupa.
Esta, Solimán famoso,
Es la desventura tuya.

(1) Falta un verso.

Perdona al embajador,
Pues ves que no tiene culpa.

GRAN TURCO.

Injusto Cielo, ¿qué es esto?
¿Fortuna, diosa caduca,
Hoy mi poder avasallas,
Hoy derribas mis venturas?
¡Al arma, turcos infames!
¡Al arma, canalla turca!
¡Al arma, africanos perros!
¡Al arma, tártara chusma,
Genízaros femeniles!
Ea, canalla confusa,
Buscad el oro perdido,
Si es que el infame lo busca.
Hoy es día que he de ver
Aquel león de Liguria
Que cazando por mis campos
Llevó sus crines seguras.
No me habléis palabra, infames,
Que os abrasará mi furia;
Sino prevenid la tienda
Donde ha de ser esta junta.

Vase.

MOSTAFÁ.

¡Triste día, suerte avara;
Llegó el día del rigor
En que ya del gran señor
No se podrá ver la cara!

PIRRO.

Siento con mucha razón
Pérdida tan grave y tal.

MOSTAFÁ.

¡Y que el alférez real
Perdiese así el gonfalón!

PIRRO.

¿Cómo perder? ¡Vive Alá!
¿Si Mahoma le guardara,
El Maestre le ganara
Como le ganó de acá?

MOSTAFÁ.

¿Y ganóle él mismo?

PIRRO.

No,
Que yo oí en aquella parte:
«No busquéis el estandarte
Que Tello se lo llevó.»

MOSTAFÁ.

¿Quién es ése?,

PIRRO.

Un español.

MOSTAFÁ.

Digo que ya no me espanto,
¡Por Alá divino y santo,
Que se le ganara al Sol!
Haced en orden poner
La tienda.

PIRRO.

En ésta será,

Que ya apercibida está
Para el caso desde ayer.

MOSTAFÁ.

Pues, Pirro, al momento vamos;
Que mi pecho determina
Volar mañana la mina
Con que vengados seamos.

PIRRO.

De Portugal el consejo
Caro cuesta á la nación.

MOSTAFÁ.

En la primera ocasión
Mata Solimán al viejo.

PIRRO.

Ya suenan los instrumentos;
Sospecho que viene ya.

MOSTAFÁ.

¿Qué nos falta?

PIRRO.

Mostafá,
El prevenir los asientos.

Vanse y salen el Maestre, D. Ramón, D. Tello, y Marquete y un paje, por otra parte el Gran Turco, Pirro, Mostafá y Bencusir, y un paje.

GRAN TURCO.

¡Gran Maestre!

MAESTRE.

¡Gran señor!

GRAN TURCO.

Hoy en honrarte me fundo;
Llégate, valor del mundo.

MAESTRE.

Ya llego, rey del honor.

GRAN TURCO.

No carece de misterio
Mi gran deseo de verte;
Que estimo más conocerte
Que conquistar un imperio.
Y por las estrellas todas,
Que si con mi honor pudiera,
Á Belgrado me volviera,
Libertando por ti á Rodas.
Abrázame.

MAESTRE.

Es alto vuelo;
Que tanta ventura es
Para mí estar á tus pies
Como levantarme al cielo.

GRAN TURCO.

Llégate, padre.

MAESTRE.

Ese nombre
Es en quien mi honra fundo.

GRAN TURCO.

¡Por el Criador del mundo,
Que tienes más que sér de hombre!
No sé qué tienes, que trueca
Mi mortal odio en amor.

MAESTRE.

Soy tu criado, señor.

GRAN TURCO.

¡Por el Profeta, que en Meca
Está en eterno reposo,
Que si ansí la verdad fuera,
Más grande señor te hiciera
Que ningún rey poderoso!
No sé qué es lo que en mí siento;
Siéntate á este lado, pasa.

MAESTRE.

Quien apenas tiene casa,
¿Cómo podrá estar de asiento?

GRAN TURCO.

No has de poner intervalo,
Que es bien que mi amor te muestre.

MAESTRE.

Hoy seré Grande Maestre,
Pues al gran señor me igualo;
Que á tener tú entera lumbre
Y conocer quién Dios es,
El humillarme á tus pies
Era ensalzarme á la cumbre.

GRAN TURCO.

Quiero que entiendas de mí
Que ansí estimo tu valor,
Que á no ser yo el gran señor,
Quisiera humillarme á ti.
Porque á no tener la luz
Que me dió Alá soberano,
Pienso que fuera cristiano
Sólo por traer tu cruz.
Y eres tan noble enemigo,
Donde tal valor se encierra,
Que al mismo Alá hiciera guerra
Como tú fueras mi amigo.

MOSTAFÁ.

¿No veis qué amigos están?

PIRRO.

¿Qué es esto, Mahoma santo?

MOSTAFÁ.

¡Vive el Cielo, que me espanto
De ver ansí á Solimán!

TELLO.

¿Éste es aquel que decía
El mundo que era cruel?

DON RAMÓN.

Yo no he descubierto en él
Sino amor y cortesía.

GRAN TURCO.

Tú que los muros allanas
De mi fiero corazón,
Bañándole en afición
De tu valor y tus canas,
¿Qué edad tienes?

MAESTRE.

Gran señor,
Ochenta años ha que gozo
Del mundo, y siempre soy mozo
En lo que es mostrar valor.
Aquí mi edad acomodo
En cortesía y consejo,
Y en la guerra, aunque soy viejo,

La espada gobierno y todo.
Cerca pasé de tu cama
Antes del amanecer.

GRAN TURCO.

¡Hecho que debe poner
Entre los grandes la fama;
Heroico y extraño vuelo!
Pero dejando esto aparte,
Rescátame el estandarte
De quien ha temblado el suelo.
Pues de paz á verme vienes,
Paga mi amor y afición;
Que no he de tener pendón
Si no cobro el que me tienes.
Basta el victorioso hecho,
Maestre; que, á ley de moro,
Que es pequeño mi tesoro
Para pagar lo que has hecho.

MOSTAFÁ.

Tratándose como amigos
Muestran su esfuerzo y poder.

DON RAMÓN.

Es honrado proceder.

TELLO.

Son honrados enemigos.

MAESTRE.

Si el cerco no me levantas,
No te le podré volver.

GRAN TURCO.

Yo me holgara de poder,
¡Por Alá y sus luces santas!
Pero el día que partí
De mi palacio imperial,
Contra ese pueblo infernal
De ganar le prometí;
Que en todas las ocasiones
Que nombraban mis estados,
Decían hombres cruzados,
Más son cruzados leones.
No basta haber año y medio
Y aun más que ha que estáis cercados,
De sustento descarnados,
Sin socorro ni remedio:
Que doscientos mil infantes,
Comprados á peso de oro,
Gastándome mi tesoro,
Pelean contra diamantes.
Ya el provecho es inferior
Que vuestra ciudad encierra;
No peleo por la tierra,
Peleo por el honor.
Y si esto á su fin no pasa
Y no conquisto ese muro,
No estaré de ti seguro
Dentro de mi propia casa.
Mas como el pendón me envíes,
Por la gloria que Alá encierra,
De darte para tu guerra
Veinte cargas de cequíes;
Diez de cristal de la mina,
Que *ret* llama el africano;
Cien jacos del suelo hispano
De la malla jacerina,
Y daréte ¡vive el Cielo!
Sólo por dártelo á ti,
Un alfanje y tahalí
Del gran Mahomat, mi abuelo,
Que es de valor te prometo,
Si á mi gusto te acomodas;
Que vale harto más que Rodas
Puesta fuera de este aprieto.

MAESTRE.

No parezca cumplimiento
El decir que yo quisiera
Complacerte, si pudiera,
Y satisfacer tu intento.
Los cequíes que me ofreces,
El cristal, joyas y espada,
Y aquesta merced sobrada
Con que mi sér engrandeces,
Claro está que ha de obligarme
Á servirte; mas, señor,
Para comprarme mi honor,
¿Tienes tesoro que darme?
¿Con qué podré yo pagar,
Si acaso, Rodas perdida,
Viniere á quedar con vida
Y me pudiese librar?
Podré decir en presencia
Del Cielo, el Sol y la Luna:
«Perdíla por mi fortuna,
Mas no por mi negligencia.»
Que al fin diré donde fuere:
«Perdida á Rodas dejé
Y el estandarte gané
Del Gran Turco.» Considere
Vuestra Alteza que es disculpa
Esto, á no ser importuno;
Que al fin no dirá ninguno
Que se perdió por mi culpa.
Y ansí habrás considerado
Que en la gloria que me aplico
Tu promesa me hace rico,
Pero tu estandarte honrado.
Y es ponerme en mucho estrecho
Que tal tu Alteza me mande,
Porque soy de la cruz Grande
Y ansí he de tener gran pecho.
Y no te le pienso dar
Mientras no nos descercares,
Porque si á Rodas ganares
Tengas algo que estimar.

Sale Bencusir, moro.

BENCUSIR.

Sabrás, señor poderoso,
Que en aquella ermita y casa
Á quien San Cosme y Damián
La gente de Rodas llaman,
La que de baño te sirve
Y adonde tienes plantada

La más de tu artillería,
Cavada de foso y cavas,
Catorce cruzados fuertes,
Que decir cruzados basta,
Pues han sido con tus gentes
Cruces de muerte y de infamia,
Clavaron la artillería,
Tienen la ermita ganada,
De turcos muertos y heridos
Casi cubierta la casa;
Á Ismas, tu sobrino, han puesto
Una liga á la garganta,
Y cuando quieren tirarles,
Con tu sobrino se amparan;
Está cubierta la tierra
De flechas, dardos y lanzas,
Que, como toros heridos,
Las tienen entre las plantas.
Apostáronse esta noche
De la ciega encamisada,
Donde sus blancas camisas
Fueron turquescas mortajas.
Á ti me envía Braïmo,
Mira que mandas que haga,
Si se batirá la ermita
Ó si se les pondrá guarda.

GRAN TURCO.

¿Qué es esto, Alá poderoso?
¿Catorce cristianos bastan
Contra un mundo que está junto
Sobre una pequeña casa?
¿Qué te parece, Maestre?

MAESTRE.

Hame pesado en el alma,
Pero si allí les dan muerte,
Con honor y fama acaban.
Por mi patrón, el Bautista,
Te prometo que trocara
Este estrado en que me honras
Por hallarme en tal hazaña.

GRAN TURCO.

¡Oh valor de caballeros!

TELLO.

¿Qué hacemos?

MAESTRE.

No sé qué haga.

TELLO.

Que dejes poner el sol,
Con que la tregua se acaba,
Y pues hay otras camisas,
Démosles otra alborada.

GRAN TURCO.

¿Quién es ése?

MAESTRE.

Este es, señor,
Dueño desta noble hazaña,
El que ganó tu estandarte.

GRAN TURCO.

¡Santo Alá! ¿Cómó se llama?

MAESTRE.

Llámase Tello, señor.

GRAN TURCO.

¿Y de qué tierra?

MAESTRE.

De España,
De la ciudad de Sevilla.

GRAN TURCO.

Yo digo que no me espanta,
Si es español, que se arroje
Á ganar la luna sacra.

MAESTRE.

Ya, señor, se llega el punto
En que haré lo que me mandas:
Dame mis cruzados libres
Y un tu capitán que vaya
Á traer el estandarte.

GRAN TURCO.

¡Por Mahoma, que me espanta!
¿Lo que no ha podido ruego,
Honor ni riquezas tantas,
Por catorce hombres ofreces?

MAESTRE.

Si lo que la rica Arabia
Ó la Jona y el Catay,
Ó lo que á la noble España
Ofrecen sus nuevas Indias
Me ofrecieras, era nada
Para darte el estandarte
Ganado con gloria tanta.
Y si catorce estandartes
Con mi sangre conquistaras,
Por rescatarlos le diera
Cualquiera de los que faltan.
Envía mis caballeros,
Y, como te digo, vaya
Quien te traiga el estandarte.

GRAN TURCO.

Espera, Maestre, aguarda:
Llevarástelos contigo
Y mi estandarte mañana
Me le envía con don Tello,
Que es justa y loable hazaña;
Que si él llevó mi estandarte,
Sea él mismo el que lo traiga,

MAESTRE.

Cúmplase, señor, tu gusto;
Que él te le traerá sin falta.

GRAN TURCO.

Seguro podéis venir.

TELLO.

Conmigo vendrá mi espada,
Y como ella me acompañe,
Yo aseguraré la plaza.

GRAN TURCO.

Dame la mano, Maestre.

MAESTRE.

¡Jesús, señor! Honra tanta.....

GRAN TURCO.

¡Quién pudiera ser tu amigo,
Maestre de la cruz blanca!

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.

JORNADA SEGUNDA.

Salen el Gran Maestre, Tello y dos ciudadanos de Rodas.

MAESTRE.

Al fin, ¿qué es lo que pedís
De parte de la ciudad?

CIUDADANO 1.°

Sacro Maestre, escuchad.

MAESTRE.

Ya escucho lo que decís.

CIUDADANO 1.°

Dice la afligida Rodas
Que ha visto el daño tan cierto,
Y viendo el remedio incierto
De sus esperanzas todas,
Que mires el común daño,
Que está la gente afligida,
Ya sepultados en vida
En aqueste asedio extraño;
Y tan triste suerte corre
En este asedio prolijo,
Que ni el padre acude al hijo,
Ni el hijo al padre socorre.
Y que es fuerza que vengamos
Á rendir esta sentencia
Después, y á pedir clemencia
Cuando no la consigamos.
Ya las murallas, cansadas
De tal batería y guerra,
Están la mitad en tierra,
Del grave peso obligadas.
Si acaso nos acostamos
Rendidos del triste sueño,
Cae la casa con el dueño
Y sepultados quedamos;
Que las piezas que están puestas
Con los bestiones fornidos,
Como nos cogen dormidos
Nos echan la casa á cuestas;
Y para pasar la vida
Tus desdichados vasallos,
Matan sus propios caballos
Y dellos hacen comida.
¡Piedad de tu pecho mane!
Que esta ciudad que tenemos
Más vale que se la demos
Que no que el turco la gane.

MAESTRE.

Vuelve y diles que no quiero
Rendir la ciudad, y di
Que si murieren aquí,
Yo también con ellos muero.
Que no tienen que quejarse
Que por mí lo pasan mal,
Pues soy en el daño igual;
Pero que no han de entregarse.
El que quisiere se salga
Al campo del gran señor,
Y el que no tiene valor
De vil humildad se valga.
Volved, pues, á Dios la vista,
Y mirad, desventurados,
Que otra vez fuisteis cercados
Deste que agora os conquista,
Y que á su campo volvió
Humillada la braveza;
Pero tuvisteis cabeza
Más venturosa que yo.
Sufrid, rodanos, sufrí,
Considerad, afligidos,
Que somos hijos queridos,
Pues que Dios nos trata ansí.
Que desde ahora imagino,
Amigos, que será vano
Esperar socorro humano,
Sino pedir el divino.
Y este bárbaro orgulloso
Que vuestros campos habita,
Aunque sea noble es Cita:
Mirad si será piadoso.
Mirad bien lo que pedís;
Que entre estos infieles bravos,
Seréis, como en Grecia, esclavos
Si, como en Grecia, os rendís.
Y porque con este afán
No se me diga otro tanto,
Descubrid el altar santo
De nuestro patrón San Juan.

Descubren un altar donde estará San Juan Bautista.

TELLO.

Del soberano Bautista
Se descubre ya el altar.

MAESTRE.

¿Á quién no basta á animar,
Patrón santo, vuestra vista?
Santo primo de Dios, gloria del Cielo,
Confesor, virgen, mártir y profeta,
Del soberano Dios voz y trompeta
Que anuncias la salud, pan y consuelo;
Santo á quien reverencia todo el Cielo,
La fe cristiana y la morisca seta,
Anunciador y celestial cometa
Del Cordero inocente y ternezuelo;
Á ti las llaves y la guarda toca
De esta ciudad, á ti te las presento:
Si tú las quieres dar al turco, dalas;
Que si tú no lo mandas por tu boca,
Presto al Cielo homenaje y juramento
Que no han de entrar, aunque les nazcan alas.
Vuelve, rodano, á esa gente
Temerosa y encogida,
De flojedad afligida,
Que se anime y que se aliente.

Y el que quisiere rendirse,
Bien puede salir seguro;
Que portillos tiene el muro
Por donde poder salirse;
Pero sin ningún reparo
Su infamia se ha de saber,
Y en la plaza he de poner
Un padrón de mármol claro,
Donde quedarán escritos
Sus nombres desventurados,
Y sus deudos infamados
De estos nuevos sambenitos.
Y no es traza tan extraña
Ni tan fuera de razón,
Porque será á imitación
De la católica España.
Y en otros dos á los lados
Más levantados de tierra,
Pondré los que en esta guerra
Murieron á ley de honrados.
¿Teméis que la casa os mate
En medio del sueño incierto,
Y no teme el que despierto
Está esperando el combate?
¿No teme el que guarda el muro
Cuando el contrario le arrasa,
Y teme el que está en su casa
Á costa nuestra seguro?
Vístesme ayer en la mano,
Ya de anciana medio helada,
Una espuerta y una azada
Con pecho y valor cristiano,
Llevando tierra y fagina
Con intento de animaros,
¿Y teméis que han de mataros?
Animad, gente mezquina,
Haced al bárbaro guerra;
Que si es que habéis de acabar,
La muerte os sabrá buscar
Aunque os esconda la tierra.

CIUDADANO 1.°

Ya, señor, que te resuelves,
No hay que replicarte nada.

MAESTRE.

No vuelvas con embajada,
Que te ahorcaré si vuelves.
Dejadme solo, que prueba
Su fuerza el sueño conmigo.
Mirad vos, Farfán amigo,
Si hay alguna cosa nueva,
Y si la hubiere llamadme.

TELLO.

Servirte siempre pretendo,
Y si estuvieres durmiendo.....

MAESTRE.

Si durmiere, despertadme.

Vanse; quede el Maestre.

¡Pesar de la vil canalla!
Temblando de miedo están,
Cuando está el gran Lisladán
Amparando su muralla.
Cuando cristianos no fueran
Y Dios no los amparara,
Cuando San Juan les faltara
Era justo que temieran.
¿Estoy en mí que imagino
Que sin propósito invoco,
Contra un campo ciego y loco
Auxilio y favor divino?
El Cielo á mi ayuda esté;
No me ayude á esta conquista
Ni Dios ni San Juan Bautista;
Que yo me defenderé.
Sueño me aprieta; yo sigo
Sus pasos, pues es mi dueño;
No hay pelear contra el sueño,
Que es poderoso enemigo.

Duérmese; sale San Juan Bautista con las llaves.

SAN JUAN.

Maestre, toma las llaves.

MAESTRE.

Patrón glorioso, ¿por qué?.....

SAN JUAN.

Porque tienes poca fe;
Defiéndete tú, si sabes.

Cúbrese.

MAESTRE.

Aguarda, santo patrón,
Vuelve los ojos, espera.
¡Cielos, dormí! ¿Sueño era
Ó fué celestial visión?
Las llaves están aquí:
Bien es que me acabe el llanto;
Yo las dí á mi patrón santo
Y él me las ha vuelto á mí.
Señal de que el Cielo está
De mi soberbia ofendido;
Pues loco y soberbio he sido,
Como el que cayó de allá.
Grande mi soberbia fué,
Pero en tan sangrienta lid
Lloraré, como David,
Pues como David pequé.
Vuestra clemencia me valga,
Señor, aunque yo desee
Un Semey que me apedree
Cuando desterrado salga.
Y pues Cielo y Tierra admira
La piedad que poseéis,
Amor de padre tenéis,
Aunque no le he visto en ira;
Pues vuestro pecho codicia
Más piedad que no rigor,
Sea de oliva, Señor,
Vuestra vara de justicia.
Vos, paloma hermosa y bella,

Virgen sagrada, mirad
Por esta pobre ciudad,
Que hay inocentes en ella.
¡Válgame Dios! ¡Cajas siento!
Confuso estoy y turbado,
Que me turba mi pecado
Más que el estruendo sangriento.

Sale D. Tello.

TELLO.
No estés, señor, descuidado;
Que ya sobre el muro está
El soberbio Mostafá
Y Pirro, aquel renegado.

MAESTRE.
Las llaves quiero encubrir,
Que mi culpa manifiestan.

TELLO.
Ya á la lengua inglesa asestan
Quince piezas de batir.

MAESTRE.
¿Qué prevenciones son éstas,
Ciudad desdichada y sola?

TELLO.
Sobre la puerta española
Están otras siete puestas.
Toda este noche han batido
El muro que España encierra,
Y desde lo alto á la tierra
Está el cubo izquierdo herido.

MAESTRE.
Muy mal estaréis seguros,
Tello, valeroso amigo;
Pues el mayor enemigo
Está dentro de estos muros.

TELLO.
¿Acaso hase descubierto
Traición alguna?

MAESTRE.
Que no.
Por el temor, digo yo,
Que es el contrario más cierto.
Vamos hacia la muralla,
Donde el turco se avecina;
Mas, pues yo he sido su ruina,
¿Cómo podré remedialla?

Vanse.

Salen el Gran Turco y D. Juan, en hábito de tártaro, y Mostafá y Pirro.

GRAN TURCO.
Á Amurates agradezco
El presente, como es justo.

PIRRO.
¡Bravo tártaro!

GRAN TURCO.
Robusto.

DON JUAN.
Y más lo soy que parezco.
Verás, gran señor, en mí
Nuestro coraje de España,
. . . . (1)
Aunque en Tartaria nací.

PIRRO.
Ayer levantó una pieza
De batir con los dos brazos,
Y en ellos, puestos dos cazos,
Pegó á un árbol la cabeza,
Y dos levantes tiraron,
Y él tiene fuerza tan fiera
Que, como si un árbol fuera,
De allí no le menearon.

GRAN TURCO.
¿Cómo te llamas?

DON JUAN.
Caribe.

GRAN TURCO.
El nombre tienes cruel.

Sale Abenzafir, turco.

ABENZAFIR.
Cortuguete avisa que él
Ya por la mar se apercibe.

GRAN TURCO.
Si por la mar da combate
Furioso, tengo por cierto
Que ha de ganarles el puerto,
Según las dos torres bate.

PIRRO.
¡Que he de embestir la muralla
Donde tengo el corazón!
Y fuera mayor razón
Con humildad adoralla.
Que aunque en este traje voy
Y piensa el bárbaro moro
Que su seta falsa adoro,
Humilde cristiano soy,
¡Ay mi Adalifa! ¡Ay María!
¿Cuándo querrá la fortuna
Volver su rueda importuna
En bonanza tuya y mía?

GRAN TURCO.
Pues en un punto y sazón
Embestid con furia extraña
Sobre la puerta de España
Y la puerta de Abusón.
Y el que entrare, por mi ley,
¡Juro á Mahoma sagrado
De dejarle coronado
En esta tierra por rey!

Sale el Maestre y los que pudieren á la muralla.

MAESTRE.
¡Alerta, gente española!
Que el turco á embestirnos viene,
Y hoy á Rodas le conviene

(1) Falta un verso.

Guardar esta puerta sola.

GRAN TURCO.

Ea, que en el muro están;
Arremeted contra ellos.

MOSTAFÁ.

¡Á ellos, Mahoma!

PIRRO.

¡A ellos,
Mahoma!

TODOS.

¡Cristo! ¡San Juan!

Disparan dentro arcabuces, dase la batalla en el muro con Tello.

MOSTAFÁ.

¡Á ellos, que ya está abierto,
Y pasadlos á cuchillo!

TELLO.

¡No importa, que está el portillo
De Diego Tello cubierto!
¡Tapiadme por las espaldas!

MOSTAFÁ.

¡Ea, cobardes, á él!

MAESTRE.

¡No te corone laurel,
Sino estrellas y esmeraldas!

Embisten todos á Tello, y dase batalla, y entretanto alzan el lienzo que se ha caído por detrás.

MOSTAFÁ.

Ya de tierra y de fagina
Está la muralla arada.

TELLO.

Y ya mi vida, cansada,
Á la muerte se avecina.
¡Jesús, María, á los dos
Encomiendo el alma mía!
¡Patrón santo, aqueste día

Cae D. Tello.

Me valed, primo de Dios!

GRAN TURCO.

Acudid, y no le maten,
Que es don Tello el que cayó.
¿Está muerto?

MOSTAFÁ.

Señor, no.

GRAN TURCO.

Pues en brazos le arrebaten,
Y en la tienda más vecina
Mis cirujanos le curen
Y hasta el fénix me procuren,
Si importa á su medicina.
Con el arcabuz tirad,
No aguardéis que se desangre;
Que tan valerosa sangre
Que se vierta es crueldad.

Llevan en brazos á D. Tello.

¡Ah soldado valeroso
Que hoy á Rodas me has quitado,
Y con tu nombre has ganado
Eterno nombre y famoso!
¡Por Mahoma y por su ley,
Que si nuestra ley tuviera,
Poca paga pareciera
Darle título de rey!
Una señal, de seguro,
En lo alto han levantado.

El Maestre en la muralla.

MOSTAFÁ.

Ya el Maestre está asomado
Sobre lo alto del muro.

MAESTRE.

¡Ah del campo!

MOSTAFÁ.

¡Ah de arriba!

MAESTRE.

¿Tenemos seguridad?

GRAN TURCO.

Sí tienen; hablen.

PIRRO.

Hablad,
Si en sólo el seguro estriba.

MAESTRE.

Gran señor, pues que me escuchas,
Bien ve tu grandeza magna
Que el curar á los heridos
Es obra piadosa y santa.
Oféndase al enemigo
Mientras gobierna la espada,
Mas cuando falta el poder
No lo tengo por hazaña.
Danos á Tello, señor,
Porque su cura se haga
Como sus obras merecen
Y como su valor manda.
Que según le tengo amor
Y según siento su falta,
Darán lágrimas mis ojos
Para curarle sus llagas.
Y si por desdicha es muerto,
Volvernos su cuerpo manda;
Que el sepultar los difuntos
También el moro lo alaba.
Y si está ya en ese punto,
Antes que su alma parta,
Para hacer las ceremonias
Que nuestra religión manda,
Dánosle, gran Solimán;
Que vivas edades largas:
Muera entre las blancas cruces
El que fué de la cruz blanca;
Que muriendo ese español
Entre las flores de España,
Tendrá quien Jesús le diga
Cuando se le arranque el alma.
Véanle morir los míos,

Y aprendan á ganar tanta
De aquel que le sobró pecho
Cuando faltó una muralla.
Considera, gran señor,
Que en la muerte no hay venganza,
Y el que muere se consuela
Conociendo el que le habla.
Y si quieres interés,
Te daré por premio y paga
De Cortuguete un hermano,
El general de tu armada.

GRAN TURCO.

Por Mahoma, que me espanto
De ver en tus ojos agua;
¡Si eran de fuego no ha un punto,
Que amedrentaban las almas,
Tus lágrimas, Gran Maestre!
¡Por Alá y sus luces santas,
Que ser cruel y valiente
Repugna á natura humana!
Tu comendador te diera
Si creyera que en tu casa
Hubiera tan buena cura
Como donde le regalan;
Que acá sobran los regalos
Y allá la comida os falta;
Allá faltan medicinas
Y aquí las tendrá sobradas;
Y no me espanto que os falten,
Que son tantas las batallas,
Que no sé quién os da lienzo
Para apretaros las llagas.
Enviad á un español
Que seguro al campo salga
Para que con Tello esté,
Si por dicha vivo escapa,
Y no para que le cure,
Porque os doy mi real palabra
Que será como la mía
Su persona regalada.

MAESTRE.

Id vos, Campuzano noble.

DOÑA ANA.

Haré, señor, lo que mandas.

MAESTRE.

Queda, gran señor, con Dios.

GRAN TURCO.

Honre Mahoma tus canas;
Que por Alá que no sé
Qué tienes en esa cara
Que en el punto que te veo
Se me escandaliza el alma.

Sale Bencusir.

Bencusir, ¿cómo venís?

BENCUSIR.

Herido vengo, señor.

GRAN TURCO.

¡Cómo!

BENCUSIR.

Llevó lo peor
Tu gente.

GRAN TURCO.

¿Qué me decís?

BENCUSIR.

Mas de dos mil turcos dejo
En la puerta de Abusón
Muertos.

GRAN TURCO.

¡Con mucha razón
De ti, Mahoma, me quejo!

BENCUSIR.

Hay más de seis mil heridos.

GRAN TURCO.

¿Cómo?

BENCUSIR.

Salió á la campaña
Aquesta canalla extraña,
Del claro acero vestidos,
Con sus rodelas ó escudos,
Y á cada golpe que daban
Los turcos despedazaban,
Que peleaban desnudos.

GRAN TURCO.

Y dellos ¿cuántos murieron?

BENCUSIR.

Treinta.

GRAN TURCO.

¿Y quedáis bien vengados?

BENCUSIR.

¡Eran los siete cruzados!

GRAN TURCO.

Cruces de tu infamia fueron.
¡Perro, levántate y vete!
Es de los muertos el cargo.
¡Tres mil y dos por descargo!
¡Treinta cruzados, los siete!
¡Por el alma que Alá tiene
De mi padre, que he de ver
Si hay en Alá más poder
Que el que este cristiano tiene!
¡Que una ciudad haga guerra
Contra todo mi poder!

MOSTAFÁ.

¡Traje extraño de mujer!

PIRRO.

No es el traje desta tierra.

MOSTAFÁ.

Armenia sospecho que es.

Sale María Adalifa, en hábito de armenia, y Juan, su hijo, de loco.

MARÍA.

Dame tus pies, gran señor.

GRAN TURCO.

Álzate.

MARÍA.

Por tal favor
Besaré humilde tus pies.
Sabrás, monarca del mundo,
Que al pie de la misma sierra

Donde el arca del diluvio
Halló la tierra primera,
Adonde los animales
Sus peñascos reverencian,
Como á quien le dió acogida
En sus entrañas y en cuevas,
Hay una ciudad famosa
Á tu gobierno sujeta,
Avasallada á tus leyes,
Que se llama Bet de Armenia.
Esta gran ciudad que digo,
La fe de Cristo confiesa,
Con licencia expresa tuya,
Y sigue la Iglesia griega.
Allí nací y me crié,
De noble y rica ascendencia,
Porque mis padres venían
De los que antes reyes eran.
Volvió el tiempo en tu favor,
Volvió fortuna su rueda;
Perdieron ellos su estado,
Yo mi descanso y herencia.
Al fin, quedando muchacha,
Caséme en edad primera
Con un armenio gallardo,
Pero inclinado á la guerra.
Améle como á mi vida,
Y dejé por él mi hacienda,
Mis deudos y mis regalos,
Y con él me fuí á su tierra.
Matáronmele una noche
En la sangrienta refriega
Que sobre pasar el sitio
Tuvo tu gente y la nuestra.
Quedé preñada en seis meses
De esta malograda prenda,
Que fortuna, como loca,
Hace que también lo sea.
Nació sin juicio y razón.

JUAN.

Y si con juicio naciera
Hubiera muerto á mi padre
Ante vuesa reverencia.

MARÍA.

¡Es gracioso por extremo!

JUAN.

Y si apaño cuatro piedras,
Derribaré una muralla,
Aunque sea de manteca.

GRAN TURCO.

¿Y qué es lo que trae al lado?

JUAN.

En aquesto que me cuelga
Traigo unas escribanías
De más de dos que me esperan.

GRAN TURCO.

¿Quién te espera?

JUAN.

Una avecilla
Bullidora, blanca y negra,
Que saliendo de su nido
Al mejor tiempo, despierta,
Y volando á varias partes,
Si á vuestra tienda se llega,
Sobre el real estandarte
Á vuestro pesar se asienta.

MARÍA.

Por la golondrina dice,
Señor; mira no te entienda.

GRAN TURCO.

Es en extremo bonito.

JUAN.

Fué mi padre, que no fuera,
Un hombre, y aun casi dos,
Con una fe y una seta,
Y una vida en su principio,
Y otra hallada en su bajeza;
Pero ya vivió en la una
Y es bien que en la otra muera;
Porque viéndose subido
Encima de las estrellas,
Dejó de seguir el sol
Y siguió una luna nueva.

GRAN TURCO.

¿Qué dices?

JUAN.

Verdades digo,
Y á Dios del Cielo pluguiera
Que fuera mentira.

MARÍA.

Hijo,
Llega á hacer la reverencia
Al Gran Señor.

JUAN.

¡Gran Señor!
Otro grande hay en mi tierra
Más honrado y de más canas.

GRAN TURCO.

¿Quién?

JUAN.

El bajá que gobierna
Á Bet, que es donde nació.
Quiero volver la veleta, (Aparte.)
Para que no se conozca
Si corre viento la tierra.
Tío grande, á fe que os soy
Aficionado, y quisiera
Por traer vuestro turbante
Quitaros vuestra cabeza.

GRAN TURCO.

¡Oh, qué bién! Dadle un turbante.

JUAN.

No le hallarán que me venga;
Que como es grande mi humo
Tengo grande chimenea.
Bien me está mi capirote,
Porque es fundado en la ciencia;
Que el graduado de loco
Tiene borla en la cabeza.

GRAN TURCO.

¿Dónde está tu padre?

JUAN.
Aquí,
Y me está mirando y piensa
Que soy loco y no soy loco,
Aunque doy en esta tema.
Y si dicen las verdades
El niño y loco, á esta cuenta,
Cuando no estuviera loco
Por ser niño la dijera.
GRAN TURCO.
Y ¿adónde venís con él?
MARÍA.
Tráigole para que sea
Aquí tu entretenimiento,
Si da la guerra licencia.
GRAN TURCO.
Recibiré extraño gusto,
Sea muy en hora buena;
Désele tienda en que estén.
JUAN.
A mí no, dénsela á ella;
Quizá traerá que vender.
Denle diez tiendas que quiera,
Que yo no podré asistir;
Y un refrán dice en mi tierra
Que quien quisiere medrar,
Quien tiene tienda que atienda.
GRAN TURCO.
¿Cómo te llamas?
MARÍA.
Señor,
Mi propio nombre es Cristerna.
GRAN TURCO.
Y el niño ¿cómo se llama?
MARÍA.
Es su nombre Estampalea.
JUAN.
Y de un ladrón que me hizo
Soy estampa verdadera.
GRAN TURCO.
¡Hola! Una tienda se forme
Aquí cerca de la nuestra
Y dádsela en que descansen.
MARÍA.
Deme sus pies tu grandeza.
GRAN TURCO.
Levántate, armenia hermosa.
JUAN.
Como si nunca lo fuera,
Que estoy aquí y es honrada,
Que es armenia y no es armenia.
MARÍA.
¿No vienes, hijo?
GRAN TURCO.
¿No vas?
JUAN.
Váyase ella en hora buena;
Que aquí me quedo á deciros
Que tenéis poca vergüenza.
GRAN TURCO.
Yo, ¿por qué?
JUAN.
Búrlome, á fe;
Pero á la mano derecha
Tenéis un ladrón peor
Que el que Dios tuvo á la izquierda.
PIRRO.
¿Decís por mí?
JUAN.
Por vos digo,
Y aun se me atiesta en la testa
Que os tengo de hacer buen hombre,
Aunque os compre una correa.
PIRRO.
¡La tema toma conmigo!
JUAN.
Yo vengo desde mi tierra
Á ser vuestro secretario,
Y por eso traigo aquéstas.
GRAN TURCO.
¿Mi secretario?
JUAN.
Sí, á fe.
GRAN TURCO.
Alto; pues en hora buena:
Fiaré el secreto á un loco
Para que público sea.

Sale Mostafá.

MOSTAFÁ.
Ya está acabada la mina,
Y con terrible violencia,
Si tú, señor, das licencia,
Hoy volar se determina.
Sale derecha á la torre
Que guarda la gente inglesa,
Á quien la escuadra francesa
Y la española socorre.
Porque está en medio plantada
De los dos fuertes bestiones,
Y guardan estas naciones
Con cien picas artillada.
Y la boca de la mina
Está no lejos de aquí.
GRAN TURCO.
¿Y es muy larga?
MOSTAFÁ.
Señor, sí,
Un tiro de culebrina.
GRAN TURCO.
Pues, Mostafá, dése orden
En que la mina se cebe,
Y con tal quietud se lleve
Que no suceda desorden.
Porque á la misma ocasión
Que la mina suba en alto
Les pienso dar otro asalto
Por la puerta de Abusón.
Y acudirán de esta suerte,
Con la no pensada ofensa,
Donde, en lugar de defensa,

Den en manos de la muerte.
¿Qué escribes, Estampalea?

JUAN.

Para mi padre cruel
Una carta, y es papel
Que no hay diablo que le lea.
Mas si mi esperanza medra
Será cebando mis bríos,
Como lo que á los judíos
Dió Moisés escrito en piedra.
Y si lo que en ella encierro
No creen, desvanecidos,
Mis hebreos van perdidos
Y adorarán el becerro.

GRAN TURCO.

¡Tiene dichos extremados!

MOSTAFÁ.

¿Hay más que oir ni mirar?

JUAN.

Hoy os voy á predicar,
Hebreos desventurados.

PIRRO.

¡Guárdate, el furor no muestre!
. . . . (1).

JUAN.

Salid, cruzados, salid
Con este aviso al Maestre.

Vase.

GRAN TURCO.

Ve delante, Mostafá,
Tú, sin que nadie lo entienda;
Tú parte, Pirro, á la tienda
Adonde la armenia está,
Y dirásle, de mi parte,
Que le tengo que decir.....

PIRRO.

De aquí vengo á colegir
Que debió de contentarte.

GRAN TURCO.

Tráela á mi tienda al momento,
Adonde aguardando estoy.

PIRRO.

Á cumplir tu gusto voy.

GRAN TURCO.

Pirro, vé y vuelve en el viento.

Vase.

PIRRO.

Notable desasosiego
En mi alma se ha encerrado,
Y en la memoria ha tocado
Un desesperado fuego.
¿Adalifa no era aquella
Que con fingido lenguaje
Vino en el armenio traje
Adonde yo pude vella?
No fué, que si fuera acaso,
Sin apartarse de allí,
Se me descubriera aquí.
De amor y celos me abraso.
Si es ella, su mucho amor
Aquí la pudo traer;
Mas ¿qué remedio ha de haber
Si la quiere el gran señor?
Pero no debe de ser,
Sino que entre mis enojos
Me trajo el alma á los ojos
La imagen de mi mujer.
Sea ó no sea, yo voy
Á su tienda, donde puedo
Perder el engaño y miedo
Si hablando con ella estoy.

Vase.

Salen D.ª Ana y D.ª Isabel; D.ª Ana, de comendador, y D.ª Isabel, de turco.

DOÑA ANA.

Mandóme, como te digo,
Venir el Maestre aquí
A curar á Tello.

DOÑA ISABEL.

Ansí,
¿Sois su amigo?

DOÑA ANA.

Y gran amigo.

DOÑA ISABEL.

¿Y llamáisos?

DOÑA ANA.

Campuzano.

DOÑA ISABEL.

¿De dónde sois?

DOÑA ANA.

Español.

DOÑA ISABEL.

No creo que cría el Sol
Mejor suelo que el hispano.

DOÑA ANA.

¡Bello moro, Cielo eterno,
Tenme de tu mano aquí!

DOÑA ISABEL.

¡Parece que está ya en mí
Todo el fuego del infierno!
¡Ay nuevo comendador,
Que debe ser tu encomienda
Hecha de la blanca venda
Con que pintan ciego á amor!

DOÑA ANA.

¡Cielos! ¿Si tendré remedio
Para mi mal incurable?

DOÑA ISABEL.

Permítame amor, que hable
Y procure mi remedio.

LAS DOS.

Sabed.....

DOÑA ANA.

Prosigue adelante,

(1) Falta un verso.

Bello Turco, en tu razón.

DOÑA ISABEL.

Aclara tu corazón,
Fuerte español arrogante;
Di lo que vas á decir.

DOÑA ANA.

No era ley de caballero.

DOÑA ISABEL.

Como á tal pedirte quiero,
Si es que me quieres oir,
Un solemne juramento
Que agora ni en tiempo alguno
Descubrirás á ninguno
Lo que á ti sólo te cuento.
Y lo que diré tendrás
En mudo silencio estrecho.

DOÑA ANA.

Por la cruz que traigo al pecho
De no decirlo jamás;
Mas hazme tú juramento
De lo mismo, noble moro.

DOÑA ISABEL.

Por el Dios santo, que adoro,
De cumplir tu mandamiento.
¡Con que de contrarios lucho!
Que soy dama has de saber.

DOÑA ANA.

Diréle que soy mujer,
Sí, diré.....

DOÑA ISABEL.

Escucha.

DOÑA ANA.

Ya escucho.

DOÑA ISABEL.

Cruzado de aquel patrón
Que entre moros y cristianos
Es con igual alegría
Querido y reverenciado;
De aquel que fué penitente
Sin haber hecho pecados,
De quien el mismo Dios dijo
Que era el mayor de los santos:
Yo soy mujer española
Nacida en el lugar magno,
En Babilonia de España
Ó en aquél bético Cairo,
Aquella Roma andaluza
Ó vandálica Bizancio,
Donde las Indias de España
Dan á bautizar sus partos.
Al fin, en la gran Sevilla
Nací, para mal y daño
De mis padres afligidos,
De su calidad y estado.
Dejóme mi padre niña
Y fuése á servir á Carlos
A Flandes, donde murió
Como valiente soldado.
Yo me crié con mi madre,
Y yendo creciendo en años,
Para mal de mi quietud
Creció el amor á mi paso.
Frontero de nuestra casa
Era la de un Veinticuatro,
Noble, virtuoso y rico,
Don Pedro Tello llamado.
Tuvo un hijo. ¡A Dios pluguiera
Que, para quietud de entrambos,
Cegara yo el mismo día
Que mis ojos le miraron!
Díle el alma por la vista,
Vile de mí aficionado
Y por tercera persona
Concertamos de casarnos.
Al fin, rendidas mis fuerzas,
(Que en una mujer amando
No hay seguridad de honor
Ni temor de ningún daño),
Entró de noche en mi casa,
Y, quedando desposados,
Hicimos dos almas una,
Que es mi marido el falsario.
Súpolo su padre de él
Y procuró de estorbarlo,
Dándole, para matarme,
De San Juan Bautista el hábito.
Vínose á servir á Rodas:
Yo, para seguir sus pasos,
Echando aparte mi honor,
Tomé de don Juan, mi hermano,
Un vestido y muchas joyas,
Y con un solo criado
Tomé postas, y en Sanlúcar
Tomé una tarde otro barco
Para salir á lo leve,
Y salimos costeando.
Ya, atravesando el estrecho,
Dí en el mar Mediterráneo,
Vi el puerto de Cartagena,
Y de allí nos engolfamos;
Fuí á la costa de Calabria,
Pero un martes aciago
Dió con nosotros un turco,
Que yo agora padre llamo;
Llámase el moro Braymo,
Y éste criaba un muchacho
Sobrino del gran señor,
Hijo de su muerto hermano.
Mandóle que le trajese,
Y viniendo yo embarcado,
Murió el moro que traía
El día que nos hallaron.
Habléle en algarabía,
Y sólo porque un esclavo
Con quien me crié en mi casa
La enseñó á mí y á mi hermano.
Cuando esto vió el viejo turco,
Algún tanto consolado,
Echó en el mar el difunto
Y vistióme de sus paños.
Púsome Audalla por nombre,
Y entre los dos concertamos

Que dijese que era el mismo
Que arrojamos en el lago;
Que el turco no vido al moro,
Que por guardarle su hermano
Le envió á Suria, donde estuvo
Cerca de diez y nueve años;
Ansí he vivido encubierta
Hasta que amor por sus pasos
Me trajo donde te viese
Y te diese el alma en cambio.
Rendida estoy á tus pies:
Mira, caballero sacro,
Que soy mujer y eres noble,
Y pues te ruego, te amo.

DOÑA ANA.

Yo guardaré tu secreto,
Que tu guardarás el mío;
Mas viene á ser desvarío
La consonancia en efeto.
Ya de ese tu amor promete
Amor pocas maravillas;
Que somos dos tercerillas
Y no hay tiple ni bajete.
No podré casar con vos
Porque, si casarme quiero,
Quedara sin heredero
Nuestra casa, ¡vive Dios!

DOÑA ISABEL.

¿Es posible, pecho injusto,
Que con tal rigor me trates?

DOÑA ANA.

Pues oí tus disparates,
Escúchame tú, que es justo.
Si eres sevillana,
Yo nací en Sevilla,
Cerca de tus casas,
En tu calle misma;
Y si eres mujer,
Mujer soy que miras;
Que otro disparate
Me cercó de cintas.
Doña Ana me llamo.

DOÑA ISABEL.

¡Cielos!

DOÑA ANA.

¿Qué te admiras?
Escucha, cuñada,
Oirás maravillas:
Tu cruel hermano
Dijo que venía
Siguiendo tus pasos,
Que su honor le obliga.
Temíme; que ausencia,
Si es de muchos días,
Un alma de fuego
La hiela y enfría.
Víneme tras él,
Hecha peregrina
Sin llegar á Roma
Ni ver á Galicia.
Vine á Barcelona,
Y en una saetía
Partí para Rodas,
Donde Tello habita.
No venía segura,
Que aunque no soy linda,
Temí en tierra extraña
Alguna desdicha.
Tomé de soldado
Calzón y ropilla,
Echando en la mar
Hasta mis camisas,
Porque las sirenas,
Que desnudas pintan,
Si á cantar salieren
Primero se vistan.
He servido en Rodas
Con tal valentía,
Que á mi pecho han dado
La honrosa divisa.
Y cuando el Gran Turco
Dió la batería,
Cuando en nuestra posta
Reventó la mina,
Prendió á tu don Diego,
Con muchas heridas.
Pidióle el Maestre,
Porque le quería,
Curar dentro en Rodas,
En su casa misma;
Pero el gran señor,
Con muchas caricias,
Manda que le pongan
En su tienda rica.
Allí le han curado,
Y allí le visita
El gran señor mismo
Con grande alegría,
Y á su cirujano,
Por su mejoría,
Le dió mil cequís
Agora en albricias.
No he visto á tu hermano:
Ó que muera ó viva,
¿Has tenido nuevas?
Si las sabes, dilas.

DOÑA ISABEL.

¡Ay doña Ana, hermana mía!

DOÑA ANA.

¡Ay doña Isabel amada!

DOÑA ISABEL.

¡Para mí estuvo guardada
Tan gran ventura este día!
¡Mi doña Ana sobre Rodas!
¿Qué es aquesto, Santo Dios?

DOÑA ANA.

Doña Isabel, como vos.
¡Por Dios! acá estamos todas!

DOÑA ISABEL.

Ya juráis como soldado.

DOÑA ANA.

Requiérelo este lugar,

Y no hago mucho en jurar;
Que soy hija de jurado.

DOÑA ISABEL.

Hasta el tiempo causa agravios,
Según la ley que se toma;
Que si yo juro á Mahoma,
No quedan limpios los labios.
Yo fuí á mandar en un barco
Que el general de la mar
Se empezase á retirar,
Y agora me desembarco.
Muéstrame á Tello, camina.

DOÑA ANA.

Escucha, doña Isabel:
No te llegues mucho á él.

DOÑA ISABEL.

¿Por qué?

DOÑA ANA.

Huele á trementina.

Salen el Gran Turco y D. Juan, de tártaro.

DON JUAN.

Ya queda más aliviado.

GRAN TURCO.

Mucho me huelgo.

DON JUAN.

Aquí están
Tu sobrino el Capitán
Y Campuzano el soldado.

GRAN TURCO.

Haránse amistad; no es mucho,
Que son de un talle y edad.

DOÑA ISABEL.

Denos vuestra majestad
Los pies.

GRAN TURCO.

Con gusto os escucho.
¿Es ya tu amigo el cristiano?

DOÑA ISABEL.

No pienso que querrá él.

GRAN TURCO.

¿Pues cómo vienes con él
Por el campo mano á mano?

DOÑA ISABEL.

Debe el que es honrado honrar
En la paz al enemigo,
Porque en la muerte y castigo
Tenga honor que le quitar.

GRAN TURCO.

¿Qué hay, Campuzano?

DOÑA ANA.

Señor,
Estar á tus pies rendido.

GRAN TURCO.

¿Cómo se siente el herido?

DOÑA ANA.

Yo pienso que algo mejor.

Sale el loquillo con honda.

JUAN.

¡A ellos, canalla perra,
Que ya sin remedio están!
Haced de esas piedras pan
Y defenderéis la tierra.

GRAN TURCO.

¿Qué es esto?

DON JUAN.

El loco, señor,
Que apedrea á los cercados.

JUAN.

Salid de Rodas, cruzados,
Si queréis ganar honor.

GRAN TURCO.

Espérate, Estampalea.

JUAN.

Agradeced que llegó
Vuestro galgo; que si no,
Yo siguiera mi pedrea.

GRAN TURCO.

Déjalos: no tires más.

JUAN.

No ¡pardiez! que es buena gente.
¡Hola! ¿queréis que me siente?

GRAN TURCO.

Siéntate.

JUAN.

Siempre jamás.
Despachad las provisiones,
Que soy vuestro secretario.

GRAN TURCO.

¿Ya escribes?

JUAN.

Es necesario
Que mueran estos ladrones.

Sale Mostafá con una carta.

MOSTAFÁ.

Cortuguet, señor, envía
Aquesta carta.

DOÑA ISABEL.

Y será
Como llegó el trigo ya
Que vino de Alejandría.
Ayer las naves llegaron;
Ya, señor, te dí el recado.

GRAN TURCO.

Aun no lo han desembarcado.

DOÑA ISABEL.

Gran parte desembarcaron.

Carta.

«Poderoso señor, á quien Alá guarde y dé victoria: esta noche, á prima rendida, salieron diez barcos luengos del puerto de Rodas, y cogieron de improviso tres, los metieron en el puerto, en ocasión que cada punto esperábamos que la hambre los rindiese; mira cómo se tratan tus cosas, porque muy cierto sé que de tu campo les avisan. Alá prospere tu grandeza, como este tu esclavo desea. El General de tu armada.—*Cortuguet.*»

GRAN TURCO.

¡Por el gran brazo de Dios
Y por cuanto el cielo encierra,
Que hoy he de asolar la tierra!
Cavad una mina ó dos:
Una al templo enderezad
De San Juan.

JUAN.

Guarda, eso no,
¡Perros! que estoy aquí yo
Y les diré la verdad.

GRAN TURCO.

Y por el mismo compás,
Otra se cave hasta el pie
De esta torre que se ve,
Que llaman San Nicolás.

JUAN.

No es menester nada de eso,
Dos minas es mucho gasto;
Yo con estas piedras basto.

GRAN TURCO.

¡Por Alá, que pierdo el seso!
Destas dos torres descubren
Toda la mar y la tierra.

MOSTAFÁ.

¡Imaginar que de guerra
Tus secretos se descubren!
Y lo tengo por novela
Que el corsario ha fabricado.

JUAN.

¡Hola! un diablo bautizado
Tienen que se lo revela.

GRAN TURCO.

Si de cuatrocientas velas
Que tienen alrededor
Tiembla Rodas de temor,
Sin valerles sus cautelas;
Si con diez barcos salieron
Y al medio del sueño grave,
Sin tocar en otra nave,
A las del trigo se fueron,
¿Cómo queréis que yo crea
Que no fué aviso? Decid.

JUAN.

Fué la honda de David
Y el brazo de Estampalea.

GRAN TURCO.

Cincuenta mil hombres caven
Las minas; alto, á empezar,
Que las tengo de volar
En el punto que se acaben.

JUAN.

Y entiendan estos ladrones,
Que su patrón el primero,
Allá señaló un cordero
Y acá quinientos leones.

GRAN TURCO.

Seguidme todos. ¡Ay Rodas,
Qué cuestas á mi opinión!

Vanse.

JUAN.

¡Oh perrazo, que ya son
Sabidas tus trazas todas!
Yo al Maestre le avisé
Del trigo, y pues pierdo el miedo,
Ya que con fuerzas no puedo,
Con maña le ayudaré.

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA.

JORNADA TERCERA.

Dicen dentro «¡fuego! ¡fuego!» Salen Castro y un esclavo cargado con unas joyas.

Dentro.

¡Fuego! ¡Cielos, que se abrasan
Las casas de la ciudad!

TODOS.

¡Fuego! ¡fuego!

CASTRO.

Caminad;
Que ya los muros se pasan.
Este soberbio cruzado
Conocerá desde hoy
Que Castro Silaica soy,
No bueno para ahorcado.
Hoy verá el viejo cruel,
Con este castigo fiero,
Que yo soy un caballero
Tan honrado como él,
Y que me debe tratar
Con más noble proceder.

ESCLAVO.

Lo que habemos de hacer
Es caminar y callar.
A la puerta del Cosquino
Está el muro derribado.

CASTRO.

Los provenzales guardado
Tienen aqueste camino.
Ven tras mí.

ESCLAVO.

Señor, ¿qué haces?

CASTRO.

Ven tras mí.

ESCLAVO.

¿Dónde caminas?

CASTRO.

Hacia las Rodas Catinas
Que guardan los albenaces;
Que por allí bajaremos
Con mayor seguridad.

ESCLAVO.

Yo sigo tu voluntad.

CASTRO.

Ea, camina.

ESCLAVO.

Caminemos;
Que ya el fuego que encendimos
Asoló con brevedad
Las casas de la ciudad.

CASTRO.

Bien nuestro gusto cumplimos.

Vanse.

Tocan dentro á fuego una campana; salen el Maestre y D. Ramón.

MAESTRE.

¡Que ellos fueron!

DON RAMÓN.

¡No hay dudar!
Su culpa está declarada.
¡Que de una ciudad cercada
Se pudiesen escapar!

MAESTRE.

¿Qué cerca tiene, si el muro,
De la una á la otra parte,
Está solamente en parte
De nuestros brazos seguro?
¿Qué importa que estén las puertas
Con guardas de noche y día,
Si están de su artillería
Las casas mismas abiertas?
¿Qué sirven los terraplenos
Y los terribles bestiones,
Si de fagina y cestones
Están ya los fosos llenos?
¡Oh ciudadano cruel
Que con desastrado fin
Fuiste falsario Caín
De tanto inocente Abel!
¡Maldita tu suerte triste,
Con tanta infamia y maldad,
Que á tu patria y tu ciudad,
Cual otro Judas vendiste!
¡Segundo Judas, concluyo
Que eres peor de los dos;
Que si Judas vendió á Dios,
Tú á tu Dios y al pueblo tuyo!

DON RAMÓN.

Ya, gran Maestre, es de suerte
La desdicha en que nos vemos,
Que por remedio tendremos
Entregarnos á la muerte.
Ya se acaba la esperanza
Que de socorro tuviste;
Que el fin de la suerte triste
Al centro del alma alcanza.
Ya el bastimento y la vida,
La munición y el sustento,
Nos quitó aquel lobo hambriento,
De su fe y patria homicida.
Ya en la batalla pasada,
Cuando con valor divino
Se recuperó el Cosquino
Á pura fuerza de espada,
Adonde tres mil infieles
Ya en la ciudad encerrados,
Retiraron cien cruzados
Como castizos lebreles,
Murieron quince varones,
Y eran tales, por lo menos,
Que apenas los hay tan buenos
Entre todas las naciones.
Llegó de una pieza el rayo
Que llevó de un tiro solo
Á frey Gabriel Pomerolo
Y á frey Francisco Fusnayo.
Murió el Brito Catalán,
Frey Francisco de Convalle,
Pudo la muerte alcanzalle
Al prior frey Peri Juan.
El Comendador Durango,
León de España, acabó,
El que á los turcos venció
Sobre la isla de Lango.
Y en el estrago furioso
Derribó el mortal cuchillo
Á frey Claudio de Acedillo
Y frey Antonio de Boso.
Murió frey Pedro Balbino
Y frey Martín de Abusón;
Murió el español Luzón
Y el francés frey Goduvino.
Tiene el gran señor cautivo,
Al fin, para echar el sello,
Al fuerte don Diego Tello,
Y aun quiera Dios que esté vivo,
Y temiendo tu castigo,
Porque á Ferro lo entregó,
Frey Tártaro se pasó
Al campo de tu enemigo.
Y al fin el remedio falta
Y vamos faltando todos,
Pues ya no tiene seis codos
Nuestra muralla más alta.
No hay pólvora, no hay comida,
No hay socorro ni esperanza,
Y tras tanta mala andanza
Nos vendrá á faltar la vida.

MAESTRE.

¿Frey Tártaro se pasó
Al turco?

DON RAMÓN.

Está averiguado.

MAESTRE.

¡Maestre desventurado,
Que tal oiga y viva yo!
¡Que entre los funestos llantos
Que causa al bárbaro infiel,
Lloro la infamia de aquel
Y no las muertes de tantos!
Que con la traición que ha hecho

En esta triste ocasión,
Será la del mal ladrón
La cruz que lleva en el pecho.

DON RAMÓN.

Piedras tiran, ¿qué es aquesto?

Tiran piedra dentro.

MAESTRE.

Débenoslas de tirar
El que nos suele avisar.
Alzad esta piedra presto.

DON RAMÓN.

Cubierta de letras viene.

MAESTRE.

Dádmela á ver, á mostrar:
Quizá nos pueda importar
El aviso con que viene.

Dale la piedra al Maestre, y lee lo que viene, que es lo siguiente:

«Mira, Maestre, que van
Cavando una mina estrecha,
Y que la llevan derecha
Á la torre de San Juan.
Y por el mismo compás
Otra mina está empezada,
Á la torre enderezada
Que llaman San Nicolás.»
¡Oh fiero desasosiego!
¿Cómo, Bautista patrón,
Consentís que esta nación
Se atreva á poneros fuego?
Ahora bien; pongan al punto
En tierra, por estos días,
Los calderos y bacías
Que hay en todo el pueblo junto.
Los atambores también
En el suelo enderezados,
Y echen cantidad de dados
Que encima de ellos estén,
Porque si cavando vienen,
Aunque enhondara terrible
Y encubiertos, no es posible
Que no avisen y resuenen;
Que los vasos de metal
Señalarán con temblores,
Y encima de los tambores
Harán los dados señal.
Y dejadme, que tres días
Tomo de término y plazo
Para ofrecer á mi brazo
Ciertas pretensiones mías.
Y si el Cielo no concede
La victoria á mi partido,
El pueblo triste, afligido,
Entregarse al turco puede.

DON RAMÓN.

¿Tres días tomas de acuerdo?

MAESTRE.

Tres tomo, amigo Ramón;
Que en tan funesta ocasión
Pierde el discurso el más cuerdo.

Vanse.

Sale María Adalifa y Pirro.

MARÍA.

¡Suelta, infiel!

PIRRO.

Óyeme y mira.

MARÍA.

Aleve, ingrato, ¿qué quieres?

PIRRO.

¡Verdad de castas mujeres!

MARÍA.

¡De infames hombres mentira!
Vete, no llegues á mí,
Que pues á Dios has negado,
Dejarás inficionado
Á quien se llegare á ti.
Falsa mora no era yo,
Porque la ley me enseñaste
Que luego al punto dejaste:
O era tu ley buena ó no.
Si era buena, ¿por qué fin
Te volviste contra ella?
¿Por qué me llamaste á ella
Si tu ley era tan ruin?
Hombres, en esto parece
Vuestra fe y nuestra esperanza:
Quien dijo mujer mudanza
Al desengaño se ofrece.
¡Firme estoy desde aquel día
Que conocí este cruel,
Y á su Dios olvidó él
Por ver que yo le quería!
¡Mirad el nombre que alcanza
Tal hombre y á qué fin llega,
Que su Dios y su ley niega
Sólo por hacer mudanza!
¡Y con infiel proceder,
Con tan falso corazón,
Huyó de su salvación
Por huir de su mujer!

PIRRO.

María, enojada estás,
Y aunque bien sé que es delito,
Es turquesco el sobrescrito
Y cristiano lo demás.
Pierde el enojo adquirido;
Que ya mi pecado lloro,
Y es cierto que á Cristo adoro,
Aunque está Cristo ofendido.
Verdad es que me venció
Mi temor, y considero
Que quien es Dios verdadero
Es el que por mí murió.
Cree que el haber temido
Puso mi opinión en calma;
Pero está Cristo en el alma
Y Mahoma en el vestido.

De una ley somos los dos;
Que aunque el rigor me obligara,
Por tuya no la dejara,
Cuanto más siendo de Dios.

MARÍA.

Esposo del alma mía,
¿Posible es que tal oí?
¡Tenedme, Cielos, aquí,
No me acabe la alegría,
Que hoy de nuevo he recibido
En el alma con gran fe,
Porque viuda estar pensé
Y que ya tengo marido!
No podré negarte, no,
La paga de tus promesas;
Que si tú á Cristo confiesas
No es bien que te niegue yo.
En amarte me resuelvo,
Pues ya tan claro se ha visto
Que si me volviste á Cristo
También á Cristo te vuelvo.

PIRRO.

Ejemplo de la lealtad,
¿Cómo te atreviste, ansí?

MARÍA.

Por venir á verte á ti
Hice esta temeridad.
Tu hijo traje conmigo
Porque, viéndote, creyese
Tu traición y conociese
Á su padre y su enemigo.
Y considera en tu acuerdo
Que no ha sido acuerdo poco,
Pues traje á tu hijo loco
Sólo por hacerte cuerdo.

PIRRO.

Qué ¿no es loco?

MARÍA.

Al cielo doy
Gracias; no es de juicio falto,
Más del ingenio más alto
Que el mundo ha visto hasta hoy.

Sale D. Juan y D. Tello.

DON TELLO.

¡Bárbaro! Detén la espada,
Mira que sin ella estoy.

DON JUAN.

En tu infame pecho hoy
Ha de quedar envainada.
Dame mi hermana y mi honra,
Ó aquí morirás, tirano.

DON TELLO.

Detente, loco villano,
¿Quién te ha causado deshonra?
¿Qué hermana me pides ciego?
¿Conócesme?

DON JUAN.

¡Á Dios pluguiera
Que nunca te conociera
Para mi desasosiego!
¡Don Juan soy!

TELLO.

Detente, pára,
De conocimiento en mengua,
Pues ya me avisa tu lengua
Lo que me muestra tu cara.
¿Mas cómo á tu hermana pides?
Que yo no la he visto más.

DON JUAN.

Don Tello, aquí morirás
Si á la razón no te mides.

TELLO.

Mira que estoy sin espada,
Y que no tienes razón.

DON JUAN.

Pide tu infame traición,
Que sea á traición vengada.

Sale D.ª Isabel en hábito de turco.

DOÑA ISABEL.

¡Paso, caballeros, fuera,
Detened la airada mano!

TELLO.

¡No me ofendieras, tirano,
Cuando mi espada tuviera!

DOÑA ISABEL.

No importa, á tu lado estoy;
Que la que traigo conmigo
Mostrará que soy tu amigo.

TELLO.

Muy obligado te estoy.

DON JUAN.

Venid los dos contra mí,
A quien con ánimo fuerte
Hoy tengo de dar la muerte
Ó quedar vencido aquí.

Sale D.ª Ana, de Comendador.

DOÑA ANA.

¡Paso, caballeros, paso!
¿Qué es esto?

TELLO.

No es sin misterio;
Por estar en cautiverio
Tu libertad, sufro y paso;
Y advierte que en medio están
Los que ves, y es cosa llana
Que podrás pedir tu hermana
En otra ocasión, don Juan.

DOÑA ANA.

Don Juan ¡ay Cielo divino,
Que tal he llegado á ver!
¡Hoy mi mal ha de tener
Fin por extraño camino!

TELLO.

Si tu hermana por seguirme
Dejó tu casa y su tierra,
Yo siempre estuve en la guerra

Donde no pude eximirme.
Basta que no profesé,
Por cumplir mi obligación,
Aunque de la religión
La sagrada cruz tomé.
Antes aquí me escribió
Mi tía doña María,
Que doña Ana, prima mía,
De su casa se salió,
Y dejó escrita una carta
Que eras su esposo, y por irte,
Ella procuró seguirte
Y de su tierra se aparta.
Al fin que tú de mi prima
Has sido, don Juan, deshonra,
Y la falta de la honra
De tu hermana te lastima.
Yo pediré al Gran Señor
Para pelear licencia,
Porque en su misma presencia.
Cobre cada cual su honor.

DOÑA ANA.

Audalla, yo prometí
Que jamás en tiempo alguno
No descubrir á ninguno
Lo que me contaste á mí.
Ya sabes que soy tu amigo,
Y aunque tu enojo recelo,
Ya ves que á nadie revelo
Lo que á ti agora te digo.
Parezca este desvarío
Este día venturoso,
Pues has hallado á tu esposo
En el día que yo el mío.
Hermana eres de don Juan
Y yo prima de don Tello.

DON JUAN.

¡Cielos! ¿Quién podrá creello?

TELLO.

¡Campuzano!

DON JUAN.

¡Capitán!

DOÑA ANA.

Que no soy sino doña Ana,
De don Juan esposa.

DON JUAN.

¡Cielo!
¿Es posible?

DOÑA ISABEL.

Por el suelo
Tienes, don Juan, á tu hermana.

TELLO.

¡Esposa del alma mía!

DON JUAN.

¡Cielos, que tal vengo á ver!
Hoy se convierte en placer
El enojo que tenía.

DOÑA ISABEL.

¿No eres mi esposo?

TELLO.

¡Mi bien!
Sí, lo soy.

DOÑA ANA.

¡Don Juan amigo!
¿Qué dices?

DON JUAN.

Lo mismo digo.

PIRRO.

Por siempre jamás, amén.

DOÑA ISABEL.

¡Cielos!

PIRRO.

Ninguno se altere;
Que todos somos cristianos.

MARÍA.

Bien os podeis dar las manos,
Pues el Cielo así lo quiere.
Que este día venturoso,
Por adonde no pensastes,
Vuestras mujeres hallastes
Y yo mi querido esposo.
María Adalifa soy,
Que en este traje y vestido,
Por buscar mi infiel marido,
He venido donde estoy.
Bien podéis estar seguros
Y empezar á caminar.

TELLO.

Mal nos podremos librar;
Que ya de Rodas los muros
Tan maltratados están,
Porque fortuna lo quiere,
Que cuando hoy se defendiere,
Mañana la entregarán.

DON JUAN.

Pues dejadme hacer á mí
Y nuestro engaño sigamos;
Que yo haré cómo nos vamos
En paz y amistad de aquí.
Aquesto es lo que conviene.

TELLO.

De tu pecho nos fiamos.
Estémonos como estamos,
Que el Gran Turco es el que viene.

Sale el Gran Turco y Mostafá y Castro.

GRAN TURCO.

¿Al fin, que pegaste fuego
Á Rodas?

CASTRO.

Señor, quemé
Todo lo que pude.

GRAN TURCO.

¿Y fué?

CASTRO.

Su bastimento y sosiego,
Sus municiones, su fuerza,
Y lo que les ha amparado.

GRAN TURCO.

Un hecho tan señalado
Premiarse tiene por fuerza.

CASTRO.

Saqué mis joyas á cuestas,
Que valen gran cantidad
De dineros.

GRAN TURCO.

En verdad.
¿Y dónde las tienes puestas?

CASTRO.

En la tienda de Braymo,
Que es mi amigo, que es mi amparo.

GRAN TURCO.

Hoy te pienso mostrar claro
En lo que tu hacienda estimo.
Mostafá, lleva á este perro
Y con un moro le envía
A Rodas, porque este día
Pague su culpa y su yerro;
Que quien fué traidor ansí,
A Dios y á su patria infiel,
Si yo me fiara dél,
También me quemara á mí.

CASTRO.

¿Que tal tu grandeza manda?
¿Tal por servirte merezco?

GRAN TURCO.

Yo la traición agradezco,
Mas no al traidor.

CASTRO.

¡Señor!

GRAN TURCO.

Anda.
Digan también de mi parte
Al Maestre, que á este punto
Todo mi ejército junto
Á embestir á Rodas parte.
Que castigue la maldad
De este aleve, y de él disponga,
Y luego al punto se ponga
Á defender su ciudad.
Que frey Tártaro, un aleve
Que á mi campo se pasó,
Porque hoy se lo pague yo,
Á darme á Rodas se atreve.
Servirá en esta ocasión,
Y si hoy salgo, como espero,
Será el que en Rodas primero
Tomará la posesión;
Que en pago de su malicia
Acabada de ganar,
En él tengo de tomar
Posesión de la justicia.

CASTRO.

¡Señor, ten clemencia! ¡Baste
Este sobresalto triste!

GRAN TURCO.

Tendré la que tú tuviste
De los tristes que abrasaste.

Llévanle.

Don Tello, ¿qué haces aquí?

TELLO.

Estoy mirando, señor,
La prudencia y el valor
Que resplandecen en ti.

GRAN TURCO.

Para don Tello guardad
De aquel aleve la hacienda;
Que á su gusto la despenda.

MOSTAFÁ.

¡Es, señor, gran cantidad!

GRAN TURCO.

¡Pluguiera Alá que más fuera,
Porque él poseyera más!

TELLO.

Por el favor que me das,
Poderte servir quisiera.

GRAN TURCO.

Que yo no quiero, en rigor,
Juntarla con mi tesoro;
Que será traidor el oro
Que tuvo dueño traidor.

Sale D. Tártaro.

PIRRO.

Ya don Tártaro está aquí.

GRAN TURCO.

Tú seas muy bien venido.

DON TÁRTARO.

¿Está muy bien prevenido
Todo tu ejército?

GRAN TURCO.

Sí.

DON TÁRTARO.

Pues ánimo, acometer;
Que yo embestiré el primero.

GRAN TURCO.

Sois honrado caballero.

DON TÁRTARO.

Prospere Alá tu poder;
Que hoy verás á Rodas tuya,
Sin duda alguna, señor.

GRAN TURCO.

Suene la trompa y tambor,
Y este cerco se concluya.
¡Á ellos, turcos, á ellos,
Que los cogéis descuidados,
Y en sus muros derribados
Parecen muy pocos dellos!

DON TÁRTARO.

Seguidme todos á mí,
Que en la delantera voy
Á entregarte á Rodas hoy.
¡Cielos! ¿Qué es esto?

Va á entrar, y quédase hecho piedra mármol muy tieso.

GRAN TURCO.

¡Ay de mí!
¡Deteneos, nadie embista!

¡Portento fiero y cruel!
Llégate, Caribe, á él.

DON JUAN.

¡Tiembla el alma con tal vista!

GRAN TURCO.

¡Por la Luna soberana,
Que basta á dar confusión
Al mundo! ¡Que tal visión
Espanta á natura humana!
Aunque mil quimeras forje,
No acabo de imaginallo.

MOSTAFÁ.

Un hombre sale á caballo
Por la puerta de San Jorge.

Sale el Maestre á caballo, con lanza y adarga.

MAESTRE.

Otomanos caballeros,
Terror del Asia y Europa,
Afrenta de los que viven
Y de los pasados honra;
Gran señor, gran Solimán,
Oye dos palabras solas;
Que si mudo me entendieras,
No despegara mi boca.
Pero ya que es fuerza que hable
Lo que te importa y me importa,
Si me mostrare arrogante,
Mi atrevimiento perdona.
Soy frey Filipo Vitelio,
Que Lisladano me nombran,
De la Orden del Bautista
Y gran Maestre de Rodas.
Mucho tiempo ha ya que estás
En la conquista costosa
De esta ciudad invencible.
¡Oh! Esta diamantina roca
No la defienden murallas,
Que ya están desechas todas,
Aunque las balas que tiras
Pienso que han de formar otras.
Defiéndenla los cruzados,
Que sus espadas famosas
Son defensa de sus pechos
Y murallas de sus honras.
Si en el foso falta el agua,
Hinchénle de sangre roja
De los turcos y la suya,
Que juntas se mezclan todas.
Si la comida les falta,
Ya tú sabes que se arrojan,
Donde de tu armada misma
Por sólo valor la compran.
Si les falta artillería,
Suelen salir á deshora,
Y á pesar de quien la guarda,
La ganan á poca costa.
Dinero, aunque estamos faltos,
Mientras lo tengáis, nos sobra;
Que al fin, como religiosos,
Van á pediros limosna.
Yo he llegado á tu grandeza
Por las amigables obras
Que he recibido de ti,
Y las no esperadas honras.
Véngote á dar un consejo
Que aumente tu fama y gloria:
Armate y ponte á caballo,
Y en término de dos horas
Combatamos igualmente
En esta vega espaciosa:
Si tú me matas ó vences,
Te daré al momento á Rodas,
. . . . (1)
Y que della ó de nosotros
. . . . (2)
Será aumento de tu fama;
Que la conquista famosa
Que no bastó todo el mundo
Hizo tu persona sola:
Con tal que si yo te venzo
Vuelvas á Constantinopla,
Haciendo pleito homenaje
De que jamás cerco pongas.
Esto te vengo á pedir,
Que para mí será gloria,
Tras ochenta largos años,
Morir ó ganar victoria
Y la gloria de Levante.
Ven á la hazaña famosa,
Que te aguarda la fortuna;
Ven ó respóndeme agora.

GRAN TURCO.

Dadme una lanza ó adarga.

MOSTAFÁ.

No has de salir ¡por Mahoma!
No pongas en aventura
Tu opinión, tu vida y honra.

PIRRO.

Gran Señor, ¿qué es lo que intentas?

GRAN TURCO.

Tengo de salir agora
Solo á matar á aquel viejo
Que en mi presencia blasona.

MOSTAFÁ.

Dame licencia, señor,
Para que yo le responda;
Que amparando el honor tuyo
Le daré respuesta honrosa.

GRAN TURCO.

¿Posible es que honrado quede?

MOSTAFÁ.

Pierde, señor, la congoja;
Que yo sé á lo que te obligas
Y lo que á tu honor le importa

GRAN TURCO.

Respóndele, Mostafá.

---

(1) Falta un verso.
(2) Falta un verso.

MOSTAFÁ.
Escucha, Maestre, agora:
Responderé á lo que pides
Como es justo que responda.
Solimán, el Gran Señor,
No sabemos que hay agora
Rey que en igual y valor
Con él en campo se ponga,
Y ansí, faltando igualdad
De la suya á tu persona,
No puede hacer la batalla.
Hay otra cosa forzosa:
Que cuando él quiera salir,
Los bajaes de la Rota
No querrán venir en ello,
Que gobiernan su persona;
Cuanto y más que ya se sabe
Que para ganar á Rodas
Está ya el mayor contrario
Dentro, en tus murallas propias.
Ya faltan las municiones,
Y ya la hambre os acosa,
Ya la enfermedad os mata,
Ya la salud os congoja;
Pero al fin el gran señor,
Vista tu honrada persona,
Á quien tiene tanto amor,
Dice que en salvo te pongas
Con tus freiles solamente,
Sin que lleves otra cosa.
Y si esto no te da gusto,
Que á la defensa te pongas,
Porque dentro de dos días
Vuestra ciudad populosa
Pondrá toda por el suelo,
Para que humille su pompa;
Sólo quedarán vestigios;
Porque las gentes remotas,
Como «aquí fué Troya», dicen,
Digan «aquí estuvo Rodas».

MAESTRE.
No me agradan tus partidos.

Vase.

MOSTAFÁ.
Pues, Vilelio, ve en buen hora;
Que el Gran Señor no queremos
Que salga á batalla ahora.

GRAN TURCO.
¡Extraño valor de viejo!
No es mucho que sus cruzados
Sean tan bravos soldados,
Mirándose en tal espejo.

Sale el loquillo.

JUAN.
Allá vuela el gavilucho
Que á la coz acometió,
Y el otro no le aguardó.

MOSTAFÁ.
Estampalea.

JUAN.
Ya escucho.

GRAN TURCO.
¿De dónde vienes?

JUAN.
No vengo,
Que aquí estuve siempre yo;
Que el alma no se apartó
De donde los ojos tengo.
Hallaba por este llano
Un viejo noble y honrado,
Con un sayo remendado
Y una azagaya en la mano,
Blasfemando de coraje,
Hecho un perro.

MOSTAFÁ.
¿Hecho un perro?

JUAN.
¡Ay! perdonadme si yerro,
Que no es de vuestro linaje.

GRAN TURCO.
Mostafá, parte en un vuelo,
Y con seña de seguro,
Entra por el roto muro,
Que ya mi muerte recelo.
Y al Maestre le dirás
Que le ofrezco los partidos
Que le tenía ofrecidos;
Y si más quisiere, más.
No repares, como entregue
La ciudad, en cosa alguna;
Que ya temo que fortuna
En favor suyo navegue.
Que por serle de importancia,
Al socorro acudirá
España, pues tiene ya
Preso á Francisco el de Francia.
Y podrá ser que resulte,
En servicio de su Dios,
Quedando amigos los dos,
Mi pretensión dificulte.

MOSTAFÁ.
Yo voy, señor.

JUAN.
¡Yo, por Dios!
Sólo por ver los cristianos,
De quien tememos las manos,
Tío, tengo de ir con vos.

MOSTAFÁ.
Ven conmigo.

GRAN TURCO.
¿Allá le llevas?

JUAN.
¿Quién le mete en eso á él?
Que allá voy por ver aquel
De quien oigo tantas nuevas.
¡Sí, por Dios!

GRAN TURCO.
Vé, en hora buena.

JUAN.
Y en esa misma volvamos;
Que si allá no nos quedamos
Apercíbanme la cena.
Que tengo de ver el nido
Donde mi padre vivió;
El cielo en que nací yo:
Mira si soy bien nacido.

GRAN TURCO.
Haz la seña de seguro
Y parte.

MOSTAFÁ.
¿Tú vienes?

JUAN.
Vamos.

Vanse.

GRAN TURCO.
Paseando te esperamos
Caribe y yo hacia el muro;
Todos os venid conmigo.
¿Vienes, don Tello?

TELLO.
Señor,
Por gozar de tal favor,
Tu gusto y tus pasos sigo.

Vanse todos; salen el Maestre y los que más pudieren y D. Ramón.

DON RAMÓN.
Las cinco velas que digo,
Han alterado al contrario.

MAESTRE.
Podrán ser de algún corsario,
De parte del enemigo,
Si son bajeles de remo.

DON RAMÓN.
Si del enemigo fueran,
Entre ellos las conocieran.

MAESTRE.
¡Por el Movedor Supremo
De Cielo y Tierra, que están
Locos los de España y Francia,
Si á tan extraña importancia
Tan poco socorro dan,
Como fué lo de la mina!

DON RAMÓN.
¡Extraordinario suceso!
Por la fe y ley que profeso,
Que fué traza peregrina.
Todo alrededor cavaron
De la iglesia de San Juan,
Y con trabajo y afán
Trece estados ahondaron,
Porque la mina viniese
Á esta contramina.

MAESTRE.
¿Y pues?

DON RAMÓN.
Quiso el Cielo que después,
Como su intento saliese,
Que ayer tarde lo sentimos
Cómo en la tierra herían,
Y por donde ellos venían
Nosotros cavando fuimos.
Y cuando de mano dieron,
Á dar en ella llegamos,
Y la pólvora tomamos.

MAESTRE.
¿Y cuántos barriles fueron?

DON RAMÓN.
Ciento y cuarenta.

MAESTRE.
En tal punto,
Fué para mí más tesoro
Que si yo ganara el oro
Que hay en todo el mundo junto;
Que, por lo menos, tendremos
Pólvora; y á ver si el Cielo
Se mueve á lástima y duelo
Del daño que padecemos.

Entra un soldado.

SOLDADO.
Un turco con embajada
Ha llegado aquí, señor.

MAESTRE.
Si es turco y embajador,
No se le niegue la entrada.

DON RAMÓN.
Traigan sillas al momento.

MAESTRE.
No las traigan.

DON RAMÓN.
¿Para qué?

MAESTRE.
Yo me quiero estar en pie,
Sólo por no darle asiento.

Entra Mostafá y el loquillo.

JUAN.
¡Salve y guarde, padre honrado!

MAESTRE.
¿Qué es esto?

MOSTAFÁ.
Un loquillo es
Del gran señor.

JUAN.
Ansí es;
Mas soy loco y hombre honrado.

MOSTAFÁ.
¡Maestre, Alá sea contigo!

MAESTRE.
Seas bien venido.

MOSTAFÁ.
Ya es llano,
Que en mirando á este cristiano
No queda sangre conmigo.
El Gran Señor Solimán

Te envía salud por mí
Y cierta embajada.

MAESTRE.

Di,
Que aquí te la escucharán.

JUAN.

Escuchadme vos á mí,
Que es lo que importa á los dos;
Que soy vuestro y creo en Dios,
Aunque veis que vengo ansí.

MOSTAFÁ.

El gran Solimán te pide
Que rindas esta ciudad;
Con su gran valor se mide;
. . . . (1).
Y tú y tus cruzados vais
Libres.

JUAN.

Hablaros deseo.
Yo soy el que os apedreo
Cuando apretados estáis.

MOSTAFÁ.

Escúchale, Estampalea.

JUAN.

Á mi gusto te acomodas;
Aquellas piedras de Rodas
Fueron muralla y trinchea.

MAESTRE.

¡Ramón Marquete!

DON RAMÓN.

¡Señor!

MAESTRE.

¿Oyes al loquillo?

DON RAMÓN.

Sí.

MAESTRE.

¿Suyo fué el aviso?

DON RAMÓN.

Ansí
Lo entiendo.

MOSTAFÁ.

Digo, señor,
Que te resuelvas en dar
Gusto al gran señor.

MAESTRE.

No puedo.

JUAN.

Maestre, pide sin miedo;
Que todo lo han de otorgar.

MAESTRE.

Si con lo que yo pidiere
Quisiere el gran Solimán,
La ciudad se la darán,
Ya que mi suerte lo quiere.

MOSTAFÁ.

Escríbanse los partidos;
Que entregándola, en efeto,
Lo que pidieres aceto.

(1) Falta un verso.

MAESTRE.

No los tengo prevenidos:
Lleguemos á consistorio
Y escribiránse al instante.

JUAN.

Pasadle más adelante
Y enseñadle el oratorio.

MAESTRE.

Ya mi desventura asoma
Y mi gloria tiene fin.

MOSTAFÁ.

Rindióse Rodas al fin.
¡Mil gracias doy á Mahoma!

Vanse.

Sale el Gran Turco y turcos de acompañamiento y Pirro y D. Juan, en hábito de tártaro.

GRAN TURCO.

En teniendo la respuesta,
Retiro mis gentes todas,
Quitando el cerco de Rodas,
Y sino al punto te apresta
Para batir la muralla.
¿Qué digo para batir?
¡He de ganalla ó morir
Yo propio en esta batalla!

Suenan tiros dentro.

PIRRO.

Tiros suenan en la mar.

GRAN TURCO.

Los cinco bajeles son.

PIRRO.

Serán de la Religión
Y al puerto querrán entrar,
Y de la mar les ofenden
Tus galeras.

GRAN TURCO.

Créolo ansí.
Abencusir viene allí;
Él dirá lo que pretenden.

Sale Abencusir.

ABENCUSIR.

Cinco bergantines eran,
Y como cerca estuvieron,
Á romper acometieron,
Como si mil velas fueran.
Los cuatro entrado se han
Al puerto, el otro cogieron,
Y del gran señor supieron
Que era Pedro de Liñán,
Un español que socorre
Á Rodas.

GRAN TURCO.

¿No les tiraron?

ABENCUSIR.

Sí; mas no les alcanzaron,

Que los amparó la torre
De Borgoña.

GRAN TURCO.

¡Santo Alá!

PIRRO.

¿Pues qué le puede traer
Cuando quiere socorrer?

GRAN TURCO.

Españoles les traerá
Y nuevas de que ya viene
Socorro.

PIRRO.

Ya viene allí
Mostafá.

GRAN TURCO.

¿Ya viene?

PIRRO.

Sí.

GRAN TURCO.

Ver la respuesta conviene.

Sale Mostafá.

¿Qué tenemos?

MOSTAFÁ.

Negocié,
Para abreviar de razones;
Mas lo que es las condiciones
Con vergüenza las diré.

GRAN TURCO.

¿Ellos no entregan á Rodas?

MOSTAFÁ.

Sí entregan.

GRAN TURCO.

¿Pues en qué estás?
Vuelve á ver si quieren más
Y concédeselas todas.
¿Quedan ya firmadas, di?

MOSTAFÁ.

Todas se las concedí.

GRAN TURCO.

Que no hay en qué reparar.
Estos cruzados echemos
De aquí, y ellos arrojados,
Quedaremos descansados,
Ya que burlados quedemos.
¿Y qué traen los bergantines?

MOSTAFÁ.

Bizcocho y vino trajeron,
Y harina la que pudieron
Y doscientos mallorquines.

GRAN TURCO.

¿Y no dijeron quién es
Quien viene por capitán?

MOSTAFÁ.

Es frey Pedro de Liñán,
Caballero aragonés.

GRAN TURCO.

Ya empezaban á venir
Á socorrer los cercados.

DON JUAN.

Pues, señor, estos cruzados
Riyendo se tienen de ir,
Sin haber hombre que abaje
Su soberbia impertinente,
Si quieres que los afrente
Y con afrenta ó ultraje,
Afrentados los envíe,
Dame licencia y verás
Lo que intento.

GRAN TURCO.

¿Qué harás?

DON JUAN.

Sin que de aquí me desvíe,
Tengo de morir y hacer
Campo con el más valiente.

GRAN TURCO.

Nadie de mi campo intente
Los cruzados ofender.

DON JUAN.

No soy de tu campo yo,
Que soy tártaro, y yo hallo
Que no siendo tu vasallo
No quiebro las treguas.

MOSTAFÁ.

No.

GRAN TURCO.

Pues vé á la mano de Alá;
Doyte licencia.

DON JUAN.

Y la aceto,
Y en presencia te prometo
De Pirro y de Mostafá,
De hacer que aquellos cruzados
Cuando llegaren aquí
Estén delante de mí
Por el suelo arrodillados,
Y confiesen que es la dama
En quien mi esperanza fundo
La más hermosa del mundo
Y la de más clara fama,
La más noble y bien nacida,
La más discreta y más cuerda,
Aunque en la defensa pierda
En la campaña la vida;
Y lo que quiero por paga
De mi hazaña es que después
Siete personas me des
Para que á mi gusto haga;
Que agora en tu campo están,
Para que, por ser cristianos,
Los entregue yo en las manos
Del Maestre de San Juan,
Y libres los dejes ir.

GRAN TURCO.

De darlos al punto juro.

DON JUAN.

Pues con esto voy seguro;
Que sé que lo has de cumplir.
Queda con Alá.

Vase.

GRAN TURCO.

Vé en paz.

MOSTAFÁ.

Aqueste tártaro es loco.
Piensa que se arroja á poco.

PIRRO.

Es valiente.

MOSTAFÁ.

Es pertinaz.
Y tú verás este día
Si, con la gente que sale,
Desesperado le vale
Su discreta valentía.

PIRRO.

¿No es aquél el estandarte?
Los cruzados salen ya.

GRAN TURCO.

Aquél es, y ¡por Alá,
Que pone terror á Marte!

Tocan cajas roncas, y salen el Maestre y todos los comendadores que pudieren, con el estandarte y las reliquias de San Juan.

MOSTAFÁ.

Allí las reliquias van
Del gran profeta San Juan.

GRAN TURCO.

Ya que mis ojos le ven,
Por el suelo será bien
Que me humille, capitán.

MAESTRE.

¡Adiós murallas rompidas,
Cuanto fuertes desdichadas,
Sembradas de sangre y vidas;
Adiós campanas, compradas
Á mortal precio de heridas;
Adiós famosos jardines;
Adiós palacios, cercados
De laureles y jazmines;
Adiós fuertes, levantados
Por los infieles techines;
Adiós templo de San Juan,
Aunque con nosotros van
Las reliquias veneradas,
Por las culpas desterradas
Del Maestre Lisladán;
Adiós sepulcros famosos
De aquellos antepasados,
Maestres más venturosos
Que no el que por sus pecados
Ve estos fines dolorosos!
¡Y vos, sagrada María
De los Limonitas, Madre
Del que da la luz al día,
Quedad adiós! ¡Y vos padre
San Segismundo de Hungría,
Mirad la cuenta que he dado
De vuestro pueblo y de vos,
Pues que os he desamparado,
Que vos le disteis á Dios
Y yo al infiel se le he dado!
¡Adiós ciudadanos míos,
Adiós templos, adiós calles,
Ya de mis culpas vacíos;
Adiós montes, adiós valles,
Adiós fuentes, adiós ríos,
Adiós calvarios y enseñas,
Puestas por la cristiandad
En los caminos y en peñas,
Que de mi culpa y maldad
Me reprenderéis por señas;
Adiós los que en las alturas,
Dejando este mundo á obscuras,
Estrellas pisáis sin miedo;
Que aun detenerme no puedo
Para daros sepulturas!

GRAN TURCO.

¡Lisladán!

MAESTRE.

¡Ay, gran señor!

GRAN TURCO.

Esta es usanza de guerra;
Alza el rostro sin temor.

MAESTRE.

¡Mas que me trague la tierra,
Porque me encubra mejor!

GRAN TURCO.

Dime ¿qué es de tu valor?

MAESTRE.

Perdíle con el honor;
Pues si yo no le perdiera,
Guardando á Rodas muriera,
Y fuera vivir mejor.

GRAN TURCO.

No lloro yo, que he perdido
Todo el tesoro adquirido
Por mi padre y sus pasados,
Ni tantos muertos soldados,
Ni el trabajo que he tenido;
No lloro mi deshonor,
Que me fuera harto mejor
Conquistar todo el Poniente,
Con tanta copia de gente
Como cuesta tu rigor;
Que pudiera, por ventura,
Con lo que me cuesta Rodas,
Labrar en tal coyuntura
Los muros y casas todas
De oro fino y plata pura;
No lloro yo mi berbey,
Que mataste por tu mano
En el campo de Abdeley;
No lloro á mi primo hermano,
Mi brivay y mi virrey;
No lloro el ver por el suelo
Mis gentes, que causa duelo
Ver la mortandad funesta,
Que veinte turcos me cuesta
De vosotros cada pelo,
Y al cabo veros salir
Como quisisteis pedir,
Y que llevéis á mi vista

Las reliquias del Bautista,
Que es quien me hizo venir;
Que de las yeguas preñadas
Que á la venida trajimos,
Después paridas las vimos,
Y ya sus crías domadas
Y que de ellas nos servimos,
¿Y lloras tú? ¡Vive Alá
En los Cielos donde está,
Que treinta ciudades diera,
Las mayores que tuviera,
Por no haber venido acá!
Consuélate.

MAESTRE.

¿Qué consuelo
Puedo tener, gran señor,
Aunque estimo tu buen celo,
Sin arrimo ni valor
En la redondez del suelo?
Yo seguiré mi destino,
Pues quiere el Cielo divino
Que el mundo vaya vagando,
Corriendo y peregrinando
Sin saber á do camino.
Hoy otro Eneas perdido
Seré de tu ardiente estrago,
Mendigante y afligido,
Sin esperar en Cartago
Ni en otra piadosa Dido.
Donde quiera que lleguemos
Mal recibidos seremos,
Y todos nos harán guerra,
Y temerán de su tierra
Que con ella nos alcemos.
Ya que al cabo de mis días
De tus bajeles nos fías
Para el viaje esa copia,
Si no tengo cosa propia,
Gran señor, ¿dónde me envías?

GRAN TURCO.

¡Remediarte tiene Alá!

MAESTRE.

¿Qué es esto?

Tocan cajas.

GRAN TURCO.

Un tártaro bravo,
Que le estiman los de acá,
Cuyo gran valor alabo,
En tal tiempo, ¿qué querrá?

Sale D. Juan, á caballo, con lanza y adarga, y en ella trae á Nuestra Señora retratada, cubierta con un tafetán.

DON JUAN.

Gran Maestre, el de la cruz,
Y vos cruzados de Rodas,
Oid, que quiero deciros
Aquestas razones solas:
No soy vasallo del Turco,
Jamás adoré á Mahoma;
Que soy tártaro y adoro
Al mismo Dios que tú adoras.
Y agora, con tu licencia,
Porque sé que las otorgas,
Treguas en esta salida
Para que yo no las rompa.
Conviene que todos juntos
Confeséis por vuestra boca
Que la dama que yo sirvo
Es la más noble de todas,
La más cortés, la más sabia,
La más rica y más hermosa,
La más casta y más honrada
De las que ha visto la aurora.
Arrodillaos en el suelo,
Haced lo que digo agora,
Ó desnudad de las vainas
Las acicaladas hojas;
Que en fe de la que defiendo
Me ofrezco en muy breves horas
Á consumir vuestras vidas
Y á deshacer vuestra flota.

DON RAMÓN.

¡Oh bárbaro! de rodillas
Espera, y veráslo agora
Quién es la dama que dices,
Por quien ufano blasonas.

DON JUAN.

Este es el retrato bello

Descúbrele.

De aquella Reina que adoran
Los ángeles y los santos
Sobre celestes alfombras.

MAESTRE.

De rodillas.

¡Oh Reina y señora mía!

DON RAMÓN.

¡Oh divina protectora
De los hombres que te llaman
Y las almas que te invocan!

MAESTRE.

Yo confieso de rodillas
Lo que propuso tu boca.

DON RAMÓN.

Y todos lo confesamos.

GRAN TURCO.

Engañóme; ¡por Mahoma!
¿Eres cristiano, Caribe?

DON JUAN.

Señor, el serlo es mi gloria;
Cristianos, soy español,
Y pues salgo con victoria,
Agora quiero decirte
Quién son las siete personas:
El capitán tu sobrino,
Es mi hermana, ¿qué te asombras?

Y el capitán Campuzano
Es otra dama española;
La armenia es María Adalife,
Y el bajá Pirro, á quien honras,
Es su marido, y don Tello
Es mi cuñado.

MAESTRE.

¡Qué cosas
Nos ofrece la fortuna!

GRAN TURCO.

Frey Filipo, ¿no te asombras?

Sale el loquillo.

JUAN.

Quedamos yo y el loquillo.
Ya vengo, y pues me perdonas,
Yo fuí el que avisé al Maestre
De tus pretensiones todas
Con piedras que le tiraba.

GRAN TURCO.

Ya lo prometió mi boca:
Á Tello le den su hacienda
Y en el bajel se la pongan,
Y lleven á frey Filipo
En mi real galera propia;
Que yo quiero acompañaros
Hasta veros en las olas.

DON JUAN.

De aquesta suerte, senado,
Perdió el Gran Maestre á Rodas,
Y por sus honrados hechos
Se llamó *Pérdida honrosa.*

FIN.

EL CERCO DE VIENA POR CARLOS V

EL CERCO DE VIENA POR CARLOS V

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

CARLOS V.
DON HUGO, *viejo.*
FUERTE BRAQUIO.
ISIDRO, *su hermano.*
JULIANA, *dama.*
JUAN BAUTISTA, *capitán.*
ANTONIO DE LEIVA.
SOLIMÁN, *Gran Turco.*
ABRAHÍN, *renegado.*
EL MARQUÉS DEL BASTO.
EL REY D. FERNANDO.
ZELÍN, ESCANDER, MAHOMAD, *Moros.*
UNOS NIÑOS.—UN SOLDADO.

JORNADA PRIMERA.

Sale Fuerte Braquio solo.

BRAQUIO.

Si de tal padre soy hijo
Y hallo preso á tal padre,
Entre otras obligaciones,
Debo morir por librarle.
¿Cómo no limo los hierros?
¿Cómo no rompo la cárcel?
¿Cómo no abraso á Turquía?
¿Cómo no atrueno los aires?
¿No soy alemán de origen
Y de una alemana sangre?
Y por el gran Carlos quinto,
¿No vengo arruinando alfanjes?
¿Cómo no mato al Gran Turco,
Que con términos infames
Una hermana me deshonra
Y tiene preso á mi padre?
¡Ah, Solimán! Si tus obras
Con mi deshonra se saben,
¿Qué haces que no me temes?
¿Quién te anima á que me agravies?
Entraste en mi patria y tierra,
En los fines alemanes,
Y con quinientos mil turcos,
Agraviando miserables,
Llegaste á mi casa antigua,
Herencia de mi linaje,
Prendiste á mi padre en ella,
Dos hijos le cautivaste.
Y con ser ley de la guerra
Rescatar cautivos tales,

Niégasme mis caras prendas
Con intento de agraviarme.
Pues yo hago juramento
Á la alteza de mi sangre,
Á las heridas de Cristo
Y á las ansias de su Madre;
Á las voces del Bautista
Y á la fe del Protomártir,
Á mis honradas promesas
Y á mis pensamientos graves,
De no volver á Viena
Ni de Turquía tornarme,
De no salir de su campo
Ni de entrar en los reales
Del Emperador de España,
Hasta llevar á mi padre,
Aunque le pese al Gran Turco
Y á todos sus capitanes.

Sale Isidro con un cestillo.

ISIDRO.

En lo que en el calabozo
Visito al honrado preso,
Y en lo que de verlo gozo,
Y en lo que sus hierros beso
Y sus desdichas sollozo;
En lo que puedo esforzarle
Con esta pobre comida
Que ahora voy á llevarle,
Que so pena de la vida
Que ninguno pueda darle;
No tengo ningún temor
De estos perros homicidas;
Que Dios me da su favor,
Y aunque aventure mil vidas,
Está bien por tal Señor.
Guárdame, hermano, esta entrada,
Y del Turco abajo, muera
En esta ocasión honrada
Quien entrare, sea quienquiera;
Guarde mi vida tu espada.

BRAQUIO.

Bien puedes, hermano, entrar;
Haz el oficio piadoso
Que vienes á ejecutar,
Y venga el más orgulloso
Turco á quererlo estorbar.
Volverá en su sangre tinto,
Como hizo en Julio el rayo;
Que soy Fuerte Braquio, y trayo
En el pecho á Carlos quinto.

ISIDRO.

Abrí esas puertas obscuras,
Pues que presumís de honradas;
Ánimo, manos turbadas,
Y veréis mil desventuras
En una depositadas.

Descúbrese una como cárcel, y dentro D. Hugo, con grillos y atadas las manos atrás.

ISIDRO.

¡Padre de mi corazón!

DON HUGO.

¡Mi hijo y todo mi bien!

ISIDRO.

Los ojos que en tal prisión
Tan injustamente os ven,
¿Cuál tendrán el corazón?
¿Qué es esto, padre?

DON HUGO.

Hijo amado,
Es la honra que me prueba.

ISIDRO.

Ya sé que sois tan honrado,
Que no es en vos cosa nueva
Estar siempre aprisionado;
Pero pudieran mirar
Los que en tal trance os pusieron,
Que no era razón atar
Esas manos, que nacieron
Sólo para pelear.
No sé cómo no reviento
De enojo viéndoos así,
Ó si le tengo, nací
Sin sólo un buen pensamiento.
Iré al turco Solimán,
Y pues espada no ciño,
Mis manos le ahogarán.

DON HUGO.

Mirad, hijo, que sois niño;
No deis voces, que os oirán.
Y podráme suceder
Que me acrecienten las penas;
Que aunque ellas deben de ser
Más que en el mar hay arenas,
Contra mí podrán crecer.
Y no tiene culpa, no,
El Turco de mi prisión.

ISIDRO.

Pues ¿él no os aprisionó?

DON HUGO.

Él no, sino su pasión;
Á su pasión culpo yo,
Y á una hija que engendré,
Cuya profesión honrada
Dejó de ser la que fué
Sólo por verse adorada
De un hombre falto de fe.
Rendida está Juliana
Á la torpe voluntad
De la malicia otomana.

ISIDRO.

Padre, ¿y nuestra cristiandad?

DON HUGO.

No la conserva tu hermana.
Por verse reina, ha querido
Ver manchado nuestro honor;
Por ella lloro perdido
El que con tanto dolor
Mis armas han adquirido.
Por nuestro mal nació hermosa,

Que, aunque hace la hermosura
Una familia famosa,
Si no está en parte segura,
No hay cosa más afrentosa.
Su liviandad, con gran ira,
Me puso el Gran Turco aquí.

ISIDRO.

¡Oh cruel hermana!

DON HUGO.

¡Mira
Qué sentimiento habrá en mí!
Segundo Ticio estoy hecho,
Quejándome de un señor
Tirano, aunque sin provecho;
Que es un águila el honor
Que me está rasgando el pecho.
Y de ver que así se trate
Mi honra entre estos tiranos,
Hiciera un gran disparate;
Mas hanme atado las manos
Sólo porque no los mate.
Piensan que han de reducir
Mi gusto de esta manera,
Y así me dejan vivir,
Como si el agravio fuera
Menos muerte que el morir.

ISIDRO.

Viviréis, padre y señor;
Y porque viváis honrado
Como hasta aquí, y mejor,
Ésta que habéis engendrado
Sacrificaré al Señor.
Yo mismo derramaré
Esa sangre fementida.

DON HUGO.

Y ¿cómo podrás?

ISIDRO.

Podré,
Aunque aventure la vida
En venganza de la fe.

DON HUGO.

¿No ves que están poderosas
Sus cosas y su afición?

ISIDRO.

Yo le mataré á traición;
Y si hay traiciones honrosas,
Esta traición es blasón.
Descansa, padre; y espera
La más hermosa venganza
Que se vió de su manera.

DON HUGO.

Tu valor me da esperanza;
Tu niñez me desespera.

ISIDRO.

¿Cómo niñez? Es engaño;
Con esta afrenta he crecido
Para atajar tan gran daño,
Que un niño honrado, ofendido,
Cada día crece un año;
Y entretanto, traigo aquí
Con que la vida sustentes.

DON HUGO.

¿Tráesme pan que coma?

ISIDRO.

Sí.

DON HUGO.

¡Qué hijos tan diferentes
Hallo en tu hermana y en ti!
Tu cuidado me rescata
Cuando estoy más acabado,
Y ella de matarme trata;
Que á un hombre que nace honrado,
El que le afrenta, le mata.
De buena gana tomara
De tu mano esta comida;
Pero, como es cosa clara
Que te ha de costar la vida,
No quiero cosa tan cara.
La mano manda cortar
El Turco á cualquier humano
Que me diere algún manjar;
Pues si te cortan la mano,
¿Quién me podrá regalar?
Quien me da la vida eres,
Y así, de mí no te esquives
Cuando más flaco me vieres;
Sin pan viviré, si vives,
Y no con ello, si mueres.
Vuélvete, hijo.

ISIDRO.

No trato
De hacer lo que has pedido;
Que, aunque por verte me mato,
Morir quiero agradecido,
Más que no vivir ingrato.
Yo pago mi obligación
En procurar tu sustento,
Y cuando en esta ocasión
Muera porque te alimento,
Moriré por la razón.
De ti he recibido el sér,
Y así, darle por ti, entiendo
Que mi honra ha de crecer;
Lo que granjeo muriendo,
Eso te puedo ofrecer.
Toma, padre.

DON HUGO.

No permitas
Que padezca tu niñez:
Mira el mal que resucitas.

ISIDRO.

Ya he renunciado otra vez
La obligación que me quitas.
Con mi mano el manjar llevo
Donde le puedas gustar,
Y no es beneficio nuevo
Darte yo mano y manjar,
Pues mano y manjar te debo,
Y en mí está depositada;
Goza de ella, pues te importa,
Que, como la hiciste honrada,

Por no verse quedar corta,
No teme verse cortada.

Hacen ruido dentro.

DON HUGO.

Hijo Isidro, ruido siento;
Cierra las puertas crueles
Deste bárbaro aposento,
Y harásme el bien que sueles
Con menos impedimento.
Cierra; comeré del pan
Que con paternal amor
Tus fieles manos me dan,
Que será pan de dolor
Si lo sabe Solimán.

ISIDRO.

Todo ese miedo es extremo.

DON HUGO.

Es aqueste Turco un perro;
¿No he de temer un blasfemo?

ISIDRO.

Porque te sosiegues, cierro,
Pero no porque le temo.

Entra Isidro en la prisión con su padre, y cierran las puertas, y sale Juliana, su hermana, vestida de turca, y Fuerte Braquio le impide la entrada.

JULIANA.

Déjame entrar.

BRAQUIO.

¡Vive el cielo,
Si estas puertas atraviesas,
Que te arroje por el suelo!

JULIANA.

¿Qué novedades son ésas?

BRAQUIO.

Yo hago aquí lo que suelo.
Mi costumbre es maltratar
Á quien maltrata su fama;
Y si entras á visitar
Presos tristes, vas muy dama:
No quiero dejarte entrar.

JULIANA.

En fin, ¿que yo no he de ver
Á mi padre?

BRAQUIO.

No, villana;
Que después que eres mujer
Del Turco, ni eres mi hermana,
Ni él tu padre puede ser.

JULIANA.

Dios sabe que si he mostrado
Al Gran Turco algún amor,
Que ha sido haberle engañado
Para excusar el rigor
Con que os hubiera tratado;
Que soy cristiana, á pesar
Del Turco y toda Turquía.

BRAQUIO.

En fin, que por excusar
Los males que nos hacía,
¿Te has querido condenar?
De tu confesión se infiere
Que te has querido perder
Porque yo me recupere;
Que sin honra una mujer,
Parece que vive, y muere.
¡Ah, hermosa Juliana!
Quedara Roma envidiosa
De nuestra sangre alemana,
Si lo que tienes de hermosa
No tuvieras de liviana.
Pero nunca fué segura
Sin riqueza la beldad,
La pobreza sin ventura,
Ni sin mucha honestidad
La demasiada hermosura.
El día que el Cielo envía
Hija hermosa á un hombre pobre,
No se puede llamar día,
Porque la hermosura es cobre
Donde orín el honor cría.
Pero el Cielo, como siente
Que la hermosura atropella
Todo un linaje inocente,
Donde da una hija bella,
Da luego un hijo valiente.
Y así, yo tras vos nací,
Porque el honor que ha perdido
Mi padre, y el que perdí,
Por haber tras vos nacido,
Se recupere por mí.
Fuerte Braquio soy, soy muerte
Que mato al primer alcance,
Y el mundo en sangre convierte;
Que Fuerte Braquio, en romance,
Quiere decir brazo fuerte.
Y juré de no volver
Á verme en aquel espejo
De reverencia y poder,
Hasta libertar un viejo
Y dar muerte á una mujer.

JULIANA.

¡Ay, hermano, por quien eres
Que no me trates así!

BRAQUIO.

¿Que no te castigue quieres?
No puedo, que nació en mí
El freno de las mujeres.
Y como son reservadas
De que las castigue acero,
Á las que hallo culpadas,
Honradamente las hiero
Con persuasiones honradas.

JULIANA.

¡Vive Dios, que no he manchado
Mi honra en sólo un cabello!

BRAQUIO.

¿Y este vestido trocado?

JULIANA.

Mándame el Turco traello.

BRAQUIO.

Pues basta hacer su mandado;
Que como es cosa imperfecta
La hembra, en quien prevalece
Cualquier vicio que acometa,
La que en lo poco obedece,
En lo mucho se sujeta.

JULIANA.

Yo viviré como debo;
Vea yo á mi padre, y allí
Lo prometeré de nuevo.

BRAQUIO.

¿Quieres jurárselo allí?

JULIANA.

Ese pensamiento llevo.

BRAQUIO.

Es diligencia excusada:
Quédate, no hay á qué ir,
Que la hembra enamorada
Menos la suele cumplir
La promesa más jurada;
Que como menores son
En honra y en pensamiento,
Por cualquier buena ocasión
Relaja su juramento
Su Papa, que es su pasión.
El Turco viene á buscarte,
¿Cómo no quieres que entienda
Que tiene en ti alguna parte?

JULIANA.

Tira la rienda á la lengua;
Calla, no mande matarte.

BRAQUIO.

¡Ruega tú por mi rescate,
Falsa, pues eres su dama!
Pero cuando mal me trate,
Ya tiene muerta mi fama;
¿Qué importa que á mí me mate?

Sale Solimán, dando á entender que trae gente de acompañamiento y no quiere que salga con él.

SOLIMÁN.

Nadie acompañe mi sombra,
Porque soy cuerpo sin alma,
Que aquella beldad que adoro
Me la tiene aprisionada.
Mas ¡ay! que allí reverbera
Aquella humana alemana,
Turca sólo en los vestidos,
Y en las costumbres cristiana.
Hermoso espanto del mundo,
Dulce prisión de mi alma,
Infierno en las condiciones
Y un paraíso en las gracias,
¿Por qué me tienes en poco?
¿Por qué ocasión me maltratas?
Qué, ¿aún no merecen tus ojos
Á un hombre de prendas tantas?
Legítimo descendiente
Soy de la Casa otomana,
La más antigua del mundo,
La más venturosa en armas,
La más rica, la más fuerte,
La más noble, la más alta,
La más llena de virtudes,
La más llena de alabanza.
Sucesor soy de esta sangre,
Sultán Solimán me llaman,
El que rige más imperios
Que otros reinos tienen casas.
África y Europa es mía,
América tengo y Asia,
Á Egipto llegan mis leyes,
Y hasta el gran Cairo alcanzan.
Á Chipre gané y sus costas,
Hungría me rinde parias,
Y desde el reino de Túnez
Á lo más franco de Italia.
De los belgas tengo á Eutrosa,
De los tudescos á Ungaria,
De los Cruzados á Rodas,
Y pienso ganar á Malta.
Jerusalén me obedece;
Mis armas tengo plantadas
Sobre el sepulcro de Cristo,
Que llaman la Casa Santa.
La magna Valaquia es mía,
La montuosa Tesalia,
Grecia, la dichosa en letras,
Frigia, la dichosa en armas.
Cuanto tiene el mundo es mío;
Nada por ganar me falta:
España se me rebela,
Y vengo á ganar á España.
Quinientos mil turcos traigo,
Y todos monstruos en armas,
Á quien di cuando partieron
Diez pagas adelantadas.
Con ellos vengo á Viena,
Donde un pobre Rey me aguarda,
Á quien llaman Carlos quinto,
Y hace mal, pues que me aguarda.
Este soy yo; tú, ¿quién eres
Sino una mísera esclava,
Que al tiempo que entré en Hungría
Te prendí en tu propia casa?
Aficionéme á tus ojos,
Sujetáronme tus gracias,
Ofrecíte mis riquezas,
Prometísteme gozarlas.
Pero el cruel de tu padre,
Riñendo, viéndote mansa,
Te mudaste, que nacieron
Juntas mujer y mudanza.
Prendíle y téngole preso;
Pero el día que en tu gracia
Al gran Sultán recibieres,
Será el mayor de mi casa.
Y si no, ¡vive Mahoma,
Su Alcorán y su ley santa,
Que hasta que de hambre muera,

No ha de verme más la cara!

BRAQUIO.

Pobre y muy pobre es mi hermana;
Pero es, aunque tu cautiva,
Noble, porque es alemana;
Guardada, porque es esquiva,
Y esquiva, porque es cristiana;
Constante, porque es hermosa;
Sujeta, porque es honrada;
Grave, porque es recatada;
Buena, porque es temerosa,
Y leal, porque es casada.
Y este viejo que amenaza
Con la muerte tu crueldad,
Del honor tira su plaza,
Y es hilo de la verdad,
Que no quiebra aunque adelgaza.
Y cuando el hambre le aflija,
Nadie vencerlo colija,
Que es tal, que menos le espanta
Ver con sangre su garganta
Que ver sin honra á su hija.
Pues yo no digo quién soy,
Que ya lo dice la fama,
Con quien tan bienquisto estoy,
Que Fuerte Braquio me llama
Desde que nací hasta hoy.
Blasón es de hombre valiente,
Y pues tal nombre me dan,
Me comeré á Solimán
Aunque comiendo reviente.
Y sé que estoy bien ajeno
De que me suceda tal,
Que estoy de tósigo lleno,
Y al ponzoñoso animal
No le daña otro veneno.
Mi hermana es ésta; pondera
Quién soy, y que mi buen nombre
Lo he de vengar cuando quiera,
No en ti, que eres sólo un hombre,
Sino.....

Mete mano el Turco para Fuerte Braquio, y tiénele el brazo Juliana.

JULIANA.

Gran señor, espera,
Detente.

SOLIMÁN.

¿Tal desacato
Se comete contra mí?

JULIANA.

No le mates.

SOLIMÁN.

No le mato
Para no ofenderte á ti.
¡Mira cuán manso te trato!

BRAQUIO.

Beso tus pies imperiales
Por la clemencia que muestras;
Pero, pues que tanto vales,
Probemos estas dos diestras
Solos, con armas iguales.
Desnuda la cimitarra,
Y pruebe este flaco mozo
Esa presencia bizarra,
Y después, á un calabozo,
El más obscuro, me amarra.

SOLIMÁN.

¡Váyase de mi presencia
Ese atrevido mozuelo,
Que perderé la paciencia!.....

BRAQUIO.

Perdona, que mi buen celo
Me ha dado tanta licencia;
Mas volverme sin llevar
Á mi buen padre y señor,
Eso no lo has de mandar.

SOLIMÁN.

¿Esa es locura, ó valor?

BRAQUIO.

Como lo quieras llamar;
Mas ya que aquí me detengo,
Tendré poca valentía
Si un buen suceso no tengo,
Por ser mi Rey quien me envía,
Y mi padre por quien vengo.

JULIANA.

Recógete, hermano.

SOLIMÁN.

Vete,
Y no me repliques más.

BRAQUIO.

Manda y obedeceréte;
Pero si no me los das,
Soy libre, y enojaréte.
Voyme, y con resolución,
Como hombre desesperado
De quebrantar la prisión,
Que me aclaro como honrado
Por no cometer traición.

SOLIMÁN.

Vete en buen hora.

JULIANA.

Obligada
Quedo á tu clemencia.

SOLIMÁN.

Quedas;
Y ¿en qué me será pagada?

JULIANA.

En cuanto mandarme puedas,
No ofendiendo el ser honrada.

SOLIMÁN.

Ahora bien, tu padre quiero
Que ablande tu corazón,
Aunque te espantó primero;
Tal estará en la prisión,
Que me será buen tercero;
Ya el hambre le habrá puesto
Algo más manso que estaba.
Abrid esa cárcel presto.

JULIANA.

Ver mi padre deseaba; (Aparte.)
Oyóme fortuna en esto.

Abre Solimán de un puntapié la puerta, y vese á don Hugo con las prisiones, como antes, é Isidro con un poco de pan en la mano, que le va á dar en la boca, y túrbanse entrambos.

SOLIMÁN.

¡Tiene Hugo quien sustente
Su vejez en la prisión!
¿Cómo me será obediente?

JULIANA.

¿Tal sufre mi corazón?

SOLIMÁN.

¿Tan gran traición se consiente?

ISIDRO.

Ya es notorio que he incurrido
En la pena de tu ira;
Digo que soy convencido;
Mas, pues fuiste hijo, mira
Las causas que me han movido.
Mi padre es éste que animo
Con este pobre bocado,
Y el verte no me ha turbado,
Porque soy como el racimo,
Que da su fruto apretado.
Si á tu ley (cruel) importa
Cortar mi mano atrevida,
Breve es la comida y corta;
Acábese la comida,
Y luego al punto la corta,
Que no sentiré el perdella
Después que cortada esté,
Aunque mi padre ha de vella,
Sino porque no podré
Alimentarle con ella.
Pero pues que á mí me toca
Que su vida no se pierda,
Mi mano derecha corta;
Que aquí me queda la izquierda,
Y tras la izquierda la boca.
Quedaré de honrado rico,
Pues en mí se representa
La cigüeña, que sustenta
Á su padre por el pico.

DON HUGO.

Si tu rigor se quebranta
Cuando tu miedo te niega,
Déjame esta mano santa,
Y si quieres sangre, siega
Desa mujer la garganta.
Muéstrate aquí generoso;
Que yo doy de buena gana,
Si el morir uno es forzoso,
Esa muchacha cristiana
Por este rapaz piadoso.
Con su sangre te contenta;
Pues que como mal regida
Me ofende, y él me sustenta;
Diré que me das la vida
Y que me matas la afrenta.

JULIANA.

Débeseme con razón
Esa muerte, que obedezco,
Pues por mí estáis en prisión;
Que por eso la merezco,
Que no por otra razón;
Que Dios sabe que he tenido
Cuidado de vuestro honor
Y el de mi ausente marido.

DON HUGO.

¿Eso es cierto?

JULIANA.

Sí, señor.

DON HUGO.

Si es cierto, perdón te pido.
Mira que la fama es cosa
Más que la vida estimada
Y más que el oro preciosa,
Y que es la opinión de honrada
Mayor que la de hermosa.

JULIANA.

Por el buen sér que me has dado,
Por la fe que te es debida,
Te prometo, padre honrado,
Que veas mi sangre vertida,
Pero no mi honor manchado.

DON HUGO.

Pues yo moriré contento:
Venga la muerte más brava
Que hallare tu pensamiento.

SOLIMÁN.

¡Oh mal viejo! ¡Oh falsa esclava!
¿Tan gran libertad consiento?
¡Hola! Zelín, Escander,
Poned ese viejo cano
Donde luz no pueda ver,
Y al rapaz cortad la mano
Con que le dió de comer.

Salen Zelín y Escander y meten al padre y al hijo en la prisión y cierran la puerta, y quedan solos Juliana y Solimán.

Y tú no ruegues por ellos,
Que ¡por la luz del sol pura
Que he visto yo en tus cabellos,
Que aún tú no estabas segura,
Á no ser ellos tan bellos!
No fíes en tu belleza;
Que sin reparar en nada,
Si no amansas la braveza,
Esta cortadora espada
Os cortará la cabeza.
Áspid de cólera ciego,
Muéstrate ya enternecida
Á mis lágrimas de fuego;
Que por ti pierdo la vida
Si no me remedias luego.

Sale Abrahín, renegado, Capitán general.

ABRAHÍN.

¿Qué trazas son éstas, cielo?

¿Qué honra ó qué amor me llama,
Que me ha hecho mi recelo
Celoso desta cristiana,
Y no sé por qué la celo?
Yo no procuro obligarla,
Ni lo mucho que merece
Me obliga á reverenciarla,
Y, con todo, me parece
Me va la honra en guardarla.

Híncase de rodillas Solimán ante Juliana, y ella se tapa los ojos con la toca.

SOLIMÁN.

¿Cómo, serafín sagrado,
Cubres los hermosos ojos
Por no verme arrodillado?

ABRAHÍN.

Cautiva, honrados despojos
Desta guerra habéis ganado.
Mas ¿quién pudiera creer
Que el gran turco Solimán
Adorara á esta mujer?

SOLIMÁN.

Vaya mis turcos me dan;
No saben lo que es querer.
No te espantes, General,
De haberme visto tan llano;
Que hoy se rinden, por mi mal,
Á lo divino lo humano,
Lo mortal á lo inmortal.
Mortal soy, y ésa que ves
Harás bien si la adorares.
No sé quién soy ni quién es,
Mas cuantas veces me hallares,
Me has de hallar á sus pies.

ABRAHÍN.

No dudo, Rey de los reyes,
Que pareceré soberbio
Cuando á vuestros torpes gustos
Reprehenda como debo;
Mas vuestra antigua crianza,
Vuestra bondad, y el estrecho
Amor que me habéis mostrado,
Disculpan mi atrevimiento.
No hay soldado en todo el mundo,
Ni casi estrella en el cielo,
Que no esté culpando á gritos
Vuestro amor y vuestro miedo.
Todos ellos os murmuran,
Y admíranse todos ellos
De que una cautiva pobre
Os pueda tener sujeto.
¿Qué es del deseo glorioso
Que en vuestros años primeros,
De hacer tributaria á Italia
Os crecía en vuestro pecho?
Si este remedio os parece
Para ensanchar vuestro reino,
Los imperios no se ensanchan
Con infames pensamientos.
Si el vencedor otomano,
Padre de vuestros abuelos,
Tronco de vuestro linaje
Y milagro de su tiempo,
De los vicios se enviciara,
Que pudo también tenerlos,
Nunca la Grecia y Galacia
Por sus manos fueran vuestros;
Ni su hijo, que era imagen
De su retrato y sus hechos,
Triunfara de Frigia y Libia,
El Cairo y Peloponeso.
El invencible Amurates,
Digno sucesor tras éstos,
¿Ganara á Tracia, á Bulgaria,
Á Suria, Carpeya y Delfos?
¿Rindiera Ocán en los moros,
El indio y el mar Bermejo,
Ni Zelín á la Ribera,
Y al Egipto Bayaceto?
Aquel azote del mundo,
Zelín Rogel, vuestro abuelo,
¿Conquistara á Macedonia
Con lo tocante al Imperio?
Pues vuestro padre Amurates
No le pasaré en silencio,
Pues le llamaron los hombres
El elemento del fuego,
De cuyos golpes ahora
Se ven notables ejemplos
Desde el alto monte Pindo
Hasta los montes fronteros.
Si se hubiera estado ocioso,
Gastando, cual vos, el tiempo
En regaladas blanduras
Y en amorosos requiebros,
¿Rigiérades vos, acaso,
Tantos y tales imperios,
Tantas provincias y tierras
Tantas gentes, tantos pueblos?
Ea, Solimán famoso,
Basta el ocio, despertemos;
Que piensan los que nos miran
Que es cobardía ó que es sueño.
Y si no queréis acaso
Que se aumenten vuestros reinos,
Defended los que os dejaron,
Que vienen á echarnos dellos.
El español Carlos quinto
Viene á buscarnos soberbio;
Sus cajas oigo y sus tiros;
En Viena está, no es lejos.
Cien mil hombres trae de guerra,
De los más famosos tercios,
Escogidos uno á uno
Catorce de cada ciento;
Y el Pontífice de Roma,
Confederado con ellos;
Con la muerte os amenazan,
Que no se precian de menos.
Gastad el tiempo en amores,

Que por Mahoma os prometo
Que es soldado Carlos quinto
Que le temen muchos buenos.
Marche el campo, toquen arma,
Solimán, Mahoma, ¡á ellos!

Vuelve el rostro Solimán, y dice:

SOLIMÁN.

¡Ah, retórico famoso,
Qué bien que hablan los celos!

Tocan cajas, diciendo «¡Al arma!», y el Turco está espantado.

Tales razones me has dicho,
Que parece que despierto
De algún frenesí del alma
Ó de algún profundo sueño.
Huya el amor de mis rabias,
Vete, perro aleve, al cielo.
¡Guerra, Solimán! ¡Turquía,
Á ellos! ¡Turcos, á ellos!
Vencidos son, que son pocos,
Salgámosles al encuentro,
Para que así entienda el mundo
Que de mis padres heredo
No sólo el cetro y corona,
Sino el ánimo y esfuerzo.
Á ese soldado famoso,
Á ese Carlos quinto os reto;
Á ese Emperador de España
Desafiaré cuerpo á cuerpo.
Escríbase el desafío,
Y sellado con diez sellos
Vaya Abrahín á llevarlo,
Que se arden mis pensamientos.

ABRAHÍN.

¡Oh gran Rey! Con ese brío
Será posible que alientes
Tu dichoso señorío.
Solo no quiero que intentes
Particular desafío;
Que aunque es tanto tu valor,
Los príncipes de tu suerte
Han de guardarse mejor.

SOLIMÁN.

¡Oh loco! ¿Soy menos fuerte
Que este flaco Emperador?
No sólo quiero prenderle,
Sino, tras bélicas trazas,
Ganarle su campo y verle.

ABRAHÍN.

¿Conoces al que amenazas?

SOLIMÁN.

Qué, ¿es menester conocerle?
Basta conocerme á mí,
Que para común espanto
De los humanos, nací.

ABRAHÍN.

Mucho intentas.

SOLIMÁN.

Aunque es tanto,
Pienso ejecutarlo así.
Luego al momento te parte,
Y el desafío harás
Con mi parte y de mi parte.

ABRAHÍN.

Obedecido serás,
No quiero más replicarte.

SOLIMÁN.

Algo se ha templado el fuego
Que esta mujer encendió:
Parta el campo y marche luego;
Que el fiero Marte quedó
En lugar del amor ciego.

Están dentro cortando la mano á Isidro, y dice quejándose:

ISIDRO.

¡Ay!

ABRAHÍN.

¿Qué es aquello? Escuchad.

ISIDRO.

¡Qué golpe tan inhumano!

ABRAHÍN.

¿Quién se queja?

SOLIMÁN.

Es un cristiano
Que por cierta libertad
Le mandé cortar la mano.
Cierto bando quebrantó,
Y por eso le castigo.

ABRAHÍN.

Cualquier pena mereció.

SOLIMÁN.

Basta aquello.

Sale Isidro con la mano cortada, envuelta en un lenzuelo y saliéndole la sangre, y en la izquierda lleva la cortada.

ISIDRO.

Ya, enemigo,
Tu crueldad se ejecutó.
Cumplióse tu ley en mí,
Y la mano que me honró,
Como bueno la perdí,
Por padre que sustentó,
No por bofetón que dí.
Esta es la mano honradora
De la sangre paternal;
¡Qué mano has cortado ahora
Que fué á su padre leal,
Y no á su padre traidora!
Y así, no tengas temor,
Que llore el verme sin diestra,
Que el cortarla fué mi honor,
Corte de paño que muestra
La fineza al comprador.
La izquierda manda cortarme,
Que es en servicio de Dios,

Que este esfuerzo pudo darme,
Porque el cortarme las dos
Será dos veces honrarme.

SOLIMÁN.

Con esta sangre que viertes,
La ira estoy incitando
Que ha de causar tantas muertes.

ABRAHÍN.

Tu ejército va marchando.

SOLIMÁN.

Marchen mis soldados fuertes,
Tiéndanse por la campaña
Y muestren su valentía,
En tantos siglos extraña.
¡Viva Sultán y Turquía
Y muera Carlos, España!

Vanse todos y queda Isidro.

ISIDRO.

Carlos vivirá, á pesar
De tu gente y de tu espada;
Que le trae Dios á vengar
Mi pobre mano cortada,
Porque no puede cortar.
Que si ella cortar pudiera,
Á mi padre libertara
Y á mi hermana defendiera,
Y contra quien me agraviara,
Armas y vida pusiera.
Mas ¿qué sirve amenazar
Á quien con ningunas trazas
Podré jamás castigar?
Que no estoy para amenazas,
Más estoy para llorar.
¡Ay, mano, que sustentasteis
Á mi padre aprisionado!
Noble galardón sacasteis,
Pues la carne habéis sacado
Por el pan que le acortasteis.

Mira la mano, y prosigue:

Siento por una razón
El no poderos mover:
Mano, ¿qué habemos de hacer
Si en otra alguna ocasión
Mi padre os ha menester?
¿Con qué acudiré al oficio
De piedad que ejecuté?
Mano, vuelve á tu servicio,
Porque sin ti no podré
Hacerle este beneficio.
¿Qué mano habrá tan piadosa
Que os haga el bien que os hacía,
Padre, aquésta lastimosa?

Descúbrese una nube y sale en ella San Adriano con dos manos cortadas en un plato.

ADRIANO.

Isidro, aquí está la mía.

ISIDRO.

¿Quién me habla? ¡Extraña cosa!

ADRIANO.

Aquí os traigo, Isidro, yo
Para este oficio las mías,
Que el tirano me cortó.

ISIDRO.

Tales son sus tiranías,
Que aun á vos no perdonó.
Tal me tiene Solimán,
Que aun no me dejan hablaros
Los temblores que me dan,
Aunque podré preguntaros
Quién sois vos.

ADRIANO.

Soy Adrián,
Que condolido de ti,
Como quien tiene experiencia
De lo que pasar te vi,
Vengo á hacer una experiencia.

ISIDRO.

Y ¿habéisla de hacer en mí?

ADRIANO.

Sí, que te vengo á curar.

ISIDRO.

Si tal médico me cura,
La izquierda podré cortar,
Para que de tal ventura
Pueda dos veces gozar.

ADRIANO.

Estás con mucho cuidado
De que la mano, instrumento
De tu piedad, han cortado,
Y por tu fiel pensamiento
Manda Dios que seas curado.
Llega, haré restitución
Á tu cuerpo de la mano
Que por tan santa ocasión
Mandó cortar el tirano
Movido de una pasión;
Que quien la perdió por dar
Á su padre de comer,
Debe volverla á cobrar.

ISIDRO.

Aqueso no fué perder.

ADRIANO.

No ha sido sino ganar.
¿Tienes dolor en la herida?

Sánale la mano San Adriano.

ISIDRO.

Ya la habéis curado vos.

ADRIANO.

Ya te está restituída.

ISIDRO.

Mano, alabemos á Dios,
Que os recupero perdida.

ADRIANO.

Porque el amor paternal
Que tuvisteis, siendo humano,

Quede memoria inmortal,
Quedará siempre en tu mano
Esa encarnada señal.

ISIDRO.

¡Qué hilo de carmesí!
En verle me regocijo.

ADRIANO.

Isidro, quédese ahí,
Para que cualquier buen hijo
Aprenda á serlo de ti.

ISIDRO.

Poco hago en su favor,
Pues en prisiones le veo
Y no muero de dolor;
Mas á lo menos proveo
Más que mi vida su honor.
¡Ah! ¡Quién verle mereciera!
¡Quién sus males remediara!
¡Quién sus canas abrazara,
Aunque en sus manos muriera!

ADRIANO.

Ningún cuidado te den
Los recuerdos de sus brazos;
Que antes que helados estén
Tú morirás en sus lazos,
Y él en los tuyos también.
Esto en la memoria lleva,
Y como tan buen cristiano,
Tu hidalgo esfuerzo prueba.

ISIDRO.

Más gusto me da esta nueva
Que haber cobrado la mano.

ADRIANO.

Antes, Isidro, verás
Los campos más poderosos
Que se han juntado jamás
Y los hombres más famosos
Que el siglo celebra atrás,
Que es ver al Emperador
Y al gran turco Solimán,
Su bravo competidor.

ISIDRO.

Verlos quiero: ¿dónde están?
Llevadme á ver su valor;
Siempre con deseo estuve
Del bien que hacerme deseas.

ADRIANO.

Pues vente conmigo, sube,
Te pondré donde le veas
Encubierto en esta nube.

Súbense ambos en la nube, y suena música, y corren una cortina, donde estarán hasta después.

JORNADA SEGUNDA.

Hacen dentro ruido de cadenas, que está quitándolas Fuerte Braquio á su padre, y dicen dentro:

BRAQUIO.

Aprisionado alemán,
Hoy descansan vuestras penas;
Que, á pesar de Solimán,
Quebrantaré sus cadenas,
Que tanta infamia me dan.
¡Cielo, á pesar de Turquía
Llevo á mi padre á Viena!
Ayudadme, valentía,
Brazos que hierros cercena;
Reyes, prended algún día.
En esta noche se prueba,
Carlos quinto emperador,
Mi ventura y tu valor (1).

Tocan cajas, y sale Fuerte Braquio en hábito de moro con D. Hugo, su padre.

DON HUGO.

¡Ay, hijo, somos perdidos;
Que contra nosotros son
Todos estos alaridos!

BRAQUIO.

Por buenos somos tenidos,
Mostremos buen corazón.
Ea, padre, no os espanten,
Dejadlos griten ó canten,
No hayas miedo que nos cojas,
Aunque del monte las hojas
Hechas hombres se levanten.

DON HUGO.

Sígote de mala gana,
Que es grande temeridad.

BRAQUIO.

Ánimo, sangre cristiana;
Que yo os daré libertad
Y volveré por mi hermana.

DON HUGO.

Al arma gritan, ¡á ellos!
¿Qué hemos de hacer?

BRAQUIO.

Gritemos
Amontonados entre ellos,
Fingiendo que somos dellos,
Pues traje turco traemos.
Una noche es tan obscura,
Que tendremos buen suceso
Si no nos falta ventura.

DON HUGO.

¡Turcos, que llevan el preso!

(1) Falta el último verso á esta redondilla.

BRAQUIO.
¡Cielo, el peso me asegura!

Vanse.

En lo alto del teatro se descubre San Adriano é Isidro en una nube.

ADRIANO.
Grandezas jamás oídas,
Desde aquí, Isidro, has de ver.

ISIDRO.
Ya veo resplandecer
Las armas, del sol heridas.
¡Qué de lanzas, qué de picas,
Qué de arneses, qué de cotas,
Qué de costosas marlotas,
Qué de sobrevistas ricas;
Qué de soldados feroces,
Qué de galas, qué de lunas,
Qué de golas, qué de plumas,
Qué de gritos, qué de voces;
Qué número de escopetas,
Qué grandeza de jinetes,
Qué cantidad de mosquetes,
Qué nublado de saetas;
Qué limpieza de cuchillas,
Qué inmensidad de vasallos,
Qué hermosura de caballos,
Qué curiosidad de sillas;
Qué de banderas tremolan,
Qué de atambores atruenan,
Qué de clarines que suenan,
Qué de lunas se enarbolan!
Cien mundos podrán vencer,
Mil reinos conquistarán.
¿Quién es, divino Adrián,
Quien tiene tanto poder?

ADRIANO.
El campo del Turco es,
Que contra el Emperador
Viene abrasado en furor.

ISIDRO.
¿El que vemos?

ADRIANO.
El que ves.

ISIDRO.
¡Oh Carlos quinto famoso,
Menester has grande ayuda!

ADRIANO.
No temas, porque sin duda
Ha de volver victorioso.

ISIDRO.
Por tu santidad te juro
Que me espanta sólo el vellos.

ADRIANO.
Por medio de todos ellos
Pasó tu hermano seguro.

ISIDRO.
¿Cuándo?

ADRIANO.
Esta noche pasada.

ISIDRO.
¿Y mi padre?

ADRIANO.
Libre está.

ISIDRO.
¿Qué alabanza bastará
Para tal brazo y espada?
Sólo falta que me muestres
El campo santo español.

ADRIANO.
Ocupa su vista el sol
Y estos árboles silvestres.

ISIDRO.
¿Es tanta la inmensidad
Del cristiano vencedor?

ADRIANO.
Isidro, sí, en el valor,
Pero no en la cantidad.

ISIDRO.
Mucho gustaré de vellos.

ADRIANO.
Enseñaréte el Apolo
Que tiene junto en sí solo
La fuerza de todos ellos.
Baja la vista á Belgrado,
Verás los competidores
Más famosos y mejores
Que hasta hoy se han coronado.

Tocan música y aparecen Carlos V y el Gran Turco; Carlos con la Fe en el hombro y el Mundo á los pies, y el Turco á la trocada.

El que no tiene segundo
Y es de todo el mundo asombro,
Desde Hispano á Segismundo,
Mira cómo tiene al hombro
Nuestra Fe pisando al Mundo.
Él solo, sola su espada
Conserva la Fe sagrada,
Que si por ella no fuera,
Hasta en Alemania fuera
Del todo desarraigada.
Mira el Turco que te espanta,
Cuya arrogante divisa
Y cuya soberbia planta
La Fe por el suelo pisa,
Y el Mundo al hombro levanta;
Cuya empresa determina
Que la pujanza otomana,
De mil vituperios digna,
Estima la ley mundana,
Despreciando la divina.
¿Quieres ver más?

ISIDRO.
No podré,
Que aunque hay tanto en la campaña,
¿Qué más puede ver quien ve
Un Emperador de España
Que tiene al hombro la Fe?
Llevarme de aquí procura;
Que por no ver aquel perro

Que pisa nuestra Fe pura,
Los ojos llorosos cierro
Y la vida se me apura.

ADRIANO.

Antes te quiero volver
Al Turco, porque sé cuándo
Eres allá menester.

ISIDRO.

De ti me estaré acordando,
Que siempre te he menester.

Abrázanse y corren la cortina.

EMPERADOR.

Imperiales caballeros,
Que siguiendo mis banderas,
Dejáis la quietud amada
Por las batallas sangrientas;
Toledos, Carabajales,
Mendozas, López, Cabreras,
Rosas, Arces, Pimenteles,
Ulloas, Velascos, Cuevas;
Enríquez, Manriques, Laras,
Guzmanes, Íñigos, Cerdas,
Figueroas, Sandovales,
Córdovas, Avellanedas;
Osorios, Haros, Girones,
Viamontes, Ávilas, Suevas,
Requesenes, Claramontes,
Acuñas, Ayalas, Menas;
Venid, veréis en mis hombros,
No banda de cifras llena,
No cadena de diamantes,
No rico collar de perlas,
Sino la carga más noble
Que ha sufrido humanas fuerzas,
La más llena de esperanzas
Y la más rica de prendas.
La Fe sustento, cristianos,
La Fe me han cargado á cuestas,
La mayor joya del mundo
Y el mayor bien de la Iglesia.
Ayudadme á sustentarla,
Ayudadme á defenderla;
Que para carga tan grande
Son muy pequeñas mis fuerzas.
Para esto quiero las armas,
Para este fin son mis guerras;
Sólo por su aumento salgo
De mi quietud y mi tierra.
Por ella vierto mi sangre,
Por su honor, por su defensa;
Por ella son mis trabajos,
Mis vigilias son por ella.
Por ella salgo de España,
Por ella vengo á Viena
Contra el mayor enemigo
Que conozco contra ella.
Y sabe Dios que he venido,
No por ensanchar mis tierras;
Que no quiero más corona,
Más cetros ni más riquezas,
Que si yo los tengo en algo,
Mi pie derecho los muestra,
Debajo de cuya planta
Tengo el Orbe de la tierra.
¡Ea, soldados de España,
Defendamos nuestra Iglesia!
¡Católicos españoles,
Muramos todos por ella!
¡Viva la Fe! ¡Viva, amigos,
Y los enemigos mueran!
¡Al arma contra el Gran Turco!
¡Guerra, aquí de España, guerra!

Cúbrese el Emperador, con música.

SOLIMÁN.

Turcos que tras mi estandarte,
Cubiertos de medias lunas,
Venís con honrosos nombres
Y con honradas condutas;
Bajáes, Sanjacos, Lequies,
Arráez, Vélez, Leyes, Muzas,
Nicolagos, Mostafaes,
Acangios, Ferragutas
Y los demás descendientes
De la insigne sangre turca,
Que desde el gran Amurates
Vestís turbantes y aljubas,
Venid, veréis en mis hombros
La universal Tierra junta,
Desde los indianos mares
á las hercúleas columnas.
Todo el Mundo tengo en peso,
Todo mi poder lo ocupa,
Mis fuerzas lo conquistaron,
Consérvanle mis astucias.
Por ganar reinos me armo,
Por ser gran Rey no se enjugan
Ni mis alfanjes de sangre,
Ni mis caballos de espumas.
En ambiciones me abraso;
Ellas me llevan y ocupan
En los peligros mayores
Y en las más sangrientas dudas.
Mis soberbios patrimonios
Permito que se consuman,
No desagraviando agravios
Ni defendiendo vïudas,
Sino robando ciudades,
Y con mis fuerzas injustas
Haciendo disoluciones
Y otras tiranías muchas.
Sólo el dios que reverencio
Es mi rabia y mi lujuria;
Ninguna ley obedezco
Ni guardo razón ninguna.
La fe del moro blasfemo,
De la del turco hago burla,
Escupo la del judío,
La del alarbe me ofusca;

Pero la que estimo en menos,
Y la que más me estimula
Á un grande aborrecimiento,
Es la que Cristo promulga.
Debajo los pies la traigo,
Y si aborrecerle es culpa,
Soy el hombre más culpado
Que cuantos estudian culpas.
Yo haré borrarla del mundo;
Mis atambores retumban,
Mis estandartes tremolan,
Y navegan mis chalupas.
Contra Carlos quinto vengo
Vertiendo mi pecho furias,
Y aunque es mucha la que vierte,
Es más la que disimula.
Contra Cristo son mis armas,
Contra su fe mis astucias,
Contra su cruz mis banderas,
Contra su fe mis condutas.
¡Ea, turcos valerosos,
Muera la villana chusma,
Desbaratemos el campo!
¡Aquí de las medias lunas!

Cúbrese el Turco y dicen dentro «¡Al arma!», y sale Abrahín á caballo, con lanza y adarga, cubierto con un tafetán, al desafío.

ABRAHÍN.

Soldados entretenidos
Con esperanzas ligeras,
Temerosos en las veras,
Y en las burlas atrevidos.
Afeminados isleños,
Si es como decís la España,
Si un pobre Rey os engaña
Con intereses pequeños;
Ya que la fortuna os haga
Tanto mal, que entre homicidas
Venís á dejar las vidas
Por cuatro escudos de paga,
Dejad la cobarde estancia;
Que vengo desafiando
Un hombre de vuestro bando,
El de mayor importancia.
Salid, cobardes, salid
Tras los retos que os envío,
Que por otro os desafío;
Seguros estáis de mí.
¿Qué teméis? que un hombre os llama.

Sale Fuerte Braquio.

BRAQUIO.

¿Quién es el que sin caudal
Junto á la tienda imperial
Tantas bravatas derrama?
Turco, ¿á quién llamas así?
¿No te atreves á nombralle?

ABRAHÍN.

Llamo á un hombre de buen talle;
Vuélvete, que no es á ti.
Asegúrate, pobrete.

BRAQUIO.

¿Hay tal arrogancia?

ABRAHÍN.

Llama
Al hombre de mayor fama
De todo tu campo, y vete.

BRAQUIO.

Dime, ¿quién le desafía?

ABRAHÍN.

El mejor brazo del mundo,
El que no tiene segundo
En esfuerzo y valentía.

BRAQUIO.

En efecto, ¿no soy yo?

ABRAHÍN.

Por sí ó por no, di tu nombre.

BRAQUIO.

Yo me llamo.....

ABRAHÍN.

¿Cómo?

BRAQUIO.

El hombre
Que para matar nació.
¿Cómo no me has conocido?
Pues soy el que al Turco asombra,
Y el que sólo con su sombra
Deja su campo vencido;
El que quebrantó sus hierros,
El que pudo libertar
Al buen don Hugo, á pesar
De un ejército de perros.
Fuerte Braquio soy, si quieres
Saber más nuevas de mí.

ABRAHÍN.

¿Fuerte Braquio el mismo?

BRAQUIO.

Sí.

ABRAHÍN.

¡Por Dios, que no sé quién eres!

BRAQUIO.

Soy el más pobre soldado
Que tiene el Emperador,
Aquel de cuyo valor
Quedó el Gran Turco espantado.
Soy hijo del gran don Hugo,
De nacimiento alemán,
Del gran Carlos capitán
Y vuestro mortal verdugo.

ABRAHÍN.

Muy bien estoy informado.
¿Fuerte Braquio dices que eres?

BRAQUIO.

Fuerte Braquio soy, ¿qué quieres?

ABRAHÍN.

No eres tú el desafiado.

BRAQUIO.

Pues si no, de mi albedrío,
Como soldado cristiano,
Vengo á probarte por mano.

ABRAHÍN.
No es á ti mi desafío.
Apártate y llama gente;
Envaina. ¡Pobre de ti!
BRAQUIO.
¡Oh perro! ¿Trátasme así
Porque está mi Rey presente?
Yo me aparto, y desafía
Al que dirigido vienes;
Que si algún esfuerzo tienes,
Yo te cogeré algún día.

Sale Juan Bautista, capitán.

BAUTISTA.
Es tanto tu vocear,
Turco, que soy enviado,
Si soy el desafiado,
Á que te haga callar.
ABRAHÍN.
¿Quién es este valentón?
BAUTISTA.
Cristianos, desengañadlo.
BRAQUIO.
Es Juan Bautista Cotaldo,
Capitán de una legión.
ABRAHÍN.
Soldado, seguro estás.
BAUTISTA.
Arrogantes son tus modos.
ABRAHÍN.
¿Cuatro venís? Venid todos,
Y no nos cansemos más.
BAUTISTA.
¿Quién es al que desafías?
¿Hemos de saber quién es?
ABRAHÍN.
Sabréislo.
BAUTISTA.
¿Cuándo?
ABRAHÍN.
Después.
BAUTISTA.
¡Gran cólera!
ABRAHÍN.
De las mías.

Sale Antonio de Leiva.

LEIVA.
¡Ah del turco valiente!
¿Quién son los desafiados?
ABRAHÍN.
No busco viejos cansados.
Vive tú seguramente.
BAUTISTA.
Antonio de Leiva el fuerte
Es el que presente tienes.
LEIVA.
¿Mandas algo?
ABRAHÍN.
Flaco vienes;
Pero bien puedes volverte,
Que no eres el que procuro.
LEIVA.
En fin, ¿me mandas volver?

Sale D. Hugo.

DON HUGO.
Entiendo que no ha de haber
En el campo hombre seguro
Deste desafío cruel.
ABRAHÍN.
¿Hay más viejos?
BRAQUIO.
Si los quieres
Como aquél, no los esperes,
Que no los hay como aquél.
ABRAHÍN.
¿Será tu padre siquiera?
BRAQUIO.
¿Díceslo porque le alabo?
Pues por ser mi padre acabo,
Que á no serlo, más dijera.

Sale el Marqués del Basto.

LEIVA.
¿Hombre es éste de valor?
ABRAHÍN.
¿Quién es?
BRAQUIO.
El Marqués del Basto.
ABRAHÍN.
Palabras y tiempo gasto;
Volverme será mejor.
¿Dónde vais, cansados viejos?
¿Dónde vais casi sin brío?
Que yo á guerra desafío,
Que no á dar buenos consejos.
LEIVA.
Pienso, señor General,
Que puede Vuesa Excelencia,
Si al Turco ha de dar audiencia,
Enviar todo el real.
ABRAHÍN.
¿Sabes que soy Abrahín,
Escudo de Solimán,
Su amigo y su capitán
Y su embajador, en fin?
Pues llama á quien me responda:
Por quien soy lo he merecido,
Y por mis obras temido
Desde Grecia á Trapisonda.

Sale el rey D. Fernando.

Ea, daos priesa á llamarlos.
REY.
¿Quién os está amenazando?
MARQUÉS.
Este es el rey don Fernando,

Hermano del quinto Carlos.

ABRAHÍN.

Tampoco le busco á él.

Sale el Emperador é híncanse todos de rodillas.

EMPERADOR.

¿Está el Turco despachado?

MARQUÉS.

No está aquí el desafiado.

EMPERADOR.

Nómbrele.

ABRAHÍN.

¿Quién es aquél?

LEIVA.

El que entre gente enemiga
Ha ganado fama eterna,
El que con premios obliga,
El que con leyes gobierna,
El que con armas castiga.

MARQUÉS.

El castigador de agravios,
El premiador de valientes,
El ejemplo de obedientes,
El respetador de sabios,
Y el amigo de prudentes.

BAUTISTA.

El que virtudes enseña,
El que vicios reprehende,
El que cobardes desdeña,
El que poderosos prende
Y el que humildes desempeña.

DON HUGO.

El que siempre duerme armado,
El que por milagro dan,
El que es divino llamado,
El valiente Capitán
Y el obediente soldado.

BRAQUIO.

El que la soberbia humilla,
El que traiciones desvía,
El que reyes atraílla,
El domador de Turquía
Y el defensor de Castilla.

REY.

Y si te parece extraña
La relación que has oído,
Desde aquí te desengaña;
Que para espanto ha nacido
Del mundo, y gloria de España.

MARQUÉS.

Es, en fin, nuestro señor;
Es nuestro escudo y defensa,
Nuestra vida y nuestro honor,
Y por la bondad inmensa
Es éste el Emperador.
Y es el que viene á Viena,
Y el que por la fe cristiana,
Aunque á costa de gran pena,
Pondrá, de sangre otomana,
Rubia la alemana arena.

ABRAHÍN.

¡Por la tierra, por el cielo,
Por el mar alborotado,
Por mi bautismo olvidado,
Por la cristiana que celo,
Por la fe de mi deseo,
Por la religión que invoco,
Que cuanto habéis dicho es poco,
Respecto de lo que veo!
Descubre un divino brío
Entre semblante y persona;
Estímote, mas perdona,
Que á ti viene el desafío.

MARQUÉS.

¿Á quién?

ABRAHÍN.

Al prudente, al manso,
Al franco, al discreto, al diestro,
Á vuestra luz y maestro,
Á vuestra vida y descanso.
Y no imagines que es mío
Este atrevimiento, no;
Que el Gran Turco me envió,
Y ves aquí el desafío.

Quita el tafetán con que está tapada la adarga, y descúbrese un pergamino con letras azules y coloradas y algunos sellos, y lee el Marqués del Basto:

MARQUÉS.

«*Reto.*

»Solimán, Sultán, Rey de los reyes y señor de los señores, y Emperador universal del mundo. Á ti, Carlos V, salud, si la deseas. Ya has visto el gran poder con que vengo y el poco con que me esperas. Si acordándote de tu nobleza quieres acabar esta guerra sin sangre de tantos cuerpos, cuerpo á cuerpo te desafío: espérame en Viena, donde, si me vencieres, te haré señor de mis Imperios, y si te venciere, me apoderaré de tu pequeño Señorío. Dios te prospere para que me dé mayor gloria de vencimiento.—*Solimán, Sultán y Gran Turco.*»

No sufrirá fácilmente
Castilla cosa tan nueva.

DON HUGO.

Alemania lo reprueba.

LEIVA.

Italia no lo consiente.

REY.

Roma con su Imperio dice
Que no le está bien querello.

DON HUGO.

Bohemia no viene en ello.

BRAQUIO.

Y Flandes lo contradice.

EMPERADOR.

Flandes, España, Castilla,
Bohemia, Alemania, Hungría,
La gran Nápoles, ya mía,
Y desde Cuenca á Sevilla,

Y cuantos reinos de nuevo
Algún tributo me dan,
Contradecirlo podrán,
Pero yo solo lo apruebo.
Yo acepto el desafío,
Y le aguardo con seguro
En Vïena, junto al muro,
De estotra parte del río.
Y llevaos esta presea.

Dale una cadena.

ABRAHÍN.
Prospere el cielo tu estado:
Voyme con harto cuidado,
Hasta que otra vez te vea.

Vase.

EMPERADOR.
¿Tan cobarde habéis sentido
Este imperial corazón?
¿Tantas mis flaquezas son?
¿Tan poco soldado he sido?
Si es porque os han informado
Que es único en pelear,
¿Con quién puedo yo ganar
Más que con tan gran soldado?

MARQUÉS.
Todos de tu acuerdo son.

EMPERADOR.
De mi vida os aseguro;
Que es mi pecho fuerte muro
Y grande mi corazón.

Vanse todos, y dentro dice el Turco, alborotado:

SOLIMÁN.
¡Soldados, que me agravian, que me hieren,
Que me quita la vida un gran soldado!
Robarme el reino y afrentarme quieren,
Mirad que me tenéis desamparado.
Vénganme á defender los que me oyeren,
Que me han aprisionado descuidado;
Que me mata un cristiano caballero,
Defendiendo la fe con el acero.

Salen Zelín y Escander alborotados.

ZELÍN.
Oigo en su tienda, Escander,
Una vocería extraña.

ESCANDER.
Santo Alá, ¿qué puede ser?

Córrese una cortina, y vese á Solimán durmiendo sobre unas almohadas, y el Emperador armado, sobre él, con la espada desnuda.

SOLIMÁN.
¡Que me mata el Rey de España,
Sin poderme defender!

ESCANDER.
Pero ¿cómo estás de hinojos?

Cúbrese el Emperador.

SOLIMÁN.
Vile vertiendo centellas,
Iras, cóleras y enojos,
Y yo, temeroso dellas,
Arrodilléme á sus ojos.

ZELÍN.
¿Adónde está el Rey? ¿Qué es dél?

SOLIMÁN.
¡Ah, cobarde, que eres ido!

ZELÍN.
Vamos, Escander, tras él.

SOLIMÁN.
Como me sintió dormido,
Mostrábaseme cruel,
Y en despertando, se huyó.

ESCANDER.
Que me maten, si entre sueños
No se te representó.

SOLIMÁN.
Son enemigos pequeños
Para que los tema yo.
Más que sueño había de ser.

ESCANDER.
Soberano Emperador,
Pronósticos pueden ser
De algún peligro mayor.
Debes vivir recatado;
Que es valiente el enemigo
Que tienes desafiado.

SOLIMÁN.
¿Valiente? Nadie conmigo.

ESCANDER.
¡Por Alá, que es gran soldado!
Y las sospechas me aumenta
De algún contrario suceso,
Desque se me representa
Cómo te llevaba preso:
Ten con tu salud gran cuenta.

SOLIMÁN.
Parecióme que le vía
Con una espada desnuda
Y con ella me hería.

ESCANDER.
Fué mal agüero.

SOLIMÁN.
No hay duda;
Que hasta aquí no le temía,
Y ya tengo algún temor
Y algún recelo me cuesta.
¿Adónde está mi valor?
¿Qué nueva mudanza es ésta,
Ó qué nuevo deshonor?
¿Yo temo á Carlos de España?
¿Y yo temo á un reyezuelo?
¿Un roble teme á una caña?
Ó me agravia el mismo cielo,

Ó algún hechizo me engaña.
Venga, venga al desafío,
Hagamos entrambos guerra,
Y ensancharé con su tierra
Mi dichoso Señorío.

Sale Abrahín con lanza y adarga (viene del reto) y vanse Zelín y Escander.

ABRAHÍN.

Á la presencia he llegado
Del gran Solimán temido,
Con el mucho andar cansado,
Y con la razón vencido
Del mismo desafiado.

Apéase del caballo.

¡Oh gran Monarca!

SOLIMÁN.

Esperaba
Por momentos tu venida,
Y tu tardanza culpaba.

ABRAHÍN.

Defienda el cielo tu vida,
Que es para una espada brava.

SOLIMÁN.

¿Cuya espada?

ABRAHÍN.

De un cristiano
Apacible, fuerte y grave,
Comedido, cortesano,
Áspero, manso, suave,
Pïadoso, grave y llano.
Gran discreción, gran prudencia,
Gran fama, gran valentía,
Gran hombre, gran excelencia,
Gran valor, gran cortesía,
Gran crédito, gran clemencia,
Gran resolución, gran brío.

SOLIMÁN.

Bien le pintas.

ABRAHÍN.

Aún no pinto
Su natural señorío.

SOLIMÁN.

¿Quién es ése?

ABRAHÍN.

Carlos quinto,
Que ya aceptó el desafío.
Y pluguiera á Alá que entrara
Robando toda tu tierra,
Que tus límites quemara,
Que nos venciera en la guerra,
Que en la paz nos gobernara;
Que quebrara tus mosquetes,
Que prendiera tus vasallos,
Que arrastrara tus bonetes,
Que ganara tus caballos,
Que matara tus jinetes;
Que despedazando entrara,
Que arruinando saliera,
Que á Trapisonda asolara,
Que á Galacia destruyera
Y que nunca le aceptara.

SOLIMÁN.

¡Oh perro! ¿Abatirme quieres
Con tantas desconfianzas?

ABRAHÍN.

No te ofendas ni te alteres;
Que todas sus alabanzas
Son tuyas si le prendieres.
Y no se puede excusar
Entre los dos la batalla:
Vence y procura ganar;
Que sólo falta ganalla
Para hacerte adorar.

SOLIMÁN.

¿En qué has echado de ver
Que mi contrario es tan grave?

ABRAHÍN.

En el blando proceder;
Que quien hablar manso sabe,
Furioso sabe vencer.
Quien blasona, quien vocea,
Quien agravia, quien afrenta,
Quien sus propias obras cuenta,
Habla, pero no pelea.
Quien se humilla hasta la tierra,
Quien al más bajo se iguala,
Es la furia de la guerra,
Y en entrando vencerála,
Y cualquier temor destierra.
Carlos quinto se allanó
Y tanto, que en su semblante
Dió á entender que te temió,
Y es pronóstico bastante
Para que le tema yo.

SOLIMÁN.

¿Por qué no me ha de temer?
¿Por qué no me ha de temblar,
Si es del cielo mi poder,
Si nací para matar,
Si crecí para vencer?
Marche al campo donde espera,
Y nos veremos los dos,
Y muera España, y él muera,
Que el Turco soy.

ABRAHÍN.

Quiera Dios.

SOLIMÁN.

Quiera Dios, y aunque no quiera.

Sale Mahomad con seis niños cautivos.

MAHOMAD.

Aquí está el gran Solimán;
Poneos por tierra postrados.

SOLIMÁN.

¿Quién son?

MAHOMAD.

Del saco alemán

Los envían tus soldados,
Que abrasando pueblos van.
Toda Alemania rindieron
Los quince mil de á caballo
Que á reconocer salieron,
Sin ser parte á remediallo
Cuantos socorros vinieron.

SOLIMÁN.

¿Y el famoso Emperador?

MAHOMAD.

Ninguna gente ha enviado
De industria ni de valor.

SOLIMÁN.

Temor no, que es gran soldado,
Gran espada, gran valor,
Gran discreción, gran prudencia,
Gran fama, gran valentía,
Gran hombre, gran excelencia,
Gran valor, gran cortesía,
Gran crédito, gran clemencia.
Es franco, es grave, es honrado,
Es magno, afable y fiel,
Es temido, es adorado.

MAHOMAD.

¿Quién ha dicho tanto dél?

SOLIMÁN.

Abrahín me lo ha contado.

MAHOMAD.

Grandes cosas se publican
De su valor y bondad,
Pero no las certifican.

ABRAHÍN.

Rey, yo te digo verdad,
Y no los que me replican:
Y á nuestro Mahoma invoco,
Que puede hacerte gran daño.

SOLIMÁN.

Despedázame este loco.

ABRAHÍN.

Pues porque te desengaño
¿Me tienes, señor, en poco?
Yo callaré, si te ofendo.

SOLIMÁN.

Vete á descansar, cobarde,
Que tú naciste temiendo.

ABRAHÍN.

Voyme.

SOLIMÁN.

Vete.

ABRAHÍN.

Dios te guarde,
Y me dé lo que pretendo.

Vase.

SOLIMÁN.

En fin, ¿han hecho gran presa
Los quince mil que envié?

MAHOMAD.

Aun nunca su furia cesa;
Treinta mil almas conté
Cautivas.

SOLIMÁN.

¡Gran suerte es ésa!

MAHOMAD.

Estos rapaces hermosos
Se escogieron para ti.

SOLIMÁN.

Padre hallarán en mí.
Besad el pie.

Bésanle los pies los niños.

MAHOMAD.

Están llorosos.

SOLIMÁN.

Levántense, y preguntadlos
Por su ley; y hagamos paces
Si es buena, y si no, matadlos.

MAHOMAD.

¿Á quién adoráis, rapaces?

TODOS.

Á Cristo.

Dales Mahomad de bofetones.

SOLIMÁN.

Abofeteadlos.
¿Vos lloráis, perros tiranos?
Llamá á vuestro Emperador,
Que os defienda de mis manos,
Pues dicen que es su valor
Para defender cristianos;
Dad voces al quinto Carlos
Y á sus armas, que os amparen.

MAHOMAD.

¿Quién bastará á remediarlos?

SOLIMÁN.

Si todos no renegaren.
Mandaréis apedrearlos.

NIÑO 1.°

Por Cristo pienso morir,
Por Dios he de padecer.

NIÑO 2.°

Á Esteban he de seguir.

NIÑO 3.°

Como Laurencio he de ser.

NIÑO 4.°

Como Paulo he de sufrir.

NIÑO 5.°

Denme el fuego de Lucía.

NIÑO 6.°

La cruz aplico de Acacio.

NIÑO 1.°

El aspa de Andrés es mía.

NIÑO 2.°

Míos los peines de Ignacio.

NIÑO 3.°

Mío el hierro de Matía.

SOLIMÁN.

Cargadlos de hierro á ésos;
Que yo los regalaré

Con semejantes sucesos.

NIÑO 4.°

Aun muertos tendremos fe,
Cuanto más estando presos.

Lleva Mahomad los niños presos, y entra Isidro.

SOLIMÁN.

En éstos pienso vengarme:
Hijos de aquellos leones,
¿Qué, pensáis despedazarme?

ISIDRO.

¡Oh Santo! En parte me pones,
Donde podré acreditarme.
Solo hallo á Solimán:
¿En qué estará entretenido?

SOLIMÁN.

Yo diera al Rey alemán,
Por tres solos que he perdido,
Cuantos cautivos me dan.
Libróse de la prisión
Don Hugo, y aquel soldado
Su hijo, cuya opinión
Me tenía aficionado,
Huyó sin contradicción.
Y aquel rapacillo bello
Que la mano hice cortar,
Ó murió por dicha dello,
Que no me ha vuelto á hablar,
Ni yo he vuelto más á vello.
Sólo me quedó la esquiva,
Libre en su mucha entereza,
Aunque en el traje cautiva,
Cuya beldad y aspereza
No me consiente que viva.
Pero ya no hay que esperar,
Y si más me replicare,
Pienso hacerle degollar.

Llega Isidro á Solimán.

ISIDRO.

Si la espada te faltare,
Yo la mandaré buscar,
Y pondré en el pregón
Tu sentencia, si te agrada;
Que desta breve jornada
Traigo, para esta ocasión,
Sana la mano cortada.
¡Vesla aquí! Se ensoberbece
Contra mi hermana querida,
Y tu sentencia obedece;
Que una gota bien vertida,
Toda la sangre ennoblece.
Dios me la dió; no te asombre
Verme, por milagro, sano;
Y porque alabe su nombre,
Dios me dió la misma mano
Que mandó cortar un hombre.
Y porque un suceso tal
Me honre toda la vida,
Y haga mi honra inmortal,
Aunque me sanó la herida
Me quedó aquí la señal.

SOLIMÁN.

Confieso que fué grandeza;
Pero quiero probar yo,
Por medio de mi firmeza,
Si el que la mano te dió
Te podrá dar la cabeza.

Sale Zelín.

SOLIMÁN.

¡Hola! Zelín, pon de hinojos
Esa alemana centella,
Ponle un pañuelo en los ojos,
Saca el alfanje, y degüella
Su garganta y mis enojos.

Pónese Isidro de rodillas, y Zelín le tapa los ojos y desnuda el alfanje, y alza la mano para darle, y detiénele el Turco.

SOLIMÁN.

Espera un poco.

ZELÍN.

Ya iba
Descargando el golpe fiero.

SOLIMÁN.

Quiero que un momento viva;
Trae, Zelín, que aquí la espero,
Aquella ingrata enemiga.

Va Zelín á llamar á Juliana.

SOLIMÁN.

Hela enviado á llamar
Para que te vea morir,
Pues á mí me ve penar.

ISIDRO.

Mándala presto venir;
Que me canso de esperar,
Y tanto el morir me agrada,
Que un hora que lo difieres
Me das la muerte doblada.

Salen Abrahín, Juliana y Zelín.

JULIANA.

Ya vengo á ver qué me quieres.

ABRAHÍN.

Cristiana, haz como honrada.

SOLIMÁN.

Ea, Zelín, ejecuta
Mi voluntad absoluta,
Que es cortar esa cabeza
Si no amansa la aspereza
Que á libertad se le imputa.
Si agradeces mi afición,
Esa garganta, cristiana,
Merecerá mi perdón.

ISIDRO.

Déjame morir, hermana,
Que es costosa condición;
No te enternezca el amor
Ni el verte de mí querida.
Trátame con gran rigor,
Que no quiero yo la vida
Tan á costa de tu honor.
Morir quiero como honrado;
Ten firme, honesta alemana,
Que tendré yo más cuidado
En verte mala cristiana,
Que verme tú degollado.

JULIANA.

¡Ah honra y gloria albaneza (1),
Y tu linaje alemán!
Perdóname si es braveza;
Que he de darle á Solimán
De mi hermano la cabeza,
Pues con ella honra te dan.
Sufre la píldora amarga
Que con la muerte se bebe;
Que menos disgusto carga
Una muerte honrada y breve
Que una vida infame y larga.
Casada dicen que fuí,
Y pues soy de mi marido,
Aunque no le conocí,
Podré llorarle perdido,
Mas no entregarme por ti.
Muramos en un momento,
Yo por buena, tú por fiel,
Y sírvanos de instrumento,
A ti, la espada de Abel,
Y á mí, el mismo sentimiento.
Ea, sangre de don Hugo,
Que porque veas el valor
Que al cielo darme le plugo,
Á pesar del juez traidor,
Quiero yo ser el verdugo!

Quítale Juliana el alfanje al Turco, y vale á dar á Isidro.

JULIANA.

Recibe el honrado fin
De mi vencedora mano,
Santo Abel; que soy Caín.

SOLIMÁN.

¡Oh pensamiento tirano!
Tenle ese brazo, Abrahín.

ABRAHÍN.

¡Tente, mujer celebrada,
Que en el cielo quedas puesta!

SOLIMÁN.

¿Eres tigre?

JULIANA.

Soy honrada,
Soy cristiana, y soy honesta,
De noble casta, y casada.

Desvendan á Isidro.

SOLIMÁN.

Quede libre, desatadle,
Y el valor de esa mujer
Escribidle y celebradle.
Nunca te puedo vencer,
Cánsome contigo en balde.
¿Qué dices desta extrañeza?

ABRAHÍN.

Sedientos son del honor.

SOLIMÁN.

No crió Naturaleza
En hombre mayor valor,
Ni en mujer mayor firmeza.
El perderte me lastima,
Pero tu mucha bondad
Á no ofenderte me anima.

ISIDRO.

¡Oh preciosa honestidad,
Que aun tu enemigo te estima!

SOLIMÁN.

Llevadla, y en una tienda
Guarde apartada su ley
Sin que ninguno la ofenda;
Que el que es honrado, ése es rey,
Y honra es bien que el Rey aprenda.
Y yo libertad te diera,
Si no por cierto temor.

ISIDRO.

Pues venciste, persevera.

SOLIMÁN.

¡Oh verdadero valor!

ABRAHÍN.

¡Oh nobleza verdadera!

Vanse todos y queda Abrahín, y prosigue.

Cautivo quedo de ver
La verdad deste mozuelo
Y el celo desta mujer;
Que tal bondad y tal celo
Divinos deben de ser.
Y de suerte me ha prendado
Aquesta albanesa bella,
Que aunque la venzo en estado,
Me desposara con ella
Si no fuera desposado.
Mas, con todo, he de probar,
Que volviéndome á la fe,
Quizá la podré obligar.
¡Oh mujer, perdóname,
Que hoy te comienzo á amar!
Deja la crueldad aparte;
Que aunque vivo como moro,
Tengo en Cristo alguna parte,
Y ¡vive Dios, que te adoro
Con resolución de honrarte!

---

(1) *Sic*, por «albanesa».

Aquellos nobles recelos
Que Solimán me causaba,
Favorezcan hoy los cielos;
Que algo me pronosticaba
Aquel morirme de celos.

Toquen dentro una caja.

Caja tocan á consejo;
Allá voy de cumplimiento.
Justo y noble pensamiento,
En tus santas manos dejo
Este negocio que intento.

JORNADA TERCERA.

Salen los niños cautivos quejándose, cada uno por su parte.

NIÑO 1.°
Hambre, vendiéndome vas.
NIÑO 2.°
¡Oh sed que abrasa mi pecho!
NIÑO 3.°
¡Oh crueldad, basta lo hecho!
NIÑO 4.°
¡Oh persecución, no más!
NIÑO 5.°
¡Oh furia de un turco airado!
¿Hasta cuándo has de crecer?
NIÑO 6.°
¡Oh perpetuo padecer,
Infierno disimulado!
NIÑO 1.°
¡Oh cristiandad maltratada!
NIÑO 2.°
¡Oh noble sangre vertida!
NIÑO 3.°
¡Oh triste y penosa vida!
NIÑO 4.°
¡Oh muerte nunca acabada!
NIÑO 5.°
Cristianos, no os amedrenten
Las pesadumbres que os dan;
Que aunque ellas creciendo van,
Cuanto más os atormenten,
Tanto menos durarán.
Quedó vencido el tirano
Y victoriosa la Fe.
NIÑO 6.°
Como bueno sufriré.
NIÑO 1.°
Sufriré como cristiano.
NIÑO 2.°
Como fuerte sufriré.
NIÑO 3.°
Resistiré como honrado.
NIÑO 4.°
Resistiré como fiel.
NIÑO 5.°
Pelearé como soldado.
NIÑO 6.°
En mí hallaréis otro Abel.
NIÑO 1.°
En mí á Isaac crucificado.
NIÑO 2.°
¡Viva la Iglesia, á pesar
Desta canalla perdida!
NIÑO 3.°
¿Osaréis apellidar
Á Cristo?
TODOS.
Sí. ¡Cristo viva,
Aunque nos manden matar!
NIÑO 4.°
Aquí tengo la garganta
Para entregarla al tormento.
NIÑO 5.°
Niños, ¡viva la Fe santa!
NIÑO 6.°
Cristo es Dios.

Sale Abrahín.

ABRAHÍN.
¿Qué atrevimiento
Este alboroto levanta?
El Turco os manda azotar.
NIÑO 1.°
Ofenda, azote, atormente.
¡Viva Cristo á su pesar!
TODOS.
¡Viva!
ABRAHÍN.
Niñez inocente,
No os vengo yo á maltratar,
Sino á regalaros vengo.
NIÑO 2.°
¿Qué bien nos puede él hacer?
ABRAHÍN.
Algún regalo os prevengo;
Quiero daros de comer
Por la voluntad que os tengo.
NIÑO 3.°
¿En turco tanta piedad?
ABRAHÍN.
Soy de los turcos piadosos.
¡Hola! Esos panes sacad:
Sentaos, niños virtuosos,
Y vuestra hambre aplacad.

Sale un paje con una canastilla de pan y hácelo pedazos, y dalo á los niños.

NIÑO 1.°
¿De un turco tomamos pan?

ABRAHÍN.

Comed, no os canséis en vano;
Que las manos que os lo dan,
Manos fueron de cristiano,
Y de cristiano serán.
Comed, nobles corazones,
Que veis aquí os doy partidas
Vuestras pequeñas raciones;
Comed, sustentad las vidas
Para tantas sinrazones.

Repárteles el pan, y sale Juliana.

JULIANA.

Las tristes voces de aquellos
Que el Turco trata tan mal,
Me traen de mi tienda á vellos.
¡Abrahín aquí! ¿Quién vió tal?
Pan les da sentado entre ellos.
Siempre este hombre ha descubierto
Una nobleza cristiana
Y un buen término encubierto.

ABRAHÍN.

Los que ves son, Juliana,
Granos de trigo encubierto,
Para cogerlos después
Convertidos en tesoro.

JULIANA.

¿Dónde?

ABRAHÍN.

En el cielo.

JULIANA.

¿No ves
Que no le pisan pies moros?

ABRAHÍN.

Pisarle he con otros pies.

JULIANA.

No te entiendo, aunque agradezco
El trato destos rapaces.

ABRAHÍN.

Aun servirlos no merezco.

JULIANA.

Tengo en mucho lo que haces.

ABRAHÍN.

Y ten en más lo que ofrezco.

JULIANA.

¿Qué ofreces?

ABRAHÍN.

Yo lo diré:
La vida, el alma, la fe.

JULIANA.

Esa es mucha liviandad.

ABRAHÍN.

¿Mucha liviandad? ¿Por qué?
¿Por tu mucha honestidad?
Porque es tal el amor mío,
Que no son tus ojos bellos
Los que vencen mi albedrío;
No tus dorados cabellos,
No tus cejas ni tu brío;
No tu boca, no tu frente,
No tus mejillas hermosas,
No tu sol resplandeciente,
No tus labios ni tus rosas,
No tu discreción prudente;
No tu divina beldad,
No tu pico soberano,
No tu afable gravedad,
No tu delicada mano.

JULIANA.

Sino ¿qué?

ABRAHÍN.

Tu honestidad.
Sólo por ella me muevo
Á entregarte el corazón,
Que aunque á desecharlo pruebo,
Paréceme que te debo
Justamente esta afición.

JULIANA.

¿Por qué?

ABRAHÍN.

No sé qué hallo en ti
Que justifica mi amor;
Algún milagro hay aquí.

JULIANA.

Siempre he guardado mi honor,
Nunca mi honor ofendí.
Si en escuchar liviandades (Aparte.)
Mi honestidad ofendía:
Amor, ¿qué me persüades?
¿Qué mudanza es ésta mía?
¿Qué nuevas diversidades?
Que me parece que ofendo
Este turco en no le amar:
Pensamiento, no os entiendo.

Sale Isidro.

ISIDRO.

¿Qué es esto, hermana?

JULIANA.

Penar.

ISIDRO.

¿Que te está Abrahín diciendo?
¿Con un turco te entretienes?
¿Cómo consienten cristianos
Esta ofensa?

ABRAHÍN.

No condenes,
Isidro, males livianos,
Que pueden parar en bienes.
No soy turco.

ISIDRO.

¿Cómo así?

ABRAHÍN.

La ley cristiana guardé
Y el bautismo recibí.

ISIDRO.

Dime cómo.

ABRAHÍN.

Sí diré;
Escúchame atento.

ISIDRO.

Di.

ABRAHÍN.

De hidalga sangre y nobleza
Nací en Pergamo de Albania;
Cristianos fueron mis padres,
Y mis costumbres cristianas.
Crecí, y criéme en la guerra,
Ejercitando las armas
En aumento de la Iglesia
Y en defensa de la patria.
Desposéme por poderes
Con una dama alemana,
Y para verme con ella
Salí de mi patria y casa.
Quiso Dios que en el camino,
Y quísolo mi desgracia,
Dos corsarios me prendieron
En la mar, cuando pasaba.
Lleváronme á Solimán,
Que, aunque mozo, ya reinaba:
Aficionóse á mis obras
Con voluntad declarada.
Y con persuasiones suyas
(¡Ay, Dios! ¿cómo no me acabas?)
Tomé la ley de Mahoma,
Olvidando la cristiana.
Aprendí su trato y lengua,
Y tañéndole una harpa,
La voluntad del Gran Turco
Gané con lisonjas vanas.
Era en todo muy agudo,
Y juntamente mostraba
Fidelidad en las obras,
Y donaire en las palabras.
Hízome Bajá en la guerra,
Y en esta empresa pasada
Que ganó el Turco en Hungría,
Fuí General de la Armada.
Tomó á Belgrado mi industria,
Y para justificarla,
Trájome agora á Viena
Con mayores esperanzas;
Donde, prendiendo á tu padre,
Se aficionó de tu hermana
El gran Solimán mi dueño,
Y comenzó á granjearla.
Y con celos que de él tuve,
Apartarle procuraba
Del pensamiento amoroso,
Empleándole en las armas.
Envióme al desafío
Á Carlos V de España,
Cuya presencia dichosa
Me dió mil vueltas al alma.
Reducirme determino
Á la vivienda pasada,
Y confesando mi culpa,
Volverme á la fe cristiana.
Y con este pensamiento,
Aficionéme á tu hermana,
Para casarme con ella,
Que no para deshonrarla.
Y hago juramento á Cristo
Y á su encarnación sagrada,
Á su bautismo, á su muerte,
Á su vida, á sus palabras,
Que es la verdad lo que digo:
Y porque certificada
Quedes de mi pensamiento,
Recibe este anillo en arras,
Prenda de mi muerta esposa,
No conocida, y llorada.

Dale Abrahín un anillo á Juliana, y lo mira mucho.

JULIANA.

Este anillo es conocido;
Aquesta sortija fué
La que á mi esposo envié:
Isidro, éste es mi marido.

ISIDRO.

¿Tienes, por dicha, guardado
De tu esposa algún papel?

ABRAHÍN.

Éste.

Dale un papel, y mírale Juliana.

JULIANA.

Mi letra es ésta, y él
De mi mano está firmado.

ISIDRO.

Éste es tu marido, hermana.

ABRAHÍN.

¡Oh mi bien! Tu abrazo espero.

ISIDRO.

Eso no, Abrahín: primero
Os volvé á la fe cristiana.

ABRAHÍN.

Vamos al Emperador,
Confesaré en su presencia
Mi culpa.

ISIDRO.

Pide licencia
Á Solimán tu señor,
Como que vas á otra cosa
Que á su servicio convenga.

JULIANA.

Aquí viene el Turco.

ABRAHÍN.

Venga;
Yo libertaré á mi esposa.

Sale el Gran Turco, y levántanse los niños, que han estado comiendo.

SOLIMÁN.

Después de aquel sueño horrendo,
En que la espada imperial
Vi mi persona ofendiendo,
El temor me tiene tal,

Que yo mismo no me entiendo:
¿Qué hay, Abrahín, con cristianos?

ABRAHÍN.

Reprehendo estos villanos,
Que despreciándote están.

SOLIMÁN.

No estoy seguro en tus manos,
Que, en efecto, les das pan;
Pero ¿qué dicen, reniegan?

NIÑO 3.º

¿Renegar? Morir queremos.

ABRAHÍN.

Llorando por Cristo ciegan.

NIÑO 4.º

Cien mil muertes sufriremos
Si á darla tus fuerzas llegan.

SOLIMÁN.

Poco tardaré en verter
Vuestra sangre fementida,
Si no me queréis creer.

Sale Mahomad sangriento el rostro.

MAHOMAD.

Gran Turco, guarda tu vida,
Y apercibe tu poder:
Mahomad soy, el caudillo
De los quince mil caballos.

SOLIMÁN.

Mucho me espanto de oillo.

MAHOMAD.

Carlos quinto á tus vasallos
Los va pasando á cuchillo,
Y á mí me dejó con vida
Don Hugo, tu prisionero,
Cuya fuerza esclarecida,
Como fuerte caballero,
Vengó su patria querida.
Con solos mil nos vencieron,
Y no fueron veinte dellos
Los que en la guerra murieron.

SOLIMÁN.

Colgalde por los cabellos.

MAHOMAD.

Mis culpas lo merecieron;
Y aunque este premio recibo,
Como á mi señor te advierto,
De parte de aquel cautivo,
Que si no quieres ser muerto,
Vuelvas las espaldas vivo.
Mira que el Emperador;
Que tienes desafiado,
Es perpetuo vencedor;
Su brazo, de gran soldado,
Y de gran Rey su valor.

SOLIMÁN.

Yo te agradezco el consejo:
Colgalde de un roble luego.

ABRAHÍN.

No hay réplica.

JULIANA.

¡Pobre viejo!

SOLIMÁN.

Voyme, español rayo y fuego,
Y victorioso te dejo.
Ya os dejo, campos amenos,
De España me voy temblando;
Que estos hombres, de ira llenos,
Son como rayos sin truenos,
Que despedazan callando.
No quiero esperar la espada
Que despedazarme espera;
Que aunque ella ser mansa quiera,
El que la temió soñada,
La temerá verdadera.
Huyendo me voy; soldados,
Suenen esos atambores
Roncos y desconcertados,
Y vuélvanse amedrentados,
Pues no vuelven vencedores.
Arrastrando las banderas
Marche el campo hacia Belgrado.

ABRAHÍN.

Si mis consejos creyeras,
No llegaras á este estado
Ni esta huida hicieras.

SOLIMÁN.

Lleva esa cruel cautiva
Á Constantinopla, adonde
Quiero que penando viva.

ISIDRO.

Á quien eres corresponde;
Que tu esposa llevas viva.
Vete al gran Carlos con ella,
Que te será buen amigo.

ABRAHÍN.

Gracias á mi buena estrella,
Quiero llevarte conmigo.

ISIDRO.

Procura salvarla á ella;
Que yo quedo á ennoblecer
El buen crédito cristiano.

SOLIMÁN.

¿No llevas esa mujer?

ABRAHÍN.

¿Irá con ella su hermano?

SOLIMÁN.

No, que le he yo menester.
Vete presto.

ABRAHÍN.

Mucho siento
Dejarte en esta prisión.

ISIDRO.

Pues yo quedo muy contento.

ABRAHÍN.

¡Oh gloria de tu nación!

JULIANA.

¡Oh causa de mi tormento!

Vanse Juliana y Abrahín, y tocan cajas.

ISIDRO.

Los turcos se van marchando,

Libre queda nuestra tierra.

SOLIMÁN.

Estaréisme murmurando,
De ver que temo la guerra
Y que vence vuestro bando;
Mas por mi legislador,
Cuya injusticia me aira
Y causa este deshonor,
Que ya que mi miedo admira,
Ha de admirar mi rigor.
Vosotros seréis la presa
En que se vengue mi afrenta.

NIÑO 2.°

Cumple tu rabia, si es ésa.

NIÑO 3.°

Por mi parte, no me pesa.

NIÑO 4.°

Yo consiento tu castigo.

NIÑO 5.°

Tu cruel sentencia apruebo.

NIÑO 6.°

Yo á cualquier pena me obligo.

NIÑO 1.°

Inventa un tormento nuevo
Y ejecútalo conmigo.

Salen Zelín y Escander, capitanes.

ESCANDER.

¿Cómo es esto? ¿Quién ordena
Que el ejército se parta
Sin victoria de Viena?

ZELÍN.

¿Quién de la guerra te aparta?
¿Quién tu buen celo condena?
¿Tu flojedad cómo es tanta
Que huyes infamemente?

SOLIMÁN.

Camine apriesa la gente;
Que el hombre que á mí me espanta,
No hay rey á quien no amedrente.
El Emperador de España
Me hace que el campo lleve.

ESCANDER.

¡Grande mengua, infamia extraña!

ZELÍN.

Algún villano te engaña,
Ó algún cobarde te mueve.
¿Tú temes? ¿Tú te amedrentas?
¿Tú huyes acobardado?
¡Vive el cielo, que me afrentas!

ESCANDER.

¿No es Carlos quinto un soldado?
¿Por qué su crédito aumentas?

SOLIMÁN.

¡Oh perros! Disimulados
Encubrís con mi temor
Los vuestros acobardados,
Pues temo al Emperador.

ZELÍN.

¿Qué son siete mil soldados?

SOLIMÁN.

¿Qué? Son siete mil millones,
Que es su próspera fortuna
Espanto de mil naciones.

ISIDRO.

¡Oh gran Carlos quinto! Hoy pones
Tu fama sobre la luna.

SOLIMÁN.

¡Oh perros! ¿En mi presencia?
Poned aquesos villanos
Donde paguen su insolencia.

ISIDRO.

Hidalgos, si sois cristianos,
Alto; á morir con paciencia.

NIÑO 1.°

¡Viva Cristo!

TODOS.

¡Cristo viva!

SOLIMÁN.

En cruces altas poné
Esa canalla cautiva;
Mi cólera vengativa
En ellos quebrantaré.
Venga el Monarca español
Y halle martirizados
Sus alemanes amados.

ISIDRO.

Hoy se ha de parar el sol
Á veros martirizados.

SOLIMÁN.

Á los soldados más bravos
De mi campo los entrega.

ISIDRO.

¡Oh venturosos esclavos,
Pues Dios á tal tiempo os llega,
Que experimentéis sus clavos!

Llevan los niños é Isidro.

ESCANDER.

Ya parte el campo, corrido
De ver tu resolución.

SOLIMÁN.

Camínese sin rüido,
Cese el belicoso són;
Que voy huyendo y vencido.

Tocan cajas y trompetas.

¿Cómo tocan? ¿No he mandado
Que se marche sin rumor?
¿De qué os habéis alterado?

ESCANDER.

No es turco aquel atambor,
Que está á lo español templado.

Dice Mahomad dentro:

MAHOMAD.

Trompetas suenan de España;
Turcos, la caballería

Española está en campaña,
Y llega la infantería
Vertiendo cólera extraña.

ZELÍN.

¡Que llega el Emperador!
¡Huyamos, gran Solimán!

SOLIMÁN.

¿Dirás que eso no es temor?

ZELÍN.

Cuando tiembla el capitán,
Luego teme el inferior.

SOLIMÁN.

Pues ¿para qué braveabas,
Turco infame y fementido,
Y al són de las trompas bravas
Brotas el miedo escondido
Que disimulando estabas?
Yo no temo su atambor,
Ni sus trompetas me alteran,
Ni me pusieran temor
Cien mil y más que vinieran,
Sino aqueste Emperador.
¡Ea, cobardes! Caminemos;
Que permito que os salvéis,
Porque todos nos salvemos.
¡Oh españoles, hoy vencéis!
Las espaldas os volvemos.
Pero aunque el suelo alemán
De vosotros se cubriera,
De Colibre á Perpiñán,
¡Vive Alá, que no os temiera
Si os faltara el capitán!
Llegad, hallaréis desierto
Todo este valle famoso,
De turcos y armas cubierto;
Hoy me rindo temeroso,
Porque no me hallen muerto.

Dicen dentro Isidro y el niño 1.°:

ISIDRO.

Jesús, ayudadme vos.

NIÑO 1.°

¡Oh crueles, vengativos!

SOLIMÁN.

Aquéllos son los cautivos,
Que están llamando á su Dios.
Llegá, españoles, llegá
Por los sangrientos despojos
Que mi cruel campo os da.

ESCANDER.

Levanta á España los ojos,
Que acercándosenos va;
Oye sus voces ya bajas;
Quede ufano el vencedor,
Aunque no siento ventajas.

SOLIMÁN.

¡Suéltame, infame temor,
Que casi el paso me atajas!
¡Oh España! Con tu braveza
Tanto mis sentidos ciegas,
Que volveré sin pereza,
Imaginando que llegas,
Cien mil veces la cabeza.
Ea, dejad la campaña,
Y seguidme infamemente.

ESCANDER.

Grande infamia se consiente;
Para todos mengua extraña
Que vaya huyendo la gente.

Dicen dentro: «¡Carlos V, España!», y vase el Turco huyendo, y dicen dentro: «¡Á ellos, victoria!», y sale el Emperador con espada corta.

MARQUÉS.

El Turco y su campo huyen,
Que van temiendo la muerte;
Grande cobardía arguyen.

EMPERADOR.

¡Vive Dios, que huye la gente,
Y mi campo la destruye!
Ea, Emperador del mundo,
Y Rey de todos los reyes,
Vuelve, vuelve á la batalla,
Soberbio Rey, ¿qué te ofende?
Mucho es tener tanto miedo
Quien tantos títulos tiene.
¿Cómo huyes si eres noble?
¿Cómo eres noble si mientes?
¿Cómo mientes si eres bravo?
Si eres bravo, ¿cómo temes?
Espera, señor del mundo;
Que un pobre Rey, que no tiene
Sino su espada y sus armas,
Te queda esperando; vuelve.
Yo soy tu desafiado;
Si eres tú el que se promete
Bañar en mi honrada sangre,
Sólo falta que me esperes:
Una sola cota traigo
Y una espada de tres jemes.
Si quieres probar la tuya,
No huyas, espera aleve.
¡Aquí de Dios! ¡Que haya un hombre,
Que, rodeado de gente,
Cuerpo á cuerpo me amenaza
Y las espaldas me vuelve!
¡Ah bárbaro! ¡Vive el cielo,
Que he de ver, aunque te alejes,
Si son tu decir y hacer
Conformes ó diferentes!

Salen el rey D. Fernando y el Marqués del Basto, Antonio de Leiva y Juan Bautista, cada uno con una corona en las manos.

REY.

Estas honradas coronas
Á tus imperiales sienes,
Tu ejército victorioso
Presentan, rinden y ofrecen.
Solimán huye vencido,
¿Qué mayor victoria quieres?

¿Qué mayor gloria procuras?
¿Qué triunfo mayor pretendes?
Tomó Cipion á Cartago,
Pero los cartagineses
Vertiéronle mucha sangre,
Matáronle mucha gente.
Pero tú, gran Carlos quinto,
Sin gota de sangre vences,
Sin acometer espantas,
¿Qué será cuando acometes?
En cuya correspondencia,
Los vencedores laureles,
Como á vencedor sin sangre,
Esta corona te ofrecen.

Dale una corona de laurel, y dice el Marqués:

MARQUÉS.

Venció Alejandro á los Citas,
Domó los muros rebeldes,
Los bárbaros Caramanes.
Los rústicos Escoceses.
Pero venció siempre armado,
Y ellos desarmados siempre,
Sin capitán que los rija
Y sin rey que los gobierne.
Pero tú has vencido á un hombre,
Al Turco grave y prudente,
Tan gran capitán, que el mundo
Le da asiento entre los nueve.
Y en premio desta victoria,
Gran Carlos, te pertenece
Esta corona de oro,
Como Rey que vence reyes.

Dale una corona de oro, y dice Leiva:

LEIVA.

Sujetó Mario á Sagunto,
Pero primero que viese
En su poder los vencidos,
Halló la ciudad sin gente.
Y el que le entregó las llaves
Se arrojó luego de un fuerte,
Porque no llevase á Roma
Quien su triunfo ennobleciese.
Tú venciste á Italia, á Flandes,
Á Sicilia, á Europa, á Gelves;
Domaste los alemanes,
Espantaste los franceses
Y otras provincias famosas,
Donde tus banderas tienen
Ganadas las voluntades,
No, cual Mario, las paredes.
Y así, te rinden, gran Carlos,
Mis manos, leales siempre,
Corona de plata fina,
Como á quien provincias vence.

Dale una corona de plata, y dice Juan Bautista:

BAUTISTA.

Entró Setual el Godo,
De quien eres descendiente,
Desde Nápoles á Roma
Y desde Tántalo á Güelmes.
Allí derribando muros,
Acullá batiendo fuertes,
Postrando en tierra ciudades,
Vertiendo sangre inocente.
Y después á sus soldados
Hízoles dar crudas muertes,
Por no partir entre ellos
Aquellos robados bienes.
Tú triunfas, vences y ganas,
Y cuanto ganas y vences
Repartes á tus soldados,
Y entregas á tus jinetes.
Al enemigo castigas,
Pero al amigo defiendes;
Ajenos reinos despojas,
Y los tuyos enriqueces.
Y así, te ofrezco corona
De hojas de yedra verdes,
Como á muro de la Iglesia
Y defensor de su gente.

Dale una corona de yedra, y todos se las van dando de rodillas.

EMPERADOR.

Levantaos, amigos míos,
Instrumentos de mis leyes,
Y poned en vuestras armas
Encinas, robles, laureles,
Que tan honradas coronas
Á tales hechos se deben;
Y sedme todos testigos
(Que seréis testigos fieles)
De cómo, desafiado,
Busco al Turco y no parece.
En los muros de Viena,
Sus campos y vegas verdes,
Sus árboles y sus ríos
Saben que huye y me teme.

Sale un soldado.

SOLDADO.

Fuerte Braquio, victorioso
De los siete mil caballos,
Se ofrece entre sus vasallos,
Como capitán famoso.
Viene á besarte los pies
Y á darte de su victoria
La relación más notoria.

Salen algunos soldados arrastrando banderas, y Fuerte Braquio, y D. Hugo, Juliana y Abrahín, híncanse de rodillas y levántalos el Emperador.

EMPERADOR.

Bien ha mostrado quién es.
¡Oh, victorioso alemán,
Mucho me huelgo de veros!

En efecto, caballeros,
Llevasteis buen capitán.

BRAQUIO.

Estas banderas que arrastro
Son las que al Moro quité.

EMPERADOR.

Por armas os las daré
Con seis Castros, pues sois Castro.
Y ese turco valeroso,
¿Es cautivo?

BRAQUIO.

No, señor;
Este es el Gobernador
Del ejército famoso
Del Turco, y su General.

EMPERADOR.

Pues ¿qué quiere?

BRAQUIO.

Es mi cuñado;
Con mi hermana está casado.

EMPERADOR.

¿Cómo?

BRAQUIO.

Majestad Real,
Es cristiano y noble.

EMPERADOR.

Basta.

BRAQUIO.

Viniendo, topé con él,
Que venía, como fiel
Y como uno de mi casta,
Á besarte el pie; y sabrás
Su historia más largamente.

EMPERADOR.

Él quiero que me la cuente.

ABRAHÍN.

En tu aposento lo oirás.

EMPERADOR.

Entretanto que la sé,
Os hago de mi Consejo.

ABRAHÍN.

¡Oh gran Carlos quinto, espejo
De la nobleza y la fe!

EMPERADOR.

¿Cómo, don Hugo, enlutado,
Y habéis ganado tal yerno?

DON HUGO.

Soy padre, y padre más tierno,
Á lo que es más obligado.
Llévame el Turco cautivo
Un hijo obediente y fiel,
Y lloro porque fué aquel
Por quien después de Dios vivo.
Hijo, si el Turco os llevó,
Haced como buen cristiano,
Y no deshonréis la mano
Que preso me alimentó.

Dice dentro Isidro:

ISIDRO.

No lloréis, don Hugo honrado;
Que el Turco me dejó aquí
Libre y muy bien empleado.

DON HUGO.

¿Quién me habla?

Descúbrense detrás de una cortina los niños empalados é Isidro en una cruz.

ISIDRO.

Isidro fuí:
Veisme aquí crucificado.
En éstos vengó su ira
Aquel gran perseguidor
De Cristo.

EMPERADOR.

¡Tal caso admira!

ISIDRO.

Veis aquí muerto el valor
Que el cielo respeta y mira.
Todos han muerto, y espero
Sólo á verte.

EMPERADOR.

¡Oh cielo abierto!
¡Oh mi Acacio verdadero!

DON HUGO.

¡Mi hijo! Qué, ¿os hallo muerto?

ISIDRO.

No, padre, pero ya muero.

DON HUGO.

¿Qué cuenta me habéis de dar
De una mano, si algún día
Me pude en ella entregar?
¿Cómo, hijo, si era mía,
Me la dejasteis llevar?

ISIDRO.

Ya allí, padre, entre los dos
Fué la obligación cumplida;
Mi mano cumplió con vos,
Y á vos os sirvió en la vida,
Y en la muerte sirve á Dios.
Cuando la tuve empleada
En buscaros de comer,
No quise emplearla en nada:
Ya no la habéis menester,
Bien está ahora empleada.
De Cristo soy fiel esclavo;
Como su esclavo, me empleo
Donde en su servicio acabo,
Y él, por no ponerme feo,
Me puso en la mano el clavo.
Y fué una invención tan rara,
Tan extraña y prodigiosa,
Que sólo Dios la pensara,
Pues quedó la mano hermosa,
Y más hermosa la cara.
No os cause disgusto en nada,
Padre, ver que me suceda
Una muerte tan honrada;
Que un hijo soldado os queda
Y una hija bien casada.
Adiós, padre; adiós, hermanos;
Adiós, noble Emperador;

Adiós, soldados cristianos;
Patria, adiós: ya voy, Señor,
Recibidme en vuestras manos.

Muere Isidro y corren la cortina.

JULIANA.

Espérame, hermano mío,
Y pues vivo no te abrazo,
Abrazaré el cuerpo frío.

DON HUGO.

El corazón despedazo.

EMPERADOR.

¡Ah don Hugo! ¿Y vuestro brío?
¿Este suceso os da pena?
Pues es éste el bien mayor
Que habéis ganado en Viena.

DON HUGO.

Derrítese con dolor
Una amistad cuando es buena.

EMPERADOR.

¡Ah Solimán! Por Dios juro
Que he de vengar estas muertes:
No pienses que estás seguro;
Huye á tus castillos fuertes;
Haz ya muro y otro muro;
Que tiempo vendrá que España
Castigue el mal que le has hecho
En Viena y su campaña.

REY.

¡Por cierto, bárbaro hecho
Y resolución extraña!

EMPERADOR.

Vos, don Hugo, pues perdisteis
Tal hijo, sufrí el perder:
Por los servicios que hicisteis
Serviréis de Canciller,
Aunque ser más merecisteis;
Y en vuestros hijos suceda
El noble oficio que os doy.

DON HUGO.

Noble obligación me queda.

EMPERADOR.

Á vosotros todos, hoy
No hay premio que daros pueda,
Sino es los brazos de amigo,
Entretanto que se os paga
Lo que habéis hecho conmigo;
Y ahora, un templo se haga
Que quede para testigo
Deste milagro presente,
Adonde haréis enterrar
Los cuerpos honradamente.
Vos, Marqués, haréis pagar
Lo que se debe á mi gente,
Y dadles dos pagas muertas.

MARQUÉS.

Las piedras, con premios tales,
Á tu servicio despiertas.

EMPERADOR.

Toquen cajas y atabales;
Abra Viena las puertas,
Donde descansando un día,
Me pienso á España volver
Con mi noble compañía:
Tendrá parte mi mujer
De aquesta victoria mía.

ABRAHÍN.

Alemania queda llena,
Gran Carlos, de inmortal gloria
Y gozo de paz eterna.

BRAQUIO.

Y ésta es la feliz victoria
Que alcanzó España en Viena (1).

FIN.

---

(1) Falta la rima.



CARLOS V EN FRANCIA

CARLOS V EN FRANCIA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

á Gabriel Díaz,

MAESTRO DE CAPILLA INSIGNE, EN EL REAL MONASTERIO DE LA ENCARNACIÓN

Habiendo oído en una fiesta un villancico en ecos, cuya música vuestra merced compuso con tanto artificio, que la novedad admiró la envidia, y la dulzura suspendió el entendimiento; que no sin causa dijo Homero que Júpiter ministraba á los músicos lo que cantaban, que es lo mismo que decir San Agustín que era dón de Dios, confirmé justamente la opinión que de vuestra merced tenía, digno concepto de su raro ingenio, y la gracia que á los españoles en todo género de música vocal ó instrumental ha dado el cielo, tan propia en ellos como mal imitada de otras naciones. A la voz, que era el alma de la letra, en lo alto de un claustro repetía los últimos acentos otra tan parecida y suave, que á la mayor atención se le ocultara la diferencia, y asi mismo á las demás, que juntas formaban la responsión, con otras tantas tan iguales, como si impelido el aire en algún valle cerrado ó lugar cóncavo, por no dejarle resolver, resultara quebrándose. Así describen el eco Aristóteles, Temistio y Plinio.

Bien pudiera dar á vuestra merced mayores alabanzas por la celestial música que compuso en las honras de la Reina nuestra señora, celebradas en la Encarnación, de cuya insigne Capilla es vuestra merced Maestro; pues fué tan admirable y única, que la pudieran envidiar Guido, Andrea y Franquino; pero en la primera que digo hallé para mí más causa, por estar dividida en són, número y palabras, ligadas á armonía rítmica ó métrica, definición que hizo Platón de la música artificial en el tercero de su República; *que San Agustín no excluye los poetas, antes los admite por músicos en este género, y porque en aquellos ecos descubrió con más dulzura la fertilidad del arte, y en la novedad é invención, la grandeza de su ingenio; pues pudo entonces pro-*

barse con demostracion matemática, aquel sonido armónico del cielo, que dicen que oyó Pitágoras, y que nosotros no oímos por la continuación desde que nacemos, ó por el daño que hiciera á los oídos, como quieren Boecio y Plinio; pues excediendo el sentido, le puede destruir, como el sol la vista. Esta afición me ha obligado á pagar á vuestra merced, con la memoria de la dirección de esta comedia, el gusto de aquel día, si bien tan desigual en todo, muestra de mi inclinación y ánimo: vuestra merced la reciba con el que le merece mi deseo; y pues los poetas llaman cantar al escribir, óigame á mí estos versos:

Gabriel, tu música humana
Así imita á la divina,
Que el alma en éxtasi inclina
Á la inmortal soberana:
Toda la demás es llana,
Que en los ecos de aquel día
Mostró bien la melodía
Con que á todos te adelantan,
Que son ecos cuantos cantan
De tu divina armonía.

Dios guarde á vuestra merced.

Su Capellán,
Lope Félix de Vega Carpio.

CARLOS V EN FRANCIA

FIGURAS DE LA COMEDIA

El Emperador.
El Rey de Francia.
El Duque de Alba.
El Duque del Infantado.
Don Juan de Mendoza.
El Marqués del Basto.
Pacheco, *soldado.*
Serna.
Dos soldados españoles.
Garcilaso.
Un embajador.
Dos soldados franceses.
Monsieur de Memoranse.
Un capitán francés.
Un capitán español.
Un alguacil.
El Alcalde Ronquillo.
Leonor, *dama.*
La Reina.
Camila, *criada.*
Fernandillo, *dama en hábito de hombre toda la comedia.*
El Papa.
Bizanzón, *tudesco.*
Andrea Doria.

ACTO PRIMERO

Sale Pacheco, retirándose de un capitán francés y de dos soldados.

PACHECO.
¡Fuera digo!
CAPITÁN.
¡Date preso!
PACHECO.
¿Preso un español, villanos?
CAPITÁN.
Da las manos.
PACHECO.
¿Yo las manos?
Noble soy, honor profeso.
CAPITÁN.
Mira que soy capitán.
PACHECO.
¿Qué importa, si eres francés,
Y yo español?
CAPITÁN.
¿Tú no ves
Que te matarán?
PACHECO.
No harán.
SOLDADO 1.°
Dejadme dalle la muerte
Que tiene tan merecida.
PACHECO.
Yo sabré vender mi vida.
SOLDADO 2.°
¡Qué temerario!
SOLDADO 1.°
¡Qué fuerte!
SOLDADO 2.°
Hasta el mismo alojamiento
De nuestro Rey se retira.
CAPITÁN.
No le matéis, que ya mira
Nuestro Rey su atrevimiento.

Salen el Rey de Francia y monsieur de Memoranse, y gente de soldados: el Rey con bastón.

MONSIEUR.
¡Plaza, desviaos! ¿Qué es esto?
Su Majestad viene aquí.
PACHECO.
Ríndome, señor, á ti;
Ya estoy á tus plantas puesto.
Mándame cortar el cuello
Y el brazo que te ofendió.
REY.
¿Quién eres?

PACHECO.

¿Yo?

REY.

¿Quién?

PACHECO.

Aun yo,
Señor, no acierto á sabello.
Soy español, y nací
En el reino de Toledo,
Con apellido que puedo
Osar decírtelo á ti.

REY.

¿Mendoza te llamarás?

PACHECO.

Pacheco soy.

REY.

¡Gran nobleza,
Gran valor, gran gentileza!
¿Del Duque deudo serás
De Escalona?

PACHECO.

No, señor.

REY.

Pues ¿hay Pacheco sin él?

PACHECO.

Mi apellido tomé dél,
No de su sangre el valor.

REY.

¿Cómo?

PACHECO.

Dió leche mi madre
Al Duque, que ya lo es;
Criéme con el Marqués
Desde que murió mi padre.
Y todos en Escalona
Pachequillo me llamaban
Siendo niño, y me trataban
Como á su misma persona.
Crecí, y saliendo travieso,
Vine de paje á soldado,
Y aunque pobre, soy honrado.

REY.

¿Por qué le llevaban preso?

CAPITÁN.

Mató dos alabarderos
De tu guarda.

REY.

Pues ¿por qué?

CAPITÁN.

Lo que yo vi, te diré,
Con algunos caballeros
Que todo el suceso vieron.

PACHECO.

¿Yo no te diré lo cierto?

REY.

Pues di, ¿por qué los has muerto?

PACHECO.

Porque no se defendieron.

MONSIEUR.

El español tiene humor.

PACHECO.

Úsase mucho en España,
Y se tiene por hazaña,
Tener humores de honor.
Señor, yo llegué á jugar,
Estrella con que nací,
Porque del juego salí
Y al juego pienso tornar;
Que Escoto, á fe de quien soy,
Me ha dicho que en los dos puntos
Que nací, jugaban juntos
Venus y Marte al rentoy.
En fin, llegué donde había
Guarda de tu real persona,
De Francia digna corona,
Y del mundo monarquía.
Jugué, perdí; dije allí
Luego que me levanté:
«Si á franceses lo gané,
Con franceses lo perdí.»
Díjome cierto soldado:
«Si las paces no se hicieran,
Los españoles perdieran
Lo que de Francia han ganado.»
Repliqué: «El Emperador
Tiene la paz por divisa,
Y sólo ha venido á Nisa
Á confirmalla mejor.
Y pues el Papa las hace
Por bien de la cristiandad,
Gracias á Su Santidad,
De quien la concordia nace;
Que si durara la guerra,
Yo tuviera que jugar
Lo que supiera ganar
Con mi espada en vuestra tierra.»
«Pues, ¿por qué, me replicó,
No nos aguardó el Marqués
Del Basto?» Dije: «Francés,
Si el Marqués se retiró
De Piñarolo, no fué
Porque le falta valor,
Mas porque estaba mejor
En Aste.» Esto sólo hablé;
Cuando, volando en el viento,
Me tocó un mentís la espada,
De cuya ofensa indignada,
Hizo igual atrevimiento.
Vinieron mil sobre mí;
Entre tantos, yo no sé
Á quién herí, á quién maté,
Mas sé que me defendí.

REY.

Soldado, vos sois honrado
Y Pacheco, y así, os doy
La palabra que fuí y soy
Á vuestro nombre inclinado.
Por vos y por el Marqués
De Villena, id norabuena,
Pues el Marqués de Villena
Vuestro dueño decís que es;

Que pues yo he venido á Nisa
Á hacer con el César paz,
Tras el odio pertinaz
Y la dilación remisa,
Todas sus cosas es bien
Que ponga sobre mis ojos;
Ya pasaron los enojos
Y la enemistad también.
Idos libre por soldado
De Carlos y por Pacheco:
Tomad este anillo.

PACHECO.

Hoy trueco
El sér, pues tu sol me ha dado;
Y pues me ha dado tu sol,
Tu soldado vengo á ser.

REY.

Yo debo favorecer
Todo soldado español;
Que he visto el valor que tienen
Con las armas en las manos.

Vanse.

Quede Pacheco, y salen un capitán español y dos soldados.

CAPITÁN.

Hoy que dos reyes cristianos
Á firmar las paces vienen,
Hoy que el Papa los juntó
Aquí en Niza de Provenza,
Un soldado sin vergüenza
Á romper la paz llegó.

SOLDADO 1.°

Á dos franceses ha muerto.

CAPITÁN.

¿Qué dirá el Emperador,
Si de su parte un traidor
Rompe la paz y el concierto?

SOLDADO 2.°

¿Aquél es?

CAPITÁN.

¡Date á prisión!

PACHECO.

Españoles, ¿qué queréis,
Si soy español y veis
Que los maté con razón?

CAPITÁN.

¡Date al capitán, villano!

PACHECO.

No conozco al capitán.
¿Ansí los buenos se dan?

CAPITÁN.

¡Date á prisión!

PACHECO.

¡Meted mano!

CAPITÁN.

¡Matalde!

SOLDADO 1.°

¡Muera el traidor!

CAPITÁN.

¡Que con tal atrevimiento
Hasta el mismo alojamiento
Llegue del Emperador!
¡Matalde!

SOLDADO 2.°

Ya el César sale
Á las voces y el rüido.

Sale el Emperador con un bastón, y el Marqués del Basto y algunos soldados.

EMPERADOR.

¿Qué es esto?

CAPITÁN.

Un hombre atrevido
Con quien ni tu nombre vale,
Ni las espadas que ves:
Es digno de gran castigo,
Que del Francés, ya tu amigo,
Mató dos hombres ó tres.

EMPERADOR.

¿Por qué á la justicia suya
No te entregaste, homicida?

PACHECO.

Por conservar esta vida
Para defender la tuya;
Que en Túnez, en la Goleta,
En Viena y en Turín,
Y cuando emprendiste el fin
De la luterana seta,
Te serví, aunque pobre, sólo
Con mi sangre, que ésta gasto
Por ti: dígalo el del Basto,
En Aste y en Piñarolo.
Verdad es que los maté
Cuando á hacer las paces vienes;
Pero ¿cuál soldado tienes,
Ni cuál español lo fué,
Que sufra un mentís de Francia?

EMPERADOR.

Tienes, soldado, razón;
Pero el quitar la ocasión
Es ahora de importancia.
No excuso el dar á entender
Al de Francia que he sentido
Que español se haya atrevido
A nuestras paces romper.
Llevadle vos, capitán,
Y á la vista del cuartel
De Francia le ahorcad.

PACHECO.

Cruel
Sentencia á Pacheco dan
Tus manos, siempre piadosas.

CAPITÁN.

Ea, caminad, soldado.

PACHECO.

Señor, oye, aunque engañado,
Pues tus armas gloriosas
Para humildes y protervos

Que te enojan y bendicen,
Parcere subiectis, dicen,
Et debellare superbos.
Oye, señor, ansí veas
Tu Filipo, que ocho años
Tiene ahora, rey de extraños
Reinos, en que tú lo seas.
Así crezca y así robe
La fama con su hemisferio,
Que se diga que el imperio
Parte con el mismo Jove.
Así el *Plus ultra* adelante,
Que con este mundo mides;
Así venga á ser Alcides
De donde tú fuiste Atlante:
Y de Felipe produzga
Otro Felipe tan bueno,
Que á todo el mar ponga freno
Y el mundo á sus pies reduzga.
Y deste Felipe venga
Otro y tantos, que no acabe
El tiempo nombre tan grave
Ni el mundo otro dueño tenga.

EMPERADOR.

¿Qué quieres?

PACHECO.

Cuando emprendieron
Los franceses darme muerte,
Me llevaron desta suerte,
Porque de otra no pudieron,
Hasta el mismo alojamiento
Del Rey; salió y supo el caso,
Y por ti detuvo el paso
Su enojo á mi atrevimiento.
Si estimando tu persona
Me perdonó, ¿será hazaña
Que castigue el Rey de España
Lo que el de Francia perdona?

EMPERADOR.

Él pudo como agraviado;
Yo no, porque le respeto.

PACHECO.

Pues dame aquese decreto
Sólo en un papel firmado,
Porque al de Francia lo lleve,
Y luego me ahorcarán,
Ó dígale el capitán
Lo que á matarme te mueve.

EMPERADOR.

¡Notable español, Marqués!

MARQUÉS.

El valor y las razones
Merecen que le perdones,
Y porque Pacheco es
Un soldado muy honrado
Y le he visto pelear.

EMPERADOR.

Deso y del modo de hablar
Le estoy algo aficionado.
¿Qué oficio podrá tener
Acerca de mi persona?

MARQUÉS.

La buena suya le abona;
Tu lacayo puede ser.

EMPERADOR.

Ya, Pacheco, estáis acá,
Yo os llevo en amparo mío.

PACHECO.

Dadme esos pies.

EMPERADOR.

Ese brío
Muy gran contento me da.

PACHECO.

Dame esos pies, ¡oh segundo
César! porque dellos sé
Que con sólo un puntapie
Podrán derribar el mundo.
Soy vuestro lacayo, y soy,
En ser del César lacayo,
De vuestro sol algún rayo,
Pues cerca de vos estoy.
Y rayo vuestro, ¡por Dios
Que ha de ser!.....

EMPERADOR.

Vente conmigo.

PACHECO.

Vida en muerte, honra en castigo,
Sólo pudo hallarse en vos.

Vanse.

Salen Garcilaso y D. Juan de Mendoza.

GARCILASO.

En fin, ¿llegáis agora?

DON JUAN.

Y con disgusto
Del camino de Flandes, ya por largo,
Ya por haberle hecho sin mi gusto.

GARCILASO.

¿De qué os quejáis? Pues ¿es honroso el cargo?

DON JUAN.

No pensé hallar á Carlos quinto augusto
Aquí en Provenza.

GARCILASO.

Ya se ha puesto embargo
Á la guerra de Francia.

DON JUAN.

¿De qué modo?

GARCILASO.

Su Santidad puso remedio en todo.
Después que Carlos, por no haber cumplido
Francisco la palabra en Madrid puesta,
Por Paulo tercio en Roma recibido
Con tantos arcos, regocijo y fiesta,
Hizo aquella oración, que al mundo ha sido
Por sus graves palabras manifiesta,
Su campo los nevados Alpes pasa,
Por darle guerra hasta en su misma casa.
Nunca Su Majestad mayor la tuvo:
Catorce mil los españoles eran,
Y doce mil italianos hubo,
Que las montañas deshacer pudieran;

Por general el Duque de Alba estuvo,
Para que con el alba amanecieran
En Francia, á darle tan pesado el día,
Como Carlos la noche de Pavía.
  También llevaba cinco mil caballos
Entre los hombres de armas y ligeros,
Don Fernando Gonzaga, que á mirallos
Paraba el sol los suyos lisonjeros:
Pudo muy bien el César sustentallos,
Aunque por montes ásperos y fieros,
Porque por la ribera que el mar lava,
Andrea Doria el campo sustentaba.
  No quiero referirte las empresas
De Carlos contra Francia, pues no basto;
El valor, las hazañas y las presas
Del Duque de Alba y del Marqués del Basto,
Ni las de Francia en la memoria impresas;
Que en vano el tiempo y las palabras gasto,
Pues tuvieron mil veces á Saboya
Como los griegos la abrasada Troya.
  Ansí creció la guerra, que hasta el cielo
Mostró con mil sangrientos arreboles
La discordia fatal del francés suelo,
La enemistad y furia de españoles.
Viéronse por París, en alto vuelo,
Á los lados del sol otros dos soles,
Que el uno echaba sangre, el otro fuego,
Prodigio que en el mundo se vió luego.
  Mas viendo el Papa el gran rigor que había
Entre aquestos dos príncipes cristianos,
Y que por su rigor Italia ardía
Barbarroja con turcos y africanos,
Trató la paz, y es hoy, don Juan, el día,
Si lo quieren los cielos soberanos,
Que se han de ver el rey Francisco y Carlos,
Porque Su Santidad viene á juntarlos.
  En fin, le obedecieron, y han venido
Á Niza de Provenza.

DON JUAN.

Y ¿ha llegado
Su Santidad?

GARCILASO.

Con gran riqueza ha sido
De Carlos recibido y alojado.

DON JUAN.

Habránse á justas paces reducido.

GARCILASO.

Franceses y españoles se han hablado;
Unos y otros se alojan casi juntos,
Sin enojarse ni mirar en puntos.

DON JUAN.

Al César no será posible hablalle.

GARCILASO.

¿No veis que ya salir á hablar quería
Sobre esta paz al Papa? Acompañalle
Será mejor en tan solemne día.

Sale Fernandillo.

DON JUAN.

Fernandillo.....

GARCILASO.

¡Buen paje!

DON JUAN.

De buen talle.
Fernandillo.....

FERNANDILLO.

Señor.....

DON JUAN.

Á la hostería
Vuelve, y dirás que al César acompaño.

GARCILASO.

No es malo el paje.

DON JUAN.

Es un suceso extraño.

Vanse los dos.

FERNANDILLO.

  Iras de amor, estrellas enemigas,
Leyes del gusto, fuerzas del deseo,
¿Adónde me lleváis? ¿Dónde me veo
Al cabo de tan ásperas fatigas?
  Y tú, cruel, que á tanto mal me obligas,
Que lo estoy padeciendo y no lo creo,
Porque me enlazas cuando no peleo,
Y cuando me defiendo me desligas.
  ¿Dónde por tierra y mar llevas sujeto
Un corazón tan flaco? Amor, advierte
Que tienes de cobarde mal conceto.
  ¿Qué gloria esperas, si me das la muerte?
Mas ¡ay! que dijo bien aquel discreto,
Que es sólo para amar la mujer fuerte.

Salen á la ventana Leonor y Camila.

LEONOR.

  Desde aquí podemos ver,
Camila, al Emperador.

CAMILA.

Con razón muestras tener
Afición á su valor
Y á su invencible poder.

LEONOR.

  Apenas la causa entiendo;
Pues sin nacer española,
Siempre sus partes defiendo.

CAMILA.

No eres en Italia sola,
Ni de escucharte me ofendo;
  Que es Carlos el más notable
Príncipe que tiene el mundo.

LEONOR.

Dondequiera que se hable
De su valor sin segundo,
De su grandeza admirable,
  Muestro tan grande afición,
Respeto é inclinación,
Que doy bien que murmurar.

CAMILA.

Hoy le veremos pasar.

FERNANDILLO.

Damas de Provenza son,

Que salen á las ventanas
Á ver al gran Carlos quinto.

LEONOR.

Por sus glorias soberanas
Su persona heroica pinto
Y excelencias más que humanas.
No cuentan de Cipión
Ni Alejandro tantas cosas.

FERNANDILLO.

¡Ah damas, las del balcón!
¿Qué digo? Damas hermosas,
¿Aguardan conversación?

LEONOR.

Si sois español, tendremos
Hoy conversación con vos;
Si no, el balcón cerraremos.

FERNANDILLO.

Español soy.

LEONOR.

¡Bien, por Dios!

FERNANDILLO.

¿No lo dicen los extremos?

LEONOR.

Dícelo el aire de alzar
La mano al sombrero, y dar
Cuerpo y pie con tal donaire;
Parecéis hijos del aire
En el aire del andar.

FERNANDILLO.

No se lo parezca, pues
Que el buen aire sólo es
Con las damas que requiebran;
Pesados son cuando quiebran
Lanzas en pecho francés.
Mas, ¡por mi vida! ¿á quién son
Más aficionadas? ¿Dónde
Las lleva la inclinación?

LEONOR.

Á España, el alma responde,
Que es excelente nación.

FERNANDILLO.

Pues díganlo muy de veras;
Que España es reina, es señora
De cuanto bien consideras.

LEONOR.

Español eres agora.
¿Qué fueras si no lo fueras?

FERNANDILLO.

Cuando no hubiera nacido
Español, sólo francés,
Damas, quisiera haber sido.

LEONOR.

Qué, ¿tanta nobleza ves
En el francés apellido?

FERNANDILLO.

Si de aquestas dos naciones
No me hubiera hecho el cielo,
No quisiera ser.

LEONOR.

No pones
Mal tu gusto; en todo el suelo
Tus méritos antepones.

FERNANDILLO.

Español huelgo de sér;
De no lo sér, francés fuera;
De no ser francés, no hay sér
Adonde mi sér cupiera;
Antes dejara de ser.

LEONOR.

No digas tal, que no hay cosa
Como ser; que no haber sido
Es la más triste.

FERNANDILLO.

La hermosa
Nación que en suerte he tenido,
Hoy hace Carlos famosa.
Agora veréis pasar
De quien tiembla tierra y mar;
Mas ¿queréisme dar un dedo
De esa ventana?

LEONOR.

No puedo;
Que tengo á quien dar pesar.

FERNANDILLO.

Si vos no le recibís,
Dadme licencia, y veréis
El hombre que allá subís.

LEONOR.

¿Qué haréis?

FERNANDILLO.

Matarle.

LEONOR.

No haréis;
Que no haréis lo que decís.

FERNANDILLO.

¿Cómo no? No tengo en él,
Ni en otros diez, para un tajo;
Subidme al balcón, que dél
Lo echaré ¡por Dios! abajo,
Como á Lucifer Miguel.

LEONOR.

Bravo sois.

FERNANDILLO.

Soy español,
Más pobre que el caracol;
Con esto os puedo servir.
Abrid, que quiero salir
Al rayo de vuestro sol.

LEONOR.

¿Por qué os llaman fanfarrones?

FERNANDILLO.

Porque todas las naciones,
Unas de otras envidiosas,
Ofenden nuestras gloriosas
Empresas y altos blasones.
Sabemos decir y hacer,
Y porque se usó el retar
En España, que es poner
Con la ejecución del dar
La gloria del prometer.
Pero el César viene ya;
Poned los ojos en quien

Todo el bien del mundo está.

CAMILA.

Éste nos dirá también
Qué gente con Carlos va.

Sale el Emperador con mucho acompañamiento, y éntrase por la otra puerta, y quita el sombrero.

LEONOR.

¿Ha hecho tal hombre el cielo?
Si me enamoró su fama,
Por su talle me desvelo.
Dichosa, amiga, la dama,
Si tiene tal prenda el suelo,
Que merezca en dulces lazos
Aquellos gallardos brazos,
De quien tiembla el Asia, el mundo.

CAMILA.

La tierra y el mar profundo
Le ofrecen dulces abrazos.
¿De qué sirve que te agrade?

LEONOR.

¡Ay, Camila! Si la fama
Tanto á querer persuade,
¿Qué hará la vista, que inflama
Y á un fuego tantos añade?

CAMILA.

Pues ¿cómo pones tu amor
En Carlos, Emperador
De Alemania y Rey de España?

LEONOR.

No fuera de amor hazaña
Si le igualara en valor.
Concertar desigualdades
Es del amor la grandeza;
Que en iguales calidades,
La misma naturaleza
Concierta las voluntades.
Yo le quise retratado,
Y agora le quiero visto,
Y de manera me agrado,
Que sé que el aire conquisto
Y no desprecio el cuidado.
Humilde soy, ya lo veo;
Pero soy mujer.

CAMILA.

¿Qué intentas?

LEONOR.

Gozarle.

CAMILA.

¡Extraño deseo!
Luego ¿admitida te cuentas?

LEONOR.

No fuera mucho trofeo.
Un hombre de bajo ser,
Á una mujer de valor,
¿No la puede merecer?
Y ¿puede al mayor señor
Gozar cualquiera mujer?
¡Ah hidalgo! ¿Queréis llevarme
Donde esta junta se ha hecho?

FERNANDILLO.

Abrid, y podéis fiarme
Vuestro honor.

LEONOR.

Entrad.

FERNANDILLO.

Sospecho
Que éstas quieren engañarme.

LEONOR.

Entrad, español, os ruego.

FERNANDILLO.

Aquí no pierdo ni gano,
Porque haré que sepan luego
Que si no gano la mano
Hemos empatado el juego.

Vanse.

Salen el Emperador, el Duque de Alba y acompañamiento; descubren en un sitial al Papa; llega el Emperador á besarle el pie.

PAPA.

Mucho me pesa, Carlos, y podía
Decir que á la común Iglesia pesa,
Que habiéndonos juntado en este día
Para esta paz, de que es mi oficio empresa,
No quieras ver con desigual porfía,
Al rey Francisco, si es que el odio cesa,
Pues mejor estas paces concertaran,
Los que aquestos capítulos declaran.
Si él quiere verte, hijo, ¿por qué niegas
Tu rostro á quien ya tienes por amigo?
¿Por qué á mis brazos disgustado llegas,
Cuando con tanto amor estoy contigo?
Si por la paz universal me ruegas,
Y yo el ejemplo de quien sabes sigo,
Hagamos, pues, los dos lo que debemos,
Porque á nuestras cabezas imitemos.

EMPERADOR.

Beatísimo Padre Paulo,
De aqueste nombre tercero,
No sin causa, pues lo eres
De nuestra paz y concierto:
Ya otra vez representé,
Y ahora te represento,
Los agravios que la Casa
De Austria, por diversos tiempos,
Recibió de muchos reyes
De Francia, sin merecellos;
Ya te he dicho del repudio
Por Carlos octavo hecho
Cuando á la guerra de Túnez
Partí con piadoso celo;
Cartas se hallaron entonces
En que se ve, y todos vemos,
Que enviaba á Barbarroja
Municiones y dineros;
Esto contra mí sería;
Mas ¿para qué trato desto,
Si después de muchas cosas,
Teniéndole en Madrid preso,
Y habiéndole yo tratado

Como á un hijo, (que bien puedo
Decir que ansí le traté,
Pues que le dí en casamiento
Mi propia hermana), rompió
Lo que fué en aquel concierto
Por los dos capitulado
Y con homenaje hecho?
Ha de renunciar Francisco,
Beatísimo Padre, luego
La amistad de Barbarroja
Y los herejes tudescos;
Ha de entrar en nuestra Liga
Contra el Turco, y por lo menos
Pagar lo que le tocare
Para la guerra que emprendo.
Todo es justo lo que pido,
Y que me tengas te ruego,
Por hijo, y ruegues á Dios
Conserve á España y mis reinos.
Y con tanto, humildemente
Los pies sagrados te beso
En mi nombre y de mi hijo
Felipe, el cual te encomiendo.
Que porque tiene ocho años
No le truje adonde vengo.
Con toda humildad y amor,
Á los pies que reverencio,
En nombre del que por mí
Fué en la cruz clavado y preso,
Como Príncipe cristiano,
Vivir y morir protesto.
Toma, Padre, este papel,
Y guarde tu vida el cielo.

Vase el Emperador, y salen por otra parte el Rey de Francia y gente.

REY.
¿No me quiso esperar Carlos?

PAPA.
No creo
Que de su voluntad debes quejarte;
La paz estima con igual deseo.

REY.
¿Quiere darme á Milán?

PAPA.
Sí quiere darte;
Mas toma este papel.

Toma el papel, y dásele al Duque de Alba.

REY.
Muy lejos veo
De mi intención á Carlos.

PAPA.
¿No fuí parte
Para que juntos se tratasen paces?

REY.
Bien á tu oficio, Padre, satisfaces;
Pero, señor Beatísimo, no puedo
Dejarme de quejar de su dureza.

PAPA.
Lean las condiciones, que yo quedo
Á la fianza de su gran nobleza.

REY.
Pues tú verás que de la paz no excedo,
Humillado á los pies de tu grandeza,
Pues para confirmarla están nombrados
De la parte de Francia dos Legados:
Monsieur de Memoranse está presente,
Y de Lorena el Cardenal.

PAPA.
Recela,
Francisco, el César, vengas diferente.

REY.
La paz no sufre ardid, ni amor cautela.
¿Qué Legados nombró?

PAPA.
Cuando él se ausente,
Nicolo Peronoto de Granvela,
Y Cobos quedará, que es de Castilla
Comendador Mayor.

REY.
Tu sacra silla
Es tribunal tan justo, que bien creo
Que tendrá mi justicia lugar justo.

PAPA.
Duque de Alba, leed.

DUQUE.
Siempre el deseo
Del César fué la paz.

REY.
De oilla gusto,
Aunque, pues no me quiere ver, yo creo
Que duran las reliquias del disgusto.

DUQUE.
De aquel acuerdo de Madrid se acuerda.

REY.
Su amigo soy; yo haré que el odio pierda.

Lee el Duque:

«*Capitulaciones con que asienta la paz Carlos V, máximo Emperador de Alemania, y Rey de España, con el Cristianísimo Rey de Francia, Francisco de Valoes.*»

»Primeramente, casándose el Duque de Orliens, su hijo, con hija de su hermana, le dará á Milán, dejando reservada por tres años para sí la fortaleza. Mas ha de dar el Rey Cristianísmo á Endín al César, y á los herederos de Borbón sus Estados. Mas ha de dejar la amistad de los herejes tudescos, y entrar en nuestra Liga contra el Turco, y por lo menos pagar lo que le tocare de armas y dineros.»

REY.
Quedo, Duque, no leáis;
Que son fuertes condiciones.

PAPA.
Hijos, mal os conformáis.

REY.

Oye, Padre, dos razones.

PAPA.

Lejos de la paz estáis.

REY.

Á Tornay me ha de volver
Carlos, y no ha de tener
Las fortalezas que dice
De Milán, con que autorice
Á mi costa su poder.
¿Cómo puedo yo dejar
Las amistades que tengo?
Y si en la Liga he de entrar,
No he de pagar, que no vengo
Á perder, sino á ganar.
Haga la guerra á su gusto;
Ni quiero parte, ni dalla.

PAPA.

Francisco, cese el disgusto;
Carlos está ausente, y calla;
Dios sabe lo que es más justo.
De espacio lo trataremos;
Las treguas por los diez años,
Por lo menos confirmemos,
Pues en esto no hay engaños.

REY.

Yo digo que en paz quedemos.
Y con tanto, el pie te beso;
Ruega á Dios, Padre, por mí,
La fe de Cristo profeso,
Y morir como nací
En la que adoro y confieso.

Vanse.

Salen Leonor y Fernandillo.

LEONOR.

¿No tienes tú quien me lleve
Tras el César, que se va?

FERNANDILLO.

¡Bravo frenesí te da,
Loco amor tus pasos mueve!
Admirado me has.

LEONOR.

¿De qué,
Si sabes lo que es amor?

FERNANDILLO.

Si he llorado su rigor,
Dios lo sabe, y yo lo sé.
Pero mira que se aumenta
Amor entre sus iguales;
Que desigualdades tales
Convierte amor en afrenta.
¿Tú con un Emperador
De Alemania, y Rey de España?

LEONOR.

Esa, Fernando, es hazaña
De amor, si es que es Dios amor.

FERNANDILLO.

Bien dices, porque ha de hacer
Milagros, si amor es Dios.

LEONOR.

El juntarnos á los dos,
Como milagro ha de ser.
Que ame el cordero á la oveja,
Loba al lobo, el ave al ave,
En su misma forma cabe,
La misma se lo aconseja;
Mas que una simple cordera
Ame á un león desigual,
Y que un águila caudal
Á una tortolilla quiera,
Ese es milagro de amor,
Y así lo ha sido querer
Á Carlos una mujer
De tan humilde valor.
Tú me has de llevar á quien
Me dé á Carlos, pues no es santo;
Que los hombres aman cuanto
Cerca de los ojos ven.
Gócele, y muérame luego.

FERNANDILLO.

Principios tiene de loca:
El mismo amor me provoca,
Porque me espanta tu fuego.

LEONOR.

¿No podrá este caballero
Que sirves, llevarme á él?

FERNANDILLO.

No osaré tratar con él
Lo que me pides, ni aun quiero.
Que le adoro, y es ajeno
De mi amor, y si te ve,
Podrá ser que al Rey te dé
Con salva, que eres veneno.

LEONOR.

¿Qué dices?

FERNANDILLO.

Que es sospechoso,
El soldado con quien vengo,
Y que en posesión le tengo
De atrevido y de amoroso.
¡Vive Dios! Si le doy parte
De que vienes de ese modo,
Que se levante con todo,
Y que no me deje parte.
Querría que á Carlos fueses
Con quien tan fiel te llevase,
Que después que él te gozase,
Siquiera un hueso me dieses;
Que algo merezco por ser
El cabestro destos toros.

LEONOR.

Mejor te cautiven moros,
Que yo venga á tu poder.

FERNANDILLO.

Ríete deso.

LEONOR.

¿Por qué?

FERNANDILLO.

Las mujeres de tu humor
Son como harina.

LEONOR.
Mi amor
Tiene un dueño, un Dios mi fe.
FERNANDILLO.
Tres partes la harina tiene:
Flor, media harina y salvado,
Y una mujer de tu estado
Á tener las mismas viene.
Goza la flor el señor,
Y paga el primer bocado,
Porque come regalado
En los deleites de amor.
La media harina tras él
Come el mayordomo acaso,
Que es escritura en traspaso,
Y se sustituye en él.
El salvado, que ya es
Lo vil destos tres linajes,
Viene á oficiales y á pajes,
Y aun á lacayos después.
Y desta suerte vendrás,
Leonor, á parar en mí.
LEONOR.
Quedo; gente viene aquí.

Salen Pacheco y Serna.

PACHECO.
¡Vive Dios, que estimo en más
Que al oficio que me han dado,
El ser vuestro camarada,
Serna, porque en siendo honrada,
Hace al que la tiene honrado!
Y deste agradecimiento,
Cuando Dios me lleve á España
Veréis si el que os acompaña
Es hombre de cumplimiento.
SERNA.
Los soldados como vos
Parecen muy bien al lado
De Carlos.
PACHECO.
Fuí su soldado
Desde que nací, y ¡por Dios,
Que no hace mucho en honrarme
Desta plaza!
FERNANDILLO.
Á estos soldados
Conozco.
LEONOR.
¿Quién son?
FERNANDILLO.
Criados
Del César; quiero informarme
Si á España se han de volver.
Dios guarde á vuesas mercedes.
LEONOR.
Si fiar de alguno puedes,
No lo dejes de emprender.
PACHECO.
Vuesa merced sea venido
En buen hora; ¿qué nos manda?
FERNANDILLO.
Pensamos que el César anda
De partida ó que es partido.
PACHECO.
Acompañó con su armada
Al Papa.
FERNANDILLO.
¿Hasta dónde fué?
PACHECO.
Hasta Génova, en que el pie
Le besó, y, haciendo aguada,
Mandó las proas volver
Desde Génova hacia España.
FERNANDILLO.
¿Entrará en Marsella? (1)
SERNA.
¿Cómo? Ni la piensa ver,
Aunque Francisco le ruega
Que éntre en ella y se regale.
PACHECO.
Con diverso intento sale,
Aunque á la vista navega.
FERNANDILLO.
Decían que el Rey de Francia
Quería verse con él.
SERNA.
Húyele Carlos, que dél
No espera paz de importancia.
¿Vais vos á España, por dicha?
FERNANDILLO.
Y llevo esta dama allá.
PACHECO.
¿Á España? pues, ¿á qué va?
FERNANDILLO.
Llévala cierta desdicha.
Dará una cadena á quien
La lleve al Emperador;
Que para hablar á un señor
Esto es menester también.
PACHECO.
Los dos cerca dél estamos;
Él se embarca, vamos juntos,
Que yo entiendo mal los puntos.
FERNANDILLO.
Quedo, por mi vida, y vamos;
Que tiene ciertas joyuelas
Y habemos de ir á la parte.
PACHECO.
Treinta abrazos quiero darte.
¿Quién eres?
FERNANDILLO.
Paje de espuelas
De un soldado y español.
PACHECO.
¿Quién es?
FERNANDILLO.
Don Juan de Mendoza.
PACHECO.
Pues ¿qué pretende esta moza?

(1) Verso incompleto.

FERNANDILLO.

Verse en los rayos del sol
Quiere.

PACHECO.

¿Qué hay que te avergüence?

FERNANDILLO.

Ver de Carlos la presencia,
Dónde tiene la potencia
Con que las batallas vence.

PACHECO.

No entiendo bien el misterio.

FERNANDILLO.

Quiere, escucha te suplico,
Medir las uñas y el pico
Al águila del Imperio.

PACHECO.

Agora entiendo peor;
¿No puede liso decirse?

FERNANDILLO.

Quiere con Carlos medirse
Para ver cuál es mayor;
Quiere ser emperadora,
Y por eso está perdida,
Si no por toda la vida,
Á lo menos por un hora.

PACHECO.

Ya entiendo; déjame vella:
Dios guarde á vuesa merced;
Por mi fe, que hace merced
Con vella, porque es muy bella.
Si queréis, señora, hablar
Al César, veníos conmigo,
Que su casa y campo sigo
Y hoy quiere alargarse al mar;
No os faltará en la galera,
De aquí á España, compañía.

LEONOR.

Estimo la cortesía.

PACHECO.

La suya parte ligera;
En la que voy podéis ir,
Y es fuerza que luego sea.

LEONOR.

Soy mujer: amor desea
Porfiar hasta morir.

PACHECO.

El señor Serna es mi amigo,
Bien irá vuesa merced.

LEONOR.

Espero toda merced:
Carlos, por la mar te sigo,
Y por el infierno osara,
Si allá fueras, como Eneas.

SERNA.

Vamos, porque el gusto veas
Con que un español te ampara.

PACHECO.

¿Vienes?

FERNANDILLO.

¿No quieres que pase?

PACHECO.

Pues ya zarpan, ven tras mí.

FERNANDILLO.

Gracias á Dios que salí
De que don Juan la topase.

Vanse.

Salen el Rey de Francia, monsieur de Memoranse y gente.

REY.

¿Que no quiere servirse de mi casa?
¿Que no quiere pasar Carlos, monsiures,
Siquiera por Marsella y Aguasmuertas?

MONSIEUR.

Yo le dí tu recado de tu parte;
Le pedí, las rodillas por el suelo,
Que, pues pasaba por Marsella, entrase
Siquiera por las puertas del castillo,
Que todos le darían puerta y llaves.

REY.

¿Qué tiene Carlos, mi cuñado, Príncipes?
No se fía de mí: ¿piensa, por dicha,
Que yo le he de engañar? Pues ¿cómo puedo?
Si fuí su prisionero en justa guerra,
¿En paz le he de prender?

MONSIEUR.

Pues no le obliga
Leonor, su hermana amada, Reina nuestra
Y tu mujer, muy poco amor te muestra.

Sale un mensajero.

MENSAJERO.

Carlos, que con mal tiempo ha navegado,
En la isla de Hieros detenido,
Salir quiso por fuerza de los remos,
De los que estuvo en él al quinto día;
Hallóse al alba cerca de Marsella,
Donde le hicieron salva con gran gusto
Veinte galeras tuyas, que vinieron
Con él hasta las Pomas y el castillo
Que está sobre las peñas, disparando
Extraña cantidad de artillería;
Le recibieron todos sus vecinos,
Pasó por medio dél; en tanto fueron
Muchos de los señores españoles
Á Marsella, en que hallaron levantadas
Las cadenas del puerto; entraron dentro,
Holgáronse de ver el alegría
Con que fueron de todos recibidos;
Tomó refresco, y al volver la noche
Creció el mal tiempo; fuéle necesario
Que se apartasen las galeras todas;
Rompió el timón en la que Carlos vino;
Ansí le fué forzoso, aunque no quiso,
Desembarcar aquí.

REY.

Pídeme albricias.
¿Carlos está en mi tierra?

MENSAJERO.

Está en tu puerto,

Aunque de la galera no ha salido.

REY.

Hoy quiero que mi amor conozca Carlos;
Aprestadme una barca, porque solo,
Sin más de dos remeros que la lleven,
Le quiero visitar y asegurarle.

MONSIEUR.

Señor, ¿qué dices? Mira no te lleven
Otra vez donde.....

REY.

Calla, Memoranse;
Que Carlos es quien es, yo Rey de Francia.

MONSIEUR.

¡Grandeza extraña! Á Carlos ha vencido,
Pues en su tierra se le da rendido.

Vanse.

Hacen ruido de desembarcar.

Salen el Emperador, Andrea Doria y gente.

EMPERADOR.

Á desdicha lo he tenido.

ANDREA.

Señor, no tomes pesar.

EMPERADOR.

¡Que aquí viniese á llegar
Bauprés y timón rompido!
Andrea Doria, ¿qué haremos?

ANDREA.

Señor, no hay que porfiar,
Sino sufrir y aguardar
Hasta que el tiempo esperemos.

Dentro el Rey de Francia.

REY.

Acosta, acosta á la orilla;
Llega, aborda á la galera.

ANDREA.

Un francés á la ligera
Se acerca en una barquilla.

Sacan al Rey dos grumetes.

¡Jesús, Jesús!

EMPERADOR.

¿Qué te espanta?

ANDREA.

¡El Rey de Francia, señor!

EMPERADOR.

Notable amor y valor.

REY.

Tu Majestad sacra sea (1)
Á mi tierra bien venido.

EMPERADOR.

¡Jesús, señor!

REY.

Llega aquí.

EMPERADOR.

¿Vuestra Majestad ansí?

REY.

Hermano, la mano os pido.
Dádmela, dádmela, hermano;
Veisme aquí en vuestra prisión
Segunda vez.

EMPERADOR.

Estas son
De un príncipe soberano
Hazañas de eterna gloria.

REY.

Aquí estoy como en Madrid;
Prended, rescatad, pedid.

EMPERADOR.

Que perdonéis á Andrea Doria.

REY.

Yo le perdono por vos.

EMPERADOR.

Entrad, comeréis conmigo.

REY.

Ved á vuestra hermana, amigo.

ANDREA.

¡Qué amistad!

DUQUE.

Trazóla Dios.

Vanse.

ACTO SEGUNDO.

Salen Pacheco y Leonor.

PACHECO.

Deja ya vanos antojos,
Llégate, Leonor, aquí;
Que yo haré que ponga en ti
El Emperador los ojos;
Porque estoy ya tan privado
Y cerca de su persona,
Desde que vió en Barcelona
Que maté un hombre á su lado,
En cierta revolución
Que sucedió en su presencia,
Que desde aquella pendencia
Me muestra grande afición.

LEONOR.

¡Ay, Pacheco! Si quisiese
Amor que el César mirase
Lo que me cuesta, y llegase
Á que mi pena entendiese,
Por justa y bien empleada
Daría mi perdición.

Suenan cajas dentro.

(1) Falta la rima.

¿Qué es esto?

PACHECO.

Los Grandes son,
Que para aquesta jornada
Junta Carlos en Toledo;
Mira con qué gravedad
Pasan, y la gran ciudad
Los mira.

LEONOR.

Si no es que puedo
Ver á mi Carlos, no hay cosa,
Pacheco, á mis ojos grande;
Haz que á verle entrar me mande
Aquella presencia hermosa;
Aquellas sienes ceñidas
De laurel por mil victorias,
Que apenas de sus historias
Se podrán ver reducidas;
Aquel pecho, que temblaba
El Asia cuando le vió
Armado en blanco, y entró
En Túnez, que en tierra estaba;
Aquel que desde aquel día
César africano llama,
Y haciendo los de la fama
Diez, honró su compañía.
Porque nunca de Trajano,
De César ni Cipión,
Cuentan más ostentación
En el aplauso romano.
Gócele yo, y esta vida
Se acabe allí.

PACHECO.

Loca estás.

LEONOR.

Cuerda estoy: merece más.

PACHECO.

¡Bravo amor!

LEONOR.

Estoy perdida,
No lo dudes: si comiendo
Me acuerdo, en lo que me dan
Como á Carlos, porque están
Á Carlos mis ojos viendo.
Si bebo, allí á Carlos bebo;
Como el mordido de rabia,
Veo el perro que me agravia
Dentro del agua que pruebo.
Si duermo, mis sueños son
Que Carlos me trata mal;
Si me visto, estoy mortal,
Carlos mis vestidos son.
Si una pared viendo estoy,
Allí le miro pintado;
Como sombra va á mi lado
Por dondequiera que voy.
No sé qué tengo de hacer.

PACHECO.

Oye, que los Grandes van
Al alcázar.

LEONOR.

Mal podrán
Sin el sol resplandecer.

PACHECO.

Aquel alto es don Fernando
De Toledo, Duque de Alba,
Que está, del ocaso al alba,
El sol del Asia temblando.
Aquel, en la paz afable,
Y en guerra un firme peñasco,
Es Íñigo de Velasco,
De Castilla Condestable.
Aquel que el ancha cuchilla
Tercia de aquella manera,
Es Luis Enríquez Cabrera,
Almirante de Castilla.
El que va después enfrente
Y viste que habló con él,
Es don Pedro Pimentel,
Gran Conde de Benavente.
Es el de las plumas rojas
Que á los dos se sigue luego,
El Marqués de Denia, Diego
Gómez Sandoval y Rojas.
Aquel que lleva á su lado,
Y de tenelle se goza,
Íñigo López Mendoza,
Gran Duque del Infantado.
Aquel cuyo talle airoso
Mueve á tenelle afición,
Don Pedro Téllez Girón,
Duque de Osuna famoso.
Con don Álvaro Bazán,
De los turcos rayo y fuego,
Iba el gran Marqués de Priego,
Sangre del Gran Capitán.
Dos Duques de dos Medinas
Son los dos que juntos van
Celi y Sidonia, Guzmán
Y Cerda, Casas divinas.
Mira el de Béjar allí,
Marqués de Gibraleón;
Zúñiga, cuyo blasón
El Africa tiembla aquí.
Es aquel que con tal lustre
De canas honra su cara,
Don Juan Manrique de Lara,
De Nájera Duque ilustre.
Y va con el de Maqueda
Y el Comendador mayor
Cobos, que el Emperador.....

LEONOR.

Temblando el alma me queda
Luego que su nombre escucho.

PACHECO.

Más no te quiero cansar
Y en tanta grandeza hablar,
Que es tarde y me obligo á mucho.
Mil títulos y señores
Dejo que vienen allí;
Pero no es justo que ansí

Calle sus divinos loores.
Aquel insigne perlado
Que va honrándolos á todos,
Aunque de tan varios modos,
Y va de todos honrado,
Aquél es el Cardenal
De Santa Cruz, justamente
De Castilla Presidente
É Inquisidor general.
Su nombre es don Juan Tavera,
Arzobispo de Toledo;
Pero proseguir no puedo,
Su Majestad sale: espera.

Sale el Emperador, el Duque de Alba y acompañamiento, y llega Pacheco á tirarle de la capa.

EMPERADOR.
¿Quieres algo?
PACHECO.
Hablarte quiero.
EMPERADOR.
¿Traes algún memorial?
PACHECO.
Tu Majestad Imperial
Sepa que hoy soy su tercero.
EMPERADOR.
¿Qué dices?
PACHECO.
Ponga los ojos
En esta hermosa mujer.
EMPERADOR.
¿Ésta? ¿Qué puede querer?
PACHECO.
Tráenla ciertos antojos
Desde Niza de Provenza.
EMPERADOR.
¿Es mujer de algún soldado?
Habla. ¿De qué estás turbado,
Y ella mira con vergüenza?
Si algo me quiere pedir,
Dile que me llegue á hablar.
PACHECO.
Lo que quiere negociar
No lo puede aquí decir:
Enamoróla tu fama;
Confirmóla tu presencia,
Y pide que des licencia.....
EMPERADOR.
No más: á la mujer llama.
PACHECO.
Llega, Leonor.
EMPERADOR.
¿Qué me quieres?
LEONOR.
¿No lo sabes?
EMPERADOR.
No lo sé;
Pero, desde hoy más, sabré
Lo que sabéis las mujeres.
Duque.....
DUQUE DE ALBA.
Señor.....
EMPERADOR.
Dalde á ésta
Con que á su tierra se vaya.
LEONOR.
Tu respeto me desmaya
Y mátame tu respuesta.
EMPERADOR.
Dalde cuatro mil ducados
Y no esté un hora en Toledo:
De ti, Pacheco, ¿qué puedo
Decir? ¿Cómo los soldados
En estas cosas se emplean?
PACHECO.
No sé lo que te quería.
EMPERADOR.
Pacheco, amor me tenía:
No permitas que me vean
Tales mujeres á mí;
Que ni tú serás soldado,
Ni yo Carlos, si has pensado
Que esto cabe en ti y en mí.
Cuando estemos en la guerra,
Tráeme cabezas de moros
Á trueco de los tesoros
Que la bella España encierra.
Si te ha enseñado á servir
El deseo de agradar,
Á lisonjear y á errar,
Á pretender y á fingir,
Mejor con una ventaja
Estarás en Lombardía.
PACHECO.
No entendí qué pretendía
Esta mujer.
EMPERADOR.
La voz baja,
Y aprende para otra vez
Á respetar mi persona,
Porque no siempre perdona
El más pïadoso juez.

Vase el Emperador y los demás y el Duque.

PACHECO.
Señor, juramento hago
Á la que traigo ceñida,
Por vida vuestra y por vida.....
Fuése; tengo el justo pago.
Mas por vida, á decir torno,
Del Marqués que me crió,
Porque presumáis que yo
De otras empresas me adorno,
De daros el primer día
Que en la guerra esté con vos,
Más cabezas..... Mas ¡por Dios,
Que fuera mejor la mía!
¿Qué hice? ¡Triste de mí!
¿Cómo al mismo sol llegué?
¿Cómo á su cielo miré

Y á sus rayos me atreví?
Pero bien se lo he pagado,
Pues de su alcázar eterno
Caigo, por mi mal gobierno,
Al centro de mi cuidado.
Moriré por el oído;
Palabras de un rey, y malas,
Son de artillería balas
Que matan con el sonido.
¿Qué te parece, Leonor,
Lo que he medrado por ti?

LEONOR.

¡Oh, qué lindo para mí!
Quedo, quedo, Emperador;
Emperador, quedo, quedo,
Que andamos todos errados.
«Dalde cuatro mil ducados
Y no esté un hora en Toledo.»
Malos amos y mal mes;
Que yo soy la emperadora.

PACHECO.

¡Esto me faltaba agora!
¿Qué tienes?

LEONOR.

¿Ya no lo ves?
Tengo una desconfianza
Que fué esperanza fingida;
Tengo una cansada vida
Que nunca á la muerte alcanza;
Tengo una sentencia injusta
De un injusto atrevimiento;
Tengo un alto pensamiento
Que de mis desdichas gusta;
Tengo un alma de Faetón,
Que al sol quiso hurtar el carro;
Tengo un intento bizarro
De imposible ejecución;
Tengo mil dificultades
Que allanaba el ser mujer,
Si el amor supiera hacer
Cadenas de voluntades.
Mis eslabones de plomo
Y los del oro de Carlos
No supo el rapaz juntarlos,
Aunque le dijeron cómo.
Tengo esta pena cruel.
Mas, ¿por qué Carlos condena
Este alma á infierno de pena?
¿Es él Dios? ¿Soy yo Luzbel?

PACHECO.

Leonor, Leonor, ¿qué es aquesto?
¿Estás en ti?

LEONOR.

Pues ¿en quién?
¿Quién sufriera el mal tan bien
En que tanto amor me ha puesto?
¿Quieres saber lo que ha sido?

PACHECO.

Sí, amiga. Espera, reposa,
No seas pintura hermosa
Sin alma. Cobra el sentido;
Que una tan bella mujer
Dará lástima á las piedras.

LEONOR.

¡Bien con el oficio medras!
Paciencia habrás menester.
Que mates moros te dice,
Y que no traigas mujeres
Para aliviar los placeres,
Porque la guerra desdice.
¡Mirad dónde puse yo
Mi voluntad, mi memoria,
Mi entendimiento, mi gloria,
Y cuanto bien Dios me dió!
En un soldado cruel,
Armado de furia y hielo,
Con que me arroja del cielo.
¿Es él Dios? ¿Soy yo Luzbel?

PACHECO.

Pensé, Leonor, que sintiera
La desgracia en que he caído
Con el César, y he sentido
El verte de esa manera.
Pensé partir con el eco
De las razones que oí,
Donde supiera que fuí
Soldado honrado y Pacheco;
Y hasme dado tal dolor,
Que en ver el mucho que tienes,
Con dos manos me detienes:
Una es piedad, y otra amor.
Vuelve en ti, y pues has perdido
Lo que nunca tuyo fué,
Cóbrame á mí y te daré
Gran parte de mi sentido.
En mí hallarás, aunque pobre,
Amparo. Escucha, te ruego.

LEONOR.

¡Oh, qué gracioso don Diego!
¡El oro me trueca en cobre!
¿Estás en ti, picarón?
¡Sucio, descompuesto, loco!
¡Mi majestad tiene en poco!
¿Hay más notable traición?
Pues ¿cómo? ¿Á una emperatriz?
¡Hola! ¿Qué es esto, porteros?
¡Hola! Grandes, caballeros,
Matalde.

PACHECO.

¡Moza infeliz!

LEONOR.

¿Por qué dejáis que entre gente
Cuando con Carlos estoy
Y mi parecer le doy
Para esta guerra presente.
Dice Vuestra Majestad
Que el Turco alborota á Hungría,
Y que á Italia cada día.....

PACHECO.

¡Qué notable autoridad!

LEONOR.

¿Da molestia Barbarroja?

Pues yo soy de parecer
Que al Turco.....

PACHECO.

¡Triste mujer!
¡Qué accidente, qué congoja!

LEONOR.

Le den cuarenta mañanas
Letuario y aguardiente,
Y á Barbarroja en la frente
Con dos cestos de manzanas.
Y si no bastare ansí,
Yo saldré contra los dos;
Denme mis armas.

PACHECO.

¡Por Dios,
Que te temples!

LEONOR.

Oye.

PACHECO.

Di.

LEONOR.

Llegó el respeto al temor
Un día que fué atrevido,
De la vergüenza oprimido
É importunado de amor.
Díjole que se dejase
Gozar, pues aunque era Apolo,
No nació para sí solo,
Y que su nombre alumbrase.
¿Qué hizo el respeto luego?
«Yo soy quien soy», respondió,
Y un rayo al temor tiró,
Que volvió su hielo en fuego.
Carlos el respeto fué,
Yo el temor; llegué, temí,
Mostróme su sol, caí,
Arrepentíme, cegué.
Quise igualarme con él;
Ved qué puntapié me ha dado,
Que en el mundo no he parado.
¿Es él Dios, soy yo Luzbel?

PACHECO.

Leonor, si el ver tu desprecio
Te priva de la razón,
Oye.

LEONOR.

Mis pleitos no son
Para un alcalde tan necio.
Jueces hay, y yo sabré
Si el reino me toca á mí,
Ó por qué razón perdí
Lo que de mis padres fué.
¿Divorcio el Emperador
Con Leonor? ¡Qué lindo cuento!
Apelo al Nuncio.

PACHECO.

Aunque á tiento,
No has dicho cosa mejor;
Que el Nuncio llama Toledo
Á la casa de los locos.

LEONOR.

Son ya los cuerdos tan pocos,
Que apelar al Nuncio puedo.
Apelo y repelo.

PACHECO.

Tente.

LEONOR.

¿No puedo yo repelar?

PACHECO.

Sí, mas donde haya lugar
De derecho, y no en mi frente.
Creo que me ha de volver
Loco.

LEONOR.

¿Divorcio conmigo?
Que es mío el imperio digo;
El Papa lo ha de saber.
Póngase el pleito en la Rota
Y en la Sala de París.
¿Pondráse ó no? ¿qué decís?

PACHECO.

Que se ponga en la picota.
Pon el pleito noramala,
Y quedas las manos ten.

LEONOR.

¿Oirálo el Papa?

PACHECO.

También.

LEONOR.

Ya se ve el pleito en la Sala;
Ya comienza el relator:
«Pleito entre Leonor.....

PACHECO.

Sosiega.

LEONOR.

Y Carlos, ¿por qué le niega?

PACHECO.

¿Qué le niega?

LEONOR.

Un grande amor.

PACHECO.

¿No ves que hay desigualdad?

LEONOR.

Mentís; que yo soy mujer
Que á mil reyes puedo hacer
Esclavos.

PACHECO.

Dices verdad.

LEONOR.

Yo iré al Papa; voyme á él.

PACHECO.

Seguirla quiero, ¡ay de mí!

LEONOR.

¿Carlos me desprecia ansí?
¿Es él Dios, soy yo Luzbel?

Vanse.

Salen el Duque de Alba, el Duque del Infantado, el Condestable y un alguacil.

ALGUACIL.

Ea, caballeros, ea;

Caminen, vayan delante.

DUQUE.

Muy bien habló el Almirante.

DUQUE DEL INFANTADO.

Servir al César desea.

CONDESTABLE.

No pone dificultad
España en cuanto le manden.

ALGUACIL.

Ea, caballeros, anden;
Que viene Su Majestad.

DUQUE DEL INFANTADO.

Amigo, esas voces daldas
En la plaza.

ALGUACIL.

¡Qué respuesta!

Tócale en las espaldas al Duque.

DUQUE DEL INFANTADO.

¿Hay libertad como ésta?
Tocádome ha en las espaldas.
Hombre, ¿conocéisme?

ALGUACIL.

Sí.

DUQUE DEL INFANTADO.

¡Harto bien, por vida mía!

ALGUACIL.

Camine Vueseñoría,
Que viene el César allí.

DUQUE DEL INFANTADO.

¿Sabéis acaso mi nombre?

ALGUACIL.

El Duque del Infantado.

DUQUE DEL INFANTADO.

Vos sois un desvergonzado,
Un atrevido, un ruin hombre;
Y ¡tomad!

Dale con la daga.

ALGUACIL.

¡Ay, que me ha muerto!

DUQUE.

No ensucie Vueseñoría
Sus manos.

DUQUE DEL INFANTADO.

Descortesía
Grande.

CONDESTABLE.

Grande desconcierto.

ALGUACIL.

¡Gran señor!

Salen el Emperador, D. Juan de Mendoza, el Alcalde Ronquillo y acompañamiento.

EMPERADOR.

¿Qué es aquesto?

ALGUACIL.

Por hacer por la ciudad
Lugar á tu Majestad,
Desta manera me han puesto.

EMPERADOR.

¿Quién os hirió?

ALGUACIL.

Gran señor,
El Duque del Infantado.

EMPERADOR.

Vos, ¿qué ocasión le habéis dado?

ALGUACIL.

Respetar vuestro valor.

EMPERADOR.

Prendelde, alcalde Ronquillo.
En fin, ¿decís, Condestable,
Que no hay dinero?

CONDESTABLE.

Es notable
La ocasión para pedillo;
Pero España os ha de dar
La sangre en cualquier suceso.

ALCALDE.

Vueseñoría sea preso.

DUQUE DEL INFANTADO.

¿Habéisme vos de llevar?
¿Haos dado el Emperador
Esa orden?

ALCALDE.

Que os prendiese
Me ha mandado, porque diese
Ejemplo vuestro valor.

DUQUE.

Nosotros le llevaremos.

CONDESTABLE.

Muy bien irá con nosotros.

ALCALDE.

Ni en España toda hay otros;
Bien es que lugar os demos.

Vanse los Duques y el Condestable.

Los Grandes, preso han llevado
Al Duque.

EMPERADOR.

Muy bien está;
Id vos luego, Alcalde, allá,
Mirad si está á buen recado,
Y haced curar ese hombre.
Esme forzosa la guerra,
Porque es en toda la tierra
Único amparo mi nombre,
Pues corre por cuenta mía.

DON JUAN.

Señor, todo se ha de hacer,
Pues sólo vuestro poder
Ampara á Italia y Hungría.

Salen el Duque de Alba y el Condestable.

CONDESTABLE.

No iréis, señor, descontento
De las Cortes que juntáis.

EMPERADOR.

Don Juan.....

DON JUAN.

Señor.....

EMPERADOR.

No os partáis
Hasta acabar este asiento;
Que yo la escribo á mi hermana
Que habrá muy presto dineros.

CONDESTABLE.

Ya con ruegos, ya con fieros,
La española gente allana
Á los que traidores son.

DUQUE.

De la misma suerte fueron
Los que á Roma se atrevieron,
Con el general Borbón.

Salen Pacheco y Leonor, y vase D. Juan.

PACHECO.

Tente y mira dónde vas;
Que está aquí el Emperador.

LEONOR.

¡Cómo! ¿Á la reina Leonor
Dicen que se tenga atrás?
Mal me trata vuestra gente,
Marido, y muy sin respeto;
Castigaldos, ú os prometo
De haceros á vos.....

PACHECO.

Detente.

EMPERADOR.

¿Qué es eso?

PACHECO.

Aquella mujer
Que te dije.

EMPERADOR.

Pues ¿qué ha sido?

PACHECO.

Señor, el seso ha perdido.

EMPERADOR.

¿De qué pudo enloquecer?

PACHECO.

De una esperanza traidora,
De una amorosa conquista,
De una mudanza en revista
De la grandeza que adora;
De una amorosa pasión,
De una esperanza burlada
De mujer, y despreciada,
Que es la mayor maldición.

LEONOR.

No se lo digáis así,
Que no lo querrá creer;
Decid que soy su mujer
Y que me aparta de sí.
Pues Carlos, aunque seáis,
Por valor ó por misterio,
Águila de un gran Imperio,
Y el mundo á los pies tengáis;
Y aunque deis el picotazo
Al Turco, que el paso enfrene,
Sabed que San Pedro tiene
Una llave como un brazo,
Y que os dará en la cabeza.
Á San Pedro he de apelar;
Que no me habéis de dejar
Por otra humana belleza.
Ya sé, Carlos, que os casáis
Con la hija del Sofí
Y que os apartáis de mí
Por los reinos que heredáis.
Ya sé que os queréis hacer
Gran Turco, que lo han jurado
Las Cortes que se han juntado;
El Papa lo ha de saber.
Queréis que reine en España
El Preste Juan, y iros vos
A ser Gran Turco: ¡por Dios,
Que el pensamiento os engaña!
Mientras yo tuviere vida,
Carlos, mío habéis de ser.

DUQUE.

Lástima me da de ver
Tan bella mujer perdida.
Vuestra virtud, gran señor,
La ha puesto en esta desdicha.

EMPERADOR.

Mudo estoy.

LEONOR.

¿Pensáis, por dicha,
Ser de mil mundos señor?
¡Oh codicia de reinar!
Cuando rey de España os vistes,
Media Italia pretendistes
Conservar y conquistar.
Luego, Carlos, por la espada
Os hacéis emperador,
Á pesar de algún traidor
Que la tembló coronada.
Luego hacéis guerra á Alemania
Y castigáis á Lutero;
Luego, contra el Turco fiero,
Por Belgrado y Transilvania.
Luego en el Africa entráis,
Y á Túnez echáis por tierra;
Luego al Francés hacéis guerra,
Y en las uñas le lleváis.
Sois, Carlos, Conde de Flandes,
Rey de Nápoles, también
Duque de Milán, y es bien
Que tengáis reinos tan grandes.
El mundo antártico es vuestro,
Hasta el Indio os viene á ver,
Pues ¿qué os faltaba de ser
Después de ser César nuestro?
Ya lo entiendo, bien se entiende,
Sólo Gran Turco os faltaba;
A eso vais.

EMPERADOR.

¡Locura brava!

PACHECO.
Más con tu vista se enciende.
LEONOR.
Ea, haced las provisiones,
Carlos quinto, por la gracia
De Dios Gran Turco en Dalmacia,
En Citia y otras regiones.
A vos la reina Leonor,
Salud y gracia: sepades
Que nunca en desigualdades
Halló buen despacho amor.
Y por cuanto á mí me han hecho
Relación de quién sois vos.....
PACHECO.
Calla un momento.
EMPERADOR.
¡Por Dios,
Que me ha enternecido el pecho!
Pacheco.....
PACHECO.
Señor.....
EMPERADOR.
Dí á Cobos.....
LEONOR.
No digáis nada, señor,
Hasta que sepáis que amor
No es comida para bobos.
EMPERADOR.
Dile que á esta loca den,
Para posada y ración,
Cada mañana un doblón,
Y llévale tú también;
Que pues que tú la trujiste,
Tú la has de dar de comer.
PACHECO.
¡Gran señor!
EMPERADOR.
Su ayo has de ser,
Pues que tú la enloqueciste.
Duque de Alba.....
DUQUE.
Señor.....
EMPERADOR.
Quiero
Que me saquéis de un cuidado:
Al Duque del Infantado,
¿Dióle el alguacil primero
Bastante ocasión?
DUQUE.
Señor,
Ocasión le dió bastante.
EMPERADOR.
Honrarle será importante;
Que tiene el Duque valor.
Id á verle, y de mi parte
La libertad le llevad.
DUQUE.
Por él á tu Majestad
Beso los pies.
EMPERADOR.
Oid aparte.
Decilde al Duque si gusta
Que al alguacil se castigue.
DUQUE.
Á fama inmortal obligue
El tiempo tu gloria augusta.

Vanse: quedan Pacheco y Leonor.

PACHECO.
El Emperador se va;
Tú tienes ya de comer,
Que es lo más que puede ser.
LEONOR.
Muy buen remedio me da.
Cuanto en su discurso fragua,
Es ensanchar su valor;
Pollos de Marta es mi amor,
Piden pan y danles agua.
No quiero comer por Carlos,
Dios me dará de comer;
Que alimentos de mujer
Di que á un perro pueden darlos.
¿Á una reina como yo
Un doblón? También apelo.
PACHECO.
Calla, que te ayuda el cielo.

Salen D. Juan y Fernandillo.

DON JUAN.
¡Que Leonor enloqueció!
¡Que tan hermosa mujer
Diese en este frenesí!
FERNANDILLO.
¿Qué te va, don Juan, á ti?
DON JUAN.
Aguarda; quiérola ver.
Pues, Pacheco, ¿qué es aquesto?
PACHECO.
Ved, don Juan, en qué ha parado
Un soldado tan honrado.
DON JUAN.
Á vos, ¿qué os alcanza desto?
PACHECO.
Háceme Su Majestad
El ayo de aquesta loca;
Mirad si la causa es poca.
FERNANDILLO.
Oficio es de calidad;
Yo sospecho que no os pesa.
PACHECO.
¿Quién le mete en eso al paje?
FERNANDILLO.
Yo, señor lacayo; baje
El toldo.
PACHECO.
Palabra es ésa,
Que de un general francés
Oída, volviera en trueco
La mano.
DON JUAN.
Quedo, Pacheco.

PACHECO.
¿Es vuestro el paje?
DON JUAN.
Sí es.
Tú, rapaz, vete de ahí.
FERNANDILLO.
Salga el lacayo acá afuera.

Vase.

PACHECO.
¿Esto hé de sufrir?
DON JUAN.
Espera,
Pacheco.
PACHECO.
¡Pesar de mí!

Vase.

DON JUAN.
Doy lugar, aunque le dé
Dos coces ó bofetones,
Por decille dos razones,
Aunque sin razón esté,
Á la más hermosa loca
Que ha visto el cielo en su lista:
Alzad del suelo la vista,
Que al sol envidia provoca;
Vuelve los ojos á ver
Á un caballero Mendoza,
Y loca, despojos goza
De quien los gozaba ayer
De mil turcos y franceses.
LEONOR.
Idos muy enhoramala,
Y no os entréis en la sala
Dando tajos y reveses.
DON JUAN.
No te espante ver un loco;
Que ya vengo á ser tu igual.
LEONOR.
¿Traéis de eso memorial?
DON JUAN.
Yo soy.....
LEONOR.
Pues echalde un moco.
DON JUAN.
Quiero, conforme al sujeto
Hablalla, porque me acuerdo
Que es hablar un loco en cuerdo,
Hablar un necio en discreto.
¿Quién piensas que soy, Leonor?
LEONOR.
¿Quién eres?
DON JUAN.
Carlos de Gante.
LEONOR.
¿Á Carlos tengo delante,
Emperador, mi señor?
¿Es posible que me miras,
Que me hablas y regalas,
Que á mi bajeza te igualas?
DON JUAN.
Veo que por mí suspiras,
Veo que mueres por mí,
Y al fin te vengo á querer.
LEONOR.
¿Soy tu mujer?
DON JUAN.
Y mujer
La más hermosa que vi.
Ábrázame y lo verás.

Sale Fernandillo.

LEONOR.
¡Dichosa yo!
FERNANDILLO.
¿Qué es aquesto?
¿Apenas me ves transpuesto,
Cuando los brazos le das?
No sólo no me defiendes
De quien, si no me metiera
Entre mil hombres, me diera
Quizá lo que tú pretendes,
Cuando abrazado te hallo
Á una loca.
LEONOR.
Y ¿quién sois vos,
Que os metéis entre los dos?
¿No veis que este hombre es mi gallo?
DON JUAN.
De miedo que la he tenido
La abracé, que da en decir
Que soy Carlos.
FERNANDILLO.
Y el huir,
¿No fuera mejor partido?
DON JUAN.
Sea, pues que tú lo quieres.

Vase.

LEONOR.
¿Dónde vas, Carlos cruel?
FERNANDILLO.
¡Tente, no vayas tras él!
LEONOR.
¡Oh, perro infame! ¿Quién eres?
FERNANDILLO.
¡Ay, que me muerde! ¡Ay de mí!
LEONOR.
¿Á Carlos quieres quitarme?

Vase Leonor.

FERNANDILLO.
Vete y gózale. Á buscarme
Vuelve ya Pacheco aquí.

Sale Pacheco.

PACHECO.
Si yo no hubiera mirado
Que eres un paje sin seso,
Paje, aunque paje travieso

De un caballero soldado,
Ya, de un pie asido, volaras
Por el aire tan gran vuelo,
Que en las almenas del cielo,
Como huevo te estrellaras.
¿Sabes tú quién fué Pacheco
Antes que fuese lacayo
Del César? Fué trueno y rayo
Que dió en otro mundo el eco;
Fué un hombre que á puntapiés
Más moros tiene arrojados
En el infierno, que hay dados
En todo el campo francés.
Y en Túnez, rota la espada,
Fué un hombre de tal decoro,
Que con la pierna de un moro,
Por la cadera cortada,
Descalabró más de mil.

FERNANDILLO.

¡Hombre, por mi vida, fuerte!
Y diga, ¿comió la muerte
Ese pie con perejil?

PACHECO.

¡Búrlaste! Pues ¡vive Dios,
Que á hombre no dí puñada,
Coz, puntapié ó bofetada,
Que hubiese menester dos!
Pues á no tener respeto
Á esa cara.....

FERNANDILLO.

Si le tienes,
Pacheco, ¿por qué no vienes
Á hacer de mí igual conceto?
Esta cara es de mujer,
Y estas razones lo son.
Don Juan me ha dado ocasión,
Con su ingrato proceder,
Para hablarte deste modo.

PACHECO.

¿Qué dices?

FERNANDILLO.

Que he de vengarme,
De tu persona ampararme
Y darte cuenta de todo.
Oye, y sabrás cómo vine
Á este traje.

PACHECO.

Espera un poco
Que sale el César.

FERNANDILLO.

¡Que un loco
Á una loca el alma incline,
Y que no tome venganza!
¡No lo permita el amor;
Que no hay remedio mejor
Que á una ingratitud, mudanza!

Salen el Emperador, el Duque de Alba, monsieur de Memoranse y gente.

EMPERADOR.

No he tenido en mi vida mayor pena.
¡Gante, mi patria misma, levantada!

MONSIEUR.

Pienso que por no dársela tan grande
Á Vuestra Majestad, la Reina escribe
Menos encarecido que pudiera.

EMPERADOR.

¡Y que el tributo la ocasión ha sido,
Pagado justamente á mis mayores!
¿Qué me quejo de España, pues en Flandes
Los de mi patrimonio y nacimiento
Se vuelven contra mí? ¡Válgame el cielo!
Duque de Alba, si yo partir pudiera
Agora á los Estados, fácilmente
Derribara del hombro las cabezas.
Mas póngome á peligro si me embarco.

MONSIEUR.

Si Vuestra Majestad, César invicto,
Cree la voluntad del Rey de Francia
Y ya sus amistades son tan ciertas;
Si mira que se puso en una barca
Con un remero solo, aunque en su tierra,
Por Francia puede ir libre y seguro,
Tomar la posta, y castigando á Gante,
Tratar los concertados casamientos.

EMPERADOR.

Eso, sin duda, fuera de importancia.
¿Qué decís, Duque de Alba?

DUQUE.

Que bien puede
Ir Vuestra Majestad, pues le asegura
Monsieur de Memoranse de su parte
Del magno y cristianísimo Francisco.

EMPERADOR.

Queden gobernadores en España
En mi lugar, en tanto que yo vuelvo,
El Cardenal famoso de Toledo,
Don Juan Tavera, digno deste nombre,
Con el comendador Francisco Cobos.
Postas á Francia.

DUQUE.

Vengan postas luego.

MONSIEUR.

Yo aviso al Rey que vas.

EMPERADOR.

Monsieur, escribe.

PACHECO.

¿Irás esta jornada?

FERNANDILLO.

Y donde fueres;
Que somos para mucho las mujeres.

ACTO TERCERO.

Salen Pacheco y Serna.

SERNA.

Por muchos años gocéis
El oficio de portero.

PACHECO.
Para que vos me mandéis.
SERNA.
Yo pierdo un gran compañero.
PACHECO.
Ninguna cosa perdéis;
Que el amigo que es honrado,
Nunca le muda el estado,
Porque cuando á subir viene
Lleva al lado quien le tiene
En otra parte obligado.
Serví, caminando á Francia,
Al invicto Carlos quinto,
Y es tan segura ganancia,
Que mejoré en tercio y quinto
Cosas de mucha importancia.
Espero que aquí en París
Mucha merced me ha de hacer.
SERNA.
Muy justamente subís,
Y él sabe bien conocer
Que sois vos quien le servís.
¿Qué hay del paje de Toledo?
PACHECO.
Que se volvió con don Juan;
No sé si fué amor ó miedo.
SERNA.
¿Vendrán á París?
PACHECO.
Vendrán.
SERNA.
¡Brava historia!
PACHECO.
¡Lindo enredo!
SERNA.
¿Viene aquí también Leonor?
PACHECO.
Hase hecho tan graciosa,
Que gusta el Emperador
Della en extremo.
SERNA.
No hay cosa
Como el mar, sino es amor:
¡Qué notables monstruos cría!
PACHECO.
Anda ya con su librea.
SERNA.
¿Quiéresla bien todavía?
PACHECO.
Amor que un loco desea,
Serálo más cada día.

Salen D. Juan y Fernandillo.

DON JUAN.
Haz que la ropa se lleve,
Fernandillo, á la posada.
FERNANDILLO.
Yo lo haré.
DON JUAN.
Vé, y vuelve en breve.

Vase.

SERNA.
¿Es ésta la disfrazada?
PACHECO.
Á todo un amor se atreve,
Fernando.
FERNANDILLO.
¡Pacheco hermano!
PACHECO.
Bien venido.
FERNANDILLO.
Á tu servicio.
PACHECO.
¿Vienes bueno?
FERNANDILLO.
Bueno y sano
Del cuerpo, pero del juicio
Vengo más perdido y vano.
SERNA.
Por no venir por la posta
Hemos perdido la entrada,
Poco argén y bolsa angosta.
PACHECO.
Merece ser celebrada,
Fernando, en grandeza y costa,
Cómo Francia ha recibido
Á Carlos; Roma ha perdido
De Trajano la memoria.
FERNANDILLO.
Refiere ¡por Dios! la historia.
PACHECO.
Si me das atento oído.
Rogado y asegurado
Del Rey de Francia Francisco,
Que pasase por la Francia
Á castigar los delitos
De los traidores rebeldes,
Por la posta á Francia vino.
Á la entrada de Bayona,
Del Rey los gallardos hijos,
Delfín y Duque de Orliens,
Salieron á recebillo
Con trescientas mil personas
En un alarde lucido,
Cuyos trajes y colores
Alegres, vistosos, ricos,
Causaban envidia al sol,
Y aun se escondió de corrido;
Y con música marcial
Que alborota los sentidos
Y anima los corazones,
Marchando en su paso mismo.
Iban disparando á són
Sus arcabuces, y en gritos
Apellidando del César
El heroico nombre invicto.
Tras esto, doce Virreyes
Á mula, todos vestidos
De grana, y los Presidentes
Con capuces de lo mismo;
Tantos títulos, barones
De noble blasón y antiguo,

Monsiures y ciudadanos,
Sin otros muchos de oficio.
Hubo, que es cosa notable,
Quinientos frailes franciscos,
De San Agustín doscientos
Y trescientos dominicos.
La corte del Parlamento
Formaba un Parnaso ó Pindo
De doctores y abogados
Insignes por sus escritos.
Con este acompañamiento
Tan solemne y tan cumplido,
Con aplauso y majestad
Prosiguieron su camino,
Procurando con mil fiestas,
Invenciones, regocijos,
Divertir el gran Monarca,
Que se muestra agradecido.
Las ciudades por do pasa,
Villas, lugares, castillos,
Con música, fiesta y juegos
Muestran contento infinito.
De esta suerte llegó el César
Con un contento excesivo
Media legua de palacio,
Vistoso y alegre sitio.
Iba el gran Emperador
No con soberbio vestido,
Pero por más humildad,
De paño negro, aunque rico.
El cristianísimo Rey
Aquí con la Reina vino
Á recibirle, y en medio
De sus dos gallardos hijos
Entró en París con gran pompa,
Que gozoso y prevenido
De colgaduras y arcos
Parecía un paraíso.
Y habiéndole paseado
En el orden que te he dicho,
Llegaron al Real palacio,
Adonde en el punto mismo
Se sentaron á la mesa
El César, padres é hijos,
Donde, después de comer,
Hablaron hasta las cinco.
Esta es la entrada de Carlos,
Que viva infinitos siglos
Para que gane más reinos
Á su sucesor Felipo.

FERNANDILLO.

Y á ti te dé mil venturas
Con ese César.

PACHECO.

Yo estimo
Siempre el favor que me hace,
Porque me hallo dél indino.

FERNANDILLO.

Voyme por no ser ingrato
Á lo que ya te conté
En España.

PACHECO.

¡Qué mal trato!

FERNANDILLO.

¿Cuándo te veré?

PACHECO.

Yo iré
Á buscarte de aquí un rato.

FERNANDILLO.

Adiós, y guárdete el cielo.

Vase.

SERNA.

Cajas suenan.

PACHECO.

Fiestas son.

SERNA.

¡Bonica mujer!

PACHECO.

Recelo
Que encendiera en afición
Hombre que no fuera hielo.
Vente por aquí, sabrás
Cuán mal don Juan la ha pagado.

SERNA.

Siempre, Pacheco, verás
Que olvida el amor amado,
Y con desdén quiere más.

Vanse.

Salen el Emperador y el Duque de Alba.

EMPERADOR.

¡Notables grandezas son!

DUQUE.

Mucho Francisco desea
Que Vuestra Majestad crea
La verdad de su afición.

EMPERADOR.

Hermosa es París, por cierto.

DUQUE.

Ciudades tenéis, señor,
De más grandeza y valor,
Y una, de otro mundo puerto.

EMPERADOR.

Generoso corazón
Han mostrado los vecinos
Por mil diversos caminos.

DUQUE.

Érades vos la ocasión.

EMPERADOR.

No igualó Roma aquel día
Que en ella me coroné,
Á esto que en París se ve,
Con ser tal su monarquía.

DUQUE.

Dicen que nunca se ha hecho
Con ningún rey que ha tenido,
Lo que con vos.

EMPERADOR.

Todo ha sido

Mostrarme Francisco el pecho.
¡Qué contenta está mi hermana!

DUQUE.

Desea veros en paz;
Su voluntad satisfaz,
Los imposibles allana.
Muera el odio, sed amigos;
Tiemblen los turcos de ver
Que amigos vuelven á ser
Dos tan grandes enemigos.

EMPERADOR.

Yo os prometo, Duque de Alba,
Que nunca falte por mí.

DUQUE.

Los Reyes vienen aquí.

EMPERADOR.

Háganles mis brazos salva,
Pues sin ejército estoy.

Sale el Rey de Francia, y la Reina, y Leonor, y acompañamiento.

REY.

¡Hermano!

EMPERADOR.

¡Señora!

REINA.

¡Amigo!

EMPERADOR.

Yo lo soy vuestro; testigo
El cielo de que lo soy.
¡Hermana mía!

REINA.

Estos brazos,
Carlos, mi alegría os digan.

EMPERADOR.

Á tanta merced obligan,
Que son en el alma lazos.

LEONOR.

¿Cómo delante de mí
Á mi marido abrazáis?
Muy desvergonzada estáis.

REINA.

Leonor, ¿qué se te da á ti?
¿No ves que es Carlos mi hermano?

LEONOR.

¿Vuestro hermano?

REINA.

Sí, Leonor.

LEONOR.

¿Cierto, cierto?

REINA.

Y que el amor
Entre hermanos es muy llano.

LEONOR.

¡Hola, Francisco! Entre aquéstos
No puede haber conjunción.

REY.

¿Tú no ves que hermanos son?
Sus abrazos son honestos.
Si no, yo era el ofendido,
Que es, Leonor, mi mujer propia.

LEONOR.

Ya fuérades cornucopia.
¡Hola! Abrazalda, marido,
Que el francés os dió licencia;
Si os parió, ¡qué maravilla!
Doña Juana de Castilla
En la Vera de Plasencia.

REY.

El archiduque Felipo
Fué su padre de los dos.

LEONOR.

Ése es mi suegro, ¡por Dios!

REY.

Leonor, ¿has visto á Felipo?

LEONOR.

¿Cuál?

REY.

El Príncipe de España,
Mi sobrino.

LEONOR.

¿Cúyo hijo?

REINA.

De Carlos.

LEONOR.

¿Quién os lo dijo?
¡Cata que el diablo os engaña!
Si soy del Emperador
Mujer, y yo no he parido
Á Felipo, ¿cómo ha sido?

REY.

Yo te lo diré, Leonor:
La emperatriz Isabel
Parió á Felipo.

LEONOR.

¡Mentís,
Francés, en lo que decís!

REY.

¿Yo miento?

LEONOR.

Sí; vos y él;
Que Carlos es mi marido,
Y el Papa, que nos juntó,
Bulas de parir me dió
Á Carlos, y no he parido.
Rogalde vos, Rey francés,
Destas gracias participe;
Que yo pariré un Felipe
Con sus ojos y sus pies.
Mirad que es un desabrido
Y no me toma la mano.

REY.

Yo se lo diré á mi hermano.

Sale monsieur de Memoranse.

MONSIEUR.

El Parlamento ha venido,
Y aguarda en la sala ya.

REY.

Di, monsieur de Memoranse,

Que nadie en verme se canse
Mientras Carlos aquí está;
Y porque mejor lo crean,
Desde hoy puedes avisarlos
Que cedo mi reino en Carlos.
Mientras en Francia le vean.
Con él negocien, á él pidan
Mercedes, él es el Rey;
Haga justicia, dé ley,
Por él las causas decidan.
Carlos es el Rey de Francia,
Yo no tengo ya poder,
Sólo tengo de hombre el sér,
No soy de más importancia.
Un privado caballero
Me podéis todos llamar.

EMPERADOR.

Grandeza tan singular,
No la vi, ni verla espero;
Beso tus reales manos,
Mas no lo has de permitir.

REY.

Á mi Consejo has de oir;
Mira que somos hermanos
Y que el mundo no es bastante
Para impedir este intento.
Vé, Carlos, al Parlamento.

DUQUE.

¿Hay grandeza semejante?
Vé, señor; reina estos días
En Francia, y el mundo cuente
La paz y amistad presente.

EMPERADOR.

Alto: no haya más porfías.
Rey soy de Francia, mas desto
Infiero engañado estoy,
Que como al fin huésped soy,
Queréis que me vaya presto,
Porque me dais ocasión
Con ser Rey, á que lo sea
Poco tiempo.

REY.

Nadie crea
Que ésa fué nuestra intención,
Sino que como en saliendo
El sol, las demás estrellas
No alumbran ni salen bellas
Donde están resplandeciendo,
Así yo, claro español,
No alumbro donde salís.

EMPERADOR.

Antes os contradecís
Y confesáis ser el sol.
Si el que da á otro está claro
Que es mayor que el que recibe,
Vos sois el sol que en mí vive,
Yo quien de esa luz me amparo.
Y así, temo ser Faetón
Hoy con el reino de Francia;
Pero será de importancia
Á mi mucha obligación
Que vais á España y reinéis,
Ó que les deis desde acá
Leyes que guarden allá.

REY.

Presto pagaros queréis.
Id, que os están esperando;
Mirad que sois Rey; haced
Á todos mucha merced.

EMPERADOR.

Vos las quedaréis pagando.
Mas las que de vos recibo,
¿Cómo las podré pagar?

LEONOR.

¿Acá os venís á reinar?
Mirad si engañada vivo.

Vanse el Emperador y Monsieur.

Ya ¿qué le falta de ser?
Él se ha hecho Emperador,
Tras ser del reino mejor,
De más grandeza y poder.
Y agora en Francia lo es;
Gran Turco fué el otro día;
Mas ¿cuánto va que porfía
Hasta ser Papa?

REINA.

¿No ves,
Leonor, que es Carlos casado?

LEONOR.

Y ¿con quién?

REY.

Con Isabel.

LEONOR.

¿También vos, doña Isabel?
Salid luego de mi Estado;
No toméis más almohada
Adonde estuviere yo.
No es Isabel suya, no.

REINA.

Escucha.

LEONOR.

Estoy enojada.
Francisco, ¿acá no curáis
De tiña y de sabañones,
Lámparas y lamparones,
Y á cuantos queréis sanáis?
Pues sanadme de este amor,
Que es un sabañón del alma,
Que me come y me desalma
Y me enciende en más furor.

REY.

¿No mantendréis, Duque, vos,
El torneo prevenido?

DUQUE.

Sí haré, siendo vos servido,
Aunque me corro ¡por Dios!
Donde hay tantos caballeros.

REINA.

Vos, Duque de Alba, sois flor
De España, y podéis mejor

Entre todos conoceros.
Y pues yo soy española,
En mi nombre mantened.

DUQUE.

Sólo pudo esa merced
Venir de esa mano sola.
Déme Vuestra Majestad
Colores como á criado.

REINA.

Verde con blanco y morado,
Que es gala con gravedad.

LEONOR.

Rábano pareceréis.
Sacad, Duque, mis colores,
Porque son mucho mejores
Y más gallardo saldréis.

DUQUE.

¿Cuáles son?

LEONOR.

Blanco, morado,
Azul, verde, pardo obscuro,
Amarillo, rojo puro,
Negro, pajizo, encarnado,
Rosa seca, columbino,
Naranjado, genolí,
Galde, mezclado turquí,
Rubio, dorado, broncino,
Plateado, cabellado,
Cárdeno, sanguinolento,
Colorado, ceniciento,
Bayo, grana, acanalado,
Verdeterra, cristalino,
Azulado, nacarado,
Arrebolado, rosado,
Tornasol y purpurino,
Cambiante brasil.....

DUQUE.

Detente;
Que si ésas he de llevar,
No hay en mi cuerpo lugar.

LEONOR.

Pues éstas llevad, pariente,
Porque parezcáis al sol,
Un fénix, un papagayo,
Un pavón y un guacamayo,
Y un indiano girasol.
Y por empresas honradas
Llevad, con letra sutil,
Un torrezno de pernil
Puesto entre dos rebanadas.

DUQUE.

¿La letra?

LEONOR.

La letra diga:
«Ansí me aprietas el alma.»

DUQUE.

Llevaré á todos la palma.

LEONOR.

Quien ama, á todo se obliga.
Si se ofrece ser lechón,
Se ha de dejar hacer cueros,
Porque hay dedos asaderos
Que fuego del alma son;
Si salchicha, se ha de hacer
Picar y embutir, Fernando,
Porque nadie puede, amando,
Envidiar, sino querer.

REY.

Vamos á hacer prevenir
La fiesta para mañana.

DUQUE.

Mirad, Reina soberana,
Que un Toledo os va á servir.

LEONOR.

¡Hola! Pues que sois Toledo
Y tenéis el Nuncio allá,
Decid que Leonor está
Loca de amor y de miedo.

REINA.

Á fe, que te he de casar
Con Carlos aquesta noche.

LEONOR.

Si eso hacéis, yo os mando un coche
En que os salgáis á espulgar.

REY.

Tu padrino soy.

LEONOR.

Señor,
Enviad á llamar al Papa,
Y haremos trapalatrapa
Yo y Carlos, vos y Leonor.

Vanse.

Salen el Emperador, monsieur de Memoranse y Pacheco.

EMPERADOR.

Llegadme una silla aquí.

MONSIEUR.

De oirte en el Parlamento
Muestran notable contento;
Tú, el gran valor que hay en ti.

PACHECO.

Aquí vienen negociantes.
¿Entrarán?

EMPERADOR.

Al fin yo soy
Rey de Francia. ¡Bueno estoy!

Sale Bizanzón, tudesco.

BIZANZÓN.

Yo os quiero dar para guantes.
Dejadme, español, entrar.

PACHECO.

Hombre noble parecéis;
Suplícoos que os acordéis
Que estoy en este lugar.

BIZANZÓN.

Carlos, en el nombre Quinto,
Y Décimo por la fama,
Para cuya ardiente llama

El mundo es breve y sucinto:
Yo soy un tudesco noble,
Bizanzón es mi apellido,
Al Rey de Francia he servido,
Tengo de laurel y roble
Mil coronas merecido.
Si por Roma hubiera hecho
Las hazañas que por él.....
No he negociado con él
Cosa alguna de provecho
En año de pretensiones.
Dícenme que vos reináis
Mientras en París estáis;
Estas son mis peticiones:
Tres heridas traigo aquí,
Cuatro en el brazo siniestro,
En las piernas, que no os muestro,
Otras tantas recibí.
Éste fué un arcabuzazo;
Por mí ganó el Rey á Endín,
Porque fuí el primero, en fin,
Que en el muro puso el brazo.
En la guerra de Pavía,
Cuando á Francisco prendiste,
Por vuestra dicha venciste,
Y tardaste por la mía.
Treinta españoles maté,
Las bandas de todos tengo;
Á pediros merced vengo.

EMPERADOR.

Premio es justo que se os dé.
Dos mil ducados de ayuda
De costa le den.

BIZANZÓN.

El cielo
Te cubra de blanco pelo.
¿Adónde mandas que acuda?

EMPERADOR.

Al tesorero del Rey.

PACHECO.

Tened, que hablaros deseo:
Que me debéis algo creo.

BIZANZÓN.

Pagaros es justa ley.

PACHECO.

Voy del galardón distinto
De haberos dejado entrar,
Quiero enseñaros á hablar
Delante de Carlos quinto.
¿Quién hablara como vos?
Y agradecé que está allí
Quien me detiene que aquí
No os haga de un golpe dos;
Que tal cuchillada os diera,
Á no respetar su cara,
Que aquí las calzas dejara,
Y en otra parte la cuera.
¿Treinta españoles, borracho,
Tú los osaras mirar?
Vete y haréte llevar
Deste dinero el despacho;
Porque yo lo he menester
Y te lo he de quitar luego.

BIZANZÓN.

Tanticot, pesar, reniego.

PACHECO.

De ruin vino y peor mujer.
Váyase luego el vinagre
Donde lo hayamos los dos;
Que tengo de hacer ¡por Dios!
De su misma sangre almagre,
Con que por París rotule:
«¡Pacheco, vítor!»

BIZANZÓN.

¿Tú sabes
Con quién hablas?

PACHECO.

No te alabes.
¡Que esto el César disimule!

BIZANZÓN.

¿Sabes que soy Bizanzón,
Español, celebro hueco?

PACHECO.

¿Sabes que soy yo Pacheco,
Tudesco medio frisón?

BIZANZÓN.

¿Sabes que hijo de Belona
Franceses me intitulaban?

PACHECO.

¿Sabes que á mí me llamaban
El demonio de Escalona?

BIZANZÓN.

¿Sabes que maté en Pavía
Treinta españoles que hallé?

PACHECO.

¿Sabes que en Pavía maté
Mil tudescos en un día?

BIZANZÓN.

Dame un guante y otro toma.

PACHECO.

Tomo, y espérame allá;
Que á no estar allí el que está,
No fuera por bula á Roma.

BIZANZÓN.

Por lo que tiene español,
Nunca le quise servir.

PACHECO.

¿Esto tengo de sufrir?
Póngame el César al sol.
¡Toma, borracho!

BIZANZÓN.

¡Ay de mí!

Vase.

EMPERADOR.

¿Qué es eso? Saberlo quiero;
Dilo ya.

PACHECO.

Aquel majadero,
Que me dijo mal de ti.

EMPERADOR.

¡En mi presencia le has muerto!

Monsieur, á ahorcar le llevad.

PACHECO.

Oiga Vuestra Majestad.....

EMPERADOR.

Ahorcalde.

PACHECO.

Mi daño es cierto.

MONSIEUR.

Iré á ver si fué la herida
De peligro.

Vase.

EMPERADOR.

Hacelda ver.
No me has hecho tal placer,
Pacheco, en toda tu vida.
Llégate á mí, llega, llega,
Toma este diamante; escapa,
Y vete á tierra del Papa.

PACHECO.

Mucho tu valor te ciega.
¿Adónde me mandas ir
Por un borracho, señor,
Que osó ofender tu valor?

EMPERADOR.

Si al Rey lo van á decir.....

PACHECO.

¿Qué importa? Tú eres el Rey;
Vesme aquí á tus pies echado.

EMPERADOR.

Bien has dicho y negociado:
No hay de castigarte ley.
Que al Príncipe defendiste,
Y ansí, el Príncipe te abona,
Y te absuelve y te perdona
Del enojo que le diste.
Enojéme de manera
Cuando el tudesco decía
Que había muerto en un día
Treinta españoles, que fuera,
Pacheco, á no ser quien soy,
Á campaña, y me matara
Con él. ¿Qué hay, Monsieur?

Sale monsieur de Memoranse.

MONSIEUR.

Repara
En que tras el hombre voy;
Y él tan apriesa me huye,
De polvo y sangre cubierto,
Que no le alcancé, y es cierto
Que desto su error se arguye.
Perdona por mí al portero,
Que es un honrado soldado.

EMPERADOR.

Estoy, Monsieur, enojado.
No, no; castigalle quiero.

MONSIEUR.

Señor, Francisco te dió
Licencia de hacer mercedes;
La que pido, hacerme puedes.
Rey eres.

EMPERADOR.

Si lo soy yò,
Por ti perdono al portero.

MONSIEUR.

¡El cielo, Carlos, te guarde!
Vedme, Pacheco, esta tarde,
Daros una joya quiero.

PACHECO.

Beso mil veces tus pies.
Basta que le dió afición
Del tudesco el coscorrón
Al señor Monsieur francés.

Sale Fernandillo.

FERNANDILLO.

Á tus pies vengo á pedir
Justicia.

EMPERADOR.

¿Quién eres?

FERNANDILLO.

Soy
Una mujer, aunque voy
Desta manera á morir.
Un caballero soldado
De los Mendozas de España,
Así en Aragón me engaña,
Huésped de mi padre honrado.
Llevóme á Flandes, y vuelve
Ingrato siempre á mi amor.

EMPERADOR.

¿Qué le pides tú?

FERNANDILLO.

Mi honor,
Que á no pagar se resuelve.

EMPERADOR.

¿Eres su igual?

FERNANDILLO.

Soy tan buena;
Que él es un pobre soldado,
Aunque de deudos honrado.

EMPERADOR.

No llores, no tengas pena;
Alza, que yo le hablaré,
Y hoy se casará contigo.

FERNANDILLO.

Tus años, señor, bendigo;
Beso tu invencible pie.
Veas á tu amado Felipe
Ganar á Jerusalén.

PACHECO.

Bien has negociado.

FERNANDILLO.

Bien.

PACHECO.

Porque el tuyo participe
Del mío, apártate aquí;
Que al César quiero engañar.

Aquí te ha venido á hablar.....

EMPERADOR.

¿Quién, Pacheco?

PACHECO.

Champeti,
Portero del Rey de Francia;
Pide una ayuda de costa,
Porque va y viene á la posta
Á negocios de importancia.

EMPERADOR.

Di que le den mil ducados.

PACHECO.

Beso por ellos tus pies.

EMPERADOR.

¿Tú? ¿Por qué? ¿Por el francés?

PACHECO.

Porque á mí me han de ser dados;
Que tú eres el Rey de Francia
Y yo tu portero soy.

EMPERADOR.

¡Muy bueno, á fe de quien soy!
¡Bueno andas hoy de ganancia!
Basta que me has engañado:
Ve al tesorero mañana.
Dóyselos de buena gana,
Porque es un soldado honrado.

MONSIEUR.

Aquí, gran señor, están
De parte del Real Consejo.

EMPERADOR.

Entre.

PACHECO.

¿Fué bueno el consejo?

FERNANDILLO.

Lindo dinero te dan.

Salen dos oidores.

OIDOR 1.°

Señor, pide el Real Consejo.....

EMPERADOR.

¿Qué piden?

OIDOR 2.°

Aumento piden.

EMPERADOR.

Si con sus gastos lo miden,
En sus conciencias lo dejo,
Pues son letrados famosos.
¿Qué han tenido?

OIDOR 1.°

Mil ducados,
Siendo famosos letrados
Y monsiures generosos.

EMPERADOR.

Pues denles mil y quinientos.

OIDOR 2.°

¡El cielo guarde tu vida!

Salen el Rey y la Reina, el Duque de Alba y Leonor y acompañamiento.

REINA.

¡Carlos!

EMPERADOR.

¡Hermana querida!

DUQUE.

¡Plaza! Asientos. ¡Hola! Asientos.

REINA.

Todos os piden mercedes;
Yo también vengo á pedir.

EMPERADOR.

Quien las ha de recibir
Soy yo; tú hacérmelas puedes.

REINA.

Un título habéis de dar
Á monsieur de Berlamón.

EMPERADOR.

Servirte es justa razón.
Tú, quien me puede mandar.
Pero advierte que á este paso,
Si soy Rey otros dos días,
Ni tú en qué reinar tendrías,
Ni el Rey tu marido acaso.
Hoy quiero partirme á Gante,
Que ha siete que estoy aquí,
Así porque hoy recibí
Cartas, de que es importante
Mi persona en los Estados,
Como por no empobreceros.

REINA.

Sólo me enriquece el veros.

EMPERADOR.

Tengo, hermana, mil cuidados;
Partirme importa.

REINA.

¡Qué días
Tan breves deste favor!

EMPERADOR.

Así se pasan, Leonor,
Las humanas alegrías.

REINA.

Sabe Dios lo que me pesa,
Hermano, vuestra partida.
¡Aumente Dios vuestra vida!

Abrázanse los Reyes, y aparece arriba España y Francia abrazándose, coronadas de laurel, y el Papa bendiciéndolos.

MONSIEUR.

¡Bravo triunfo!

DUQUE.

¡Heroica empresa!

SERNA.

¿Quién son las dos abrazadas?

PACHECO.

España y Francia, que son
Las que en aquesta ocasión
Triunfan, de laurel honradas,
Del Persa, del Africano,
Del Indio, del atrevido
Que se rebela al que ha sido
Su Príncipe soberano.
Paulo tercio, que las junta,
Las echa la bendición.

DUQUE.

Dure esta paz y esta unión,
Santa liga, inmortal junta,
Por bien de la cristiandad.

Cúbrase la apariencia.

LEONOR.

¡Ah Carlos! ¿Ya no me veis?
Muy poca merced me hacéis.

EMPERADOR.

Suplico á tu Majestad
Tenga en su casa á Leonor
Mientras yo vuelvo de Gante.

REY.

Mas por merced semejante,
La quiero hacer un favor;
Que ya la tengo afición.
Leonor, ya quedas conmigo.

LEONOR.

¿Al fin, que os vais, enemigo?
¡Aquí de la Inquisición,
Que va á ser Gran Turco este hombre!

REY.

Lo demás queda tratado:
Cuando volváis del Estado
Que os niega el debido nombre,
Mi hijo y vuestra sobrina
Se casarán; y á Milán
Les daréis.

LEONOR.

No es buen galán
Quien tiene dama y camina.
Llevadme, Carlos, con vos,
Que me matará la ausencia.

EMPERADOR.

Hermana, dadme licencia,
Y quedad con Dios.

REINA.

Adiós.

EMPERADOR.

Escribidme.

REINA.

Es mi ganancia.

PACHECO.

Aquí, Belardo, acabó
La historia, y lo que pasó
César Carlos quinto en Francia.

FIN.

LA MAYOR DESGRACIA DE CARLOS V

Y HECHICERÍAS DE ARGEL

COMEDIA FAMOSA

LA MAYOR DESGRACIA DE CARLOS V

Y HECHICERÍAS DE ARGEL

LAS PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

Carlos V.
El Duque de Alba.
Fernán Cortés.
Dos hijos suyos.
Antonio de Oria.
Jorge Frontispero.
Soldados.
Martín Alonso Tamayo.
María Montaña.
Dragut.
Hamete.
Asanaga.
Lela.
Axá.

ACTO PRIMERO.

Dentro ruido de desembarcar. Salen Martín Alonso Tamayo, soldado valentón, y María Montaña, su moza; Hamete, mochilero.

MARTÍN.

Ya, loor sea Cristo, tomamos
Tierra, á pesar de los vientos
Contrarios.

HAMETE.

¿Estar contentos
Del bon terra que miramos?
¿Estar Maliorca seniora
Esta?

MARTÍN.

No digo que sí;
Brame baraba sentí (1),
Como en la mar brama agora.
¿Todo lo has de preguntar?

HAMETE.

Es mesención (1)
Hacer hersalu relación (2)
Si volvese á mi logar.

MARTÍN.

¡Oh, mal balazo te vuele
Antes que vuelvas allá!

HAMETE.

¿Dónde el roba se pondrá?

MARTÍN.

Ese borracho me muele:
Ponla en aquese arenal.

HAMETE.

Eso hacemos de bon gana.

MARÍA.

¿Hay mosca, Martín?

MARTÍN.

No, hermana.

(1) Así se lee en la edición antigua este verso ininteligible. Acaso escribiría el poeta:

Jamás bramar le sentí.

(1) Verso incompleto. *Mesención*, en la jerga que habla el moro, equivale á *mi intención*.
(2) No es verso.

MARÍA.
Esa es guerra venial.
En no habiendo alojamiento,
Cualque saco ó pecorea,
No sé quién guerra desea
MARTÍN.
Sólo el católico intento
Del César.
HAMETE.
Déle votoria
Dios, cuyos milagros toco,
É Santa María tamboco.
MARTÍN.
Mira que yerras la historia,
Di también.
HAMETE.
Mí ser criado
En un logar de Aragón;
Con mi lengua é mi razón
Me enseña tú ser soldado:
Andar más, é saber más.
MARTÍN.
Podenco, el hablar ansí
De mis padres lo aprendí.
HAMETE.
To lengua venir de atrás,
É la mía de delante;
Ser al fin cristiano nuevo.
MARÍA.
Yo os juro que sois, mancebo,
Bellaco, más que ignorante.
HAMETE.
Conforme con los que andamos,
Aprender es conveniente.

Tocan.

MARTÍN.
Ya desembarca la gente.
HAMETE.
Gracias, Mahoma, te damos, (Aparte.)
Ques liesar con vida aquí
Sin que fose descoberto,
Hoy agardar el concerto
El Ráez de Alimamí.
Darme á la bona ventura,
Que en vendo Argel forterica,
Vesitaré la botica,
So divena sepultura.
Lievar bona relación.
MARÍA.
Poderosa armada ha sido,
Martín, la que ha prevenido
Con católica intención
El César.
MARTÍN.
Ha hecho España
Prueba de su mucho amor,
Pues para darle favor,
Su Nobleza le acompaña.
MARÍA.
Sicilia y Nápoles dan
De su lealtad muestras grandes,
La ilustre Génova, y Flandes,
El Sacro Imperio, y Milán;
Pues con poderosa armada
El Mediterráneo humillan.
MARTÍN.
Ya al sol pabellones brillan,
Porque sin duda le agrada
Al César, en la marina,
Sin entrar en la ciudad,
Ver la armada.
MARÍA.
Así es verdad.
¡Brava vista!
MARTÍN.
¡Peregrina!
Presto Carlos, pobre Argel,
Que te ha de dar luego á saco.
HAMETE.
¡Mal año, pero beliaco,
Para vos é para él!
¿Cómo poderme escapar
Sin que senta esta mojer,
Que más quel diablo saber?
MARTÍN.
Ya le ofrece humilde el mar
Llano el campo cristalino,
Para que á la tierra llegue.
HAMETE.
Porque dellios me despegue,
Ayudarme señor vino;
É ver done el Alcorán.
MARTÍN.
Ya la salva le aperciben,
Ya en los brazos le reciben
Los que esperándole están.

Tocan y disparan.

Ya empieza la artillería;
Ya está en tierra el Duque de Alba.
HAMETE.
En tanto que hacerle salva,
Yo sacar el chirimía.

Bebe.

MARÍA.
¿Qué haces, Pedro?
HAMETE.
¿Qué he de hacer?
Salva, que hacerme tención
Hasta no haber monición.
MARTÍN.
Ya llegan.
HAMETE.
Vuelvo á beber.

Bebe.

MARTÍN.
Ya, Pedro, estás hecho un cuero.
Alza el fardo, y ven tras mí

Que llega el César aquí.

HAMETE.

El diablo é so compañero
Poder arrancar el lío,
Que haber echado raíces
En el arena.

MARÍA.

¿Qué dices?

HAMETE.

Ten ser cantelura é frío,
Tentar el mano y verás.

MARÍA.

¿Agora sientes el peso?

HAMETE.

¡Oh! ¿Qué tenemos con eso?
Ya no más, por no ver más.
On boco querer dormir,
Bon posto andar á buscar;
Orilicas de la mar,
Tener, que es bono vivir.

MARTÍN.

María, el hatillo toma;
Que éste ya ves cómo está.

HAMETE.

Si el vino favor me da,
¿Por qué le quitar Mahoma?

Vanse.

Tocan y salen por una puerta Carlos V y los que puedan, y por otra el Duque de Alba, Fernán Cortés, Jorge Frontispero, Antonio Oria y soldados.

DUQUE.

La cesárea y católica persona
Vuestra, cuanto es de todos deseada
Sea muy bien venida.

CARLOS.

Ya os abona,
Duque, vuestra amistad y vuestra espada:
Todavía os hacía en Barcelona.
Bien prevenida viene vuestra armada.

DUQUE.

Á toda España vuestro amor la guía.

CARLOS.

Della sois general desde este día.
¿Cómo, Antonio, no llegan los amigos?
¿Tanto en darme los brazos se detienen?
Ya todos son de mi afición testigos,
Los españoles lauros os previenen.

ANTONIO.

Con hacer á los turcos enemigos
Que huyendo de mí la furia enfrenen,
Deseo responder á esos favores.

CARLOS.

Ya vos los merecéis mucho mayores.
General sois de todos los bajeles
Que han venido de Italia á estas riberas;
Que á vuestro tío, contra los infieles,
Le bastará cuidar de las galeras.

ANTONIO.

En todo, gran señor, honrarnos sueles.

CARLOS.

Son de mi amor señales verdaderas;
Es muy mi amigo Andrea.

ANTONIO.

Ansí lo infiero.

CARLOS.

¿Cómo no llega Jorge Frontispero?
¿No nos hablamos ya? Pues yo no olvido
Los amigos flamencos y alemanes,
Aunque en España esté.

JORGE.

Los pies te pido;
Que no es razón que tu grandeza humanes.

CARLOS.

Al imperio he de ser agradecido.
España tiene heroicos capitanes;
Della sois general desde este día,
Que en vuestra industria mi valor confía.
Aquí vengo pensando en unas cartas
Que el Cardenal ilustre de Toledo
Me escribe con su amor.

DUQUE.

Dirá que partas
Para poner al Africano miedo.

CARLOS.

Prorrogaciones de oro tengo hartas,
Y de su amor tan satisfecho quedo,
Que estimo sus avisos más que el oro
Que por tributo puede darme el Moro.
Escríbeme también de una campana
Que en Aragón la llaman de Vililla,
Presagio contingente, lengua humana,
Pronóstico espantoso y maravilla.
Y dice que señala á la africana
Playa su voz, y hacen en Castilla
Certámenes y fiestas á mi gloria,
Pronosticando en ellos mi victoria.
Estos versos me escribe, como estimo
Los poetas heroicos y excelentes,
Que con arte, é ingenio y fruto opimo,
En sus versos se muestran eminentes.

DUQUE.

Leerélos si tú gustas.

CARLOS.

Duque primo,
Muy bien podéis; que no son accidentes,
Ni estriba el ser valiente en las señales,
Y los poetas hacen inmortales.

DUQUE.

Sonido celestial, noble instrumento,
Fiel centinela del valor hispano,
Que de invisible y poderosa mano
Tienes tu misterioso movimiento:
Lengua sin voz, palabra sin aliento,
Intérprete del cielo soberano,
Yugo al Francés, cadena al Africano,
Cristiano aviso, general portento;
Consejera de Estado eres de Gante;
Con toga de metal, de cruz armada,
Fulmina rayos, prevención inspira.
Tu prodigio, sus glorias adelante,

El orbe tiemble de su ardiente espada,
Pues tu clamor profético es su ira.

CARLOS.

Espantado estoy de oíros
Tal nunca oído portento,
Y quisiera ¡por mi vida!
Saber de aqueste instrumento,
Ó campana, los anuncios,
Y en qué ocasiones ha hecho
Con la lengua de metal
Temblar los valores regios.

FERNÁN.

Permitid que los pies, señor, os bese.

CARLOS.

Duque, ¿quién es?

DUQUE.

Porque la envidia calle,
Hable la fama y su valor confiese;
Es Fernando Cortés, Marqués del Valle.

CARLOS.

Cierto es el triunfo, vuestra duda cese,
Ríndase Argel, los moros avasalle;
Que tal conquistador nos asegura,
Yo el César, pero vos vuestra ventura.

FERNÁN.

Sobre el cielo, señor, mi nombre pones.

CARLOS.

Verdades son, Marqués, ciertas y llanas:
Dígalo Moctezuma en las prisiones,
Las fuerzas de Taxcalla y mejicanas.
Viejo estáis ya, Fernando.

FERNÁN.

Pretensiones,
Más que la edad, me apresuraron canas.

CARLOS.

Hechos los vuestros son, si repararan,
Que, á no dudarlos, mucho os agraviaran.
Abrirle á un hombre el pecho desarmado,
Coserse, sin salir de la batalla,
Él con sola una cinta de venado,
Y no perder el brío hasta acaballa;
Haber cuatro mil leguas conquistado
Con quinientos soldados, no se halla
Escrito de Alejandro, Pirro ó Tiro;
Dádose que es milagro, no me admiro.
¿Tenéis hijos?

FERNÁN.

Dos tengo, y han venido
Á serviros conmigo á esta jornada.

CARLOS.

¿Tan hombres ya?

FERNÁN.

Sacólos de su nido
Vuestra águila imperial, del sol cercada.

CARLOS.

Habrán en todo al padre parecido
Y vuestra espada les hará su espejo.
Asistid vos, Marqués, á mi consejo.
Duque, en fin, contra el tiempo, aunque im-
[portuno,
Á la furia del mar quise oponerme.
¿Cómo se llaman?

FERNÁN.

Don Luis el uno,
Y el otro don Martín.

CARLOS.

Vengan á verme,
Despreciando el tridente de Neptuno,
Si la ventura estriba en atreverme.
Traigo del Papa contra el Turco fiero
Muchas más bendiciones que dinero.
Débeme España la mayor fineza
Que de monarca suyo se ha contado,
Pues dejo á Solimán con la grandeza
De su bárbaro ejército aprestado,
Para entrar por Hungría, y su fiereza
Me causó, por quien soy, menos cuidado
Que el daño que recibe su ribera
De los corsarios desta ladronera.
Francisco, poco estable en cualquier cosa,
Con el valiente orgullo que le guía,
La paz altera al mundo provechosa,
Y en que le dé á Milán feroz porfía.
Mostrar quiere otra vez la valerosa
Presunción, y romper por Lombardía;
Importante en Italia hubiera sido,
Pero el amor de España me ha traído.
Bien le diera á Milán, porque le ampara
Pablo, si de Francisco no entendiera
La hidrópica ambición, y que si hallara
Ocasión, luego á Nápoles pidiera.
En fin, la enemistad pasó tan clara,
Que me obligó á escribirle que saliera
Conmigo al campo, donde á tan pesadas
Contiendas diesen fin nuestras espadas.
Que para qué otra vez dejar quería,
Con lástima común de los cristianos,
Ensangrentado el parque de Pavía,
Pudiendo remitirse á nuestras manos
El derecho que tiene á Lombardía.
Que usase de los términos más llanos,
Viéndonos los dos solos cara á cara;
Y, á fe de hombre de bien, que me holgara.
Que aunque Francisco tan robusto fuera,
Y su edad juvenil le dé blasones,
Fuera posible que Madrid le viera
Confirmar otra vez las condiciones.
Yo pienso que la gota no impidiera,
Pues á los cuerpos mandan corazones,
Esta victoria, mi razón forzosa;
Mas ya no fué, tratemos de otra cosa.
Haced desembarcar la infantería
De Alemania.

JORGE.

De ti su honor confío.

CARLOS.

Vos, Antonio, llevad de parte mía
La embajada á Castilla, y vuestro tío
Prevenga esta jornada como mía.
Ya por mis cartas, Duque, el orden mío
Sabéis, y sé de vos que con cuidado
De Argel os habéis ya bien informado.

DUQUE.

Seguro estáis que negligencias mías
Á vuestro intento no han de ser ofensa;
Yo sé bien por cautivos, por espías,
Qué fuerza tiene Argel en su defensa,
Qué munición, qué muro y compañías.

CARLOS.

Seguro está que defender se piensa
Azanaga su Rey; de Zud sabremos
Su forma, porque el sitio le tracemos.

DUQUE.

Argel, ciudad á quien besa
El muro Mediterráneo,
En elevación del polo
Tiene treinta y siete grados.
Está en la provincia antigua
Que Mauritania llamaron
Cesariense, y llamóse
Tor Cesárea, tiempos largos.
Reedificóla el rey Juba,
Bisnieto del desdichado
Masinisa, que se halló
Con Cipión sobre Cartago.
Colonia romana fué,
Ilustrando los romanos
Su grandeza: Ptolomeo
Lo afirma, el itinerario
De Antonino y Estrabón,
Aunque otros autores varios
Dicen que Misgrana fué
Su apellido, pero es falso.
Fué destruída en el tiempo
Que los Vándalos y Alanos
Por el África rompieron,
Traídos por Bonifacio,
Con Geiserico, su rey,
Siendo Valentiniano
Emperador. En el tiempo
De Leoncio conquistaron
Los Árabes estos reinos,
Y con rüinas del cabo
De Metafrez, doce millas
De Argel, la reedificaron,
Y llamáronla Altecier,
Que en su lengua suena tanto
Como ciudad de la isla,
Y de aquí Argel la llamaron.
Es su natural figura
Una ballesta ó un arco
Con cuerda, con cuya frente
Elevada está mirando
Al Levante y Tramontana,
Y la punta de la mano
Derecha mira al Poniente,
Aunque un poco declinando
Á la Tramontana el medio
Deste cerco, que es lo alto
De la ciudad, al Poniente
Y Mediodía plantado,
Viene bajando á la punta
De mano izquierda, quedando
Al Levante y Mediodía
Este cerco rematado.
De punta á punta se extiende,
Como se va figurando,
La cuerda, que es la muralla,
Á quien besa el mar ufano.
Hace esta cuerda una punta
Que se extiende largo espacio
Por el mar, hasta una isla
Que da puerto á los corsarios.
El muelle es una muralla
Que hizo para reparo
El heridín Barbarroja
Después de muerto su hermano.
La vuelta del arco es
De mil y ochocientos pasos,
Y mil y seiscientos tiene
La cuerda que ata sus brazos.
Todo el cerco es de seis mil,
Y cuatrocientos; lo alto
De la muralla hacia el mar,
Es de hasta cuarenta palmos,
Y lo demás es de treinta,
Y de tres varas de ancho,
La mayor parte de todo
Á lo moderno labrado.
Por nueve puertas se sirve:
Babalbete está en lo llano;
Dos que tiene el Alcazaba,
De la tierra en lo más agro;
La Puerta Nueva se sigue;
La de Cavazón mirando
Está á la de Babalbete,
Que del uno al otro cabo
Está la calle del Zoco,
Donde es el comercio y trato,
La más ancha, la más larga,
Que tiene al fin el palacio
De los Reyes, y también
De los cautivos dos baños,
El Real y la Bastarda,
Adonde habrá de ordinario
Más de veinticinco mil,
Cuyos inmensos trabajos
Piden nueva relación
Solemnizada con llanto.
La puerta de Babacira
Está junto al muelle; abajo
Está la de la Aduana,
Y casi á su mismo lado
Las dos del Tarazanal,
Donde fabrican los vasos
Con que las costas molesten
De la tierra de cristianos.
Tiene algunos torreones,
Y un bastión terraplenado;
Á man derecha es la plaza,
De veinte pasos en cuadro.
Cinco piezas hay en él
No más, y troneras cuatro;
Otro hay á la mano izquierda,

Con tres piezas mal formado.
En el Alcazaba hay ocho,
Mas hácese poco caso
Dellas: el bastión mejor
Es el que está sujetando
La puerta de Babacira,
Que tiene al mar asestados
Veinticinco tiros, pero
Los más de hierro colado.
El foso, por muchas partes
Está ciego, esto es, en cuanto
La defensa de los muros,
Que hacia la tierra son flacos.
Son doce mil y doscientas
Sus casas, sin un pedazo
De arrabal, en que habrá mil.
Éstas divido y reparto
Desta suerte: los Baldís,
Éstos son los ciudadanos,
Tienen dos mil y doscientas;
Los que llaman Azuagos,
Que aunque son los Caibeles,
Tienen plaza de soldados,
Seiscientas casas ocupan
De Bajanes, y no trato
Los que llaman Mudejares
Y Tagarinos; pasaron
De Granada, y de los Leinos,
Y déstos solos contamos
Mil casas. Los Turcos tienen
Dos linajes y dos bandos:
Los unos son los Chacales,
Que son de los que bajaron
De Oromanía y Natolia,
Siempre en la guerra criados;
Déstos hay mil y seiscientas
Casas en pequeño espacio.
Los Turcos de profesión,
Señor, son los renegados,
Que para vergüenza nuestra
Hay Moscovitas, Valacos,
Rusos, Búlgaros, Bohemios,
Ingleses y Dinamarcos,
Flamencos, Húngaros, Bosnos,
Noruegos, Corsos, Polacos,
Franceses, Bretones, Griegos,
Vizcaínos, Castellanos,
Andaluces, Portugueses,
Aragoneses, Navarros,
Catalanes, Mallorquines,
Gallegos y Valencianos,
Sicilianos, Calabreses,
Genoveses y Toscanos,
Saboyanos, Piamonteses,
Napolitanos, Lombardos,
Esclavones, Albaneses,
Clipriotas, Venecianos,
Surianos y Abisinios,
Romanos, Arnautes, Sardos,
Candiotas, y, en efecto,
Hasta de climas indianos,
Ha puesto esta infame secta,
Redes, armadas y lazos.
Seis mil casas tienen éstos:
Fuera déstos, hay dos barrios
De judíos; habrá, en fin,
Otros cincuenta corsarios,
Que tienen bajeles suyos;
Y si el cerco fuese largo,
Quitar el agua sería
Fácil cosa á los cercados;
Que aunque hay fuentes en Argel,
Viene de un monte encañado
Media legua su cristal,
Y es muy posible atajarlo;
Hay pozos, pero salobres;
De las cisternas, en vano
Se valdrán, porque son pocas;
Poca el agua y mucho el gasto.
Los Genízaros y Turcos
Tienen diferentes grados:
En la guerra, el Adaxí
Es de todos el más bajo;
Udebaxí es el segundo,
Que es lo que llamamos cabo
De escuadra; el tercero, Toque;
Budaxi, es el lugar cuarto,
Y son cuatro solamente;
El quinto es de los Solacos;
Sexto es Baluvebaxí;
Éste tiene oficio y cargo;
Almurbabico Baxí
Es el séptimo; el octavo,
Yabaxí, que es proveedor
De todo lo necesario.
Por Baxibalvio Baxí
En el Consejo y palacio
Responde en nombre de todos,
Sin que consienta su agravio.
El Cayá es lugarteniente
Del Agá, y son los Sanjacos
Lo que llamamos alférez,
Y son también estimados.
Belerbey es General
De la gente de á caballo.
Los Cadíes son los jüeces
De los nobles y villanos;
El Agá es el General
Y el jüez por cuya mano
Los Genízaros se rigen,
Sin que del Rey hagan caso.
Los aires son saludables;
Las mareas, en verano,
Son continuas; en invierno
No hay frío que haga daño.
Lo que hay fuera de los muros
De jardines es milagro,
Donde la naturaleza
Hizo prodigios extraños;
Más son de diez mil, en todos
Arroyos limpios y claros,
Que fomentan amorosos

Cidras, limones, naranjos.
Un paraíso en la tierra
Gozan, para que en lo humano,
El que pierde los divinos,
Tenga gustos y regalos.
Abundan caza sus montes,
De trigo hermoso sus campos;
Da quinientos mil escudos
De renta á su Rey cada año,
Sin los robos y cohechos,
Que éstos son extraordinarios.
Es la más rica ciudad
Que ven los mares salados;
Sólo falta que sea tuya,
Valeroso, invicto Carlos,
Para gloria de tu nombre
Y quietud de tus vasallos.

CARLOS.

Yo espero en Dios, Duque amigo,
Poner en sus muros altos
Las águilas del Imperio
En los aires tremolando.
La relación es notable;
Mucho agradezco el cuidado
Que de informaros tuvisteis.

DUQUE.

Es el serviros descanso.

CARLOS.

¡Notable ciudad, Marqués!

FERNÁN.

Serán á tu valor raro
Los muros de Babilonia
Humilde estatua de barro;
Cierta la victoria tienes.

CARLOS.

¡Plegue á Dios será acertado!
Que en viéndonos á la vista,
Vamos desde el mar mirando
Cómo ha de plantarse el sitio.

Dice de adentro Martín.

MARTÍN.

Dejadme pasar; que traigo
Un aviso que le importa
Y es fuerza comunicarlo.

SOLDADO.

¡Quita, pícaro!

MARTÍN.

¡Por Cristo,
Que no sé si es tan hidalgo
Él!

SOLDADO.

¡Matalde!

CARLOS.

¡Hola! ¿Qué es eso?

Sale un soldado.

SOLDADO.

Un maltrapillo, un soldado.

CARLOS.

Es imposible que sea
Pícaro y soldado; paso;
Que implican contradicción
Los nombres que le habéis dado.
No hay soldado que no sea
Noble; que el galán ornato
No añade valor al pecho
Ni mayor fuerza á los brazos.
Salid, miradlo, Marqués.

Va el Marqués.

SOLDADO.

Señor.....

CARLOS.

Esperad, amigo,
Que quiero á hablar enseñaros:
El ser soldado es en mí
La mayor honra que alcanzo;
No estimo los dos Imperios
Ni todos los reinos tanto.
Pues si es soldado, ¿por qué
Ha de ser pícaro?

DUQUE.

¡Extraño
Amor!

Sale el Marqués.

FERNÁN.

Un soldado es,
Á lo que parece, honrado,
Que aunque está herido, desea
Avisarte de un engaño
Antes que se cure.

CARLOS.

Llegue;
Que ya le esperan mis brazos.

Sale Martín Alonso Tamayo con un paño atada la cabeza y ensangrentado.

MARTÍN.

¡Oh, pese á tanto mandón,
Que luego al primer balazo
Reniegan y piden sueldo!
Beso tus pies.

CARLOS.

Levantaos;
Y si es mucha la herida,
Y el suceso no es pasado,
Curaos primero que habléis;
Que yo aguardo.

MARTÍN.

Ese es trato
De hombres de bien ¡pese á mí!
Y no el de algunos beatos
De espada. ¡Por Jesucristo,
Que si tuviera pasados
Los hígados siete veces,

Sólo el haberte escuchado
Bastaba para sanarme!
Ya lo estoy; vamos al caso;
Señor, yo truje.....

CARLOS.

Cubríos;
Que os puede el aire hacer daño.
Demás, que sois para mí
Lo que Grande en mi palacio.

MARTÍN.

Señor.....

CARLOS.

Mostrad dónde está
La herida.

MARTÍN.

En aqueste lado.

CARLOS.

Abrigalda y decid luego.

MARTÍN.

¡No se ha visto tal ensalmo!

Cúbrase.

No lleven de aquí adelante
Á la guerra cirujanos,
Sino un rey que tan piadoso
Ponga en la herida sus manos.
Digo, en fin, que yo he traído
Con la miseria del fardo
Un mochilero que dijo
Ser de Aragón y cristiano,
Si bien de padres moriscos,
Y conmigo se ha hallado
En todas las prevenciones
Que contra Argel se trazaron,
Informándose de todo.
Hoy, que á Mallorca llegamos,
Saltando en tierra, fingió,
Señor, que estaba borracho,
Y fuése por la ribera
Del mar, entre los peñascos,
Á buscar dónde dormir.
Fuíme, acomodé mi rancho,
Y volviéndole á buscar,
Después de haber rodeado
Media legua la marina,
Sentí mover unos ramos
En una cala, allí cerca.
Apresuré más el paso,
Y vi que era un bergantín
Que estaban turcos bogando.
Ya en el agua le tenían,
Y vide entre ellos ufano
Mi mochilero, diciendo
Que se hiciesen á lo largo.
Venció el enojo al temor,
Y al peligro el desengaño.
Descolguéme por las peñas;
Pero ya hallé sólo cuatro
Turcos, que viéndome solo,
Para prenderme cerraron
Conmigo; mas quiso Dios
Que del primer hurgonazo
Dió el uno patas arriba;
Alcanzóme el otro un tajo,
Adonde fué menester
El milagro del soslayo.
Asentéle al otro un cabe,
Golpe en bola tan bien dado,
Que se salieron los sesos
Por las roturas del casco.
Desde el bajel daba voces
El perro de mi criado
Que me dejasen y huyesen
Antes que diesen rebato.
Con esto los dos turquillos
Se arrojan al mar nadando;
Llegan á su bergantín,
Alzan vela, y yo, volando,
Vengo á avisar porque salgan
Las galeras á buscarlos;
Que es espía y puede hacer
Su relación mucho daño.

CARLOS.

Avisen á Andrea presto;
Mucho agradezco el trabajo,
Mucho os debo.

MARTÍN.

Así es verdad.
Ocho pagas me es á cargo
Desde marras, ¿no se acuerda?

CARLOS.

Aguardad; que ahora reparo
En que os he visto otras veces.
¿Sois Martín Alonso acaso
De Tamayo?

MARTÍN.

Sí, señor.

CARLOS.

Marqués, Duque, he de contaros
Lo que hizo en Alemania;
Estando yo atrincherado
Seis leguas de Wastibona,
Que los rebeldes contrarios,
Superiores en poder,
Pretendían que á lo raso
Saliese á dar la batalla.
Mas yo, que estaba aguardando
Los tercios de España y Flandes,
Sin salir de los reparos
Sufría sus baterías.
Y finalmente, eché bando
De que, pena de la vida,
No osase ningún soldado
Salirse de las trincheras.
En esto salió un bizarro
Tudesco armado y blandiendo
Una pica: qué, ¿tan alto
Sería, Martín?

MARTÍN.

No sé,
Que me pudo costar caro;

No me acuerdo.

CARLOS.

Era un gigante,
Fuerte y suelto como un gamo.
Empezó á decir afrentas
Á los de España, llamando
Uno á uno á los más fuertes:
Todos, suspensos, callaron.
¿Qué hace nuestro Martín?
Deja el arcabuz, y hallando
Una pica, sin sentir
Se fué por tierra arrastrando
Hasta salir del cuartel
Cuarenta ó cincuenta pasos;
Llaméle é hízose sordo.

MARTÍN.

No escucha un desesperado.

CARLOS.

Marcha para su enemigo,
Y estando no largo espacio
Dél, hincóse de rodillas.
¿Qué rezaste, y á qué santo?

MARTÍN.

Tres Avemarías solas
Á la Virgen.

CARLOS.

El cuitado
Llevaba una pica sola,
Sin peto ni guardabrazos,
Ni morrión; mas el tudesco
Le esperaba bien armado
De su coselete: al fin,
Uno con otro cerraron,
Y al tercer bote de pica,
Que pareció ser milagro
De las tres Avemarías,
Le degolló por lo claro
Del baberón y la gola;
Tendióle en medio del campo
Y cortóle la cabeza.

FERNANDO.

¡Bravo hecho!

MARTÍN.

No muy bravo,
Pues que no me dieron nada.

CARLOS.

No escapaste mal, Tamayo;
Que á fe de quien soy, que tuve
Mucha gana de ahorcaros.

Sale María Montaña hablando desde adentro.

MARÍA.

¿Ha de tener á ese hombre
Hasta que esté desangrado?
¿El César no echa de ver
Que será razón curarlo?

CARLOS.

¿Quién es?

MARTÍN.

Mi mujer, señor.
¡Quedo, demonio; habla paso!

MARÍA.

Allí hay ya huevos y estopa;
Venga, veremos si es algo.

CARLOS.

¿Á la guerra con mujer,
Martín?

MARÍA.

Si somos casados,
¿Qué importa? Lo que Dios junta,
Los reyes no han de apartarlo.
Yo le he dado cuatro veces
La vida, que estuvo un año
Ha, ya se va, ya se viene.

DUQUE.

Y ¿de qué?

MARÍA.

De un mosquetazo.
Yo le curo y no le estorbo,
Porque antes suelo animarlo
(Aunque no lo ha menester)
En baterías y asaltos.

CARLOS.

Es buen soldado Martín.

MARÍA.

Así fuera bien pagado.

MARTÍN.

Calla.

MARÍA.

¿No digo verdad?

MARTÍN.

¡Voto á Cristo, que eres diablo!

CARLOS.

Denle á Martín treinta escudos;
Que no soy con él más largo
Porque hay muchos á quien dar
Y está el dinero tasado.

MARTÍN.

Beso tus pies cien mil veces.

MARÍA.

Y digo, ¿quién ha de darlos?

DUQUE.

Curad á vuestro marido,
Y volved, que yo os aguardo.

MARÍA.

Vamos, Martín.

MARTÍN.

Por servirte
Sólo deseo estar sano.

MARÍA.

Los duelos, con pan son buenos.

MARTÍN.

Haya mosca y lluevan tajos.

Vanse.

CARLOS.

Duque.....

DUQUE.

Señor.....

CARLOS.

¿Quién es éste

Que trató mal á Tamayo?

DUQUE.

Un hidalgo que he traído
De un príncipe encomendado.

CARLOS.

Pues con cartas y otra cosa
Me haced gusto de enviarlo
Á España antes que anochezca.

DUQUE.

Á obedecerte me allano.

CARLOS.

Mirad, si hemos de vencer,
No hace falta, muchos vamos;
Y quien así los desprecia,
Nunca será buen soldado.

Tocan, y vanse. Salen Asanaga, Dragut, Lela y turcos.

ASANAGA.

¿Cómo podrá temer, Dragut valiente,
Argel con tu valor al enemigo?

DRAGUT.

Yo soy, Asan, tu amigo.
Montes allane, humíllese el tridente
De Neptuno furioso;
Pero ¿qué mucho, cuando soy esposo
De la mayor belleza
Que ha dado al mundo la naturaleza?

LELA.

Contradice, Dragut, el ser dichosa
La gloria que le das á mi hermosura.

ASANAGA.

¿Quién vió más fresca y pura
Romper al alba soñolienta rosa,
Al capullo que empieza
Á hacerte pedestal de su belleza?
¿Dónde el áspera grana
Que iguale con beldad tan soberana?

Sale Hamete.

HAMETE.

Á bon ponto legiar; aquí podemos
Agardar, que pasamos cortesías.

ASANAGA.

Ya las vanas porfías
Del César alemán resistiremos,
Pues tengo tu socorro.

DRAGUT.

No dudes la victoria, que me corro;
Ya su desdicha toco.

HAMETE.

Si querer hacer algo, habla más poco:
¡Joro á Dios que tener bastantemente
En qué entender!

DRAGUT.

Asán, en mí ha venido
La ventura de Argel; su pecho alienta
La gente que he traído
Y el nuevo sol que en Lela ha amanecido:
Pronóstico dichoso
Que anuncia el vencimiento generoso.

ASANAGA.

Ya por cartas, Dragut, hago que el pecho
Del gran señor á tu valor se fía:
Tu venida sabrá (1);
Mas no del todo alegre y satisfecho
Espere tanta suerte.

DRAGUT.

Pues de mi relación su dicha advierte.

ASANAGA.

Ocupa aqueste estrado:
Repose el alba en un Abril pintado.

DRAGUT.

Cuidadoso de las nuevas
De que juntaba las tropas
De Nápoles y Sicilia
El Emperador de Roma,
El gran señor que á sus plantas
Son cuatrocientas coronas
Despojos, sin doce imperios,
De Tartaria, de Antioquia,
De la insigne Notolia,
De la antigua Babilonia,
Del Malabar del Oriente,
De la rica Trapisonda,
De los atrevidos Citas,
De la gran Constantinopla,
De las ciudades de Grecia,
Del suelo patria de Troya,
Soldán del Cairo y Egipto,
Gran Califa de Siconia,
Señor de América y Asia,
Dueño de la media Europa
Y de las ricas provincias
De las africanas costas,
Hasta donde riega el Bambo
Las arenas de Etiopia,
Juntó para este socorro
Los bajeles de la Rosa,
Y me eligió porque vuelva
Por su crédito y su honra.
No eligió, aunque tan valiente,
Al Queridín Barbarroja,
Que le ganó la ventura
El coronado en Bolonia.
Dióme el gonfalón sagrado
Con las lunas y la cola
Del caballo, y cargué al viento
Las bastardas y las bordas.
Treinta quillas de galeras
La espuma del mar abollan,
Y despedazando espejos,
Rasgan plata y cristal cortan.
Sin que tormentas se atrevan
Á alborotarme las olas,
Pasé al Chío, y les dí vista
Al Cante y á la Velona.
Admitieron la bonanza

(1) Verso incompleto.

Las nereidas, y las focas
Salieron á ver mis leños
Sobre corales y conchas,
Hasta que ayer descubrimos,
Con la risa del aurora,
Promontorios africanos,
Donde pusimos las proas.
Tomamos puerto en Argel;
Á las galeras abordan
Esquifes, que desembarcan
Al azote de Moscovia,
Los genízaros valientes
Que sujetaron á Rodas,
Entre todos conocidos
En las plumas y garzotas.
No quise dejar un punto
Á Lela, sí Lela hermosa,
Pues me la dieron los cielos
Porque su deidad conozca.
Es hija del gran señor
Y de la divina rosa
Solimana, cuyo nombre
Con su belleza conforma.
Venga Carlos, y verá,
Cuando el mar sus naves sorba,
Que ya los escollos besan,
Ya con las estrellas tocan,
Si le vale su tiara,
Si imperial asusta toga,
Que yo basto á hacer que ruede
De entre sus plantas la bola.

HAMETE.

¿Podré yo, señor Asán,
Dar de mi soceso conta?

ASANAGA.

Bien venido seas, Hamete.

HAMETE.

Oímos lo que le importa:
Á las riberas de Esbania
Salir con licencia soya,
Y en el col de Balaguer
Metimos el galeota.
Caminamos con buen tino
Á liegar á Zaragoza,
Donde de algunos moriscos
Tomar rastro de las cosas.
Miramos levantar gente;
El provincias se desploban,
El hejo dejar el padre,
Como el marido el esposa.
En companias acoden
Al ilustre Barcelona,
Que allí juntamos armadas,
La de Italia é la española.
Me porque nada emportante
Se me encobra si se esconda,
Modar el sano vestido
Por el jaquetilla rota,
Hacerme bezar on bobre,
Tomar el mochila, é roba
De un certo soldado vejo,
Que ben tora é mejor obra.
Á Garcielona liegar,
Donde guardamos el flota,
Que nos liebar con bon tempo
Á las islas de Maliocas.
Allí liegar Carlos quinto,
Que haber embarcado en Ostia,
Con otra mayor armada;
Alá el número me acorda.
Sen el gente de so garda,
Acompanian so persona
Seis mil esbanioles, gente
De quien librarnos Mahoma;
Otros seis mil alemanes,
Que hablamos en jericonza;
Cinco mil etalianos,
É no de gente besonia.
Los que llegaron de Esbania
No querer sueldo, que sobra
Todos ser avantoreros,
En que más mostrar el forza.
Venimos el Duque de Alba,
Que de la armada esbaniola
Ser Generale, con el
Duque de Sesa é de Soma;
Venir el Conde de Feria,
Don Bedro de Fegeroa,
É dos hermanos con él,
Mozos fortes como el roca;
Fernán Cortés é dos hijos
De esperanzas milagrosas,
El de Ascoli, que de Leyva
Apellido dar más gloria;
Venir Conde de Chenzón,
El de Oñate hacer el propia,
El de Escalante é Gragal,
Gente forte, altiva é moza.
Éstos traen las galeras:
Bernandino de Mendoza;
Venir Herrando Gonzaga,
Venir Camilo Colona,
É con Jorge Frontispero,
El Marqués de Terranova,
É con Agustín Espinola,
Un sobrino de Andrea de Oria.
Venimos el mismo Andrea,
Tan vejo como so gorra,
Don García de Toledo,
É otras dos ó tres bresonas.
Ser al fin quinientas velas,
Naves, galeras, mahonas,
Veinte é cinco mil soldados,
Que prometerse votoria.
Trae mocho monición,
Escalas, picos é sogas,
Pólvora, balas, azadas,
Hachos, bariles, esbortas;
Bozcocho, queso, grabanzos,
Habas, aroz é otras frotas
Secas, é tanta del carne
De aquella bestia sabrosa

Que el Alcorán proheber,
Pepas del hijo de obas;
Venagre, cete, manteca,
Hegos, pasas é otras cosas;
Mocho canión reforzado.
Senor Asán, no se dorma;
Que el que mocho se confía,
Suele perder la votoria.
Y adverter, señor Dragut,
Que el tocarse al Zaragoza
La campana del Velilla,
Ser hazaña prodigiosa;
Porque cuando en otros tiempos
El cristiano haber votoria,
Esta campana haber sido
La que nos dar en la cholla.

ASANAGA.

Calla, Hamete, no la nombres,
Ni traigas á la memoria
De esa campana enemiga
Las ofensas de Mahoma.
De nuestros antecesores
Borró las hazañas propias,
Diciendo en lengua de bronce,
Que de Granada despojan
Los gallardos africanos
Y las más bizarras moras,
Dando á Isabel y á Fernando
Con sus voces paz dichosa.

DRAGUT.

¿Qué dices, Axá valiente?
¿Qué te altera y alborota?

LELA.

Ya recelo tu peligro.

DRAGUT.

Mandaré partir las tropas;
Que yo para todos basto.

HAMETE.

Con este Axá tener Coria;
Añádele un C, y dirá:
Zagal es si Carlos soma.

ACTO SEGUNDO.

Salen el Alcalde, Llorente y Parral.

LLORENTE.

¡Extraño caso, compadre!

PARRAL.

¡Prodigiosa maravilla!

ALCALDE.

No ha sucedido en Velilla,
¡Por el siglo de mi madre!
Más ha de meses noventa,
Otro tanto.

LLORENTE.

¿Cómo no?
Mi bisabuelo contó,
Si no me yerro en la cuenta,
Que se tocó esta campana
Cuando se perdió Rodrigo.

ALCALDE.

No ha tanto lo que yo digo.

PARRAL.

¡Que toda aquesta mañana
No haya hecho son tocar!

ALCALDE.

¿Oisteis la voz?

LLORENTE.

Yo sí.

ALCALDE.

Tratemos los tres aquí:
¿Qué querrá significar?

PARRAL.

Señal de agua.

ALCALDE.

¡Desatino!

LLORENTE.

¿Por qué?

ALCALDE.

Dados á entender.

PARRAL.

Porque no hay en mi poder
Una blanca para vino.

ALCALDE.

¡Que siempre has de ser bausán!

PARRAL.

Más vale, que temerario.

ALCALDE.

Gente sube al campanario.

LLORENTE.

Á ver la campana van.

Sale D. Diego.

DON DIEGO.

Amigos, el cielo os guarde.

ALCALDE.

Su merced sea bien venido.

DON DIEGO.

¿Qué prodigio es el que ha habido,
Si acaso no llego tarde,
Decid, de cierta campana
Que sin que el viento importuno
La moviese, ni hombre alguno,
Hoy se tocó?

ALCALDE.

Es soberana
Maravilla.

DON DIEGO.

Verla quiero,
Porque paso á Barcelona;
Que va el César en persona
Á Argel contra el Turco fiero,
Y quiérole, Alcalde, hacer

Relación de aqueste caso.

ALCALDE.

Desde su oriente al ocaso
El sol, á mi parecer,
No mira tal maravilla,
Puesto que á Dios la consagro:
La campana del Milagro
Se llama, y la de Velilla.
Tocándose, visto habemos
Suceder casos dichosos,
Aunque otras veces dañosos;
Son secretos sus extremos.
Anuncio del bien y el mal
Suele ser; vamos á vella,
Y os iré contando de ella
Mil cosas. Venid, Parral.

Vanse.

PARRAL.

No voy porque el baile viene,
Y tomo lugar, ¡por Dios!

LLORENTE.

Después iremos los dos.

PARRAL.

Buen rostro la novia tiene.

Salen Antón, Lucinda, labradores y músicos.
Cantan.

Á las bodas de Lucinda,
Más bella que el mismo sol,
El sacristán de Velilla
Aquesta letra cantó:
Estos desposados, gócense mil años.

Canten lo que quisieren.

PARRAL.

Gocéisos un siglo, amén.

ANTÓN.

¿Un siglo?

PARRAL.

¿Es poco? Sean dos.

ANTÓN.

¿Dos?

PARRAL.

Pues sean tres.

ANTÓN.

Nunca vos,
Parral, me quisisteis bien.
La otra no me duró
Tres meses, y duró mucho.

LLORENTE.

¿Tres meses?

LUCINDA.

¿Qué es lo que escucho?

ANTÓN.

Y un año me pareció.
¿Un siglo tengo de estar
Casado?

PARRAL.

La novia es linda.

ANTÓN.

Si tanto duráis, Lucinda,
Yo no me quiero casar.

LUCINDA.

Pues ¿con vivir os ofendo?
Eso, ¿cómo puede ser?

LLORENTE.

Callad.

ANTÓN.

Yo quiero mujer
Que se muera en yo queriendo.

LUCINDA.

Digo que me moriré.
Cesen ya vuestros desvelos.

ANTÓN.

Ni me habéis de pedir celos,
Ni gruñir cuando os los dé.

LUCINDA.

¡Oh, qué bueno!

ANTÓN.

Heis de callar
Á todo cuanto os dijere;
Si tarde á casa viniere,
No me habéis de pescudar
De adónde, cómo ó por qué;
Si anduviere Juan Garrote,
Heis de hablar por el cocote.
¿Qué respondéis?

LUCINDA.

Que lo haré.

ANTÓN.

El decir tan presto sí,
Me ha dado que sospechar;
Que pienso os queréis casar
Para vengaros de mí.

LUCINDA.

No, Antón, sino que te adoro;
Y como lograr deseo
Este venturoso empleo,
Que por mi bien atesoro,
No hay cosa dificultosa
Que ya para mí lo sea.

ANTÓN.

¡Plegue al cielo que ansí sea
Y que no os quede otra cosa!

LUCINDA.

Si cuando faltas, Antón,
De Velilla, y al ganado
Te vas, no queda el cuidado
En vigilante prisión;
Si á todas aquestas flores
Que miras en este valle,
Contemplando tu aire y talle,
No les digo mil amores,
No viva.

PARRAL.

¡Qué desatinos!
No deis en esa locura:
Apártese, señor cura.

Dentro, Tirso viene volteando al tablado.

TIRSO.
¡Válgame el santo Longinos!
ANTÓN.
Tirso, ¿qué hay?
TIRSO.
¡Qué sé yo!
Fuí la campana á besar,
Y apenas pude llegar
Los morros, cuando me dió
(Vi las estrellas del cielo)
Un tapaboca; y tal fué,
Que sin ser ángel volé
Del campanario hasta el suelo.
¡Muy grandes son mis pecados!
ANTÓN.
No son, pues no te has casado.

Salen D. Diego, el Alcalde y Leonor.

DON DIEGO.
No quisiera haber dejado
De vella por mil ducados.
No se puede imaginar,
Más es de lo que pensaba;
Lo que, Alcalde, deseaba
Era llegarla á tocar.
ANTÓN.
Yo lo tengo á mal agüero.
LEONOR.
Yo también.
ALCALDE.
¿Por qué los dos?
LEONOR.
Decildo.
ANTÓN.
Decildo vos,
Que sois mujer del barbero.
LEONOR.
Estábamos muy en paz
Mi esposo y yo, y en tocar,
Me comenzó á porrear.
ANTÓN.
¡Qué buena fiesta y solaz!
No hay para mí mejor día
Que el que pego á mi mujer.
LUCINDA.
¿Eso, Antón, habéis de hacer?
ANTÓN.
Cuatro veces cada día.
LUCINDA.
Duelos os dé Dios, amén.
ANTÓN.
Y si agora te tocara,
Pienso que no me casara.
LUCINDA.
Aunque vos pese.
ANTÓN.
Está bien.
Estaba mi suegra, oid,
Difunta y amortajada,
Más plañida y más llorada
Que fué *Babieca* del Cid
(Ver no puedo esta campana)
Y así como se tocó,
Mi suegra resucitó.
PARRAL.
Nunca una quimera vana
Te faltó.
DON DIEGO.
Partirme quiero;
Venid á darme recado,
Huésped.
LEONOR.
Talle de hombre honrado
Tiene, á fe.
PARRAL.
Y de caballero.
ALCALDE.
Vamos, señor.

Dentro:

Que se toca
La campana.
DON DIEGO.
Allá subamos
PARRAL.
Anda, Leonor.
LEONOR.
Todos vamos.
LUCINDA.
Yo he de subir.
ANTÓN.
Quita, loca.
ALCALDE.
Vamos á vella, señor.
DON DIEGO.
Hoy no quiero hacer jornada.
ALCALDE.
Yo os contaré en la posada
Mil cosas.
PARRAL.
Sube, Leonor.
LLORENTE.
Quedo, que vuelve á tocar.
ANTÓN.
¿Otra vez?
LUCINDA.
Y aun otras dos.
ANTÓN.
¡Mala Pascua me dé Dios
Si yo me pienso casar!

Vanse.

Salen Axá, Lela y Hamete.

AXÁ.
Esta es toda tu pasión.
LELA.
Esto es lo que me desvela.

AXÁ.

Pues sosiega, hermosa Lela,
Tu afligido corazón.
Más de novecientas son
Las estrellas; tu pesar
No tiene ahora lugar,
El vano temor destierra,
Que no ha de morir en tierra
Tu esposo, sino en la mar.
Procura con tus cuidados,
Porque la vida resista,
Que jamás vaya á conquista
De caballeros cruzados.

LELA.

¡Oh amor, puesto entre soldados!
¿Quién á tu poder se humilla?

HAMETE.

To gran tencia maravilla.

AXÁ.

Esta es presunción ligera;
Mas de su misma galera
Le amenaza alguna astilla.
De Carlos la presunción
Su pensamiento atropella;
Que influyó en él una estrella
Á quien llamamos Asón;
Que jamás por la mar son
Dichosos los que nacieron
En ella, y siempre perdieron
De sus trabajos los frutos.
Nuestros santos morabutos,
Que viviendo, ejemplo fueron
De virtud y santidad.
Á tu duda han de asistir:
¿Atreverte has á salir
Conmigo de la ciudad
En la muda obscuridad?

LELA.

¿Qué dificultad no emprende
Una mujer que pretende
Asegurar su temor?
Ánimo tengo y valor,
Que del miedo me defiende.

AXÁ.

Pues Hamete solo va
Con las dos; de lo que vieres
No te burles ni te alteres.

LELA.

¿Eso dudas? Vamos ya (1),
Pues que la noche ha venido.

AXÁ.

Espera, y verás vencido
En la confusión tu intento.
Trae una luz.

HAMETE.

Como el viento
Iré por ella.

Aparece una luz.

HAMETE.

Ha venido,
Axá, por tu vida ser
Este luz bona é segura.

AXÁ.

¡Eh, Hamete! Llevar procura
Ánimo en lo que has de ver.

HAMETE.

Axá, me querer volver.

AXÁ.

Eso no, que has de asistir,
Y has de ver y recibir
Mercedes del morabuto.

HAMETE.

¿Mí he de mirarle? ¡Oxte, puto!
Vener Hamete á morir.

AXÁ.

¿Temes tú?

HAMETE.

Seniora mía,
Muy valiente ser de día.

LELA.

Las tinieblas obscuras
Me turban; ¿qué edificios son aquéstos
Que oprimen las alturas?

HAMETE.

¡Válame Alá!

LELA.

En sitios tan funestos,
¿Qué intentas, qué pretendes?

AXÁ.

Ya con las dudas tu valor ofendes.
De Babazón la puerta
Hemos dejado atrás, y aquí enterrados,
Con paz segura y cierta,
Están los morabutos celebrados,
Que el Alcorán guardaran,
Y sus ritos divinos observaran.
Zid Jacob colocado
Está junto á esta peña, que el mar bate;
Zid Bornos, renegado
Cordobés, yace altivo en el remate
Desta montaña fría,
Por donde á ver su ermita sale el día.
Mas, sobre todo, aplica
Al túmulo que miras tus luceros,
Que es de Zid de Butica,
Á quien saludan cuantos marineros
Del puerto se despiden,
Y con varas de haya cristal miden:
Entra seguramente.

LELA.

Temblando estoy.

HAMETE.

Mover el pie no puedo.

AXÁ.

Un milagro evidente
Quiero que veas, que te quite el miedo.

LELA.

¿La luz matas? ¿Qué has hecho?

HAMETE.

Bon noche nos dé Alá.

(1) Falta un verso.

LELA.

Mi fin sospecho.

Descúbrese en un sepulcro una lámpara muerta, y enciéndese ella.

AXÁ.

Mira cómo se enciende
Por sí misma la lámpara sagrada,
Zid, y por quien suspende
Su furia el aire, y de la mar salada
Los montes erizados
Se miran vanos de cristal cuajados.
Levanta el cuerpo frío,
Dime, ¿qué fin tendrá la fiera guerra?

Levántase la piedra, y vase levantando un muerto con una calavera por cabeza.

LELA.

La piedra se levanta:
¿Qué pecho ha de sufrir desdicha tanta?

HAMETE.

¡San Alá, San Mahoma,
Valer el zancarrón, que estar en Meca!

LELA.

Ya del sepulcro asoma
El cadáver helado, estatua seca.

HAMETE.

Ben poder tú ser santo:
Mas no haber visto que sombrarme tanto.

MUERTO.

Vosotros, que vinisteis
Á impedir mi reposo en noche fría,
No temáis ni estéis tristes;
Que el gran Profeta á declarar me envía
Los caminos más llanos
Contra la altiva armada de cristianos.
Por avisos divinos
Que una campana ha dado, es cierta cosa,
Bordando en cristalinos
Buriles el aljófar más preciosa,
Que será Carlos dueño
Y monarca de Argel, y ansí, del sueño
En que estaba, os aviso
Sacrifiquéis, en aras dedicadas
Á nuestro Paraíso,
Los animales que os diré, y echadas
Las cenizas, es cierto
Que no verá su armada vuestro puerto.
Degüella en limpias aras
Cuatro becerros negros, seis ovejas,
Que como con las varas
De Jacob diferencien las guedejas,
Cuyas entrañas luego,
Al dar rayos el sol, echa en el fuego.
De la sangre vertida,
Un baño te has de dar, y ansí bañada,
De la lumbre encendida,
Con los conjuros de que estás usada,
Las entrañas divide,
Y con líquido aceite el fuego impide.
Y cuando esté la guerra
Trabada, de los polvos parte envía
Al agua, y á la tierra,
Y al aire, de quien más favor confía;
Que así será bastante
Á que no tome Argel Carlos de Gante.

Cúbrese.

AXÁ.

Oye, visión sagrada,
No te apartes de mí de esa manera.

HAMETE.

¿Ver los osos te agrada?
Dejarle andar, camine por doquiera.

LELA.

Aun no recobro apenas
La helada sangre que faltó á las venas.
Por Dios, Axá, te ruego
Que nos vamos de aquí.

AXÁ.

Tú me apercibe
Los becerros y el fuego;
Y verás que tu esposo alegre vive
Con la mayor victoria
Que ningún turco ha dado fama y gloria.

LELA.

Eso yo lo prometo.
Volvámonos agora, pues promete
Tu ciencia dulce efeto.

AXÁ.

¿Para qué á obscuras vamos? Llega, Hamete,
Y enciende.

HAMETE.

No alcanzamos.

AXÁ.

Enciende presto. ¿Para qué nos vamos?

HAMETE.

Mijor andar á escuras,
Porque nadie saber lo que hacemos.

LELA.

Con luz vamos seguras;
Acaba, pues.

Llega temblando.

HAMETE.

Botica, no queremos
Saber tu hechicería;
On poco de so luz sólo quería.
Vosancé, estemos quedo.

AXÁ.

Presto verás á Carlos destruído.

HAMETE.

Mocho temblar no puedo;
Mas ya, en efeto, habemos encendido.

LELA.

Camina, el paso allana.

HAMETE.

Andar delante yo de bona gana.

Vanse.

Tocan y hay ruido de desembarcar. Sale Carlos V, y los demás con él.

Dentro:

¡Tierra, tierra! ¡Amaina, amaina!

CARLOS.

¿Conocéis bien la que vemos,
Cómitre leal?

UNO.

De Argel
Miro el levantado cerro.

CARLOS.

Id aguardando el armada.

OTRO.

Lleva lengua.

Salen.

JORGE.

Hoy tus deseos,
Invicto Carlos, se ven
Cumplidos y satisfechos.

ANTONIO.

No tienen poder los moros,
Alterados y soberbios,
Que contradigan airados
Tu voluntad y tu intento.

CARLOS.

Dadme esas armas, Antonio;
Dejadme besar el peto
Adonde la imagen traigo
De la Reina de los cielos,
Cuya limpia concepción
Con alma y vida confieso,
Y morir en su defensa,
Como cristiano, protesto.
¡Oh Argel, trágico teatro,
Donde perdiéndose Diego
De Vera, dió su desdicha,
Si no temor, escarmiento,
Y el valeroso don Hugo
De Moncada dió sus leños,
Á fuerza de las tormentas,
Hechos piezas en el puerto!
Mas yo espero en Dios quitar
Á Zelín este desprecio.
¿De España llega el armada?

ANTONIO.

La salva está respondiendo.

Disparan una pieza.

JORGE.

El Duque de Alba ha llegado
Á la escala.

CARLOS.

Llegue luego;
Que aquí será menester
Su prudencia y su consejo.

ANTONIO.

Ya llega el Marqués del Valle.

CARLOS.

¡Gran soldado!

ANTONIO.

¡Raro ejemplo
Del mucho valor de España
En los climas extranjeros!

El de Alba por una parte, armado, y por otra el Marqués del Valle y sus dos hijos D. Luis y D. Martín.

DUQUE.

Déle Dios muy buenos días
Á Vuestra Majestad, siendo
Señor del lugar que mira.

CARLOS.

De Dios y de vos lo espero.

FERNÁN.

Ruego á Dios que, como el sol,
Que sus rayos va esparciendo,
Ocupe los altos muros
De aqueste lugar el vuestro.

CARLOS.

El cielo os guarde, Fernando.
¿Quién son estos caballeros?

FERNÁN.

Mis hijos; y no he querido
Que los veáis hasta el tiempo
Que tenemos la ocasión
En la mano; que el ponerlos
En los mayores peligros
Ha de ser su mayor premio.
Hoy empiezan á serviros;
No los exceptéis, os ruego,
De peligros y trabajos;
Que os certifico y prometo
Que sentiré mucho más,
Puesto que soy padre, verlos
Vivos en la retaguardia,
Que no en la vanguardia muertos.

CARLOS.

¡Oh buen Fernando Cortés!
¡Cuánto de oiros me alegro!
Todos cuatro iremos juntos,
Y no será malo el puesto;
Que si me veo en la playa
No seré de los postreros,
Por la fe de hombre de bien.

FERNÁN.

Mil veces los pies os beso.

CARLOS.

Sentaos, que es bien que se mire,
Antes que á tierra lleguemos,
Lo que nos importa hacer
Para lograr nuestro intento.
Éste es Argel, españoles,
Alemanes y tudescos;
Ésta es la ciudad temida,
Y ésta es la que á ganar vengo.
Ved si es justo atrincherarnos,
Abrir cavas, plantar cestos,
Y tras de las baterías

Embestir con más aliento.
Ó, como vamos saltando
En la playa, ir embistiendo;
Que la determinación
Es á veces de provecho.
Desto conviene avisarme;
Que yo hiciera lo que siento
Si, como es mía la gloria,
Fuera mío sólo el riesgo.

DUQUE.

Supuesto, heroico señor,
Lo que decís, y supuesto
Que, siendo Atlante del mundo,
Queréis repartir su peso,
Digo que á mí me parece
Será conocido yerro
Acometer la ciudad
Sin prevenirse primero.
Si fuésemos rebatidos,
¿Dónde ampararnos podremos?
¿Qué foso nos asegura?
¿Qué buen orden, qué gobierno?
La pólvora está mojada,
Y los soldados más viejos
Mareados y rendidos
Por la inclemencia del tiempo.
¿Qué han de hacer los españoles,
Aunque gallardos y diestros,
Sino entregarse á las armas
De los bárbaros soberbios?
No son los turcos soldados
Tan cobardes ni tan necios,
Que perderán la ocasión
Si conocen el cabello.
Desde aquí se ve una punta,
Padrastro á lo que sospecho,
Del Alcazaba, en que puede
Hacer admirable efecto
La batería; la mano
Izquierda se ve un repecho
Que predomina al bastión
Que tiene guardado el puerto.
Á este lado hay muchos sitios
Importantes; que hay en ellos
Fuentes y arroyos; tomados
Y seguros tales puestos,
Tras alguna batería,
Por el menos fuerte lienzo
Se embiste á Argel, que sin duda
De este modo venceremos:
Para tomar tierra agora,
Las galeras, porque entremos,
Nos guardarán; caminen
Con buen orden y concierto,
Con los esquifes delante
Cargados de mosqueteros,
Y detrás de las galeras
Irán los bajeles gruesos.
Esto es lo que me parece
Por la experiencia que tengo,
Aunque en todo me remito,
Gran señor, á vuestro acuerdo.

FERNÁN.

Si advertís, señor invicto,
Que estamos en el invierno,
En una playa sujeta
Á las ráfagas y vientos,
Desamparada de abrigos,
Donde, en mudándose el tiempo,
Cosa en invierno forzosa,
No queda humano remedio,
Veréis que la dilación
Más cruel guerra ha de haceros
Que las genízaras armas,
Que ya están de vos temiendo.
Discreta es la prevención,
Es verdad, yo lo confieso;
Mas mientras se bate el muro,
¿Quién nos asegura el puerto?
El peligro de la tierra
Sólo nos causa desvelos,
Sin temer el de la mar,
Siendo mayor y más cierto.
Si como pueden hacerse
En nuestro real pertrechos,
Estacadas y trincheras,
Y otras trincheras de efecto,
Pudiera hacerse á la armada
Un muelle, un abrigo cierto,
Donde estuviera guardada
Mientras nosotros venciendo,
Siguiera el voto del Duque;
Mas si la armada perdemos,
¿Qué importa que Argel se gane
Para España y el Imperio?
Cuanto más, que es imposible,
Pues también los bastimentos
Se anegan, y en breves días
El hambre es verdugo nuestro.
Digo, señor, que es mi voto,
Que del modo que ha dispuesto
El Duque, salte la gente,
Y vaya el muro embistiendo;
Porque si nos prevenimos,
También se previenen ellos.
Ellos en su casa aguardan,
Nosotros en suelo ajeno.
Y si es cierto que en España
Una campana, instrumento
Es de contingentes casos,
Con espíritu profético,
Debe Vuestra Majestad
Temer futuro suceso,
Pues todos casos anuncia,
Siendo divino instrumento.

CARLOS.

Espantado estoy de oiros,
Y estimo vuestro consejo,
Y quisiera ¡por mi vida!
Saber de aqueste instrumento,
Ó campana, los anuncios,
Y en qué ocasiones ha hecho

Con la lengua de metal
Temblar los valores regios.

DUQUE.

Si tiene Vuestra Cesárea
Gusto de oir los sucesos
De la campana, ocasión
Á los divinos ingenios
De España, con lengua ruda
Diré de sus movimientos
Espantosas profecías
Y nunca vistos portentos.
Cuando vine de Castilla,
Yo fuí testigo que el cielo
Movió su impulso, inspirado
De su artífice primero.
De su antigüedad tomé
De memoria los sucesos
Más notables, y podré,
Si es tu gusto, darte dellos
Noticia.

CARLOS.

Haréisme lisonja:
Empezad.

DUQUE.

Estadme atento,
Invictísimo Monarca,
Admiración de los tiempos
Presentes, por tus hazañas,
Pasados, por tus abuelos.
Aunque no temas desdichas
Venciendo tristes sucesos,
Porque te obedece el mar
Y te respetan los vientos,
Y el más valeroso moro,
Viendo tu poder inmenso,
Como á deidad te venera,
Cual víctima ofrece el cuello,
Á la voz de una campana
Que admira, y honra tus reinos,
Que agora con propio impulso
Habla con lengua de acero,
Escucha, porque ha mil años
Que con profético aliento,
Casos alegres anuncia,
Previene tristes sucesos.
Yace en la parte más noble
Que riega el sagrado Ibero.
La antigua y fiel Celtiberia,
Hoy ilustrísimo reino
De Aragón, que sus hazañas
En dilatados imperios
Le dió el timbre de las glorias,
Y ofreció rendidos cetros.
Julia Celsa ocupa en él
El más floreciente suelo,
Que con variedad de flores
Goza olorosos trofeos.
Colonia fué de romanos
Con edificios soberbios,
Mas hoy, del tiempo la injuria,
La tienen humildes techos.
Hasta el nombre le ha trocado
Por honra ó por menosprecio,
Pues que la llaman Bililla
Por los bilitanos pueblos.
Cuando resonó en España
La verdad del Evangelio,
Y Diego abrasó las almas,
Como rayo hijo del trueno;
Cuando sobre una columna,
Estando en el mortal velo,
La Virgen Santa le habló
En la ribera del Ebro,
Y la imperial Zaragoza,
Con tan celestial trofeo,
Más que por su augusto César
Es ilustre por su templo,
La fe Bililla recibe,
Y por tan santos empleos
Su devoción la señala
Por teatro de portentos.
Después de largas edades,
Conservándose en su celo,
Debido culto á los santos
Rinde, y olores sabeos.
Templos fabrica devotos,
Y para su ministerio,
La campana del Milagro
Milagrosamente vieron,
Las siempre lucientes aguas,
Como divino instrumento,
Por Ebro, en un barco sola,
En Bililla tomó puerto.
En el alcázar sagrado
Del gran Nicolas, le dieron,
Entre dos ricas columnas,
El más alto alojamiento.
Al lado de otra campana
Está, descubierta al cielo,
Donde las lluvias la mojan
Y le da calor el Febo.
Tiene de circunferencia
Diez palmos de metal terso;
Hendida está por un lado,
Que le da ronco el acento.
Dos imágenes de Cristo,
De muy relevados cuerpos,
Tiene al Oriente y Poniente,
De María y Juan en medio.
Están al Septentrión
Y al Mediodía luciendo,
Dos hermosísimas cruces,
Señal de nuestro remedio.
En la orla y circüito
Se ve este elegante verso,
De la sibila Cumea,
Con letras latinas puesto:
Christus Rex venit in pace,
& Deus homo factus est,
Que anunciando al mundo dicha,
Dijo, en nuestro español vuelto:
«Cristo Rey nos viene en paz,

Y Dios ya hombre se ha hecho.»
En la fundación gloriosa
Dicen, por divino acuerdo,
Que asiste un dinero santo
De los que por Cristo dieron.
Fuertemente se estremece
Antes de tañer, queriendo
Que la gravedad del caso
Espante en su movimiento.
Tócase en forma de cruz
Cuando, sin impulso ajeno,
Futuros casos avisa,
Da saludables consejos.
Círculos la lengua hace,
La campana discurriendo,
Y siempre su golpe aplica
Adonde avisa el remedio.
Otras veces tiembla y calla
Con mortífero silencio,
Ostentando admiraciones
Y atemorizando ingenios.
Como ministra de Dios,
Se hace tener tal respeto,
Que á uno que la fué á tocar
Le derribó casi muerto.
Es diferente el sonido
Cuando en alto ministerio
De profecía le aplica,
Que aquel con que junta al pueblo.
En el tiempo de Rodrigo,
Por sus ardientes deseos,
Vió en cautiverio sus huestes,
Vuelto en ceniza su Imperio.
De los godos valerosos,
Que del estrago sangriento,
Para vengar sus agravios
Con noble fuga salieron,
Un escuadrón se recoge
Á los montes Pirineos,
Hallando en sus duras peñas
Apacible alojamiento,
En cuyo seguro albergue,
Entre espadañas y enebros,
En un levantado risco
Una obscura cueva vieron.
Penetran por la espesura,
Y en el silvestre aposento,
Tendido en la dura tierra,
Ven un ermitaño muerto,
De ásperas pieles vestido,
De barba y largo cabello,
Un rosario en el cordón,
Y una cruz de palo al cuello.
Su mano diestra tendida,
Señalaba con el dedo
Una lisa piedra escrita
Con el gótico alfabeto.
«Quien estas letras leyere,
Y viere mi helado cuerpo,
Déme honrada sepultura
En pago de lo que vieron
(Decía la piedra). El año
Que don Rodrigo, soberbio,
Por violencias de la Cava
Ocultará fin incierto,
La campana de Velilla,
Que tiene de Dios el sello,
Fiel pronóstico en el orbe
De misteriosos secretos,
Dará voces; si entendidas
No fueren de los mancebos
Nobles que aquesto leyeren,
Teman muerte ó cautiverio.
Y tú, valerosa España,
Que en tanta aflicción te ha puesto
Un traidor, una cruel,
Una venganza, un desprecio,
Esta divina campana
Te servirá de consuelo,
De noble y fiel centinela
Contra alevosos intentos.
Los trabajos de tus Reyes,
Sus glorias y sus trofeos,
Lamentará su piedad,
Celebrará sus contentos.
Al rey de Aragón Alonso,
Al de Navarra, á don Pedro,
Príncipe de España, y otros
Muy ilustres caballeros,
Avisará su prisión,
Año mil y cuatrocientos
Y treinta y cinco, que fué
En un naval desconcierto.
Después, el año siguiente,
Cuando libertad tuvieron,
Su alegre celestial voz
Publicará este suceso.
Al mártir Pedro de Arbués,
Que por la fe padeciendo,
Entre el coro y el altar
Honra á su Augusta y Aseo,
Celebrará religiosa,
Cuando su sagrado cuerpo,
Con mortíferas heridas,
Caerá, tocando á su entierro.
Si el católico Fernando
Rindiere el último aliento
Por llevar en mejor vida
De sus victorias los premios,
La generosa campana
El año del nacimiento,
Mil quinientos diez y seis,
Famoso le hará y eterno.
Si el francés Carlos Borbón,
Ya sin real mandamiento,
Querrá saquear á Roma
Y rendirla á sangre y fuego,
Su justa muerte amenaza,
Porque se atreve, soberbio,
Al que ¡vive Dios! sucede
En la nave de San Pedro.
Año de cincuenta y ocho,

El más radiante lucero
De las estrellas humanas
Que ilustran nuestro hemisferio,
Perderá su luz y pompa,
Cesará su movimiento,
Sentiráse en la campana,
De Atropos el golpe fiero.
Publicará las traiciones
Del bárbaro Sarraceno,
Que en la vega de Granada
Tendrá usurpados gobiernos.
Descubrirá la intención,
Año de mil y seiscientos
Y uno, cuando tratarán
Los moros levantamiento.
Ocho veces juntarán
En Aragón y en Marruecos,
Sus magnates para el caso,
Y ocho les causará miedo.
Después, un Filipo Augusto,
Á unos cuarto, á otros tercero,
Cuando le obligue en Italia
Un justo aborrecimiento,
Victorias del nuevo mundo
Y venganzas en el nuestro,
El año de veinticinco
Publicará el universo.»
Esto, señor, se halla escrito
En anales verdaderos:
Hoy se toca, Dios te avisa,
Teme contrario suceso.
Pomposo viento es el mundo,
Y, como dijo un discreto,
Con viento de este sonido
Quiere avisar Dios al viento.

CARLOS.

En Dios pongo mi esperanza.

FERNÁN.

Yo temo triste suceso.

DUQUE.

Señor, como Hernán Cortés,
Aunque son tantos sus hechos,
Tuvo con gente desnuda
Sus batallas y reencuentros,
Gente al fin que se espantaba
De un caballo y de los ecos
De un arcabuz, imagina
Que ha de ser aquí lo mesmo.
Esta es guerra diferente;
Los contrarios son tan diestros
Como nosotros; no saben
Tener á las balas miedo.

FERNÁN.

¿Cómo puedo yo negar
Lo que se sabe tan cierto?
Tropas de desnudos hombres,
Á mi espada, señor, dieron;
Pero no añade el vestido
Bizarro valor al pecho,
Ni el acero de las armas
Dará al corazón aliento.
No fué gente tan cobarde
Los desnudos, que no hicieron
Cosas que dieron asombro
En un tan prolijo cerco.
Y para que Vuecelencia
No haga dellos desprecio,
Yo le aguardo en la campaña
Tan desnudo como ellos.
Salga Vuecelencia armado
De todas piezas; veremos
Si como vencí desnudos,
Esta vez armados venzo.

DUQUE.

No soy yo, Fernán Cortés,
De los hombres que acometo
Con ventaja á mi contrario;
Vuestra confianza entiendo.
Si soy yo el desafiado
Y las armas nombrar puedo,
Una espada solamente
Nombro como caballero;
Con ella aguardo en el campo.

FERNÁN.

Así quede.

CARLOS.

¿Qué es aquesto?
¡Hola! Ninguno se vaya
Ni se aparte de su puesto.
Alcanzad, Antón de Oria,
Ese guante. Mucho debo
Á mi paciencia, Marqués;
Vos alteráis mi consejo.
¿No veis qué bien? ¡Por mi vida,
No se hable más en eso!
Mucho enojo me habéis dado,
Poco amor, poco respeto.
Sígase el voto del Duque.

DUQUE.

Mil veces los pies os beso.

CARLOS.

Á su bajel cada uno,
Y con orden y concierto
Se embarquen.

FERNÁN.

Llegue el esquife.
Venid, hijos, que voy ciego.

Vanse.

CARLOS.

¿Fuése el Marqués?

JORGE.

Ya se fué.

CARLOS.

De su valor estoy cierto,
Duque amigo. Á vuestro cargo
Todo lo importante dejo.
Poned en orden la armada.

DUQUE.

Los favores que me has hecho,
Á morir por ti me animan.

En Dios, gran señor, espero
Que mi consejo te importa.

CARLOS.

¿Cuándo, Duque, no fué el vuestro
Importante?

ANTONIO.

Señor, mira,
Que con su esquife pequeño
Camina á tierra el Marqués.

CARLOS.

Haced señal con un lienzo.
Airado va el viejo noble;
Temerario busca el riesgo.

JORGE.

Mal hice en no detenerle.
Ya el llamarle es sin provecho.

CARLOS.

¡Marqués, Marqués, boga á tierra!

ANTONIO.

¡Rara cosa!

JORGE.

¡Extraño intento!
Á la muralla se acerca,
Y en la misma puerta ha puesto
Clavado el puñal.

CARLOS.

¡Soldados,
Socorrelde! ¡Extraño exceso!

ANTONIO.

Con una piña le han dado.
Ya se levanta del suelo
Mal herido.

CARLOS.

¡Oh buen Fernando!
¡Socorrelde, caballeros!

Vanse.

Sale Fernán Cortés con sangre, como que ha caído, y sus dos hijos.

FERNÁN.

Aquesto es hecho;
Yo quedaré, aunque muerto, satisfecho.

LUIS.

¡Señor mío!

FERNÁN.

Callad. No ha sido nada.
¡No desmayéis! ¡Seguid vuestra jornada!

DON MARTÍN.

Pudiera estar atento el mundo todo
Á tal valor.

FERNÁN.

Llevadme á la galera
No muy asido. ¡Ay, cielo! ¡Quién tuviera
Los quinientos soldados á su lado,
Con que en las Indias fuí tan respetado!

LUIS.

Aquí los hallarás á todo atentos.

FERNÁN.

No haré, que aquéllos son otros quinientos.

LUIS.

Vamos, señor.

DON MARTÍN.

Tu vida prevenimos.

FERNÁN.

Poco á poco, no piensen que huímos.

Vanse.

Salen Martín Alonso y María Montaña, y Martín con arcabuz.

MARTÍN.

¡Cuerpo de Dios! En la tierra,
¿Habíanos de llegar?

MARÍA.

Favorable ha sido el mar:
No es mal principio de guerra.

MARTÍN.

Las puertas están cerradas.

MARÍA.

Anduvo el Marqués valiente.

MARTÍN.

Pacífica está la gente,
Si ya no son acordadas
Estratagemas y ardides.

MARÍA.

No puede ser otra cosa;
Que ésta es gente belicosa.

MARTÍN.

Bien con la verdad te mides.
Ya el Duque de Alba acomoda
Nuestro cuartel en el llano.

MARÍA.

Acudid al rancho, hermano;
Que se irá la tarde toda
En esos discursos vanos.

Tocan.

MARTÍN.

¡Qué furiosos han salido
Los turcos, y han embestido
Á los tercios italianos
Que defendían al puente!

MARÍA.

¡Acudid á la bandera!
¿No veis que el campo se altera
Y podría ser que intente
El Duque dalles socorro?

MARTÍN.

Montañas de flechas tiran,
Y los nuestros se retiran.
Sólo de vello me corro.

Vanse.

Salen Lela y Axá á la muralla.

LELA.

Ya los nuestros han salido
Orgullosos y lozanos;
Aunque huyendo los cristianos,

El recelo no he perdido.
¿Á qué aguardas, Axá mía?
Prosigue con tus intentos,
Destruyan los elementos
Desta armada la osadía.
Esparce al viento ligero
Tus conjuros. Sepa el mar
Que puedes en él mandar.

AXÁ.

Lela, la ocasión espero;
No voy deteniendo en vano
La mortal ejecución.

LELA.

Pues en tanto, mi afición
Preste favor á mi mano,
Con tósigo ponzoñoso,
Causen mis flechas espanto;
Y así ayudaré entretanto
Á mi nación y á mi esposo.

Sale Carlos V con la espada desnuda, y gente con él.

CARLOS.

¿En la primera ocasión
Desmayáis, soldados míos?
¿Así se pierden los bríos
De tan valiente nación?
Seis turcos os espantaron
Sin poderlos resistir;
Volved, para ver huir
Los mismos que os retiraron.
¡Santiago!

Éntranse y pelean.

AXÁ.

Ya llegó,
Lela, el tiempo deseado.

LELA.

Mi esposo se ha retirado,
Y furioso lo siguió
Hasta las puertas de Argel,
Carlos, español león.

AXÁ.

¡Bajo cristal, éstos son
Los que han de hacerte cruel!
¡Nubes, con aqueste hechizo,
Con rigores más humanos,
Lloved sobre los cristianos
Agua, truenos y granizo!

Esparce los polvos, y hay tempestad, y tocan á guerra.

LELA.

Ya empieza la tempestad.

AXÁ.

Esto puede mi cautela.

LELA.

La vida te debo.

AXÁ.

Lela,
Vuelve alegre á la ciudad.

Vanse.

ANTONIO.

Dentro.

Á retirar, que los aires
Y la lluvia no nos dejan
Pelear.

JORGE.

Dentro.

Ya por granizo
El cielo nos tira flechas.

ANTONIO.

Dentro.

¡Qué obscura llega la noche,
Vestida de nubes negras;
Los relámpagos alumbran,
Y los truenos amedrentan!

CARLOS.

Dentro.

Retirar, retirar hijos,
Con orden; tocad trompetas.

JORGE.

Las tiendas derriba el aire.

Sale Carlos V.

CARLOS.

¡Amigos, á las trincheras!
No las desampare nadie,
Pena.....; mas ¿qué mayor pena
Que la inclemencia del tiempo,
Que tan contrario se muestra?
¡Qué obscuridad tan notable!
Tropezando en las tinieblas,
Desatinado camino
Adonde el dolor me lleva.
¡Oh, cómo brama la mar!
¡Oh, cómo azota la tierra!
¡Oh, cómo gimen los aires!
¡Oh, cómo arrancan las peñas!
Los fanales de la armada
Tanto á los cielos se llegan,
Que duda la fantasía
Si son fánales ó estrellas.
Aun aquí se oyen las voces,
¡Oh rigurosa tormenta!
No articulando palabras,
Formando llorosas quejas.
Bárbara playa de Argel,
¿Dos veces quieres que pierda
En ti su opinión España,

Sin que con las armas venzas?
Pon en campaña más hombres
Que gotas de agua despeñan
Tus montes que escupen ríos
Por bocas que vi tan secas;
Pon genízaros y turcos
En campaña más que piedras
Me están tirando las nubes,
Que solo Carlos te espera.
De encantos viles te vales,
Porque por naturaleza
Tan repentina mudanza,
Es imposible que sea.
Mas ¿por qué aumento las voces
Cuando las aguas se aumentan?
¿Con quién peleo? ¿Á quién venzo?
¿Contra quién busco defensa?
Señor, pecados son míos,
Castigo es de mi soberbia;
Que para poder quejarme
No puedo alzar la cabeza.
Caigan sobre mí, Señor,
Los gigantes de estas sierras,
Y permitid que los justos
Por mi causa no perezcan.
Estas aguas despeñadas
Juntan la turbia violencia
En los cuarteles de España;
Sin duda todos se anegan.
Su amor me lleva á ayudarlos,
No hay guardas, no hay centinelas;
Mas ¿quién podrá ser pastor
De tan perdidas ovejas?

Salen Martín Alonso y María Montaña, mojados, levantando un hato.

MARÍA.
Ten, que le lleva el arroyo.

MARTÍN.
¡Cuerpo de Dios! ¿Esta es guerra?
¿Pudiérase á luteranos
Tratar de aquesta manera?

MARÍA.
¡Cosas del Emperador!
Sácale más á la arena.

MARTÍN.
En cualquiera parte hay lodo,
Todo está cual digan dueñas.

MARÍA.
Este Carlos, ¿qué nos quiere?
Por el invierno navega.

MARTÍN.
¡Barrabás brame en su vida!
¡Sólo matarnos intenta!
¡Válgale el diablo, por hombre,
Y á mí si no le dijera
Mil blasfemias!

MARÍA.
Ea, acaba.

MARTÍN.
¡Diablo! ¿No ves lo que pesa?

MARÍA.
Tome de ese lado, amigo.

CARLOS.
Bien es que sufra y consienta;
Que por lo menos el triste
Descansa cuando se queja.

MARÍA.
Levante de aqueste lado.

MARTÍN.
Llegue, hermano; así se vea
Libre del Emperador,
Que no es bendición pequeña.

CARLOS.
Ea, Martín, que algún día
Podrá ser que bueno sea;
Que los tiempos no son unos.

MARTÍN.
Pues, señor, ¿con la inclemencia
De este tiempo andáis ansí?

MARÍA.
¡Ay, padre mío! ¿Qué esperas,
Martín? Dale ese capote.
Dios, señor, os dé paciencia.

MARTÍN.
¡Jesús, cuál te tiene el agua!
¡Voto á Cristo, que quisiera
Que fuera el tiempo persona,
Que cuerpo á cuerpo riñera
Sólo por vengaros dél!

Sale el Duque de Alba, mojado.

DUQUE.
Amigos, ¿así se dejan
Las trincheras? Yo iré solo
Esta noche á defendellas.
¿Quién va allá?

CARLOS.
Yo soy, Duque.

DUQUE.
¿Así dejáis vuestra tienda?

CARLOS.
¿He de estarme yo guardando
Y que mi gente se pierda?
No, Duque, acudamos todos
Á lo que más nos convenga.

MARÍA.
La furia de la mar crece.

CARLOS.
Esta confusión lo enseña.

Voces dentro.

JORGE.
¡Á la mar, que nos perdemos!
¡Oh Virgen de Atocha!

CARLOS.
Ella
Os valga en esta ocasión,
Y á mí me dé fortaleza.

OTRO.
Tocó el suelo con la quilla.

¡Abrióse!

CARLOS.

Muchas galeras
Deshechas dan en la costa,
Y algunas las aguas quiebran.

DUQUE.

La obscuridad de la noche
Hace mayor la tragedia
Y hace mayor el horror.

FERNÁN.

Dentro.

¡Que me anego!

CARLOS.

¿Quién se anega?

FERNÁN.

¿Hay quien me dé un cabo?

CARLOS.

¡Cielos!
Si no me engaña la idea,
Éste es hombre de importancia.

MARTÍN.

Aquí tengo una cuerda,
Mas no sabré á quién la doy.

CARLOS.

Ven, Martín, conmigo; llega.

MARTÍN.

No habéis de entrar vos, señor.

CARLOS.

¿Quién habrá que me detenga?

FERNÁN.

¿No hay quien me socorra?

CARLOS.

Amigo,
Cuerda arrojo, asíos della.

FERNÁN.

¿Hacia adónde?

CARLOS.

Hacia aquí.

FERNÁN.

Ya la hallé.

CARLOS.

Salid afuera.

Sale Fernán Cortés mojado.

FERNÁN.

Para daros muchas gracias
Por la vida que me queda.

CARLOS.

¿Quién es?

FERNÁN.

El Marqués del Valle.

CARLOS.

¡Oh agravio de Julio César,
Cuánto sintiera el perderte!

DUQUE.

¡Cuánto mi error me avergüenza!

FERNÁN.

¡Y cuánto siento, señor,
El veros desta manera!

CARLOS.

¿Vuestros hijos?

FERNÁN.

Mientras pude
Los guardé, porque eran prendas
Del alma, y por socorrellos
Consentí que se perdieran
Unos vasos de esmeraldas,
Señor, cuyo precio era
De trescientos mil ducados.
Ya estando en vuestra presencia
No me preguntéis por hijos;
Vivid vos, y todos mueran;
Que lo más priva lo menos,
Y de nada se me acuerda.

CARLOS.

¡Ah, Marqués!

FERNÁN.

¡Ah, mi señor!

CARLOS.

Ya no importa que os entienda.

DUQUE.

¡Oh canas mal advertidas!

CARLOS.

¡Amigo Duque, paciencia!

FERNÁN.

Si por dicha.....

CARLOS.

Ya está hecho.

DUQUE.

Si pensara.....

CARLOS.

¿Quién lo niega?

FERNÁN.

Si al llegar.....

CARLOS.

Ya no se hizo.

DUQUE.

Si entonces.....

CARLOS.

Ya no aprovecha.

MARTÍN.

Todas las naves se rompen.

CARLOS.

Amigos, por vuestra cuenta,
¿Qué hora puede ser?

MARÍA.

Las diez.

CARLOS.

Pues nadie el ánimo pierda.
Aguardemos á las doce;
Que en esa hora, la Iglesia
Y en los conventos de España
Á Dios por nosotros ruegan.
¡Ah, campana de Velilla!
¡Si es tu profecía ésta,
Secretos investigables
Son los tuyos; toca apriesa,
Que eres hoja si campana,
Y las hojas aún no aciertan,

Sin la voluntad divina,
Á dar motivo á las lenguas!

FERNÁN.

Á recoger, gran señor.

CARLOS.

¡Hijos, nada me consuela;
Que ésta es mi mayor desgracia,
Y es forzoso que la sienta!

ACTO TERCERO.

Salen Carlos, el Duque de Alba y Cortés.

Dentro.

¡Á embarcar presto, á embarcar!

CARLOS.

Oigan las piezas de leva
Mis soldados, ya que el mar,
Ó nos pretende engañar,
Ó quiere que se le deba
Más que á la tierra.

DUQUE.

Soldados,
Á embarcar; que el César quiere
Volver á Europa.

CARLOS.

Quien viere
Que están los cielos airados
Contra mí, guardando á Argel,
Dirá que el César alcanza
Recelo ó desconfianza
De la fortuna cruel.
Y pienso, sin duda alguna,
Por la fe de Emperador,
Que ha de triunfar mi valor
Del rigor de la fortuna.
Trabajos me ha de valer
Mi espíritu generoso;
Más invicto, más famoso
La adversidad me ha de hacer
Que el triunfo, de aquí adelante,
Pues verán que soy con esto,
En las victorias modesto,
Y en las fatigas constante.

FERNÁN.

No se ha visto ni leído
En las antiguas historias,
Ni en las humanas memorias,
Que haya gente padecido
Tantos trabajos: los vientos,
Los cielos, el mar, la tierra,
La sed, la hambre, la guerra,
Los bélicos instrumentos,
Parece que conjurados
Están contra nuestra gente;
No se vió tan inclemente
La fortuna con soldados.

DUQUE.

No parece natural
Tan rigurosa porfía;
De alguna nigromancía
Fué efecto.

CARLOS.

No digas tal,
Porque el cielo, sin enojos,
Nos echa deste hemisferio
Con algún alto misterio
Investigable á mis ojos.
No debe de convenir
Que se gane agora Argel;
Yo me conformo con él;
Padecer quiero y sufrir
Esta desgracia, advirtiendo
Que el Dios de los escuadrones
Es oculto en sus acciones,
Y que no le comprehendo.
Duque, las armas volvamos
Contra herejes; que quizá
Al cielo se servirá,
. . . . (1)
Aunque primero quisiera
Vengarme en África desto.

DUQUE.

No será, señor, tan presto,
Si el cielo desta manera
Nos resiste.

CARLOS.

¡Trance cruel!
Y ¿ansí, en término sucinto,
Trata Argel á Carlos quinto?
Yo me vengaré de Argel.
¿Cuántos soldados me cuesta
Esta jornada?

DUQUE.

Trescientos,
Pocos más; pero los vientos
Han hecho tumba funesta
Al agua, de marineros (2)
Importantes; que han quebrado
Las ondas del mar crueles
Muchos de nuestros bajeles,
Y piezas se han afondado
De la gruesa artillería.

CARLOS.

Eso se debe sentir,
Porque vendrán á servir
Á los turcos algún día.

Sale Jorge.

JORGE.

Hoy llegaron á la armada

---

(1) Falta un verso.
(2) Verso aislado entre dos redondillas.

Un embajador inglés
Y otro de Francia.

CARLOS.

No es
Este tiempo de embajada.

JORGE.

Seguiránte, pues querrán
Darte su embajada en él.

CARLOS.

Sigan. Vámonos de Argel.

JORGE.

Parabienes no serán.
Como á las ondas crueles,
Que á tu deseo pusieron
Agravios del viento, fueron
Tantos pequeños bajeles,
No han de caber los soldados
En los que quedan.

CARLOS.

Al mar
Los caballos se han de echar,
Y estarán desocupados
Los bajeles.

JORGE.

Pues señor,
Los caballos, que en la guerra
Son las fuerzas importantes,
¿Quieres que se pierdan? Antes
Se podrá quedar en tierra
Alguna gente canalla,
Sin valor, sin opinión,
No los caballos, que son
Las fuerzas de la batalla
Y vaca de Andalucía.

CARLOS.

Perdonadme, que andáis necio:
Soldado soy, y más precio
Que el reino y corona mía,
No un soldado, un mochilero
De mi ejército: ¿es razón
Que hombres que cristianos son
Fuesen hoy despojo fiero
De los turcos? Mis caballos
Vayan al mar, eso no;
Hagan lo mismo que yo
Mis amigos y vasallos.

DUQUE.

Vayan á la mar los míos.

FERNÁN.

Los míos irán también.

JORGE.

Y los míos.

CARLOS.

Eso bien;
Embárquense en los navíos
Que los recios huracanes
Nos han reservado sanos,
Los soldados italianos,
Y luego los alemanes;
Los españoles serán
Los últimos.

JORGE.

Con razón;
Que ellos los primeros son
Que murmurándole están
Á tu Majestad sus cosas;
No respetan la deidad
De la sacra Majestad,
Con palabras injuriosas.

CARLOS.

Yo los nombré los postreros
Por dos razones: la una,
Porque en la adversa fortuna
Son los soldados primeros
De sufrir y padecer;
La otra, porque ellos son
Dueños de cualquier fación
Que el César sabe emprender.
Y si las demás naciones
Son huéspedes, cortesía
Será darles este día
Primeras embarcaciones,
Y que los dueños de todo
Sean los últimos; y esos
Que murmuran mis sucesos,
Como decís, de ese modo,
Tales son, que cuando oyeran
Murmurar alto de mí,
No lo sufrieran, y ansí,
Gustara que se atrevieran
Los alemanes, que son
Sol del mundo sin igual,
Á decir de Carlos mal
Delante los españoles,
Y veréis si les obliga
Amor á volver por mí.

FERNÁN.

El que dice mal de ti,
No quiere que otro lo diga;
Esto al español sucede,
Y como del corazón
Sus mismas quejas no son,
Sufrir las de otro no puede.

CARLOS.

¡Alto: á embarcar! Hoy Argel
Airados rayos arroja;
Si yo encuentro á Barbarroja,
Tomaré venganza dél.

Salen María Montaña y Martín Alonso.

JORGE.

Faltando los bastimentos,
Naves y gente, este día,
Vana fuera la porfía,
Cuando convidan los vientos
Á embarcar, sin que se pierda
Más en aquesta jornada.

MARÍA.

Á fe de mujer honrada,
Que no ha sido fación cuerda
Retirarnos, sin tener
Nuestro agosto en esta playa;

Carlos á Europa se vaya,
Que aquí sabremos vencer.

MARTÍN.

¿Y si faltan bastimentos?

MARÍA.

Ir á merendar á Argel.

MARTÍN.

Hechiceras hay en él
Que hacen crujir los vientos.
Vamos á matar herejes,
Ya que moros no matamos.

MARÍA.

Y ¿no es peor que seamos
Alimento de los peces
En ese mar, pues apenas
Cabemos en esas naos?
¿Somos aquí bacallaos,
Tiburones ó ballenas,
Que hemos de volver nadando?
Á los españoles dejan
Los postreros.

JORGE.

Ya se quejan,
Maldiciendo y renegando
Del César.

MARÍA.

Esos gabachos
Toman el mejor lugar;
Sin duda deben de estar
Los capitanes borrachos,
Y aun estaba por decir
Carlos quinto ó Carlos sexto.

JORGE.

¡Que nunca se enoje desto,
Que suele á veces oir
El Emperador, y diga
Que, diciendo tanto mal,
Es el español leal!
Á examinarlo me obliga.

MARTÍN.

Llámese ya levantesco
Carlos, no hijo del sol.

JORGE.

Dice bien, sor español.

MARTÍN.

No digo bien, sor tudesco.

JORGE.

Pues ¿qué era lo que decía?

MARTÍN.

Que fué Carlos imprudente
En traer aquí la gente
Á morir á Berbería.

JORGE.

Pues por eso ¡pesia tal!
Digo yo que ha sido exceso,
Y dije bien.

MARTÍN.

Pues por eso
Digo yo que dice mal.

JORGE.

Pues ¿no ha sido impertinente
Carlos en venir aquí?

MARTÍN.

Cuando yo lo digo, sí;
Cuando otro lo dice, miente.

JORGE.

¡Vive Dios! Si un palo cojo.....

MARÍA.

¿Qué dice el hominicaco?

MARTÍN.

Tome un poco de tabaco,
Se le quitará el enojo.

Toma tabaco.

JORGE.

¡Vive Dios, que mi paciencia
Se determina á perder!

MARTÍN.

Agora echará de ver
Si ha sido ó no impertinencia
Del César venir aquí;
Quiero que un tanto se lleve,
Porque sepa cómo debe
Hablar delante de mí.

Riñen.

JORGE.

¡Ah español traidor!

MARTÍN.

¡Tome ésa,
Pues que no quiso tabaco,
Que no caben en un saco
Traidor y español!

Éntrense.

MARÍA.

Me pesa
Que por la mano me ganes
En esos remifasoles;
Sepan quién son españoles
Los señores alemanes.
¡Por Dios, que de buena gana,
Antes que llegue á su nao,
Le den en el rostro un tao
Que diga: Marimontana
Me fecit!

Sale Martín.

MARTÍN.

Tal como bueno
Le ha llevado, ¡vive Dios!

MARÍA.

Yo le quitaré la tos
Para *in æternum*.

MARTÍN.

Un trueno
Ha de dar aquesta herida.

MARÍA.

Huye del rayo si sabes;

Vete á embarcar á esas naves.

MARTÍN.

¿Hase de quedar perdida
Nuestra ropa en el bagaje
Del real, que se quedó
En esa playa?

MARÍA.

Pues yo,
¿Mondo níspero, salvaje?
¡No quedará en Berbería
Una hilacha de tu ropa!

Tocan.

Y las naves van en tropa.
La española Infantería
Y los pobres mochileros,
Con el bagaje se quedan
Atrás. ¡Plegue á Dios que puedan
En arenales tan fieros
Llegar á tiempo!

MARTÍN.

María,
Ven, no falte embarcación.

Vase.

MARÍA.

Guarda tu salud, lebrón,
Y no cuides de la mía.
¡Por Dios, que si no me engaño,
Morillos que poco valen,
De Argel al bagaje salen,
Y pudieran hacer daño,
Porque embarcándose está
La gente, con unas flores
De mozos y gastadores;
Sola la canalla va
Con el bagaje. Ya vienen
Á la presa, y de pelea,
Morillos de chirimea;
Codicia los perros tienen
Destos pícaros criados
De ejércitos: yo he de seros
Hoy general, mochileros;
Yo os armo ya de soldados.
Toca esa caja, tambor,
Que rezagado te quedas,
Para que animarlos puedas.
¡Ánimo, tened valor!

Dentro:

Sí tendrán si nos gobiernas.

MARÍA.

¡Ea, ganad esos cerros,

Toquen.

Porque han de volver los perros
Con la cola entre las piernas!

Hagan batalla de poquito los pícaros y algunos moros y María, y salga luego Hamete, y María tras él.

HAMETE.

¡Ah bellica, marimacho,
Paje va á ser de Hametillo!

MARÍA.

¡Vive Dios, que has de decillo
Si al infierno te despacho
Con Mahoma!

HAMETE.

Ten memoria,
Que se crea be oro en España.

MARÍA.

Sepa Carlos esta hazaña.
Mis mochileros, ¡victoria!

Cajas.

Éntrense peleando. Vuelvan á salir Hamete y María solos.

HAMETE.

Soniora Marimarrana,
Ó como liamar, cautevo
Ser vestro; dejarme vevo,
No matarme como rana
Á la orilla deste río.

MARÍA.

Pues ¿piedad pretendes mía,
Perro, habiendo sido espía?
Hoy has de ser mi trofeo
En esta playa de Argel;
Vaya con Mahoma tu alma
Colgado de aquella palma.

UNO.

Aquí tengo un buen cordel.

MARÍA.

¡Muera el perro renegado!
Apriesa, que ya me abraso,
Colgalde.

HAMETE.

Para este paso
Tener ó atagar dado
De Aja, no poder morer
Ahorcado ni de espanto.
Sin ser día de mi santo,
¿Por qué colgarme, mujer?

MARÍA.

La caja toca á marchar.

HAMETE.

Andar, beliacos, belitres.

MARÍA.

¿Habló el ahorcado?

UNO.

No.

Vanse.

HAMETE.

¡Ah, bon Axá, que le escribes
Letras en un babelejo,

Con que no morer!

Sale Martín.

MARTÍN.

Mal hice
En ir sin Marimontana
Á embarcarme. Muy posible
Fuera que salieran moros
Al bagaje, y si lo embisten,
Corre peligro su vida.

HAMETE.

Mahoma el soga me quite,
Ó descolgar de la palma.

MARTÍN.

Un bulto he visto que mide
La distancia dese tronco;
Morisco traje se viste,
Y está ahorcado.

HAMETE.

¡Mahoma,
Ayudar á Hamete!

MARTÍN.

Ó impiden
Á la verdad las tinieblas,
Ó habló. Quiero fingirme
Moro también, para ver
Si son engaños sutiles
De la noche ó destos perros.
¿Quién estarse, quién venirse
Á coger dátil del palma?

HAMETE.

Alá gardamos; oilde.
¿Ser moro?

MARTÍN.

Como Mahoma.

HAMETE.

Traerte Alá, no es pusible
Otra cosa. Cortar soga;
Que ser Hametillo el triste,
É colgarme aquí una berra
Grestiana.

MARTÍN.

Esta vez cogíle
En el lazo al perro. Baja;
Sano estar vos, estar libre.

Quítale.

HAMETE.

Mahoma pagarte mejó
El socorro que me hiciste.
Ves que los berros crestianos
Que andar con Cagarlos quinte,
É una berra mujer
De un beliaco, que se dice
Marimontana, colgarme,
É non querer me cativen.

MARTÍN.

Pues ¡perro, traidor, espía,
Que á dar aviso viniste
Á los de Argel, tú has caído
En poder de quien te quite,
Sin tener piedad de ti,
Las orejas y narices!

HAMETE.

¡Ay, Hamete desdichado,
No comer más acenite!
¿No ser vos Martín Tamayo?

MARTÍN.

¡Ah, perro! ¿Me conociste?

HAMETE.

No, mas tupos tres razones:
El uno, por ser humilde;
El dos, por tener parentes,
Que en Argel ser alfaquíes,
Como los dotes de España;
El tres, porque siempre dije
Que ser vos un hombre errado.

MARTÍN.

Vaya á embarcarse, camine;
Que se fué el Emperador
Y los bajeles le siguen.

HAMETE.

¡Ay, que voyme á ser cautevo!

MARTÍN.

¡Ay, que va donde le pringuen!

Dentro.

JORGE.

Llega ese esquife, de ese barco llegan.

FERNÁN.

Echa el áncora ya, que á tierra allegan.

DUQUE.

Á tierra el bergantín.

Tocan.

Salen el Emperador, el Duque, Cortés y Jorge.

CARLOS.

¡Gracias al cielo
Que ya corrió de su rigor el velo,
Y aunque costas del Africa corremos,
En la tierra nos vemos!

MULEY.

Llévame de la mano
Tú, hijo, hasta el ejército cristiano.

Vase.

DUQUE.

Tu Majestad está cerca de Túnez.

CARLOS.

Dad orden, Duque, pues, que los heridos
Se regalen muy bien, que están perdidos.
¿Qué bajeles se quedan sin seguirme?

DUQUE.

Algunos van llegando, pocos faltan.

CARLOS.

¿Qué banda es ésa, Jorge? ¿Estás herido?

JORGE.

Señor, no es nada.

CARLOS.

¿Qué es, por vida mía?

JORGE.

Si tal vida juráis, decirlo quiero.
Murmuraban de vos los españoles,
Y quise examinar lo que decía
Dellos Tu Majestad.

CARLOS.

¿Y murmuraste?

JORGE.

La jornada de Argel llamé infelice,
Y un soldadillo que lo mismo dice,
Contra mí puso mano;
Hirióme en este brazo; ya estoy sano.

CARLOS.

Vuestra curiosidad os ha herido,
Jorge, ¿no dije yo? ¿Quién habrá sido?

FERNÁN.

¿Si fué Martín Alonso de Tamayo?

CARLOS.

¿Qué español no será un ardiente rayo?

Salen Muley y Abderramán.

MULEY.

Tu Majestad ¡oh César soberano!
Haya llegado á Túnez felizmente.
Déme á besar su mano,
Que será vencedora eternamente.

CARLOS.

¿Quién es el que la pide?

MULEY.

Un desdichado Rey, hechura vuestra,
En quien fortuna muestra
Que no tiene sosiego:
El Rey de Túnez fuí.

CARLOS.

Pues ¿cómo ciego?
Á lástima me mueve
Veros, Muley, en término tan breve,
Por estos campos ciego:
Que refiráis vuestra desdicha os ruego.

MULEY.

Después que del valor de vuestras manos
En mi reino me fuí restituído,
Deshechos los corsarios otomanos,
Que cruel ambición de Africa han sido;
Después que vuestros hechos soberanos
Á Barbarroja en Túnez han vencido,
Y, tributario yo á vuestros leones,
Dos caballos pagué con dos halcones,
Llegó á Constantinopla Barbarroja;
Y el fiero Solimán, que ya de Hungría
Por vos se retiró, rayos arroja
De cólera inmortal, ¡oh suerte mía!
Mandó que nueva gente se recoja,
Y que cubra la espalda azul y fría
Del mar una ciudad, una ancha selva,
Con que el corsario á sus venganzas vuelva.
El rumor de este bélico aparato
Llegó á Túnez; y yo, que receloso,
Si no es temor el próvido recato,
De su poder me vi, partí animoso;
Un leño de sus áncoras desato,
Y buscándoos á vos, al reino hermoso
De Nápoles llegué, cuando mi estrella,
Para venir á Argel, os sacó della.
Á mi reino volví; pero mi ausencia,
Riguroso ministro de mi vida,
Buscando la más bárbara violencia
Que fué en árabes lenguas repetida,
El reino me quitó, fiera inclemencia
De un hijo que engendré, llamado Amida;
Y Celimate, excediendo á sus enojos (1),
Agora me ha sacado entrambos ojos.
Invictísimo César, Sol, Monarca
De América y de Europa, pues que vienes
Á suspender los filos de la parca,
Segunda vez á Barbarroja tienes
Donde podrá quedar sin una barca,
Reparando los trágicos vaivenes
Deste mísero Rey, tu tributario,
Que en favor de mi hijo está el corsario.

CARLOS.

Levantad, Muley, y haced
No se postre por la tierra
Quien fué rey, aunque desdichas
Le han quitado la diadema.
Por la fe de hombre de bien,
Que sentí vuestras miserias
Mas que la desgracia mía.
Y ¿qué mucho que las sienta,
Si mi piedad generosa
En las desdichas ajenas
Se lastima y compadece,
Porque soy de entrañas tiernas?
Vivid, Muley, confiado;
Quizá los cielos ordenan
Que me retire de Argel
Á vengar vuestras ofensas.
Quizá dejaré mi furia
Bien vengada y satisfecha
En el fiero Barbarroja,
Que ni teme ni escarmienta.
¿Qué haremos, Duque?

DUQUE.

Señor,
Después de tantas tormentas
En la tierra y en la mar,
Fuerza es que la gente venga
Sin aliento y sin valor.

FERNÁN.

Si la gente se refuerza
Con algún socorro, puede
Acometer cosas nuevas.

CARLOS.

Desta vez, su parecer

(1) No consta este verso, ni hace sentido, como tampoco otros varios de esta estragada composición.

Mejor sigo; el mismo sea.
¿Quién me aconseja, alemanes?
Que rayos sois de la guerra.
Barbarroja está aquí en Túnez.

Dentro:

Esté en Túnez norabuena.

JORGE.

Fatigada está la gente;
Vuestra Majestad se vuelva.

CARLOS.

¡Ah, soldados italianos,
Hijos sois de la prudencia!
¿Qué os parece que se haga?

Dentro.

ANTONIO DE ORIA.

Que á Italia demos la vuelta.

CARLOS.

Jorge.....

JORGE.

Señor.....

CARLOS.

Escuchad,
Españoles: mucha pena
Me han dado vuestras fatigas;
Corrido estoy de que sea
Argel asombro del mundo:
Barbarroja está aquí cerca.
¿Qué me aconsejáis, amigos?

Dentro.

MARTÍN.

¡Cuerpo de Dios! Que acometa,
Que venguemos su desgracia.
¡Y el perro corsario muera!

CARLOS.

Estos son los españoles
Que murmuran de mí; vean
Los flamencos y alemanes
Si he de estimarles de veras.
Soldados, pobres estáis,
Pobre estoy también, no queda
Con qué poder remediaros
En mis naves y galeras.
Á Túnez tenéis presente,
Contra su Rey se rebela;
Bien merece este castigo:
Á saco os doy su riqueza.
¡Hijos, á cenar á Túnez!
Guisada tiene la cena
Barbarroja; con las armas
Debéis llegar á la mesa.

TODOS.

¡Al arma! ¡Al arma!

CARLOS.

Esto es hecho.
Vaya el invencible Andrea
Asegurando la mar
Con las galeras, no tengan
Los turcos por dónde huir,
Y sírvannos de trinchea
Ese montecillo humilde,
Ese valle y esas quiebras.
Duque, vos sois general,
Dad órdenes.

DUQUE.

La primera,
Es que Vuestra Majestad
Retirado esté en su tienda;
Y que ésa se ponga en parte
Donde tocar no la pueda
La contraria artillería.

CARLOS.

Otra vez me dió esa mesma
Orden el Marqués del Basto,
Y así, os daré la respuesta
Que dí entonces: que jamás
Hubo emperador que sea
Muerto con artillería.
Y esta vez quiero que vuelva
Esta espada de Toledo
Ensangrentada; que sepan
Que vengo como hombre honrado
Corrido de Argel.

DUQUE.

No vengan
Impedidos ni mujeres,
Ni los heridos, á tierra;
Todos se estén en la mar.

Sale María.

MARÍA.

Sí, mas eso no se entienda
Conmigo, que ¡vive Dios!
Que bagaje no trujera
El ejército sin mí.
Ese bando comprehenda
Mujercillas de agua y lana,
No mujeres cuya rueca
Es ésta.

Saca la espada.

DUQUE.

Marimontana
Es, señor invicto, aquésta.

CARLOS.

Ya sé que es mujer famosa.
Y ¿vos sois quien no respeta
Los que son de mi Consejo?
¿Vos herís de esta manera
Capitanes de Alemania?
Merecéis que os den la cuerda.

MARÍA.

Vuestra Majestad, señor,
Hágame merced, y vuelva

Á estos soldados los ojos.

CARLOS.

Españoles son.

MARÍA.

Pues ea,
No hay sino ahorcallos á todos,
Porque todos, como tengan
Ocasión, harán lo mismo;
Mas denme cuarenta cuerdas,
Con sola una condición.

CARLOS.

¿Cuál es?

MARÍA.

Que luego acometas;
Que parados nos aguamos.

FERNÁN.

O los turcos dan la vuelta
Á sus hileras, ó temen
Que en Túnez haya revuelta,
Y de los moros no fían,
Ó la batalla desean.

CARLOS.

Llevad á Muley y haced
Para que se esté en mi tienda
Mientras dura la batalla,
Hasta que yo vaya á ella.
Alemania, Italia, España,
Ya no hay desgracia de guerra;
Santïago ha de vencer
Esta vez.

Tocan.

TODOS.

¡Santiago, cierra!

Éntrense; queden los moros en alto.

MULEY.

Hijo Abderramán, si Alá
Hermosos ojos te deja,
Ve mirando, y refiriendo
Lo que sucede en la guerra;
Que sin duda los de Túnez
Verme vengado desean,
Y por eso Barbarroja
La ciudad dejó.

ABDERRAMÁN.

Ya llegan
Á trabarse las batallas,
Á todos anima el César;
Los españoles gallardos
Llevan la mano derecha,
Y desatados los rayos
De los arcabuces, suenan
Más que las rasgadas nubes
Cuando el fuego las revienta.
Carlos quinto no repara
En su peligro, y pelea
Para vengarse de Argel.
Ya con humana clemencia
Animando á los heridos,
Los retira él mismo; sea
Eterno tal Capitán.

Sale el Emperador con un soldado herido á cuestas.

CARLOS.

¡Muy herido estás!

SOLDADO.

Pues, César,
¿Tú me retiras?

CARLOS.

Sí, amigo;
No se pierde mi grandeza
En esto: ese lienzo toma,
Para que ligarte puedas.
Curad luego este español,
Y yo me vuelvo con priesa
Á vencer si Dios me ayuda.

Vase.

ABDERRAMÁN.

Padre, los turcos comienzan
Á temer y á retirarse.

MULEY.

Quiera Alá que eso no sea
Algún engaño ó celada.

ABDERRAMÁN.

En Túnez abren las puertas.

MULEY.

Será para recogerlos.

ABDERRAMÁN.

No, señor; pienso que intentan
Dar entrada á Carlos quinto.

MULEY.

Romperían sus cadenas
Los cautivos.

ABDERRAMÁN.

Es sin duda;
Que á voces victoria suena.

Dentro:

¡Victoria por Carlos quinto!

MULEY.

Hijo, la victoria es cierta;
Llévame á los pies invictos
Del defensor de la Iglesia.

Suenan cajas. Sacan preso á Amida, y moros, Carlos V y todos.

DUQUE.

Huyó el fiero Barbarroja,
Y la campaña sangrienta
Dejó de Túnez.

FERNÁN.

Al cielo
Se deben gracias eternas
Por tal victoria.

DUQUE.
¿Eres tú
Amida el bárbaro?

AMIDA.
Reinan
Poco los tiranos: yo
Soy Amida.

DUQUE.
Di, ¿qué fiera
Sacó á su padre los ojos?

AMIDA.
En mi culpa no hay respuesta;
Sólo apelo á la piedad
Del César.

FERNÁN.
En vano esperan
Clemencia tus tiranías.

Muley y Abderramán.

MULEY.
Déseme lugar que pueda
Besar al César la mano.
¿Dónde está el rayo que quiebra
La fiereza de los turcos?

FERNÁN.
Quiere, con pompa y grandeza
De vencedor, coronarse
Con las romanas empresas;
Quiere tomar posesión
Deste reino.

JORGE.
Pues ya llega

CARLOS.
Ya que los cielos piadosos
En este modo consuelan
Mi desgracia, ya está Amida
Preso; á su padre le deja
El castigo que merece;
Y así, de mi mano tenga
Muley Hacén la corona.

MULEY.
Alá sus luces me niega;
Téngala, señor, mi hijo.

CARLOS.
Abderramán.....

ABDERRAMÁN.
Señor.....

CARLOS.
Llega:

Tocan.

Yo te hago rey de Túnez;
Las obligaciones mesmas
Que tu padre has de guardar.

Pónele la corona, y siéntese en una grada del trono.

ABDERRAMÁN.
Yo le he aceptado con ellas,
Y para ejemplo del mundo
Mandaré, con tu licencia,
Sacar á Amida los ojos.

CARLOS.
Es muy justo lo que ordenas.

JORGE.
Señor, los embajadores,
Que te han seguido, te esperan.

CARLOS.
Pues no quiero que me hablen,
Y daldes esta respuesta,
Que en la muerte de su gozo,
No tengo culpa, ni ausencia
Podrá disculparme: Argel
Se defendió por secretas
Causas á Dios reservadas.
Quien quisiere darme guerra,
En Carlos quinto hallará
Católica resistencia.
Á buscar al Turco parte,
Y acuérdese de Viena,
Porque mi desgracia acabe
En esta pompa y grandeza.

EL VALIENTE CÉSPEDES

EL VALIENTE CÉSPEDES

TRAGICOMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

á D. Alonso de Alvarado,

CONDE DE VILLAMOR

Aunque en las ocasiones que se me han ofrecido he intentado hablar en V. S., fiado en mi buen deseo, nunca he quedado tan contento de su alabanza como quejoso de mi atrevimiento. Sujetos donde parece que la Naturaleza puso particular estudio en su perfección, digno es de castigo quien con desiguales colores y atrevidos pinceles los retrata si amor no le disculpa; general es ésta en todos, pero siendo verdadera, menos crédito se debe á otra ninguna; que el artificio de las palabras no es tan agradecido de los ilustres ánimos, como la pura intención de los humildes pechos; y así, dijo Garcilaso que eran mejor oídos

El puro ingenio y lengua casi muda
(Testigos limpios de ánimo inocente),
Que la curiosidad del elocuente.

Por esto hacían los antiguos á los varones magnánimos hijos de sus dioses, lisonja permitida á los romanos Césares, como imitada de los ingenios griegos. Bien se pudiera contentar Alejandro con ser hijo de Filipo; pero juzgando los escritores por deidad su generoso espíritu, le dieron por padre á Júpiter, que no menos alto origen les pareció digno de la valentía singular de un corazón gallardo. Si la licencia de la antigua Filosofía tuviera nuestra edad por defensa de las que se permiten á la Poesía, ¿qué versos no dijeran que V. S. era hijo de Marte y Minerva en todas sus acciones? Pues cuantas pueden adornar un caballero perfecto y un galán cortesano, se hallan en V. S. tan iguales, que, compitiendo entre sí mismas, pone paz en su diferencia el

general aplauso. ¿En qué fiesta no es V. S. tan lucido por sus galas como valiente por sus manos? ¿Quién no las halla generosas de favor, honra y cortesía? Partes que alientan mis obligaciones á poner en ellas tan humilde ofrecimiento, como esta comedia de El Valiente Céspedes, *aunque caballero insigne, que honrando á España, su patria, dejó en el mundo eterna fama de sus hazañas, con igual gloria de su apellido y casa; porque dedicándola á V. S. fuera con más disculpa y gusto del generoso origen de los Alvarados, ya por tantos ingenios escrita, á quien debo envidiar el sujeto anticipado, como ellos á mí el inmortal deseo. V. S. la admita con el gusto que suele honrar mis escritos y mi persona, siendo mi protector y Mecenas: y al día que salió tan lucido como admirado al teatro del mundo en sus fiestas, que así parece la plaza desta corte, oiga estos versos:*

Hoy muestra en gala y valor,
Y de plata riza armado,
Que ha de ser Marte Alvarado,
Y su Esfera, Villamor:
No le excede en resplandor
De estrellas, y entró sin ellas,
Porque tantas damas bellas
Lleva su talle en despojos,
Que hecho un Argos de sus ojos,
Le van sirviendo de estrellas.

Dios guarde á V. S. como deseo.

Su Capellán,
LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

AL LECTOR

Adviértase que en esta comedia los amores de D. Diego son fabulosos y sólo para adornarla, como se ve el ejemplo en tantos poetas de la antigüedad: porque la Sra. D.ª María de Céspedes fué tan insigne por su virtud como por su sangre y valentía, y celebrada entre las mujeres ilustres de aquel tiempo, sin reconocer ventaja á las más valerosas del pasado, é igual á Camila, Zenobia, Lesbia y Isicratea. Con este advertimiento, se pueden leer sus amores como fábula, y las hazañas de Céspedes como verdadera historia de un caballero que honró tanto su nación, cuanto admiró las extrañas.

EL VALIENTE CÉSPEDES

FIGURAS DE LA TRAGICOMEDIA

Dos carreteros.
Doña María de Céspedes.
Inés, *criada.*
Don Diego, *caballero.*
Mendo, *criado.*
Céspedes.
Beltrán.
Un corregidor.
Un alguacil.
Doña Ana.
Doña Felicia.
El capitán D. Hugo.
El alférez Lorenzana.
El sargento Encinas.
Carpio. } *Soldados.*
Rosales. }
Salcedo. } *Rufianes.*
Ortigosa. }
Saavedra. }
Ortún (1). }
Teodora.
Reinoso.
Angulo.
El capitán Duarte.
Fernando.
Ramiro.
Tristán.
Brígida, *labradora.*
El Duque de Alba.
El Emperador.
El duque Juan Federico.
Cuatro villanos.
Alberto, *capitán.*

ACTO PRIMERO.

Salen dos carreteros, D.ª María de Céspedes é Inés, criada.

CARRETERO 1.°
No nos tengáis por tan rudos;
Que á muchos vuestro valor
Tiene suspensos y mudos.

CARRETERO 2.°
Con otra barra menor
Tiraré cuarenta escudos.

MARÍA.
¿Habláis, buen hombre, de veras?

INÉS.
Yo pensé que le pidieras
Otra barra más pesada.

MARÍA.
En siendo menos, no es nada.

CARRETERO 1.°
¡Ojalá Céspedes fueras!
Que, por decirte verdad,
Veníamos á buscalle.

MARÍA.
No está agora en la ciudad.

CARRETERO 2.°
Será el ganaros quitalle
La fama.

MARÍA.
Hacéisle amistad;
Pero yo, ¡por vida mía,
Que pienso que es cobardía!

INÉS.
Con temor, señora, están.

CARRETERO 1.°
Fama de bizarra os dan
Castilla y Andalucía;
Mas para tirar con vos
Somos muy hombres los dos.

MARÍA.
Si decís que soy bizarra,
¿Cómo pedís menos barra?
Venga mayor.

(1) Ortuño, dice en la comedia.

CARRETERO 2.°
¡Bien, por Dios!
INÉS.
¡Bravamente se retiran!
MARÍA.
Cobardes no admiten ruegos.
INÉS.
Tu fama y presencia admiran.
MARÍA.
Dos carreteros manchegos,
¿Con menos barra me tiran?
CARRETERO 2.°
Que tengo temor, concedo,
Pero no es á vuestras famas;
Estése el dinero quedo
Si ha de volverse á las damas,
Á la usanza de Toledo.
MARÍA.
Luego ¿de mí presumís
Los dos, que si me ganáis,
El dinero que decís
Me volveréis? Bien pensáis,
Y cortésmente advertís.
Pero en Toledo, esos fueros
De volverles los dineros
Con melindres y ademanes,
Concédense á los galanes,
Pero no á los carreteros.
Pues Céspedes no está en casa,
No os vais sin tirar conmigo:
Cualquier desprecio me abrasa,
Y que estoy corrida os digo.
¿Qué traéis?
CARRETERO I.°
Naranja y pasa.
MARÍA.
Y ¿dónde vais?
CARRETERO 2.°
Á Toledo.
MARÍA.
Los carros quiero tiraros.
CARRETERO I.°
Perderéis.
MARÍA.
No tengáis miedo.
CARRETERO 2.°
Ahora yo quiero sacaros
De esa arrogancia, si puedo;
Tiremos quinientos reales
Con un canto de una arroba.
MARÍA.
¿Queréis ventaja, ó iguales?
CARRETERO I.°
¡Vive Dios, que se los roba,
Porque no hay dos mozos tales
En la Roda y San Clemente!
MARÍA.
¿Tenéis más dinero?
CARRETERO 2.°
Más.
MARÍA.
Porque esto es poco, pariente.
CARRETERO 2.°
Perderé el carro.
MARÍA.
Darás
Esta Cuaresma á mi gente
Pasa y naranja de balde.
CARRETERO 2.°
Como quisiere el Alcalde;
Que estas manos son muy rudas
Para rendirse á las mudas
Del solimán y albayalde.

Vanse los dos.

CARRETERO I.°
Paréceme que podremos
Decir, por los dos extremos:
Señora doña María,
¿Para qué es la fantasía?
INÉS.
Cuando volváis lo veremos.
CARRETERO I.°
A Céspedes, presumiendo
De tirar, correr, luchar
Y saltar, aunque temiendo
Su fama, intentan buscar
Los manchegos que estáis viendo;
Que no á su hermana, á quien ya
Mejor la almohadilla y rueca
Que el canto y barra estará,
Y el oro que á la muñeca
Femenil adorno da;
Ganaràle Juan de Albores
La basquiña y el manteo.
INÉS.
Ya con otros labradores
Tan buenos, si no mejores,
Hizo de su fuerza empleo,
Y han dejado el dinerillo.
CARRETERO I.°
Sería algún hombrecillo
Destos sin pelo en el pecho.
INÉS.
Bien: ¿estaréis satisfecho
Del valor de Pero Trillo,
Un hidalgo, natural
De aquí de Ciudad Real?
CARRETERO I.°
Pues ¿gánale?
INÉS.
Como á un niño.
CARRETERO I.°
Tendremos gentil aliño.
INÉS.
No volveréis un real.
CARRETERO I.°
Y ¿cómo tira?
INÉS.
Acortando

Las basquiñas al tobillo,
Y al aire el jubón dejando.

CARRETERO 1.°

¿Que ha ganado á Pero Trillo?

INÉS.

Los niños lo van cantando
Con la aceitera y el jarro.

CARRETERO 1.°

Pues si el de una arroba agarro,
Yo os..... (1), por el agua de Dios,
Que ha de ganar á los dos
Hasta las mulas y el carro.

Vanse.

Salen D. Diego y Mendo.

DIEGO.

Amor, de los mortales
Mayor pasión, é inexcusable furia,
Que hasta los animales
Tu fuerza rinde, tu fiereza injuria:
¿Por qué no te dan nombre
De la mayor enfermedad del hombre?
Porque más justo fuera
Que luego que sintiera amar quien ama,
«Enfermo estoy», dijera,
Y desmayado, echándose en la cama,
Los médicos llamara,
Y de curarse, por vivir, tratara.
Pero si del veneno
De unos ojos enferma un triste amante,
Y luego, de amor lleno,
Se los pones, frenético, delante,
En tanto que los mira,
Más bebe del veneno y más suspira.
La condición del toro
Tiene el amor, que adonde más le pican,
Por uno y otro poro,
La sangre y los dolores más aplican
Al que más le maltrata;
Que así vuelve quien ama á quien le mata.

MENDO.

Pues si doña María
De Céspedes te mata, y por milagro,
Desde aquel triste día
Que la vieron tus ojos en Almagro
No has sosegado un hora,
¿Por qué á Ciudad Real vuelves agora?
Huyamos, no miremos,
No aumentemos el mal.

DIEGO.

Yo no querría;
Y más que son extremos,
En esta celestial doña María,
Fortaleza y belleza,
Y aun pienso que es mayor la fortaleza.
Yo adoro, Mendo amigo,
En un gigante de alabastro y rosas;
Un imposible sigo;

(1) Elípsis por *yo os juro.*

Pero si amando fueron provechosas
Las industrias, hoy creo
Que le darán favor á mi deseo.
Lucha doña María
Con los villanos que se precian desto,
Y quiere mi porfía
Que, de rústicos hábitos compuesto,
Pueda tocar sus brazos,
Pues no se hará la lucha sin abrazos.
Si allí me conociere,
Conocerá mi amor. Si no, ¿qué gloria,
Como al alma que muere,
Después de confesalle la victoria,
Darle por sepultura
Marfil, jazmines, plata y nieve pura?

MENDO.

Ello está bien trazado;
Ayude la fortuna.

DIEGO.

Aquí te queda,
Mientras que, disfrazado,
Morir contento entre sus brazos pueda;
Que si á su nieve llego,
Fuego ha de ser, ó templaré mi fuego.

Vase.

MENDO.

¡Qué desatinado intento!
Mas ¿cuándo fué cuerdo amor?

Salen los dos carreteros.

CARRETERO 1.°

¿Hay mujer de más valor?

CARRETERO 2.°

Perder el entendimiento
Solamente me ha faltado;
Que mulas, carro y dineros
Allá quedan.

MENDO.

Caballeros,
¿Han perdido ó han ganado?

CARRETERO 1.°

¿Qué es ganado? ¡Por San Blas,
Que nos cuesta más de mil
La burla!

CARRETERO 2.°

Que á Blasco Gil
Le ganase, tengo en más.
Que no hay en la Mancha un hombre
Que pueda tirar con él.

MENDO.

Céspedes tiene el laurel,
La fama, el valor y el nombre
Que daba la antigüedad
Á Hércules.

CARRETERO 2.°

Como él fuera,
Por bien perdida tuviera
Más honra y más cantidad.

MENDO.
Pues ¿quién los ganó?
CARRETERO 2.°
Su hermana.
MENDO.
Y ¿qué han perdido?
CARRETERO 2.°
El caudal.
MENDO.
Pues ¿tira bien?
CARRETERO 1.°
¡Pesia tal!
¡No se ha visto fuerza humana
Como la desta mujer!
¡Qué revolver tan bizarro!
MENDO.
¿Qué llevaba vuestro carro?
CARRETERO 1.°
Necedad debió de ser,
Pues que todo lo perdí;
Pero de toda la presa,
Por la castaña me pesa,
Que la quiero más que á mí;
Puede ser mula, en conciencia,
De un canónigo.
CARRETERO 2.°
Y la rucia
Mía, á la más gorda y lucia
¿No puede hacer competencia?

Sale Inés.

INÉS.
¿Oyen, hidalgos?
CARRETERO 1.°
¿Quién llama?
INÉS.
Mi señora.
CARRETERO 2.°
¿Para qué?
INÉS.
Para que vean que fué
El ganarlos honra y fama.
La plata, por ciertos fines
No se la quiere volver,
Porque, en fin, ha menester
Alfileres y chapines.
Carros y mulas les vuelve;
Que de la naranja y pasa
Sólo á dejar en su casa
Lo que basta se resuelve.
Vengan conmigo.
CARRETERO 1.°
¡Por Dios,
Que merece.....
CARRETERO 2.°
Hasta besar
Sus pies, no pienso parar.
CARRETERO 1.°
¡Qué esclavos tiene en los dos!
¡Loco voy!
CARRETERO 2.°
Lo que yo siento
Tan mal mi amor disimula,
Que he de morder una mula
En la cara, de contento.

Vanse.

Sale D. Diego en hábito de labrador.

DIEGO.
¿Qué hay, Mendo?
MENDO.
¡Por Dios, señor,
Que vienes de tal manera,
Que apenas te conociera!
DIEGO.
Estas son tretas de amor.
¿Hay alguna novedad
Después que me fuí?
MENDO.
Notable.

Sale D.ª María en basquiñas cortas, é Inés.

MARÍA.
Esta es gente miserable,
Y quise tener piedad.
INÉS.
Hiciste como quien eres.
MARÍA.
Aquí viene un labrador.
DIEGO.
Sabiendo que sois honor
Y gloria de las mujeres
Desta edad, doña María,
En ejercicios de fuerza,
No sé si fama me esfuerza
Ó mayor envidia mía,
Preciado de luchador
En mi lugar, á probar
Si venciéndoos á luchar
Ganase el debido honor.
¿Qué me miráis? ¿No os parece
Que cumplirá mi persona
Lo que dice?
MARÍA
Bien lo abona
Lo que á la vista se ofrece;
Pero yo suelo llamar
Paramento á lo exterior;
Que las obras y el valor
Las almas le suelen dar.
Yo he quitado el dinerillo
Á ciertos manchegos hoy,
Y como me veis estoy.
DIEGO.
Sí haréis, no me maravillo;
Que hay diferencia de hombres
Á hombres.
MARÍA.
¿Queréis tirar

Ó luchar?

DIEGO.

Sólo luchar,
Que todos tenemos nombres.
¿No habéis oído decir
Á Sancho de Valdepeñas?

MARÍA.

Bastan, Sancho, vuestras señas,
Porque podéis competir
Con cualquier hidalgo en talle.
¿Qué queréis luchar agora?

DIEGO.

Cuatro doblones, señora,
Que es lo que más pude hurtalle
Á un viejo rico avariento.

MARÍA.

Despojaos.

DIEGO.

¿Á cuántas va?

MARÍA.

Á la primera será.
Depositad.

DIEGO.

Soy contento.
Tened esta bolsa vos.

MARÍA.

Tended los brazos, á ver.

DIEGO.

Luego ¿ésta no ha de valer?

MARÍA.

No, que es probarnos los dos.

DIEGO.

¿Hay gloria como llegar
Á vuestros brazos, señora?
¿Qué príncipe puede agora
Tener más alto lugar?
Cuentan que un hombre subió
Con unas alas de cera,
Del sol á la roja esfera,
Mas no que con él luchó.
Y si de sólo subir
En el mar se hizo pedazos,
Quien al Sol tiene en los brazos,
¿Cómo pretende salir?

MARÍA.

¿Vos sois villano?

DIEGO.

No sé.

MARÍA.

El lenguaje y el olor
Del ámbar me dan temor.

DIEGO.

El lenguaje en vos le hallé,
Que luz al alma habéis dado.
El olor es de unas flores,
Que con cierto mal de amores
Dormí esta noche en un prado:
Junquillos, salvia y verbena
Se me habrán pegado al sayo,
Hasta que del sol el rayo
Dió luz al alba serena.

MARÍA.

Dejad los brazos.

DIEGO.

No puedo.

MARÍA.

Sospechosa estoy.

DIEGO.

¿De qué?

MARÍA.

Yo lo sé.

DIEGO.

Yo no lo sé.

MARÍA.

¿De qué tembláis?

DIEGO.

Tengo miedo.

MARÍA.

¿Por qué razón?

DIEGO.

Quien está
En alto, ¿no ha de temer
El peligro de caer?

MARÍA.

Yo os voy entendiendo ya.

DIEGO.

¿Paréceos á vos que es poco
El caer del cielo al suelo?

MARÍA.

Confirmasteis mi recelo:
Yo os dejo.

DIEGO.

¿Por qué?

MARÍA.

Por loco.

INÉS.

Tu hermano pienso que viene.

MARÍA.

Mete estos hombres allá;
Que si los ve, me dirá
Lo que suele, y razón tiene.

INÉS.

Venid conmigo.

DIEGO.

¡Qué humano
Se muestra conmigo amor!

MENDO.

¿Estás contento, señor?

DIEGO.

Estoy loco.

Quede D.ª María, y sale Céspedes.

MARÍA.

¿Qué hay, hermano?

CÉSPEDES.

Si alguna vez en tu vida
Me escuchaste, y yo te dí
Cuenta de la mía, hermana,
Fiando el alma de ti,
Escucha, si estamos solos
Y nadie nos puede oir,

La historia de mis desdichas,
Sin replicarme hasta el fin:
Pasando agora la calle
De doña Juana Rüiz,
Fénix á Ciudad Real,
Y á mis ojos serafín,
Y habiendo por gusto suyo,
Luego que me vió venir,
Dado á las rejas sus manos
Dos remates de marfil,
Llegué y pedíle un clavel;
Cortóle, y díjome ansí:
«Céspedes, pedid deseos,
Y será el alma jardín.»
Al favor quito el sombrero,
Y en él el clavel cogí,
Diciendo que era milagro
Dar un clavel un jazmín.
Apenas en la toquilla
Le acomodo, cuando allí
Pero Trillo se me ofrece,
Y envidioso dice ansí:
«Dichosas las esperanzas
Que cogen flores aquí;
No se dirá por las mías,
Porque soy tan infeliz,
Que si alguna tuve en flor,
Con la vuestra la perdí.»
«Estas flores, señor Trillo,
Risueño le respondí,
Son fruto de mis deseos,
Y de los ajenos fin,
Porque yo solo en el mundo,
Por quien soy, las merecí;
Que soy Céspedes, un hombre
Que en el último confín
Del mundo su nombre ha puesto;
Y aunque en España nací,
Me conocen y respetan
En el ardiente Brasil,
Y desde la Scitia helada
Hasta las Indias de Ofir.»
Replicó: «¡Brava arrogancia!
Pero muy bien me advertís
De ciudades conquistadas,
Porque yo jamás oí
De vos hazañas mayores
Que haber á un villano vil
Ganado, á tirar al canto,
Algunos maravedís,
Alzar arrobas, un carro
Detenerle en el carril,
Que son gracias que en Sevilla
Tiene cualquier palanquín.»
«Yo soy caballero, dije,
Tan notorio, que de mí
Puede honrarse la nobleza;
Y el entretenerme ansí
Es ejercitar las fuerzas
Con ánimo varonil;
Que Dios las puso en Sansón
Y en el valiente David,
Contra los fieros leones
Y el valor de Filistim.
Que de alhamel de Sevilla
Sean mis gracias, ¡mentís!
Y seguidme, si sois hombre.»
Calló Trillo y fué tras mí:
Salimos al campo entrambos;
Yo, apenas en él me vi,
Ni él me vió pisar el prado,
Cuando con aire gentil,
Revolviendo las dos capas,
Sin reparar en partir
El sol, vió el sol las dos hojas
Á sus ojos relucir.
Quísele cargar la espada,
Retiróla; yo entendí
En poner el cuerpo en medio,
Por poder pronto acudir
Á la parte que quisiese;
Que estando el cuerpo en perfil
Conveniente, las heridas
Salen bien á cierto fin.
Estando, pues, firme á firme,
Uñas abajo, le vi
Acometerme á la cara;
Al reparo entonces fuí,
Y él, con meter el pie izquierdo,
El pecho me quiso herir;
Pero yo, formando un tajo,
Burlé el desvío, y le dí
Una herida que bastó,
Por no tener tan sutil
La mano como quisiera,
Á no volver á reñir.
Á Trillo dejo en las eras;
Mas bien puedes presumir
Que no ha de hacer buen Agosto
De la esperanza de Abril.
Dios le perdone, ya es muerto;
Confieso que le temí,
Por ser el hombre más bravo
Que hay de Toledo á París.
Agora, por no temer
Pluma, ó vara de alguacil,
Quiero ponerme en Sevilla;
Que no soy para sufrir
Aquello: «Deste testigo.....»,
Y luego: «Pasó ante mí.....»,
Pudiendo pasarme á Flandes
Para vivir ó morir
En el servicio de Carlos,
Á quien el Franco Delfín
Pretende hacer competencia.
No pienso llevar de aquí
Más que á Beltrán, labrador
De mi hacienda, porque, en fin,
Es hombre para trabajo,
Y que me sabrá servir.
Mientras que le llamo puedes
Oro ó plata apercibir;

Que esto de salto de mata
Más vale que ruegos mil
De los buenos, porque hay casos
Donde es victoria el huir.
Á las orillas me parto
Del claro Guadalquivir,
Donde podrás escribirme
Si te acordares de mí.

Vase.

MARÍA.

Hermano, hermano Céspedes, detente.
Fuése. ¡Suceso extraño! Mas ¿quién ama
Seguro de sospecha ó accidente?
Inés, Inés, al luchador me llama.

Sale D. Diego.

DIEGO.

Aquí estamos dos hombres á serviros,
Ni de vil sangre, ni de obscura fama.

MARÍA.

No sé cómo mi mal podré deciros.

DIEGO.

Dame esa espada, Mendo, y esa capa;
Que quiero mi nobleza persuadiros.

MARÍA.

La capa del amor mil yerros tapa.
¿Sois hombre noble?

DIEGO.

Tanto amor lo diga,
Pues esta culpa del castigo escapa.
En Almagro, bellísima enemiga,
Os vi una fiesta con belleza tanta,
Que á tal atrevimiento el alma obliga:
Con mi nobleza, si el agravio espanta,
Quiero abonar mi culpa, que el sencillo
Pecho descubre, y al perdón levanta.
Informaros podéis de Pero Trillo;
Sobrino suyo soy, hacienda tengo.

MARÍA.

Yo nunca del amor me maravillo.

DIEGO.

Para pedir á vuestro hermano vengo,
Que me admita por hijo y por esclavo.

MARÍA.

¡Con qué piedad mi cólera detengo!
¿Es éste mi rigor, que por lo bravo
Despreció mil hidalgos desta tierra?
Mas no le vitupero ni le alabo.
Pero si sangre del difunto encierra,
¿Qué me detengo en responder airada?
¡No espero paz, y dilaté la guerra!
¿Es esto inclinación, ó estoy mudada
De aquella condición áspera y dura,
Desde mi tierna edad ejercitada?
Dudosa estoy, señal de amor segura.

Dentro el Corregidor, alguaciles y criados.

CORREGIDOR.

¡Abran aquí!

INÉS.

¿Qué es esto?

CORREGIDOR.

¡Romped luego,
Si no quieren abrir, la puerta!

MARÍA.

Paso,
Quienquiera que seáis.

CORREGIDOR.

Es la justicia.

MARÍA.

Aunque merece siempre igual respeto,
La calidad importa del ministro;
Que en una casa principal como ésta
No es justo que llaméis con alboroto.

CORREGIDOR.

Soy el Corregidor.

MARÍA.

Vuestra persona
Merece por sí misma este respeto.
Yo propia os abro: ¿qué mandáis?

CORREGIDOR.

Señora
Doña María, á mí me pesa mucho
De entrar en vuestra casa deste modo;
Yo la vengo á mirar.

MARÍA.

Pues ¿á qué efeto?

CORREGIDOR.

Luego ¿no habéis sabido lo que pasa?
¡Hola, no quede cosa en esta casa!

ALGUACIL.

Pierda vuesa merced cuidado: entremos.

Asga D.ª María al alguacil por los cabezones.

MARÍA.

Eso será como licencia os demos:
¿No hay más de entrar estando yo delante,
En mi casa, villano, desta suerte?

ALGUACIL.

¿No puede, por delito de una muerte,
Mirar cualquiera casa la justicia?

MARÍA.

Sí; mas no ha de mirarse con malicia.

CORREGIDOR.

Señora, á nadie agravian diligencias
De la justicia; dad, si sois servida,
Lugar á lo que es justo, ó de otro modo,
Le tomaré para mirarlo todo.

MARÍA.

Esta casa es de Céspedes, un hombre
Que merece respeto por sí mismo,
Y cuando no por él, por mí.

CORREGIDOR.

¿Qué es esto?
¡Cuerpo de tal con tanta valentía!
¿Es esto, por ventura, bizarría
De tirar con la barra ó con el canto?
Entrad todos aquí.

MARÍA.

Si yo quisiere;

Que si descuelgo la que veis.....

CORREGIDOR.

Pues, ¡cómo!
¿Espada para mí?

MARÍA.

¡Fuera, bellacos!

DIEGO.

Á vuestro lado estoy.

ALGUACIL.

¡Ay, que me ha muerto!

CORREGIDOR.

Y herido á mí.

INÉS.

¡Qué extraño desconcierto!

MARÍA.

Esto es hecho: á la iglesia; que se junta
Todo el lugar.

DIEGO.

No temas; que don Diego
Ha de morir contigo.

MARÍA.

Y ¿yo no fuera
Bastante para aquéstos y otros tantos,
Si como descolgué la espada sola
Fuera el montante?

DIEGO.

¡Oh, fénix española!

MARÍA.

¡Dos mil hombres llevara por delante
Con darles cuatro vueltas de montante!

Vanse, y salen Céspedes y Beltrán.

CÉSPEDES.

No tiene ciudad igual.

BELTRÁN.

Bien dices: por su grandeza,
Sevilla la realeza,
Y Toledo la imperial.

CÉSPEDES.

¿Aun no dejarás, Beltrán,
De acordarte de Toledo?

BELTRÁN.

Yo, ¡voto al sol, que no puedo!
Tales memorias me dan.

CÉSPEDES.

No has de decir ¡voto al sol!
Mira que estás en Sevilla

BELTRÁN.

Pues aquí, ¿quién me acuchilla?

CÉSPEDES.

Es esta ciudad crisol
De los ánimos valientes.

BELTRÁN.

Y ¿topa la valentía
En jurar?

CÉSPEDES.

Yo no querría
Créditos impertinentes
En los hombres que han de obrar;
Y para mí, los que juran
Algo temen, si aseguran
Su crédito con jurar.
Lo que te quiero decir
Es que ¡voto al sol! es llano
Que es juramento villano,
Y se puede presumir
Que te saqué del azada.

BELTRÁN.

Pues si tu criado he sido,
¿Qué importa?

CÉSPEDES.

Adonde has nacido,
Bien sé que no importa nada.
Mas luego que sale un hombre
De su patria, ha de intentar
Ennoblecerse, y buscar
Diferente fama y nombre.
Aunque vas por mi criado,
Mi camarada has de ser,
Porque yo no he de tener
Otra defensa á mi lado.
Y por si aquí se ofreciere,
Quiero que sepas tomar
La espada.

BELTRÁN.

Lo que es pegar
Á salga como saliere,
Nadie como yo lo hará;
Lo demás no lo aprendí.

CÉSPEDES.

Saca la espada.

BELTRÁN.

¿Es ansí?

CÉSPEDES.

Con aire; bien, bueno está.

BELTRÁN.

Este arenal de Sevilla
Está lleno de braveza.

CÉSPEDES.

¡Cosa que acuda destreza
Al ver brillar la cuchilla!
Saco mi espada, y me afirmo
Contigo: ¡bien, vive Dios!
No saldréis mal hombre vos,
Ya por el aire os confirmo.
Si te tiento, mete el pie
Izquierdo y el brazo, y tira
Al rostro: con menos ira.

BELTRÁN.

Con menos ira no sé.
Mas pregunto: si te doy
De puño, tú, ¿qué has de hacer?
¿No me has de dar? ¿Has de ser
De piedra?

CÉSPEDES.

Á fe de quien soy,
Que me das gusto, Beltrán;
Yo sé de aquesto muy poco,
Pero tiro como un loco.

BELTRÁN.

Rodamonte, ni Roldán,

No debieron de aprender,
Ni otros gallardos franceses.

CÉSPEDES.

Lo que es tajos y reveses
Era en España el saber.
No sé quién de poca fuerza
Ha inventado la estocada;
Por eso, Beltrán, la espada
Con uñas arriba es fuerza.
Tienta por defuera bien,
Saco por debajo al pecho,
Estocada y pie derecho,
Sacando el cuerpo también;
Tira á derribar la espada.

BELTRÁN.

Y si al tentar por defuera
Formase un tajo al que espera,
¿Qué ha de sacar de estocada?

CÉSPEDES.

Darle puede por debajo.

BELTRÁN.

¿Y si saca, y por encima
Al de la treta lastima
Sin querer formar el tajo,
Ó cogiéndole la espada,
La que pensó derribar
Ve por el suelo rodar?

CÉSPEDES.

Respondo que todo es nada;
Y mientras nacen, Beltrán,
Otros que escriban ó enseñen,
Nunca tus armas se empeñen
En saber por dónde van.
Tira á diestro ó á siniestro,
Pues que Dios fuerza te dió;
Que Pero Trillo me entró,
Tentándome por lo diestro,
Y queda en Ciudad Real
En las eras boca abajo
Con sólo un revés y un tajo.

BELTRÁN.

De tus brazos, ¡pesia tal!

CÉSPEDES.

No le niego á la destreza
La excelencia, aunque soy fuerte;
Mas tiéndete desta suerte,
Y repara la cabeza.

Salen Saavedra y Ortuño.

SAAVEDRA.

Digo que no es de sufrir.

ORTUÑO.

Téngase, señor hidalgo.

CÉSPEDES.

Téngome, si os sirvo en algo.

ORTUÑO.

Pues oiga, si quiere oir:
Con cuerpazo que promete
Escribir un libro al mar,
¿No se avergüenza de estar
Acuchillando un pobrete?
¿No se corre de ocupar
Mostachos tan criminales
En cuitados?

CÉSPEDES.

Á ser tales,
Por dicha os fuera á buscar.

ORTUÑO.

Aquí el señor Saavedra,
Que yo soy Ortún, preside
Este año; la causa pide
Castigo, mas caiga en piedra:
Y por esta vez mandamos
Pague dos cobas de á ocho,
La una para bizcocho
Y pío en casa de Ramos;
La otra para el pobrete,
Y esto, vista su humildad.
Con tal que si tal maldad
Segunda vez acomete,
Será con mayor rigor
Tratado el señor hombrazo,
Con lo que es espaldarazo
Y privación del honor.
¿Qué responde? ¿Aguarda acaso
Procurador?

BELTRÁN.

Yo lo soy,
Pícaros; con tanto, os doy
La respuesta.

SAAVEDRA.

Paso.

ORTUÑO.

Paso.

BELTRÁN.

Esto llevarán primero.

Vase tras ellos.

CÉSPEDES.

Esto sí, Beltrán; que en fin,
Siempre en la barba del ruin
Prueba la mano el barbero.

Salen D.ª Ana, y D.ª Felicia.

ANA.

¿Nunca han de faltar aquí
Cuchilladas desta gente?

FELICIA.

No es malo el mozo.

ANA.

Es valiente.

FELICIA.

¡Qué cansancio para mí
Esto de bravos y espadas!

CÉSPEDES.

De un barco enramado, á tierra
Salen, de la humana guerra,
Dos tentaciones tapadas:
Acércome á consolarme

Mientras que vuelve Beltrán.
Si vuesas mercedes dan
Licencia, osaré llegarme;
Que como soy forastero
No sé el uso del país.

ANA.

Luego ¿chapetón venís?

CÉSPEDES.

Nunca he sido perulero
Ni he pasado á ver el oro
Que ha conquistado Colón.

FELICIA.

Sois entre hidalgo y pelón.

CÉSPEDES.

¡Por Dios, que saben de coro
La cartilla del buscar!
No soy tan pobre, ni creo
Que si hiciese en vos empleo
No os supiese regalar.

ANA.

En oyendo yo regalo
Me arrimo famosamente.

CÉSPEDES.

Yo regalo á lo prudente,
Y con mis fuerzas igualo
Esto que llaman amor.

ANA.

No me vais descontentando.

Sale Beltrán.

BELTRÁN.

Allá van los dos ladrando.

CÉSPEDES.

¿Qué hay, Beltrán?

BELTRÁN.

¡Par Dios, señor,
Que no les coma tan presto
Donde llegó tu lección!

CÉSPEDES.

Dádome has satisfacción,
Y en obligación me has puesto.

BELTRÁN.

¿Qué caza es ésta?

CÉSPEDES.

No sé.

BELTRÁN.

¿Es gente de lo guisado?

CÉSPEDES.

Brío y donaire me han dado.

BELTRÁN.

¿Llego yo?

CÉSPEDES.

Sí.

BELTRÁN.

¿Con qué pie?

CÉSPEDES.

Aquí la mayor destreza
Está en dar.

BELTRÁN.

Dar en no dar
Fué siempre el enamorar
De más diestra gentileza.

ANA.

¿No es éste, señor galán,
Aquel acuchillador?

BELTRÁN.

Yo soy, señora Leonor,
El reverendo Beltrán,
Hombre de bien, y criado
De Céspedes mi señor.

ANA.

No me llamo yo Leonor.

FELICIA.

¿Qué Céspedes? ¿El sonado?

CÉSPEDES.

No, señora, que ese hidalgo
En Ciudad Real quedó,
Si bien por su deudo yo
Podría estimarme en algo.

FELICIA.

Dígolo, porque un galán
Que de valiente se precia,
Á quien yo, por ser tan necia,
Doy en dar lo que me dan,
Á Ciudad Real es ido,
Según él dice, á buscalle.

CÉSPEDES.

Pues ¿qué pretende?

FELICIA.

Proballe,
Porque de haberle vencido
Quiere en Sevilla el blasón,
Y aun me prometió traer
Un bigote suyo ayer
Para más satisfacción.

CÉSPEDES.

¿Que luego ayer se partió?

FELICIA.

Según él me dijo, sí.

BELTRÁN.

¡No estuviera el tal aquí,
Pesar de quien me parió!

CÉSPEDES.

Calla, Beltrán, noramala;
Que aún no sabes á qué sabe
La trementina.

FELICIA.

Que alabe
Su valor no importa nada (1)
Un hombre de tanto nombre.

CÉSPEDES.

¿Cómo se llama?

FELICIA.

Salcedo.

CÉSPEDES.

No sé quién es.

FELICIA.

Pone miedo
Sólo con el nombre el hombre.

(1) Falta la rima.

CÉSPEDES.
Dejemos las valentías;
Tratemos cosas de amor.
ANA.
Eso será lo mejor.
CÉSPEDES.
Pues oigan, señoras mías.
Beltrán traerá de cenar.
¿Es ésta su casa?
FELICIA.
Sí.
Doña Ana no vive aquí,
Pero aquí se ha de quedar.

Vanse las dos.

CÉSPEDES.
Beltrán, estos dos doblones
Expende en perdices y aves.
BELTRÁN.
¡Oh, qué amores tan suaves!
Peligros y dilaciones,
Los mentecatos los busquen.
CÉSPEDES.
Sí. Mas ¿quién ha de pasar,
Pudiéndolas vendimiar,
Porque las viñas rebusquen?
BELTRÁN.
Digo que es verdad, señor;
Pero si amor es quimera,
¿Sabes cómo yo quisiera
Comer los gustos de amor?
Sin hacer pleito civil,
Como pesa un carnicero
Una pierna de carnero
Para un señor alguacil.
Él le quita la faldilla,
Capadura y zancarrón,
Y, como el sastre el jabón,
Va en redondo la cuchilla.
Esto digo yo de amor,
Que lo superfluo quitado,
La faldilla del cuidado,
Lo que sobra del rigor,
Y el zancarrón de los celos,
Que es peor que el de Mahoma,
¿Quién habrá que no le coma?
CÉSPEDES.
Por la piedad de los cielos
Ya libre de doña Juana,
Hago voto de no amar
Mujer que me pueda dar
Esperanza hasta mañana.
BELTRÁN.
¿Cumpliráslo?
CÉSPEDES.
Así lo juro;
Que amor, del vino ha tomado
El no sustentar aguado,
Y el emborrachar si es puro.

Vanse.

Salen Salcedo y Ortigosa.

SALCEDO.
En no habiendo qué jugar,
Trato de cosas de amor.
ORTIGOSA.
Es el consuelo mejor.
SALCEDO.
¡Valga el diablo tanto azar!
¡Por Dios, que no hay en Valencia
Los que me salen á mí!
Hasta el cintillo perdí.
ORTIGOSA.
Salcedo hermano, paciencia.
SALCEDO.
No sé quién trujo á Sevilla
Estos guzmanes tan grandes
Que hacen gente para Flandes.
ORTIGOSA.
Aquél de la lechuguilla,
¡Por el agua de la mar,
Que tuve mil tentaciones
De dalle dos bofetones!
SALCEDO.
¿Qué habemos de hacer?
ORTIGOSA.
Llamar.
SALCEDO.
Dije á Felicia que había
De ir á matar un valiente.
ORTIGOSA.
El que más con éstas miente
Y el que dellas menos fía,
Ése sale más medrado.
¡Ah de allá!
FELICIA.

En lo alto.

¿Quién está ahí?
SALCEDO.
Dos hombres.
FELICIA.
¿Dos juntos?
SALCEDO.
Sí.
FELICIA.
Pues hoy en el blanco han dado.
SALCEDO.
¿No me conoces?
FELICIA.
¿Tú eres?
Luego ¿no fuiste á matar
Á Céspedes?
SALCEDO.
El jugar
Me ha detenido, ¿qué quieres?
FELICIA.
¿Cuando esperaba el bigote,
Con esta flema te vienes?
SALCEDO.
Como en el arca le tienes

Si no huye el Marquesote.

FELICIA.

Mira que es hombre de fama.

SALCEDO.

Es un puerco Cespedillos,
Que porque á cuatro novillos
Dió de palos en Jarama,
Y detuvo una carreta
De dos bueyes de Lozoya,
Quieren que Aquiles, en Troya,
No la tenga tan perfeta.
¡Voto á tus ojos serenos,
Que le quite las orejas
Y se las clave en tus rejas!
Y esto será lo de menos.

FELICIA.

Pues Céspedes está aquí,
Y Ana le está deteniendo.

SALCEDO.

¿Qué Céspedes?

FELICIA.

¿El estruendo
No escuchas?

SALCEDO.

¿Céspedes?

FELICIA.

Sí.

SALCEDO.

Cuál, ¿el de Ciudad Real?

Céspedes abajo.

CÉSPEDES.

Yo se lo diré mejor,
Señor valiente hablador,
Pero será por su mal.

SALCEDO.

Suplico á vuesa merced
Advierta que esta licencia
La da burlando la ausencia,
Y háganos tanta merced,
Que se vuelva á conversar
Con esas damas, que son
Como un oro; que es razón
Servirle y darle lugar.
Luego traeremos aquí
Qué cene, música y juego.

CÉSPEDES.

Es cuchen, é iránse luego:
Yo, caballero, nací
En Ciudad Real, y he dado
Tales heridas á toros,
Que entre cristianos y moros
Por prodigio se han contado;
No he detenido carretas,
Sino ruedas de molino.

SALCEDO.

Y ¡cómo! Sois el divino
Céspedes, á quien sujetas
Están las armas del mundo:
Yo os he visto pelear
En la tierra y en la mar,
En el aire, en el profundo.....

CÉSPEDES.

Esto de cortar bigotes,
Por si no saben cómo es,
Ansí es.

SALCEDO.

¡Valedme, pies!

Sale Beltrán cargado.

BELTRÁN.

¿Qué es esto?

CÉSPEDES.

No te alborotes.

Riñan.

BELTRÁN.

¡Oh, perros!

SALCEDO.

¡Ay, que me ha muerto!

CÉSPEDES.

Déjalos, bien van ansí.

BELTRÁN.

Yo con la cena reñí.

CÉSPEDES.

¿Perdístela?

BELTRÁN.

No por cierto.

CÉSPEDES.

Abre, á ver.

BELTRÁN.

¿Qué me importunas?
Perdiz, gallina, candeal,
Queso, todo está cabal.

CÉSPEDES.

¿Qué falta?

BELTRÁN.

Las aceitunas.

Salen el capitán D. Hugo, y Lorenzana, alférez.

HUGO.

Coronóse, como os digo,
En Milán, de Italia espejo,
Nuestro César Carlos quinto,
De la corona de hierro.
Lleváronsela á Bolonia
Desde aquel sagrado templo
Que edificó Teodelinda
Al Bautista: llevó el cetro
El de Astorga, y el estoque
Llevó don Diego Pacheco,
Duque de Escalona; en fin,
La bola de oro, su yerno
Alejandro, que ya es Duque
De Florencia en este tiempo.
Á las fiestas que se hacían
Del Príncipe al nacimiento,
Se halló el Papa, que le dió

La corona de oro; luego,
De pontifical vestido,
Salió el Pescador supremo
En su silla á San Petronio
Con grande acompañamiento:
Debajo de un palio el César
Con grandes y caballeros.
Lo primero le ordenó
Canónigo de San Pedro,
Y luego al divino oficio
Se dió principio, sirviendo
El Emperador la misa,
Que dijo el Papa.

ALFÉREZ.

No puedo
Dejar de admirar tan alta
Grandeza.

HUGO.

Allí, del Imperio
Le dió á Carlos las insignias,
Para que rigiese el cetro;
Para que la fe ensalzase,
El estoque, y al soberbio
Contra la Iglesia, cortase,
Como defensor, el cuello:
La corona de diamantes
Puso en su cabeza, y luego
Le dió la bola de oro,
Figura del mundo, puesto
En sus poderosas manos
Y á su gobierno sujeto.
Besóle el César el pie
Y adoróle: en este tiempo
Salió la voz por las puertas,
Y Antonio de Leyva, oyendo
Que ya Carlos era César,
Al escuadrón contrapuesto
Al templo, y lucido de armas
De infantes y caballeros,
Señal hizo, y todos juntos,
«¡Viva Carlos!», respondieron,
«¡Viva, viva el quinto Carlos!»
Y como suele con truenos
Atemorizar el mundo
El artillería del cielo,
La que prevenida estaba
Respondió con tanto exceso,
Que dos leguas de contorno
Hicieron temblar los ecos.
Después de cosas tan grandes
Partió á Alemania; mas creo
Que sabéis las de Aquisgrana.

ALFÉREZ.

Ya sé los demás sucesos.

HUGO.

La gente que se hace aquí,
Que ha de militar sospecho
Con el Duque invicto de Alba.

ALFÉREZ.

Verle y servirle deseo.
Despoblárase Sevilla
De mozos.

HUGO.

Pienso que tengo
Agora en mi compañía
Alistados cuatrocientos.

Salen Encinas, Carpio, Rosales, soldados y una caja.

ENCINAS.

Pon esa caja aquí, que no me tiro
Con esos picarones de la mesa.

HUGO.

Alférez, con aquesto me retiro.

Vase.

CARPIO.

Con estos huesos me han de hacer la huesa.
Mas á ocho.

ENCINAS.

Yo paro.

ROSALES.

Y yo los miro.

Salen Céspedes y Beltrán.

CÉSPEDES.

Ya te digo que vamos á esta empresa.

BELTRÁN.

En fin, ¿vas á Alemania?

CÉSPEDES.

Aquí me alisto;
Veré la guerra que en mi vida he visto.

BELTRÁN.

Aquí juegan.

CÉSPEDES.

Yo llego.

ENCINAS.

Algún corneta
Os debió de inventar, huesos poltrones:
Paró la cadenilla.

ROSALES.

Azar.

ENCINAS.

¿Qué treta
Valdrá contra desdichas?

ROSALES.

Seis doblones.

BELTRÁN.

Ya la caja de guerra me inquïeta.
¿Cuánto es mejor que destripar terrones,
La pluma á lo español, á lo flandesco,
La cuera y el calzón á lo tudesco?
Vaya mi amo á la Alemania; hoy quiero,
Gallardo, acompañar su brazo fuerte.

CÉSPEDES.

Yo la juzgo á pagar de mi dinero.

ENCINAS.

Digo que es mal juzgada aquesta suerte

CÉSPEDES.

Responderé con un mentís de acero.

ENCINAS.
¿En el cuerpo de guarda?
CARPIO.
¡Tente!
ROSALES.
Advierte......
BELTRÁN.
¡Fuera digo!
CARPIO.
¡Mató al sargento Encinas!
CÉSPEDES.
Céspedes soy.
BELTRÁN.
Y yo Beltrán, ¡gallinas!

ACTO SEGUNDO.

Salen el capitán Hugo y Céspedes.

HUGO.
Aficionado á vuestros grandes hechos
En todas estas guerras que ha tenido
En Alemania el César, señor Céspedes,
Os quiere regalar el Duque de Alba,
Y me ha mandado á mí que os aposente.
CÉSPEDES.
Su Excelencia ha quitado de la frente
El laurel á Alejandro y á Trajano,
Á Arturo Inglés la espada de la mano,
Y la divina fama al Macabeo,
Que adornó el templo del primer trofeo:
Debe á mi amor cualquiera beneficio
Que recibiere de su noble pecho:
Verdad es que yo anduve retirado
Y temeroso del invicto César,
Y por lo mismo del gran Duque de Alba;
Pero la causa del rigor me salva:
No sé si la sabéis, señor don Hugo.
HUGO.
Así confusamente.
CÉSPEDES.
Pues en breve
Os diré la ocasión que á los dos mueve,
Si bien yo sé que el César se holgó mucho
Y el Duque mucho más: oid.
HUGO.
Ya escucho.
CÉSPEDES.
Partió de Mantua el César, y pasando
Por Venecia, en que fué tan bien servido,
Se humillaron los Alpes á su nombre:
De Trento fué á Alemania, y en Augusta
Crió por sucesor en el Imperio,
Y rey de Roma, á Ferdinando invicto;
Que madama María y él se hallaron
En esta Dieta como hermanos suyos.
Otro día después lo fué del *Corpus*,
Y el César, convidando á algunos príncipes
Para que acompañasen la solemne
Procesión en que el cuerpo soberano
Del mismo Dios, en santo Sacramento,
Que sea alabado de ángeles y de hombres,
Llevaba el Arzobispo de Maguncia,
No quisieron venir, ni hubo remedio.
La procesión se hizo, aunque sin ellos,
Y destocado el César cristianísimo,
Al sol, que era excesivo el de aquel día,
Con un hacha en las manos, daba ejemplo,
Detrás del Arzobispo, á aquellos bárbaros.
Movióse una cuestión la tarde misma
Sobre aquesta ocasión en el palacio;
Yo, capitán, que estaba hecho un veneno,
Alcé la mano, y de un bofetoncillo
Hice escupir tres dientes á un hereje;
Creo que se le andaban; no fué nada.
HUGO.
Yo sé que santa fué la bofetada
Y que hasta el cielo el eco llegaría.
CÉSPEDES.
Juntáronse de aquella cofradía
Veinte ó treinta bellacos, que no eran
De la del Sacramento soberano:
Meto á la daga y á la espada mano,
Y con sólo Beltrán, que no es muy tierno,
Despachamos diez hombres al infierno,
Y los demás por huevos y por vendas,
Hinchendo á los barberos cuatro tiendas.
HUGO.
Yo sé, Céspedes, bien, que aunque mostrasen
Carlos y el de Alba enojo por entonces,
Que no habéis hecho cosa, aunque son tantas,
De que hayan recibido mayor gusto.
CÉSPEDES.
Yo le tuve á lo menos, y fué justo:
Y ¡vive Dios, don Hugo, que en hallando
Hereje donde pueda sacudille,
Destos que no se quitan el sombrero
Al pan á quien los ángeles se humillan,
Que le pongo las piernas como á toro,
Para que siempre de rodillas quede,
Con que le adora, aunque le pesa!
HUGO.
Puede
Daros partido la devota España
Por defensor del pan que adora el cielo:
Mas mi hermana Teodora á veros sale.
CÉSPEDES.
No hay claro sol que á su belleza iguale.

Sale Teodora.

TEODORA.
Aunque no es ésta la vista,
Señor Céspedes el bravo,
De Héctor y Aquiles, que alabo

En la troyana conquista,
Ni menos soy Cipïón,
Aunque vos sois Anibal,
Quisiera la vuestra igual
Á mi grande admiración;
Pero si yo miro en vos,
Después de Sansón, el hombre
De más fuerzas, de más nombre
Que ha dado á la tierra Dios,
Y vos en mi una mujer
Sin alguna perfección,
¿Cómo vuestra admiración
Como la mía ha de ser?
Pero á vuestra competencia
En tanta desigualdad,
Pondré yo mi voluntad,
Que es la más fuerte potencia.
Y pues ella nos advierte
Que á tantos hombres venció,
Tan fuerte vengo á ser yo;
Miradme por cosa fuerte.

CÉSPEDES.

Señora, nadie ha dudado
Que son de más fundamento
Las fuerzas de entendimiento,
Que las del mayor soldado.
Ya en éste me habéis vencido,
Y si añadís voluntad,
Quejaréme á la amistad
De quien á vos me ha traído.
Hércules era más fuerte,
Y una mujer le venció,
Y aunque fuera Sansón yo,
Temiera por vos la muerte.
No somos Héctor ni Aquiles,
Mas yo considero en vos
Belleza que puso Dios
Contra pechos varoniles.
Si Aníbal y Cipïón
Se admiraron justamente,
Me admiro de ver presente
Vuestra rara perfección;
Y vos de ver á Anibal
Rendido á vuestra hermosura,
Con la que el alma asegura
Adonde hay fuerza inmortal.

TEODORA.

Quien ya vencida venía
No tiene que encarecer
Que se ha dejado vencer
De vuestra gran cortesía
Y agora perdón os pido;
Que pensé que vuestros nombres
Eran por rendir los hombres
Que vuestra fuerza ha vencido,
No por rendir como á mí.

HUGO.

Quedo, no paséis delante,
Que aunque pequeño montante,
Estoy de por medio aquí.
El señor Céspedes es
Nuestro huésped; tiempo queda
Para que tratarse pueda
De estilo noble y cortés.
Los dos vamos á besar
La mano al Duque; entretanto,
Traigan su ropa.

CÉSPEDES.

Si tanto
Los dos me pensáis honrar,
Doyme por mal pagador,
Que es atabique de ingrato.
Dios os guarde.

TEODORA.

Vuestro trato
Promete lealtad y honor.

Vanse Céspedes y D. Hugo.

¡Ah, hidalgo!

BELTRÁN.

¿Decís á mí?

TEODORA.

¿No podéis vos ser hidalgo?

BELTRÁN.

Si hidalgo es ser hijo de algo,
De algo pienso que nací.

TEODORA.

¿Quién la ropa ha de traer
Del señor Céspedes?

BELTRÁN.

Yo,
Que aunque galán me vistió,
El mismo tengo de ser.
No soy de aquellos criados
Que en vistiéndolos se entonan,
Y libres, que son pregonan
Más que sus amos honrados.
Y Céspedes eslo tanto,
Que me precio más de ser
Su criado, que tener
De Roma el Imperio santo.

TEODORA.

¿Sois de su tierra?

BELTRÁN.

Nací
En la casa que nació,
Y su padre me crió.

TEODORA.

¿Es hidalgo?

BELTRÁN.

¡Pesia mí!
Es caballero hijodalgo,
Como el Rey.

TEODORA.

No lo he querido
Preguntar, porque he tenido
De que es noble duda en algo,
Pues lo dice el capitán.

BELTRÁN.

Es, entre mil caballeros,
De los Céspedes primeros

Que dicen que pisó Adán
Luego que Dios le formó

TEODORA.

¿Es casado?

BELTRÁN.

Bien pudiera
Si un competidor quisiera,
Que á su costa lo estorbó.

TEODORA.

¿Servían alguna dama?

BELTRÁN.

Una doña Juana hermosa
Como el sol, que en pura rosa
Pone al aurora su llama.

TEODORA.

¿Quísola Céspedes bien?

BELTRÁN.

Eso fué cosa de espanto:
Ni el agua á la tierra tanto,
Ni el cuerpo al alma también.

TEODORA.

Y ¿á cual de los dos quería?

BELTRÁN.

Á Céspedes se inclinaba,
Y al otro, que se llamaba
Pero Trillo, aborrecía.
Por envidia de un clavel
Que un día á Céspedes dió,
Al campo con él salió,
Mas quedóse Trillo en él;
Que supuesto que sabía
De aquello de uñas abajo,
Céspedes le ahorró de un tajo
De vendas y cirugía.
Con esto, á Sevilla fuimos
Y mil trabajos pasamos;
Desde ella nos embarcamos,
Y á Italia y Flandes venimos.

TEODORA.

¿Habla en doña Juana ya?

BELTRÁN.

Poco y tarde, que la ausencia
Enseña á tener paciencia.

TEODORA.

Qué, ¿está libre?

BELTRÁN.

Libre está;
Que en tantos mares y tierras
Van las memorias perdidas,
Sin los trabajos y heridas
Que le han dado en estas guerras.
Está Céspedes bien puesto
Con el Duque.

TEODORA.

Bien merece
Su favor.

BELTRÁN.

¿Qué se os ofrece
En que os sirva fuera desto?

TEODORA.

Que vais por la ropa en tanto
Que se adorna el aposento.

BELTRÁN.

Y voy con mucho contento
De saber que le honráis tanto.

Vase.

TEODORA.

Quien rinde tantos hombres con la espada,
Muros asalta y bárbaros conquista,
¿Qué mucho que cautive con la vista
Una mujer segura y descuidada?
Ya voy, amor, al carro de oro atada,
Sin que á tus armas mi desdén resista;
Soldado soy de tu amorosa lista,
Aventurera, pero no pagada.
Si pones este triunfo entre laureles
De tu cabeza, ¡oh Céspedes gallardo!
Afrentarás los hechos que honrar sueles.
Pero ¿por qué rendida me acobardo?
Que nunca los valientes son crueles:
Tú eres valiente, luego vida aguardo.

Salen D. Diego, Mendo y D.ª María en hábito de soldado.

DIEGO.

De haberos acompañado
No quiero más galardón
Que daros satisfacción
De que soy hidalgo honrado.
En el hábito que estáis
Os he guardado el decoro
Debido al honor que adoro
Y que vos tanto estimáis.
Las tormentas de la mar,
Que por seguir vuestro hermano
Tuvimos, todo un verano
Nos hicieron dilatar
El haber llegado aquí.
Ya, señora, estáis en tierra
Donde diferente guerra
Os defiende á vos que á mí.
En ella hallaréis honrado
Á Céspedes con trofeos
Justos, pero á los empleos
De mi amor desobligado,
Y yo tanto ya del vuestro,
Cuanto os dirá la razón;
No porque en esta ocasión
Gusto de venganzas muestro;
Mas porque habiendo sabido
Que á Pero Trillo mató,
No será justo que yo
Ponga esta sangre en olvido.
Hermano fué de mi madre,
Y de mi amor tan capaz,
Que desde que fuí rapaz
No he conocido otro padre.
Y si en ocasión igual
Su muerte entonces supiera,
Creedme que no saliera
Con vos de Ciudad Real.

Á mis deudos les daré
Satisfacción de mi engaño,
Y deste país extraño
Cuando pudiere saldré,
Con gusto de que quedáis
Adonde está vuestro hermano.

MARÍA.

Vos satisfacéis en vano
Eso que agravio llamáis;
Que si por haber sabido
Que á Pero Trillo mató
Mi hermano, os ofendo yo,
Disculpa afrentosa ha sido;
Que ni las armas le dí,
Ni la causa, ni el consejo;
Lo que á vuestra opinión dejo,
Aunque juzgue contra mí.
Dijísteisme vuestro amor
En hábito disfrazado,
Con que fuisteis perdonado
Entonces de mi valor;
Que si no, puesto en mis brazos,
Sin ser de Hércules la guerra,
Como al hijo de la Tierra
Os hiciera mil pedazos.
El poneros á mi lado
Y el acompañaros, fué
La ocasión en que fundé
Este mi loco cuidado;
De cuidado, en fin, llegó
Á ser gusto de escucharos,
De gusto, á amistad de honraros,
De amistad, á amor subió;
De amor, á costumbre y trato,
De trato, á naturaleza;
Con que ya en vos es bajeza
El ser con mi amor ingrato.
¿Queréisme dejar aquí
Porque os amo? Cobardía
Clara, que ofende este día
Á vuestros deudos y á mí.
Si es por temor de mi hermano,
Yo sabré guardaros dél,
Y si es por vengaros dél,
¿Qué mejor que por mi mano?
Pues la muerte que lloráis
De vuestro tío, no alcanza
De nadie mayor venganza
Que en no dejarme tomáis;
Y al fin os debe mover
Que veis en doña María
Una lágrima.

DIEGO.

Podría
Al mismo hielo encender,
Y en las frígidas entrañas
De los Alpes dar centellas,
Abrasando como estrellas
Fugitivas sus montañas.
Mas respecto de mi honor,
Bien sabéis vos que no puedo,
Y no presumáis que es miedo,
Que nunca le tuvo amor,
Que ¡vive Dios, que mi intento
És matar á vuestro hermano!

MARÍA.

¿Á Céspedes?

DIEGO.

¡Qué tebano
Alcides!

MARÍA.

¡Qué sufrimiento!

DIEGO.

¡Qué Milón crotonïata!
¡Qué nazareno Sansón!

MARÍA.

Pagaréis la condición
Bárbara, inculta é ingrata.

DIEGO.

Ahora bien, vos lo sabréis.

MARÍA.

¿Queréisle desafiar?

DIEGO.

Yo le tengo de matar;
El cómo, allá lo veréis.
Echa, Mendo, por aquí;
Alistémonos los dos.

MENDO.

Advierte, señor, ¡por Dios!
Que es tu engaño contra ti.

DIEGO.

Yo cumplo mi obligación;
Vaya amor para quien es.

MENDO.

Si lo has de llorar después,
Da lugar á la razón;
Que muchos desvanecidos
Dieron consigo en la tierra.

DIEGO.

Quien sangre tan noble encierra,
Cierre al amor los oídos.

Vanse los dos.

MARÍA.

Diamante falso y fingido
Engastado en pedernal,
Alma fiera en duro pecho,
Que ninguna fiera es más.
¿Dónde vas, cobarde, huyendo
De amor que supo obligar
Noblemente tus bajezas,
Que tal galardón me dan?
Di que eres el primer hombre
En cuyos brazos está
Vencida la fortaleza,
Supuesto que huyendo vas.
Tú solo á doña María
De Céspedes y Guzmán
Rendiste en fuerzas; mal dije,
Pues tú en flaquezas dirás.
Si las estrellas son fuertes,

Claro está que envidiarán
Mis fuerzas, pues á rendirme
Te quisieron ayudar.
¡Espera, infame, detente!
No eres río, vuelve atrás;
Mar donde me anego fuiste,
Y más mudable que el mar.
Mas ¿cómo infamo tu nombre,
De amor tan cierta señal?
Porque al fin, quien dice injurias,
Cerca está de perdonar.
La muerte de Pero Trillo
Dices que causa te da
Para vengarte en mi vida.
¿Quién vió desatino igual?
La mudanza de tu olvido,
Mal la puedes disculpar
Con los agravios ajenos:
Loca estoy, y ciego estás.
¡Mal hayan mis pensamientos,
Aunque arrepentidos ya
De haber empleado en ti
Del alma el mayor caudal!
Yo te dí mi entendimiento,
Por él tu engaño me das;
Mi memoria por tu olvido,
Que no te puede olvidar;
Por tu ingratitnd, don Diego,
Mi amorosa voluntad.
¡Quién pensara que me dieras
Por tanto bien tanto mal!
Pero no quiero reñirte,
Falso, traidor, desleal,
Porque al fin, quien dice injurias,
Cerca está de perdonar.
Pero ¿cómo no me vuelvo
Loca viéndome burlar?
Pues no hay cuerdo con desprecios,
Ni silencio con pesar.
Fuerte soy; pero ¡ay de mí!,
Que es la fuerza corporal;
Que el alma no tira al canto,
Y pierde siempre al luchar!
No luchéis, alma, con celos;
Advertid que os rendirán;
Honra, meted paz aprisa,
Tengamos la fiesta en paz;
Obligaciones, tenedme,
Agora es tiempo de hablar;
Que en los mayores peligros
Se conoce la amistad.
Salga el infame don Diego
Del alma..... pero no más.....
Porque al fin, quien dice injurias,
Cerca está de perdonar.

Sale Reinoso, soldado, y Angulo, su camarada.

REINOSO.
No lo veré por no volverme loco.
ANGULO.
Con justísima causa desatinas.
REINOSO.
¡Que los buenos soldados tenga en poco
El Duque, por honrar estos gallinas!
ANGULO.
Yo en la grandeza y el valor no toco
Del de Alba, porque son partes divinas;
Hablo, Reinoso, aquí, de los soldados,
Por no ser conocidos desdichados.
REINOSO.
¡Que se venga un manchego forcejudo
Que fué de ganapán su estrella y trato,
Y porque diez barajas romper pudo,
Y hacer una alabarda garabato,
Y á un hablador de una puñada mudo,
Lechuguillas las márgenes de un plato,
Y tener en la palma un hombre, el de Alba
Le haga más honra que á un señor de salva!
¡Á Céspedes asiento! ¡Á un hombre mulo,
Que llevará dos tercios de pescado!
¿Esto es milicia, ¡vive Dios! Angulo?
MARÍA.
Quedo de los ausentes, seor soldado;
Que mal lo que es la sangre disimulo,
Con que queda don Diego disculpado.
REINOSO.
¿Dice á nosotros el señor lampiño?
MARÍA.
Y de los dos la desvergüenza riño.
ANGULO.
Bien hizo aquel que no llevó á su guerra
Barba en que no pudiese entrar el peine.
REINOSO.
Estos almidonados de su tierra
Quieren que acá su atrevimiento reine.
MARÍA.
Quien piensa que el valor es hombre, yerra,
Porque años tenga ó porque canas peine,
Y el mayor que los honra á los soldados,
Es ser en las ausencias bien hablados.
Céspedes es muy noble caballero,
Y merece que el de Alba le dé silla;
Que la tiene su fama en el postrero
Polo del mundo, donde el sol se humilla.
¡Mienten! Y saquen el cobarde acero.
REINOSO.
Tente, almidón.
ANGULO.
Espera, lechuguilla.
MARÍA.
No hay que tener, picaños.
REINOSO.
¡Ay!
ANGULO.
¿Qué ha sido?
REINOSO.
De un cintarazo me quitó el sentido.

Sale un capitán y soldados.

CAPITÁN.
Teneos, soldado, y dad las armas luego.

MARÍA.

Yo no las doy, porque no soy soldado.

CAPITÁN.

¿Habéis muerto dos hombres, y tan ciego
Os resistís á un capitán honrado?

Sale el Duque de Alba.

DUQUE.

Á mí me las dará, que á tiempo llego,
De sus gallardos bríos obligado.

MARÍA.

Á vos las rindo, porque os hacen salva
Las banderas del sol, de quien sois Alba.

DUQUE.

¡Bravo valor tenéis para tan mozo!
¿Sobre qué ha sido la cuestión? que creo
Que os dieron causa.

MARÍA.

Aunque del tierno bozo
La edad no ha hecho en mi persona empleo,
Sabed, señor, que en castigar me gozo
Los envidiosos que con mal deseo
Hablan de los ausentes.

DUQUE.

Y es muy justo;
Que yo también de castigarlos gusto.

MARÍA.

Hablaron mal de Céspedes, diciendo
Que disteis silla á un bárbaro villano;
Llego, y con libertad los reprehendo;
Danme ocasión después, y meto mano;
Si no se defendieron, conociendo
Que era bien menester, invicto albano,
¿Qué culpa tengo yo?

DUQUE.

Vos habéis hecho
Cosa bien digna de un ilustre pecho.
¿De dónde sois?

MARÍA.

Del reino de Toledo.

DUQUE.

¿Llámaos la patria?

MARÍA.

Es Céspedes honrado.

DUQUE.

¿Cómo os llamáis?

MARÍA.

Don Sancho de Acevedo.

DUQUE.

¿En qué tercio venís?

MARÍA.

No soy soldado.

DUQUE.

¿Qué hacéis aquí?

MARÍA.

Probar si tengo miedo.

DUQUE.

No lo probasteis mal.

MARÍA.

No he comenzado.

DUQUE.

¿Dos son pocos?

MARÍA.

¿Pues no, si eran rüines?

DUQUE.

¡Buenos principios!

MARÍA.

Vos veréis los fines.

DUQUE.

Llevalde vos á vuestra casa preso;
Que no es justo perder tan buen soldado.

MARÍA.

Los pies mil veces, gran señor, os beso.

DUQUE.

Para librarle, esta prisión le he dado;
Que me llevan los ojos, os confieso,
Hombres deste valor.

Salen Céspedes y Beltrán.

CÉSPEDES.

Tarde he llegado.
¿Qué es esto, gran señor, qué ha sucedido?

DUQUE.

Vos, Céspedes, la culpa habéis tenido.

CÉSPEDES.

Pues yo, ¿por qué?

DUQUE.

Porque en defensa vuestra
Ha hecho lo que veis un toledano.

CÉSPEDES.

Valor la patria en vuestro nombre muestra,
Toledo insigne, generoso albano;
Pero señor, pues es la culpa nuestra,
Mostrad con él vuestra piadosa mano.
Prendedme á mí.

DUQUE.

Si haré, y es justa pena;
Mas será la prisión una cadena.

Póngale una cadena de oro al cuello.

Y ¡por vida del César, que envidiosos
No han de quitaros el lugar que es justo!

CÉSPEDES.

Honrado de esos brazos poderosos,
Yo haré inmortal vuestro apellido augusto

DUQUE.

Estos príncipes son tan belicosos,
Que á nuestro Emperador le dan disgusto.
La guerra se comienza declarada;
Yo espero su laurel de vuestra espada.

CÉSPEDES.

Á vuestros pies estoy.

DUQUE.

Vuestra persona
Estima el César, y pues llega el día,
Céspedes, de salir de Ratisbona,
No iréis sin una honrada compañía.

Vase el Duque.

CÉSPEDES.

El Angel bello que el blasón corona
De vuestras armas, llevaré por guía.
¿Qué dices del favor del Duque?

BELTRÁN.

Digo
Que no es hombre el que está sin enemigo.
Mas ¡por vida del César, que si el humo
Se me sube una vez còn los picaños,
Belitres, gallinosos, que presumo
Que ha de haber que contar por muchos años!

CÉSPEDES

En hacer una cosa me resumo,
Que sirva de comunes desengaños
Á las naciones deste campo todo,
Y así sabrán quién soy.

BELTRÁN.

Pues ¿de qué modo?

CÉSPEDES.

Fijar quiero un cartel de desafío
Á todas armas, fuerzas y destreza.

BELTRÁN.

Harás tu nombre claro, señor mío,
Y á la envidia darás mortal tristeza.

CÉSPEDES.

Salgan los españoles de más brío,
Los alemanes de mayor grandeza,
Los de Italia, de Flandes y de Hungría;
Que Céspedes los reta y desafía.
Pero dejando el desafío aparte,
¿Qué haré yo para ver aquel mancebo?

BELTRÁN.

Eso quise mil veces acordarte.

CÉSPEDES.

Yo le sabré pagar lo que le debo.

BELTRÁN.

Aquí se ofrece el capitán Duarte.

CÉSPEDES.

Luego ¿él le tiene preso?

Sale el capitán.

CAPITÁN.

Yo le llevo
Buenas nuevas al Duque.

CÉSPEDES.

Si obligado
Mi amor os tiene, aunque me habéis honrado,
Llevadme á ver aquel hidalgo preso,
Á quien sabéis que debo amistad tanta.

CAPITÁN.

Ya es imposible.

CÉSPEDES.

¿Cómo?

CAPITÁN.

Yo os confieso
Que su valor y fortaleza espanta.
Púsele una cadena de buen peso,
Ciérrole en mi aposento; él se levanta,
La cadena se quita, y una reja,
Por donde sale, y como veis me deja.

CÉSPEDES.

Eso sólo pudiera ser hazaña
De Céspedes aquí.

CAPITÁN.

¡Sin seso vengo!

CÉSPEDES.

Y de su hermana, en la remota España.
Ya justa envidia de ese mozo tengo.
¿Qué talle tiene?

CAPITÁN.

El alba, cuando baña
Las flores que pintándola prevengo,
Parece que en su risa el rostro tiñe,
Y así de rosa y de jazmín lo ciñe.
Al Duque voy á darle cuenta desto.

CÉSPEDES.

Beltrán, ¿has visto cosa semejante?

BELTRÁN.

Mozo español á tu valor opuesto,
Hijo debe de ser de algún gigante.

CÉSPEDES.

De que se libre estoy contento, puesto
Que me pesa ¡por Dios! que se levante
Con la fama adquirida, y esto en día
Que me obliga y me vence en cortesía.

BELTRÁN.

No pierdas la esperanza, pues el cebo
Del desafío le traerá á probarte.

CÉSPEDES.

¿Hay tal valor y fuerza de mancebo?

BELTRÁN.

¿Quieres dejar por un instante á Marte?

CÉSPEDES.

¿Tienes qué me decir? que no me atrevo,
Si son vanos amores, á escucharte.

BELTRÁN.

Cosas son de Teodora.

CÉSPEDES.

Pues ¿qué haremos?

BELTRÁN.

Dar un medio de amor á sus extremos.

CÉSPEDES.

¿Qué le ha dado á Teodora? ¿Soy yo lindo?
¿Soy el mancebo que quitó la reja?

BELTRÁN.

Nunca en los gustos del amor deslindo
Cómo éste adora lo que el otro deja.

CÉSPEDES.

De mala gana ya, Beltrán, me rindo,
Escarmentado de mi antigua queja,
Á los engaños del amor.

BELTRÁN.

Yo agora
Trato del que le debes á Teodora.
¡Con qué donaire dice que no hay hombre
Como el valiente Céspedes! Y luego,
Que en la esfera de Marte está tu nombre,
Y su abrasado amor en la del fuego.

CÉSPEDES.

Déjame aquí, Beltrán.

BELTRÁN.
¡Que esto te asombre!
CÉSPEDES.
No quiero yo querer, ni vivir ciego.
BELTRÁN.
No hay vida sin amor.
CÉSPEDES.
Ni amor sin pena,
Porque es vivir por voluntad ajena.

Salen tres soldados, Fernando, Tristán y Ramiro, con una labradora.

FERNANDO.
Digo que vaya por mí
Á una quínola mi parte.
TRISTÁN.
Ya los dos quieren jugarte.
LABRADORA.
Luego ¿soy su esclava?
TRISTÁN.
Sí;
Que también quiere que haya
Pecorea de mujeres.
RAMIRO.
No des voces, ni te alteres;
Que darás causa á que vaya
Tu ánima socarrona
En busca de aquel villano
Que con el chuzo en la mano
Negó á Carlos la corona.
¿Vosotros no imagináis
Que aquella real clemencia
Perdona vuestra insolencia
Para ver si os enmendáis?
¡Por vida dél treinta veces,
Y de Felipe, su hijo,
Que has de ser jugada!
FERNANDO.
¡Y dijo
Treinta veces!
LABRADORA.
No pareces
Hidalgo español; mas yo
Á los pies del Duque iré,
Y justicia pediré.
TRISTÁN.
¿Y misericordia no?
CÉSPEDES.
¡Ah, señores caballeros!
RAMIRO.
¿Quién es?
CÉSPEDES.
Céspedes.
FERNANDO.
Aquí
Nos tienes.
LABRADORA.
¡Piedad de mí!
CÉSPEDES.
¿Qué es esto?
RAMIRO.
Faltar dineros.
CÉSPEDES.
Repartan esos doblones
Y dejen esta mujer.
RAMIRO.
¿Quién, si no tú, sabe hacer
Tan altas demostraciones?
Mis ojos te vean presto
General.
CÉSPEDES.
Vayan con Dios.
TRISTÁN.
Esto les cabe á los dos.

Vanse.

LABRADORA.
En obligación me has puesto
De ser tu esclava.
CÉSPEDES.
Mujer,
Ya tienes tu libertad.
BELTRÁN.
Para estar en la ciudad,
Poco habemos menester;
Mas en el campo, ¿quién quieres
Que guise y lave?
LABRADORA.
Aquí está
Quien os servirá.
CÉSPEDES.
Haz allá,
Beltrán, lo que tú quisieres.

Vase Céspedes.

BELTRÁN.
¿Sabes quién es ese hombre
Que agora se va de aquí?
LABRADORA.
Mil veces pienso que oí
Sus hazañas y su nombre.
BELTRÁN.
¿Quiéresle servir?
LABRADORA.
¡Pues no!
BELTRÁN.
¿Tienes quién lo estorbe?
LABRADORA.
Ya
Le mataron.
BELTRÁN.
Bien está:
Consolarte sabré yo,
Que soy, aunque no casado,
Ternero de corazón.
LABRADORA.
Siempre he tenido afición
Á españoles.
BELTRÁN.
Tú has llegado

Donde están los dos mejores;
Que si mis cosas no lucen,
Es porque al fin se reducen
Á las hazañas mayores.
¿No has visto un hacha, que al sol
No alumbra, y de noche sí?
Pues tal con Céspedes fuí.

LABRADORA.

¿Cómo es tu nombre, español?

BELTRÁN.

Beltrán; pero dime el tuyo.

LABRADORA.

Brígida.

BELTRÁN.

Afligido nombre
Tienes; pero no hace al hombre
El nombre, sino el ser suyo.
Ven, que habrán dado las once:
Blandilla tienes la mano.

LABRADORA.

¿Mucho?

BELTRÁN.

Sí.

LABRADORA.

Pues sepa, hermano,
Que tengo el alma de bronce.

Vanse.

Salen D. Diego y Mendo.

DIEGO.

Ya tengo bravos amigos.

MENDO.

Apenas un hombre queda
En todo el tercio, señor,
Que no te estime y lo sea.

DIEGO.

Duerma Céspedes seguro,
Que antes que marche la empresa
De Carlos de Ratisbona,
Dejará la vida en ella.

MENDO.

¿Parte ya Su Majestad?

DIEGO.

Viendo la desobediencia
Destos príncipes vasallos,
Mendo, á la romana Iglesia
Y al Imperio, de que él tiene
La victoriosa cabeza
Dignamente coronada,
Ha publicado la guerra.
Es Alemania provincia
Grande y fértil, á quien riega
Y parte el río Magón;
La que acaba en la ribera
Del Océano, se llama
La Baja; mas la que llega
Á Italia, Alemania la Alta:
Entre aquestas dos hay puestas
Mil ciudades imperiales,
Mil francas y libres tierras,
Patrimonio del Imperio
De donde este nombre heredan.
Sin las Repúblicas libres,
Hay otras que están sujetas
Á duques, marqueses, condes,
Seglares y de la Iglesia.
Destas todas es señor
El Emperador, que reina
Por los príncipes que llaman
Electores, desde aquella
Guerra de Otón y Crescencio;
Siete son, y así se cuentan:
Maguncia, Colonia y Tréveris
Son tres Arzobispos que entran
En la elección, y los cuatro
Seglares, el de Baviera,
Palatino, Brandemburg
Y Sajonia; en fin, al César
Juran obediencia todos,
Y él jura ser su defensa.
Ya de la Liga Esmalcalda
Tienes noticia, y que intentan,
Siguiendo á Lutero, algunos
Mostrar su injusta insolencia.
Ulma, Aquisgrana, Argentina,
Colonia y Metz de Lorena,
Católicas, le obedecen;
Las demás, dudosas quedan.
Doce mil italïanos
Le envía para esta guerra
El Papa, y los coroneles
Cincuenta insignias tudescas;
Tres mil españoles vienen
De Hungría, gente de prueba,
Con don Álvaro de Sandi,
Español de fama eterna;
Con el Maestre de campo
Arce otros tres mil, que llegan
De Lombardía esta tarde;
El Duque de Vitemberga,
Conde de Bura y ciudades,
La lucida soldadesca
Que has visto ocupar los campos:
En fin, veintidós banderas
De españoles tan lucidos,
Que parecen verde selva
De ramos de azahar vestida,
Ó racimo de oro y perlas.
Y entre éstas, Mendo, hay un hombre
Que no ha de pasar con ellas
Á la guerra de Sajonia,
Si el alma y vida me cuesta.
Tú le has de quitar la suya;
Que puesto que yo quisiera
Desafiarle, es error
Con tan desiguales fuerzas.
Este pistolete toma,
Dale una vuelta á la rueda;
El alma lleva de plomo,
Saca la suya con ella;
Que veinte amigos tendremos

Las calles, para que puedas
Acogerte con nosotros.

MENDO.

¡Fuerte cosa me encomiendas!

DIEGO.

De tu ánimo y valor
Fío tan heroica empresa.

MENDO.

Vete con Dios, y él me ayude.

DIEGO.

El premio á mi cargo queda.

Vase D. Diego.

MENDO.

Invención de algún ángel, y no bueno,
Que no es posible que de ingenio humano;
Nube que en el invierno y el verano
Escupe rayos con horrendo trueno:
Más veloz, con ser plomo, que el veneno,
Y más resuelto que el poder tirano;
Arma valiente de cobarde mano,
Saco de muertes y desgracias lleno:
Imitación de aquel caballo griego,
Reloj que la postrera hora señalas,
Boca de maldiciente, ruido y fuego;
Pero basta decir de ti, que igualas
Á los que cuanto hacen dicen luego,
Pues das mil voces al tirar las balas.

Salen Céspedes y Teodora.

TEODORA.

La seguridad que tengo,
Céspedes, de ese valor,
Á los temores de amor
En esta ocasión prevengo.
Sólo á suplicaros vengo,
Si merezco estos favores,
Llevéis, señor, mis colores
Y una gala de mi gusto,
Pues de la ausencia no es justo
De vuestros justos amores.
Bien sé que es atrevimiento;
Pero no os hará cobarde,
Y más, llegando tan tarde
Mi amoroso pensamiento.
Dorado, aunque sin contento,
Y sin esperanza, verde,
Blanco, que le yerra y pierde,
Llevaréis el nombre mío
Á este honroso desafío,
Porque de mí se os acuerde.
Y ¡pluguiera á Dios que os fuera
De gusto mi desatino,
Que yo sé que de padrino
En la estacada os sirviera!
Favorecedme siquiera
De decir que lo estimáis;
Que si este favor me dais,
Tendréis por cierta la gloria,
Pues comenzáis la victoria
Donde á matar comenzáis.

CÉSPEDES

Habéisme honrado de suerte,
Y estoy tan favorecido,
Que soy Céspedes rendido,
Si fuí Céspedes el fuerte.
Para dar al mundo muerte
Basta la envidia y enojos
De ser yo vuestros despojos;
Venceré mil desafíos,
En sabiendo que los míos
Favorecen vuestros ojos.
Las colores que me dais
Acepta mi pensamiento;
Que si el dorado es contento,
Bien contento me dejáis.
Lo blanco dice que estáis
Á tiro de corazón;
Lo verde, que no es razón
Que tenga desconfianza,
Si alguna esperanza alcanza
A tan alta posesión.
Con esto iré á pelear,
Y no me podrán vencer,
Pues ya no lo puede ser
Quien de vos lo viene á estar.
Mis fuerzas me han de matar;
Mas guardaos, que si estoy ciego,
Daré con el templo luego
Y sus columnas, en tierra,
Si no sois paz de mi guerra
Y templanza de mi fuego.

MENDO.

Fácil es el prometer,
Y difícil el cumplir,
Porque es la lengua al decir
Y las manos al hacer.
¿Por dónde podré correr
Si doy fuego?

TEODORA.

Nunca amor
Donde no hay competidor
Fué ingrato, Céspedes mío;
Pero temo y desconfío
De vuestro pasado amor:
Pasado dije; mentí,
Que debe de estar presente.

CÉSPEDES.

Cuando no estuviera ausente
Por vos, lo estuviera en mí.

MENDO.

Yo le tiro; mas aquí
Es el peligro tan cierto,
Que ya me cuento por muerto;
Y el mirar aqueste hombrón
Me da mal de corazón,
Y el miedo algún desconcierto.
Si le yerro de turbado,
Una puñada le sobra
Para dar fin á la obra;

Que antier echó un soldado,
De una coz, en un tejado,
Con fuerza tan gigantea,
Quedando en la chimenea
Diez hombres de la otra parte;
De tal manera los parte,
Que aun polvo no hay que se vea.

Sale Beltrán.

BELTRÁN.

Bien me puedes dar albricias
De que dicen en Palacio
Que quiere á tu desafío
Asistir el quinto Carlos.
Dos criados lo trataban,
Uno del Marqués del Basto,
Y otro del Conde de Bura.
Parte, Céspedes gallardo;
Que por lo menos el César
Á un balcón está mirando
Cómo fijan el cartel,
Y le llevan un traslado
Los que le piden licencia
Para que te otorgue el campo.
Desta vez das á la envidia
Dos higas en los mostachos,
Porque has de igualar tu nombre
Con la fama de Alejandro,
Que esto de ganar el mundo
Fué sólo haber sidó largo
Con poetas y escritores;
Que nunca Nerón romano
Tan cruel hubiera sido,
Si no hubiera sido ingrato
Con nuestros dos cordobeses
El gran Séneca y Lucano.

CÉSPEDES.

Beltrán, yo pienso que el cielo,
Siendo tan piadoso el caso,
Nos ha de dar su favor.

MENDO.

¡Escondido estoy temblando!

BELTRÁN.

Las cajas vienen: ¿no escuchas
Sobre los parches templados
El són con que van diciendo
«¡Viva Céspedes el bravo!»,
Como cuando las campanas
Dicen la fiesta del Santo?
Porque es la imaginación
De los oídos engaño.

CÉSPEDES.

Di que lleguen hasta aquí.

BELTRÁN.

Ya llegan.

CÉSPEDES.

Toma en las manos
El cartel, y á mi Teodora
Le lee.

BELTRÁN.

Escucha.

MENDO.

¿Qué aguardo?

Salen dos cajas, y soldados que acompañen un paje con una rodela y el cartel.

BELTRÁN.

«El español Céspedes, natural de Ciudad Real, en el reino de Toledo, desafía á todo soldado, de cualquiera nación que sea, á todos géneros de armas, y asimismo á tirar, correr, saltar y luchar: serán jueces el excelentísimo Duque de Alba y Su Señoría Ilustrísima del cardenal Hipólito, y el día, el domingo desde las dos hasta las siete.»

CÉSPEDES.

¿Qué te parece?

TEODORA.

Que muestras
Ser español.

CÉSPEDES.

Esto es hecho:
Vete, gallarda Teodora;
Que yo hasta el alma lo quedo
Esperando tus favores.

TEODORA.

Honre tu esperanza el cielo,
Con los que de tu valor
Aseguran mi deseo.

Vase Teodora y las cajas.

CÉSPEDES.

Id vosotros adelante:
Tú, Beltrán, de mi aposento
Saca montantes, rodelas,
Espadas y dagas presto.
Ejercitaré contigo
Algunas, porque esté diestro.

BELTRÁN.

Voy; pero advierte, señor,
Que no me has de dar muy recio,
Porque sueles descuidarte,
Y pensando que das quedo,
Hay chichón que dura un mes.

CÉSPEDES.

Vé volando.

BELTRÁN.

Voy corriendo.

CÉSPEDES.

Agora quiero con vos
Á solas tomar consejo.

MENDO.

Pensé que á mí me decía.

CÉSPEDES.

¿Qué me decís, pensamiento?

MENDO.

¿Qué aguardo, que no le tiro?
¡Vive Dios, que no dió fuego!

CÉSPEDES.

¿Qué es esto, señor soldado?

MENDO.
Necesidad de dineros
Me trujo á vender aquesto,
Y enseñábaosle por bueno;
No tengo qué comer hoy.

CÉSPEDES.
¿Deso os turbáis?

MENDO.
Como llego
Con hambre, pronuncio mal.

CÉSPEDES.
Mostrad.

MENDO.
Bien puede traerlo
El mismo César al lado.
Con aquéste, á lo que pienso,
Y una cuenta de perdones,
Puede cualquier caballero
Sacar un alma.

CÉSPEDES.
Es verdad.

MENDO.
Su dicha y mi mucho miedo
Defendieron que la suya
No saliese de su cuerpo.

CÉSPEDES.
¿Hízose aquéste en Milán?

MENDO.
Los que á mí me le vendieron
Me dijeron que se hizó
Este cañón en Marruecos,
Y la caja en Talavera.

CÉSPEDES.
¿De dónde sois?

MENDO.
De Alaejos.

CÉSPEDES.
¡Gentil vino!

MENDO.
¡Pesia tal!
No hay tal cachera en invierno.

CÉSPEDES.
¿Sois casado?

MENDO.
Sí, señor,
Mas fué siendo niño tierno,
Y no valió el matrimonio.

CÉSPEDES.
¿Con quién fué?

MENDO.
Con un barbero.

CÉSPEDES.
¿Con un barbero?

MENDO.
He pensado
Que las diligencias fueron
Tantas en Roma, que al fin
Lo concertaron mis deudos.

CÉSPEDES.
¿Vinisteis de Lombardía?

MENDO.
No vine, que me trujeron,
Por no sobrarme salud,
Los mulos de un arrïero.

CÉSPEDES.
¿En qué compañía estáis?

MENDO.
En la de un amo que tengo.

CÉSPEDES.
¿De qué le servís?

MENDO.
De todo:
Guiso, lavo, barro y friego.

CÉSPEDES.
¿Cómo os llamáis?

MENDO.
¿Yo, señor?

CÉSPEDES.
Vos, pues.

MENDO.
Yo, Poncio.

CÉSPEDES.
¿Á qué efeto
Poncio?

MENDO.
Porque eran mis padres
Devotísimos del credo.

CÉSPEDES.
Pues siendo vos español,
¿No era mejor Pablo ó Pedro?

MENDO.
Sí, señor, Pedro me llamo;
Que el Poncio fué por mi abuelo.

CÉSPEDES.
¿Qué hidalgo sois?

MENDO.
De solar
Conocido, porque tengo
Cuatro primos soladores,
Quiero decir carpinteros.
Pero pues sois tan soldado,
¿Quién os dijo que un discreto
Podía preguntar tanto,
Si no era para ser necio?
Ese pistolete traigo,
Y vos con mil me habéis muerto;
Que más mueren de preguntas,
Que de hierro ni veneno.

CÉSPEDES.
¿Cómo?

MENDO.
Un médico, ¿no dice
Cada día al que está enfermo:
«¿Cómo ha estado aquesta noche?
¿Durmió bien? ¿Hízose aquello?
¿Adónde siente el dolor?
¿Purgó? ¿Qué cursos ha hecho?
¿Á qué hora le dió el frío?»
Pues si mueren diez mil déstos,
Claro está que las preguntas
Matan más que todo el hierro.

CÉSPEDES.
Veis aquí catorce escudos;
No tengo más.
MENDO.
Es exceso
De vuestro invicto valor.
CÉSPEDES.
Id con Dios.
MENDO.
Guárdeos el cielo
De espadas, dagas, lanzones,
Piedras, montantes, encuentros,
Purgas, sangrías, neurismas,
Y de armas que escupen fuego.

Vase Mendo, y sale Beltrán.

BELTRÁN.
Ya está todo prevenido,
Y quedan los patios hechos
Una palestra romana.
CÉSPEDES.
¡Oh! ¡Si llegaras á tiempo,
Vieras el mejor humor
De un españolejo destos
Que vienen de Lombardía,
Que en mi vida he visto.
BELTRÁN.
Creo
Que siempre en cosas de gusto
Llego al tiempo de San Telmo.
CÉSPEDES.
Vendióme este pistolete.
BELTRÁN.
Muestra. ¡Vive Dios, que pienso
Que está cargado!
CÉSPEDES.
¿Qué dices?
BELTRÁN.
La baqueta, por lo menos,
Dice que ha comido el plomo
Que tenga el Turco en el cuerpo.
CÉSPEDES.
¡Válame Dios! ¿Si quería
Matarme? que lo sospecho
De sólo verle turbado,
Porque el acometimiento
Fué de hombre que lo intentaba
BELTRÁN.
No será malo saberlo.
¿Por dónde fué?
CÉSPEDES.
Por allí.
BELTRÁN.
Voy tras él
CÉSPEDES.
Oye.
BELTRÁN.
Ya vuelvo.
CÉSPEDES.
No le des, si le topares,
Sino tráele aquí, y sabremos
De dónde nació el matarme.
BELTRÁN.
Bien dices, si acabar puedo
Con mi cólera el no darle
Algún repelón de aquellos
Con que no se quejan más.
CÉSPEDES.
Envidia yo, ¿qué te he hecho?
¿Qué me quieres? ¿Qué me buscas?
¡Ah traición, aquí te espero,
Ven cara á cara, yo soy!
Mas siempre envidiosos fueron
La sombra de la virtud,
Y así, las espaldas temo;
Pero con el Sol de Carlos,
Y el Alba del gran Toledo,
Presto, Céspedes, envidia,
Pondrá los pies en tu cuello.

Váse.

ACTO TERCERO.

Salen D. Diego y Mendo.

DIEGO.
Como de ti se esperaba
Diste cuenta de mi honor.
MENDO.
Sí, que Céspedes, señor,
Detrás de algún olmo estaba,
Y pude seguro allí
Dispararle á caballero,
Cual suele el diestro montero
Al parado jabalí.
¡Vive Dios, que dar pudiera
Miedo entonces á Roldán,
Y que el gigante Balán
No tuvo vista tan fiera!
Pero, en efecto, si llego
Y no prende el polvorín,
¿Quién tuvo la culpa?
DIEGO.
En fin
¿No dió fuego?
MENDO.
No dió fuego;
Y ningún hombre nacido
Se dejara de turbar,
Y yo salí sin dejar
Nuestro secreto ofendido;
Que si en aquella ocasión
Con el plomo no le dí,
En efecto, le vendí

Las armas de la traición.

DIEGO.

Dicha de Céspedes fué,
Que nunca yo tuve alguna.
¡Fuego en mi mala fortuna,
Y en mis esperanzas dé.....
Y si no quiere á mi ruego
Darle la pólvora allí,
Por Céspedes ó por mí,
Prestéle mi amor en fuego;
Que aunque cubriéndole estén
Las cenizas del olvido,
Sabe Dios lo que he sufrido
Después que perdí mi bien.

MENDO.

Terrible fuiste en dejar
La bella doña María.

DIEGO.

Temí lo que se diría
De mi honor en mi lugar.
Honestamente mi amor
La trujo por tantas tierras
Á su hermano.

MENDO.

En estas guerras
Tiene la opinión mayor.
Y si Céspedes ha muerto
Cuerpo á cuerpo en desafío
Á Pero Trillo, tu tío,
¿No parece desconcierto
Querer matarle á traición?

DIEGO

Pues ¿quién podrá de otra suerte
Dar á Céspedes la muerte,
Otro segundo Sansón?
¿No le ves de qué manera
Queda en esa plaza agora?

MENDO.

¿Qué fiero toro que mora
Del Jarama en la ribera,
Así la desembaraza?

DIEGO.

Suspensas sus fuerzas tienen
Las naciones que aquí vienen.

MENDO.

Asistieron en la plaza
El Emperador y el Duque:
¡Oh, cuál puso á aquel valón!

DIEGO.

Ése se llama Arlemón
Y es natural de Bolduque.
Bizarro vino á luchar
Con Céspedes; pero dió
En tierra, porque le alzó
Como se suele pintar
Á Hércules con Anteo.

MENDO.

Pues con las armas, no hay hombre
Que no temiese su nombre.

DIEGO.

Que fuera invencible creo.
Esgrimió con dos espadas
Con destreza milagrosa:
Lo de la pica fué cosa
Que estuvieron admiradas
Las naciones justamente,
Viéndola alzar con tal peso;
Pero en llegando al exceso
De la columna valiente,
«¡Céspedes viva!», dijeron;
Que á las caderas atada,
De la tierra levantada
Más de diez dedos la vieron.
Suspendió también las almas
Ver aquellas manos duras,
Tras romper cuatro herraduras,
Tener un hombre en las palmas.
Pero ¿qué voces son éstas?

MENDO.

Que el desafío acabó,
Y el ejército le dió
Las hojas que miras puestas.

DIEGO.

¿Es laurel?

MENDO.

Y le honra dél
Nuestra nación española.

DIEGO.

Digno de su frente sola
Es hoy el verde laurel.

Sale Céspedes con un laurel, y Beltrán dándole la espada, y los soldados que puedan.

SOLDADO 1.°

¡Céspedes, vítor!

SOLDADO 2.°

¡Vítor el valiente
Céspedes!

CÉSPEDES.

Ya, señores españoles,
Conoce vuestro amor mi indigna frente.

SOLDADO 1.°

¡Vive Dios, que eres honra de la patria
Y que lo sustentemos con las vidas!

SOLDADO 2.°

Rendidos quedan todos á tu nombre.

BELTRÁN.

Hazañas son las tuyas más que de hombre.

Sale un soldado.

SOLDADO 3.°

Céspedes, buenas nuevas: Su Excelencia
El Duque de Alba os da una compañía.

CÉSPEDES.

Sus pies beso mil veces.

MENDO.

¿Oyes esto?

DIEGO.

Sus honras van templando mi venganza.

Sale otro soldado.

SOLDADO 4.°
¿Céspedes está aquí?

CÉSPEDES.
Para serviros,
Señor alférez.

SOLDADO 4.°
Pues de dos mercedes
Que el gran Emperador os hace, quiero
Pediros las albricias.

CÉSPEDES.
Yo os las mando.

SOLDADO 4.°
Es de que quiere hablaros, la primera.

CÉSPEDES.
Esa estimo yo más que á todo el mundo.

SOLDADO 4.°
Es la segunda, de un lugar que llaman
Villalar, con sus montes y dehesas,
En la orilla del río Guadïana.

CÉSPEDES.
Señores españoles, yo no tengo
Más que esa posadilla, en que hay vestidos,
Plumas, armas, espadas y arcabuces,
Un poquillo de plata, algún dinero
Y una gran voluntad: éntrenla á saco;
Que en albricias le doy al seor alférez
Esta cadena, que me dió el Toledo
Mejor que honró las españolas armas.

SOLDADO 4.°
¡Viva mil años el valiente Céspedes!

MENDO.
Señor, yo voy á ver si en este saco
Cobro mi pistolete.

DIEGO.
Y yo, corrido
De ver honrar quien mi deshonra ha sido.

BELTRÁN.
Ya eres señor de montes y dehesas,
Ya de un lugar tan noble: ¿cómo tengo
De llamarte?

CÉSPEDES.
Beltrán, como quisieres.

BELTRÁN.
Dame de ese lugar alguna casa;
Que, según á la tuya ponen saco,
Allá se habrán llevado mi pobreza.
¿Eres tú Cardenal electo Papa,
Que de aquesta manera te saquean?
Y á mí, que no lo soy, ¿por qué me roban?

CÉSPEDES.
Con darte yo, Beltrán, un cintarazo,
Tendrás un cardenal por todo el cuerpo.

BELTRÁN.
La vida me daría de tu mano.

Sale Brígida.

BRÍGIDA.
¿Está aquí mi señor?

BELTRÁN.
Detente, Brígida.
No le digas del saco, si no quieres
Gastar por mes y medio en la carica
Rábanos y albayalde.

BRÍGIDA.
Aquí me ha dado
De una dama un papel cierto soldado.

CÉSPEDES.
¿Qué es esto?

BRÍGIDA.
Este papel.

CÉSPEDES.
Muestra.

BELTRÁN.
¿Qué has hecho?

BRÍGIDA.
Es de una dama.

BELTRÁN.
Pues tendrás provecho.

Lea Céspedes.

CÉSPEDES.
«Señor Céspedes el bravo,
No digáis que no os aviso,
Que del cerco deste campo
Á mataros han salido.
No digo yo que es traidor
Vuestro secreto enemigo,
Que viene de nobles padres
Y es hidalgo en sangre limpio.
Don Diego Trillo se llama,
Sobrino de Pero Trillo,
Á quien en Ciudad Real
Matasteis en desafío.
Porque no le conocéis
Os aviso, y os suplico
Guardéis mi vida en la vuestra,
Que sola la vuestra estimo.
Cuatro traiciones me ha hecho,
No permitáis que sean cinco.
La mujer que más queréis.
Con este nombre me firmo.»

CÉSPEDES.
¿Quién te dió aqueste papel?

BRÍGIDA.
Un soldado me le dió.

BELTRÁN.
Brígida, ¿no dije yo
Que no te burles con él?

CÉSPEDES.
¡Á mí matarme don Diego!

BELTRÁN.
Basta, que ya tienes luz
Del que trujo el arcabuz.

CÉSPEDES.
¡Vive Dios, que no dió fuego,
Y que me engañó el traidor
Con aquella labia y salva!
¡Por vida del Duque de Alba,

Mi dueño, amparo y señor;
Que si supiera quién era,
Que del César en los ojos,
A esta dama, por despojos,
Su vida y sangre ofreciera!
Pero ¿quién será mujer
Que dice que yo la quiero?

BRÍGIDA.

Buscando el soldado, espero
Que la podrás conocer.

CÉSPEDES.

¿No ves que está de partida
El ejército de aquí?
¿Si es Teodora? Mas de mí,
¿Cuándo ha sido tan querida?
«La mujer que más queréis»
Dice; pues no es doña Juana;
La que más quiero es mi hermana,
Y ésa está donde sabéis.
¡Qué notable confusión!
¡Quién conociera á don Diego!

Sale el capitán D. Hugo.

HUGO.

Tarde presumo que llego.

CÉSPEDES.

Pagáis mi amor y afición.

HUGO.

Fuera de daros tantos parabienes,
Sabed que vino el capitán Aldana
Con los arcabuceros españoles,
Que á caballo, en efecto, descubrieron
Los enemigos, y esta noche dicen
Que se aloja en Milburg Juan Federico.
Quiere el Emperador pasar el Albis,
Y ha mandado llamar al Duque de Alba
Para por puente ó vado acometerle.

CÉSPEDES.

¡Resolución famosa!

HUGO.

Federico
Tiene seis mil infantes en Milburge.

CÉSPEDES.

¿Qué caballos?

HUGO.

Tres mil, que Túmez Hemo
Se acerca con el resto del ejército:
La tierra está murada, y la defiende
Un famoso castillo; mas yo temo
Que la profundidad del ancho río
A nuestro Emperador impida el paso,
Si pretende á Maysén.

CÉSPEDES.

Si Carlos quiere,
Él pasará en las alas de su fama.
Mira, Beltrán, si hay algo que vestirnos,
Y marchemos al alba con el de Alba.

BELTRÁN.

Deso no hay que tratar; que está más calva
La casa que un armenio ó ermitaño.

CÉSPEDES.

Así iremos mejor; que los soldados
Han de ir de sólo su valor cargados.

Vanse, y quédese Brígida.

BRÍGIDA.

Muy poco habrá que doblar,
Ni una camisa dejaron.

Sale Teodora en hábito de soldado.

TEODORA.

Los ojos me aventuraron;
Los mismos me han de matar.
Marchó el campo, y de mi casa
Céspedes; su soledad
Dió fuerza á mi voluntad,
Que es rayo que el alma abrasa.
Aqueste traje tomé,
Siguiéndole vengo ansí;
Dícenme que vive aquí.
¿Quién va?

BRÍGIDA.

Yo soy; ¿no me ve?

TEODORA.

No admire mi prevención,
Que hay enemigos muy cerca.

BRÍGIDA.

Esta casa tiene cerca
De la fama y opinión
Del dueño.

TEODORA.

¿Quién?

BRÍGIDA.

El valiente
Céspedes.

TEODORA.

¿Servísle vos?

BRÍGIDA.

Sí sirvo.

TEODORA.

Esperad.

BRÍGIDA.

Adiós,
Que anda por la calle gente.

Vase.

Sale D.ª María en hábito de soldado.

MARÍA.

Con el cuidado y temor
De que don Diego se atreva
A mi hermano, con deseo
De la venganza propuesta,
Vengo á rondalle la casa,
Vengo á servir en su puerta
De cuerpo de guarda.

TEODORA.

Un hombre
Rebozado se pasea;

Desdicha ha sido notable,
Pues llegar ni ver me deja,
Por la llave, el que la tiene
Del alma que me atormenta.
Cuidadoso está de mí;
Sin duda que esta flamenca
Moza de Céspedes, tiene
Alguno que la requiebra:
Celoso estará de mí.
¿Qué puedo hacer? Él se acerca;
Arriscado tiene el bulto.
¿Qué haré? que la espada tienta.

MARÍA.
¡Ah, caballero!

TEODORA.
¿Qué quiere?

MARÍA.
Conocerle.

TEODORA.
Si le altera
Verme á esta puerta, sosiegue
El pecho; que en otras prendas
Más altas traigo los ojos.

MARÍA.
Cuando en las mismas estrellas
Los traiga, y el sol me diga
Que los toma por su cuenta,
Se los tengo yo de ver.

TEODORA.
¿Para qué?

MARÍA.
Para que sepa
De qué color se los dió
Madama Naturaleza.

TEODORA.
Eso yo se lo diré:
¿No ha visto unas niñas negras
En blanco esmalte?

MARÍA.
Serán
Naturales de Guinea.

TEODORA.
Por lo de esclavos, bien dice,
Del dueño que los desprecia.

MARÍA.
Acortemos de razones,
Porque en española lengua,
En los recelos que traigo
Me ha dado mayor sospecha.

TEODORA.
Confieso el ser español.

MARÍA.
Eso ninguno lo niega,
Porque es tanto honor, que obliga
Á morir por su defensa.
Yo le llego á descubrir.

TEODORA.
Meteré mano.

MARÍA.
Pues meta,
Y verá con qué buen aire
Le romperé la cabeza.

TEODORA.
No pienso yo que la tengo
Tan tierna.

MARÍA.
Haréla yo tierna
Con lo que tengo del bravo
Céspedes.

TEODORA.
Ése respeta
Mi amor, y si dél tenéis
Alguna cosa, ofrecelda
Á la afición que me tiene.

MARÍA.
Si sois su amigo, no quiera
El cielo que en vuestra sangre
La que tengo dél se ofenda.

TEODORA.
¿Sois su deudo?

MARÍA.
Hermano suyo.
Y porque algunos intentan
Matarle, he venido aquí
Sin que él lo sepa ni entienda,
Porque no sabe que estoy
En Alemania; que piensa
Que vivo en Ciudad Real.

TEODORA.
Bien decís, ésa es su tierra:
Acércome á vos, y rindo
Mis armas: ¡qué gentileza!
Dios os bendiga.

MARÍA.
Y á vos,
Que me parecéis de perlas.

TEODORA.
Según miro á la vislumbre,
Poco dinero, á la cuenta,
Habréis gastado en barberos.

MARÍA.
Ni vos, soldado, en la vuestra
La goma destos bizarros,
Que con los bigotes cuentan
Las pestañas de los ojos.

TEODORA.
¿Sois lampiño por herencia,
Ó no han llegado los años
Que los labios os guarnezcan?

MARÍA.
No sé, ¡por Dios! Sólo sé
Que abriéndole el pecho en Grecia
Á Aristómenes, le hallaron
Con cabellos.

TEODORA.
Á esta guerra
Iremos juntos los dos,
Si vuestra correspondencia
Paga mi amor.

MARÍA.
Yo no tengo
Camarada; que me deja

Una que saqué de España,
Porque Céspedes en ella
Le mató un pariente suyo.

TEODORA.

Yo soy hombre que pudiera
Acompañar á Alejandro
Por la espada y la nobleza:
Si os queréis servir de mí,
Yo tengo dos damiselas
En habla, y os quiero dar
La más agarbada dellas.

MARÍA.

Acepto y os doy la mano.

TEODORA.

Salvo el guante; y sea eterna
Nuestra amistad.

MARÍA.

¿Dónde están
Esas ninfas?

TEODORA.

Aquí cerca.

MARÍA.

¿Son interesables?

TEODORA.

No.
Y á los dos, cuando lo fueran,
¿Habían de desdorarnos?

MARÍA.

Sí; mas ¿no hay criada ó dueña?

TEODORA.

Cierta moza bufoniza
Y pide para chinelas;
Mas dalle un bofetada
En entrando por la puerta.

MARÍA.

Eso dejaldo á mi cargo;
Que si la que veis le asienta,
No ha de pedir en su vida,
Ni con bufa ni sin ella.
Oid, ¿qué colores tienen?

TEODORA.

Una blanca, otra morena.

MARÍA.

La morena quiero yo.

TEODORA.

¿Sois amigo de pimienta?

MARÍA.

Soy bellaco.

TEODORA.

Ya os entiendo.
¡Oh, plega á Dios que no duerman!

MARÍA.

No importa, que vos y yo
Sabremos dormir sin ellas.

TEODORA.

Creo que me ha conocido.

MARÍA.

Si aquéste lleva sospecha,
Sospecho que en la posada
Remite el pleito á la prueba.

Vanse, y salgan cuatro ó seis villanos con armas.

VILLANO 1.°

Por aquí dicen que van.

VILLANO 2.°

Sí, que ya marchando vienen.

VILLANO 3.°

¿Conoces los que la tienen?

VILLANO 2.°

Un Céspedes y un Beltrán
Muy preciados de valientes.

VILLANO 4.°

Conózcolos como á mí.

VILLANO 1.°

Á Brígida, en fin, perdí;
Tened lástima, parientes.

VILLANO 2.°

Sin duda la han deshonrado.

VILLANO 1.°

No sé; pero ¡voto al sol,
Que si el marrano español,
Aunque valiente soldado,
No me la vuelve tan sana
De quebradura y de pelo,
Como la llevó, que el suelo
Goce su sangre villana!

VILLANO 4.°

Soldados marchan; si es él,
Júntese toda la aldea.

Salen Beltrán y Céspedes con un peto y rodela.

BELTRÁN.

El César pasar desea.

CÉSPEDES.

Está mirando el laurel
De la otra parte del río;
Parte á saberlo, Beltrán.

BELTRÁN.

Yo voy.

VILLANO 3.°

¡Bravo capitán!

VILLANO 4.°

Mirad que hacéis desvarío
En tomaros con este hombre.

VILLANO 1.°

Puesto que un Miércoles sea,
¿Qué ha de hacer contra una aldea?

VILLANO 4.°

Ayer ganó fama y nombre
De bravo machucador;
Que dicen que una puñada
Dió á una acémila cargada,
Con ser del Emperador,
Porque le pisó en un pie,
Y le hundió de suerte un anca,
Que está derrengada y manca.

CÉSPEDES.

¿Qué gente?

VILLANO 1.°

¿Ya no lo ve?
Eche acá la moza lugo.

CÉSPEDES.

¿Qué moza?

VILLANO 1.º
Brígida.
CÉSPEDES.
¿Aquella
Que me sirve?
VILLANO 1.º
Aquí por ella
Viene Lorenzo Tortugo,
Que está medio desposado.
Y ¡por Dios, échela acá,
Porque si no, llevará
No tortas ni pan pintado!
CÉSPEDES.
Llegaos acá.
VILLANO 1.º
Veme aquí.
CÉSPEDES.
¿Sois muy tieso de cabeza?
VILLANO 1.º
Bien puedo con esa pieza
Romper un ladrillo.
CÉSPEDES.
¿Ansí?

Dale una puñalada.

Pues ¡tomad!
VILLANO 2.º
¡Ay, que le ha muerto!
VILLANO 3.º
¡A él todos!
CÉSPEDES.
¡Oh, villanos!
VILLANO 4.º
Aquí no valen las manos,
Los pies será lo más cierto.
CÉSPEDES.
¡Bajad, pícaro, bajad!
VILLANO 4.º
¡Pardiez, Céspedes, no quiero;
Que tenéis manos de acero
Y sacodís sin piedad!

Sale Beltrán.

BELTRÁN.
¿Qué es esto?
CÉSPEDES.
Toda una aldea
Conjurada contra mí.
BELTRÁN.
Y ¿fué por Brígida?
CÉSPEDES.
Sí.
Pero ¿quién habrá que crea
Los que he dejado tendidos?
BELTRÁN.
El ejército alojado
Tiene el de Alba, y bien formado
En escuadrones lucidos,
Las estancias repartidas;
Á lo que ves se previene.
CÉSPEDES.
El divino César viene.
BELTRÁN.
Déle el cielo nuestras vidas.

Sale con grande acompañamiento y música el Emperador.

EMPERADOR.
Con justa confianza
Que me habéis de ayudar, Señor eterno,
Á tan justa venganza,
Pues yo sé que las puertas del infierno,
Que vuestro pie quebranta,
Se rendirán á vuestra Iglesia santa,
Emprendo esta jornada;
Que bien pudo en las aguas deste río,
Rompiéndole la espada,
Anegarse el egipcio poderío,
Y los cristales puros
Del agua, alzarse en transparentes muros.
¡Levantad vuestra mano,
Y juzgad vuestra causa, Señor mío!

Sale el Duque de Alba y un labrador.

DUQUE.
Ya, César soberano,
Traigo para saber el vado al río
Este villano diestro.
EMPERADOR.
¿Sabes el vado?
LABRADOR.
Ya, señor, le muestro;
Pero es río profundo
El Albis, no querrá pasar la gente.
CÉSPEDES.
Estando yo en el mundo,
¿No ha de haber quién?
EMPERADOR.
¡Oh Céspedes valiente!
CÉSPEDES.
Parte, y enseña el vado;
Que yo le pasaré delante armado.
Españoles, ¿quién quiere
Ganar la fama y honra celebradas,
Vida que nunca muere?
Pasemos en la boca las espadas,
Que á todo aqueste río,
Se beberá la sed del honor mío
Albis, tus aguas puras
Levanta, á ver de Céspedes el pecho;
Con César van seguras
Las barcas, á quien viene el mar estrecho.
Su fortuna nos salva
Y el divino valor del Duque de Alba.

Saque Beltrán la espada.

BELTRÁN.
Pues yo, señor, te sigo

Como al león del mar el pez pequeño;
Que no temo contigo
Fiera Caribdis ni tostado leño.
Recibe, río, un hombre
Á quien tus aguas hoy bautizan nombre.

Sale D. Hugo.

HUGO.
Perdona, vida breve,
Que te quiero vender por larga ſama.

Sale D. Diego.

DIEGO.
Si es que el ejemplo mueve
Á quien la sangre de sus padres llama,
Albis, el cuarto llego;
Que tú eres agua, y mi valor es fuego.

DUQUE.
¡Valor notable ha sido!
Tras los cuatro españoles, seis se arrojan.

EMPERADOR.
El vado va crecido,
Mas no por eso del furor se enojan.

DUQUE.
Á las barbas les llega,
Mas no en sus aguas su valor se anega.
Á los diez españoles,
Que van con las espadas en la boca,
Sirviéndoles de soles,
Siguen caballos ya.

EMPERADOR.
La furia es poca
Del enojado río
Contra el valor de su arrogante brío.
¡Al arma, caballeros!
¡Viva la Iglesia, mueran sus contrarios!

DUQUE.
Si sacáis los aceros,
No serán los del mundo necesarios.

EMPERADOR.
El Albis nos reciba,
Duque, á los dos.

DUQUE.
¡La fe de Cristo viva!

Sale el duque Juan Federico, caja y la gente que pueda, y Alberto, capitán.

JUAN.
¿Que al Albis se atrevió Carlos de Gante?

CAPITÁN.
Pues ¿no le ves, señor, pasando el río,
Despreciar sus corrientes arrogante?

JUAN.
En ellas, capitán, vencer confío
Esta furia de España, dilatada
Sobre las alas del bizarro brío.

CAPITÁN.
«Dejadme allá pasar, y á la tornada»,
Dijo Leandro al fiero mar de Abido.
«Mostrad en mí vuestra soberbia airada».
Así lo dirá Carlos atrevido.
Mas ¡vive Dios, que una soberbia roca
Se hubiera al agua y su valor rendido!
Los soldados, las armas en la boca,
Vienen pasando el vado.

JUAN.
¡Cosa extraña!

CAPITÁN.
Y aun les parece la corriente poca.

JUAN.
¿Cúya será tan belicosa hazaña?

CAPITÁN.
Españoles serán, que tales hechos
Sólo fueran del ánimo de España.
Ya nadan los caballos, y los pechos
Bordan de espuma; todo el campo pasa.

JUAN.
Prueben las municiones y pertrechos.
¡Tira, derriba, asesta, mata, abrasa!

CAPITÁN.
Ya dan las balas en el agua, y mueren.

JUAN.
Serán de muchos la postrera casa.

Sale Céspedes con D. Diego en los hombros, herido.

CÉSPEDES.
Ánimo, caballero, que se adquieren
Con el valor los generosos nombres.

CAPITÁN.
Los nuestros huyen.

JUAN.
Pues yo haré que esperen.

Vanse el Duque, Alberto y capitán.

DIEGO.
De verme desmayado no te asombres,
No por la herida que me pasa el brazo,
Que no soy yo de los cobardes hombres.
En el agua caí de un mosquetazo;
Levantásteme, Céspedes valiente,
Y me sacaste con estrecho abrazo.
Hiciste de tus fuertes hombros puente
Por donde vine libre á la ribera,
A pesar de la rápida corriente;
Pero quisiera yo que sucediera
Más próspero mi intento, y que llegara
Con tal salud, que pelear pudiera.
Conozco que te debo la más cara
Prenda del hombre, que es la propia vida,
Y en debértela á ti, mi honor repara.

CÉSPEDES.
Pésame ¡vive el César! de tu herida;
Pero si tú pasabas á mi lado,
No me agradezcas verla defendida;
Que hombre que tuvo pensamiento honrado
De ir al lado de Céspedes, agora,
Muerto primero yo que tú anegado.

Y dejando esta causa por autora
De mi favor, no basta ser de España
Y de la parte que mi ausencia llora.
¿Eres noble? Mal dije, que esta hazaña
Me dice tu nobleza fácilmente.

DIEGO.

Nobleza tengo, y soy de la Montaña;
Es mi nombre don Juan de Ávila-Fuente;
Vine á servir al César, que en mi casa
Sólo me llaman el mayor pariente:
Si vivo, vos veréis.....

CÉSPEDES.

La furia pasa
Del español ejército adelante,
Con que al contrario á fuego y sangre abrasa.

Sale Beltrán desnuda la espada.

BELTRÁN.

Cuando ya como rayo penetrante
Discurre el César por el campo armado,
Nuevo Marte vestido de diamante,
Y espera el duque Federico airado
Los picos de las águilas que tienen
El escudo de España coronado,
¿Los soldados heridos te entretienen?

CÉSPEDES.

Más quiero yo la vida de un amigo
Que cuantas honras del contrario vienen.

BELTRÁN.

Pues ¿es tu amigo aquéste?

CÉSPEDES.

Si conmigo
Pasó á morir, ¿no es digno deste nombre?
Mas ven á pelear.

BELTRÁN.

Tus armas sigo.

CÉSPEDES.

Quedaos entre estos sauces, gentilhombre;
Que volveré por vos si quedo vivo.

DIEGO.

¿Pasó por mis desdichas algún hombre?
Si tanto bien de Céspedes recibo,
Inhábil ya para venganzas quedo!
De toda acción me desengaño y privo.
Si vida me quitó, responder puedo
Que la vida me dió para que tenga
En mis ejemplos la venganza miedo.
Mata su misma vida el que se venga,
Como se viera en mí si le matara;
Que ignora el hombre el bien que le convenga,
Y si el mal le deleita, en él repara.

Salen con las espadas desnudas, tras algunos soldados extranjeros, Teodora y D.ª María.

MARÍA.

¡Sacude fuerte, don Juan,
Que son herejes!

TEODORA.

¡Por Dios,
Que ensarto de dos en dos
Con ánimo de un Roldán!

SOLDADO 1.º

¡Ah, perros barbiponientes!

MARÍA.

¡Fuera, gallinas barbados!

TEODORA.

Muy bien van descalabrados.

SOLDADO 2.º

¡Marranos, infames!

TEODORA.

¡Mientes!

MARÍA.

Otro se nos queda aquí

Van á dar á D. Diego.

TEODORA.

¡Dale!

DIEGO.

Tened, caballero;
Que soy español.

MARÍA.

Mi acero
Todo se envainaba en ti.
¿Qué haces de aquesta suerte?

DIEGO.

Estoy tan de muerte herido,
Que Céspedes ha podido
Sólo entretener mi muerte.

MARÍA.

¿Céspedes? Aquí me paro.

TEODORA.

Y yo con toda mi hacienda;
Que engañándome esta prenda,
Todo el sentido reparo

MARÍA.

Espera, don Juan, ¡por Dios!
Retírate un poco allí.

TEODORA.

Retiraréme

DIEGO.

¡Ay de mí!

MARÍA.

Hablemos bajo los dos;
Que ya vengo á conocer
Que eres tú, porque el soldado
De quien vengo acompañado
No entienda que soy mujer.

DIEGO.

¡Ay, señora, y qué castigo
Me ha dado tan justo el cielo
De aquel mi engañado celo!

MARÍA.

¡Que estoy hablando contigo!
¡Que te miro con piedad!
¡Que quisiera en esa herida
Poner, don Diego, la vida,
Y del alma la mitad!
¡Que estés de suerte, que abone
Amor el verte vivir!

Creo que te has hecho herir
Para que yo te perdone.
¿Adónde tienes la herida?

DIEGO.

En el brazo que intentó
Matar á tu hermano.

MARÍA.

Y yo
En ella pongo la vida.

DIEGO.

De Céspedes iba al lado
Cuando el balazo me dieron,
Con que las aguas pudieron
Rendir mi pecho turbado.
Vióme caer, y volviendo
Por mí, que ya iba tragando
Sangre, muerte y agua, alzando
Mi cuerpo, y el hombro haciendo
El puerto en que me salvé,
Á la orilla me sacó:
¡Mira á quién mataba yo!

MARÍA.

Dicha para entrambos fué:
Para ti, pues que viviste;
Para él, pues te ha obligado,
Y para mí, que he cobrado
El honor que me ofendiste;
Que dejar una mujer,
Aunque falte obligación,
Ya deja de su opinión
Sospechas que puede ser.
Ven conmigo, que yo tengo
Donde puedas alojarte;
Yo misma quiero curarte.

DIEGO.

Desa suerte, á un tiempo vengo
Á cobrar cuanto perdí.
Disimula con don Juan.

TEODORA.

¿Qué es lo que tratando están?

MARÍA.

Don Juan, yo he topado aquí
De la patria un grande amigo;
Al alojamiento vamos.

TEODORA.

Eso será si le hallamos;
Mas venid los dos conmigo,
Que yo tengo dónde esté.

MARÍA.

¿Sabe quién eres mi hermano?

DIEGO.

No, que obligado á su mano,
Con otro nombre le hablé.

MARÍA.

¿Guardaste el justo decoro
Á su valor?

DIEGO.

Este día
Seremos, doña María,
Tú Angelica, y yo Medoro.

Váyanse los dos.

TEODORA.

El corazón nunca miente:
¡Vive Dios, que presumiera
Que era mujer, si no viera
Que es tan bizarro y valiente!
Pero ¿cómo puede ser
Valiente? Mas ¿por qué no?
Pues que también lo soy yo,
Y pienso que soy mujer.

Vase.

Sale el Emperador con el de Alba.

EMPERADOR.

Á Dios se debe la gloria.

DUQUE.

Y después dél, gran señor,
A vuestro inmenso valor,
Digno de eterna memoria.

EMPERADOR.

En fin, ¿que Juan Federico
Queda vencido?

DUQUE.

En mirando
Vuestras águilas volando,
Tembló su dorado pico.

EMPERADOR.

Mil escudos le daréis
Al villano que enseñó
El vado.

DUQUE.

Bien mereció
Que su humildad estiméis.
¿Y á los que el Albis pasaron
Con las armas en la boca?

EMPERADOR.

Honrarlos á los dos toca,
Pues como estrellas guiaron:
Dad á los nobles oficios,
Y á los que no, cubrid de oro.

DUQUE.

De Céspedes el decoro,
Los públicos sacrificios
Que de su sangre os ha hecho,
Bien merece en justo pago
Un hábito de Santiago.

EMPERADOR.

Honre su valiente pecho
Luego que á Castilla vamos.
¿Qué ruido es ése?

SOLDADO.

Haber preso
Al Duque.

EMPERADOR.

¡Extraño suceso!
Hoy la victoria gozamos.

Salen Céspedes, D. Hugo y el Duque, preso, con una herida en el rostro, y Beltrán.

CÉSPEDES.

Invictísimo Príncipe, aquí tienes

Preso á Juan Federico.

DUQUE.

¿Quién pudiera
Dar al Emperador tan gran presente
Sino esas manos, Céspedes valiente?

JUAN.

Potentísimo Príncipe, ya vengo
Por prisionero vuestro, y reconozco
Vuestro inmenso valor.

EMPERADOR.

¿Agora, Duque,
Ayer Carlos de Gante me llamábades,
Y agora vuestro Príncipe? ¡Quitalde
De mis ojos!

JUAN.

Yo espero en esas manos
Perdón de mis errores.

DUQUE.

Ya no queda
En Alemania quien se atreva ó pueda
Al divino valor de vuestro brazo.

EMPERADOR.

Enviad luego un secretario, Duque,
Que la justa sentencia notifique.

DUQUE.

¿De qué, señor?

EMPERADOR.

De muerte en teatro público.

Vase.

DUQUE.

Haráse así, para escarmiento justo.
Vos, don Hugo, servid de secretario,
Y Céspedes y vos venid á verme,
Que os quiere honrar el César de dos hábitos.

DON HUGO.

Levanta mi humildad Vuestra Excelencia.

DUQUE.

Venid, porque se escriba la sentencia.

Vanse, y quede Céspedes.

CÉSPEDES.

Nací en España; el reino de Toledo
Me dió la luz del cielo más templado;
Sangre noble me dió un abuelo honrado,
Y un padre á quien el mayorazgo heredo:
El Cielo aquestas fuerzas con que puedo
Tener un carro y un molino airado.
Dí muerte á Pero Trillo, fuí soldado,
Y nunca á fuego y hierro tuve miedo.
Rompí del Albis los deshechos hielos,
Carlos y el de Alba á mi valor se inclinan,
Dí á Italia envidia, y Alemania celos.
Rompí, vencí, maté cuantos me indinan,
Y una pasión de amor, y unos ojuelos,
Me prenden, matan, vencen y afeminan.

Sale Teodora rebozada.

TEODORA.

¿Está Céspedes aquí?

CÉSPEDES.

¿No me veis?

TEODORA.

Qué, ¿vos lo sois?

CÉSPEDES.

¿Paréceos que pequeño
Para tan grande opinión?

TEODORA.

Pensé que érades gigante.

CÉSPEDES.

Algunas veces lo soy,
Si no en el cuerpo, en la fuerza.

TEODORA.

¡Válame Dios, que sois vos!

BELTRÁN.

Soldado, con ese estilo
Nadie habló con mi señor,
Que Beltrán no le asentase
Cintarazo ó mojicón;
Y en ausencia de mi amo
Pégolos tan buenos yo,
Que pueden pasar por suyos
Como versos de otro autor.
Con el sombrero en la mano
Y con mucha sumisión,
Le habla la gente honrada.

TEODORA.

Los que vienen de cuestión
No miran comedimientos.

CÉSPEDES.

Á no ser vos español,
No hubiera sufrido tanto,
Que respeto á mi nación.
¿Qué cuestión queréis conmigo?

TEODORA.

Aquesta noche los dos
Nos habemos de matar.

CÉSPEDES.

¿Yo con vos?

TEODORA.

Conmigo vos.

CÉSPEDES.

Estoy.

TEODORA.

¡Céspedes, detente,
Que basta decir: «Estoy»,
Para que me caiga muerta!

CÉSPEDES.

¡Cielos, conozco esta voz!

TEODORA.

Teodora soy, ¿qué me miras?

CÉSPEDES.

¡Deténgase el corazón
Aunque le llamen los brazos!
¿Qué es esto?

TEODORA.

Á buscarte voy
Desde Flandes desta suerte.

CÉSPEDES.

¿Hay tal hazaña de amor?

BELTRÁN.

Señor, déjame abrazalla;
Que á la fe, que me costó
Más de un mes de noches malas.

TEODORA.

En fin, Beltrán, qué, ¿llegó
Tu pensamiento á asentarme
Cintarazo ó mojicón?

BELTRÁN.

Perdona, señora mía.

CÉSPEDES.

Yo no te daré perdón
De que me quites hablarla.

TEODORA.

En la batalla de hoy
Te he visto hacer mil hazañas.

CÉSPEDES.

De aquí don Hugo partió:
¿Qué hemos de hacer si lo sabe?

TEODORA.

Traigo en guarda de mi honor,
¿Quién piensas? Tu mismo hermano,

CÉSPEDES.

¿Hermano mío?

TEODORA.

¡Pues no!
Y en las fuerzas tu retrato.

CÉSPEDES.

Una hermana tengo yo
Sola en el mundo, Teodora.

TEODORA.

Pues no dudes, que ¡por Dios,
Que me parece mujer,
Y que sólo su valor
Me ha quitado de los ojos
Aquesta imaginación!
También un don Diego herido,
Que tiernamente abrazó,
Me dió un poco de sospecha.

CÉSPEDES.

¿Qué don Diego?

TEODORA.

Uno que hoy
Hirieron pasando el Albis.

CÉSPEDES.

Luego ¿es el que saqué yo?

TEODORA.

Él lo dice, y su apellido
Es Trillo.

BELTRÁN.

¡Trillo, señor!
¡Vive Dios, que con tu hermana
Ha hecho alguna traición;
Que Pero Trillo tenía
En Almagro y Malagón
Dos sobrinos!

CÉSPEDES.

Pues sin duda
Es éste el que me buscó.
Alto, Beltrán, esto es hecho,
Ya desencantado estoy:
Mi hermana doña María
Nos ha quitado el honor.
¡Afuera, que todo el mundo
Abrasa Céspedes hoy!

TEODORA.

Ya me ha pesado de darte
Nuevas de tal confusión;
Pero repórtate, y mira.

CÉSPEDES.

¿Qué he de mirar?

TEODORA.

Tu valor.

CÉSPEDES.

¡Afuera, consejos vanos,
Que despertáis mi dolor!
¡Aguarda, cobarde Trillo;
Yo soy aquel mismo, yo,
Que á Pero Trillo, tu tío,
Maté con mucha razón!
Eso mismo haré de ti.

BELTRÁN.

Déjale, que está feroz.

TEODORA.

¿Qué secretos no dijeron
Mujeres, vino y amor?

Salen D. Hugo y el Duque de Alba.

DUQUE.

El César presumió que tomaría
Esta ciudad, queriendo Federico,
Pues ya preso y vencido le tenía.

HUGO.

Apenas, gran señor, la vista aplico
Al papel en que viene la sentencia
En que al Duque la muerte notifico,
Cuando, sin verse alguna diferencia,
Escucha que le digo desta suerte:
«Carlos, Emperador por la clemencia
Divina, condenamos á la muerte
Al duque Federico, y que le sea
Ejecutada en público, de suerte
Que el uno y otro ejército la vea.»

DUQUE.

¿Qué respondió?

HUGO.

Pidió un ajedrez luego,
Y púsose á jugar.

DUQUE.

¿Quién hay que crea
Tan gran valor?

HUGO.

Después, oyendo el ruego
Del de Cleves, de Alberto y rey Fernando,
Con más valor que el macedonio griego
Le dió perdón el César, ayudando
Con tierno llanto su mujer Sibila,
Así Carlos, las guerras acabando,
Los enemigos de la fe aniquila.

Ruido dentro.

DUQUE.

¡Hola! ¿Qué ruido es éste?
¿Cuando ya la paz envaina
Las espadas de la guerra,
Relucen blancas espadas?

HUGO.

Será sobre los despojos;
Porque es la riqueza tanta
Que ha dejado el de Sajonia,
Que sobre el robo se matan.

DUQUE.

Vayan á saber lo que es,
Que si parece la causa,
¡Por vida del César.....

Sale Céspedes, la espada desnuda, y Beltrán á su lado; Mendo y D. Diego del otro, y Teodora y doña María á las dos partes.

DIEGO.

Tente,
Céspedes; que es gran ventaja
Reñir con un hombre herido.

CÉSPEDES.

Pues ¿yo he menester tomarla
Para un ejército de hombres?

HUGO.

Señor, toda la campaña
Lleva Céspedes delante.

DUQUE.

¿Agora que están las armas
Descansando en la victoria,
Céspedes, sacáis la espada?
¿Qué es esto?

CÉSPEDES.

Sólo mi honor
Pudo obligarme á sacarla
Contra el soldado que veis.

DUQUE.

¿Por qué le habéis dado causa?

DIEGO.

Escuche Vuestra Excelencia;
Que en las más breves palabras
Que pueda diré mi historia,
Aunque es en suceso larga.
Yo soy don Diego de Trillo,
Á quien en esta jornada
El César hizo merced
De la verde cruz de Alcántara.
Á Pero Trillo, mi tío,
Céspedes mató en campaña,
Mientras yo, en pruebas de fuerzas,
Asistía con su hermana.
Vino á buscar la justicia
Á Céspedes á su casa;
Doña María, impaciente,
Quiso resistir la entrada.
Ayudéla á la defensa,
Murieron dos ó tres guardas,
Y herido el Corregidor,
Las letras rindió á las armas.
Acompañéla hasta Flandes
Con infinitas desgracias,
Pero siempre honestamente,
É ignorando hasta Alemania
La muerte de Pero Trillo,
Cuya sangre, á la venganza
Me incitó de tal manera,
Que desamparé su hermana.
Hiriéronme de un balazo,
Del Albis pasando el agua;
Céspedes sacóme en hombros,
Dióme la vida en la playa.
Curóme doña María,
Y en obligaciones tantas
Propuse ser su marido.
Céspedes, con arrogancia,
No se quiere persuadir
Á una disculpa tan clara.
Pues si al capitán don Hugo,
Siendo su huésped, agravia
Trayéndole desde Flandes
Á su hermana disfrazada,
¿Por qué los yerros ajenos
Con tanta furia le cansan,
Y de los propios se olvida?

HUGO.

¿Á mi hermana? Espera, aguarda.
Céspedes, ¿vos me robasteis
A Teodora, y yo mi casa,
Por orden de Su Excelencia,
Tan seguramente os daba?
¿Esto se sufre en el mundo,
Señor? Para tales causas
Dadme licencia.....

DUQUE.

Escuchaos;
Que á quien moviere las armas
Haré ¡por vida de Carlos!
Que le pase una alabarda.
Céspedes, ¿es esto así?

CÉSPEDES.

Honestamente miraba
Á Teodora, y ella diga
Si me partí sin hablarla;
Siguióme en aquestas guerras,
Siempre al lado de mi hermana.

DUQUE.

¿Quién es Teodora?

TEODORA.

Yo soy,
Y me confieso culpada
Si son culpas las de amor
De un hombre de tanta fama.

DUQUE.

Y ¿quién es doña María?

MARÍA.

Con tanto temor se halla
De haber la prisión quebrado,
Rejas, cadenas y guardas,
Por los dos soldados muertos,
Que no siendo perdonada
No dirá á Vuestra Excelencia

Que soy yo.

DUQUE.

¿Quién os culpara
De tal valor, y en defensa
De Céspedes?

MENDO.

Cuando tratas
De ser ángel destas paces,
Generoso Duque de Alba,
Que Céspedes me perdone
Con tu autoridad le manda;
Que soy quien matarle quiso.

BELTRÁN.

Y á Beltrán, por sus hazañas,
Manda, señor, darle premio.

DUQUE.

Dos mil escudos señala
El César á los que el Albis
Pasaron.

BELTRÁN.

Pasen tus armas
Al polo opuesto, que adore
Los cuadros de azul y plata.

DUQUE.

Céspedes, dad á Teodora
La mano; que á vuestra hermana
Ya se la ofrece don Diego.

CÉSPEDES.

Y ser vuestro gusto basta.

DUQUE.

Senado, si ver queréis
De Céspedes las hazañas
Hasta su famosa muerte
En la guerra de Granada,
Para la segunda parte
Os convido; que aquí acaba
La primera, y no el valor
De Céspedes, flor de España.

EL ALDEGÜELA [1]

(1) Conócese también con los títulos de *Más mal hay en la aldegüela de lo que se suena*, y *El Hijo de la Molinera y Gran Prior de Castilla.*

EL ALDEGÜELA

PERSONAS

Don Fadrique.
Marcelo.
Antón.
Toribio.
Chamorro.
Alejo.
Benito.
María.
Teresa.
Felipa.
Floro.
Un escribano.
Don Francisco.
Jacinto.
La Duquesa.
Elvira.
Nuflo.

JORNADA PRIMERA.

Salen Antón, Toribio, Chamorro, Alejo, Teresa y Felipa.

TORIBIO.

Aun cerrado está el molino.

ANTÓN.

Siempre dichoso he llamado
Al que duerme descuidado:
Que cantemos determino,
Llamándola como al sol
Las aves entre las ramas,
Que en el viento les dan camas

TORIBIO.

Ya se muestra su arrebol
Y el alba cansada suda,
Que al huir del sol se altera.

ALEJO.

Yo entendí que el alba fuera
Valiente, porque era muda;
Que jamás los habladores
Lo fueron.

ANTÓN.

Ya me parece
Que el compás el río ofrece
Á los dulces ruiseñores,
Culpando nuestra tardanza
En cantar.

FELIPA.

Donoso está,
Y el verde valle le da
Pronóstico de esperanza.

Salen D. Fadrique, con gabán, y Marcelo, en cuerpo, y Floro.

MARCELO.

¡Grande madrugar ha sido!

DON FADRIQUE.

Bien me puedes disculpar;
Que no puede madrugar
El hombre que no ha dormido.

FLORO.

Las memorias cortesanas
Te obligan á que no duermas.

DON FADRIQUE.

Cansado de esas enfermas,
Busco memorias más sanas.

MARCELO.

Luego de tu estado son
Los cuidados que refieres.

DON FADRIQUE.

Aquí no nacen mujeres
Con más gracia y perfección.
Aunque añade á la hermosura
El adorno más quilates,

De la fingida no trates
Cuando hay natural blancura;
Que los amantes perdidos
Que en cortesanas adoran,
Haz cuenta que se enamoran
De afeites y de vestidos;
Que si en la color reparas,
Que encierra (1) en solimán bello,
Y en el ajeno cabello,
Máscaras son, y no caras.
Venden con mil falsedades
Arrebozadas mentiras,
Y si las villanas miras,
Verás que venden verdades:
Desnuda está su belleza.
Las de escuderos y dón,
Yo digo que árboles son,
Que traen cara con corteza.

FLORO.

Algo apasionado estás.

DON FADRIQUE.

Floro, si el sujeto vieras,
Por culpado me tuvieras,
Si no lo estuvieras más;
Desde una torre la vi
De palacio.

MARCELO.

Pues ¿quién era?

DON FADRIQUE.

Marcelo, si lo supiera
No anduviera loco ansí.
Á ver esta fiesta vengo
Por ver si en ella la veo;
Que con esto á mi deseo
Lo divierto y entretengo.
Entre la Aldegüela está
Y Santiago del Collado
Una ermita, y ha llegado
Hoy su fiesta; aquí vendrá
Lo mejor destas aldeas
Y las mozas de más brío;
Entre ellas verla confío.

FLORO.

Cesa el mal como la veas;
Que siendo tú su señor,
Que no se resista es fuerza.

DON FADRIQUE.

Quien busca gusto por fuerza
No tiene perfecto amor.
Que he de honralla te aseguro,
Y es justo, si en ella estoy;
Porque si el alma la doy,
Una duquesa procuro.
Si el amante se transforma
En lo honrado, honrarla es justo,
Y es acreditar mi gusto.

MARCELO.

¡Qué de argumentos que forma
Amor para sustentar
Su opinión!

FLORO.

Música suena.

MARCELO.

Divertiráte si es buena.

DON FADRIQUE.

La pena suele aumentar.

Cantan:

Molinera hermosa y bella,
Ya ha salido el sol sin vos;
Pero no me ayude Dios
Si no me parece estrella.

Sale Benito, molinero, viejo, por una ventanilla.

Canta:

De envidioso se apresura
Sin dejaros levantar,
Por ver si puede alumbrar
Faltando vuestra hermosura.
Mas queda su luz obscura,
Que es de vuestro sol centella;
Tendió la madeja bella:
Salid, y alumbradnos vos.

DON FADRIQUE.

No cantan mal.

BENITO.

Buenos días.

TORIBIO.

¡Con qué descuido dormís!
¿A la fiesta no venís?

BENITO.

Es gran fiesta entre las mías
El dormir; pero ya bajo.
Marica, el puebro te espera.

CHAMORRO.

Si es muy larga la escalera,
Arrojaos por el atajo.

BENITO.

¡Arrójese Barrabás!

ANTÓN.

¡Oh, si saliese María,
Porque se alegrase el día!

FELIPA.

Perdido por ella estás.

ANTÓN.

Á belleza tan divina
El alma adorar se aplica.

BENITO.

Limpia el avantal, Marica,
Que va cubierto de harina.

Salen María y Benito.

MARCELO.

Más blanco parecerá
Desa suerte; no os dé pena.

TERESA.

Salgáis en hora tan buena
Como venís.

(1) En la Parte 42 de *Comedias Escogidas*, «*en cera*».

ANTÓN.
¿Qué será?
MARÍA.
Teresa, Felipa, ¿tanta
Merced?
FELIPA.
Forzoso será
Llevarte, que sin ti está
Triste la más verde planta.
MARÍA.
Vergüenza me da el favor.
ANTÓN.
Y ansí que el sol resplandece,
Que gozar tu luz merece.
DON FADRIQUE.
Marcelo..... Floro.....
FLORO.
Señor.....
DON FADRIQUE.
Ésta es la mujer que vi.
MARCELO.
Es bella.
CHAMORRO.
La gente espera.
FLORO.
Molióte la molinera.
DON FADRIQUE.
Sin alma estoy, ¡ay de mí!
Ved si me culpáis agora.
Si en belleza tan divina
Es solimán la harina,
¿Qué princesa, qué señora
Puede igualarse con ella?
Si de vella pobre os pesa,
Consideralda duquesa,
Y os parecerá más bella.
Vamos.
ALEJO.
Á la ermita guía.
DON FADRIQUE.
No los sigáis; esperad.
TERESA.
Antón, si podéis, cantad
Alabanzas á María.

Cantan:

Linda molinera,
Moler os vi yo,
Y era la harina
Carbón junto á vos.

Vanse.

DON FADRIQUE.
No sé si falta el sol, ó si María;
Sólo conozco que sin luz me quedo;
Quisiera no querer, pero no puedo,
Que es ciego amor, y como ciego guía.
Ya de dos Albas duque ser podría,
Que este nombre á María le concedo;
Siga el sol de la Casa de Toledo,
Alba, si bien tan blanca, no tan fría.
En ti suple la sobra de hermosura
La falta del estado tan indino,
Y así, adorarte no será locura.
Rica en dones del alma te imagino,
Y así, mi alma mientras viva jura
Que no le falte presa á tu molino.

Vanse.

Salen Antón, Toribio, Alejo, Chamorro, Benito, Felipa, Teresa, María y músicos.

Cantan:

Salteáronme los ojos
De la mozuela:
Díles más que pedían.
¿De qué se quejan?
Érase la niña
Libre de las penas
Que el amor me causa,
Porque vine á verla.
Era yo arrogante,
Burlé de sus flechas;
Pero destas burlas
Vine á tantas veras.
Vi los bellos ojos
De la mozuela:
Díles más que pedían.
¿De qué se quejan?
ANTÓN.
¡Oh, qué bien se echa de ver
Que en el corro estáis, María!
Porque todo es alegría,
Gusto, alborozo y placer.
No hay prado que no florezca,
Que sois Flora que las cría;
Arroyo que no se ría,
Planta que no reverdezca.
En compuestos escuadrones
Retozan, del agua al són,
Corderos, que á veces son
Taracea sus vellones.
Descansad, cobrad aliento;
Que ya les falta á las flores,
Que aspiran del vuestro, olores,
Color y fuerzas al viento.
MARÍA.
Antón, mirad que ofendéis
La gracia de estas zagalas.
BENITO.
Resquebraduras son malas
En el lugar en que os veis.
Á la puerta de la ermita
Nos sentemos.
TORIBIO.
¡Qué cansado
Estáis!
BENITO.
¿No veis que he bailado?

Y ¡por el agua bendita,
Que le diera dos caídas
Á bailar, veinte años ha,
Al más fuerte que aquí está!

ALEJO.

Tenéis las fuerzas perdidas.

BENITO.

Desde que Nunfla finó,
Mi mujer me ha consumido.

CHAMORRO.

Vos sois el primer marido
Que tarde se consoló.
Yo, á consolarme me atrevo
En dos horas.

BENITO.

Yo averiguo
Que estoy templado á lo antiguo,
Y vosotros á lo nuevo.
Con Marica, su retrato,
Me consuelo.

TORIBIO.

¿Á qué aguardáis,
Que la carne no encerráis
Antes que la coma el gato?
¿No veis que está comedera
María, y tan rico Antón,
Que á vueltas del corazón
Darle un tesoro pudiera?

ALEJO.

Benito, casalda luego
Con Antón, que se dilata;
Ved que con los ojos mata
María, y que son de fuego;
Y quizá podrán causar
Muertes y daños mayores.

BENITO.

Tiene unos ojos dotores,
Porque viven de matar.

El Duque y criados.

DUQUE.

Esta es la traza mejor
Para hablarla.

MARCELO.

Vuecelencia
Haga al amor resistencia.

DON FADRIQUE.

No hay ninguna contra amor.

FLORO.

Pues es breve la esperanza,
Puede alegrarse con ella.

DON FADRIQUE.

Cuando la causa es tan bella,
¿Quién no corre hasta que alcanza?

ANTÓN.

El Duque mosamo es.

ALEJO.

El más viejo le ha de hablar.

BENITO.

Si me toca ese lugar,
Yo me homillo ante sus pies.
Y será bien compezar
Por la confesión.

ALEJO.

Que no.

BENITO.

Pues más viejos hay que yo;
Vayan por otro al lugar.

ANTÓN.

Llegad todos, ¿qué aguardáis?

BENITO.

Á bulto yo habraré.

ANTÓN.

Muy bien, gran señor, se ve
Que los humildes honráis,
Pues á nuestra pobre fiesta
Venís.

DON FADRIQUE.

Basta. Levantad.
Rica desde hoy la llamad.
Pues tantas penas me cuesta.
¿De qué lugar sois?

TERESA.

Señor,
Del Aldegüela.

BENITO.

Yo no,
Ni mi hija, que nació
En ese arroyo que está
Donde se ve aquel molino.

DON FADRIQUE.

¿Posible es que nació en agua
La que tanto fuego fragua?
Luego ¿vos no sois vecino
Del Aldegüela?

BENITO.

Pues ¿ya
No se lo digo?

DON FADRIQUE.

Y ¿quién es
Vuestra hija?

MARÍA.

Á vuestros pies,
Humilde, señor, está.

DON FADRIQUE.

Alzad, señora, del suelo;
Que es bárbara cortesía
Que esté á mis pies quien podría
Ser luz del octavo cielo;
Si por hazañas más bellas
No quiere ese cielo hacer
Que pueda alegre coger
Con las manos las estrellas.
Es deuda á cualquier mujer
Este estilo cortesano.

MARÍA.

Dejad que os bese la mano.

DON FADRIQUE.

Si por favor ha de ser,
Más vale que yo os la bese.
Algo descompuesto estoy,

Y no sé si nota doy.
Ya es forzoso que me pese
De que no la haya besado.
¡Oh, qué niño eres, amor,
Pues que pides por favor
Lo que por dueño me han dado!
No cese el baile por mí.

ANTÓN.

Antes, porque estáis delante,
Es bien que se baile y cante.

BENITO.

Venga acá, siéntese aquí.

Cantan:

Serranas del Aldegüela,
Las mañanicas de Abril
Al valle salen alegres,
Porque se empieza á reir.
Cuál hace verdes guirnaldas
De trébol y toronjil,
Y cuál coge maravillas,
Cárdeno lirio y jazmín.
Los zagales que las siguen
Por el natural jardín,
Dulces canciones le cantan,
Y dicen, bailando. ansí:

«Flores cogen las zagalejas, mas ¿para qué?
Que ni lucen ni huelen ni tienen color,
Con mejillas y boca de grana y clavel.»

Cae María á los pies del Duque.

BENITO.

¡Válgate Dios!

DON FADRIQUE.

¡Qué ventura!
Alzad, bella molinera,
De mi alma dulce esfera,
Que vuestro gusto procura;
Ved que vuestro esclavo soy:
Tened lástima de mí.

MARÍA.

De las palabras que oí,
Dudosa y confusa estoy.
¿Si el Duque me quiere bien?
Mas ¿cómo, si no es mi igual?

TORIBIO.

¿Sientes acaso algún mal?

DON FADRIQUE.

Mil gracias, amor, te den.

MARÍA.

No; mas á fe que podía,
Porque algo turbada estoy.

ANTÓN.

Yo sé que no has rezado hoy
El *Pater noster*, María.

MARÍA.

¿Cómo?

ANTÓN.

Escucha la razón:
No has pedido, aunque te quejes
Deste daño, el no nos dejes
Caer en la tentación.

MARÍA.

¿Húbola agora?

ANTÓN.

No sé.

DON FADRIQUE.

El sol, con rayos porfía
Á partir por medio el día;
No es bien que en el campo esté.

FLORO.

Para la traza que has dado,
Es bien que te bajes luego.

DON FADRIQUE.

Basta de mi amor el fuego
En que me siento abrasado.
Volvamos á Piedrahita.

TERESA.

Y nosotros volveremos
Al Aldegüela.

ANTÓN.

Dejemos
Hasta la tarde la ermita.
Dadnos á todos los pies.

DON FADRIQUE.

Dios os guarde.

MARÍA.

Tierno mira:
Esta novedad me admira.

DON FADRIQUE.

Vuelve, Marcelo, después.

Vanse.

FELIPA.

¡Gallardo mozo!

TERESA.

Es brioso.

TORIBIO.

Y valiente como importe.

ALEJO.

Era el gallo de la Corte,
Más liberal y animoso.

MARÍA.

No doy crédito al oído;
Mejor me está que no sea,
Porque después no me vea
Sin mi honor y sin marido.
¿Mi esclavo un Duque? Que no;
Que no tengo calidad,
Aunque una gran voluntad
Los estados igualó.

CHAMORRO.

Después podemos volver
Cuando caiga el sol.

ANTÓN.

Bien dice:
Esta fiesta se autorice;
Que no nos ha de vencer
Santïago del Collado

En la fiesta y alegría.

MARCELO.

En vano el amor porfía (1).
Una palabra, hombre honrado.

BENITO.

¿Á mí?

MARCELO.

Á vos.

BENITO.

¿Qué me mandáis?
Confuso y turbado llego.

MARCELO.

El Duque os manda que luego
Á Piedrahita os partáis,
Porque os quiere hablar.

BENITO.

¡Á mí!

MARCELO.

Que partáis al punto importa,
Pues es la jornada corta;
Que él está esperando allí.

BENITO.

Ni le sirvo ni le ofendo.
¿Qué me puede á mí mandar?

MARCELO.

Él lo dirá en el lugar.

BENITO.

¡Por San Gil, que no lo entiendo!
Voy á traer mi jumento.

MARCELO.

Para que no os detengáis,
Manda que en mi mula vais;
Yo sé que vendréis contento.

BENITO.

Marica, vete al molino,
Cierra la puerta y espera.

MARÍA.

Pues, padre, ¿agora vais fuera?

BENITO.

Dos leguas son de camino.

MARÍA.

Irme al molino prevengo.

TORIBIO.

Por él el Duque envió.

BENITO.

Rézame, por sí ó por no,
Un rosario (2) mientras vengo.

MARÍA.

Amigas, el cielo os guarde.

TERESA.

La fiesta se ha descompuesto.

MARÍA.

Si vuelve mi padre presto,
Nos veremos esta tarde.

TERESA.

Dure el baile y alegría
Hasta volver al lugar.

(1) En la *Parte* 42,

Es mozo y amor porfía.

(2) *Mil rosarios mientras vengo.*

ANTÓN.

No es bien cantar y bailar
Adonde falta María.

Vanse.

Salen el Duque y Floro.

FLORO.

Acertada cosa ha sido;
Pues cuando al molino vuelva
La podrás hablar á solas.

DON FADRIQUE.

Jamás un amante acierta:
Temo que las labradoras,
Floro, han de venir con ella,
Porque alargue la esperanza
Y se acorte mi paciencia.
¡Oh, raras fuerzas de amor,
Que lo más fuerte desprecia!
¡Dejóme en la corte libre,
Y cautivóme en la aldea!
¡No fueras mi igual, serrana,
Ó, si bien no rica, fueras
Noble, vieras de mi amor
Una notable experiencia!
Tú fueras duquesa de Alba,
Porque tu sol la siguiera;
Que es bien que el alba y el sol
Muy corta distancia tengan.

FLORO.

Gente suena; aquí te esconde.

DON FADRIQUE.

Ya mi remedio se acerca,
Y porque viene María
El arroyuelo se alegra.

MARÍA.

Después que me he visto sola,
Varios temores me cercan,
Mil pensamientos asaltan
Á la voluntad inquieta.
Grande liga en la mujer
Es sin duda una Excelencia;
De dos horas á esta parte
Tengo achaques de duquesa.
Defienda el cielo mi honra,
De mí misma me defienda:
No volverá, y si no vuelve,
Lindo médico es la ausencia.
Mas, ¡ay Dios, gente hay aquí!

DON FADRIQUE.

Ladrones son, molinera,
Que por trueco de favores,
Vienen á daros hacienda.
¡Ved qué hermoso saltear,
Pues que las suertes se truecan,
Que viene á daros el alma
Ese propio que os saltea!

MARÍA.

¡Ay, señor! ¿Vos sois?

DON FADRIQUE.

¿Quién pudo

Sino yo? que vuestras prendas
Piden á un Duque que os sirva
Por la sobra de belleza.
Más picado me tenéis,
Gloria mía, que la piedra
De vuestro molino, donde
Pueden ser almas las presas.
No imaginéis que os engaño,
Pues todo cuanto os prometa
Haré, si bien no se usa,
Pues mentiras se profesan.
Yo os sacaré del molino;
Que no quiero que se atreva
El polvo de la harina
Á encubrir tanta belleza;
No quiero que las pestañas
Hilos de algodón parezcan,
Que con molimiento (1) tardo
Descubren las niñas negras (2).
Haced cuenta que seréis
Señora del Aldegüela.
¡Dadme esas manos!

MARÍA.

¡Teneos!
Mas ¡ay Dios! que tiene fuerza,
Y mayor en las palabras
Que en las manos, que en la lengua;
Como espada de dos filos,
Corta el velo á mi vergüenza.
No imagine, señor Duque,
Que soy yo de las doncellas
Que vergonzoso es decirlo,
Se rinden á las promesas;
Yo soy honrada, y estimo
Más mi honor que las riquezas.
Confieso que me agradáis,
Que melindres son de necias;
Pero cuando considero
Mi humildad y mi bajeza,
Conozco que es imposible
Que nuestro amor largo sea.
Vos os iréis á la corte,
Donde al punto se divierta
La memoria, y yo me quede
Para burla de mi tierra.
Por agora, idos con Dios;
Que ya basta, aunque me pesa
Haber dicho por agora,
Pues fué decirle que vuelva.

DON FADRIQUE.

El mucho amor que te tengo
Anima tu resistencia;
Que amor, dueño de imposibles,
Fáciles cosas desprecia.
¡Por la cruz de aquesta espada
Y por la vida del César
Carlos quinto, por quien soy,
Que hasta la muerte te quiera!

MARÍA.

Palabras de enamorado
Andan en el aire en pena.

DON FADRIQUE.

Mira el alma por los ojos.

MARÍA.

Niñas son y bien traviesas;
¿Para qué decís que es alma?

DON FADRIQUE.

Para que la tengo en ellas.

MARÍA.

Parecéis molinero, amor,
Y sois moledor.

DON FADRIQUE.

Esta cadena y diamantes
Toma.

MARÍA.

¡Qué gentil afrenta!
¿No fío en vuestras palabras
Y he de fiar en las prendas?
De una cosa os aseguro
Por esa cruz: que os quisiera
Por vos, no por interés.

DON FADRIQUE.

Más me obligáis.

MARÍA.

Esto crea.
Guardad las joyas, y adiós;
Que para la vez primera
No está malo.

DON FADRIQUE.

En sólo un día
Que tardes, mi muerte llega;
Fía de mí.

MARÍA.

¿Todavía?
Mire que es cruel la siesta,
Quítese del sol.

DON FADRIQUE.

El tuyo
Me abrasa más y más quema;
Pero entremos á la sombra.

MARÍA.

¿Dónde?

DON FADRIQUE.

Al molino me lleva.

MARÍA.

¿Seréis cortesano?

DON FADRIQUE.

Sí;
Que mi amor no admite fuerza.

MARÍA.

Pues entrad: medrosa voy.

DON FADRIQUE.

¿Quiéresme bien?

MARÍA.

¡Tan apriesa!

DON FADRIQUE.

En amor no hay dilación.

MARÍA.

¿No es forzoso que le quiera

---

(1) En la *Parte* 42, «movimiento».
(2) En la *Parte* 42, «bellas».

Por mi señor?

DON FADRIQUE.

¿Y no más?

MARÍA.

El callar doy por respuesta:
Quien el fuego mete en casa,
Mucho hará si no se quema.

Vanse los dos; queda Floro.

FLORO.

Discreta es la molinera;
Y sobre tanta hermosura,
La fe del Duque es segura;
No me espanta que la quiera.
Al fin por guarda he quedado
Á la puerta del molino;
Ser el mastín determino
Ya que está dentro el ganado:
Por lo menos, él será
Necio en perder la ocasión.

Sale Marcelo.

MARCELO.

Quimeras del amor son;
Á la puerta Floro está.

FLORO.

Marcelo, ¿qué hay de nuevo?

MARCELO.

¿Qué? (1)
Eso os pregunto yo á vos.

FLORO.

Aquí dentro están los dos;
Otra cosa no la sé.
¿Y el padre?

MARCELO.

Ya volverá,
Porque es muy corto el camino.

FLORO.

Mas si llegase al molino
Cuando el Duque dentro está.....

MARCELO.

¿Qué importa? ¿No es su señor?

FLORO.

Un señor, aunque lo sea,
No es bien que aguarde á que vea
El vasallo el deshonor.
Debe el que es prudente honrallos;
Que aunque son villanos éstos,
Los señores deshonestos
Hacen traidores vasallos.

MARCELO.

Y el viejo, que no le ha hallado,
¿Qué le dirá?

FLORO.

Digo yo
Que se excuse con que entró
En Santiago del Collado
Por el calor que hacía.

MARCELO.

Al Duque importa avisar;
El amor le da lugar;
Necio en perderle sería.
Por aquel recuesto baja
El viejo, á lo que imagino.

FLORO.

Antes que llegue al molino
Corre, y los pasos le ataja.
Yo avisaré, mientras vas,
Al Duque.

MARCELO.

Su enojo siento:
¿No has sabido el mandamiento
Éste de no estorbarás?

Sale Benito.

BENITO.

Yo he dado gentil caída,
El diablo puede cogella;
Con el freno se atropella.
¡Jo galana, jo pulida!
No sé el nombre. ¿Que haré?
Ella se vuelve al lugar;
Al que me quiso burlar,
Es bien que este pago dé.
Diz que el Duque me llamaba,
Y no ha vuelto á Piedrahita.
¡Burlaos con la gentecita!
Y ¡qué priesa que me daba!
¡Oh, rebrame el diablo en ellos!
Nunca hablé de buena gana
Con la gente cortesana,
Todos bigotes y cuellos.
Aquél es. ¡Que bien así,
Así disimule y calle!
¡Voto al sol, que estoy por dalle
Dos pedradas desde aquí!

Sale Marcelo.

MARCELO.

Sin duda pasasteis ciego,
Pues quedaba el Duque atrás.

BENITO.

Váyase con Barrabás,
Cortesano palaciego:
¿No tenía más que her
Que burlarme el muy tacaño?

MARCELO.

Echad de ver si os engaño,
Pues él mismo os viene á ver.

BENITO.

¿No se burla?

MARCELO.

No, ¡por Dios!
Porque la siesta ha pasado
En Santiago del Collado,
Y vuelve en busca de vos.

BENITO.

Quiero volver al Casar.
¡El Duque! ¡Triste de mí!

MARCELO.

Del mismo, pues llega aquí,

(1) Á este verso le sobra una sílaba.

Os podéis presto informar.

Salen el Duque y Floro.

DON FADRIQUE.

¡Ay, mi bella molinera!
Loco de contento estoy;
De nuevo el alma la doy,
De quien es centro y esfera:
Otros, pasado el placer,
Suelen quedar con pesar,
Y yo, de velle pasar,
Lloro y más vengo á querer.
Ninguna joya ha querido
Más de la palabra mía
De que siempre la querría.
Amante y agradecido
Vengo; achaque he de buscar
Para enriquecella agora.

BENITO.

Si quien vueso gusto ignora,
Gusto en algo os puede dar,
Decidme lo que tenéis
Ó para qué me buscáis,
Y aquí no me detengáis,
Pues podéis lo que queréis.

DON FADRIQUE.

Alzad, amigo, del suelo.

BENITO.

Ya lo estoy.

DON FADRIQUE.

¿Cómo he de hablar?
Busco achaques para dar.
Conozco vuestro buen celo,
Sé que sois hombre de bien,
No necio ni impertinente.

BENITO.

No quitando lo presente.

DON FADRIQUE.

Y que sois cuerdo también:
Sabed que estoy empeñado.

BENITO.

¡Dios le alumbre!

DON FADRIQUE.

Que no digo
Sino sin dinero, amigo,
Porque en la corte he gastado
En fiestas y travesuras;
Porque el retirarme importe,
Que así mueren en la corte
Muchas haciendas seguras;
Y quiero que mis vasallos
Con sus haciendas me ayuden;
Que si al desempeño acuden,
Después me obligo á pagallos.
Y vos, ¿qué haciendas tenéis?

BENITO.

En mí no hallaréis engaños:
Arrendado por tres años
Ese molino que veis;
Seis costales, un jumento,
Con perdón, cuatro cochinos
Como vos.....

FLORO.

¡Qué desatinos!

BENITO.

Esto aquí, y en mi aposento
Dos ó tres haldas de harina,
Dos colchones y un jergón,
Tres ollas, y un artesón
Con una oveja en cecina.
María tiene dos patenas
Que su madre la dejó;
Estas fiestas las sacó;
Viejas son, pero son buenas.
Si aquesto habéis menester,
Vengan por ello al molino.

DON FADRIQUE.

Vuestra lealtad, imagino
Que ejemplo me puede ser:
Premió Alejandro primero
Que los estimados dones
Tal vez sanas intenciones;
Y así yo imitarle quiero.
Probar quise vuestra fe.

BENITO.

Veréis en esas probadas
Mis entrañas declaradas.

DON FADRIQUE.

Pues bien es que premio os dé:
Vuestro es aqueste molino,
Y porque ya viejo os veis,
No quiero que trabajéis;
Arrendalde á algún vecino,
Y vivid en la Aldegüela,
Donde dos casas os doy.

BENITO.

Bésoos los pies. ¡Loco estoy!

FLORO.

Sírvele el amor de espuela.

DON FADRIQUE.

Id luego por mil ducados
Á mi palacio.

BENITO.

¿Qué espero?

DON FADRIQUE.

Más enriqueceros quiero:
Dos hazas que en esos prados
Hay, son vuestras.

MARCELO.

Bueno está.

DON FADRIQUE.

Muy corto pienso que quedo,
Pues satisfacer no puedo
Los bienes que amor me da.
Id á tomar posesión
Al punto, de vuestra hacienda.

BENITO.

¿Quién puede haber que pretenda
El daros satisfacción?

DON FADRIQUE.

Con él puedes ir, Marcelo:

Á vuestra hija llevad.

BENITO.

Aun no creo que es verdad
El bien que me ha dado el cielo.

DON FADRIQUE.

Partid al punto los dos.
¡Ay, mi bien! ¡Ay, mi María!

BENITO.

No ha habido en la Duquería
Otro duque como vos.

Vase.

Salen Toribio y Antón.

TORIBIO.

¿De qué puedes temer, siendo tan rico
Y el mozo más gallardo de la aldea?

ANTÓN.

¿Qué importa, si mis males certifico,
Para que la esperanza incierta vea?
Que no mira el amor en calidades
Ni puede hallar el bien quien le desea.
Mil veces en las cortes y ciudades,
Sin méritos se alcanza, y aun mentiras,
Lo que se solicita con verdades.
Ya no se mueve el bien en firmes piras,
Sino en frágiles cañas y quebradas;
Le alcanza á veces el que lejos miras.
Estas vegas, de flores matizadas,
Y esa de nieve cana altiva sierra,
Ya de escuchar mi voz están cansadas.
Con ardides no más hace la guerra
Amor, y tarde llega el dulce día
De paz, que el pesar destierra (1).
Muchos zagales sirven á María,
Si bien no ricos, mucho más dichosos,
Con más ventura, no como la mía.
Ícaro soy de soles tan hermosos,
Pues me abrasan las alas de manera,
Que quedan mis deseos temerosos.

TORIBIO.

Quien tanto los peligros considera,
Cobarde debe ser; que el atrevido
Alcanza más que no el medroso espera.
Que no, si miras bien, te ha respondido.
¿Qué capotillo muestra á tres palabras
Á quien puede elegir para marido?
¿No tienes tierras, donde á tiempo labras
Con propios bueyes, y por esos cerros
Verdugos de las flores son tus cabras?
Ovejas tienes, que animosos perros
Guardan, y al alba tus cerriles vacas
Le dan la bienvenida con cencerros.
De todo á tiempo dulce fruta sacas:
¿Por qué te quejas ya de tu ventura,
Si tú mismo te animas y te aplacas?
Mira que es peligrosa la hermosura;
Pídela presto al padre, y por tercero,
Pues es medio pariente, vaya el cura.

ANTÓN.

Tu parecer, Toribio, considero;
Así lo quiero hacer.

Salen Chamorro, Teresa y Felipa.

CHAMORRO.

Yo no lo entiendo.

FELIPA.

¿Á qué puede venir el caballero?

TERESA.

Agora por la cuesta va viniendo
Esa tu deseada molinera,
Cuyas divinas luces vas siguiendo,
Con su padre y un paje.

ANTÓN.

La ribera,
Alegre me avisaba su venida.
Vámosla á recibir.

FELIPA.

Detente, espera:
Más vale que la tengas prevenida
La música y el corro de zagalas,
Porque sea con baile recibida.

ANTÓN.

Ya me daba el amor sus libres alas;
Para volar á vella, al viento imito.

Sale Alejo.

ALEJO.

Dos casas y dos hazas no son malas,
Y más todo el molino y su distrito.

TORIBIO.

¿Qué es eso, Alejo?

ALEJO.

Que vengo espantado:
Dió el Duque mil ducados á Benito,
Las casas en que estaba Gil Chapado
Y Llorente del Val.

ANTÓN.

Son las mejores
Del pueblo.

ALEJO.

Pues también se las ha dado;
El molino también y alrededores,
Las hazas del Junquillo.

TORIBIO.

¡Brava hacienda!

ALEJO.

Desocupando están los moradores
Las casas, no hay ninguno que lo entienda;
En la casa de Gil se entró María.

ANTÓN.

¿Tan rica viene mi querida prenda?
Amigos, sola y pobre la quería.
Pésame que lo esté, si acaso traza,
Soberbia, despreciar la mano mía;
Al olmo seco verde hiedra enlaza.

TERESA.

Pues ¿en qué le obligó?

(1) Este verso no consta. En la *Parte* 42 falta este trozo, como otros muchos.

ALEJO.

Yo no sé nada.

TORIBIO.

¿Dónde queda Benito?

ALEJO.

Aquí en la plaza
Con el Alcalde, que tomar le agrada
De todo posesión.

TERESA.

¡Por Dios, que creo
De María.....

FELIPA.

Di, ¿qué?

TERESA.

Que está enducada;
Con el dedo adivino lo que veo.

Vanse.

Sale María.

MARÍA.

Parece que es sueño
La ventura mía.
Si en tiempo tan breve
Quedo noble y rica.
Como aquel que, preso,
Tuvo muchos días
Unos grillos puestos
Y de ellos se libra,
Que aun le estorba el peso,
Traigo todavía
El rüido cerca
De la taravilla.
¿Qué es de la pobreza?
¡Santa María!
¿Dónde está el jumento?
¿Qué es de la harina?
Mejor casa es ésta,
Más fresca y más limpia,
Y al uso, á lo menos,
Como testifica
El jalbegue blanco
En vez de cortinas,
Que con él engañan
Más de cuatro lindas.
¡Oh, cuántas haciendas
Son por esta vía,
Á peligro siempre
De verse perdidas!
Buena es la riqueza,
Pero más me obliga
Amor que interés
Á que al Duque sirva.
¡Qué buen caballero!
¡Qué gran cortesía,
Pues como á su igual
Me habla y estima!
Burlados quedaron
Los que pretendían
Á la molinera,
Pues al viento gritan.
Por un Duque trueco
Villanas caricias,
Mas el bien prestado,
¡Ay Dios, qué desdicha!
Censo es al quitar,
Y no de por vida;
No hay bien que no traiga
El alma á la vista.
Pero ¿qué me quejo
Si ya lo sabía?
Hasta que el mal llegue,
Dure la alegría,
Que yo estoy contenta
Si me certifica
Disgustos de un año
Por gustos de un día;
Y cuando se vaya,
Mis males se alivian
Con ver que me queda
Prenda que le imita.

El Duque y Floro.

DON FADRIQUE.

Con el manto de la noche
Pude entrar sin verme nadie.
¡María!

MARÍA.

¡Señor!

DON FADRIQUE.

Advierte
Que no es justo que me trates
De señor, siendo tu esclavo.

MARÍA.

¿Adónde queda mi padre?

DON FADRIQUE.

Parabienes le detienen
Que todos llegan á darle,
Para bien mío, pues puedo,
Dueño de mi vida, hablarte.
Quédate, Floro, á la puerta
Porque puedas avisarme.

MARÍA.

Ofendida estoy, señor,
De que tan presto se pague
La deuda de mi afición
Con mercedes semejantes;
Mostráis, en pagar tan presto,
Que presto queréis dejarme.

DON FADRIQUE.

Mi bien, con todo mi estado
Es imposible pagarte.
Aun para villanos fuera
Lo que dí premio bastante;
Mas si he de dar como yo,
Pagaréte nunca y tarde.

MARÍA.

¿Quien no se pierde por vos?
Pues es fuerza que se gane.

DON FADRIQUE.

¿No estás mejor en la aldea?

No es mucho que no te halles
Tan ajenada al molino.

MARÍA.

Como el favor no me falte
Vuestro, muy bien me hallaré
Aquí y en cualquiera parte.

DON FADRIQUE.

Las paredes de esta casa
Sospecho que al campo salen,
Y sin llegar al lugar,
Entraré, pues es tan fácil,
Y tu padre con amigos
Saldrá á veces; que el sacarte
Del molino fué por esto.

MARÍA.

Fué pensamiento admirable.

DON FADRIQUE.

¿Quieres algo, estás alegre?

MARÍA.

No hay placer que al mío iguale,
Y más, después que imagino
Que hay prendas de vuestra sangre.

DON FADRIQUE.

¿Qué dices?

MARÍA.

¿No me entendéis?

DON FADRIQUE.

Entre infinitos pesares
Que pudieran resultar,
Este es, María, el más grande.
¡Bravo disgusto he tenido!

MARÍA.

¡Cómo, señor!

DON FADRIQUE.

No te espantes,
Porque por muchas razones
Pude del tiempo quejarme.
Por lo mucho que te quiero,
Debo con extremo honrarte,
Porque en mirar por tu honor,
Al mío le doy quilates.
Para que no te deshonre
Es ya forzoso casarte.
¿Cómo he de dar lo que quiero
Á que un villano lo guarde?
Ya tengo celos, María,
Solamente en contemplarte
En los brazos de un marido
Que no estime lo que vales.
Por otra parte, me pones
En un cuidado notable,
Pues debo al temprano fruto,
Si á luz, Dios lo quiera, nace,
Ponerle como merece,
Aunque es humilde la madre,
Un hijo de un Duque de Alba;
Que no pienses que es muy fácil,
Pues para alcanzar mercedes
De los reyes, no hay en Flandes
Imposibles que no emprendan
Los españoles infantes.
Hijos segundos de casas,
Sólo para que los marque
La cruz de nuestro Patrón,
Emprenden dificultades:
Pensiones son de los gustos
Contrapesos semejantes.
¿Puedo dejarte, María?

MARÍA.

Antes tu acero me mate.
¿Adónde están las promesas?
Señor, ¿tras de veros tarde
Queréis que á mi lado tenga
Un tirano por alcaide?
Sin duda de vuestro olvido
Lo que decís son achaques.

DON FADRIQUE.

Si lo son, tú me aborrezcas
Y todo el cielo me falte.
¿Qué has de hacer, si yo contigo,
María, no he de casarme?
Pues con pública deshonra,
Después, ¿quién ha de estimarte?
Esto ha de ser, que no es justo
Que á dilaciones aguarde.
¿Quién te sirve en esta aldea?

MARÍA.

Un sobrino del alcalde
Y otro que se llama Antón,
Sin otros muchos zagales.

DON FADRIQUE.

¿Cuál es más rico?

MARÍA.

El más rico
Es Antón.

DON FADRIQUE.

Pues Antón llamen
Y á tu padre.

FLORO.

Voy por ellos.

Vase.

DON FADRIQUE.

Di que acabo de apearme
Agora, y pon á la puerta
Los caballos.

MARÍA.

¿Esto haces?
¿Dejarme quieres?

DON FADRIQUE.

Por vida
De esos ojos celestiales,
De no olvidarte en mi vida,
Y venir á visitarte
Todo el tiempo que estuviere
En este destierro.

MARÍA.

Dame
La mano.

DON FADRIQUE.

Toma.

MARÍA.
Alza el dedo.
DON FADRIQUE.
Bueno; no llores, no agravies
Esos cielos: más me pesa
Que á tí; mas he de mostrarme
Cuidadoso de tu honra
Y tan noble como amante.

Salen Antón, Floro, Benito y todos los labradores.

ANTÓN.
Tras de besaros los pies,
Vengo á ver lo que mandáis.
DON FADRIQUE.
Alzad.
ANTÓN.
Si los pies me dais.
DON FADRIQUE.
Más bien os haré después.
Y vos, ¿cómo estáis?
BENITO.
Señor,
Como con tantas mercedes.
TORIBIO.
Maliciar de veras puedes.
FELIPA.
¡Mucha merced!
ALEJO.
¡Gran favor!
CHAMORRO.
En este punto se apea.
TERESA.
Aquí para entre los dos.....
FELIPA.
Habla quedo.
TERESA.
¡Plega á Dios!.....
ALEJO.
¡Chitón!
TERESA.
¡Que orégano sea!
DON FADRIQUE.
Antón, yo he dado en honrar
Á Benito porque ha sido
Á un servicio agradecido;
Yo le truje del lugar,
Y los menores favores
Que yo pienso hacerle son
Éstos, pues tengo ocasión
Para que sean mayores.
El dar á María estado
Falta agora; lo he sabido
Que vos la habéis pretendido,
Y que sois rico y honrado:
Quiero casaros con ella,
Pues ya en riqueza os iguala;
Mujer tan rica no es mala,
Y juntamente tan bella.
Yo os doy quinientos ducados
De dote.
ANTÓN.
Dame, señor,
Tus pies por tanto favor.
TORIBIO.
¡Oh, amantes desatinados!
CHAMORRO.
Sólo el amor le desvela;
No ve el mal, como la adora.
TORIBIO.
Ella parece que llora;
Más mal hay en el Aldegüela.....
ANTÓN.
Dadme la mano, María,
Quitad del cielo ese velo,
Pues llegó, por mi consuelo,
De todo mi bien el día.
BENITO.
Tu vida alarguen los cielos;
Con tal yerno, alegre estoy.
DON FADRIQUE.
Celos tengo: ya me voy,
Floro, que rabio de celos.
Forzoso es que me despida.
ANTÓN.
Beso, señor, vuestros pies.
DON FADRIQUE.
Dar lo que se quiere, es
Dejar la hacienda en vida.
ANTÓN.
¿No me dais el parabién,
Pues vi el fin de mi disgusto?
TORIBIO.
De lo que es el tuyo gusto.
TERESA.
Y es justo que te le den;
Pero á María consuela,
Que siente el ser tu mujer;
Que aunque no se echa de ver,
Más mal hay en el Aldegüela.
TORIBIO.
Dios te haga buen casado.
ANTÓN.
Baste.
TORIBIO.
Bienes dan lugar;
Que no es razón dilatar
Un gusto tan deseado.

Vase.

CHAMORRO.
Vé, Felipa.
FELIPA.
Aun no ha llegado
Donde lo ha de echar de ver.
CHAMORRO.
Yo sé que no ha menester
Mucha fuerza el desposado.
ALEJO.
Uno á uno y dos á dos
Se van, según los espero.

BENITO.

Aliñar la casa quiero,
Quede mi hija con vos.
¿Qué cuidado te desvela?

MARÍA.

No estoy para hablar agora.

BENITO.

Yo tan rico y ésta llora;
Más mal hay en el Aldegüela.

Vase.

ANTÓN.

¿Qué es esto? ¿De qué lloráis?
Vergüenza debe de ser,
Porque no es justo creer
Que tan presto os disgustáis.
Si pensáis que estáis cautiva,
Engaño, señora, fué;
Que vuestro esclavo seré,
Y no esposo, mientras viva.
Dadme los brazos.

MARÍA.

Teneos,
No deis de amante señales,
Pues veis que son desiguales
Los vuestros y mis deseos.
No os empecéis á mostrar
Tierno amante, si podéis.
Bastante lugar tendréis;
Dádmele á mí de llorar.

Vase.

ANTÓN.

Confuso estoy y corrido;
Ya estoy con nuevo temor;
Que no hay estado peor
Que el de esposo aborrecido.
Ver que es mía me consuela,
Aunque siento este desdén,
Mas si no me quiere bien,
Más mal hay en el Aldegüela.....

FIN DE LA PRIMERA JORNADA.

JORNADA SEGUNDA

DE

EL ALDEGÜELA

PERSONAS

El Duque.	Jacinto.	Elvira.
Fernando.	Vicente.	Un escribano.
Nuflo.	La Duquesa.	Otavio.
Antón.	María.	Dos guardas.

Salen Antón y María.

ANTÓN.

Con defenderle vos tanto,
Hace lo que hace Fernando.

MARÍA.

Pues ¿no es bien irse aplicando,
Aunque al lugar cause espanto,
Á ejercicios de nobleza
Como cazar y esgrimir,
Que á cavar?

ANTÓN.

Ha de vivir
Por grande, que á serlo empieza.
Á que le llamen aguardo,
Donde villano ha nacido,
Viendo el humilde vestido,
El caballero de Pardo.
No digo yo que cultive
La tierra como otros buenos,
Pero que sepa á lo menos
Que de ser labrador vive.
Al Barco de Avila fué
Así como amaneció;
La mejor yegua llevó,
Pudiendo llegar á pie.
Mas ningún trabajo aceta:
Dile el pollino más bueno,
Pero pidió silla y freno,
Y estribos á la jineta;
Y aun la jáquima tomó,
Que dijo que parecía
Mal.

MARÍA.

¡Ay, dulce prenda mía,
Imita á quien le engendró!

ANTÓN.

Todo es criar gavilanes
Y otros varios pajarotes,
Á quien llama tagarotes,
Alfaneques, alcotanes,
Y otras jerigonzas tales;
Y otra cosa no ha de hacer,
Ni aun ir á dar de comer
Al cortijo á los zagales.
¿Qué tal andará la hacienda
Cuando quede en su poder?

MARÍA.

Para entonces, podrá ser,
Antón, que al trabajo atienda.
Dejalde agora, pues Dios
Tanta hacienda nos ha dado;
Que basta sin su cuidado
El que tenemos los dos.

ANTÓN.

Bien fuera que descansara

Sus padres, que viejos son;
Culpad esta sinrazón,
María, pues es tan clara.
Pensáis que aunque no le alabe,
Que no le quiero después.
¡Par Dios, tan mi hijo es
Como vuestro!

MARÍA.

¡Dios lo sabe!

Sale Jacinto, y dice Fernando saliendo:

FERNANDO.

¡Hola! ¿No hay un paje ahí
Que desensille?

ANTÓN.

¿Aquí paje?
¿Dónde aprendió este lenguaje?

MARÍA.

Dejalde que hable ansí.

JACINTO.

No quisiera haber perdido
La fiesta por cien ducados.

ANTÓN.

Esos son vuestros cuidados.

MARÍA.

Hijo, seáis bien venido.

ANTÓN.

¡Advertid qué grave humor:!
No sé á quién diablos pareces,
Fernando, que pienso á veces
Que has comido un asador.

FERNANDO.

¿Esto os ofende?

ANTÓN.

¡Pues no!

MARÍA.

Y ¿visteis al Duque?

JACINTO.

Sí.

MARÍA.

Por vida mía, decí
Lo que en el Barco pasó.

JACINTO.

Desde que heredó Filipo
Segundo, y primer monarca
De Europa, volvió á la corte
Nuestro ilustre Duque de Alba.
Dejó los vasallos tristes
Y llorosos por su falta;
Que ver el rostro al señor,
Si es bueno, contento causa.
En diversas ocasiones
Ha sido en Francia é Italia
Siempre victorioso César,
Como Ulises en las trazas.
Los enemigos le tiemblan
Y los soldados le aman;
Partes que á Alejandro dieron
Victorias trasordinarias.
Finalmente, á Flandes vuelve,
Donde á sus hielos y escarcha,
Estatua de mármol sea,
Inmóvil, si bien con alma.
Y porque allá no le ofenda,
La naturaleza sabia
Acá le cubrió de nieve
Ya la cabeza y la barba;
Extiéndense sobre el pecho
Los largos hilos de plata.
Pasamanos del vestido,
Ó grabazón de las armas,
Parecen cuando los vientos
Con mil ondas los dilatan;
Ó aristas de secos trigos,
Ó del mar espumas blancas.
Bien haya el Duque, que estima
La gravedad que le causan,
Sin que contra el tiempo busque
Invenciones excusadas.
Para partirse á la guerra
Quiere visitar su casa
Y á sus vasallos, á quien
Honra con mercedes varias.
Al Barco de Ávila vino,
Donde con fiestas le aguardan,
Y desde allí á Piedrahita,
Y por la Aldegüela pasa.
Por esto Fernando y yo
Partimos esta mañana
Á ver los toros que corren,
Y algunos de tu vacada.
Salió el Duque, el alba digo,
Con grave y alegre cara,
Á un balcón, oriente indigno,
Con arreboles de nácar.
Quedó Fernando suspenso
De verle, y aunque soltaban
Un toro, y todos huyeron,
Quedó en medio de la plaza,
Donde en dos brincos se puso
Un toro negro, con manchas
Pardas, contrario del tigre,
Pero en valor, semejanza.
Volvió Fernando del sueño
Á las voces que le daban,
Cuando ya su aliento frío
Le tocaba en las espaldas.
Sacó el acero animoso,
Y en la cerviz se le envaina,
Que por mucho que era corta,
Mucho más cortó la espada.
Y los Regidores mandan
Que pague el toro, y el Duque
De la silla se levanta.
Dice á voces que le dejen,
Y por premio de su hazaña
Le dió este anillo, que es joya
Que en mucho debe estimarla.
Salió de la plaza rico
De favores y alabanzas,
Y de envidiosos también,

Que jamás en el bien faltan.
Á Piedrahita se vuelve
El Duque, y es bien se salga
La Aldegüela á recibirle,
Especialmente esta casa,
Pues á vos os dió hacienda,
Y á vos mujer, si el que casa
Hace merced; y advertid
No culpe vuestra tardanza.

MARÍA.

¡Ay, hijo! ¿Que en tal te viste?

ANTÓN.

¿Tan fácil los toros matas?
Pues no te burles con gente
Que ni responde ni habla.

FERNANDO.

Sin duda que llega el Duque;
La gente está alborotada.

MARÍA.

La idea me representa
Dulces memorias pasadas.

JACINTO.

Yo me parto á ver, Fernando,
La que es dueño de mi alma.

FERNANDO.

Procede como prudente
Y avisa de lo que pasa;
Que ya lo sospecha el padre:
Al amor nada le espanta.

Dentro:

¡Viva el Duque!

FERNANDO.

Un siglo viva.

ANTÓN.

Alegre voy.

MARÍA.

Yo turbada.

Vanse.

Salen el Duque, Otavio y acompañamiento de pastores y algunos criados.

DUQUE.

¡Oh, cuántas veces verde
Vi mi esperanza, como el verde prado,
Que ya su flor se pierde,
Como yo la ocasión de mi cuidado!
¡Así pasan los días:
Ayer fuí fuego, y hoy cenizas frías!
Acuérdome de verte,
Pequeña aldea, de mis gustos rica;
Mas ya la edad me advierte
Del fin que brevemente pronostica;
Y ansí, decir podía:
¡Ay, dulces prendas, cuando Dios quería!
Ni el verme en la campaña
Y abrasado del sol, que más se atreve,
Por defensa de España,
Hoy á cubierto de la escarcha y nieve,
Cuando con tibias llamas
Dora del pez las frígidas escamas,
Borraron la memoria
De tantos gustos, si al amor helaron.
¡Dulce, sabrosa historia,
Que tales son los gustos que pasaron,
Que en todo tiempo siente
Por mejor el pasado que el presente!

NUFLO.

¡Hombre es el Duque, par Dios!

UNO.

¿Un ángel pensaba ver?

NUFLO.

Pues ¿por qué el Duque ha de ser
Tal como yo y como vos?
Quiero tentalle la cara,
Que aún no estoy bien satisfecho.

Salen Fernando, Antón y María.

FERNANDO.

La mucha humildad del pecho,
El buen intento declara.

MARÍA.

¡Turbada estoy!

ANTÓN.

Dadme á mí
Vuestros pies.....

FERNANDO.

Llegarte puedes.

ANTÓN.

Pues yo soy quien más mercedes
Desas manos recibí.

MARÍA.

Quien os vió y agora os ve,
¿Cómo en el mundo confía?

DUQUE.

El retrato de María
Siempre en mi alma guardé.
Sin duda es ésta, aunque quiera
Contradecirlo la edad;
Que el alma dice verdad.

MARÍA.

Ya vuestras manos espera
Quien más os debe.

DUQUE.

¿Sois vos
La que en el molino estaba?
Decid.

MARÍA.

Solía, que andaba,
Y agora no.

DUQUE.

Bien, ¡por Dios!
Alzad del suelo, María,
Pues tenéis mejor lugar.
¡Puede que pudieran dar
Vuestros ojos luz al día!
Y que en el campo y molino,
Con la harina pude vello:
Ó ya era nieve el cabello,

Ó ya hebra de oro fino.

MARÍA.

¿No veis que el tiempo camina?
Diversa nieve mirad,
Porque ya hace la edad
Lo que entonces la harina.
También os vi mozo á vos,
Galán del cuello á la planta,
Y agora en veros me espanta
La mudanza de los dos.
Pero salid de una duda;
Que el tiempo, en lo que ha volado,
Si la belleza ha mudado,
Mis pensamientos no muda.

DUQUE.

Pues si en vos, que sois mujer
De varia naturaleza,
No ha mudado la firmeza,
En un hombre, ¿qué ha de hacer?
Agora en honraros siento
Que soy liberal al doble;
Que no se muda en el noble
Lo que es agradecimiento.
¿Y vuestro esposo?

ANTÓN.

Los pies,
Señor, ha un hora que os pido.

DUQUE.

De no os haber conocido
Bastante, la ocasión es,
Y conocer á María,
Si la barba llego á ver;
Que la edad en la mujer,
No canas, sí arrugas cría.
Y parece que aun la edad
Su belleza ha respetado,
Pues que su rostro ha guardado
Hermoso y con gravedad.
Pero ¿no sois vos, mancebo,
El que en el Barco mató
El toro?

FERNANDO.

Y quien mereció
Ser águila de un sol nuevo,
Pues la vista puesta en vos,
Vence el peligro después.

DUQUE.

¡Gallardo mozo! ¿Quién es?

MARÍA.

Quien es hijo de los dos.
Llegaos para que os señale;
No os apartéis tanto, Antón.

DUQUE.

Ya me avisa el corazón,
Callando, de lo que vale.

MARÍA.

De la junta que hicistes,
Al fin como de tu mano,
Á un árbol tosco y villano
Fruto tan hermoso distes,
Tan presto, que á tantos males
Por arco de paz salió.

ANTÓN.

Y tanto, que no cumplió
Los nueve meses cabales.

MARÍA.

Mío al fin y vuestro es,
Pues es todo del señor,
Y él lo dice en el amor
Que ha mostrado á vuestros pies.
Quedóme para consuelo
De mi padre, que murió.

ANTÓN.

Y á ningún villano dió
Tal inclinación el cielo.
Todo es caza y montería
Cuando el alba resucita;
Tanta, que apenas imita
La sangre que tiene mía.
Para palacio era propio,
Ó al menos para la guerra.

FERNANDO.

Haced que deje esta tierra,
Pues este trato es impropio.
Á Flandes vais; por soldado
Vuestro, señor, me llevad,
Pues la mayor calidad
Es morir á vuestro lado.
¿Quién mejor que los vasallos
Vuestros por vos morirán,
Pues obligados están
Por ver que aspiráis á honrallos?

ANTÓN.

Que sí, señor, que, por Dios;
Que vuestro lado merece!

MARÍA.

¡Que se vaya! bien parece
Que no le paristeis vos.
Suplico á Vuestra Excelencia
No le lleve.

ANTÓN.

¿Por qué no?

MARÍA.

Este consuelo quedó
Contra la mortal ausencia
De mi padre, que Dios haya.
Que no le llevéis os ruego.

NUFLO.

¡Fardeles y guerra, fuego!
El dimuño que allá vaya,
Cuando no fuera por más
Que por unas bocas malas
Que gorman pólvora y balas
Si las hurgan por detrás.

DUQUE.

¡Qué bien que se echa de ver
La diferencia de amor,
Dél en no tener temor,
Y de María en temer!
Si aquí hubiera un solo amor,
Aunque es caso diferente,
Bien dijera claramente

Estas prendas cuyas son.
Pues aun yo temo su daño
Si le llevo á Flandes; quiero
Satisfacer, como espero,
Un suceso tan extraño.
Digo que le he de llevar
Como vos habéis pedido,
Y vuestro amor conocido,
Digo que le he de dejar.
Quedará con la Duquesa
En Piedrahita, y ansí
Basta.

MARÍA.
De no verle aquí
Sabe Dios lo que me pesa.

ANTÓN.
Y á mí de que no se aleje,
Porque se enseñe mejor.

FERNANDO.
De vuestro importuno amor,
Señora, es bien que me queje,
Pues que por vos no consigo
El bien que en la guerra espero.

DUQUE.
En puesto seguro quiero
Que veáis cómo os obligo;
Y porque de priesa voy,
Seguidme.

FERNANDO.
En todo me honráis.

MARÍA.
En fin, señor, ¿me lleváis
Mi hijo?

ANTÓN.
Contento estoy.

DUQUE.
En lugar de hijo mío
Le llevo, perded cuidado.

MARÍA.
¡Señor!

DUQUE.
No estoy olvidado,
Aunque ya con menos brío.
¡Hola!

OTAVIO.
Señor.....

DUQUE.
Á María
Dejad doscientos escudos.

MARÍA.
¡Alaben los robles mudos
Tal nobleza y gallardía!

DUQUE.
Quedad con Dios.

ANTÓN.
¡Ya cesaron
Mis penas!

MARÍA.
¡Y mi alegría!

DUQUE.
Aquí fué Troya, María,
Pero cenizas quedaron.

Vanse, y quedan Fernando y Nuflo.

NUFLO.
Ya vas á ser caballero.

FERNANDO.
Nuflo, no era para mí
Estar encerrado aquí;
Mercedes del Duque espero.

NUFLO.
Mozo eres fuerte y chapado,
Tus acciones escogidas;
Puedes darte dos caídas
Con un novillo en el prado.
Aquí las fuerzas se emplean
En el arado y la azada,
Allá, con armas y espada,
Puede ser que buenas sean.
En el hablar cortesano
Nadie ventaja te hará.
¿Qué me mandas por acá?

FERNANDO.
Conozco, Nuflo, que gano
En servir á la Duquesa,
Pero por más justa ley
Quisiera servir al Rey
Donde más bien se interesa.

NUFLO.
Que por aquí van allá:
El que ver la torre espera
Sin subir por la escalera,
Será necio, claro está.
Por servir no estés corrido
Siendo tan noble señora;
Que ninguno manda agora
Primero que haya servido.

FERNANDO.
Aunque en estilo grosero,
Esos consejos estimo,
Pues que por ellos me animo.
Que vayas conmigo quiero;
Que lo que fuere de mí
Será de ti,

NUFLO.
Claro está,
Si todo á la muerte va;
Pero bien estoy aquí.
Cuando más honrarme quieras,
Para mí estorbo ha de ser,
Obligándome á traer
En los muslos dos gorgueras.
Mira que no es justa ley,
Aunque otras mil cosas callo,
Que ande al paso de un caballo
Quien anda al paso de un buey.

FERNANDO.
Piedrahita, ¿por ventura
Es la corte?

NUFLO.
Donde está

El Rey, la corte será.
Si la Duquesa procura
Hacerte caballerizo,
¿No he de ser tu postillón?

FERNANDO.

Con menos ostentación
El Duque me satisfizo;
No espero mercedes tantas.
Ven.

NUFLO.

¡Adiós, aldea mía,
Adonde es cabal el día!

FERNANDO.

Con tu ignorancia me espantas.
Pues ¿no es igual, cuando importe,
El sol que de oro se esmalta?

NUFLO.

No, que siempre día falta
Al que negocia en la corte.
Voy con una condición,
Pues de llevarme te agradas.

FERNANDO.

Di, pues.

NUFLO.

Horro de atacadas,
De tinelo y pescozón.

Vanse.

Elvira y Jacinto.

ELVIRA.

Mucho tu peligro temo.

JACINTO.

No hay cobarde enamorado.

ELVIRA.

Con mi temor he mostrado
De mi fe el mayor extremo;
No siento el peligro mío,
Sino el tuyo.

JACINTO.

Eso es amor;
Pero suceso mejor
De mi atrevimiento fío.
Mas ¿cuál es la causa, Elvira,
De mostrarte cuidadosa?

ELVIRA.

Del peligro temerosa,
Ningún contento me admira.
Sé que algunos envidiosos
De mi amor y tu ventura,
(Que el que la tiene asegura
Los enemigos forzosos),
Á mi padre han dado cuenta,
Para vengarse de mí
Por desdenes que les dí,
De su deshonra y afrenta.
Y aunque sus palabras son
Buenas en mil ocasiones
Con enojadas acciones,
Me declara el corazón.
Hizóle ayer la Duquesa
Alcalde, y aunque es honor,
Por el riesgo de tu amor
Sabe Dios lo que me pesa;
Que pienso que tiene espía
Para prenderte en tu casa.

JACINTO.

Siempre la fortuna escasa
Perturba la dicha mía.
Pésame que no ha venido
Fernando en mi compañía,
Que ya con él no temía
El peligro referido;
Que cuando todo el lugar
Se le pusiera delante,
Él solo fuera bastante
Para poderme librar.
Pero ¡que tanta dureza
Tu viejo padre ha tenido,
Que casarme no ha querido!

ELVIRA.

Es soberbia la riqueza,
Y como eres forastero,
Busca yerno en el lugar;
Pero puedes confiar,
Mi bien, de lo que te quiero;
Fuera de que ya lo estás.

JACINTO.

Sospecho que viene el día:
Salir quiero, prenda mía.

ELVIRA.

Á grande peligro vas.

Dentro el escribano, Vicente y villanos.

VICENTE.

Esta es la casa; tomad
Las puertas.

ELVIRA.

¡Triste de mí!

JACINTO.

¿Es éste tu padre?

ELVIRA.

Sí.

ESCRIBANO.

Todos de tropel llegad.

ELVIRA.

¡Muerta soy!

JACINTO.

¿De qué te altera?

ELVIRA.

Ver en peligro tu vida.

JACINTO.

Pues ¿no será bien perdida
Como por tu causa muera?
Echarme de la ventana
Quiero.

ELVIRA.

Tente, porque están
Abajo, y te matarán.

JACINTO.

Cualquiera defensa es vana;

La puerta rompen.

VICENTE.

¡Traidor,
Date á prisión!

JACINTO.

¿Qué prisiones
Al cuerpo inocente pones,
Si al alma las puso amor?
Toma la espada, y advierte
Que yo solo estoy culpado;
Que Elvira jamás ha dado
Tal lugar para ofenderte.

VICENTE.

Apartad esa traidora,
Metelda en ese aposento.

ELVIRA.

Más tus sinrazones siento.

ESCRIBANO.

No repliquéis por agora.

VICENTE.

Sed testigos que escaló
Mi casa.

JACINTO.

Yo lo confieso.

ESCRIBANO.

La cabeza del proceso
Su confesión fulminó.

JACINTO.

Y más, confieso que Elvira
No ha sabido desto nada.

VICENTE.

Que la disculpe me agrada,
Aunque yo sé que es mentira;
Que es hija al fin

JACINTO.

Que yo entré
Á forzalla.

ESCRIBANO.

¡Extraña cosa!
Nueva fineza amorosa.

VICENTE.

Escribano.....

ESCRIBANO.

Así lo haré.

VICENTE.

En mi casa queda presa
Mi hija, por sí ó por no,
Hasta saber si le dió
Lugar. Caminad apriesa.
¡Por Dios, que os he de ahorcar
Mañana!

JACINTO.

Si ansí ha de ser,
Más me valiera perder
Ventura, tiempo y lugar.

Vanse.

Salen la Duquesa y Otavio.

DUQUESA.

Partióse con el alba el Duque de Alba
Dejándome sin luz.

OTAVIO.

Era forzoso.
Es su centro la guerra, y vive en ella,
Salamandra de fuego tan honroso.

DUQUESA.

Apenas si encubrió la rubia estrella,
Madre de amor, y el horizonte hermoso
De nácar viste el sol, cuando madruga;
Ya la estrellada noche el manto arruga
Cuando postas tomó. ¡Guárdele el cielo!

OTAVIO.

Y toda España ruega por su vida,
Pues no ha tenido tal soldado el suelo,
Á tanto beneficio agradecida.

DUQUESA.

Eso sólo me sirve de consuelo.
También me encomendó por despedida
Un mancebo que viene de una aldea.
¿Quién es? si lo sabéis.

OTAVIO.

No sé quién sea;
Sé que es mozo valiente y comedido,
Y para ser con rústicos criado,
Pienso que debe ser bien entendido,
Que por fuerza ha de serlo el bien criado.

DUQUESA.

Al Duque debe ser agradecido,
Porque nunca le vi con tal cuidado
De honrar criado suyo.

UN CRIADO.

Un caballero
Hablarte quiere.

DUQUESA.

Llegue.

OTAVIO.

¡Majadero!
¿No advertís que es criado?

PAJE.

Yo confieso
Que lo soy, porque ver hombre tan grave
Me dió ocasión.....

Fernando y Nuflo.

FERNANDO.

Los pies, señora, os beso.

DUQUESA.

Alce vuestra merced.

OTAVIO.

¿Quién es no sabe?
Advierta Useñoría que es exceso,
Que es su criado.

FERNANDO.

Tal llaneza alabe
El mundo.

DUQUESA.

¿Éste es? ¡Qué linda cortesía!
¡Hermosa gravedad, por vida mía!
¿Sois el que viene á servir?

FERNANDO.

Para que me pueda honrar.

DUQUESA.

Ved si venís á mandar;
Que bien se puede inferir
De tan grande gravedad
Con que me habéis engañado.

FERNANDO.

Con lo que oculto ha quedado,
Veréis mi mucha humildad.

DUQUESA.

Basta: mi esposo os estima
Mucho, y es justa razón
Que en todo os muestre afición.

NUFLO.

Ya mi cortedad se admira.
Los pies espero de vos
Y beso.

FERNANDO.

¿Quieres callar?

NUFLO.

Cuando se pueden besar
Sin ofender á mi Dios,
De la vira del chapín
Al copete.

DUQUESA.

¡Tiene humor!

NUFLO.

Bulla, dijeras mejor.
¡Por Dios, que es un serafín!
Hoy me enduco, ó no seré
Yo quien soy.

FERNANDO.

Es ignorante.

DUQUESA.

Bien lo muestra en el semblante.

FERNANDO.

Espero que gusto os dé.

DUQUESA.

¿Quién sois?

NUFLO.

Un sotacriado
Vuestro, por mayor ventura;
Dicen que hijo de un cura,
Entre unos pollos diezmado.

DUQUESA.

¿El nombre?

NUFLO.

Don Nuflo soy,
Aunque Nuflo en mi lugar
A secas; que he de aumentar
Mi honor si en palacio estoy.

DUQUESA.

Luego ¿pagado es el don?

NUFLO.

Si ya los cabellos rizos
Y los dientes, son postizos,
Partes que visibles son,
¿Por qué un don no lo ha de ser,
Pues es menos de notar?

FERNANDO.

Nuflo, ya puedes callar.

NUFLO.

No falta más del querer.

DUQUESA.

En honraros imagino
Que á mi esposo satisfago,
Y mi camarero os hago.

FERNANDO.

Premia mis deseos dignos,
No á las obras, pues en nada
Os he servido.

DUQUESA.

Yo creo
De vos ese buen deseo.
¿El nombre?

FERNANDO.

Fernando.

Salen Vicente y el escribano.

VICENTE.

Agrada
Al señor el que le da
Cuenta de todo.

ESCRIBANO.

Ansí es.

VICENTE.

De Vuecelencia los pies
Beso.

DUQUESA.

Alcalde, levantad.
¿Qué hay de nuevo?

VICENTE.

Una prisión
Que hice al romper el día,
De un traidor que me quería
Quitar mi buena opinión.

FERNANDO.

El padre de Elvira es.
¿Si es Jacinto el preso? Espera.

VICENTE.

Darle la muerte quisiera;
Y ansí, vengo á vuestros pies
Porque el delito veáis.

DUQUESA.

Decid.

VICENTE.

Mi casa escaló,
Causa por do mereció
Que su muerte consintáis.
Fuera deso, ha confesado
También que forzar quería,
Señora, una hija mía
De quien está enamorado.
Ved si igual atrevimiento
Merece justo castigo.

FERNANDO.

Yo soy, señora, testigo
Que es diferente su intento,
Y que ella le dió lugar
De secreto, y que con él
Están casados.

VICENTE.

Y ¿es él
Quien lo tiene de jurar?

FERNANDO.

Yo soy; y basta que yo
Lo diga.

DUQUESA.

Fernando, quedo.

FERNANDO.

Por ser mi amigo, no puedo
Dejar de ayudarle.

VICENTE.

No;
Ya le oyeron confesar
Lo que yo, digo después.

FERNANDO.

En eso veréis quién es,
Pues no la quiso culpar.

DUQUESA.

No se ha de probar ansí
El delito, ni es razón;
Haced vos la información,
Que después yo estoy aquí.

Vase.

NUFLO.

Mejor podrás negociar
Por ruegos, ó al escribano
Dando unciones á la mano.

FERNANDO.

No nací para rogar.
Si ansí los palacios son,
Volverme á mi casa espero;
Cabeza de ratón quiero,
Y no cola de león.
Mas por un amigo, todo
Se puede hacer: yo llego.

VICENTE.

Haced examinar luego
Los testigos deste modo.

FERNANDO.

Escuche, ¡por vida mía!
Señor Alcalde.

VICENTE.

¿Qué quiere?

FERNANDO.

No es bien que venganza espere
Con tan incierta porfía,
De quien es su hijo ya
Y por su hija escogido
Para su esposo y marido;
Pues darle muerte será
Dársela á Elvira, y hacer
Que se quede sin casar;
Que nadie la ha de estimar
Cuando se venga á saber.
Yo recibiré favor
En su boda.

VICENTE.

¡Extraño hablar!
¿Qué más pudiera mandar
El Duque nuestro señor?
En una horca he de hacer
Que pague su atrevimiento.

FERNANDO.

Si riqueza es vuestro intento,
Buen tercero puedo ser;
Él es rico, y de mi hacienda
Os daré lo que gustéis.

VICENTE.

Mi gusto es que me dejéis
Antes que de vos me ofenda.
¿Quién sois vos para mandarme?
¿Sois el Duque, que ansí habláis?

FERNANDO.

Ya, villano, me enfadáis,
Y no está en más que enojarme;
Que por fuerza habéis de hacer
Lo que no queréis de grado.

VICENTE.

¡Al Alcalde!.....

NUFLO.

Estoy turbado.

ESCRIBANO.

¡Prendelde!

FERNANDO.

¿Cómo prender?

Embiste con todos y aporréalos.

NUFLO.

¿Tantos contra uno? ¡Afuera!

ESCRIBANO.

¡Que me mata!

VICENTE.

¡Aquí del Rey!
¿Ésta es razón, ésta es ley?

La Duquesa sale.

DUQUESA.

Fernando, ¿qué es esto? Espera.

NUFLO.

¡La Duquesa! Yo me voy
Á retraer.

DUQUESA.

¿Qué es aquesto?

FERNANDO.

Un villano descompuesto.

VICENTE.

Ved, señora, cuál estoy
Porque no quiero librar
El preso.

ESCRIBANO.

La resistencia
Escribo.

VICENTE.

Dadme licencia,
Señora, para dejar
Esta vara desde aquí,
Ó castigad su malicia;

Que no quiero ser justicia
Adonde se trata así.

DUQUESA.

Labrador del Aldegüela;
Según es la condición,
Vos nacisteis para duque,
Que no para labrador.
¿Aprendisteis en el campo
Donde os abrasaba el sol,
Gravedades semejantes,
Arrogancia y presunción?
¿Quién os ha dado las alas?
Si acaso el Duque os las dió,
Yo os las cortaré, Fernando,
Sin que os valga su favor.
De vuestro linaje humilde
Muy bien informada estoy;
Hijo de la molinera,
Que en un arroyo nació,
Y de un grosero villano,
Del Aldegüela pastor.
¿Es esto atar los novillos
Á la coyunda feroz?
¿Los ministros de justicia,
Por tan liviana ocasión,
Maltratáis de esa manera,
Sin respeto ni temor?
Agradézcaselo al Duque;
Que más castigo no os doy
Por ser la postrera cosa
Que al partir se me pidió.

FERNANDO.

Bien puede Vuestra Excelencia,
Con licencia de señor
Y de mujer, ofenderme,
Mas otro ninguno, no.
No recibo por afrenta
Que me hayáis dicho quién soy;
Yo he de empezar mi linaje
Como alguno le acabó.
De una cosa os certifico:
Que siento en mi corazón
Un no sé qué que me dice
Que no es nadie más que yo.
El cuchillo de una sierra,
Entre aspereza y rigor,
Cría tal vez el laurel
Que algún César coronó.
El campo estéril produce
Acaso una hermosa flor;
Y ansí de un pobre molino
Tan noble ramo salió.
Para servirle en la guerra
Le pedí al Duque favor,
No para ser de tapices
Hambriento camaleón.
Si os ofendo en el palacio,
Cerca de mi casa estoy;
Que ya no es bueno servir
Sino solamente á Dios.
Amigo mío es el preso,
Y es injusta su prisión,
Pues tienen tanta disculpa
Los yerros que causa amor.
Y pues que juzga su causa
La mentira ó la pasión,
Armas habrá que le libren
Cuando justicia faltó.

Vase.

DUQUESA.

¿Hay desvergüenza tan grande?

VICENTE.

La resistencia escribió
El escribano.

DUQUESA.

Yo os fío
Que os daré satisfacción.
El Duque, con tantas veras
Á ese mozo me encargó,
Que sin muy urgentes causas
Quisiera darle perdón.
Dejad que se desenoje,
Alcalde, y mirad mejor
La causa del preso.

VICENTE.

El cielo,
Divino ingenio te dió;
Nadie á tu gusto replica.

DUQUESA.

Mientras que yo á misa voy
No os pongáis adonde os vea.

ESCRIBANO.

Cuidado me tendré yo;
Que no vi en toda mi vida
Tan desatado león.

DUQUESA.

En forma me da cuidado
El modo del labrador.

Vanse.

Salen Fernando, Nuflo y un carcelero.

FERNANDO.

¡Suelta, villano, ó dejarás la vida!

CARCELERO.

¡Aquí del Rey!

NUFLO.

Advierte que estás loco.

FERNANDO.

¿Tú reprehendes tan hidalgo intento?
¡Vive Dios, que ha de ver hoy la Duquesa
Quién es el hijo de la molinera!
¡Deja las llaves!

CARCELERO.

Ya las doy, espera.

FERNANDO.

Quédate aquí mientras que yo á Jacinto
Saco de tan cerrado laberinto.

Vase.

NUFLO.

No ha de salir de aquí, ¡por San Crisóstomo!
No deben de saber que en la Aldegüela
Hay personas de hígado.

CARCELERO.

Agradezca
Al que está dentro; que si no, yo hiciera
Que de mí se acordara.

NUFLO.

Yo lo creo.

CARCELERO.

Deje que salga.

NUFLO.

Vaya norabuena;
Váyase sin temor, no tenga pena.

CARCELERO.

Yo haré que lo paguéis, pues vivo quedo.

NUFLO.

¡Por vida de.....! Temblando estoy de miedo.

Fernando y Jacinto.

FERNANDO.

Pierde de mí el cuidado.

JACINTO.

¡Oh, cuánto siento
El peligro en que quedas! Vamos juntos,
Ó deja, amigo, que á tu lado muera.

FERNANDO.

No me repliques; á tu casa parte;
Que si ayudare gente en esta calle,
Los detendré mientras en salvo quedas.

JACINTO.

Dudo, Fernando, que librarte puedas.

Vase.

NUFLO.

¿No me iré yo con él para guardalle?

FERNANDO.

Quédate tú á la boca de la calle.

NUFLO.

Advierte bien, Fernando, que no he sido
Hombre de armas tomar.

FERNANDO.

Pues á mi lado
Quiero hacerte valiente.

NUFLO.

La campana
Tocan. ¿Si es contra ti?

FERNANDO.

Sin duda alguna;
Mas vengan los villanos.

Dentro Vicente, escribano, carcelero y villanos con armas.

TODOS.

¡Mueran! ¡Mueran!

VICENTE.

En esta boca de la calle esperan.

FERNANDO.

¿Adónde vais? Que vean determino,
Qué moledor salió de aquel molino.

VICENTE.

¡Á ellos!

NUFLO.

Á él solo decir pueden,
Porque yo soy un tonto.

Salen la Duquesa, Otavio y, si puede ser, dos esclavos con sus carcones, como que dejan la silla.

OTAVIO.

¡Aparta, afuera!
Deteneos, Fernando.

DUQUESA.

¿Hay tal locura?
¿Esto me deja el Duque que me guarde?
¡Daos á prisión!

FERNANDO.

Si algún villano llega,
El fuego busca ó á la mar se entrega.
¿Qué torre Vuecelencia me señala?

DUQUESA.

¿Qué gravedad de príncipe á ésta iguala?

NUFLO.

Yo escurro por un lado á dar aviso
Á su madre de todo.

Vase.

DUQUESA.

Pues ¿no basta
La cárcel ordinaria?

FERNANDO.

No me entrego
En poder de villanos y enemigos.
Ó señaladme torre, ó Dios os guarde.

VICENTE.

El más fuerte de todos es cobarde.

DUQUESA.

Espera: aquella torre te señalo.
Llevalde.

FERNANDO.

Yo me iré.

ESCRIBANO.

¡Lindo regalo!

DUQUESA.

¿Cómo que tú te irás?

FERNANDO.

Pleito homenaje
Hago de irme á la torre.

DUQUESA.

¿Tienes seso?
¿Pleito homenaje tú siendo un villano?

FERNANDO.

Tráteme Vuecelencia como es justo.
Yo me voy á la torre.

DUQUESA.

Poned guardas.

FERNANDO.

No carguen de escopetas y alabardas.

DUQUESA.
¿Este es villano?
OTAVIO.
Sí.
DUQUESA.
Yo vuelvo loca;
Que el alma noble muestra por la boca.

Vanse.

Salen María, Jacinto y Antón.

ANTÓN.
¿Hanos de costar la hacienda
Travesuras tan terribles?
¿No fuera mejor que á Flandes
Le llevaran, como dije?
JACINTO.
No le culpéis por mi causa;
Que pues por él vengo libre,
Pagarle ó perder la vida
Es fuerza que determine.
MARÍA.
Por un amigo, el honrado
Debe morir; él se rige
Como hombre de bien, Antón;
No es razón que le castiguen.
ANTÓN.
Con ruegos y con promesas
Pudo mejor persuadirle
Que á pescozones y coces,
Para ver tan malos fines.
JACINTO.
No os pido ningún remedio,
Porque al Aldegüela vine
Á llevar dinero, y luego
Pienso volverme.

Nuflo éntre.

NUFLO.
No finge
Un duende tantas figuras
De monos y matachines
Como yo he visto de miedo,
Sospechando que me siguen.
¡Gloria á Dios, querida aldea,
Que os veo!
JACINTO.
¿Cómo viniste,
Nuflo, y dejaste á tu amo?
NUFLO.
Es arrojado y terrible.
Allá queda.....
MARÍA.
¿Muerto? ¡Ah, cielos!
NUFLO.
Espera: ¿de qué te afliges?
Preso queda en una torre
Que con las nubes compite.
Apenas se fué Jacinto,
Cuando los villanos viles,
Armados de hierro y miedo,
Nos cercan y nos persiguen;
Pero el mancebo animoso
De suerte la espada esgrime,
Que de todos fácilmente
Pudiera presto eximirse.
Pero llegó la Duquesa,
Á quien, afable y humilde,
Se dió á prisión, que una lengua
De mujer es invencible.
Pienso que se fué á una torre,
Donde temo le castiguen
Con rigor, porque la causa
Apasionados la escriben.
Poned, señores, remedio;
Que yo temeroso vine
Á deciros solamente
Este suceso infelice.
JACINTO.
Perderé por él la vida.
MARÍA.
La noche lóbrega y triste
Me da lugar. Nuflo, ven;
Dos caballos apercibe
Y haz una escala de cuerda.
ANTÓN.
Como mujer procediste,
Para que, determinada,
Inconvenientes no mires.
NUFLO.
Yo voy al prado por ellos.

Vase.

MARÍA.
Tú, pues por él libre fuiste,
Á esta ocasión me acompaña.
JACINTO.
Voy ayudarte y servirle.

Vase.

MARÍA.
Toma un caballo y dineros.
ANTÓN.
Esta es locura increíble.
¿Dónde vas? Oye, María.
MARÍA.
¿Su peligro no os aflige?
No parecéis padre suyo.
ANTÓN.
Yo no quiero destruirme
Por un loco.
MARÍA.
Él es más cuerdo
Que vos: su valor lo dice.

Vase.

Salen Vicente, el escribano y guardas.

VICENTE.
Téngase con él cuidado;

Que ya la Duquesa está
Indignada.

GUARDA 1.°

El mozo está
Furioso y desatinado;
El diablo le puede hablar.

VICENTE.

Aunque más soberbio esté,
Yo sé que al sol le pondré
Para ejemplo del lugar.
Y el traidor que se escapó,
Él caerá muy presto al suelo;
Que en casa quedó el señuelo,
Liga que al fuerte venció.

ESCRIBANO.

La torre segura es,
Aunque de espaciosas salas.

VICENTE.

El temor sabe hacer alas
De las manos y los pies.
Ni aun sábanas le dejad
En la cama, porque puede
Bajar con ellas.

GUARDA 2.°

Excede
La mayor temeridad
Tan extraño pensamiento.

VICENTE.

Tanto deseo vengarme,
Que pienso que ha de faltarme
De las manos el contento.
Estén algunos en vela
Mientras que duermen los otros.

GUARDA 1.°

Dejad el cargo á nosotros
Si tal cuidado os desvela;
Y enviadnos qué beber.

VICENTE.

Con eso os quiero animar;
Que éste es malo de guardar,
Como secreto y mujer.

Vanse.

GUARDA 1.°

Él es valiente, ¡por Dios!

GUARDA 2.°

No le quitaron la espada.

GUARDA 1.°

Él se la tiene guardada.

GUARDA 2.°

Pues no estamos bien los dos.

GUARDA 1.°

Él dice que á la Duquesa
De su mano la ha de dar.

GUARDA 2.°

Sabed, Gil, que de guardar
Dinero á veces me pesa,
Cuanto más un mocetón
De cuya fuerza recelo
Que puede echar en el suelo
La torre de un mojicón.

GUARDA 1.°

Si va á decir la verdad,
De su nombre me acobardo,
Blas, y ¡por Dios! que le guardo
De muy mala voluntad.

En lo alto.

FERNANDO.

Sólo siento que llegase
La Duquesa en ocasión
Que mi cólera y razón
Su furia no ejecutase;
Mas tiempo tendré después,
Pues aquí mi espada está.

GUARDA 2.°

Más acertado será
Que nos vamos.

GUARDA 1.°

Verdad es.
Mira, por cuatro razones:
La primera, por dormir;
La segunda, porque he de ir
Á rezar mis devociones;
La tercera, veisle allí,
Que no es mucho que nos parta
Las cabezas, y es la cuarta,
La copra que dice ansí:
Madre, la mi madre, guardas me ponéis,
Que si yo no me guardo, mal me guardaréis.

FERNANDO.

¡Vive Dios!

GUARDA 2.°

¡Par Dios, que tira!
Vámonos á casa.

GUARDA 1.°

¡Corre!
De ladrillos de una torre,
Es cuerdo el que se retira.

Vanse.

Salen Jacinto, María y Nuflo.

JACINTO.

No parece por aquí
Ninguno.

FERNANDO.

Gente ha llegado
Por esta parte del prado.

MARÍA.

¿No es hombre el de arriba?

NUFLO.

Sí.

MARÍA.

Pues dejad; que una mujer
Puede llegarse mejor.
¡Ah de la torre! ¡Ah, señor!

JACINTO.

¿Si es él?

NUFLO.

Pues ¿quién ha de ser?

FERNANDO.

¿Quién llama?

MARÍA.

¿Sois vos, Fernando?

FERNANDO.

Yo soy.

MARÍA.

¡Buena dicha mía,
Porque mi mucha alegría
Vaya de nuevo aumentando!
Nuflo y Jacinto te esperan:
Dineros, postas, te ofrezco.
¡Huye!

FERNANDO.

En extremo agradezco
Que ansí acompañarme quieran.

JACINTO.

Esta escala por defuera
Recoge.

FERNANDO.

Ten: no me agrada;
Que conmigo tengo espada,
Que es mejor que la escalera.

MARÍA.

Siempre te quieres mostrar
Terrible.

FERNANDO.

No hace al caso:
Ésta hará seguro el paso,
Y ésa se puede quebrar.

Vase.

MARÍA.

Llega los caballos más
Porque se escape al momento.

JACINTO.

Llegarme á la puerta intento.

NUFLO.

Medrosa en extremo estás:
Calla, que yo estoy aquí.

MARÍA.

Es de madre el corazón.

Sale Fernando.

FERNANDO.

Poco importa mi prisión,
Pues que me guardan así.

MARÍA.

No quisiera detenerte;
Pártete á Flandes.

FERNANDO.

¿Á qué?
¿Á que allá el Duque me dé
Por mis delitos la muerte?

MARÍA.

Yo te aseguro la vida,
Que aunque ofendido le vieras,
Yo sé que perdón tuvieras;
Haz que mi temor se impida.
Adiós.

FERNANDO.

Pues que tú lo quieres,
En todo he de obedecerte.

MARÍA.

Yo espero en Dios que he de verte
Como hijo de quien eres.
Toma aquestos cien doblones
Que me dió el Duque, á ocasión
Que para librarte son.

FERNANDO.

Nueva obligación me pones:
Dale muchas encomiendas
Á mi padre.

MARÍA.

Bien está.
Tú se las darás allá
Cuando la verdad entiendas.

Vase.

JACINTO.

Vamos, aunque el alma queda
En el lugar.

FERNANDO.

Oye: intento
Hacer un atrevimiento
Que á los pasados exceda:
Esta es la casa de Elvira;
Contigo la has de llevar.

JACINTO.

Si me quieres obligar,
Fernando, mis ansias mira.

FERNANDO.

Como es verano, á la puerta
De la calle gente está.

JACINTO.

Ella sin duda será.

NUFLO.

Más borrasca se concierta.

FERNANDO.

Los caballos á la esquina
Ten á punto.

NUFLO.

Allí os espero.

Vicente, Elvira y gente.

VICENTE.

Pendiente le considero
En la plaza, de una encina,
Al fugitivo galán.

FERNANDO.

¿Quieres que le mate?

JACINTO.

Ten,
Que es su padre.

FERNANDO.

Dices bien;

Cintarazos llevarán.
No mires más que por ella.
Abrázala.

JACINTO.

Harélo así.

FERNANDO.

Alcalde, yo estoy aquí.

JACINTO.

No temáis, Elvira bella.

ELVIRA.

¿Quién es?

JACINTO.

Tu esposo soy.

VICENTE.

¡Hoy muero!

FERNANDO.

La voz reporte;
Que no le tiro de corte.

JACINTO.

Ven conmigo.

ELVIRA.

Alegre voy.

FERNANDO.

Pon al caballo la espuela.

VICENTE.

¡Muchacha, Elvira!

NUFLO.

Aquí va.

VICENTE.

¡Estos hombres hay acá!
Más mal hay en Aldegüela.....

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA.

Loado sea el Santísimo Sacramento.

JORNADA TERCERA

DE

EL ALDEGÜELA

PERSONAS

El Duque.
Fernando.
Jacinto.
Nuflo.
Antón.
Elvira.
María.
Soldados.
Cisneros.
Don Francisco de Bobadilla.

Salen Fernando, Jacinto, Nuflo y Elvira.

FERNANDO.
¡Gracias á Dios que cesó
El trabajo del camino!
NUFLO.
Es verdad; mas imagino
Que otro mayor comenzó;
Que de temor estoy lleno,
Pues á tierra hemos venido,
Que por las vegas he oído
Mucho relámpago y trueno.
JACINTO.
Para que descanse Elvira
Me alegra.
ELVIRA.
No hay con amor,
Ni cansancio ni temor;
Ningún peligro me admira.
FERNANDO.
Hay tanta gente, que ignoro
Dónde el Duque puede estar,
Donde vemos tremolar
Tantos estandartes de oro
Sobre tiendas de brocado
Que cercan esta ciudad.
ELVIRA.
De un soldado os informad,
Porque perdáis el cuidado.
NUFLO.
Éste parece español.
JACINTO.
Es del brío la excelencia
Tanta, que se diferencia
Como de estrellas el sol.

Cisneros sale.

CISNEROS.
Forasteros son.
FERNANDO.
Señor
Soldado, á quien ha venido
De España poco advertido,
El preguntar no es error.
¿Qué ciudad es la sitiada
Y dónde el Duque hallaremos,
Donde tantas tiendas vemos
Y lucida gente armada?
CISNEROS.
Para no errar, acertado
Es preguntar.
JACINTO.
Es verdad.
CISNEROS.
Escuchadme, pues.

FERNANDO.

Hablad.

NUFLO.

Á buen puerto hemos llegado.

CISNEROS.

Después de haber ilustrado
El Duque con tantos hechos
Su noble sangre, heredada
De sus heroicos abuelos;
Después que en Felís rompió,
Siendo en el número menos,
Más de la mitad nosotros,
Aunque más en el esfuerzo;
Después de haber impedido
Al de Orange sus intentos,
Y echarle de los estados
De Flandes, casi huyendo;
Á Mons de Nao, que es la plaza
Que aquí miráis puesto cerco,
Donde el conde Ludovico
Nos resiste tanto tiempo,
Para impedirle el socorro
Y porque falte el sustento,
Toda su gente divide
En abadías y cerros:
La montaña de Janepe
Es aquélla, donde ha hecho
De cuatro ángulos un fuerte,
Con dos piezas gruesas dentro,
Y por su guarda y amparo
Al bravo Julián Romero,
El más valiente español
Que ha nacido en nuestro tiempo.
La abadía de Espinlic
Ocupa Chapín Vitelo,
Mons de Nor, que es muy soldado,
De quien está satisfecho;
La abadía de Belián,
Don Rodrigo de Toledo,
Maese de campo, ocupa
Con la gente de su tercio;
Tiene en el Burgo de Nimi
Las trincheas, y por dueño
Don Francisco Bobadilla,
Animoso caballero.
En aquesta montañuela
De Beta y Mont, tiene el cuerpo
Del ejército, de adonde
Se ve todo descubierto.
En aquella hoya están
Nuestros caballos ligeros,
Y á la mano izquierda, en tropa
Los alemanes ha puesto.
El Duque está en Beta y Mont;
Y ese pabellón que vemos,
Donde las armas de España
Están tremolando al viento,
Es oriente de su alba,
Por donde nacer le vemos.
Más entre el arnés tranzado,
Que entre árboles cubierto,
Cantando le hacen salva,
En vez de pájaros bellos,
Ya las piezas de batir,
Ya mangas de arcabuceros.
Ha habido con los cercados
Á veces grandes reencuentros,
Hasta que les han servido
Tantas muertes de escarmiento.
Salió con nueve heridas
Don Rodrigo de Toledo,
De una escaramuza, donde
Mostró el valor de su pecho.
Chapín Vitelo también
Salió herido, y quedó muerto
Antonio Cerón Lumbreras
Y otros quince caballeros.
Mas acudió en su favor
El valeroso Romero,
De cuyas raras virtudes
Quedarán los libros llenos.
Los herejes hugonotes
El ánimo van perdiendo,
Viendo que ya no les queda
Ni socorro ni remedio.
Porque es tarde, viene el Duque
Los puestos reconociendo:
Llegad si os conoce, habladle,
Que es afable por extremo.

FERNANDO.

No sé qué siento en el alma
Todas las veces que veo
Al Duque.

JACINTO.

¿Como vasallo
Le quieres?

FERNANDO.

Mucho le quiero;
Más es que amor ordinario,
Porque entre el respeto y miedo
Me avisa la sangre fría
De lo mucho que le debo.

Salen el Duque de Alba, armado como le pintan, y D. Francisco de Bobadilla, y soldados con él.

Lee el Duque:

«Supuesto, Duque, que por servicios hechos á nuestra corona no pedís mercedes más que por los que hasta agora ese vuestro hijo nos ha hecho, os hacemos merced del priorato de Castilla, con que podáis honrar á vuestro hijo.—*Yo el Rey.*»

DUQUE.

¡Venturoso quien alcanza,
Oh gran Monarca, á servirte,
Pues pidiendo ó sin pedirte
El debido premio alcanza!
Servirte de nuevo espero,
Felipo, y acabe aquí
La vida, que ya por ti

Tan honrada considero.
Ya, Fernando, satisfecho
Estoy, pues al fin verán
Con una cruz de San Juan
Marcado el hidalgo pecho.

JACINTO.

Llega.

FERNANDO.

Está hablando entre sí
Y leyendo cartas.

NUFLO.

Quiero
Llegar.

FERNANDO.

Vente, majadero.

DUQUE.

¿Qué gente es la que está aquí?

FERNANDO.

Quien por servirte ha venido
Desde España adonde estoy.

DUQUE.

¿Es Fernando?

FERNANDO.

El mismo soy.

DUQUE.

Jamás tan severo he sido,
Pues no muestro el regocijo
Con otro extremo mayor;
Juzgue sólo mi valor
Quien sabe qué es tener hijo.
¿Que desgracia os ha traído?

FERNANDO.

La fuerza de mi deseo.

DUQUE.

Mientras este pliego leo,
Contadme qué ha sucedido.

Lee el Duque mientras habla Fernando.

FERNANDO.

¿Entenderáme?

CISNEROS.

Muy bien.

JACINTO.

Es excelencia en sus glorias.

Lee el Duque:

«Tras de daros de victorias
Tan grandes el parabién.....

FERNANDO.

Aunque mi señora, honrando
Mi persona como véis.....

Lee el Duque:

«Os ruego que castiguéis
Las locuras de Fernando.....

FERNANDO.

Me hizo su camarero,
Merced á quien soy bastante.....

Lee el Duque:

«Porque el villano arrogante,
Con humos de caballero.....

FERNANDO.

Deseaba de manera
Veros, señor, que jamás.....

Lee el Duque.

«No pudiera mandar más
Cuando vuestro hijo fuera.....

FERNANDO.

Tuve gusto, hasta que dió
Lugar el tiempo, testigo.....

Lee el Duque:

«Pues por librar á un amigo,
La justicia maltrató.....

FERNANDO.

De que me inclina á la guerra
Mi estrella: esto os prometo.....

Lee el Duque:

«La cárcel rompió, en efeto,
Y sacó á su amigo della.....

FERNANDO.

Y ya veo que no en balde
Tal inclinación me dió.....

Lee el Duque:

«Él huyó, en fin, y robó
Una hija del Alcalde.....

FERNANDO.

Ya mis deseos tendrán
La vida que imaginé.....

Lee el Duque:

«Para su amigo: yo sé,
Señor, que en Flandes están.....

FERNANDO.

Pues tanto bien se interesa,
Á vuestro lado perdida.

Lee el Duque:

Castigaldos, ¡por mi vida!
Vuestra esposa, la Duquesa.»

DUQUE.

En fin, ¿qué fué la ocasión
Desta venida, el deseo
De servirme? Ansí lo creo,
Y premiaros es razón;
Que lo merecéis, ¡por Dios!

FERNANDO.

Tu sombra estoy adorando.

DUQUE.

Mientras yo os premio, Fernando,

Leed esa carta vos;
Sospecho que habéis venido
Con Fernando.

JACINTO.

Sí, señor.

DUQUE.

Antes juzgo por valor
El delito referido;
Que por un amigo suele
Un noble perder la vida.
Aunque justicia me pida
La Duquesa, se consuele;
Que yo juzgo por nobleza
Lo que ella por osadía.
Aloje, ¡por vida mía!
Donde pide su belleza,
Á esta señora: y ¿sois vos
Su marido?

JACINTO.

Serlo espero.

DUQUE.

En pasando el sitio, quiero
Ser padrino de los dos.

FERNANDO.

¡Helado estoy de temor!
Tras de trabajos prolijos.....

DUQUE.

Travesuras de los hijos
Al padre aumentan amor.
Al fin, Fernando, venís
Por sagrado aquesta vez
Á la casa del jüez.
¿No respondéis? ¿Qué decís?

FERNANDO.

Bien sospeché que venía
Á la cárcel de mi error,
Pero engañóme, señor,
De mi madre la porfía,
Que me mandó que viniera,
Teniendo satisfacción
Que estaba cierto el perdón
Cuando ofendido os tuviera.
Esto es causa de mi daño,
Pues la venganza desea
Ya Vuestra Excelencia.

DUQUE.

¡Ea,
Que no fué mucho el engaño!
No mintió su confianza,
Que yo os perdono.

FERNANDO.

Los pies
Te beso.

DUQUE.

Forzosa es
En la guerra la mudanza
De vida.

FERNANDO.

Vuestra Excelencia
Verá la mudanza igual.

DUQUE.

Aquí, á cualquier oficial
Tened, Fernando, obediencia.
Obedecer y callar
Es fuerza; y darte querría
Ó bandera ó compañía;
Pero podránse quejar
Muchos valientes soldados
Que habiéndolo merecido,
Igual premio no han tenido.

ELVIRA.

Ya cesaron mis cuidados.

DUQUE.

Fuerza es que sirva primero:
Fernando, aunque estéis cansado,
Empezad á ser soldado.

FERNANDO.

Sirviendo, morir espero.

DUQUE.

Ponga de posta á Fernando
En Beta y Mont, ¡por mi vida!

DON FRANCISCO.

¿Cuándo?

DUQUE.

Á la prima rendida.

NUFLO.

Tu desdicha estoy llorando;
De posta te han de poner.

DUQUE.

Alójelos de su mano,
. . . . (1).
Siquiera por que es mujer,
Y regálelos.

DON FRANCISCO.

Ansí
Lo haré.

DUQUE.

Ya estoy aguardando
Que den armas á Fernando.

Sacan un arcabuz.

CISNEROS.

Los dos las tienen aquí.

DUQUE.

No tenéis de qué espantaros
Si os doy males que sentir,
Pues es mandaros servir
Tener gana de pagaros;
Porque aunque os tengo afición
Grande, premiaros espero
Sin que vos me deis primero
Para daros ocasión.
Y por remate os diré
Lo que á todos dice Dios:
Ayudaos, Fernando, vos,
Y luego os ayudaré.

DON FRANCISCO.

Vamos á reconocer
Porque en honrarlos entienda:

(1) Falta un verso.

Llevad á mi propia tienda
Á ese hidalgo y su mujer,
Y el señor sargento dé
Lecciones.

CISNEROS.
Ansí se hará.

DUQUE.
¡Ay, hijo! Cansado está,
Mas yo lo remediaré.

Vase.

FRANCISCO.
Vamos, señores.

JACINTO.
Querría
Esta noche acompañaros.

Vanse Jacinto y Elvira.

FERNANDO.
Yo iré, Jacinto, á buscaros
Luego que se muestre el día.

NUFLO.
Si te ha quedado dinero
Y alguno me quieres dar,
Escribe á nuestro lugar,
Que volverme á España quiero.

FERNANDO.
Pues ¿por qué?

NUFLO.
Tu daño siento:
Si después de tanta posta
A ti te ponen por posta,
Pondránme á mí de jumento.
Tu mala dicha condeno.

FERNANDO.
¿Lloras?

NUFLO.
¿Qué tengo de hacer,
Señor, si te espero ver
Con tu silla y con tu freno?
No quiera Dios que yo esté
Donde hay tal.

CISNEROS.
¡Gracioso caso!

NUFLO.
¡Posta tú, que sólo un paso
No sabes andar á pie!

FERNANDO.
Aunque de posta le dan
El nombre, ¿qué te desvela?
Que es lo mismo que ser vela.

NUFLO.
Peor, que te quemarán.

FERNANDO.
Es vela tener cuidado
Y guardar, en conclusión,
El campo.

NUFLO.
¿Las velas son
Mastines deste ganado?

CISNEROS.
Desta manera ha de estar
La cuerda, y cebar ansí,
Y calarla desde aquí,
Y sobre el hombro afirmar
La coz, dar fuego y volver
El arcabuz deste modo.

FERNANDO.
Bien; á todo me acomodo.

CISNEROS.
Poco estudio ha menester
Quien tiene buen natural.

FERNANDO.
¿No es esto?

CISNEROS.
Sí, con más brío:
¡Buen soldado, yo le fío!
¿Y vos?

FERNANDO.
Es un animal,
No hay que hacer cuenta de él.

CISNEROS.
En este propio lugar,
De posta habéis de quedar.

NUFLO.
Un sueño tengo cruel:
¿Dónde alojarme se inclina?

CISNEROS.
Al cuerpo de guardia iréis,
Y allí os acomodaréis;
Que no faltará fagina.

NUFLO.
¿Qué cosa es fagina?

CISNEROS.
Ramas
Que nos sirven de colchones.

NUFLO.
Luego ¿no hay aquí mesones
Adonde se alquilan camas?

CISNEROS.
No os harán poca merced
Si os dan la cama que ofrezco.

NUFLO.
¿No digo yo? ¡Aquí perezco!

CISNEROS.
Aquí os quedad; y sabed
Que si yo, que os pongo aquí,
Sin el nombre que he de dar
Quiero esta raya pasar,
Habéis de matarme á mí,
Y al Duque, aunque claramente
Sepáis que es él.

FERNANDO.
Ya lo sé;
Que á la guerra me incliné,
Aunque entre rústica gente;
Y de libros que leí
Y soldados que he hablado,
Supe lo que es ser soldado.

CISNEROS.
Pues quedaos, Fernando, aquí.

FERNANDO.
¿El nombre?
CISNEROS.
San Diego.
FERNANDO.
Bien.
CISNEROS.
Aquí estaréis hasta el día.
NUFLO.
¡Oh, qué linda bobería!
Vente tú á dormir también,
Mira que estás del camino
Cansado.
FERNANDO.
¡Calla, grosero!
CISNEROS.
Este es el cuarto postrero
Y el más cansado imagino.
NUFLO.
Todo es engaño y malicia:
Muy poco me satisfacen:
Cuartos á la noche hacen.
¡Oh, qué graciosa justicia!
CISNEROS.
Proceded como español
Y honrado.
NUFLO.
¡Gracioso estilo!
Señor, vela sin pabilo,
Dios le alumbre con el sol.

Vanse los dos.

FERNANDO.
Tras de tan largo camino,
Quedar de posta es rigor;
Mas del Duque mi señor
El pensamiento adivino;
Él quiere honrarme, y procura
Tener con esto ocasión:
Sueño, no será razón
Que me impidáis la ventura.
Tiempo habrá para dormir,
Dejadme agora velar;
Ahora acabo de notar
Qué debieron de sentir
Los que á tormento de sueño
Solían ser condenados,
Pues en mis ojos turbados
El propio martirio enseño.
Mas venzan leyes honradas
Esta duda entre los dos;
Si me duermo, ¡vive Dios
Que me dé de puñaladas!
La sangre tengo ligera,
Ya podré libre velar;
Pocos han visto quitar
El sueño desta manera.

El Duque con capote de paño y una montera.

DUQUE.
No anduve cuerdo en dejalle;
Que aunque honralle es mi intención,
Si se duerme, es ocasión
Forzosa de deshonralle;
Y un mozo poco enseñado,
Bien puede haberse dormido,
Que por fuerza habrá venido
De tantas leguas cansado;
Mas sin duda es el que está
Paseándose: yo quiero
Ver lo que hace primero.
FERNANDO.
Un hombre viene. ¿Quién va?
DUQUE.
Amigos.
FERNANDO.
Que no hay amigos.
¡El nombre!
DUQUE.
El Duque.
FERNANDO.
Es ansí;
En la voz le conocí.
Todos son mis enemigos
Sin el nombre que se junta:
Considere que no sé
De aquesto, y le volaré
Á la tercera pregunta.
DUQUE.
Y tiene traza de hacello,
Que es mozo determinado.
San Diego. ¡Ah, señor soldado,
Ya lleva principios dello!
¿Ya no se conoce aquí
Al amo? ¡Buena amistad!
FERNANDO.
Certifico que es verdad
Que al momento os conocí;
Pero pienso que es forzoso
Hacer esto.
DUQUE.
Bien está.
Pues, Fernando, ¿cómo va?
Cansado, pero animoso.
FERNANDO.
Sí, señor.
DUQUE.
La novedad
Os alterará el sentido.
¿Cuánto va que estáis rendido
De sueño?
FERNANDO.
¡Señor!
DUQUE.
Verdad:
No hay cumplimientos conmigo;
Que viniendo en traje igual,
No hablo como general,
Mas pregunto como amigo.
FERNANDO.
Nunca á mi amigo negué
La verdad: dormido estoy;

Pero mi palabra os doy
Que el alma me sacaré
Con esta daga primero
Que duerma.

DUQUE.

Menos rigor.
Dormid, Fernando.

FERNANDO.

¡Señor!

DUQUE.

No repliquéis; esto quiero.
Yo os puse aquí con intento
De veniros á buscar;
Que ansí quiero asegurar
En vos el merecimiento.
El trabajo de los dos
Os ha de dar honra aquí.

Toma el arcabuz el Duque.

Esto es fácil para mí,
Y difícil para vos.
Tal vez el mejor soldado
Suele quedarse dormido,
Cuanto más quien ha venido
De tal camino cansado.
Dormid seguro hasta el día,
Mirad que me enojaré
Si no lo hacéis.

FERNANDO.

No podré
Yo

DUQUE.

¡Callad, por vida mía!

FERNANDO.

Obedeceros es ley.

DUQUE.

Lo menos que he hecho ha sido;

Échase á dormir Fernando.

Que para vos he servido
Más de veinte años al Rey.
¡Qué tarde, mal y nunca amor perfeto
Puede olvidarse, aunque la edad, cobrando
El feudo de la vida, vaya dando
Canas, que nunca cubre el que es discreto!
Esta es la causa de tan raro efeto
Pues hecho un Argos os estoy guardando;
Milagros son de amor, hijo Fernando,
Y mayores portentos os prometo.
Presto un hijo tendréis, bella María,
Á quien ciña la cruz del Patrón santo,
Divina voz de Dios, que su sol guía;
Que si la guerra no le causa espanto,
El Alba que le vela anuncia el día,
Y tanto os honre quien os quiso tanto.

Salen D. Francisco de Bobadilla y Cisneros y otros soldados, de ronda.

DON FRANCISCO.

¿No es éste el puesto donde está el bisoño?

CISNEROS.

Éste es, y él es aquél que está parado.

DUQUE.

Esta es la ronda. ¡Ténganse! ¿Qué gente?

DON FRANCISCO.

Amigos.

DUQUE.

No hay amigos: diga el nombre.

CISNEROS.

La ronda.

DUQUE.

¡Buena flema! Ya me enfado.

DON FRANCISCO.

¡Vive Dios, que ha de ser muy buen soldado!

DUQUE.

¡Disparo!

DON FRANCISCO.

¡Ten! San Diego.

DUQUE.

Eso me agrada.

CISNEROS.

¡Vive Dios, que ha de ser mi camarada!
¡Par Dios, que parecéis soldado viejo!

DUQUE.

Y como que lo soy.

DON FRANCISCO.

Yo diré al Duque
Que os honre como es justo; y me holgara
Que viniera de ronda como suele;
Mas yo se lo diré.

DUQUE.

¿Vueseñoría
Me hará merced?

DON FRANCISCO.

Haré, ¡por vida mía!

DUQUE.

Gustaré que entienda Su Excelencia
Que deseo acertar.

CISNEROS.

Tened paciencia.
Luego vuelvo á mudaros.

SOLDADO.

Buen amigo,
Advierta vuesarced que es de mi escuadra.

DUQUE.

¿Es cabo vuesarced?

SOLDADO.

Y aun acabado.

DUQUE.

¿De qué?

SOLDADO.

De la paciencia y del vestido.
¿Quiere que le prevenga cualquier cosa
Para almorzar, que á fe del amo, osa
De ser por esta vez su despensero?

DUQUE.

Pues compre de almorzar.

SOLDADO.

¿Con qué dinero?

DUQUE.

¿Helo de gastar yo?

SOLDADO.

Si le parece.

DUQUE.

Algo le quiero dar porque se vaya:
Tome un doblón.

SOLDADO.

Doblados años vivas
Que Adán y sus parientes; y mis ojos
Te vean general.

DUQUE.

Ya lo habéis visto.

SOLDADO.

Boquirrubio es el nuevo, ¡vive Cristo!

Vanse.

DUQUE.

¡Ellos se van, y yo pensando quedo
Cómo acabar aqueste cerco puedo!
El de Orange procura con ayuda
Meter socorro en Mons, y antes que llegue,
Pues munición les falta á los soldados,
Pienso embestir al muro á pica vista;
Con el sol he de hacer que el fuerte embista
Mons de Nor, Quermes y Julián Romero.
Pienso que es hora; despertarle quiero.
Fernando.....

FERNANDO.

Mi señor.....

DUQUE.

Ya me parece
Que es bien que yo me vaya; que el sargento
Vendrá luego á mudaros; ya ha pasado
La ronda; responded como prudente
Á lo que os digan.

FERNANDO.

¿Cómo he de pagaros
Tantas mercedes?

DUQUE.

Más pretendo honraros.
Id luego á hablarme, porque importa mucho:
Con el amor y el sufrimiento lucho.

Vase.

FERNANDO.

No acabo de imaginar
En qué ocasión he obligado
Al Duque, que tal cuidado
Muestra aquí, y en mi lugar
Á mi abuelo enriqueció
Siendo un pobre molinero.
Mas ¿qué es lo que considero?
Alguna estrella inclinó,
Que es influencia divina,
Á que le quisiese bien,
Como á mí, agora también,
Á que le sirva me anima.

Salen Nuflo, Jacinto y Cisneros.

JACINTO.

¡Gracias á Dios que te veo!
Cien años me ha parecido
Esta noche.

NUFLO.

Yo he dormido
Como un lirón.

CISNEROS.

Ya deseo
Que os honre el Duque, que es justo.
¡Buenos principios lleváis!

JACINTO.

Cuando los fines veáis,
Tendréis de honrarle más gusto.

CISNEROS.

Id, Fernando, á descansar.

NUFLO.

Con mil comezones quedo.

JACINTO.

Vamos.

FERNANDO.

Jacinto, no puedo;
Que al Duque me importa hablar.

JACINTO.

Vamos, pues, y le hablarás.

NUFLO.

Quien á la guerra se inclina,
Donde duermen en fagina
No temerá á Barrabás.

Vanse.

Tocan al arma. Salen el Duque, D. Francisco de Bobadilla y soldados.

DUQUE.

Hoy, españoles, espero
Ver los altos edificios
De Mons humildes por tierra
Asolados y rendidos.
No es justo que tanto tiempo
Tenga el conde Ludovico
Amparo donde se ponga
Á las armas de Filipo.
A escala vista acometan,
Pues ya los celestes vidrios,
Entre arreboles de nácar
Dan al sol recién nacido.
Julián Romero embista,
Dando de quién es indicios,
Que en hábito de Romero
Es de todos conocido.
Chapín Vitelo acompañe
Al español, y del sitio
De Belián baje á campaña
El valiente don Rodrigo.
Del Burgo saque la gente
Que tuviere, don Francisco,
Y de tropas alemanas,
De caballos guarnecido
Quede Nimi y las trincheras;
Que yo en retaguardia sigo
Con todo el resto del campo.
Dése de mi intento aviso,

Y los caballos ligeros
Que en la hoya están metidos,
Guarnezcan á Beta y Mont.

Salen Jacinto, Fernando y Nuflo.

NUFLO.
¿No te da miedo el rüido?
FERNANDO.
Antes me provoca y llama.
NUFLO.
Pues ¡vive Dios, que me cisco!
Estos panderos que tocan
Me atormentan los oídos.
FERNANDO.
¡Qué bien parecen las armas,
En cuyos aceros limpios
Brilla el sol!
JACINTO.
Y las banderas
Con tornasolados visos.
¡Aquí está el Duque!
FERNANDO.
Á saber
Lo que mandas he venido.
DON FRANCISCO.
Ha de ser muy buen soldado;
Que tiene honrados principios.
DUQUE.
¿Halo hecho bien?
DON FRANCISCO.
Muy bien.
DUQUE.
Son, al fin, vasallos míos.
Hablaros aparte quiero.
FERNANDO.
Mi confusión multiplico.
DON FRANCISCO.
Yo voy á hacer lo que mandas.

Vase.

NUFLO.
Retirémonos, Jacinto,
Siquiera por cinco leguas,
Y tengan por diez las cinco.

Vanse.

FERNANDO.
¿Qué es lo que mandas, señor,
Que en trance tan peregrino,
Cuando te espera la gente,
Solo te apartas conmigo?
Si con la vida y la sangre,
Excelso Duque, te sirvo,
Manda que mis venas rompa
Amoroso sacrificio.
DUQUE.
Agora es tiempo, Fernando,
Que del error escondido,
De amor el fruto dichoso
Dé de su valor indicios.
No sin misterio os aparto,
Y no es bien que sea prolijo
En ocasión que me esperan
Mil soldados atrevidos.
¿Quién pensáis que sois, Fernando?
FERNANDO.
Un vasallo vuestro, indigno,
Señor, de nombre tan noble.
DUQUE.
Pues no sois sino mi hijo.
No os alteréis, escuchadme;
Que en aquel pobre molino,
Amor molió pensamientos
Con engañoso artificio.
Amores de vuestra madre,
No del abuelo servicios,
Me obligaron que hiciese
A su viejo padre rico.
Yo corté la flor más bella
Que los Abriles han visto,
Maravillas de los campos
Á las márgenes del río.
Caséla, porque no fuese
Su deshonor conocido,
Á pesar de mis deseos
Y á costa de mis suspiros.
Preñada de vos estaba,
Aunque los años prolijos
Nevaron en mi cabello
Sus copos de nieve fríos.
Jamás el amor helaron,
Que fué carácter escrito
En mi alma, donde apenas
Tuvo lugar el olvido.
La primera vez que os vi
Fué en el Barco, y mis suspiros,
Profetas, me daban señas
De la sangre que en vos cifro.
Determinéme á poneros
En el lugar merecido
De un hijo del Duque de Alba,
Natural y tan querido.
Pero yo no puedo honraros,
Aunque vuestro honor estimo,
Si no dais muestras primero
De ser de mi sangre digno.
Por eso, hijo Fernando,
En ocasión os lo digo
Que veis plantar las escalas
A los muros enemigos.
Trance es para ganar honra
Ó morir; que os certifico
Que es mejor honroso entierro
Que quedar sin honra vivo.
Si no os halláis con aceros
Del parecer hijo mío,
Rompiendo dificultades
Y embistiendo á los peligros,
Dando muestra de la sangre

Aldeana, os notifico
Que á nadie digáis jamás
El suceso referido,
Ó, ¡por la vida del Rey,
Que viva por largos siglos,
Que os haga matar, Fernando,
Dando á mi cuidado alivio!
Mas si imitáis vuestro padre,
Para agora son los bríos
Por vuestro Rey y por Dios,
No con villanos rendidos.
Ya la trompeta me llama;
Con bendición os envío;
Yo haré como vuestro padre,
Haced vos como mi hijo.

Vase.

FERNANDO.
¿Es posible lo que escucho?
¿Si me engañan los oídos?
Mas no, que mis pensamientos,
Pronósticos desto han sido.
¡Yo hijo del Duque de Alba!
Si hasta agora fuí atrevido,
Por saber cúyo hijo soy,
Á ser mucho más me obligo.
¿No derribaba en el campo
Al más celoso novillo?
¿No embestí á un lugar entero
De villanos vengativos?
¿No embestiré á una muralla
Que ya por varios portillos
Me promete paso honroso?
¡Ea, pensamientos míos,
La ocasión está en la mano!

Salen Jacinto y Nuflo.

JACINTO.
Tente: ¿dónde vas?

FERNANDO.
Jacinto,
Quédate y guarda tu esposa
Mientras la muralla embisto.

JACINTO.
¿Cómo quedarme? Camina,
Fernando, que yo te sigo.

NUFLO.
¿Qué es esto, Dios? ¿Estáis locos?
¿No os espanta tantos tiros?

FERNANDO.
Ya no hay cosa que me espante;
Que si hasta aquí no he temido,
Siendo estrella de tal alba,
Seguro me determino

Vanse.

NUFLO.
Vayan con Dios vuesarcedes;
Que yo, pecador indigno,
Mucho errado y culpado,
Poco á poco me retiro.

Vase.

El Duque, D. Francisco, Cisneros y soldados.

Dentro:

¡Cierra España, Santiago!

DUQUE.
¡Caiga el soberbio edificio
Que á emulación de los tiempos
Sobre las nubes se ha visto!

DON FRANCISCO.
Ya embiste Julián Romero,
Y ya en diferentes sitios
Planta escalas.

Dentro:

¡Cierra España!

DUQUE.
Ya corona el enemigo
De soldados las murallas,
Ya socorre don Rodrigo
De Toledo.

DON FRANCISCO.
La defensa
Es grande.

DUQUE.
Con todo, fío
Que hoy ha de ser nuestro Mons.

DON FRANCISCO.
Muy pocos, aunque atrevidos,
Probar la subida intentan.

DUQUE.
Animarlos determino;
Mas ¿quién es aquel soldado,
De tan excelentes bríos,
Que con sola una rodela
Á la escala ha acometido
Del revellín?

CISNEROS.
Tu criado
Fernando.

DUQUE.
¡Ay, cielo divino!
Ya me pesa; no me pesa:
Muera ó viva noble y rico.

DON FRANCISCO.
Á pesar de la defensa,
Á las almenas asido,
Procura entrar.

DUQUE.
Esto basta
Para nombrarte por mío.

CISNEROS.
Ya está dentro, y en la cerca
Se defiende, aunque herido.

DUQUE.
¡Españoles, socorrelde;

Socorrelde, que es mi hijo!
¡Ah, bravo Julián Romero!
¡Socorro!

CISNÉROS.

¿Qué es lo que oímos?
¡Hijo tuyo! ¡Cierra España!

DON FRANCISCO.

¡Oh suceso jamás visto!

DUQUE.

Ya subió Julián Romero.

DON FRANCISCO.

¿Que es vuestro?

DUQUE.

Sí, don Francisco;
Que aunque agora me veis viejo,
Cierto está que mozo he sido.

DON FRANCISCO.

Otro soldado subió.

DUQUE.

Y ya suben infinitos.

Dentro:

FERNANDO.

¡Victoria, España!

DON FRANCISCO.

Ya planta
Las armas del gran Filipo,
Fernando en el baluarte.

DUQUE.

Ya desde aquí te bendigo,
Mitad de mi corazón;
Que te guarde el cielo pido.

DON FRANCISCO.

Tus lágrimas amorosas
Dan de tu contento indicio.

DUQUE.

Á nadie digáis que lloro
Hasta que tengáis un hijo.

Salen María y Antón, de peregrinos.

ANTÓN.

Á osadas, ¿que no habrá hecho
Aquí lo que allá hacía?
Que en Flandes la valentía
Solamente es de provecho;
Que allá nos ha destruído,
Pues nos trae desta manera.

MARÍA.

Verle mi deseo espera
Del Duque honrado y querido.
Él nos mandará volver
La hacienda que nos quitó
La Duquesa.

ANTÓN.

Al fin vengó
Su enojo como mujer.
Porfiastes en libralle,
Supo que la causa fuistes
De que huyese, y le distes
Dineros para envialle
En salvo. Y ¡que pague yo
Vuestro amor desatinado!
¡Después de viejo y cansado,
Este bien se me guardó!
Déle Dios hijos á quien
Los desea.

MARÍA.

¿Qué os quejáis?
Si pobre y viejo os halláis,
¿No lo vengo yo también?
Pero dénos vida Dios;
Que yo sé que volveremos
Adonde en paz viviremos
En nuestra patria los dos;
Que el Duque nos volverá
Lo que quitó la Duquesa.

ANTÓN.

Yo veré el fin desta empresa
Al fin, que seguro está.
¿Que el Duque le ha de volver?
¿Hay tan brava confianza?

MARÍA.

Siempre de un señor se alcanza,
De tan noble proceder,
Justicia, y esto lo es.

ANTÓN.

Vos me tenéis espantado.

MARÍA.

¿Cuánto va que no has llegado,
Antón, á besar sus pies,
Cuando nos vuelve la hacienda?

ANTÓN.

Ahora yo quiero callar:
Dicen que en este lugar
Está; vamos á su tienda;
Mas parece que las van
Quitando.

MARÍA.

¿Qué puede ser?

Jacinto, Elvira y Nuflo.

JACINTO.

Ven, esposa amada, á ver
Qué honroso nombre le dan.

ELVIRA.

¿Que subiste en la muralla
El tercero?

JACINTO.

La amistad
Animó mi cortedad.

NUFLO.

Pues alguno escucha y calla,
Que pudiera haber subido
Antes que todos, si.....

JACINTO.

¿Qué?

NUFLO.

Si me dejaran.

MARÍA.

Yo sé

Que á buen tiempo hemos venido:
Jacinto y Nuflo, ¿no son
Los que vemos?

ANTÓN.

Llega presto.

JACINTO.

¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?

MARÍA.

Fuerza de una sinrazón.

ANTÓN.

Pobres, á buscar venimos
Á Fernando, pues por él,
De la Duquesa cruel
Con tal rigor presos fuimos,
Que, tras quitarnos la hacienda,
Desterrados nos envía.

JACINTO.

Oidme atenta, María,
Sin que Antón dello se ofenda.
Ya confiesa el Duque de Alba
Que en vuestra niñez florida,
Antes de tener esposo,
Doncella hermosa y linda,
Fué vuestro primer amante,
De cuyas tiernas caricias
Gozó en un molino pobre
Prendas de su amor tan ricas.
El fruto de aqueste amor
Fué Fernando, á quien estima
Por hijo, que tales hechos,
Ha confesado, lo animan,
Hoy que dieron escalada
A Mons, que se defendía
Largo tiempo, el joven noble
Mostró la encubierta mina
Del oro de su valor;
Que entre arcabuces y picas
Puso el pie entre los muros,
Sin que el contrario le impida.
Por él se ganó, en efecto,
Y la victoria apellida,
Y entrando el Duque triunfante
En la ciudad enemiga,
Dió los brazos á Fernando,
Con lágrimas y alegría,
Diciendo: «Mi hijo sois,
Vuestro valor lo publica;
Yo me alegro de tener
Un hijo que tan bien sirva
Á su Rey, que tan buen premio
Adelantado le envía.
Márqueos el valiente pecho
La cruz del santo Baptista,
Y gozad desde hoy el nombre
De Gran Prior de Castilla.»
Dijo, y apretóle él propio
Una pequeña herida
En la cabeza, y Fernando
Le escuchaba de rodillas.
Besóle la heroica mano,
Y fueron á una capilla,
Adonde el hábito honroso
Tan dignamente reciba.
El gran prior don Fernando
Le llaman desde este día,
Y saldrá en público luego,
En acabando la misa.
Ved si fué bien empleada,
Aunque el cansancio os aflija,
Por ver ventura tan grande,
Una pequeña desdicha.

MARÍA.

¡Qué dichosas nuevas, cielos!

ANTÓN.

¡Apenas se determina
El alma! ¡Corrido estoy,
Mas no es justo que lo diga!
¡No reconozca su afrenta
Quien vengarla no imagina;
Que quien confiesa el agravio,
Á la venganza se obliga!
Si antes que fuese mi esposa
Entregó su honor María,
No me tocó la deshonra,
Necias mis quejas serían.
No he hallado culpa en ella
Desde el punto que fué mía,
Aunque ciego, como amante,
No vi faltas escondidas.
Lo mejor es no apurallo.
¡Oh, qué bien que me decían:
«Más mal hay en la Aldegüela»,
Aunque yo no lo entendía!

ELVIRA.

¿Qué tropel de gente es éste?

JACINTO.

¿Será el Duque?

MARÍA.

¿Qué imaginas?

ANTÓN.

Nada.

MARÍA.

Asegúrate, Antón.

NUFLO.

Si acaso se maravilla
De la boda decentada,
Sepa que hay en esta vida
Pocas doncellas flamantes,
Porque las más son traídas.

JACINTO.

Vuestro hijo viene aquí.

MARÍA.

Llamaréle señoría;
Pero ternezas de madre
No han menester cortesías.

Tocan atabalillos.

Salgan todos los soldados que puedan, D. Francisco, Cisneros, D. Fernando, con la gran cruz de San Juan y un manto, y detrás el Duque.

DUQUE.

Desde hoy, prior don Fernando,

Gozad por prolijos días
El honor que os habéis dado
Con tan valiente osadía.

FERNANDO.

Para morir á tu lado
Quiero tan honrada insignia.

DON FRANCISCO.

Vueseñoría nos dé
Sus brazos.

NUFLO.

¿Hay mayor dicha?

MARÍA.

¡Ay, Jacinto, no me atrevo!

JACINTO.

Tu mucho amor, ¿no te anima?

MARÍA.

Señor prior don Fernando,
Que os dé Dios muy larga vida,
¿Sabréisme decir, acaso,
De un hijo que yo tenía?
Si queréis que os dé las señas,
Yo sé que son conocidas.

FERNANDO.

El hijo que vos buscáis,
Sabreos decir, peregrina,
Que es hijo del Duque de Alba
Y Gran Prior de Castilla;
Pero no niega que es vuestro,
Y ansí, puesto de rodillas,
Os pide la bendición.

MARÍA.

¡Todo el cielo te bendiga,
Hijo!

FERNANDO.

¡Madre de mi alma!

DUQUE.

¿Á qué fué vuestra venida?
Dadme los brazos.

ANTÓN.

Señor,
Vuestra esposa, vengativa,
Porque su madre á Fernando
Libró, la hacienda nos quita,
Y ansí, á vuestros pies echados,
Os suplicamos se sirva
Vuestra clemencia de hacer
Que se nos vuelva.

DUQUE.

A eso obliga,
Tras el amor que yo os tengo,
La fuerza de la justicia;
Luego haré que se vuelva,
Y estimad mucho á María;
Que tenéis honrada esposa,
¡Por vida del Rey!

ANTÓN.

Que mida
Tus pies con mi boca deja.

FERNANDO.

El casamiento de Elvira
Es bien que se haga luego,
Y Vuestra Excelencia escriba
Á su padre, que á su amor
Los vuelva y que los admita.

DUQUE.

Harélo ansí.

JACINTO.

Tus pies beso.

DUQUE.

Desde aquí volverá rica
Vuestra madre; y vos, soldado,
Llevaréis la merecida
Paga de vuestro valor.

NUFLO.

Ya mis servicios se olvidan.

FERNANDO.

Pues en mi servicio quedas,
De mi mucho amor confía.

NUFLO.

No permitas, si es posible,
Que otra vez duerma en fagina.

DUQUE.

Aquí da fin *La Aldegüela*
Y el Gran Prior de Castilla,
Que fué Maese de campo,
De tal padre rama invicta.

FIN DE LA TERCERA JORNADA DEL ALDEGÜELA.

Acabóse en 6 de Mayo de 1623 años.
Trasladóla Martín Navarro, en Toledo, el mismo día, mes y año.

Loado sea el Santísimo Sacramento.



EL VALOR DE MALTA

(INÉDITA)

EL VALOR DE MALTA

(INÉDITA)

FIGURAS

SULTANA, *hija del Gran Turco.*
MUSTAFÁ.
DON DIEGO DE GUZMÁN.
EL GRAN TURCO SOLIMÁN.
DRAGUT ARRÁEZ.
MAHOMAT.
PIALÍ.
EL MAESTRE.
DON ANTONIO COLONA.
DON JUAN BARRIENTOS.
DON FERNANDO RODRÍGUEZ.
DON NUÑO DE PAZ.
DON GARCÍA DE TOLEDO.
LUIS PONCE, *cautivo.*
EL BAILÍO DE NIGROPONTE.
CELINDA.
NUESTRA SEÑORA.
DON ÁLVARO DE SANDE.
DON PEDRO, *piloto.*
FRAY JUAN.

JORNADA PRIMERA.

Salen Sultana y Mustafá.

SULTANA.

En fin, Mustafá, ¿han llegado
Nuestras galeras?

MUSTAFÁ.

Están.

SULTANA.

¿Qué empresas han acabado?

MUSTAFÁ.

De algunas, un capitán
Larga relación me ha dado;
En particular han hecho
Las mías daño en aquellos
Que traen la cruz blanca al pecho.

SULTANA.

¿Prendieron algunos dellos?

MUSTAFÁ.

Uno, y de mucho provecho.
En el siciliano mar
Se prendió una carabela
Tan diestra en el pelear,
Que á no romperle la vela
No la pudieran tomar.
Á vista de Berbería
Se divisó este pataje;
Dispárase artillería,
Y el cruzado es de linaje
Y de honrada valentía;
Pero por servirte á ti
Procuré que se prendiese:
Con muchos le acometí;
Mas antes que se me diese,
Algunos turcos perdí.
En Constantinopla está,
Y así, si le deseas ver,
Presto contigo estará:
Lo que mandares hacer,
Eso del maltés se hará.
Ya te he dicho que es cruzado
Y no de poco valor,
Y aunque enemigo, es honrado,
De los buenos, el mejor
Que trae el Maestre al lado;
Y por capitán venía
Éste, de aquellos que en Malta
Sustentan la hidalguía.

SULTANA.
¿Es eso cierto?
MUSTAFÁ.
Es sin falta.
SULTANA.
¿Prendístele?
MUSTAFÁ.
En medio día.
SULTANA.
¿Qué es dél?
MUSTAFÁ.
Sabiendo la gana
Que has tantos años tenido,
Hermosísima Sultana,
De un cruzado, le he traído.
SULTANA.
¡Qué bien el gusto me gana,
Gran Mustafá, tu cuidado!
Entre á verme.
MUSTAFÁ.
¿Luego ó cuándo?
SULTANA.
Luego.
MUSTAFÁ.
Viene maltratado;
Que es costumbre, peleando,
Despojar al más honrado.
Holgárame que le vieras
Luego como le prendí
Y le metí en mis galeras;
Vieras lo que digo aquí
Si era verdad ó quimeras;
Pero verás un buen talle,
Un buen término, una espada
Que no es posible se halle
Otra alguna más honrada.
SULTANA.
Mustafá, manda llamalle;
Entre, que yo le deseo.
MUSTAFÁ.
Entre ese esclavo maltés.

Sale D. Diego de Guzmán, cautivo.

GUZMÁN.
Tal estoy y tal me veo,
Que aun de vergüenza los pies
En besallos no me empleo.

Va á besarle los pies y no le deja.

SULTANA.
Levanta. ¿A dó vas?
GUZMÁN.
Bien voy.
SULTANA.
Tu presencia me aficiona.
¿Eres Guzmán?
GUZMÁN.
Ya no soy;
Que este traje me abaldona.
SULTANA.
¿Sabes dónde estás?
GUZMÁN.
Estoy
Con hija de Solimán,
Que creo llaman Sultana.
SULTANA.
¡Hermoso talle y galán!
Levanta.
GUZMÁN.
¡Nobleza humana!
SULTANA.
Haz lo que mando, Guzmán.

Levántase.

GUZMÁN.
¡Grande obligación me pones,
Que en algo alivias mi pena!
SULTANA.
No se le pongan prisiones,
Ande libre, sin cadena.
GUZMÁN.
¡Ya crecen obligaciones!
SULTANA.
Mustafá, hazle vestir
Del modo que le prendiste.
GUZMÁN.
¿Vuélvesme á restituir
Mi libertad?
SULTANA.
¿Qué perdiste?
GUZMÁN.
Nada puedo ya decir;
Que á quien con esta franqueza
Me vuelve el hábito honroso,
Podré decir con certeza
Que estará el mundo envidioso
De tan heroica nobleza.
Mira que te pesará,
Y si ya libre me ves,
Ninguno me humillará,
Porque pundonor maltés
Cree que no me dejará.
De cautivo, serviré,
Hallarásme así obediente;
Pero después no podré,
Que me volverá á valiente
La encomienda de la fe;
Y si el hábito me dieres,
Disculpa al hábito honrado
Si nuevo valor me vieres,
Y á tu gusto mal mirado.
SULTANA.
Sufriréte si lo fueres.
Mustafá, vete con él;
Tráele como le prendiste.
MUSTAFÁ.
Serviréte como fiel.

SULTANA.
Ya que á mi poder viniste,
Guzmán, no seré cruel.

Vanse Mustafá y Guzmán, y prosigue Sultana:

¡Qué hermoso que es el cristiano!
Él es cruzado y maltés.
¡Por Mahoma soberano,
Que cuando pidió los pies
Le diera mejor la mano!
¡Qué famoso talle y brío
Y qué agradable á mis ojos!
Dalle algún gusto confío;
Repararé sus enojos
Si él se aplica al gusto mío,
Que, libre mi voluntad,
Le..... (1) de tal manera,
Que humille mi gravedad.
¿Quién entra?

Hace que se va.

Sale el Gran Turco.

SOLIMÁN.
Sultana, espera.
SULTANA.
¿Dó va Vuestra Majestad?

Humíllase.

SOLIMÁN.
Hija mía, entro en consejo
De guerra. Levántate.
SULTANA.
¿Qué hay de nuevo?
SOLIMÁN.
Á punto dejo
Tu venganza y gusto.
SULTANA.
¿En qué?
SOLIMÁN.
En la guerra que aparejo.
Mucho ha que me has pedido
Que á tu criada liberte,
Que malteses han prendido.
Envío á Malta.
SULTANA.
Desa suerte
Tendré lo que he pretendido.
SOLIMÁN.
Con ciento y cincuenta velas
Contra los de Malta envío.
SULTANA.
Grandemente me consuelas.
SOLIMÁN.
Tu negocio haré y el mío.
SULTANA.
Por mi gusto te desvelas.
¿Partes luego?
SOLIMÁN.
A efectuallo
Voy á consejo de guerra,
Donde he mandado trazallo.
SULTANA.
Rinde aquella ingrata tierra.
SOLIMÁN.
Ya es tuya; denme un caballo.

Éntrase el Gran Turco, y adentro dicen: «¡Un caballo! ¡Un caballo!»

SULTANA.
Todo esto me sale bien.
Así quedaré vengada,
Que esta gente fiera es quien
Cautivó á Celinda amada,
Que era mi regalo y bien;
Mas de otra suerte mejor
Procuraré su rescate:
Guzmán, si es fiel tu valor,
Antes que se dé el combate,
Dándole premio á mi amor
Se me envíe á mi Celinda;
Pero ¿cómo hablo ansí?
¿Soy otra heroica Florinda,
Que sin estar ante mí
Le mando?

Salen Mustafá y Guzmán, bien puesto, con espada y daga, y encomienda.

MUSTAFÁ.
¡Que ansí se rinda
Esta Princesa Sultana
Á tu nobleza, Guzmán!
Contigo habla y se allana,
Como si de Solimán
Tuvieras sangre otomana.
GUZMÁN.
Ya os vuelvo á dar libertad,
Cruz, amparo y valor mío.
Tusón de mi propiedad,
Gobierno de mi albedrío,
Espejo de honestidad.
Libre os tengo en mi poder,
Sol que en la fe reverbera.
MUSTAFÁ.
Si en su traje quieres ver
Á Guzmán, desa manera
Se dejó de mí prender.
GUZMÁN.
¿De qué te honras y alabas,
Si sabes que con cautelas,
Tú con mil turcos estabas,
Con diez bicas, con diez velas,
Que por el mar navegabas,
Yo en un pequeño batel?

(1) Roto el original.

Tú, con éstas me cercaste;
Mas antes de darse á él,
Cuarenta turcos que echaste
Mató mi brazo cruel,
Y aunque otro, de sólo vellos
Se ve claro que temblara
Y erizara los cabellos,
Bien sabes que cara á cara
Dí cabo de todos ellos.
¿Pasa ansí?

MUSTAFÁ.

Dices verdad.

GUZMÁN.

Pues si es verdad, no te alabes.

SULTANA.

Tiene el maltés gravedad.

GUZMÁN.

Hasta agora no lo sabes,
Que miro á tu Majestad.

SULTANA.

Tu brío me da contento.

GUZMÁN.

Diérate mil esmeraldas,
Sí.

SULTANA.

Recibo gran contento.
Débensele mil guirnaldas
Á tan alto pensamiento.
Mustafá, luego te irás,
Y en pago toma este sello
Por lo que dado me has.

MUSTAFÁ.

Eso, señora, es vendello.

Desvíase Mustafá.

SULTANA.

Vete y no repliques más.
Si los cruzados malteses
Todos de tu talla son,
Poco valen los arneses
Turcos.

GUZMÁN.

¡En buena opinión
Los pones!

SULTANA.

Y tú mereces
Más que puedo encarecer.

MUSTAFÁ.

¡Oh, temeraria llaneza!
Turca, ¿así te quiés (1) perder?

SULTANA.

Alza, Guzmán, la cabeza,
Mírame; ¿no me quiés ver?

MUSTAFÁ.

¿Tanto te agrada el cristiano?
¿Ya te alegra y aficiona?
¡Oh, pensamiento liviano!
¡Oh, bajeza de corona!
¡Intento de reina vano!
Cuando entendí que de ti
Fuera más acariciado,
Entonces me envías de aquí:
¡Cuidado mal empleado,
Premio malo para mí!

Vase.

SULTANA.

Si obligas sólo en mirarte,
Mira, Guzmán valeroso,
Si puedo en algo obligarte.

GUZMÁN.

Como no sea acto amoroso,
Tendrás en mí en todo parte;
Y así con honestidad
Debo acudir á tu gusto.
Mándeme tu Majestad,
Por que el amor casto es justo
Y espejo en la voluntad.
Serviréte muerto y vivo
Y á tu padre Solimán,
Por este bien que recibo,
En traje de capitán,
No como antes de cautivo;
Que si esta cruz representa
La que libertad me dió,
Princesa, mira esta cuenta;
Que si la cautivo yo,
¿Quién la sujeta la afrenta?

SULTANA.

Honrado es tu proceder.

GUZMÁN.

Á todo aquesto me obliga
Mi religión.

SULTANA.

¡Oh, mujer
Á tu valor enemiga,
Pues que sepultas tu ser!
¡Que pretenda tan de veras
Un caballero cristiano
Guardar ley á sus quimeras,
Y yo, infanta, dé de mano
Á mis leyes verdaderas!
¿Qué es esto? ¿Soy yo Sultana,
Hija del gran Solimán,
De sangre y casa otomana:
Que me rindo á un capitán
De la religión cristiana?
Mas mi falta tendrá enmienda.
Haz una cosa por mí.

GUZMÁN.

Como á aquesta cruz no ofenda
Ni á mi fe, seré de ti
Esclavo, no la encomienda.

SULTANA.

Quiero enviarte á tu tierra
Con esta gente que parte
Á poner á Malta guerra.

(1) *Quiés* por quieres, es forma vulgar inusitada en las obras de Lope. Esta y otras expresiones incorrectas que hay en la comedia, mueven á pensar que está refundida por mano ajena y bastante torpe.

GUZMÁN.
¿Cuándo la armada se parte?
SULTANA.
Presto dejará esta tierra.
  Pero has de hacer una cosa:
Que me tienes de enviar
Una turca valerosa
Que en Malta sé que ha de estar,
Por quien vivo congojosa.
  Es Celinda, mi criada,
Que en Malta me cautivaron
Los que de esa insignia honrada
Se honran, y me dejaron
Notablemente enojada.
  Has de jurar por tu fe
Que cumplirás lo que pido,
Y un cautivo te daré,
Cristiano, que es bien nacido,
Con quien la envíes.
GUZMÁN.
Sí haré.
SULTANA.
  Hasla de enviar con él,
Que estimo mucho mi esclavo,
Por ser muchacho y ser fiel.
GUZMÁN.
Tu mucha nobleza alabo.
SULTANA.
Mira, no me seas cruel;
  Que fío de tu valor
Que á Celinda me enviarás
En pago de aqueste amor,
Y acreditaráste más
Conmigo.
GUZMÁN.
¡Honrado favor!
SULTANA.
  Mi padre me prometió
De traella y hacer guerra
Á aquel que la cautivó,
Y aunque abrasara esa tierra,
Busco este remedio yo.
  Sólo resta el juramento,
Porque quede satisfecha.
GUZMÁN.
Si sólo ése es tu contento
Y mi jurar te aprovecha,
Luego juraré al momento:
  Juro por mi religión,
Por esta cruz de San Juan,
Por Cristo y por su Pasión,
Y por los santos que están
En la celestial región,
  De traértela, aunque esté
En poder del gran Maestre;
Y fíate de mi fe,
Que aunque la vida me cueste,
En tu poder la pondré,
  Por la fe de caballero,
De Malta Comendador,
Tu esclavo y tu prisionero.

SULTANA.
Basta; fío en tu valor
Que cumplirás lo que espero.
  Ven, porque quiero mandar
Á un bajá que te regale
En la tierra y en la mar.
GUZMÁN.
¿Hay nobleza que á ésta iguale?
Dejame tus pies besar.
SULTANA.
  Ya conocerás quién soy.
GUZMÁN.
Eres de turcos la luna.
SULTANA.
Entra.
GUZMÁN.
Reina, tras ti voy.
¡Que vuelvo á Malta! Fortuna,
En obligación te estoy.

Vanse, y tocando música de chirimías salen Dragut, Arráez, Mustafá, Mahomat, Pialí y el Gran Turco, y siéntanse en sus asientos, el Gran Turco en medio.

DRAGUT.
  Mi voto es éste; éste es, señor, mi intento,
Mi última y postrer resolución:
No quede orden, no quede fundamento
De su dañada y mala religión.
Lo que es de mi gran Rey iré contento,
Levantándose en alto tu pendón (1);
Haz que se embarque gruesa artillería.
¡Solimán viva, y viva Berbería!
MAHOMAT.
  Váyase á Malta, ríndase la gente
Autorizada con la insignia blanca;
Que es falta de valor é inconveniente
Que del imperio turco viva franca.
PIALÍ.
Crezca tu imperio, tu poder se aumente,
Y de tus costas tu poder arranca,
Y entienda ese Maestre arrinconado
Que aún no merece nombre de soldado.
MUSTAFÁ.
  Ganada Malta, ganarás á España,
Temeráte el Filipo valeroso,
De mi valor me fío y de mi saña;
Saldrás con este triunfo victorioso,
Que aún para quien tú eres no es hazaña.
Suene el sonido y rumbo belicoso,
Quede arruinada Malta y sus malteses,
Rómpanse adargas, cotas y paveses.
  Malta perezca, restaurando el paso
Para pasar á Meca defendido.
Vayan tus turcos fuertes á este caso,
Muera el Maestre que ansí te ha ofendido,
Galeones llevas de notable vaso
Y gente que este celo le ha movido;
Que si á Meca allanamos el camino,

(1) Tampoco solía escribir Lope de Vega octavas de consonantes agudos.

Será este caso heroico y peregrino.
Embárquese la gente más lucida
De tus imperios y de todo el mundo;
Que aquí es honroso aventurar la vida.
Que es el designio santo y sin segundo.
Tus tiros rompan, sin que nadie impida,
Las murallas de Malta, y al profundo
Echen almas y cuerpos de cruzados
Con rigor tan cruel despedazados.

PIALÍ.

Fuertes bajeles, bicas y galeones,
Vayan á esta ocasión bien prevenidos
De pelotas de plomo y municiones
Y todo lo demás, tan bien proveídos,
Porque en ellos han de ir tus fieros leones
A Malta, con rigor todos movidos:
Este es mi voto, aprueba lo que importe,
Pues ahora estamos en tu casa y corte.

SOLIMÁN.

Si los trabajos y enojos
Que de Carlos, Rey de España,
Emperador de romanos,
Honra de la Casa de Austria,
He recibido mil veces,
Mis bajáes, os contara,
Ni el tiempo bastara á tanto,
Ni las palabras bastaran;
Pero diré algunos dellos,
Que algunos sé yo que bastan
Para entregar vuestras vidas
A la sabrosa venganza.
Si hoy no es nuestra toda Hungría,
Sus más importantes plazas;
Si no me rinde tributo,
Reconocimiento y parias,
Fué porque vino á Viena,
Archiducado de Austria,
Y con sus armas y gente
Hizo retirar mis armas;
Si todo el reino de Túnez
No es hoy nuestro, él es la causa
Que él la quitó á Barbarroja;
Que por mí le gobernaba;
Si perdió Dragut Arráez
La ciudad fuerte de Africa,
Y cuando entre mí y él había
Treguas, aunque treguas falsas,
Él consintió en ello entonces
Y nunca mandó entregarla,
Aunque mis embajadores
Le alegaron muchas causas.
Ansi mismo el rey Filipo,
Hijo suyo y Rey de España,
Que con mi deshonor tiene
La Italia tiranizada,
Me tiene lleno de enojo
Y de justísima rabia,
Por ser de tal padre hijo
Y sucesor de tal Casa,
Y porque no ha muchos días
Que con cautelas y trazas
Me quitó el peñón de Vélez,
Fuerza en Berbería estimada,
Habiendo antes á los míos
Hecho mil daños sus armas,
Vertido infinita sangre
Sobre el castillo de Almeaza.
Fuera de que estoy sentido
De que aquél de la cruz blanca
A quien llaman Gran Maestre,
Tantos agravios me haga,
Tentando tomar mis fuerzas,
Cañonear mis murallas,
Robar en el mar mis naves
Prendiendo infinitas almas,
Especialmente á Celinda,
Con quien mi hija Sultana
Estrecha amistad tenía,
Que está presa y maltratada.
Veo también que estas cruces,
A nuestras lunas contrarias,
En cualquier empresa sirven
Por mar y por tierra á España:
Cuanto es nuestro nos saltean,
Y róbannos cuanto hallan,
Los inocentes nos prenden,
Y los rebeldes nos matan.
Viendo, pues, que estas querellas
Tengo, amigos, contra Malta,
Antes que se fortifiquen
Quiero postrar sus murallas,
Y dando á nuestros cautivos
La libertad deseada,
Dar nuevo color de sangre
A aquellas sus cruces blancas.

PIALÍ.

Apruebo, gran señor, el pensamiento
Contra Malta, por ti comunicado;
Que el Gran Maestre es grande atrevimiento
Que haya de tu poder ansí burlado.
Malta perezca, no quede fundamento (1)
De aquel castillo contra Alá fundado,
Deshágase la Orden contrahecha
En deservicio de Mahoma hecha.

MAHOMAT.

Mira que siendo valerosa gente
Ésta que á Malta la rebelde envías,
Rendirás á Sicilia brevemente,
Que será ocupación de cuatro días.

MUSTAFÁ.

Crezca tu imperio, tu poder se aumente
Y cesen las infames correrías
Que hacen en tus costas los cruzados,
Ciertos de nunca verse castigados.

DRAGUT.

Den ya velas al viento tus bajeles,
Surquen el mar con gran velocidad,
Embárquense genízaros crueles,
Que es gente de valor y de lealtad,
Y no vayan bisoños ni noveles,

(1) No es verso.

Pues sabe bien tu heroica Majestad
Que los cruzados, valerosa gente,
Uno vale por diez, y dos por veinte.

SOLIMÁN.

Vuestro parecer es tal,
Que en él fácilmente vengo.

DRAGUT.

Resta nombrar General.

SOLIMÁN.

Por la mar bueno le tengo,
Valiente, astuto y leal.

PIALÍ.

Parece que á mí te vuelves.

SOLIMÁN.

Conozco tu valentía,
Y si bien ó mal revuelves,
Ya lo lloró don García
En el fuerte de los Gelves.
De General por la mar
Llevarás, Pialí, el bastón.

PIALÍ.

¿Quién te osará replicar?

MAHOMAT.

Aceptada es la elección.

SOLIMÁN.

Comience Pialí á mandar.

MUSTAFÁ.

General para esta guerra
Por la tierra, no ha nombrado.

Vuelto á Dragut.

¡Oh! Si yo fuese por tierra.....
Iré, pues me he ejercitado,
Y si yo no voy, se yerra.
Que si el campo yo no adiestro,
¿Quién puede igualarse á mí?
¿Hay algún turco más diestro?
Por la mar bien va Pialí,
Que por el agua es maestro.
Pero ¿quién sabrá mejor
Que yo la tierra maltesa?
¿Quién dará al Rey más honor
Ni á Sultana la princesa,
Pues conoce mi valor?

Al Turco.

Señor, Vuestra Majestad
Sabe cómo le he servido,
Y que siempre mi lealtad
Se ha visto y resplandecido
En cualquier dificultad.

De rodillas.

Suplico á vuestra grandeza
Que en pago de mi trofeo,
Que con más fervor empieza,
Me cumplas sólo un deseo.

Levántase.

SOLIMÁN.

Pide.

MUSTAFÁ.

Espero en tu franqueza.
Pues Pialí lleva por mar
El merecido bastón,
Por tierra quiero emplear
Mi gobierno y discreción
Si tú me le quieres dar;
Que aunque son pocos mis años,
Por mi descendencia alta,
Y por tus triunfos extraños,
De echar las cruces de Malta,
Vengando todos tus daños,
Juro por Mahoma santo
Y por el santo Alcorán,
Á quien tú veneras tanto;
Por tu brazo, Solimán,
De la cristiandad espanto;
Por el valor destas manos;
Por el temor que han cobrado
Dellas algunos cristianos;
Por la espada deste lado,
Asombro de los humanos,
Y por la veneración
Que se debe á Alá divino,
Y por la buena opinión
Que tu imperio sarracino
Tiene de que soy león,
De cumplir lo prometido,
Y arrovinar (1) esa tierra
Que ansí te tiene ofendido;
Que seré rayo en la guerra,
Para vengarte nacido.

SOLIMÁN.

Si es adquirir gloria, basta
La que has, Mustafá, ganado.

MUSTAFÁ.

¿No ves que el tiempo la gasta?

DRAGUT.

Es valeroso soldado,
Y basta ser de mi casta.

SOLIMÁN.

El oficio que deseas
Te doy con gran voluntad;
Á ver cómo en él te empleas.

MUSTAFÁ.

Testigo de mi lealtad
Quiero que tú mismo seas.

MAHOMAT.

Esas palabras son vanas,
Que ansí obligado te han;
Muy fácilmente te allanas.

SOLIMÁN.

Yo sé que es gran capitán
Contra las armas cristianas.

MUSTAFÁ.

Turco, estamos en consejo
Y en la presencia Real,
Y por aquesto te dejo;

---

(1) *Arrovinar* por *arruinar* es italianismo que nunca usó Lope.

Que aunque mozo, soy leal
Y soy en astucias viejo.

DRAGUT.

¿Á mí se me hace esa afrenta?
¡Mahomat, mira que soy
Quien su bondad representa!

MUSTAFÁ.

¡De cólera ardiendo estoy!

Meten mano.

DRAGUT.

¡Ya su desventura cuenta!

SOLIMÁN.

¿Qué es aquesto? ¿En mi presencia?
¡Ninguno pase de ahí,
Que ofenderá mi paciencia!

Envainan las espadas.

Cuando volváis ante mí
Con victoria, os doy licencia.

Tiene allí un moro dos bastones; tómalos el Turco; da uno á Pialí y otro á Mustafá.

Tomad el bastón.

MUSTAFÁ.

Recibo
Aqueste tu honroso cargo,
Con que te honraré si vivo;
Que aunque ante ti yo me alargo,
Soy tu vasallo y cautivo.

Suenan dentro cajas y ruido.

SOLIMÁN.

¿De qué será este rumor?

PIALÍ.

Es la gente que se embarca.

SOLIMÁN.

Voy á verla á un mirador.

PIALÍ.

Llegue á la orilla mi barca.

MUSTAFÁ.

Toque á marchar mi atambor.

Vanse entrando Dragut, Pialí y el Gran Turco, quedando los demás.

MAHOMAT.

Por cierto en tiempo te dan,
El cargo, que harás cobardes
Á los que contigo van.

MUSTAFÁ.

¡Mahomat, de envidia te ardes!

MAHOMAT.

¿Yo envidia á tal capitán?

MUSTAFÁ.

Pudiera el gran Rey del mundo,
Cuyo General fuí siempre,
Enviar á esta conquista,
Contra los bravos malteses,
Mejores mantenimientos,
Mejor orden, mejor gente,
Mejores picas á España,
Mejores cotas de Vélez,
Mejor pólvora á los tiros,
Mejor plomo á los mosquetes,
Mejores horcas y naves,
Mejores y más bajeles,
Más armados los infantes,
Más lucidos los jinetes,
Mejores velas que amainen,
Mejor timón que gobiernen,
Mejores las banderuelas,
Mejores los gallardetes,
Mejor piloto que rija,
Mejor canalla que reme,
Mejor bombarda que bata,
Mejor trabuco que quiebre,
Mejor chusma, mejor lastre,
Mejor humera y grumetes,
Mucho mejores soldados
Y mejor cuanto allá fuere,
Pero mejor capitán,
El que lo dijere, miente!
Y si alguno está ofendido,
Sígame cuando quisiere;
Que yo me voy á las naves
Á embarcarme con mi gente.
Contra Malta voy al arma,
Mis galeones se apresten,
Los cañones hagan salva,
Y Alá nos vuelva y nos lleve.

Vase.

MAHOMAT.

¡Muestra coraje y denuedo;
Que el mundo verá después
Si el amarte, infame, puedo
Cuando en el suelo maltés
Te hagan temblar de miedo!
Tras ti voy, aunque no importa
Que á tus espaldas me muestre.
Vete al mar, y el agua corta;
Que allá te espera el Maestre
Que altos intentos acorta.

Vanse.

Suena dentro un tiro de arcabuz.

Sale el Maestre, viejo venerable.

MAESTRE.

¡Aquí de Dios, caballeros
Honrados con la cruz blanca,
Á la costa, á la marina,
Que vuestro Maestre os llama!
Lunas de Aragón la antigua,
Claros Piamontes de Francia,
Sandovales de Castilla,
Nobles Colonas de Italia,
Sotomayores de Cuenca,
Garcilasos de Granada,
Barrientos de Piedrahita,

Rodríguez de Salamanca,
¡Al mar! ¡Aquí de la Iglesia,
Aquí de San Juan y Malta;
Que más de ochenta galeras
Ocupan las ondas bravas!
Turcos son, que á Malta vienen
Contra las cruces de Malta,
Que el gran Solimán, su dueño,
Mucho há que las amenaza.
¡Aquí los cruzados pechos,
Que antes que salgan del agua
Pagarán su atrevimiento
Al filo de nuestra espada!
¡Disparen, toquen apriesa!
¡Aquí de San Juan! ¡Al arma,
Que llegan al puerto, á ellos!
¡Muera el Turco y viva Malta!

Sale D. Antonio Colona, Comendador.

DON ANTONIO.

Á tus católicas voces,
Gran Maestre, cuya fama
Hasta las estrellas llega,
Viene tu gente á la plaza:
Viene Claramonte el fuerte,
Luz del mundo y prez de Francia,
Y viene Antonio Colona;
También viene Juan de Omala,
Y viene Lope Carrillo,
Y el que le sigue, Almenara,
De Alba de Tormes el uno,
Y el otro de Salamanca;
También don Juan de Barrientos,
Vasallo del Duque de Alba,
Tras quien vienen en tu ayuda
Sandoval y Villafaña.
Por todos juntos respondo.
¿Qué nos quieres, qué nos mandas?
¿Viene la armada del Turco
Surcando el mar de tus playas?

Sale D. Juan Barrientos.

DON JUAN BARRIENTOS.

Venga el Turco, ya esperamos
Para batir su arrogancia
Y para teñir con sangre
Su bandera y lunas blancas;
Que todo su poder junto,
Para una maltesa espada
Es poco, si la acometen,
Y uno de nosotros basta.
¡Viva nuestra religión!
¡San Juan, Santiago, al arma!
Venga toda Berbería,
Que á todos espera Malta.

Sale D. Fernando Rodríguez.

DON FERNANDO RODRÍGUEZ.

Y si como seda visten
Y como juegan las cañas,
Como en los saraos de turcas
Con mucho hablar se señalan;
Si como visten libreas,
Mimbran en el campo el asta;
Si como el almaizal bulle,
La toca, pluma ó la banda,
Se saben mostrar furiosos
Con las belicosas armas;
Si les pone ánimo acaso
El retintín de la caja,
Y si el runrún de la trompa
Y el humo de la bombarda
No ataja el ánimo horrendo
Ni acaso les acobarda,
Traigan adargas de Fez,
De Marruecos cimitarras,
De Africa jacerinas,
Y jacos de fina malla.
Vengan con muy gran poder,
Con conocida ventaja;
Reconozcan nuestros puertos,
Rompan veloces las aguas;
Eternizaremos todos,
Pues que la ocasión nos llama,
El valor de nuestros pechos
Más que Scipión (1) en Numancia.

Sale D. Nuño de Paz.

DON NUÑO.

Pues si el temor de las voces
Que dicen «¡España, España,
Santïago, Santïago,
San Juan, San Dionís de Francia!»
Si el valor de los cruzados
Que guardan religión casta,
No desmaya su braveza,
Sus orgullos y bravatas;
Si no temen limpio acero
De nuestro brazo y espadas;
Si no temen los mosquetes,
Los cañones que hacen salvas,
Ya tardan: venid, tiranos,
Venid, gente atroz, ingrata,
Llegad con vuestras galeras,
Con navíos, con galeazas,
Con alfanjes, picas, chuzos,
Pistolas, fuertes corazas,
Con todo cuanto quisierdes,
Si os mueve coraje y rabia;
Venga toda Berbería
Contra nuestras cruces santas;
Vengan los rebeldes fuertes
Que tanto nos amenazan;
Vengan á ver al Maestre,
Sol que resplandece en Malta,
Y probarán el valor
De la religión cristiana.

MAESTRE.

¿No veis las hinchadas velas

---

(1) *Aníbal* dice el manuscrito, pero es evidente error del copista.

Que nos ocupan el agua,
La pujanza de sus remos,
El estruendo de sus balas?
Enemigos son, amigos:
¡Comendadores de Malta,
Defended la fe de Cristo
Los que vestís cruces blancas!
Mas oid, ¡San Juan me ayude!
De paz parece está salva,
Banderas blancas tremolan;
De paz son; dejad las armas.

Dicen adentro: «¡Sicilia, España, D. García de Toledo!»

Sicilia dicen apriesa;
Suenen tiros, toquen cajas,

Dentro D. García de Toledo:

Que sicilianos socorren.
¡Sicilia, Sicilia, Malta!

MAESTRE.

¡Oh bandera victoriosa
Del gran Filipo de España,
Que basta verte mis ojos
Para vencer mil batallas!
El general don García
Viene en ella; ¿veis sus armas?
Estos cuadros son Toledos.
¡Viva el Rey!

Habráse descubierto una gavia de galera, y sale D. García de Toledo.

DON GARCÍA.

Y ¡viva Malta!
Ninguno deje su estancia
Ni salga á tierra soldado.

MAESTRE.

¡Oh Virrey!

DON GARCÍA.

¡Oh luz de Francia!
¡Oh religioso soldado!
¡Oh fe de gran importancia!
Tanto he gustado de verte,
Que olvido el trabajo mío
Por el bien de conocerte.

MAESTRE.

En ti espero, en ti confío.

DON GARCÍA.

Vivo para defenderte.
¡Oh venerable varón,
Cuya fama ocupa el mundo,
Con cuánta satisfacción
El título sin segundo
Gozas de tu religión!
Noble frey Juan de Valleta,
Mira en qué servirte puedo.

MAESTRE.

¡Oh paz que á Malta quïeta!
¡Oh valeroso Toledo!
¿Dónde vas?

DON GARCÍA.

Á la Goleta;
Porque ha bajado una nueva
De Constantinopla, tal,
Que á su remedio me lleva.

MAESTRE.

Eres vasallo leal,
No hay á quien el Rey más deba.
¿Qué se dice?

DON GARCÍA.

Que Turquía
Contra la Goleta baja;
Y como está á cuenta mía,
Embarqué al són de una caja
Toda aquesta compañía.
Voy á proveer por mi mano,
De presidio, aquella fuerza
Que está por el Rey cristiano.

MAESTRE.

Tu buen esfuerzo me esfuerza,
¡Oh gran pecho, al fin romano!

DON GARCÍA.

Y aunque el camino torcía,
Por verte, vine por Malta.

MAESTRE.

¡Oh famoso don García,
Si alguna virtud te falta,
La luz falta al mediodía!
La misma nueva ha llegado
Á estas cruces de San Juan,
De quien vivo acompañado,
Y todos ellos están
Con ese mismo cuidado;
Que aunque dicen que la armada
Del Turco á Nápoles viene,
La enemistad no olvidada
Que conmigo el Turco tiene,
Manda apercibir mi espada:
Somos pocos si se atreve.
¿Qué será, noble Toledo,
Si el poder del Turco llueve,
Sino morir á pie quedo?

DON GARCÍA.

Todo favor se te debe;
Y cuando más verdaderas
Esas sospechas estén,
Y de mí servirte quieras,
Porque llegue á punto el bien,
Me avisa con dos galeras;
Que como tan fiel amigo
De esas cruces consagradas,
Dejando el curso que sigo,
Vendrán las mías cargadas
De soldados y de trigo;
Y por esto, más contento
Por haberte conocido,
Me voy; den velas al viento.
¡Oh colegio esclarecido,
Verdadero fundamento
De la Iglesia y de la fe!
Vuestros brazos, uno á uno

Me dad, y abrazaros he.
¿Hame menester alguno?

TODOS.

Todos, Virrey.

DON GARCÍA.

Decí en qué.

DON ANTONIO.

En que de España ni Francia
Ningún remedio esperamos,
Y esnos de poca importancia
Pensar que vendrán, que estamos
Desos reinos gran distancia.
No nos olvides, señor;
Que bien será menester
Que tú nos des tu favor;
Que trae muy gran poder
El Turco, saña y rigor;
Y si se atreve á venir
Contra nosotros á Malta,
Bien se puede colegir
Que si tu ayuda nos falta
No podremos resistir.
Y que estas cruces defiendas
Que en nuestros pechos están,
Que al poder del Turco ofendas;
Que en tu encomienda se dan
Nuestras blancas encomiendas.

DON NUÑO.

Que de tu valor fiamos,
Y que se amparan de ti
Los cruzados que aquí estamos,
Que esperando serán hoy (1),
Todos hoy nos animamos;
Y ansí, Toledo famoso,
Esperamos que lo harás.

DON GARCÍA.

Vendré á serviros gozoso.

DON FERNANDO.

Como quien eres harás,
Mostrando ser valeroso.

DON GARCÍA.

Veréisme en vuestro favor,
Ó no seré yo Toledo.
Adiós, gran Maestre.

MAESTRE.

Honor
De España, por tuyo quedo.

DON GARCÍA.

Vela al viento.

Vase.

MAESTRE.

¡Gran valor!
¡Oh mar, que llevas en peso
El estandarte cristiano,
Cuya obediencia profeso!
Llévale al suelo africano
Libre de algún mal suceso;
Y si hubiere menester
San Juan su favor acaso,
Aquí le vuelve á traer
Sin que algún siniestro paso
Pueda su flota ofender.

Dicen dentro: «¡España, España!»

¡Cómo van gritando «¡España!»
¡Oh pacífico alboroto
Que mi sobresalto engaña!

DON JUAN BARRIENTOS.

Siente el buen tiempo el piloto;
Bullan con presteza extraña.

Vanse todos, y salen Guzmán, Sultana y Mahomat.

GUZMÁN.

Por esta cruz de San Juan
Y por mi noble hidalguía,
Cuyas prendas me honrarán,
De enviártela á Turquía.....

SULTANA.

Basta, valiente y galán,
Sólo á despacharte vengo;
Mahomat, en cosas mías,
Que encargarte un poco tengo.
¿No partes?

MAHOMAT.

Si tú me envías.....

SULTANA.

Bien; luego ¿yo te detengo?

MAHOMAT.

Sólo tu licencia aguardo.

SULTANA.

Pues quiero que en tu galera
Vaya este mozo gallardo.

MAHOMAT.

No es maltés, señora.

SULTANA.

Espera.

MAHOMAT.

¿Guárdasle tú?

SULTANA.

Yo le guardo.

MAHOMAT.

¿Dónde va?

SULTANA.

Á Malta le envío
Á un negocio de gran peso.

MAHOMAT.

Y ¿quién es?

SULTANA.

Cautivo mío.

MAHOMAT.

Bien está, si gustas deso.

SULTANA.

Dello gusto, y dél me fío.

MAHOMAT.

¿Quiés que le lleve conmigo?

SULTANA.

Que contigo vaya quiero.

(1) Falta la rima.

MAHOMAT.
¿Conmigo á un propio enemigo?
SULTANA.
Es honrado y caballero,
Y á que le sirvas te obligo.
MAHOMAT.
De cumplirlo te prometo.
Mas no sé cómo ha de ser;
Que es enemigo, en efeto.
SULTANA.
Seguro puedes hacer
La empresa que te cometo.
Toma este sello real,

Dásele á Guzmán.

Y cuando algún riesgo veas,
Muéstrasele al General.
GUZMÁN.
Tu gusto como deseas
Cumpliré, como leal.
SULTANA.
Guzmán, esta libertad
Te he dado porque me envíes
El dueño de mi amistad.
GUZMÁN.
Basta que de mí te fíes,
Para no hacerte maldad.
Esto cumpliré sin falta:
Enviaréte la cautiva
Cuando haya arribado á Malta,
Digo, estando en Malta viva.

Sale Antonio Ponce, cautivo.

ANTONIO PONCE.
Gran miedo me sobresalta:
¿Qué puede quererme agora
Esta turca vengativa
Á quien tengo por señora?
SULTANA.
Pues, Ponce.....
ANTONIO PONCE.
A servirte iba.
¡Santo Dios!
SULTANA.
De verte llora.
Este rapaz va contigo;
Enviarásmele después;
Que le quiero como amigo.
ANTONIO PONCE.
Ponce, ¿qués esto que ves?
¡Oh cruz bella, yo os bendigo!
¡Oh encomienda de San Juan!
¡Oh reliquia puesta al pecho
De un mozo noble y galán!
¡Oh cielo, de nieve hecho,
Mis labios os besarán!

Humilla la rodilla y bésala.

¿Qué es esto, cruz soberana?
¿Cómo ansí os habéis metido
Dentro la Casa otomana?
GUZMÁN.
En mi defensa ha venido.
ANTONIO PONCE.
¡Oh noble sangre cristiana!
¡Oh famosa religión
Con la cruz de Dios honrada!
Si algunas mis prendas son,
Yo os traeré depositada
Al lado del corazón,
Aunque ya estoy satisfecho
Que soy hidalgo cristiano
Y que os seré de provecho;
Que en Malta tengo un hermano,
Cruz blanca, que os tiene al pecho.
GUZMÁN.
¿Hermano en Malta? ¿Quién es?
ANTONIO PONCE.
No le nombro por su honor;
Que si cautivo me ves
Y le ves comendador,
Tendrásle en poco después.
Pero quizás no lo sabe;
Que bien sé que no cupiera
Tal descuido en ser tan grave.
GUZMÁN.
¡Oblígasme á que te quiera!
ANTONIO PONCE.
¡Anímasme á que te alabe!
SULTANA.
Embárquense con secreto,
No causen alteración.
MAHOMAT.
Lo posible te prometo.
GUZMÁN.
Voyte cobrando afición.
ANTONIO PONCE.
Voyte teniendo respeto.
En fin, Sultana, ¿me envías
Y dejo á mi padre?
SULTANA.
Sí.
ANTONIO PONCE.
¿Volveré presto?
SULTANA.
En seis días.
ANTONIO PONCE.
¿Qué hará mi padre sin mí?
SULTANA.
Lo que tú sin él harías.
GUZMÁN.
Qué, ¿padre tienes cautivo?
ANTONIO PONCE.
¡Padre tengo y voy sin él!
¡Mira qué tormento esquivo!
¿No iré á despedirme dél?
SULTANA.
Ya no.
ANTONIO PONCE.
¡Cielos, cómo vivo!

SULTANA.

Ea, Mahomat, entremos,
Que quiero ver tu navío.

MAHOMAT.

Seguidme.

Vanse Mahomat y Sultana.

GUZMÁN.

Juntos iremos.

ANTONIO PONCE.

¿Adónde estás, padre mío?
¡Ven, porque nos apartemos!
¡Ven, y pues forzosas son
Mis tristezas y tu pena,
Darásme tu bendición!

Sale Luis Ponce, viejo cautivo.

LUIS PONCE.

¡No me detengas, cadena,
Siquiera en esta ocasión;
Que voy buscando á aquel hijo
Para decille mi mal!

ANTONIO PONCE.

¡Oh padre!

LUIS PONCE.

¡Oh mi regocijo!

ANTONIO PONCE.

¿Cómo en coyuntura tal?
¿Quién de mi partida os dijo?

LUIS PONCE.

¡Vengo á darte mil abrazos,
Que me voy, hijo, y te dejo!
¡Aprieta los tiernos brazos;
Pero no, que eres mi espejo
Y quizá te haré pedazos!
Por remero en la galera
Del general Mustafá
Me lleva esta gente fiera.

ANTONIO PONCE.

¿Mi padre remando va?

LUIS PONCE.

Sí voy.

ANTONIO PONCE.

¡Nunca Dios lo quiera!
Yo iré en el remo por vos,
Que soy muchacho y más fuerte.

LUIS PONCE.

Yo remaré por los dos.
Tú no, que no quiero verte
Desirviendo al Rey y á Dios.
Ya que desdicha me falta,
Que trabajo no me altera,
Pues voy en la mar más alta
Dando priesa á la galera
Que va contra Dios á Malta.
Adiós, hijo.

ANTONIO PONCE.

Padre amado,
Á Malta voy.

LUIS PONCE.

¿Tú? ¿Con quién?

ANTONIO PONCE.

¿Con quién? Con este soldado.

LUIS PONCE.

¡Oh cruz santa de mi bien,
Tusón del Crucificado!
¡Oh hidalga caballería
Que con cruz blanca os armáis!
Pero si no es demasía,
Cruz divina, ¿cómo estáis
En la ciudad de Turquía?
Mas ¡oh hombre mal mirado!
¡Estoy yo fuera de mí!
Perdonad, señor cruzado,
Que, por mi fe, que aunque os vi,
No os he hablado de turbado.

GUZMÁN.

¿Hay compasión semejante
Como la de aquestos dos?
¿Qué humano hay que no se espante?
¡Déos la libertad mi Dios,
Pues sólo Dios es bastante!
¿Vos vais con los prisioneros?
¡Oh canas mal respetadas!
¿Y ansí os llevan estos fieros?
¡Las fuerzas tengo quebradas
De lastimado de veros!

LUIS PONCE.

¿Sois acaso embajador
Del gran Maestre?

GUZMÁN.

Cautivo
Fuí de Mustafá, en rigor,
Y ya voy libre.

LUIS PONCE.

Recibo
Gusto, porque os debo amor;
Que de vuestra religión
Tengo un hijo, aunque hijo ingrato,
Pues me deja en la prisión.
Mas ¡ay, sin razón le trato!
¿Mas qué hablo con pasión?
Que bien sé que no ha sabido
Deste mi suceso incierto
Que entre turcos he tenido,
Antes me tendrá por muerto,
Porque aún no me ha conocido.
De siete años le dejé
Cuando con éste, de cuatro,
En cautividad entré.

GUZMÁN.

¡Gran tragedia!

LUIS PONCE.

En el teatro
Se recita de mi fe.

Dice adentro Mahomat (y á otra vez que haya de hablar, saldrá):

MAHOMAT.

¡Á embarcar, á embarcar, hola!

LUIS PONCE.

La confusa grita suena,

Y bárbara tabaola.

ANTONIO PONCE.

Voy á ejercitar mi pena.

LUIS PONCE.

¡Vamos, vejez, triste y sola!

Sale Mahomat.

MAHOMAT.

¡Andad al mar, gente fiera!
¡Ea, Guzmán, á embarcar!

GUZMÁN.

Ven, Antonio.

ANTONIO PONCE.

Yo iré; espera.

GUZMÁN.

Vámonos á acomodar
Los dos á nuestra galera.

ANTONIO PONCE.

¡Padre, que nos apartamos!

LUIS PÓNCE.

¡Sí, mi hijo, aunque no quieras,
Hasta que allá nos veamos
En diferentes galeras!

ANTONIO PONCE.

Padre, que me voy.

LUIS PONCE.

Y vamos,
Y algún consuelo recibo
En ver que en esta jornada
Tengo de gozarte vivo.

MAHOMAT.

¡Perro, que parte la armada!

LUIS PONCE.

¡Pobre vida de cautivo!

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.

JORNADA SEGUNDA.

Salen el Maestre, D. Antonio Colona, D. Fernando Rodríguez, D. Juan Barrientos y D. Nuño de Paz.

MAESTRE.

Gente adonde resplandece
La nobleza desta tierra,
Si el Turco, como se ofrece,
Viene á Malta á darnos guerra,
¿Qué hemos de hacer? ¿Qué os parece?

DON FERNANDO.

Acometer, hacer cara,
Aunque el mundo todo venga,
Pues que San Juan nos ampara;
Venga el Turco, Turquía venga,
Y cójanos cara á cara.

DON JUAN BARRIENTOS.

Venga el bravo Solimán
Si quiere ver cómo doma
Su arrogancia el buen San Juan,
Que sufre mal de Mahoma
Las plegarias que le dan.

DON NUÑO.

De mi parecer, señor,
Morir peleando ó vencer,
No abatir nuestro valor
Ni dar muestras de temer;
Que Dios nos dará favor.

DON ANTONIO.

Reverendísimo amparo
De la religión de Malta,
Gran Maestre de San Juan,
Honrado con la cruz blanca,
Ya que por cierto sabemos
Que la ignominiosa armada
Del Turco busca tus cruces,
No con designio de honrallas,
Soy de parecer que al punto
De la noble Malta salgan
Viejos, niños y mujeres,
Que no son para las armas,
Los cuales, en tus galeras
Para Sicilia se vayan,
Que, fuera de que no ayudan,
El mantenimiento gastan;
Y que vaya frey Juanegio,
Capitán de nuestra casa,
Con cuatro ó cinco galeras
Que llenas de trigo traiga;
Que se guarnezca Santelmo
Porque el Turco no le bata,
Que para sus pretensiones,
Es lo de más importancia;
Que el comendador Torrellas
Con cien mosqueteros vaya
Al puerto de Nigroponte
Á reconocer la armada,
Y con la nueva que hubiere
Nos dé aviso y vuelva á Malta,
Donde estemos prevenidos
De las postas necesarias,
Y que Vuestra Señoría
Reverendísima, haga
Guardar el fuerte Santángel,
Donde haya contino guarda,
Y que desde la marina
Con alguna plataforma (1)
Se fortifique el estrecho,
Desde el muelle hasta la cava;
Que se haga allí una puente
Con cadenas dentro el agua,
Para quebrar los navíos
De aquella enemiga armada,
Que sirva de detenellos

(1) No es asonante.

Porque no lleguen á Malta,
Y porque el artillería
Desde afuera los combata,
Porque por la mar no pueden
Hacer á un tiempo batalla;
Y haciéndose aquesto ansí,
Estará Malta guardada;
Y que socorra á Santelmo
El bailío Juan de Guaras,
Frey Juan Colona, francés,
Frey Gil, prior de campaña,
Frey Francisco, de Medina,
Frey Lorenzo, de Simancas;
Frey Lope, de Tordesillas,
Y Paz Luz, de Salamanca.
Y finalmente, que todos,
Á fuerza de finas armas,
Muramos por nuestras cruces
Y defendamos la patria.

MAESTRE.

Tu fiel parecer acepto,
Como lo dices se haga
¡Ea, amigos, muera el Turco
Por la religión de Malta!

DON ANTONIO.

Ánimo, fieles cruzados,
Todos se apresten al arma,
Vertamos por Cristo sangre
Y defendamos á España.

Vanse entrando por su orden: y tocando cajas, se ven en Santelmo el Bailío de Nigroponte y Monserrate, y dirán primero adentro los moros, como que desembarcan: «¡Turquía, Turquía, Solimán!»

MONSERRATE.

Si los ojos no engañan al deseo,
La infiel armada turca salta en tierra;
Sus medias lunas y turbantes veo.
¡San Juan, San Juan, Santelmo, guerra, guerra!

NIGROPONTE.

Comendador, aquí la vida empleo
Honradamente, entre esta chusma perra;
Hoy doy noticia del esfuerzo mío.

MONSERRATE.

Con vos pienso morir, señor Bailío.
Vamos á apercibir nuestros soldados,
Que estos perjuros batirán el fuerte.
¡Ea, cristianos con la cruz armados,
Santelmo viva y démosles la muerte!

NIGROPONTE.

¡Comendadores de San Juan honrados,
Si alguno duerme, con mi voz despierte,
Que la armada del Turco toma tierra!
¡San Juan, San Juan, Santelmo, guerra, guerra!

Suena gran ruido de cajas.

Salen Mustafá, Pialí, Dragut y Mahomat.

PIALÍ.

Aguas del mar, hoy os dejo
Para poner guerra á Malta;
Salten los de mi consejo,
Que si hoy Santelmo se asalta,
Hoy por del Turco le dejo.
Apriesa pisad la tierra,
Turcos, pues nadie os estorba.
¡Solimán, Mahoma, guerra,
Caiga el fuerte, y el mar sorba
Á los cruzados que encierra!
Este es Santelmo, en que están
No pocos cruzados déstos
Que se llaman de San Juan:
¡Mueran ó dejen los puestos!

MAHOMAT.

Morirán si no se dan.

MUSTAFÁ.

Tanto me has ocasionado,
Que quiero darte á entender
Que das en camino errado,
Que nos hemos de perder
Con aquesa orden que has dado.
Pero en ella no consiento,
De mi voto á Malta voy,
Que el tuyo es mal pensamiento;
Á Malta acometo hoy,
No me rijo por tu intento.
Consideras mal el daño
Que haces en acometer
Á Santelmo: ¡caso extraño!
Quiéreste echar á perder,
Pues das en confuso engaño.
La orden que yo aquí diere
Tienen todos de guardar,
Por que el que no me siguiere,
Público le haré colgar,
Y sea el turco quien fuere.
Pialí yo para esta guerra
Soy por tierra General,
Yo quiero mandar por tierra.

PIALÍ.

Yo ordeno bien.

MUSTAFÁ.

Antes mal:
Toda la empresa se yerra.
Que si en Santelmo gastamos
La munición que traemos,
Flacos para Malta vamos,
Y cuando á Malta lleguemos,
En grande peligro estamos.
No te metas, General,
En hacer tal desafuero,
Por donde te venga mal;
Bátase Malta primero
Si te precias de leal.
Santelmo se está ganado
Si estas fuerzas principales
Batimos con gran cuidado.

PIALÍ.

Guerra con dos generales
No viene el fin acertado;
Yo sé muy bien lo que digo,
Aprueba aqueste consejo

Si quisieres ser mi amigo;
Que soy en industrias viejo,
Y tú bisoño conmigo.

MUSTAFÁ.

El traidor que aquí aprobare
Tu orden, tan mal regida,
Muera, si no le quemare;
Y así, el que quisiere vida
Apruebe lo que intentare.

MAHOMAT.

Pialí tiene de mandar
Por mar y tierra.

DRAGUT.

Eso no;
Por mar puede gobernar,
Que Mustafá es vivo, y yo.....

MAHOMAT.

¿Qué tú?

DRAGUT.

Lo puedo estorbar,
¿Hay quien esto contradiga?

PIALÍ.

Pudiera decir que sí.

DRAGUT.

El leal su intento siga.

PIALÍ.

Pues yo le repruebo.

MUSTAFÁ.

Di,
¿Quiés que se pierda esta liga?

PIALÍ.

Bátase Santelmo.

MAHOMAT.

Bata.

MUSTAFÁ.

Bátase Malta la vieja
Y San Miguel se combata;
Que en lo que Pialí aconseja,
De pies y manos nos ata.

PIALÍ.

¡Que siendo noble y leal,
El Gran Turco no me hiciera
Por tierra y mar General!

MUSTAFÁ.

Si ello va desa manera,
Pialí envidioso va mal.

DRAGUT.

Yo os tengo de conformar:
Mustafá, deja á Pialí,
Déjale el combate dar,
Dejaráte en Malta á ti
Todo el campo gobernar.
Si él perdiere la victoria,
Eso quedará á su cargo,
Afeminando su historia;
Haz por mí lo que te encargo.

MUSTAFÁ.

Perderemos premio y gloria
En Malta, si esto consiento;
Que gasta la munición
Sin tiempo ni fundamento,
Y ésta no es buena ocasión.

DRAGUT.

Dame en aquesto contento.

MUSTAFÁ.

Por rogallo tú me amanso;
Mas cree que este combate,
Por cuya ocasión me canso,
Es un loco disparate;
Y pelead, que yo descanso;
Perderemos el armada
Turca y la reputación
En tantos años ganada.

PIALÍ.

Yo mando en esta ocasión.
¡Carga el fuerte!

MUSTAFÁ.

Es traza errada.
Pero, pues, por tu interés
Ordenas la guerra, ordena,
Y perderemos los tres
Nuestra reputación buena
Y las cabezas después;
Si hubiere algún mal suceso,
Turco no sagaz en guerras,
Gobernador por la mar
De navíos y galeras;
Si acaso á Turquía volvieres,
Que plega Alá que no sea
Vencido y desbaratado,
Hollada nuestra bandera;
Si pensando ir con victoria,
Como Solimán espera,
. . . . (1).
Y por tu culpa cortare
La tuya y nuestras cabezas;
Si hiciere mil desafueros,
Será justa aquesta pena;
De mí no te quejarás
Entonces, de ti te queja,
Que yo haré como quien hice;
Solimán sabrá esta nueva,
Y si venciere el Maestre,
Eso quedará á tu cuenta.
Si gastas la munición
Que para Malta se lleva,
Y aquí mueren los jinetes,
¿Quién en Malta ha de hacer guerra?
Que si toda la más gente
Queda en esta ocasión muerta,
¿No consideras que en todo
La traza y orden se yerra?
Y si tú, por ganar fama,
Con ese gusto te ciegas,
Perderáse fácilmente
Esta deseada empresa;
Perderáse aquesta armada,
Que tanto al Gran Turco cuesta,
Y perderemos la honra,
Que es harta infamia perdella.

(1) Parece que faltan versos.

De tu consejo me salgo;
El que quisiere acometa,
Que yo serviré á mi Rey
Peleando por la tierra;
Sucédate bien ó mal,
Que no espero que bien sea,
Que en Malta será al revés,
Si no hay con qué acometella.
Y ¡por vida del Gran Turco,
Pialí, que sólo me pesa,
No de no alcanzar victoria,
Sino sólo de que venga
Mi persona á aquesta armada;
Que cuando yo no viniera,
Solimán no me dejara,
Que lo estimo por afrenta!
Yo sirvo al Rey como bueno,
Y el que lo contrario sienta,
Mentirá como villano;
Y pelead, yo quedo en tierra.

PIALÍ.

Dése el asalto primero,
Dragut, por aquesta parte.
¡Ah, fuerte Mahomat fiero,
Tiende el bélico estandarte!
¡Ea, Dragut, fuerte guerrero,
Acomete á la muralla!
¡Turquía! ¡Turquía! ¡Solimán!
Empiécese la batalla.

Aparecen en el fuerte de Santelmo el Bailío de Nigroponte y Monserrate, como atrás, y se pueden haber estado allí siempre; y luego, á poco rato, peleará entre ellos D. Diego de Guzmán, que será cuando haya de hablar.

MONSERRATE.

¡España, Malta, San Juan!
¡Muera la infame canalla!

DRAGUT.

¡Solimán! ¡Turquía! ¡Turquía!

PIALÍ.

¡Caiga el muro en poca pieza!

NIGROPONTE.

¡Flor de Malta, hoy es el día
Digno de vuestra nobleza
Y de vuestra valentía!

GUZMÁN.

¡Oh, cruzados valerosos,
Mirad que estáis con Guzmán!
¡Ánimo, hidalgos famosos,
Religiosos de San Juan
Honrados y venturosos;
Que por divino misterio
Me hallo de vuestra parte,
Libre ya de cautiverio!
¡Levantad el estandarte,
Quede el otro en vituperio!
¡Mirad que arriman escalas!
¡Apriesa el artillería!
¡Caigan picas, caigan balas!
¡San Juan y Malta!

MAHOMAT.

¡Turquía!

PIALÍ.

¡Hoy, Mahomat, te señalas!

Ponen los turcos escalas, tocan las cajas á rebato, y, queriendo subir, resisten los de arriba con alcancías de fuego; reparan los moros con las adargas, y habiéndose dado un rato, retíranse los turcos resistidos.

PIALÍ.

¡Basta! Toca á retirar,
Que es gran resistencia ésta.

MUSTAFÁ.

El General por la mar,
Turcos, mucha sangre os cuesta.

PIALÍ.

No tenemos que esperar;
Seguidme: por este lado
Más flaco daré otro asalto;
Mirad que quedo enojado;
Si veis que subo á lo alto,
Subid, que el fuerte es ganado.

Vanse los tres moros.

MUSTAFÁ.

En parte me holgaría
Que este traidor se perdiese
En aquesta batería.

Habiéndose entrado gritando los demás moros, vuelve ahora Dragut Arráez con una carta cerrada.

DRAGUT.

Aquí está.

MUSTAFÁ.

¿Qué pliego es ése?

DRAGUT.

Á Malta con él me envía
Un cautivo de estos fieros,
Diciendo que por llevalle
Darían muchos dineros;
Pero yo á manifestalle
Vengo.....

MUSTAFÁ.

Muestra. ¡Oh prisioneros!
¡Qué de engaños nos buscáis!
¡Qué de cautelas tenéis!
¡Qué de medios procuráis!
¡Qué de traiciones que hacéis,
Y qué pocas nos pagáis!
Aunque está por la victoria,
Que espero que ha de quedar
En todo el mundo notoria.
¿Quién es él? Véle á llamar.

DRAGUT.

Voy.

Vase.

MUSTAFÁ.

Rebelarse es su gloria;

Veamos á quién escribe.
¡Al Gran Maestre! Yo muera,
Si el traidor dos horas vive.
¿Qué dice? «En el cielo espera,
Y aqueste aviso recibe.
»Estos perros traen de guerra
Solos quince mil, y dellos
Los diez mil están en tierra;
Que te aseguro el vencellos
Si en el orden no se yerra.
»No traen mucha munición,
Y ésa, en Santelmo se gasta,
Y aunque con contradicción
De Mustafá, se contrasta
Con poca resolución.
»Traen ochenta mil pelotas
De hierro de todas suertes,
Tres mil picas, dos mil cotas,
Pocos tiros, y no fuertes,
Pocas naves, y ésas, rotas.
»Traen veinte mil quintales
De pólvora, y aunque tienen
Muchos turcos principales,
Son vencidos, porque vienen
Disformes los generales.»
No dice mal este esclavo (1),
Sangre el punto ha conocido
De nuestra discordia brava,
Por que el reino, dividido
Entre sí mismo, se acaba.
¿Qué dice más? «Prometí
Á ese turco que esa lleva,
Cien doblas; dénsele ahí,
Y adiós.» Ya yo sé esta nueva,
Que no es nueva para mí,
Y el traidor que la escribía
Tendrá el premio que conviene.

Salen Dragut y Luis Ponce, cautivo.

DRAGUT.
¡Anda, perro!

LUIS PONCE.
Hoy es el día
De mi honrosa muerte.

MUSTAFÁ.
¿Viene?
Bien vengas, traidor espía;
En fin, qué, ¿de mi real
Escribes la relación?

LUIS PONCE.
No te espantes, General,
Que vuelvo por mi nación,
Como hidalgo y principal;
He sabido que espantada
Está Malta, y escribía
Tu fuerza, que es moderada.

MUSTAFÁ.
¿Tan poca es la fuerza mía?

LUIS PONCE.
Poca; no hay para una espada
Del hábito de San Juan.

MUSTAFÁ.
¡En gran punto las tenéis!

LUIS PONCE.
¿Sabes en qué punto están?
Que vencerán solas seis
El poder de Solimán.
Si no, ponte por jüez;
Que el que su sangre promete
Por su cruz, es de jaez,
Que solo á cinco acomete
Y no ha de huir de dïez.

MUSTAFÁ.
Pues, según eso, tu aviso
Poco necesario fué,
Y tu morir es preciso.

LUIS PONCE.
Poco importa; moriré.

MUSTAFÁ.
Ahórquenle de un aliso;
Y quien le quitare dél
Pase por la misma pena.

LUIS PONCE.
Vamos, General cruel;
Que la muerte sólo es buena
Al que muere como fiel.

Lleva Dragut á Luis Ponce; queda Mustafá; suena adentro la gritería de los moros, subiendo al fuerte por dentro Mahomat, Dragut y Pialí, y vense arriba Monserrate, Nigroponte y D. Diego de Guzmán resistiendo á los moros.

GUZMÁN.
¡Ea, famoso Bailío,
Mire á quién es cada uno,
Imitad al valor mío!
¡San Juan, no desmaye uno;
Pelead con nuevo brío,
Y no aquesta multitud
De moros os cause espanto;
Pelead, que es gran virtud!
¡Oh San Juan! ¡Oh Patrón santo,
Nuestro remedio y salud!
¡Ea, que suben por la torre
Y la resistencia cesa!
¡Monserrate, al cubo corre;
Que hoy perdemos esta empresa
Si Cristo no nos socorre!

Dan batería por dentro un rato, y dicen luego:

MONSERRATE.
¡Oh valeroso Guzmán!
Que ya nuestras cruces blancas
Al Turco temiendo van;
Hoy quedan, como en Simancas,
Vencidas de Solimán!
¡Oh vidas bien ofrecidas!
¡Oh espadas bien empleadas
Entre tantos homicidas!

(1) Falta la rima.

¡Oh fuerzas nunca domadas,
Hasta hoy jamás vencidas!

NIGROPONTE.

¡Oh torre, amparo y defensa
De la religiosa Malta,
Que te vas perdiendo piensa,
Pues que vas cayendo en falta,
Que es la del contrario inmensa!

Vuelven á darse, y van subiendo los moros por dentro.

MAHOMAT.

Desmayando vais, cruzados;
Apriesa se dé el combate,
Que los más van desmayados.

GUZMÁN.

Es bárbaro disparate;
Que somos pocos y honrados.

PIALÍ.

Si ahora no os dais, prometo
Que os tengo de degollar.

GUZMÁN.

Aunque estamos en aprieto,
Muy caro os han de costar
Nuestras vidas, en efeto.

PIALÍ.

¿Que no salís á partido?

GUZMÁN.

¡Qué partidos inhumanos!

PIALÍ.

¡Caiga el fuerte!

GUZMÁN.

¡Descreídos,
Esos intentos son vanos,
Como hasta aquí lo han sido!
Que aunque estamos pocos, somos,
En el valor sin igual,
De honrados humos y tomos.

PIALÍ.

¿Cómo?

GUZMÁN.

Daremos señal
Con nuevos bríos y comos.

PIALÍ.

¡Ea, acometed apriesa!
¡Solimán! ¡Turquía! ¡Turquía!
¡Mirad lo que se interesa;
Apriesa la batería;
Tirad la bombarda gruesa!

Danse apriesa, y van subiendo los turcos, y en estando junto á las almenas del castillo, dice Guzmán:

GUZMÁN.

¡Oh Comendadores santos,
Mártires seréis desde hoy,
Porque los moros son tantos,
Que entiendo que estáis y estoy
Cercado de mil espantos!
¡Ea, nobles religiosos
Y castos Comendadores,
Que habéis sido muy famosos,
Y aunque no sois vencedores,
Creed que sois victoriosos.
Victoriosos sois y honrados,
Pues que ya en el cielo os dan
El premio. ¡Oh buenos soldados,
Á quien el bendito Juan
Llamará fieles cruzados!
Pero ¿cómo me divierto,
Que me cercan poco á poco?
¿Cómo no me juzgo muerto?
¡Oh Guzmán! ¡Oh Guzmán loco,
Loco al fin, bien loco, cierto!
Prometistes á Sultana
Envialle á Celinda mora:
Ella fué promesa vana,
Que mal cumpliréis ahora
Con la princesa otomana.
De aquí me quiero arrojar
Para contar el suceso
Al Maestre; échome al mar;
Que si este paso atravieso,
Sin duda podré llegar.
¡Perros, no me cogeréis!
¡Valedme, San Juan divino,
Porque si vos me valéis,
Haré por el mar camino:
Échome, vos me guiéis!

Échase Guzmán el castillo abajo, y sonando cajas y gritos, suben los moros, y dicen, apoderándose del fuerte:

PIALÍ.

Á pesar de Mustafá,
Es nuestro Santelmo.

MUSTAFÁ.

¡Cielo,
Notable pena me da!

PIALÍ.

¡Caiga esa cruz por el suelo,
Y nuestra insignia plantá!

DRAGUT.

Con favor de la fortuna,
Que ha sido de nuestra parte,
Fijo en aquesta coluna
El victorioso estandarte
Y nuestra felice luna.

Quitan los estandartes cristianos y ponen la bandera mora con una media luna grande y la cola del caballo en ella.

PIALÍ.

Degüéllense los caudillos
Que este fuerte defendían.

MAHOMAT.

Perdón piden.

PIALÍ.

No hay ofllos.
Juan, las almas que te envían,
Sal del cielo á recibillos.
¡Victoria griten, victoria,

Y llámese de Pialí
Este fuerte en su memoria,

Bajan abajo, donde está Mustafá.

Vencedor soy, no por ti,
Ni de Mustafá es la gloria;
Y si á obedecer no empiezas,
Aunque la armada destruya,
Á pesar de tus bravezas,
Pondré, Mustafá, la tuya
Con aquellas dos cabezas.

Vense en Santelmo las cabezas de Monserrate y Nigroponte.

MUSTAFÁ.

Basta lo que has desflemado;
En los cruzados, no en mí,
Quieras ser aventajado,
Pues sabes que soy aquí
Por tu superior nombrado,
Y ansí, procura mandar;
En la guerra que se ofrece
Haréte vivo quemar,
Que más castigo merece
Quien excede el gobernar.
Vosotros, turcos, no fieles,
Que seguisteis su opinión
Contra mi gusto, crueles,
No os castigo, aunque es traición,
Por bisoños y noveles,
Porque alcanzasteis victoria
A costa de Berbería
Y su perdición notoria,
Pero creed que algún día
Tendré de aquesto memoria.
Sabe Alá cuánto me pesa
No de verte victorioso
Y con tan honrosa empresa,
Que no es hecho tan famoso
Ni es tan brava hazaña ésa;
Pero ¿qué ha de suceder?
¡Por este asalto primero
Venirse el campo á perder!
¿Qué bárbaro consejero
Fué el que te pudo mover?
Esa munición que resta,
Si es tan poca, es bien se gaste
Contra Malta, en armas puesta;
Prosigue tú que empezaste,
Y verás lo que te cuesta.
Sólo esa soberbia falta
Para acabar de perderte.

PIALÍ.

Vuela mi fama muy alta.
¡Ya queda por nuestro el fuerte!
¡Muera el Gran Maestre en Malta!

Vanse todos los turcos, y sale el Gran Maestre armado, con peto, espaldar y gola.

MAESTRE.

Para que me vean llorar
Mis cruces, levanto el yelmo.
¡Oh mi perdido Santelmo!
¿Cuándo os volveré á cobrar?
Las banderas de la muerte
Veo plantadas en vos:
¡San Juan, amado de Dios,
Perdido habéis vuestro fuerte!
¿Quién me dará relación
Desta pérdida cruel?
¡Oh sangre justa de Abel,
Vertida contra razón!
Un hombre en el agua viene
Peleando con la muerte:
Si no se arrojó del fuerte,
Algún gran misterio tiene.
Quiero bajarme á la orilla
Para entenderle mejor.

Quítase del fuerte de Malta, y sale D. Diego de Guzmán algo mojado, si quisiere.

GUZMÁN.

Cansado Comendador,
Vivo sois por maravilla.
Ya piso vuestras arenas,
Malta, madre piadosa;
Malta, que fuistes famosa,
Y ahora sois madre de penas.
¿Con qué famosas proezas,
Maestre honrado, os vengo á ver,
Si se acaba de romper
Santelmo con gruesas piezas?
¡Ah, Maestre de San Juan,
Ven á ver, si no es locura,
Tu desdicha, y desventura
De don Diego de Guzmán!

Sale el Maestre.

MAESTRE.

¿Qué es esto, noble don Diego?
¿Qué venida es ésta ansí?

GUZMÁN.

Diré, pues vengo ante ti,
Mi suceso.

MAESTRE.

Eso te ruego.

GUZMÁN.

Dentro en una carabela
Me metí por ese mar;
Cautiváronme; entreguéla
Cansado de pelear,
Roto el timón y la vela.
Diez barcas me acometieron;
Peleé hasta que gasté
La munición, y murieron
Diez cruzados de la fe,
Y á mí solo me prendieron;
Pero testigo es mi espada
Si ella puesta en estas manos
En la enemiga celada,

Si con sangre de paganos
No quedó bien esmaltada.
  Á cuarenta y seis dí muerte,
Y al fin me entregué á prisión:
Bien se aventuró mi suerte.

MAESTRE.

Siempre os tuve en opinión
De valeroso y de fuerte.
  Mas ¿cómo, estando en Turquía
Cautivo, en esta batalla
Te hallaste?

GUZMÁN.

Fué suerte mía.
Vine con esa canalla
Seguro de noche y día;
  Acá me envió Sultana,
Por lo que después sabrás,
Con libertad.

MAESTRE.

¿Esa insana?
El suceso me dirás
Desa tigre.

GUZMÁN.

Halléla humana,
  Y mandó, de amor rendida,
Que á lo español me vistiese,
Y de mi desdén corrida,
Trocó el intento en que hiciese
Una cosa, por su vida:
  Que, dándome libertad,
Una mora le entregase,
Cautiva en esta ciudad,
Y que cumplirlo jurase
A ley de mi cristiandad.

MAESTRE.

  Y, en fin, hijo, ¿te has hallado
En Santelmo?

GUZMÁN.

Allí me hallé.

MAESTRE.

Dime, pues, lo que ha pasado.

GUZMÁN.

Apenas hablar podré.

MAESTRE.

Dilo en suma.

GUZMÁN.

Va abreviado.
  Cuatro mil turcos de guerra,
Escogidos en la armada,
Armados con armas dobles,
Que algunos doblan las armas,
Unos cargados de acero,
Y otros cargados de escalas,
Que para hacernos daño
Los más honrados se cargan,
Rodearon á Santelmo,
En cuyo presidio estaba
De Nigroponte el Bailío,
Monserrat, Miranda y Guaras.
Jugóse el artillería,
Los arcabuces disparan,
Tiran piedras de los muros,
Vuelan flechas, mimbran astas;
Fuego de artificio arrojan,
Rompen cotas, yelmos calan;
Unos se arden, otros mueren;
Unos caen, otros reparan;
Unos escalas arriman,
Otros suben las escalas,
Y en llegando á las almenas,
Almenas y turcos bajan.
El valeroso Bailío
Sobre los contrarios carga;
Llueven pelotas del fuerte;
Con sangre el muro se mancha;
Menean con furia inmensa
Picas, chuzos, alabardas,
Caramuzas, espantones,
Alfanjes y cimitarras;
Los unos guardando el fuerte,
Los otros dando las guardas;
Aquéstos arriba mueren,
Estotros muriendo bajan.
«¡Solimán!», gritan los unos;
«¡Santïago!», los de Malta;
«¡San Juan!», los Comendadores;
Los bajáes, «¡A esta farla!»
Cuando, cansados los nuestros,
Ó nuestra dicha cansada,
En la defensa enflaquecen
Casi seis horas pasadas,
Suben los turcos arriba
Cubiertos de sus adargas,
Y los de las blancas cruces
Los hieren y los maltratan.
Corre la turquesca sangre
Mezclada con la cristiana,
Que en semejantes desdichas
Lo más contrario se abraza.
Llegó volando la hora
En que habían de dar sus almas
En aquel asalto triste
Treinta y siete cruces blancas.
Suben arriba los moros,
Derriban, hieren, maltratan;
El sitio les desocupan,
Sobre los muros se arraigan,
Y quitando la bandera
Que por San Juan tremolaba,
Se viene al suelo, y la suya
Con grita y trompetas plantan.
No quedó sargento á vida,
Alférez, cabo de escuadra,
Capitán, soldado, todos
Mueren, ninguno se escapa.
Sin sangre los cuerpos vuelan,
Sin hebilleta las armas,
Sin remedio las heridas,
Las vidas sin esperanza.
Yo, que para mayor pena
Quedé vivo, echéme al agua;
Nadé, canséme, atrevíme

Sólo para ver tus canas.
Esto ha pasado en Santelmo,
Perdióse; guarda tu casa;
Que los turcos victoriosos
Se vienen entrando en Malta.
Y si algún premio merezco,
Porque cumpla mi palabra,
Dame á Celinda, enviaréla;
Que prometí de envialla.

MAESTRE.

Verdaderamente creo
Que por mis pecados son
Estas desdichas que veo,
Pues se dirá, y con razón,
Que mal mis canas empleo.
¡Santo Dios! Suceso tal,
¿Cómo, Señor, le reciben
Malta y su fuerte real?
¿Qué pecado fué si viven
Mis Comendadores mal?
Aunque ninguno ha plantado
Cruz al pecho sin que venga
Confesado y comulgado,
Y sin que primero tenga
Certeza de que es honrado.
Mas no hay que esperar, Señor,
En ningún socorro humano;
Yo me regiré mejor,
Y así, en vuestra santa mano
Pongo todo mi favor;
Que despaché á don García
Creyendo que él sólo en Malta
Favorecerme podría;
Confieso, Señor, mi falta,
Y la lloraré algún día.
Y en lo que á Celinda toca,
De volvérsela á Sultana
Tendrás confianza poca.

GUZMÁN.

¿Por qué, Maestre?

MAESTRE.

¡Es cristiana!

GUZMÁN.

¡Oh loco! ¡Oh promesa loca!
Mira, señor, que juré
Por aquesta insignia honrosa,
Y mi palabra empeñé,
Y que es de cumplir forzosa
La promesa de la fe.

MAESTRE.

Importa á la religión
No desamparar á Malta,
Y más en esta ocasión.

GUZMÁN.

¿Quieres que dé en tanta falta
El valor de mi opinión?
¡Quedar infame un cruzado
Con tu hacienda mantenido,
Con aquesta cruz honrado,
Que quede por fementido
Y que infame ande á tu lado!
Por infame quedaré
No cumpliendo, si ofrecí,
Y mal me acreditaré.

MAESTRE.

Importa morir aquí,
Esto importa y esto es fe.

GUZMÁN.

Mire Vuestra Señoría.....

MAESTRE.

Sopena de inobediencia
Le mando callar.

GUZMÁN.

El día
Que perdiere la obediencia
Perderé mi hidalguía.

Suena dentro música de chirimías.

MAESTRE.

¿Cómo ó quién hace alegrías
En tan infelices horas
Y en tan lamentables días?
¿Qué es esto, Malta, ansí lloras
Con trompas y chirimías?

GUZMÁN.

Hacia esta parte endereza.

MAESTRE.

Venga quien mi mal aumente;
Que en música la tristeza
Más se llora y más se siente.
Muerte, ¡á sepultarme empieza!

Van saliendo los cuatro Comendadores: uno con una fuente, y en ella un jarro de agua, de plata, y otro con una fuente con unas velas de cera blanca, y otro con un salero, y otro con una corona de laurel, todos con toallas, y Celinda detrás, á lo español, tocando á todo esto la música de chirimías.

¿Qué es esto, Comendadores?
¿Es el tiempo ocasionado
Para galas y primores?

DON ANTONIO.

Hay un nuevo bautizado.

MAESTRE.

Pues haced fiestas mayores;
Que esa conversión dichosa
Será posible que rinda
De Dios la ira enojosa.
Pero ¿quién es?

DON ANTONIO.

Es Celinda.

CELINDA.

Yo soy.

MAESTRE.

¡Oh Celinda hermosa!
Ya os he dicho que la palma
Entre las damas lleváis,
Mas hoy las quedáis en calma,
Que sois cristiana y estáis
Hermosa en cuerpo y en alma.
¿Qué nombre tenéis.

CELINDA.

María.

MAESTRE.

Nombre de gran excelencia;
Vivid en mi compañía.

CELINDA.

Antes quiero tu licencia
Para volver á Turquía.

MAESTRE.

Á Turquía, ¿para qué?

CELINDA.

Para ser mártir allí
Predicando nuestra fe.

GUZMÁN.

Mi palabra cumplo ansí.

MAESTRE.

Esa licencia os daré;
Que tan cristiano deseo
No es justo que yo le impida.

CELINDA.

La muerte á los ojos veo,
Pero no estimo la vida;
Bien la gasto y bien la empleo.
Veré á Sultana, y con ella
Trataré su salvación.

GUZMÁN.

Importa á mi honra el vella.

CELINDA.

Él ha tenido afición,
Y quiero al cielo traella.

MAESTRE.

Guzmán, llevalda á la armada,
Y á quien ella más os pida
La dejad encomendada.
Partí luego.

CELINDA.

Mi partida
En el alma es deseada.

GUZMÁN.

Así cumpliré mi oferta
Prometida á la Sultana;
Viva la vuelvo y no muerta.
Vamos, famosa cristiana,
Que al martirio vas muy cierta.

Vanse Guzmán y Celinda.

DON ANTONIO.

Parece que desampara
La armada turca á Santelmo,
Porque pieza no dispara.
¡Al arma! Ponéos el yelmo,
Que vienen ya cara á cara.
Voces suenan, gritos dan.

Suenan dentro cajas y voces de turcos, que digan: «¡Guerra! ¡Guerra! ¡Turquía!»

MAESTRE.

Estos son los atambores
Del perverso Solimán.
¡Al arma, Comendadores!
¡Viva mi patrón San Juan!

Vanse todos diciendo: «¡Al arma!»

Sale por otra parte Antonio Ponce, cautivo, solo.

ANTONIO PONCE.

Verdes alisos altos,
Lugar acomodado á llorar penas,
Monte de sobresaltos,
Selvas frondosas, de tristezas llenas,
Hoy tenéis encubierto
Un corazón con pesadumbre muerto.
Mis más floridos años,
Sin gusto y libertad pasé cautivo,
Llorando muchos daños,
Muerto á los gustos y á las penas vivo,
Mi padre lamentando,
Viéndole á una galera estar remando.
Yo muero por hallalle,
Que tan buen padre me lastima ausente,
Y no reverencialle,
Crueldades son de hijo inobediente;
Hoy le veré, aunque muera,
Entre turcos remando su galera.

Aparece Luis Ponce ahorcado en un aliso, y Nuestra Señora en la cogolla de él.

NUESTRA SEÑORA.

Antonio, considera
Este árbol por divinas maravillas,
Y, cual tu padre, espera;
Espera tú, que á ti y á él dos sillas
El cielo os apercibe;
Que, aunque al parecer muerto, por mí vive.
Para mayor tormento,
Su vida he reservado, y mayor gloria.
Recibe, hijo, contento,
Que el cielo os tiene puestos en memoria,
Y hoy vence á su homicida,
Pues detengo las riendas de su vida.

ANTONIO PONCE.

¡Visión maravillosa,
Llorosa crueldad y alegre aliso!
¡Oh planta misteriosa,
El árbol seréis hoy del Paraíso,
Pues vuestro ramo vierte
La fruta de la vida y de la muerte!
Y yo, el Adán segundo
Seré, que á la manzana aficionado
Más hermosa del mundo,
Del sentimiento triste enajenado,
Do veo la pena esquiva
Del fruto muerto con la fruta viva.
¿Qué es esto, Virgen Santa?
Fuente de amor, purísima Señora,
¿Qué mereció esta planta
Que habéis venido á remediar ahora,
Para que lleve á un punto

La misma vida y muerte misma junto?
Nunca jamás vió el suelo
En una planta tan contrario fruto;
Vos el gusto del cielo,
Mi padre muerto, de la tierra el luto,
Y todo en una rama:
Milagros nuevos cantará la fama.

NUESTRA SEÑORA.

Grande amor has descubierto;
Esto verá el homicida.
Tu padre vive.

ANTONIO PONCE.

Es muy cierto,
Pues vos sois la misma vida
Y estáis con él, que no es muerto.

NUESTRA SEÑORA.

Alarga, Antonio, tu brazo;
Que mi ayuda te daré
Para que cortes el lazo.

ANTONIO PONCE.

Muy alto está; no podré
Aun sólo darle un abrazo.

Bájase el aliso por invención, tocando la música, y desátale Antonio.

NUESTRA SEÑORA.

Desata, Ponce.

ANTONIO PONCE.

¡Oh grandeza,
Jamás en el mundo oída!
¡Padre y señor!

LUIS PONCE.

Hoy empieza
Con nuevo curso mi vida,
Contra el de naturaleza.
¿Quién me ha defendido?

Desaparece la Virgen.

ANTONIO PONCE.

Aquella
Madre de los afligidos;
Alzad los ojos á vella.
¡Oh triste! ¡Oh bienes perdidos!
Árbol dichoso, ¿qué es della?
Fuése, padre, y dejó obscuro
El mundo, y el sol con luto.

LUIS PONCE.

¿Á quién procuras?

ANTONIO PONCE.

Procuro,
Padre, en el aliso el fruto,
Siempre verde y siempre puro;
Pero abrazadme, y después
Sabréis lo que ha sucedido.

Abrázanse.

Salen Dragut, Mahomat y Mustafá.

DRAGUT.

Solos venimos los tres;
Ya á Malta he reconocido.

MUSTAFÁ.

¿Es mucho?

DRAGUT.

Mucho no es.

MUSTAFÁ.

Bien está el campo plantado,
Porque aquella montañuela,
Por lo menos, guarda un lado.
¿Quién va? ¿Quién vive?

LUIS PONCE.

Quien vela.

MUSTAFÁ.

Pues ¿no te dejé colgado?

ANTONIO PONCE.

Sí; pero yo le quité.

MUSTAFÁ.

Moriréis juntos agora.

ANTONIO PONCE.

Muy contento moriré;
Dejadnos morir, Señora,
Pues morimos por la fe.

LUIS PONCE.

Yo no sentiré la muerte
Si vamos acompañados.

ANTONIO PONCE.

Contento moriré en verte.

MUSTAFÁ.

Pues moriréis apartados.

LUIS PONCE.

¡Brava pena!

ANTONIO PONCE.

¡Triste suerte!

LUIS PONCE.

Abrázame, pues me hace
Mi dicha apartar de ti.

Desvíanlos.

MUSTAFÁ.

¡Desvialdo, no le abrace!

LUIS PONCE.

¿Tan gran crueldad reina en ti?

MUSTAFÁ.

De tus falsedades nace.

LUIS PONCE.

¡Adiós, hijo!

ANTONIO PONCE.

¡Padre amado,
No he de morir hasta hallarme
De aquesos hombros colgado!

LUIS PONCE.

¿Díceslo por consolarme?

ANTONIO PONCE.

Buscaréos despedazado.

LUIS PONCE.

¿Prométeslo?

ANTONIO PONCE.

Y cumplirélo.

LUIS PONCE.

Pues voy esperando verte.

Adiós.

ANTONIO PONCE.

No llevéis recelo;
Que el lugar de vuestra muerte
Me llevará al mismo cielo.

MUSTAFÁ.

La paciencia con que mueren
Éstos, suspende y admira.

Llevan Dragut y Mahomat á los dos, padre é hijo.

Salen Celinda y Guzmán.

GUZMÁN.

Sufre cuanto mal te hicieren.

MUSTAFÁ.

Ejecútese mi ira;
Otra clemencia no esperen.

GUZMÁN.

Aquéste es el General;
No te dé temor, señora,
Su braveza sin igual;
Que el alma que á Cristo adora
No teme peligro tal.

Vuelven Mahomat y Dragut.

DRAGUT.

¿No es éste Comendador?

GUZMÁN.

Nunca escondí mi cruz blanca
Por vergüenza ni temor.

MUSTAFÁ.

¡Desa cimitarra arranca,
Y muera!

MAHOMAT.

¡Date, traidor!

GUZMÁN.

¿En tal ocasión se emplea
Mi espada, turcos guerreros?

MAHOMAT.

¡Calla!

GUZMÁN.

Esa braveza es fea;
Que con tales caballeros
Es mi derecha pelea.

MUSTAFÁ.

¡Prendelde!

CELINDA.

Nadie le toque
Hasta que este anillo vea.
¿Conocéisle?

GUZMÁN.

Ya mi estoque
En buena ocasión se emplea.

MAHOMAT.

General, ¿quiés que le apoque?

CELINDA.

Mirad su defensa.

MUSTAFÁ.

¿El sello
De la hermosa Sultana
Es éste?

GUZMÁN.

Ya contra ello
Tu mucha cólera allana.

MUSTAFÁ.

No te ofendo en un cabello.

GUZMÁN.

Ésta, Mustafá, es la prima
De Sultana, hermosa estrella
Que tanto quiere y estima.

MUSTAFÁ.

¿Qué es esto, Celinda bella?
El verte ansí me lastima.
¿Es ése el cendal turquí
Que adornaba tu cabeza?
¿Qué es del trozo carmesí
Que á tu imagen de belleza
Prestó el santo Alá, que vi?
¿Qué es de aquel brocado honroso
Que tu persona adornaba?
¿Qué es del zafiro famoso
En que el Turco se miraba,
Más que el mismo sol hermoso?
¿Es aquesta la figura
De la mora más hermosa
Que ha visto jamás criatura?
¿Eres tú aquella preciosa
Lámina de hermosura,
Aquella que oro pisaba,
La que perlas se vestía
Y la que Sultana amaba,
La aurora del alba fría
Que el Gran Turco regalaba?
¿Qué habito es ése?

CELINDA.

El que adoro,
Y el que ya no trocaría
Por toda el Arabia de oro.

MAHOMAT.

¿Cómo, Celinda?

CELINDA.

María
Soy ya, que este nombre adoro.

MUSTAFÁ.

Cristiana debes de ser.

CELINDA.

Cristiana, gracias al cielo.

MUSTAFÁ.

¡Oh temeraria mujer!
Échala en el mar.

GUZMÁN.

Apelo;
General, no puede ser,
Que al sello estás obligado
Y mando de la Princesa.

MUSTAFÁ.

¡Muy mucho sabes, cruzado!
Dices bien; mucho me pesa
De que me sientas atado.

GUZMÁN.

Viva la ha de ver Sultana.

MUSTAFÁ.
Pues embárquenla.
GUZMÁN.
Sea ansí.
MUSTAFÁ.
Embárquese esa cristiana
En la barca de Pialí.
GUZMÁN.
Quedá adiós, gente pagana.

Vase por diferente parte y éntranse los demás.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA.

JORNADA TERCERA.

Salen D. Álvaro de Sande y D. Pedro, piloto.

DON ÁLVARO.
Toda la costa he corrido
Con una sola barquilla,
Y el puerto, de orilla á orilla,
Seguro y reconocido.
Haréis mi seña sin miedo,
Pues no hay galera que impida
La deseada venida
De don García de Toledo.
Retirada está sin falta
La armada infiel de Turquía.
¡Viva el virrey don García,
Y llegue el socorro á Malta!
¿Qué dices, don Pedro?
DON PEDRO.
Digo
Que hay mucha seguridad:
La gente desembarcad
Segura del enemigo;
No hay para qué dilatallo;
Que una legua de distrito
Se oye del cómitre el pito
Y la ronca voz del gallo.
Tampoco hay farol que alumbre.
DON ÁLVARO.
Haremos un desconcierto
Notable, si los han muerto,
Que es entre turcos costumbre.
Perplejo estoy.
DON PEDRO.
No hay de qué,
Pues habemos rodeado
El puerto desocupado,
Sin que en él galera esté.
DON ÁLVARO.
Haz el fuego, Pedro santo;
Defended en vuestro día
La armada de don García,
Que hoy toda en Malta la planto;
En viendo ese fuego, llega
La armada á desembarcar,
Si es que aciertan á llegar
Con la obscura noche ciega.
DON PEDRO.
El fuego está hecho. ¡Malta,
Tu socorro está seguro!
DON ÁLVARO.
¡Oh San Juan, Patrón del muro,
Vuestro socorro nos falta!

Sale D. García de Toledo con dos soldados que traen dos mechones dobles encendidos.

DON GARCÍA.
La seña ha hecho la espía.
¡Alto al puerto, y viva España!
¡Ningún atambor se taña!
¡Con silencio, gente mía,
Que es la noche muy serena
Y oirán cualquier alboroto!
¡No mueva el labio el piloto,
Ni el forzado la cadena!
¡Silencio! ¡Silencio!

Dentro:

¡Tierra!
¡Tierra, España, y Malta viva!
DON ÁLVARO.
¡Cielo! ¿En este punto estaba
El suceso de la guerra?
¡Esta es la hora dichosa
Que está en el puerto la armada!
DON GARCÍA.
¡Ya la tierra deseada
Ocupáis, gente famosa!
DON ÁLVARO.
¡Viva España!
DON GARCÍA.
¿Quién lo clama?
DON ÁLVARO.
Don Alvaro, tu soldado.
DON GARCÍA.
¡Oh, español fuerte y honrado,
Dad los brazos al que os ama!
¡Bien habéis hecho el oficio
De espía, que os encargué!
DON ÁLVARO.
¡Gran Toledo, más haré
Como importe á tu servicio!
DON GARCÍA.
Ea, Malta, hoy es el día
De vuestra restauración,
Que San Juan, vuestro Patrón,
Un su devoto os envía.
Extrañamente deseo
Verter la sangre por vos.
Malta, dad gracias á Dios,

Pues vuestros puertos poseo.
¡España, España, San Juan,
Santiago, el Turco muera!

DON ÁLVARO.

Seguid la Real bandera,
Y marchemos donde están.

DON GARCÍA.

Toca á marchar; mas primero,
Don Alvaro, quiero ver
Lo que me manda hacer
Mi Rey.

DON ÁLVARO.

¡Noble caballero!

DON GARCÍA.

Traigo aquí un pliego sellado,
Que, por carta y de palabra,
Me manda que no le abra
Hasta haber desembarcado.
Ya lo estoy: ábrole: ¡luces!

Llegan los mechones.

¿Qué mandas, real majestad?
Prueba mi fidelidad,
Que á tu servicio reduces.
¡Mándame que en Malta muera
Por Dios, por ella y por ti,
Que hoy quiero mostrar aquí
Mi nobleza verdadera!
Diez años ha que profeso
Las armas, y no he hallado
Donde haya más deseado
Pelear: yo lo confieso.
Si esto me mandas hacer,
Favor será de los grandes;
Mas, cuando otra cosa mandes,
Mi gusto es obedecer.

Ábrela.

«En llegando nuestra armada
A Piedranegra segura,
Cuando el puerto que procura
Goce la gente cansada,
Quiero, virrey don García,
Que ella se quede, y que vos
Os volváis.» ¡Oh, santo Dios!
¡Oh carta, cuánto os temía!
«Á Sicilia os volveréis,
Y hasta que otra cosa os mande,
Á don Álvaro de Sande
El bastón entregaréis.»

Deja de leer.

¡Oh Reyes! ¡Oh majestad,
Contra quien no hay resistencia!
¡Oh rigurosa obediencia,
Freno de la voluntad!
¿Tan inútil me ha hallado
Mi Rey para pelear?
¡Basta! Vuélvome á embarcar.
¡Adiós, ejército amado!
¡Adiós, Álvaro excelente,
Y tomad este bastón;
Que de vuestra discreción
Fía el Rey toda su gente!

DON ÁLVARO.

El trueco de General
Á nuestro ejército engaña.

DON GARCÍA.

Á cualquier hombre de España
Sois vos en valor igual.

DON ÁLVARO.

Manda el Rey que le reciba;
Su mandado se ha de hacer.

DON GARCÍA.

¡Ea, don Álvaro, á vencer!
¡Viva el Rey, y Malta viva!
Yo me embarco.

DON ÁLVARO.

Venga el día,
Que el punto será sin falta.

DON GARCÍA.

No ha de verme en tierra Malta.

DON ÁLVARO.

Pues, famoso don García,
Vuestra Excelencia me mande.

DON GARCÍA.

Mi deber haré por vos.
¡Ea! ¡Ah del navío! Adiós,
Buen don Álvaro de Sande.
Poderoso os dejo en tierra;
Haced una gran hazaña.

Vase.

DON ÁLVARO.

¡Malta! ¡Malta! ¡España! ¡España!
¡Santïago! ¡Guerra! ¡Guerra!

DON PEDRO.

Cajas suenan y atabales:
¿Si es el gran Maestre?

DON ÁLVARO.

Sea;
Que ya mi vista se emplea
En ver sus blancas señales,
Que aquella blanca encomienda
Y cruz, me parece bien.

DON PEDRO.

Bien empleada está en quien
Tantos agravios enmienda.

Sale el Maestre con D. Diego de Guzmán
y los demás Comendadores.

MAESTRE.

¡Oh ejército venturoso
De España, en buen hora estéis!
¿Qué es del General famoso?

DON ÁLVARO.

Famoso no le busquéis;

Que el volverse fué forzoso.
Tuvo el virrey don García
Orden del Rey bien contrario
Del deseo que tenía:
Volvióse; fué necesario.

MAESTRE.

¡Oh suerte infelice mía,
Que aun no me quiso hablar!

DON ÁLVARO.

No, que fué la priesa grande;
Pero dejó en su lugar
Á don Álvaro de Sande,
Á quien vos podéis mandar;
Yo soy, ordenad de mí
Y de la gente que rijo.

MAESTRE.

Abrazadme si es ansí;
Que os tengo en lugar de hijo
Desde el momento que os vi.
¿Qué gente traéis?

DON ÁLVARO.

Bastante
Para acabar esta guerra.

MAESTRE.

Pues comiéncese al instante;
Que á media legua de tierra
Se aloja el Turco arrogante;
Al amanecer pretendo
Que nuestra gente acometa.

DON ÁLVARO.

¡Ea, España, entrad venciendo!
¡Muera Mahoma y su seta!
La fe santa os encomiendo;
Márchese en orden á ellos.
¡España! ¡España! ¡San Juan!

MAESTRE.

Llegar con bien y vencellos;
Que el descuido con que están
Bastará á descomponellos.
General, tu gente arranca,
Que la desierta campaña
Nos dejan los turcos franca.
¡Viva Malta, y éntre España
En favor de la cruz blanca!

Éntranse gritando: «¡España! ¡San Juan! ¡Santiago!» Dase la batalla en Malta, y vese arriba á fray Juan, fraile descalzo de San Francisco, con una espada desnuda en la mano derecha y un crucifijo en la izquierda, y, cesando el ruido dentro, dice desde lo alto:

FRAY JUAN.

«¡España!», gritan los unos,
Y los otros, «¡Santïago!»
Con gran furia se acometen,
Uno á uno, los dos campos.
¡Ea, famosos españoles,
Ea, malteses honrados,
Emplead vuestro valor
Y mueran esos paganos!
¡Ah, don Álvaro famoso!
¡Oh español, valor y amparo
De las cruces de San Juan,
Sois otro Cipión romano!

Suena dentro grita y ruido de cajas y armas, diciendo unos: «¡Turquía! ¡Solimán!», y otros: «¡San Juan! ¡Santiago! ¡España!,» y, cesando, prosigue:

¡Ansí, caballero, noble
Sande, valiente soldado!
Si son todos como vos,
Los turcos verán su daño.
¡Ea, caballeros todos,
Ánimo, fieles cruzados,
Bien empleáis las espadas,
Pues que vais matando tantos!

Vuelve el ruido dentro, y, cesando, prosigue:

¡Y vos, Guzmán, fuerte escudo
De los ánimos honrados,
Pelead, descomponed!
¡Ánimo, valiente hidalgo,
Muchos habéis muerto ya!
En su sangre estáis bañado;
Sois Roldán en Roncesvalles,
Y sois un Cid castellano.

Vuelve el ruido dentro, y, cesando, prosigue:

Pero ¿qué es esto, don Diego?
Mirad el Crucificado;
No tema quien tantos mata;
Esos turcos, aunque cuatro,
Son de los más carniceros
Que sustenta todo el campo;
Pero, esperad, bajaré,
Hallaréme á vuestro lado.

Sale D. Diego herido, y el fraile, desde el muro para dentro, tira golpes con la espada.

GUZMÁN.

¡Oh Malta, cuánto me cuestas!
Como bueno he peleado
Por vos cruz, por vos San Juan,
Y ya sin vida he quedado;
Ya me aquejan las heridas;
Ya la sangre que derramo
El ánimo desfallece.
¡Mi Cristo, sed hoy mi amparo!
¡Oh espada bien empleada,
Regida por esta mano,
Vuestro dueño os deja hoy,
Entrad en poder honrado!

FRAY JUAN.

¡Oh amigo! ¡Oh noble don Diego!
La fama os ha coronado;
Agonizáis con la muerte;
Mucho hicistes, no me espanto.

GUZMÁN.

Estoy, padre, muy herido;

Siéntome muy maltratado,
Mas estas heridas, padre,
Vidas de muchos costaron;
Pero á la batalla vuelvo,
Que algún aliento he cobrado,
Y con el ansia mortal,
Haré en los turcos estrago.
Del bando de Cristo soy,
¡Valedme, Crucificado!
Con ira á los turcos vuelvo
Para morir más honrado.

Éntrase Guzmán.

FRAY JUAN.

¡Oh, Comendador valiente,
Español y buen cristiano,
Llore tu tragedia Malta,
Haga lastimoso llanto!
Después que se fué de aquí
Ha muerto cinco paganos;
Muchísima sangre vierte;
Todos huyen de su brazo.
Seis moros le cercan ahora:
¡Ánimo, noble hidalgo!
Ya tiene muertos los tres:
Los demás le han maltratado.
La rodilla tiene en tierra,
Y la una pierna colgando;
Ya muere: la espada besa.
¡Dios te ampare, mártir santo!

Publican la victoria dentro, diciendo: «¡Malta, España, victoria, victoria!», y saldrán, retirándose, cuando se advierta, Mahomat, Dragut y Mustafá, de D. Álvaro de Sande, del Maestre y de D. Antonio Colona; y prosigue ahora el mismo fray Juan:

Ya publican la victoria,
Y el Turco se ha retirado.
¡Oh valeroso Maestre,
César en Malta laureado!
Los brazos bajo á pedirte:
Poco haré en pedir los brazos,
Sino meter en el alma
Tus hazañas y hechos raros.

Éntranse, y salen los dichos arriba, como se dice.

DON ANTONIO.

Poca defensa tenéis.
Antes que estéis embarcados,
¡Oh bárbaros! moriréis;
Esperad á los cruzados,
Si cautivarlos queréis.

DON ÁLVARO.

¡No has de embarcar, perro; tente,
Que hoy has de morir aquí!

MUSTAFÁ.

Pialí, ¿dónde está tu gente?
Echa una barca, Pialí,
Que aquí nos matan cruelmente.

DRAGUT.

¡Echa un pataje, un batel!

MAHOMAT.

¡Vengan dos, con remo y vela,
Para entrar en el bajel!

MUSTAFÁ.

¡Un esquife ó carabela!
¡Acaba, turco cruel!

Aparécese Pialí en un alto ó gavia de navío, y en diciendo él, disparan dentro, si quisieren, dos ó tres arcabuzazos, y retirarse han los cristianos, y éntranse, huyendo, los moros, como en un navío ó barco.

PIALÍ.

¡Asestaldos!

MAESTRE.

¡General,
De las galeras nos tiran,
Podrémoslo pasar mal!

PIALÍ.

Embarcad, pues se retiran.

MAESTRE.

La ventaja es desigual;
Retirémonos.

Pónense los moros con Pialí en lo alto.

MUSTAFÁ.

¡Mahoma,
A tu pesar tengo vida!
¡Perra chusma, el remo toma!

MAESTRE.

¡Huís, canalla oprimida,
De Malta, que os rinde y doma!

Éntranse los cristianos.

MUSTAFÁ.

¡Huid, perros! Llegá al mar,
Que aquí al mundo esperaré,
Y aun antes del embarcar
Llegad, que no os huiré,
Si aquí me queréis probar.
Pialí, si me hubieras creído
Y la comisión cumplieras
Como te fué cometido,
Con tus naves y galeras,
Hoy hubiéramos vencido.
Quisiste mandar en tierra,
Usurpándome mi cargo;
Hiciste, sin tiempo, guerra,
Que fué hecho atroz y amargo,
Pues con tal fin nos destierra.
Las municiones gastaste,
Murió en Santelmo gran gente;
Confiesa que te engañaste,
Que, aunque quedaste valiente,
Muy mal lo consideraste.
Si quedaras en el mar,
Del Gran Turco fuera Malta;
Dejárasme gobernar,

Y no cayeras en falta,
Que es mal que hemos de llorar.
Si te hubieras entendido,
Ni el socorro en Malta entrara,
Ni el campo fuera perdido,
Ni Mahoma se quedara
Sin su paso defendido.
Yo haya mal, porque sufrí
Tu orden, tan mal regida
Como yo lo colegí:
¡Y no te quité la vida!
Mal hice, no me entendí.

PIALÍ.

¿Qué dices, vil General?
Yo he hecho mi oficio bien;
Si tú te has regido mal,
No culpes, bárbaro, á quien
Es valiente y es leal;
Que si tú la artillería
En tierra hubieras plantado,
Turco, como convenía,
No volviera aniquilado
Nuestro campo á Berbería.

MUSTAFÁ.

Ya no tenemos remedio;
Temiendo al Gran Turco voy.

MAHOMAT.

Póngase ahora el mejor medio.
¡Derreniego de quien soy!
Temed, turcos, este asedio.

MUSTAFÁ.

¡Oh Mahomat cauteloso!
¡Por Alá, que he de quemar
Un tu retrato engañoso!
¡Ea, canalla, á bogar!
¡Alto, cómitre, animoso!
Creo que os tiene atazados
Este común desconsuelo.
¡Ea, cómitre; á los forzados
Desampara el maltés suelo!
No revuelvan los cruzados.

Éntranse, y salen el Maestre, D. Álvaro y los Comendadores.

MAESTRE.

¡Victoria, Malta! ¡San Juan,
Victoria por tus cruzados,
Que llenos de honor están!

DON ANTONIO.

Los muertos fueron contados.

MAESTRE.

¿Son muchos?

DON ANTONIO.

Treinta serán.

MAESTRE.

¡Treinta solos!

DON ANTONIO.

Solos treinta.

MAESTRE.

¿Qué Comendador nos falta?

DON ANTONIO.

Uno, y no de poca cuenta,
Que es Guzmán.

MAESTRE.

No tendrá Malta
Pesadumbre que más sienta;
Buscaréle, y si le pierdo,
Perderé un Comendador
Honrado, valiente y cuerdo.

Dice Antonio Ponce desde dentro:

ANTONIO PONCE.

Humanos, si mi dolor
Es digno de vuestro acuerdo;
Si lo que un hombre padece
Suele enternecer abrojos,
En este risco se ofrece
Una crueldad que, á mis ojos,
Mayor que crueldad parece.

MAESTRE.

¿Qué es esto?

DON ÁLVARO.

Una voz cansada,
De algún cristiano ofendido
Por alguna turca espada.

ANTONIO PONCE

¡Maestre jamás vencido,
Cruz blanca jamás domada,
Tened alguna memoria
Deste mi tránsito horrendo,
Y doléos, para más gloria,
De un hombre que padeciendo
Ha visto vuestra victoria.

MAESTRE.

Aquí suena, General;
Veamos quién nos vocea.

Abren, y vese crucificado á Antonio Ponce, lleno de sangre.

ANTONIO PONCE.

¡Oh viejo al cielo leal!
¡Oh cruz, en buena hora os vea
Acompañando mi mal!
¡Oh gran Maestre, oh soldado
Español, nunca vencido:
Mirad cuál me habéis hallado!

DON ÁLVARO.

¡Viéndote estoy sin sentido!

MAESTRE.

¡Mirándote estoy turbado!

ANTONIO PONCE.

¡Muero en cruz por Mustafá!
¡Mirad qué merced le debo!

DON ÁLVARO.

Dese triunfo que te da,
Dichosísimo mancebo,
Envidiosa mi alma está.
¿Quién eres?

ANTONIO PONCE.

Soy un maltés,

De la Sultana cautivo.

MAESTRE.

Llegaré á besar tus pies.

ANTONIO PONCE.

Estoy por milagro vivo
Tres días ha.

DON ÁLVARO.

¿Enteros tres?

ANTONIO PONCE.

Y gusto mucho de verte;
Que hasta que un bien me hayas hecho
Se ha de dilatar mi muerte.

MAESTRE.

Por esta cruz que á mi pecho
Honra, anima y hace fuerte,
Juro de no te negar
Cualquier cosa que me pidas.

ANTONIO PONCE.

¡Oh bondad particular!
Ya no siento mis heridas
Sólo con oirte hablar.
Es el caso, que muriendo
Está mi padre también,
Y sólo verle pretendo;
Que si mis ojos le ven,
Subiré al cielo en muriendo.
Busca por esta montaña,
Maestre, á mi padre, y di
La pena que tengo extraña,
Sólo porque muero ansí
Donde nadie me acompaña.
Dile que á Dios he rogado
Que hasta que le abrace y vea
Sea mi morir dilatado;
Que venga aquí, si desea
Ver un hijo atormentado.
Y si venir no pudiere,
Ora en la cruz, ó en los brazos,
Le traes de adonde estuviere;
Que aunque esté hecho pedazos,
Me abrazará si me viere.
Vé presto ese monte arriba;
Que penaré hasta tanto
Que en sus brazos me reciba.

MAESTRE.

¡Oh historia llena de espanto!
¡Oh amor, que de amor cautiva!
Volando voy á buscar
Esa empresa, y ruego al cielo
Que yo la merezca hallar;
Y vos, para su consuelo,
Os podéis con él quedar.

ANTONIO PONCE.

Nadie quede en este puesto;
Ilde buscando los dos
Para que le halléis más presto.

DON ÁLVARO.

Los dos vamos.

Vanse.

Queda solo Ponce.

ANTONIO PONCE.

Id con Dios.
Contento quedo con esto,
Y muy mucho más robusto;
Pero, divino Señor,
Si no os ofende este gusto,
Ó si no os cansa este amor,
Que no hará, pues es tan justo,
¿Para qué he yo menester
Que este valeroso hidalgo
Me traiga mi padre á ver,
Que si yo os obligo en algo,
Vos me le podéis traer?
Si esta sangre que derramo,
Por vos es bien recibida,
Vea yo un padre que amo,
Y pues por vos doy la vida,
Oidme ahora que os llamo.

Tócase la música, y de otra parte, apartado algún trecho, se descubre Luis Ponce, su padre, enaspado, lleno de saetas.

LUIS PONCE.

¡Válgame Dios qué alegría
Me revienta el corazón!
¿Dónde me lleváis, cruz mía,
Aspa de mi redención,
Mi amparo y mi compañía?
¿Dónde tan apriesa vamos?
¿Cómo corréis por las peñas,
Entre riscos y entre ramos?

ANTONIO PONCE.

¡Mi padre, según las señas!

LUIS PONCE.

¡Mi hijo, juntos estamos!

ANTONIO PONCE.

¡Oh padre, seáis bien llegado!
¿Cómo os habéis detenido?
¿Cómo no me habéis buscado?
¿Cómo no me habéis oído,
Tras mil voces que os he dado?

LUIS PONCE.

Estaba lejos de ti,
Y aunque tus penas sentía,
Llamábasme y no te oí.

ANTONIO PONCE.

Ya estáis en mi compañía,
Y yo en la vuestra.

LUIS PONCE.

Es ansí,
Y con harta admiración;
Que desde el monte enemigo
Do estuvo la infiel nación,
Se movió este aspa conmigo.

ANTONIO PONCE.

Llegó al cielo mi oración.

LUIS PONCE.

Pensaba yo, hijo, verte
Comendador de San Juan,
Y ¿hállote desta suerte?

ANTONIO PONCE.

Nunca estuve tan galán,
Si es gala una buena muerte.
  Cuanto más, que ya me han hecho
Comendador mil guirnaldas,
De cuyo honor me aprovecho
Con la cruz á las espaldas,
Que es más honrosa que al pecho;
  Y para que de más cuenta
Quede mi nobleza franca,
Soy Comendador con renta,
Pero no de la cruz blanca,
Sino de la cruz sangrienta.
  Pero vos, padre, otra traza
De encomienda habéis tomado;
Cruz parece que os ha armado,
Que esa cruz todo os abraza,
Porque quedéis todo honrado.
  Pues ¿quién habrá que pretenda
Preeminencias contra vos?
¿Qué lengua habrá que os ofenda,
Pues os da dos cruces Dios,
Vos cruz, y cruz la encomienda?
  Y aun mayor honor os dan,
Que envidio tanto interés,
Pues en el cielo os tendrán
Por imitador de Andrés
Y también de Sebastián.

LUIS PONCE.

  Ya estoy bien encarecido;
Pero, aunque hecho pedazos,
En todo me has excedido.
Llega, daréte los brazos;
Hare á lo que soy venido.
  Ven presto, mártir de Dios,
Y á tu padre anciano abraza,
Y luego apartémonos,
Que este lazo desenlaza
Las suertes de ambos á dos.

Camina el aspa.

ANTONIO PONCE.

¡Padre mío! ¡Cruz, espera!
Al mar de su sangre santa
Me lleva como galera.

LUIS PONCE.

¿Quién de ver tal no se espanta?
¡Oh, si algún infiel lo viera!

Con la música, caminan el aspa y la cruz, y júntanse en medio del camino.

¡Brazos con dos clavos fijos,
Manifestad el amor
De un padre para sus hijos!

Desclava los brazos.

ANTONIO PONCE.

¡Hierros, para mi dolor,
Bravos, largos y prolijos.
  Si alguna terneza os queda
Tras rigor tan sin segundo,
Dejad que abrazarle pueda,

Desclávalos.

Porque haya un hijo en el mundo
Que al padre en amor exceda!

Abrázanse.

LUIS PONCE.

No me abrazas si no aprietas.

ANTONIO PONCE.

Si me llego mucho á vos,
Hincaréos más las saetas.

LUIS PONCE.

No importa; abracémonos;
Serán lazadas perfetas;
  Que aunque por esa ocasión
Me pasen de parte á parte,
No importa, que mansas son
Como yo pueda allegarte
Al lado del corazón.

ANTONIO PONCE.

¡Dios eterno, ya he cumplido
Todo lo que he deseado!
Agora la muerte os pido.

LUIS PONCE.

Muero contigo abrazado.
¡Adiós, mi hijo querido!

ANTONIO PONCE.

¡Adiós, padre; adiós, señor,
Que tras vos me subo al cielo,
Lleno de gusto y de honor!

Quedan abrazados.

Tocan, si hay música, y salen D. Álvaro de Sande y el Maestre.

MAESTRE.

Daré vuelta á todo el suelo,
A fe de Comendador,
  Hasta hallar al mártir santo
Que he prometido buscar.

DON ÁLVARO.

¿Veis otro mayor espanto?

MAESTRE.

¡Santo Dios! ¿Quién no ha de dar
Licencia al alegre llanto?
  ¡Muertos están, y abrazados,
Libres de las cruces santas,
Los brazos despedazados!

DON ÁLVARO.

¡Oh grandeza, que levantas
Los ánimos más helados!
  ¿Quién no se admira de ver
Tan notable maravilla?

MAESTRE.

En mármol haré escribilla.

DON ÁLVARO.
¡Oh, quién tuviera poder
De llevaros á Castilla!

MAESTRE.
En Malta se quedarán
Honrando la religión
De nuestro patrón San Juan;
Que, pues que malteses son,
Su patria defenderán.

Salen todos los Comendadores que sea posible, y traen entre dos á Guzmán, muerto, en hombros, con su hábito.

Pero ¿qué es esto?

DON ANTONIO.
El honrado
Cuerpo del bravo Guzmán,
Entre los muertos hallado.

MAESTRE.
¡Oh espada que por San Juan
Tan bien habéis peleado:
En vuestra memoria haré
El más suntuoso entierro
Que en toda la Italia esté;
Y aunque vuestro cuerpo entierro,
Vivo vuestro honor tendré!
En lo que á San Salvador,
Como merece, le llevo,
Poned al Comendador
En una tumba.

DON ÁLVARO.
¡Oh mancebo
Siempre sediento de honor!

MAESTRE.
¡Oh cruz, tan bien empleada
Como cuantas hasta hoy
Han tenido á Malta honrada!
Blanca fuisteis, y ya estoy
Mirándoos toda manchada;
Pero no es mancha que infama
A vos ni á mi religión,
Antes más honrosa os llama;
Que manchas de sangre, son
Manchas que aclaran la fama.
Poca gente falta.

DON JUAN BARRIENTOS.
Poca;
Que una cruz blanca de aquéstas,
Todo un ejército apoca.

MAESTRE.
En tan nobles pechos puestas,
Esa alabanza les toca.
Vencedor quedo y honrado,
Pero con un gran pesar.

DON JUAN BARRIENTOS.
¿Qué pesar? ¿Quién os le ha dado?

DON ANTONIO.
Si se puede remediar
Por armas, no es muy pesado.

MAESTRE.
Yo mismo soy la ocasión
Desta pena que padezco;
Mis propios descuidos son,
Amigos, por quien merezco
Esta nueva confusión.
Tuve una cautiva aquí,
Turca: hícela cristiana;
Pidió licencia de mí
Para ir á ver á Sultana,
Su deuda, y yo se la dí;
Bien es verdad que decía
Que á informarla de la fe,
Como ya fué, pretendía;
Fuése, en fin, y yo quedé
Sin sosiego y alegría;
Pero en llegando, sin duda,
Perdió á Dios, que una mujer
Amenazada, se muda.
Yo la perdí: yo he de ser
Quien á su remedio acuda:
A Constantinopla iré
De mercader disfrazado,
De donde la sacaré;
A esto estoy determinado:
Nadie consejo me dé.
Ármese luego un navío,
Que luego quiero partirme.

DON JUAN BARRIENTOS.
Paréceme desvarío.

MAESTRE.
Amigos, no hay resistirme:
Voy, y si no voy, envío.

Tocan la música, y aparece arriba Celinda vestida de blanco, atravesada una espada por el cuello.

CELINDA.
Gran Maestre, excusado
Es el camino que hacer deseas:
Olvida ese cuidado;
Que sólo para verte y que me veas
Vengo del cielo empirio,
Donde subí por medio del martirio.
Llegué donde Sultana
Me recibió con amorosos lazos,
Pero en viendo cristiana
La que hizo señora de sus brazos,
Trueca en el alma luego
En rabia el gusto, y el amor en fuego;
Y, ardiendo en fuego santo,
La ley predico del Crucificado.
Sintió Sultana tanto
El ver la libertad con que había hablado,
Que ella muerte me diera
Si su grandeza no la detuviera;
Pero llamando á gritos,
Como leona con el cielo airada,
De turcos infinitos
Rodeada me vi y amenazada,
Á quien manda Sultana
Que den la muerte, porque soy cristiana.
No hubo bien acabado,
Cuando un cruel genízaro desnuda

Un alfanje afilado,
Y sin duda, que un malo nunca duda,
Me terció la garganta
Este cuchillo, con mi sangre santa;
Fué, al fin, mortal la herida,
Vertí mi sangre por el raso suelo,
Y aquélla mi homicida
Quedó contenta, y yo subíme al cielo,
Adonde voy sin falta.
¡Adiós, Maestre, defensor de Malta!

Cúbrese con la música.

MAESTRE.

¡Oh mártir venturosa,
Que siguiendo los pasos del Cordero,
Como su amada Esposa,
Gozas con él del bien más verdadero:
Vuelve los ojos píos
Á estos Comendadores hijos míos!

Suena dentro una trompeta de correo.

DON ÁLVARO.

Correo viene.

DON ANTONIO.

De tan gran victoria,
Forzoso has de tener mil parabienes.

MAESTRE.

¡A Dios sea el alabanza, á Dios la gloria,
Que de su mano son todos los bienes!

Sale D. Juan Barrientos.

DON JUAN BARRIENTOS.

¡Tu hazaña por el mundo es tan notoria!
Tres mensajeros de tres Reyes tienes:
Del de Castilla, Portugal y Francia.

MAESTRE.

Recaudo es ése de honra y de importancia.

Vendrán tres correos de á caballo, por la calle adelante, tocando la corneta, ó saldrán por el vestuario, con espuelas.

ESPAÑOL.

El parabién, Maestre, alegremente,
El rey Filipo, mi señor, te envía.

MAESTRE.

Pudiera el Rey llamar, más justamente,
Victoria suya á la victoria mía.
Con su favor vencimos y su gente,
Y la sagacidad de don García,
Que vino á tiempo, que á tardarse un hora,
Llorara Malta lo que el Turco llora.
Diréisle que sus pies reales beso
Por la merced que ha hecho á este criado,
Y que si hemos tenido este suceso,
Ha sido en la ventura de su hado.

ESPAÑOL.

Mas dice el Rey que con tan gran exceso
Está á tu religión aficionado,
Que sólo trata de favorecerte.

MAESTRE.

¡Oh Rey cristiano, partiréme á verte!

ESPAÑOL.

Para que contra el Turco te apercibas
Si su soberbia le volviere á Malta,
Te pide que esta cédula recibas,
Con que te dé Milán cuanto te falta.

MAESTRE.

¡Oh magnánimo Rey, mil años vivas
Remunerado de merced tan alta,
Que con tus armas, tu prudencia y seso,
La carga de la fe tienes en peso!

PORTUGUÉS.

U rey don Sebastian nau meos queda,
Si comprir, Gran Maestru, u que te falta,
Ves treinta mill cruzados en moeda
Para reparos de a nobre Malta;
Y aberta au su afranca mau le queda,
Que nau se acorta majestad tan alta,
Que el venerá, si foire necesario,
A espaventar las armas deu contrario (1).

FRANCÉS.

El rey Carlos de Francia, tu pariente,
Y tu amigo también, en grave estrecho,
Para que remuneres esta gente,
Que en Malta á Dios tan gran servicio ha hecho,
Sesenta mil escudos de presente
Te envía, reservando á su real pecho
Mayor socorro, cuando más te importe,
Enviando tus cartas á su corte.

MAESTRE.

Del bien, amigos, que me habéis traído,
¿Qué podré daros por la norabuena?

PORTUGUÉS.

Muyto fidalgo soy, a cruz te pido.

MAESTRE.

Lo mismo todos.

ESPAÑOL.

¡Muy enhorabuena!

MAESTRE.

Como Comendadores os despido.
..... agora vos llevaos esta cadena,
..... espada, vos este diamante,
..... no le tiene Italia semejante;
..... si tenéis deudos ó criados,
..... cual vos, don Alvaro de Sande,
hábitos de San Juan les serán dados.
con honra mucha y con ventaja grande (2),
En su servicio vivirán honrados;
Y así, los enviaré donde los mande
Perpetuamente Vuestra Señoría;
Serviros, General, es deuda mía.
Vosotros, hijos, á mis canas gratos,
Mucho tengo que daros, que han vacado
Diez cruces grandes, quince bailíatos;
Por vuestra antigüedad os será dado.
Y por algunos trabajosos ratos
Que en esta larga guerra habéis pasado,

(1) Portugués convencional y muy estropeado.
(2) Roto el original.

El que gustare de ir á honrar su tierra,
Tendrá licencia.

DON JUAN BARRIENTOS.

Moriré en la guerra.

DON FERNANDO.

Á tu lado y tus cruces moriremos.

DON ANTONIO.

El sobresalto en tu defensa elijo,
Ningún bien otro que morir queremos.

DON NUÑO.

Verter la sangre es nuestro regocijo.

MAESTRE.

Vamos, y con gran pompa llevaremos
Dos mártires cautivos, padre é hijo,
Y el cuerpo de Guzmán, que esté en la gloria,
Adonde acaba Malta su victoria.

FINIS.


LA SANTA LIGA

LA SANTA LIGA

TRAGICOMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

Á APARICIO DE ORIVE

SECRETARIO MAYOR DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DUQUE DE OSUNA, VISORREY Y CAPITÁN GENERAL EN EL REINO DE NÁPOLES

La tragicomedia de la memorable batalla de mar en que fué vencido el Emperador de los turcos Selín, por la santa Liga del Sumo Pontífice, España y Venecia, dedico á Vm. en reconocimiento justo de mis obligaciones, indicio de mi amor y empeño de mayores deseos. Fué muy a propósito este sujeto, pues han corrido por sus manos los fundamentos y disposiciones de las empresas navales más lucidas deste grave Príncipe, á quien Vm. sirve con tanto amor, lealtad, ingenio y confidencia, la que hizo de Efestión Alejandro, de quien dice Quinto Curcio: Quem Rex unicè, ac fratris loco diligebat. *Y que después de muerto le hizo honrar con sacrificios de héroe: perdió mucho de su valor el día que para encarecerle el secreto le puso el sello de sus armas en la boca: á la gran confianza de Vm. en negocios de tanta calidad, no fué jamás necesaria prevención tan indigna, porque del valor de su nacimiento, de la seguridad de su prudencia, de la consideración de su juicio y de la experiencia de sus costumbres, nació mayor satisfacción en este nuevo Alejandro, para todas materias de estado y guerra. Osara hablar de sus grandezas, por tener á Vm. más obligado, pues de ninguna cosa lo está más que de las alabanzas de su dueño, pero no es éste el lugar; y por si me dijese alguno que la claridad del sol en cualquiera le tiene, pues por los menores entra y penetra, no quiero pasar en silencio las palabras del mismo Curcio en el libro décimo de su historia, por ser las más notables que se pueden hallar á su propósito en cuantos han escrito, para que Vm. vea si es verdad, y no lisonja, que nuestro Excelentísimo D. Pedro Girón se parece á Alejandro:* Vis incredibilis animi, laboris patientia propemodum nimia, liberalitas sæpè majora tribuentis, quam a Diis petuntur, clementia in devictos

mortis perpetua contemptio, in omnes amicos benignitas. *Y lo que más luce en el Duque:* Erga milites benevolentia, *que ha sido causa que pudiese haber dado en tan breve tiempo tantos socorros y alcanzado tan grandes y tan difíciles empresas; y para cerrar la boca á toda calumnia, aquella notable palabra:* Nec ulla, nisi ex permisso voluptas. *No se puede decir cosa más ajustada, ni yo me atreviera, hablando con Vm., á no hablarle en su Príncipe. Aumente el cielo su vida muchos años, y á sombra de su grandeza la defensa y amparo de tantas, con los aumentos y felicidades que á Vm. deseo.*

Su Capellán, servidor y amigo fidelísimo,
LOPE DE VEGA CARPIO.

LA SANTA LIGA

FIGURAS DE LA TRAGICOMEDIA

SELÍN, *Gran Turco.*
CRIADOS DE SELÍN.
ROSA SOLIMANA.
CAUTIVOS MÚSICOS.
MUSTAFÁ. } *Bajáes.*
PIALÍ.
UCHALÍ, *Rey de Argel.*
TRES CAUTIVOS.
UN MERCADER.
CONSTANCIA, *cautiva.*
MARCELO, *niño.*
TICIANO, *pintor.*
CUATRO SENADORES VENECIANOS.
ARDAÍN, *criado.*
FÁTIMA, *turca.*
ROSALES.
LEONARDO.
MARCO ANTONIO.
SURIANO.
DON JUAN DE ZÚÑIGA.
DOS TURCOS.
UN SOLDADO.
CARPIO.
MAMÍ.
ESPAÑA.
ROMA.
VENECIA.
ALÍ.
EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.
EL CONDE DE PLIEGO.
HÉCTOR ESPÍNOLA.
ANDREA DE ORIA.
AGUSTÍN BARBARIGO.
JUAN DE SOTO.
EL SEÑOR D. JUAN DE AUSTRIA.

REPRESENTÓLA PINEDO, Y Á SELÍN FAMOSAMENTE.

ACTO PRIMERO

Gran acompañamiento de turcos. Selín detrás, que sale de un baño; traen algo del vestido en una fuente, y él se comienza á vestir.

SELÍN.

El agua ha estado muy buena.
Denle doscientos escudos
Á Fatimán.

CRIADO.

¡Buena estrena!

OTRO.

Aunque de palabra y mudos,
Al oro su acento suena.

SELÍN.

¡Bella confección de olores!
No hay epítimas mejores
Que estos aromas tan vivos,
Ni efectos más atractivos
Para quien trata de amores.

CRIADO.

Si el baño no afeminara
Las carnes, razón tenías.

SELÍN.

¡Ved el necio en qué repara!
¿Son para comer las mías
Con el sudor de mi cara?

CRIADO.

No, pero el buen rey es justo
Que sea fuerte y robusto;
Y así, de reyes fué traza
El ejercitar la caza
Más que por el propio gusto.
Ninguna cosa destierra
Tanto el ocio, ni parece
Al trabajo de la guerra;
Mucho el cuerpo fortalece
Para la mar y la tierra.

SELÍN.

Dime, necio, ¿qué nación
De cuantas han sido y son,
Tuvo en la guerra las manos
De los antiguos romanos?

CRIADO.

Ninguna con más razón.

SELÍN.

Pues ésos, baños tenían,
Y tanto de ellos usaban,
Que mil fábricas hacían.

CRIADO.

No eran los que peleaban,
Sino los que en paz vivían.

SELÍN.

Salte afuera, impertinente.

Sale Rosa Solimana.

ROSA.

¿Con quién estáis enojado?

SELÍN.

Cuando perdiera en Oriente
Lo que tiene conquistado
Más mi dicha que mi gente,
Y ese hermoso rostro viera,
Me olvidara y suspendiera;
Que el cielo en vos vengo á ver,
Y dejáraislo de ser
Cuando pena en vos hubiera.
No es mi poder infinito,
Ni soy gran señor llamado
Por serlo de un gran distrito,
Desde el alemán helado
Hasta el abrasado Egito.
No porque la Natolía,
La Tracia, Armenia y Suría,
Monte Tauro y mar Hircano,
Está sujeto á mi mano,
Y desde el Arabia á Hungría.
No porque el Tigris pasé
Y á Mesopotamia vi,
Y el Tanais ensangrenté,
La gran Rodas destruí,
La firme Malta apreté.
No porque al Danubio frío
Ha llegado el poder mío,
Y hasta la India Bengala,
Ni porque á Sijeto iguala
La desventura de Sío.
No porque conozcan ya
Cuantos mi persona adoren,
Que sobre la luna está,
Ni que mi favor imploren
Como si fuese el de Alá.
No porque provincias varias
Me den, aunque en ley contrarias,
Sedas, aves y caballos;
No porque tantos vasallos
Me rindan tributo y parias.
No por perlas, plata y oro,
Y palacios de valor
Llenos de tanto tesoro,
Sino porque soy señor
De esa hermosura que adoro.

ROSA.

¿Y si yo fuera, Selín,
Como dicen los cristianos,
En belleza un serafín,
Con más dones soberanos
Que hojas tiene este jardín?
Si toda la perfección
Que la parte celestial
Puede dar por infusión
Á una criatura mortal,
Tuviera mi discreción,
Y vos fuérades un hombre,
Porque mi amor os asombre,
Procedido humildemente,
Y tan pobre entre la gente,
Que no tuviérades nombre;
Y otro, cual vos sois agora,
De sus reinos me quisiera
Para universal señora,
Á ese talle me rindiera,
Que es lo que mi alma adora.
¿Cómo en el baño os ha ido?

SELÍN.

En el baño habéis estado;
Tan presente os he tenido,
Que al alma no habéis faltado
Si habéis faltado al sentido.
Dice un alfaquí mi amigo
Que Alá en toda parte está,
Y yo no lo contradigo;
Que después que sois mi Alá,
Dondequiera estáis conmigo.
Sentaos, pues flores y fuentes
Deste jardín os convidan
Con su olor y sus corrientes,
Y haced que esos labios pidan
Imposibles diferentes.
Que el poder, no en los cristianos,
Que son viles y abatidos,
Sino en turcos otomanos,
Halla fénix en los nidos
Y estrellas entre las manos.
Pedid el sol, si después
No se halla corrido el sol;
Que yo le traeré á esos pies,
Con soberbia de español
Y con furia de albanés.
Sola una cosa advirtáis,
Que en cuanto aquí me pidáis
Á imposible se acomoda:
Que es daros el alma toda
De suerte que la veáis.

ROSA.

Mirad con qué poco aquí
Me satisfacéis: llamad
¡Hola! á quien cante.

SELÍN.

Eso sí;
Que luce la Majestad
Con atropellarla así.
Llamad quien cante.

CRIADO.

Aquí están

Los tres cautivos de España.

SELÍN.

Cantad algo.

CRIADO.

¿Qué dirán?

ROSA.

Aunque es su música extraña,
Notable gusto me dan.

Canten.

En los brazos de Selín
Está Rosa Solimana,
La flor de la Natolía
Y la hermosura del Asia.
Cuanto Selín con poder
De genízaros allana,
Tanto rinde con sus ojos,
Porque cuanto miran matan.
¡Dichosa el alma que rinde
Á quien el mundo rinde parias!
Á Rosa, la paz que goza
Le debe la bella Italia,
Pues por gozar su hermosura
Selín desprecia las armas.
La parte que en ella tiene
También le agradece España.
Marte, en el templo de Venus
Tiene colgada la espada.
¡Dichosa el alma que rinde
Á quien el mundo rinde parias!

SELÍN.

¡Gran ventaja, España, llevas
En policía!

ROSA.

De suerte,
Que escuchándolos te elevas.

SELÍN.

Más ¡por Alá! me divierte
Que no flautas ni jabebas.

ROSA.

Pues ¿á la usanza española
Danzan también?

SELÍN.

Danzad, ¡hola!
¿Qué danzarán?

ROSA.

El torneo.

SELÍN.

Ver esa danza deseo.

ROSA.

Danzad esa danza sola.

Dancen.

En danzando, salga Mustafá.

MUSTAFÁ.

¿Á mí me impedís entrar
Adonde está el gran señor?

CRIADO.

No hay reservado lugar.

SELÍN.

¡Hola! ¿Qué es ese rumor?

CRIADO.

Mustafá te quiere hablar.

MUSTAFÁ.

¡Oh gallardo descendiente
De la gran casa otomana,
Por tantos siglos dichosa
En la sujeción del Asia,
¿Cómo es posible que puedas,
Siendo el mejor de tu casa,
Á la flaqueza del cuerpo
Tener tan sujeta el alma?
No llegan los perezosos
Vestidos de seda y grana,
De la fama al alto templo,
Sino en la mano las armas.
¿Dejárante tus abuelos
Menos que á Armenia y Arabia,
Si al ocio blando se dieran
Entre las bordadas camas?
No pierdas lo que ganaron
Con mil laureles y palmas,
Porque el valor de las cosas
Consiste en el conservarlas.
Hermosa, por cierto, es Rosa,
Pero es más bella la fama;
Y la virtud sola excede
Todas las cosas criadas.
Al buen capitán y rey
No huele tan bien el ámbar,
Cual de la pólvora ardiendo,
El humo negro que exhala.
¿Qué jardín, flores y fuentes
Como la estéril campaña,
Cubierta de azapos fuertes,
Berlebeyes y hombres de armas?
¿Qué colores de las flores
Tanto los ojos agradan
Como las de las banderas
Azules, verdes y blancas?
Toma ejemplo en el gran Carlos,
Emperador de Alemania,
Que en cincuenta años de vida
Dejó cinco mil de fama.
Asombró cuantos rebeldes
La obediencia le negaban,
Puso á Albania (1) humilde freno,
Y acortó la rienda á Italia;
Llegó á Túnez y volvióle
Barbarroja las espaldas;
Y no quiero decir quién
Vino huyendo de su lanza.
El gran Felipe, su hijo,
Puso la mano á la espada
Contra Marte, en San Quintín,
Para victorias tan altas.
Habiendo vencido muchas

(1) *Albania* está usado aquí como equivalente de *Francia*.

Con su hermano don Juan de Austria,
Y con tantos capitanes,
Honor y gloria de España,
No gobierna tantos reinos
Ni tantos mares allana,
Para que le rinda el Indio
Perlas, piedras, oro y plata,
Con pereza y cobardía,
Sino con.....

SELÍN.

Mustafá, pára;
Pára, Mustafá. ¿Estás loco?

MUSTAFÁ.

Señor.....

SELÍN.

Salte fuera y calla.

MUSTAFÁ.

Yo me iré; pero algún día
Conocerás.....

SELÍN.

Vete luego.

Vase Mustafá.

¡Bueno es, Solimana mía,
Que éstos no me den sosiego
Para descansar un día!
Como engordan con la guerra,
Donde se hacen ladrones
Del oro que Italia encierra,
Mueren porque mis pendones
Corran la mar y la tierra.
No éntre ninguno aquí.
Volver podéis á cantar.

Sale Pialí, bajá.

PIALÍ.

Permíteme entrar á mí
Para que te pueda hablar.

SELÍN.

¿Qué es lo que quieres, Pialí?

PIALÍ.

Estás de manera ocioso,
Gran señor de la más parte
Del mundo, que casi es tuyo
Desde el Nilo al indio Gange,
Que no sé de qué manera
Tus sanjacos y bajáes
Tengan en esta ocasión
Atrevimiento de hablarte;
Que puesto que á Marte suelen
Muchas veces retratalle
Entre los brazos de Venus,
Sin las armas de diamante,
No es porque siempre lo esté,
Que dejara de ser Marte,
Mas porque el furor le temple,
Que importa á los capitanes.
En brazos de Solimana,
Señor, descuidado yaces,
Permitiendo tu pereza
Que los cristianos descansen.
Francia tiene paz agora
Y fertilidad notable,
El Rey de Polonia duerme
Sin que tus tiros le espanten;
Maximilïano alegre,
Que tus ejercicios sabe,
Manoplas de acero deja,
Y calza adobados guantes;
En Hungría, Segismundo
Vive en regaladas paces,
Portugal hace en las Indias
Carros del agua en sus naves;
Los polacos palatinos,
Casas para letras hacen,
Duerme Castilla, y Otán
Roba por tu tierra alarbes.
Vuelve, señor, esos ojos
A las cosas memorables
Que acabaron tus abuelos.

SELÍN.

¿Hay desvergüenza tan grande?
Salte del jardín, Pialí;
Que si luego no te sales,
Harás que cortarte el cuello
A mis genízaros mande.

PIALÍ.

Pues señor.....

SELÍN.

Salte allá digo.

PIALÍ.

Considera.....

SELÍN.

¡Oh perro, salte,
Que haré que tu lengua fiera
En aquestas puertas claven!
¿Qué te parece de aquesto?

ROSA.

No te enojes, ¡por mi vida!

SELÍN.

Templanza en mi enojo has puesto.

ROSA.

Estoy muy agradecida
De haber tu enojo compuesto.
Con buen celo te han hablado.

SELÍN.

¿Sabes tú lo que te quiero?

ROSA.

Tu amor quisiera templado,
Porque advirtieras primero
A las cosas de tu estado.

SELÍN.

Quiero que lo veas, pues,
En que todo cuanto soy
Pongo y humillo á tus pies.

Pónese de rodillas.

ROSA.

¡Señor mío!

SELÍN.

Bien estoy.

CRIADO.
Hechizo ó locura es.

ROSA.
¿Vos de rodillas aquí?

SELÍN.
Sí, Rosa, y aun esto es poco.

ROSA.
Mal estáis, mi vida, ansí;
Que puesto que amor es loco,
No lo habéis de ser por mí.

SELÍN.
Este es mi gusto.

ROSA.
Bien es,
Pero es el mundo al revés.

SELÍN.
Si dos mil mundos tuviera,
Como yo estoy los pusiera
En la tierra de tus pies.
Y si esta arena, aunque es tanta,
Pudiera en perlas volver,
Lo hiciera, porque esa planta
No se merece poner
Menos que en riqueza tanta.

ROSA.
Levantaos, ¡por vida mía!

SELÍN.
Esa vida me la da.

Sale Uchalí, rey de Argel.

UCHALÍ.
Déjame llegar, desvía.

SELÍN.
El Rey de Argel, ¡por Alá!

UCHALÍ.
¿No he de hallarte solo un día?

SELÍN.
Di presto, Uchalí.

UCHALÍ.
Señor,
Á cuyo inmenso valor
Se rinde el mundo, no es justo
Que escuches con poco gusto
Quien habla con mucho amor.
Agora salen Pialí
Y el gran Mustafá de aquí,
Quejosos que Solimana,
La noche, tarde y mañana,
Te tenga ocupado así.
Juraste paz con Venecia
Habrá un año, por vivir
Vida que tu honor desprecia,
Y para verdad decir,
Fué la paz cobarde y necia.
Con esto, los venecianos,
Seguros de tu poder,
Y descansadas las manos,
Sabrán, señor, que han de ser
Ladroneras de cristianos.
Pío quinto, su mayor Papa,
Los mueve, y es presunción
Que alguna malicia tapa,
Pues mira que la ocasión
De entre las manos se escapa.
Dicen cautivos, señor,
Que desde aquel Pescador,
Nunca la Iglesia de Cristo
Tuvo Pastor tan bien quisto,
Ni tan temido Pastor.
Cuando en conclave se asienta
De sus nobles cardenales,
Sólo trata de su afrenta,
Y los hechos desiguales
De tu grandeza les cuenta.
Á los reyes inquïeta
Contra tu Alcorán y seta,
Porque es su intento también
Ganar á Jerusalén,
Sepulcro de su Profeta.
Mal conoces á Pío quinto;
Pues haz cuenta que te pinto
Sólo el dedo del gigante,
Porque es pasar adelante
No salir del laberinto.
Todos los Quintos, señor,
Si los quieres ir mirando,
Tienen divino valor:
Quinto era el rey don Fernando
Y Carlos Emperador.
¡Bueno es que sepa Roma
Que una mujer amada
Al gran señor rinde y doma,
En infamia de su espada
Y en afrenta de Mahoma!
¡Ea, señor.....

SELÍN.
¡Perro infame,
Por ese mismo que nombras,
Que tu vil sangre derrame!
¿Qué queréis? Dejadme, sombras,
Que no sé qué nombre os llame.
¿Hay esto en el mundo, hay cosa
Más tirana y afrentosa?
¡Mataréte!

UCHALÍ.
¡Gran señor!

SELÍN.
¡Huye, perro!

UCHALÍ.
Y es mejor.

Vase Uchalí.

ROSA.
¡Ah, mi bien!

SELÍN.
Déjame, Rosa.
¡Por Mahoma, que si en ti
Alguno me habla más,
Que ha de ver lo que hay en mí!

ROSA.
Furioso en extremo estás.

SELÍN.

Vuélvame á hablar Uchalí.

ROSA.

Ea, no seas cruel,
Que todo es serte fiel.

SELÍN.

Estos perros ¿no verán
Que eres como el Alcorán,
Que no hay disputa sobre él?
¡Vives tu! Si, cual lo temo,
Más en esto alguno escarba,
Que, como de Alá blasfemo,
Le rape cabello y barba
Y le haga echar en un remo!
Entra, que se hace hora
De descansar.

ROSA.

En cuidado
Me ha puesto tu enojo ahora.

SELÍN.

No puedo estar enojado
En mirándote, señora.
Tú la vida les concedes;
Tanto en mí puedes mandar,
Que más que yo mismo puedes;
Vénganme todos á hablar,
Que á todos haré mercedes.

Váyanse, y salgan los esclavos que puedan, y Constancia, cautiva, con Marcelo, niño cautivo, asidos todos de un mercader que viene con el Redentor de la Trinidad.

ESCLAVO 1.°

Señor, tened compasión
Deste mísero afligido,
Que en Trípol y aquí ha tenido
Catorce años de prisión.

ESCLAVO 2.°

Á mí, señor, que soy pobre
Y no hay quien haga por mí,
Si alma no cobro ansí,
Dios por su sangre la cobre;
Que es mi amo tan cruel,
Que estoy para renegar.

ESCLAVO 3.°

Yo, señor, os podré dar
Lo que dice este papel,
Y pues está tan seguro,
Juntaldo á vuestro rescate.

MERCADER.

¡Ea, ninguno me mate,
Pues ven que su bien procuro!
Trajo el padre Redentor
Esta comisión del cielo.

CONSTANCIA.

Del cielo ha de ser su celo
Si es de la tierra el favor.
Doleos, señor, de mí
Y de este niño, que está
Condenado á moro ya
Si no le sacáis de aquí.
Advertid al Redentor
Que son estas almas cera,
Donde de su secta fiera
Imprime el sello mejor.
No estiméis la vida mía:
Este ángel adoro y amo.

NIÑO.

Sí, señor, porque mi amo
Me amenaza cada día
Que me tiene de cortar
Cierta cosa en la mezquita.

CONSTANCIA.

Él me jura y solicita
Que le ha de circuncidar:
¡Mirad vos qué lindo lance
Echará aquí Lucifer!

MERCADER.

Lo posible se ha de hacer,
Y lo que el dinero alcance.
Apreciándose están ya
Lienzos, granas y bonetes.

ESCLAVO 1.°

Ya su rescate prometes;
Es mujer, ¿qué no podrá?
¡Ay de aquel que sólo cubre
Las carnes con un jaleco,
Comiendo bizcocho seco,
Y rema de Hebrero á Octubre!
¡Ay de aquel que en la barriga
Y espaldas tiene mil palos,
Y que deja mil regalos
Y una turca por amiga,
Que ¡vive Dios! que antier
Ma daba un collar y ajorca!

MERCADER.

¿De dónde eres?

ESCLAVO 1.°

De Mallorca.

MERCADER.

¡Harto ha sido no querer!

ESCLAVO 2.°

Si desdichas te movieran,
Hartas todos te contaran,
Que apenas los que llevaran,
Á los que quedan vencieran.

MERCADER.

Hijos, paciencia tened,
Y sin enojo esperad;
Si hoy vino la Trinidad,
Prestó vendrá la Merced.
Si no os puede rescatar,
Ella os quitará la queja.

CONSTANCIA.

Si la Trinidad me deja,
¿Qué Merced debo esperar?

NIÑO.

Diga, señor: si es verdad,
Como me enseña mi madre,
Que Dios, Hijo de Dios Padre,
Que en la santa Trinidad

Es la segunda persona,
Libró, encarnando en María,
El mundo, ¿cómo en Turquía
No nos rescata y abona?

MERCADER.

Porque es ésta que veis vos,
De una Orden apellido,
Y el Redentor que ha venido,
Hombre humano, que no es Dios.
Que fuese fué necesario
Persona de calidad,
Mas no de la Trinidad,
Sino un padre trinitario.
Por redimir destos modos
Le llamáis Redentor vos.

NIÑO.

Sí, porque si fuera Dios,
Redimiéranos á todos.

MERCADER.

Ahora bien, por ese pico
Y notable entendimiento,
En la memoria os asiento.

NIÑO.

Bien cabré, que soy muy chico.

MERCADER.

Mas no puedo á dos llevar
De una casa; quede aquí
Vuestra madre.

NIÑO.

Si es ansí,
Bien me podéis perdonar;
Mas dejadme aquí por ella;
Que yo os prometo á los dos
De no olvidarme de Dios,
De que soy cristiano, y della.

MERCADER.

Por ese agradecimiento
Á la leche que mamastes,
Á llevaros me obligastes;
Por vos á entrambos asiento.
¿Cómo os llamáis?

CONSTANCIA.

Yo, Constancia.

MERCADER.

¿Y vos, mi niño?

NIÑO.

Marcelo.

CONSTANCIA.

En tu lengua puso el cielo
De mi vida la importancia.

MERCADER.

¿Qué tierra?

CONSTANCIA.

Chipre.

MERCADER.

¿Y ciudad?

CONSTANCIA.

Nicosia.

MERCADER.

Escrita os dejo.
¿Cómo os llamáis vos, buen viejo?

ESCLAVO 3.°

¡Dios os pague la piedad!
Llámome Juan de Lezcano,
Y soy español.

ESCLAVO 2.°

Responde
Á la patria, en fin.

MERCADER.

¿De dónde?

ESCLAVO 3.°

De Sevilla.

MERCADER.

¿Y vos, hermano?

ESCLAVO 2.°

De Marzagán soy, señor.

MERCADER.

¿El nombre?

ESCLAVO 2.°

Pedro es mi nombre.

MERCADER.

¿De dónde sois, gentilhombre?

ESCLAVO 1.°

De Alicante, y pescador.

MERCADER.

¿Cómo os llamáis?

ESCLAVO 1.°

Juan de Flores.

MERCADER.

Pues venid todos conmigo.

NIÑO.

Madre, ¿vámonos?

CONSTANCIA.

Sí, amigo.

NIÑO.

¿Agora, agora?

CONSTANCIA.

Sí, amores.

NIÑO.

Mire: cuando allá llegare,
Espada me ha de comprar,
Porque tengo de matar
Á cuantos turcos topare.

Váyanse, y salga una sombra, y Selín con espada desnuda, y una tropa tras ella, y éntrese la sombra por la otra puerta.

SELÍN.

Detente, aguarda; ¿dónde huyes, sombra?
Y si eres alma, aguarda un poco, espera;
Selín tu hijo soy, Selín te nombra;
Padre, ¿por qué te vas de esa manera?
Cuanto miro parece que me asombra;
Todo me causa horror, todo me altera;
Encógense los nervios y las cuerdas,
Y pónese el cabello con las cerdas.
¿No merecí tocarte, sombra helada?
¡Faltóme corazón, esto es lo cierto!
Saliste por los vientos derramada,
Y más estoy que tú pálido y yerto.
Si fuiste aquí de mi temor formada,

Y durmiendo te vi más que despierto,
¿Cómo me hablaste, cómo diste voces
Y pude yo sentir tus pies veloces?
¿Dormía yo? Sin duda no dormía.
¿Soy yo Selín? Sí soy. ¿Siento? Sí siento.
¿Es ya de día? Sí, ya nace el día.
¿Adónde estoy? Estoy en mi aposento.
¿Qué ha sido Solimana? Madre mía,
Y para un rey, infame pensamiento.
¿Qué me dijo mi padre? Afrentas fieras.
¡Ea, soldados, salgan mis banderas!
No más ocio, no más; tiemble el Cristiano,
Tiemble el hijo de Quinto y Quinto Pío,
El Húngaro también y el Veneciano,
Que hoy ha de ver el mundo el poder mío;
Hoy sabrá que soy cita y otomano,
Hoy de su Pedro el barco ó el navío
Á fondo quiero echar con mis galeras.
¡Ea, soldados, salgan mis banderas!

Sale Rosa Solimana.

ROSA.

Con la priesa que he podido
Vestirme y dejar tu cama,
Á tus voces he salido.

SELÍN.

¡Hola! ¡A mis bajáes llama!

ROSA.

Sospecho que estás dormido;
Aquí ningún hombre ha entrado.

SELÍN.

Rosa, ya el tiempo es pasado
En que estaba loco y ciego;
Si no está muerto mi fuego
Está á lo menos templado.
El hombre que ha entrado aquí
Fué mi padre, fué aquel viejo
Venerable.

ROSA.

Vuelve en ti;
Que al pasar, en ese espejo
Te viste tú mismo á ti,
Y sin duda imaginaste
Que era persona.

SELÍN.

Eso baste;
No hablemos en lo que fué.

ROSA.

Lo que fué ya yo lo sé.
Que tú de mí te cansaste,
Que lo más cierto sería,
Y como tardaba el día,
Buscaste aquesta ocasión;
Que las frías sombras son
Que tienes el alma fría.
Cuando en la cama tenéis
Los hombres lo que os enoja,
Y lo que ya aborrecéis,
Como á enfermos se os antoja
Que muertes y sombras veis.
Si el gusto te falta aquí,
Tú eres necio para ti,
Tú mismo á engañarte vienes;
Trescientas mujeres tienes,
¿Por qué me llamas á mí?
Esto solo te enloquece,
Esto deslustra tu nombre,
Pero justo me parece,
Porque pierde el seso un hombre
Gozando lo que aborrece.
Ayer eras gran señor,
Más que por el Asia toda,
Por merecer mi favor:
¡Qué bien, Selín, se acomoda
Tal desdén á tanto amor!
Ayer, de rodillas puesto,
Á mis pies pusiste el mundo,
Á darme otros mil dispuesto,
Y hoy, con odio tan profundo,
Me arrojas de ti. ¿Qué es esto?
Mis plantas pude ayer verlas
Pisando un Rey por despojos;
Ayer pisaba yo perlas,
Y hoy las lloro por los ojos
Y no llegas tú á cogerlas.

SELÍN.

No llores, Rosa, no llores,
Ni ese cristal puro abrase
De tus mejillas las flores;
Que no es justo que se pase
Toda la vida en amores.
Vete adentro, que después
Sabrás lo que aquesto es.

ROSA.

En tu obediencia me fundo.

SELÍN.

Y yo en que es pequeño el mundo
Para ofrecer á tus pies.

ROSA.

¿Hasme de ver presto?

SELÍN.

Luego.

ROSA.

¿Engáñasme?

SELÍN.

Vete ya.

ROSA.

Señor.....

SELÍN.

¡Ea, pues!

ROSA.

¡Que llego
Á verme ansí!

SELÍN.

¡Por Alá,
Que me abrasa mayor fuego!

Váyase Rosa.

Salen Pialí, Uchalí y Mustafá.

MUSTAFÁ.

¿Qué es esto que nos dicen que has tenido?

PIALÍ.

¿Cómo así te levantas de la cama?

UCHALÍ.

¿Qué causa, qué ocasión puede haber sido?

SELÍN.

Ciego de amor, y de su ardiente llama,
Amigos, desprecié vuestro consejo,
Lejos de la virtud y de la fama.
Hoy he visto, Pialí, mi padre viejo;
Hoy, Mustafá, mi viejo padre he visto;
Hoy, Uchalí, mi infamia vi en su espejo.
No sólo me mostró que no conquisto
Un dedo más de tierra de mi herencia,
Pero que apenas á su guarda asisto.
Mostróme mi pereza y negligencia,
Que para sus desórdenes les daba
A los cristianos riendas y licencia.
Díjome que Filipo amenazaba
A Marruecos, á Fez y á Berbería,
Y Sebastián del propio intento estaba;
Que Segismundo levantaba á Hungría,
Y el alfaquí de Roma Quinto Pío,
Papeles y dineros ofrecía;
Que Granada perdió su orgullo y brío,
Y que á Trípoli, Argel, Túnez, Biserta
Se pasaba aquel mísero gentío.
Quedó Granada solamente abierta;
¿De que sirvió? Perdiéronse sus granos,
Y su Alpujarra se quedó desierta.
Yo quiero hacer temblar á los cristianos;
Advierte, Mustafá; parte á Venecia,
Que no quiero más paz con venecianos.
Di que me den á Chipre; di que precia
Más esta isla que su paz mi gusto,
Por quien mi muerto abuelo me desprecia.
Yo la heredé: que me la vuelva es justo
Si tiránicamente me la tienen,
Ó que los amenaza mi disgusto.

MUSTAFÁ.

¡Oh, cuánto, ilustre Príncipe, convienen
Esas razones con tu heroico pecho,
Mostrando bien que de los cielos vienen!
Venecia tiene á Chipre á tu despecho;
Yo romperé la paz al Veneciano,
Que tal agravio y sinrazón te ha hecho.

SELÍN.

Pues parte; y tú, Pialí, pues el verano
Con su nueva templanza te convida,
Corre esas costas; tiémbleme el Cristiano.
Mi armada, por el ancho mar tendida,
Espante al cielo y las estrellas toque;
De nuevas municiones guarnecida,
A recogerse las demás provoque;
Los golfos pase, barras y canales,
Y por todo peligro desemboque.

PIALÍ.

¡Oh palabras heroicas y reales,
Pronósticos insignes de victorias
A la grandeza de tu pecho iguales!

SELÍN.

Tú verás desde hoy grandes historias
De mis hazañas. Uchalí.....

UCHALÍ.

¿Qué mandas?
Que Alá te guarde para tantas glorias.

SELÍN.

De gente nueva poblarás las bandas;
Mil esclavos te doy.

UCHALÍ.

Mil triunfos y arcos
A la fama le pides y demandas.

SELÍN.

Las galeras de Malta ten por barcos,
Las de Génova, Nápoles y Roma;
Ni temo á Bucentoro, ni á San Marcos.

MUSTAFÁ.

Vivas mil años.

PIALÍ.

Guárdete Mahoma.

Vanse.

Salen los cautivos con sus escapularios, todos de la Trinidad, y sus hatillos, y el mercader detrás.

MERCADER.

Todos los que vais á España
Podréis conmigo pasar.

CAUTIVO 1.°

El deseo de llegar
Nos alegra y acompaña.

CAUTIVO 2.°

¿Adónde parte la nave?

MERCADER.

A Alicante ó Cartagena.

CAUTIVO 2.°

Vamos presto, que se suena
Una nueva triste y grave.

MERCADER.

Pues ¿qué dicen?

CAUTIVO 2.°

Que ha mandado
Selín echar gente al remo.

MERCADER.

Y de eso, ¿qué temes?

CAUTIVO 3.°

Temo
Que compre los rescatados.

MERCADER.

Pues ¿cómo previene armada?

CAUTIVO 2.°

Constantinopla se hunde.

MERCADER.

¡Plega á Dios que no redunde
En tu daño, España amada!

Salen Constancia y el niño con su habitillo de la Trinidad.

CONSTANCIA.

Hijo, la nave se parte

A España; ¿qué hemos de hacer?
Que es de España el mercader,
Y nosotros de otra parte.

NIÑO.

Madre, dadme aquese hatillo
Y á pie podremos andar.

CONSTANCIA.

¿Cómo, hijo? ¿Por la mar?
Pero no me maravillo;
Que tú no le has visto.

NIÑO.

Andemos.
¿Pensáis que me cansaré?

CONSTANCIA.

No se pasa el mar á pie.

NIÑO.

Pues, madre, en un carro iremos.

CONSTANCIA.

En fin, señor, ¿os partís?

MERCADER.

Amiga, á España me voy:
Si queréis ir, aquí estoy.
No puedo más.

CONSTANCIA.

Bien decís.
No puede hacer más un hombre.

MERCADER.

Ea, hijos, á embarcar:
¡A España, á España, á la mar!

CAUTIVO 1.°

¡Oh, cuánto alegra su nombre!

Váyanse todos.

NIÑO.

Madre, ¿no vamos allá?

CONSTANCIA.

No, hijo del alma mía;
Que hemos de ir á Nicosía,
Y esta gente á España va.
Volvamos á la ciudad.

NIÑO.

Madre, paciencia tened:
Aguardemos la Merced,
Pues se va la Trinidad.

Salen Mustafá y turcos, y Ardaín.

MUSTAFÁ.

¿Está ya la galeota
Aprestada?

CRIADO.

Sí, señor.

MUSTAFÁ.

Dile, Ardaín, á Almanzor
Que es á Chipre mi derrota,
Y de allí á Venecia paso.

CONSTANCIA.

Hijo, aquéste es Mustafá,
Y dice que á Chipre va.
¿Hay tan venturoso caso?
Señor, si en tu gran valor
Halla una pobre acogida,
Ansí Dios guarde tu vida,
Que es hoy del mundo terror,
Que sólo por ser mujer
A mí y á este niño lleves
A Chipre, que hacerlo debes
Por ti mismo, y por mi sér.
Estamos ya rescatados
Y no hay pasaje.

MUSTAFÁ.

Ardaín,
Llevalda en el bergantín
Con mi ropa y mis criados.
No vuelvas á la ciudad.
¿Qué es lo que llevas al pecho?

CONSTANCIA.

La que mi rescate ha hecho:
La cruz de la Trinidad.

MUSTAFÁ.

Ya entiendo: cosas de Roma.
¡Alto: al mar!

NIÑO.

¿Qué te decía?

Váyanse todos.

CONSTANCIA.

De nuestra cruz se reía.

NIÑO.

Y ¿es más lindo su Mahoma?

Salen cuatro senadores venecianos y el Ticiano, pintor.

SENADOR 1.°

Seáis muy bien venido á vuestra patria,
Pintor famoso, gran Ticiano ilustre,
Honor del siglo antiguo y el moderno.

TICIANO.

Senado veneciano excelentísimo,
Por vuestro gusto fuí á Constantinopla,
Que Selín os pidió que me enviásedes
A retratar á Rosa Solimana
Contra los ritos de su infame seta:
Retratéla, servíle, y bien pagado
Vuelvo á mi patria, y esta carta os traigo.

SENADOR 2.°

Diz que vive Selín ociosamente.

TICIANO.

Bien podéis desarmar vuestras galeras;
Que en ocio, amor y sueño sepultado,
Su vida pasa, cual Nerón ó Cómodo.

SENADOR 3.°

La carta leo.

SENADOR 1.°

Y todos la escuchamos.

«*Selín, Sultán por la gracia de Dios, Emperador de Constantinopla, etc.*
»*Á vos, noble Senado y República veneciana:*

»Las paces que el año pasado juré con vosotros vuelvo á jurar de nuevo, para que hasta

mis herederos queden inviolables. Del Ticiano, vuestro pintor famoso, quedo bien servido; pídoos encarecidamente le hagáis noble, pues ni por el arte lo desmerece, ni su virtud me obliga menos que á pedíroslo. Dios os guarde.»

SENADOR 1.°
Lo que pide Selín es justa cosa;
Desde hoy se os dará, Ticiano, el título.

TICIANO.
Bésoos los pies, señores invictísimos.

SENADOR 1.°
¿Trajiste, por ventura, alguna copia
De Rosa Solimana?

TICIANO.
Aquésta traje,
Que á vuestra Sala ofrezco.

Enséñales un retrato.

SENADOR 3.°
¡Hermosa dama!

SENADOR 2.°
Por mujer que á Selín tiene pacífico,
Lugar merece entre las más famosas.
Id, Ticiano, con Dios, porque el Senado
Quiere hablar en negocio de importancia.

TICIANO.
Guárdeos el alto cielo.

SENADOR 2.°
Tomad sillas.

Ticiano se vaya y ellos se sienten.

SENADOR 1.°
Propuse ayer acerca de la armada
Que para más resguardo de las costas
Conviene que prevenga la República,
Que Agustín Barbarigo..... ¡Hola! ¿Qué es eso?

Sale Mustafá.

MUSTAFÁ.
Un mensajero soy: nadie se mueva.

SENADOR 2.°
Oído había que tomabas puerto;
Pero nunca entendí con embajada.
¿Eres del gran Selín?

MUSTAFÁ.
¿No me conoces?

SENADOR 2.°
¿Qué calidad?

MUSTAFÁ.
Bajá.

SENADOR 2.°
Pues toma asiento.

MUSTAFÁ.
De buena gana. Estad, Senado, atento:
Selín, Sultán Solimán
De la gran casa otomana,
Señor de lo más del mundo
Por mares y tierras tantas,
Á vos, Senado, y famosa
República veneciana,
Salud, amistad y paz;
Á nuestros profetas, gracias.
Dice que el año pasado
Las tuvo con vos juradas,
No habiendo agravio, por quien
Agora á engaño se llama.
Supo que tenéis la isla
De Chipre tiranizada,
Chipre, al mar Mediterráneo,
Puesta entre provincias varias,
La que tiene al Mediodía
Á Egipto en igual distancia,
Con Rodas por el Poniente,
Rodas de las cruces blancas,
Al Oriente la Suría,
Y más cerca la Carmania
De los antiguos egipcios,
Á sus príncipes quitada.
Á éstos la quitó Roma
Por fuerza, y por esta causa
Quedó en el Imperio griego,
Que entonces era de Italia.
Ganáronla los ingleses
Á los griegos por las armas,
De quien de gracia la hubieron
Los lusiñanos de Francia.
Después, Juan Soldán, de Egipto,
Á todos éstos la gana,
Cuyos dos hijos, sabéis
Que Ana y Jacobo se llaman.
Con Luis, duque de Saboya,
Ana legitima casa.
Reyes de Chipre los duques
Se llaman por esta causa;
Mas quitándola el Soldán
Del reino que le tocaba,
Pone á Jacobo, bastardo,
Y á los de Saboya agravia.
Jacobo casó en Venecia
Con hija vuestra, adoptada
De la República; y muertos,
Venecia con Chipre se alza.
Selín, de Selín abuelo,
Ganó á Egipto, y así gana
Á Chipre por bienes suyos:
Ved si la justicia es clara.
Saboya tiene derecho,
Si con las leyes cristianas
Las nuestras se conformasen,
Por ser herencia bastarda;
Mas los Baldos y Jasones,
Que escribe Italia y España
Con tinta, con sangre pura
Los escribimos en Asia.
No puede tener Venecia
A Chipre; por eso os manda
El gran señor le volváis
Lo que es de su herencia y casa.

No penséis que allá tenemos
Letrados de ropas largas,
Ni se han de revolver libros,
Sino en la mar las armadas.
No se han de mojar las plumas,
Sino los remos en agua,
En pólvora los cañones
Y en los pechos las espadas.
Vendré sobre Nicosía,
Y aunque esté fortificada
Famagusta, yo os prometo
Que mis tiros la deshagan.
Vendré á Lepanto, á Corfú,
Á Sicilia, á toda Italia,
Y hasta en el puerto de Ostia
Haré que me tiemble el Papa.

SENADOR 1.º

Mustafá, dile á Selín
Que esas vanas amenazas
No se las haga á Venecia,
Sino á los negros de Arabia.
Si nos quebrare la paz,
Fuerzas tenemos que bastan
Para que en nuestros estados
No ponga tiro ni planta.
Y Dios las tiene mayores,
Para tomar la venganza
De los infames perjuros.

MUSTAFÁ.

¿Así respondes?

SENADOR 1.º

¡Acaba!

MUSTAFÁ.

¿Sabes que es el gran señor
El que mi persona y habla
Os está representando?
¿Cómo me miráis la cara?
¿Cómo no tiembla Venecia
Estando fundada en agua?
Vosotros sois, Senadores,
De blanco cabello y barba.
¿Al gran señor, á Selín?

SENADOR 2.º

¡Ea, que es mucha arrogancia!
Venga acá tu gran señor;
Que si gran señor se llama,
Grande señora es Venecia.

MUSTAFÁ.

Pues aguarda.

SENADOR 2.º

Ven.

MUSTAFÁ.

Aguarda.

ACTO SEGUNDO.

Salen Mustafá, Ardaín, Constancia, Marcelo, niño, y turcos.

MUSTAFÁ.

Admírame tu dureza.

CONSTANCIA.

Y á mí tu rigor me admira.

MUSTAFÁ.

Quién soy mira.

CONSTANCIA.

Mas tú mira
Tu valor, fuerza y nobleza,
Que á tan alta fama aspira.
De Constantinopla fuí
Á mi patria, Nicosía,
Fiando en tu fe la mía;
Pero en poner me perdí
Mi fe donde no la había.
Vuélvesme al mismo lugar,
Pretendiéndome obligar,
Con regalo ó con castigo,
Á dejar la ley que sigo.

MUSTAFÁ.

Bien te pudiera forzar;
Pero no quiere el poder
Gozar lo que amor no allana.

CONSTANCIA.

Y ¿espérasme tú vencer,
Mirando que soy mujer,
No que soy mujer cristiana?
Harto en vano te fatigas,
A cárcel el viento obligas,
Estrellas bajas del cielo.

MUSTAFÁ.

No me espanto, si eres hielo,
Que este mi ardor contradigas.
Constancia, si de tu nombre
Heredas el ser constante,
Porque quien soy no te espante,
Turco soy, cuanto á ser hombre;
Cuanto al alma, soy diamante.
No era tan mal partido
El que te quiero ofrecer,
Pues siendo turca, te pido
Que me admitas por marido,
Pues te admito por mujer.
¿Con quién estabas casada?

CONSTANCIA.

Con un mancebo gallardo,
De hidalga sangre y espada.

MUSTAFÁ.

¿Quién?

CONSTANCIA.

El capitán Leonardo,

De quien fuí en extremo amada.

MUSTAFÁ.

Pues ¡mira si medras mal,
Que de un capitán, hoy subes
Al valor de un general
Que ha puesto sobre las nubes
Su nombre y fama inmortal!
Yo soy el mayor privado
Que el Gran Señor ha tenido
Á su mesa ni á su lado;
De los cristianos temido
Y de los turcos amado.
Los genízaros me adoran
Presente, ausente me lloran,
Abren toda cuadra y sala;
La China, Java y Bengala
Apenas mi nombre ignoran.
Hasta allá puse las colas
Del caballo, y blancas lunas;
Las márgenes españolas
Mis armas conocen solas,
No conociendo ningunas.
No soy de aquellos por quien
Dan humo, cuando los ven,
Las atalayas de España;
Tiémblame Italia en campaña,
Y Malta en la mar también.
No te pese de volver
A Constantinopla así.

CONSTANCIA.

¿Qué es lo que piensas hacer
De los dos?

MUSTAFÁ.

Vencerte á ti,
Si te pudiere vencer,
Y del niño un turco noble
Que al Rey sirva.

CONSTANCIA.

No hayas miedo
Que á los dos tu engaño doble.

MUSTAFÁ.

Probaré si hacerlo puedo.

CONSTANCIA.

Yo seré palma, y él roble.

MUSTAFÁ.

Ahora, pues, metelde allá
Y hacelde turco.

CONSTANCIA.

¡Señor!

Ásgase de ella el niño.

NIÑO.

¡Madre, madre!

CONSTANCIA.

¡Qué rigor!
Marcelo, Dios os dará
Entendimiento y favor.
¡Llamad á Dios, hijo mío,
Hacedle testigo eterno
De ese generoso brío!
¡Temed, Marcelo, al infierno,
Que yo para el cielo os crío!
Más tierno niño era Dios
Cuando pasó lo que vos
Porque la ley se cumpliese.

ARDAÍN.

¡Suelta!

CONSTANCIA.

¡Deja que le bese,
O mátanos á los dos!
¡Terrible pesar me has hecho!

MUSTAFÁ.

Procura vencer, Constancia,
La obstinación de tu pecho.

CONSTANCIA.

Hay en esto más distancia
Que del cielo al suelo trecho.

MUSTAFÁ.

Voy á ver algún señor
Para darle mi embajada.

CONSTANCIA.

Yo, á ver tan nuevo dolor.

MUSTAFÁ.

Podrá vencerte mi espada
Si no te vence mi amor.

Váyanse, y salga Selín con Fátima.

SELÍN.

Como es la luna en los cielos,
Sola, Fátima, serás;
Mas de ese cielo caerás
Si das en pedirme celos.
Yo te confieso que Rosa
Es la cosa que más quiero,
Y que su lugar primero
Jamás le ocupe otra cosa.
Deja que esté Rosa allí,
Pues es primera en derecho;
Que yo tengo grande el pecho,
Y habrá lugar para ti.
Si en mis baños, como sabes,
Caben trescientas mujeres,
¿Cómo ser tan grande quieres
Que aquí con otra no cabes?
Estima el lugar segundo
De quien es otro Alá santo:
No estreches el pecho tanto
De un señor que lo es del mundo.

FÁTIMA.

Selín, si el reinar un día
Entre dos no se hace bien,
El amor es rey también,
Y no quiere compañía.
Casa en tus baños has hecho
En que mil pueden caber,
Pero no podrás tener
Dos mujeres en un pecho;
Que es más llano que la palma,
Que cuando celos les dieren,
Reñirán, y si riñeren,

Te han de alborotar el alma.
  Si están por una mujer
Mil provincias abrasadas,
Dos mujeres enojadas
En un alma, ¿qué han de hacer?

SELÍN.

  De las historias que tocas,
Fátima, bien se me acuerda;
Pero siendo el alma cuerda,
¿Qué importa que ellas sean locas?

FÁTIMA.

  Y ¿dará con perfección
Acento sonoro y lleno
Un instrumento muy bueno,
Con cuerdas que no lo son?
  ¿No ves tú que de ese modo
Hacer disonancia es llano?

SELÍN.

No, porque la buena mano
Suple la falta de todo.
  ¿No están en paz todos juntos
Mil granos en la granada?
Pues ¿por qué te desagrada
Que en un alma estén dos gustos?

FÁTIMA.

  Mas en viéndose apretar,
Abrir la granada intentan,
Que en siendo muchos, revientan
Por salir y no lo estar.

SELÍN.

  Fátima, las cosas todas
Con una excepción se han hecho;
Esto ha de poder mi pecho,
Mira si en él te acomodas.

FÁTIMA.

  Eso sí; di que me quieres
Para el apetito, y yo
Te serviré, pero no
Digas que amas dos mujeres.

Sale Rosa.

ROSA.

  Estás tan bien ocupado,
Que apenas te dejas ver.

SELÍN.

Mi Rosa, debo atender
Á la razón de mi estado.
  He reformado estos días
Mis navíos y galeras,
Cubriendo aquestas riberas
De turcas infanterías.
  He nombrado capitanes,
Proveído municiones,
Y de diversas naciones
Puesto soldados galanes.
  Sus árboles han deshecho
Esa montaña menor.

ROSA.

Y ¿es Fátima el proveedor
Desas cosas que habéis hecho?

SELÍN.

Es amiga y consejera.

ROSA.

¿Es consejera y amiga?
Si lo primero te obliga,
Lo segundo cierto fuera;
  Muy cobarde guerra harás
Por consejo de mujer.

FÁTIMA.

Agora echarás de ver
Si en el alma nos tendrás.

ROSA.

  Todas tus ocupaciones,
Selín, resuelves aquí;
Nunca otras armas te vi,
Ni otros fieros escuadrones.
  Olores, música, juego,
Manjares, preciosos baños,
Son tus guerras, y tus daños
Éstos, y Fátima luego.

FÁTIMA.

  Ensancha, señor, el pecho,
Si es que habemos de caber,
Que bien será menester.

SELÍN.

¡Qué temeraria te has hecho!

ROSA.

  No sé cómo Alá me da
Para sufrirte paciencia.

SELÍN.

No tomes tanta licencia;
¡Ea ya, bueno está ya!

FÁTIMA.

  Huélgome que este despecho
Te den los primeros días.
¡Por tu vida, que metías
Dos áspides en el pecho!

ROSA.

  Presto verás mi locura
Si no es que á Fátima dejas.

SELÍN.

¡Oh, cómo corren parejas
La arrogancia y la hermosura!

Sale Alí.

ALÍ.

  Quisiera hablarte.

SELÍN.

Pues di.

ALÍ.

Mustafá ha venido ya.

SELÍN.

¿Sabes si acaso me da
Á Chipre Venecia, Alí?

ALÍ.

  Tal capitán enviaste,
Para que bien sucediese,
Y las nuevas te trajese
Como tú las deseaste.

SELÍN.

  Pues, dime, ¿no es tan valiente

Mustafá, cuando se arroja,
Como el muerto Barbarroja,
Que fué espanto de la gente?

ALÍ.

Son lisonjas de hombres vanos:
Saca de la sepultura
Aquel rostro, por quien dura
Hoy el miedo en los cristianos,
Y verás que muerto vence
Más que vivo Mustafá.
Basta que viene de allá
Tal, que á todos avergüence.

SELÍN.

Pues ¿qué ha hecho?

ALÍ.

Tan cobarde
A la República habló,
Que del Senado salió
Vergonzoso, mal y tarde.

SELÍN.

Venecia, ¿aunque fuera (1)
Un niño en mi nombre allá,
Hablar mal?

ALÍ.

Y cubre ya
De galeras su ribera.
¡Por Mahoma, si me envías,
Que fuego arrojo y la quemo!

ROSA.

Que éstas son envidias temo.

ALÍ.

Sí, pero de hazañas mías,
Que soy del mundo temor.

SELÍN.

Dime, Alí, ¿Mustafá ha sido
Tan vil, que hablando ha perdido
Su buena fama y mi honor?
Pues ¿cómo un hombre arrogante,
Soberbio y loco en exceso,
Que tendrá este monte en peso,
Como en Sicilia el gigante;
¿Un hombre tan fanfarrón,
Por hablar á la española,
En junta de viejos sola
Habló con tal sumisión?
Si no son emulaciones,
Di, Alí, ¿qué causa lo ha sido?

ALÍ.

Haberse desvanecido
En bajas transformaciones;
Porque ya de capitán
Es amante regalado,
De una esclava enamorado,
De quien es dueño y galán.

SELÍN.

¿Mustafá?

ALÍ.

Mustafá, pues;
Y fué á Venecia con ella.

(1) Verso corto.

SELÍN.

¿Hasla visto?

ALÍ.

Y es tan bella,
Que tiene el mundo á sus pies.

SELÍN.

Pues disculpémosle, Alí,
Que creo que hablas celoso.

ALÍ.

Un capitán valeroso,
No se ha de rendir ansí.
Si él no fuera afeminado
Con esa mujer, señor,
Él hablará con valor
Al veneciano Senado.

SELÍN.

Mas qué, ¿te parece bien
La esclava?

ALÍ.

Téngola amor;
Más no trocaré mi honor
Porque mil mundos me den.

Sale Mustafá.

MUSTAFÁ.

Dame los pies, y tu vida
Alá guarde.

SELÍN.

¡Oh Mustafá!

MUSTAFÁ.

¡Qué bien ¡por mi vida! está
Tu persona entretenida!
Una mujer te dejé,
Y véngote á hallar con dos.

SELÍN.

Alí.....

ALÍ.

Señor.....

SELÍN.

¡Bien, por Dios!

MUSTAFÁ.

¡Con azar asiento el pie!
Cuando pensé que te hallara
Formando mil escuadrones,
Previniendo municiones,
Llena de polvo la cara;
Convocando los vasallos
Griegos, armenios y epiros;
Haciendo guardar los tiros
Y embarcando los caballos,
Mandando bordar banderas,
Que agora tienes tan bajas,
Y atronando con las cajas
Las contrapuestas riberas;
Viendo hazañas de otomanos,
Enviando á Meca alfaquíes,
Y repartiendo cequíes
Á soldados veteranos;
Reformando los esclavos
De españoles espalderes,
¡Estás entre dos mujeres!

¡Qué capitanes tan bravos!
¿No sabes cómo Venecia
Te niega á Chipre, y Filipo,
Que á mil reyes anticipo,
Te infama, afrenta y desprecia?
¿Sabes como respondió
El Senado que allá fueses?

SELÍN.

Qué era bien que respondieses,
Y no lo hicistes, sé yo.
Y de verme no te alteres
Con dos mujeres no más;
Que si la que traes me das,
Me hallarás con tres mujeres.
Esto fuera bien mirar,
Y no hablar tan atrevido;
Que éstas yo las he tenido
En mi casa, y tú en la mar.
Cuando yo vaya á la guerra
Ó á embajadas de mi rey,
Tendré diferente ley
Que la que guardo en mi tierra.
Mas yo buscaré quien vaya
A Chipre, y su espada lleve
Por amiga, y porque pruebe
Las defensas de su playa.
Parte con mi armada, Alí,
General del mar te hago.

ALÍ.

Seré azote, seré estrago
Del mundo.

SELÍN.

Cúmplelo ansí;
Asombra de Italia el mar,
Corre á Calabria y Sicilia,
Y al Papa, en la playa Hostilia,
Haz en Santángel temblar.

MUSTAFÁ.

Bien sé yo que algún cobarde,
De mis hechos hazañosos,
Que tus oídos curiosos
Habrá engañado esta tarde,
Te ha dicho ese mal de mí
Porque no le dí una esclava
Por quien mil doblas me daba;
Y esto pregúntalo á Alí,
Á quien ¡por el cielo santo!
Hiciera echar por los dientes
El alma, á no estar presentes
Los ojos que estimo tanto.

ALÍ.

¡Bárbaro, loco, hablador,
La tuya en tu cuerpo está
Porque pienso que está Alá
Adonde está el Gran Señor!
Si la esclava te compraba,
No fué amor, sino saber
Si estimabas la mujer
Por tu dama ó por tu esclava.
Á Selín dije quién eres
Por lealtad que no tuviste,
Porque envíe donde fuiste
Un capitán sin mujeres;
El cual seré yo, que iré
Á Chipre este mismo día,
Y cercaré á Nicosía,
Poniendo en su playa el pie.
Así haré lo que me toca;
Y después que vuelva aquí,
Le pondré también en ti
Y te pisaré la boca.

MUSTAFÁ.

Á arrogancia tan extraña
Donde no puedo matarte,
No sé qué respuesta darte,
Sino aguardarte en campaña.

ALÍ.

Dame licencia ¡por Dios!
Para que vuelva por mí.

SELÍN.

¡Por Alá, que mande, Alí,
Que os empalen á los dos!

ROSA.

Mucho has desfavorecido
Á Mustafá, siendo un hombre
De tantas prendas y nombre,
Y que tanto te ha servido.

SELÍN.

¿Qué remedio puede haber?

FÁTIMA.

Que á los dos honres, señor,
Pues son hombres de valor.

SELÍN.

Estas paces quiero hacer:
Sea Mustafá también
General en esta guerra;
Tú lleva el mar, y él la tierra.

ROSA.

Has hecho en extremo bien.

FÁTIMA.

Del valor te den la palma.

SELÍN.

Rosa, esto mismo haced vos:
Repartidme entre las dos,
Una el cuerpo, y otra el alma.

Váyanse.

Salgan dos soldados españoles, Rosales y Carpio.

CARPIO.

En fin, se trata de jurar la Liga
Contra las fuerzas de Selín, Rosales.

ROSALES.

No habrá quien como yo lo cierto os diga.
Por mil revelaciones celestiales
Ha visto el Papa el próspero suceso
Que ha de salir de prevenciones tales.
Animados mil príncipes por eso,
Y porque á todos los cristianos toca,
Acuden á tener la Iglesia en peso.
Y aunque Pío quinto á todos los convoca,
Sólo estima al católico Filipo,

Que su celo divino le provoca.
Éste, de religión ejemplo y tipo,
Parece tanto á Pío en justo celo,
Que por su semejanza le anticipo.
Fundó la Inquisición su claro abuelo,
Y como el Papa inquisidor ha sido,
Ámale más que á príncipe del suelo.

CARPIO.

Verdad decís; ¡por Dios! que no ha nacido,
Desde San Pedro Mártir, hombre que haya
Á los herejes tanto perseguido.
Ha sembrado la fe desde la playa
De nuestro mar al contrapuesto helado,
Y desde Portugal hasta Cambaya.
Hase visto por ella amenazado,
Arrojado en un pozo; pero el miedo
Su pecho santo nunca vió turbado.
Es tal, que con su sangre y con el dedo,
Si acaso le mataran hugonotes,
Cual Pedro Mártir escribiera el Credo.

ROSALES.

Él es gran santo al fin; mas porque notes,
Amigo Carpio, lo que en esto ha hecho,
Digo que habiendo á muchos sacerdotes
De santa vida y de cristiano pecho,
Encomendado que en su sacrificio
Á Dios rogasen con ayuno estrecho
Que á defender su causa esté propicio,
Nombró por general á Marco Antonio
Colona, en su eclesiástico edificio;
Mas como tanto pesan al demonio
Las cosas de la fe, y el ver que sea
La santidad del Papa el testimonio,
Que la Liga se jure nos rodea,
Porque Filipo, general ha hecho
Al genovés famoso Juan Andrea.
Toma también Venecia con despecho
Que su ilustre República no haga
Un general de canas y de pecho.
En fin, para que á todos satisfaga,
Hoy entran con el Papa en consistorio.

CARPIO.

No quiera Dios por esto se deshaga;
Que de tan santa Liga es muy notorio
El gran bien que á la Iglesia le resulta.

ROSALES.

Que está muy pertinaz, supe de Osorio,
Nuestro español Embajador, que oculta
Tiene la voz del General de España:
En fin, las condiciones dificulta.

Sale acompañamiento, Marco Antonio Colona, D. Juan de Zúñiga y Miguel Suriano, veneciano.

MARCO.

En eso el Rey católico se engaña,
Señor don Juan de Zúñiga.

DON JUAN.

No hace,
Que de grandes ministros se acompaña;
De buen deseo del suceso nace.

MARCO.

Pues si Su Santidad á mí me nombra,
¿Por qué no le contenta y satisface?

DON JUAN.

Vuestro nombre, señor, al Turco asombra,
Vuestra sangre es clarísima y divina,
Muchas con vuestro sol parecen sombra.
Á la sirena dese escudo inclina
El mundo los oídos, y pregona
Que es la voz celestial y peregrina.
Yo sé que la católica persona,
Á la casa Colona aficionado,
Conoce que á la Iglesia sois Colona;
Mas el respeto al Príncipe guardado
Que de la Iglesia tiene el cetro agora,
Quiere hacer general por él nombrado.

SURIANO.

Venecia, en tantas partes vencedora,
Y tan freno del Turco como Hungría,
Mucho de su república desdora.
Aquí estoy en su nombre, y no querría
Ser ocasión de que la Liga cese.

DON JUAN.

Eso mire mejor Vueseñoría.

SURIANO.

¿No era razón que general hiciese
Aquella á quien la guerra el Turco hace,
Y de su tierra general tuviese?
Razón es que concluye y satisface.

DON JUAN.

El Rey pone más parte en esta empresa.

ROSALES.

Hoy pienso que la Liga se deshace.

MARCO.

La Iglesia es preferida.

DON JUAN.

Eso confiesa
El Español mejor que otras naciones,
Que sólo aquí lo temporal se expresa.

MARCO.

El Papa ha de mandar.

DON JUAN.

En dos razones
Me resuelvo.

SURIANO.

¿Que son?

DON JUAN.

Que le obedezco,
Si en obediencia este negocio pones.

SURIANO.

Y la otra, ¿cuál es?

DON JUAN.

Que no me ofrezco
Á cosa que Filipo no me mande.

MARCO.

Vamos á hablar al Papa.

DON JUAN.

No merezco
Por tal resolución queja tan grande.

Vanse.

Salgan caja, bandera y turcos, y detrás Uchalí, Alí y Mustafá.

MUSTAFÁ.

Resístese Nicosía.

UCHALÍ.

¿Qué mucho que así suceda,
Y Venecia cada día
Crecer sus socorros pueda,
Si un ciego á entrambos os guía?
¡Bueno es que dos generales
En sangre y valor iguales,
Á Chipre vengan á hacer
Cosas por una mujer,
Indignas de pechos tales!
Mustafá por una esclava,
Tú por una esclava, Alí.

MUSTAFÁ.

Ya mi paciencia se acaba.

ALÍ.

Ea, dejémoslo así,
Ni es Elena, ni la Cava;
Que no habemos de perder
Los reinos del Gran Señor
Por una humilde mujer.

UCHALÍ.

Sí, pero ofende el valor
Y disminuye el poder.
No estuviera Nicosía
En pie, si junta estuviera
Vuestra heroica valentía,
Ni aquí Venecia pudiera
Socorrella cada día.
Los dos mil italianos
Que en la isla tiene agora,
No entraran si vuestras manos,
Con la opinión vencedora,
Rompieran los pasos llanos.
Si combate Mustafá,
Parece que duerme Alí,
Y si Alí asaltando va
Los muros que veis aquí,
Mustafá dormido está.
Partid la gente si gusta
Vuestro pecho: ¡que este día
Pase cosa tan injusta!
Tú combate á Nicosía,
Y Alí vaya á Famagusta.
Y si no, dadme la gente,
Favorable viento sopla,
Volved con este poniente
Á dar en Constantinopla
Remedio á vuestro accidente.
Yo reforzaré estas piezas,
Y romperé el muro, en fin,
Que causa vuestras tristezas;
Que no quiero que Selín
Corte á los tres las cabezas.

MUSTAFÁ.

Uchalí, ¿qué sinrazón
Has tú sufrido en tu vida,
Ni en ésta, ni en tu nación?
La honra tengo ofendida,
Y vuelvo por mi opinión.
Cuando allá fuiste cristiano,
¿Quitóte alguno por fuerza
Tu mujer?

ALÍ.

Si fuera llano
Ser tuya, no hay ley que tuerza
Ni mi gusto ni mi mano.
La esclava me ha dicho á mí
Que nunca ha hecho tu ruego,
Y que antes de darse á ti,
Pondrá su cuerpo en un fuego.

UCHALÍ.

¿Es aquesto verdad?

MUSTAFÁ.

Sí.

ALÍ.

Dice que no la compraste
Ni es tuya, mas que en tu fe
Confiada, la llevaste
Donde en tus galeras fué,
Y allí la tiranizaste.
Pues cautivar en galera
Una mujer confiada
En tu palabra sincera,
No es ser tuya, ni ser nada,
Sino una mujer soltera.
Tras esto, un hijo le has hecho
Turco sin su voluntad,
Quitándole á su despecho
La cruz de la Trinidad,
De que ella le honraba el pecho.
Por esto la he defendido,
Que ni amor ni gusto ha sido.

UCHALÍ.

¿Pasa todo esto así?

MUSTAFÁ.

Todo ha pasado, Uchalí,
Y de todo estoy corrido.
Pero quisiera saber
Por qué lado, Alí, te toca
Defender esta mujer.

ALÍ.

¿No es causa ser mujer?

MUSTAFÁ.

Poca
Para quererme ofender;
Que yo, Alí, tu amigo he sido.

ALÍ.

Cuando mi amigo no seas,
¿Qué habré yo en eso perdido?

MUSTAFÁ.

Ya entiendo lo que deseas:
Noble soy.

ALÍ.

Yo, mal nacido.

MUSTAFÁ.

No digo tal: mas pretendes
Que me aborrezca Selín;

Mas vanamente me ofendes.

ALÍ.

¿Hate dicho algún malsín
Lo que en mi deshonra entiendes?

UCHALÍ.

¿Por quién lo dices, Alí?
Que yo vuestra paz pretendo.

ALÍ.

No hablo de ti, Uchalí;
De otros privados me ofendo,
Que han murmurado de mí.

UCHALÍ.

Ahora bien, pretended
Ser amigos, ó tened
Á Uchalí por enemigo.

ALÍ.

Yo te quiero por amigo

UCHALÍ.

Siempre me has hecho merced.

MUSTAFÁ.

Yo también; pero ¿qué corte
Darás que á los dos importe?

UCHALÍ.

Que dejéis esta mujer,
Que á nadie quiere querer,
Y cada cual se reporte.

MUSTAFÁ.

Llámala

UCHALÍ.

Ya viene.

Salen Constancia y Marcelo vestido de turco.

MUSTAFÁ.

Di.
¿No me dijiste tú un día,
Constancia, que eras de aquí?

CONSTANCIA.

Y nacida en Nicosía.

UCHALÍ.

Pues mejor os viene así.
¿Tienes marido?

CONSTANCIA.

Sí tengo.

UCHALÍ.

¿Quién?

CONSTANCIA.

El capitán Leonardo.

UCHALÍ.

Aguardad, que al muro vengo
Con este lienzo.

Haga señas.

CONSTANCIA.

¿Qué aguardo,
Que echarme á esos pies detengo?

UCHALÍ.

¡Ah del muro!

Sale un soldado con un arcabuz.

SOLDADO.

¿Quién llamó?

UCHALÍ.

Uchalí.

SOLDADO.

¿Qué quiere el perro
Que de su ley renegó?

UCHALÍ.

Si á ti te parece yerro,
Á Dios daré cuenta yo.
Llama al capitán Leonardo.

SOLDADO.

Aquí está ya el capitán.

Sale Leonardo al muro.

LEONARDO.

Ya lo que quieres aguardo,
Turco famoso y galán.

UCHALÍ.

Baja, capitán gallardo;
Que con palabra real
De uno y otro General,
Uchalí te ha de ofrecer
No menos que tu mujer.

LEONARDO.

¡Constancia! ¿Hay ventura igual?
Yo bajo, fuerte Uchalí.

UCHALÍ.

Los dos quedaréis así
Muy amigos desde hoy.

LEONARDO.

Y yo palabra te doy.....

UCHALÍ.

Yo te la doy por Alí.
Que ¡por Alá! que parece
Mal que dos tales amigos
Falten la fe que se ofrece
Contra tales enemigos,
Á quien tan bien la merece.

ALÍ.

Tienes, en fin, policía
De hombre que ha sido cristiano;
Aprieta esta mano mía,
Que te doy en esta mano
Toda la fe de Turquía.
Si Mustafá quiere y gusta,
Pues es General de tierra,
Y estar yo no es cosa justa
Adonde él hace la guerra,
Me iré luego á Famagusta.

MUSTAFÁ.

Acabemos esta empresa;
Que á mi lado no me pesa
El tener tal capitán.

UCHALÍ.

Daos las manos.

ALÍ.

Y aun serán
Los brazos si el odio cesa.

Sale Leonardo.

LEONARDO.

Aquí, nobles Generales,

Está Leonardo.

ALÍ.

Tú tienes
Mujer, que habrá pocas tales.

LEONARDO.

Constancia, ¡qué viva vienes!

CONSTANCIA.

Leonardo, ¡qué vivo sales!
¡Ay, deseados abrazos!

NIÑO.

Padre, ¿no me abraza á mí?

LEONARDO.

Desvía, traidor, los brazos;
Que en venir vestido así,
Mejor mereces dos lazos.
Constancia, ¿cómo es aquesto?

CONSTANCIA.

Así Mustafá le ha puesto,
Pero él no ha ofendido á Dios.

NIÑO.

Mejor creo en Dios que vos.

CONSTANCIA.

Bien dice; abrázale presto.
Según le martirizaron,
Le hirieron y maltrataron,
Pensé tenerle en el cielo;
Que de mártir á Marcelo
Poca distancia dejaron.

LEONARDO.

¡Qué gran regocijo toma
El alma! Deja que coma
Á besos boca tan bella,
Que á Dios confesáis con ella.

NIÑO.

¡Mal año para Mahoma!

UCHALÍ.

Capitán.....

LEONARDO.

¿Qué es lo que quieres?

UCHALÍ.

Yo sé cuánto los cristianos
Acá estimáis las mujeres.
Liberales son mis manos;
Muéstrame tú si lo eres.
Haz, pues eres caballero
Y hombre de calidad,
Que se rinda la ciudad.

LEONARDO.

Á quien me hace bien, no quiero
Menos que tratar verdad.
Mi hijo con mi mujer,
Que ha un año que los perdí,
Presos de Mamijafer,
Puedes volverte, Uchalí,
Que yo no lo pienso hacer.
Debo á mi patria esta fe,
Y aunque me rompas la tuya,
Aquí á tus pies moriré.

UCHALÍ.

Pues alto: aquí se concluya;
Venga quien la muerte os dé.

CONSTANCIA.

¡Ay, esposo de mi vida,
Prenda apenas de mí hallada,
Cuando ya la veo perdida!

LEONARDO.

Constancia, una muerte honrada
Nunca es del noble temida.
Bien haces; dame la muerte,
Porque soy hombre tan fuerte,
Que si no es que entrar me impidas,
Os podré costar mil vidas.

MUSTAFÁ.

La lealtad deste hombre advierte.

ALÍ.

Con tu licencia, le quiero
Dejar ir libre, Uchalí:
Váyase este caballero.

UCHALÍ.

Vaya, pues te agrada, Alí.

LEONARDO.

Echarme á tus plantas quiero.

UCHALÍ.

No me valió mi cautela.

LEONARDO.

Vamos, mi querida amiga.

CONSTANCIA.

Vamos, que el alma recela
Otra maldad.

NIÑO.

Diga, diga,
Padre, ¿está viva mi abuela?

Váyanse Leonardo, Constancia y el niño.

Salgan turcos con Rosales, cautivo.

TURCO.

Una galeota nuestra
Ha tomado un bergantín,
Y esto os envía por muestra.

ALÍ.

¿Español?

ROSALES.

Sí soy.

ALÍ.

En fin,
¿Dura el arrogancia vuestra?
Dadme un tormento.

ROSALES.

No es cosa
Que supieras con tormento,
Si te fuera provechosa,
Aunque esparcieras al viento
Mi carne en llama afrentosa.

ALÍ.

¿Por qué, cristiano? ¿Eres Cid,
Que tanto puedes y vales?

ROSALES.

Nada soy; pero advertid
Que soy soldado y Rosales
Y natural de Madrid.

ALÍ.

¿Con quién vienes?

ROSALES.

En la armada
De la Liga.

ALÍ.

¡Santo Alá!

ROSALES.

¿Tampoco aquesto no es nada?

ALÍ.

¿Que ya prevenida está?
¿Ya comienza la jornada?

ROSALES.

Para deciros verdad,
No está firmada la Liga;
Pero con velocidad
Ya la confedera y liga
En Roma Su Santidad.
De Candia habemos partido
Ciento y ochenta galeras;
Las galeazas han sido
Once, ricas y veleras,
Que un monte forman lucido;
Con seis navíos también
Viene el armada, y, en fin,
Para descubriros bien
Venía aquel bergantín
Que rindió esta tarde Hacén.
Al socorro se apresuran
De Chipre, si llegar pueden.

ALÍ.

Bien podrán si lo procuran.

MUSTAFÁ.

Cuando por miedo se queden,
No poco honor aventuran.

ALÍ.

¿Quién viene por general?

ROSALES.

Es Marco Antonio Colona,
Un romano principal.

ALÍ.

Ya conozco su persona.

ROSALES.

Sabrás que no digo mal.

ALÍ.

¿Dónde llegan?

ROSALES.

Á Escarpanto.

ALÍ.

Creo que esta vez nos vemos
Si doy la vuelta á Lepanto.
¿Quieres que albricias te demos?

ROSALES.

La vida tomo entretanto.

ALÍ.

Vete libre.

ROSALES.

Dios te guarde.

ALÍ.

Saca, Mustafá, ese alarde;
Rompamos á Nicosía,
Que parece cobardía
Que la ganemos tan tarde.

MUSTAFÁ.

¡Ea, soldados, al muro!

ALÍ.

Fama quiero.

UCHALÍ.

Esa procuro.

Atabalillos.

MUSTAFÁ.

Á escala vista acometo.

ALÍ.

Que he de romperle os prometo,
Si fuera diamante duro.

Váyanse con guerra y fínjanla dentro.

Suena música, y salen á publicar la Liga Miguel Suriano y D. Juan de Zúñiga con el papel.

DON JUAN.

En fin, se juró la Liga
En el Sacro Consistorio.

SURIANO.

Tus años, Pío, bendiga
El cielo, pues es notorio
Que por ti nos junta y liga.

DON JUAN.

¿Venís contento?

SURIANO.

En extremo;
Ni á mi República temo
De no llevar general,
Ni el amenazado mal
Del otomano blasfemo.

DON JUAN.

Mostró Pío su valor
En este famoso día,
Valor que el cielo le envía.

Sale Furio, criado.

FURIO.

Mario Fulvio, mi señor,
Suplica á Vueseñoría
Le envíe á decir quién es
General.

DON JUAN.

El gran don Juan
De Austria.

SURIANO.

Yo beso tus pies.

DON JUAN.

Escogióse el capitán
Á gusto de todos tres.

FURIO.

¿Es de la tierra ó del mar?
Al de Saboya quería
Lo que es de la tierra dar;
Pero vió que error hacía,

Aunque acertaba el lugar,
Porque teniendo derecho
Á Chipre, no resultase
Con Venecia algún despecho.

SURIANO.

Que don Juan se consultase,
Fué bien de los cielos hecho.
Concurren, señor don Juan,
En este ilustre mancebo
Mil partes de capitán.

DON JUAN.

Ha de ser un Carlos nuevo.

SURIANO.

Tal nombre todos le dan;
De naciones extranjeras
Su persona es muy amada.

DON JUAN.

De la propia, ¿qué dijeras?

SURIANO.

¿De qué fuerzas es la armada?

DON JUAN.

Es de doscientas galeras,
Cien naves, cincuenta mil
Infantes y cuatro mil
Y más quinientos caballos.

SURIANO.

¿Para cuándo han de juntallos?

DON JUAN.

Á fin de Marzo ó Abril.

SURIANO.

¿Qué da el Papa?

DON JUAN.

Da doscientos
Caballos y más sesenta.

SURIANO.

¿Y de infantes?

DON JUAN.

Tres mil cuenta.

SURIANO.

¿Galeras?

DON JUAN.

Doce.

SURIANO.

¡Contentos
Nos deja!

DON JUAN.

¡Gran bien intenta!
Divinamente concluye
Cualquier cosa.

SURIANO.

Dél se precia,
Que de dilaciones huye.
Felipe, ¿qué contribuye?

DON JUAN.

Tres quintos, y dos Venecia,
Todos fueron muy discretos

Arma.

En que nadie contradiga
De Pío tales decretos.

SURIANO.

¡Oh gran bien!

DON JUAN.

¡Oh santa Liga,
Dios te dé santos efetos!

Vanse.

Salen, después de fingida una guerra dentro, tres turcos, que traen preso al capitán Leonardo.

LEONARDO.

¿Pensaréis que lleváis una gran presa?

TURCO.

Un capitán sabemos que llevamos.

LEONARDO.

Adonde tantos pasan á cuchillo,
¿Para qué perdonáis mi humilde cuello?
¡Ah miserable y triste patria mía,
Dolorosa ciudad, que por el suelo
Yaces en el rigor de tantos bárbaros!
Mas no dirá Venecia que no ha sido
Defendida con honra y sin infamia,
Pues no ha quedado aquí mujer ni hombre
Que no haya derramado propia sangre,
Después de haber sacado tanta ajena,
Que desta playa humedeció el arena.

Sale Constancia con una espada desnuda y un morrión en la cabeza.

CONSTANCIA.

¿Para aquesto te cobré,
Esposo del alma mía?
¡Apenas te gozo un día,
Apenas el sol se fué!
¿Cómo te vas y me dejas
De matar turcos cansada?
Más temen ellos mi espada,
Que tú, Leonardo, mis quejas.
Mi hijo también perdí:
¡Cielos! ¿Qué me sirve ya
La piedad de Mustafá
Y la defensa de Alí?
Yace la ciudad rendida,
Y muertos sus ciudadanos
Por tantas bárbaras manos;
Yo sola quedo con vida.
Déjame con ella el cielo,
No me la quiere quitar,
Para que pueda llorar
Mi Leonardo y mi Marcelo.
Mas ¡ay de mí! que éstos son
Los turcos que le llevaron:
¡Vivo está, no le mataron!

Salen otros dos turcos, ahora con el niño cautivo.

TURCO.

Tienes, Humeya, razón;
Que Mustafá le quería

Como á hijo, y gustará
Que le llevemos allá,
Más que entrar en Nicosía.

CONSTANCIA.

¡Triste! Cuando acometer
Quise á defender mi esposo,
Y con esfuerzo animoso,
Con él la vida perder,
Por otra parte me asalta
El alma, sin quien ya vivo,
Ver mi Marcelo cautivo,
Del alma prenda tan alta.
¡Ay, dulce hijo! ¡Ay, esposo!
¡Ay, esposo! ¡Ay, dulce hijo!
¿Cómo es posible que rijo
Este espíritu animoso?
¿Daréle al hijo la vida,
Ó á mi esposo la daré?
¿Qué mujer, cual yo, se ve
De dos partes combatida?
Quiero á ciegas arrojarme,
Por ver á cuál parte vengo.
Pues que dos vidas no tengo,
El uno ha de perdonarme.
Á aquél dí mi libertad,
Á aquél mi sangre le dí;
Todos se juntan aquí,
Del cielo ha sido piedad.
¡Soltad, perros, esos dos
Pedazos del alma mía!

LEONARDO.

¡Constancia!

CONSTANCIA.

Seré este día
La misma virtud, ¡por Dios!

TURCO.

¿Tú nos piensas ofender?

Mustafá con la espada desnuda.

MUSTAFÁ.

¿Qué es esto? ¡Perros, teneos!
¿Tan vergonzosos trofeos
Buscáis en una mujer?

TURCO.

¡Señor!.....

MUSTAFÁ.

Caminad de ahí.
¿Qué es esto?

CONSTANCIA.

Constancia soy,
Que á cobrar mi esposo voy.

MUSTAFÁ.

¿Tanto valor hay en ti?
No de balde te quería;
Á ser menos la importancia,
Digo que por ti, Constancia,
Perdonara á Nicosía.
No puedo menos de hacer
Que enojar al Gran Señor.

CONSTANCIA.

Á los pies de tu valor
Está una humilde mujer.

LEONARDO.

Y yo, señor, á quien hoy
La suerte en tal punto ha puesto.

MUSTAFÁ.

Capitán, fortuna es esto.

LEONARDO.

Señor, á tus pies estoy.

MUSTAFÁ.

Yo os aseguro las vidas;
Á Italia os podéis partir.

LEONARDO.

Déjete el cielo vivir
Y vencer cuanto le pidas.

MUSTAFÁ.

¡Hola! ¿Qué digo? Ardaín,
Á Nápoles brevemente
Despacha con esta gente
Un ligero bergantín.

CONSTANCIA.

¡Guárdete el cielo mil años!

MUSTAFÁ.

Partid antes que suceda
Fortuna en que yo no pueda
Defenderos de sus daños.

Vanse.

Salen Uchalí y Alí.

ALÍ.

Todo queda por el suelo.

UCHALÍ.

Alá de ayudarnos gusta.

MUSTAFÁ.

¿Qué haremos?

ALÍ.

Á Famagusta
Vamos, si lo quiere el cielo:
Vencida, habemos de dar
En Zante y Zefalonía,
Cherigo y Candia, en un día.
Por tierra pienso allanar:
Cobraré á Sopoto luego,
Á Antibari y á Dulquino,
Á Curcola y á Lesino,
Y á Budoa pondré fuego.
En Cataro y en Corfú,
Daré nunca visto espanto,
É iré desde allí á Lepanto.

MUSTAFÁ.

¿Qué Alejandro como tú?

ALÍ.

Allí veré si me obliga
Selín, que lo ha de mandar,
Para poder pelear
Con la armada de la Liga.
Si la fortuna no trueca
El rostro que he visto aquí,

Su estandarte carmesí
Pondré en la casa de Meca;
Y á la que mi amor engaña,
Cuyos ojos luz me dan,
Traeré cautivo á don Juan,
Hermano del Rey de España.

ACTO TERCERO.

Salen Rosales y Carpio.

CARPIO.
Notable fué vuestra ventura.

ROSALES.
Grande:
Escapé de las manos de los turcos,
Y con el bergantín vine hasta Nápoles.

CARPIO.
¡Qué armada tan hermosa se deshizo
Á Venecia, Rosales!

ROSALES.
La más bella
Que se vió sobre el mar desde que Jerjes
Cargó soberbiamente sus espaldas.

CARPIO.
La pérdida fatal de Nicosía
Debió de ser la causa.

ROSALES.
El de Oria, cuerdo,
No quiso, con los vasos venecianos
Llenos de enfermos, emprender los turcos,
Con tan frescas victorias levantados;
Por eso se encontró con Marco Antonio,
Á quien reconocer se desdeñaba
Por general; y al fin, la unión rompida,
Á Roma se volvieron, donde el Papa,
Perseverando en confirmar la Liga,
En el punto que ves la tiene agora.
Dicen que el rey católico Filipo
Dió comisión al cardenal Pacheco,
Al de Granvela y á don Juan de Zúñiga.

CARPIO.
Esos y Surïano, por Venecia
La concluyeron, y quedó jurada:
¿Qué hay de la embarcación? Que ahora llego.

ROSALES.
Llegó, Carpio, el señor don Juan á Nápoles,
Acompañado de la flor del mundo:
Dióle el virrey Granvela el estandarte
Y el gran bastón, de General insignia,
Benditos uno y otro de Pío quinto.
Es de damasco carmesí, y en medio
Tiene la imagen del Cordero santo
Que puso por nosotros las espaldas
En una cruz; y luego, en orden puestas,
Sus armas, las de España y de Venecia.
Irá á Mecina, donde ya le aguarda
Con la embajada, monseñor Salviati.

Atabalillos.

CARPIO.
Esta música debe de ser eso,
De gusto y regocijo pierdo el seso.

Salen con música Agustín Barbarigo, veneciano; Andrea Doria, el Conde de Pliego, Héctor Espínola, Marco Antonio Colona, el secretario Juan de Soto, y detrás el señor D. Juan: llegue á unas almohadas, y puesto de rodillas diga, con el estandarte en la mano y quitándose todos las gorras:

JUAN.
Divino Capitán, que en la estacada
De la cruz en que está tu cuerpo tierno,
Dejando nuestra vida reparada,
Muriendo vences con tu brazo eterno
La muerte, que derribas por el suelo,
Quebrantando las puertas del infierno:
Tú, que abriste á los hombres las del cielo
Y el camino difícil allanaste,
Oye la voz de mi cristiano celo.
Tú, que para bandera nos dejaste
Tu santísima Cruz; y á Juan, tu primo,
Al pie della tu madre encomendaste.
Dígnate de que yo, pues que te animo
Á empresa celestial y glorïosa,
Merezca el cargo que en tu nombre estimo.
La santa Iglesia, que es tu amada Esposa,
Á mí, que soy también Juan, me encomienda
La mano de Pío quinto religiosa.
Pues para que mejor el Turco entienda
Que es tu Cristo en la tierra Quinto Pío,
Haz que tu Esposa aqueste Juan defienda;
Y puesto que es indigno el pecho mío,
Bisnieto soy, Señor, de aquel Fernando
Que defendió tu ley con tanto brío,
Los infames hebreos desterrando,
Dió á los indios tu fe, y al Luterano
Rompió la voz, la Inquisición fundando.
Nieto soy de un Filipo soberano
Que, á no morir en término sucinto,
Temblara de su pecho el Otomano.
Hijo soy del grande Carlos quinto,
Cuyo brazo le muestra en la campaña
Del Hereje y el Moro en sangre tinto:
Hermano de Felipe, Rey de España,
Que llaman Salomón tantas naciones
Cuantas el sol calienta y el mar baña:
Ha puesto hasta la China tus pendones;
Con sangre de españoles riega á Flandes,
Sólo por ablandar sus corazones.
Pues un hombre, Señor, que de tan grandes
Columnas de tu fe santa procede,
Bien es que dél te sirvas y que mandes
Que el Bárbaro á sus pies rendido quede.

Levántense y cúbranse todos.

BARBARIGO.

Enternecido me deja
Vuestra Alteza.

JUAN.

Barbarigo,
Esto á Dios suplico y digo,
Esto el alma me aconseja.

BARBARIGO.

Tu santo acuerdo bendigo.

ANDREA.

No vencía Josué
Mientras que Moysén no oraba.

JUAN.

Quien esta bandera ve,
Y el que amor en ella enclava
Con los ojos de la fe,
¿Qué mucho que merced pida?
Si en ella y en su partida
Dió una vez todos los cielos,
Yo, por mis padres y abuelos,
Por su virtud conocida,
Por sus servicios honrados
En defensa de su ley,
Pido á estos brazos clavados;
Que siempre se pide al Rey
Por los servicios pasados.
Llevo grande confianza
En la sangre, que defiendo,
Deste costado, que abriendo
Más está amor que la lanza,
Por quien la vemos vertiendo.
No piense el Turco esta vez,
Con temor que á Italia causa,
Poner á mis hechos pausa;
Que Dios, que es sumo Jüez,
Por mí defiende su causa.
¡Ea, Señor, tiempo es ya
Que os levantéis y juzguéis!
Aquí vuestra espada está,
Mandalda vos, y veréis
Qué golpe en los turcos da;
Que aunque humana mi flaqueza,
Si vuestra virtud concede
Á mi brazo fortaleza,
¡Vivís vos, que apenas quede
En toda el Asia cabeza!

HÉCTOR.

¿Quién no se anima escuchando
Tu lengua, aunque muerto esté?

JUAN.

Héctor Espínola, cuando
Al arma toca la fe,
Ya se está el deseo armando:
Todos estos perros viles
Pondremos presto á los pies.

HÉCTOR.

Basta que aliento me des.

JUAN.

Yo seré español Aquiles;
Sed vos Héctor genovés.

HÉCTOR.

Seré rayo de tu sol,
Nuevo David español.

JUAN.

¿Partirémonos, Andrea?

ANDREA.

Ya Monseñor ver desea;
Á Vuestra Alteza en Puzol.

SOTO.

Esta carta llega agora,
Del Rey nuestro señor.

JUAN.

Dora
Y esmalta mi buen deseo.
Leed, Juan de Soto.

SOTO.

Creo
Que de esperanza os mejora.

Lee.

«Hermano, desde Mecina enviad á besar el pie á su Su Santidad con monseñor Salviati, por el bien que á todos nos resulta de la conclusión desta felicísima Liga; y en ninguna cosa excedáis de su orden, porque creo que añadirá la Iglesia á los milagros de su vida santísima, el que espero deste vencimiento. España os encomienda á Dios con el cuidado que yo le pido: Él os guarde y vuelva victorioso.»

JUAN.

Con este salvoconducto
Pasaré el mar á pie enjuto:
Responderéis, Juan de Soto.

CONDE.

Partid, señor, de mi voto;
Goce esta esperanza el fruto.

JUAN.

Conde de Pliego, partamos,
Pues tan buena la llevamos.

CONDE.

La armada aguarda en Mecina,
Y á vuestra frente divina,
De palma y laurel mil ramos.

Váyanse.

Salga Selín con Rosa y Fátima.

SELÍN.

¿Parécete cosa nueva
Que me dé Marte cuidado?

ROSA.

Tanto Cupido te eleva,
Que no sé cómo has llegado
Á hacer de sus armas prueba.

SELÍN.

Tengo, Solimana mía,
Puesta mi honra en un día
Que una desgracia suceda;
Y como fortuna es rueda,

Nadie en su estado se fía.
Andan Alí y Uchalí
Y Mustafá, tan contentos
De notables vencimientos,
Que ni al mar temen, por mí,
Ni las fuerzas de los vientos.
Con esto se van llegando
Á Italia, y en ella entrando:
Temo que los contradiga
Esa armada de la Liga,
Que se va confederando.

FÁTIMA.

No temas, si consideras
Esa Liga de cristianos,
Pues sabiendo que uno eras,
Juntan tres armas y manos,
Que atar con la tuya esperas.
Si son tres, tres capitanes
Fuertes, diestros y galanes,
Victoria dellos tendrán.

SELÍN.

Temo este mozo don Juan.

FÁTIMA.

Aunque fuera mil don Juanes:
Al Papa vencerá Alí,
Al rey Filipo, Uchalí,
Y Mustafá al Veneciano.

SELÍN.

¿Tiene el bien Alá en su mano
Para el Papa ó para mí?

ROSA.

A estar, Selín, en la mía,
Tuya fuera la victoria.

SELÍN.

Y yo, Rosa, el mismo día
Te diera la misma gloria.

ROSA.

En Alá, Selín, confía.

Mamí, turco, salga.

MAMÍ.

Con la priesa que he venido,
Hasta verte no he parado.

SELÍN.

Seas, Mamí, bien llegado.

MAMÍ.

De tus brazos recibido,
Las albricias me has pagado.

SELÍN.

¿De qué son?

MAMÍ.

De mil victorias
En todo ese mar ganadas
Para aumento de tus glorias,
Que á las historias pasadas
Añaden nuevas historias:
A Candia y Zefalonía,
Cherigo, Sopoto y Zante
Rindió nuestra valentía.

SELÍN.

Dulchino, fuerza importante,
Rindióle Uchalí en un día.
¿Tomó Aulato?

MAMÍ.

Dese huyeron
Los hombres; pero quedaron
Las mujeres, que nos dieron
También que hacer, que mataron
Cuantos á entrarle vinieron.

SELÍN.

¿Qué más la nación hiciera,
Fuerte y valiente española?

MAMÍ.

Tomó á Budoar y Cursola.

SELÍN.

¿Saltó en Corfú?

MAMÍ.

En su ribera
Quemó la campaña sola;
Quince mil cautivos tiene,
Sin los despojos; que tanto
De mano de Alá te viene.

SELÍN.

¿Adónde queda?

MAMÍ.

En Lepanto;
Que un hecho heroico previene.

SELÍN.

¿Cómo?

MAMÍ.

Quiere destruir
Desta vez la Cristiandad;
Mas no quiere combatir
Sin saber tu voluntad.

SELÍN.

Consejo os quiero pedir

MAMÍ.

¡Por mi fe, lindos consejos!
¡Qué buen senado de viejos!
¡A dos mujeres ofrece
Todo su honor: bien parece
Que lo mira desde lejos!

FÁTIMA.

Una gente belicosa,
Y puesta sobre la luna,
Rica, honrada y gloriosa,
Que á la contraria fortuna
Ha ganado la dichosa,
¿Qué no podrá acometer?

ROSA.

Fátima dice lo cierto;
Y no se puede temer
Que haga falta ó desconcierto
Gente enseñada á vencer.

MAMÍ.

¡Oh, qué gracioso decreto!

SELÍN.

¡Mamí!

MAMÍ.

¡Señor!

SELÍN.

¿En efeto,

En llegando embestirán?

MAMÍ.

Sí, señor.

SELÍN.

Este don Juan
Dicen que es fuerte y discreto.

MAMÍ.

Un retrato tuvo Alí,
De mil que en Italia han hecho.

SELÍN.

Y ¿es muy robusto, Mamí?

MAMÍ.

El rostro no juzga el pecho.

SELÍN.

En muchas personas, sí.

MAMÍ.

Es hermoso y gentilhombre,
Blanco como un alemán;
Yo te juro que es un hombre
Que con esto, y ser don Juan,
Más enamore que asombre;
Pero un hombre tan querido
De hombres, niños y mujeres,
Ni se ha visto, ni se ha oído.

SELÍN.

Mas qué, ¿darme celos quieres?

MAMÍ.

No: he dicho lo que he sentido.

SELÍN.

Aguarda, y escribiré
A los Generales.

Vase.

ROSA.

Di:
¿Todo eso en don Juan se ve?

MAMÍ.

Esto en el retrato vi,
Y esto de la fama sé.

ROSA.

Cuando vuelvas, ¿no traerás
De don Juan algún retrato?

MAMÍ.

¡Pues no Si ferias me das.....

ROSA.

No hallarás mi pecho ingrato.

MAMÍ.

¿Qué has de hacer?

ROSA.

Verle no más.

FÁTIMA.

Notables son tus antojos.

ROSA.

Fátima, cáusame enojos
Lo que alaban no lo ver.

FÁTIMA.

¿Dónde le piensas poner?

ROSA.

En las niñas de mis ojos.

Vanse.

Salgan Uchalí, Alí y Mustafá á un estrado, y, sentados, digan:

UCHALÍ.

Bien os podéis sentar, que no hay persona
Que nos vea, nos hable y contradiga.

ALÍ.

Digo, Uchalí, que nuestro esfuerzo abona
Que la honrosa jornada se prosiga.

UCHALÍ.

Yo digo que no importa á la corona
De Selín que la armada de la Liga
Discurra el mar, después que por sus costas
Pasaste, cual por trigo las langostas.
Todo queda abrasado; no se mira
Lugar en pie; la mar, de sangre es lago,
Neptuno á sus arenas se retira,
Los peces tiemblan del fatal estrago.
¿A qué gloria mayor Selín aspira,
Ni los dos de serville mayor pago?
Traéis quince mil vidas prisioneras,
Sin los cuerpos que cubren sus riberas.
Volvamos á la gran Constantinopla
A recibir el triunfo merecido.
El viento os llama, y favorable sopla
Por popa, el lienzo del velame herido.
Si don Juan con la bélica manopla
Aprieta el estandarte concedido
De aquel su santo Pescador de Roma,
Tráguele el mar, castíguele Mahoma.
No son tan temerarios los cristianos,
Ni aquí sólo se embarcan españoles;
El gobierno de cuerdos venecianos
A sus galeras sirve de faroles.
Franceses, genoveses y romanos,
Con los de Malta, en la milicia soles,
Vienen juntos aquí: mirad que os digo,
Que el sabio no desprecia al enemigo.

ALÍ.

Si en los consejos el enojo fuera
Entre los capitanes concedido,
No sé cómo, Uchalí, te respondiera,
Viéndote tan cobarde y encogido.
¿La Liga desos tres tu pecho altera?
¡Ni el mundo todo que viniera unido!
¿No somos más en número y en leños,
Y casi deste mar los propios dueños?
¿Volveremos, por dicha, las espaldas
Al cristiano don Juan, mozo orgulloso,
Como mujeres de cobardes faldas,
Antes de ver su esfuerzo fabuloso?
¿Qué importan los laureles y guirnaldas
Que nos ofrece el triunfo victorioso
De tanto pueblo que por fuerza entramos,
Si al enemigo esta venganza damos?
La verdadera guerra, la victoria,
Es esta en que hay poder, hay enemigo,
Hay Rey de España, hay Papa, hay tanta gloria,
De San Marcos, Venecia y Barbarigo;
Hay un don Juan, que de Cipión la historia
Deja en su tierna edad atrás; y digo

Que si esta vez esta ocasión perdemos,
En infamia perpetua quedaremos.

MUSTAFÁ.

Alí, como Uchalí cristiano ha sido,
Aun debe de tener cristiana el alma;
Vuelve por el cristiano, que vencido,
Él mismo ofrece la victoria y palma.
Yo quiero que Mahoma esté ofendido
De su profeta, propicio el mar en calma (1),
Y con estos y más inconvenientes..... (2)
Retiróse una vez allá en Viena
Selín, del Gran Señor padre esforzado,
Y hoy por España y por Italia suena,
Que fué de miedo y le dejó inflamado.
Si no acometes, de una vil entena
Cuelgas á la vergüenza lo ganado,
Porque dirán que huyendo nos volvimos;
Y bien dirán, que de temor lo hicimos.

UCHALÍ.

No el haber sido, cual decís, cristiano,
Á lo que veis mi pensamiento obliga,
Sino el ver que Filipo soberano
Con la Iglesia y Venecia junte Liga.
El Papa es cazador, y con su mano
Nos pone como á pájaros la liga;
Los árboles y jarcias son las varas:
Caeremos, no dudéis.

ALÍ.

¿En qué reparas?
Dale su escuadra, y váyase.

MUSTAFÁ.

Camina.

Levántense.

UCHALÍ.

Llegando á eso, una común fortuna,
Al bien ó mal del Gran Señor me inclina.

ALÍ.

Vamos, que será buena, si hay alguna.
¿Cuándo don Juan se embarcará en Mecina?

MUSTAFÁ.

Á la mitad de esta primera luna.

ALÍ.

Quiera Alá que antes de salir Septiembre,
El mar, de cuerpos de cristianos siembre.

Salen el Marqués de Santa Cruz y Juan de Soto.

CRUZ.

Perdióse Famagusta.

JUAN.

¿De qué suerte,
Señor Marqués de Santa Cruz?

CRUZ.

De modo,
Que siendo la vencida, fué más fuerte;
Ciertos esclavos lo refieren todo:
Y cierto, que lastima.

JUAN.

Los oídos
Á la tragedia atentos acomodo.

CRUZ.

Los turcos al combate conducidos
Por el soberbio Alí, la acometieron,
Siendo del Bragadino resistidos.
Es éste un veneciano que temieron
Otras veces, por ser tan valeroso;
Finalmente, ni entraron ni pudieron;
Faltóles la comida, y fué forzoso
Comer cosas jamás imaginadas.

JUAN.

Caso, señor Marqués, triste y lloroso.

CRUZ.

Hizo el Turco, de tierra levantadas,
Torres fuertes, iguales á la cerca,
Y minas por lo bajo solapadas;
Estuvo la canalla vil tan terca,
Que la batió sesenta y cinco días.

JUAN.

Con tanta sangre las victorias merca.

CRUZ.

Los asaltos que dió, las baterías,
Dicen que apenas número tuvieron.

JUAN.

¡Tesón cruel y bárbaras porfías!

CRUZ.

Ciento y cincuenta mil dicen que fueron
Los cañonazos que sufrió su muro,
Y siempre los de adentro resistieron.
Traían agua, por lo más seguro,
Viejos, niños, mujeres, y refresco
Del poco vino y del bizcocho duro.
La hambre, que ha tenido parentesco
Tan grande con la muerte, al fin forzóles,
Debajo del seguro barbaresco,
Que se rindiesen al tirano, y dióles
Mustafá su palabra, si dejasen
Á Famagusta dentro de dos soles.
¿Qué mucho que los tristes aceptasen
Honrosas condiciones sin consejo?
Matólos, sin que cuatro se escapasen.
Al Bragadino, de la guerra espejo,
Como un Bartolomé desolló vivo,
Y colgó de una entena su pellejo.

JUAN.

¡Oh bárbaro, cruel ejecutivo!
Mas ¿cómo tarda en castigarte tanto
Del español el brazo vengativo?

CRUZ.

Ya viene el gran don Juan, terror y espanto
Del África y el Asia, deseoso
De irle á buscar á Chipre ó á Lepanto,
Á resolverse en caso tan dudoso.

Salen Andrea Doria, Marco Antonio, Héctor Espínola, Agustín Barbarigo, Juan de Soto y el Sr. D. Juan, y siéntense con el de Santa Cruz y con el de Pliego, y esté Juan de Soto detrás de una mesa, con tinta y pluma.

JUAN.

Ya, señores, sabéis cuánto me importa

(1) No es verso ni hace sentido.
(2) Falta el último verso de esta octava.

En ocasión tan fuerte resolveros;
Grande es la empresa, y la partida es corta.
Su Santidad el Papa, por poneros
Ánimo á todos, que es lo que procura,
Como sois de la Iglesia caballeros,
De la mano del cielo me asegura
Esta victoria y triunfo, é interpone
Su autoridad con Dios, su fe tan pura.
Y dos revelaciones me propone,
Que de San Isidoro escritas halla,
Y en aquel Capitán mi nombre pone.
Cuenta allí, según dice, esta batalla;
Dame, si gano al Turco algún estado,
La corona, si quiero yo acetalla;
Díceme que de mí tendrá cuidado,
Y que en lugar de hijo me recibe,
Y grandes indulgencias me ha enviado.
Con estas santas esperanzas vive
El ejército, á quien el Nuncio agora,
Lascivia, juego y blasfemar prohibe.
De las grandes riquezas que atesora,
Les ha dado reliquias y Agnusdeyes:
Todo soldado, en fin, sus culpas llora;
Danles mil religiosos santas leyes
Y el Sacramento de la Eucaristía,
Igual á los humildes y á los reyes.
Esto, señores, este alegre día
En este punto está: salir deseo,
Porque el Rey mi señor aquí me envía.
Decid, qué haremos, que ya el Turco veo,
Y su canalla bárbara enemiga,
Á los pies de la Iglesia por trofeo,
Y vencedora la triunfante Liga.

ANDREA.

Bien sé que las diferencias
Antiguamente pasadas
Entre Génova y Venecia,
Sospechosa harán mi habla.
Bastante ocasión había
Para que otros me llevaran
Tras su voto y parecer,
Por esta y por otras causas;
Mas pues la honra de Dios,
De mi Rey y de mi Patria
Debo mirar, de la mía
No quiero deciros nada.
Fundamento grande ha sido
De grandes hombres en armas,
De que ya todos sabéis
Que experiencia no me falta,
Que de poder á poder
Nunca se ha de dar batalla,
Si no es por necesidad
Ó conociendo ventaja.
Temeridad me parece
Dar á la fortuna varia,
Más poderosa en la guerra
Que en cuanto humilla y levanta,
El dado, que en una vuelta
Que de azar acaso caiga,
Las vidas y honras nos quita,
Que es su desdicha ordinaria.
Los turcos son superiores,
Porque en número nos ganan
Y en fuerzas, porque Venecia
Trae gente enfermiza y flaca.
En experiencia también,
Porque la suya es cursada;
La nuestra, en el mar bisoña,
Aunque vieja en la campaña.
En gallardía nos vencen
Con las almas levantadas
De las recientes victorias
En Chipre, Sopoto y Candia.
De diferentes naciones
Se compone nuestra armada;
Que está, como Babilonia,
Sujeta á discordias varias.
Un cuerpo lleno de humores
Presto se corrompe y gasta;
Allá es sola una nación,
Y sólo un señor la manda.
Necesidad de pelea
No la tenemos, y basta,
Si es un hombre acometido,
Que se defienda en su casa.
Combatir con dilaciones
Es mejor, porque quebranta
Más presto las grandes fuerzas
El tiempo, que no la espada.
Si aquí fuésemos vencidos,
Queda desarmada Italia;
Si vencemos, el invierno
Ya veis que nos amenaza.
Harto será que después
Para invernar tiempo haya,
Y entretanto el enemigo
Volverá á tomar las armas.
Es mi voto socorrer
Á Chipre, sin ver la cara
Al enemigo, y después
Divertirle en buena traza.
Las costas de la Morea
Molestad, para que vaya
Allá con su poder todo,
Sabiendo que las maltratan.
Descansarán los cercados
Que ha tanto tiempo que cansa,
Y cogiéndole el invierno
No hará cosa de importancia.

JUAN.

Nuevo acuerdo en mi intención.
¿Qué decís, señor Marqués
De Santa Cruz? que ya es
Llegada nuestra ocasión:
Decid vuestro parecer;
Que de tan noble Bazán
Y cristiano capitán
Quiero el acuerdo saber.

CRUZ.

Si miráis, claros señores,
La mar vuelta monte ó selva,

Con los árboles y jarcias,
Que desde sus gavias cuelgan
Gentes, que aquí se han juntado,
Ciudades que pobres quedan
De tributos, que aun alcanzan
Á ministros de la Iglesia;
La solicitud que han puesto
Los Reyes que nos gobiernan
En confederar la Liga
Para tan divina empresa,
No es posible que no os cause
Despecho, enojo y vergüenza
De que tantos aparatos
De ningún efecto sean.
Si habíamos de huir,
No traellos mejor fuera,
Porque los que van cargados
Mal pueden correr apriesa.
Si necesidad obliga,
¿Cuál es mayor que la nuestra?
Si el Turco viene orgulloso
Porque cuatro pueblos quema,
¿Quién le domará después,
Si ve que juntas las fuerzas
De la cristiandad le huyen
Cuando batalla presenta?
Cuando el sustentar la honra
Necesidad no os parezca,
Perder la reputación
Es necesidad extrema.
¿Á qué habemos de aguardar,
Si esto junto no aprovecha,
Burlando á tantos que dimos
Esperanzas y promesas?
Que al Turco sois superiores
Es cierto, como se advierta
Lo que han hecho Malta y Rodas
Con tan poca soldadesca.
Casi igual gente llevamos,
Y la del Turco más nueva,
Que el cerco de Nicosía
Acabó toda la vieja.
Y algo es razón que se deje
Á la fortuna en la guerra;
Algo se ha de confiar
Á la causa que se lleva;
Algo se ha de atribuir
Al valor, gloria y nobleza,
Ánimo, ingenio é industria
De España, Italia y Venecia.
Cuando fuésemos vencidos,
No tiene Selín deshecha
La virtud de nuestra Liga;
Soldados en Flandes quedan.
Más poder tiene Filipo,
Más ejércitos sustenta,
Más sangre la noble España
Que á Dios y á su Iglesia ofrezca;
Y vencerlos no es posible
Que sin mucha suya sea.
Si vencemos, sólo el nombre
Basta para entrar por Grecia.
Y ¿de qué sirve que vamos
Á molestar la Morea?
Dondequiera, tras nosotros,
Irá la armada turquesca.
Mi voto es que peleemos,
Que se embarque Vuestra Alteza,
Que se busque al enemigo;
Y que, hallado, se acometa.
Esto, señor, un Bazán
Con el alma os aconseja;
Y por la cruz desta espada,
Que como cristiano besa,
Que sin pasión ni respeto
De otra razón que le mueva,
Lo que siente sólo os dice
En cargo de su conciencia.

JUAN.

Don Fernando Carrillo de Mendoza,
¿Qué os parece de aquesto?

CONDE.

Bien pudiera
Con razones, señor, mostrar la mía;
Pero con esta sola os persuado:
Tan alta admiración traje de Roma
De ver la santidad, vida y milagros
De Pío, que pues él dice que luego
Al Bárbaro soberbio acometamos,
Es mi voto que luego se acometa.

JUAN.

¿Qué decís, Barbarigo?

BARBARIGO.

Yo, indeciso,
Me dejaré llevar de los más votos.

JUAN.

¿Vos, Héctor?

HÉCTOR.

Que pelee Vuestra Alteza.

JUAN.

¿Y Marco Antonio?

MARCO.

Que esto que se tarda,
De gloria quita el cierto vencimiento.

JUAN.

Don Luis de Requesens, ¿qué os parece?

LUIS.

Que vamos á buscar al enemigo
Hasta Constantinopla.

JUAN.

¿Y vos, don Lope
De Figueroa?

LOPE.

Que yo solo basto
Para ir con Vuestra Alteza, y que se queden
Los demás, que los dos solos bastamos.

JUAN.

Pues alto: al buen Marqués seguimos todos.

HÉCTOR.

Acuerdo de animoso pecho ha sido.

JUAN.

Escribid, Juan de Soto, aquesta orden:

Llevará la vanguardia Juan Andrea,
Con orden de que tome el diestro cuerno
Si á las manos llegamos con el Turco.

SOTO.

¿Con qué galeras va?

ANDREA.

Cincuenta y cuatro.

JUAN.

Á mí luego me toca la batalla,
Y llevaré sesenta; el cuerno izquierdo
Llevará Barbarigo Veneciano.

SOTO.

¿Con cuántas?

BARBARIGO.

También son cincuenta y cuatro.

JUAN.

Luego el Marqués de Santa Cruz, con treinta,
Irá en la retaguardia, y repartidas,
Para socorro irán después diez velas;
Vaya el Adelantado con su escuadra,
Vaya delante á descubrir al Turco,
Don Juan, mi amigo,

SOTO.

¿Quién?

JUAN.

El de Cardona;
Y con esto, señores caballeros,
En el nombre de Dios y de su Madre
Nos vamos á embarcar.

CRUZ.

Ellos te ayuden.

JUAN.

¡Dadme vuestro favor, Virgen María!

CRUZ.

¡Ánimo, gran señor, que hoy es el día!

Salgan Venecia, España y Roma.

VENECIA.

Mucho el Papa al cielo obliga.

ROMA.

¡Qué muestras más declaradas
De su cristiana fatiga,
Pues en esa santa Liga
Venimos las tres atadas!

ESPAÑA.

¡Qué presto verá el efeto
De sus deseos Pío quinto!

VENECIA.

Eso, España, te prometo,
Porque presto el mar sujeto
Se verá de sangre tinto.

ROMA.

Esta vez, Venecia amiga,
Te vengarás de Selín.

VENECIA.

¡Todo el cielo le maldiga!

ESPAÑA.

Será su trágico fin
Esta armada de la Liga.
Di, Roma, ¿cómo diremos
Al Papa lo que miramos
Y desde este sitio vemos?

ROMA.

Si esta cortina quitamos,
Contarle el caso podremos.

VENECIA.

Córrela.

ROMA.

Ya la he quitado.

Véase al Papa de rodillas ante un crucifijo.

Ante un Cristo en oración,
Cual veis, está arrodillado.

ESPAÑA.

Sin duda en revelación
Ve el mar de velas cuajado.

VENECIA.

Pues que Dios se lo revela.
Cierra la cortina, y mira
Cómo ya la primer vela
De las otras se retira,
Y á dar el aviso vuela.

ESPAÑA.

Atiende, España famosa.

ROMA.

Escucha, gloriosa Italia.

ESPAÑA.

Advierte, ilustre Venecia,
Oye la naval batalla:
Las islas Escorzalares
Va dejando nuestra armada,
Y por la boca del golfo
De Lepanto alegre pasa;
Ya descubrió la enemiga,
Ya dos fuertes galeazas
Llenas de tiros, se ponen
Delante de cada banda;
Ya don Juan, puesto en la popa,
Un crucifijo levanta,
Diciendo: «Famosa gente,
Honor de España y de Italia,
Este es el famoso día
En que va el honor de entrambas.
Por la fe deste Señor
Habéis tomado las armas;
Ya está cerrado el camino
De la vida y de la fama;
Poderle hallar no es posible
Si no le abrís con la espada.»
Ya se acerca el enemigo,
Las galeazas disparan.

Disparen dentro.

ROMA.

Abriéndose van los turcos.

ESPAÑA.

La novedad los espanta.

VENECIA.

¡Qué gran daño recibieron!

ROMA.

¡Qué bien parece la armada!
Don Juan la batalla guía,
Y de Lomelín y Malta
Cierran los dos lados fuertes
Las galeras artilladas.
¡Qué bien van por los costados
Las de Venecia y el Papa,
Cargando con igual són,
Del remo las anchas palas!
La mar, nuestra armada ilustre
Á sobreviento le gana;
Pero ya paran las olas,
Calla el mar, y el viento calma.

VENECIA.

¿Quién es aquel que se opone
Á la real veneciana?

ROMA.

Memebey de Negroponte
Y Siroco de Alejandria.

ESPAÑA.

Uchalí va al lado izquierdo.

ROMA.

Y Caribey le acompaña.

ESPAÑA.

¿Es su hijo?

VENECIA.

Sí, y Alí
Cierra en medio la batalla.

ESPAÑA.

Ya Uchalí, puesto en la popa,
Á los genízaros habla:
«Ea, soldados, les dice,
Honor y gloria del Asia,
Hoy es el dichoso día
En que habéis de ganar fama,
Que no la acaben los tiempos,
Que tantas cosas acaban.
Todas aquestas naciones
El cielo junta y enlaza
En una cabeza sola,
Para que podáis cortarla.
No os espanten las galeras,
De tiros y hombres preñadas,
Ni su Capitán, mancebo
De poca experiencia y barba;
Haced cuenta que es pastor,
Que como á ovejuelas mansas
Trae al campo de la muerte
Toda esta gente engañada.»

ROMA.

Ya las armadas se encuentran,
Ya se embisten, ya se traban;
De don Juan y el turco Alí
Las galeras capitanas,
Furiosos tiros escupen,
Fieros cañones disparan,
Humo que los aires ciega,
Fuego que los hombres mata.
¡Qué de mástiles y proas
Desmenuzan y quebrantan
Los herrados espolones
Deshacen y desencajan!
«¡Santiago, dice don Juan,
Cierra España, cierra España!»

VENECIA.

«¡Mahoma!», responde Alí.

ESPAÑA.

¡Qué gentil ángel de guarda!

VENECIA.

Espera, Roma, que llegan
Seis galeras africanas
Á socorrer la de Alí.

ROMA.

¿Qué importa, si las atajan
Las del Papa y de Venecia?

ESPAÑA.

Y la Patrona de España.
¡Oh, qué furioso á embestirlas
Viene el Príncipe de Parma!

ROMA.

Bizarro Mons de Lemí,
La furia turca amenaza.

VENECIA.

El gran Príncipe de Urbino
Viene granizando balas.

ESPAÑA.

Ya las galeras se abordan,
Se juntan, cierran y encajan;
Ya dejan los arcabuces,
Ya desnudan las espadas;
Ya paran el són horrendo
Culebrinas y bombardas,
Á cuya música fiera
Cuerpos por el aire danzan.

ROMA.

Ya, por faltar en los bordes
De las galeras contrarias,
Caen en la mar soldados
Y con las espadas nadan.
Quién el pedazo del remo
Tira, ó de entena quebrada,
Quién para tirar el grillo,
Los forzados desenclava;
Batayolas, escotillas,
Barriles, bancos y jarcias,
Postizas y portanelas
Rotas, sirven de arrojarlas;
Alquitrán, pez y resina
Envuelta en fuego, se clava
Entre la seca madera,
Y del agua brotan llamas.

ESPAÑA.

Junto al estandarte asiste
El divino don Juan de Austria,
Y don Luis de Requesens,
Peleando en la otra banda;
El noble Conde de Pliego
Muestra el valor de su casa,
Y el Marqués de Santa Cruz
Su mismo apellido ensalza;
De través, á la real

Socorre á boga arrancada;
Después, el mar discurriendo,
Hace famosas hazañas.

ROMA.

Ya la cristiana galera
Aportilla la contraria;
Ya llega al árbol mayor;
¿Qué hicieran más en campaña?
¡Qué hidalgamente pelean
Los de las cruces de Malta!
Pero el fiero Rey de Argel
Su capitana maltrata;
Mas ya las otras la cobran.

VENECIA.

¡Oh tragedia desdichada!
¡Murió el gran don Bernardino,
Pasóle el pecho una bala!

ROMA.

Bien Marco Antonio le venga.

ESPAÑA.

Bien Barbarigo batalla.

VENECIA.

¡Qué bien don Juan de Cardona
Con la nación catalana!

ROMA.

Y ¡qué bien Héctor Espínola
Los genoveses alaba!

ESPAÑA.

Y ¡cuán diestro Juan de Andrea
Rompe, embiste y desbarata!

VENECIA.

Huyendo sale Uchalí.

ROMA.

Ya toma puerto en la playa.

ESPAÑA.

Ya el gran don Juan va diciendo:
«Ayudadme, Virgen santa.»

ROMA.

Ya abaten el estandarte
Del Turco, y la cruz levantan.

ESPAÑA.

Vamos á hacer fiesta, amigas;
Que ya la victoria cantan.

Disparen muchos tiros y canten: «¡Victoria, victoria, victoria; España, Roma, San Marcos!», y salga Uchalí: huyen los turcos.

UCHALÍ.

No me sigáis, dejadme, porque á solas
Mejor podré llorar mi desventura,
Aunque fuera mejor entre las olas
Haber tenido incierta sepultura.
Bien os temí, banderas españolas,
Que sé vuestro valor, fuerza y ventura;
Alí no me creyó, por eso aplica
Su cabeza don Juan en una pica.
Á pesar de Mahoma, ¿con qué cara
En la del Gran Señor pareceremos?
Diremos que á Filipo el cielo ampara,
Ó que Pío quinto es santo le diremos.
Hasta la tierra aquí se vende cara;
Largad las velas y moved los remos,
Llevadme á Argel, ¡reniego de Mahoma!
Ó á Meca, porque allí sus huesos coma.

Salgan todos los cristianos con música, y traigan en una pica la cabeza de Alí, y las banderas turcas arrastrando, y el Sr. D. Juan detrás con una media lanza.

JUAN.

Besando la amada tierra
Que victoriosos pisamos
De tan milagrosa guerra
En que el poder que llevamos
Al Turco del mar destierra,
Demos al cielo la gloria,
Pues es de Dios la victoria,
Y á su Madre sacrosanta.

CRUZ.

Ya, señor, la fama canta
Y escribe esta dulce historia.
Mil estatuas os promete
La Iglesia, Italia y España.

ANDREA.

Selín, que el demonio engaña,
No hayáis miedo que inqüiete
Estas costas que el mar baña;
Esta cabeza de Alí
Lo asegura en toda parte:
Vos sois un cristiano Marte.

JUAN.

Todo se atribuya aquí
Al valor de este estandarte.
Hoy escribo, aunque sucinto,
Al Papa y al Rey mi hermano.

BARBARIGO.

Yo al Senado veneciano.

MARCO.

¡Qué alegre estará Pío quinto!

CRUZ.

Triunfad, Capitán cristiano.

JUAN.

Vos, Colona, á Roma iréis,
Y al Papa le llevaréis
Los despojos desta empresa.

MARCO.

Satisfacción justa es ésa;
Las primicias le debéis.

JUAN.

Estos hijos del Bajá
También llevaréis á Roma.

ANDREA.

Mecina te aguarda ya.

Salgan dos Senadores de Mecina.

SENADOR.

El laurel, Príncipe, toma,
Que apercibiéndote está
La ciudad con grande fiesta,

Luces, triunfo y regocijo
Que para tu entrada apresta.

Salgan dos truhanes, Alesillo y Chuzón.

ALESILLO.
¿Dónde está el famoso hijo
De Carlos?

ANDREA.
¿Qué gente es ésta?

ALESILLO.
Oficiales de placer
Que te venimos á ver;
Ascolta un poco, patrón,
Una bulleta en canzón,
É pillaréte placer.

Canten.

¡Muera el perro Solimán!
¡Vivan Felipe y don Juan!
¡Viva Felipe famoso,
Y el gran don Juan glorïoso,
Que por venir victorioso,
La palma y laurel le dan!
¡Muera el perro Solimán!

CHUZÓN.
¡Viva don Juan dos mil años!
Y al Gran Turco lleve el diablo;
Hágale Judas el plato
Con pólvora y alquitrán.
¡Muera el perro Solimán!
¡Vivan Felipe y don Juan!

JUAN.
Con tal fiesta justo es
Que á Mecina juntos vamos.

SENADOR.
Porque tal honra le des,
Laureles, flores y ramos
Tiende, señor, á tus pies.

CRUZ.
Ese estandarte real
Levantad, gran General,
Y arrastrad el de Selín;
Que con esto damos fin
Á la batalla naval.

LOS ESPAÑOLES EN FLANDES

LOS ESPAÑOLES EN FLANDES

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

á Christóbal Ferreira de Sampayo.

Cuánto nos debamos guardar de los que señaló la Naturaleza, nos muestran varios ejemplos y la experiencia. Las partes por quien se conoce el ingenio están delineadas de la naturaleza en el rostro, y así la invidia y los demás vicios; generalmente se ha de tener que los miembros, que están en su proporción natural cuanto á la figura, color, cantidad, sitio y movimiento, señalan buena complexión natural y buen juicio, y los que no tienen debida proporción y las demás referidas partes, que la tienen perversa y mala: por eso decía Platón que cualquiera semejanza de animal que había en los hombres, tales eran las costumbres que imitaban. Verdad es que, conforme á buena Teología, no imponen necesidad, pero muestran la natural inclinación, y si no siempre denuncian los afectos de los hombres, es por la mayor parte. No digo que luego se juzgue por las señales exteriores, que por ventura lo son por accidente, y no por naturaleza, y se pueden vencer con la contraria costumbre y freno de la razón, cuyo ejemplo trajo Aristóteles cuando los discípulos de Hipócrates trajeron su imagen al excelente phisionomo Philomenes. Creo que Vm. habrá ya juzgado mi queja, si es justo tenerla por esta parte de algunos hombres cuya inclinación no he podido vencer, ni ellos se pueden vencer á sí mismos. Finalmente, la Naturaleza, por opinión del Filósofo, en lo de Cœlo, et mundo, «nihil molitur absque ratione, nec casu, nec frustra», *si bien en las Éticas dice que* non mali, aut boni natura efficimur. *Pero si en los lugares mejores constituye las más nobles partes, como el corazón, síguese que la debida proporción estará más dispuesta para que el alma ejercite sus potencias. Orígenes Adamancio comparó los poetas á las ranas faraónicas con místico sentido, si bien Pierio Valeriano dice que* aspera quadam severitate commotus, *y más adelante:* miror verò tantæ eruditionis virum hæc de poetis sensisse, *y que si se podían reprehender algunos versos, eran los* sthiphalicanos, fescenimos ó titrocaycos de Baco. *Pero yo quiero seguir la opinión de Adamancio, y creer que hay*

poetas ranas en la figura y el estrépito, y sin éstos otros muchos de diversas formas que, por haberlos pintado en una carta mía que anda impresa con mis Rimas, no quiero reiterarlos ni referirlos. Aristóteles, en la historia de los animales, en el libro nueve, dice que son las ranas de las lagunas enemigas mortales de las abejas; y como los buenos poetas se entienden por ellas, en razón que de diversas flores forman aquel licor suave, viéneles bien el título. Sin esto, á los gibosos pinta el mismo filósofo con mal aliento, y da por causa que intercluso se pudre porque desacomodado el lugar del pulmón, y deflejo, no puede expedidamente transmitirle: pues mal aliento claro está que ha de inficionar cuanto tocare hablando. Es cosa ordinaria en tales hombres, si hombres se han de llamar, la soberbia y el desprecio. Bien dijo Terencio en los Adelphos, llamando injusto al necio: Qui nisi quod ipse facit, nihil rectum putat. *Grave persecución mía desde mis tiernos á los mayores años, tolerada con alguna prudencia, aunque no siempre dichoso quien siempre fuera prudente, y respondiera, con Aristipo, al que le injuriaba: «Así fueras tú señor de tu lengua como yo de mis oídos.» Pero, aunque escribiendo á tal ingenio como el de Vm. no era bien declinar á las burlas, la amistad lo sufre y el amor lo perdona. Guardaba un cristiano viejo el monumento un Jueves Santo, y acercándose á él un hombre que tenía fama de judío, dióle un golpe con la alabarda, y quejándose al cura, y él riñéndole, respondió: «Señor Licenciado, ó guardamos ó no guardamos»; así yo tal vez respondo: ó sentimos ó no sentimos, ó somos ó no somos. Tengan por cierto los envidiosos que han de tener su golpe de cuando en cuando, y más si tienen por qué no llegar al monumento; y teniendo yo el amparo y defensa de Vm. y de su único y raro entendimiento, porque* spes abdita suscitat iras, *como dijo Virgilio en el cuarto de la Geórgica, aunque diga también Séneca que ninguna cosa menos,* punientem decet. *Dedico, pues, á Vm. esta comedia, intitulada* Los Españoles en Flandes, *y justamente, pues por caballero le tocan las armas, y por tan gran estudiante, y de tanta erudición, las buenas letras, para que me honre y defienda de todo escritor malicioso, y de los corretores de ajenos vicios, y solapadores de los suyos propios, cuyos libros no se venden porque ellos venden en ellos á cuantos tratan, á quien se puede añadir:*

Necnon et carmina vino
Ingenium faciente canunt,

como dijo Ovidio en el siete del Metamorphoseos. Perdone la opinión de algunos, que, en fin, Natura dux optima, *como dijo Catón, ó sea para las artes, ó para las costumbres, pues* multi sine doctrina, multa laudabilia fecerunt, *como sintió Cicerón; y en los vicios,* pauci sunt, qui resistant sensui, *como fué opinión de Santo Tomás. La paciencia muchas veces ofendida,* fit furor. *Las palabras que engendran los maldicientes, créanme que son como los partos de las víboras, matando primero al padre. Viva muchos años Vm. honrando y defendiendo mis escritos, y hablen los labradores que no quisieron dar agua á Latona, cuando dijo:*

Hi quoque vos moveant, qui nostro brachia tendunt,
Parva sinu. Et casu tendebant brachia nati;

que desde entonces los tiene por enemigos Apolo, que iba en sus brazos, y por quien añadió Ovidio, cuando se transformaron:

Quanvis sint sub aqua, sub aqua maledicere tentant.

Capellán de Vm.,
LOPE DE VEGA CARPIO.

LOS ESPAÑOLES EN FLANDES

FIGURAS DE LA COMEDIA

Madama de Austria.
El Príncipe de Parma.
El capitán Castro.
Un correo de España.
El señor D. Juan.
El Duque de Ariscote, *flamenco.*
El Marqués de Abre, *su hermano.*
El Conde de Bossú.
Madama Rosela, *flamenca.*
Adolfo, *su hermano.*
El Conde Barlamón.
Mons. de Goni.
Don Rodrigo Pimentel.
Don Gabriel Niño.
Octavio Gonzaga.
Chavarría, *soldado.*
Un capitán de campaña.
Marcela, *en hábito de paje.*
Cabredo.
Rosàles.
Durán, *soldado.*
El capitán Perea.
Vallejo, *sargento mayor.*
Heredia, *capitán.*
Salvado, *maltrapillo.*
Beatriz, *su dama.*
Don Diego de Córdova, *General.*
Fonseca.
Carvajal.
Peralta.
Leiva.

REPRESENTÓLA RIQUELME

ACTO PRIMERO.

Salen madama María y el Príncipe de Parma.

ALEJANDRO.

No puedo significalla
Á Vuestra Alteza el contento
Que tengo de visitalla,
Pues hablando el pensamiento,
La lengua enmudece y calla.
Muchas más veces viniera,
Si el tiempo lugar me diera,
Á Nápoles á servilla,
No por ver su maravilla,
Madama, aunque mayor fuera,
Sino por sólo asistir
Á vuestra Real presencia.

MADAMA.

Alejandro, si el sentir
De un hijo cualquier ausencia
No es menos mal que morir,
Mucho mayor le conviene
A quien tan bueno le tiene,
Y que por más que le guarde,
Ó viene á verla muy tarde,
Ó para volverse viene.

ALEJANDRO.

Como me dieran lugar
Tan graves ocupaciones,
No se pudiera quejar
Vuestra Alteza.

MADAMA.

Obligaciones
De hijo le suelen dar:
Dirás que vienes de prisa.

ALEJANDRO.

Lo que profeso os avisa.

MADAMA.

Hoy la nave detendrás;
Pueda esta rémora más
Que el mar, cuyas ondas pisa.

ALEJANDRO.

No es rémora Vuestra Alteza,
Que es para serlo muy grande;
Y fuera de su grandeza,
Cuando como madre mande,
Sus pies pongo en mi cabeza.

MADAMA.

Un mes estarás conmigo.

ALEJANDRO.

Poco es un mes á mi amor;
Para mis negocios, digo
Que es gran término.

MADAMA.

Es mayor
Éste con que yo te obligo;
No hay que replicar.

ALEJANDRO.

Señora,
Fuera de serlo, sois madre.

Entra Pedro de Castro.

CASTRO.

El Príncipe.....

ALEJANDRO.

¿Qué hay ahora?

CASTRO.

Ninguna cosa que cuadre
A quien tu presencia adora.
Mas digo, con tu licencia,
Que hay un correo de España,
Y creo que obliga á ausencia.

MADAMA.

Como sombra se acompaña
De mi mal mi bien. ¡Paciencia!
Dile que éntre.

CASTRO.

Entrad, correo.

CORREO.

Dadme, señor, vuestros pies,
Y gracias á Dios que os veo,
Que para el negocio que es,
Dañado habrá mi rodeo:
Fuí derecho á Lombardía,
Y en Nápoles me dijeron
Que Vuestra Alteza venía.

MADAMA.

Tras mis venturas corrieron
Postas de España este día.

ALEJANDRO.

La carta es del Rey, mi tío.

MADAMA.

¿Cómo está Su Majestad?

CORREO.

Bueno, y con gallardo brío.

MADAMA.

Dios le guarde. Comenzad
La carta, Alejandro mío.

ALEJANDRO.

«Sobrino, los Estados de Flandes guardan mal las promesas que me han hecho, si sacaba dellos los españoles; tanto, que D. Juan, mi hermano, se halla descontento, y en peligro de la vida. Yo envío orden al Marqués de Ayamonte para que os entregue los españoles que están alojados en el Estado de Milán. Partíos luego con ellos á Flandes, á socorrer á mi hermano, que, fuera de lo que me obligaréis, estimaré este cuidado con particular amor y satisfacción. Dios os guarde como deseo.»

¿Qué responde Vuestra Alteza?

MADAMA.

Alejandro, que os partáis,
Y que esa carta pongáis
Encima de la cabeza.
Ya que en esto os anticipe,
Juntos forzándome están
El peligro de don Juan
Y la firma de Felipe.
Partid, Alejandro, luego;
Dios os dé su bendición.

Vase.

ALEJANDRO.

Fuése.

CASTRO.

¡Gran resolución!

ALEJANDRO.

Pártome al fin cuando llego.

CASTRO.

Gravemente lo ha sentido,
Pues que se ha partido así.

ALEJANDRO.

Con apartarse de mí,
El corazón me ha partido;
Volveréla á hablar, que creo
Que será bien menester.

CASTRO.

No te puedes detener,
Según me ha dicho el correo,
Porque el Marqués de Ayamonte
Despachó ya los soldados.

ALEJANDRO.

¡Cómo! ¿Ya están despachados?

CORREO.

Señor, á caballo ponte;
Que con postas podrá ser
Que los puedas alcanzar,
Que no te pudiendo hallar,
No pudo otra cosa hacer.
Ya marchan los españoles
Á Flandes, con gran contento,
Del antiguo alojamiento.

ALEJANDRO.

Pues ¿cuál orden llevan?

CORREO.

Dióles
La que verás cuando llegues,
Aunque tan aprisa van,
Que ya en Flandes estarán,
Si no es que á madama niegues

El rostro en esta partida,
Porque de su llanto temo,
Y de su amoroso extremo,
Que la brevedad te impida.
Van locos de la venganza
Que han tomado, con razón,
De la nueva rebelión,
De que á tantos parte alcanza.
Porque al echarlos de Flandes,
Como tú sabes, lloraban,
Que al señor don Juan dejaban
Entre enemigos tan grandes;
Y volviendo la cabeza
Á los Países, decía
Todo español: «Vendrá día
Que se arrepienta Su Alteza.»
Y así, agora, como ven
Que se cumplió su temor,
Y por el notable amor
Que á don Juan tienen también,
Vuelven los famosos godos,
Para hacer hechos romanos,
Con alas en pies y manos,
Vueltos en Mercurios todos.
Camina, porque sin ti
No lleguen á los Estados.

ALEJANDRO.

Hoy se verán mis cuidados:
¿Dónde iremos desde aquí?

CORREO.

Á Alejandría, señor.

ALEJANDRO.

¡Postas, Castro, que ya al arma
Toca el Príncipe de Parma
Dentro del mismo valor!

CASTRO.

Justos cuidados te dan.

ALEJANDRO.

Ninguno se iguala al mío
De obedecer á mi tío
Y socorrer á don Juan.

Váyanse.

Salen el señor D. Juan, el Duque de Ariscote, el Marqués de Abre, D. Rodrigo Pimentel, D. Gabriel Niño y Octavio Gonzaga.

ARISCOTE.

No se lamente Vuestra Alteza tanto.
Fortifique á Anamur (1), ya que ha querido
Saliese con temor de los Estados;
Que ni será verdad que se rebelan,
Ni necesarios son los españoles.

DON JUAN.

Yo, señor Duque de Ariscote, había
Avisado á mi hermano muchas veces
Que aquesta gente sólo pretendía
Echar de Flandes nuestros españoles,
Basas y fundamento del sosiego
Destos Estados; y que son fingidas
Las promesas que hicieron y homenajes,
Se ve muy claro, pues apenas fueron
Desterrados de todos los Países,
Cuando, arrastrando el yugo, levantaron
La soberbia cerviz contra su dueño:
Sentí su ausencia, y siento verme agora
Retirado á Anamur, y que no tengo
Fuerza con que resista á tantos daños.

ABRE.

Engañan pensamientos y aun amigos.
Á Vuestra Alteza, guarde Dios su vida;
Que los Estados estarán seguros
Á devoción de su señor legítimo.

GABRIEL.

¿Que tan seguros estarán ahora,
Señor Marqués de Abre, los Estados,
Armando en Alemania el Casimiro
Y tratando tan mal de nuestras cosas
Arsi, Duay, Artués, Henao y Lila?
Pues no hay criado de Su Alteza en Flandes
Que no sufra mayores improperios
Que si fuera en Argel de un moro esclavo.

ARISCOTE.

Los españoles no son bien sufridos.

RODRIGO.

Pues ¿cómo han de sufrir los españoles
Que los maltrate quien servirlos debe?

ARISCOTE.

Ya don Rodrigo Pimentel se enoja,
Y lo que digo yo á don Gabriel Niño
No es hacerlos soberbios, porque sólo
Los quisiera obligar á más paciencia.

RODRIGO.

Que tenga otro sentido, ó no lo tenga,
Yo digo que fué yerro, y muy notable,
Á Su Alteza dejar en el gobierno
De Flandes, como está, sin españoles,
Que mientras ellos por aquí vivían,
Con menos libertades nos trataban;
Y ya que de nosotros, que en fin somos
Criados de tu casa, pretendieran
Tomar venganza, aunque venganza injusta,
¿Por qué se han de atrever, como se atreven,
Al sosiego, á la vida de Su Alteza,
Gobierno suyo y de su Rey hermano?

OCTAVIO.

Don Rodrigo, no más que tratar desto
Quiebra los corazones que le aman.

RODRIGO.

¡Ay, Octavio Gonzaga, que no puedo,
Llegando á ver la mansedumbre suya,
La virtud, la bondad, la cortesía
Con que es amado de naciones tantas,
Que hasta los mismos turcos le respetan,
Dejar de arderme en cólera y enojo!

OCTAVIO.

Tenéis razón, que apenas los poetas
De Ulises escribieron en veinte años
Tantos trabajos entre monstruos fieros,
Arrojado del mar en islas bárbaras,

(1) *Anamur* por *Namur* dice constantemente el original.

Como en los pocos que ha vivido en Flandes
Este cristiano y generoso Príncipe.

DON JUAN.

Señor Duque y Marqués, si todos fueran
En Flandes como vuestras señorías
Tan servidores de su Rey, yo creo
Que pudiera vivir seguro en Flandes;
Y he escrito á España, la verdad les digo,
El peligro en que estoy, y por momentos
Espero aquí los españoles mismos
Que salieron de todos los Estados,
Porque Su Majestad ya tiene escrito
Al Marqués de Ayamonte los entregue
Á mi sobrino el Príncipe de Parma.

ABRE.

Será muy acertado y justo acuerdo.

DON JUAN.

Don Rodrigo.....

RODRIGO.

Señor.....

DON JUAN.

Llamad al punto
Á Mos de Lignes y Gaspar de Robles,
Al conde Barlamón y al de Otopena,
A Juan Baptista Tasis, en fin, todos
Los que son del Consejo, porque creo
Que estaremos mejor en Lucemburgue,
Y será bien que con su acuerdo sea,
Para esperar allí los españoles.

RODRIGO.

Yo voy.

DON JUAN.

Y yo á escribir á España luego.

OCTAVIO.

Guarde el cielo, señor, á Vuestra Alteza,
Aunque pese á la envidia; que algún día
Vencerá su virtud tanta porfía.

Váyanse todos, y queden solos el de Ariscote y el de Abre.

ABRE.

¿Qué os parece desto, hermano?

ARISCOTE.

Rabio de enojo, Marqués;
Quisiera ver á mis pies
Á quien hoy beso la mano.
¿Somos flamencos ó esclavos?
Hoy, para nuestra fortuna,
Si rueda por parte alguna,
Tiene España tantos clavos.
Ya vuelven los españoles,
Los que haciendo tantos robos,
Son de nuestra sangre lobos,
De nuestra plata crisoles.
Ya volvemos otra vez
Á sufrir sus arrogancias:
¿No mueven tantas instancias
Al riguroso Jüez?
Felipe, en fin, ¿se resuelve
De volver á echarnos yugo?
¿Otra vez vuelve el verdugo?
¿Otra vez su espada vuelve?
Hermano, si sois mi hermano,
No más obediencia al Rey.

ABRE.

Ni era, Duque, justa ley
Volver á besar la mano.
¿No fué el concierto sacar
De todos estos Estados
Los españoles soldados?

ARISCOTE.

Ahora bien, no hay qué tratar.
Ellos nos han entendido;
Las máscaras nos quitemos,
Y las espadas saquemos
Contra el Rey.

ABRE.

¿Quién se ha elegido
Por General desta empresa?

ARISCOTE.

Es el Conde de Bosú.

ABRE.

¿El Conde?

ARISCOTE.

Bien sabes tú
Cuán bien en sus hombros pesa;
Pero ¿cómo podrá ser
Sin que nos sientan salir
De Anamur, y al Conde huir?

ABRE.

Si nos echasen de ver,
La vida nos quitarían.

ARISCOTE.

Un remedio se me ofrece,
Que el más seguro parece:
Pues de nosotros se fían.
Á caballo nos pongamos,
Y en ellos, muy sin recelo,
Gualdrapas de terciopelo,
Calzas y cueras vistamos;
Y así, con gorras y capas
Daremos un par de vueltas
Hasta salir.

ABRE.

Y ¿han de ir sueltas,
Caminando, las gualdrapas?

ARISCOTE.

¿Hasta una legua recelas
Que no irán bien extendidas?

ABRE.

Bien dices, porque escondidas
Llevaremos las espuelas.

ARISCOTE.

Hasta Bruselas, adonde
Está el Conde, podrá haber
Diez leguas.

ABRE.

Esto ha de ser.
¡Muera don Juan!

ARISCOTE.

¡Viva el Conde!

Vanse.

Entra Chavarría, soldado, y Marcela en hábito de hombre.

MARCELA.

Ten noramala la daga
Y mira bien, que estás loco.

CHAVARRÍA.

Cuanto hago y digo es poco;
Yerro, con hierro se paga.

MARCELA.

Quedo y con menos mohina;
Que si ansí me has de tratar
Quien sufra puedes buscar
Tu cólera vizcaína.

CHAVARRÍA.

Helo hecho por cumplir
Con el huésped.

MARCELA.

Bien has hecho.

CHAVARRÍA.

Que antes hiriera mi pecho
Que ese tuyo tierno herir.
Aunque, si digo verdad,
Siento que aqueste herreruelo
Me falte.

MARCELA.

En nadie recelo

CHAVARRÍA.

La negra necesidad
Que pasó en Alejandría
Después que á Flandes dejé,
Me hace sentirlo.

MARCELA.

No sé
En qué piense, Chavarría,
Porque todos los soldados
Que entran en esta posada
Son de España, y gente honrada.

CHAVARRÍA.

Son de España, y son honrados,
Mas mi capa no parece.
¡Voto al diablo! si supiera
Quién me la hurtó, que le diera.....

MARCELA.

Gente que pasa se ofrece:
Da una vuelta ¡por tu vida!
Porque pierdas este enojo.

CHAVARRÍA.

¡No me sacaran un ojo
Con una daga buída,
Y no agora el herreruelo!
¡Por vida de Judas!

MARCELA.

Calla.

CHAVARRÍA.

¡Infames, putos, canalla!

MARCELA.

Esa vida guarde el cielo;
Que tú le sabrás ganar,
Aunque de brocado sea.

CHAVARRÍA.

¿Adónde?

MARCELA.

Adonde se vea
Ese brazo, en tierra ó mar,
Quitando capas flamencas
Ó moriscos alquiceles.

CHAVARRÍA.

Búrlaste ya como sueles,
Flor de marcas, luz de pencas;
Que, por el agua de Dios,
Que no haya en mar, ni en tierra,
En cuatro mil años, guerra
Donde medremos los dos!
Échanos el Rey de Flandes,
Y deja un pobre cordero
Junto al lobo carnicero,
Y otros peligros tan grandes.
Francia está queda, y apenas
Sale el Turco de sus baños
Con paces por dos mil años,
De juras y firmas llenas,
¿Y quieres que Chavarría
Gane en la guerra una capa
Cuando corra todo el mapa?

MARCELA.

Calla, mi bien y confía.

CHAVARRÍA.

¡Ah, bien haya Grecia, amén!
¡No fuera yo con los griegos
Á Troya, á hallarme en sus fuegos!

MARCELA.

¿Con ellos te hallaras bien?

CHAVARRÍA.

¡Pesia tal! Nunca dejaron
La guerra, que allí estuvieron
Firmes hasta que vencieron,
Y diez años pelearon.
¡No naciera yo en Espartas,
En Tebas, ó en cas de Judas!

MARCELA.

Mucho este herreruelo sudas,
Aunque lo fuera de martas.

CHAVARRÍA.

No era sino de pellejas.

MARCELA.

Quedo, que estás enojado.

CHAVARRÍA.

Antes, hablo enamorado,
Y no sé por qué te quejas.
¿No tiene mayor valor
Lo que junto al pecho está?
Luego probar se podrá
Que el aforro es lo mejor.
¿Cuál es aforro del pecho?

MARCELA.

El alma debe de ser,
Ó lo que viene á tener
Más cerca, y en más estrecho.

CHAVARRÍA.

Pruebo que no te ofendí
Si aforro vengo á tener,
Y que pelleja has de ser,

Pues vives por alma en mí.

MARCELA.

¡Oh gallardo vizcaíno!
Tu donaire y libertad,
Á mi amor y voluntad
Hallaron fácil camino.
Tu despejo y valentía,
Tu furia desesperada,
Y el remitirte á la espada
Por cualquiera niñería,
Me hicieron dejar á quien
Me llevó de España á Flandes,
Y obligarme á que me mandes
Que engañe á cuantos me ven,
Sirviéndote de criado,
Porque no hay para mi gusto
Como un bellacón robusto,
Hasta el alma desgarrado.
Dicen que de tu nación
Son cortos, y estoy resuelta
Á creer que el que se suelta
De vosotros, es león.
Vete á buscar por allá
Si hay nuevas de tu herreruelo;
Que alguna vez querrá el cielo
Dártele de tela acá.

CHAVARRÍA.

Si ha de ser con daño mío,
Marcela, más quiero andarme
En cuerpo al sol, y abrasarme,
Y helarme vivo en el frío.
Guárdate de darme enojos;
Que no soy hombre que pueda
Sufrir, por tela ó por seda,
Pesos falsos á los ojos.
Trátame con cortesía,
Con respeto y con amor.

MARCELA.

¿Pierdes tú, por dicha, honor?

CHAVARRÍA.

¡Pues no, si eres prenda mía!

MARCELA.

No, que no soy tu mujer.

CHAVARRÍA.

Marcela, á quien tiene amor,
Que se quita mucho honor
Fué siempre mi parecer.
Voyme á la plaza, que creo
Que algún ropante habrá dado
Con mi herreruelo.

Vase.

Sale el Príncipe de camino con gabán pardo, y con él sale Castro.

MARCELA.

Honrado
Huésped.....

ALEJANDRO.

Descansar deseo.

CASTRO.

Aquí está un paje.

ALEJANDRO.

¿Sois vos
Del huésped?

MARCELA.

No soy de casa.

ALEJANDRO.

Mientras que la fiesta pasa
Descansaremos los dos.
¿Qué dijo, Castro, el maestro
De las postas?

CASTRO.

Que no había
Una en toda Alejandría.

ALEJANDRO.

¿Es este aposento el nuestro?

CASTRO.

Mientras al huésped paguemos,
De Vuestra Alteza será.

ALEJANDRO.

¿Cómo es posible que ya
Los que marchan alcancemos?

CASTRO.

Son españoles, y van
Deseosos desta hazaña;
Que le importa mucho á España
Librar al señor don Juan.
Dudo que alcanzarlos puedas.

ALEJANDRO.

Alcanzarlos me importara.

CASTRO.

En lo posible repara,
De lo posible no excedas;
Que mejor será que llegues
Con salud, aunque después,
Que no que sin ella estés
Porque el descanso te niegues.

ALEJANDRO.

Sácame dese aposento
Una silla.

CASTRO.

Aquí podrás
Descansar hoy.

ALEJANDRO.

No darás
Descanso á mi pensamiento,
Menos que viendo á mi tío
Fuera de peligro en Flandes.

CASTRO.

¡En los que ha estado tan grandes!
Y que saldrá bien confío.

Sacan una silla.

Siéntese aquí Vuestra Alteza.

Siéntese.

ALEJANDRO.

Vuelve en casa del maestro

De las postas.

CASTRO.

Voy.

Entre Chavarría y váyase Castro.

ALEJANDRO.

Si hoy muestro
En mi partida pereza,
No alcanzo los españoles,
Y entran en Flandes sin mí.
¡Quién pudiera desde aquí
Detener uno ó dos soles
Para hacer grandes los días!

Mírale Chavarría.

CHAVARRÍA.

¡Bueno es esto, vive Dios!

ALEJANDRO.

Mas espero, cielo, en vos
Que ayudéis las fuerzas mías,
No para que pueda al sol
Los caballos detener,
Mas hallarlos, y correr.
¿Qué me mira este español?

CHAVARRÍA.

Con linda sorna se ha puesto
El buen hombre á descansar.

ALEJANDRO.

Algo quiere preguntar.

CHAVARRÍA.

¡Qué á lo grave y qué compuesto
Me mira el socarronazo,
Que ¡vive Dios! que recelo
Que me tomó mi herreruelo,
Y que está escondiendo el brazo!
Al regosto volvería
En viéndome salir fuera.
¡Oigan, qué poco se altera!
¡Por vida de Chavarría,
Que estoy por darle una coz,
Que con silla como está
Le eche en Flandes!

ALEJANDRO.

Sueño es ya.

CHAVARRÍA.

Pero bastará una voz:
Esto es sueño, que el taimado,
Como ve que le he sentido,
Se me finge estar dormido.
¿Qué le digo? ¡Ah, seo soldado!
¡Ah, seo hidalgo! ¡Ah, seo bergante!
¿Hay tal disimulación?
¡Qué bien finge el bellacón!
Esta vez le asiento el guante;
Mas no sé qué me detiene,
Que algún respeto me obliga:
¿Qué es de mi herreruelo? diga.

Despierta.

ALEJANDRO.

Castro amigo, di que enfrene;
Partamos, no más descanso,
Esto basta; sube, pica.

CHAVARRÍA.

¿Qué dice?

ALEJANDRO.

La espuela aplica;
Hoy, doce caballos canso.

CHAVARRÍA.

Téngase, no pique agora
Tanto caballo.

ALEJANDRO.

¿Qué es esto?
¿No es Castro?

CHAVARRÍA.

¿Adónde has puesto
Mi herreruelo?

ALEJANDRO.

Maestro, ¿es hora?

CHAVARRÍA.

No soy maestro, y recelo
Que se ha tardado en picallos;
Que todos esos caballos
No han de llevar mi herreruelo.

ALEJANDRO.

¿Qué dice, señor soldado?

CHAVARRÍA.

Que tengo de alojamiento
Este diablo, ó aposento,
Donde sin licencia ha entrado.

ALEJANDRO.

Como esta casa es mesón,
Bien me pude entrar en él.

CHAVARRÍA.

Falta un herreruelo dél.

ALEJANDRO.

Pues no seré yo el ladrón.

CHAVARRÍA.

Si se entra aquí, diga, ¿á quién
Mi herreruelo he de pedir?

ALEJANDRO.

Lo que le puedo decir
Es que soy hombre de bien.

CHAVARRÍA.

Pues ¡por Dios, que he de sabello!
Aquí en la plaza le aguardo.

Vase.

ALEJANDRO.

El soldadote es gallardo,
Partirá al aire un cabello.
¡Oh, cómo se deja ver
Que el honor nadie le tiene,
Sino que de otro le viene,
Que es el que le puede hacer!
Ayuda á la Majestad
La guarda, la compañía
Al capitán, porque cría
Respeto y autoridad.
Quiero yo propio salir

En defensa de mi honor,
Pues el natural valor
No me supo descubrir.

Entra un capitán de campaña y tres soldados, Durán, Rosales, Cabredo, y Chavarría.

CHAVARRÍA.
Por no darle pesadumbre,
Al capitán me he quejado.
CAPITÁN.
Habéis en eso acertado.
CHAVARRÍA.
Luego dice que es costumbre
Alborotar las ciudades,
Deste mi humor vizcaíno,
Y hoy no hice un desatino
Por no oir sus libertades.
Haga, señor Barrachel,
De aquel hombre información.
CAPITÁN.
¿Queda agora en el mesón?
CHAVARRÍA.
Agora me aparto dél.
ROSALES.
¿Es posible que se entró
En vuestro aposento?
CHAVARRÍA.
Sí;
Y cuando vió que le vi,
Sentóse y disimuló.
CABREDO.
¿Es éste?
CHAVARRÍA.
Paso, Cabredo:
¡Vive Dios, que es él!
CAPITÁN.
Callad
Un rato, y disimulad.

Salen el Príncipe y Castro.

ALEJANDRO.
Hablando están, llegar puedo.
Dios guarde á vuestras mercedes.
CAPITÁN.
Bien venga vuestra merced (1).
DURÁN.
Calla, Chavarría, si puedes.
ALEJANDRO.
Tendré saber: ¿qué se dice
De Flandes?
CHAVARRÍA.
¿Qué diablos quiere
Que sepamos?
ALEJANDRO.
Oiga, espere;
Tenga, y no se escandalice;
Que con causa lo pregunto.
CHAVARRÍA.
Que rebelados están,
Y sobre el señor don Juan
Viene armado el mundo junto.
Si no me hallase en quemar
Á Bruselas, ¡vive Dios,
Que reventase!
ALEJANDRO.
Los dos
Lo podemos intentar,
Si tanta gana lo tiene.
CHAVARRÍA.
Capitán, éste es espía
De flamencos.
ALEJANDRO.
Todo el día
Vestido de azares viene;
Lo que le dijo entendí.
CASTRO.
¿Qué dice?
ALEJANDRO.
Que espía soy
De Flandes.
CAPITÁN.
En eso estoy
DURÁN.
Y me lo parece á mí.
ALEJANDRO.
Dios me saque deste día,
Castro, y me dé buen viaje.
CHAVARRÍA.
Bien sabe nuestro lenguaje.
ALEJANDRO.
Ya soy ladrón, y ya espía.
¿Quién en el Alejandrino
Es Capitán general?
CAPITÁN.
Don Diego.
ALEJANDRO.
¿Es Córdoba?
CAPITÁN.
Y tal,
Que de mayor cargo es dino.
ALEJANDRO.
Vámonos, señor soldado,
Juntos á Flandes los dos.
CHAVARRÍA.
No me puedo ir yo con vos.
ALEJANDRO.
¿Por qué si sois tan honrado,
Que desde aquí prometéis
Quemar á Bruselas.....?
CHAVARRÍA.
Digo
Que á echarla fuego me obligo.
ALEJANDRO.
Pues vamos, si vos queréis;
Que á mi costa os pondré allá.
CHAVARÍA.
Fáltame salud agora,
Y sóbrame una señora,
Que ir en postas no podrá.

(1) Falta un verso.

Entra D. Diego de Córdoba, Capitán general.

ROSALES.

El Capitán general
Es éste.

DIEGO.

Pues ¿qué hay, señores,
Trátase de armas, ó amores?

CHAVARRÍA.

De todo nos va muy mal.
Este hidalgo hablaba en Flandes,
Que allá lleva un herreruelo
Que estaba.....

DIEGO.

¡Válgame el cielo,
Y qué disfraces tan grandes!
Déme, señor, vuestra Alteza
Los pies.

ALEJANDRO.

¡Amigo don Diego!

CHAVARRÍA.

¡Alteza!

ALEJANDRO.

Como veis llego:
Cubrid, cubrid la cabeza;
Que Su Majestad me manda
Socorrer al buen don Juan
Con la gente que en Milán,
Digo, en sus Estados, anda.

CHAVARRÍA.

¿Quién decís?

CAPITÁN.

¿Ya no lo veis?
Es el Príncipe de Parma.

DIEGO.

Que en Alemania se arma
El Casimiro, sabréis,
Y allí el peligro estará.

ALEJANDRO.

Caballos falta me han hecho,
Mas que ya los hay sospecho.

DIEGO.

¿Quién duda que los habrá?
Corred, señor, en los míos;
Dejaldos muertos.

CHAVARRÍA.

¿Qué haré?

CAPITÁN.

Hablalle.

CHAVARRÍA.

¿Cómo podré?

DURÁN.

¿Agora perdéis los bríos?

CAPITÁN.

Señor, aquí á vuestros pies
Se postra el buen Chavarría,
Alférez de compañía
Muy honrada, y que él lo es:
Vuestra Alteza le perdone.

DIEGO.

¿Qué fué aquesto?

CHAVARRÍA.

En el mesón
Vi á Su Alteza en ocasión,
Que ella mi delito abona;
Que me faltó un herreruelo.

DIEGO.

¿Pensastes que era el ladrón?

CHAVARRÍA.

Como vos me deis perdón,
Lo diré.

ALEJANDRO.

Doyle.

CHAVARRÍA.

Pensélo.

ALEJANDRO.

Si ladrón os prometí
Llevar á Flandes, soldado,
Príncipe, estoy obligado
Á hacerlo: ¿iréis?

CHAVARRÍA.

Señor, sí.
Llevad allá un vizcaíno
Que la palabra que dió
La cumplirá, ó seré yo
Del nombre que tengo indino.
Y más, que no me arrepiento
De haberos ladrón llamado;
Pero el herreruelo hurtado,
De otra manera le siento:
Y es, que pintan á la fama
Con un manto por despojos,
Lleno de lenguas y ojos,
Con que á ser eternos llama
Á los hombres como vos,
Y esta capa habéis de hurtar
Donde os tengo de ayudar,
Porque la hurtemos los dos;
Que entre ladrones se piensa
Que mejor del hurto escapa,
Cuando uno tira la capa,
Y otro queda á la defensa.
Y así, mientras vos quitáis
Á la fama el herreruelo,
Con hazañas del abuelo
Cuyo valor imitáis,
Cuando dél vayan honradas
Manos que hizo tales Dios,
Yo quedaré junto á vos,
Dando muchas cuchilladas.

ALEJANDRO.

Fío que lo haréis ansí;
Que os he cobrado afición
De ver ese corazón.

CHAVARRÍA.

Según eso, el ladrón fuí,
Que os hurté la voluntad.

ALEJANDRO.

Don Diego, adiós.

DIEGO.

El os guarde.

ALEJANDRO.
Las postas, Castro, que es tarde.
CASTRO.
Aquí están; subid, picad.

Váyase muy humano con todos, y queden Chavarría, y Durán, y éntre Marcela.

MARCELA.
Hanme dicho que te vas.
CHAVARRÍA.
Por la posta, y sin espuelas.
MARCELA.
¿Dónde?
CHAVARRÍA.
Á quemar á Bruselas.
MARCELA.
Y ¿déjasme?
CHAVARRÍA.
¿Puedo más?
Durán, ¿pensáis ir á Flandes?
DURÁN.
¿Eso dudáis?
CHAVARRÍA.
Pues habéis
De ir de espacio, bien podéis,
(Que en dos amigos tan grandes
Esto y más suele pasar),
Llevar á Marcela.
DURÁN.
Digo
Que haré lo que debo á amigo.
CHAVARRÍA.
Marcela, deja el llorar.
Ya sabes que yo no creo
En lágrimas de mujer
Más que en el diablo, por ver
Lo que en sus mudanzas veo.
No llores, que apenas yo
Pondré al rocín los pies,
Cuando.....
DURÁN.
Calla: pues que ves
Cuánta lealtad te guardó,
Parte, y déjame este cargo
De regalalla.
CHAVARRÍA.
Con tiento,
Durán.
MARCELA.
Si tu ausencia siento,
Dígalo mi llanto amargo.
CHAVARRÍA.
Amarga tu vida sea
Si tú lo sientes ansí:
El Príncipe aguarda allí,
Que hacerme merced desea,
Adiós, Marcela.
MARCELA.
Martín,
Adiós.
DURÁN.
Adiós, Chavarría.
CHAVARRÍA.
Adiós, Durán: prenda mía,
Lealtad.
MARCELA.
Qué, ¿te vas, en fin?
CHAVARRÍA.
Mas pensé que eran badanas:
Yo te aseguro que comas,
Si de agua de olvido tomas
Dos onzas por las mañanas.

En alto el señor D. Juan, D. Gabriel y D. Rodrigo.

JUAN.
Si ya mis españoles han llegado,
¿Qué importa que Ariscote y Abre huyesen?
Jamás nueva como ésta ha regalado
Mis oídos.
GABRIEL.
Ni es justo que te diesen
Mil coronas del mundo más contento.
RODRIGO.
Pues ¿cuál sería el suyo si te viesen?
JUAN.
Ya ni del Conde tengo sentimiento,
Á quien ayuda el Duque fugitivo,
Ni temo su rebelde pensamiento,
Ni al Casimiro, por la copia altivo
De su alemana gente, ni temiera
Presente al César, á Alejandro vivo.
RODRIGO.
Si la fuga del Conde se entendiera,
¡Qué bien su fuga y pasos se atajaran!
GABRIEL.
¿Cuál hombre su malicia presumiera?
Con capa y gorra salen; miran, paran,
Pasean, hablan, y, al tomar la puerta,
En no ser vistos de español reparan.
JUAN.
Siempre vi yo la de su pecho abierta.
Las cajas oigo, las trompetas suenan.
GABRIEL.
Ya he visto una bandera descubierta.
JUAN.
Vamos, señores, que mis brazos penan
Por abrazar los españoles brazos.
RODRIGO.
De lágrimas los ojos se le llenan.
GABRIEL.
¡Qué tiernos han de ser estos abrazos!

Tocan.

Éntrense.

Salgan marchando los españoles en orden, que será toda la compañía, dos cajas, banderas y trompetas, mujeres y mochileros con ropa, con mucho cuidado todo, y entre ellos, muy roto, Salvado, maltrapillo.

VALLEJO.
¡Ay, muros del flamenco Lucemburque,

Qué deseos costáis á aquellos techos,
Pues no hay villano que la tierra surque,
Que para sus campañas y barbechos
Mayor le tenga de la lluvia hermosa,
Que dan del sol los cristianos lechos!

PEREA.

¿Qué peregrino anduvo en la fragosa,
. . . . (1).
Vivió de Argel la cárcel rigurosa,
Que con gozo más raro y excesivo
Llegue á su patria, que hoy á ti volvemos,
Flandes, á nuestro amor y sangre esquivo?

HEREDIA.

¿Quién duda que por patria le tenemos,
Más propia que la misma en que nacimos?
Sangre nos debe, y prendas le debemos:
Aquí, sin barba, cual sabéis, vinimos
Los más de España, y en su guerra fiera,
Las canas vemos donde el bozo vimos.

VALLEJO.

Aquí, debajo la real bandera
De Castilla y León, del gran Felipe,
Vierte su sangre el que su premio espera.

CARVAJAL.

Aquí, porque en los cargos le anticipe,
Con las armas á cuestas sufre el hielo,
Y porque de sus glorias participe.

PEREA.

Aquí nos toma prendas este suelo,
Porque perdiendo el dedo, el ojo, el brazo,
Nos va enterrando y deteniendo el cielo,
Á cuál con el violento mosquetazo,
Á cuál con la veloz abierta mina,
Ó con la punta del feroz picazo.

FONSECA.

Muchos, á quien su misma estrella inclina,
Se casaron en ti, é hijos tuvieron,
Si Venus mira á Marte con faz trina;
Y así, con causa sentimiento hicieron
De que el Rey les echase de la tierra,
Que extraña, por servirle, propia hicieron.

VALLEJO.

No pesa tanto al español que encierra
Mayor valor, dejar el país extraño,
Pues, en fin, por la paz deja la guerra,
Como el dejar en tal peligro y daño
Al valeroso Príncipe que adora,
Y el ver que fué su vil promesa engaño.
Por darle vida, viene España agora,
Al gran don Juan.

SALVADO.

¡Qué hace de oraciones
Esta codicia, que las manos dora!
¡Que es menester decir que estos pendones
Vuelven á ver la sangre que han costado,
Sino que estos bellacos belitrones
La palabra mil veces han quebrado,
Y que viene el azote filipeño
Á pagarles la letra del contado!

(1) Falta un verso.

¡Por vida de los ojos de mi dueño,
Que eres tú, mi Beatriz, que hoy Flandes vea
Verdugo en mí si el de la vaina enseño!
Si hay en mi alojamiento chimenea,
No me adereces nada, porque quiero
Cenarme dos flamencos en jalea.

Sale Beatriz, su dama de éste, muy maltratada, con capotillo y sombrero con una plumilla de gallo.

BEATRIZ.

Salvado amigo, el que vivió primero
En Flandes de robar ricos despojos,
En la codicia envaina el blanco acero;
No tú, que por mirar con buenos ojos
La honra de español, estás en cueros.

SALVADO.

Déjate deso, que me das enojos:
Para estos marquesotes caballeros
Se hicieron los vestidos y las galas,
Que van á los asaltos los postreros;
Para ellos son las plumas y las alas,
Los colores celosos y los castos,
Y para acá la pólvora y las balas;
Para ellos los regalos y los gastos,
Para ellos las copas y los oros,
Para acá las espadas y los bastos;
Ellos, con más colores que diez moros,
Y acá, de pelear, cuerpo y vestidos
Como los dominguillos de los toros.
Pues ¡Dios querrá.....

BEATRIZ.

¿Qué pierdes los sentidos
En quimeras, Salvado, si en la guerra
Han de ser los dichosos preferidos?
Tu mala dicha, tu opinión destierra;
Jamás pretendes cosa que la alcances.

SALVADO.

Madrastra para algunos es la tierra.

PEREA.

Ya llega el señor don Juan.

HEREDIA.

Decid, capitán, que el alba
Del sol.

PEREA.

Pues hacelde salva.
¡Ea, que señal nos dan!

Disparan dentro. Toquen cajas y trompetas.

Salga el señor D. Juan.

JUAN.

¡Oh, señores españoles!
Todos sean bien venidos.

VALLEJO.

¡Oh Príncipe generoso!

JUAN.

Dadme vuestros brazos, hijos.

PEREA.

Los pies, heroico señor,
Pues sólo para serviros

Debéis ahora á los nuestros
Tantas leguas de camino.

JUAN.

No los pies, dejad los pies.

HEREDIA.

Pues las manos os pedimos;
Llegaremos á la fama,
De vuestras manos asidos.

JUAN.

Ni las manos es razón:
Tomad, españoles míos,
Los brazos, que son más largos,
Para apretaros y asiros.
No sé si padres os llame,
Y sospecho que bien digo,
Pues me alegro cual si viera
Á mi padre Carlos quinto.
No sé si es mejor hermanos,
Que, según venís vestidos
Del Felipe que servís,
En todos miro á Felipo.
Hijos, claro está que es justo,
Pues en amor sois mis hijos,
Y siendo el amor del alma,
En el alma habéis nacido.
Amigos, os viene bien,
Pues como buenos amigos,
Á vuestro amigo acudís
Cuando le veis en peligro.
Y todo será mejor,
Pues padres, hermanos é hijos,
Amigos, aquí tenéis
Hijo, padre, siervo, amigo.
Como juntos os contemplo,
Si Alejandro fuera vivo,
Aquel mundo conquistara
Que mis abuelos invictos.
Ya no tengo que temer
Los rebeldes enemigos;
Ni al conde Bosú en Bruselas,
Ni en Augusta al Casimiro.
¿Tenéis salud, venís buenos?

TODOS.

Á tu servicio venimos.

JUAN.

Famosos alojamientos
Os tengo ya prevenidos,
Refresco y pagas dobladas.

TODOS.

¡Viva don Juan dos mil siglos!

JUAN.

¡Viva Felipo, decid,
Soldados!

TODOS.

¡Viva Felipo,
Y don Juan de Austria su hermano!

CABREDO.

Ya ha llegado tu sobrino.

JUAN.

¡Tanto bien junto! En albricias,
Le doy á don Gabriel Niño
Las dos niñas destos ojos
Y el diamante deste anillo.

RODRIGO.

Ya de la posta se apea.

JUAN.

Salgamos á recibillo.

RODRIGO.

No hay para qué.

Salen el Príncipe, Chavarría y Castro.

ALEJANDRO.

Vuestros pies,
Príncipe, señor y tío,
Mande darme Vuestra Alteza.

JUAN.

Dadme los brazos, sobrino,
Que quiero al alma llegaros.

ALEJANDRO.

Perdón, mi señor, os pido;
Que no me halló en Lombardía
El correo cuando vino,
Porque con madama de Austria
Estaba en Nápoles.

JUAN.

Digo,
Que de mi hermano y de mí
Más la obligación ha sido:
¿Cómo queda?

ALEJANDRO.

Buena queda;
Y ella y yo, para serviros,
Tan dispuestos como siempre.

JUAN.

¡Oh amado Alejandro mío!
Día de mayor contento
No puedo decir que he visto:
Hablad á los españoles.

ALEJANDRO.

Dadme esos brazos, amigos;
Que pues los pies no pudieron
Alcanzaros cuando os sigo,
Bien es que los brazos puedan
Con los abrazos que os pido.

VALLEJO.

Aquí nos tenéis, señor,
Y perdonad si venimos
Con tal priesa, que esta vida
Alas en los pies nos hizo.
No pudimos detenernos;
Que por ligero y altivo
Pintan al amor con alas.

ALEJANDRO.

Estoy muy agradecido,
Pues cuanto más presto fuera
Vuestra venida á este sitio,
Tanto más segura está
Esta vida por quien vivo.

PEREA.

¿Es Chavarría?

CHAVARRÍA.

Yo soy.

PEREA.
¡Válate Dios, vizcaíno!
CHAVARRÍA.
¡Oh buen capitán Perea!
Con el Príncipe he venido.
HEREDIA.
Todos estamos acá.
CHAVARRÍA.
¡Oh buen Heredia! ¡Oh Santiso!
¡Oh Lorenzana! ¡Oh Muñoz!
HEREDIA.
¿Queda en Nápoles Tofiño?
CHAVARRÍA.
Allá queda con Ribera,
Alférez de don Francisco.
¡Con qué alegría y placer
Los dos príncipes se han visto!
PEREA.
Nosotros llorado habemos
Con nuestro don Juan querido.
CHAVARRÍA.
¿Quién no llora de alegría
De ver que á los enemigos
Se les quita de las manos
El hijo de Carlos quinto?
¡Vive Dios, que he de hacer cosas,
Que Persia olvide á Zopiro,
Grecia á Ulises, Roma á Horacio!
PEREA.
¡Martín!
CHAVARRÍA.
Que ya soy martillo.
JUAN.
Alójese aquesta gente.
SALVADO.
Beatriz, descoge ese lío
Y saca sábanas limpias.
BEATRIZ.
¿Hay algo en él que esté limpio?
SALVADO.
Allá, con los marquesotes
Se entienden flamencos ricos;
Mas que me den algún horno.
BEATRIZ.
Si eres trapo, harás tu oficio.

Tocan.

JUAN.
¡Ea, á alojarse, soldados!
Y vos cenaréis conmigo.

Todos se entren, tocándose las cajas y las trompetas, y digan: ¡Vivan Felipo y D. Juan!

ACTO SEGUNDO.

Sale Marcela, en hábito de paje, y Durán.

DURÁN.
Hoy, el fin de tu fatiga,
Marcela amiga, ha llegado,
Y hoy la mía ha comenzado
Por llegar, Marcela amiga.
En los flamencos Países
Estás; bien puedes besar,
Como quien sale del mar,
La misma tierra que pises.
Mas ¡ay de mí, que en la tierra
Diré que vengo á pasar
Más tormentas que en el mar,
Pues que de ti me destierra!
Y hoy llegarás á los brazos
De tu alférez, prenda mía,
Hoy Martín de Chavarría
Te dará tiernos abrazos;
Y hoy, con envidia de ver
Las tórtolas en su nido,
Me matará el bien perdido
En el ajeno placer.
MARCELA.
Durán, deja esas razones,
Pues que ya en Flandes estamos.
Basta que una vez erramos,
Que pueden mucho ocasiones.
Ya que en ti faltó amistad,
Y en mí defensa faltó,
Y ni tú, Durán, ni yo
Duramos en la lealtad,
Cese aquí tu atrevimiento,
Porque el alférez no entienda,
Que guardaste mal la prenda.
DURÁN.
Sabe el cielo que lo siento;
Y pues el verme contigo
Tanto me pudo obligar,
Peligro corre el fiar
Una mujer á un amigo.
MARCELA.
Si en ti no hubiera osadía.....
DURÁN.
Si en ti no hubiera hermosura.....
MARCELA.
Si en ti hubiera compostura.....
DURÁN.
Si en ti hubiera más porfía.....
MARCELA.
Si vieras la obligación.....
DURÁN.
Si tú á la tuya acudieras.....

MARCELA.
Si tú no me persuadieras.....
DURÁN.
Si yo no hallara ocasión.....
MARCELA.
Si miraste el amistad.....
DURÁN.
Á mí engañóme el amor.
MARCELA.
No hay amor donde hay honor.
DURÁN.
Ni donde hay mujer, lealtad.
MARCELA.
Que amor, en fin, los forzó,
Todos por disculpa dan.
DURÁN.
Eso aprendimos de Adán,
La mujer nos engañó.
MARCELA.
También diré yo por ti,
Si tú le imitas á él,
Que la serpiente cruel
Sólo me engañara á mí.
DURÁN.
Gente viene.
MARCELA.
¿Quién serán
Tantos soldados en tropa?
DURÁN.
Peligro corre la ropa.
MARCELA.
Si son flamencos, Durán.

Salen el Duque de Ariscote, y soldados con arcabuces.

SOLDADO.
Españoles son, ¿qué dudas?
ARISCOTE.
¡Daos á prisión ó á la muerte!
DURÁN.
Ya me doy, capitán fuerte.
ARISCOTE.
¿Cómo la espada desnudas?
DURÁN.
Por no rendirla envainada.
ARISCOTE.
¿Español, en fin?
DURÁN.
Sí soy.
ARISCOTE.
¿Eres espía?
DURÁN.
Antes, hoy
Pongo fin á mi jornada
Con este paje que ves,
Que vengo de Italia aquí.
ARISCOTE.
Qué intenta don Juan me di.
DURÁN.
Allá lo sabréis después;
Que si de su campo fuera,
Yo sé que aquí no me hallaras.
ARISCOTE.
Venga cuerda.
DURÁN.
Aunque inventaras
Aquella máquina fiera
Que dió la muerte á Perilo.
ARISCOTE.
¿Fíaste, español, en serlo?
DURÁN.
No, sino por no saberlo,
Más que por ser nuestro estilo.
¿No echas de ver en los dos
Que acabamos de llegar?
ARISCOTE.
Que es ansí me has de jurar.
DURÁN.
Por Dios juro.
ARISCOTE.
No por Dios.
DURÁN.
Pues ¿por quién?
ARISCOTE.
Por la vida
De don Juan, que es español;
Como el indio adora el sol,
La tiene del alma asida.
Tanto su vida celebran,
Que mil veces que por Dios
Juren, no lo cumplen dos,
Y á don Juan nunca lo quiebran.
DURÁN.
Juro, señor, por la vida
Del señor don Juan.....
ARISCOTE.
¡Qué amor!
Ausente siempre el señor,
Esto no se les olvida.
¿Qué juras?
DURÁN.
Que llego aquí
En este punto.
ARISCOTE.
Y lo creo;
Mas porque servir deseo
La prenda que reina en mí,
Por ser la primera presa,
Á Bruselas los llevad;
Que también mi libertad
Está de sus ojos presa.
Á madama los daréis.
SOLDADO.
Caminad.
MARCELA.
¡Qué justo pago!
¡Toda en llanto me deshago!
DURÁN.
¡Ah, cielos! ¡Qué bien me hacéis,
Venturosa prisión mía!
Que así la puedo llamar,

Pues ya no podrá gozar
Á Marcela Chavarría,
Ni, por más que se alborote,
Culpar en nada á Durán.
¿Quién es este capitán?

SOLDADO.

Es el Duque de Ariscote.

Llévenlos presos uno ó dos soldados.

Entran el conde Bosú, general flamenco, el Marqués de Abre y soldados.

BOSÚ.

¡Por Dios que si al principio corresponde
El fin de aquesta empresa, que es bien triste!

ARISCOTE.

Pues ¿qué hay de nuevo en ella, señor Conde?

BOSÚ.

Que vino la canalla que temiste;
Que el valor muestran.

ARISCOTE.

¿Que le muestran? ¿Dónde?

BOSÚ.

Donde el flamenco nuestro le resiste;
Que animados del Príncipe de Parma,
Por Roremonda van tocando al arma.

ARISCOTE.

¿Á Roremonda han ido?

ABRE.

Como han ido,
Á Roremonda dicen que han tomado,
Y que el de Barlamón caudillo ha sido,
Y que toda la gente ha degollado.

ARISCOTE.

¡Ah, cielo, á nuestro daño endurecido,
Sordo á las quejas del flamenco Estado!

BOSÚ.

Á lo menos del Rey teneldas grandes,
Pues que los españoles vuelve á Flandes.

ABRE.

¡Que aquí volviese esta canalla infame,
Habiéndola Felipe derramado
Por Italia!

ARISCOTE.

Su sangre se derrame,
Que ya todo remedio es excusado.

BOSÚ.

Culpa tenéis de que don Juan los llame,
Habiéndolos de aquí Filipo echado.
Era un solo español; no le sufristes,
Y ¿sufriréis los que tan lejos vistes?
Gobernaba don Juan estos Estados;
Tratastes mal su casa y su respeto;
Andábades por puntos alterados,
Y el vulgo, por los Grandes inquieto;
Con este miedo, á verse más vengados,
Vuelven los españoles, en efeto,
Porque quien se detiene, si se altera,
Antes que lo comience es bien que muera;
Que nunca á la República romana
Tanto daño la hiciera Catilina
Si á Cicerón creyeran, y temprana
Llegara á tanto mal la medicina.
¡Oh, cuánto importa la prudencia cana
Cuando la juventud se determina!
Ya es hecho. ¡Muera España! ¡Vive el cielo,
Que por sangre española brama el suelo!

ARISCOTE.

Antes que un español mi vida tase,
Antes que un español leyes me ponga,
Antes que un español mis puertas pase,
Antes que un español me descomponga,
Antes que un español mi hacienda abrase,
Antes que un español se me anteponga,
Antes que un español mi cuello oprima,
Tendré los montes de Sicilia encima.

ABRE.

Pues si sufriere yo que me adelante,
Pues si sufriere yo que me desuelle,
Pues si sufriere yo que hablando espante,
Pues si sufriere yo que me atropelle,
Pues si sufriere yo verle arrogante,
Pues si sufriere yo que á Flandes huelle,
Pues si sufriere yo ver su gobierno,
Tendré sobre los hombros el infierno.

BOSÚ.

Pues primero, español, que á Flandes andes;
Pues primero, español, que á Flandes vengas;
Pues primero, español, que á Flandes mandes;
Pues primero, español, que á Flandes tengas;
Pues primero, español, que estés en Flandes;
Pues primero, español, que nos convengas;
Pues primero, español, que á Flandes goces;
El mismo sol derribarás á coces.

ARISCOTE.

¿No tienes veinte y cinco mil soldados?

BOSÚ.

Esos alista el escuadrón que marcha
Por los bosques, las selvas y los prados,
Que el pardo Enero de su plata escarcha.

ARISCOTE.

Acomete á don Juan.

BOSÚ.

Si los nevados
Montes que baña de su pura escarcha
El Apenino en medio se pusieran,
La sangre de español acometieran.

ABRE.

¿Adónde irás?

BOSÚ.

Á Gibelú deseo,
Tres leguas de Anamur y de su campo;
Que si al principio gano algún trofeo,
A su arrogante lluvia pondré escampo.

ARISCOTE.

Pues marche el campo á Gibelú.

BOSÚ.

Ya veo
Que en su dura cerviz mi nombre estampo.

ABRE.

¡Viva nuestra amistad!

BOSÓ.

Dad voces grandes.

ARISCOTE.

¡Por tu mal, español, volviste á Flandes!

Éntrense.

Salga madama Rosela, flamenca, y Adolfo, su hermano.

ADOLFO.

No ha de haber ¡viven los cielos!
En mi casa un español.

ROSELA.

Paso, hermano, que del sol
Tendré, hermano, menos celos.

ADOLFO.

El Duque se los presente
Á quien le diere más gusto;
Que presente que no es justo,
Mejor es tenerle ausente.

ROSELA.

Pues si el Duque de Ariscote
Honrarme en esto procura,
¿No será poca cordura
Que de descortés me note?
Si porque servir profesa
Mi honor con tal cortesía,
Dos españoles me envía,
Los primeros desta empresa,
Se ha de juzgar por error
Volvérselos á enviar,
¿Con qué podréis disculpar
El que hacemos á su honor?

ADOLFO.

¿Españoles en mi casa?
Pintado..... ¡Por Dios bendito!
¿Qué es pintado? Sólo escrito,
De puro enojo me abrasa.
¿Cómo un nombre tan odioso
En Flandes, quieres, hermana,
Que oiga por tarde y mañana?
¡Estoy loco, estoy furioso!
¡Salgan luego!

ROSELA.

Adolfo, paso;
Que no son huéspedes, no,
Esclavos son.

ADOLFO.

Alto: yo
Me iré de casa. ¿Hay tal caso?

ROSELA.

Si tanto los aborreces,
No es bueno que aquí los tengas:
Pues que en tenerlos te vengas,
Atorméntalos mil veces.

ADOLFO.

Lo que ningún caballero
En Flandes puede sufrir,
Rosela, ¿se ha de decir
De vuestro hermano el primero?
No he de entrar á veros más;
No vendré más á esta casa;
Cólera infernal me abrasa.

ROSELA.

Oye, espera; ¿adónde vas?

Vase, y queda sola.

Españoles gallardos, norabuena
Volváis á Flandes, que esta vida sola
Es oro que en las vuestras se acrisola,
Cuyo escudo español Flandes cercena.
El nombre de español, ¡qué dulce suena!
¡Qué briosa nación es la española!
¡Qué bien armado, desde el pie á la gola,
Parece el dueño de mi dulce pena!
Matóme un español. ¡Ay! Si dijese
Quién me mató, sin duda el alma, en calma,
De gloria los sentidos suspendiese.
Alta esperanza fué sobre una palma;
Mas cuando el cuerpo nunca el fruto viese,
Basta, señor don Juan, gozarte el alma.

Entra Marcela.

MARCELA.

Estacio, madama bella,
Me dijo que me llamabas.

ROSELA.

¡Ay, español! ¿Dónde estabas,
Siendo de mi sol estrella?

MARCELA.

Escondido del furor
De Adolfo, tu airado hermano.

ROSELA.

Es un rebelde villano,
Que no tiene á España amor.

MARCELA.

¿Y tú le tienes á España?

ROSELA.

¿No le merece ese nombre?

MARCELA.

No hallarás en Flandes hombre
De tu opinión.

ROSELA.

¡Cosa extraña!
Envidia debe de ser
Desta famosa nación,
Pues yo muero de afición
Y soy deste parecer.

MARCELA.

Tienes, Rosela, buen gusto,
Buena elección y deseo.

ROSELA.

En un español me veo
Que le viene el alma al justo;
Tanto, que si se vendiera
Un español corazón,
Para engastar mi afición
Por él hasta el alma diera;
Y porque creas mi pecho,
Mira, Marcela, el tocado
Con cintas rojas atado
Y de sus colores hecho;
Pues la banda carmesí,

Porque en público no puedo
Traerla, por justo miedo
De lo que hicieran de mí,
Aquí la traigo escondida
Y por el pecho terciada.

MARCELA.

Qué, ¿eres tan aficionada
Á España?

ROSELA.

¡Ay, que estoy perdida!

MARCELA.

¿Quién de tantos españoles
Te ha infundido esa afición?
¿Es capitán, es barón?

ROSELA.

Es solo entre tantos soles.
Yo estaba, español amigo,
En un sarao en Bruselas,
Vestida de verde un día,
Con otras madamiselas,
Mirando los españoles,
Llenos de sedas y telas,
Que vi cubiertos mil veces
De petos y de escarcelas,
Libre de amor, que es amor
Gran maestro de cautelas,
Y sabía yo de coro
Sus tragedias y novelas,
Cuando entró el león de España
(Pienso que mi mal recelas),
Pareciendo entre mil grandes
Nave con viento en las velas,
Ó como la galeaza
Entre humildes carabelas,
Y con los mirtos humildes
Las olorosas canelas.
Miró por entrambas partes
Las dos líneas paralelas
De mil damas que excedían
Porcias, Julias é Isabelas.
Vióme, ó fueron mis desdichas,
Vile yo, é imaginélas.
Tomó mi almohada, y dijo:
«Días ha que me desvelas.»
Respondíle: «No soy tuyo,
Águila, el sol á quien vuelas,
Que á tu amor, por gusto mío,
Tengo puestas centinelas;
Si quieres que se las diga,
Dime mil cosas, dirélas
Á la dichosa á quien amas,
Y del mismo cielo celas.»
Mas, tierno, me replicó:
«Tú sola mi vida asuelas,
Y en la red de tu cabello
Me aprisionas y encarcelas.
No me dejes por soldado;
Que la gola y esquinelas
Me sabrá quitar amor
Como de mi mal te duelas;
Que también en ti me agradan
Estas tocas y arandelas,
Como las que en lanzas llevo
En el ristre por las telas;
No me respondas, ingrata,
Si con tu honor te arrodelas;
Que el oro de aquesta fe
Puede estar á mil copelas.»
Temblando, dije: «Don Juan,
Si son palabras trainelas,
Y me engañas, te suplico
Que de mi honor te conduelas;
Yo te querré, si es verdad,
Como á tu amor me compelas;
Que han de ser las voluntades
Dos acordadas vihuelas;
Pero no será razón
Que al calzarte las espuelas
No estimes en una pluma
Tu palabra y mil Roselas.»
«Por quien soy, me dijo entonces,
Que si déstos te rebelas,
Que ponga esferas de mundos
De tus chapines por suelas.»
Creílo, y fuése, y quedé
Tan triste, que me amartelas
Sólo en ver que eres de España
Y que á ser su sombra anhelas.
Como éstos se rebelaron,
Mis esperanzas dejélas
Al viento, mas hoy querría
Que mi pobre nave impelas,
Y que me des un remedio,
Pues con verte me consuelas;
Que bien sabrás, si de amor
Aprendiste en las escuelas.

MARCELA.

De tu pasión me ha pesado,
No porque tu pensamiento
Pase la región del viento
Y haga centro al sol dorado;
Que bien mereces del sol
Abrazar los claros rayos,
Y que á tus dulces desmayos
Se humane el rayo español.
Sólo me pesa de verte
Donde no le puedas ver,
Pues ya te mostró querer,
Y prosiguiera en quererte;
Pero si tienes amor,
Que es pasión que nunca teme,
Como el amante se extreme
En hacer rostro al temor,
Yo te sacaré de aquí
Y al campo te llevaré.

ROSELA.

Al campo, ¿cómo?

MARCELA.

Yo sé
Remedio.

ROSELA.

El remedio di.

MARCELA.

Vestidas de labradores
Saldremos de la ciudad.

ROSELA.

Será grande libertad.

MARCELA.

Amor las hace mayores:
Llevaremos á vender,
Donde está el señor don Juan,
Fruta, huevos, vino ó pan.

ROSELA.

¡Amor, grande es tu poder!

MARCELA.

Y yo, dando algún lugar
Que el señor don Juan te vea,
Le diré, si te desea,
Cómo te podrá gozar.
Digo, cómo hable contigo;
Que eso de gozar, allá
Entre vosotros se hará,
Que no es menester testigo.

ROSELA.

Ahora bien, esto es amor,
Mi alma á don Juan adora;
Yo iré como labradora,
Y tú como labrador.
Mil barcas van por el río
De la Sambra ó de la Mosa,
Que bañan la populosa
Villa de Anamur; confío
En amor y en el disfraz,
Que como nos embarquemos
Con secreto, llegaremos
Al campo de España en paz.

MARCELA.

Bien dices, que en una barca
Nos podrá ver menos gente
De Bruselas, hasta el puente
Donde la común se embarca;
Y así podremos decir
Que somos del país de Lieje.

ROSELA.

Amor ver el fin me deje.

MARCELA.

¿Cuándo podremos salir?

ROSELA.

Cuando las sombras funestas
Echen la cortina al sol.

MARCELA.

Pues vamos.

ROSELA.

¡Ay, español,
Qué de lágrimas me cuestas!

Vanse.

Entre el señor D. Juan, el Príncipe, el conde Barlamón y soldados.

JUAN.

Daros tengo mil abrazos,
Señor Conde.

BARLAMÓN.

Serenísimo señor, (1)
Es de nuestros pechos lazos;
Con ellos prendéis los cuellos,
Con ellos aprisionáis.

JUAN.

Que victorioso volváis
Merece honraros con ellos.
¡Brava jornada se ha hecho!

ALEJANDRO.

Cierto que principio igual
Es evidente señal
Del fin que alegre sospecho,
Y bastaba ir la persona
De tan gallardo soldado.

BARLAMÓN.

Que ese sol su luz me ha dado
Es lo que el servicio abona.
Porque quien os imitaba,
Gran Alejandro Farnesio,
Más digno del templo efesio
Que la maravilla octava,
Y de la escuela salía
De Su Alteza, iba seguro
De la corona del muro
Que el rebelde pretendía.
Degollé mil hombres viles,
Porque en aquesta ocasión,
¿Quién no será Telamón
En Agamenón y Aquiles?
Á Palante, hijo de Evandro,
Miro en el señor don Juan,
Y en vos, fuerte capitán,
Otra vez miro á Alejandro.
Cargad sobre esta victoria
Las que ya os esperan grandes;
Que el pacificar á Flandes
Se deberá á vuestra gloria.
Á España honraréis por madre,
Y Felipe, en testimonio,
Gozará su patrimonio,
Mayorazgo de tal padre.

JUAN.

Señor conde Barlamón,
Su Majestad tiene imperio,
Que deste al otro hemisferio
No parte jurisdicción.
Por la tierra de Felipe,
Por islas y mar profundo,
Una vuelta se da al mundo
Sin que de otra participe;
Y aunque tiene tal riqueza,
Y tantos reinos que doma
Con sus plantas, más que Roma,
Que fué del mundo cabeza;
Aunque el indio le da en Chile
Oro puro, y el cristal
Del Sur perlas y coral,
Y ámbar que España destile;

(1) Este verso no consta y falta otro á la redondilla.

Estos Estados de Flandes
Estima en más, como prenda
Del vínculo y encomienda
De dos Príncipes tan grandes;
Rebeláronse, intentó
Sosegarlos; vine aquí,
Leyes y perdón les dí;
Los españoles sacó.
Volviéronse á rebelar,
Volvieron los españoles;
Bajó el enemigo, y dióles
Ocasión de pelear,
Y enviándolos con vos,
Á Roremonda han vencido
Y librado al oprimido,
De que doy gracias á Dios.

Entra Perea.

PEREA.
Porque Vuestra Alteza crea
La intención del de Bosú,
Ya ha tomado á Gibelú.

JUAN.
¿Es eso cierto, Perea?

PEREA.
Tres leguas solas está
De Vuestras Altezas.

ALEJANDRO.
Creo
Que ha visto nuestro deseo.

JUAN.
Qué, ¿á tanto se atreve ya?

PEREA.
Muy bueno es eso. Si alista
Veinticinco mil soldados,
Que cubren los verdes prados
Con la sombra.

ALEJANDRO.
¡Hermosa vista!
Señor, ¿qué habemos de hacer,
Tan cerca tanto enemigo?

JUAN.
Sobrino, darles castigo
É irlos á reconocer.

ALEJANDRO.
Pues con una compañía
De caballos yo me ofrezco,
Si aquesa merced merezco.

JUAN.
Vos sois la persona mía,
Y así, no os toca, sobrino,
Ese peligro, aunque honrado;
Pero escoged un soldado
Que deste cargo sea dino.

ALEJANDRO.
Pues vayan los capitanes
Sancho Beltrán de la Peña,
Que tanto valor enseña,
Y Heredia.

JUAN.
Son dos Roldanes.

ALEJANDRO.
Ea, pues, marche la gente
Poco á poco.

JUAN.
Yo querría,
Para que la infantería
Llegue á tiempo conveniente,
Que vamos de rato en rato
Haciendo alto.

ALEJANDRO.
Bien será.

JUAN.
¡Oh, España, en qué punto está
Darte honor el tiempo ingrato!
¡Cielos, haced que anticipe
Á César en hechos grandes,
Para que se afirme á Flandes
La corona de Felipe!

Váyanse.

Salgan soldados de infantería, como que han sabido del enemigo, Chavarría, Peralta y Heredia.

PERALTA.
Buenas nuevas os dé Dios,
Que, en fin, baja el enemigo.

HEREDIA.
¡Vive Dios, Peralta amigo,
Que le he visto como á vos!

CHAVARRÍA.
Brava gente habrá juntado,
Pues que se atreve tan presto.

HEREDIA.
Era intento presupuesto,
Y vióse presto formado,
Con mil diversas maneras
De alemanes y valones,
Franceses y borgoñones,
Mira al Sambra las riberas;
Y aunque se suenan que vienen
Veinticinco mil soldados
Desta gente y los Estados,
Tanto regocijo tienen
Los españoles, que han hecho
Fiestas y banquetes grandes.

PERALTA.
Furiosos vuelven á Flandes,
Vengar quieren el despecho.
¡Por vida de Chavarría!
Que nos contéis el asalto
De Roremonda.

CHAVARRÍA.
Aunque falto
De lengua, no en cortesía:
Todos quedan degollados.

HEREDIA.
¿Cómo pasó?

CHAVARRÍA.
Dadme atento
Oído, si os doy contento.

PERALTA.

Y nos dejáis obligados.

CHAVARRÍA.

Luego que á Flandes volvieron
Los españoles que estaban
Alojados por Milán
Y en otras partes de Italia,
A dar socorro á la vida
Del invicto don Juan de Austria,
Hijo del gran Carlos quinto,
Y hermano del Rey de España,
Sobre lo que hacer debían,
Él y el Príncipe de Parma
Y otros caballeros entran
En consejo una mañana,
Socorrer á Roremonda,
Que por los nuestros estaba,
Y del rebelde oprimida,
De acuerdo de todos tratan.
Al Conde de Barlamón
Para General señalan
De la gente más famosa
Que ciñó en Flandes espada;
Porque con el gran deseo,
Y ser la primera hazaña
De briosos por la tierra,
Señalaban las estampas.
Nombraban por capitanes
Desta famosa jornada
Al buen Pedro de Vallejo,
Que Sargento mayor llaman,
Don Alonso de Monsalve
Reinoso, Heredia, Zambrana,
Beltrán, don Vasco de Acuña,
Don Juan Manrique de Lara,
Luis Ponce, Santa María,
Becerra, Amador, Peralta,
Ortiz, Acosta y Perea,
Honra de Madrid, su patria,
El castellano Oliveira,
Bernardo de Castro, Anaya,
Juan de Vallejo, Aguilar,
Contreras y otros que calla
Más mi falta de memoria
Que la de su nombre y fama.
Aquel Castro, hermano ilustre
Del Conde de Lemus, se arma
De los roeles azules,
Que piensa teñir en grana,
Que la sangre ha de teñirlos,
Puesto que en campos de plata
Los trae la Casa insigne
De Andrada, Sarria y Villalba.
Juntos llegaron, en fin,
Á la referida plaza,
Con miedo de ser sentidos,
Sordas, trompetas y cajas.
Mas una mañana el cielo,
Como es tan grande su capa,
Á todos, con una niebla,
Les arrebozó las caras.
Dieron dentro en sus trincheas
Sin sentirse las escuadras,
De suerte, que no se ha visto
Tan espantosa matanza.
Degollámoslos á todos,
Que apenas hombre se escapa
Que dé la nueva en Bruselas
Á la rebelde canalla;
Que como los españoles
Con hambre de sangre estaban,
Y á la memoria traían
La burla, escarnio y venganza
De los rebeldes Estados,
Cuando de ellos los echaban,
Como el segador espigas
Iban cortando gargantas.
El valón que estaba dentro,
Dando á Dios eternas gracias
De ver degollar la gente
Que sitiaba sus murallas,
Hizo muestras de alegría,
La artillería dispara;
Mas no nos hizo banquetes
Ni brindó más que con agua,
Porque había muchos días
Que por no rendir la plaza
Comía caballos, perros
Y otras sabandijas varias.
Luego el capitán Lezcano
Al de Barlamón despacha
Con la buena nueva, á quien
El Sol de Austria y el de Parma
Dieron dos cadenas de oro,
Y á mí el Príncipe unas armas
Con que honraré mi solar,
Si Dios me vuelve á Vizcaya.

Tocan dentro. Grita: «¡Que viene el enemigo! ¡Linda nueva!»

OTRO.

¡Que baja el Conde y que batalla pide!
¿Qué aguardas, gran señor? ¡Cierra, armas, guerra.

PERALTA.

Oid el alegría de la gente
Porque dicen que viene cerca el Conde
Y trae veinticinco mil soldados.

CHAVARRÍA.

¿Qué importa veinticinco, cuando quepan
Á veinticinco por un hombre nuestro?
El que no se sintiere con aliento
De matar veinticinco rebelados,
Échemelos acá y serán cincuenta.

PERALTA.

¡Famoso vizcaíno!

HEREDIA.

Es como un Héctor,
Trabado, fuerte, sufridor, soberbio,
Hombre de bien y bueno para amigo.

Entran Salvado, maltrapillo y Beatriz.

SALVADO.

El Conde viene: ¡oh, qué lindo!
Dame mis armas, Muñiz;
Será mi espejo de armar
La mi querida Beatriz;
Mirarme quiero en sus ojos
Y matar luego un cahiz
Destos bellacos gallinas.

BEATRIZ.

Menos bravatas, lombriz,
Que eres un triste gazapo.

SALVADO.

¿Cómo es eso, fregatriz?
¿No soy un Héctor de España
Y un Hércules de Alcañiz?
¿No soy el más estimado
De mi capitán Rüiz,
Porque á mosiur Gazpirría
Le corté media cerviz?

BEATRIZ.

Sí, pero mucho pareces
Hecho de alguna raiz.

SALVADO.

¡Á mí, que por ser hidalgo
Tengo armas, timbre y telliz!

BEATRIZ.

¿No te miras, trapo de horno?

SALVADO.

¡Reclamo de codorniz,
Mas que vienen por ti luego
Hisopo y sobrepelliz!

BEATRIZ.

Pues dime, ¿hay de más colores
Papagayo ó chamariz,
Que estas tus calzas y cuera?

SALVADO.

¡Oh, figura de tapiz!
!Mal haya el que tantos años
Te dió su vino y maíz,
Su perejil y su carne!

BEATRIZ.

Quedo, mi Salvado Ortiz;
Quedo, candil de mis ojos,
Mi orozuz, mi regaliz,
Que cuando te digo zape,
Entonces te digo miz.

SALVADO.

Hablara yo para el jueves,
Oh mi tutora ó tutriz,
Más manida entre mis brazos
Que entre el azor la perdiz!
Hoy me visto, por tu gusto,
De tu color y matiz,
Y te hago, á mojicones,
De Flandes emperatriz;
Que con sólo tu favor
Tengo de ser tan feliz,
Que de mi voz tiemble el Moro,
Y el Turco de mi nariz.

Entren madama Rosela, labradora, con un rebozo y Marcela, labradora, con unas cestillas.

MARCELA.

Á buen tiempo hemos llegado.

ROSELA.

Lindo tiempo hemos traído.

MARCELA.

Dicen que el Conde ha salido
Y que está en campaña armado.

ROSELA.

Los españoles se alteran,
Las armas limpiando están;
Mal venderemos el pan
Si dicen que los esperan.

MARCELA.

De españoles no hay pensar
Que eso les quita el valor;
Que nunca comen mejor
Que cuando han de pelear.

ROSELA.

Allí hay un corrillo.

MARCELA.

¡Ay, triste,
Que un alférez está allí
Que me conoce!

ROSELA.

¡Ay de mí!
¿Tan presto en amigos diste?

MARCELA.

¡Ay, querido vizcaíno!
El agravio que te he hecho
Quita las fuerzas del pecho,
Ya de tus brazos indino.
¡Ah! ¡Quién le pudiera hablar!
Pero ¿por qué no podré?
Pero si digo el por qué,
Por él me puede matar;
Mas no lo sabrá. ¡Ah, señores!
¿Hay alguien que compre pan?

PERALTA.

¡Qué apriesa vienen y van
Estos nuestros labradores!

MARCELA.

¡Ay! ¡Quién fuera el pan sabroso,
Limpio y blanco! Si le hiciera,
Mi lealtad, poco lo fuera.

HEREDIA.

Galán flamenquillo.

PERALTA.

Hermoso.

CHAVARRÍA.

¡Válame Dios! ¿Qué estoy viendo?
¡Cielos! ¿No es ésta Marcela?

HEREDIA.

¡Pues no es mala la mozuela
Que va por allá vendiendo!

CHAVARRÍA.

Peralta..... Heredia ....

PERALTA.

¿Qué hay?

CHAVARRÍA.
Que os vais los dos, os suplico.
HEREDIA.
¿Habráos picado?
CHAVARRÍA.
Tantico.
PERALTA.
Adiós.

Vanse Heredia y Peralta.

CHAVARRÍA.
Estando en Duay,
Me parece que te vi;
Espía debes de ser.
MARCELA.
Espía deste placer
Que hoy vengo á buscar en ti.
CHAVARRÍA.
¿Eres Marcela?
MARCELA.
¡Ay, mi bien!
CHAVARRÍA.
Dame esos brazos.
MARCELA.
Y el pecho,
Aunque la traición que he hecho,
Pienso que las almas ven.
CHAVARRÍA.
¿Cuándo viniste?
MARCELA.
Después
Que en Italia me dejaste;
Á quien tú me encomendaste
Me regaló.
CHAVARRÍA.
Hidalgo es.
MARCELA.
¡Pluguiera á Dios, ¡ay honor!
Que menos fuera el regalo;
Que el mucho regalo es malo,
Que obliga y engendra amor!
En fin, me trujo Durán
Á Flandes.
CHAVARRÍA.
No hay tal amigo.
MARCELA.
Mas dió con él y conmigo
Un flamenco capitán;
Y aun nos dijeron allí
Que era el Duque de Ariscote.
CHAVARRÍA.
¿Prendiólo?
MARCELA.
No te alborote;
Prendiólo, y con él á mí:
Á Bruselas nos llevaron.
CHAVARRÍA.
Y ¿está cautivo?
MARCELA.
Allá queda,
Sin que remediarlo pueda.
CHAVARRÍA.
Pues ¿cómo á ti te libraron?
MARCELA.
Vengo con una invención
Que de espacio has de saber.
CHAVARRÍA.
¡Que viniesen á prender
Á Durán por mi ocasión!
¿Eso se sufre, Martín?
No, ¡por Dios! Yo libre vivo,
Y el amigo está cautivo;
Á Bruselas voy, en fin.
Marcela, Adiós.
MARCELA.
¿Estás loco?
¿Desta suerte me recibes?
CHAVARRÍA.
Marcela, engañada vives
Si mi honor tienes en poco.
En llegándome á amistad,
No hay sangre, mujer ni amor,
Y más cuando soy deudor
De tan notable lealtad.
Pediré salvoconducto,
Venderé lo que he ganado,
Si en Roremonda he sacado
Deste despojo algún fruto,
Y á Durán rescataré.
MARCELA.
Oye, escucha.
CHAVARRÍA.
No hay conmigo
Mujer ni amor, si hay amigo.

Váyase.

MARCELA.
No te merece esa fe.
¡Qué propio humor vizcaíno!
¿Cómo, sin darme una mano,
Éste quiero y amo en vano?
¿Cómo á tal desdén me inclino?
Mas bien es que no me quiera.
¡Extraña desdicha mía!
¿Compra el pan?
SALVADO.
Llegar querría;
La villaneja me altera.
¿Vendéis el pan?
ROSELA.
Sí, señor.
SALVADO.
¿De dónde sois?
ROSELA.
Del país
De Lieje.
SALVADO.
Mejor venís
Para que os compren.....
ROSELA.
¿Qué?

SALVADO.

Amor.

BEATRIZ.

¡Cómo! ¿Delante de mí,
Bergante, has de requebralla?

SALVADO.

Esto es sólo aficionalla,
Porque se aficione á mí;
Porque si la cojo el pan.....
Diga, mis ojos flamencos,
Si por ventura mostrencos
Por el ejército van,
¿Á cómo vende el panicio?

ROSELA.

Á medio real español.

SALVADO.

La moza es como un crisol;
Perdiendo estoy el jüicio.
Si queréis trocar el pan
Á la carne de un soldado,
Y este corazón picado
Coméis como gavilán,
Daros he traslado y copia
De mi persona.

ROSELA.

¡Arre allá!
Ve que allí mi hermano está,
Que viene conmigo propia,
¿Y díceme esa razón?
¡Tome, porque no desgarre!

Dale un bofetón.

SALVADO.

En español vino el arre,
Y en flamenco el bofetón.

BEATRIZ.

Bien dado está.

SALVADO.

Qué, ¿tan bien?

BEATRIZ.

Que no se le quitarán.

SALVADO.

¡Por Dios, que ha de darme el pan!

ROSELA.

¿El pan, picaño? ¡Oh, qué bien!

SALVADO.

Cuando allá en España un hombre
Riñe con otro hombre ruïn,
¿No suele decir, en fin,
Aunque mil cosas le nombre,
«No os quiero dar de comer»,
Porque si lo da lo paga?
Pues eso quiero que haga
Conmigo aquesta mujer:
¿No me ha dado un bofetón?
Pues de comer me ha de dar.

MARCELA.

¿El pan le queréis tomar?
Soltalde, que no es razón.

SALVADO.

¡Oh flamencos, pues, conmigo!

ROSELA.

Que soltéis el pan os digo.

SALVADO.

Soy español, soy honrado.
. . . . (1)

MARCELA.

Si como vos todos fueran,
Digo, no fueran más grandes
Los que han vuelto agora á Flandes,
Pocas hazañas hicieran.
¡Suelta, diablo maltrapillo!

SALVADO.

Muy ladino sois, mosiur.

ROSELA.

¿Esto sufre en Anamur
Don Juan? Yo voy á decillo.

SALVADO.

Anda acá, Beatriz.

BEATRIZ.

Camina,
No te vea Barrachel.

Vanse Beatriz y Salvado.

ROSELA.

¿Llevóse el pan?

MARCELA.

¿Qué va en él?
Antes tu entrada encamina;
Que á dar quejas deste agravio
Irás al señor don Juan.

Salen D. Juan y el de Parma y Castro juntos.

ALEJANDRO.

Tan cerca, señor, están,
Que así lo refiere Octavio;
Mas ya fué Hernando de Acosta
Con diez lanzas y trompeta.

JUAN.

Persona activa y discreta.

ALEJANDRO.

Pues hice, señor, aposta
Que á la flamenca tocase,
Porque se acercase más.

MARCELA.

¿Agora temblando estás?
Llega.

ROSELA.

Temo que me abrase.
Dame, Marcela, el papel,
Que ha de hacer nuestra invención.

ALEJANDRO.

¿Qué gente?

CASTRO.

Villanos son.

ROSELA.

¿Viene todo puesto en él?

(1) Falta un verso.

MARCELA.
En español lo escribí.
CASTRO.
Labradores son de Lieje,
Que traen el pan.
ROSELA.
¿Que me queje
Me aconsejas?
MARCELA.
¡Pardiez, sí!
ROSELA.
A Vuestra Alteza suplico,
Gran señor, de mí se duela.
JUAN.
Sobrino, ¡hermosa mozuela!
ALEJANDRO.
¡Gentil donaire!
JUAN.
¡Buen pico!
¿Hanos hecho algún agravio?
ROSELA.
Sí, señor.
JUAN.
¿Quién?
ROSELA.
Á los dos
Uno déstos, como vos,
Que casi en nombrarle rabio.
JUAN.
¿Español?
ROSELA.
Español, pues;
Á mí y á mi hermano ha hecho
Una traición.
JUAN.
Ya sospecho
Lo que es.
ROSELA.
Eso mismo es.
JUAN.
¿Habrá querido forzaros?
ROSELA.
No por la carne lo han.
JUAN.
Pues ¿qué os han tomado?
ROSELA.
El pan.
JUAN.
El pan sabré hacer pagaros.
¡Por vida del Rey, sobrino,
Que se busque este soldado!
ALEJANDRO.
Con gran razón se ha enojado
Vuestra Alteza.
JUAN.
Si el vecino
País que nos da sustento
Sabe que así le pagamos,
¿Quién duda que perezcamos
Y falte mantenimiento?
Vé, labradora, y con ella
Vos, capitán, y traed
Ese soldado.
ROSELA.
Es merced
Muy propia del dueño della;
Mas mi hermano irá mejor,
Y yo me quedaré aquí.
MARCELA.
Sí, señor; bien será ansí.

Vase Marcela con el capitán.

JUAN.
Id vos con el labrador.
ROSELA.
¡Bueno es que así nos traten
Cuando á servirles venimos!
Pues ¿por qué, si les servimos,
Consentís que nos maltraten?
El Arzobispo de Lieje
Tiene grande devoción
Al Rey, y tiene razón;
Y no es razón que se queje,
Que nos obliga á venir
Con ruegos, y aun con regalos;
Pero tratamientos malos
Mos han de hacer no acodir.

Traen á Salvado preso, soldados y capitán y Marcela.

CASTRO.
Bien presto le conoció.
ALEJANDRO.
No he visto mejor villana.
JUAN.
Ni tan bella cortesana
Podré decir que vi yo.
ALEJANDRO.
Si le agrada á Vuestra Alteza.....
JUAN.
Si á Vuestra Alteza le agrada ....
ALEJANDRO.
Tío, yo no quiero nada.
JUAN.
Sobrino, tocaste pieza;
Rogalda, por vida mía.
ROSELA.
Quedo, que no estoy tan rota
Que me jueguen por pelota;
Háganme más cortesía.
JUAN.
¿Es éste el soldado?
ROSELA.
El es.
JUAN.
¡Qué buen talle de soldado!
¿Por qué este pan le has tomado?
SALVADO.
Porque me dió de revés.

JUAN.
¿Quién te dió?
SALVADO.
La labradora.
JUAN.
¿Eres soldado alistado?
SALVADO.
Soylo.
JUAN.
¿Tu nombre?
SALVADO.
Salvado.
JUAN.
¿De dónde eres?
SALVADO,
De Zamora.
JUAN.
¿De qué gente?
SALVADO.
Arias Gonzalo
Fué mi padre.
JUAN.
Esto advertid.
SALVADO.
En el caballo del Cid
Me hubo.
JUAN.
¿Qué?
SALVADO.
Era de palo,
Y cogió en una armería
Á mi madre junto á él,
Y por eso nací dél.
ALEJANDRO.
¿Como el de Troya sería?
SALVADO.
Sí, señor, también mi abuelo
Fué troyano.
ALEJANDRO.
¡Lindo humor!
Por él merece, señor,
Perdón.
SALVADO.
Mi muerte recelo.
JUAN.
¿Quién fué vuestra madre allá?
SALVADO.
Era dueña de la haca
De la infanta doña Urraca.
JUAN.
¿Qué decís?
ALEJANDRO.
Turbado está.
JUAN.
Y allá, ¿de qué le servía?
SALVADO.
De llevarle la almohada
Á la haca.
JUAN.
Qué, ¿asentada
Estaba?
SALVADO.
Á veces solía.
JUAN.
¿Cómo os llamaron Salvado
Y Arias no?
SALVADO.
Porque salí
Muy cernido cuando fuí
De mis padres engendrado.
ALEJANDRO.
Creo que al hombre te inclinas.
JUAN.
Salvado y hombre de honor.
SALVADO.
No soy salvado, señor,
Destos rebeldes gallinas,
Sino veneno en sacando
La de Francisco Rüiz.
JUAN.
Galán sois.
SALVADO.
De una Beatriz
Que allá me queda esperando,
Y con tu licencia voy.
JUAN.
Id en paz: oid.
SALVADO.
¿Qué acuerda
Su Alteza?
JUAN.
Un trato de cuerda
Le dad.
SALVADO.
Pues ¿tan loco estoy?
CASTRO.
Ea, no más: caminad.
JUAN.
El humor le dió la vida,
Que no pagar la comida,
Agora es temeridad;
No tengo por valentía
No pagar lo que uno debe.
ROSELA.
Siempre en su tierra se atreve
El que en otra no osaría.
¿Por qué nos han de tomar
El pan, del trabajo fruto,
Trayendo salvoconduto?
ALEJANDRO.
¡Qué bien se sabe quejar!
¿Salvoconducto traéis?
ROSELA.
Sí, señor.
JUAN.
¿Dónde?
ROSELA.
Aquí está.
JUAN.
Veamos.
ROSELA.
Tómele allá.

JUAN.
Leeré, pues vos no sabéis.

Aparte lea.

«Las trazas que en este ejército se han dado para quitarte la vida son muchas: un gran servidor de Vuestra Alteza buscó esa villana, que no es de Lieje, sino de Bruselas, para poder con esta invención darle este aviso; métala con secreto en su aposento, que le dirá grandes cosas.»

¡Notable caso, por Dios,
Sobrino!
ALEJANDRO.
Señor.
JUAN.
Querría
Que aprestar la infantería
Corriese agora por vos.
Id á dar orden.
ALEJANDRO.
Yo voy.
Contentóle.
CASTRO.
Ella es hermosa.
ALEJANDRO.
Mañana. . . . . (1).
Le veré, á fe de quien soy.

Vanse el Príncipe y Castro.

JUAN.
En este papel me escribe
Que tienes que me decir.
ROSELA.
Si es que os importa vivir,
No queráis que dél os prive.
JUAN.
¿De dónde eres?
ROSELA.
De Bruselas.
JUAN.
Ello conforma, no hay duda.
ROSELA.
Todo el color se me muda.
JUAN.
Qué, ¿hay traición?
ROSELA.
Hay mil cautelas.
JUAN.
Entra en mi aposento.
MARCELA.
¿Ves
Como se traza á tu gusto?
ROSELA.
Amor, si mi amor es justo,
Pisa mi honor con tus pies.

(1) Verso incompleto.

ACTO TERCERO.

Entran el Duque de Ariscote y el de Bosú, y Mons de Goni, y Adolfo, hermano de Rosela.

ARISCOTE.
Dé Vuestra Excelencia á Adolfo
Las manos, que es mi pariente.
ADOLFO.
Bien es que á esos pies intente
Ver el puerto, en tanto golfo.
BOSÚ.
Manos y brazos le doy.
ADOLFO.
Vengo, señor, á serviros.
BOSÚ.
Á buen tiempo armas y tiros,
Adolfo, aprestando estoy,
Con trompetas y con cajas,
Con banderas que tremolan,
Con picas que se enarbolan,
Cansadas de verse bajas.
Espero los españoles,
Recién venidos á Flandes.
ADOLFO.
Cuando acometer nos mandes
Y la señal enarboles,
Verás, señor, mi valor,
Á lo menos mi deseo.
ARISCOTE.
Que nos tienen temor creo.
GONI.
Con razón tienen temor.
ARISCOTE.
¿Qué se pensaba don Juan
Cuando se quejó á Felipe?
GONI.
Que el patrimonio disipe
Con los que vienen y van.
BOSÚ.
Por su mal habrán venido.
GONI.
Él teme, pues no acomete.
BOSÚ.
¡Que ya seis veces ó siete
Tanta ventura ha tenido,
Que se nos haya escapado!
¡Que hubo espadas y veneno
Para algún César tan bueno,
Que fué del mundo envidiado!
¡Y que venenos ni espadas
Hallen la muerte á don Juan!
ADOLFO.
Por ventura, los que van
Se las vuelven envainadas.
Pues, ¡por vida de una hermana

Que tengo sola.....

ARISCOTE.

Y que adoro.

ADOLFO.

Que más que por plata y oro,
Por la fama soberana
Le diera la muerte yo,
Si en eso la paz estriba
De la patria, y que ella viva
Adonde Adolfo murió!

BOSÚ.

¿Tú á don Juan?

ADOLFO.

¿Ya no salía
Cévola, deste honor llena
El alma, á dar á Porsena
La muerte el célebre día
Que dió á Roma libertad,
Á costa de aquella mano,
Y se despeñó el Romano
Por el bien de su ciudad?

GONI.

Si hubiera quien le matara,
No hallara Felipe un hombre
Con la gracia deste nombre,
Ni tanto el mundo le amara.
Y con ningún capitán
Los españoles hicieran
Lo que con él, si les dieran
Más reinos que heridas dan;
Y así, Flandes se quedara
Con su antigua libertad.

ADOLFO.

Pues sabed que en mi ciudad,
Mi patria querida y cara,
Si muero, á mi nombre, sólo,
Una estatua me levante,
Que esta hazaña diga y cante
Desde el nuestro al otro polo,
Con un rótulo que diga:
«Adolfo, Libertador
De la Patria, cuyo honor
Triunfó de España enemiga».
Y yo le daré la muerte.

BOSÚ.

Pues la palabra te doy.

ADOLFO.

Á darle la muerte voy.

ARISCOTE.

Pues ¿cómo vas de esa suerte?

ADOLFO.

Las cosas tan temerarias
Se han de intentar con locura,
Porque si el pensarlas dura,
É imaginaciones varias,
Nunca llegan á su efeto;
Y así, no acertaba poco
Quien hizo al valiente loco,
Que no hay valiente discreto.

BOSÚ.

Oye.

ARISCOTE.

Déjale.

BOSÚ.

¿Por qué?

ARISCOTE.

Porque me importa que muera,
Que es la condición más fiera
Que en Flandes ha puesto el pie;
Y tiene una bella hermana,
Por quien de amor estoy ciego,
Y la podré gozar luego.

GONI.

Pues ten la empresa por llana,
Porque aunque este temerario,
Por odio de su nación
Intente aquesta traición
Con valor extraordinario.
Es sin duda que á picazos
Le harán la estatua en el viento,
Que pide su loco intento;
Mas irá el cuerpo en pedazos.

Sale el Marqués de Abre, y dice:

¿Hay valor semejante de soldado?
¿Cuéntase cosa igual de Zinegiro?
¿Tuvo Milón más fuerza?

ARISCOTE.

¿De quién hablas?

BOSÚ.

De un español, y con razón me admiro.

ARISCOTE.

¿Cómo?

ABRE.

Á nuestras trincheras ha llegado
Con diez lanzas, y á todas dando un giro,
Vió un muchacho, y pudiendo arrebatallo,
Sobre el arzón le puso del caballo.

BOSÚ.

¿Harános daño?

ABRE.

De doce años pasa.

ARISCOTE.

¡Bien dirá tus designios!

GONI.

¡Bravo hecho!

ABRE.

Ya de tu campo al suyo le traspasa.

BOSÚ.

¡Rabio de furia, cólera y despecho!

ABRE.

Corriendo va por la campaña rasa,
De que ya lleva lengua satisfecho.

BOSÚ.

Pues ¿cómo le cogió?

ABRE.

La mano echóle
Al cabezón, y en alto levantóle.

BOSÚ.

Y ¿en el arzón le puso?

ABRE.

Con él corre.

BOSÚ.
¿Sabes su nombre?

ABRE.
En el rumor que andaba
De la gente que sale y le socorre,
Vi que Hernando de Acosta se llamaba.

BOSÚ.
¡Caiga esta vez la Babilonia torre!
Acerquémonos más.

ARISCOTE.
No en balde alaba
Flandes tu nombre.

Tocan.

BOSÚ.
Marche al campo.

GONI.
Marche.

ARISCOTE.
Gaste el cañón de bronce.

BOSÚ.
Rompe el parche.

Salen Durán y Chavarría.

DURÁN.
Gran ventura fué la mía.

CHAVARRÍA.
Mayor la mía, Durán,
Pues el de Parma y don Juan
Esperan la infantería.
Mas si no me hubiera hallado
En esta batalla agora.....

DURÁN.
Lo que Grecia á Aquiles llora
Te hubiera España llorado;
La misma falta le hicieras,
Mas culpara mi amistad
Si por darme libertad
Su victoria detuvieras.

CHAVARRÍA.
La libertad que te dí
Fué, Durán, satisfacción
De mi propia obligación
Por la que te tengo á ti.
Débote tanta amistad,
Tanta lealtad y buen pecho,
Pues en lo que sabes que he hecho,
Á mí me doy libertad.
Esas prendas que he vendido,
Que tu rescate han comprado,
En Roremonda he ganado;
Tu parte haz cuenta que ha sido.
Trescientos ducados son
Los que me cuestas de talla;
Pero hoy aquesta batalla
Dará la satisfacción.

DURÁN.
Y que está Marcela aquí.

CHAVARRÍA.
Ni aun le mostré voluntad
Hasta darte libertad;
Pero, en efecto, la vi.

DURÁN.
¡Ah, cielos, cuánta vergüenza
Me da el ver este valor!

Tocan.

CHAVARRÍA.
¿Qué toca aquel atambor?

DURÁN.
Que tu deseo comienza.

CHAVARRÍA.
No hayas miedo que acometa
Don Juan sin la infantería.

DURÁN.
Diz que hay gran caballería.

CHAVARRÍA.
Toda Flandes se inqüieta.
Viene el Conde de Bosú
Por Capitán general,
Que ya con guión real
Atrinchera á Jibelú.
Y entre otros señores graves,
El Príncipe de Pinoé
Y el Marqués de Ruboé,
Que es su hermano, como sabes.
Viene el Conde de Enín,
Mons de Capre, el de Ariscote,
Que no hay quien más alborote
Estos Estados. En fin,
Vienen otros titulados
Que odio y envidia han traído,
Muchos monsiures que han sido
De Henao, Lila y Duay llamados.
Todo es armas y cautelas.

DURÁN.
¿Viene el Marqués de Rentí?

CHAVARRÍA.
Sí viene, y Mons de Goní,
Gobernador de Bruselas.

DURÁN.
¿Qué cargo el Conde le dió?

CHAVARRÍA.
Maestre de campo.

DURÁN.
Bien.
¡Gran soldado!

CHAVARRÍA.
Al nuestro ven,
No digan que falto yo.

DURÁN.
¿No has de buscar á Marcela?

CHAVARRÍA.
¿Agora cosas de amor,
Cuando el español honor
Á su amparo me desvela?
¿Qué piensas que va á decir
Perder el señor don Juan
Aquesta empresa, á que van
Para vencer ó morir?

¡Perder el Rey sus Estados,
Y España opinión y honor!
Pues mira tú si el amor
Le tendrá en estos cuidados.
Mi Marcela es esta espada:
No tengo de otra memoria.

DURÁN.

¿Y ganada la victoria?

CHAVARRÍA.

Entonces, no digo nada.
Dos mil espadas son pocas
Cuando hay guerra pertinaz;
Que cuando estamos de paz
Bien parecen unas tocas.

Salen el señor D. Juan, con capa de campo, y Rosela.

JUAN.

Bien os conozco, madama,
No tenéis de qué encubriros.

ROSELA.

Ya lo han dicho mis suspiros
Y el alma, que tanto os ama.
Perdonad mi atrevimiento,
Que es muy atrevido amor.

JUAN.

No hay por qué, pues vuestro honor
Da luz á mi pensamiento.
Yo estoy muy agradecido,
Que lo soy naturalmente,
Mas en la ocasión presente
Perdonad si no lo he sido;
Que como tan cerca estoy
De poner hoy en campaña
Toda la opinión de España,
Y á ordenar mi gente voy,
No es posible detenerme.

ROSELA.

Pues ¿qué esperanzas me dais?

JUAN.

No sé bien lo que intentáis,
Y así, no acierto á atreverme;
Que aunque vuestro amor me enseña
Á que libre con vos ande,
Para dama sois muy grande,
Y para mujer, pequeña.

ROSELA.

Ya sé que para mujer
Nací, señor, desigual,
Aunque soy tan principal
Cuanto debéis de saber.
Mas si os quiero por galán,
Queredme por dama á mí;
Que yo sé, si os gozo ansí,
Que muchas me envidiarán.
Pues si Rosa Solimana,
Hija del Turco, os adora
Por la fama que atesora
Vuestra virtud soberana;
Si vuestros retratos tiene,
Y os quiere tanto sin veros,
Bárbara, aunque no en quereros,
Y á quien á pedirla viene
Por la vida de don Juan,
Otorga cualquiera cosa,
¿No seré yo muy dichosa.....

JUAN.

Madama, prisa me dan;
Yo os doy palabra de ser
Muy vuestro, si Dios me diere
Vida y victoria.

ROSELA.

Si él quiere,
Señor, bien lo puede hacer.

Sale Gonzalo Vallejo, guardarropa.

GONZALO.

Aunque á entrar no me atrevía,
Señor, la ocasión me fuerza.

JUAN.

¿Qué hay, Gonzalo?

GONZALO.

El tiempo es fuerza.

ROSELA.

¡Ay, corta ventura mía!
¿Quién es éste?

JUAN.

No os turbéis,
Que es un guardarropa mío.

GONZALO.

Puesto que á muchos desvío.....

JUAN.

Descubierta estar podéis.

GONZALO.

Que te pretende hablar
Un fraile que aquí ha llegado.
Lugar y puerta le he dado,
Mas no le dejara entrar
Si supiera que tenías
Tan distinta ocupación.

JUAN.

Causado me has turbación.
¿Cómo que esto no sabías?

GONZALO.

No, señor.

JUAN.

¿Qué me querrá?
¿Es español?

GONZALO.

No, señor.

JUAN.

Si Dios le envía, es rigor
Decir que otra vez vendrá.
Escucha, que se me ofrece,
Por lo que esto puede ser,
Lo que podemos hacer;
Que el irse mal me parece.
Toma esta capa y sombrero,
Y siéntate en esta silla,
Rosela.

Dale el sombrero y capa.

GONZALO.

Un alma sencilla
Muestra el hombre.

JUAN.

Así lo espero.
Cubra, señora, los pies.

Siéntese.

Finge que duermes, y ansí
No verá que estás aquí.

ROSELA.

¡Qué bien has hecho!

JUAN.

Entre, pues.

Sale Adolfo vestido de fraile francisco, con capa.

ADOLFO.

La paz de Dios sea con todos.
¿Dónde está el señor don Juan?

JUAN.

Yo soy.

ADOLFO.

¿Vos?

JUAN.

Sí.

ADOLFO.

Nunca están
Los príncipes de esos modos.

JUAN.

Queríame, amigo, armar,
Y por eso estoy ansí.

ADOLFO.

Debe de dormir allí
Y queréismele negar.
Que, aunque fraile, bien sé yo
Que en la silla de los reyes,
Y son, cierto, justas leyes,
Nunca alguno se sentó.
Si duerme, volverme quiero,
Aunque la vida le importa
Cierto aviso.

JUAN.

El paso acorta.

ADOLFO.

No me engañéis, caballero;
Que en cuerpo vos, y él sentado,
Está claro, y no es error,
Que el sentado es el señor,
Y que vos sois el criado.

JUAN.

Qué, ¿nunca visto me habéis?

ADOLFO.

Jamás en Flandes le vi
Al señor don Juan, y así,
Presumo que me engañéis.
Como anda escandalizado
De mil que intentan matalle,
Lo que yo vengo á avisalle
Quiere escuchar disfrazado.

JUAN.

Éste me viene á reñir
Como profeta del cielo,
(Aunque él sabe mi buen celo);
Que cuando quiero salir
Á emprender tan grande hazaña
Esté con una mujer,
Y así la pretende ver
Con esta invención extraña.
Pues de su misma invención
Otra quiero yo sacar,
Con que no tenga lugar
Y quede en buena opinión.
Padre, la verdad decís;
El señor don Juan sosiega,
Y por eso hablarle os niega,
No si á la tarde venís;
Que esta noche anduvo armado,
Y del cansancio y rocío
Le ha dado un poco de frío,
Y así se durmió embozado.

ADOLFO.

Volveré cuando tú mandes:
Duerma un poco, que es mejor.

Saque un pistolete y déle fuego.

Agora es tiempo, valor,
Que des libertad á Flandes!

ROSELA.

¡Ay de mí!

JUAN.

¡Oh perro enemigo!
¡Guarda, traición!

SOLDADO.

¡Muera!

TODOS.

¡Muera!

JUAN.

Dios me libró, mas quisiera
Que te libraras conmigo.
¿Dónde te acertó?

ROSELA.

Pasóme
Este brazo.

JUAN.

¡Gran ventura!

SOLDADO.

Ya murió el traidor.

JUAN.

Procura
Que ese cuerpo vil se tome
Y entre dos picas se cuelgue
Á la vista del contrario;
Mas no, que no es necesario
Que de la hazaña se huelgue.
Quedo, y nadie diga nada.

SOLDADO.

Un papel le hallé.

JUAN.

Ése muestra.

SOLDADO.

Que apretado en la siniestra,
Dió el alma, en sangre bañada.

Lea.

«Adolfo soy, que por librar la patria
Troqué la vida á tanta fama y gloria,
Y dí la muerte al español del Austria.»

JUAN.

Engañóle esta vez el pensamiento.

ROSELA.

¡Ay, gran señor, que Adolfo era mi hermano!

JUAN.

¿Tu hermano?

ROSELA.

Y que del uno al otro polo
No nació corazón tan temerario
Ni mayor enemigo de españoles;
Que como vemos engerir dos árboles,
Y alguno con el fruto dulce y agro,
Así de un padre diferentes fuimos,
Yo amando al español, y él persiguiéndole.

JUAN.

Pues tú tendrás el premio de quererle,
Como él de aborrecerle le ha tenido,
Si vida, como pienso, te da el cielo.
Vente á curar, Rosela, y ten buen ánimo.
Vosotros no digáis palabra desto,
Antes negad si lo pregunta el Príncipe;
Que no quiero que entiendan los Estados
Que hay hombres como aquéste, á cuyo ejemplo
Se atreva alguno.

SOLDADO.

Haráse lo que mandas.

JUAN.

Pésame de tu sangre.

ROSELA.

Estoy corrida
Porque viví, mas eres tú mi vida.

Vanse.

Salen Durán, Cabredo, Leiva y el maltrapillo.

CABREDO.

Más de mil reales me gana.

DURÁN.

No le gano cuatrocientos.

LEIVA.

¿De qué sirve andar en cuentos
Siendo una verdad tan llana?
Vuesa merced, seor Durán,
Le ha ganado su dinero.

DURÁN.

Si gané, perderlo espero,
Y otros me lo ganarán.

CABREDO.

¿Es posible que yo sea
Tan desdichado?

LEIVA.

Cabredo,
Hombres somos, hablad quedo.

CABREDO.

¿Quien habrá que aquesto crea?
¡Treinta azares! ¡Algún puto
Os hizo, huesos infames!

LEIVA.

Cuando esas quejas derrames,
No sé yo que traigan fruto.

CABREDO.

No me pesa ¡vive Dios!
Leiva, de haberlo perdido.
Fuertes son y fuerte ha sido,
Que nunca igualan á dos:
Pésame de que un gallina
Me haya el dinero ganado.

LEIVA.

Hablad bajo.

CABREDO.

Estoy picado,
Y con notable mohina.

El maltrapillo se llega á Durán.

SALVADO.

Vuesa merced, seor hidalgo,
Ganó muy como quien es,
Y pienso que fué después,
Supuesto que poco valgo.
Que á sus espaldas me puse
Porque le pegué un recreo,
Nacido de mi deseo,
Con que las suertes compuse.
Soy de su tierra, y soy hombre
De bien; estoy á su lado,
Que soy muy aficionado
Á los que son de su nombre;
Y aun pienso que soy pariente
De vuesa merced.

DURÁN.

¿Qué dice?

SALVADO.

Quedo, y no se escandalice
Si quiere que se lo cuente.
¿Cómo es su nombre?

DURÁN.

Durán.

SALVADO.

Pues muy su pariente soy.

DURÁN.

¿Cómo?

SALVADO.

Estas calzas que hoy
En tanto peligro están,
Me han dicho ciertos franceses
Que las vieron á Roldán;
Pues mire si soy Durán
Durándome tantos meses.
Con esta cuera fué novia
Marfisa.

DURÁN.

¡Caso excelente!

De esa suerte, soy pariente
De la puente de Segovia.

SALVADO.

Y del caballo troyano.
Mas suplico á vuesarced
Me ampare y haga merced
Con su generosa mano;
Que sustento una mujer
Como un ángel, de buen trato,
Y he menester su barato.

DURÁN.

Menos prosa he menester:
¿Guarda lealtad?

SALVADO.

No sé bien,
Mas ella dice que sí.

DURÁN.

Todas lo dicen ansí.

SALVADO.

Y todos lo creen también.

DURÁN.

¿Qué señas?

SALVADO.

¡Cuerpo de Dios!
¿Véndosela, por ventura?

DURÁN.

Digo si es siete ó figura.

SALVADO.

¿Chancitas?

LEIVA.

Pues dos á dos,
Bien se nos podrá fiar.

CABREDO.

Quitarle quiero el dinero.

LEIVA.

¿Qué le digo?

CABREDO.

¡Ah, caballero!
Ese dinero ha de dar,
Porque ha sido mal ganado,
Ó él y el que con él se ve
Saquen las armas.

SALVADO.

¿Por qué?
Que aun barato no me ha dado.

DURÁN.

Yo soy Cabredo, muy hombre
De bien.

LEIVA.

Pues muéstrelo aquí.

DURÁN.

Gente honrada estaba allí,
Y todos saben mi nombre.

SALVADO.

Hidalgos, si por pedir
Barato á quien no le dió,
Estoy obligado yo,
Como decís, á reñir,
Tomalde el dinero á él,
Que ha ganado mal aquí,
Y dadme barato á mí
Para que riña con él.

CABREDO.

Bien dice: pasáos acá.

Pase de una parte á otra.

LEIVA.

Mejor es que allá se esté.

DURÁN.

Si es tan ruin, yo, ¿para qué?

SALVADO.

¡Que nadie me quiere ya!
Pues adiós, y dense.

CABREDO.

Fuése.

Vase Salvado, y salen Chavarría y Marcela.

CHAVARRÍA.

Y qué, ¿te trajo Rosela?

MARCELA.

Sí, Martín.

CHAVARRÍA.

Quedo, Marcela.
Señores, ¿qué estilo es ése?
Pues ¿cómo dos para uno?

Saque la espada y póngase á su lado.

CABREDO.

Quedo, señor Chavarría;
Que se fué la compañía
Y no le ha herido ninguno.

CHAVARRÍA.

Pues es mi amigo Durán,
Aunque os conozco, Cabredo,
De Italia, obligado quedo
Donde más causa me dan.
¿Qué es la cuestión?

DURÁN.

Que he ganado,
Y levántanme que mal.

CHAVARRÍA.

No puede haber hecho tal
Un hombre que es tan honrado.
¡Miente el que lo dice!

CABREDO.

Quedo,
Que ¡vive Dios! que algún día,
Mas que á Durán, Chavarría,
Le debistes á Cabredo;
Que si porque os trajo aqu
Esa mujer sin lealtad,
Le habéis dado libertad,
Como de Leiva entendí.
Yo sé que por el camino,
Como traidor la ha gozado,
Y Leiva es testigo honrado,
Y el sargento Palomino.

CHAVARRÍA.

¡Válame Dios!

DURÁN.
¿Esto escuchas?
De gallinas lo dirán.
CABREDO.
¡Mientes!
DURÁN.
¡Fuera!
CHAVARRÍA.
Oye, Durán,
Que son las sospechas muchas;
Oye, que la turbación
De tu rostro y de Marcela,
Alguna verdad revela
Á mi noble corazón.
DURÁN.
No lo debes de creer;
Mas pues el agravio es mío,
Á Cabredo desafío.
CABREDO.
Eso será menester.
¡Ah, falso amigo! ¡Ah, Marcela!
MARCELA.
¡Qué presto crédito das!
CHAVARRÍA.
No hay duda, culpada estás,
En tu lealtad hay cautela;
Pero yo soy el culpado:
Pues fié, tenga la pena
De una mujer, y no buena,
De un amigo, y no probado.
¡Qué engañado me rendí
Para darte libertad!
DURÁN.
Bien dices, que á ser verdad.....
CHAVARRÍA.
Bien lo estoy mirando en ti.
Y si no te doy la muerte,
Contra mi propio coraje,
Es porque el fingido paje
Me ha de vengar desta suerte.
DURÁN.
Cásate con ella luego,
Alférez.
CHAVARRÍA.
Dale la mano.
MARCELA.
¡Ah, señor!
CHAVARRÍA.
Ruégasme en vano.
Guardáos, que sopláis el fuego.
DURÁN.
Digo que soy su marido.
MARCELA.
Digo que soy su mujer.
CHAVARRÍA.
¿Qué venganza pude hacer
En un amigo fingido
Y en una mujer liviana,
Como juntar á los dos?
CABREDO.
¡Discreto has sido, por Dios!
CHAVARRÍA.
La boda se hará mañana;
Y doyte en dote el dinero
Con que te dí libertad,
Quitándote mi amistad.
DURÁN.
Que sabrás lo cierto espero.
CHAVARRÍA.
Venid, Leiva, por aquí,
Que voy reventando.
LEIVA.
Vamos.

Váyanse.

MARCELA.
¡Muy buenos los dos quedamos!
DURÁN.
¡Bueno quedo yo por ti!
MARCELA.
Ahora bien, ¿qué se ha de hacer?
Dame esa mano.
DURÁN.
Mi amor
Suple la parte de honor
Que debe cualquier mujer.
MARCELA.
Justa ha sido la sentencia,
Aunque injusta para mí.
DURÁN.
Gran pecado cometí,
Mas grande es la penitencia.

Vanse.

Salen el señor D. Juan, el Príncipe y cuantos puedan.

JUAN.
Estoy en confusión notable.
ALEJANDRO.
Dicen
Que están puestos en forma de batalla,
Y otros, señor, que retirarse quieren
Al calor de la fuerte artillería
De Gibelú, y algunos, que se ponen
No menos que en la plaza de armas, cosa
Que para cometer sólo se intenta,
Porque apenas escuchan una caja
De nuestra infantería.....
JUAN.
¿Que no llegue?
¿Hay tal desgracia, hay confusión como ésta?
ALEJANDRO.
Mil cosas ha contado ese muchacho,
Que han sido, gran señor, remedio nuestro.
Parece que algún ángel le ha infundido
Los designios del Conde.
JUAN.
Ahora bien, Príncipe
Hoy es razón que mi valor se vea:
Aunque la infantería no ha llegado,
De la caballería, poco á poco,

Marchen los escuadrones, mejorándose;
Tome su General la diestra mano,
Que es Octavio Gonzaga, y Olivera,
Que es su lugarteniente, la siniestra,
Y á paso lento sigan esta orden,
Sin alterarla ni intentar desorden.

Déle el guión.

Sobrino, Vuestra Excelencia
Se sirva en ocasión tal
De honrar el guión real
Con su presencia y prudencia,
Que en tanto que á ordenar voy
Los escuadrones, le fío.

ALEJANDRO.

Vuestra Alteza, señor tío,
Sabe que su hechura soy;
También que le toca entiendo
Estarse con su guión,
Porque desde allí es razón
Que ordene lo que pretendo.

JUAN.

Penséle engañar así,
Por irme yo á pelear.
En fin, ¿es fuerza quedar
Con el guión?

ALEJANDRO.

Señor, sí.
Y pues mi casa no llega,
Dos pajes he menester.

JUAN.

Déstos podéis escoger.

ALEJANDRO.

El ánimo á veces ciega.

JUAN.

Vaya don García Bravo
Y don Carlos de Meneses.

ALEJANDRO.

Que también merced me hicieses
De aquel caballo que alabo,
Para esta ocasión querría.

JUAN.

Sobrino, poneos en él.

ALEJANDRO.

Bésoos las manos por él.
Tomad mis armas, García;
Que quiero dar una vuelta
Por el escuadrón real.

Tocan caja y trompeta, y vase el de Parma.

JUAN.

Es como Alejandro, igual,
En la condición resuelta.

Tóquense lejos, y váyanse acercando.

Quedo: estas cajas, ¿no son
De España?

BARLAMÓN.

La infantería
Llega.

JUAN.

Hoy tenemos buen día,
Buen Conde de Barlamón.

BARLAMÓN.

Yo voy á verla en campaña.

JUAN.

Dadme ese guión á mí,
Y salid todos de aquí.

Tocan dentro.

¡Viva España! ¡España, España!

Hínquese la rodilla D. Juan en una almohada, y con el guión en la mano mire al Cristo que tendrá por una parte, porque en la otra tendrá las armas del Rey, y diga así:

JUAN.

Señor, que en esa cruz, por darme paz,
Sufriste guerra tan cruel y atroz,
Cruz, honda, espada, lanza, sierra y hoz
Que la garganta derribó trifaz:
Tú que rompiste, y vió tu hermosa faz,
Las puertas del infierno de una coz,
Tu casa mire y tiemble de tu voz
El rebelde flamenco pertinaz.
Si vencieron, Señor, alguna vez,
La espada, el tiro, el brazo, el arcabuz,
Tuyo ha sido el honor, tuya la prez.
Á castigarlos voy; dame tu luz,
Pues que llevo la vara del jüez,
Que cuando juzgues lo será tu cruz.

Aparezca en un bofetón en lo alto la Imaginación.

IMAGINACIÓN.

Príncipe invicto de España,
Yo soy tu imaginación;
Mira en aquese guión
Quién guía tu heroica hazaña.
Y pues Felipe segundo
Por la religión pelea,
Hoy quiere el cielo que vea
Tu imaginación el mundo.
Desde aquí á Europa contemplo,
Donde es tan grande señor,
Y al Asia, que á su valor
Consagra en su nombre un templo;
Al África, donde están
Las tierras que ha conquistado,
Pues que la mira sentado
Sobre la silla de Orán;
Á América, que le rinde,
Porque le dió tantas almas,
Oro, plata, perlas, palmas,
Desde la Habana á Melinde.
Lo que estás imaginando
Quiero que en retrato veas,

Formándote las ideas
Que te estoy representando.

Descúbrase una cortina, y véase el rey Felipe II, sentado en una silla, y tres damas sustentando un mundo sobre su cabeza alrededor de él; el mundo sea bastantemente grande, y ellas tengan los brazos levantados como que le tienen en las palmas.

Mira el mundo que sostiene
Con prudencia, religión
Y justicia, que éstas son
Tres manos con que le tiene.
Mira el poderoso Alcides
De quien fué Carlos atlante,
Para tenerle bastante
Si con su valor le mides.
Si de César se decía
Que con él partió el imperio
Júpiter, era misterio
De Felipe en profecía.
Ayúdasele á tener,
Pues eres, don Juan, su hermano,
Con esa invencible mano
Y ese bienquisto poder.
Entre dos brazos tan grandes
Repartid tan grande hazaña;
Que Felipe tendrá á España
Mientras tú tienes á Flandes.

Váyase, y ciérrese la cortina.

JUAN.

¡Extraña imaginación!
Dentro de mi fantasía
Á mi hermano invicto vía,
Al segundo Salomón,
Que con justicia y prudencia,
Y religión, sustentaba
Lo más del mundo, que daba
Á su valor obediencia.
Parecióme que estas tres
Sobre su frente real,
Digna de un imperio igual
Y de otro igual á sus pies,
Estaban juntas mostrando.

Toca caja.

Mas ¿qué es esto?

Dentro:

¡Cierra España!

JUAN.

¿Cómo es esto? ¡En la campaña
Los escuadrones cerrando!
¿Con qué orden habrá sido?

Sale el de Barlamón y algunos soldados, y del señor D. Juan el guión.

BARLAMÓN.

Ea, invencible señor,
Mostrad agora el valor
Tan altamente nacido.

JUAN.

Pues ¿cómo es esto?

BARLAMÓN.

Llegó
Vuestro sobrino de Parma,
Á quien de sus armas arma
Quien vuestra sangre le dió,
Y al castellano Olivera
Mandó que hiciese tocar
Las trompetas á cerrar,
Como si él orden tuviera.
Respondióle: «No me dió
Tal orden Su Alteza á mí»;
Pero respondióle ansí:
«Basta que lo mande yo.»
Entonces el castellano
Mandó tocar las trompetas,
Y alargando á las inquietas
Bocas, freno, rienda y mano,
Parten los fuertes caballos,
Y lo mismo por la parte
De Octavio, tales, que Marte
Paró su curso á mirallos.
Y aunque hizo gran defensa,
Señor, la parte contraria,
Que toda fué necesaria
Para tan notable ofensa,
Porque rompiendo y matando
Van por ellos de tal suerte,
Que apenas sabe la muerte
Si ellos ó ella van triunfando,
Es de manera el valor
De los españoles bravos,
Que cerrando los dos cabos,
Como la puerta al temor,
Los cercan para batillos
Como á las islas el agua,
Y tienen, como en la fragua,
El hierro entre los martillos.
Al llegar la infantería,
Aunque cansada llegó,
Diciendo á gritos cerró,
Como quien ya la tenía:

Tocan.

Salgan todos, caja y trompeta.

¡Victoria, victoria!

Dentro:

¡España!
¡Victoria, victoria!

JUAN.

Amigos,
Yo espero que haréis testigos
Los rebeldes de esta hazaña.
Mas no es tiempo de decir
Victoria, aunque tiempo habrá,

Porque si en el fin está,
Á Dios lo habéis de pedir.
Pedid á Dios que os la dé,
Por su piedad infinita,
Que él es quien la da y la quita,
Y más que el poder, la fe.
¡Ea, fuertes españoles,
Ea, leones de España,
Santiago nos acompaña,
Y el Sol entre tantos soles,
Que es el soberano Juan!
Sirvamos hoy á Felipe,
Para que allá participe
De la gloria que hoy nos dan.
Vos, Virgen, rogad agora
Por vuestra devota España.

BARLAMÓN.

Corred, señor, la campaña
Con la espada vencedora;
Que ya van haciendo estrago,
Porque su honor se anticipe.

JUAN.

España, ¡viva Felipe!

Tocan.

¡Cierra España, Santïago!

Dentro digan esto á voces, y fínjase dentro la batalla, disparando algunos tronadores y arcabuces, y saliendo Chavarría con rodela y espada, sacudiendo en algunos flamencos.

FLAMENCO.

Castigaré tu loca valentía.

CHAVARRÍA.

¡Oh, perros! ¿Contra mí tal desatino?
¿No veis que soy Martín de Chavarría?

FLAMENCO.

Huye, que es el demonio vizcaíno.

CHAVARRÍA.

¡Viva Vizcaya, perros, que hoy es día
De hacer su nombre de laureles dino!

FLAMENCO.

No hay resistille.

CHAVARRÍA

Ni es posible que haya,
Siendo Martín martillo de Vizcaya.

Salen tres soldados que traen á Rosela; venga ella con una banda.

SOLDADO.

Su Alteza nos mandó, madama hermosa,
Del ejército agora á retirarte.

ROSELA.

Si no fuera mi herida peligrosa,
Hoy me volviera de mujer en Marte;
Que con aquesta mano belicosa,
Al lado de sus armas y estandarte,
Hiciera hazañas de más alta gloria
Que cuenta de Semíramis su historia.

Ariscote sale, y el de Abre, su hermano, y Mons de Goni, Gobernador de Bruselas, las armas desnudas.

ARISCOTE.

No es española, que es flamenca dama.

ABRE.

¡Mueran los españoles, y ella viva!
¡Aquí, soldados!

GONI.

El de Parma llama,
Aquel que dice que Felipe viva.

ARISCOTE.

¡Huid, perros, huid!

ABRE.

Presa es de fama.

GONI.

Dad gracias que os libramos de cautiva,
Al Duque de Ariscote, al Marqués de Abre:
Ni vuelve el rostro, ni los labios abre.

ARISCOTE.

Mas á Mons de Goni las debéis todas,
Maestre de campo general.

GONI.

¿Qué es esto?
¿Cómo al rostro las tocas acomodas?

ARISCOTE.

¡Descúbrela!

ROSELA.

¡Tened!

ARISCOTE.

¡Descubre presto!

ABRE.

La maravilla, más que Éfeso y Rodas,
Duque, en tus manos hoy el cielo ha puesto.

ARISCOTE.

¿Es madama Rosela?

ABRE.

Y la que adora
Tu alma.

ARISCOTE.

¿Vos cautiva aquí, señora?
¿No estábades segura y en Bruselas?

ROSELA.

No sé qué responderos.

ARISCOTE.

¡Caso extraño!
Conmigo os retirad.

ROSELA.

Que no te duelas
De mí te ruego.

ARISCOTE.

Temo nuestro daño;
Toma las ancas, y poniendo espuelas
Á un caballo, saldremos.

ROSELA.

Es engaño;
No soy flamenca, ya soy española.

ARISCOTE.

¿Qué dice?

ROSELA.

Que ya soy de don Juan sola.

GONI.
¿Tal sufres? ¡Pesia! ¡Mátala!
ARISCOTE.
No puedo.
GONI.
Pues yo la mataré.
ARISCOTE.
¿Si fué tu hermano
Quien te ha traído, por celoso miedo?
ROSELA.
No, que ya es muerto el bárbaro tirano;
Que tirando á don Juan, herida quedo,
Como me veis, de su cobarde mano.
ARISCOTE.
¡Adolfo es muerto, y tú, señora, herida!
ROSELA.
¡Viva don Juan, que es alma desta vida!

Sale Chavarría.

ABRE.
¡Mátala ya!
CHAVARRÍA.
¿Qué es esto que estoy viendo?
ROSELA.
¡Españoles amigos, que me matan!
CHAVARRÍA.
No lo creáis mientras que yo os defiendo.
ABRE.
¡Mirad que nuestra gente desbaratan!
CHAVARRÍA.
¿Buscáis achaques de volver huyendo?
Tomad mi lado, á ver cómo os maltratan.

Tocan.

ROSELA.
¿Quién sois, soldado?
CHAVARRÍA.
Un pobre vizcaíno.
ROSELA.
De mil laureles vuestro brazo es dino.

Tocan.

Torne á sonar la guerra, y salgan el señor D. Juan, con la espada desnuda, y Castro.

JUAN.
¿Dónde está el Príncipe, Castro?
CASTRO.
¿Agora por él pregunta
Vuestra Alteza? Estatuas junta
De oro, jaspe y alabastro
En el templo de la fama.
JUAN.
¿Cómo?
CASTRO.
El primero partió
Cuando el escuadrón cerró,
Cual sigue al centro la llama.
Si sus hazañas quisiese
Referirte, mal podría
Lo que ha hecho en solo un día
Cuando muchos escribiese.
Mas la fama y los poetas,
Con el tiempo las dirán;
Ellos con versos que harán,
Y ella en lenguas de trompetas.
JUAN.
¡Por vida del Rey mi hermano,
Que le tengo de reñir!
Si verdad he de decir, (Aparte.)
Envidio su heroica mano.

Tocan dentro: «¡Victoria, victoria, victoria!»

CASTRO.
Ya publican la victoria:
Señor, el alcance sigue.
JUAN.
¡Oh cielo, mi fe te obligue,
Que de tu dueño es la gloria!

Vanse.

Sale Salvado cargado de ropa.

SALVADO.
¡Andar con la maldición!
¿No habíamos de topar
Algo con que remendar
Estas calzas y jubón?
Flandes, pues que nunca en ti
Pude siquiera cubrirme,
¡Vive Dios, que he de vestirme
Todo cuanto traigo aquí!

Comience á ponerse, una ropa sobre otra, todo lo que trae, y salga Marcela, la espada desnuda.

MARCELA.
¡Que sea tan desdichada
Que no halle, como todos,
Buscándolo de mil modos,
Con la industria y con la espada,
Una prenda en cuantas topa
El de más cobarde aliento!
Pero ¿de qué me arrepiento?
Aquí está un montón de ropa.

Dale un cintarazo por detrás.

SALVADO.
¡Arre allá! ¿No miraréis
Que está gente honrada aquí?
MARCELA.
¿Sois español?
SALVADO.
Señor, sí;
¿En los paños no lo veis?
MARCELA.
¿Cómo un honrado soldado
Está ansí?

SALVADO.
Faltóme el sol
Y el dado.
MARCELA.
¿Vos español?
SALVADO.
Soy español empeñado.
MARCELA.
Si viniera un enemigo,
Bien despojado os hallara.
SALVADO.
Cuando conmigo encontrara.....
MARCELA.
¿Pues?
SALVADO.
Encontrara conmigo.
MARCELA.
Eso habemos de partir.
SALVADO.
¿Trabajólo vosancé?
MARCELA.
¿No basta que así le hallé?
SALVADO.
¿Esto tengo de sufrir?
MARCELA.
Parta, digo.
SALVADO.
Escoja, pues.
MARCELA.
Ésta tomo.
SALVADO.
Y yo estas dos.
MARCELA.
Yo estas tres.
SALVADO.
Quedo: ¡por Dios,
No tome de tres en tres!
MARCELA.
Suelte.
SALVADO.
Partamos conformes.
Tome yo, y tomará luego.
MARCELA.
Tomo tres.
SALVADO.
Parezco el ciego
Con Lazarillo del Tormes.

Salen D. Juan, el Príncipe y todos: tocan al salir.

JUAN.
Las gracias le dan á Dios.
ALEJANDRO.
Notable victoria ha sido.
JUAN.
Después dél, á vos se os deben,
Señor Príncipe y sobrino.
ALEJANDRO.
Hechura soy de esas manos.
BARLAMÓN.
Todos dicen que han huído
El Príncipe de Pinoe
Y el de Rube.
CASTRO.
Bien los vimos
Salir huyendo del campo.
PEREA.
El Conde de Enín, herido,
Y el Marqués de Rentí, huyeron.
DURÁN.
Viendo Ariscote el peligro,
Huyó.
HEREDIA.
Del Marqués, su hermano,
Lo mismo, señor, se ha dicho.
JUAN.
¡Gracias á Dios, españoles!
TODOS.
Y á vuestro valor invicto.
JUAN.
De nuevo me dad los brazos.
Partid los despojos, hijos.
ALEJANDRO.
¿Quién es éste?
MARCELA.
Chavarría.

Sale Chavarría con Rosela, y Mons de Goni preso y herido.

JUAN.
¡Oh, valiente vizcaíno!
CHAVARRÍA.
Aquí te traigo, señor,
Un caballero cautivo
Y á una dama rescatada.
JUAN.
Á la dama he conocido:
Limpialde la sangre.
GONI.
¡Tente!
Yo soy, que á tus pies me humillo.
JUAN.
¿Quién eres?
GONI.
Mons de Goní,
Que Gobernador he sido
De Bruselas.
ALEJANDRO.
¡Bravo caso!
Nuestra gloria habéis crecido,
Martín, con tan gran prisión.
GONI.
Las manos, señor, os pido.
JUAN.
¿Agora, Mons de Goni?
GONI.
General de España invicto,
Más vale tarde que nunca.
JUAN.
¿Agora que estáis rendido?
GONI.
Y herido de muerte estoy.

JUAN.
Llevalde á curar, amigos,
Al castillo de Anamur.
GONI.
Perdona é imita á Cristo.

Llévenle.

JUAN.
¿Cuántos se habrán degollado?
ALEJANDRO.
Doce mil dicen que han sido.
JUAN.
¿Y los presos?
ALEJANDRO.
Cuatro mil.
JUAN.
Pues amigos, más estimo
La prisión de tan gran hombre.
CHAVARRÍA.
Un albanés fué conmigo,
Que se llamaba Dimitre:
Que le honres te suplico.
JUAN.
Tu virtud conozco en eso.
Rosela, el tiempo ha venido
Que he de volver por tu honor.
Este hidalgo vizcaíno
Es á quien la vida debes.
También su valor has visto.
Valdrále aquesta prisión
Rica hacienda; y si yo escribo
Á mi hermano, le dará
Premio tan bien merecido
Y un hábito de Santiago.
ROSELA.
¿Qué me mandas?
JUAN.
Que contigo
Se case sólo deseo.
ROSELA.
Yo estimo tan buen marido,
Que basta ser de tu mano.
JUAN.
Pues ¡sus! querido sobrino,
Plantemos cuatro cañones
Á Gibelú.
ROSELA.
¡Honroso brío!
Pero ya es tarde, señor.
JUAN.
Gaspar de Robles, admito
Vuestro discreto consejo.
Mañana se ponga el sitio.
¿Dónde nos alojaremos?
ALEJANDRO.
No hay lugar en cuanto piso,
Sino es ese monasterio.
JUAN.
¿Será de monjas?
ALEJANDRO.
Lo mismo.
JUAN.
Pues recójanse á una parte,
Y por si hubiera atrevidos,
Guárdenlas tres compañías.
ALEJANDRO.
Necesario y justo arbitrio.
CHAVARRÍA.
Aquí dió fin la batalla
De Gibelú, y el principio
De volver los españoles
Á Flandes.
JUAN.
¡Viva Filipo!

Éntrense todos diciendo «¡Viva Filipo!», con que se da fin.



D. JUAN DE AUSTRIA EN FLANDES

(INÉDITA)

LA FAMOSA COMEDIA

DE

D. JUAN DE AUSTRIA EN FLANDES

DE

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

(INÉDITA.)

PERSONAS

DON JUAN DE AUSTRIA.
DUQUE DE LINOD.
MONS DE ICHE.
OTAVIO GONZAGA.
CARLOS FÚCAR.
DOS SOLDADOS.
MONDRAGÓN.
SANCHO DE AVILA.
UN PAJE.
DON ALONSO DE VERA.
MONS DE PRATE.
MONS DE CLEU.
ARCILA, *dama.*
IRCANA, *dama.*
JULIÁN ROMERO.
CUATRO ENMASCARADOS.
FABIA, *criada.*
MEQUETREFE.
ESPAÑA.
GENTE DE ACOMPAÑAMIENTO.

JORNADA PRIMERA.

Sale el Duque de Linod, Mons de Iche y Otavio Gonzaga.

DUQUE.

Señor Otavio Gonzaga,
Porque la embajada vuestra,
Como esta ocasión lo muestra,
Á propósito se haga,
La Resunta nos envía,
Y todos los diputados
De los flamencos Estados,
Aquí á Vuestra Señoría,
Á penetrar y á saber
Á qué á Flandes ha venido
De España, y ver si ha traído
Del Rey, mi señor, poder.
Si pide gobernación,
Quién es, qué pide, qué intenta
En Namur, y que dé cuenta
Desto á la diputación.
El señor Mons de Iche y yo,
Que, aunque de embajada estoy,
El Duque de Linod soy,
Venimos por el sí ó no;
Que conforme la respuesta
Ora ofenda ó satisfaga,
Ó la guerra se le haga,
Ó se solemnice en fiesta.

OTAVIO.

Señor Duque y señor Mons
De Iche, ¿cuándo yo fuera
Hombre que no respondiera
Por mi Rey, mi ley y Dios?
Aunque con fuerzas no grandes
Poco respondiera, ó nada,
Á una tan libre embajada
De los Estados de Flandes,
¿No advierten los diputados
Que es virrey por justa ley
El que viene, hijo del Rey
Que le envía á estos Estados?
Pues, ¿cómo Vueseñoría
Trata así al que viene, pues
Vueseñoría mismo es
Vasallo del que le envía,
Y así á su humor se sujeta?
Preguntan quién soy, y allano
El caso: yo soy hermano
Del Príncipe de Molfetta.
Pregúntenme aquí en qué entiendo:
Vengo gozando el favor
De servir á mi señor
Don Juan de Austria; esto pretendo.
Que por estar informado
Su Alteza desta sospecha,
Ha hecho así la desecha,
Y así en el país ha entrado
Conmigo á la posta, en nombre
De un mi criado. Hasta aquí
Representé lo que fuí,
Ya soy hombre de aquel hombre;
Y así, es mi mejor riqueza
Servir á señor que estimo.

Entra D. Juan de Austria.

DON JUAN.

Muy bien anduviste, primo.

DUQUE.

Déme los pies Vuestra Alteza.

DON JUAN.

Las manos, Duque, y los brazos,
Y no con desigual ley
De hermano de vuestro Rey,
Sino con tiernos abrazos;
Que yo, cual seréis testigos,
Vengo á ser en los Estados
Soldado con los soldados,
Amigo con los amigos;
Y aunque vengo á gobernar
En vez del Rey, mi señor
Y hermano, cuyo favor
Á mil reyes puede honrar,
No represento en su ausencia
(Esto mi sangre codicia)
La parte de su justicia,
Sino la de su clemencia.
Mons de Iche, ¿qué os ha turbado?
Téngoos amor; tened fe,
Llegad, pues, y daros he
Los brazos que al Duque he dado;
Que por razón y por ley
Debo el favor que prevengo:
Conocedme, que yo tengo
Más de hombre que de rey.
Publíquese en todo Flandes
Mi llegada y su acogida;
Avisen de mi venida
Sus titulados y Grandes.

ICHE.

Yo vuelvo á Bruselas luego,
Duque; ¿no me acompañáis?

DUQUE.

Iche, vos basta que vais:
Que me disculpéis os ruego;
Que de suerte me ha robado
La libertad, la nobleza
Y el estilo de Su Alteza,
Que quedo por su criado.
Ya, si no cual caballero,
Asistiré en su presencia;
Que un príncipe con clemencia
Hará cera del acero.

ICHE.

Yo voy.

Vase.

DON JUAN.

Las obras dirán
Lo que de mi amor se aguarda:
Mi amigo sois: de mi Guarda
Os hago mi capitán.

DUQUE.

Beso tus pies.

OTAVIO.

¿Quién abona
Á éste?

DON JUAN.

Pruebas son mías.

OTAVIO.

Pues ¿de tu enemigo fías
La guarda de tu persona?

DON JUAN.

Por este medio se alcanza
El fin que yo busco y sigo:
Al enemigo hace amigo
El hacer dél confianza.

Salen soldados.

SOLDADO.

Señor, como la fama es tan parlera,
Publicó de Su Alteza la venida,
Y quieren maestres de campo y coroneles (1),
Capitanes, alférez y sargentos,
Besar los pies de Vuestra Alteza.

DON JUAN.

¿Cuáles?

SOLDADO.

Los españoles vuestros, las columnas

---

(1) Verso largo.

De nuestra madre España, Sancho de Ávila,
Don Alonso de Vera y otros nobles.

DON JUAN.

No traigo orden; es muy presto agora
Para poder dejarme ver de ellos;
Y dígoles que mi señor hermano
Está muy indignado, y con gran causa,
Por los pasados sacos y motines.
Ventilarse ha en telas de justicia
De los culpados la notoria culpa,
Y castigados éstos, podrán verme
Los inocentes dello.

DUQUE.

Respuesta áspera (1).

Sale otro soldado.

SOLDADO.

Carlos Fúcar, soldado y rico príncipe,
Y coronel mayor de los tudescos,
Quiere besar los pies de Vuestra Alteza.

DON JUAN.

Entre (2),
Y aun es razón que al paso yo me encuentre.

Sale Carlos Fúcar.

FÚCAR.

Déme los pies Vuestra Alteza.

DON JUAN.

Estos brazos están llanos,
Y á esas victoriosas manos
Se les debe esta llaneza.
El Rey, mi señor, me envía
Para la paz desta tierra,
Y si durase la guerra,
Para haceros compañía;
Que se confiesa servido
De vuestro valor y ser,
Y yo vengo á agradecer
Lo que él tiene conocido.

FÚCAR.

El alma dejas robada.
La que te parió bendigo:
Vivas, honor de Austria.....

DON JUAN.

Amigo,
Más se debe á vuestra espada.
Dos pagas al sueldo aumento,
Fúcar, aunque no traía
Tanta licencia, á fe mía.

FÚCAR.

Una, por ser tuya, es ciento.

DUQUE.

Licencia me puedes dar;
Que voy á hacerte hospedaje
Donde mi pobre linaje
Tiene su casa y solar.

DON JUAN.

Duque, con menor cuidado,
La amistad estimo.

DUQUE.

Muero
Por dar muestras de que quiero
Mostrarme tu apasionado;
Y verás la bizarría
Del mundo en mi hermana Ircana.

DON JUAN.

Por ir á servir tu hermana,
Permito esa cortesía.

FÚCAR.

Ya el alma en celos se abrasa.
Desdorad la amistad, cielos,
Con abrasarme con celos
Del huésped que va á esta casa;
Que pretendo en casamiento
Á Ircana. Sosiega, amor;
Que hay muchas leguas de honor
Entre el uno y otro intento.

DUQUE.

Tiempo es que te dejes ver
De la ciudad.

FÚCAR.

Á aprestar
Voy mis tudescos.

Vanse el Duque y Fúcar.

OTAVIO.

Yo á dar
Orden dónde has de comer.

DON JUAN.

Yo á gozar de los abrazos
De unos secretos amores,
Que con mil tiernos favores
He de anudar en mis brazos.

OTAVIO.

¿Amores, señor? ¿Quién son?

DON JUAN.

Otavio, mis españoles,
Del cielo de España soles,
Y gloria de su nación.
¿Oiste con la aspereza
Que respondí á los primeros,
Y con tantos extranjeros
Viste la usada largueza?
Pues como la dama estaba
Que en el caro galán sueña,
Y en público se desdeña
Y se muestra esquiva y brava.
Rásganseme las entrañas
Por abrazar los leones
Que los troncos borgoñones
Conservan á sus Españas.
Más fué granjear amigos
El usar de aquel rigor,
Entre las muestras de amor
Que les dí á los enemigos;
Venga; abrazaré al momento
Al menor español.

OTAVIO.

Vamos;

(1) También á este verso le sobran sílabas.
(2) También largo.

Aunque es justo que salgamos
Á aqueste recibimiento.

Tocan trompetas; luego, chirimías.

Grandemente Namur te honra.

DON JUAN.

La música haced cesar;
Quédese para el altar
Y para Dios esa honra.

OTAVIO.

¿Los que te estiman ultrajas?

DON JUAN.

Pífanos y cajas quiero,
Que me agrada su són fiero.

OTAVIO.

¡Orden: pífanos y cajas!

Vanse.

Salen D. Alonso de Vera y Arcila.

ARCILA.

¿Tanto me quieres?

DON ALONSO.

De suerte,
Que aún no sé si podrá ser
Que divida este querer
El cuchillo de la muerte;
Ni puede su espada fiera
Dividir, aunque divida
Del alma y cuerpo la vida,
Y este esclavo tuyo muera.
Porque como la memoria
Va en el alma tuya en fin,
Y en ella no ha de haber fin,
No le habrá en gozar tu gloria.
Ya sé que son herejías
Éstas, que digo sin tiempo,
Pero pasábase el tiempo,
Y se han de acabar los días.
Y en el reino de verdad
Ó en aquel tartáreo seno,
Sólo para el malo ó bueno
Ha de haber eternidad.
Pero por varios caminos,
Supuesto que soy cristiano,
Loco con tocar tu mano,
Digo tantos desatinos;
De los cuales me arrepiento
Y á Dios le pido perdón;
Aunque no de mi afición,
Pues su fin es casamiento.

ARCILA.

¡Juicio, señor don Alonso
De Vera! ¿Á do estoy viniera
Si antes aquí se dijera
De mi *requiem* el responso;
Si no hubiera conocido
Que el favor que me hacéis
Y el que de mí pretendéis
Es con nombre de marido?
Y así, no ofendiendo á Dios
Ni á mi honor en este rato,
En que de casarme trato,
Mi don Alonso, con vos,
Permite la cortesía
De una dama y un galán
Que tan conformes están,
Entretenerse hasta el día.
Mas con todo, mi español,
Sol de Marte manifiesto,
Desocupemos el puesto
Antes que visite el sol,
Ó los rayos de su lumbre,
Este zagüán y cancel;
Que tengo un padre cruel
Y habrá mucha pesadumbre.
Que aunque es tan honrado el yerno,
Aborrece la nación
De España su corazón,
Más que aborrece al infierno;
Y quiero excusar enojos,
Su condición conocida.

DON ALONSO.

¡Ay, flamenca de mi vida!

ARCILA.

¡Ay, español de mis ojos!

Sale Mons de Prate, y velos.

MONS DE PRATE.

¡Qué de noches me ha costado
No dormir, señor soldado,
Por ver, antes de morir,
Si se ve con no dormir,
Quién es buena y quién honrado!
Pero ya he dado en el cuento:
Vuesarced ¿aquí qué aguarda
En mi casa y aposento?
¿Es éste el cuerpo de guarda?
¿Tiene esto de alojamiento?
La muralla que atropella
Del honor desta doncella,
¿Es garita por do pasa?
De paz estaba mi casa,
¿Qué guerra me mete en ella?
Dígame, pues, lo que hace.
¿Cómo no me satisface?
Que esta enemiga sin fe,
Aunque lo que hace no sé,
Ya sé el honor que deshace.

DON ALONSO.

Puesto, señor Mons de Prate,
Que atrevimiento parezca
El haber atravesado
Sin vuestro gusto estas puertas,
Por ser soldado español,
Y esta señora flamenca,
Ella rica y en su campo (1),
Yo extranjero y en lo ajeno (2),

(1) Tal vez Lope escribió *casa*.
(2) Debe decir en *la ajena*.

Ambos mozos, y el lugar
Y la nación extranjera,
Solos y á hurto de todos,
Y más de vuestra presencia,
Escuchadme dos razones,
Cuanto comedidas, cuerdas:
Veréis cómo os satisface
El mismo de quien dais queja.
Mi nombre, ya le sabéis,
Que es don Alonso de Vera;
Mi linaje, es el que agora
Aquí os contará mi lengua.
Cuando, si tenéis noticia,
En la Corte aragonesa
Sucedió el caso notable
Que nuestras historias cuentan,
De que García, el Infante,
Pidió un caballo á la Reina,
Y por no quererle dar,
Por temer del Rey la ofensa,
La levantó que era adúltera
El mancebo, sin prudencia,
Á la inocente madrastra,
Tanto cuanto hermosa, honesta,
Aquel rústico Ramiro,
Criado allá entre las sierras
Y montes, hijo del Rey
Y de cierta montañesa,
Defendió por tela de armas,
De la Reina la inocencia;
Y ella, bajo su brial,
Le legitimó en la herencia.
Y porque llevó Ramiro
En la batalla, por letra,
Veritas vincit, tomaron
Sus bisnietos esta empresa,
Siendo Vera el sobrenombre
De á do descienden los Veras.
Ved qué principal principio:
Éste es mi linaje, y ésta
Mi casa, y éste mi nombre
Allá en Castilla la Vieja.
Ved con cuán honrada sangre
Hoy emparentáis la vuestra
Si me dais á vuestra hija.

MONS DE PRATE.

Créolo; la casa es buena.

DON ALONSO.

Pues en lo que es mi persona,
Aunque arrogancia parezca,
No soy de los desechados
En las postreras hileras;
No soldado tan bisoño,
Que ya doce años no tenga,
De Flandes, siendo doctor
Por la pica y escopeta.
No hay en todo este horizonte
Provincia donde no pueda
Medir á palmos y á pies,
Desde aquesta Galia Bélgica,
Desde Pramonte á Namur,
Y desde Frisa á Lorena,
Zelandia, Holanda, Gelando,
Luxemburgo, Astors, Susteifa (?),
Flandes, Gró, Oniens, Tenante,
El Sacro Imperio y La mesa.
Desde que le sucedió
Al de Alba en la tenencia
El Comendador mayor,
Que Dios en su gloria tenga,
Heme hallado en lo de Amberes,
En lo de Gante y Bruselas,
Tardein, Mons de Guesin (?),
Y en otras plazas y fuerzas,
Con el Duque de Linod,
Antes que el Conde se fuera.
. . . . (1)
Tomadas ganancias, pérdidas,
Contra el de Nassau y Orange
Y otros príncipes de cuenta,
Parciales de los rebeldes,
Y de sus tropas cabezas.

MONS DE PRATE.

Créolo, ¡por vida mía!

DON ALONSO.

Pues en mi cuerpo, quisiera
Poderos mostrar heridas
Que mil partes atraviesan;
Pues las que he dado al silencio
Es más importante prenda,
Porque es torpe la alabanza
Cuando no está en boca ajena.

MONS DE PRATE.

Créolo, así Dios me ayude.

DON ALONSO.

En lo que es la hacienda y renta,
No soy de los españoles
Que nacieron en la tierra
Hechos un sol de trabajos
En las montañas primeras,
Y siendo su mayor honra
Guardar dos vacas y ovejas
Con abarcas y cerrados
Vestidos de tosca jerga,
En empuñando una pica
Ó una alabarda ó jineta,
Con una cadena al hombro
Y una pluma á la francesa,
Dicen que fueron sus padres
Anquises, Didos, Eneas,
Y que es su solar Guevara
Y comen diez mil de renta.
Quién soy yo, lo tengo dicho;
Mi propia persona muestra
Mi valor; mi ingenio, ya
Lo ha mostrado mi experiencia.
Hacienda, diez mil ducados
Es mi patrimonio, y fueran
Treinta mil si no jugara
Mi tío don Juan de Vera.

(1) **Un verso cortado por el encuadernador.**

MONS DE PRATE.

Créolo, créolo cierto.

DON ALONSO.

Pues, señor, ¿aquí qué resta
Para hacerme merced
Y para que el mundo entienda
Que estiman los españoles
Toda la nación flamenca?
Si dudáis en el amor
Que tengo á Arcila la bella,
Que este nombre puede darse
Á mi esposa é hija vuestra,
¡Pártame un rayo, una bala
Me pase de una escopeta,
Y esté el plomo lardeado,
Para que cura no tenga,
Si hay voluntad cual la mía,
Ni cual la mía hay firmeza,
Porque de día y de noche
Adoro y contemplo en ella!

MONS DE PRATE.

Créolo.

DON ALONSO.

Dádmela, pues,
Con que mi pecho os protesta
De seros hijo obediente,
Rico, pobre, en paz y en guerra.
¿Queréismela dar?

MONS DE PRATE.

No quiero,
Y perdonad la respuesta,
Que huele á descomedida
Por ser tan libre y resuelta.
Primero no ha de haber hombres
En Namur ni aun en la tierra
Que mira al Septentrión,
Con quien emparentar pueda,
Que dé mi hija á español;
Y en esto no os hago ofensa,
Que soy padre y es mi gusto,
Y aquí no importan las fuerzas.

DON ALONSO.

Pues quien supiere que he entrado
Yo en vuestra casa.....

MONS DE PRATE.

Quien sepa
Que habéis entrado á hablarla
Y forme dello sospecha,
No me la pida, que ahí
Está Santa Clara cerca,
Donde es una prima mía
Del monasterio abadesa:
Haré mi yerno á Francisco,
Veré la monja profesa,
Que aunque carezca de nietos,
Ganancia será esta pérdida.

DON ALONSO.

Pues que tan resuelto estáis,
Muy enhorabuena sea;
Pero adviértoos que por mí,
Hasta que la dama muera
De su muerte natural,
No os satisfagáis en ella
Con género de castigo
Por donde la vida pierda,
Porque desde luego os reto
Que me pongo á su defensa,
Y á vos y á los que por vos
Salir en campaña puedan,
Porque del cabo de España
Vendré á Namur, porque vea
Flandes quién es don Alonso
Y si de veras es Vera.

MONS DE PRATE.

Yo os abono esa palabra,
Y me quedo con mi queja
En mi casa, con mi hija,
Donde, con mayor prudencia,
Veré el castigo que es justo
Que este atrevimiento tenga.
Entrad adentro, señora.
Id en paz, señor.

DON ALONSO.

Paciencia,
Corazón, por no alterar
Á Flandes con cosas nuevas.

Éntranse D. Alonso y Arcila.

MONS DE PRATE.

¡Hola! ¿Oís vosotros? ¡Lisardo,
Eduardo, hola!

Sale un criado.

CRIADO.

Despiertas
Antes del día la casa.
¿Qué mandas?

MONS DE PRATE.

Ahí te llega,
Casa de Orsnido el herrero,
El de la mano derecha;
Dile llegue aquí, y que traiga
Aquellas tenazas hechas
Á herrar tantos esclavos;
Que tengo una esclava nueva
Que ferié anoche, y me importa
Que herrada hoy amanezca,
Porque antes que llegue el día
Ha de mudar dueño y tierra;
Que importa así al honor mío.

CRIADO.

Voy.

Vase.

MONS DE PRATE.

¡Infame hija, piensa
Lo que es un padre ofendido,
Que honrada opinión sustenta!

Vase.

Entran Mons de Cleu y Mons de Iche y Mequetrefe.

MONS DE CLEU.

Ya se acabó la vida
De la esperanza que con alas de oro
Hasta el lugar que pretendí volaba;
Ya todo el bien se acaba,
Mi opinión va perdida;
Como flaca mujer me aflijo y lloro.

MONS DE ICHE.

Sosiega, Mons, que claro.....

MEQUETREFE.

Mío sinor, Príncipe mío,
Pian, piano.

MONS DE CLEU.

¡Qué desvarío!

MONS DE ICHE.

Tus intentos concierta.

MONS DE CLEU.

El ambición que me gobierna es muerta.

MONS DE ICHE.

¿Y qué, Mons, te fastidia?

MONS DE CLEU.

La Casa de Austria y de don Juan la envidia.

MONS DE ICHE.

Los Estados te sirven como á dueño.

MONS DE CLEU.

¡Ay, que pasó cual sueño
Esa diputación y esa subida!
Y así, en mi pecho lidia
Con la dura ambición la ciega envidia.

MONS DE ICHE.

Ahora consolarte quiero.

MONS DE CLEU.

¿Cuáles consuelos podrán
Mediar mi tormento fiero,
Si claman señor don Juan
Todos á este caballero?
¿Por qué es señor si está ausente?
¿Esto sufre, esto consiente
Mi pecho? ¡Si hombre, criado,
Mi allegado ó mi privado
Se lo llama eternamente,
Vive el honor que sustento,
Que le he de hacer allí
Mil pedazos al momento,
Ó que me maten á mí
Si tal llamarse consiento!

MONS DE ICHE.

Todos gusto te darán.

MEQUETREFE.

No, sino dél; y si están
Advertidos, á fe mía,
Que lo más cierto sería
Matar al señor don Juan.

MONS DE CLEU.

¡Oh, perro! Alza la mano,
Déjame ó pásale el pecho.

MONS DE ICHE.

Ya le castigas en vano.

MEQUETREFE.

Con esto estás satisfecho
De que fué yerro; es muy llano,
La lengua se deslizó.

MONS DE ICHE.

¡Calla, Mequetrefe!

MEQUETREFE.

¿Yo?

MONS DE CLEU.

¿A quién llamas señor, perro?

MONS DE ICHE.

Ya confieso que fué yerro.

MONS DE CLEU.

¿Conoces á ese hombre?

MEQUETREFE.

No.

MONS DE CLEU.

¿Eres su vasallo?

MEQUETREFE.

Sí,
Un retrato suyo vi.

MONS DE CLEU.

¿Qué gajes te ha dado?

MEQUETREFE.

Nada.

MONS DE CLEU.

Qué, ¿te agrada?

MEQUETREFE.

No me agrada.

MONS DE CLEU.

Pues ¿por qué hablas así?

MEQUETREFE.

No sé: un amor natural
Me guió.

MONS DE CLEU.

No digas tal:
No sé qué remedio intente.

MONS DE ICHE.

¿Qué fabricas?

MONS DE CLEU.

Que éste intente
Matar al señor don Juan.

MEQUETREFE.

Si tú le llamas ansí,
Hemos de matarte á ti.

MONS DE CLEU.

Con razón me matarán,
Pues llamé señor don Juan
Á este mi enemigo, aquí.

MONS DE ICHE.

Gran Mons de Cleu, tu honor,
Por apasionarte menguas;
Busca otro medio mejor;
Que este hombre, aun en nuestras lenguas,
Le confesamos señor.
Haz instancia tú en sacar
Los españoles de Flandes;
Que esto te ha de asegurar
Y abrir puerta por do mandes
Al que aquí intentas matar.
Ofrece paz.

MONS DE CLEU.

En eso me resuelvo (1):
Vé tú, Lisdauro, á tratallo;
Nada que te pidan niegues.

MEQUETREFE.

Voy á obedecerte y callo;
Lisdauro, porque sosiegues,
Yo sé que sabrá tratallo.

Vase.

MONS DE CLEU.

No sacude tan bien de la melena
La coyunda el novillo no domado,
Ni el serpentín la bala que ha arrojado,
Cuando el viento en su boca alumbra y truena;
El lebrel castigado la cadena,
El oso la colmena que ha robado,
De las propias abejas hostigado,
La boca de dulzura y rabia llena,
Cual yo sacudiré el motivo fiero
De que me dé su nombre pesadumbre,
Pues solo quedo, y esta patria mía;
Que aunque al lobo y al tímido cordero
Suele hacer compañeros la costumbre,
Sólo el mandar no sufre compañía.

Sale Mequetrefe.

Tocan trompetas y dicen de dentro:

¡Paces en Gante, paces en Gante!

MEQUETREFE.

La nueva más importante
Te doy que hombre te habrá dado:
La paz se ha capitulado,
Y se llama paz de Gante.

MONS DE CLEU.

¡Paz de Gante!

MEQUETREFE.

En paz están;
Y con estas condiciones
Que cifran estos renglones,
Las hizo el señor don Juan.

MONS DE CLEU.

Señor ha de ser por fuerza.

MEQUETREFE.

En cómo hablan de él me fundo;
Señor es, pues todo el mundo
Esta cortesía esfuerza.

MONS DE CLEU.

«*Paces capituladas entre el señor don Juan.*»

MEQUETREFE.

Trágalo y ve lo que te importa, como al enfermo que toma las amargas píldoras que le han de dar salud (2).

MONS DE CLEU.

«Ofrecen los Estados de Flandes y Gante que se gobernarán por sí, echando el señor don Juan los españoles destos países, y confirmarse ha con su sello y firma, á quien obedeceremos como rey y señor.»

Salgan estos españoles
De Flandes, déjenme holgar;
Que yo solo haré eclipsar
No este Sol, mas muchos soles.

MEQUETREFE.

Guárdele nuestra nación;
Que yo solo le daré
Mil puñaladas.

MONS DE CLEU.

Seré
Atlante de tu opinión;
Serlo has tú para matallo
El día que éntre en Bruselas.

MEQUETREFE.

Sin quitarme las espuelas
Ni apearme del caballo
Le daré un pistoletazo;
Que yo, como soy truhán,
Puedo llegarme á don Juan,

MONS DE CLEU.

Ya, Mequetrefe, te abrazo,
Y en albricias del concierto,
Toma éstas, aunque no grandes.

Dale un bolsillo.

MEQUETREFE.

Da sin españoles Flandes,
Y daréte á don Juan muerto.

Éntrase, y sale Ircana.

IRCANA.

¡Oh España! ¡Con cuánta queja
De ti mis ojos están!
Ví á don Juan y tu don Juan
¡Ay, cómo el alma me deja!
¡Ay, señor don Juan! ¡Ay, Marte,
Fénix del Arabia solo,
Marte en guerra, en paz Apolo,
Contra quien no hay fuerza ni arte!
Duque hermano, ¿qué has traído
Á tu casa? ¿En qué te empleas?
¡Ay, huésped! ¡Ay, nuevo Eneas!
Con la lastimada Dido.....
Y ¿á sus intentos dejarlos
Puedes, Carlos Fúcar? Piensa
Que hay otra nobleza inmensa
Ya, de otro hijo de Carlos,
Tras quien el alma abrasada
Va, con extraña pasión;
Y el dueño del corazón
Ha de ser César ó nada.
Mas éste es mi hermano.

(1) Verso largo y suelto.
(2) No parece natural que Lope intercalara estas tres líneas en prosa. Acaso serán versos alterados por el copista, como otros muchos pasajes de esta infeliz comedia.

Sale el Duque.

DUQUE.

¡Oh Ircana!
¡Oh hermana y señora mía!

IRCANA.

¡Duque y hermano!

DUQUE.

Alegría
Da veros, hermosa hermana.
¡Oh, qué bien que parecéis!
¡Hermosa y bizarra estáis!

IRCANA.

Pues vos me lisonjeáis,
Algo pedirme queréis.

DUQUE.

¿De dó podéis colegir
Que este loor es interés?

IRCANA.

Porque lisonjear es
La víspera del pedir.
¿Qué es menester? ¿Soy en algo
De provecho?

DUQUE.

Si os obligo
Con el intento que sigo,
Mucho sois, á fe de hidalgo.
Pediros quiero.....

IRCANA.

¿Qué? ¿Toca
Para el brazo? ¿Hay caña ó justa?

DUQUE.

Petición es más injusta,
Y más soberbia y más loca.

IRCANA.

¿Algún collar?

DUQUE.

Más.

IRCANA.

¿Mi cinta
De diamantes?

DUQUE.

Más.

IRCANA.

No sé
Qué me pidáis que yo os dé,
Si es destas cosas distinta.
¿Es algún tributo ó renta
De la parte que he heredado?

DUQUE.

Más.

IRCANA.

¿Más que joyas y estado?
No corre más por mi cuenta,
Sino es alguna afición
Deshonesta, y no ejemplar,
Pues yo no he de ser Tamar;
Por eso no seáis Amón,
Duque; que será cansaros
Y ofender mis pensamientos.

DUQUE.

Lejos van vuestros intentos:
Más quiero....., quiero casaros.

IRCANA.

Si es con Carlos Fúcar, tengo
Que pensar, y muy despacio.

DUQUE.

De más soberbio palacio,
Príncipe y dueño os prevengo.

IRCANA.

¿Es el de Orange?

DUQUE.

Tampoco;
Mayor es su calidad;
Que mi loca voluntad
Dió vida á un deseo loco:
Con el señor don Juan quiero
Aspirar y pretender.

IRCANA.

Pues ¿quiéreme él por mujer?

DUQUE.

¿Fuera menester tercero
Si él me quisiera honrar tanto?
Mas quiero que le queráis
Y que finjáis que le amáis;
No os cause este medio espanto;
Que si sabéis hechizalle,
Obligalle y atraelle,
Hablalle y correspondelle,
Quizá podréis enlazalle;
Y el negocio sucedido,
Por fuerza ha de ser cuñado;
Que vuestro honor y mi estado
Piden nombre de marido.
Donde no, abrasarse ha el mundo;
Y el ser señor dél yo ya,
Está en que esto se haga.

IRCANA.

¡Va
Bueno ese engaño segundo!
Justo fuera responderos
Más enojada y llorando;
Pero riendo y burlando,
Quiero ansí reprehenderos:
Bien muestra ese proceder,
Con ese aparente gozo,
Que sois caballero mozo,
Y no viejo mercader.
Pues ¿en qué juicio cabía,
Ya que vendéis vuestro honor,
Que entréis quitando el valor
Ansí á la mercadería?
¿Cuál pensáis que es la excelencia
De la mujer más altiva,
Ser discreta, airosa, viva,
Tener hermosa presencia?
No, hermano; nuestra labor
Está en saber estimar
Nuestra flaqueza, y en dar
Recato á nuestro temor.
El gusto, tras de infinito

Trabajo, tiene sazón,
Que es sal á la privación,
Y hermosea el apetito.
Ruega el hombre á la mujer,
Y más, mujeres honradas:
Quitadnos el ser rogadas,
Y quitaréisnos el ser.
Pero él viene; por mi cuenta
Queda lo que habéis mandado.
¡Oh, lo que he disimulado (Aparte.)
La pasión que me atormenta!

Entra D. Juan con dos soldados y Carlos Fúcar.

CARLOS.
Si en algo á la majestad
Del Rey, mi señor, serví,
Pido se me premie aquí
En esto mi voluntad;
Adoro á Ircana, la hermana
Del Duque, y puede casarme
Vuestra Alteza.

DON JUAN.
Es obligarme.

CARLOS.
Sería promesa vana;
Haré el oficio de amigo
De mi Príncipe y señor,
Y vencerá ese favor
Al más soberbio enemigo.

DON JUAN.
¡Oh Duque!

DUQUE.
Aquí está mi hermana.

DON JUAN.
No he visto á Su Señoría:
Perdonad, señora mía.

IRCANA.
¡Qué grandeza cortesana!
¡Oh, hechicero español,
Bello ramo de Austria!

DON JUAN.
El puesto,
Bonísimo es para esto,
Ni ofende el calor ni el sol.
Vengo, señora, á mirar
Desde aquí el salir la gente
De España, que hoy, francamente,
Á Flandes han de dejar.
Por el edicto de Gante
Se hace este sacrificio,
Y como es día de juicio,
Es mi persona importante;
Porque ha de haber mil cuidados,
Celos, agravios, enojos;
Y así, los de vuestros ojos,
Señales por mis estrados.
Aquí pondré conclusión
Á este día peligroso,
Con el alivio dichoso
De vuestra conversación.

IRCANA.
Y estimo que Vuestra Alteza
Halle en mí qué le entretenga.

DON JUAN.
¿No diréis que me convenga?

IRCANA.
Es desigual la grandeza.

DON JUAN.
¡Si es extremo la hermosura!

IRCANA.
Todo es vuestro.

DON JUAN.
No sé nada.

CARLOS.
Señor, de mí te apiada.

DUQUE.
Goza de la coyuntura.

Ruido dentro.

¡Ah de la guarda! ¿Quién es?

DON JUAN.
Á ninguno se le niegue
La entrada, y quien fuera, llegue,
Pida justicia á mis pies.

Salen D. Alonso de Vera, Mons de Prate y Arcila, herrada en el rostro.

MONS DE PRATE.
Señor, si eres quien publica
La fama.....

ARCILA.
Señor, si deja
Tu piedad fama tan rica.....

DON ALONSO.
Señor, tu cristiana oreja
A mi sentimiento aplica.
Mons de Prate es padre de ésta,
Que, en traje de esclava puesta,
Ha herrado el rostro que adoro,
Entre aquel hierro y el oro
Que su beldad manifiesta.
Hallóme con ella un día,
Ó una noche, que quería
Tratar con honesto intento
Del hidalgo casamiento
Que con ella pretendía.
Pedísela, y despreció
Mi parentesco; pedí
Allí su palabra yo
De que no hubiese por mí
Enojo, y él me la dió;
Y agora, cual ves, la ha herrado.
Ya la llevaba á vender
A Ingalaterra; abrasado
Yo, y loco por la mujer,
Y de la injuria agraviado
De la palabra rompida,
Le quise quitar la vida:
Amparó aquí su cabeza.

Senténcienos Vuestra Alteza,
Nuestra culpa conocida.

IRCANA.

¡Necio padre!

DON JUAN.

¿Es esto ansí?

MONS DE PRATE.

No puedo, señor, negar
El yerro que cometí.

DON JUAN.

Y vos, ¿queréisos casar,
Don Alonso?

DON ALONSO.

Señor, sí.

DON JUAN.

¿Con una persona herrada?

DON ALONSO.

Si lo fuera, fuera errada
La cuenta que de mí diera,
Si herrada mujer quisiera,
Para ser mujer honrada:
Pero si por acertar
Con mujer que no ha de errar,
Veo á mujer tan honrada
Por cuenta mía herrada,
Sus hierros me obliga á amar.
Por mi cuenta el hierro fué:
Yo se le satisfaré,
Cual dueño del yerro todo.

DON JUAN.

Vos, señora, ¿de qué modo
Guardáis tanto amor y fe?

ARCILA.

Con confesar que acertó
El padre que me herró;
Pues los yerros que tenía
El alma, que no era mía,
Á la cara los sacó.
Yo, de honesta y recatada
Aunque de mi esposo amada,
No mostraba mi querer,
Por no venir á tener
Nombre de mujer errada.
Conoció que era importante,
Mi padre, que este mi amante
Entendiera el bien que encierro,
Y dióme lengua de hierro
Para esta fe de diamante.
Sólo el hierro que amancilla
El fuego que á mi alma toca,
Es, aunque no es maravilla,
Que por ponerle en la boca
Me le puso en la mejilla.

DON JUAN.

Lleven preso á Mons de Prate
Y á don Alonso de Vera;
Que aunque es del amor dislate,
Importa de otra manera
Que se castigue y se trate.
Y aquesta dama poned,
Duque, en depósito agora.

IRCANA.

En mí el depósito haced.

ARCILA.

Eso es honrarme, señora.

IRCANA.

Que os he de servir, creed.
¿Qué tienen, amiga mía,
Estos españoles fieles?

ARCILA.

No sé si yo acertaría
Á pintarlo aquí.

IRCANA.

¡Ah, crueles!

Tocan á marchar.

DON JUAN.

Vea, pues, Vueseñoría
Pasar los tercios, que el són
Nos avisa que éstos son.

IRCANA.

¿Qué maestres de campo van
Siguiéndolos?

DON JUAN.

Julïán
Romero con Mondragón.

Salen Julián Romero y Mondragón, y todos los soldados que puedan, y Sancho de Avila.

MONDRAGÓN.

Ved, señor, cuál Vuestra Alteza
Ordena, dispone y manda
Salgamos los españoles
De Flandes para ir á España:
Las rodelas en las fundas,
Las espadas en las vainas,
Las trompetas en los hombros,
En los bagajes las cajas.
Ya que libró la cerviz
Flandes, de la dura carga
De la opresión española,
Que tanto le ofende y cansa;
Ya quedan con Vuestra Alteza,
Encargadas de su guarda,
Sus fuerzas con sus presidios,
Con sus soldados sus plazas:
Lloramos, que Vuestra Alteza
Es prenda importante y cara;
Del Rey nuestro señor es
Del honor de España el alma;
Es el sol de la milicia,
El laurel guardado de Austria,
Gran defensor de la fe,
Mar de nuestras esperanzas.
Y queda el mar suelto al viento,
Y el sol entre nubes pardas,
Y la prenda en un empeño
De sospechosa ganancia.
Tememos.....

SANCHO.

¡Ah, Mondragón!

¿Por qué así á Su Alteza hablas?
Señor, Vuestra Alteza es
Toda la honra de España.
Yo no hablo filosofías:
Hanos quitado su guarda;
Échanos de los Estados,
Vámonos á nuestras casas.
Queda entre sus enemigos,
Que la lealtad castellana
Era el freno de esta gente,
Que con palabras le engañan.
¡Vive Dios, que han de vendelle!
Que conozco sus palabras;
Y ha de enviar por nosotros,
Do estuviéremos, mañana.
Vamos llorando, no sea
Que, aunque hagamos alas
Los pies, no lleguen á tiempo
Las manos: ¡ésta es la lástima!
Quédese en paz Vuestra Alteza,
Y ¡plegue á Dios.....

DON JUAN.

¡Sancho de Ávila!

SANCHO.

¡No quede sin españoles
Flandes! Adiós.

DON JUAN.

¡Ea, basta!
Proseguid en la partida;
Vuelvan á su són las cajas;
Que yo entro á sentenciar
De don Alonso la causa.

Vanse.

MONS DE PRATE.

¡Matarme ha este casamiento!

DUQUE.

¡Esta suspensión me mata!

ARCILA.

¡Ay, Dios, la sentencia temo!

SANCHO.

¡Por Dios, que es hermosa esclava!

IRCANA.

Tibio va mi pretensor.

SANCHO.

¡Hola! Marchen las escuadras.
Tocad noramala á orden,
Pues ya murió tocar arma.

DON ALONSO.

¡Esta prisión es remedio
De que yo no vaya á España!

JORNADA SEGUNDA.

Sale el Duque solo.

DUQUE.

Las cosas de modo van,
Aunque haya más fraude y dolo,
Que morirá, ó verá solo
Flandes al señor don Juan.
Porque Mons de Cleu porfía,
. . . . (1)
De los flamencos Estados,
Cartas por horas me envía;
No pueden sufrir que sean
Por español de nación
Gobernados; la pasión
Con libertad señorean.
La parte va muy caída
Del Rey, y de España siento
La mudanza y pensamiento.
Yo aventurara la vida,
Y si pudiera, el honor,
Como abierta puerta hubiera,
Á que mi patria quisiera
Servir al Rey mi señor;
Que soy noble y soy leal.
Sólo de casar gustara
Mi hermana, que es prenda cara,
Y trocara el bien en mal
Si el señor don Juan, al fin
Que yo voy fuera su parte,
Pues él es en valor Marte,
Y ella en rostro un serafín.
Pero pues que no se inclina
Á ella, menos hará
Lo que fabricando está
El alma que lo imagina.
Mi hermano y yo pasaremos
Al bando de los Estados,
No al fin de vellos mudados,
Ni su daño intentaremos,
Sino por ver si con ser
De su bando nuestra ley,
Que obedezcan nuestro Rey
Hoy les podemos hacer.
Sólo esta esclava me abrasa:
Mi hermana Ircana la adora;
No sé cómo hiciere agora
Para que la eche de casa;
Que estando en su compañía
Será imposible gozalla.
Aquí hermosa traza halla
La apasionada alma mía.

(1) Falta un verso.

Mas ésta es; quiero probar
Su prudencia y su recato.

Sale Arcila.

ARCILA.
Señor Duque, ¿qué hacéis?

DUQUE.
Trato
De cómo os pueda agradar.

ARCILA.
¿Á mí?

DUQUE.
Á vos, que vuestro preso,
Como es mi mayor amigo.....

ARCILA.
¿Mi don Alonso?

DUQUE.
Ése digo:
Como su amistad profeso,
Encargóme que hiciera
Con vos aquella amistad
Que su misma voluntad,
Á estar presente, pudiera.

ARCILA.
Su libertad es favor
Mayor que podéis hacelle.

DUQUE.
¿Queréisle mucho?

ARCILA.
El querelle
Llegó adonde pudo honor:
De cómo vivo me espanto,
Sin velle un instante. ¡Ay, cielo!

DUQUE.
¿Tanto le queréis?

ARCILA.
Recelo
Que le amo y quiero.....

DUQUE.
¿Qué, tanto?

ARCILA.
No quiere tanto el olmo la tejida
Vid que el hermoso tronco le hermosea;
La tierra el agua, y la desierta aldea,
La ciudad de quien siempre es socorrida;
No quiere tanto la corcilla herida
El arroyuelo manso que desea;
Nuestra imaginación, su misma idea;
Nuestro cuerpo mortal, su propia vida;
No quiere tanto el padre al hijo amado;
El conejuelo, aquel lugar que sabe;
El soldado bisoño, su cuadrilla;
La libertad, el preso lastimado;
La salud, el enfermo; el mar, la nave,
Cuanto á su don Alonso quiere Arcilla.

DUQUE.
Justo premio merecéis;
Y por serle amigo fiel,
Os quiero querer por él
Todo lo que le queréis;
Hacer la solicitud
De su negocio.

ARCILA.
Está bien,
Y lo agradezco también.

DUQUE.
Procurar vuestra quietud,
Regalaros, aumentaros.

ARCILA.
Eso va bien, sí, señor.

DUQUE.
Y la fe de vuestro amor,
Con otra tanta pagaros;
Y así, mi señora, trazo
Por primera conclusión,
Pues os doy mi corazón,
Que vos me deis un abrazo.

ARCILA.
Eso va mal.

DUQUE.
¡Si lo ordena
Y manda el que es tan mi amigo!

ARCILA.
No tan amigo: yo digo
Que esta amistad no va buena;
Y supuesto que os entiendo,
Señor Duque, por me hacer
Merced, que deis en creer
Que á don Alonso pretendo
Y que mi mayor empresa
Es el amor que os confieso:
Donde él tiene el cuerpo preso,
Tiene Arcila el alma presa.
En mi don Alonso adoro;
Más me enlazó la cadena
De hierro que en sus pies suena,
Que de toda Arabia el oro;
Más rica estoy con llorar
Por mí don Alonso ausente,
Que con las perlas de Oriente
Y las conchas de su mar.
Allí quiero, allí no olvido,
Allí adoro, allí deseo,
Con el pensamiento veo,
Y con el antojo pido.
No cobre jamás amor
Á prenda tan rematada,
Que trae la cara empeñada
En hierros de su señor.

Ásela el Duque de la manga.

Si otra cosa no queréis,
Soltadme.

DUQUE.
¡Ah, ingrata!

ARCILA.
Soltadme.

DUQUE.
¡Arcila!

ARCILA.
¡Ah, Duque! ¡Soltadme,

Ó daré voces!

DUQUE.

No haréis.
¿No habrá amor para mí?

ARCILA.

No.

DUQUE.

Qué, ¿al fin me dejaréis?

ARCILA.

Sí.

DUQUE.

¡Ay de mí!

ARCILA.

Más ¡ay de mí
Si ofendo á quien me adoró!

Vase.

DUQUE.

Vete, bronce, diamante, roca, mármol,
Helada Citia, corazón de fiera,
Áspid sordo, pez mudo, y porque acierte,
Mujer resuelta en adorar á un hombre,
Que es darte el epiteto que te cuadra.
Acaba de poner este veneno
En los ojos y el alma que desdeñas;
Yo sacaré de aquí, como la araña,
De gozarte ó trazar tu afrenta y muerte;
Yo abriré puerta á la envidiosa llama
Que roe las entrañas, que atosiga.
. . . . (1)
Emparentar con él y dar mi hermana,
Porque el señor don Juan la estima y quiere,
Y luego diré yo á tu don Alonso
Que á ti el señor don Juan quiere gozarte;
Con que pongo esta leña, aunque no enjuta,
Á que reciba la impresión del fuego,
Y partiréme con Mons de Cleu luego.

Sale Ircana.

IRCANA.

Hermano, ¿en qué se entendía?

DUQUE.

¡Oh Ircana, hermana! Medía
Lo que hay del agradecer
Al no agradecer, por ver
Que tantas leguas habría.

IRCANA.

¿Quién ha desagradecido
Algo en que le hagáis favor?

DUQUE.

Á mí, nadie; á vos ha sido.

IRCANA.

¡Á mí!

DUQUE.

Y ése es el dolor,
Que no lo hayáis conocido.
Haced á Arcila amistad,
Acaricialda, rogad,
Á quien.....

IRCANA.

¿Arcila me ofende?
¡Toda el alma se suspende!

DUQUE.

Y todo aquesto es verdad.

IRCANA.

¿Qué hace contra mí?

DUQUE.

¿Y quién
Impide al señor don Juan
Que no os quiera, hermana, bien?
Si desdén hermana, os dan,
¿Quién es causa del desdén?
¿Es, por dicha, nuestro estado
Para no ser envidiado?
Nuestra parentela ilustre,
Del honor de Italia lustre,
¿Para no ser deseada?
Vuestra gala y hermosura,
¿No tendrá á mucha ventura
Gozalla otro rey mayor?
¿Pues qué si esmalta el color
Del honor vuestra cordura?

IRCANA.

No soy tal que no pudiera
Haber rey que pretendiera
La mano que á don Juan doy,
En fe de lo que yo soy
Y lo que le pareciera;
Pero ¿cuál impedimento
Es el que Arcila me pone?
En esto dudo, esto siento.

DUQUE.

Nuestro intento descompone
Su villano atrevimiento.

IRCANA.

Qué, ¿el señor don Juan estima
Á Arcila?

DUQUE.

Ella es la atrayente
Á quien el contrario anima;
Y al fin le saca valiente.

IRCANA.

Mucho el cuento me lastima,
Y mal Arcila me paga;
Muchos respetos estraga
La envidia que ciega á Arcila.

DUQUE.

Evitad con despedilla
Que lo que hace no haga.

Vase el Duque.

IRCANA.

Mucho lo que oí me admira,
Y á no ver la voluntad
Con que á honrarme á mí aspira,
Creyera que esta verdad
Era mil veces mentira.

(1) Cortado por el encuadernador.

Pero..... (1)
Ojos, disimulad, pues,
Los celos y la afición;
Enmudeced, corazón,
Que es vuestro honor é interés.

Salen D. Juan y Otavio Gonzaga.

DON JUAN.

El Consejo y ciudadanos
De Bruselas, que aun ahora
Me dejan con sus paisanos,
No han dado lugar, señora,
Á que os besase las manos;
Agora lo vengo á hacer.

IRCANA.

Cuando Vuestra Alteza me haga
Merced, la sabré tener
Sobre mis ojos.

DON JUAN.

La paga
Que el coronel ha de haber
De los tudescos, se dé,
Y los papeles traed,
Otavio Gonzaga: espero.

OTAVIO.

Yo parto por ellos.

DON JUAN.

Pero..... (Aparte los dos.)
Grosero anduve: volved,
Y en este rato asistí
De conversación; vení,
Sed aquí un noble testigo,
Que la hermana de mi amigo
No está sola bien aquí.
Y menor inconveniente
Es no pagar á esa gente,
Que pagar mal al honor
Del que es mi amigo mayor,
Si vos no os halláis presente.
No porque la vana red
De amor me enlaza é inflama,
Esto, de quien soy creed,
Mas conozco de esta dama
Que me hace mucha merced.
No quiero dar á entender
Que esta señora es mujer,
Aunque es de mujer el nombre,
Sino que yo no soy hombre
Que mes..... (2)
Esto se entienda así, Otavio,
Que á entenderlo de otro modo,
Sin razón la haréis agravio.

OTAVIO.

¡Que seas valiente en todo,
Y seas en todo sabio!

IRCANA.

¿Acabóse esa consulta
Tan retirada y oculta?

DON JUAN.

Siempre os deseo servir;
Sentada podréis oir
Lo que de acuerdo resulta:
Yo sé que he andado grosero
En teneros en pie, pero
Mas lo fuera si os quisiera
Sentada á solas.

IRCANA.

Y fuera
Pagarme mal lo que os quiero;
Pero en venir Vuestra Alteza
Ya de esta licencia ha usado.

DON JUAN.

Al altar de la belleza,
Do está vuestro amor sentado,
Se debe aún mayor llaneza.
El ser quien sois es un fuerte
Que resistirá al asalto
Del enemigo más fuerte.
Paso, deseo, haced alto,
Que os dará el volar la muerte.

IRCANA.

Señor, si me hacéis favor
Y es merced que he de gozalla,
Sea, mas de paz, señor;
Que aquí, ni se ve muralla,
Ni llega el són del tambor.
Vuestra Alteza puede dar
Aquí de mano al poder,
Al armar, al pelear:
No sea todo vencer,
Que aquí el perder es ganar.

DON JUAN.

Antes, aquí será gloria
El llevar de la victoria
La pérdida y la desgracia,
Porque es ganar vuestra gracia
Enriquecer la memoria.
Otavio.....

OTAVIO.

Señor, ¿qué dijo? (Aparte los dos.)

DON JUAN.

Si viéredes que me pierdo
Y el gusto al parlar dirijo,
Hacé un compañero cuerdo
De un predicador prolijo:
Tiradme.

OTAVIO.

¡Astucia donosa!

DON JUAN.

Antes, prevención forzosa:
Yo sabré, como soldado,
Vencer un contrario armado,
Y de una mujer hermosa,
¿Podrá ser salir vencido?
En arma estamos.

IRCANA.

Desvela (Aparte.)
Con tus celos mi sentido,

(1) Cortado por el encuadernador.
(2) Idem íd.

Amor.

OTAVIO.

¿Qué soy?

DON JUAN.

Centinela
De guarda, os he repetido.

IRCANA.

El Príncipe, ¿qué concierta?
Que hay plática aparte incierta.

DON JUAN.

Enemigos hay.

OTAVIO.

¿Quién son?

DON JUAN.

Esta mujer y ocasión.

OTAVIO.

Á velar empiezo.

DON JUAN.

¡Alerta!

IRCANA.

¿Tantos secretos y aquí?

DON JUAN.

Un hombre tan ocupado,
Siempre se divierte ansí.

IRCANA.

Y un galán, galán soldado,
Siempre anda de guerra.

DON JUAN.

¿En mí
Hay guerra?

IRCANA.

Puédela haber
En otro.

DON JUAN.

¿Qué puede ser
Guerra de mujer?

IRCANA.

La tierra
¿Tiene acaso peor guerra,
Como la de una mujer?

DON JUAN.

Si la hace con los ojos,
No será de mucha furia,
Será de muchos antojos.

IRCANA.

Si la hace con injuria
Y la mueve con enojos.

DON JUAN.

Podrá ser guerra que asombre
Si es el fundamento grave,
Y más si es guerra por hombre.

IRCANA.

Vuestra Alteza, que lo sabe,
Le podrá poner el nombre.
¿Cómo se llama la guerra
Cuando le niega una tierra
Á su rey la posesión
Debida?

DON JUAN.

Rebelión.

IRCANA.

¿Y cuando una escuadra cierra
Con un lugar defendido?

DON JUAN.

Asalto.

IRCANA.

¿Y cuando se halla
Un ejército ofendido
De otro, y se rompe?

DON JUAN.

Batalla:
Este es su propio apellido.

IRCANA.

¿Y cuando por mal pagados
Toman armas los soldados
Y anda uno y otro pasquín
Contra el general?

DON JUAN.

Motín.

IRCANA.

¿Y cuando los descuidados
Ciudadanos presos son
Del mismo alcaide?

DON JUAN.

Traición.

IRCANA.

Luego esta guerra, en verdad,
Que es traición de una amistad
Y motín de una afición,
Salió una amiga traidora.

DON JUAN.

No os entiendo bien, señora.

IRCANA.

Ni yo; el tiempo lo dirá.

OTAVIO.

Tírale.

Deo gracias, padre, que va
Acabándose la hora.

DON JUAN.

Muy bien; yo abreviaré.

Sale Arcila.

ARCILA.

¿Tanto,
Señor, puede el amor ciego,
Y de la muerte el espanto,
De los celos el cruel fuego,
Y de la ausencia el quebranto?

IRCANA.

¿Se descomide aquí esta?

ARCILA.

Ya tanto me cuesta (1)
En la salud su rigor.

IRCANA.

¿Hay desvergüenza mayor?

ARCILA.

En tal extremo estoy puesta
Viendo á don Alonso preso,
Estando con tal llaneza

(1) No es verso.

Nuestra fe en un mismo peso,
Que á los pies de Vuestra Alteza
Vengo á pedirle sin seso.
Justicia y clemencia pido:
Justicia, contra el ausencia
Que me quita mi marido,
Y clemencia, en la licencia
De que uso en haberlo sido.
Si Vuestra Alteza ha alcanzado
Á gozar, mal dije, á ser
Del mal de amor lastimado,
Déle á esta viuda mujer
El dueño que le ha quitado;
Á este árbol su flor y hoja,
Su descanso á esta congoja,
Su salud aqueste enfermo,
Su sombra á este campo yermo,
Á quien tanto estío enoja;
Su vida á esta voluntad,
Á esta nave su gobierno,
Y á esta guerra su amistad,
Su paz, y gloria á este enfermo (1),
Y su esfera á esta humildad;
Á esta llama su reposo;
Que con pecho generoso,
Usando de su largueza,
Me da todo esto Su Alteza
En darme libre á mi esposo.

DON JUAN.

Ya sería remitido,
Verlo y mandarlo soltar,
Á mi auditor Leonido;
Mas si tanto ha de importar
Que veáis vuestro marido,
Haga lo que sea servida
Mi señora Ircana bella;
Seréis juzgada y oída;
Á ella dad la querella,
Ella le suelte ó le impida;
Que me da el partirme prisa
Á Bruselas.

IRCANA.

Vuestra ausencia
De mil males nos avisa.

DON JUAN.

Bien se llevará en paciencia.

IRCANA.

¿Podrá sin ella?

DON JUAN.

Es precisa;
Demás, que ofender no quiero
Donde soy casamentero
Y padrino en el mensaje.

IRCANA.

Nunca Vuestra Alteza baje
De su oficio al de tercero.

DON JUAN.

¡Por mi vida, que me han hecho
Casamentero! Creed
Mi lengua como mi pecho.

IRCANA.

Toda la vuestra merced
Esa palabra ha deshecho.

DON JUAN.

Déjoos de ser servidor.

OTAVIO.

¡Ah, padre predicador!
¿Tiro?

DON JUAN.

Sois amigo fiel.
Adiós.

Vanse D. Juan y Otavio.

IRCANA.

¡Ay, amor cruel,
Que te enmudeció el honor!

ARCILA.

Deja la forzosa ausencia,
Pon al sentimiento pausa;
Para sentenciar mi causa,
Dame, amiga, la sentencia.

IRCANA.

¿Qué es lo que pedís?

ARCILA.

¿Qué modo
Es ése, amiga, de hablar?

IRCANA.

A la razón le acomodo.

ARCILA.

¿Ansí me quiere afrentar
Quien me suele honrar en todo?
¿Qué es esto, amiga y señora,
No soy ya merecedora
De tu favor?

IRCANA.

Esta vez,
No porque yo sea juez
Vuestro, y vos seáis reo agora,
Y estando yo en mis estrados
Por tribunal, ya no debo
Esos términos pasados;
Que es para el jüez muy nuevo
Ser cortés con los culpados.
¿Qué pedís?

ARCILA.

Nada.

IRCANA.

Ea, pues,
¿Qué pedís?

ARCILA.

¿Podré después
Pedir?

IRCANA.

Agora es razón,
Porque tengo comisión
Y estáis culpada á mis pies.

ARCILA.

¿Yo culpada? Si te entiendo,

(1) No es consonante de *gobierno:* debió escribir Lope *infierno* en vez de enfermo.

Un esmeril atrevido
Rompa, con aquel estruendo
Que suele, á este vil oído
Que está sus culpas oyendo.
Si jamás desmerecí
Aquello que merecí
Cuando te merecí hablar,
Haga la voz popular
Anatomía de mí.
Ningún consuelo me cuadre,
Venga don Alonso á ser
Hijo de una infame madre,
Venga á amar otra mujer,
Vénguese de mí mi padre,
Fálteme tu compañía,
Que es como faltar al día
El sol, si en cosa ha faltado
La amistad que te he jurado
Y la fe que te debía.
Mas, pues con autoridad
Usas de la comisión,
Pídote la libertad
De aquella injusta prisión.

IRCANA.

Vuestro marido soltad;
Suéltenle, aunque yo os confieso,
Que haceros bien profeso,
Y si suelto ha de entender
Que, aunque suya, sois mujer,
Mejor es que él se esté preso.

Vase.

ARCILA.

¡Extraño y nuevo suceso!
¡Término de hablarme extraño!
¡No lo entiendo, pierdo el seso!
¿Qué testigos de mi daño
Ha habido en este proceso?
¿Quién sin razón me castiga
Quitándome tal amiga?
A quienquiera que eres, digo
Traidor, si eres enemigo;
Falsa, si eres enemiga.
A mi preso voy á hacer
Soltar, y luego he de ver
Quién te engaña y me ha ofendido;
Que con sombra de marido
Puede mucho una mujer.

Vase.

Salen Mons de Cleu, Mons de Prate y Mequetrefe.

MONS DE PRATE.

Yo tengo libertad y tengo vida,
Por quererme valer Vuestra Excelencia.

MONS DE CLEU.

Muerta la guarda, la prisión rompida,
Gusto tanto de ver en mi presencia,
Mons de Prate, que culpo aun el cuidado
Por ser mucha la vuestra diligencia.
Aquí tendréis mis gajes y mi lado;
Ya vendrá el de Linod; al Duque espero,
Que también de don Juan se ha retirado;
Mas ¿no es éste que corre en el overo?
Estas postas son suyas; ya se apea;
Recebille con tierna oferta quiero;
Según es la invención es la librea.

DUQUE.

Déme los pies Su Excelencia.

MONS DE CLEU.

Déle Vuestra Señoría
Las manos en mi presencia.

DUQUE.

Amigo, llegóse el día
Caro que cuesta esta ausencia;
Que como soy tan leal
Al Rey mi señor Filipo,
Temo atribuyan á mal
El caso..... (1)
Que es el hallarme parcial;
Pero el fin que aquí he tenido,
Si del lado me he movido
Del señor don Juan, no es
Otro parcial interés,
Ni otra razón he tenido,
Mas de pensar que podré
Reprimir aquí la gente
Que más rebelada esté.

MONS DE CLEU.

Basta, señor Duque, intente
Vuestro honor mostrar su fe:
En efecto, ¿vendrá á entrar
Hoy en Bruselas?

DUQUE.

Sin duda;
Mons de Prate, habíaos de hablar.

MONS DE PRATE.

Como medroso.

Todo el color se me muda
Cuando me vuelve á mirar.

DUQUE.

Todos venimos huídos,
Mas no todos ofendidos;
Que yo, lo que evitar quiero
Os callaré.

MONS DE CLEU.

Desespero.

MONS DE PRATE.

Vengarme fié.

MEQUETREFE.

Somos oídos.

DUQUE.

En parte estamos segura.

MONS DE CLEU.

Sabe el cielo que procura
Mi pecho, en esto también,
De los Estados el bien.
Lloro al ver la carga dura
Con que oprimidos están;

(1) Cortado por el encuadernador.

Si quiere el señor don Juan,
Hechizos tiene el señor
De este nombre.

DUQUE.

No es error;
Todos tal nombre le dan.
Lo que mi intento procura
Para echar la carga dura,
Es la muerte del señor
Don Juan.

MONS DE CLEU.

Darán por traidor
Al que hacer eso procura;
No quiera Dios que yo venga
En tal maldad.

MONS DE PRATE.

Ni yo tenga
En eso parte.

MEQUETREFE.

Yo sí;
La muerte le daré aquí
Cuando á entrar al palio venga (1).

Sale un soldado.

SOLDADO.

La diputación me envía
Á que me prestes audiencia;
Remediar daños querría;
Óigame Vuestra Excelencia,
Y óigame Vueseñoría:
¿Sin celos recibirá
Hoy al señor don Juan? Da
Toda la diputación
Bastante demostración
De la fe que guardará.
Si los herejes pretenden
Hacer á Su Alteza engaño,
Muy rüin hazaña emprenden;
Será mucho nuestro daño
Si al señor don Juan ofenden.
No ampare Vuestra Excelencia
Gente ruin en la presencia
De Su Alteza, ni en la entrada;
Ésta es, señor, mi embajada.
Y donde no, haga ausencia,
Sálgase de los Estados,
Que todos los diputados
Lo piden con cortesía
Lo mismo á Vueseñoría,
Que son leales y honrados.

MONS DE CLEU.

¿Tal atrevimiento aquí?
¡Matalde!

SOLDADO.

¿Matarme á mí?
Yo, ¿qué culpa he cometido,
Si yo embajador he sido?
¡Viva Filipo!

MONS DE CLEU.

Sea así.
¡Viva Filipo, y matad
Á ese loco!

MEQUETREFE.

¡Qué amistad
Para gozar tus favores!

DUQUE.

Lo dicho, dicho, señores,
Sin que haya publicidad.

Éntranse todos.

Salen D. Juan y Otavio Gonzaga.

DON JUAN.

Ya, Otavio, estoy á la puerta
De Bruselas, esperando,
En esta venta encubierta,
La diputación.

OTAVIO.

Llegando,
Será su fe descubierta;
Mucho fía Vuestra Alteza
Desta gente.

DON JUAN.

Esta llaneza
Es el medio más seguro
Para la paz que procuro;
Vida me da esta largueza.
En medio la mar mayor
Navega mejor la nave
Con viento blando y menor;
Y el médico que más sabe,
Cura con menos rigor.
Al desdén que más porfía,
Le vence la cortesía;
Que la humildad y clemencia
Es la mayor resistencia
Que tiene la tiranía.
Yo sé el intento que sigo
Y dónde mi ingenio alcanza;
Otra vez os digo, amigo,
Que es el hacer confianza
El freno del enemigo.
Yo sé cómo me he de haber.....

Suena un tamboril de danza.

¿Qué tambor es éste?

OTAVIO.

El són
De máscara debe ser.

DON JUAN.

¿Llegará alguna invención
Para causarnos placer?

Salen cuatro príncipes con máscaras, y danzan una mascarilla.

OTAVIO.

¡Donoso baile!

(1) Los versos anteriores desde *no es error*, están escritos de mano de Martínez de Mora en el manuscrito de Parma (fol. 235). Sustituyen á una escena enteramente borrada é ilegible.

DON JUAN.

¡Escogida
Danza, y los trajes donosos!
Sabed de adónde es traída.

OTAVIO.

¿Quién sois?

PRÍNCIPE 1.°

Vasallos celosos
Del cuidado de tu vida:
De Barlamón soy el Conde;
De Rensel, Conde es aquél;
De Frigenber, el que esconde
Este traje; el Conde
De Fieldmegen corresponde
Al..... (1)
Y á vista de la ciudad
Quedaron otros disfraces;
Doce príncipes capaces
Defienden Su Majestad.
Por el vulgo hemos venido
Á buscaros y á ofrecernos
Con este tosco vestido,
Y así importará volvernos,
Ya Vuestra Alteza advertido,
Si no importa aquí quedar
Y morir aquí y quitar
Las máscaras y los trajes.

DON JUAN.

¡Oh honor de vuestros linajes,
Los brazos os quiero dar!
¡Entraos en mi corazón!
Tal sé que están los sucesos,
Que quisiera, y con razón,
Ser un labrador de ésos,
Y danzar á vuestro són;
Y á fe, flamencos leales,
Que son servicios reales
Hechos de tales señores,
Y que tales labradores
Han de hacer cosechas tales;
Pero ¡por vida del Rey
Mi hermano, y por gusto mío,
Que os volváis!

PRÍNCIPE 1.°

Tu gusto es ley.

DON JUAN.

No entiendan que desconfío
De ellos, esa común grey.
¡Por vida mía!

PRÍNCIPE 2.°

Señor,
Á peligro entras.

DON JUAN.

Mejor
Se hará así.

PRÍNCIPE 3.°

Yo no querría.

DON JUAN.

Señores, ¡por vida mía!

(1) Cortado por el encuadernador.

PRÍNCIPE 4.°

Tememos.

DON JUAN.

Perdé el temor,
Y fiad, mis labradores,
Más leales y mejores
Que tuvo señor jamás;
Que si el daño llega á más
Y se aclaran los traidores,
Y su traición llega á dar
Mies que se pueda trillar,
Fiad que de vuestra mano
Fiaré la hoz de mi hermano,
Con que la podréis segar.

PRÍNCIPE 1.°

Bajo de esa confianza
Se dejará la invención.

DON JUAN.

Importa.....

PRÍNCIPE 1.°

¡Grande fianza!
Compañeros, volvé el són,
Y deshagamos la danza.

Vanse las danzas.

DON JUAN.

Otavio, ¿hay lealtad en Flandes?
¿Hay titulados y Grandes
Leales al Rey mi hermano?

OTAVIO.

Adonde hay malos, es llano
Que habrá mil buenos que mandes.

DON JUAN.

De esto, Otavio, ¿qué dirás?

OTAVIO.

Mucho bien; pero harás
Mal si no temes mudanza.

DON JUAN.

¡Cuatro príncipes en danza!
¿Qué nación pudo dar más?

Sale un paje.

PAJE.

Una señora preñada,
Que de un pleito está agraviada,
A Vuestra Alteza querría
Hablar, y le importaría
Que fuese antes de la entrada.

DON JUAN.

Puerta franca se ha de dar.

PAJE.

Otavio Gonzaga quiere
Que esté sólo al informar
Lo que Vuestra Alteza oyere.

DON JUAN.

¿No es mujer? Ha de alcanzar
Todo aquello que quisiere:
Los dos quedamos, y vos
Salid, pues ansí ha de ser.

OTAVIO.

¿Qué te querrá esta mujer?

DON JUAN.

No temo: confío en Dios.

Sale Ircana.

IRCANA.

Aunque estiman las historias
De Castilla á la Condesa
Que al conde Fernán González
Sacó con grillos y á cuestas
De la prisión de su hermano,
No pienso que llegó á ésta
La hazaña de su amor,
Como lo que pasa entiendas.
Porque doña Sancha estaba
Casada; el que libró, era
Su marido; el Rey, su hermano;
El pleito, por su hacienda;
El alcaide fué en su ayuda,
Que el respetarle era fuerza,
Y el peligro en la huída,
Fueron escasas dos leguas,
Hasta que encontró al abad
Que andaba á caza, y fué puesta
Ella en el lugar del Conde,
Y el Conde libre en su tierra.
Pero yo vengo á librar
Á quien no sólo no espera
Mi fe que será su dueño,
Aunque más méritos tenga.
Pero aquí no me está bien
Confesar, que ya me cuestan
Lágrimas algunas sombras
De unas celosas sospechas.
No hago de esto caso; pasen
Niñerías por consejas;
Quiéroos bien, en conclusión:
Del modo que digo, intenta
El Duque mi hermano cosas
Que á vuestro mal se enderezan.
Quiere Bruselas mataros,
Digo, no toda Bruselas,
Muchos rebeldes que hay dentro,
Que un Mequetrefe es cabeza.
Saber esto con verdad,
Muchos avisos me cuesta,
Espías, pasos andados,
Y quizás no poca hacienda.
Por si de alguna pistola
La llama villana y ciega
Enviare desmandada
(Mandada es cosa más cierta)
Alguna bala cruel
Que á las entrañas se atreva
Del imitador valiente
Del valor del quinto César,
Os traigo espaldar y peto,
Hecho de mosquete á prueba:

Saca las armas.

Que es el preñado fingido,
Por cumplir con ésos y ésas.
Ninguno sabe quién soy;
Sólo lo sabe una dueña,
Por cuya criada vine
En carroza hasta Bruselas.
Y en ella fingimos ser
Dos damas pobres y huérfanas;
Yo su hija, ella mi madre;
Yo preñada, viuda ella
De un capitán, á quien hizo
Ciertos agravios de hacienda
Un auditor; y queríamos
Quejarnos á Vuestra Alteza.
Ya el preñado se acabó:
Del parto salió esta prenda;
De la voluntad, el ansia;
Desta flaqueza, esas fuerzas.
Otavio Gonzaga fué
Testigo de la primera
Conversación; quiero que hoy
De esta voluntad lo sea.
Vuelva la posta á Namur:
¡Plega á Dios que, aunque yo pierda
De mi honor, no pierda España
La vida de Vuestra Alteza!
No he de esperar más palabra,
Que importa la diligencia.
Adiós. ¡Criados, la silla!
Demos á casa la vuelta.

Vase.

DON JUAN.

Callemos, si así conviene.
¡Notable prueba de honrada!
¡Gran valor Ircana tiene!

OTAVIO.

Más grande amor.

DON JUAN.

De obligada
Y de agradecida, viene.

OTAVIO.

Cuando Vuestra Alteza honró
Su casa, no le mostró
Tanto amor.

DON JUAN.

Eso es ansí;
Pues obligada de mí,
No quiero decir tal yo,
Sino que viene obligada
Del padre que le dió vida.
¡Ah, hazaña tan extremada,
Por mostrarse agradecida
Al haber nacido honrada!
De una suerte y de otra, ha sido
Gran prueba de que ha querido
Que no muera. Y quien procura
Que viva, prueba es segura
De que no me ha aborrecido.
Si yo vivo, ya imagino
Cómo la podré servir,
Y por tan alto camino:

Que no pierda por venir,
Aunque se entienda que vino.
Vos os vestid ese acero.

OTAVIO.

¿Vestirle yo? No, señor,
Que yo moriré el primero;
No soy tan cobarde, no.

DON JUAN.

Y aun por eso, vivo os quiero.

OTAVIO.

Mejor es que Vuestra Alteza
Le vista, que yo me fundo
En la verdad con llaneza:
¿Qué importa al cuerpo del mundo
Y de España, esta cabeza?

DON JUAN.

Y ¿dejaránme, en efeto,
Si han de matarme sin ley,
De dar por ese respeto?
No respetan á su Rey,
Y ¿respetarán á un peto?
¿Pensáis que va más segura
Por el peto mi cabeza?

OTAVIO.

Al fin es de plancha dura.

DON JUAN.

Reíos de su dureza
Si no estiman mi blandura.
Rogadle vos que á la mano
Que fuere á apretar la llave
No la detenga; que es llano
Detener el rostro grave
Del que es de su Rey hermano.
Que si la aprieta y porfía,
Y la desvergüenza guía
Ese atrevimiento fiero,
También pasará el acero
Quien pasa esa cortesía.
Vestilde.

OTAVIO.

Pues ¿para qué,
Si Vuestra Alteza no quiere
Vestirle?

DON JUAN.

Yo os lo diré:
Para que si yo muriere,
Quede viva en vos la fe.

OTAVIO.

Si el pueblo desvergonzado
Llegare á tanto rigor
Y anduviere tan sobrado,
Quien matare á su señor,
También matará el privado.

DON JUAN.

Impórtame que en presencia
De mi hermano confeséis,
Si diere á esta gente audiencia,
Cuán á mi costa me veis
Calificar su clemencia.

OTAVIO.

Y con ese peto fuerte
Escaparéis de esa suerte.
¿Fuerza es vestirle?

DON JUAN.

Y crecida;
Que el testigo de la vida,
Hace inmortal una muerte.
Id y vestilde, que el són
Es éste ya de la entrada:
Mi guarda y diputación.

OTAVIO.

Por ser la hazaña honrada,
Le visto á tu petición.

Sale el Duque.

DUQUE.

Ya el palio llega, y también
Llega el de Cleu.

DON JUAN.

Está bien,
Duque.

DUQUE.

¡Señor!.....

DON JUAN.

Entre extraños
Estoy; fío en vuestros años
Y valor: guardadme bien.

DUQUE.

Tengo á Vuestra Alteza amor.
Salióme al rostro el color. (Aparte.)

DON JUAN.

Duque, la jineta es arma
Del que á mil reyes desarma.
De mi hermano y mi señor.....
Él va aquí, no yo.

DUQUE.

Es ansí.

DON JUAN.

Duque, mi amigo sois.

DUQUE.

Soy
Criado tuyo.

DON JUAN.

Advertí
Que sois mi capitán hoy.
Honradme.

DUQUE.

Fíad de mí.
¡Oh, lo que á un noble avergüenza (Ap.)
Cualquier sombra de un delito!
Ya el pueblo á llegar comienza.
¡Viva Austria y don Juan invito!

DON JUAN.

Hoy no quiero que me venza
El de Cleu en cortesía.
Él es: vencerle querría.

Sale Mons de Cleu.

MONS DE CLEU.

Déme los pies Vuestra Alteza.

DON JUAN.

¿Conmigo tanta extrañeza?
Los brazos, ¡por vida mía!

MONS DE CLEU.

¡Qué gallardo y galán es! (Aparte.)
Si es tan soldado.....

DON JUAN.

Es gallardo (Aparte.)
El General irlandés.

Sale Mequetrefe con una pistola y unas sonajas.

MEQUETREFE.

Á besar tus pies aguardo:
Primero que me los des,
Vivas, invicto don Juan,
Otro Castrioto albanés.
Gobernador, capitán
De Flandes y de Milán,
Dame á besar esos pies.

Hinca la rodilla.

DON JUAN.

Nunca está rico un soldado:
De lo que tengo, recibe.

Dale una cadena.

MEQUETREFE.

Al fin, rey. ¡Bueno he quedado
Para un hombre que apercibe
La muerte que no ha pensado!

DON JUAN.

Pon esa boca mejor;
Va aquí el General, y toca
Á mí el volver por su honor;
Basta que por una boca
Nos descubrieses tu humor.
Lleva esa pistola bien,
Y no nos digas por tantas
Lo poco que eres también.

MEQUETREFE.

Con esa entereza espantas.
¡Quemen quien tal mate, amén!

DUQUE.

Entra en el palio, que espera
Flandes.

Suena ruido dentro.

Sacan á D. Alonso preso, con dos soldados y Mons de Prate.

DON JUAN.

¿Qué confusión era
Esa?

DUQUE.

Aquí llega el tropel.

DON JUAN.

¡Santo cielo! ¿No es aquél.....

DUQUE.

¿Quién?

DON JUAN.

Don Alonso de Vera?
Duque, ¿cómo traen ansí
Á don Alonso? decí.

Ahora salen.

DUQUE.

Señor, así es importante:
Fué contra la paz de Gante,
Y han de castigarle ansí.

MONS DE PRATE.

Señor, ya en Gante fundamos
Paces, y capitulamos
Que aquí español no quedase
Con armas, ó lo pagase
Como á aquéste castigamos.
Éste con armas venía,
Y por prenderle mató
Doce de mi compañía;
Éste mi hija robó,
Y éste mil muertes debía.
Hoy perderá la fiereza
Y perderá su cabeza.

DON JUAN.

Don Alonso, ¿cómo es eso?

DON ALONSO.

Ya del primero proceso
Sabe harto Vuestra Alteza.
La segunda culpa ha sido
Saber que venía vendido
Vuestra Alteza entre esta gente;
Y como mi pecho siente
Ver su Príncipe ofendido,
Contra el edicto tomé
Armas, y á morir al lado
De mi Rey me aventuré;
Sucedió lo que han contado;
Pagarlo he si lo pequé.

DON JUAN.

¿No se podrá suspender
La ejecución de su muerte
Por hacerme á mí placer?

TODOS.

¡Muera el español!

DON JUAN.

De suerte,
¿Que aun esto no he de poder?

TODOS.

¡Muera el español!

DON JUAN.

¡Extraña
Resolución es aquésta,
Y en mi fiesta! ¡Ah, leal España! (Aparte.)

Sale Arcila afligida.

ARCILA.

¡Cuántas lágrimas me cuesta,
Y pasos, esta hazaña,
Esposo del alma mía!

¡Cruel padre, que así tienes
El alma que me regía!

MONS DE PRATE.

¡Oh, loca! Á buen tiempo vienes;
Que tú le harás compañía.
Pagarme ha tu liviandad.

DON ALONSO.

Arcila, ¿quién te ha traído
Á ver mi calamidad?

ARCILA.

Yo, que á tus pies he seguido
Siempre desde la ciudad;
Y como te vi prender,
Corrí; pero soy mujer,
Llegué ya tarde, y no tanto,
Que siendo de hija el llanto,
No pueda á un padre mover.

De rodillas.

¡Padre de mi corazón,
Dame mi marido vivo!
Erré, y la satisfacción
Del agravio que recibo,
Está en esta posesión;
Dame, con darme el honor.

MONS DE PRATE.

Ha sido á la paz traidor;
Muerto te le podré dar;
Que ya no quiero vengar
Mi pasado deshonor.
Soy tu padre lastimado;
Vesle ahí; casaos los dos,
Y en trance tan desdichado,
Á ti, castíguete Dios,
Y á éste, el pueblo indignado.
No puedo enfrenar el llanto.

DON JUAN.

Señores, ¿no podré tanto
Yo, que por esta mujer
Esto venga á merecer?
De vuestro estilo me espanto.
En el palio no entraré,
Ni fiesta recibiré,
Con crueldades á los ojos.

DUQUE.

Evitá á Su Alteza enojos.
Ya sin Arcila quedé. (Aparte.)

DON JUAN.

Otorgad esto por mí.

MONS DE CLEU.

¡Ah, flamencos! Decid sí:
¿Queréis otra nueva guerra?

TODOS.

Porque éntre hoy en nuestra tierra
Linod.

DON JUAN.

Yo lo haré ansí.
Ahora, en el palio entrar quiero.

MONS DE CLEU.

Que éntre Vuestra Alteza espero.

DON JUAN.

Mons de Cleu, por prenda cara
Os doy del palio una vara,
Yo os hago mi compañero.
Y si en el palio no entráis,
No es por merecerle en ley
De quien sois, sino que vais
Con quien representa al Rey
Que por señor confesáis.

MEQUETREFE.

¡Por qué modo tan galán (Aparte.)
Lo echó del palio!

MONS DE CLEU.

Ya van (Aparte.)
Mis rabias á más mil veces:
Yo me vengaré, don Juan.

DON JUAN.

En los príncipes jüeces,
Muy bien las varas están.

DON ALONSO.

Vamos, esposa, do mandes.

MONS DE PRATE.

Tras de trabajos tan grandes,
Hijos, á la iglesia y lecho;
Que ya yo voy satisfecho.
¡Viva Austria, Borgoña y Flandes! (1)

Éntranse todos con el palio, tocando chirimías.

JORNADA TERCERA.

Salen el Duque y Carlos Fúcar.

DUQUE.

En acabando de mandar que pongan
Estos vasallos los tablados todos,
Porque Su Alteza hoy honre estos países,
Ha mandado juntar sesenta postas,
Y entra con ellas á correr sortija.
Hablaremos despacio en acabándola;
Que ya todas las calles y las plazas
Vienen llenas de gentes, y los príncipes
Que han de correr y entrar aventureros,
Entran ya, que de aquí se oyen trompetas.

CARLOS.

En efecto, que es cierto ya se suena
Que los Estados tienen ofrecido
De Irlanda el reino, investidura y título,
Á Su Alteza, tomando estos Estados

---

(1) Acabado este acto, se lee en el manuscrito de Parma (fol. 245 vto.): «Esta comedia es de Alonso de Heredia, autor de comedias, y se sacó en Zaragoza el mes de Abril de mil y seiscientos y veinte cinco años, y por la verdad lo firmó de su nombre. —*Alonso de Heredia.*»

En protección y como amparo de ellos.
¿Qué respondió? ¿Aceptólo?

DUQUE.

Está corrido
Y ofendido; sintiólo con extremo.

CARLOS.

Acaben de pagarme los Estados,
Y la diputación á mis tudescos;
Iréme yo á Alemania; ya, ¿qué aguardo?
Ya aquí no hay guerra, ya no hay españoles
Ni puede haber naciones extranjeras.
Yo al rey Filipo, mi señor, servía,
Por ser todos los Fúcares, mi sangre,
Hechura suya y sus aficionados;
Pero ya que faltó el servirle, quiero
Dejar á Flandes.

DUQUE.

Señor Carlos Fúcar,
Yo pienso que las cosas van de modo
Que os habrá menester Flandes y Gante.

CARLOS.

¡Yo contra España! ¡Yo enemigo de Austria!

DUQUE.

Mirad que está mi hermana de por medio;
Seréis cuñado mío.

CARLOS.

No podía
Llegarme á los oídos nueva alguna
Que más me enterneciera y ablandara;
Bastante es de tu hermana la belleza
Para mudar el ánimo de un Héctor;
Mas porque vea el mundo quién es Fúcar,
¡Ojalá vuestra hermana fuera Porcia
En la firmeza, Elena en la hermosura,
Diana en el recato, y Policena
En calidad, en el tesoro Dido,
Minerva en el saber, Juno en el nombre,
Y en fin, para acabar, la misma Venus
En el donaire, para que tuviera
Más que dejar, dejando estos deseos
Por no ofender al Rey que he defendido
Siguiendo con sus gajes su partido!

Vase.

DUQUE.

Vete, soberbio alemán;
Que no faltará quien siga
Aún contra el señor don Juan
La conjuración y liga
En que estos reinos están.
El Mequetrefe, corrido
De que en la entrada no osó
Matalle, está apercibido,
Y hoy le matara si yo.....

Dentro ruido.

Quedo, que siento rüido;
Y como es mantenedor,
Debe de entrar el primero.
¡Ah de la guarda!

Sale un alabardero.

GUARDA.

¡Señor!

DUQUE.

Haced plaza, alabardero,
Porque se vea mejor

Entran D. Juan y Otavio Gonzaga, en posta si es posible.

DON JUAN.

Duque, ya ha llegado al puerto
El engaño de los dos.

Descúbrese el Duque.

Podéis estaros cubierto:
¿Para qué es el descubriros (1),
Cuando yo os he descubierto?
Ya sé que de la opinión
De los Estados estáis,
Y que vos, en conclusión,
No es mi honor el que guardáis
Sino el de vuestra opinión.
En mi vida he deseado
Hacer de enemigo amigo,
Sino á vos; ved si he fiado
De vos, vos mismo testigo,
La vida, el honor y estado;
Pero llega el rompimiento
Destas gentes á tal punto,
Y es tanto su atrevimiento,
Que en huir de todo punto
Pienso que está el vencimiento.
En la comida procuran
Atosigarme, en las fiestas
Contra mi hermano conjuran;
Mis clemencias son molestas
Á los que más aseguran.
Del bien hecho sacan mal,
Lo que prometen dilatan;
Del villano al principal,
Todos me entierran y matan,
Y yo me estoy inmortal.
Mas todo esto, aunque era harta
Causa, fuera medio vano;
Que nada de vos me aparta
Si el Rey, mi señor y hermano,
No me enviara esta carta.
Y aunque esto me escribe á mí,
Quedará justificado
En mudarme yo de aquí,
. . . .
. . . . (2)

Enséñale D. Juan una carta.

---

(1) Falta la rima.
(2) Siguen dos versos ininteligibles, que dicen al parecer:

Que alcanzar ofistolado (sic)
Cortas es tu cura hoy.

Esta la sortija ha sido
Que tantas trazas me cuesta
Para no ser ofendido,
Y éste es el fin de la fiesta
Que Bruselas ha tenido.
El que formare querella
De mí, no tendrá razón,
Si considera con ella
Que huyo de la ocasión
Por no poneros en ella.
Estas postas prevení
Para sortija; harto buena
La corre hoy España en mí,
Pues que sin peligro y pena
Llegaré á Namur ansí,
Adonde ya está tomada
Del castillo posesión,
Bien secreta y recatada,
Sólo para ejecución
Del fin de aquesta jornada.
Entretanto, Duque, haced
Como quien soy, y creed
Que os estimo lo que callo;
Ved de qué rey sois vasallo
Y quién es Dios y su fe.
Y reprimid la insolencia
Que á esos herejes declara,
Pues ya tienen experiencia
De aquella risueña cara
Que les mostró mi clemencia,
La cual es tanta, y codicia
Tanto enfrenar su malicia,
Que fué menester volver
Las espaldas para hacer
Descubrirse mi justicia.
Y pues que mi amor publica
Tanta paz, ¿por qué á su agravio
La guerra á esta tierra aplica?
Adiós, Duque: pica, Otavio.

OTAVIO.

¿Dónde?

DON JUAN.

Á Namur: pica, pica.

Vanse corriendo.

DUQUE.

Corrido quedo, y con razón corrido.
¡Cómo con cortés término ha afeado
Los bajos pensamientos que he tenido,
Y de quien soy, así he degenerado!
Pero ¿qué digo, loco, sin sentido,
Si ya por enemigo declarado
Su pecho está del de Linod? ¿Qué espero?
¡Muera en campaña, que matalle quiero!
Pero ¿agora aquí música? ¿Qué es esto?
Mons de Cleu es, que entraba de aventura
A la sortija y acordado puesto.
¡Á bonísimo tiempo entrar procura!
Espérate, y haréte manifiesto
El triste fin y nueva desventura
Que amenaza á mi Estado y á mi espada.
¡Arrogante invención y brava entrada!
Vienen aquí tres Césares vestidos
Á lo romano, y tiran á porfía
De un mundo, á cuyo honor son promovidos,
Y en cada cual la letra dice: «Mía
Es la esperanza.» Tres son persuadidos
Á que es suya la humana monarquía,
El honor, el esfuerzo y el linaje,
Y todos pueden dalle vasallaje.

Sale Mons de Cleu de máscara, y tres Césares con un mundo, entre los tres asido.

Vuestra Excelencia sea bien llegado,
Bien adornado y bien apercibido,
Que á bonísimo tiempo aquí ha entrado;
En ocasión bonísima ha salido
Del mundo, pues el mundo le ha engañado;
El de Austria, de las fiestas se ha huído
Usando de las postas y las fiestas
Con cautela: mis penas son molestas.

Salen tres Césares tirando de un mundo, y Mons de Cleu con él en la mano.

MONS DE CLEU.

Huyó el señor don Juan.

DUQUE.

Huyó, sin duda,
Á Alejamburque y á Namur, ¡ah, cielo!
Pero ¿qué importa que el favor le acuda
Del Rey de España, ni del ancho suelo?

MONS DE CLEU.

No hay verdad cierta, ni hay lealtad en duda;
Prenderélo en campaña, y mataré lo.
Por éste y otros callo mi alegría, (Aparte.)
Que mi ambición no sufre compañía.
Como, escondido el sol, queda la luna
Dando luz á la tierra, aunque prestada,
Quedo sin mi contrario, y mi fortuna
En lo más alto es ya levantada.
Desde los años de mi tierna cuna
Me está la majestad pronosticada
De estos Estados, títulos y nombre,
Y hoy se confirma con el irse este hombre.
Él será causa de traiciones, muertes,
Robos, insultos y terribles daños.
Yo he de ser otro hijo de Laertes
Contra la pobre España, en pocos años.
¡Tomad todos las armas, haceos fuertes,
Echemos de la tierra los extraños!
¡Al arma, Duque!

DUQUE.

¡Guerra!

MONS DE CLEU.

El regocijo
Se torne en el dolor que él mismo dijo.

Vanse.

Sale D. Alonso de Vera, y Arcila en hábito de hombre.

DON ALONSO.

Haces un galán soldado.

ARCILA.

Y hago un esclavo herrado.

DON ALONSO.

Culpa á tu padre cruel,
Y no á la voluntad fiel
De quien el alma te ha dado.
Ya, amiga, los españoles,
Que de la guerra son soles,
Vienen á largas jornadas,
Sirviéndoles las celadas,
Contra el sol, de quitasoles;
Ya la indomable nación
Camina á jornadas grandes,
Seis mil en un escuadrón,
Para que vuelva á ver Flandes
Quién los españoles son.
Agora, amiga, tendremos
Libertad y honra.

ARCILA.

Y ¿vendrán.....

DON ALONSO.

Esta semana.

ARCILA.

¿Sabremos
Qué gente?

DON ALONSO.

Ya lo dirán
Estas cartas que tenemos.

ARCILA.

Digo, si viene nobleza
De España, si traen riqueza.

DON ALONSO.

El ánimo traen de allá;
Dinero, darlo han acá.
Ésta lo dirá.

ARCILA.

¡Ah, sí! Empieza.

DON ALONSO.

Este capítulo basta.

Lee una carta para sí.

ARCILA.

Con eso pondrán de nuevo
Freno á los rebeldes.

DON ALONSO.

¿Cómo?
El español hierro y plomo
Pide más cólera y cebo.
Freno al infierno pondrán
Los que vienen al abismo,
Y sacarán asimismo
En paz al señor don Juan;
Que sin ellos, habrá sido
Como en ajeno poder.

ARCILA.

Ahora bien: yo, ¿qué he de hacer
Contigo en este vestido?
¿No fuera mejor que fuera
Yo á la casa de mi padre
Y de mi difunta madre,
En la herencia sucediera,
Y tú, con galas y pajes,
Pues que mi padre te estima,
Fueras de mi honor la prima,
Y de otros muchos linajes,
Y hecho rey en mi tierra,
Siendo cortés y sagaz,
Gozáramos de la paz,
Viendo de lejos la guerra?
¿Dónde vamos? . . . . (1).

DON ALONSO.

. . . . ¡Á morir
Cuando importare al honor
Y á don Juan, que es mi señor!
Soy noble; voyle á servir.

ARCILA.

¿No ves que ya te ha excusado
El ser casado conmigo?

DON ALONSO.

Eso, si fuera yo amigo,
Ya por casado ó cansado.....
¿Eso se ha de oir de ti,
Siendo mujer de español?
El valor, de quien soy sol,
¿Por ser tuyo le perdí?
Antes, por ser tuyo espera
Mi honor mayor valor luego;
Que es muy natural del fuego
Dar mayor luz en su esfera.
Y llevando tu consuelo,
Y el lado para morir,
Como eres mi cielo, es ir
El sol en el cuarto cielo.
Perdona que me hice sol,
Siendo tu cielo mi instancia.

ARCILA.

Es natural la arrogancia
En el ánimo español.
Ahora no quiero más toca,
Soy á tu lado soldado;
Que de lo que te he tratado
Se me ha pegado el ser loca.
Muramos en el servicio
Del señor don Juan y España;
Sea pública esta hazaña
De quien hoy damos indicio.
¡Vamos!

DON ALONSO.

Mas hay que ir..... ¡Detente!
El señor don Juan está
Pobre.

ARCILA.

Pues ¿quién le hará
Rico?

(1) Doce renglones rotos é ilegibles, según nota del copista italiano.

DON ALONSO.

El ingenio y la gente.
Tristes seiscientos ducados
Estos días no ha tenido;
Que á tenerlos, es sabido
Que no estuvieran cercados
En el castillo, do están,
El y sus criados.

ARCILA.

Cierto.

DON ALONSO.

El caso me ha descubierto
Quien habló al señor don Juan.

ARCILA.

Pues ¿qué pretendes?

DON ALONSO.

Querría
Llevárselos.

ARCILA.

¿De qué modo?

DON ALONSO.

También te lo diré todo;
Óyeme, ¡por vida mía!
Quiérole hacer creer
Á algún mercader de nombre,
Que eres mi esclavo y muy hombre,
Y que no eres mi mujer;
Y pediréle prestados
Dineros sobre..... Mas, ¡cielo!
El empeñarte recelo.

ARCILA.

De conocer ahora acabo
Que es el ánimo español
Sol de lealtad en su ensayo,
Porque es pestilencia, es rayo,
Si ve obscurecer su sol.
Sosiega, pierde el temor,
Que mis arcas joyas tienen.
Pero..... Gente siento.

DON ALONSO.

Vienen
Un villano y labrador.
Veamos quién son, aparte.

Sale Ircana en hábito de hombre, y Fabia, su criada, con dos cestos cubiertos de hierbas.

IRCANA.

Tarde llegué: algo me corro,
Pero bien se hizo el socorro.

FABIA.

Fué tuya la industria y arte.
Gente hay aquí.

IRCANA.

¡Ay, Dios! ¿No son
Arcila y Vera? Es ansí.
El viejo enojo perdí,
Y á Arcila cobré afición.
Y don Alonso es honrado,
Y él me pondrá con seguro
En la parte que procuro,
Sin temer tanto soldado.

DON ALONSO.

Quiérolos reconocer.

ARCILA.

Rapaces parecen.

DON ALONSO.

¿Dónde
Vais, villanos? No responde.

IRCANA.

¿Cómo te he de responder?
Que aunque es de villano el traje,
No hago del nombre cuenta,
Si el nombre no se me asienta
En la sangre ni el linaje.

ARCILA.

Basta, que tiene el villano
Brío; déjame llegar,
Que yo le haré hablar.

IRCANA.

Á espacio. ¿Á dó vais, hermano?
¿Á quién iréis á hablar vos,
Aunque os hagáis más del bravo?
Á espacio, hermoso esclavo,
Que patas (1) somos los dos.

ARCILA.

¿Qué dice el rústico?

IRCANA.

Digo,
Que vuestra cara me obliga;
Que sois mejor para amiga,
Que seréis para enemigo.

ARCILA.

Pues ¿quién sois, que conocéis
Tanto tan sin embarazos?

IRCANA.

Pues que os ofrezco mis brazos,
Arcila, ¿qué más queréis?
Vaya, fuera la mancilla
De nuestra queja liviana:
Dad esos brazos á Ircana,
Querida y amada Arcilla.

ARCILA.

De conoceros no acabo.

IRCANA.

Reconocedme mejor.

ARCILA.

¿Qué es esto, mi labrador?

IRCANA.

¿Qué es esto, hermoso esclavo?

ARCILA.

Don Alonso, Ircana es.

DON ALONSO.

¡Señora, extraño disfraz!

IRCANA.

Es una invención sagaz
Y un buen donoso entremés;
Que el amor, que es inventor
De pruebas de hidalguía,
Do hay nobleza y cortesía,

(1) *Sic.*

Le dió esta traza al honor.
Yo supe que en el castillo
De Namur Su Alteza estaba,
Y necesidad pasaba;
Y apenas alcancé á oíllo,
Cuando, tomando este traje
Y á Fabia, esta mi criada,
De villano disfrazada,
Y disfrazado el lenguaje,
Pusimos en estos cestos
Mis joyas, y hasta diez mil
Escudos; y en forma vil,
De heno y hierba compuestos,
Les llegamos á vender
Mantecas frescas: y allí,
Luego á conocer me dí,
Y dí á Su Alteza á entender
Quién era, y lo recibió.
Y está tan agradecido,
Que en mi vida me ha ofrecido
Lo que agora me ofreció:
De que honraría mi casta
Cuando esta guerra concluya;
Que esta palabra, en ser suya,
Para ser más que obra, basta.
Volvimos, sin entendello
Mas de los tres en el muro.
Mas ya está rico y seguro
Su Alteza después de aquello,
Que el de Barlamón le lleva
Doce mil escudos; y es
Serville el propio interés
Que el honrado Conde aprueba.
Mas ya nada ha menester,
Porque el socorro ha llegado
De España, y tanto soldado,
Que hay en Flandes bien que ver;
Tanto príncipe, tanta arma
Contra el flamenco interese,
Con Alejandro Farnese,
Nuevo Príncipe de Parma,
Su valeroso sobrino.
Y don Gabriel Niño muestra
Ya del socorro la muestra,
Y le sale al camino (1).
Desde aquí verle podemos.

DON ALONSO.

Mucho, Ircana, os debe España;
Muy de reina es vuestra hazaña.
Si en paz los países vemos,
Pienso que Austria os dará estado,
Si vive el señor don Juan,
Tal, que aquí os envidiarán
Esos que os han murmurado.

ARCILA.

¿De qué Porcia se contó
Fe en pruebas tan conocidas?
Vos, á muchos diste vidas,
Y ella una vida quitó.
Por tragar ella una brasa,
Ved lo que de ella se cuenta,
Y vos tragáis el afrenta
De dejar á vuestra casa.
¡Buena Porcia sois, Ircana!

IRCANA.

¡Arcila, el honor empeño!

ARCILA.

Si os saliere malo el dueño,
Salga mi esperanza vana.

IRCANA.

Fabia, vete á descansar.

FABIA.

¿Llevo los cestos? Colige
Lo que hay en casa; me aflige
Sólo, señora, en pensar
Que quedas.....

Tocan cajas.

Mas ¿qué són fiero
Es éste?

IRCANA.

Los españoles,
Del mundo y de España soles.

ARCILA.

Pues veámoslos primero
Volver á Flandes, y ser
Del señor don Juan.....

DON ALONSO.

¿Queridos,
Regalados?

ARCILA.

Recibidos;
Que eso iba á darte á entender.

DON ALONSO.

Veamos de buena gana,
Que por verlo asistiré,
Y luego te llevaré
Cas de mi señora Ircana,
Donde quedarás guardada
Del peligro de enemigos;
Que yo he de ir con los amigos
Á esta primera jornada.

IRCANA.

Muy bien mi casa aventajas.

ARCILA.

Tú nos haces mil favores.

FABIA.

Dejen allá sus amores,
Y oigan las trompas y cajas.

Salen todos los soldados, y D. Juan de Austria, Sancho de Avila, Mondragón y D. Alonso.

DON JUAN.

Leones, dadme los brazos,
Prendas de mi honor amadas;
Que cuanto vuestras espadas,
Estimo vuestros abrazos.

MONDRAGÓN.

Aquí tiene Vuestra Alteza

(1) No es verso.

La flor de España.

SANCHO.

¡Ah, señor!
España le tiene amor.
¿Qué le dije? La nobleza
Desta gente le ha vendido.
Y ¡voto á Dios, que importara
Que yo viera cara á cara
Esos que se han atrevido,
Herejes sin españoles
Que los domen! ¡Déjenme!

DON JUAN.

Sancho de Ávila, ya sé
Que sois de la lealtad soles.
Don Lope de Figueroa,
Este Príncipe de Parma,
Es gran pecho y gentil arma.

PRÍNCIPE.

Desde Milán á Lisboa
Es un hombre celebrado.
Y don Gabriel Niño.....

DON JUAN.

Cierto,
Primo y señor, que despierto
De un grave sueño y pesado:
Yo conozco que dormí.
¡Oh, mis españoles caros,
Dejad, volveré á abrazaros,
Honraré á todos ansí!
¡Ah, valerosa nación,
Quién para cada bandera
De las que traéis, tuviera,
Amigos, un corazón
Donde dar alojamiento,
Del menor cabo de escuadra
Al caporal de la escuadra! (1)
Ved que tanto es mi contento.
Y por el Rey, mi señor
Y hermano, os juro que agora,
La voluntad que os adora,
Hoy os cobra tanto amor;
Que no quedaré jamás
Sin españoles al lado,
Esté desnudo, esté armado:
Ya no más, por no ver más.

DON ALONSO.

¡Casi el rostro grave baña!
¡Cómo á sus soldados ve!
¡Ah, columna de la fe,
Muro del honor de España,
Vivas mil años sin cuento,
Goces victorias sin cuenta!

DON JUAN.

Hoy me sacará de afrenta
Vuestro nuevo alojamiento.

SANCHO.

Seis mil españoles son
Bastantes para vencer
El mundo.

DON JUAN.

Si han de ser
Como vos, tenéis razón,
Sancho de Ávila.

MONDRAGÓN.

Señor,
General es el deseo.

DON JUAN.

Cristóbal Mondragón, creo
Mucho de vuestro valor,
Y porque estoy informado
Que hacia Xenluis caminan
Los contrarios, que adivinan
El socorro que ha llegado,
Digo, su campo entendió
Vuestra venida hoy, y marcha,
Yo quiero dejar la marcha
Y á Lieja y Namur, y yo
En persona, reformando
El campo, ofrecerles quiero
La batalla yo el primero;
Y sepa de don Fernando
De Toledo si su tropa
De caballos está á punto;
Apréstese todo junto,
Que hoy va España viento en popa;
Don Alonso Leyva esté
Con su infantería en puesto,
Para la ocasión dispuesto,
Que yo les avisaré;
Camine don Bernardino
Y don Pedro de Toledo,
Con quien ya á mi lado quedo:
Saldré emboscado al camino;
Otavio Gonzaga, vos
No os dejéis llevar del pecho
En quien mil pruebas ha hecho
El valor que hay en los dos;
Que si no hay quien dé la falda
De la loriga, ó se acuerde
Si el mundo se gana ó pierde,
No sabéis volver la espalda,
Honor de Italia y valor
De Gonzaga: perdonad,
Sobrino, que esta igualdad
Da á los soldados su honor,
Si estando presente quien
Es de Italia y Parma Marte,
Le trate á Otavio de este arte,
Porque sé lo que es muy bien.

PRÍNCIPE.

Ha dado Su Alteza á Otavio
Gonzaga lo que merece.

OTAVIO.

Su Alteza me favorece.

DON JUAN.

Pienso que á ninguno agravio.

DON ALONSO.

¿Qué Alejandro ó Julio César
Tuvo tal mano y espada?

(1) Consonante repetido.

ARCILA.
¡Oh, prenda de España amada,
Rama de aquel quinto César!
Por cierto gran confianza,
Á todos el alma toca.

IRCANA.
¡Ay, hermana, que estoy loca
De lo que Su Alteza alcanza!
Á manos de su amor muero
Por no merecer gozalle.

FABIA.
Pues yo, sólo de escuchalle,
Más que á mi vida le quiero.

DON JUAN.
Marche el campo donde digo,
Pues el eco nos responde
Que venceremos.

SANCHO.
¿Adónde?

DON JUAN.
En busca del enemigo.

Vanse D. Juan y sus soldados.

DON ALONSO.
Aquí no hay más que esperar.
Arcila, la fe española
Esta ocasión acrisola;
En ella me he de hallar;
Abrázame y considera
Que te adoro.

ARCILA.
Aunque te adoro
Como mi alma, no lloro,
Acompañarte quisiera;
Mas como me has enseñado
Á ser hombre en el sentir,
Aunque estoy para morir,
Te dejo partir honrado,
Porque vayas do el valor
De España lleva su intento,
Que dar á tu honor aumento,
Ese es verdadero amor.
Vé en buen hora, parte, llega
Donde va tu General;
Esposo amante, leal,
La espada á tu brazo entrega;
La rebelde gente humilla,
Para que con su victoria
Viva rica en tu memoria
Tu firme y querida Arcilla;
Que te juro por la fe
Que cuando te amé te dí,
Por el alma que rendí,
El amor que te entregué,
Y por las tiernas razones
Que hasta mi oído han llegado,
Do tu lengua ha confesado
Ser uno dos corazones,
De no levantar los ojos
Que tu gloria solían ser,
Hasta alzarlos para ver
Los conquistados despojos.

IRCANA.
Vámonos, que yo estoy cierta
De don Alonso: partamos.

FABIA.
Si de aquí no la llevamos,
¡Buena tela hay descubierta!

Salen las mujeres y queda D. Alonso.

DON ALONSO.
Don Alonso de Vera es mi apellido,
Y agora verá el mundo si en las veras,
Que marcharé debajo las banderas
Que España á Flandes nuevas ha traído;
Verá si fuí soldado, y que nacido
Casi entre las escuadras y hileras,
Que siempre fué mi espada en las primeras,
Á matar ó morir apercibido;
Y hoy verá el mundo, pues lo manda Arcila,
Gloria de honor y de mi fe la gloria,
Si con razón por verme el rostro baña,
Si á los herejes don Alonso humilla,
Y si se ve en las armas su memoria
En la defensa de su madre España.

Éntrase.

Sale D. Juan con un Cristo en la mano, y tocan arma.

DON JUAN.
¡Arma, gallarda nación!
¡Mueran hoy por vuestra mano
Los de contraria opinión,
Si es Rey, mi señor y hermano,
Muro de la religión!
¡Dios mío, no os pido aquí
Victoria porque de mí
Se diga, para mi gloria
Y honor, que tuve victoria
Y á estos herejes vencí;
Pídoosla porque sois Dios,
Y porque digan que vos
Sois Dios y que dais honor
A quien os sirve, Señor!
¡Ea, venzamos los dos!
¡Cristo, Dios-Hombre, mostrad
Vuestra clemencia y bondad!
¡Ea, españoles, seguid
El alcance, andad, oid,
Peleemos, pelead!
Pero en esta encrucijada
Destos caminos veo luz.....

Aparécese una cruz en el aire con una saeta atravesada, con sangre.

Una cruz hay asentada
Sobre una piedra. ¿Si es cruz?
Cruz es, aunque maltratada.
Espántome, que han dejado
Cruces: algunos herejes;
En el campo se han hallado.

Señor, los tuyos no dejes;
Mira este tu pueblo amado,
No la flamenca nación,
Porque los más dellos son
Católicos; otras gentes
De naciones diferentes,
Que van en este escuadrón,
Son herejes, y podrían
Maltrataros, cruz hermosa.
¿Cómo de vos se desvían,
Cama santa y milagrosa?
Mis brazos llevar querrían
Vuestro peso soberano,

Llégase á ella.

Y poneros en mi tienda;
Mas ¡ay! ¿Qué tirana mano,
Tan sin respeto ni rienda,
Qué vil brazo luterano
Esta jara, esta baqueta
De alguna infame escopeta,
Por vuestro tronco pasó?
¿Qué bárbaro se atrevió,
Ciego con su infame seta,
Cama de mi Dios, á vos?
¡Se atreven contra mi Dios!
Esta desvergüenza sea
Castigada, que es muy fea;
Volvamos por vos los dos,
Cruz, arma de Dios sagrada.
Señor, ya ésta es gran malicia;
Sacad, Dios mío, la espada
De vuestra inmensa justicia:
La mano descomulgada,
Quede en el campo tendida.
¡En la cruz de Dios herida!
Hoy te venceré, enemigo;
Que si Dios está conmigo,
¿Quién hay que el vencer me impida?
Cruz, yo os prometo morir
Buscando el brazo cruel
Que os pudo tocar ni herir,
Y entretanto, prenda fiel,
Dentro quiéroos cubrir;

Cúbrela.

Pues ya vive en mi memoria
Vuestra injuria, ya me enciendo,
Viendo pena en vuestra gloria;
La causa de Dios defiendo.
¡Victoria, hijos, victoria!

Éntrese.

Sale Arcila sola, de dama.

ARCILA.

No hay dolor con tal rigor,
Que no alivie del tormento
Algún instante ó momento,
Sino es el dolor de amor.
Porque en ausencia el temor,
Los celos en competencia,
Con el desdén la inclemencia,
Y con la afición el fuego;
Ni hay en quien ama sosiego,
Ni en quien espera, paciencia.
Yo espero de la victoria
Y el rompimiento, la nueva:
Tras la esperanza, me lleva
Este temor la memoria.
Yo hago acá muy notoria
La victoria aún no sabida,
Y á la persona herida
De don Alonso, mi amado.
¡Oh, esperar desesperado,
Verdugo de nuestra vida!

Sale Ircana muy contenta, de dama.

IRCANA.

¡Albricias, Arcila!

ARCILA.

Pues
¿Tú me las pides á mí,
Señora?

IRCANA.

De este interés,
Buena parte te va á ti;
Tuya la ganancia es:
El señor don Juan venció,
Tu don Alonso ganó
Nombre y lauro valeroso.

ARCILA.

Hasta velle no reposo.

IRCANA.

Quien el caso me contó,
Sabe bien lo sucedido:
El hereje va vencido,
La mayor victoria fué
Que el Rey de España y la fe
En esta tierra han tenido.
Cuatro estandartes cogieron
De hombres de armas, las banderas
De infantería perdieron,
Y de esas naciones fieras,
Siete mil y más murieron:
Jamás se vió vencedor
En los Países venciendo
Con menos pérdida.

ARCILA.

¡Honor
Aumenta España!

IRCANA.

Pretendo
Ver á don Juan mi señor,
Y pedille las albricias.

ARCILA.

Y ¿qué tales las previene?

IRCANA.

¡Ea, no digas malicias!

IRCANA.

Mas mi don Alonso viene;
Dalas si darlas codicias.

Sale D. Alonso muy triste.

Amigo del alma mía,
Esposo y señor, ¿qué es esto?
Con tal victoria en tal día,
¿Vos venís con mustio gesto
Á ver con melancolía.....
Pues ¿cómo tan desabrido?
¿No me abrazáis?

IRCANA.

¿No vencistes?

DON ALONSO.

Ya te abrazo; ya vencimos,
Y victoriosos venimos.

ARCILA.

Pues si vencistes, ¿qué ha habido?

DON ALONSO.

¿Qué ha de haber? Quiere mostrar
La fortuna que es ninguna
Su constancia; quiere dar
Á entender hoy la fortuna,
Que es firme en causar pesar.
Hoy, tras de habernos honrado
Con la victoria que ha dado,
Pinta con este disgusto
Lo que hay que fiar en gusto
Ni hay que fiar en estado.
Hoy está firme y ya agrada,
Con la muerte conjurada;
En enseñarnos porfía,
Que es la mayor alegría,
Toda soñada y prestada.

IRCANA.

Pues ¿quién se quiere morir?

DON ALONSO.

No sé si lo ose decir,
No sé si lo ose contar;
El honor quiere saltar,
La verdad quiere huir;
Del mundo huye el consuelo,
La guerra deja el valor,
La corte deja el favor,
La majestad deja el suelo;
Todas estas cosas dan
Indicio de que se van
Para que más mal suceda,
Pues hay más mal, y es que queda
Enfermo el señor don Juan
En una pobre casilla
Del fuerte, en medio su armado
Ejército, que es mancilla
De la muerte: el mal le ha dado.....

IRCANA.

¡Jesús! ¡Que me muero, Arcilla,
Tenme!

Cae desmayada.

DON ALONSO.

Por eso callaba.

ARCILA.

Y fuera mejor, por cierto.
¡Desgracia y desdicha brava!
Si él muere, el mundo se ha muerto,
El bien y el honor se acaba.

DON ALONSO.

Anímala.

ARCILA.

¿Qué haremos?

IRCANA.

¡Ay, fruto cortado en flor!

Vuelve en sí.

¡Ay, infelices extremos!
¡Ay, don Juan! ¡Ay, mi señor!
¡Ambos juntos moriremos!

DON ALONSO.

Ya es por demás: allí están
Médicos de cielo y suelo;
Hoy lo imposible harán.

IRCANA.

¡Ay, mi gloria! ¡Ay, mi consuelo!
¡Cielo del cielo! ¡Ay, don Juan!
Vamos donde el accidente
Tiene en la cama al terror
Del Oriente y del Poniente.

DON ALONSO.

Si has de templar el dolor
Y has de hablalle cuerdamente,
Serviréte de escudero.

IRCANA.

Vamos, que mostrar hoy quiero
Que soy cristiana y soy suya.

ARCILA.

Con esa presencia tuya,
Al mayor valor espero.

Salen Sancho de Ávila y Carlos Fúcar.

CARLOS.

Al fin, el padre Orontes ha insistido
Que se le dé la Extremaunción al punto;
Su Alteza con instancia la ha pedido,
Dice que se imagina ya difunto.

SANCHO.

¡Cuerpo de Dios! ¿Á qué habemos nacido?
Hé aquí un hombre que del mundo junto
Llevó victoria, y tiembla dél la fama,
Y helo aquí expirando en una cama.
¿Para qué es la riqueza ni el tesoro?
¿Para qué es la corona ni el estado?
Vencer el Turco, encadenar el Moro
Y dejar el hereje aquí abrasado;
Y cuando hecho un hombre en cosa toda,
De amigos y enemigos garrochado,
Muestra que es hombre valeroso y fuerte,
Llega y le lleva á su pesar la muerte.
Pues digan, ¿muere viejo, ó de treinta años,
En la edad mejor que siente ausente,
Ó muere peleando con extraños,
Sino de un lento mal, de un accidente?
¡Ah, médico cruel, viles engaños

De botica, pesar de quien consiente
Médicos ni botica! ¡Que tal vida
Se confíe de ciencia no sabida!
¡Cuerpo de Dios! Y ¿Dios hoy no pudiera.....
Iba á decir..... Estoy de apasionado
Tal, que contra el infierno me opusiera:
¡Por dalle vida, el mar pasara á nado!

CARLOS.

Señor Sancho de Avila, quisiera
No haberle conocido en tal estado.
¡Flandes, entierras hoy por triunfo nuevo,
El Fénix de Austria, de la guerra el Febo!

Sale Otavio Gonzaga muy triste.

OTAVIO.

Su Alteza, que está expirando,
Tras de recibir la Unción,
Ha mandado echar un bando,
Que quiere ver su escuadrón,
A Dios por ellos rogando.
Esa cortina tirad.

Se descubre á D. Juan en una cama, y todos los capitanes.

OTAVIO.

¡Ea, señores, mirad
El Sol de Austria obscurecido!

DON JUAN.

Hermanos, prestadme oído;
Amigos, oí, escuchad.
Prométoos que he deseado
Morir por la santa fe,
Y por ella he peleado,
Y siempre mi intento fué
Dar á la Iglesia su estado.
El padre Orontes, á quien
Dije mis culpas, honró
Esta razón harto bien.
El perdón os pedí yo;
Perdóneme Dios.

TODOS.

Amén.

DON JUAN.

Yo ser clérigo entendí,
Pero no lo merecí.
El Rey, mi señor y hermano,
Como Príncipe cristiano,
Fió este cargo de mí.
Podéis á Su Majestad
Decille que con lealtad
Le he deseado servir.
Contento muero en morir
Con humilde voluntad;
No me desvanece fama
Del mundo que yo no gozo,
Yo le apaciguo esta llama,
Y parto alegre, aunque mozo,
Á dar cuenta á quien me llama;
No tengo de qué hacer
Testamento; mi señor
El Rey, ha de disponer
De mis criados mejor
Que yo sabré proponer;
Á él lo dejo encargado
Que no me olvide criado,
Que ya sé que ése es su oficio
Y me han hecho beneficio,
Y de veras los he amado.
Esto es cuanto á la hacienda:
Cuanto á la vida, de Dios
Es; Dios admita la enmienda.
Señor, recibilda vos,
Mi muerte no se suspenda
Si es que me halláis dispuesto.
Ya, cuanto á la vida es esto,
Mas cuanto al alma, Señor,
Yo he sido gran pecador
Y á vos os es manifiesto.
Perdonad á este don Juan
Que confiesa vuestra ley;
Á vos mis suspiros van;
Allá en mí señor el Rey,
Dejo muy buen capellán:
Él hará en las religiones
Por este alma pecadora
Las cristianas rogaciones.
Amigos, oid agora
Desta lengua dos razones:
Carlos Fúcar, yo he tenido
Vuestro casamiento en peso,
Y de Ircana muy servido
Cortésmente me confieso;
Esto como amigo os pido:
Con esa noble doncella
Os casad; que tengo de ella
Tanta fe en lo que ha importado,
Que á vivir y ser casado,
No casárades con ella.
No sé qué abono mayor.....

CARLOS.

Es hacella gran favor;
Tenlo de ella y no de mí.

DON JUAN.

Ella por vos me dió el sí.

CARLOS.

Será hoy mi mujer, señor.

DON JUAN.

Sancho, quiéroos encargar
Que siempre vuestra nobleza
Muestre ánimo singular.

SANCHO.

No me hable Vuestra Alteza,
Que estoy para reventar.
¡Cuerpo de Dios con la muerte!

DON JUAN.

Sobrino, Príncipe amado,
Este punto es trance fuerte;
El bastón que el Rey me ha dado,
Os lo encargo de esta suerte.
Tened vigilancia extraña,

Príncipe de Parma, y vos
Visitad nuestra campaña,
Ved que va el honor de Dios
Y que va el honor de España.

PRÍNCIPE.

Indigno sucesor queda,
Aunque yo haré lo que pueda
Con todas estas naciones;
Que hartas obligaciones
Quien nos heredare, hereda.

DON JUAN.

Dios dará á todos favor.
Diréis al Rey mi señor,
Otavio Gonzaga, en fe
De que aumentar deseé
La fe y aumentar su honor;
Que si acaso han merecido
Mis servicios algún día,
En las batallas que ha habido
Esta mortal monarquía,
Lo que le suplico y pido,
Que este cuerpo sea llevado
Á España, á do está enterrado
Mi padre el Emperador:
Goce aunque muerto el favor
De vivir muerto á su lado.

Á un Cristo que tiene en la mano:

Y vos, Cordero divino,
Cristo, Dios-Hombre, haced
Paso franco en el camino;
Rey sois; hacedme merced,
Que el dolor me quita el tino.
¡Terrible es esta agonía!
¡Jesús, piadosa María!
Rogad por mí á Dios, hermanos.
¡Mi Jesús, en vuestras manos
Encomiendo el alma mía!

Muere.

OTAVIO.

¡Ya la hoz de la muerte segar pudo
La bella espiga de oro de estas mieses!

MONS DE PRATE.

¡Ya el arado del rústico membrudo
Arrancó el lirio verde en tantos meses!

CARLOS.

Muerto queda el honor; el tiempo, mudo.

SANCHO.

No sé filosofías. Holandeses
É irlandeses, agora tendrán gusto,
Pues en Flandes murió el segundo Augusto.

PRÍNCIPE.

Retirad la cortina, y dése traza
Que se haga un famoso coliseo
Y un grande anfiteatro como plaza.
Celébrese el entierro cual deseo.

Tocan chirimías y sale España.

Mas ¿qué musica es ésta?

ESPAÑA.

En vano traza,
Príncipe, tu dolor tanto trofeo
Al hijo de este Carlos quinto vivo,
De quien España, tanta gloria escribo,
Porque aunque muere, queda don Juan vivo.
Aquí tiene..... (1)
Aquí á brazos abiertos hoy le espera
El valor de Alemania y de Castilla,
Que hizo temblar la mar y tierra entera.
No le enterréis con són que haga mancilla,
Ni arrastréis estandarte ni bandera,
Pues que tanta corona goza y gloria,
Dando fin al suceso de esta historia (2).

FINIS

---

(1) Cortado por el encuadernador.

(2) Al fin de esta comedia se halla la firma del corrector Martínez de Mora, y luego las siguientes aprobaciones:

Examine esta comedia, cantares y entremeses della, el licenciado Thomás Gracián Dantisco, y dé sus censuras. En Madrid, á 4 de Octubre, 1607 años.

Esta comedia del Señor Don Juan de Austria, no tiene cosa que offenda, y para más satisfaccion se dexó representar y no resultó inconvenientes. En Madrid, á 14 de Octubre 1606.

El Secretario, THOMÁS GRACIÁN DANTISCO.

Nã te esta Comedia cousa por onde se não possa representar. De Sto. Domingos de Lisboa, a 5 de Otubre de 1607.

FR. MANUEL COELHO.

Podesse representar.

(Sigue una firma que no hemos podido descifrar.)

EL ASALTO DE MASTRIQUE

POR EL PRÍNCIPE DE PARMA

LA FAMOSA TRAGICOMEDIA

DE

EL ASALTO DE MASTRIQUE

POR EL PRÍNCIPE DE PARMA

ACTO PRIMERO

FIGURAS DEL PRIMER ACTO

Alonso García.
Tapia. } *Soldados.*
Soto. } *Soldados.*
Añasco. } *Soldados.*
Campuzano.
El Duque de Parma.
Don Fernando de Toledo.
Don Pedro de Toledo.
Don Lope de Figueroa.
El Conde de Barlamón.
El conde Masflet.
Otavio Gonzaga.
Marcela, *dama.*
Aynora, *flamenca.*
Bisanzón, *tudesco.*
El capitán Castro.
Un castellano flamenco.
Un soldado flamenco.

Alonso García.

ALONSO.

Guerra, algún bellaco infame
Debió de ser inventor
De vuestra furia y rigor,
Aunque vuestra frente enrame
Laurel de inmortal honor.
Sufrir la escarcha del hielo
De Enero, al flamenco suelo,
Ó el calor de Julio en Libia,
No quita el valor, ni entibia
Los rayos del quinto cielo;
No el ver volar por el viento,
Entre los rotos pedazos
De las armas, pies ó brazos,
Caer cuerpos ciento á ciento,
Como pájaros en lazos;
Esto, ni espanta ni altera.
Mientras un hombre no muera,
Denle á comer y beber:
¿No hay más de andar sin comer
Tras una rota bandera?
¡Por vida del rey de espadas,
Que de España iba á decir,
Que no la pienso seguir

Sin comer, tantas jornadas!
Por comer, nos han de oir.
¡Pesia al caminar, amén!
Somos acá los vencidos.

Añasco, soldado.

AÑASCO.
¿Voces, Alonso? ¿con quién?
ALONSO.
Con esos hombres vestidos
De hierro, y con vos también.
Del primero que inventó
La guerra, Añasco, reniego.
AÑASCO.
¿Eso decís?
ALONSO.
¿Por qué no?
Y que la abrase mal fuego,
Pues que tanto mal causó.
AÑASCO.
Bien decís, que fué Luzbel
El inventor de la guerra.
ALONSO.
Heredó la guerra dél
Las desventuras que encierra.
AÑASCO.
Duro ejercicio.
ALONSO.
Cruel.
¿De qué le sirve al de Parma,
Que por don Felipe se arma,
Después de mil pareceres,
La encamisada de Amberes,
Y entrar en tocando al arma,
Degollar del fiero hereje
Tanta gente, y hombres tales?
¿De qué sirve que le deje
Quemados los arrabales,
Y que del muro se aleje,
Si allá qué comer no había,
Ni acá tampoco?
AÑASCO.
Callad;
Que ni á vuestra valentía
Conviene esa liviandad,
Ni á la patria vuestra y mía.
¿Un español de Toledo
Se queja de no comer?
ALONSO.
Luego yo, ¿sin comer puedo
Vivir?
AÑASCO.
Que no puede ser,
De todo punto os concedo;
Mas que no se ha de decir.
ALONSO.
Pues que no puedo vivir,
¿No me tengo de quejar?
Si no lo puedo excusar,
¿No lo tengo de pedir?
¿No come el Rey? Y ¿no come
Cuanto vive?
AÑASCO.
Así es verdad.
ALONSO.
Pues ¿cómo queréis que dome
Tan natural calidad,
Si no es que remedio tome?
Todo come, hermano Añasco;
Que todo perece luego,
En faltando el pan y el frasco;
La leña se come el fuego,
La mar se come un peñasco.
El aire come el olor
De las flores, y la tierra
Come el agua, y del humor
Que en sus entrañas encierra,
Da el trigo, el fruto y la flor.
Come el tiempo mil ciudades,
Come el olvido mil famas,
Come el sol mil humedades,
Come el pez al pez, las damas
Dineros y voluntades.
Come el orín el acero,
El juego come el dinero,
La poesía á más de dos,
Hasta la sarna ¡por Dios!
Come un estudiante entero.
AÑASCO.
Digo que tenéis razón;
Pero el Duque nos da ejemplo.
ALONSO.
¿No come el Duque?
AÑASCO.
No son
Las cosas que en él contemplo,
De tan vil estimación.
¿Qué vil soldado se trata
Más mal, quién con mayor brío
Un azadón arrebata,
Quién marcha al calor y al frío,
Quién á Alejandro retrata?
Cuyo nombre le fué puesto
No sin causa, pues ha sido
Otro Alejandro.
ALONSO.
Si en esto
Al de Parma he deservido,
Él me ha castigado presto.
Y aun lo cobra adelantado,
Pues sin comer he llegado;
Y si me atrevo á pedillo,
Me muestran aquel castillo,
De mil flamencos armado.
¡Pesia al castillo! ¿Soy yo
Culebrina, que he de entrar
Por el muro?
AÑASCO.
¿Por qué no?
Pues os han visto llegar
Donde el fuego no llegó.

¿No sois, Alonso García,
El que en cualquier batería
Suele arrojarse primero?

ALONSO.

Más querría un buey y un cuero
De Esquivias, ¡por vida mía!

Entre Campuzano.

AÑASCO.

Acá viene Campuzano.
Pues ¿qué dice el Duque, hermano?

CAMPUZANO.

Á consejo llama ahora.

ALONSO.

¿Á consejo? Luego ignora
La hambre deste cristiano.
Junte á comer, ¡pesia tal!
Y déjese de consejos.

CAMPUZANO.

No lo busca el Duque mal
Si con soldados tan viejos
Trata el bien universal.

AÑASCO.

Decidme á los que ha llamado.

CAMPUZANO.

Don Fernando de Toledo
Es el primero que ha entrado.

ALONSO.

Basta ser Toledo.

CAMPUZANO.

Puedo
Decir que es un gran soldado.
Don Lope de Figueroa,
Él á sí mismo se loa,
Y don Pedro de Toledo.

ALONSO.

Otro Toledo.

CAMPUZANO.

Bien puedo
Loalle de popa á proa.
Es Marqués de Villafranca,
Y hombre que, si la que ciñe,
Una vez del lado arranca,
De punta al pomo la tiñe,
Que nunca la vuelve blanca.

ALONSO.

De las guerras, yo os concedo,
Como en Toledo nacido,
Que no falta, decir puedo,
Ni señor deste apellido,
Ni soldado de Toledo.
Ved qué dos Toledos éstos.

CAMPUZANO.

Y vos, García, sois tres.
Llamó Alejandro con éstos,
Á Francisco de Valdés,
Todos de España, y tras éstos,
Cristóbal de Mondragón
Entró como coronel.

AÑASCO.

Todos españoles son.
Mas ¿á quién llamó con él?

CAMPUZANO.

Al Conde de Barlamón,
General, como sabéis,
Del artillería.

AÑASCO.

Creo
Que aquesta vez comeréis.

ALONSO.

Que coman todos deseo,
Aunque con hambre me veis.

CAMPUZANO.

El conde Masflet, Maestre
De campo general.....

AÑASCO.

Es
Hombre que, como le adiestre,
Pondrá más mundo á sus pies
Que un nuevo Colón le muestre.

CAMPUZANO.

También Otavio Gonzaga,
Que de la Caballería
Es General.

ALONSO.

Cuando haga
Consejo el Duque este día,
Mas que no tratan de paga.....
Quedo, que en la tienda están.

Tapia y Soto, soldados.

TAPIA.

Que, en fin, á consejo van.

SOTO.

¡Ojalá Farnesio intente,
Tapia, despedir la gente!

TAPIA.

Quedo; aquí nos lo dirán.
¿Sábese acaso, soldados,
Esto que Alejandro intenta
Por acá?

ALONSO.

¿Somos privados
Para que nos dé esa cuenta?

SOTO.

Vivimos tan maltratados,
Que si no hay remedio presto,
Daremos la vuelta á España.

CAMPUZANO.

Lo que se sospecha desto,
Es que intenta alguna hazaña
Donde se aventure el resto.

ALONSO.

Mándenos ir á buscar
De comer al mismo infierno.

Marcela, en traje de soldado.

MARCELA.

¿No acabamos de marchar?

ALONSO.

Aquí se están de gobierno;

No sé en lo que ha de parar.

MARCELA.

Á ti no se te dará
Mucho de que acá ó allá
Nos andemos deste modo,
Porque para ti está todo
Donde Serafina está.
Hoy, ¿la has hablado?

ALONSO.

¿Ha nacido
Persecución de los cielos?
¿Hay trabajo, ni le ha habido,
Como que le pidan celos
A un hombre que no ha comido?
Qué, sin comer, ¿puede ser
Amor loco y bachiller?
¿Quién sin comer no está mudo?
Mas desde que fué desnudo,
Se ha enseñado á no comer.
¡Oh celos, qué condición
Os dió la envidia, tan fiera!
Pero como pobres son,
Que entran adonde quiera
Y atajan cualquier razón.
¡Vive Cristo! ¡A no mirar
Que están aquestos soldados
Delante.....

MARCELA.

¡Qué lindo hablar!
¡Ah, celos averiguados!
¿Qué nombre les puedo dar?

ALONSO.

Marcela, ya me conoces:
¡Por vida del Duque, pues,
Que si te arrimo dos coces.....

MARCELA.

Averiguas con los pies
Lo que el amor con las voces.
Bien son todas tus acciones
De bestia.

ALONSO.

Quedo, Marcela,
Dejémonos de razones;
Que es azúcar y canela
De celos, dos bofetones.
Vete á alojar, que me incitas.

MARCELA.

Si es verdad que esta flamenca
Te agrada, y la solicitas,
Y en tu gusto soy mostrenca,
¿Por qué á otro gusto me quitas?
Déjame, que alguno habrá
Que por su prenda me estime.

ALONSO.

¡Ea, mi bien, bueno está!
¡Que una lágrima lastime,
Puesto que se finja ya!
¿Para qué, naturaleza,
En los ojos inventaste
Lágrimas, que á tal flaqueza
Á un roble, á un bronce obligaste,
Y más con tanta belleza?
Cuando quiere una mujer
Dar veneno á nuestros ojos,
Sus ojos hace llover.

AÑASCO.

¿No cesan esos enojos?

ALONSO.

Las paces habéis de hacer.

AÑASCO.

¿Por qué habéis los dos reñido?

ALONSO.

Celos flamencos han sido.

AÑASCO.

Pues no es éste buen lugar.

ALONSO.

Ni aun es bien hecho celar
A un hombre que no ha comido.

SOTO.

Que ya están todos allí.

TAPIA.

Y se tiene por muy cierto
Ir á Mastrique.

SOTO.

¿Es ansí?

CAMPUZANO.

Quedo; la tienda han abierto:
Escuchemos desde aquí.

Córrase una tienda ó cortina, y véanse, sentados, el Duque de Parma, armado, con bastón, y á sus lados D. Lope de Figueroa, D. Fernando y D. Pedro de Toledo, Otavio Gonzaga, el Conde de Barlamón y el conde Masflet; los soldados se arrimen al teatro.

PARMA.

Señores, ya habéis visto y advertido
En la poca asistencia, aunque con causa,
Que el Rey, nuestro señor, hace á este ejército;
También sabéis que los soldados todos
Han padecido innumerables penas
Y trabajos, que son intolerables,
Y de ser referidos imposibles;
Mayormente, los fuertes españoles,
Que en país tan remoto de su patria,
No tienen otro amparo que el del cielo,
Tengo temor que amotinarse quieren,
Porque la sed y hambre los aflige
Y ha mucho tiempo que la paga esperan,
Si no es que los empleo en algún sitio
De tierra, que pudiese la esperanza
Del saco entretenellos algún tiempo;
Para lo cual, ninguno me parece
Más conveniente sitio que Mastrique;
Es confín de Alemania, y juntamente
Del país de Lieje, donde están seguras
Las municiones, armas y otras cosas
Para cualquiera sitio necesarias:
Este es mi intento; el vuestro saber quiero.

DON FERNANDO.

Invictísimo Duque de Plasencia
Y generoso Príncipe de Parma,
Alejandro Farnesio, cuyos hechos

Obscurecen las glorias de Alejandro,
No hay hombre aquí, que por servir cual debe
La Majestad de nuestro rey Felipe,
Y á vos, que en su lugar estáis ahora,
No aventure mil vidas que tuviese.

PARMA.

¡Oh heroico don Fernando de Toledo,
Honor deste apellido, cuán al justo
Convienen las palabras con el nombre!

DON PEDRO.

Si busca Vuestra Alteza en los Toledos
El alma del deseo de servirle,
A las manos le pida, no á la lengua.

PARMA.

Don Pedro, de sus manos sois testigo.
¿Iremos á Mastrique?

OTAVIO.

Dondequiera
Que Vuestra Alteza mande, iremos todos,
Porque no hay voluntad sino es la suya.

PARMA.

¡Oh, buen Otavio! ¿Qué decís, don Lope
De Figueroa?

DON LOPE.

¡Juro á Jesucristo,
Que me admira y espanta Vuestra Alteza!
Vaya al infierno, y demos á los diablos
Una batalla, y ¡voto á Dios de hacellos
Huir más tierra que perdieron cielo!

PARMA.

Conde Masflet.....

MASFLET.

Comience Vuestra Alteza
El sitio de Mastrique, aunque es difícil;
Que todos moriremos en la empresa.

PARMA.

Conde de Barlamón.....

BARLAMÓN.

Las grandes cosas
Sólo se hicieron para grandes pechos;
Si se amotinan ya los españoles,
¿Cómo pueden mejor entretenerse?

PARMA.

Pues alto: vamos, con favor del cielo,
Á sitiar á Mastrique; vos, don Lope,
Con la Caballería, ó la más parte,
En la mano derecha iréis marchando,
Y don Fernando de Toledo lleve
La izquierda con su tercio y el que lleva
Francisco de Valdés, y los valones
Podrán acompañarle; que por medio
Yo iré con lo restante del ejército,
Por acudir á las dificultades.

DON PEDRO.

Pienso que el enemigo nos encuentre,
Que marcha en orden, y es mayor en número.

DON LOPE.

Si él nos encuentra, no se irá alabando
¡Por vida de don Lope! del encuentro;
Que aún no se habrá secado aquella sangre
De los que degollamos en Amberes.
Y ¡voto á Dios, que si en mi mano fuera,
Que no quedara vivo luterano!

PARMA.

Vamos: y sepan todos nuestro intento,
Porque marchemos con igual contento.

Ciérrese la tienda, y los soldados digan:

SOTO.

Parece que ya se van
De la tienda.

ALONSO.

El seso pierdo.

TAPIA.

¿Qué habrán hecho en este acuerdo?

AÑASCO.

De la paga tratarán.

ALONSO.

¡Si á mí me hubiera creído
La nación.....

CAMPUZANO.

Y aun más de dos
Son del parecer que vos
Habéis, Alonso, tenido.
¡Pesia tal con quien nos trae!
No cae en lo que padece
Gente que no lo merece.

ALONSO.

Quien no tropieza, no cae.
Pues ¡por vida de García
Y del soldado que veis,
Que algún día os acordéis
De lo que os dije algún día!
Señor Duque, de quien yo
Jamás un ducado tengo,
¿Sirvo al Rey, ó por quién vengo
Donde el diablo me engañó?
¡Bien haya el santo oficial,
Hormas, hierro, aguja é hilo,
Que se ríen del estilo
Del estrépito marcial!
¡Vive Cristo, que es un puto
El que se viene á la guerra
Á sembrar sangre en la tierra,
Que da en quejas todo el fruto!
Toma el hato, mochilero.
Guía á España.

MARCELA.

Eso me agrada.
¡Servir y no medrar nada,
Comer mal, vestir acero!
Vámonos, Alonso, á ver
Sábanas por estandartes.
¡Qué ejército como un martes
Mercado en Zocodover!.....
¡Vive Cristo, que reviento
De cólera!

AÑASCO.

No es razón
Que hasta saber su intención
Hagáis algún movimiento.

MARCELA.

¡Oh, qué gracioso soldado
De almíbar y agua rosada!
Sin dinero, todo es es nada;
¿Qué hará bien un mal pagado?
¡Oh letras, bien haga el cielo
Al que os inventó, que, en fin,
No hay estudiante tan ruin,
Que no le reluzca el pelo!
¿Cuál médico, mate ó cure,
No tiene bien qué comer,
Ó cuál hombre puede haber
Que escriba, prenda ó procure,
Abogue, juzgue, ó quien sea,
Que, en fin, no descanse ó viva?

ALONSO.

¡Oh guerra, soberbia, altiva,
Sangrienta, homicida y fea!
¡Que viva un cura mil años
Entre el frasco y el pernil,
Y que aquí un soldado vil
Muera por reinos extraños!
Acabóse: á España luego.

CAMPUZANO.

¡Vive el cielo, que acertáis!
Pues en Flandes os heláis
Y andáis cargados de fuego,
Tráigase él este mosquete,
Señor don Fernando el tío.

AÑASCO.

Por hambre, cansancio y frío,
Diga, ¿qué cielo promete?
Ea, que no hay que aguardar.

SOTO.

Con trompetas y atabales,
De Amberes los arrabales
Hizo quemar y abrasar;
Que sin duda imaginó
Que comían los soldados
Los luteranos asados
Que el fuego entonces quemó.
Pues no son los españoles
Caribdis, ¡borracho!

TAPIA.

Hablad
Mejor de su autoridad.

SOTO.

Dáseme dos caracoles.

ALONSO.

¿Cómo hablar? Es un bellaco
Á pagar de mi dinero.

CAMPUZANO.

Es un vinagre.

AÑASCO.

Es un cuero,
Y mayor ladrón que Caco.

ALONSO.

Quedo: tocan á marchar.

MARCELA.

Trompetas y cajas son.

CAMPUZANO.

¿Qué habrá sido la ocasión?

ALONSO.

Nunca tocan á pagar.

TAPIA.

Oid: todo hombre se arma;
Cosa que un sitio aperciba.

Dentro:

¡El duque Alejandro viva!
¡Viva el gran Duque de Parma!

Cajas y trompetas; éntre el capitán Castro.

TAPIA.

¿Qué es aquesto?

SOTO.

¿No lo ves?

ALONSO.

El capitán Castro viene.

CAMPUZANO.

Sin duda noticia tiene,
Pues de su cámara es.

CASTRO.

¡Ea, fuertes españoles,
Honra de nuestra milicia,
Los que volvéis por la suya
De Felipe, que os envía;
Los que de su patrimonio,
Que estos tiranos le quitan,
Cobráis las tierras con sangre
Y á costa de tantas vidas;
Los que tiene donde el sol
Peina cabellos de Tíbar,
Y donde un cristal los baña
Cuando amanece en las Indias!
Hoy, Alejandro Farnesio
Quiere que os volváis en Midas,
Dándoos un sitio que os dore
Las manos y la codicia.
Á sitiar vais á Mastrique:
Sólo vuestro bien le obliga,
Para que de vuestra mano
Cobréis deudas tan antiguas.
No le mueve mayor fama,
Ni mayor gloria le incita,
Que pagaros lo que os debe;
Y así, os ruega y os suplica
Vais como quien sois, y hagáis
Lo que de vuestra osadía
Tiene esperanza que haréis.

AÑASCO.

No más, Castro, no prosigas.
No tenemos qué te dar
De aquesta nueva en albricias,
Sino es el rogar al cielo
Que por largos años vivas:
Que premie el Rey tus servicios,
Para que tan bien le sirvas

En sus consejos de España,
Cuando en su corte residas.
Alejandro es gran señor;
Italia, España, lo digan:
Todas le ofrecen laurel,
Y ellas se ciñen de oliva.
¿Qué es Alejandro, soldados
Héctor?

SOTO.

Pirro.

TAPIA.

Micinisa.

MARCELA.

Cipïón.

ALONSO.

César.

CASTRO.

Pues alto:
Marchad, y ¡Alejandro viva!

Todos: ¡Alejandro viva! Y éntrense con cajas, y toquen trompetas, y salgan Bisanzón, tudesco, y Aynora, flamenca.

AYNORA.

¡Qué pesados celos tienes!

BISANZÓN.

¿Parécente muy pesados?
¡Cuán libre de mis cuidados,
Aynora gallarda, vienes!

AYNORA.

¿Con qué puedo asegurarte?

BISANZÓN.

Con no te apartar de mí.

AYNORA.

Y ¿estarás seguro?

BISANZÓN.

Sí.

AYNORA.

¿No estarás en otra parte?

BISANZÓN.

No.

AYNORA.

Luego ¿no hay confianza
En ausencia de mujer?

BISANZÓN.

No, que no hay són de querer
Á que no sepan mudanza.

AYNORA.

¿No me dices que me tienes
En el alma?

BISANZÓN.

Así lo digo.

AYNORA.

Luego siempre estoy contigo,
Cuando vas ó cuando vienes.
¿Qué importa verte ó no verte,
Si es más llano que la palma,
Que teniéndome en el alma
No puedo dentro ofenderte?

BISANZÓN.

Estás, por comparación,
Del gran amor retratada,
Que eres pintura colgada.

AYNORA.

¿Dónde?

BISANZÓN.

En la imaginación.
Mas como lo que ha de estar
Y en espíritu caber,
Otro espíritu ha de ser,
Y un alma en otra ha de entrar,
Quédasete el cuerpo allá,
Y otro cuerpo topar puedes
Donde sin alma te quedes
Mientras la suya te da.
Mas no gastemos quimeras
Ni me des, Aynora, enojos;
Que bien se te ve en los ojos
Que tú me quieres de veras.
Trasticot, que no ha de haber
En todo el campo español
Que no te parezca un sol;
Todos los has de querer.

AYNORA.

¿Tú me has visto con alguno
Desde que salí de Amberes?

BISANZÓN.

Tienes razón, no te alteres,
Que no has hablado á ninguno.
Porque pienso que son tantos,
Que alguno no puede ser;
Que es devoción de mujer
La fiesta de Todos Santos.

AYNORA.

Parte á buscarme qué coma,
Y déjate ya de hablar,
Porque no puedo marchar.

BISANZÓN.

Aliento, mi vida, toma
Hasta el castillo que ves,
Que allí el campo ha de hacer alto.

AYNORA.

Cuerpo de sustento falto,
No mueve á compás los pies;
Parte ó déjame, yo iré.

BISANZÓN.

¿No podemos ir los dos?

AYNORA.

No tengo aliento, ¡por Dios!
Ni puedo tenerme en pie.

BISANZÓN.

¿Cómo le tienes sin mí
Y me dices que te irás?

AYNORA.

El enfado que me das
Me ha obligado á hablar ansí.
¡Bueno es que te den cuidado
Los celos de una mujer,
Y no el darla de comer!
Tú eres lindo enamorado.

Así hay muchos, que con celos
El alma á comer darán,
Pero no darán un pan
Al dueño de sus desvelos.
Parte, y busca qué comer;
Si recelas, paga el plato;
Que no hay paño más barato
Que el gusto de la mujer.
Sin un jardín puede un hombre
Pasarse, y hace un jardín
De gran costa, y dale, en fin,
De entretenimiento el nombre.
Sin caza puede pasar,
Y gasta en perros y en aves
Su hacienda, aunque en hombres graves
Bien se puede perdonar.
Sin jugar pudiera ser
Pasara con más sosiego;
Que muchas veces el juego
Hace bajezas hacer.
Sin galas puede también;
Que con un vestido honesto,
Curioso, limpio y bien puesto,
Parece un hombre más bien.
Mas que sin mujer se acueste,
Ello es caso trabajoso;
Luego aquello que es forzoso,
Es barato aunque más cueste.

BISANZÓN.

Agora tu hambre creo,
Si es verdad que sutiliza
El ingenio.

AYNORA.

Mucho atiza,
Y que le adelgaza creo.
Y por los mismos efetos,
De necesidad forzosos,
Hay mil pobre ingeniosos
Y pocos ricos discretos.

BISANZÓN.

Voy, porque no apures más
Con la hambre el pobre seso.

AYNORA.

Vé, que ser tuya profeso,
Y donde estoy me hallarás.

Váyase Bisanzón.

Dura cosa es servir tirano dueño;
Grave, tener un pleito el juez airado;
Terrible, pobremente estar casado;
Triste, por ambición perder el sueño;
Fuerte, fiar la vida á un corto leño;
Necia, mandar al que ha de ser mandado;
Extraña, el libre en un papel forzado;
Cruel, sufrir el grande al que es pequeño;
Fiera el premio perder quien le merece;
Mortal, tener mujer propia á disgusto,
Y vil cosa, es pedir de ningún modo;
Pero asistir á lo que se aborrece,
Forzando el alma y esforzando el gusto,
Es muerte sin morir, que es más que todo.

Entre Marcela.

MARCELA.

Celos de aquesta mujer
Y de mi amado enemigo,
Me traen por más castigo,
Si mayor le puede haber,
Donde la hable y la vea,
Por ver si es tan linda cosa;
Que á veces suele una hermosa,
Hablando, parecer fea.

AYNORA.

En viendo algún español,
Se me va el alma tras él,
Que me parece que dél
Salen los rayos del sol.
Y éste ¡por mi vida! es tal,
De tal gracia, talle y brío,
Que diera por velle mío
Una corona imperial.
¡Qué bien se pone el sombrero!
¡Qué gallardo asienta el pie!
Pues si le hablo, yo sé
Que dirá que es caballero.
No hay cosa que le esté mal:
¡Qué bien puesta espada y daga!
Pues ¿qué le diré que haga?
Que no vuele á un ave igual.
Saben amar con regalos,
Y ya tan diestros están,
Que de cuando en cuando dan
Con los regalos los palos.
¡Oh bizarría española!
Quiero hablarle.

MARCELA.

Yo, si viene.....
Flaqueza en los ojos tiene;
No es buena para andar sola.
Llegue, pase los umbrales;
No tiemble, pase con brío;
Hagamos un desafío,
Pues son las armas iguales.

AYNORA.

Decid, español hidalgo,
¿Harán alto ahora aquí?

MARCELA.

Si queréis hacerle en mí,
Parad, y mandadme en algo.

AYNORA.

¿Cuánto este castillo está
De Mastrique?

MARCELA.

Media legua;
Y no erais vos mala yegua
Para llegar presto allá.

AYNORA.

Estoy agora cerril;
Tengo condiciones bravas.

MARCELA.
Si amor os echa sus trabas,
Sufriréis desde una á mil.
AYNORA.
¿Con quién venís?
MARCELA.
Yo, conmigo.
AYNORA.
¿No sois soldado?
MARCELA.
Sí soy,
Sino que quebrando voy
De la amistad de un amigo.
AYNORA.
Qué, ¿no tenéis compañía?
MARCELA.
La vuestra tener quisiera,
En cuya amistad pudiera
Alojar la infantería.
AYNORA.
Con quién venís me decid,
Porque de la suya sea.
MARCELA.
Con el capitán Perea,
Un hidalgo de Madrid,
Á quien, por su gran valor,
Estima el Duque de Parma.
AYNORA.
Tocando va al alma al arma
Este soldado de amor.
Si fuérades capitán,
Soldado fuera con vos.
MARCELA.
Quebráramonos los dos,
Según los golpes que dan,
Que anda la guerra muy hueca.
Pero ¿qué plaza queréis?
Porque conmigo tendréis
Coselete ó pica seca.
AYNORA.
Cualquiera plaza con vos
Es bien que me satisfaga
Si me adelantáis la paga.
MARCELA.
Traspiés va dando, ¡por Dios!
Amor es vino que mueve
Zancadillas y traspiés,
Y todo para, después,
En dormir lo que se bebe.
Ahora bien, los dos seamos
Soldados deste Perea
Que os digo; Mastrique vea
Que asalto á sus muros damos.
Vos seréis mi camarada,
Y tomaremos yo y vos
Dos boletas, que las dos
Valdrán tanto como nada.
Dadme esos brazos en prendas
Desta amistad.
AYNORA.
Soy dichosa.

Entre Bisanzón.

BISANZÓN.
¿Cómo es esto? ¡Oh, linda cosa!
Como el caballo sin riendas,
Como sin viento la mar,
Como sin agua la tierra,
Como sin armas la guerra,
No se pueden gobernar,
Así, la mujer sin gusto.....
¡Ah, cruel!
AYNORA.
Este tudesco
Es mi galán.
MARCELA.
¡Yo estoy fresco!
BISANZÓN.
Pagarme tiene el disgusto.
AYNORA
¡Mátale, español!
MARCELA.
¡No hay más
Sino mátale, español!
BISANZÓN.
Aun hoy no se ha puesto el sol,
Y antes de irse el sol te vas.
AYNORA.
Saca, mis ojos, la espada;
Dale por la cara un tajo.
MARCELA.
Y ¿no puede, uñas abajo,
Darme él alguna estocada?
BISANZÓN.
¿Cómo mataré al villano?
Sacar la espada es bajeza;
Que no es bien que en su flaqueza
Quede afrentada la mano.
Español, ¿qué haces aquí?
MARCELA.
Estoy con esta mujer.
BISANZÓN.
Su dueño debes de ser.
MARCELA.
Claro está.
BISANZÓN.
¿Su dueño?
MARCELA.
Sí.
BISANZÓN.
Aynora, ¿es tu dueño ese hombre?
AYNORA.
Pues lo dice, ¿no está claro?
BISANZÓN.
Y ¿vienes ya con su amparo?
AYNORA.
Á sombra estoy de su nombre.
BISANZÓN.
Español, matarte quiero.
MARCELA.
Yo no estoy para morir.

AYNORA.
¡Qué braveza!
MARCELA.
¡Qué fingir!
BISANZÓN.
Que saques la espada espero.
MARCELA.
Y yo, que la gente llegue.
BISANZÓN.
Porque te he de hacer, de un salto,
Subir volando tan alto,
Que el sol te abrase ó te ciegue.
MARCELA.
No sé cómo le replique.
BISANZÓN.
¿Qué dices?
MARCELA.
Que bien me está,
Porque vea desde allá
La gente que hay en Mastrique;
Y al Duque le contaré
Si la tomará ó si no.
BISANZÓN.
Allá puedo echarte yo,
Español, de un puntapié.
MARCELA.
Sin duda es de muchos puntos;
Mas, tudesco, si ha de ser,
Échame con la mujer,
Para que nos vamos juntos.
Y será cuento extremado,
Debido á tus pies ligeros,
Pues seremos los primeros
Que hayan en Mastrique entrado.
BISANZÓN.
El Duque es éste; agradece
Que llega en tropa al castillo.
MARCELA.
Mejor puedes tú decillo;
Y agradece que se ofrece,
Que si no, mas que te ensalzas,
Ya, por el aire esparcido,
Algún ave hiciera nido
En las ramas de tus calzas;
Que tardaras en subir
Tanto tiempo, que pudiera
Criar una primavera,
Y en el otoño salir.

Soldados en orden, cajas, banderas; el capitán Perea, D. Pedro de Toledo, D. Lope de Figueroa, el capitán Castro y el Duque de Parma.

PARMA.
Esto podéis decir al Castellano.
CASTRO.
Yo voy con tu licencia. ¡Ah del castillo!

Un flamenco castellano en lo alto, con dos soldados con sus arcabuces cargados.

CASTELLANO.
El Príncipe ha llegado con su ejército.
CASTRO.
¡Ah del castillo!
CASTELLANO.
Prevenid las bocas
De los mosquetes, para que sus balas
Sean palabras que por mí respondan.
CASTRO.
Ya Vuestra Alteza ha visto la respuesta,
Y milagro volver con vida ha sido.
PARMA.
¡Oh villano! ¿Esto ha hecho? ¿Hay en el mundo
Tan gran atrevimiento? ¡Hola! Al momento
Poned á este castillo tres cañones,
Y batilde con furia hasta rendirle.

Soldado flamenco.

FLAMENCO.
Monsieur, cañones plantan, batir quieren.
CASTELLANO.
¡Hola, español, el que viniste! Escucha.
CASTRO.
Vuelto me han á llamar, ¿no veis las señas?
PARMA.
Mira qué quieren.
CASTRO.
¿Qué es lo que me dices?
CASTELLANO.
¿Con qué concierto nos querrá Su Alteza?
CASTRO.
Á mí me ha dicho que las vidas solas,
Y pues le ha de rendir y degollaros,
Que aceptéis el partido os aconsejo.
CASTELLANO.
¿Qué haré?
FLAMENCO.
Aceptalle y estimar la vida.
CASTELLANO.
Yo bajo con mi gente, y para señas,
Unas varillas blancas llevaremos.
CASTRO.
Ya se han rendido y el partido aceptan.
PARMA.
¿Quién son los capitanes que hoy estaban
De guarda á mi persona?
PEREA.
Hoy es de guarda
De Vuestra Alteza don Martín de Argote.
PARMA.
¿Y quién con él?
PEREA.
El capitán Isaba.
PARMA.
Vayan los de Perea, y entren juntos
Á guardar mi palabra, defendiendo
Que no muera flamenco, ni consientan
Que se les quite más que las haciendas,
Pues que sin resistencia se han rendido.
Vos, Castro, haréis en el castillo luego
Mi alojamiento, porque mientras dura
El sitio que á Mastrique poner quiero,

Aquí pienso tener mi casa y corte.

MARCELA.

Hoy me quiero vengar deste tudesco.
Óigame una palabra Vuestra Alteza.

PARMA.

Decid, soldado, y presto.

MARCELA.

Diré en breve
Lo que llegar á tu valor me mueve.
Aquel tudesco, señor,
De su huésped ha robado
Aquella flamenca, y dado
Muestras de tenerla amor.
Mas ella, que á otra nación
Debe de estar inclinada,
Á cuanto le dice, airada
Responde: «Nitifiston».
Hoy, que traía cargado,
No el arcabuz, el celebro,
Quiso decirla un requiebro,
Del ejército apartado.
Y porque no consintió,
Dice que la ha de matar:
Llegué, y púdela librar
Cuando tu Alteza llegó.
Mas si se queda con ella,
Pondrálo en ejecución.

PARMA.

Bárbara es esta nación.

DON LOPE.

Sí; mas la flamenca es bella.

Hablen el Duque y D. Lope.

PARMA.

¿Agrádaos, don Lope?

DON LOPE

¿Á quién
Cualquiera mujer no agrada,
No siendo monja, ó pintada,
Con quien nunca estuve bien,
La una porque es de Dios,
La otra porque no es?

Aparte Marcela y el tudesco.

MARCELA.

Ya hablé con el Duque.

BISANZÓN.

Pues
¿Qué le has dicho de los dos?

MARCELA.

Quién eras me preguntaba:
Dije que un noble soldado;
Que esta mujer has sacado
De Amberes, adonde estaba,
Y que te quieres casar.
Si te lo pregunta, di
Con mucha humildad que sí,
Porque te hará castigar.

BISANZÓN.

Yo lo haré.

PARMA.

Mucho me enoja
Que éstos traten las mujeres
Tan mal.

DON LOPE.

Viendo que en Amberes
Poco ó nada se despoja
Quemando los arrabales,
Cargan con las prendas vivas.

PARMA.

Son las flamencas esquivas,
Aunque amando, liberales.
Tudesco.....

BISANZÓN.

Señor.....

PARMA.

¿Tu nombre?

BISANZÓN.

Bisanzón.

DON LOPE.

Allá quisiera
Que algo el Rey me remitiera.
Digo á la ciudad, no al nombre.

PARMA.

¿Es verdad que hacer querías
Lo que dice aquel soldado?

BISANZÓN.

Días ha que lo he tratado,
Cansado de sus porfías;
Pero siempre se defiende.

PARMA.

¿Hay bárbaro semejante?
Pues ¿eso dices delante
De mí?

BISANZÓN.

Luego ¿esto te ofende?

PARMA.

Dalde dos tratos de cuerda.

BISANZÓN.

Señor, pues ¿esto es pecado?

PARMA.

¿Si es hereje?

DON LOPE.

Eso he pensado.

BISANZÓN.

Español.....

MARCELA.

De mí se acuerda.

DON LOPE.

Llevalde de aquí.

PARMA.

El matar,
Que no es pecado porfía.

MARCELA.

Él, el casarse decía,
Mas no le dieron lugar.
¡Lindamente lo ha pagado!

PARMA.

Don Lope, excusado estoy,
Porque hasta alojarnos hoy,
Estoy con algún cuidado;

No haya desorden aquí;
Mi palabra dí á esa gente.

Váyase el Duque.

DON LOPE.
Tu Alteza, seguramente
Puede confiar de mí.

MARCELA.
¿Qué te parece si he dado
Traza con que libre estés?

AYNORA.
Echarme quiero á tus pies;
De un tirano me has librado,

DON LOPE.
¡Ha, seo soldado.....

AYNORA.
¿Quién llama?

MARCELA.
El que todo el mundo loa:
Don Lope de Figueroa,
Más claro que el sol en fama.
¿Qué manda Vueseñoría.

DON LOPE.
Esa flamenca (oye aparte),
¿Puédese pagar con parte,
Pagando la cortesía?

MARCELA.
Por no ofender tu decoro,
Hoy, que tu bandera sigo,
Seré Alejandro contigo,
Y te daré la que adoro.
Con parte la paro al dado,
No pagando, pues la dan,
Porque con el capitán
No ha de tirarse el soldado.
Ya es tuya: un poquillo es lerda;
Dale cuatro sofrenadas;
Que á las primeras jornadas
Podrá ser que el trote pierda.

DON LOPE.
¿De dónde sois?

MARCELA.
De un lugar
Donde no nació cristiano.

DON LOPE.
Seamos amigos.

MARCELA.
Es llano
Que os tengo de visitar;
Que si con la flamenquilla
Os curo la enfermedad
Que hace aquí la soledad
De las damas de Castilla,
Ya vuestro médico soy,
Y es la visita forzosa.

Alonso, con algunas ropas viejas.

ALONSO.
¡Que no hallase alguna cosa!
¡La guerra á los diablos doy!
¡Que todos en la riqueza
Del castillo hayan metido
Las manos, y yo haya sido
La escoba de la pobreza!
¿Qué será aqueste arambel?
¿No hay aquí un diablo que tope?
Mas ¿qué hace aquí don Lope,
Y mi Marcela con él?

DON LOPE.
Dadme la mano y los brazos,
Y esta cadena tomad.

ALONSO.
No va mala la amistad
Si de oro se hacen los lazos.
¿Aynora también aquí?

MARCELA.
Oye, Aynora.

AYNORA.
¿Qué me quieres?

MARCELA.
¿Ves éste?

AYNORA.
Vile en Amberes.

MARCELA.
Es mi camarada.

AYNORA.
¿Ansí?

MARCELA.
Sí, Aynora; vete con él,
Sabrás el alojamiento.

AYNORA.
Voy con notable contento.

MARCELA.
No le espera menos él.

AYNORA.
Diz que tengo de ir con vos

DON LOPE.
Así queda concertado;
Ven.

AYNORA.
Vamos.

DON LOPE.
Yo he saqueado
La mejor prenda, ¡por Dios!

Vanse Aynora y D. Lope.

ALONSO.
¿Qué hacía vuestra merced
Aquí con el General?

MARCELA.
Trato ya en cierto caudal,
Y hame hecho esta merced

ALONSO.
Y ¿qué es la mercadería
En que vuestra merced trata?

MARCELA.
No es paño, holanda ni plata.

ALONSO.
Pues ¿qué?

MARCELA.

Cierta niñería.

ALONSO.

Bien dice, que bien podrán
Resultar niños del trato.

MARCELA.

Sepa que anda muy novato.

ALONSO.

Las novedades lo harán.

MARCELA.

¿Él me da celos á mí
En lengua flamenca? diga;
Sepa que vendí su amiga
En español.

ALONSO.

¿Cómo así?

MARCELA.

Hésela dado á don Lope
Por esta joya invencible,
Y tengo por imposible
Que vuesa merced la tope.

ALONSO.

Y la cadena, ¿no puedo
Topar si hago y digo.....

MARCELA.

Sí,
Que la tomé para ti,
Que eres mi amor y mi miedo.
Póntela, cesen enojos;
Que, fuera de que te adoro,
Es la condición del oro
Hacer alegres los ojos.

ALONSO.

No era menester, ¡por Dios!
Mas siendo de tales manos,
Cesen los enojos vanos,
Y hagamos paces los dos.

MARCELA.

Hazme tú flamenca á mí,
Que yo te responderé;
Quizá te despicaré.

ALONSO.

No lo estoy, ¡por Dios! Mas di:
¿Quiéresme dar un abrazo,
Mis ojos?

MARCELA.

Tu velfderthine.

ALONSO.

Tantos dices, que conviene
Alargarte luego el brazo.
¿Quiéresme cuanto te quiere
Esta alma?

MARCELA.

Dat vuilghi guil.

ALONSO.

Yo lo soy, y te soy fiel;
¿Seráslo tú?

MARCELA.

Jit, minhere.

ALONSO.

¿Olvidarás mi afición?

MARCELA.

Liverte sterven, mi bien.

ALONSO.

Y ¿querrás alguno bien,
Marcela?

MARCELA.

Nitifiston.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO

FIGURAS DEL SEGUNDO ACTO

El Gobernador de Mastrique.
Enrique, *flamenco capitán.*
Un soldado flamenco.
El capitán Castro.
Un trompeta.
Marcela, *dama, de hombre.*
Aynora, *dama, de hombre.*
El Duque de Parma.
Don Lope de Figueroa.
Don Fernando de Toledo.
Don Pedro de Toledo.
Alférez Martín de Ribera.
El capitán Perea.
Alonso García.
Hurtado, Campuzano, Añasco, *Soldados.*
Gabrio Cervellón de la Gran Cruz.
Un Tambor francés.

El Gobernador de Mastrique flamenco, y algunos (1).

GOBERNADOR.

¿Dónde dices que quedaba
El ejército español?

SOLDADO.

Ayer, al ponerse el sol,
En Petrixón alojaba,
Donde, el castillo rendido,
Tres cañones viendo enfrente,
Por las vidas solamente
Se dió el Alcaide al partido.
Entraron, y ellos salieron
Con sus varas por señal
De paz, donde estrago igual
A su pensamiento hicieron.
Allí Farnesio alojó
Su campo y corte.

GOBERNADOR.

¿Qué intenta?

SOLDADO.

No estás seguro, á mi cuenta.
Hoy á recoger tocó,
Y sospecho que á Mastrique
Marcha, y que sitiarnos quiere.

GOBERNADOR.

Cuando á Mastrique viniere,
Hallará quien le replique.
¿Gran gente trae?

SOLDADO.

Notable,
Más que en número, en valor,
Y él, por sí, Gobernador,
Es capitán admirable.
Como Alejandro se llama;
De manera al otro imita,
Que quitalle solicita
Ya con el nombre, la fama;
Que del Farnesio en lugar,
Aunque es tan noble apellido,
Magno, como el otro ha sido,
Pienso que le han de llamar.

GOBERNADOR.

¿Vienen, Enrique, contentos
Los españoles con él?

SOLDADO.

Eso de quejarse dél
No engañe tus pensamientos;
Que á Carlos quinto decía
En Túnez un capitán:
«Los españoles están
Murmurando todo el día.»
Y él respondióle: «Pues id,

(1) No dice más el original, pero parece que debía añadir *soldados*.

Y, para vengarme en ellos,
Murmurá delante dellos,
Mal de mis cosas decid.»
Fué el alemán, y no había
Del Emperador hablado,
Cuando cayó por un lado
De una puñalada fría.
Experiencia dellos hice,
No creas que se le irán;
Dicen mal del capitán,
Y matan á quien lo dice.

GOBERNADOR.

No importa; Mastrique es plaza
Que se sabrá defender;
Mucha sangre ha menester,
Áunque la nuestra amenaza.
Invencible fuerza intenta;
Mayor muro tiene en mí;
No habrá puesto el sitio aquí,
Cuando el Duque se arrepienta.
Grandes defensas tenemos,
Gran sustento y munición:
¿Piensa que en viendo un cañón,
A Felipe nos daremos?
¿Piensa que es Mastrique acaso
El castillejo de ayer?

SOLDADO.

Cuidado habrás menester,
Que viene alargando el paso.

GOBERNADOR.

Hoy es día de mercado;
Cuatro mil villanos son
Los que en aquesta ocasión
En la ciudad han entrado.
No los he dejado ir
A sus casas; aunque es gente
Rústica, es fuerte y valiente
Adonde no puede huir.
Mirad cómo podrá entrar
El Duque en Mastrique.

SOLDADO.

Emprende
Intentar lo que pretende
Al Rey de España agradar,
Cuyas son estas banderas
Que trae, y funda en razón,
Que en los que rebeldes son
Cortan más las armas fieras.

GOBERNADOR.

¿Rebelde?

SOLDADO.

Sí, que esta tierra
Era, de parte de padre,
De Felipe, y patria y madre
De Carlos, en paz y en guerra;
Que el Archiduque casó
Con hija del rey Fernando
De España.

GOBERNADOR.

El cómo ó el cuándo
No he de averiguarlo yo.
De Mastrique agora soy
El Gobernador, Enrique;
Yo he de tener á Mastrique
Por quien en Mastrique estoy.
Perdone España, pues tiene
Indias; esta plaza es mía.

SOLDADO.

Llegar el Duque porfía;
Mucho se acerca, ya viene;
Súbete al muro.

GOBERNADOR.

Allá voy,
Donde me abrirán el pecho
Primero que á mi despecho
La puerta, á fe de quien soy.
Mas yo sé que está seguro
Cuando él esté pertinaz.

Éntrese.

SOLDADO.

Con un trompeta, de paz,
Viene un capitán al muro.

Toca la trompeta; éntre con él el capitán Castro.

CASTRO.

Espera, trompeta, aquí;
Que pienso que me han oído,
Y aun por ventura entendido
Lo que pretendo de ti.
Fuerte plaza, mucho intenta
Alejandro; mas ¿qué importa?
Que cuando la empresa es corta,
En vez de gloria es afrenta.
Que las grandes, y que en ellas
Hay gloria sólo en buscallas,
Siendo imposible acaballas,
¿Qué más bien que acometellas?
¡Oh Alejandro valeroso,
A quien tanto España debe,
Ya décimo de los nueve,
Y más que todos famoso!
Mas ¿qué trato tu alabanza?
Presto estos muros dirán
Si es dichoso el capitán
Ó el siglo y Rey que lo alcanza.

En alto el Gobernador y soldados flamencos.

GOBERNADOR.

¡Ah del campo!

CASTRO.

¡Ah de los muros!

GOBERNADOR.

¿Qué quereis?

CASTRO.

De paz estoy.

GOBERNADOR.

Hablad, que licencia os doy.

CASTRO.

¿Con quién, si estamos seguros?

GOBERNADOR.
Yo soy el Gobernador
De Mastrique.
CASTRO.
Pues oid,
Y lo que digo advertid:
Dice el Duque mi señor,
Que ha llegado, como veis,
Con el ejército aquí
Del Rey de España.
GOBERNADOR.
Es ansí:
Llegado á Mastrique habéis.
CASTRO.
Pues de parte de Felipe
Y de la suya, os exhorta
Y manda.....
GOBERNADOR.
El mandar acorta.
CASTRO.
Que antes que alguno anticipe
El daño que te amenaza,
Le dejes, Gobernador,
La plaza al Rey su señor,
Pues que no es tuya la plaza
Y te obliga la razón,
Y la obediencia y la ley;
Ó que, ¡por vida del Rey!
Si planta sólo un cañón
Antes que se le rindáis,
Que hombre en Mastrique no quede
Con vida.
GOBERNADOR.
Si hacerlo puede.
¡Oh españoles, cómo habláis!
Di que no se me da nada
Que plante un cañón, ni treinta;
Que ya sé que trae cincuenta
Su confianza engañada.
Yo tengo bien conocidas
Españolas amenazas,
Sus ardides y sus trazas;
Diles que guarden sus vidas;
Que ya conozco españoles.
No me espanta lo que suena,
Aunque para cada almena,
Mil banderas enarboles.
Pensó que estaba á la puerta
El palio. ¿No hay más que hacer?
¡Por Dios, que no la ha de ver
Para el Rey de España abierta!
CASTRO.
¿Qué dices, hombre?
GOBERNADOR.
Esto digo.
CASTRO.
Vida no os ha de quedar;
Que Alejandro podrá entrar
Á sólo daros castigo.
GOBERNADOR.
Aunque fuera el Macedón.
Vete, y di que no replique:
Pensó alojarse en Mastrique
Como ayer en Petrixón.
CASTRO.
Tú verás cómo te ofende.
GOBERNADOR.
Tú verás si me defiendo.
CASTRO.
Que he de degollarte entiendo.
GOBERNADOR.
Quien mal piensa, mal entiende.
Lléguese al muro, y verá
De la manera que vuelve.
CASTRO.
¿Mastrique, en fin, se resuelve
En que al Rey no se dará?
GOBERNADOR.
Vete, importuno español.
CASTRO.
Vuestra destrucción sospecho.
GOBERNADOR.
¡Oh fanfarrón!
CASTRO.
Esto es hecho.

Quítase.

Vamos.
TROMPETA.
¡Che cosa, no vuol!
CASTRO.
Dice que no.
TROMPETA.
Pues andiamo;
Ni recomendo patrón.

Vanse.

Marcela y Aynora, como soldados.

AYNORA.
Tirano de mi afición,
Marcelo amigo, te llamo,
Pues desde el primero día
Me tratas con tal rigor;
Que no pagar el amor
Es la mayor tiranía.
Á don Lope me entregaste,
Cruel engaño me hiciste,
Que es, en fin, pues que me diste,
Señal que me despreciaste.
No porque no me ha tratado
Don Lope como quien es;
Mas anda amor á los pies
De un hombre tan gran soldado.
Por eso los estudiosos
Quieren más; que recogido,
Trata mejor el sentido
En los casos amorosos.
Un soldado que alborota
La gloria de su ambición,
De la mayor afición
Hace un juego de pelota;
Saca amor, y vuelve luego,

Pero tras la primer chaza,
Como el arnés le embaraza,
Hace mil faltas al juego.
Pidióme que en este traje,
Por el Duque me pusiese,
Y mientras dama no fuese,
Hiciese oficio de paje.
Obedecíle y estoy
Sospechosa, que he de ser
Conocida por mujer.

MARCELA.

No harás si lección te doy;
Y no te enojes conmigo,
Pues antes fuera razón
Conocer la obligación.

AYNORA.

¿La obligación?

MARCELA.

Eso digo.
¡Cuánto mejor estarás
Con don Lope, que es un hombre,
Que á la sombra de su nombre
Sol de los demás serás!
¡Bizarro, fuerte, gallardo,
Temido!

AYNORA.

Detente ahí.
¿Ves eso que dices?

MARCELA.

Sí.

AYNORA.

Pues por eso me acobardo.

MARCELA.

Por esto, ¿por qué razón?

AYNORA.

Porque tanta valentía,
Lo que es te dirá algún día,
Burlarse con el león.
Es hombre tan temerario,
Que á un enojo que le dé,
Me ha de coger por un pie
Y echarme en un campanario.
No quiero los hombres yo
Tan valientes, tan airados.

MARCELA.

Pues ¿qué?

AYNORA.

Humildes, reposados,
El sí por sí, el no por no.
Si á don Lope replicase
En la menor ocasión,
Pienso que de un bofetón
Treinta escaleras rodase.

MARCELA.

Esos son los hombres, boba,
Que no esotros marioles;
Ese brío de españoles
Es lo que las almas roba.
¿Qué victoria más honrada
En los amorosos lazos,
Que ver humilde en tus brazos
La cara de un hombre airada?
Y es más conforme á razón
Querer la mujer al hombre
Que tiene famoso nombre
Y de valiente opinión.
Porque allá en la Astrología
Ama Venus tiernamente
Al hombre cuyo ascendente
Tiene á Marte, reina mía.
Si de Ovidio sabe el arte,
Verá su amor tan liviano,
Que no bastaba Vulcano
Para apartalla de Marte.
Y así, los hombres marciales
Aman siempre las mujeres,
Y muestras que no me quieres,
Pues desta regla te sales;
Porque yo soy tan marcial,
Que aun el mismo Marte soy.

AYNORA.

Bien con este brío estoy,
Y con temerarios, mal.

MARCELA.

Calla, tonta, que no hay gusto,
Ya que de gusto te agradas,
Como cuatro bofetadas
De un hombre de bien robusto.
Pues ¿qué tienes tú por bueno
Que te llore un maricón?

AYNORA.

¿No es mejor que un bofetón,
De toda afición ajeno?

MARCELA.

No, porque luego verás
Tratarse el gusto mejor;
Que como es niño el amor,
Azotado, quiere más.

AYNORA.

Marcelo, aquesas lecciones
Dalas á gente perdida;
Que amor, con amor convida,
Blandura y obligaciones.
Yerran en esa cautela
Los que á amor niño alborotan,
Que adonde una vez le azotan
No vuelve más á la escuela.
¿Qué se hizo mi tudesco?

MARCELA.

En alto le levantaron.

AYNORA.

Más que el amor le quitaron
Como le dió el viento fresco.
Retírate, que ha llegado
Su Alteza.

MARCELA.

Enojado viene.

Entran el Duque, D. Lope, Castro, el alférez Martín de Ribera y D. Fernando de Toledo.

PARMA.

¿Ese atrevimiento tiene?

CASTRO.

Esta respuesta me ha dado.

PARMA.

¡Por vida del Rey, que luego
Se ha de batir!

DON LOPE.

¿Que el villano,
Contra el Júpiter hispano
Habló, sin temer su fuego?
Déme Vuestra Alteza á mí
Como yo otros cien soldados,
Y los muros derribados
Le traeré ¡por Dios! aquí.

PARMA.

Cien soldados como vos,
¿Dónde queréis que los tope?
Porque á haber otro don Lope,
Pienso que bastaban dos.
Llamadme á los ingenieros,
Recorreré la muralla.

DON LOPE.

Igual fuera derriballa
Á fuerza de golpes fieros.
¡Voto á Dios! Si Vuestra Alteza
No me deja allá subir,
Que al Turco vaya á servir;
Córteme el Rey la cabeza.
¡Bellacos, rebeldes, viles!

FERNANDO.

Bien será que el muro veas,
Y mandes abrir trincheas
Con que su fuerza aniquiles.
Veamos si obran tan bien
Como envían las razones.

PARMA.

Sus ásperas condiciones,
En las respuestas se ven.
Id vos, Martín de Ribera,
Y llamadme al conde Guido.

RIBERA.

El Conde era ya venido,
Por seguirte á la ligera.
Aunque Propercio Barroso,
No entiendo que habrá llegado.

PARMA.

Es ingeniero extremado,
Y astuto en cualquier negocio (1).

DON LOPE.

¡Que es astuto! ¡Voto á Dios,
Que no hay ingenio en el mundo,
Sino arrojar al profundo
Mastriques, de dos en dos!

Váyanse todos; quedan D. Lope, Marcela y Aynora.

RIBERA.

Algo á don Lope le duele.

PARMA.

La muralla quiero ver.

(1) Falta la rima.

DON LOPE.

Ello vendrá á suceder
De la manera que suele.
¡No me dejaran á mí
Con cuatro soldados míos,
Para proballes los bríos,
Llegar! ¿Quién es? ¿Quién va ahí?

AYNORA.

Un nuevo paje que tienes.

DON LOPE.

Á muy buen tiempo has llegado.

AYNORA.

Creo que estás enojado.

DON LOPE.

Y ¿á desenojarme vienes
Cuando el diablo me gobierna?

AYNORA.

Aun mi boca no se abra.

DON LOPE.

¿De que pase la palabra?
¡Que lleve el diablo esta pierna!

AYNORA.

No tienes salud, señor.
¿Oféndente mis razones?

DON LOPE.

Daréte mil bofetones.
¡Por vida de.....

AYNORA.

¡Lindo amor!
¿Qué te parece, mi bien?

MARCELA.

Di que te los dé, y verás
Con qué gusto quedarás.

AYNORA.

Vé tú, y díselo también.

DON LOPE.

¿Sabes jugar?

AYNORA.

Sí, señor.

DON LOPE.

¿Traes dados?

MARCELA.

Velos aquí.

AYNORA.

Muestra.

DON LOPE.

¿Hay dados?

AYNORA.

Señor, sí.

DON LOPE.

¡Ah, tambor!

AYNORA.

¡Hola, tambor!

DON LOPE.

No des voces, picarona;
Que si esta pierna arrebato,
Quizá te daré barato
Antes de jugar.

AYNORA.

¡Perdona!
El atambor está aquí.

DON LOPE.

¿Qué nación?

TAMBOR.

Je suis fransué.

DON LOPE.

¿Por la vida?

TAMBOR.

Per ma fué.

DON LOPE.

Llega.

TAMBOR.

O come vus se ardí.

DON LOPE.

Echa.

AYNORA.

¿Á ocho?

DON LOPE.

Á ocho. ¡Mil
Diablos y aquesta pierna!

AYNORA.

Digo.....

DON LOPE.

Que á su pena eterna
Casi este dolor comparo.
Reparo otros mil.

AYNORA.

¡Azar,
Siete y llevar!

MARCELA.

¡Buen gobierno!
Hoy le llevan al infierno
Si gana el siete y llevar.

AYNORA.

Y ¿qué me queda que tope?

DON LOPE.

Tambor.....

TAMBOR.

Monsieur.....

DON LOPE.

Echa un bando:
Di que un diablo está llevando
Toda una pierna á don Lope.

Toma la caja y toca.

Entre el capitán Perea.

PEREA.

Su Alteza llama á Vuestra Señoría;
Que el ingeniero Juan Bautista Plaza,
Guido, San Jorge y el Barroso, han visto
Con él estas murallas de Mastrique,
Para reconocelle y ver por dónde
Se podría batir; y todos cuatro
Dicen que el revellín viejo se bata.
Á don Fernando de Toledo ha puesto
De guarda con dos tercios de valones
Y alemanes, y á Vuestra Señoría
Quiere poner, con el valiente suyo,
De San Antón al fuerte baluarte;
Porque ya el Coronel, desotra parte
Del río queda, y de los dos en medio,
Francisco de Valdés.

DON LOPE.

Paso, Perea.
Que no soy sordo: ya lo tengo oído;
Ya sé que el Duque fué por la muralla,
Y que reconoció con Juan Bautista,
Guido, Barroso, el revellín, y quiere
Batirle; y que están puestos los tres tercios
De españoles, valones y alemanes,
En San Antón, el revellín y el río.
¿Es más que esto?

PEREA.

No es más; que Su Alteza
Abrir quiere trincheas, y no halla
Gastadores, que está sin gastadores.

DON LOPE.

Pues ¿quiere Su Alteza que le haga
Don Lope gastadores de su pierna?
¿Tanta paciencia presumió que gasto?
Pues ¡voto á Dios, que falta ya paciencia
Para sufrir dos piernas astrológicas,
Que saben las mudanzas de los cielos
Y sus alteraciones y discursos!
Id delante, tambor, y echad el bando,
Que Perea es soldado tan valiente,
Que no se espantará de ver los diablos.

PEREA.

¿Cómo los diablos? ¡Y el infierno todo!

DON LOPE.

¡Oh, buen Perea! Dadme acá esa mano,
Y una verdad decidme.

PEREA.

Diré ciento.

DON LOPE.

¿No es la peor aquesta pierna mía,
Que cuantas piernas tiene Dios criadas?

PEREA.

Es tan mala, señor, que apenas puede
Ser en un hospital pierna de sábana.
Es la pierna del pobre paralítico
Que estaba en la piscina, con más bocas
Que de carnero, con sus clavos y ajos.
Finalmente, merece estar colgada
En San Antón.

DON LOPE.

¡Pluguiera á Dios, Perea,
Que sirviera yo al Rey con estos brazos,
Que han hecho alguna cosa de hombre noble!
Sois de Madrid; en fin, llevadme al Duque;
Y por el discursillo de la pierna,
Tomad este diamante.

PEREA.

Dios te guarde.

TAMBOR.

¡Tre bon, per Diu, valante capitane!

DON LOPE.

Toca la caja.

PEREA.

¡Qué donaire tiene!

Vanse.

Quedan Marcela y Aynora.

AYNORA.

¿Parécete que me has puesto,
Marcelo, en buena ocasión?

MARCELA.

Tan gallarda condición,
¿Te pudo cansar tan presto?

AYNORA.

¿Ésta es gallarda?

MARCELA.

El amor
No ha de estar siempre en un ser,
Ni ha de querer la mujer
Siempre al hombre de un tenor.

AYNORA.

Si estas asperezas doras,
¿Irá el amor adelante?

MARCELA.

Pues ¿es reloj un amante,
Que ha de dar siempre á sus horas?

AYNORA.

Amor, dicen que es dolor
Que suele dar pena eterna;
Pero el dolor desta pierna,
Sin duda es mayor que amor.
Si algún hombre vuelvo á amar,
Como su salud recele,
Primero, lo que le duele
Le tengo de preguntar.
¡Ah, Marcelo, á cuántos daños
Tus engaños me han traído;
Mas mis desdichas han sido,
Que no han sido tus engaños!
No te bastó no quererme,
Sino á quien quisiste darme;
Matarme por no obligarme;
Por no obligarte, perderme.
Porque me has dado á un tirano,
Sin tener de quién vengarte,
Que si en los brazos es Marte,
Es en las piernas Vulcano,
Amor te demande, ingrato,
El mal que me has hecho.

MARCELA.

Aynora,
Si tu pensamiento ignora
La llaneza de mi trato,
Ten este Marte por dueño
Y este Adonis para el gusto;
Que de amarte como es justo,
La fe de hidalgo te empeño.
Cuando vinieres de allá
Con alguna lagrimilla,
Yo la enjugaré, bobilla,
Con mis regalos acá.
Siempre la que se ha de holgar,
Sus postas ha de correr
Del aldea del querer
Á la ciudad del tomar.
Don Lope es gran caballero;
Súfrele su astrología,
Porque amor niño se cría
En mantillas del dinero;
Que pasado aquel dolor,
No hay nobleza que le iguale.

AYNORA.

Ni á ti cuanto el mundo vale.
Di que me tendrás amor.

MARCELA.

¿Eso dudas?

AYNORA.

Pues confirma
Tu amor con estrecho lazo,
Porque es la pluma un abrazo
Con que amor sus cartas firma.

MARCELA.

Ya no te puedo abrazar.

AYNORA.

¿La causa?

MARCELA.

El Duque ha llegado.

AYNORA.

¡Ah, bienes de desdichado,
Nunca les falta un azar!

Soldados con azadones y espuertas, poniéndolos en el teatro; viene con ellos D. Pedro de Toledo, D. Lope y los demás, y el Duque de Parma.

RIBERA.

No hay solo un gastador en todo el campo.
¿Cómo, señor, pretende Vuestra Alteza
Abrir estas trincheas?

PARMA.

No es posible,
Ribera, que eso falte. ¡Bueno fuera
Que de abrir las trincheas se dejaran
En un campo de tales capitanes
Y de soldados tan ejercitados,
Que los tiemblan en Asia, estando en Flandes
¿No es aquesto cavar?

DON LOPE.

No es otra cosa;
Pero en la guerra y paz, es este oficio
Para rústica gente.

PARMA.

No hay, don Lope,
Cosa en la guerra que no sea decente
Al mismo General, si hacello importa.
Cuentan de un rey, que caminaba un día
De invierno, por lagunas y pantanos,
Con los carros y máquinas de Marte,
Y que le sobrevino obscura noche;
Los soldados entonces, que movían
Los carros entre el lodo, comenzaron
Á infamar á su rey con maldiciones;
Mas él, entre la gente disfrazado,
Ayudaba á las ruedas, y decía:
«Decid del Rey, soldados, maldecilde,
Mas no del que os ayuda á alzar los carros.»
Dadme aqueste azadón á mí el primero.

DON PEDRO.
Déjele Vuestra Alteza; los soldados
Le tomarán, que gustan de serville.
PARMA.
Don Pedro, yo he de ser de los primeros.
DON LOPE.
No haga Vuestra Alteza lo que dice;
Que cavaremos todos de tal suerte,
Que podamos pasar á los antípodas
Por las honduras que en la tierra hagamos.

Cave el Duque; cave D. Lope; caven todos.

PARMA.
¿Esto, don Lope, es justo á un justo Príncipe?
DON LOPE.
¡Alto: cavemos, pese al diablo!
¿Parióme á mí mi madre para esto?
DON PEDRO.
Dadme á mí un azadón, dad otro al Conde.
PARMA.
No quedará, señor, con este ejemplo,
Quien no venga á cavar en las trincheas.
RIBERA.
Más hará con aquesto, que pudiera
Con diez mil gastadores que trujera.

Todos se entren cavando, y al muro se ponga el Gobernador de Mastrique y gente flamenca.

GOBERNADOR.
¿De veras Farnesio toma,
Soldados, el sitio?
SOLDADO.
Y tanto,
Que apenas el blanco manto
Del alba en el cielo asoma,
Cuando ya en el campo está,
Y asistiendo á las trincheas.
GOBERNADOR.
Que ha de hacer fruto no creas,
Por más priesa que se da.
Mastrique está defendida
De gente y de municiones.
ENRIQUE.
¡Ah, españoles fanfarrones,
Qué poco estiman la vida!
SOLDADO.
Notable priesa se han dado
En las trincheas que han hecho.
ENRIQUE.
Presto dejarán, sospecho,
El sitio, pierde el cuidado.
SOLDADO.
¿No ve Vuestra Señoría,
Atravesando el camino,
Con qué priesa y desatino
Que plantan la artillería?
GOBERNADOR.
Cuán en vano se desvelan,
Verá Alejandro muy presto.
ENRIQUE.
Tres culebrinas han puesto
En aquella montañuela.
SOLDADO.
Ésa sobrepuja el muro,
Y de peligro será.
GOBERNADOR.
De que en emboscada está,
Vive Alejandro seguro,
Pero bien se ve de aquí.
SOLDADO.
Veinte cañones se plantan
Al revellín.
GOBERNADOR.
No me espantan.

Disparan dentro.

ENRIQUE.
¿Baten?
SOLDADO.
Sospecho que sí.
ENRIQUE.
¡Á la defensa, señor,
Que empiezan la batería!
GOBERNADOR.
Hoy nos han de dar mal día,
Y lo han de llevar peor.

Aquí se dispare dentro, y finja la batería de las piezas, y salga el Duque, caballeros y soldados.

DON LOPE.
Llano está.
DON PEDRO.
No está muy alto.
PARMA.
No harán mucha resistencia.
ALONSO.
Dé Vuestra Alteza licencia
Para que demos asalto.
CASTRO.
Ea, señor, bien seguro
Licencia nos podéis dar.
RIBERA.
Déjanos ir á asaltar,
Famoso Alejandro, el muro.
PARMA.
No me ha parecido á mí
Muy llana la batería.
ALONSO.
Llana está, ¡por vida mía!
Que bien se ve desde aquí.
PARMA.
¿Hay tal valor de soldados?
Señores, no es ocasión;
Batirla más es razón.
ALONSO.
Con estos brazos honrados.
PARMA.
No, señores españoles,

Que no es tiempo; tiempo habrá.

ALONSO.

¿Á que aguardemos querrá
Con sombras y guardasoles?
¡Cuerpo de Dios! ¿Qué más llana
Puede estar la batería?

PARMA.

Despacio, ¡por vida mía!
Aguardemos á mañana.

RIBERA.

¿Por qué, si agora es mejor,
Y todo el campo lo pide?

PARMA.

La batería lo impide.

TODOS.

¡Asalto, asalto, señor!

DON LOPE.

Parece que estos borrachos
Piden agua por Abril.

PARMA.

Juzgáis la empresa por vil.

ALONSO.

¡Oh, qué graciosos despachos!

PARMA.

Reconocer es razón
La batería primero,
Porque asaltarla no quiero
Sin mucha satisfacción.

RIBERA.

Si Vuestra Alteza me envía,
Yo iré solo, y la veré,
Y suplícole me dé
Licencia.

PARMA.

¡Extraña porfía!
Yo sé, Martín de Ribera,
Que nacistes en Toledo,
Donde jamás entró el miedo;
Mas tres quejosos hubiera
Si tan mozo os enviara:
Yo fuera el uno, no hay duda;
Vos el otro, aunque no os muda
Miedo el color de la cara;
Y el tercero, en fin, serán
Muchos más viejos soldados.
Parad los bríos honrados
Que tanto valor os dan,
Para que esta empresa sea,
Ya que por tan bueno os dejo,
Para un soldado más viejo:
Vaya el capitán Perea.

ALONSO.

¡Vive Cristo! Si otro fuera
Que mi capitán, que había.....

RIBERA.

¡Quedito, Alonso García!

ALONSO.

¡Quedo, Martín de Ribera!

RIBERA.

Todos somos de Toledo.

ALONSO.

Seor alférez, aquí estoy,
Que de barrio honrado soy.

DON PEDRO.

¡Quedo, alférez! ¡Hola! ¡Quedo!

PARMA.

Ahora cese la cuestión:
Vaya el alférez Hurtado,
Si á Perea ha envidiado.

HURTADO.

Todos muy honrados son.
Voy, pues tal merced me has hecho.

DON LOPE.

Con gran valor va llegando;
Mucho se acerca mirando.

Disparen de arriba, y caiga Hurtado en el mismo tiempo.

PARMA.

¿Qué fué?

DON PEDRO.

Pasáronle el pecho.

DON LOPE.

No es nada; un récipe fué
De agua de endibia ó borrajas,
Porque se duerma en las pajas.

PEREA.

Heroico señor, yo iré.

PARMA.

Id vos, capitán Perea.

PEREA.

¡La Virgen de Atocha vaya
Conmigo!

PARMA.

No le desmaya
Ningún peligro que vea.

Dos ó tres arcabuces disparen, y no le aciertan.

DON LOPE.

Con gran valor se ha metido
Á reconocer el muro.

DON PEDRO.

¡Qué gran soldado!

PARMA.

Yo os juro
Que ningún miedo ha tenido.

ALONSO.

¡Bien haya Madrid, amén,
Que tales soldados cría!

PEREA.

Buena está la batería,
Y podrá subirse bien.

PARMA.

Decid lo cierto, Perea;
Dejad agora el valor.

PEREA.

No está muy buena, señor;
Mas como quiera que sea,
Se podrá subir muy bien.

DON LOPE.

Súbase, señor.

PARMA.

Pues alto:
¡En nombre de Dios la asalto,
Y de su Madre también!

Tocadas cajas, se entren dentro, donde se finge el asalto al muro, porque el postrero se ha de hacer fuera, y salga Aynora, teniendo la espada á Marcela.

AYNORA.

No vayas á pelear,
Mi vida: así Dios te guarde.

MARCELA.

Luego ¿tú me haces cobarde,
Habiéndome de animar?

AYNORA.

Es muy cobarde el amor
Que teme perder el bien.

MARCELA.

¿Qué temes?

AYNORA.

Que no te den
Algún balazo, señor.

Voces dentro:

¡Felipe! ¡Felipe! ¡España!

MARCELA.

Si los caballos feroces
Se animan con estas voces,
Y el hombre á cualquier hazaña,
Déjame que participe
Desta gloria.

AYNORA.

Está muy llena
Del recelo de mi pena.

Voces dentro:

¡España! ¡España! ¡Felipe!

MARCELA.

Qué, ¿no me quieres dejar?
¿No ves que se hubiera entrado
Si allí hubiera yo llegado?

AYNORA.

Ya tocan á retirar.

MARCELA.

¿Ves qué mal ha sucedido
Por no haber estado allí?

Dentro:

¡Retiraos, castellano! (1)

Dentro:

No quiere, aunque le han herido.

(1) Falta la rima.

AYNORA.

¿Quién es aquel hombre fuerte?

MARCELA.

Un alférez valenciano,
Cuya valerosa mano
Hace temblar á la muerte.

AYNORA.

Ya se retiran del muro
Valerosos y corridos.

Entren el Duque de Parma y todos.

DON PEDRO.

Esto es volver ofendidos.

DON LOPE.

Mastrique está muy seguro.

PARMA.

¿Qué os parece, caballeros?

DON PEDRO.

Que Vuestra Alteza levante
El sitio, aunque le espante
Tal copia de rayos fieros.
Habemos aquí llegado
En tan riguroso encuentro,
Que hay seis mil villanos dentro,
Que vinieron al mercado;
Y éstos, el Gobernador
Hace de noche y de día
Trabajar.

PARMA.

La batería
Fué poca; que á ser mayor,
No me sucediera ansí.

DON FERNANDO.

Señor, Mastrique está fuerte;
¿De qué sirve detenerte,
Perder gente y tiempo aquí?
Tiran mil bombas de fuego
Y cadenas, que una sola
Lleva veinte hombres de bola,
Que es un temerario juego.
Tienen tantas invenciones
Y defensas, que en mil años
No temerán nuestros daños
Ni entrarán nuestros pendones.
Apenas á Vuestra Alteza
Una blanca le acompaña,
Ni se la envían de España,
Que ésta es la mayor flaqueza.
Si en Alemania tenía
Crédito, ya le ha perdido;
Ni al país de Lieje ha podido
Pagar lo que le debía
De sustento y municiones,
Por su palabra tomadas.

PARMA.

Razones son bien fundadas
Y concluyentes razones;
Pero resuélvome aquí,
Y no hay que me replicar,
En que tengo de tomar

Á Mastrique, ó él á mí.

DON LOPE.

Hágase, excelso señor,
Lo que manda Vuestra Alteza;
Que esa heroica fortaleza
Es digna de su valor;
Mas si soldados tan grandes
Pierde, sirviéndose dellos,
Perderá también con ellos
Estos Estados de Flandes.

PARMA.

¿Qué puede haber que disipe
De su tierra con la guerra,
Pues no hay un palmo de tierra
Á devoción de Felipe?
Yo sé que Su Majestad
No puede ser deservido.

DON LOPE.

En que pierda lo perdido,
Dice el Duque la verdad.

PARMA.

Castro.....

CASTRO.

Señor....

PARMA.

¿No tenéis
Hecho aquel crédito mío?

CASTRO.

Sí, señor.

PARMA.

Pues yo confío
Que hoy algún dinero halléis.
Él, y la palabra mía,
Dad al ejército luego,
Y decildes que les ruego,
Por merced y cortesía,
Me presten algún dinero,
Que pagaré á toda ley,
¡Por vida del Rey! que el Rey
Me lo dará, y ya lo espero.

CASTRO.

Y voy.

Vase Castro.

PARMA.

Vos, Perea, llamad
Luego á Gabrio Cerbellón;
Que tales consejos son
De muy grave autoridad.

PEREA.

Él viene.

PARMA.

Este caballero
De la Gran Cruz, milanés,
Peleando Aquiles es,
Y Ulises siendo ingeniero.

Entre Gabrio con la cruz de San Juan.

GABRIO.

¿En qué sirvo á Vuestra Alteza?

PARMA.

Gabrio, ¿qué me aconsejáis?

GABRIO.

Que si á Mastrique miráis,
Su defensa y fortaleza,
Veréis, señor, cómo entrar
Es imposible.

PARMA.

¿Qué haré?

GABRIO.

Iros á tierra que os dé
Para que la entréis lugar,
Con menos gente de guerra;
Que esta plaza está muy llena.

PARMA.

Toda opinión es ajena,
Pues yo he de tomar la tierra;
Ahora bien, yo quiero alzar
Junto al foso, en cierta forma,
Una cierta plataforma.....

GABRIO.

Bien será si os dan lugar.

PARMA.

Á manera de montaña,
Donde, puestos los cañones,
Bata hasta las intenciones
Con que Mastrique me daña.
Por debajo haré una mina,
Y será ardid belicoso
Ir siempre cegando el foso
Con tierra, leña y fagina.
Tome cualquiera soldado
De guarda, ó no guarda, entre
La leña y ramas que encuentre,
Un manojo grande atado;
Sírvale de su defensa
Para la arcabucería,
Y en el foso cada día
Le irá echando sin ofensa;
Que así pretendo tomar
Á Mastrique, ciego el foso.

GABRIO.

Á acuerdo tan ingenioso,
¿Quién os puede replicar?

PARMA.

Pues seguidme, caballeros.
¡Viva el Rey de España!

TODOS.

¡Viva!

PARMA.

Que su honor y el mío estriba
En vuestros nobles aceros.

Vanse todos, y éntre Castro.

CASTRO.

Con el crédito he llegado
Al tercio de los Valones,
Pero á mis justas razones
Aun oídos no han prestado.
Pues ¿cómo me prestarán

Los dineros que les pido,
Si aun no me prestan oído
El Tudesco y Alemán?
Dicen que cuando le piden
Paga el Duque, y de comer
Los quiere robar, por ver
Si por pagar se despiden.
No sé en qué podrá parar
Esta empresa sin dineros,
Y los contrarios tan fieros
Y en tan seguro lugar.
No sé ¡por Dios! si me atreva
Á los españoles hoy;
Temblando de hablarlos voy,
Que la pretensión es nueva.

Entren todos los soldados que puedan: Perea, Añasco, Ribera, Campuzano, Alonso García, Aynora y Marcela.

¿Pero qué se puede hacer?
Yo lo tengo de intentar
Con un discreto callar
Á un airado responder.

PEREA.
Pienso que se irá de aquí.

RIBERA.
Antes, estarse porfía.

CAMPUZANO.
Una plataforma hacía.

ALONSO.
¡Pluguiera á Dios!

AÑASCO.
¿Cómo ansí?

ALONSO.
Porque si él hiciera plata,
Dando á la memoria forma,
Si es verdad que plata forma,
Pagará á todos en plata;
Pero ni él la sabe hacer,
Ni hay en España alquimista.....

PEREA.
Terrible lugar conquista.

CASTRO.
Quiero llegar, si ha de ser.
El Príncipe, mi señor,
Suplica á vuesas mercedes.....

RIBERA.
Hablar y cubrirte puedes.

CASTRO.
Conociendo su valor,
Españoles generosos,
Sobre su palabra y éste,

Muestre el papel.

El que tuviere le preste,
Liberales y piadosos,
Dinero, joya ó cadena.

PEREA.
Castro, seáis bien venido;
Que el Duque será servido
De la suerte que lo ordena.
¡Ojalá fuera un tesoro
Lo que en este tercio está!
Que quien la sangre le da,
No le ha de negar el oro.

CASTRO.
¡Ah, señores españoles!
¿Quieren al Duque prestar
Sobre su palabra, y dar,
Pues son espejos y soles
De valor y cortesía,
Lo que tuvieren aquí,
Á Pedro de Castro?

TODOS.
Sí.

PEREA.
Sola esta cadena es mía.

RIBERA.
Yo tengo ésta.

Cadena y bolsa.

AÑASCO.
Aquésta yo,
Y en aquésta cien doblones.

CASTRO.
¡Oh, espanto de otras naciones!
¡Gloria á la patria que os dió
Este fuerte corazón!

ALONSO.
Tomad aquestos escudos,
Que los tuve un tiempo mudos
Para hablar á esta ocasión.

CAMPUZANO.
Aquí los que tengo van,
Y estos anillos también.

MARCELA.
Yo, estas joyas.

PEREA.
Quedo: ven
Con nosotros, capitán,
Porque el tercio te reciba,
Y tú el oro.

CASTRO.
¡Qué honra y ley!

ALONSO.
Así servimos al Rey
De España.

RIBERA.
¡Filipo viva!

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO

FIGURAS DEL TERCER ACTO

Alonso García.
Marcela.
Aynora.
El Duque de Parma.
Don Lope de Figueroa.
Martín de Ribera.
El capitán Perea.
El Gobernador de Mastrique.
El capitán Castro.
Enrique, *flamenco.*
Bisanzón, *tudesco.*
Don Fernando de Toledo.
Otavio Gonzaga.
Campuzano.
El capitán Román.
Soldados flamencos.

Vayan pasando soldados por el teatro, con haces de leña, ó sarmientos, ó ramas, de una puerta á otra, y de arriba vayan disparando y suene la caja.

ALONSO.

Repárate con la leña,
Marcela; que llueve el cielo
Granizo de plomo al suelo.

MARCELA.

Mejor fuera de una peña.
¡Pésete la guerra, amén!
¿Esto dan por colación?

ALONSO.

Confites de Marte son.
Ponte esta gavilla bien;
Que veo dos mil tendidos.

MARCELA.

Ya por defensa la tomo,
Los ruiseñores de plomo
Que me andan por los oídos.

ALONSO.

Échala en el foso, y vamos.

MARCELA.

¡Quién pudiera echar á Aynora!

ALONSO.

¿De eso tratamos agora
En el peligro que estamos?

Éntrense.

Salgan el Duque y D. Lope, con haces.

DON LOPE.

Deje Vuestra Alteza el haz,
No vaya cargado así.

PARMA.

Dejad que aprendan de mí.

DON LOPE.

¡Vive Dios, que es pertinaz!
Quiere que le dé una bala
Que, como á muchos se ha visto,
Le envíe con Jesucristo,
Y á nosotros noramala.

Perea con su haz.

PEREA.

Retírese Vuestra Alteza;
Que han muerto en esta ocasión
Al Conde de Barlamón.

PARMA.

Nueva ¡por Dios! de tristeza.
¡Perdió el Rey un gran soldado!

PEREA.

La artillería también
Su General.

DON LOPE.

Murió bien,
Pues murió en lo que ha tratado.
Siempre el mejor nadador
Es del agua.

RIBERA.

¿Qué hace aquí
Vuestra Alteza?

PARMA.

Pruebo en mí,

Qué fuerza tiene el valor.

RIBERA.

Don Francisco de Cardona
De un arcabuzazo es muerto.

DON LOPE.

Ande todo hombre despierto,
Que el plomo á nadie perdona.

PARMA.

Fué del Duque de Gandía
Primo, aqueste caballero.

DON LOPE.

¡Gallardo mozo!

PARMA.

El primero
Á cualquier cosa acudía.

DON LOPE.

Echádosele ha de ver,
Porque ¿cómo no acudiera
Si agora vivo estuviera?

PARMA.

¡Temerario defender!
Pues ¡por vida de Alejandro,
Que has de ser del Rey, Mastrique!

DON LOPE.

Al foso leña se aplique;
Que no faltará un Leandro
Que pase este fiero estrecho
Con las banderas de España.

PARMA.

¡Qué grita notable!

DON LOPE.

¡Extraña!

PARMA.

Alguna cosa sospecho.

Entre Campuzano.

CAMPUZANO.

La cosa ha sido,
Que don Pedro de Toledo,
Reconociendo sin miedo
Al enemigo atrevido,
Un ojo con una bala
Le ha cegado.

DON LOPE.

No verá.

CAMPUZANO.

En mucho peligro está,
Y más si adentro resbala.

DON LOPE.

¡Ventura, por vida mía!

PARMA.

¿Cómo?

DON LOPE.

Porque un ojo ciego,
Al tirar se hallará luego
Don Pedro la puntería.

Disparan un botafuego.

PARMA.

¿Qué es aquello?

PEREA.

¡Terribles alaridos!

DON LOPE.

Voló la mina, y van subiendo al cielo,
Contra su voluntad, algunos ángeles.
¡Plega á Dios que lo sean en su reino!

PARMA.

¡Hay tan fuerte, que á la mina (1)
Que yo hacía, contramina hicieron!

DON LOPE.

Señor, aquesta gente de Mastrique
Son diablos, son infiernos, no son hombres.

PARMA.

Pues Mastrique ha de ser del Rey de España.

Alonso García éntre.

ALONSO.

¡Por Dios, señor que Vuestra Alteza intenta
Vencer los invencibles!

PARMA.

Pues, García,
¿Eso me dice un hombre de Toledo,
Que en mi opinión es español Aquiles,
Y que le llamo á cualquier hecho honroso?

ALONSO.

Voláronnos las minas donde estaban
De guarda dos famosas compañías,
Una de don Gonzalo Saavedra,
Valiente caballero sevillano,
Y de Gaspar Ortiz la otra, y sabes
Que era honor de Valencia, y sangre ilustre.
Todos hechos pedazos van al cielo
Entre nubes de pólvora y de polvo;
Pero un caso notable ha sucedido.

PARMA.

¿De qué suerte?

ALONSO.

Un soldado
Llamado Alonso Suárez, es vivo,
Con haber caminado por el aire
Entre cuerpos y brazos de los otros,
Cosa que se ha tenido por milagro.

PARMA.

Luego ¿seràlo que á Mastrique entremos?
Ahora bien, vos, Alonso de Perea,
Y el capitán Palencia Vizcaíno,
Asistid juntamente á las trincheas,
Las nuevas minas y la plataforma.
Castro.....

CASTRO.

Señor.....

PARMA.

Decid al que hace oficio
De General de vuestra artillería,
Que quite los traveses, y que plante
Ocho cañones, porque el claro día
De San Juan, con el campo todo, quiero
Dar un asalto general al muro.

(1) Falta alguna palabra para que conste este verso.

DON LOPE.

¡Por Dios, que hemos de entrar, gran Alejandro,
Aunque sea hechos balas destos tiros;
Que si faltare munición, ofrezco
Á Vuestra Alteza aquesta pierna mía,
Que pues me mata á mí, que soy cristiano,
Bien puede allá matar un luterano!

Éntrense.

Salgan el Gobernador de Mastrique y soldados flamencos.

ENRIQUE.

Entré, señor, atrevido,
Y hallé todas las naciones
Con diversas opiniones;
Pero Alejandro lo ha sido.
Aunque todos de mil modos
Le refieren tu valor,
Él con el suyo, señor,
Resiste, y se opone á todos.
Cuando los dos capitanes
Rosado y Herrera, fueron
Á tomar puesto, y salieron
Tan gallardos y galanes,
Y volvieron ofendidos,
Locos, maltratados, ciegos,
De tantas bombas de fuegos
Artificiales, heridos,
Desconfiaron de ver
Las riquezas de Mastrique,
Aunque Alejandro se pique
De que de España han de ser;
Y así, ya desconfiados,
Tratan de fiestas no más.

GOBERNADOR.

Extrañas nuevas me das
Del gusto de los soldados.
Mas ¿cómo esperan aquí
Sin tener un real de España?
¿Comen yerba en la campaña?

ENRIQUE.

No, monsieur.

GOBERNADOR.

Lo que es me di.

ENRIQUE.

La española gente dió
Á Alejandro un gran tesoro,
Que hasta las cadenas de oro
De los hombros se quitó.
Con esto, al campo trujeron
Del país de Lieje, sustento
Y municiones.

GOBERNADOR.

Más siento
El ver que el oro le dieron,
Que toda su batería,
Porque es gran señal, Enrique,
Que han de cobrar de Mastrique
Lo que dieron aquel día;
Y españoles no se irán
Sin cobrar lo que han prestado.

ENRIQUE.

Sobre crédito lo han dado
A un español capitán.
Pero advierte que se ofrece
Grande ocasión de una hazaña
Contra la gente de España.

GOBERNADOR.

Iré, si á ti te parece.

ENRIQUE.

En el casar donde está
La caballería de Otavio
Gonzaga, pues eres sabio,
Oye el honor que te va.
Convidados á un banquete
Muchos Maeses de campo,
Y sin cabezas un campo,
Mira qué guarda promete.
Sal de Mastrique animoso;
Que como en el tercio des
De Francisco de Valdés,
Harás un hecho hazañoso.

GOBERNADOR.

Quedo, que has dicho una cosa
Notable y de gran valor
Contra la opinión y honor
De esa nación belicosa.
Pónganse con gran secreto
Todos á caballo al punto;
Que dando en el tercio junto,
Haremos un gran efeto,
Pues sin cabezas están.

ENRIQUE.

Salir puedes sin sospecha.

GOBERNADOR.

Quien la ocasión no aprovecha,
Ni es sabio, ni es capitán.

Vanse.

Entren Aynora y Bisanzón.

BISANZÓN.

Detente un poco, no huyas,
Que bien te conozco, Aynora.

AYNORA.

¿Qué has visto, villano, agora
En mí para que esto arguyas?
¿Cómo por mujer me tienes,
Siendo de don Lope un paje?

BISANZON.

Seráslo, Aynora, en el traje
Con que disfrazada vienes.
Pues ¿cómo, á quien te sacó
De Amberes, niegas quién eres?

AYNORA.

Ni he visto en mi vida Amberes,
Ni á ti tampoco.

BISANZÓN.

¿Á mí no?

AYNORA.

Á ti no.

BISANZÓN.

Pues ¿cómo niegas
Una tan llana verdad?

AYNORA.

Mira que con voluntad
De lo que dices te ciegas..
¡Hombre, que soy hombre, y hombre
Muy hombre! ¡Vete con Dios!

BISANZÓN.

Averigüemos los dos
Si son las obras ó el nombre.
Mira, mi bien, que tu trato,
Por no ser de mujer cuerda,
Me cuesta tratos de cuerda,
Que sin cuerda en cuerdas trato.
Ten piedad de quien te adora
Y te perdona el agravio.

AYNORA.

De que lo pienses me agravio.

Entre Marcela.

MARCELA.

¿Juntos Bisanzón y Aynora?
¡Ah, femenil condición!
Creeré que aquesta mujer
Se vuelve otra vez á ver
Las ferias de Bisanzón.
¡Que sean mis celos tales
Que la acomoden á efeto
De que algún hombre en secreto,
Pues los tiene el campo iguales,
La tenga donde no sea
Vista de un hombre que adoro!
¡Que tenga el regalo, el oro
Y todo el bien que desea,
Y que se vuelva á un soldado
Que la deja en libertad!
Hoy se verá si es verdad
Que amor es fuerte, incitado
De la furia de los celos,
Y más en una mujer
Que airada suele romper
Rayos del aire á los cielos.
¡Hola, tudesco!

BISANZÓN.

¿Quién es?

MARCELA.

Un hombre.

BISANZÓN.

Un hombre es el sol.

MARCELA.

Entiéndese un español;
¿En el talle no lo ves?

BISANZÓN.

En diciendo hombre, ¿se entiende
Un español? ¿No son hombres
Los que tienen otros nombres?

MARCELA.

No, que el ser de hombre se ofende.

BISANZÓN.

Pues, ¿qué venimos á ser,
Nacidos de otras naciones?
¿Qué nombre, español, nos pones
Diferente al de mujer?

MARCELA.

Llámese segunda parte
De hombres, porque dondequiera,
Español es la primera.

BISANZÓN.

Mucho me alegra escucharte;
Pero, señor parte prima
Del libro de hombre, ¿tenéis
Algo aquí?

MARCELA.

Luego ¿no veis
Lo que á buscaros me anima?
Libro ó parte, de aquí á un poco
La hoja os haré leer.

BISANZÓN.

La margen debéis de ser,
Que para el texto sois poco.

MARCELA.

Esa mujer, es mujer
De mí, de yo, de mi gusto,
Porque de tenerla gusto,
Y ella me quiere tener.
Suelte la hembra, y camine
Por allí, señor flin-flón.

BISANZÓN.

¿Tienes algún escuadrón,
Villano, que te apadrine?

MARCELA.

Sí tengo; esta hoja sella
Dos escuadrones tan grandes,
Que hubieran rendido á Flandes
Si hubiera dos como ella.
Meta mano, que he de hacer
De las calzas un jigote.

BISANZÓN.

¿Quieres, rapaz, que te azote?

MARCELA.

¡Por Dios, que fuera de ver!
Pero no es buena ocasión.

BISANZÓN.

Gracia tienes con tu hojilla;
Parece de la cartilla
En que te he de dar lección.

MARCELA.

Más chica es una lanceta,
Y más de dos algún día
Se han muerto de una sangría
Como con una escopeta.

BISANZÓN.

¡Qué gana de morir tiene!

AYNORA.

¡Marcelo, ten corazón!

MARCELA.

Calla, que es un fanfarrón.

Entre D. Lope.

DON LOPE.

¿Qué es esto?

AYNORA.

Don Lope viene.

MARCELA.

Perdone Vueseñoría.....

DON LOPE.

¿Por qué la espada has sacado?

BISANZÓN.

Señor, con este soldado,
Por esta mujer reñía.

AYNORA.

Yo dice que soy mujer.

DON LOPE.

¿Estáis loco?

BISANZÓN.

No, señor;
Aunque, siendo loco amor,
Bien podría enloquecer.

DON LOPE.

Pues ¿en qué os ha parecido
Mujer?

BISANZÓN.

Luego ¿no lo es?

DON LOPE.

Desde el cabello á los pies,
Viene el hombre sin sentido.

BISANZÓN.

Señor, si tú no llegaras
Y lo afirmaras ansí,
Yo jurara, cuanto á mí,
Que era mujer.

DON LOPE.

Mal juraras.
Vete, ignorante, á buscar
Quien te quite esos enojos.

BISANZÓN.

Engañado me habéis, ojos,
Ó alguno os quiere engañar;
Ojos, pues que sois tan vanos
Que hacéis el amor jüez,
Si la topáis otra vez,
Dejad la causa á las manos.

Váyase.

DON LOPE.

¿Qué es esto, Aynora?

AYNORA.

Señor,
Por defenderme Marcelo,
Como ves, mostraba el celo
Á que le obliga tu honor.

DON LOPE.

Aynora, no soy tan bobo,
Cuando esta pierna me deja,
Que no conozca la oveja
Y dónde la espera el lobo.
Tú quieres bien á Marcelo;
No niegues, porque ¡por vida
Del Rey.....

AYNORA.

Tu rigor impida,
Aunque mi culpa recelo,
La flaqueza de mi ser;
Verdad es que bien le quiero,
Que un soldado y caballero,
¿Qué ha de hacer á una mujer?

DON LOPE.

Aynora, sosiega el llanto;
Yo huelgo de la ocasión:
Todas estas cosas son
Trazas de quien sabe tanto.
Los de Mastrique han salido
Y de improviso asaltado
Un tercio, y han degollado,
Cosa que lástima ha sido,
Sesenta españoles juntos,
Por falta de la cabeza,
Hase enojado Su Alteza,
Y sin reparar en puntos,
Á Francisco de Valdés
Le ha reñido de manera,
Que con la cólera fiera,
Aunque ¡por Dios! justa es,
Un asalto general
Manda que demos al muro;
Yo, Aynora, no estoy seguro,
Que, en efecto, soy mortal.
Tratamos de confesión;
Hablarte más no podré;
Y ansí, parece que hallé
En las manos la ocasión.
No vivas como has vivido,
Que te has de morir, Aynora;
Toma de mi mano agora
Á Marcelo por marido,
Y vive como mujer
Que para morir nació;
Y pues te predico yo,
Bien me lo puedes creer.

AYNORA.

¡Señor, gran merced me has hecho!
Aunque en ti bien empleada,
Mejor estaré casada.

DON LOPE.

Hacen ya señal, sospecho.
Dale, Marcelo, esa mano;
Y en acabando el asalto,
Si no estoy de vida falto
Y vuelvo á la tienda sano,
Ven por quinientos escudos
Que de tu dote serán,
Y daraos mi capellán
Las manos.

MARCELA.

¡Vuélvenos mudos,
Señor, tan grande favor!
Digo que aquesta es mi mano.

AYNORA.

Y ésta la mía, pues gano
Con Marcelo tanto honor.

Váyase.

DON LOPE.

Pues yo me voy al asalto.
¡Hágaos bien casados Dios!

AYNORA.

¡Que nos casase á las dos!
¿Ríeste?

MARCELA.

De gozo salto.

AYNORA.

¿De qué?

MARCELA.

Yo me entiendo acá.

AYNORA.

¿Hay tan noble caballero?

MARCELA.

¿Estás contenta?

AYNORA.

No espero
Mayor bien que el que me da.
Digo, que si le dejase
De la pierna aquel dolor,
En España no hay señor
Que á don Lope se igualase.

MARCELA.

¡Válate Dios por Amberes
Y por Mastrique también!

AYNORA.

¿De qué te ríes, mi bien?

MARCELA.

¡Qué se casen dos mujeres!

AYNORA.

¿Qué dices?

MARCELA.

No digo nada.
Mas di, qué, ¿en efecto soy
Tu marido?

AYNORA.

No te doy
Mal dote.

MARCELA.

El dote me agrada.

AYNORA.

¿Y la mujer?

MARCELA.

No sé, á fe.

AYNORA.

¿Por qué?

MARCELA.

No preguntes tanto.

AYNORA.

Y de tu rigor me espanto.

MARCELA.

Quiero decirte el por qué.

AYNORA.

Quitarásme mil cuidados.

MARCELA.

Mi bien, cuando los doblones
Andan por muchas naciones,
Suelen venir cercenados.

AYNORA.

Pues ¿yo no vengo á tener
Mi peso en tu confianza?

MARCELA.

No me dió el cielo balanza
En que lo pueda saber.

AYNORA.

¿Recíbesme con decir
Pesadumbres?

MARCELA.

No; mas siento
El no tener aposento
Adonde puedas vivir.

AYNORA.

Pues ¿con quinientos ducados
Te ha de faltar?

MARCELA.

¡Pesia á mí!
Si esto se comprara así.....

Disparen.

AYNORA.

¿Qué es aquello?

MARCELA.

Los soldados,
Que arremeten á Mastrique.

Dentro:

¡Felipe, Felipe, España!

MARCELA.

¡Sangre y fuego el campo baña!

Dentro.

¡Aquí Carlos!

OTRO.

¡Aquí Enrique!

Fínjese el asalto dentro con estas voces.

MARCELA.

¡Allá voy!

AYNORA.

¡Detente, loco,
Que no van bien los casados
En peligros tan osados!

MARCELA.

Aquí, Aynora, todo es poco.

Dentro:

¡Aquí los del tercio viejo,
Que los de don Lope están
Dentro del muro!

MARCELA.

Podrán,
Mirándose en tal espejo;
Que es Alejandro de Parma
Otro nuevo Cipïón.

AYNORA.

¡Tente!

MARCELA.

¡Déjame! Aquel són,
En el honor toca al arma.

Alonso, la espada desnuda.

ALONSO.

Esto es trabajar en vano.

MARCELA.

¿Qué hay, García?

ALONSO.

Aunque trabuque
El mar y la tierra, el Duque
No verá á Mastrique llano.
Salía de Oriente el alba,
Bebiendo sus blancas perlas
Las flores, en vez de bocas,
De sus cogollos abiertas;
Íbase á dormir la noche
Á las antárticas tierras,
Y llevándose tras sí
Mil ejércitos de estrellas,
Cuando Alejandro Farnesio,
Duque de Parma y Plasencia,
General en el de España,
Que por Felipe gobierna,
Felipe, aquel gran Monarca,
Por cuya mar se da vuelta
Al mundo, sin que se toque
En palmo de tierra ajena,
Asalta el fuerte Mastrique,
Y á sus murallas asesta
Cuarenta cañones juntos
Y diez culebrinas fieras.
Brama el sonoroso bronce,
Las almas de hierro vuelan;
Vertiendo fuego las bocas,
Forma el humo nubes densas.
Huyen las aves del aire,
Los montes lejos resuenan,
Que sin preguntarles nada,
Dan á los tiros respuesta.
Ni los que llevan se ven,
Ni lo saben los que quedan,
Que la prisa del batir
Todo lo confunde en niebla.
Manda Alejandro dar voces:
Los del tercio viejo llegan:
Ya están dentro, ya se lanzan
Por las murallas abiertas.
Y que en otra parte digan:
«¡Ya los de don Lope cierran,
Ya están dentro de Mastrique,
Ya sus riquezas saquean!»
Para que con esta envidia
Los españoles hicieran
Lo que hicieron, que es romper
Por bombas, balas y piedras.
Pero todo ha sido en vano;
Que es tan grande la defensa,
Los fuegos artificiales
Y las máquinas que inventan,
Que parece que los orbes
De la celestial esfera,
Círculos de fuego arrojan,
Y nubes de plomo engendran.
¡Oh, animosos españoles,
Que entre brazos y cabezas,
Piernas y troncos, bañados
De sangre, los muros trepan!
Pues primero que las cajas,
La señal de las trompetas,
De los muros los aparten,
Ambición de fama eterna,
Volvió (1) la noche otra vez,
Y coronada de estrellas,
Hizo aposento á la luna
Con tapices de tinieblas.
Allí el Conde de Masflet
Y Otavio Gonzaga muestran
El valor de sus personas,
De su sangre la excelencia.
Los dos Toledos famosos,
Fernando y Pedro, que fueran
Gracos en la antigua Roma,
Materia eterna á las letras.
Don Lope de Figueroa
Gallardamente pelea,
Y Francisco de Valdés
Anima, enseña, aconseja.
Fabio Farnesio, gallardo;
Juan de Paz, rayo en la guerra,
Y el castellano de Gante,
Famoso Agustín de Herrera;
Gabrio Cerbellón, dos Castros,
Bernardo y Pedro, que dieran
Envidia al Héctor de Troya
Si entonces los viera en Grecia.
Con el Sargento mayor,
Pedro de Vallejo, quedan
Mil heroicos capitanes;
Sus nombres quiero que sepas:
Son don Diego de Gaona
Y Juan Núnez de Palencia,
Generoso guipuzcoano;
Ribas, Rosado, Fonseca,
Amador de la Abadía,
Renguifo, Núñez, Perea,
Y el Alférez, aunque mozo,
Fuerte, Martín de Ribera.
Pero ¿qué os digo, si, en fin,
Tras tanto valor y fuerzas,
De ochocientos españoles
Las vidas, Mastrique cuesta,
Sin veintidós capitanes
Que honrar el mundo pudieran?
Murió el Conde Guido, y Fabio,
Y el Conde de Toruchela,
Carlos Venzo Piamontés
Y otros que no se me acuerdan;
Que ha sido tal la desgracia
Desta llorosa tragedia,
Que á los que por cobardía

(1) En la primera edición, *volver;* pero es errata evidente.

Hoy al asalto no llegan,
El fuego, en veinte barriles
De pólvora juntos, entra,
Que los abrasa de suerte,
Que, por ver si se remedian,
Se arrojan ardiendo al foso,
Y entre las aguas se queman.
Mas el campo se retira.

MARCELA.

Antes que á alojarte vuelvas,
Oye, Alonso, dos palabras;
Mas ¿para qué te doy cuenta
De lo que podré decirte
Con más espacio en la tienda?

ALONSO.

¿Son negocios desta dama?

MARCELA.

Hoy me he casado con ella.

ALONSO.

¿Quién lo ha tratado?

MARCELA.

Don Lope.

ALONSO.

Luego ¿que eres hombre piensa?

MARCELA.

Ven comigo, y verás luego
Lo que los celos enredan.
Aynora.....

AYNORA.

Mi bien.....

MARCELA.

Al rancho.

AYNORA.

¿Cuándo esta boda conciertas?

MARCELA.

En tomándose Mastrique.

ALONSO.

¿Qué has de hacer si al punto llegas?

MARCELA.

Como reloj sin campana,
No dar y servir de muestra.

El Duque de Parma, D. Lope, D. Fernando de Toledo y soldados.

DON LOPE.

No sé qué habemos de hacer,
Ni qué piensa Vuestra Alteza.

PARMA.

Tened, don Lope, firmeza
Hasta morir ó vencer.
El honor del Rey de España
Está en tomar esta tierra.

DON LOPE.

Algún diablo dentro encierra.
¡Qué brava defensa!

PARMA.

¡Extraña!
¡Qué de fuego, qué de gente,
Artificios, municiones,
Quimeras, armas, traiciones!
No hay cosa, en fin, que no intente.
Pero así puede este invierno
En daño nuestro intentar
Traer por foso la mar,
Y por fuego el del infierno
Como él, ó ser otro Griego,
Sobre los muros troyanos.....

DON LOPE.

Remitiérase á las manos,
Sin foso, muro, agua y fuego,
Que ¡voto á Dios!, que no hubiera
Un rebelde en todo Flandes!

DON FERNANDO.

Las municiones son grandes,
La obstinación persevera;
Vuestra Alteza ha dado en esto;
Mil hombres nos cuesta ya;
Lejos el remedio está,
El peligro y daño presto;
Pero crea que en servicio
Del Rey y suyo, no hay hombre
Que de la muerte se asombre.

PARMA.

Ya he visto bastante indicio.

Ribera éntre.

RIBERA.

¿Hay tal valor de soldados?
¡Hay resistencia tan fiera?

PARMA.

¿Qué es eso, alférez Ribera?

RIBERA.

Que de laurel coronados
Merecen, señor, estar
Los que en aquesta ocasión
Han ganado el torreón
Que les mandaste ganar.

PARMA.

¿El torreón se ha ganado
Entre las dos baterías?

DON FERNANDO.

Muy justamente porfías.

DON LOPE.

Valerosos han andado.

RIBERA.

Ganáronle y le mantienen
Españoles corazones.

PARMA.

Pónganse allí dos cañones;
Que puesto notable tienen
Para destruir la tierra.

DON FERNANDO.

Voy, señor.

PARMA.

Id, don Fernando.
Esto se va comenzando;
El valor hace la guerra,
La firmeza y la porfía;
Y si el foso lleno está,

Su muralla sufrirá
Que plante mi artillería.

RIBERA.

También está lleno el foso.

PARMA.

Pues españoles leones,
Llevemos veinte cañones,
Que es imposible y forzoso.

DON LOPE.

¿Cómo los han de llevar?

PARMA.

Á manos de los soldados.
¡Ea, españoles honrados,
Que yo ayudaré á tirar!

RIBERA.

¿Á manos, señor? No sé
Si saldrás con lo que intentas,
Que tú por posible cuentas
Lo que imposible se ve.

PARMA.

Id, don Lope.

DON LOPE.

Vuestra Alteza
Esté de España seguro,
Que no sólo desde el muro
Pondré la más grande pieza,
Mas si fuere necesario
Y os importa al Rey y á vos,
La he de poner ¡juro á Dios!
En el mismo campanario.

PARMA.

Guerra, ¿quién te inventó? Si soy injusta,
Mi origen fué de un ángel la malicia;
Si soy justa, inventóme la justicia,
Porque con la razón la guerra es justa.
Quien de tus asperezas se disgusta,
Ni tiene honor, ni tu laurel codicia;
Así es verdad, que mi triunfal malicia
Dió á humildes frentes la corona augusta.
¿Qué haré, guerra, qué haré? Seguir la guerra,
Y abrase el fuego los flamencos hielos,
Hasta que se reduzca al Rey su tierra.
Felipe tiene aquí de sus abuelos
El patrimonio; pues, al arma, cierra;
Que la razón es hija de los cielos.
¡Válame Dios! ¿Qué me ha dado?

CASTRO.

¿Qué es lo que Su Alteza tiene?

PARMA.

¡Qué fiero ardor que me viene,
Y ha poco que estaba helado!
¡Jesús! ¡Mirad, Castro, aquí!

CASTRO.

Señor, que no será nada.

PARMA.

Tomad, quitadme esta espada.

CASTRO.

Nunca estos extremos vi.

PARMA.

Tened aquese bastón,
Que me abraso.

CASTRO.

¡Cielo santo!
¿Qué tienes que sientes tanto?

PARMA.

Abrásame el corazón.

CASTRO.

Debe de ser que tan grandes
Son las alas del que has hecho,
Que no te quepa en el pecho.

PARMA.

Échenme por tierra á Flandes.
¡Viva España! ¡Cierra, cierra!

RIBERA.

Voy á avisar deste mal.

CASTRO.

Id, Ribera. ¿Hay caso igual?

PARMA.

¡Rebelarse al Rey su tierra!
¡Fuera digo!

CASTRO.

Gran señor,
Vuestro valor ¿dónde está?
¿Una calentura os da
Tan insufrible dolor?
Alguna cosa le han dado.
¡Triste de mí! ¿Qué he de hacer?

FERNANDO.

Desnúdate.

PARMA.

Quiero ver
Por dónde este fuego ha entrado.

FERNANDO.

Perdido ha el seso Su Alteza.

Entren D. Lope y Otavio Gonzaga.

DON LOPE.

Su Alteza está sin sentido.

OTAVIO.

Su Alteza el seso ha perdido.

PARMA.

Disparad presto una pieza.
Haced señal, retirad
Esos Valones.

FERNANDO.

Señor,
¿Dónde está vuestro valor?
¿Qué es de vuestra autoridad?

OTAVIO.

¡Hola; una ropa traed!

CASTRO.

Señor, la ropa está aquí.

DON LOPE.

Llevalde á la cama ansí.

PARMA.

Lo que os he mandado haced,
Éntrese Mastrique luego.
¡Cierra España, Santïago;
Que hoy habéis de ver su estrago
Á hierro, á sangre y á fuego!

Llévenle dentro.

FERNANDO.

No hay contento en el mundo que lo sea.
¿Si le han dado, don Lope, algún veneno?

DON LOPE.

No sé, ¡por Dios! Vueseñoría crea
Que está Mastrique de demonios lleno.

OTAVIO.

Mal en el Duque tanto mal se emplea.

DON LOPE.

No ha un momento ¡por Dios! que estaba bueno.

OTAVIO.

No sé por qué le desayuda el cielo,
Siendo tan grande su cristiano celo.

DON LOPE.

Tan grande, que antes que el asalto diese
Nos hizo confesar, y yo he dejado
Alguna cosa, porque no dijese
Que por mi causa la ciudad no ha entrado;
Si topa en que don Lope se confiese,
No tiene qué decir, porque he casado
Una flamenca.....

FERNANDO.

Estáis como un cartujo.

DON LOPE.

Con el mismo alcahuete que la trujo.

Perea éntre.

PEREA.

Ya el daño de Su Alteza se ha sabido.

OTAVIO.

¿Qué es, Perea?

PEREA.

Como se desnuda,
En las espaldas se le vió un nacido
Que ser carbunco ó peste puso en duda;
Pero en el punto que cortado ha sido,
De tal manera el Príncipe se muda,
Que tiene aquel sentido que primero.

OTAVIO.

Daros de albricias este anillo quiero.

FERNANDO.

Ya le traen aquí.

DON LOPE.

¡Suceso extraño!

El Príncipe con ropa.

CASTRO.

Señor, no descansara Vuestra Alteza.

PARMA.

¡Oh caballeros, sean bien hallados!

FERNANDO.

Y vos, señor, seáis muy bien venido
Con salud á este ejército.

PARMA.

¿En qué estado
Están las cosas de Mastrique?

OTAVIO.

El mismo
En que antes de su mal las vió Su Alteza.

PARMA.

Otavio, vos y el conde Masflet luego
Id á dar orden que la tierra se éntre
Mañana, pues es día de San Pedro,
Que este Apóstol santísimo, sin duda
Que nos dará las llaves de Mastrique;
Y para cierta cosa que he pensado,
Llamadme aquí un soldado de Toledo
Que tengo por valiente, si le he visto
Después que ciño espada, y cuyo nombre
Es Alonso García.

PEREA.

Es mi soldado;
Yo iré por él.

OTAVIO.

Y yo á servirte parto.

Ribera éntre.

RIBERA.

Viendo, señor, que está el artillería
Plantada en las murallas de Mastrique,
Y que tienen perdidas las murallas,
Han hecho dentro de la tierra un cerco
O media luna, donde se defienden.

PARMA.

No son cortos indicios de su daño
Ver que hayan hecho tan menguante luna,
Antes señal que mengua su fortuna.

Entren Perea y Alonso.

PEREA.

Aquí está Alonso García.

PARMA.

Alonso, en tu corazón
Estriba en esta ocasión
La honra del Rey y la mía.
Tú eres de Toledo, y hombre
De valor.

ALONSO.

Yo sirvo al Rey
Y á Vuestra Alteza; la ley
De Cristo ensalzo y su nombre.
Mandadme, que me echaré
Vivo en un fuego.

PARMA.

Pues sabes
Que en cosas arduas y graves,
De un hombre el valor se ve,
Sube en aquel torreón,
Y esta noche, toda en vela,
Servirás de centinela
Al campo.

PEREA.

Honrosa ocasión.

PARMA.

Alerta siempre dirás,
Y al rayar del sol dorado,
En la media luna, armado

De esfuerzo, te arrojarás;
Que á tu ejemplo yo sé bien
Lo que harán los españoles
Cuando la espada enarboles,
Ó por envidia también.

ALONSO.

¿Es más que esto?

PARMA.

¿Y esto es poco?

Cálese el sombrero y váyase.

ALONSO.

¡Cristo con todos: adiós!

DON LOPE.

¡Bravo soldado!

PEREA.

No hay dos
Como éste.

PARMA.

Ansí le provoco.

DON LOPE.

No hay duda, harálo tan bien,
Que del valor de su pecho
Puedes estar satisfecho,
Aunque mil muertes le den.
Ven, señor, á sosegar,
Si puedes tener sosiego.

PARMA.

Pedro, que me deis os ruego
Las llaves deste lugar,
Porque dándoos desta hazaña
Gloria á vos después de Dios,
Se las envíe por vos
Á Felipe, Rey de España.

Vanse.

Alonso García en alto.

ALONSO.

Animoso corazón,
Mirad lo que en esto os va,
Que en vuestras manos está
Hoy de España la opinión.
Muriendo, la gloria es cierta;
No desmayéis, tened fuerte,
Que aquí y allí todo es muerte.
¡Soldados, alerta, alerta!
La noche se va pasando,
Y las ardientes estrellas
Hacen lenguas sus centellas,
Con que me están animando.
El sol, del alba en la puerta,
Quiere salir, y la hazaña
Ver que ha de dar honra á España.
¡Soldados, alerta, alerta!
Pasa, noche rigurosa,
Los negros caballos hiere;
Que ya el alba pisar quiere
El cielo con pies de rosa.
Ya casi está descubierta:
Ea, Virgen del Sagrario,
Que es tu favor necesario.
¡Soldados, alerta, alerta!
Ya está declarado el día;
Ya comienzan á mirarme;
Tiempo será de arrojarme,
¡Santiago, Santa María!

En arrojándose del muro al teatro, salgan de una puerta soldados flamencos con espadas y rodelas, y den en él, y él en ellos, tocándose las cajas, con esta voz: «¡Santiago, España!»; y estando peleando, salgan españoles y den sobre ellos hasta que digan: «¡Victoria!» Aquí no hay representación, sino cuchilladas y tirar dentro arcabuces, que se pueden fingir con botafuegos, y salga el Duque de Parma.

PARMA.

Ea, soldados fuertes, hoy es día
De ganar para siempre eterna fama,
Y mostrar vuestra heroica valentía,
Que á la inmortalidad del alma os llama.
Dad esta honra ilustre á mi porfía,
Que á veros salgo de mi tienda y cama,
Enfermo y lleno de congoja airada,
De ver que no os ayudo con la espada.
Ea, que os mira desde el quinto cielo
Marte, y desde el empíreo, Carlos quinto;
Desde España, Filipo, en cuyo celo
Católico, la empresa fácil pinto.
La fama os llevará con presto vuelo
De todo olvido temporal distinto,
De donde vuestros nombres, consagrados
Á la inmortalidad, vivan honrados.

Castro éntre.

CASTRO.

Ya Vuestra Alteza ha salido
Con su honra.

PARMA.

¡Bella hazaña!

CASTRO.

Echóse Alonso García
Del torreón, con la espada,
En las armas enemigas,
Y no le han muerto las armas;
Que vive y mata más hombres
Que hay yerba en esta campaña.
Los soldados se arrojaron
Tras él con destreza extraña,
Que en espacio de media hora
Ha despoblado su espada
Más de catorce mil hombres,
Donde se han visto, en venganza
De los españoles muertos,
Cosas honradas y extrañas.
Un alférez, á una torre,
De donde al campo tiraban,
Subió, y hallando veinte hombres,

Los hizo saltar desde ella (1).

PARMA.

¿Qué rumor es éste? Aguarda.

Los españoles entren las espadas desnudas.

ALONSO.

Señor, pues te hemos servido,
Manda que Otavio Gonzaga
Nos deje gozar la gloria,
Que el burgo con gente guarda.
¿No hemos de cobrar, señor,
Esta sangre que nos falta?
Da premio á los españoles,
Pues les debes esta hazaña.

PARMA.

Id, Castro, y decid que cesen
Las crueldades comenzadas,
Y que Otavio deje entrar
Toda la nación de España
Para que del saco goce,
Pues cuando tan pobre estaba,
Me dió el oro que tenía;
Que aun ésta es pequeña paga.

TODOS.

¡Viva Alejandro Farnesio!
¡Viva el gran Duque de Parma!

PARMA.

Yo quiero entrar en Mastrique;
Todos los Maestres llama,
Y póngase el campo en orden,
Lucido de armas y galas.

CASTRO.

Triunfa, señor, este día,
Glorioso á España y á Italia.

Toquen la caja, y vayan saliendo soldados con ropas y riquezas del saco, y flamencos.

PEREA.

Monsieur, dad cien mil escudos.

FLAMENCO.

¿No bastan diez?

PEREA.

Una blanca;
No le daré menos.

Ribera con una flamenca.

RIBERA.

Ea,
Mil doblones, ó matalla.

MARCELA.

¡Brava ventura he tenido!

ALONSO.

¡Marcela!

MARCELA.

¡Alonso!

ALONSO.

Una casa
Dejo, de riqueza llena.

MARCELA.

Y yo, seis llenas de plata.

AYNORA.

Que no eres muerto, mi bien.

DON LOPE.

¡Ah, paje! ¿Qué digo? ¡Ah, dama!

AYNORA.

Ya no soy vuestra, señor,
Que mi marido me agrada.

MARCELA.

Señor, si vos la queréis,
Con vos norabuena vaya;
Que está mi marido aquí,
Y su marido me llama.

ALONSO.

Yo lo soy, ¡por Dios! señor.

DON LOPE.

¿Es mujer?

ALONSO.

No, sino el alba.
Pues ¿había de ser hombre
Y estar conmigo casada?

AYNORA.

¿Mujer es?

MARCELA.

Aquí hay testigos.

AYNORA.

Traidor, ¿por qué me burlabas?

MARCELA.

De celos deste enemigo.

DON LOPE.

La burla ha sido extremada;
Vuélvete á mi casa, Aynora,
Que no estás mal en mi casa.

AYNORA.

Serviros será mi gusto.

DON LOPE.

El Príncipe sale; aguarda.

El Duque en una silla de manos, con cajas y trompetas, y por otra parte capitanes con un palio.

RIBERA.

Venid, famoso señor.

ROMÁN.

Gloria y honor de las armas,
Venid á entrar en Mastrique,
De laurel la frente honrada.

PARMA.

¿Qué palio es ése, soldados?

PEREA.

Aquí en una iglesia estaba.

PARMA.

¿Es del Santo Sacramento?

ROMÁN.

Sí, señor.

PARMA.

¡Locura extraña!

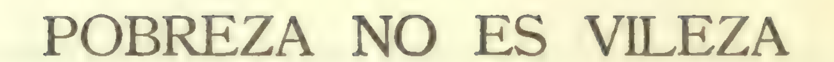
(1) Falta el asonante.

De vos, Agustín Román,
Me quejo con justa causa,
Pues siendo viejo y discreto,
De edad y experiencia larga,
Con lo que se cubre Dios,
Cubrís la miseria humana:
Volvelde luego á la iglesia,
So pena de mi desgracia,
Que en esta silla entraré.

DON LOPE.

Aquí, senado, se acaba
«El asalto de Mastrique
Por el Príncipe de Parma.»

FIN DE «EL ASALTO DE MASTRIQUE».



POBREZA NO ES VILEZA



POBREZA NO ES VILEZA

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

AL EXCMO. SR. DUQUE DE MAQUEDA MANRIQUE,

AFRICANO.

En una relación de la última jornada á los aduares de los moros de Beniaghu, tan vecinos de Orán cuanto les permite el miedo, llamó su autor á Vuexcelencia príncipe alentado, dadivoso y padre de sus soldados: causáronme alegría estos atributos, partes tan esenciales en el capitán, que es imposible que sin ellas lo sea, ni consiga, por medio del amor al que gobierna, las victorias y trofeos que han tenido los que, preciados de tan justos títulos, dejaron tanto cuidado á la fama de eternizar sus nombres, como descuido al olvido de acordarse de ellos. Así fué César victorioso en Francia y en Farsalia; así Alejandro fué temido de los dos polos del universo, y así trujo Carlos V el laurel de Alemania á sus cabellos, antes que el morrión de acero los cubriese de plata. Ya no son esperanzas las de Vuexcelencia, sino sucesos heroicos; que el freno que ahora ensaya en Alarbes sabrá poner á Turcos, trasladando las armas de las puertas del África á los canales de Constantinopla y á los confines de Persia. Crième en servicio del ilustrísimo Sr. D. Jerónimo Manrique, Obispo de Ávila é Inquisidor general supremo apostólico, uno de los grandes príncipes que ha tenido esa clara sangre en el estado eclesiástico; pues con tenerle, no olvidó las armas en la batalla naval de Lepanto, siendo su Vicario general por la Santidad de Pío V, de felice memoria; y cuantas veces me toca al alma sangre Manrique, no puedo dejar de reconocer mis principios y estudios á su heroico nombre, como en tantas partes se conoce mi agradecimiento, particularmente en mi Jerusalén, *donde parecen vaticinio de las de Vuexcelencia las hazañas de Garcerán Manrique; que tantos tiempos ha que en su casa de Vuexcelencia tomaban, en defensa de la fe y restauración de los lugares sagrados, las españolas armas los Manriques. Esta comedia es de guerra; que, aunque se llama* Pobreza no es vileza, *por la de un valiente soldado que se introduce en ella, son hazañas y victorias en Flandes del valeroso D. Pedro Enríquez de Toledo, Conde de Fuentes, espejo de armar caballeros tan ilustre, que me pareció poner el de Vuexcelencia enfrente, porque en la sala de la fama hay también correspondencias de ornamentos de armas, como en la generosa curiosidad de las cortes de retratos insignes; que allí son los olores pólvora, como aquí el ámbar: en cuyos extremos toca tan fácilmente el volante de la grandeza de los señores, que de la manopla al guante no hallará más distancia que la voluntad de su Rey, la reputación de sus armas y la honra de nuestra nación. Dios guarde á Vuexcelencia.*

Su capellán,

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.



POBREZA NO ES VILEZA

PERSONAS

Mendoza.
El Conde Fabio.
Laura, *española.*
Rosela, *dama flamenca.*
El Conde de Fuentes.
Panduro.
Tiburcio, *escudero.*
Luna, *criada.*
Durán.
Liranzo.
Peralta.
Cabrera.
Friso.
Un capitán.
Un mercader.
Soldados.
Criados.

ACTO PRIMERO

Rosela, Tiburcio, Luna.

ROSELA.

De ver, Tiburcio, estas tierras
Recibo grande contento.

TIBURCIO.

Pienso que en buscarlas yerras.

LUNA.

Es notable atrevimiento
En tiempo de tantas guerras.

ROSELA.

Bien segura estoy aquí,
Pues que no son contra mí
Ni contra el Conde mi hermano.

TIBURCIO.

Ser neutral pretende en vano.

ROSELA.

No lo es ya.

TIBURCIO.

Pienso que sí.

ROSELA.

¿Quién duda que su afición
Sigue la parte de España?

LUNA.

Si aquestos países son
De su Rey, no es mucha hazaña.

ROSELA.

Á no ser fuerza, es razón.
Murió el archiduque Ernesto,
Que estos Estados regía
Por Felipe.

TIBURCIO.

Verá presto
¡Qué falta en su monarquía
La de su persona ha puesto!
Aunque haberle sucedido
Aquel bizarro español,
Amado cuanto temido
Sobre la esfera del sol,
De verde laurel ceñido,
Don Pedro Enríquez, famoso
Conde de Fuentes, le ha dado
Consuelo.

ROSELA.

Tan victorioso
Príncipe, deste condado
Será defensor dichoso.
Yo me alegro en esta villa,
Puesto que á Bruselas dejo;
Porque más me maravilla
Que este río forme espejo
Á los sauces de su orilla,
Que su corte y la riqueza
De sus damas.

LUNA.

Si contigo

Traes su gala y belleza,
No habrás menester testigo
Para abonar su tristeza,
Ni te puede faltar nada,
De ti misma acompañada.

ROSELA.

Claras fuentes, aquí estoy:
Dadme el parabién que os doy,
Amada y no murmurada.
Y vosotras, varias flores,
Que al engaño en sus cristales
Dejáis retratar colores,
Volved, á mi gusto iguales,
Á soledades amores.
Aves parleras, pagad,
Dejad la corte y ciudad
En música á mis oídos,
Que no están bien divertidos
Donde no tratan verdad.
Acentos dulces y graves
Forme vuestra melodía;
Corred, arroyos süaves,
Que ya sois mi compañía,
Río, flores, fuentes y aves.

TIBURCIO.

Siéntate mientras la sombra
Sirve de ameno dosel
Á su cristal, y de alfombra
Tanta violeta, que dél,
Azul guarnición se nombra;
Y para no ser ingrato
Á la merced que me hacéis,
Haré un bosquejo al retrato
De nuestra edad.

Siéntanse.

ROSELA.

Ya sabréis
Con qué respeto y recato.

TIBURCIO.

Érase..... Mas ¿qué es aquesto?

LUNA.

¡Ay, señora! ¡Gran rüido!

ROSELA.

¡En qué confusión me has puesto!

Liranzo, Durán, Peralta y Cabrera, que se quedan en el fondo.

TIBURCIO.

Éranse los que han venido;
Lo demás se sabrá presto.

LIRANZO.

Pues ¿dónde vais por aquí,
Si en esta casa no hay gente?

DURÁN.

Gente, y aun cerca, se siente.

ROSELA.

¿Soldados?

LUNA.

Señora, sí.

ROSELA.

¿De qué nación?

TIBURCIO.

Españoles.

PERALTA.

Liranzo, tened el paso.

CABRERA.

¿Es algún respeto acaso? (Ap. á Peralta.)

LIRANZO.

Dáseme dos caracoles
De respetos sin comer,
Cuando voy á pecorea.

CABRERA.

¡Brava es la dama!

PERALTA.

Y no fea.

TIBURCIO.

Bien te puedes recoger, (Ap. á Rosela.)
En duda, á la casería.

DURÁN.

(Aparte á Cabrera.)

¿Qué habemos de hacer, Cabrera,
Que es gente de paz?

PERALTA.

Espera.

CABRERA.

No hay con hambre cortesía.

DURÁN.

Si vos no queréis, Peralta,
Tomad el bosque, y adiós.

LIRANZO.

Durán, váyanse los dos;
Que yo, si veo y me falta,
Lo quitaré del altar.

DURÁN.

Acabóse.

LIRANZO.

Esto es comer.

Adelántase.

Señora, yo vengo á ser,
Hablando en lengua vulgar,
Embajador del sustento
De aquellos pobres soldados.
Esos diamantes sobrados,
De vuestro pecho ornamento,
Dicen que faltan allí,
Y que luego os los quitéis.

ROSELA.

Españoles, no penséis
Que vine sin gente aquí:
Mirad que os haré matar.

DURÁN.

Déjese Vueseñoría
De obligar con su porfía
Á lo que puede obligar.

TIBURCIO.

¿Cómo soldados del Rey
Roban sus mismos vasallos?

PERALTA.
No venimos á roballos;
La necesidad, sin ley,
Nos obliga, como gente
Mal pagada, mientras llega
Dinero de España.

CABRERA.
Entrega,
Madama, tú blandamente
Las joyas para empeñallas;
Que en pagándonos el Conde,
La misma razón responde
Que vendremos á quitallas (1).

ROSELA.
¿Sabéis quién soy?

DURÁN.
¿Quién serás
En este bosque?

ROSELA.
¡Qué caro
Os ha de costar!

CABRERA.
¡Reparo!

LIRANZO.
Yo tiro, y no juego más.

Mendoza, con capote de dos haldas, jubón y calzones pobres.

MENDOZA.
¿Qué es esto?

PERALTA.
¿Quién lo pregunta?

MENDOZA.
Yo soy.

DURÁN.
¡Oh, señor Mendoza!
No es nada: pase adelante.

MENDOZA.
De aquel álamo á la sombra,
Aguardaba mi bagaje,
Cuando de aquesta señora
Oí las voces: no es justo,
Ya que he visto su persona,
Que se le haga este agravio.

LIRANZO.
Pues ¿de cuándo acá le toca,
No siendo oficial del Rey?

MENDOZA.
De ver que es injusta cosa
Que infamen vuesas mercedes
Á la nación española;
Y el ser de su compañía,
Y testigo en sus victorias,
Me obliga, por hijodalgo,
Á que vuelva por su honra.

DURÁN.
Habrá comido.

MENDOZA.
¡Por Dios,
Que desde ayer á estas horas,
Pienso que no me ha debido
Sino suspiros mi boca!
Si llegare mi bagaje,
De la pobreza forzosa
Tomarán vuesas mercedes,
Y ¡ojalá que fueran joyas!
Pero las de aquesta dama
Se han de reservar agora
En el pecho como están,
Ó con las cuatro pistolas
Hacer pedazos el mío.

DURÁN.
Señor Mendoza, si toma
Vuesa merced la defensa
Por valiente, también cortan
Nuestras espadas sin fuego.

MENDOZA.
No hay cosa de que me corra
Como de que nadie entienda
Que soberbia me provoca.
Esto pido en cortesía,
Por ver esta dama sola,
Con el sombrero en la mano.

LIRANZO.
Con menos término sobra.
Vamos de aquí, que el señor
Mendoza, basta que ponga
Su mano en esto.

MENDOZA.
Yo espero
Que habrá tiempo en que conozcan
Vuesas mercedes que soy
Su amigo.

DURÁN.
Quien hoy os cobra
Con ese nombre, más gana
Que pierde en aquestas joyas.

MENDOZA.
Soy hombre que cumpliré
Lo que digo.

LIRANZO.
(Aparte á sus compañeros.)
La oratoria
Deste soldado me enfada.

DURÁN.
Ofreciéronse dos cosas:
Ó matarle, ó confiar
De su lengua la deshonra
Que resultarnos podía.

LIRANZO.
La confianza era loca,
La muerte injusta.

PERALTA.
Ya es hecho.

LIRANZO.
Hay hombres hechos de alcorza,
Que engañan como los versos,
Como el buen término en prosa.

Vánse los cuatro soldados.

---

(1) Desquitarlas, abonarlas, pagarlas.

ROSELA.

Español, aunque en el traje
Pobre (si bien la nobleza
Del alma no es la corteza,
Ni le puede hacer ultraje),
Por más que te humille y baje
Necesidad de la guerra,
Se ve la que el pecho encierra;
Que el sol ilustre español
Nunca deja de ser sol,
Aunque le eclipse la tierra
El término que has tenido,
De manera me ha obligado,
Que me ha puesto en más cuidado
Que el agravio recibido.
Manos y abrazos te pido,
Y, á nuestra usanza, la cara.

MENDOZA.

Madama ilustre, repara
Que ensalzando el beneficio,
Harás pequeño el servicio
Que en noble término para.
Esta fué mi obligación:
Que soy hombre bien nacido,
Y la que ves ha corrido
Por cuenta de mi nación.
Para pedirte perdón
Del término que han usado,
Huelgo de haberte obligado.
Perdona su atrevimiento
Si sabes el descontento
De un soldado mal pagado.
Que te prometo, señora,
Que son el mismo valor;
Pero el más dorado honor,
Necesidad le desdora.
Yo te prometo que agora
Bien arrepentidos van,
Con temor del capitán,
Si son culpados en algo;
Que Peralta es muy hidalgo,
Y muy valiente Durán.
Liranzo y Cabrera son
La misma honra y nobleza:
La causa fué la pobreza
Y dar el oro ocasión.
Mientras se hizo elección,
Hubo estos inconvenientes;
Ya nos gobierna el de Fuentes,
Para quien traigo favores
De algunos grandes señores,
Sus amigos y parientes.
Mira qué mandas, que quiero
Ver si llega con mi hermana
Mi criado, que hay villana
Gente (y desde ayer la (1) espero),
Que con término tan fiero
Tratan al que solo ven,
Que puedo temer también
Que algo le haya sucedido.

ROSELA.

No habrá, pues que prenda ha sido
De quien procede tan bien.
Y pues que tienes en Flandes
Hermana, dale en mi nombre
Estas joyas.

MENDOZA.

No soy hombre,
Puesto que tú me lo mandes,
Que con favores tan grandes
Me pague de tan pequeños
Servicios.

ROSELA.

De los empeños
Desta merced, en mi vida
Podré salir, y ofendida
Dejáis la casa y los dueños.

MENDOZA.

Si estas joyas os tomaban,
Y agora os las llevo yo,
¿En qué os sirvo?

ROSELA.

Quien llegó
Cuando ya me las quitaban
Y agraviada me dejaban,
De manera me obligó,
Que las joyas mereció;
Porque hay mucha diferencia
De tomar sin resistencia
Á dar porque quiero yo.

MENDOZA.

Perdonad, aunque el indicio
Del traje causa os ha dado,
Porque adonde se ha pagado,
Pierde el nombre el beneficio.
Si os he hecho algún servicio,
Quede por satisfacer,
Pues no se puede perder;
Y quiero que viva en vos,
Si en algún tiempo los dos
Nos volviéremos á ver.
Pero allí á mi hermana veo
Y el criado que os decía:
Hacia aquesta casería
Los ha inclinado el deseo
De descansar, porque creo
Que todo les ha faltado.

ROSELA.

Huélgome que hayan llegado;
Pues si la causa le digo,
Ha de ser mujer conmigo,
Que vos sois hombre y soldado.

Laura, con sombrero con una pluma, y rebozo, en un pollino con jamugas; Panduro, con espada, cuera, calcillas, sombrero y pluma de gallo y banda roja rota.

PANDURO.

¡Arre!..... ¡Maldígate Dios!

(1) Á mi hermana.

LAURA.
No le deis de ese manera.
PANDURO.
¿Cómo le tengo de dar?
Vas tú á caballo, y ¡te quejas!
¡Oiga la bestia del puto!.....
¡Vive Dios, que se derrienga!
LAURA.
Con menos fuerza, Panduro.
PANDURO.
¡Panduro, con menos fuerza!
Haz melindres, que con eso
Favorecido, solfea.
Hermano, para la carga.
LAURA.
¡Basta, que voy con dos bestias!
PANDURO.
¿Cómo quieres que le trate?
LAURA.
Como á prójimo siquiera.
PANDURO.
Hartos hay, gracias á Dios,
Que lo son y no lo piensan.
MENDOZA.
¡Laura mía!
LAURA.
¡Hermano mío!

Mendoza apea en brazos á Laura.

PANDURO.
Mas ¿que anda ahora?
MENDOZA.
¡Qué pena
Me ha causado tu tardanza!
PANDURO.
Bien pudieras no tenerla,
Sabiendo que no venía
En carroza ni en litera,
Sino en aqueste espantajo,
Compuesto de hambre y flema,
Que no es más decirle «arre»
Que hablar en griego á una dueña.
MENDOZA.
Vendrás cansada.
LAURA.
Perdida.
MENDOZA.
Pues advierte que te apeas
Sólo á besarle la mano
Á esta señora flamenca,
Cuya es esta casería.
PANDURO.
Luego ¿no es mesón ni venta?
MENDOZA.
No, Panduro.
PANDURO.
Pues ¡por Dios,
Que puedes llevar á cuestas
Á Laura, porque el frisón,
Como piensa que le piensan,
No ha de dar paso adelante!
TIBURCIO.

Á Rosela:

No la aguardes, pues ya llega.
ROSELA.
Señora española, el cielo
Guarde esa rara belleza.
LAURA.
Más justo será que alcance
Esa bendición la vuestra.
ROSELA.
Ya tenía por desdicha
Haber dejado á Bruselas;
Que me han querido robar
Estas joyas y cadenas
Unos soldados, de quien,
Con generosa nobleza,
Me ha librado vuestro hermano;
Pero ya es bien que lo tenga
Por dicha, si en este bosque
Vengo á ser huéspeda vuestra.
LAURA.
Yo no encarezco la mía,
Porque no es justo que quiera,
Ni aun en cortesía, igualar
Señora de tantas prendas.
PANDURO.
¡Que diese aqueste pollino,
En viendo un puño de arena,
En echarse con la carga!

Á Tiburcio:

Mosiur, ¿qué dama es aquésta?
TIBURCIO.
Hermana del conde Fabio.
PANDURO.
¿Nombre?
TIBURCIO.
Madama Rosela.
PANDURO.
Esta casa de placer,
¿Es suya?
TIBURCIO.
Y bosque y ribera.
PANDURO.
¿Habrá acaso algún bagaje
Para llegar á Bruselas?
TIBURCIO.
Hay carro largo y caballos:
No os dé la jornada pena.
PANDURO.
¡Válate el diablo por asno!
¡Que en viendo un cardo, una yerba,
Á darle dos mordiscones
Se apartase de la senda!
Pues en topando mojado,
Luego alzaba la cabeza,
Y arremangando el hocico,

Pudiera desde una legua
Saber la edad en sus dientes
El menos cursado albéitar.

TIBURCIO.

¿Eso os daba pesadumbre?

PANDURO.

Cuando la dama más bella
Hace gestos con la boca
Porque los dientes le vean
(Que es falta en muchas personas),
De los asnos se me acuerda,
Porque no puede una dama
Tener costumbre más fea.
Pero dejando á una parte
Estas quejas borriqueñas,
¿Habrá qué beber?

TIBURCIO.

Habrá
Una extremada cerveza.

PANDURO.

Vino español.....

TIBURCIO.

No se gasta;
Bebemos á la flamenca.

PANDURO.

Oir cantar en falsete
Un hombre con barba negra,
Que hable de niña una dama
Que haya pasado de treinta,
Peinarse un galán lindoso,
Atada la bigotera,
Y que con ojos azules
Trate un hombre de pendencias,
Que ande diciendo sus versos
Eternamente un poeta,
Que un escudero se precie
De entendimiento sin letras,
Que califique discretos
Una doña hermosa y necia,
Que sea gracioso un frío
Porque perdió la vergüenza,
Que quien viste á la española
Traiga rosetas inglesas,
Que se descuide jugando
Quien tiene mujer y suegra,
Ver con despensero y coche
Quien tiene en aire la renta,
Y un rico por la fortuna
Desvanecido en soberbia,
Es lo mismo para mí
Que hacerme beber cerveza.

MENDOZA.

Á Rosela:

Á mí me es fuerza partirme
Por no perder la ocasión.

ROSELA.

Prendas me dejáis, que son
Bastantes á persuadirme
Que me volveréis á ver.

MENDOZA.

Antes, si á Bruselas vais,
Quiero que merced me hagáis,
Si la puedo merecer,
Que vaya Laura con vos.

ROSELA.

Será favor para mí.

MENDOZA.

Panduro.....

PANDURO.

Señor.....

MENDOZA.

Aquí
Podéis descansar los dos;
Y cuando madama quiera,
Acompañarla.

PANDURO.

Pues ¿dónde
Te hallaré después?

MENDOZA.

El Conde
Es nuestro centro y esfera.
Allí, con otros soldados
Me hallarás, porque pretendo
Hablarle: aquí te encomiendo
La causa de mis cuidados,
Pues no tengo más honor
Que á doña Ana....., á Laura, digo.

PANDURO.

¿Para qué cifras conmigo?
Parte y descuida, señor.

LAURA.

De la merced que me hacéis
Estoy tan agradecida,
Cuanto prendada y rendida
Á las gracias que tenéis.
Dicha ha sido de mi hermano
Que os acertase á servir.

ROSELA.

No lo muestra el encubrir
Su nombre, mi Laura, en vano,
Aunque sea honesto intento.

LAURA.

Yo os he dicho la verdad,
Porque sangre, y no amistad,
Nos dió un mismo nacimiento.

ROSELA.

Basta: yo lo creo ansí,
Y á prevenir dónde estéis
Voy á la quinta.

LAURA.

No habéis
De embarazaros por mí.

ROSELA.

Soy ya tan amiga vuestra
Como veréis.

LAURA.

Dios os guarde.

Vanse Rosela, Mendoza, Tiburcio y Luna.

¿Qué te parece?

PANDURO.

Que es tarde,
Y que esta huéspeda nuestra
Se querrá quedar aquí.

LAURA.

¿Qué importa?

PANDURO.

Hay sola cerveza.

El conde Fabio y Friso.

EL CONDE FABIO.

No ha sido poca fineza.

FRISO.

Novedad ha sido en ti.

FABIO.

Á la puerta de la quinta
Hay gente.

FRISO.

Españoles son.

FABIO.

¿Dama?

FRISO.

Sí.

FABIO.

¡Qué perfección!
Hoy la primavera pinta
De más hermosos colores
Estos cuadros.

PANDURO.

Gente viene. (Ap. á Laura.)

FABIO.

Dama española, si hoy tiene
Al sol que engendra las flores
Esta casa de placer,
¿Qué tendré que desear?
Y como el sol puede entrar,
No se la pienso ofrecer;
Mas por el nombre de mía,
Serviros della podéis:
Daréisla luz, pues tenéis
En vuestros ojos el día,
Que serán con vos más grandes
Si venís á ser su sol;
Que importa un sol español
Para las nieves de Flandes.

PANDURO.

¡Esto es bueno para mí! (Aparte.)

LAURA.

¿Sois vos desta casa dueño?

FABIO.

Deste campo, aunque pequeño,
Para serviros, lo fuí
Hasta que vos le pisastes:
El conde Fabio es mi nombre.
¿Quién es este gentilhombre
Que de vuestro lado honrastes?

PANDURO.

Mas ¿que quiere ya saber (Aparte.)
Si soy marido?

LAURA.

Señor,
Bien se ve vuestro valor
Sin que le deis á entender.
Paso á la corte, que tengo
En ella un soldado honrado.
Este bosque, fuente y prado,
Viendo que cansada vengo,
Con su yerba y con su risa
Me han detenido (que arde
El sol) á esperar la tarde.
Dadme licencia.

FABIO.

Á Friso:

¡Hola! Avisa
Á mi hermana de que tiene
Una huéspeda española.

PANDURO.

No viene esta dama sola;
Con dueño esta dama viene.
Antes que Vueseñoría
Viniese, pudiera ser;
Mas ya no puede.

FABIO.

Es hacer
Agravio á mi cortesía.
Yo me volveré á Bruselas;
Quédese aquí con mi hermana.
La gente flamenca es llana,
No hay de qué temer cautelas.

LAURA.

Ya he visto y hablado aquí
Á madama, de quien soy
Huéspeda, y por vos me voy.

FABIO.

Pues no os habéis de ir por mí.
Entrad, que sin que me vea
Quiero volverme.

PANDURO.

No es justo.

FABIO.

Pues no recibáis disgusto
De que vuestro huésped sea;
Que os doy palabra de ser
Defensor de vuestro honor.

LAURA.

Fiada en vuestro valor,
Quiero esta noche tener
En vuestra casa posada.

FABIO.

Entrad, señora, segura;
Que tan honesta hermosura,
De sí misma está guardada.

PANDURO.

Pienso que yerras. (Aparte á Laura.)

LAURA.

Si aquí
Me dejó mi hermano, ¿en qué?

FABIO.

¡Ah, español!

PANDURO.

¿Qué le diré? (Ap. á Laura.)

LAURA.

Lo que quisieres le di.

Vase á la quinta.

PANDURO.

¿Qué manda Vueseñoría?

FABIO.

¿Quién?.....

PANDURO.

No pases de ese quién;
Que yo te entiendo tan bien,
Cuanto responder querría.
Esta dama es de Toledo,
Aquella insigne ciudad
Que dió á España majestad,
Y á todo el África miedo.
Llámase Laura, es hermana
De un cierto galán Mendoza,
Que por privilegio goza
La nobleza castellana.
Viene á servir á Felipe
Después de sucesos largos;
Y para que de los cargos
De la guerra participe,
Trae cartas á don Pedro
Enríquez, Conde de Fuentes,
De sus deudos y parientes,
Yo le sirvo, aunque no medro,
Porque salimos de España
Huyendo; mas tengo amor
Y un poquito de valor,
Que su pobreza acompaña.
Es mi apellido Panduro,
Y el nombre de pila Juan;
Que da la fortuna el pan
A unos tierno y á otros duro.
Esta es la historia, el camino,
Los nombres y la pobreza:
Voy á probar la cerveza
A falta de español vino;
Aunque con mejores ganas
Tomara una purga yo,
Pues pienso que la orinó
Algún rocín con tercianas.

Vase.

FABIO.

El despejo y bizarría
De todo español.

FRISO.

A ti
Bien te agradan.

FABIO.

Cuando vi
La hermosura y gallardía
Desta española, quedé
Deslumbrado de su sol.
¡Bravo es el brío español!
Laurel y palma le dé
Toda nación.

FRISO.

Ya estarás
Enamorado.

FABIO.

Querría
Que esta mujer fuese mía.

FRISO.

En casa está, bien podrás.....

FABIO.

No sé si me ha de querer.

FRISO.

Luego ¿piensas que el Mendoza
Es su hermano?

FABIO.

Si la goza,
Presto se podrá saber.
Pero está cierto de mí
Que no ha sido liviandad
El rendir mi voluntad
Luego que sus ojos vi,
Sino influencia del cielo,
Causada de las estrellas.

FRISO.

Disculpan las cosas bellas.

FABIO.

¡Bien haya el ameno suelo
Que produce tales flores!
Voy á ver si puedo hartar
Los ojos.

FRISO.

Donde hay lugar,
Presto acuden los favores.

FABIO.

Hermosos ojos, rayos habéis sido
En la presteza con que habéis llegado,
Y el alma con el fuego penetrado,
Dejando sano el exterior vestido.
Si las almas se hubieran conocido
Por opinión gentil, fuera un traslado
De Hero y Leandro el amoroso estado,
Dulce prisión donde me habéis traído.
No elijas general, Felipe, ni andes,
Marte, abrasando con tu guerra el suelo,
Ni soldados marchar, Enríquez, mandes:
Tu empresa justa favorece el cielo,
Pues viene un sol de España á ser en Flandes
Incendio vivo de su eterno cielo.

Vanse.

Mendoza y Durán.

DURÁN.

Aquí podréis hablar, Mendoza, al Conde.

MENDOZA.

En fin, venció, Durán, nuestra porfía.

DURÁN.

Al de Masfelt la patria corresponde,
Que á Luzemburque gobernar solía:
Mas como á los flamencos se responde
Que en tan justa elección se obedecía

Del Príncipe Archiduque el testamento,
Cesó de su esperanza el fundamento.
La toma de Hüí, los despojados
Holandeses, que ricos se acogían
Con los carros del saco tan cargados,
Que de trigo en Agosto parecían,
Del gran don Juan de Córdoba guiados,
Con los famosos tercios que regían
El de Velasco y Zúñiga, dos hombres
Que á la fama inmortal dieron sus nombres,
Han movido al de Fuentes, que promete
Exceder en ventura y valentía
Los nueve de la Fama, como excete
De Carlos el valor que vive hoy día,
A partir á sitiar á Chatelete.

MENDOZA.

¿Con qué gente?

DURÁN.

Serán caballería
É infantes, ocho mil.

MENDOZA.

Es suficiente
Con tan gran capitáu tan poca gente;
Que si el bravo Anibal, que honra á Cartago,
El griego Pirro, el fuerte Macedonio,
Y el que deshizo con fatal estrago
El triunvirato del romano Antonio,
Vivieran hoy, ó en el profundo lago
Del Lete dar pudieran testimonio
De su valor, rindieran al de Fuentes
Los dorados laureles de su frentes.
Faltó el gran Duque de Alba, heroica hazaña
De la muerte cruel; mas ya camina
Tras ella el sol, que en cercos de oro baña
La tierra menos de su luz vecina:
Púsose el alba que alumbraba á España;
Y que saliese es bien con luz divina,
Para quitarle de la noche el miedo,
Enríquez, sol del alba de Toledo.
Confieso que le soy aficionado,
Y que á venir á Flandes me provoca.

DURÁN.

Si el capitán es de su gente amado,
De Batro puede conquistar la roca.

El conde de Fuentes, un capitán y soldados.

CONDE.

Quiéroles dar, si puedo, algún cuidado,
Aunque la ofensa les parezca poca.

CAPITÁN.

Muchos quieren hablarte.

CONDE.

Todos lleguen.
Ni aun las ventanas quiero que les nieguen.

MENDOZA.

Voyme.

DURÁN.

¿Por qué?

MENDOZA.

Si dice que no quiere,
Antes de hablarle, hacer lo que le pido,
¿Qué quieres que después de hablarle espere?

DURÁN.

Tenéis razón: donaire habéis tenido.

CONDE.

Á Mendoza:

¿Queréis algo, soldado?

MENDOZA.

Aunque refiere
La fama tu valor, y yo he venido
Desde España á servirte, ¿cómo puedo
Pedirte nada, si me pones miedo?
Si niegas sin hablarte y sin pedirte,
Y me dices de no con la cabeza,
No me quiero cansar con persuadirte.

CONDE.

Luego ¿no ves que es de la edad flaqueza?

MENDOZA.

En esto bien podré contradecirte,
Pues eres todo heroica fortaleza.

CONDE.

Los soldados quisiera deste modo,
Sí, ¡por vida del Rey y el campo todo!
Acércate á mis brazos, que aborrezco
Soldados temerosos.

MENDOZA.

Tus abrazos
Me pegarán valor, si los merezco.
Déjame refregar en esos brazos
Agora, ¡vive el cielo! que me ofrezco
A hacer á Liramonte mil pedazos,
Y yo solo ganar á Chatelete.

CONDE.

Hará todo español lo que promete.
¿Tu nombre?

MENDOZA.

(Aparte al Conde.)

Para ti traigo fingido
El hábito y el nombre. Aquí te aparta:
Sabrás quién soy, mejor que del vestido,
De la firma y renglones desta carta.

CONDE.

Yo leo para mí.

MENDOZA.

Sólo te pido
Calles mi nombre; que después que parta,
Y por algunas obras lo merezca,
Harás lo que más justo te parezca.

Panduro.

PANDURO.

Ya con el Conde está hablando: (Aparte.)
Aguardarle será bien.

MENDOZA.

Ya le parezco más bien, (Aparte.)
Pues va leyendo y mirando.

Todo me está tanteando,
Porque mi suerte cruel
Causará piedad en él,
Si no le agrada el vestido,
Y por ventura ha querido
Que le hagan otro por él.
Diga el mundo cuanto quiera,
Que, en fin fin los trajes son
La primera estimación,
Y las andas la postrera.
No hay cosa que más adquiera
Honor, sin ser conocido;
De donde queda advertido
Que se conoce sin mengua,
Como el alma por la lengua,
El honor por el vestido.

CONDE.

Sin nombraros, pues no es justo,
Mis brazos, señor, os doy.

MENDOZA.

Mendoza por Flandes soy,
Y que así me llamen gusto.

CONDE.

Pesado me ha del disgusto
Que habéis tenido, ¡por Dios!
¡Hola! Sillas á los dos.

MENDOZA.

No es disgusto, si he llegado
A merecer ser soldado
De un General como vos.

CONDE.

Aquí os sentad.

MENDOZA.

Obedezco,
Señor, á Vuestra Excelencia:
Efectos de la prudencia,
Que en vuestro pecho engrandezco.
Sol parecéis, y parezco
Campo seco y agostado.

CONDE.

Vos sois quien sois, tan honrado,
Que igualáis al mismo sol.

CAPITÁN.

¡Que esté un pícaro español (Aparte.)
Con el General sentado!

SOLDADO.

El conde Fabio está aquí.

CONDE.

Entre el Conde.

Va el soldado á avisar á Fabio.

MENDOZA.

¿Iréme?

CONDE.

No;
Que á los buenos quiero yo
Honrar y tratar ansí.

Sale el conde Fabio.

FABIO.

Vuestra Excelencia me dé
La mano.

CONDE.

Una silla presto.

FABIO.

Vengo á serviros dispuesto.

CONDE.

Por una carta lo sé;
Mas quiero á Vueseñoría
En algún cargo emplear,
Y así, en habiendo lugar,
Acepto la cortesía.
Por agora estése aquí.

FABIO.

Si es servir obedecer,
Réplica fuera ofender.
Yo lo haré, señor, ansí.

CONDE.

Cuando parta el de Pastrana,
Será mejor ocasión.

FABIO.

No hay hombre de mi nación
Que sirva de mejor gana,
Ni que más opinión cobre.

CONDE.

Con vuestra licencia, quiero
Hablar á este caballero.

FABIO.

¡Qué caballero tan pobre! (Aparte.)
Bien se puede llamar sola
Esta nueva maravilla;
Mucho ha sido dalle silla
A la soberbia española.

CONDE.

En este bolsillo van (Aparte á Mendoza.)
Doscientos doblones de oro:
Muy conforme á su decoro
Se me vista, y muy galán;
Que en la primera ocasión
Le daré una compañía.

MENDOZA.

Mis ojos, desde este día,
De esos pies esclavos son.

FABIO.

Dinero el Conde le ha dado; (Aparte.)
Misterio debe de haber:
Sin duda debe de ser
Algún valiente soldado.
Ya le he cobrado afición.

CONDE.

Ocupado estoy, señores.
Adiós.

Levántanse.

MENDOZA.

Con eternos loores
Diga al mundo tu opinión
El sonoroso metal
De la fama voladora,
Y del ocaso al aurora
Lleve tu nombre inmortal.

Vase el Conde, y con él el capitán y los soldados.

FABIO.

Á Mendoza:

Téngase, señor soldado,
Aunque atrevimiento sea.

MENDOZA.

¿Manda Vuestra Señoría
Algo en que servirle pueda?

FABIO.

Hame causado afición
Verle honrar de Su Excelencia:
Desta cadena se sirva.

MENDOZA.

Será ponerme cadena
De esclavo en la voluntad.

FABIO.

Hablar al Conde quisiera.
Luego salgo.

MENDOZA.

Aquí os espero;
Que aunque con esta pobreza,
Os tengo de acompañar.

Vase Fabio.

PANDURO.

¿Acompañar? No lo crea.

MENDOZA.

¿Qué es esto, Panduro amigo?
¿Dónde vas desta manera?

PANDURO.

Bastaba entrar de palacio,
Señor Mendoza, las puertas,
Para aprender á tomar.
Pero aquesto es gran bajeza.

MENDOZA.

De un señor, de un conde Fabio,
Descortés necedad fuera.
¿Adónde dejas á Laura?

PANDURO.

Á Laura tengo en Bruselas.

MENDOZA.

¿Vino con Rosela?

PANDURO.

No.

MENDOZA.

Pues ¿cómo venir la deja?

PANDURO.

Porque sin que lo supiese,
En aquella misma bestia,
Que ya descansada estaba,
La saqué, cuando las perlas
Del alba enjugaba el sol,
Y sacaban las cabezas,
A beber átomos de oro,
Las flores por verdes rejas.

MENDOZA.

Pues ¿no me dirás la causa?

PANDURO.

No quiero más de que sepas
Que no es bien que tomes nada,
Porque no es justo que entienda
Aquella flamenca dama,
Aquella hermosa flamenca
Que á la española te mira,
Que te da nadie preseas;
Porque esta noche le ha dicho
Que eres de tan altas prendas,
Que no se te acerca el sol
Con más de cuarenta leguas.
Contéle desdichas tuyas,
Y vi más de cuatro perlas
Deslizarse de sus ojos,
Aunque las niñas, risueñas,
Las pestañas alargaban
Para pensar detenerlas;
Pero como las mejillas,
Que eran de claveles hechas,
Solicitaban sus fuentes
Para regarlos con ellas,
Bajaban unas tras otras
Á un lienzo de puntas bellas,
Porque en ellas se ensartasen
Para no perder las perlas.
¡Extraña cosa es amor!
Apenas al pulso llega
De la enferma voluntad,
Cuando purga la cabeza.
Tú ¿piensas volverla á ver?

MENDOZA.

Agora, hermano, la guerra
Me llama á diversos casos.
Esas cajas y trompetas
Son del Duque de Pastrana,
Digno de más alta esfera,
Que sobre el orbe de sol
Ilustra el quinto planeta.
Aquéllas son de don Juan
De Córdoba; mira en ellas
El moro Rey de Granada,
Armas de tan alta empresa.
Las de don Antonio mira,
Que parte la banda negra
De los Zúñigas, y él parte
Resplandor con las estrellas.
Las de don Luis de Velasco,
¿Cuál ánimo no despiertan?
¿Á qué cobarde no animan?
¿Á qué animoso no premian?
De don Agustín Mejía
Es este tercio, que tercia
Los blancos fresnos herrados,
Que ya los contrarios tiemblan.
Si de don Sancho de Luna
Los soldados consideras,
Dirás que anima Alejandro
Las fuertes naciones griegas.
Este es ahora mi amor
Y la dicha que me espera:
Fama se llama mi dama,
Que no madama Rosela.

Salí de España, Panduro,
Y aunque por desgracia ajena,
Ya estoy en Flandes, ya sigo
Las venturosas banderas
Del católico Felipe,
Que dignamente gobierna
El claro don Pedro Enríquez,
Á quien el mundo laurea
Con más glorias que á Alejandro
Dieron Macedonia y Grecia.
No se ha de tratar de amor
En tanto que Marte reina:
Mira al Romano vencido
De su deleite, sin guerra;
Mira cómo el Macedón
El oro á las armas trueca.
Yo soy quien sabes.

PANDURO.

Detente.
Que no quiero que revuelvas
Historias para conmigo.
Bien sabes tú que á la guerra
Vienen muchos caballeros
Á servir damas flamencas.
Mas si habemos de partir,
¿Adónde á doña Ana dejas?
Porque llevarla contigo
Es imposible que puedas.

MENDOZA.

Ya sabes tú que mi honor
Compite con las estrellas,
Y que la saqué de España
Por las peligrosas fuerzas
De señores poderosos.
Es mi hermana, y tengo en ella
Depositado mi honor,
Hasta que los cielos quieran
Que la entregue á su marido.
Después, corra por su cuenta:
Con ella te has de quedar.

PANDURO.

¿Dónde?

MENDOZA.

En casa de Rosela;
Que todo estará seguro
Si tú te quedas con ella.

PANDURO.

¿Soy alguna mandria yo?
¿Soy gallina? ¿Qué coneja
Me parió, ¡por vida tuya!
Que entre mujeres me dejas?
¿Para eso me sacaste
De capigorrón de escuelas,
Y por bonete y sotana
Me diste plumita y cuera?
¡Por la tribuna de Dios,
Que á ser brodista me vuelva,
Y á escribir mil solecismos
Á Alcalá, contra la guerra,
En un latín remendado
Que ningún hombre le entienda,
Y que á cualquier boticario
Pueda servir de recetas!

MENDOZA.

Panduro, si te saqué
De Alcalá, quiero que sepas
Que fué más para ser ayo
De mi honor, que porque vengas
Á graduarte de bravo.

PANDURO.

¡Qué bien mis servicios premias!

MENDOZA.

¿Quiéres guerra?

PANDURO.

Sí, señor.

MENDOZA.

Pues ¿dónde hallarás más guerra
Que guardando una mujer?

PANDURO.

Cuerdamente me aconsejas;
Porque más fácil podré
Guardar de gatos manteca,
De estorninos aceitunas,
Y de gorrïones brevas;
Que hay mujeres tan de miel,
Que es menester para ellas
Un aventador de moscas
Que alcance toda la tienda.

ACTO SEGUNDO.

Rosela y Luna.

ROSELA.

¡Extremada infantería!

LUNA.

Si entre todos no viniera
Quien tan bien te pareciera,
Pocos extremos tenía.

ROSELA.

La española gallardía,
¿No se puede encarecer
Sin interés de querer?

LUNA.

Sí puede por su valor;
Mas suele, por ciego, amor
Imaginar y no ver.

ROSELA.

Verdad es que yo miré
Aquel español que adoro,
Pero no con el decoro (1)

---

(1) *Pero no* le miré *con el decoro que pense propio de su valor:* esto es, no *vi* en él el lucimiento correspondiente á su mérito; reparé en su persona, pero eché menos en su traje la gala de hombre principal. *Mirar* por *ver*. *(Nota de Hartzenbusch.)*

Que de su valor pensé;
Aunque yo le imaginé
Más galán con su pobreza,
Que los que con más riqueza
Salieron á la jornada.

LUNA.

Es con la fortuna airada,
Piadosa naturaleza.
Él tiene gentil persona,
Pero no se trata bien.

ROSELA.

Para que cargos le den,
No poco el talle le abona.

LUNA.

Mal te empleaste; perdona.

ROSELA.

No te espantes: soy mujer.
Pero si no le he de ver
Más en mi vida, ¿qué importa?

LUNA.

Amor sin ver se reporta.

ROSELA.

Ni fué amor, ni lo ha de ser;
Demás, que en esta jornada
Este español matarán,
Y con él mi amor.

LUNA.

No harán,
Si bien el temor me agrada.

ROSELA.

Amara si fuera amada;
Pero quien nunca lo ha sido,
Supuesto que haya tenido
Algún deseo en presencia,
Fácil será con la ausencia
Ponelle en eterno olvido.

Tiburcio.

TIBURCIO.

Si te dijese quién viene
Á verte, ¿no me darías
Crédito?

ROSELA.

Por estos días,
Nadie conmigo le tiene.

TIBURCIO.

¿Acuérdaste de un soldado
Que en el bosque te libró
De unos españoles?

ROSELA.

No,
Porque nunca me he olvidado.

TIBURCIO.

Pues ¿qué dirías si fuese
El mismo que quiere hablarte?

ROSELA.

Querría en albricias darte
Lo que él de gusto me diese.
Pero ¿haste engañado acaso?
Que ese soldado partió
Con el Conde, y le vi yo
Medir con la caja el paso.
Airoso y galán salió
De Bruselas.

TIBURCIO.

Si estuviera
Fuera de mí, ser pudiera:
Salió, señora, y volvió.
En tan fácil desengaño
No des lugar al temor.

ROSELA.

Desconfiado es amor;
Sólo da crédito al daño.

Mendoza, Laura y Panduro.

MENDOZA.

Puesto que te parezca atrevimiento,
Madama, el verte un español soldado,
Y no menos humilde pensamiento
Querer pagarse del favor pasado;
Seguro de tu noble entendimiento,
Y de tu sangre ilustre confiado,
Á suplicarte vengo que este día
Halle en tu casa defensor la mía.
Laura, que está presente, á quien de España
Truje por mis desdichas á esta tierra,
Que con piadoso amor las acompaña,
Y no con menos causa se destierra,
No es mujer para andar en la campaña
Ni seguir los peligros de la guerra;
Y así, viene á valerse de tu amparo,
En fe de tu valor, como el sol claro.
Si puede ser sin pesadumbre alguna,
Mientras que vuelvo yo (si volver tengo,
Llevando tan dudosa la fortuna),
Á suplicarte que la guardes vengo.
Ella también con ruegos me importuna,
Viendo que por su causa me detengo,
Agradecida á la merced pasada,
Y de tu amor y partes obligada.

LAURA.

Habiendo de partir forzosamente
Mi hermano á la jornada, le he rogado
Me deje en vuestra casa, en quien presente
Tendrá su honor de vuestro honor guardado.
Amor y confianza justamente
Nos obligaron del favor pasado
Á tenerla de vos; que á tal nobleza
Sólo pudo igualar vuestra belleza.

ROSELA.

Laura, con mis abrazos, con mi pecho,
Sólo pudiera el alma responderte
Á la merced y gusto que me has hecho,
Cuando apenas pensé volver á verte.
Mi amor, de que le pagas satisfecho,
No tiene sino el alma que ofrecerte:
Ya la casa era tuya, y tú su dueño,
Que, dado con amor, no hay dón pequeño.

Vos, señor español, estad seguro
Que la dejáis en fe de mi nobleza.

MENDOZA.

No quiero yo mayor defensa y muro,
Si fuera la de Elena su belleza.
Aquí con ella quedará Panduro;
No para guarda, no, que era bajeza,
Sino para servirla á la española,
Porque no se halle entre flamencos sola.
Pasad por esto vos, si sois servida,
Por el gusto de Laura.

ROSELA.

Sólo gusto
De lo que fuere el vuestro.

MENDOZA.

El alma y vida,
Y muchas vidas, fuera daros justo.
La trompeta me llama á la partida:
Pártome de esos ojos con disgusto,
Pero con esperanza de la vuelta.

ROSELA.

(Aparte á Mendoza.)

Oid aparte una mujer resuelta:
Señor español,
Vos vais á la guerra,
La trompeta os llama,
La victoria os lleva.
Las armas son honra,
Gloria las empresas;
Ya sois conocido,
Ya el partir es fuerza.
Mas deciros quiero
Que mis ojos quedan
En guerras mayores
Y en mayores penas.
No pensando veros,
Siento vuestra ausencia;
Que como os he visto,
Veros más quisiera.
Llevad estas cintas,
Uso desta tierra;
Que favorecidos,
Los hombres pelean.
En carrozas suelen
Ir sus damas bellas
Á ver la campaña,
Sitios y trincheras.
Acordaos de mí.

MENDOZA.

Tened las estrellas,
Y entre los claveles
Esconded las perlas.
Aunque en españoles
Agüeros no puedan
Lo que en estas partes,
Que más los profesan,
Si os enternecéis,
Temeré que sean
De mi mal suceso
Las primeras nuevas;
Pues el sol se eclipsa
De vuestra belleza,
Y quisieron juntas
Llorar dos estrellas.
Fuíles á la mano,
Aunque bien cayeran
Sobre tales flores
Tan hermosas perlas.
Sus claros cristales,
Como cuando hiela,
Quedaron asidos
Á las niñas bellas.
Yo les doy palabra
Que estas cintas sean
De mis armas cajas,
De mi honor trompetas.
Si desta jornada
Quiere Dios que vuelva,
Seré yo muy vuestro.

ROSELA.

No quiero más prendas
Que la bella Laura.

MENDOZA.

Á serviros queda,
Porque voy seguro
De vuestra nobleza.

ROSELA.

La palabra os doy
De ser su defensa.

MENDOZA.

Panduro.....

PANDURO.

Señor.....

MENDOZA.

Advierte.....

PANDURO.

No tienes que me advertir;
Cuanto me puedes decir,
Lo sé de la misma suerte.
Parte seguro, señor,
Ya que me dejas aquí.

MENDOZA.

Confiado voy de ti
Como de mi propio honor.
Adiós, Laura.

LAURA.

Adiós, hermano.

MENDOZA.

Madama, adiós.

ROSELA.

Él os guarde.

MENDOZA.

Pensaba hacerme cobarde (Aparte.)
Amor con su tierna mano;
Mas fuera de su nación,
Si en casos de honor se emplea,
No hay español que no sea
Un africano león.

Vase.

El conde Fabio y Friso.

FRISO.

(Aparte al Conde.)

Digo, señor, que aquí entró.

FABIO.

Pues ¿en casa de mi hermana?

FRISO.

La suya, es cosa muy llana
Que en su defensa dejó.

FABIO.

¡Rosela!

ROSELA.

¡Conde y señor!

FABIO.

Laura hermosa, estos favores
Ya no pueden ser mayores.

PANDURO.

¿Qué es esto? (Aparte á Laura.)

LAURA.

(Aparte á Panduro.)

No hayas temor.
Señor, mi hermano ha elegido
De su honor esta defensa.

FABIO.

Siendo imposible la ofensa,
Vos la habéis favorecido.

LAURA.

¿No va Vuestra Señoría
Á la guerra?

FABIO.

Ya ofrecí
Mi persona cuando aquí
El General se partía;
Mas no quiso que sirviese
Su cargo á quien soy igual;
Que puedo ser General
Si el Conde á España se fuese.

ROSELA.

Conde, para otra ocasión
La conversación se quede;
Que Laura ahora no puede
Haceros conversación.
Vamos, que después vendréis.

FABIO.

¡Qué cruel conmigo estás!

ROSELA.

Guárdola de vos no más,
Porque sé que la queréis.

LAURA.

Y yo me sabré guardar,
Que tengo pecho español.

FABIO.

En vano encierras el sol.

Vanse Rosela y Laura.

PANDURO.

Quiero á Mendoza avisar (Aparte.)
De que éste se queda aquí,
Que no sabe que es hermano
De Rosela..... Pero en vano
Pretendo inquietarle ansí,
Pues aunque sacarla quiera,
¿Cómo la podrá dejar
En más seguro lugar?

FABIO.

Español.....

PANDURO.

Señor.....

FABIO.

Espera.
Mucho he de desear ser
Tu amigo.

PANDURO.

Mucho me espanto
Que lo deseéis.

FABIO.

Es tanto,
Cuanto puedo encarecer.

PANDURO.

Yo no tengo qué prestar
Ni puedo haceros favor;
Mi entendimiento, señor,
Es entre noble y vulgar.
No soy bravo, ni persona
De provecho; y así, os pido
Licencia.....

FABIO.

Dame tu oído.

PANDURO.

No lo puedo dar, perdona;
Que está asido á la cabeza.

FABIO.

¡Ay, español!

PANDURO.

Aun sería (Aparte.)
El diablo, si en fantasía
Se hubiese puesto otra pieza.

FABIO.

Soy yo muy aficionado
Á la española nación.

PANDURO.

Secretos del cielo son.

FABIO.

Laura me ha puesto en cuidado.

PANDURO.

Mayor me lo ha dado á mí.

FABIO.

Este Mendoza, ¿es su hermano?

PANDURO.

No es la palma de la mano
Más llana.

FABIO.

Créolo ansí;
Mas ya que me la has mostrado,
Las rayas te quiero ver.

PANDURO.

Acá suélese saber
Desto con mayor cuidado.

FABIO.

Muestra.

PANDURO.

¿Hay raya por ahí
De que volveré á mi tierra?

FABIO.

En acabando la guerra:
Lo dice esta línea aquí.
Y ésta muestra que en tu mano
Está una bella mujer,
De que puedes disponer
Sin ser melindroso y vano.
Ésta dice que la adoro,
Y ésta que la hables por mí,
Con este bolsillo aquí
Y cien doblones en oro.

PANDURO.

Desvialde, por mi amor,
Y sabed que yo también
Estudié esta ciencia, y bien,
En los libros de mi honor.
Mostrad la mano.

FABIO.

¿Eso sabes?

PANDURO.

Esta raya da á entender
Que es hija aquesta mujer
De padres nobles y graves.
Ésta, que en esta ocasión
Llega tarde este bolsillo,
Aunque el metal amarillo
Es notable tentación.
Aquí dice que su hermano
Vendrá por ella muy presto,
Si sabe que me habéis puesto
Esa blandura en la mano,
Porque todo lo corrompe;
Que aqueste metal bendito
Es como yerba del pito,
Que las cerraduras rompe.
Cuantas rayas hay aquí
Dicen que os cansáis en vano,
Pues yo no cerré la mano
Cuando los doblones vi.

Vase.

FABIO.

Fuése.

FRISO.

¿Qué le estás mirando?

FABIO.

No tomó el oro.

FRISO.

Es verdad,
Aunque mostró voluntad,
Y estuvo abriendo y cerrando.
Como en el pulso el doctor,
Las intercadencias vi.

FABIO.

¿Qué será, Friso, de mí,
Que estoy muriendo de amor?

FRISO.

¿Qué torre, y en medio el mar,
Como á Leandro te impide?
Entra, conquista, habla, pide,
Promete.....

FABIO.

Tiemblo de entrar.

FRISO.

Si parte el Conde á campaña,
Don Pedro Enríquez, de aquí,
Por opinión para sí
Y por laurel para España,
Á conquistar cuando menos
Á Chatelete y Durlán,
Y él y sus soldados van
De mil esperanzas llenos,
Tú, que sola una mujer
Emprendiste conquistar,
¿No te atreves á llegar?

FABIO.

El Conde lo puede hacer,
Que lleva ocho mil soldados.

FRISO.

Lleva tú ocho mil doblones,
Porque á tiro de ocasiones
Derriban muchos honrados.

FABIO.

Bien dices; que como al fuego
No hay materia que resista,
Á lo que el oro conquista
Todo se le rinde luego.
Oro me sobra y amor,
Y Laura está en mi poder:
Si dejare de vencer,
Será cobarde temor.

Vanse.

Tocan cajas. El Conde de Fuentes, Durán, Peralta, Liranzo y soldados.

DURÁN.

Alojarte, señor, es imposible,
Que con flechas de fuego desde el muro
Abrasaron las casas, con el trigo
Que en ellas recogieron los villanos.

CONDE.

Trocar por los de pólvora sus granos.
Pero gaste las flechas Liramonte
En abrasar las casas del castillo,
Que el día que le demos batería,
Pudieran abrasar mejor la pólvora.
Asistirá don Agustín Mejía
Con su tercio gallardo á las trincheras,
Para batir el caballero luego
Que mira al Norte.

PERALTA.

El aire enciende el fuego.

LIRANZO.

De humo, como en nube polvorosa,
Se cubren los soldados.

CONDE.

Esa nube
No cubre el sol, que del Oriente sube,
Del valor español, donde le llama
Á su verde laurel la inmortal fama.
La labor es moderna, aunque muy fuerte,
Con cinco caballeros continuados
Al lienzo de los muros; y aunque tiene
Secos los fosos, por estar tan alto,
Las bóvedas que dentro están más bajas,
Impiden mucho que minarle pueda,
Y harto difícil de batirle queda.

DURÁN.

Opuesto á la famosa citadela
Que el padre de Felipe, Carlos quinto,
Hizo en Cambray, labró Francisco el fuerte
De Chatelete; y más cuidado fuera
El que pusiera entonces, si supiera
Que había de batirle el más valiente
Capitán que salió jamás de España.

CONDE.

Soldados, no hay lisonjas en campaña.
Al Duque de Alba demos lo que es justo,
César de Flandes y español Augusto,
Eterno honor del nombre de Toledo,
Que oponer al valor de Aquiles puedo.
Esto es en Flandes; que en Italia vieron
Aquestos siglos otro Macedonio,
Como quedó por claro testimonio
El nombre que de Grande ocupa el mundo,
Primero que Alejandro, aunque segundo.

DURÁN.

Digno es de tu loor, famoso Enríquez,
Aquel gran capitán, gloria de España,
De la Casa de Córdoba y de Sesa:
Bien lo dice de Nápoles la empresa.
Pero también entonces florecían
Pedro Navarro y otros capitanes,
Á quien el Rey hacía mil mercedes;
Y bastaba García de Paredes,
Hombre cuyas hazañas prodigiosas
No las puede igualar lengua ni pluma,
Ni habrá vida ni edad que las consuma.

Mendoza.

MENDOZA.

El Duque de Pastrana, invicto Conde,
General de la gran Caballería
Deste famoso ejército, que donde
Llegó el de César exceder porfía,
Como á la luz de su valor responde,
Águila al sol en la mitad del día,
Ya partió de Bruselas, y promete
Rendir con su valor á Chatelete.
Llegaron tarde algunas compañías;
Mas, cuando vió ocasión, marchó con ellas;
Que con tener los de Cambray espías,
No osaron por el Duque acometellas.
Si fueran musas como son las mías
Marciales famas, fama en las estrellas
Tuviera el gran Rodrigo, el Silva Aquiles,
Cipión cristiano en años juveniles.
¡Oh, si viera, señor, Vuestra Excelencia,
Con unas armas que de fuegos llaman,
Y Amberes de Milán en competencia
Hace pensar que en torno los derraman,
Del generoso Duque la presencia,
Que por valiente y gentilhombre aclaman,
Dijera, al ver su rostro, que había sido
Adonis en diamante convertido!
De raso carmesí llevaba encima
Una casaca, que bordada de oro
Con mil laureles, de su triunfo enima,
Daban á su belleza real decoro:
Y porque montes de soberbia oprima,
Con freno que nielaba esmalte moro,
Un caballo español era su Atlante,
Hércules de caballos arrogante.
Tascaba el freno, en rosicler bañado
De espuma y sangre, y con los pies quería
Romper el paramento, que bordado,
El aire de las manos le cubría:
Cual suele descuidada con cuidado
Mostrar dama gentil, por bizarría,
Los ricos bajos, el caballo hermoso
Mostrar quisiera el pie galán y airoso.
Máscara el rostro y acerada punta
Cubre el copete que la frente enzarza:
Si es unicornio el vulgo le pregunta,
Cisne en color, en ligereza garza;
La crespa clin, que en lazos verdes junta,
Plata permite que á la tierra esparza,
Sellando tan ligero sus arenas,
Que el círculo del pie mostraba apenas.
Así pasó Pastrana, así la gente
Siguiendo á Marte, y esta noche llega,
Porque mejor Vuestra Excelencia intente
Vencer el fuerte que rendirse niega.
Presto al laurel de su temida frente
Verá que Liramonte se le entrega,
Preámbulo divino de las glorias
Que esperan á sus ínclitas victorias.

CONDE.

Óigame vuesa merced
Aquí aparte dos palabras.

MENDOZA.

¿Qué manda Vuestra Excelencia?

CONDE.

¿Cómo desta suerte anda,
Después que le dí en Bruselas
El porte de aquellas cartas?
¿Es bueno que un caballero
Más pobres vestidos traiga
Que de munición del Rey?
Dirá que el cuerpo de guarda
Tuvo la culpa: «Llegué
Á mirar cómo jugaban;
Tentóme el dado, esto paro;
Perdí, piquéme.....» No basta
Por disculpa; que primero
Es hacer lo que le mandan.

Bando son todas las cosas,
Aunque no se toquen cajas,
Que mandan los generales.

MENDOZA.

No jugué, señor, ni osara,
Por vida de la ocasión;
Quiero decir, de una dama
Á quien vestí del dinero.

CONDE.

¿Dama tiene?

MENDOZA.

Desde España
Hacia Flandes me he traído
De mi destierro la causa.

CONDE.

¿Amiga suya?

MENDOZA.

Peor.

CONDE.

¿Mujer propia?

MENDOZA.

Peor.

CONDE.

¿Hermana?

MENDOZA.

Por ella fué ¡pesia tal!
Aquella danza de espadas
Que la carta refería.

CONDE.

Y ¿tiénela en la campaña?

MENDOZA.

No, señor, sino en Bruselas
Con una cierta madama,
Mujer principal.

CONDE.

Mal hizo.

MENDOZA.

No hice mal, que está guardada
De ser quien es.

CONDE.

Dice bien;
Pero mujeres que andan
Desde unas tierras á otras,
Suélense cansar y paran.

MENDOZA.

¿Ha estudiado astrología
Vuestra Excelencia?

CONDE.

¿No basta
Saber las cosas del mundo
Quien muchos años le trata?
Tome este dinero, y luego
Bizarramente se haga
De vestir, que éste es mi gusto;
Que en lo que toca á su hermana,
Si Dios nos vuelve con bien
Á Bruselas y á la patria,
Yo miraré por su honor.

MENDOZA.

Gaste la sonora fama
Mil trompetas en tu nombre,
Y á tus victorias España
Haga fiestas desde adonde
Comienza su mar, y acaba
La tierra, hasta las columnas
Que baña en ondas de plata.

Vanse el Conde y los soldados.

Ahora bien: pues los disfraces
Ya no aprovechan ni dañan,
Vistamos sedas y telas.
La soldadesca bizarra
No tiene menos honor
Por la riqueza y las galas,
Que la más lucida corte.
¡Oh, qué de tiendas gallardas!
¿Quién dirá que hay estas sedas
En una marcial campaña?
Quien no sabe qué es la guerra;
Que en este punto se halla
Una portátil ciudad.
¡Ah, señor maestro!

Un mercader.

MERCADER.

¿Manda,
Soldado, en qué le sirvamos?

MENDOZA.

Aquella tela de Italia
Me ha parecido muy bien.
¿Con qué jubón se acompaña
Aquel calzón y ropilla?

MERCADER.

Con un tabí, cuyo nácar
Siembran clavellinas de oro,
Que cercan ramos de plata.
Mas viendo á vuesa merced,
Puesto que el talle me agrada,
Me parece que es muy caro.
Hay uno de raja parda
Que puede ponerle el Rey.

MENDOZA.

No baje de tela á raja,
Así Dios le dé salud;
Entre, y saque de esas arcas
Cuanto bueno tiene en ellas.

MERCADER.

Habrá ganado.

MENDOZA.

¡Qué extraña
Condición de mercader!
¿Busca dineros de España,
Ó calidad en quien compra?

MERCADER.

Bien se os parece en la cara;
Que cubre mucha hidalguía
El capote de dos haldas.
Voy á sacar seis vestidos
Con guarniciones, que bastan
A volver más oro al sol
Que él saca por la mañana.

Vase.

MENDOZA.
¡Vive Dios, que desta vez,
Si me encajo el de oro y nácar,
No me ha de reñir el Conde!
Y quizá la roja espada
Asentaré en la ropilla,
Que no sale de la vaina
Por no tener dónde asiente.

Durán

DURÁN.
¿Hay más notable desgracia?
¿Hay semejante desdicha?

MENDOZA.
¿Qué hay, señor Durán?

DURÁN.
No acaba
La fortuna de acabarme.

MENDOZA.
Estése quedo; no haga
Extremos de hombre de poco.

DURÁN.
Si á dar garrote le sacan
A mi hermano por la muerte
De aquel huésped, ¿será hazaña
No hacer sentimiento, y más
Cuando la parte contraria
Por cien doblones perdona?

MENDOZA.
¿No los tiene?

DURÁN.
Ni una blanca.

MENDOZA.
En esta bolsa los hay,
Si no es que el peso me engaña;
Sin cuenta los recibí.
Sin ella los tome, y vaya
Corriendo á darle la vida.

DURÁN.
La mía, la suya, y cuantas
Hay en todo mi linaje
Son de vuestros pies esclavas.

MENDOZA.
No se detenga; camine.

DURÁN.
¡Plega al cielo.....

MENDOZA.
Plegue y vaya;
Que en las muertes de la guerra
No hay iglesias ni paradas.
Un árbol y medio credo
Tienen por mucha distancia.

Vase Durán.

El mercader.

MERCADER.
Yo he sacado seis vestidos
Que valieran en España
Seis mil escudos.

MENDOZA.
¡Por Dios!

MERCADER.
Lucen, brillan, bullen, saltan.....
Entre á verlos.

MENDOZA.
Oiga.

MERCADER.
Diga.

MENDOZA.
¿Dará sobre mi palabra
Vuesa merced esa ropa
Para la primera paga?

MERCADER.
¡Por Dios que lo imaginé (Aparte.)
En viendo las alpargatas!
Hoy solamente no fío;
Vuelva por aquí mañana.
Basta, que es hombre de humor
El capote de dos haldas.

MENDOZA.
Porque con verdad lo diga,
Aguarde.

MERCADER.
No aguardo nada
De quien sin dinero compra.

Vase.

MENDOZA.
¡Pesia, fuera de las armas,
Al dinero! ¿Han de ahorcar
Al otro porque yo salga
Á dar qué mirar un día?
Vamos al cuerpo de guarda;
Que *pobreza no es vileza*
Mientras no hace cosas malas.

Vase.

Laura y Panduro.

LAURA.
Ya le trato con desdén,
Por ser hombre desigual.

PANDURO.
Lo que me parece mal,
No acierto á decirlo bien.
Laura, Laura, en las ausencias
Se conocen las verdades:
¿Para qué me persüades
Con vanas impertinencias?
No es mejor el conde Fabio
Que tú: bien sabes quién eres.
De parte de las mujeres
Ha estado siempre el agravio.
Un hombre puede querer
A una rubia, blanca ó negra,
Al Turco, al diablo, á una suegra,
Cuanto más á una mujer.
Crióle Dios veneciano,
Libre República, exento

Á cualquiera pensamiento,
Ó bien fundado ó liviano.
Pero una mujer no puede
Sin atreverse á su honor.

LAURA.

Disculpa tiene el amor
Cuando del honor excede.
Es amor una pasión
Reina de cuantas pasiones
Han dado imaginaciones
Á nuestra imaginación.
Es amor atrevimiento
Del sentido más hermoso,
De la voluntad reposo,
Y error del entendimiento.
Es amor enfermedad
Que con los remedios dura,
Y un género de locura
En que da la voluntad.
Es amor un accidente
Que no puede definirse,
Pues cuando acierta á decirse
Es cuando menos se siente.

PANDURO.

Laura, ó doña Ana, ó quienquiera
Que eres ó has de ser en Flandes,
Amor, en ingenios grandes
Más yerra y más persevera.
Dime que tienes amor
Sin buscar definiciones,
Y disculparé traiciones
Al más obligado honor.
Desde que este caballero,
Que por rayas conocía,
En la mano me ponía
Esto que llaman dinero,
Dije entre mí: «Si anda aquí
Este metal sonoroso,
No será dificultoso
Lo que pretende de ti.»
Que puesto que una mujer
No tenga necesidad,
Y tenga la voluntad
Sobre ellas mayor poder,
No sé qué hechizo se tiene
Este amarillo señor.

LAURA.

Yo no tengo á Fabio amor,
Y sé lo que me conviene.

PANDURO.

Mira que andan él y Friso
Con grande solicitud.
Tu honor, Laura, tu virtud,
No dirán que no te aviso.
Mendoza está peleando:
Pelea tú aquí también.

LAURA.

Si yo le quisiera bien,
Pudieras estar dudando
De mi flaqueza ó mi amor;
Pero vive confiado
Que si al alma no ha llegado,
No ha de llegar al honor.
Tengo españolado el gusto:
No creas que otra nación
Merezca su posesión.

PANDURO.

Harás, Laura, lo que es justo.
Recógete, que ya es tarde;
Aunque el buen recogimiento
Consiste en el pensamiento.

LAURA.

Panduro, adiós.

PANDURO.

El te guarde.

Vase Laura.

PANDURO.

Ya las cabras ó cabrillas
Van saltando por el cielo,
Y al sol en el indio suelo
Saca el alba de mantillas.
Todo calla, todo está
Puesto en silencio, y el sueño
De todo sentido es dueño.
Doña Ana se acuesta ya.
La casa está recogida;
Mas de celos del honor
De Mendoza, mi señor,
Soy centinela perdida.
¡Vive Dios, que he de saber
Si entra en casa el Conde ó no!
Que anoche ocasión me dió,
Y Laura al fin es mujer.
No hay confiado discreto,
Ni hombre ausente que lo esté.
Solo he quedado: ¿qué haré?
Quiero decir un soneto:
Dieron por competencia los planetas
En conquistar á Venus amorosa:
Júpiter, gran señor, con poderosa
Mano engendraba rayos y cometas;
Mercurio, en oradores y poetas
Versos crueles, temeraria prosa;
Valiente Marte, la cuchilla airosa
Brillaba al són de cajas y trompetas.
Pero el discreto Sol, de su tesoro
Labró unas joyas, con que Venus bella
Puso á Vulcano sobre el signo Toro.
En fin, el claro Sol se vió con ella,
Y como estaba imaginando el oro,
Nació el amor en su dorada estrella.

El conde Fabio, con una pistola; Friso y seis criados, con rodelas; Panduro, que se oculta.

FABIO.

Á su gente:

La puerta habéis de guardar.

PANDURO.

¡Válame el cielo! ¿Qué es esto? (Aparte.)

¡Gente en casa!

FRISO.

Llama presto.

FABIO.

No es necesario llamar.
Luna concertó conmigo
Que el aposento abriría.

FRISO.

Pues si esta noche te guía,
César, señor, va contigo.

FABIO.

Entro.

Vase por donde se entró Laura.

PANDURO.

¡Vive Dios, que entró (Aparte.)
Con una pistola! ¡Ah, cielos!
No fueron vanos mis celos.
Dos, tres, seis hombres dejó.
¿Qué haré? ¿Daré voces?

FRISO.

Siento
Rüido, y no veo adónde.

PANDURO.

Laura quiere bien al Conde..... (Aparte.)
Fabio ha entrado en su aposento.....
Soy hidalgo, soy leal,
Soy sangre de los Panduros.....
¡Pobre Mendoza, en los muros
De Chatelete!

Laura y el conde Fabio, dentro; criados.

FABIO.

Dentro.

Mi mal
Os debe mover, señora.

LAURA.

Dentro.

¿Hay tal maldad, tal traición?

PANDURO.

El Conde y doña Ana son. (Aparte.)

FABIO.

Dentro.

Mi vida, el Conde os adora.

PANDURO.

¡Mi vida! ¡Pesia al bellaco (Aparte.)
Que nos trujo á aquesta tierra!

FABIO.

Dentro.

Vuestro hermano está en la guerra

PANDURO.

Aquí la hojarasca saco.
Pero si me han de matar,
La traición se ha de encubrir;
Pues ¿de qué sirve morir,
Sino á mi dueño avisar?
Demás, que Laura ó doña Ana
Puede ser que se resista;
Que no es firma á letra vista,
Que se ha de pagar mañana.
Escucho más. ¿Oigo? No.
¡Pesia tal! Ya están callando;
Callando, amando y forzando.....
Hoy me matan.

FRISO.

¿Quién va?

PANDURO.

Yo.

FRISO.

¿Qué yo?

PANDURO.

Panduro, señores.

FRISO.

¿Agora está levantado?

PANDURO.

Ando un poco resfriado.

FRISO.

¿Cuánto va que son amores
De madama Luna?

PANDURO.

¿Quién?
En mi vida fuí mosiur.
Para partirme á Anamur
He de madrugar también.
Denme licencia.

FRISO.

Seguro
La tiene. Á la estufa vamos,
Que no hay vino, y nos helamos.

Vanse los criados.

PANDURO.

¿Quién dirá que soy Panduro?
Panduro mi padre hidalgo,
Mi abuelo Panduro. ¡Ay, triste!
Mal el poder se resiste.
Uno soy; por uno valgo.
Aquí hay pistolas y espadas.....
Lo mejor es escuchar;
Pero ya deben de hablar
Con razones encontradas.

El conde Fabio.

FABIO.

¿Quién va?

PANDURO.

Panduro, señor.

FABIO.

¿Sabéis quién soy?

PANDURO.

¡Gracia tienes!

¡De mí te encubres, y vienes
De atreverte á tanto honor!
En mi tierra, un licenciado,
Hermosa mujer tenía,
Que á cierto galán quería,
Bien necio y bien confiado.
Púsole una noche al tal
Detrás de ciertas cortinas
De una cama, por vecinas,
Alcahuetas de su mal,
Y díjole: «Sí por mí
Ó por vos se hace rüido,
Y, despierto mi marido
Dijere: ¿Quién está ahí?
Con los guantes haced són,
Porque piense que es el galgo.»
Á media noche, el hidalgo
Habló recio en ocasión,
Y diciendo el licenciado:
«¿Quién es el que hace rumor?»
Le dijo: «El galgo, señor,
Que está aquí detrás echado.»
Tú, Conde, vienes de allá,
¡Y pregúntasme quién eres!

FABIO.

Hombres, Panduro, y mujeres
Son el mundo.

PANDURO.

Claro está.

FABIO.

Calla la boca, y mañana
Sal con aquesta cadena.

PANDURO.

Para Luna será buena,
Que te dió puerta y ventana.

FABIO.

Haréte matar.

PANDURO.

No harás,
Que tengo pies.

FABIO.

Oye, espera.
¡Criados, matalde, muera!

Dispárale el pistolete.

Erréle.

PANDURO.

¡San Gil, San Blas!

Vanse.

El Conde de Fuentes, Durán, Peralta, Liranzo y soldados.

CONDE.

Aquí quiero yo ver la bizarría
De vuestros corazones, españoles;
Aquí vuestra gallarda valentía,
Del mundo envidia, de las armas soles.

DURÁN.

Si con el norte que las naves guía
Caminan por el campo los faroles
Del mar, aunque sus olas montes hacen
Donde por flores las estrellas nacen,
¿Qué mucho que contigo á la victoria
Camine desta empresa el valor nuestro?

CONDE.

Hoy habréis de ganar eterna gloria.
La voz es mía, y el esfuerzo es vuestro.

Sale Mendoza.

MENDOZA.

Aquí no hay más honor que la memoria.
El ánimo es el fuerte, el sabio, el diestro.

CONDE.

¡Oh buen Mendoza! ¿Qué hay?

MENDOZA.

La batería
Ha hecho poca escarpa, aunque porfía.

CONDE.

Valientemente la ha reconocido.

MENDOZA.

Sirvo á Vuestra Excelencia con deseo
De acertar á servirle.

CONDE.

Aunque he tenido
Gusto de verle en tan honroso empleo,
Me pesa de que traiga ese vestido.
¿No le dí cien doblones?

MENDOZA.

Bien lo veo;
Pero en aqueste asalto, yerro fuera
Si más que el corazón vestido hubiera.

CONDE.

Luego ¿no se vistió?

MENDOZA.

Famosamente;
Pero ¿hanme de romper á cuchilladas
Vestido que me dió vuestra excelencia?

CONDE.

Caminen, pues, en la vanguardia luego
El capitán don Pedro de Guevara,
El capitán Nodera, que ha probado
En el Peñón también su heroico esfuerzo,
Don Francisco Mejía y don Francisco
Del Corral, como alférez valeroso
Del Maese de campo generoso
Don Agustín Mejía; y vaya entre ellos
El capitán don Diego, que promete
Su bandera poner en Chatelete;
Y el Villalobos en la misma fama.

PERALTA.

Tu frente adornará la verde rama,
Primera gloria del valor romano.

CONDE.

El caballero Reina, italïano,
Acuda con valor.

LIRANZO.

Subir porfía,
Señor, la valerosa infantería.

CONDE.

Jueguen las bombas y guirnaldas luego.
¡Santiago, al arma, al arma, á sangre y fuego!

Vanse todos menos Mendoza.

Panduro y Mendoza. Soldados dentro.

MENDOZA.

Hoy ha de ser aquel día
Que gane tan alta fama,
Que pueda decir quién soy,
Y que por la blanca espada
Me pueda poner la roja (1).

Al entrarse con la espada desnuda, sálele al encuentro Panduro.

PANDURO.

¡Qué ventura tan extraña!

MENDOZA.

¿Quién es?

PANDURO.

Panduro, señor.

MENDOZA.

Pues ¿cómo dejas á Laura,
Perro?

PANDURO.

Detén el acero.

MENDOZA.

Daréte una cuchillada.

PANDURO.

¡Mi lealtad pagas muy bien!

MENDOZA.

¿Qué hay de Laura ó de doña Ana?

PANDURO.

Estoy turbado, señor,
Puesto que entre gente tanta
Fué notable dicha el verte.

SOLDADOS.

Dentro.

¡Cierra, España, cierra España!

MENDOZA.

Panduro, ¿no escuchas esto?
Voyme si no hablas.

PANDURO.

Pára
Mientras me sosiego.

MENDOZA.

Di.

PANDURO.

Aguarda, pues.

MENDOZA.

¿Qué es aguarda?

PANDURO.

Madama Rosela.....

MENDOZA.

¡Oh perro!
¿Tiempo es éste de madamas?

PANDURO.

Oye.

MENDOZA.

¿Qué tengo de oir?

PANDURO.

Es del conde Fabio hermana.
El Conde á Laura.....

MENDOZA.

¿Qué dices?

PANDURO.

Que, como yo sospechaba
Que el Conde á Laura quería,
Velé de la noche al alba,
Y vi que el Conde y seis hombres
Á su aposento llegaban.
Ellos se quedaron fuera.....
Digo, adentro....., digo.....

MENDOZA.

Acaba.

PANDURO.

Fuera ó dentro, el Conde entró
Con una pistola armada
En el aposento mismo
De Laura.

MENDOZA.

Pues ¿abrió Laura?

PANDURO.

Abrió Luna, una doncella
De la marca ó Dinamarca,
Déstas de..... dígalo ella;
Luna en fin, luna eclipsada,
Luna menguante.

SOLDADOS.

Dentro.

¡Santiago!

MENDOZA.

¡Presto, infame, que me llaman!

PANDURO.

Pues ¿llámaste tú Santiago?

MENDOZA.

¿No miras que el fuerte asaltan,
Y que esto es grande bajeza?

PANDURO.

Entró el Conde por la cuadra,
Y abrazóme luego.

MENDOZA.

¡A ti!

PANDURO.

Que no digo sino á Laura;
Y ella respondió: «¿Qué es esto?
¡Traición!»

MENDOZA.

Tú, que lo escuchabas,
¿Por qué no entraste?

PANDURO.

Esperé
Á ver en lo que paraba.
En fin, besándome el Conde.....

(1) La cruz de Santiago.

MENDOZA.

¿Qué dices?

PANDURO.

Que no besaba
Sino á Laura.

MENDOZA.

¿Estás en tí?

SOLDADOS.

Dentro.

¡España, Felipe, España!

MENDOZA.

Luego ¿ya no tengo honor?
¡Oh perro, oh villano, oh mandria!
¿No le mataras?

PANDURO.

No quise,
Por ver en lo que paraba.
Al fin el Conde salió.

MENDOZA.

¿Luego?

PANDURO.

No, por la mañana.

MENDOZA.

¡Vete, infame, que me has muerto!

Alza la espada contra Panduro.

SOLDADOS.

Dentro.

¡Santiago!

PANDURO.

¿Por qué me matas?

Huye.

MENDOZA.

¡Triste! ¿Qué tengo de hacer?
Ni á irme ni estar me atrevo.
¿Cumpliré con lo que debo?
Si es mi sangre esta mujer,
¿Podré dejarla perder?
Pero ¿qué dirán de mí
Si agora falto de aquí?
Las cajas me están llamando,
Y mi honor me está incitando,
Si es verdad que le perdí;
Mas porque no se anticipe
La afrenta, vamos, honor,
Á castigar al traidor,
Y de mi mal participe.
Mas la lealtad de Felipe
Me inclina con fuerzas grandes:
Honor, no hay para qué andes
Estorbándome á quedar.
Pero ¿qué puedo ganar
Si pierdo el honor en Flandes?

El Conde de Fuentes, dentro.

CONDE.

¡Ea, valientes soldados!

MENDOZA.

El Conde es aquél: ¿qué haré?

CONDE.

Dentro.

Hoy lo que tengo veré
En vuestros pechos honrados.

MENDOZA.

Todos suben animados
De su divino valor.
Acometer es mejor:
Felipe ha de ser servido;
Que si el honor he perdido,
Él me volverá mi honor.
Mas si entretanto que quiero
Asistir valiente al muro,
Á Laura goza seguro
Aquel traidor caballero,
¿Qué venganza dél espero?

CONDE.

Dentro.

¡Ea, valiente Mejía,
Hoy ha de ser nuestro día!
¡Ea, Duque de Pastrana!

MENDOZA.

Piérdase mi honor, mi hermana,
Mi vida y la sangre mía.
Voy al asalto, pues creo
Que muriendo con valor,
Vengo á cobrar más honor
Que en la venganza deseo.
Allí por mujer le veo
Perdido: ¿qué más disculpa?
Miente el honor si me culpa,
Pues lo que un hombre defiende,
Si no lo sabe, le ofende,
Y si lo sabe, le culpa.
Claro está que si yo falto
En aquesta batería,
Dirán que es de cobardía
Desde el humilde al más alto.
Morir en aqueste asalto,
El honor que pierdo adquiere,
Si en mi patria se supiere
Á un tiempo el bien como el mal.
¡Cierra, España, pesia tal,
Que no puede más quien muere!

ACTO TERCERO.

El conde Fabio y Friso.

FABIO.

Pues esto has de hacer por mí.

FRISO.

Bienaventurados son
Los que están en posesión,
Que una ley lo dice ansí.

FABIO.

También dice en otra parte
Que si aquello que se entrega
Naturalmente se niega,
No se conceda por arte.

FRISO.

No es eso en cosas gozadas.

FABIO.

Propiedad y posesión
Dos cosas diversas son,
Quiero decir, separadas.

FRISO.

Quien posee el bien de amor
Con buena ó con mala fe,
Yo sé que es dichoso, y sé
Que es la propiedad mayor.

FABIO.

Pierde el bien la calidad
Si gustos forzados son:
Ni se llama posesión
Un alma sin voluntad.
Y por tenerla, te pido
Finjas que es muerto su hermano.

FRISO.

Dicen que todo el verano
Valientemente ha servido
En Chatelete y en Han,
Clari y Cambray, y en la gloria
Que dió á España la victoria
Del socorro de Durlán;
Y será fácil decir
Que en alguna batería
Murió.

FABIO.

La esperanza mía
Podrá, fingiendo, vivir;
Que si Laura se imagina
En Flandes sin defensor,
Lo que es fuerza, será amor.

FRISO.

Mucho la defensa inclina,
Y conociendo que ya
Fuera de ti no la tiene,
Te querrá bien.

FABIO.

Laura viene;
Mas no á quererme.

FRISO.

Sí hará;
Pero presente no estés,
Porque no le des sospecha.

FABIO.

Mucho el engaño aprovecha,
Aunque se entienda después.

Vase.

Sale Laura.

LAURA.

(Para sí.)

Amor que no es amor, forzado el gusto,
Tener de desamor nombre merece,
Donde la posesión forzada ofrece
Deshonor, confusión, pena y disgusto.
Donde hay amor, cualquier engaño es justo,
Si con igual correspondencia crece;
Pero si no provoca y enloquece,
Será traición y atrevimiento injusto.
No siempre han de obligar las cosas bellas;
De inclinaciones puede é igualdades
Nacer amor, si el trato está con ellas.
Amor es igualdad de voluntades,
Que en el cielo conciertan las estrellas
Antes que la ocasión, las amistades.

FRISO.

No quisiera, por verte tan contenta,
Interrumpir tu gusto.

LAURA.

¿En qué has hallado
Que tenga gusto yo?

FRISO.

Porque aposenta
El semblante al placer como el cuidado.
Mas ya que el avisarte corre á cuenta
Del mío, escucha.

LAURA.

¡Qué temor me has dado!

FRISO.

Rendido Chatelete, y en su monte
La soberbia del bravo Liramonte,
El Conde, su guión y entretenidos,
Tercios, coronelías y escuadrones,
Á convoyar salieron los rendidos,
Corteses en el trato y las razones.
Dejando, finalmente, guarnecidos
Los muros de defensa y municiones,
Caminaron á Clari.

LAURA.

Di adelante.

FRISO.

Rindióse Clari, menos arrogante.
Durlán, bella ciudad en Picardía,
Por el famoso Conde fué sitiada,
En cuyo revellín se vió aquel día
España de laureles coronada,
Y en uno y otro asalto y batería

De felices victorias ilustrada,
Donde ganó Mendoza nombre eterno
Para todo lugar, plaza y gobierno.
Ganóse en fin Durlán, de donde parte
Para Cambray, del Cambresí cabeza,
El fuerte Enríquez, valeroso Marte,
Símbolo militar de fortaleza.
Allí el ingenio, la experiencia, el arte,
Mostraron su valor, fuerza y destreza,
Y por extremo bravos y galanes,
Flamencos y españoles capitanes.
De don Luis del Castillo valeroso
Hable la fama, á Salamanca honrando;
De don Carlos Coloma, el sonoroso
Bronce, por toda Europa dilatando;
El gran Sotomayor viva glorioso,
Henares sus hazañas publicando;
Y en don Sancho de Luna la fortuna
No permita jamás menguante alguna.
Nombre inmortal don Juan de Silva adquiera;
Don Pedro de Guevara, justamente,
Con don Alonso de Mendoza espera
Mural corona, digna de su frente:
Sobre el planeta de la quinta esfera
La virtud militar triunfos aumente
Por tanta copia de una y de otra hazaña
De don Luis de Velasco, honor de España.
De Villalobos á don Diego cante
El premio de la espada y de la pluma,
Y de Esteban de Ibarra, á quien levante
Donde imperio jamás la edad presuma:
En láminas escriba de diamante,
Que envidia de los tiempos no consuma,
La famosa memoria de aquel día,
Con su valor don Agustín Mejía.
Hecho, pues, un reducto, en que plantaron
Cuatro piezas á cierta plataforma,
En cuyas explanadas asentaron
Otras por los traveses de otra forma,
Reconocer á tu español mandaron
(Así la fama su desdicha informa)
Por dónde la ciudad batiese el Conde:
Bravo Mendoza, con partir responde.
Pero la pieza que apuntada estaba
De aquella plataforma en los cestones,
Cuando animosamente se acercaba.....

LAURA.

No digas más: ¡en confusión me pones!

FRISO.

Volóle la cabeza.

LAURA.

Aquí se acaba
Mi vida.

FRISO.

Escucha solas dos razones.

LAURA.

¿Qué tengo de escuchar en mal tan fuerte,
Trágico mensajero de mi muerte?

FRISO.

El Conde lo sabía: en él te queda
Mejor hermano.

El conde Fabio.

FABIO.

Así es verdad, mi Laura:
Conmigo no hay temor que ofender pueda,
Pues lo que pierdes, mi valor restaura.
Fabio su sangre, su defensa hereda,
Pues mientras me animare vital aura,
Tendrás en mí más obligado hermano.

LAURA.

Ya mi remedio y tu consuelo es vano.
Primero se verán bordando el suelo
Las estrellas espléndidas mayores,
Y por las listas del celeste velo
Sin capitán ejércitos de flores;
Dejará de moverse el claro cielo
Que lleva tras su curso los menores,
Y quedarán en paz los elementos,
Que se rindan á ti mis pensamientos.
Violentamente nadie amó querido,
Ni se obligó la voluntad forzada:
Humildemente te suplico y pido
Te deba yo gozar mi patria amada.

FABIO.

No fué tu hermano, Laura, tu marido.
¿Qué fe le guardas, necia y engañada?
Mira que pierdes mucho si me pierdes.

LAURA.

De lo que pierdo, Fabio, no me acuerdes.
Todo lo sé.

FABIO.

Pues ¿qué es lo que pretendes?

LAURA.

Que me dejes volver á España.

FABIO.

Mira
Que si llorando así mi amor enciendes,
Tu desesperación me mueve á ira.
Detente, espera.

LAURA.

Tu valor ofendes.

CONDE.

Tu resistencia y mi desdicha admira.
Friso, ¿qué haré?

Vase Laura.

FRISO.

Señor, tener paciencia;
Que son el fin de amor, muerte y ausencia.

Vanse.

El Conde de Fuentes, Mendoza, Panduro
y soldados.

CONDE.

Alabar la virtud de los soldados
Fué siempre de excelentes capitanes:
Así en Farsalia César á los suyos,
Así en la India el próspero Alejandro.

MENDOZA.

Cuando no fuera ejemplo tan antiguo,
Le hallara tu valor, Conde magnánimo.

CONDE.

Esto les debo á todos de justicia;
Y fuera de ser leyes de milicia,
Á vos con más razón, señor Mendoza.

MENDOZA.

¡Dichoso el que tal premio y lauro goza!

CONDE.

He reparado en vuestro descontento;
Y si lo estáis de haber tan bien servido,
Y que satisfacción no habéis tenido,
Yo os nombro capitán, y os haré presto
Mayor merced; pero advertid con esto
Que os habéis de tratar con vuestro nombre,
Y que se ha de saber que sois.....

MENDOZA.

Teneos,
Que ya vendrá ocasión de daros gusto.

CONDE.

¿Aun no templáis la causa del disgusto?
¿Qué tenéis? ¿Qué os aflige? Oid aparte.
¿Es falta de dinero, ó por ventura
Deseo de volver á España? ¡Agora
Suspiros y mirar, Mendoza, al cielo!
Amigo vuestro soy: hablad conmigo.

MENDOZA.

Que no es nada, señor.

CONDE.

¿Soy vuestro amigo?

MENDOZA.

Es mi señor Vuestra Excelencia.

CONDE.

Habladme,
Y participe yo de vuestra pena.

MENDOZA.

¿Acordáisos que un día me dijistes
Que hacía mal en confiar mi hermana,
Y que las experiencias que teníades
De las cosas del mundo os lo enseñaban?
Pues ya, señor, me han dicho que procura
Mi deshonor un príncipe extranjero;
Y así, pediros por entrambos quiero
Licencia para dar remedio á entrambos.

CONDE.

¿Escríbeos ella que la sirve alguno?

MENDOZA.

Este criado mío, cuando estaba
Vuestra Excelencia sobre Chatelete,
Me vino á dar aviso.

CONDE.

Y desde entonces
¿Habéis siempre asistido á la campaña?

MENDOZA.

Antepuse á mi honor vuestro servicio
Y el del Rey, mi señor, que guarde el cielo.
¡Sabe Dios cuántas veces de los muros
El amor de mi honor me retiraba,
Y cuántas el serviros me volvía!

CONDE.

Tenéis honrada sangre y sangre mía.
¡Ah, gentilhombre, oidme! (Á Panduro.)

PANDURO.

¿Soy, por dicha,
El gentilhombre yo de vuestra boca,
Ó á quién de los que están aquí le toca?

CONDE.

¿Cómo os llamáis?

PANDURO.

Panduro me apellido,
Aunque de carne, y tierna, soy nacido.

CONDE.

¿Hidalgo sois?

PANDURO.

Desciendo de las piedras
De que quería el diablo que le hiciese
Pan el Señor; por eso soy Pan-duro.

CONDE.

Humor gastáis.

PANDURO.

Si humor gastar pudiera,
Con más salud sospecho que viviera.
Mas diciéndoos verdad, mi bisabuelo
Era alcaide de cierta fortaleza.
Resistióla á un ejército de moros,
Y dándole las gracias su Rey, dijo
Que un mes la sustentó con un pan duro,
Y el Rey le honró de aqueste nombre, y tiene
Por armas este pan en campo de oro.
Aunque otros dicen que tiraba al moro
Piedras desde una almena de aquel muro,
Diciendo: «Tomad pan, aunque pan duro»;
Y que descalabrados, le dejaron,
Y del pan de Panduro se acordaron.

CONDE.

¿Cómo pasastes á esta tierra?

PANDURO.

Andando,
Sospecho que pasé.

CONDE.

¿Con quién? os digo.

PANDURO.

Con el señor don Juan; digo, pasamos
Mendoza y yo, con ciertas compañías
Del capitán Cimbrón, natural de Ávila.

CONDE.

¿Qué érades antes vos?

PANDURO.

Era estudiante.

CONDE.

¿Qué facultad?

PANDURO.

Compraba la comida.

CONDE.

¿Nunca fuistes pasante?

PANDURO.

Antes pasaba
Mucha necesidad.

CONDE.

Pues de ese modo

Sabréis poco latín.

PANDURO.

Griego sé un poco.
Pregúnteme, señor, Vuestra Excelencia,
Y verá como en griego le respondo.

CONDE.

¡Si no sé griego yo!

PANDURO.

Desta manera
Mil dicen que lo saben, porque al griego,
Como nadie lo sabe, callan luego.

CONDE.

¿Qué vistes en Bruselas?

PANDURO.

Yo no he dicho
Que vi cosa ninguna; solamente
Sentí una noche aquel rumor gozoso,
Estrépito de amantes amoroso.
Y aunque en todas las cosas hay engaño,
¿Qué malo fué avisar para que el daño
No cunda, tunda y hunda el honor nuestro?

CONDE.

Y ¿aquí habéis peleado?

PANDURO.

¡Pesia al diablo!
Eso sé yo mejor que no latines
Destos que escriben bárbaros pasquines.
¡Por el agua de Dios! Mire, seor Conde,
Ya sabe que *pobreza no es vileza*,
Aunque es ramo de horca y picardía,
Si bien Adán más pobre se vestía,
En llegando á sacar la de Toledo,
Puesto que recibiendo algunas veces,
Panduro daba un pan como unas nueces.

CONDE.

Hombre me parecéis de buena traza.

PANDURO.

En la traza, señor, me gano ó pierdo,
Que en lo demás procedo honrado y cuerdo.

CONDE.

Poneos esta cadena, y en España
Decid que yo os la dí.

PANDURO.

Guarde tus años
Más que sus fueros Aragón, el cielo,
Más que un cobarde guarda su cabeza,
Más que su ejecutoria un escudero,
Y más que un hombre indiano su dinero.

CONDE.

Mendoza, si á invernar vuelvo á Bruselas,
Juntos podremos ir, que el tiempo impide
Proseguir las empresas comenzadas.

MENDOZA.

Déme los pies, señor, Vuestra Excelencia,
Y para adelantarme la licencia,
Que tan justa parece.

CONDE.

Sea en buen hora;
Que todos casi á un tiempo llegaremos.

MENDOZA.

Previenen tantas fiestas justamente
Para Vuestra Excelencia en el camino;
Que á ir delante, señor, me determino.

CONDE.

El cielo os guarde.

MENDOZA.

Y vuestra vida aumente.

Vanse el Conde y los soldados.

MENDOZA.

Licencia tengo ya: vamos, Panduro,
Y cobremos mi honor.

PANDURO.

Ciña la frente
Deste gran capitán laurel eterno.

MENDOZA.

Vé presto y junta nuestra pobre ropa.

PANDURO.

Juntada luego está, pues toda es nada.

MENDOZA.

Así se hará más breve la jornada.
Quien dice que *pobreza no es vileza*,
Nunca pensó dejar de ser honrado;
Que á un hombre en bajos paños disfrazado
Se atreve fácilmente la riqueza.
De mi parte no estuvo la bajeza,
Sino de mi desdicha, que ha llegado
Á perderme el respeto en el estado
Que menos me defiende mi nobleza.
Mas culpar mi nobleza son engaños
Mientras mis pensamientos son mayores
Que mis desdichas por ajenos daños.
Las almas no las visten exteriores;
Que muchos pechos hay en pobres paños
Que pudieran ser almas de señores.

Vanse.

Laura, Luna y Tiburcio.

LAURA.

Difícilmente podría
Consolarme de mi mal.

LUNA.

Para mí, señora, es tal,
Que no admite compañía;
Y si alguna puede haber,
Es pensar en la pobreza
De Mendoza.

LAURA.

La nobleza,
Que nunca ha dado á entender,
Haré que os diga el de Fuentes,
Ya que murió peleando
Mi hermano.

TIBURCIO.

Están murmurando
Tu sentimiento estas fuentes;
Que el conde Fabio te adora,
Y ya le has cobrado amor;
Que el trato ablanda el rigor
De los desdenes, señora.

LAURA.

Después que faltó mi hermano,
Puse mi esperanza en él;
Que no tengo fuera dél,
Tiburcio, remedio humano.
Si el Conde á España me envía,
¿Qué puedo hacer en España,
Ya para mí más extraña,
Supuesto que patria mía?
Así que es fuerza vivir
Sujeta á su voluntad:
Y sobre aquesta verdad
No tengo más que decir.
Este bosque, en que ha querido
Que pasemos estos días,
Fué de las desdichas mías
Principio mal prevenido;
Que bien mi hermano pudiera
Temer de ausencia y de mí,
Cuando permitió que aquí
Aquella noche estuviera.

LUNA.

Laura, ya tienes amor
Al Conde; ya no hay que hacer
Extremos: si eres mujer
De tanto lustre y valor,
Aquí le muestra en pasar
La fortuna como viene.

TIBURCIO.

Partes este bosque tiene
Para poderte alegrar;
Y si quieres el jardín,
Echen el agua á esas fuentes,
Cuyos espejos lucientes
Retratan hiedra y jazmín.
Advierte con qué donaire,
Como ya de amor seguras,
Deste estanque las figuras
Tiran diamantes al aire.
Y aunque salen tan helados,
Poco en serlo perseveran;
Que si no se deshicieran,
Valieran muchos ducados.
Mira esta Venus que aquí
Está azotando al Amor.

LUNA.

Laura, el Conde, mi señor.

El conde Fabio, Friso y criados.

FABIO.

No puedo vivir sin ti.

LAURA.

¡Fabio mío!

FABIO.

¡Agora sí,
Que me llamas Fabio mío!

LAURA.

Pues ¿no fuera desvarío
Dejar de amarte?

FABIO.

Sí fuera;
Que desdén que persevera,
Marchita al amor el brío.

LAURA.

Ya de que vos me queráis
Estoy, señor, tan gustosa,
Que temo que de amorosa,
Como hombre me aborrezcáis.
Aborrecidos amáis,
Amados aborrecéis.
Gusto notable tenéis,
Pues una hermosa rendida
Dejáis, y por desabrida,
La más fiera apetecéis.
Por esta causa, engañaros,
Á la mujer se concede;
Poco el estimaros puede,
Mucho puede el despreciaros.
Gustáis de los gustos caros,
Y así me doy parabienes,
Sabiendo que vuestros bienes
Consisten en largos plazos,
Pues para comer los brazos,
Hacéis salsa los desdenes.
No querer luego no es cosa
Que puede ofrecer quien ama;
Que pierde mucho una dama
Cuando comienza amorosa,
Y debe de estar celosa
Si es mentira ó si es verdad:
Nunca la facilidad
Solicita estimación,
Porque toda privación
Enciende la voluntad.

FABIO.

Laura de mi alma y mi vida,
Solo dueño de las dos,
Poca me conceda Dios,
Si no sois de mí querida,
Y en posesión preferida
Á mi esperanza y deseo.
Mas ya que contenta os veo
Y que cesan los enojos,
Gozad, Laura de mis ojos,
Cuanto yo tengo y poseo.
Friso.....

FRISO.

Señor.....

FABIO.

¿Han traído
Los regalos que mandé?

FRISO.

Midas pienso que no fué
Como tú serás servido.

FABIO.

Los músicos.....

FRISO.

Ya han venido.

CONDE.

Los cazadores.....

FRISO.

También.

CONDE.

Pues, mi bien, conmigo ven.

LAURA.

Aunque estuviera sin ti,
Fuera contigo, que en mí
Ya no hay, mi Fabio, otro bien.

Vanse.

Mendoza y Panduro.

MENDOZA.

Mucho quisiera excusar
El caminar por aquí.

PANDURO.

Pues yo te juro que á mí
No me da poco pesar.

MENDOZA.

¡Qué descuidado venía
Por este bosque una tarde,
Haciendo, Panduro, alarde
De tanta desdicha mía,
Cuando á Liranzo y Durán,
Con otros dos camaradas,
Vi con pistolas y espadas,
Y quise hacerme galán
De una madama, ó demonio,
Á quien desnudar querían,
De la hambre que tenían
No pequeño testimonio!
¡Pluguiera al cielo que allí
Una bala me tiraran,
Ó las espadas sacaran
Sin amistad contra mí!

PANDURO.

Aquí comenzó tu mal;
Aquí tu desdicha fué;
Aquí con Laura llegué
En aquel caballo asnal;
Aquí (que nunca le viera)
Aquel escudero vi;
Aquí fué donde bebí
Cerveza la vez primera:
Mal agüero, ó el peor,
Pues desde entonces acá,
Traigo los bigotes ya
Á lo flandesco, señor.
¿Cuándo beberé con nombre
Más claro que el mismo sol
Aquel vinazo español,
Que hace barbinegro un hombre?
¿Cuándo aquel licor divino?
Que, en fin, cerveza es mujer,
Y el vino es hombre.

MENDOZA.

Hasta ver
El fin de aqueste camino,
Fundado en justa venganza,
No he de mudar el vestido.

PANDURO.

Tu disfraz, por dicha (1), ha sido
Causa de tanta mudanza,
Y yo lo mismo he jurado,
Porque no tengo con qué;
Pues si no, claro se ve
Que me le hubiera mudado.

MENDOZA.

En la margen desta fuente
La siesta quiero pasar.

PANDURO.

Busquemos qué manducar,
Será corriente y moliente.

MENDOZA.

Parte á aquella casería:
¡Mal fuego en ella se encienda!

PANDURO.

No hay argén.

MENDOZA.

Pues da una prenda.

PANDURO.

Basta la palabra mía.

Vase.

MENDOZA.

Sueño, si tal vez habéis
Algún enfermo engañado,
Y que está bueno ha soñado,
Engañadme, pues podéis;
Si al preso burlar sabéis,
Y sueña su libertad,
Tenerme será piedad
Por algunas horas muerto,
Aunque después de despierto
Me mate más la verdad.
Truje, ignorante, mi engaño
Á Flandes; que no sabía
Que quien la causa traía
No estaba libre del daño.
Bien me muestra el desengaño
De la desdicha de España.
¡Cuánto á sí mismo se engaña,
Si alegre piensa volver,
El hombre que con mujer
Camina por tierra extraña!

Échase y duérmese.

Laura y el conde Fabio.

FABIO.

Á Laura:

Quiero enseñarte á tirar,
Y será pintura nueva
Ver que haya trocado amor
Por el arcabuz las flechas;
Aunque ya la antigüedad,
Para exagerar su fuerza,
Le pintó rompiendo rayos.

LAURA.

Tengo temor.

(1) Acaso, tal vez.

FABIO.

Pues no temas.
Vino de Chipre Cupido
Cierto día á Venus bella
Quejándose que le había
Picado el dedo una abeja,
Y respondióle la diosa:
«La queja excusar pudieras,
Pues que tan pequeño picas
Almas que abrasas y hielas.»
Más fuego tienen tus ojos
Que su elementar esfera.
Toma, tira; ponte así,
Y en estando bien, aprieta.

LAURA.

Allí hay un bulto.

FABIO.

Pues tira.

LAURA.

Miedo me ha dado.

FABIO.

¿Qué piensas?

LAURA.

No es temor del arcabuz;
Causa parece secreta.

FABIO.

¿Secreta? Espera, no tires;
Que no sin causa recelas.
Aquí hay un hombre durmiendo.

LAURA.

Dicha tuvo.

FABIO.

Y no pequeña.

LAURA.

Sí, porque quien menos sabe,
Para hacer mal, más acierta.
Despiértale.

FABIO.

Dame á mí
El arcabuz.

LAURA.

Toma.

FABIO.

Fuera
Notable cosa matarle
¡Oh Laura! la vez primera
Que te enseñas á matar.

LAURA.

Pienso que me sucediera
Lo que á médicos modernos,
Que la primer cura yerran.

FABIO.

Antes acertaras, Laura.
Hombre, despierta, no duermas.

LAURA.

Soldado me ha parecido.

FABIO.

Hombre parece de guerra.

LAURA.

¡Si es español! ¡Ay!

FABIO.

¿Qué hay?

LAURA.

¿No es éste mi hermano? Espera.

FABIO.

El mismo.

LAURA.

Pues ¿no era muerto?

FABIO.

Así se dijo en Bruselas.

Levántase Mendoza.

MENDOZA.

¿Qué es esto que viendo estoy?
¿Sueñan mis ojos, ó sueñan
Mis pensamientos?

LAURA.

¡Hermano!

MENDOZA.

¡Hermano en esta bajeza!
¿Qué aguardas, hidalgo brazo?
Aquí tu deshonra muera.

FABIO.

Tente, español, ó haré yo
Que tu soberbia detenga,
Sin que muevas otro paso,
El alma desta escopeta.

MENDOZA.

No me detiene el morir,
Que solamente pudiera
El no ser con honra mía;
Mas, pues de noble te precias,
Arroja ese fuego vil,
Arma de cobardes fuerzas,
Y saca la blanca espada.

FABIO.

Soy tan noble, que lo hiciera
Si tú fueras igual mío.

MENDOZA.

Pues si por eso lo dejas,
Yo soy don Juan de Mendoza,
De la Casa que celebra
España entre las montañas,
De cuyo origen se precia
La Casa del Infantado.
La cruz de aquesta venera,
Por la pobreza en que estoy,
Traigo, como ves, cubierta.
Servía un hombre á doña Ana
(No Laura, como tú piensas);
Aviséle que dejase,
Aunque igual, tan loca empresa;
No quiso, y en desafío,
Y cuerpo á cuerpo, en la Vega
De Toledo le maté;
Y porque no me ofendiera
Ningún atrevido ausente
(Pues hubo alguno en presencia),
Saqué á mi hermana una noche,
Y á Flandes vine con ella

Tan pobre, que nos mudamos
Los nombres por la pobreza,
Respecto de no poder
Valernos de nuestra hacienda,
Que nos quitó la justicia;
Costumbre de aquella tierra.
Y por la cruz desta espada,
Que vendimos en Valencia
Los vestidos, por no dar
De nuestras personas cuenta.
Bien sabes tú, conde Fabio,
Que *pobreza no es vileza*
Cuando á los hombres honrados
Ponen desdichas en ella.
En las victorias del Conde
Me he portado de manera,
Que me dió una compañía;
Y si estas cosas son ciertas,
Acuérdate que me viste
Sentado un día en Bruselas
Á su lado en este traje,
Que *pobreza no es vileza*,
Sino rigor de fortuna,
Fortuna, mujer y ciega,
Tan inconstante de pies,
Que son sus chapines ruedas.
Aquí hay dos cosas: ó tú,
Pues ya sabes mi nobleza,
Saca la espada conmigo,
Ó vete, y matar me deja
Esta villana mujer.

FABIO.

No acepto ninguna dellas,
Don Juan, porque sé quién eres,
Que de otra suerte, lo hiciera.
Mira tú si puedo yo
Satisfacerte, y no seas
Tan español en la honra.

MENDOZA.

Como te cases con ella,
No tengo qué replicar.

FABIO.

Yo lo haré desta manera,
Que primero han de saber
En la corte tu nobleza.

MENDOZA.

¿Cómo?

FABIO.

Yo quiero casarte;
Seis mil ducados de renta
Te haré dar: con una dama
De lo mejor desta tierra
Casado, y puesto en estado,
Cuando en Bruselas te vean
Con tu cruz y con tu nombre,
Y tu calidad se entienda,
Daré la mano á doña Ana
Y haré que el padrino sea
El mismo Conde de Fuentes.

MENDOZA.

Acepto el partido.

FABIO.

Queda
Desta suerte.

MENDOZA.

Vé adelante.

LAURA.

¿Podré hablarte?

MENDOZA.

No, ni creas
Que has de merecer mis brazos
Hasta que marido tengas.

Vanse.

Rosela y Luna.

LUNA.

Vienen ya las compañías,
Y presumo que se esconde.

ROSELA.

En fin, ¿quiere estarse el Conde
En el bosque tantos días?

LUNA.

Con Laura, la soledad
Tiene por corte, y la corte
Por soledad, aunque importe
Menos á su calidad;
Que bien fuera que se hallara
Á la entrada del de Fuentes.

ROSELA.

Amor es todo accidentes;
Sólo en sus gustos repara.
Como ha perdido el temor
Después de muerto Mendoza,
Á sueño suelto se goza,
Libre del ajeno honor.
¿Qué piensa mi hermano hacer
Con esta bella española?

LUNA.

¿Qué ha de hacer, si es bella y sola
Y no ha de ser su mujer?

ROSELA.

Aun salir á recibir
Al Conde, ¿no fuera justo?

LUNA.

Es como Ginebra el gusto:
Sin leyes quiere vivir.

ROSELA.

El Conde.

LUNA.

No puede ser.

ROSELA.

¿Cómo no, si ya le veo?

LUNA.

¡El Conde sin Laura!

ROSELA.

Creo
Que no hay paz donde hay mujer.

El conde Fabio y Friso.

FABIO.

Por mucho que la causa te desvele
De mi venida, no sabrás la causa.

ROSELA.

Será después lo que entre amantes suele.
Cualquier enojo estos efectos causa;
Mas lo poco que duran te consuele.
La gracia de la música es la pausa;
Que después de celosos intervalos
Crecen las amistades, los regalos.

FABIO.

Lejos, Rosela, estás del pensamiento
Con que he venido desde el bosque á hablarte:
Sólo vengo á tratarte un casamiento.

ROSELA.

¿Eso ha podido agora desvelarte?
¿En eso se ocupó tu entendimiento?

FABIO.

Pues ¿adónde mejor que en remediarte?

ROSELA.

Algo te ha sucedido: triste vienes.

FABIO.

No sé si amor, Rosela, á España tienes.

ROSELA.

De una dama francesa se decía
Que al señor don Juan de Austria tan extraña
Afición, tan inmenso amor tenía,
De verle tan galán por la campaña,
Que en lugar de la blanca, se ponía
La banda roja, de que se honra España,
Debajo del jubón; y yo sospecho
Que la traigo en el alma y en el pecho.

FABIO.

Por la nueva te doy este diamante;
Y seguro que estimas españoles,
Tu marido lo es, aunque arrogante
Nación, en armas y en nobleza soles:
Hombre en aqueste ejército importante,
Que cuando más le apures y acrisoles,
No le hallarás defecto, y cuyo pecho
Honra una cruz.

ROSELA.

Parece que le has hecho.

FABIO.

Soy muy interesado en que te agrade.

ROSELA.

Salid, pasión del español ya muerto, (Aparte.)
Con un vivo español, si persüade
Amor con otro amor nuevo concierto.

FABIO.

Como ser español no desagrade,
Estoy de su valor seguro y cierto.

ROSELA.

¿Viene con el de Fuentes?

FABIO.

Ya ha venido.
Di que éntre.

FRISO.

Otro parece bien vestido.

Mendoza, muy galán, con hábito de Santiago, y Panduro, asimismo, bien aderezado.

PANDURO.

¡Por Dios, que vienes galán! (Ap. á su amo.)

MENDOZA.

Y necio vendré también,
Pues que me caso.

PANDURO.

¿Con quién?

MENDOZA.

Mis desdichas lo sabrán;
Que yo no sé más aquí
De lo que ellas han causado.

FABIO.

El español ha llegado:
Halle buena gracia en ti.

ROSELA.

¡Buen talle!

FABIO.

Yo voy á hablalle.

LUNA.

Señora, ¿qué pensamiento (Ap. á su ama.)
Trae el Conde?

ROSELA.

Un casamiento.

LUNA.

¡Bravo español!

ROSELA.

¡Lindo talle!

FABIO.

Don Juan, yo he tratado ya
Con esta dama el concierto.

MENDOZA.

¿Qué dice?

FABIO.

Que será cierto.

MENDOZA.

Pues ¿cómo en tu casa está?

FABIO.

Porque yo la truje aquí.
Llega á hablalla, porque vea
En qué persona se emplea,
Y tú qué mujer te dí.

MENDOZA.

(Aparte á Panduro.)

Panduro, yo voy á hablar
La que ha de ser mi mujer.

PANDURO.

Mayor cosa vas á hacer (Ap. á Mendoza.)
Que quien se embarca en el mar.
Descubre la cruz, que son
Como diablos.

MENDOZA.

(Aparte á Panduro.)

¿Quién pensara
Que doña Ana me obligara,
Panduro, á tal confusión?

Llega á Rosela.

Señora, el Conde ha querido

Que os hable en que habéis de ser
Mi señora y mi mujer,
Yo vuestro esclavo y marido.
Si os ha dicho lo que he sido
Y lo que soy..... ¿Qué es aquesto? (Ap.)
En más confusión me ha puesto.

ROSELA.

¿Qué es lo que mirando estoy? (Aparte.)
¿Eres Mendoza?

MENDOZA.

Yo soy.

PANDURO.

Dale cruz; dásela presto. (Ap. á Mendoza.)

ROSELA.

¿No eres muerto?

MENDOZA.

Quien no tiene
Honor, débelo de ser.

PANDURO.

No le habrá muerto mujer, (Aparte.)
Pues con mejor pelo viene.

ROSELA.

La fama siempre entretiene
Los ausentes con mentiras.

MENDOZA.

Mucho de verme te admiras:
Don Juan soy, Mendoza soy;
No soy muerto; vivo estoy,
Aunque con la cruz me miras.
Conde, ya no puede ser
Que te cases con doña Ana,
Que aunque es tan noble tu hermana,
No la quiero por mujer;
Que quien no supo tener
Guardada la que le dí,
Ya no es buena para mí,
Ni yo lo soy para ella,
Pues pensaré siempre della
Que no ha de guardarse á sí.
Si ella la hubiera guardado,
Grande mi ventura fuera
Que su mano mereciera,
Habiendo mi honor cobrado;
Mas como el ser hombre honrado,
Rosela, al encuentro sale,
Ningún remedio me vale,
Pues casarse con recelo
Es tener llovido el suelo,
Adonde el honor resbale.
Mi hermana está en mi poder (1);
Yo sabré darla castigo,
Pues que casarse contigo
Dices que no puede ser
Sino es dándome mujer
Que pueda darme valor:
En mí culpa, y en ti error;
Que marido acreditado
Por mujer, ó es desdichado,
Ó sabe poco de honor.
Noblezas, Conde, y espadas
Acreditan bien en Flandes
Hechos y servicios grandes
En seis famosas jornadas.
Las mujeres más honradas
Lo han de ser por su marido:
El que por mujer lo ha sido,
Sujeto vive á mujer;
Que basta una vez nacer
De mujer el bien nacido.

FABIO.

Espera.

MENDOZA.

No hay que esperar
Cosa buena de los dos.

ROSELA.

Óyeme á mí.

MENDOZA.

¡Bien, por Dios!

ROSELA.

Pues déjame disculpar.

MENDOZA.

¿Qué disculpa puedes dar,
Si, fiado en tu valor,
Me quita el Conde el honor,
Y de mi infamia se goza?
Pero un español Mendoza
Sabrá cobrarle mejor.

FABIO.

Yo te haré matar.

MENDOZA.

Pues ven,
Y sabremos si doña Ana
Es tu dama ó es mi hermana.

FABIO.

Hablaré al Conde también.

MENDOZA.

El Conde es mi deudo, y quien
Sentirá este agravio más.

FABIO.

¡Criados!

MENDOZA.

Pues ¿voces das?
En tu tierra la dejé.
Ven y cóbrala.

FABIO.

Sí haré.

MENDOZA.

Mas muerta, no la querrás.

Vase.

FABIO.

Una palabra, Panduro.

PANDURO.

Advierta Vuseñoría
Que en guardar la lealtad mía
Soy como las piedras duro.

FABIO.

Honrar á don Juan procuro

(1) Quiere decir *bajo mi potestad*, aunque realmente Laura está en casa del conde Fabio. (*Nota de Hartzenbusch.*)

PANDURO.

Pues mucho os ha de costar,
Si es que os habéis de casar
Porque deje de vengarse;
Pues quien pasa por casarse,
Por todo puede pasar.

Vase.

FABIO.

Sígueme, Friso.

FRISO.

No sé
Si aciertas.

FABIO.

¡Mátame, amor!

FRISO.

En este español, señor,
Bizarro valor se ve.

Vanse los dos.

ROSELA.

Luna, ¡Mendoza se fué!

LUNA.

¿Qué harás?

ROSELA.

Presto lo sabrás,
Que no ha de volver atrás
La nobleza de los buenos;
Que ni á mi honor debo menos,
Ni á mi amor puedo dar más.

Vanse.

Durán y Liranzo. Óyese salva de arcabucería.

DURÁN.

¡Bravas fiestas!

LIRANZO.

Cortas son.
Bien merece Su Excelencia
Que, imitando al de Trajano,
Hiciera un arco Bruselas.

DURÁN.

No le mereció mayor
Escipión, Mario ni César,
Que el conde don Pedro Enríquez.

LIRANZO.

¡Gran soldado!

DURÁN.

Fama eterna
Promete el cielo á su nombre.
¿Qué villa, qué corta aldea
Por donde habemos pasado,
No le recibió con fiestas?

LIRANZO.

¿Acuérdaseos deste bosque?

DURÁN.

Deste bosque se me acuerda,
Donde el valiente Mendoza
Sirvió á la dama flamenca
Á costa de nuestras joyas.

LIRANZO.

¡Bravamente le celebra
El Conde!

DURÁN.

Con gran razón;
Que en todas estas empresas
Ha mostrado igual valor.

Laura y Tiburcio.

LAURA.

En fin, ¿en la corte queda?

TIBURCIO.

Ya debe de estar casado.

LAURA.

Yo sé que el Conde y Rosela
No pierden nada en su sangre.

TIBURCIO.

¿Quién es Mendoza?

LAURA.

No sepas
Más de que es Mendoza.

TIBURCIO.

Basta.

LAURA.

¡Qué bizarra soldadesca
Se va descubriendo ya!

TIBURCIO.

Sin duda que el Conde llega.

LAURA.

¡Ah, caballeros!

DURÁN.

¿Quién llama?

LAURA.

¿Llega el Conde?

DURÁN.

Ya se acerca.
¿Habrá, señora española,
Alguna cosa que pueda
Refrescarnos del camino?

LAURA.

Entren por aquella puerta,
Digan que yo les envío.
Vos, Tiburcio, esas almenas
Cubrid de mil luminarias.

TIBURCIO.

¡Eres española!

LAURA.

Piensa
Que las victorias del Duque
Como á su sangre me alegran.

Vanse los dos soldados y Tiburcio.

Mendoza y Panduro.

PANDURO.

(Aparte á Mendoza.)

Aquí está. ¡Por Dios, señor,

Que no manches la grandeza
De tus hechos en matar
Una mujer!

MENDOZA.

Suelta. Deja.

PANDURO.

Huye, doña Ana.

LAURA.

¿Qué es esto?

MENDOZA.

¡Vive Dios, si no me sueltas,
Que he de comenzar por ti!

PANDURO.

¡Oh señor, qué mal comienzas!
Advierte que las mujeres
No se hicieron de cabezas
De hombres, sino de costillas;
Y en viéndose á espaldas vueltas,
Sillas de costillas son,
Que á pocos lances se quiebran.
Si del corazón del hombre
Fueran las mujeres hechas,
¡Oh, qué tuvieran, don Juan,
De virtud y fortaleza!
Son flacas, son temerosas;
Que si tuvieran más fuerza,
Nos dieran dos mil azotes.

MENDOZA.

¿Tú me predicas y enseñas?

PANDURO.

¿Qué conclusiones me has visto,
De mil desatinos llenas?
¡Que tal presumas de mí!

LAURA.

Tente, hermano; escucha, espera.

MENDOZA.

¡Esto ha de ser, vive Dios!
Laura ó doña Ana, encomienda
Tu vida á Dios.

LAURA.

¡Tú me matas!

PANDURO.

No mata, ni Dios lo quiera.

MENDOZA.

Sí mato. Aparta, desvía.

PANDURO.

No mata tal: váyase ella.

LAURA.

¡Ay, que me matan!

Rosela, en hábito de hombre.

ROSELA.

Las voces
Entre estos árboles suenan.

PANDURO.

Gente del Conde, señor.

MENDOZA.

¿Quién eres?

ROSELA.

Quien verte espera
Muerto á sus manos.

Desenvaina.

MENDOZA.

¡Oh perro!

Acomete á Rosela.

PANDURO.

Á Laura:

Huye entretanto.

LAURA.

No creas
Que puedo estimar la vida.

Hiere Mendoza á Rosela.

ROSELA.

¡Muerta soy!

MENDOZA.

¿Qué dijo?

PANDURO.

Muerta.

MENDOZA.

¡Es mujer!

PANDURO.

Veré la herida.....

MENDOZA.

Desvía. ¿Quién es?

ROSELA.

Rosela.

MENDOZA.

Pues ¡tú desta suerte!

ROSELA.

Sí.

MENDOZA.

¡Maldita la espada sea
Y el brazo también!

ROSELA.

No es nada.

MENDOZA.

Con este lienzo te aprieta.

El conde Fabio, Friso y criados.

FABIO.

Pasalde aquel pecho infame.

MENDOZA.

Conde, con menos soberbia.

FABIO.

¿Dónde está Laura?

MENDOZA.

Aquí está.

FRISO.

Mira que el de Fuentes llega.

El Conde de Fuentes, Durán y soldados.

CONDE.

¿Es algún soldado mío
Con la gente de la aldea?

DURÁN.

No, señor.

CONDE.

¿Quién contra el bando
Sacó la espada?

MENDOZA.

Si (1) fueras,
Invictísimo señor,
Menos mi deudo, y las deudas
De mis servicios menores,
Justo perdón mereciera
Por una cosa tan justa.
Mi hermana doña Ana es ésta,
Y ésta del Conde, aunque en traje
De hombre: madama Rosela.
Dejésela en confianza
Para servirte en la guerra;
Venciola el Conde, á quien yo
Dije después mi nobleza.
Dióme á Rosela, y dudando
De su valor, despreciéla.
Siguióme para matarme;
Heríla sin conocerla.
Esta es la suma, señor.

ROSELA.

Si juzga Vuestra Excelencia,
Oiga primero.

CONDE.

Sí haré.

ROSELA.

Vino con tanta pobreza
Mendoza á dejarme á Laura,
Que no defendí su ofensa
Porque no le conocí.

Á Mendoza:

Y si tú me conocieras,

(1) Aunque.

¿Hiriérasme?

MENDOZA.

No, que ha sido
Desdicha de mi nobleza.

CONDE.

Don Juan.....

MENDOZA.

Señor.....

CONDE.

Escuchad:
Estas amistades sean
Debajo de mi palabra,
Y más con las almas hechas
Que con los brazos.

MENDOZA.

Yo soy
Su amigo.

CONDE.

Doña Ana sea
Mujer del Conde, y don Juan
Le dé la mano á Rosela.

PANDURO.

¿No darán algo á Panduro?

CONDE.

De Mendoza la bandera
Y ocho escudos de ventaja.

PANDURO.

Aquella Luna flamenca
Me dió cerveza: mandad
Que la cerveza le vuelva.

MENDOZA.

Aquí se acaba, senado,
La Pobreza no es vileza,
Más riqueza, si os agrada,
Para el autor (1) y el poeta.

(1) El empresario, como ahora diríamos, de la compañía que representó la comedia. (*Nota de Hartzenbusch.*)

LA TRAGEDIA DEL REY DON SEBASTIÁN

Y BAUTISMO DEL PRÍNCIPE DE MARRUECOS

LA TRAGEDIA DEL REY DON SEBASTIÁN

Y BAUTISMO DEL PRÍNCIPE DE MARRUECOS

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Conde de Vimioso.
Prior D. Antonio.
Eduardo de Meneses.
Cristóbal de Tabora.
Diego de Sosa.
Luis de Silva.
Muley Hamet.
Muley Mahamet.
Muley Maluco.
Fátima.
Celinda.
Solimán.
Pedro de Alcasoba.
El rey Filipo.
El rey Sebastián.
Reduán.
Rosales.
Carpio.
El Alférez mayor.
Muley Jeque, *muchacho*.
Albacarín, *moro*.
Martín Correa.
El capitán Aldana.
Almanzor.
Zayde.
Gente de un carro.
Tres damas.
Leonardo.
Celia.
Hernando.
Tres ladrones.
Otra mujer.
Francelio.
Placidio.
Un suplicacionero.
Alonso, *villano*.
Dos bravos.
Un maestro de esgrima.
Un fraile Victoriano.
La procesión con la imagen de la Virgen de la Cabeza.
Axa.
Dau.
El Corregidor.
Jácome de Cárdenas.
El médico.
Don Diego.
Una caja.
Un alguacil.
Zulemillo, *morisco*.
Belardo.
La Ley evangélica.
La Seta africana.
Juan Ruiz de Velasco.
Un ayuda de cámara.
Gaseno.
Un criado.

ACTO PRIMERO.

Salgan dos maceros con armas de Portugal, el Conde de Vimioso, el prior D. Antonio, Eduardo de Meneses, Cristóbal de Tabora, Diego de Sosa, Luis de Silva, Muley Mahamet, Jarife, y el rey D. Sebastián: siéntense como ya saben.

SEBASTIÁN.
Al Rey se da asiento igual.

MULEY.
Beso los pies de Tu Alteza.

ANTONIO.
Representa su grandeza.

EDUARDO.
Tiene, en fin, sangre real.

DIEGO.
¿Qué habrá que el talle no venza?

LUIS.
Es gran recomendación.

SEBASTIÁN.
Prosigue tu relación.

MULEY.
Así prosigo.

SEBASTIÁN.
Comienza.

MULEY.
Invicto rey Sebastián,

Del gran Carlos quinto nieto,
Como fuiste de su sangre,
De sus glorias heredero:
Digo, que Muley Mahamet,
Jarife, en África muerto,
El que juntó en un Estado
Fez, Tarudante y Marruecos,
Trató con su hermano Hamet
Que sucediese en el reino
Cualquier hijo de los dos,
Antes que cualquiera nieto.
Pero aunque quedaran muchos,
Murieron los más á hierro,
Ó en la cárcel, ó ahogados,
Hecho seguro y sangriento,
Por Audalla, un hijo ilustre
De Mahamet, porque á efeto
De conservarse, vertió
Tanta sangre de sus deudos:
Reinó diez y siete años
Más pacífico y quïeto
Que eternamente se vió
Rey del africano Imperio.
Éste, señor, fué mi padre;
Yo, su hijo primogénito,
En la sangre, y no en la paz,
Pues á tal desdicha allego.
Dejó mi padre heredando,
Entre los hermanos muertos,
Tres con la vida, y la causa
Fué el ser niños tan pequeños;
Pero engañóse mi padre,
Que en el punto que crecieron,
No fiaron del hermano,
Que fué tan remiso en esto;
Y considerando, en fin,
Que con el pasado miedo
El que los perdonó niños
Los degollara mancebos,
Los dos se huyeron al Turco,
Y el otro, la tierra adentro,
Con los árabes vivió
En montes de arena secos.
Audalla, mi padre, entonces
Juróme por su heredero;
Murió, reiné mal seguro
Por el pasado concierto,
Y así, despachando un moro
Atrevido, fuerte y diestro,
Á Tremecén, donde estaba
De mis tíos el primero,
De un flechazo, en la mezquita,
Sosegó mi pensamiento.
Alteró á Muley Maluco,
Que estaba en Argel, el hecho
De suerte, que procuró
Dejar de vivir muriendo;
Y cansado de pedir
Al rey Filipe remedio,
Por el Virrey de Valencia,
Con cartas y propios ruegos,
Que era entonces don Rodrigo
Alfonso, de aquellos buenos
Pimenteles de Castilla,
Tan antiguos caballeros,
Se partió á Constantinopla,
Donde negociando menos,
Sirvió con paciencia al Turco,
Querelloso de sus deudos;
Mas mostrando en Navarino
Y en la Goleta gran pecho,
Que aunque enemigo es mi sangre,
Negar la verdad no puedo,
Tres mil turcos que le dió,
Metió el Maluco en mi reino,
Con los cuales me rompió
Tres poderosos ejércitos
De sesenta mil caballos,
Y diez mil infantes; creo
Que fué el último, señor:
¡Mira qué extraño suceso!
Retiréme en el Peñón
De Vélez, y allí, por medio
De un renegado, pedí
Con piadoso humilde celo
Favor á tu heroico tío,
Que tratado en su Consejo,
Donde las guerras de Flandes
En tal cuidado le han puesto,
Y el sustentar los presidios
De soldados y dineros,
No me ha podido acudir
Con su magnánimo pecho,
Y es gran permisión de Alá,
Porque venga como vengo,
Á darte esta empresa á ti
Para tu bien y provecho,
Que podrás ser fácilmente
Emperador de Marruecos,
Dejándome por tu Alcaide
Y Virrey en su gobierno.
¡Ea, Sebastián famoso,
En cuyo rostro contemplo
La imagen del quinto Carlos,
Planeta del quinto cielo,
Dando á Muleasén en Túnez
El mal conquistado reino
De Amida y de Barbarroja,
Traidores y lisonjeros!
Mira qué gloria y qué fama
Tantas naciones le dieron
Por esta hazaña, mayor
Que el Sajón y el Francés preso.
Que si pasas un soldado
Las aguas del Mucaceno,
¿Quién duda que mis vasallos
Reconozcan su Rey luego?
Toda el Africa, sin duda,
Ayudará nuestro intento,
En quien pondrás esas plantas,
Otro Carlos de honor lleno,
Otro nuevo Scipïón,

Que por más famosos hechos
Te llamarán africano
Rubio scitas, indios negros.
Harás desde Ceuta á Fez
Un puente, por cuyo medio
Se enriquezca en trato España,
Sin miedo del mar soberbio.
Y yo, á tus pies arrojado,
Adornaré tus trofeos
Entre mil reyes cautivos
Y entre mil vencidos reinos.

SEBASTIÁN.

¿Qué os parece?

ANTONIO.

Señor, si como suenan
Pareciesen las cosas intentadas,
Éstas son las más dignas de los reyes.
Ya otras veces he dicho á Vuestra Alteza,
Desde que fuimos á la vista de África,
Que me holgara de verle con las fuerzas
Que muestra su valor, y el mundo es poco.

EDUARDO.

Señor Prior, si al gran valor que muestra
Su Alteza (Dios le guarde) se igualaran,
Cesaran hoy las glorias de Alejandro;
La sucesión también impide mucho.

ANTONIO.

Bien he visto, Eduardo de Meneses,
Cuánto la sucesión en esto impide:
Hablo del corazón.

LUIS.

Ése es magnánimo;
Y verdaderamente, las empresas,
En la dificultad tienen la gloria.

CRISTÓBAL.

Las veces que de aquesto me ha tratado
Su Alteza, no he resuelto cosa alguna;
Bien que, midiendo el pensamiento suyo,
No hallo lugar sino es pasando el cielo,
Que por la tierra pasa el mayor límite,
Y la imaginación topa en sí misma.
Asegura Muley que sus vasallos
Le quieren bien, y que mirando el rostro
Del que es propio señor, las mismas armas
Que toman en defensa del Maluco,
Volverán á su pecho.

MULEY.

Así lo pienso;
Demás, que no son pocas vuestras fuerzas,
Siendo tanto el valor de vuestro Príncipe,
La ayuda que se espera del Católico,
Y la diversidad de varias gentes
Que acudirán á tan gloriosa empresa.

SEBASTIÁN.

Extrañamente siento que me muestre
Alguno de vosotros poco brío
En cosa que yo tengo tan impresa
Dentro del corazón; pero decidme
Las objeciones que tenéis más ásperas
Contra mi voluntad.

ANTONIO.

Ninguno intenta
Darte disgusto, ni es tan poco el ánimo,
Siendo del Portugués, que no parezca
Hijo del tuyo, y que pedirte puede
El gobierno del sol, como el sol mismo.
Dificúltase aquí no estar casado;
Que habiendo de ir el Rey en su persona
Á empresa fuera de su reino, es justo
Que deje quien le herede, si faltase:
Las fuerzas deste reino no son muchas.

LUIS.

Si la empresa se funda en que es legítima,
Gran servicio de Dios, y se compone
Con ayuda de deudos y de amigos,
No es á ventura de perderse el Príncipe.

SEBASTIÁN.

Ya de todas las cosas que propone
Vuestro deseo de acertar, por cartas
Me ha propuesto mi tío largamente;
Y aunque me disüade por las mismas,
Me nacen en la sangre dobles fuerzas.
Todo lo que decís tengo mirado:
Tarde venciera mi famoso tío
La batalla inaudita de Lepanto,
Si aguardara el consejo, aunque discreto
Y de prudente capitán nacido,
Del cuerdo Andrea, y no el furioso y presto
Del gran Marqués de Santa Cruz.

Sale un paje.

PAJE.

Licencia
Pide el Embajador.

SEBASTIÁN.

¿Llegó don Pedro?

PAJE.

En este punto.

Sale Pedro de Alcasoba.

PEDRO.

Déme Vuestra Alteza
Los pies.

SEBASTIÁN.

¡Oh amigo! ¿Qué tenemos?

Levántase.

PEDRO.

Creo
Que enderezan los cielos tus empresas.

SEBASTIÁN.

¿En qué lo has visto?

PEDRO.

En los favores y honras
Que me ha hecho Filipo.

SEBASTIÁN.

¿En qué resuelve
Mi tío las tres cosas que le pido?

PEDRO.

En cuanto al casamiento, te concede
Una de sus dos hijas, para el tiempo
Que sea de edad, mas no señala el nombre;
Cuanto á la empresa, siendo de Alarache,
Te promete soldados y galeras;
Cuanto á verle, resuelve que la vista
En Guadalupe sea: destas cartas
Te informarás mejor.

SEBASTIÁN.

Tratad al punto
Mi camino, don Luis; y tú, Jarife,
Ten esperanza.

MULEY.

En Dios y en ti la tengo
Que te he de ver señor de toda el Africa.

ANTONIO.

¿Partir quiere tu Alteza?

SEBASTIÁN.

Así conviene:
Prior, póngase á punto mi partida.

ANTONIO.

Guarden los cielos, gran señor, tu vida.

Vanse.

Salen Lela Fátima y Celinda, moras.

LELA.

Tú has de hacer, Celinda mía,
Que con mis ojos lo vea:
¿Quién ama, teme y desea,
Y esperando desconfía?
Dime si Hamet, como hermano
Del Rey, lo será de Fez,
Ó si reinará otra vez
Mahamet, ó lo intenta en vano;
Que como el alma me cuesta
Hamet, de quien soy amada,
Tengo, Celinda, colgada
La vida de tu respuesta.

CELINDA.

Lela Fátima, secretos
Que tiene en su pecho Alá,
No los comunica, y da
Hasta los mismos efetos.
Verdad es que si la ciencia
Las influencias del cielo
No enseña, y está el suelo
Tan sujeto á su influencia,
Esta nuestra Geomancía,
Por quien tu intención procuras,
Corresponde en las figuras
Á la oculta Astrología;
Mas siempre queda en su ser
La voluntad de Alá santo,
Porque, aunque se entienda tanto,
Puede hacer y deshacer.

LELA.

No, Celinda, no me entiendes,
Y es que te guardas de mí.

CELINDA.

¡Yo, mi señora, de ti!
Mi amor y lealtad ofendes.
Esta ciencia, entre cristianos
Es prohibida y sospechosa,
Es falsa y supersticiosa,
Y llena de enredos vanos;
Acá, de quien la han tomado,
Á nadie ofende ni priva.

LELA.

No es porque en peligro viva
De tu persona el cuidado;
Mas por no hacerme favor,
Faltándote voluntad.

CELINDA.

En dudar de mi amistad
Has agraviado mi amor;
Ya sé el blanco donde tiras.

LELA.

Deseo ver el espejo.

CELINDA.

Ya habrás tomado consejo
Del espejo en que te miras.

LELA.

No quiero verme la cara;
La del alma quiero ver.

CELINDA.

Ahora bien, pues ha de ser,
En lo que quieres repara;
No quiera Alá que esto sea
Para aumentarte dolor.

LELA.

Yo sé que me manda amor
Que el fin de mi empresa vea,
Sea próspero ó sea triste.

CELINDA.

¿Qué quieres ver?

LELA.

Si ha de ser
Hamet rey.

CELINDA.

Voyle á traer;
Tú, lo que vieres resiste.

Váyase Celinda.

LELA.

Solicitud del bien de lo que se ama
Llaman á amor los que de amor entienden,
Porque cuanto imaginan y pretenden
Es su aumento de vida, gloria y fama.
El gusto propio, amarse á sí se llama;
Los que esto intentan, al amor ofenden;
Los que el ajeno bien miran y emprenden,
Éstos, amor de honesto amor inflama.
Si procuro mi gusto, á mí me quiero,
Y si el ajeno tengo por más justo,
Señal es que mi amor es verdadero.
Amar el propio bien es gusto injusto;
Que sólo quiere con amor sincero
Quien se aborrece por amar su gusto.

Sale Celinda con un espejo.

CELINDA.
Este es, Fátima, el espejo.
LELA.
¿Qué es este papel escrito
Que está detrás?
CELINDA.
Si le quito,
En blanco tu intento dejo.
LELA.
¿Éste llaman consagrado?
CELINDA.
Mírate en él.
LELA.
¡Ay de mí!
CELINDA.
¿De qué te turbas ansí?
LELA.
He visto un campo formado.
CELINDA.
Pues míralo todo bien.
LELA.
Aquí están muchos christianos
Con las armas en las manos,
Y muchos moros también.
CELINDA.
¿Son portugueses?
LELA.
Los más.
¿Su Rey á caballo aquí
Va peleando?
CELINDA.
Es ansí.
LELA.
¡Ay, Hamet!
CELINDA.
Contenta estás.
LELA.
¡Qué bizarro que entra y sale!
¡Alá victoria te dé!
No hay desde el bonete al pie
Africano que le iguale.
Allí parece que cercan
Moros al de Portugal.
CELINDA.
La victoria está neutral.
LELA.
¡Con harta sangre la mercan!
CELINDA.
Gran multitud es la nuestra,
Muy pocos son los cristianos.
LELA.
¡Qué gallardo, entre africanos,
Levanta Hamet la alta diestra!
Parece que Mahamet
Se ahoga pasando un río.
CELINDA.
Allí su famoso tío
Habla con tu amado Hamet.
Los más, en fin, van rindiendo
Á los menos.
LELA.
Poca gloria
Puede dar esa victoria.
CELINDA.
¡Que viva!
LELA.
Falta el estruendo,
Lo que es trompetas y cajas,
Gritas, armas, polvo y voces.
CELINDA.
¡Ay, qué de muertes atroces!
LELA.
Vencer con tantas ventajas
No es muy honrado blasón.
CELINDA.
Hamet llega á la litera
Del Maluco.
LELA.
Allí se espera
Un alterado escuadrón;
Parece que le levantan
Por rey.
CELINDA.
Salvas son de rey.
LELA.
Sin duda es muerto Muley.
CELINDA.
Allí lloran.
LELA.
Allí cantan.
Rey, sin duda, es mi Hamet.
CELINDA.
Paso,
Que esto está por suceder.
LELA.
Luego ¿no acabo de ver
Rey á Hamet?
CELINDA.
¡Notable caso!
Vuelve en ti, que lo has soñado.
LELA.
Voyle á dar el parabién.
CELINDA.
Señora, el paso detén;
Que no es vivo, que es pintado.
LELA.
Déjame que se lo diga.
CELINDA.
Quien se fía de quien ama,
Esto merece.
LELA.
No infama
Tu ciencia mi lengua, amiga;
Que antes pienso encarecella.
CELINDA.
Todos prometéis callar
Mientras dura el consultar
Vuestra buena ó mala estrella;
Y en sabiendo vuestro gusto,
Á voces lo publicáis,

Con que á quien os sirve dais,
En vez de premio, disgusto.

LELA.

No te espantes, que el placer
Me hizo atrevida hablar;
Yo te prometo callar,
Siendo posible en mujer.

CELINDA.

Contigo tengo de ir,
Por refrenarte.

LELA.

No tengas
Miedo, amiga, aunque no vengas;
Como sé amar, sé sufrir.
¡Rey Hamet!

CELINDA.

Eso es razón.

LELA.

Á juntarse amor provoca
Rey y Hamet: Rey en la boca,
Y Hamet en el corazón.

Vanse.

Salen por una parte el rey Sebastián bien aderezado y acompañado; por la otra el rey Filipo de la misma suerte, y abrazándose, digan:

FILIPO.

Vuestra Majestad sea bien venido.

SEBASTIÁN.

Y Vuestra Majestad me dé las manos.

FILIPO.

Los brazos, como á sangre mía tan propia.
Holgado me he de ver, en gran manera,
Á Vuestra Majestad que era deseo
Que le he tenido muchos años.

SEBASTIÁN.

Beso
Esas reales manos.

FILIPO.

Como huésped,
Procuro hacer mi obligación.

SEBASTIÁN.

No ha sido

Siéntense.

Ni larga ni cansada la jornada,
Porque cuando lo fuera, el fin podía
Cualquiera pena convertir en gusto.
De Vuestra Majestad han bien mostrado
Los vasallos el celo de servirle:
He sido acariciado sumamente;
Han hecho fiestas; han abierto cárceles,
Y al fin, se ha visto la merced en ellos
Que Vuestra Majestad hace á su sangre.

FILIPO.

Sobrino, honrada y útil es la empresa
Que se comienza en la conquista de África,
Y al estado de España conveniente;
Pero el ir en persona contradice
Las causas que he propuesto muchas veces:
Quisiera disuadir este propósito
Con mis años, mi amor y mi experiencia,
Á Vuestra Majestad.

SEBASTIÁN.

Señor, quien tiene
Tan grande amparo, no es razón que dude
Si fueran las conquistas de Alejandro.

FILIPO.

Yo hago resistencia en toda Italia
Al Turco, en que consumo cuanto puedo;
Ni las guerras de Flandes cuestan poco.

SEBASTIÁN.

Señor, yo estoy resuelto, y le suplico
Á Vuestra Majestad no se desirva
De que mi intención pase adelante.

FILIPO.

No quiero replicar.

SEBASTIÁN.

Pienso que es justa,
Y téngola en el alma de tal suerte,
Que de las horas hago largos días;
Los días, meses, y los meses, años.

FILIPO.

Siendo de general acuerdo y voto,
Mayormente del Duque de Alba, hacerle
De quince mil infantes el ejército,
Tudescos, españoles é italianos,
Como nos convinimos.

SEBASTIÁN.

Yo sospecho
Que se ha tratado que los diez mil hombres
Pagase yo, quedando los que restan
Á Vuestra Majestad, acomodando
Las cincuenta galeras prometidas.

FILIPO.

Entiéndese entretanto que no haga
Jornada el Turco á Italia, y la presente
Sea para la empresa de Alarache.

SEBASTIÁN.

Asi de Vuestra Majestad lo he visto
Tratado y permitido.

FILIPO.

Aun queda tiempo
En que tratarlo con mayor espacio,
En esta casa, y Virgen devotísima.

SEBASTIÁN.

Iré á ofrecelle mis deseos humildes.

FILIPO.

Ella dará favor al santo celo
Con que esa sangre imitará su abuelo.

Levántense y vayan con autoridad, y salgan Hamet y Lela Fátima.

HAMET.

¿Tanto te va en coger flores,
Que mis razones no escuchas?

LELA.

He menester, Hamet, muchas,

Y de diversas colores.

HAMET.

¿No me dirás á qué fin?

LELA.

¿En que las corte reparas?

HAMET.

Bueno ¡por mi fe! dejaras,
Lela Fátima, el jardín
Si de donde quitas una
No nacieran luego mil,
Floreciendo su marfil
Más que primavera alguna.
Aquí te ofrece Narciso
Su locura vuelta en flor,
El blanco jazmín su olor,
Y su plata el paraíso;
No se esconda la azucena,
Por no ser negra en tu mano;
Aquí está el clavel indiano,
Y las lágrimas de Elena.
¿Las maravillas no has puesto?
Mas son las tuyas mayores.
Quiero cogerte las flores
Para que acabes más presto.

LELA.

Ya, mi bien, está acabada.

HAMET.

¿Es guirnalda?

LELA.

¿No la ves?

HAMET.

¿Para quién, Fátima, es,
Con tal cuidado enlazada?

LELA.

Diez listones de mi frente
Gasté en ella, ¡por tu vida!

HAMET.

Está en extremo tejida.
No pusiera el rojo Oriente
De su dorado arrebol,
Nubes azules y blancas,
Al abrir las puertas francas,
Más bella guirnalda al sol.

LELA.

Pruébatela á ver.

HAMET.

No sé
Si me vendrá bien á mí.

LELA.

¿No lo sabes? Pues yo sí,
Que eres el sol de mi fe.

Póngasela Hamet.

HAMET.

¿Estáme bien?

LELA.

Por mil años
Goces de Fez el imperio.

HAMET.

No lo dices sin misterio.

LELA.

Los padres de los engaños
Suelen llamar los deseos:
Deseo yo verte rey.

HAMET.

El cielo guarde á Muley
Con mil glorias y trofeos
De la defensa forzosa
Contra el Rey de Portugal.

LELA.

Estarále á Muley mal
Esa empresa victoriosa;
Pero á ti, amores, muy bien.

HAMET.

¿De quién lo sabes?

LELA.

De mí;
Por cuya razón te dí
Esa corona también.

HAMET.

Por lo que tienes de cielo
Bien puedes pronosticar;
Eso te obliga á pensar,
Mi bien, tu amoroso celo.
Pero advertido mejor,
No es posible que esto intente,
Menos que seguramente
Un rey de tanto valor;
Y como tiene el amparo
Del gran Filipo á la espalda,
Que será aquesta guirnalda
De Muley Mahamet es claro.
Él dicen que viene ya
Lleno de amenazas fuertes,
Prometiendo nuestras muertes,
Y que en Mazagán está.
Mira tú cómo tendré,
Vivos dos reyes, corona
De África.

LELA.

De una persona
Que lo ha sabido, lo sé.
Dame esa mano real,
Y promete que he de ser
Para entonces tu mujer.

HAMET.

No lo estorbe Portugal;
Que una y mil manos te doy.

Salen Muley Maluco y Reduán, su Proveedor general y renegado portugués.

MALUCO.

¡Mirad qué gentil soldado
De mil flores coronado,
Cuando de hierro lo estoy!
¿Tú eres mi sangre cobarde?

HAMET.

Vuestra Alteza me perdone.

REDUÁN.

¿Venus es bien que corone

Á Marte?

LELA.

Así Alá te guarde,
Que no te enojes, Muley.

MALUCO.

Fátima, cuando el cristiano
Rompe el mar, de espumas cano,
Mozo belicoso y rey,
Y favorecido tanto
De otro rey tan gloriöso,
Nueva imagen del famoso
Que á Selín venció en Lepanto,
No es razón que esté mi hermano
De tu hermosura cautivo,
Menos que el pie en el estribo
Y con la espada en la mano.

REDUÁN.

Su Alteza viene enojado.

HAMET.

¿Qué ha tenido, Reduán?

REDUÁN.

Respóndele Sebastián
A su ofrecimiento, airado:
Dábale porque dejase
Esta injustísima guerra,
Diez millas y más de tierra
Que en África cultivase,
Cerca de sus fortalezas.

HAMET.

Y ¿no las quiere tomar?

MALUCO.

No le podrán contentar
Menos que nuestras cabezas.
A Alarache y Tetuán
Y cabo de Aguer me pide.

HAMET.

Á que trates más te impide
De las paces, Sebastián.

MALUCO.

Si á Marruecos me tuviere
Cercada, aún no era partido.

HAMET.

Tú, señor, ¿qué has respondido?

MALUCO.

Respondí que aunque me diera
A Mahamet en contracambio,
Que es el mayor enemigo
Que tengo, busco y castigo,
Era por mi engaño el cambio;
Que con la capa y la espada
Aquestos reinos gané,
Y que los defenderé
Con sangre y con alma airada.

HAMET.

Fué digno de tu valor.

MALUCO.

Tú, Proveedor general,
Haz que mi tienda real,
Que se labró en Azamor
Dé al sol envidia mañana,
Y salgan los pabellones
Que en iguales ocasiones
Usa mi gente africana.
A Susa quiero partir,
A Tamis y á Temisnán.

REDUÁN.

Ya dicen que Sebastián
Ha comenzado á salir.

MALUCO.

¿Viene con él Mahamet?

REDUÁN.

No, señor, que Muley Jeque,
Su hijo, quiere que trueque
La esperanza con Hamet.

MALUCO.

¿Qué edad tiene?

REDUÁN.

Doce años.

MALUCO.

Y ¿piensa que ha de reinar?

REDUÁN.

Eso debe de pensar,
Porque siempre piensa engaños.
Con unos caballos moros
Le ha enviado á Mazagán,
Donde procurando van
Soldados, armas, tesoros;
Que entiende que con oir
Del Príncipe de Marruecos,
Que él llama, sólo los ecos,
Los moros le han de acudir;
Y aunque por haber reinado
El padre, no hay que fiar
De su lealtad, puede estar
Vuestra Alteza descuidado,
Porque tan pocos serán,
Que no importará perdellos.

MALUCO.

Mostrando van los cabellos
Con la ocasión que les dan.
¿Príncipe se nombra?

REDUÁN.

Sí.

LELA.

Guárdete el cielo, señor;
Que yo espero en tu favor
Que el Rey te lo llame á ti:
Reinarás á pesar suyo.

MALUCO.

Ven conmigo, Reduán.

Váyanse el Maluco y Reduán.

LELA.

Habló como capitán,
Mas no como hermano tuyo.

HAMET.

Es de aquella condición.

LELA.

Agrádame en los cristianos
El tratar á sus hermanos.

HAMET.

Es más compuesta nación.

LELA.

Filipo honraba á don Juan
Como á su misma persona.

HAMET.

¡Maldita sea la corona
Y flores que en ella están!
¡Oh palabras! Con oíllas
Pasé, lleno de congojas,
Todas estas flores rojas
De la frente á las mejillas.
No quisiera que me hubiera
Visto, Fátima, contigo
En tiempo que su enemigo
Osa levantar bandera.
Por cuanto Marruecos vale,
Déjame ir: aplacaréle.

LELA.

Déjale que se desvele
A la jornada que sale;
Que no ha de volver con vida,
Ni tú sin corona á Fez;
Y quiera Alá que esta vez
Estas albricias te pida.

HAMET.

Entonces, destas guirnaldas
Quiero la flor solamente,
Porque las pondré en tu frente
De perlas y de esmeraldas.

Váyanse, y salgan Carpio, Rosales, soldados.

CARPIO.

Heme holgado en el alma, buen Rosales,
Que vais esta jornada.

ROSALES.

Es santa empresa.

CARPIO.

Donde van mil hidalgos principales.

ROSALES.

La nación castellana y portuguesa
Sobre el valor á vista harán hazañas,
Que quede fama eternamente impresa.

CARPIO.

Las que en la condición fueron extrañas,
No dudo yo que agora propias sean.

ROSALES.

En fin, Carpio, ¿nos sigues y acompañas?

CARPIO.

¿Dónde mejor valor y armas se emplean
Que sirviendo á este mozo valeroso,
Que aquestos ojos victorioso vean?

ROSALES.

Muchos dudan que vuelva victorioso.

CARPIO.

Y ¿qué razón le dan?

ROSALES.

La poca gente
Y el blanco donde van, dificultoso;
Puesto que tenga corazón valiente
Cualquier soldado, importa el ejercicio,
Falta que el mismo General no siente.
Quiere experiencia el militar oficio;
Aquí todo va gente regalada,
Aunque de su valor se muestre indicio;
Mas no está en el manejo de la espada,
Amigo Carpio, el militar gobierno,
Sino en la disciplina ejercitada.

CARPIO.

Cipión venció, siendo muchacho tierno,
Grandes victorias, á pesar de Roma,
Que murmuraba de su lauro eterno.
Cuando el gran Sebastián las armas toma,
Nace de Carlos quinto doctrinado,
Que en fe de que es su sangre, vence y doma.
El de Austria, en la labranza ejercitado,
Apenas conocido, alzó la espada
Contra el Moro en Granada rebelado;
Pues si hasta el pomo la miró esmaltada
De sangre turca y de flamenca furia,
Dígalo aquella frente coronada.

ROSALES.

De don Lüis de Ataide ha sido injuria
Quitarle el cargo y á la India envialle.

CARPIO.

Siendo el Rey general, á nadie injuria.

ROSALES.

Bien fué á Diego de Sosa justo dalle
De General del mar el digno oficio,
Que sabrá como diestro ejercitalle.

CARPIO.

No ha dado de su amor pequeño indicio
Si á Cristóbal de Tábora le ha dado,
Más por el afición que el ejercicio,
De los aventureros que han llegado
De tan diversas partes, cargo honroso.

ROSALES.

Es con extremo de Su Alteza amado:
Con Martín de Borgoña, generoso,
Tres mil tudescos van.

CARPIO.

¡Soberbia gente!

ROSALES.

Con el marqués Tomás, inglés famoso,
Van, aunque el Rey Católico lo siente,
Los soldados que el Papa enviaba á Irlanda.

CARPIO.

Los dos contra Isabel, secretamente,
Enviaban esa gente.

ROSALES.

Rumor anda,
Mas disimula el Rey, por no ser parte.

CARPIO.

¿Cuándo embarcar el General nos manda?

ROSALES.

Sale de bendecir el estandarte
De la iglesia mayor.

CARPIO.

Gallardo viene.

ROSALES.

Así pintan á Carlos.

CARPIO.

Así á Marte.

ROSALES.

Gentil mancebo.

CARPIO.

Gentileza tiene.

Salgan, con chirimías y acompañamiento, el Alférez mayor, el rey Sebastián, Cristóbal de Tabora y el prior D. Antonio.

SEBASTIÁN.

Tomad, Alférez mayor,
Ese estandarte real,
Y quiera el alto Señor
Que dió esa santa señal
Á Alfonso mi antecesor,
Que se ensalcen esas quinas
Entre lunas africanas,
Pues son de su luz indinas.

ALFÉREZ.

Contra tus armas cristianas,
¿Qué podrán las sarracinas?
Con lo que en ellas se ve,
¡Oh portugués Josué
Y nuevo Pirro español!
Podrás detener el sol
En la verdad de su fe.

ANTONIO.

Ya se vió un Payo Correa
Que le detuvo otra vez.
Y era portugués.

SEBASTIÁN.

Que sea
Sobre los muros de Fez
Es lo que el alma desea.
Persüádeme mi tío
Que os envíe y que me quede;
Pero yo á decirle envío
Que el fuego antes helar puede
Y abrasar el hielo frío.
Á no conocer la gloria
De Filipo, cuya alteza
Vive en inmortal memoria,
Creyera que á su grandeza
Daba envidia mi vitoria.
Al Duque de Alba quisiera
Hablar, y háseme excusado.

ANTONIO.

Es, señor, que reverbera
El Sol de tu arnés dorado
En Alba de su bandera.
Teme este fuerte español,
Viendo al primer arrebol
Que te hace el África salva,
Que ha de obscurecerse el Alba
Cuando amanezca tu Sol.
Filipo, que al Occidente
Declina, teme también
Que los rayos de tu Oriente
Tanta luz á España den,
Como el laurel de su frente.
Ya no hay que volver atrás.

SEBASTIÁN.

Gran gusto, Prior, me das.

ANTONIO.

Si esta cruz blanca que ves
No traigo roja después,
Digo que no me hables más.

SEBASTIÁN.

Ahora bien, guiad al mar.

CRISTÓBAL.

Luego ¿no vuelves, señor,
Á Palacio?

SEBASTIÁN.

No hay que hablar.

ALFÉREZ.

¡Ah, señor!

SEBASTIÁN.

Cese el rumor.
Hoy me tengo de embarcar.

Descúbrase una popa de barco con tendalete.

Acosta el barco.

CRISTÓBAL.

Esto es hecho.

SEBASTIÁN.

¡Adiós, ciudad, madre mía;
Vuélvame Dios á tu pecho!

ANTONIO.

¿Podrás salir este día
De la barra?

SEBASTIÁN.

No, sospecho;
Pero en éste ó los que sean
No he de salir de la mar.

ANTONIO.

¡Ciudad, mis ojos te vean!

ALFÉREZ.

¡Adiós, famoso lugar
Que ya dos mares rodean!
¡El cielo nos vuelva á vos!

CRISTÓBAL.

Partámonos hoy los dos
Á ganar eterna loa.

ALFÉREZ.

¡Adiós, patria!

ANTONIO.

¡Adiós, Lisboa!

CRISTÓBAL.

¡Ciudad generosa, adiós!

Disparen cuatro ó seis arcabuces á modo de salva, y hagan su embarcación, y salgan Muley Jeque, moro muchacho de doce años, y Albacarín, alcaide de Arcila.

JEQUE.

Habéis hecho, Alcaide noble,
Á Muley Mahamet, mi padre,
Gran servicio.

ALBACARÍN.

Como os cuadre,

Yo sé que he ganado el doble.
Tan de vuestro padre he sido,
Que diera al rey Sebastián
Cuantas en Africa están,
Como la que le he rendido.
Á Arcila, desamparada
Del Portugués, tenía yo
Por el Maluco; él me dió,
Jeque, su tenencia honrada;
Pero llegando á saber
Que el que es mi Rey natural
Cobra el reino, soy leal
Al Rey que lo debo ser.
¿Qué hay, señor, de la jornada

JEQUE.

Ya, famoso Albacarín,
Prometiendo alegre fin,
Dió buen principio la armada;
Ya viene surcando el mar;
Que ya del Algarbe á Lagos
Viene prometiendo estragos
Á quien la osare esperar.
Está mi padre contento
De que con gente cristiana
Hará temblar la africana
En uno y otro elemento,
Para alcanzar la corona.
Aunque de diversas leyes,
Le favorecen dos Reyes,
Y el uno viene en persona:
Filipo le da favor,
Sebastián toma la espada;
El Africa está inclinada
Al rey Mahamet, mi señor.
Yo he juntado mucha gente
Que vive á su devoción;
La justicia y la razón,
En esta causa presente
Llevamos de nuestra parte;
Yo pienso que desta vez,
Sobre los muros de Fez
Veré el cristiano estandarte.

ALBACARÍN.

Dícenme que contra ti
Á Muley Dau envió.

JEQUE.

Supo, Albacarín, que yo
Juntaba esta gente aquí,
Y envió su hijo Muley
Maluco, aunque de mi edad,
A impedir la voluntad
Que muestran al propio Rey.
Y, ojalá quisiera Alá
Que entre los dos se pusiera
A quién el reino se diera
Que Dau se promete ya;
Que ahorrando de sangre y vidas,
Yo le quitara la suya.

ALBACARÍN.

¡Plega Alá que os restituya
Prendas tan bien merecidas,
Y que estas desdichas, Jeque,
Injustamente notorias,
Con mil alegres victorias
En paz y descanso trueque!
¡Plega al cielo que esa frente,
Ceñida de laurel y oro,
Tiemble el africano Moro
Hasta la margen de Oriente;
Y que sin ver los reparos
Que agora Fez le promete,
Tarudante y Tafilete,
Marruecos y Montes Claros,
Bese el Maluco tus pies,
Levantado de las manos
Del Rey de los castellanos
Y Sebastián portugués!

JEQUE.

Salva es ésta. ¿Si ha llegado
Á Tánger la armada nuestra?

ALBACARÍN.

La fortaleza lo muestra.

JEQUE.

Y el mar, alegre y turbado.

ALBACARÍN.

¡Oh qué bellísima armada!

JEQUE.

¡Bizarra gente española!

ALBACARÍN.

¡Qué bien el aire tremola
Tanta bandera cruzada!

JEQUE.

Saliendo á la tierra van.

ALBACARÍN.

¡Qué de capitanes bravos!

JEQUE.

¡Qué de sargentos y cabos!

ALBACARÍN.

Ya sale el rey Sebastián.

Desembarquen el rey Sebastián, Muley Mahamet, Martín Correa, el prior D. Antonio.

JEQUE.

Déme los pies Vuestra Alteza.

MAHAMET.

Mi hijo Jeque, señor.

SEBASTIÁN.

Representa tu valor,
Gallardía y gentileza.
De mis brazos á los suyos
Haré un lazo de amistad.

JEQUE.

Levantarás mi humildad
Á la gloria de los tuyos.

SEBASTIÁN.

Yo le pondré la corona
De Fez.

JEQUE.

El cielo á tus pies
El mundo ponga, pues es
Tan digno de tu persona.

SEBASTIÁN.

Vaya con Martín Correa
De Silva hacia nuestra armada.

JEQUE.

¡Quiera el cielo que esta espada
De algún servicio te sea!

MAHAMET.

¡Qué valor muestra!

SEBASTIÁN.

El de rey.

MAHAMET.

En él tengo mi esperanza,
Si una vez el cetro alcanza
De aquel tirano Muley.

SEBASTIÁN.

Pues para que á tus vasallos
Con el Mahamet, más movieses,
De moros y portugueses
Puede llevar cien caballos,
Recogiendo en Mazagán
Los que rebelarse quieran.

MAHAMET.

Tantos presumo que esperan,
Cuantos en Africa están.
Esto has de hacer, Jeque mío.

JEQUE.

Hoy conoceréis que soy
Hechura vuestra.

SEBASTIÁN.

Yo estoy
Satisfecho de su brío.

Váyase.

ALBACARÍN.

Da los pies á Albacarín.

MAHAMET.

Alcaide de Arcila es.

ALBACARÍN.

Que en poner aquí tus pies,
Tendrá nuestro intento fin.

SEBASTIÁN.

Yo estoy muy agradecido
Que me hayas á Arcila dado,
Y tendré siempre cuidado
Del premio que has merecido.
¿Qué arcabuceros están
En Tánger?

ALBACARÍN.

Habrá ochocientos,
Que te servirán contentos

SEBASTIÁN.

Sí, porque diestros serán.
Vayan conmigo, y pondréis,
Prior, más bisoña gente
En su lugar.

ANTONIO.

Aunque siente
Que aquí en Tánger la dejéis,
Quedarán tres compañías
De la más moderna.

SEBASTIÁN.

El suelo
Me recibe bien; el cielo
Me ofrece templados días,
Y me está llamando el mar.
¡Alto: á embarcar!

MAHAMET.

Todos creo
Que han de ayudar tu deseo.

ANTONIO.

¡Soldados, alto: á embarcar!

Váyanse, y salgan Maluco y Hamet, banderas, cajas y soldados.

HAMET.

Con gran prisa has marchado desde Susa
De Temisnam á Camis en tres días
Estando tan enfermo.

MALUCO.

No me excusa,
Hamet, el mal.

HAMET.

El crece, y tú porfías.
¿Qué capitán las armas no rehusa
En tal peligro?

MALUCO.

No podrán las mías,
Cuando tan gran poder me hace ofensa,
Excusar mi valor de la defensa;
¡Que agora quiso Alá, tiempo y fortuna,
Que al gran Maluco la salud faltase!
¿Cómo pudiera yo temer ninguna
Si no es que al fin la vida me quitase?
Si no la pierdo, la africana luna
Haré que á Mazagán y á Tánger pase
Y que sobre las quinas portuguesas
Ponga el verde laurel de sus empresas.
¿Qué sabes del ejército cristiano?

HAMET.

Que apenas es de quince mil.

MALUCO.

¿Qué dices?

HAMET.

No trae un hombre más el Lusitano,
Sino es que del valor los autorices.
Trae el bastón en la siniestra mano
Con tal grandeza en años tan felices,
Que quien en Túnez vió triunfando á Carlos,
Quiere en presencia y armas igualarlos.
Hace de General el digno oficio,
Y Maestre de campo es Eduardo
De Meneses, gallardo á mi jüicio.

MALUCO.

En siendo portugués, será gallardo.
Los tres, con experiencia y ejercicio,
Y de quien más satisfacción aguardo,
Son, ¡por Alá! tres fuertes capitanes
De españoles, toscanos y alemanes.
¿Sabes del español acaso el nombre?

HAMET.

Alfonso de Aguilar. Pero una cosa

Quiero contarte, porque más te asombre
Esta nación valiente y belicosa,
Por ventura no oída de algún hombre
En toda aquella máquina famosa
De los romanos Césares ó godos,
Con ser tan fuertes y soberbios todos.

MALUCO.

¿De qué manera?

HAMET.

Trae la corona
Y el cetro Sebastián en una caja,
Para poner, vencida tu persona,
En su frente real.

MALUCO.

¡La lengua ataja!

HAMET.

Si te he ofendido, gran señor, perdona.

MALUCO.

Al río Mármol esa gente baja,
Marcha á Alcasarquibir.

HAMET.

Marcha, que es tarde.

MALUCO.

Muy malo voy.

HAMET.

Alá tu vida guarde.

Salgan caja y bandera, Sebastián, el prior D. Antonio, Eduardo y el capitán Aldana.

SEBASTIÁN.

Alégrame en extremo tu venida,
¡Oh capitán Aldana valeroso!

ALDANA.

¡Prospere el cielo tu importante vida!
Responde el Duque de Alba generoso
Á tu carta con ésta y un presente.

SEBASTIÁN.

Del Duque estuve, hasta que os ví, quejoso.
La carta leed.

ALDANA.

Él dice lo que siente.

EDUARDO.

«Estaba con disgusto creyendo que Vuestra Majestad intentaba empresa por tierra en África; mas ya que por esta carta me asegura que sólo va á Alarache, alabo la resolución, y prometiéndome ver otra vez vivo á su felicísimo abuelo Carlos quinto, le envío la celada y casaca con que entró victorioso en Túnez, para que Vuestra Majestad, imitando sus gloriosas hazañas, le parezca en Fez.—*El Duque de Alba.*»

ANTONIO.

Parece que ese nombre pone aliento.

SEBASTIÁN.

¿Que no me quiso ver el Duque?

ALDANA.

Estaba
Enfermo, y vió á Filipo descontento.

SEBASTIÁN.

¿Por qué?

ALDANA.

Porque esta empresa se intentaba.

SEBASTIÁN.

Ya está en ejecución mi pensamiento;
Éste en los hombres, capitán, se alaba;
Ya estoy á vista del contrario fiero:
Espero en Dios, y en este brazo espero.
¿Qué hay del Maluco?

ANTONIO.

Que marchando viene
Dentro de una litera medio muerto,
Y que sesenta mil caballos tiene
Que cubren por diez leguas el desierto;
Y dicen que á su hermano Hamet previene,
Como está de salud y vida incierto,
Que si no muestra heroica fortaleza,
Él mismo ha de cortalle la cabeza.
Gobierna tres mil moros andaluces,
Doalí, Algorí y el fuerte Raguseo,
Osarino, caballos, arcabuces.

SEBASTIÁN.

¿Número?

ANTONIO.

Desigual.

SEBASTIÁN.

Así lo creo.

ANTONIO.

De aquellos que adoraron nuestra cruces
Y los perdió su bárbaro deseo,
Es capitán, señor, Hamete Faba.

SEBASTIÁN.

Brava es la gente.

ANTONIO.

Y la arrogancia es brava.

Sale Muley Mahamet.

MAHAMET.

Bien puedes prevenirte á la defensa.
Solimán cordobés, caballerizo
Del Maluco, tan fiero, que ya piensa
Que tu cristiano ejército deshizo,
Sale á reconocernos, y en tu ofensa,
Con una banda de caballos hizo
Más con palabras locas y algazara
Que con las obras.

SEBASTIÁN.

La intención declara.
¡Alto, amigos: ya es tiempo, portugueses,
De mostrar el valor! ¡Ayuda, cielos!
¡Ea, Duque de Avero, hoy los arneses
Han de mostrar quién son nuestros abuelos!
¡Ea, fuerte Eduardo de Meneses!
¡Ea, Teodosio, Duque de Barcelos,
Al arma!

ANTONIO.

Hoy es del África el estrago.

SEBASTIÁN.

¡Á ellos, Santïago!

TODOS.
¡Santïago!

Hecha aquí su batalla dentro, y fuera lo mejor que puedan, salga el capitán Aldana.

ALDANA.
¡Ah, discreto y santísimo Felipe,
Qué bien pronosticabas esta guerra!
¡Triste de aquel que della participe!
¡Mas muera yo! ¡Santiago, cierra, cierra!

Váyase y salga el Prior.

ANTONIO.
Si es justo que á la muerte me anticipe,
Y bañe aquesta vil bárbara tierra
De mi sangre, ó más justo que cautivo
Quede, en infamia de los hombres, vivo.....
Mas ¿no es éste Eduardo?

Sale Eduardo, sangriento.

EDUARDO.
¡Antonio!
ANTONIO.
¡Hermano!
EDUARDO.
¿Sabéis lo que hizo el Rey viendo que el Moro
Nuestro pequeño ejército cristiano
Cercó con tal ventaja? Al Dios que adoro
Alzó la espada en la robusta mano,
Y como suele agarrochado toro,
Entró, rompiendo la cruel canalla,
Por medio del rigor de la batalla.
Tres caballos le han muerto, y el postrero
Le han llevado á morir.
ANTONIO.
¡Terrible caso!
¡Ay, mi Rey y señor! ¡Seguirle quiero!

Váyanse y salga el Rey.

SEBASTIÁN.
Ya no puedo mover el débil paso.
Mas ¿cómo no? ¡Detente, moro fiero!
Fáltame fuerza, y de furor me abraso.
¿Yo no soy Sebastián? Si es que estas flechas
Por el nombre vinieron tan derechas,
Entro á morir. ¡Valedme, Virgen pura!
¡Por Cristo muero y por su fe!

Salen Hamet por una parte y Solimán por la otra.

HAMET.
No creo
Que puede tu salud estar segura
Mejor que en este célebre trofeo.
¡Victoria, gran señor!
SOLIMÁN.
Tente.
HAMET.
Procura,
Para que gane albricias tu deseo,
Decir al gran señor que hemos vencido.
SOLIMÁN.
Dame esos pies.
HAMET.
¿Qué dices?
SOLIMÁN.
Los pies pido.

Moros dentro.

¡Rey Hamet! ¡Rey Hamet!
SOLIMÁN.
¿Oyes aquello?
HAMET.
¿Murió mi hermano?
SOLIMÁN.
Sí.
HAMET.
Ya todos llegan.

Salgan los que puedan.

MOROS.
Deja que ciñan perlas tu cabello.
SOLIMÁN.
Ya la bandera como á rey te entregan.
HAMET.
Dejadme ved al Rey.
SOLIMÁN.
¿Para qué es vello?
Conténtese de ver que no le niegan
Los cielos la victoria en la otra vida.
HAMET.
Verdad dijiste, Fátima querida.
TODOS.
¡Rey Hamet, Hamet Rey, viva!

ACTO SEGUNDO.

Sale el alcaide Almanzor, y Albacarín, ya viejo.

ALMANZOR.
¡Sea Albacarín venido
Muchas veces norabuena!
ALBACARÍN.
Con verte, Alcaide, lo ha sido;
Que harto en África se suena

La gloria de tu apellido.
En fin, ¿te hallas con cristianos?

ALMANZOR.

Sirvo á Muley Jeque.

ALBACARÍN.

Has hecho
Como hidalgo.

ALMANZOR.

Los tiranos
Gozan su reino á despecho
De los nobles africanos.
Debiera Jeque reinar.

ALBACARÍN.

Y pienso que habrá lugar;
Que no vengo en balde aquí.
¿Está ya muy hombre?

ALMANZOR.

Sí;
Puede el mundo gobernar.

ALBACARÍN.

Desde aquella gran batalla
En que el sucesor de Abdalla
Y el Rey portugués perdieron
Las vidas, y donde hicieron
Lo que el tiempo injusto calla,
No le he visto.

ALMANZOR.

¿Ha muchos años?

ALBACARÍN.

Doce el Príncipe tenía.

ALMANZOR.

En medio de tantos daños,
El que en los propios vivía,
Entró en los reinos extraños;
Vino á España en protección
Del rey Felipe.

ALBACARÍN.

¡Gran mal!
¿Trata de su pretensión?

ALMANZOR.

Dió á Felipe Portugal
La debida posesión,
Y allí el Jeque se crió;
Después, como ves, volvió,
Y vive en la Andalucía.

ALBACARÍN.

Esta fué mi tierra.

ALMANZOR.

Y mía.

ALBACARÍN.

Yo soy della Alcaide.

ALMANZOR.

Y yo.

ALBACARÍN.

¿Es Andújar buen lugar?

ALMANZOR.

Bueno, alegre y deleitoso.

ALBACARÍN.

Muy bien os debéis hallar.

ALMANZOR.

El Príncipe es generoso,
De todos se deja amar.

ALBACARÍN.

¿Tiene buen talle?

ALMANZOR.

Extremado,
Porque es bien proporcionado,
Y muestra en su gravedad
Una real majestad
Y es de mil gracias dotado.
Tañe con mucho primor,
Canta como gran señor,
Danza y baila á la cristiana.

ALBACARÍN.

Esa condición humana
Es el donaire mayor.

ALMANZOR.

Parece con maravilla,
Cuando á caballo se pone,
Que nació en la misma silla,
Aunque en esto me perdone
Jerez, Córdoba y Sevilla.

ALBACARÍN.

¿Qué casa tiene?

ALMANZOR.

Cien moros.

ALBACARÍN.

¿Y moras?

ALMANZOR.

Veinte.

ALBACARÍN.

¿El gastar?

ALMANZOR.

Grande, á tener mil tesoros.

ALBACARÍN.

¿En qué se huelga?

ALMANZOR.

En cazar
Y en ver cómo lidian toros.

ALBACARÍN.

¿Trae guarda?

ALMANZOR.

De alabarderos.

ALBACARÍN.

¡Ah, tiempos cuán lisonjeros
Con este mancebo os vi!

ALMANZOR.

Como eso llevan tras sí,
Corriendo siempre ligeros.
Él se ha levantado ya.

Sale el Jeque, ya hombre, y Zayde, criado.

JEQUE.

Qué, ¿Albacarín es venido?

ALBACARÍN.

Á tus pies, señor, está.

JEQUE.

No te hubiera conocido
Sin nombre.

ALBACARÍN.

Esos pies me da.

JEQUE.
Viejo estás ya.
ALBACARÍN.
Y tú muy hombre.
ALMANZOR.
Efectos del tiempo son.
ALBACARÍN.
No hay, señor, por qué te asombre;
Trueca la disposición,
Pero no obscurece el nombre.
Al que es niño, mozo hace;
Al mozo, hombre; al hombre, viejo;
Al viejo, en tierra deshace;
No hay libro como el espejo,
Desde que la vida nace.
Contento recibo en verte;
Lágrimas bañan mi cara,
Con memoria de la muerte
Del Rey tu padre.
JEQUE.
Bastara
Verme para enternecerte;
Días ha que no nos vemos.
ALBACARÍN.
Desde aquella gran batalla,
Que es tan justo que lloremos.
JEQUE.
¿Cómo el África se halla?
ALBACARÍN.
Haciendo por verte extremos;
Y gloriosa de que pudo
Vencer á España.
JEQUE.
¿Vencer?
Eso del África dudo;
Antes debiera tener
Su fama un silencio mudo:
Cien mil vencer quince mil,
Parece victoria vil.
ALBACARÍN.
Si tu padre y Sebastián,
Uno fuerte capitán,
Y otro mancebo gentil,
Llegaran con gente igual,
De la una y de otra ley,
Hoy, con aplauso inmortal,
Gozara Fez de su Rey,
Y á Sebastián Portugal.
JEQUE.
Como tan niño quedé,
Nunca bien supe ó leí
Cómo la batalla fué.
ALBACARÍN.
¿Quiéresla saber de mí?
JEQUE.
¡Pues no!
ALBACARÍN.
Escúchame.
JEQUE.
Sí haré.
ALBACARÍN.
Con setenta mil caballos
Y con veinte mil infantes,
Dellos moros de Granada,
Y dellos moros alarbes,
Maluco, Rey de Marruecos,
De Fez y de Tarudante,
Espera que Sebastián
Saque su gente de Tánger.
Pasa el cristiano famoso,
Más que dichoso arrogante,
Á quien no pudo Filipo
Desta empresa desvialle,
Quince mil hombres el Luco,
Que con humildes cristales
Paga al mar debido censo,
Creciendo con sus embates.
Osarino Raguseo
Llevaba el cargo importante
De fuertes arcabuceros,
Con jacerinas y alfanjes;
Doalí con los andaluces,
Y con los varios linajes
De renegados, Mahamet
Faba, capitán notable;
Muza lo era de su guarda,
Que Reduán Aben-Zayde
Quedó por Gobernador
En los reinos que tú sabes,
Luego que tu padre ilustre
Puso en alto su estandarte,
Porque acudiesen á él
Los que él tuvo por leales.
Y se vió que con el miedo
No hay solo un hombre que pase;
Tal era del rey Maluco
La guarda y cuidado grande.
Á Sebastián persuadió
Que la batalla excusasen;
Que quince mil á cien mil
Eran campos desiguales.
Mas el intrépido mozo,
Como peña que el mar bate,
Dijo: «Jarife, aunque muera
Pienso pasar adelante.»
Y así, su campo pequeño
Divide el Rey en tres partes:
La primera en otras tres,
Porque mejor se ordenase.
Portugueses ventureros
Llevan el medio, y la parte
Siniestra, los castellanos;
La diestra, los alemanes;
Los aventureros quiso
Que Álvaro Pérez llevase;
Aguilar, los de Castilla,
Aunque pocos, importantes;
Los tudescos, guarnecidos
De italïanos infantes,
Lleva el señor de Tamberge,
Con los soldados de Tánger

Que con Hércules de Pisa
Guardaban del mar la margen
Cuando tú, con cien caballos,
Llegaste á verle una tarde.
Los del escuadrón de en medio,
Miguel de Noroña trae
Con don Vasco de Silveira,
Que quiere que le acompañe;
Tabora, del escuadrón
Tercero tiene la llave,
Que quiso que Diego López
De Arcila el paso guardase;
De escopeteros dos mangas
Coronaban las tres partes,
Con trescientos mosqueteros
Para que mejor le guarden;
Luego la caballería
En triángulo se abre,
De mil y quinientos hombres
Que á setenta mil combaten.
Diéronle la parte diestra
A don Jorge de Alencastre,
Duque de Avero: en la otra
Estaba el real estandarte.
Al Embajador del Rey,
Don Juan de Silva, hombre grave,
Con el Duque de Barcelos,
Este mismo puesto cabe.
Docientos caballos iban
Tras éstos, de los que saben
La tierra, y llaman fronteros,
Y luego tu heroico padre
Con pocos moros; que, en fin,
Pocos se atreven á darle
Las armas, como le dieron
Un tiempo las voluntades.
Así marcha Sebastián,
Siguiéndole los bagajes.
Hizo el Maluco una luna,
Y no de gente menguante,
Porque puso en cada cuerno
Diez mil caballos alarbes,
De suerte, que al tiempo cuando
Los dos quisieron juntarse,
La retaguarda cristiana
Tocaban los de adelante;
Y con ser, como lo ves,
Este número tan grande,
Que no es razón que la envidia
Mal en sus hazañas hable,
Tres veces rompen los moros,
Y las enseñas reales
Les ganan los portugueses
Con valor incomparable.
Huye tres veces el Moro,
Y yo vi que iba en su alcance
Eduardo de Meneses,
La espada teñida en sangre.
Y aun pienso que por ponerse
A detener los cobardes
El fuerte Muley Maluco,
Fué causa de desmayarse,
Porque estaba ya á la muerte,
Y murió en el mismo instante;
Pero poniendo un muchacho
Que junto á su cuerpo hablase,
Encubierto en la litera,
Fué la batalla adelante;
Que si no, Sebastián vence,
Y tu padre, en los adarves
De Fez su bandera pone,
Que es más que la fuerza el arte.
Al fin, la gran multitud,
Que como granizo cae,
Venció, y no por el valor,
Que no es razón que os alabe.
Murió el Duque, murió Aldana,
Capitán de insignes partes,
Que en las armas y las letras
Dicen que es justo alabarle.
Prendieron á don Antonio
Y otros hombres principales.
Púsose á caballo el Rey,
Como otro Carlos de Gante,
Y despreciando la vida,
Para no venir á darse,
Por los moros va más fiero
Que pintan armado á Marte.
No le espanta á Sebastián
Que tres caballos le maten;
Entra, rompe, hiere, mata,
Corta, derriba, deshace;
Pero es uno y son cien mil.
Muere Sebastián, y tráenle
Muerto al nuevo Rey, un Rey
Más famoso que Alejandre.
Corriendo con las banderas,
Hace que su nombre ensalcen
Donde pensé oir el tuyo
Si fuera Alá favorable.
Ahogóse tu padre, ¡ay triste!
Que quiere el hado que pase,
Al crecer el Mucaceno,
Las aguas humildes antes.
Esta fué la gran tragedia
Que no es bien que el Moro ensalce;
Antes, al gran Portugués
Es bien que la frente enrame;
Que aunque fuera más cordura
Haber tomado Alarache,
No se le puede negar
El corazón indomable.
Conque por sí mismo es justo
Que otro Scipïón le llamen,
Que si Dios da las victorias,
El mismo las causas sabe.

JEQUE.

El alma me suspendiste.

ALBACARÍN.

Pues no he tocado en la guerra,
Aunque la guerra me oiste.
Todo lo que triste encierra

Excusé por verte triste;
Fuera de que larga historia,
Quiere larga relación.

JEQUE.

Bien tengo yo en la memoria,
Albacarín, la ocasión
Desa trágica victoria.

ALBACARÍN.

Fué notable la batalla,
Porque tres Reyes murieron.
Mil cosas la fama calla
Que los cristianos hicieron
Y los amigos de Audalla.
Tudescos y castellanos,
Todos murieron vendiendo
Sus vidas con propias manos.

JEQUE.

De oir que venzan me ofendo
Esos injustos tiranos.
Vete, Alcaide, á descansar,
Y vente á comer conmigo.

ALBACARÍN.

Tu hechura quieres honrar.

JEQUE.

Fuiste de mi padre amigo.
Hazle, Almanzor, regalar.

ALBACARÍN.

Voy con él.

ALMANZOR.

Alá te guarde.

Váyanse Almanzor y Albacarín.

ZAYDE.

¿Qué has de hacer aquesta tarde?

JEQUE.

Zayde, ¿á qué efecto se ha hecho,
Aunque ya lo que es sospecho,
De tanto cristiano alarde?

ZAYDE.

¿No has oído desta ermita
De la que llaman bendita
Los cristianos, y aun los moros,
Tan rica de mil tesoros
Que le ofrecen?

JEQUE.

Quita, quita.
¿Eso es?

ZAYDE.

De la Cabeza
Llaman aquesta María,
Que es Virgen de gran belleza;
Y en toda el Andalucía,
Adornada de riqueza,
Preséntanle varios dones;
Traen tiendas y pabellones
Á aquel campo los cristianos,
Y en las tiendas y en las manos
Levantan ricos pendones.

JEQUE.

Deja, Zayde, disparates.

ZAYDE.

Respondo á lo que preguntas,
Porque otra vez que esto trates
Sepas lo que son las juntas.

JEQUE.

Cálzame unos acicates.

ZAYDE.

Pues ¿has mandado ensillar?

JEQUE.

¿El overo negros cabos?

ZAYDE.

Agora le van á herrar
Muy despacio los esclavos.

JEQUE.

Haz el castaño sacar.

Dentro grita de un carro, guitarras y sonajas.

¿Qué grita es ésa?

ZAYDE.

¿No ves
Que es un carro desta fiesta?

JEQUE.

¿Tan gran regocijo es?

ZAYDE.

Que todo el mundo se apresta.

JEQUE.

Bullendo me están los pies.

Relinchen dentro y canten luego:

Á la Virgen bella
Rosas y flores,
De Jaén y Andújar
Los labradores.

Tornen á relinchar y diga el carretero:

CARRETERO.

¡Arre aquí, que se adelanta!
¡Arre, mula de la hermosa!

JEQUE.

No canta mal.

CARRETERO.

Muy bien canta.

JEQUE.

¡Bravo carro!

ZAYDE.

¡Linda cosa!

JEQUE.

Lo que se alegran me espanta.

ZAYDE.

Es una gran devoción.

JEQUE.

¿Son pretales ésos?

ZAYDE.

Son
Cascabeles de las mulas.
Mal el placer disimulas.

JEQUE.

Es ésta mi inclinación.

Holgarme quisiera allá,
Pero seré muy notado;
Lo que te pido me da,
Saldré á la plaza ó al prado.

ZAYDE.

Verás la gente que va.

JEQUE.

¿Quién con el Alcaide viene?

ZAYDE.

Tres moros.

JEQUE.

¡Buen talle tiene!
Yo le conocí bien mozo.

ZAYDE.

Muérese, en verte, de gozo,
Y admirado se detiene;
Hame dicho que, á pesar
Del África, has de reinar
En Marruecos.

JEQUE.

Á placer,
Zayde amigo, vendrá á ser,
Si Alá me diere lugar.

Dentro:

UNO.

Por acá vamos mejor.

OTRO.

Por acá la gente va.

JEQUE.

¿Qué toca aquel atambor?

ZAYDE.

Alguna danza será,
Que va á la ermita, señor.

JEQUE.

¿Danzas también?

ZAYDE.

Es braveza.

Salen tres damas con rebozos, capotillas y sombreros.

DAMA 1.ª

Á fe, que le hemos de ver.

DAMA 2.ª

Desde aquí la fiesta empieza.

JEQUE.

¿Qué es esto?

ZAYDE.

Deben de ser.
Las que van á la Cabeza.

DAMA 3.ª

Mujeres somos.

JEQUE.

Ya os veo.
¿Sois de Andújar?

DAMA 1.ª

No, en verdad.

JEQUE.

¿Á qué venís?

DAMA 2.ª

Con deseo
De veros.

JEQUE.

Entrad, entrad.

DAMA 3.ª

Buen talle tiene.

DAMA 1.ª

No es feo.
¿No sois el Príncipe, vos,
De Marruecos?

JEQUE.

Soy el mismo.

DAMA 1.ª

Que este hombre ¡válame Dios!
Se va por su pie al abismo.

JEQUE.

Oid. Iremos los dos.

DAMA 1.ª

No me asgáis, que ser podía
Llevarme tras vos.

JEQUE.

Querría,
Adonde fuere, llevar
Un ángel.

DAMA 1.ª

¡Que sabe hablar!
¿Hay tal cosa, hermana mía?

JEQUE.

Hablo bien, ó razonable,
En mi lengua, aunque es notable,
Y en ésta caigo en mil menguas;
Pero entrad: troquemos lenguas,
Para que en la vuestra os hable.

DAMA 2.ª

¡Guarte, Inés, que sabe mucho!
¿Has visto cuál respondió?

JEQUE.

Zayde, en mil sospechas lucho.

ZAYDE.

No las toques.

JEQUE.

¿Cómo no?

DAMA 1.ª

¿Tocar? ¿Qué es eso que escucho?

JEQUE.

Pues ¿á qué entrastes acá?

DAMA 1.ª

Á veros.

JEQUE.

¿Por qué?

DAMA 1.ª

Esta tierra,
Llena de la fama está
Que vuestro valor encierra.

JEQUE.

En fin: ¿me habéis visto ya?

DAMA 1.ª

Un hombre sois.

JEQUE.

No recelo

Que soy más.

DAMA 1.ª

Así os hallamos.

JEQUE.

Ya por saber me desvelo
Lo que pensastes.

DAMA 1.ª

Pensamos
Que érades de terciopelo.

JEQUE.

Podrá ser que os lo parezca
Tratado: llegad, tocad.

DAMA 1.ª

¿Tan blando sois?

JEQUE.

Que merezca
Por vuestra curiosidad
Que esta merced se me ofrezca,
Está muy puesto en razón.

DAMA 1.ª

Sois de tierra en que hay leones,
Y debéis de ser león.

JEQUE.

Si imito sus condiciones,
Tendré noble condición.

DAMA 2.ª

No sabemos nada della.

JEQUE.

Como es de real corona,
Á los bravos atropella,
Á los humildes perdona,
Y á los tiranos degüella.

DAMA 1.ª

¿Por qué no habéis castigado
Á aquellos que os han quitado
Vuestro reino?

JEQUE.

Porque el cielo,
De los imperios del suelo
Tiene el Consejo de Estado;
Y así, pone y quita leyes,
Muda coronas y reyes,
Que del Imperio africano
Pudiera serlo un cristiano,
Como el Jarife y Muleyes.
Murió el fuerte Sebastián
Con la más lucida gente
Que ha tenido capitán.

DAMA 3.ª

En fin: ¿por vuestro pariente
Tan grandes reinos están?

JEQUE.

Él los tiene, y yo en España
Vivo confuso.

DAMA 1.ª

¿Tendréis
Ésta como tierra extraña?

JEQUE.

Antes madre, como veis,
Que me cría y me acompaña.
Hijo suyo me llamad;
Que si África me dió el sér,
España me dió la edad.

DAMA 1.ª

¡Qué bien el agradecer
Confirma la majestad!
Conquistad el reino agora,
Y llevaréis tres soldados.

JEQUE.

Yo os lo agradezco, señora;
Ni fuéramos engañados
Si es el sol como el aurora.
Que como en las ocasiones
Ha vencido la hermosura
Mil Hércules y Sansones,
Vencer la vuestra asegura
Los africanos leones.
Gentil guerra haré con ellas:
Mas bueno fuera el valor
Que se iguala á las estrellas,
Á matar hombres de amor
Con amazonas tan bellas.

DAMA 1.ª

Antes fuérades tenido
En mucho, si África ha sido
De mujeres tan amiga
Cuanto vuestra ley lo diga,
Pues tiene ciento un marido.

JEQUE.

De mi ley no os digo nada,
Porque no hay disputa en ella;
Pero una mujer airada
Es una pintura bella
Con una lengua de espada.
Y como sola se ve,
Tiene debajo del pie
Al hombre más principal;
Y así, es bien que este animal
Entre otros muchos esté.
Que viendo tantas al lado,
Porque el marido la escoja,
Está humilde, muestra agrado,
Ni da voces, ni se enoja,
Ni hay celos, ni tiene enfado.
Acá vivís los cristianos
Sujetos á las mujeres,
Que son terribles tiranos,
Comprando vuestros placeres
Con toda el alma en las manos.
Allá, si aquélla se enfada,
Elijo la que me ruega;
Si ésta acaso está enojada,
Otra á mis brazos se allega,
Que por humildad me agrada.
¿Veis cómo es gloria en el suelo?

DAMA 1.ª

Antes mayor confusión,
Mayor pena y desconsuelo;
Dejando aparte que son
Esas leyes contra el cielo.
Paz decís que habéis tenido,
Y es que queréis disfrazar

Vuestro vicioso sentido,
Porque mal puede durar
Un reino tan dividido.
¿Qué confusión como ver
La envidia de dos mujeres?
Ó ¿qué amor puede tener,
En tan prestados placeres,
Una celosa mujer?
Amor no es más de costumbre
Y hábito de verse dos;
Entre tanta muchedumbre,
Dormirá una vez con vos,
Y mil tendréis pesadumbre,
Y al fin, donde hay poco trato
Es muy cierto el poco amor;
Si allá queréis tan barato
De la mujer el favor,
Es pagar con pecho ingrato.
Y al fin no es amor, que es vicio;
Acá, la ley española
Da de política indicio
En solo amor y en fe sola,
Que es del hombre el digno oficio.
Con esta justa lealtad,
Con esta sola amistad,
Merece el hombre el amor
De la mujer; en rigor,
De una eterna voluntad.
Allá, ni seréis queridos,
Ni con lealtad estimados,
Porque, los gustos perdidos,
Se emplearán en los criados
Á falta de los maridos.

JEQUE.

¿No ves tú que hay guardas grandes?

DAMA I.ª

Y esas guardas, ¿no son hombres?

JEQUE.

Cuando á tanto te desmandes,
¿No ves que son medios hombres?

DAMA I.ª

También hay verano en Flandes;
Que no hay hielo sin calor,
Ni con hambre mal sustento.

JEQUE.

Son feos por tal rigor,
Que helarán un pensamiento
Lleno de fuego de amor.

DAMA I.ª

Si él está de fuego lleno,
No hallará el hielo vacío;
Ni por eso los condeno,
Que más quiero un feo si es mío,
Que un hermoso si es ajeno.

JEQUE.

¿No ves que tienen cortadas
Narices, bocas y orejas?

DAMA I.ª

¡Qué leyes tan desdichadas,
Guardar humildes ovejas
Con fieras ensangrentadas!
¡Bien haya la ley cristiana!
Al fin, es ley verdadera,
Justa, santa y soberana;
Que vuestra ley africana
Toda es locura y quimera.
¿Yo diz que tengo de ver
Á mi marido acostado
En brazos de otra mujer?
Buscaré un hombre pintado,
Si vivo no puede ser.
¡Mal fuego me queme, amén,
Si fuera mujer de bien!
Falte guarda, falte amigo,
Ofenderéle conmigo
Cuando no tenga con quién.
Vamos, que he tomado enojo,
Con los moros, temerario.

JEQUE.

¿Tanto desdén?

DAMA I.ª

No me arrojo
Menos cuando es necesario.

JEQUE.

Tené, cumplíme un antojo.

DAMA I.ª

¿De qué?

JEQUE.

De que quiero ver
La cara de una mujer
Que á mi cuenta es muy honrada;
Que yo tengo por culpada
La que no sabe querer.

DAMA I.ª

Veisme aquí.

JEQUE.

Hermosa, por cierto.

DAMA I.ª

Nuestra gente pasa: adiós.

JEQUE.

¿Sois casada?

DAMA I.ª

Anda el concierto.

JEQUE.

¿Queréis que vaya tras vos?

DAMA I.ª

Nunca naveguéis sin puerto,
Nunca entréis donde se entienda
Que puerta ó pared ataja,
Corráis caballo sin rienda,
Riñáis sin mucha ventaja,
Ni deis dineros sin prenda.
Vos sois moro, yo cristiana;
Vos príncipe, yo villana;
No riñáis, corráis, ni entréis,
Ni naveguéis, ni prestéis
Donde es la esperanza vana.

Váyanse las tres.

ZAYDE.

Fuése.

JEQUE.
¿Hay, Zayde, tal mujer?
ZAYDE.
¡Qué gran pico!
JEQUE.
¡Bachiller!
Espuelas pone á la fiesta.
ZAYDE.
Pues habrá dos mil como ésta.
JEQUE.
La fiesta deseo ver.
ZAYDE.
¿Cómo podrás?
JEQUE.
Disfrazado
De cristiano, y rebozado;
Que no seré conocido
Entre el confuso rüido.
ZAYDE.
Bien irás.
JEQUE.
Iré extremado.
Quiero hacer burla y reir
Desta ley de los cristianos.
ZAYDE.
Mil damas suelen venir
De los pueblos comarcanos.
JEQUE.
Haz que me den de vestir;
Que á hacer burla dellos voy,
Y á ver qué imagen es ésta.
ZAYDE.
Todo Andújar parte hoy.
JEQUE.
¡Brava grita!
ZAYDE.
¡Extraña fiesta!
JEQUE.
Alegra, á fe de quien soy.

Salgan, con gran fiesta, á armar una tienda, mujeres y hombres con guitarras y adufes, bailando como se usa en Andalucía en la fiesta de la Virgen de la Cabeza.

Canten:

Virgen pura, estrella,
Norte de la mar,
Llevadme á la orilla,
Que me voy á anegar.
Pues hecha de soles
La cabeza es
Desta Virgen santa,
Y estrellas sus pies.
Rayos de sus ojos,
Norte de la mar,
Llevadme á la orilla,
Que me voy á anegar.

Salen Leonardo, Celia, Hernando y Luis.

LEONARDO.
Bien está puesta la tienda.
LUIS.
Asiéntese el rancho aquí.
CELIA.
Guardó Hernando la merienda.
HERNANDO.
Y ¿cómo?
LUIS.
¿Hay qué beber?
HERNANDO.
Sí.
LUIS.
Pues echa, y nunca se venda.

Siéntense á merendar y beber. Otro por otra parte con la misma música á plantar otra tienda enfrente, y diga una mujer:

Canten.

La Virgen de la Cabeza,

Respondan todos:

¡Quién como ella!

Salen Placidio, una mujer y Francelio.

MUJER.
Hizo gloria aquesta tierra.
TODOS.
¡Quién como ella!
MUJER.
Tiene la frente de perlas.
TODOS.
¡Quién como ella!
MUJER.
Y de oro fino las hebras.
TODOS.
¡Quién como ella!
MUJER.
Parió, quedando doncella.
TODOS.
¡Quién como ella!
MUJER.
Sana cuantos van á vella.
TODOS.
¡Quién como ella!
MUJER.
Da salud á los que enferman.
TODOS.
¡Quién como ella!
MUJER.
Vista al ciego, al mudo lengua.
TODOS.
¡Quién como ella!
La Virgen de la Cabeza,
¡Quién como ella!
PLACIDIO.
¿Está ya la tienda armada?
FRANCELIO.
Bien podéis entrar.
MUJER.
Enfrente

Tenemos otra.

Siéntense.

PLACIDIO.

Es de honrada
Gente.

FRANCELIO.

Y ¿de dónde es la gente?

PLACIDIO.

Es del reino de Granada.

FRANCELIO.

¿No querrán vuesas mercedes
Que los brinde desde aquí?

Los de la otra parte:

LEONARDO.

¿Por qué, mi rey?

PLACIDIO.

Bien les puedes
Decir lo del alfaquí

LEONARDO.

Antes me hacéis mil mercedes,
Pues Abenabó y Ardón
Bebieron vino.

LUIS

Judío,
¿Ya no sabe que ésos son
Su mismo padre y su tío?

PLACIDIO.

¡Por Dios, que tiene razón!
Pero brindis con aquésta.

Alce una bota.

LUIS.

Yo le respondo con ésta.

Alce otra el otro.

CELIA.

Diga, ¿es ella de Jaén,
Señora doña sartén?

MUJER.

¡Oiga, la galga compuesta!
¿Á quién le pidió prestado
El vestidillo y sombrero?
¡Por vida del muy quemado
De su abuelo el buñolero!

CELIA.

Manjar blanco de pescado,
¿Tú osas hablar?

MUJER.

¿No puedo,
Señora Maritrapillos?

LUIS.

Todo el mundo se esté quedo.

CELIA.

Sacaréle los carrillos,
Así Dios guarde á Quevedo.

LUIS.

Ya tengo dicho que estemos
Quedos.

CELIA.

¿Qué hablan los lebrones?

PLACIDIO.

Que nos brinden.

LEONARDO.

Eso haremos.

Sale un suplicacionero.

SUPLICACIONERO.

¿Hay á las suplicaciones?

LEONARDO.

¿Traéis naipes?

SUPLICACIONERO.

Sí.

LEONARDO.

Juguemos.

Siéntense á jugar, y sale Alonso, villano, en un pollino.

¡Arre!..... ¡Ofrezco á Bercebú
El ama que te crió!
¡Que siempre en ¡arre! y en ¡so!
Hemos de andar tú por tú!
¡Oh, mal torzón que te dé!
Ved cuál baja la cabeza.....
¡Arre!..... En lo llano tropieza.....
¡Mal clavo le pase el pie!
Á fe, que si hacia el lugar
Do está la burra de Esteban,
Desde las viñas le llevan,
Que no sabe tropezar;
Mas como le voy llevando
Á cosas de devoción,
Viene desta condición
Y entre dientes murmurando.
Pues todo lo entiendo bien;
No me tengo de apear,
Que hoy suelen bestias hurtar
Como en la feria de Jaén.
¡Oh, hela aquí! Vuesa ermita,
¡Voto al sol que es rica pieza,
Oh Virgen de la Cabeza!

Salen tres ladrones.

LADRÓN 1.°

¿Qué dices?

LADRÓN 2.°

Que se le quita.

LADRÓN 3.°

Llega tú por ese lado;
Ya descincho, soliviad.

Descínchale el asno, y los otros le van levantando con la albarda en peso.

ALONSO.

Virgen, buen año mos dad

En la vega y en el prado,
No con mucha agua, que enfrasca
El pan el mucho llover;
Y ablandadme á mi mujer,
Que es temeraria tarasca;
Estemos como dos parras.....

LADRÓN 3.°
¡Quedito, no le alborotes!

Váyale sacando el asno por debajo.

ALONSO.
Que no me deja bigotes
En echándome las garras.

Siéntenle en la albarda en el suelo, llevándose el asno.

LADRÓN 3.°
Tirad con él por ahí.

LADRÓN 2.°
¡Hurto famoso!

LADRÓN 1.°
¡Extremado!

ALONSO.
Quiérome ir, que ya he rezado.

Váyanse.

¡Arre, pues; arre, arre aquí!
Sin duda que se ha dormido.
¡Ved qué paciencia ha de haber!
¡Ofrézcote á Llocifer!
¿Borracho, tienes sentido?
¡Arre!..... Es picar á los lados
Como dormir en Zamora.
¡Oh, prega á Nuestra Señora
Que te hundas siete estados!
Quedo: ¡ay, triste, y las orejas
Del burro no están aquí!
¡Á buen tiempo le ofrecí!
¡Hola, prieto! ¿Así me dejas?
No hay cabeza ya tampoco.....
Á ver la cola: ¡ay de mí!
Hundióse el burro; yo fuí
La culpa; yo estaba loco.
¡Muestra un poco de la cola,
Siquiera por mi consuelo,
Burro mío! ¡Abrióse el suelo!
¿Qué haré de la albarda sola?
¡Jubón de mi amado burro,
Con vos consolarme quiero!
¡Ay, mi amado compañero,
Hoy me degüello, hoy me aburro!
¡Oh burro, en mil varios casos
Mi compadre y compañía!
¿Qué burra se le ponía
Delante á cuarenta pasos?
¿Qué os faltó, burro alazán,
Qué os faltó? Hablar solamente;
Y aun pienso que era pariente
De la burra de Balaam.
No me serán las jornadas
Agora, sin vos, pequeñas.
¡Ay dulces, ay borriqueñas
Prendas, por mi mal halladas!

Salen los de las tiendas.

LUIS.
¡Vive Dios, que es un fullero!

SUPLICACIONERO.
Tráteme bien.

LUIS.
Pues, borracho,
¿Él á mí?

LEONARDO.
¡Suelta, gabacho!

SUPLICACIONERO.
¿Qué es soltar?

LEONARDO.
Vuelve el dinero.

SUPLICACIONERO.
¡Aquí del Rey!

LUIS.
Vaya al Rollo
De Écija.

SUPLICACIONERO.
Un poco esperad.

LEONARDO.
Más quisiera la mitad
De un buen salmón.

LUIS.
Yo de un sollo.

Salen un maestro de esgrima y un muchacho.

MAESTRO.
Asienta ese juego ahí,
Y dénos Dios buena mano.

PLACIDIO.
¿Quién es aquél?

FRANCELIO.
Un paisano
Maestro de armas.

PLACIDIO.
¿Juegas?

FRANCELIO.
Sí.

PLACIDIO.
Derramarán valentía
Los de Córdoba.

FRANCELIO.
Son bravos.

PLACIDIO.
Que no se me da dos clavos,
Tan presto llega la mía.
Beso las de vuesarced.

MAESTRO.
¡Oh mi Rey, oh mis señores!
Jueguen.

FRANCELIO.
Hoy hay labradores

Tiesos como una pared.

MAESTRO.

Bien han jugado allí arriba
Unos de Baza, por cierto.

FRANCELIO.

¿Dejáronlo?

MAESTRO.

Maese Alberto
Tuvo la culpa, así viva;
Que jugó allí un cortesano,
Y no con poco primor,
Y dió en no hacerle favor
Hasta que metieron mano.

PLACIDIO.

¿Hiriéronle?

MAESTRO.

¡Por Dios vivo
Que se defendió muy bien!
¡Vergüenza es que así se estén
Las espadas!

FRANCELIO.

Ya derribo
La capa, y la negra tomo.

SUPLICACIONERO.

Allí hay juego.

LEONARDO.

Allá me llego.
¿Vos no jugáis?

PLACIDIO.

Poco juego.

FRANCELIO.

Mala guarnición y pomo.

MAESTRO.

Enderezad.

FRANCELIO.

Eso hago.

Esgriman Francelio y Placidio.

MAESTRO.

Pues ¡ea, en nombre de Dios!
Quedo, amigos son los dos;
Dese término me pago.
Otra va: bien; asentad,
¡Por mi vida!

PLACIDIO.

Aquésta sola.

MAESTRO.

¡Vaya, cólera española!

Salen dos bravos.

BRAVO 1.°

Asentó.

BRAVO 2.°

La hoja tomad.

Haga temerarias posturas.

LUIS.

¡Braveza trae este mozo!

LEONARDO.

Es de Écija, y diestro.

MAESTRO.

Bien.
Señálense, y no se den.

LUIS.

¿Cómo ha nombre?

LEONARDO.

Juan del Pozo.

MAESTRO.

Tener digo; bien está;
¡Ea, pues, blanda la mano!
Asiente, ó juegue más llano.

BRAVO 1.°

Vaya ésta sola.

MAESTRO.

Ésta va.

Dense recio.

¡Fuera, téngase!

BRAVO 2.°

Es mal juego.

LEONARDO.

¡Miente!

BRAVO 1.°

¡Oh perro!

LEONARDO.

Paz, señores.

Alboroten el juego.

BRAVO 2.°

¡Aquí de Écija!

PLACIDIO.

¡Habladores,
Aquí de Jaén!

BRAVO 1.°

¡Ea, Diego!

Váyanse con este alboroto, y salga el Jeque en hábito de cristiano, con Zayde y un fraile victoriano.

JEQUE.

En fin, que me conoció.

VICTORIANO.

Vuestra Alteza, Dios le guarde,
Es muy conocido.

JEQUE.

Y yo
Quise llamarle esta tarde,
Cuando á la iglesia llegó.

VICTORIANO.

¿Qué le parece á Su Alteza
Desta fiesta?

JEQUE.

Que es notable
Su concurso y su grandeza.

VICTORIANO.

Es en España admirable
La Virgen de la Cabeza.

De las cuatro señaladas
Es esta imagen, que son
Con mil causas veneradas,
Creciendo la devoción
Sus maravillas sagradas.

JEQUE.

¿Quién son?

VICTORIANO.

La de Montserrate,
Que está junto á Barcelona,
No hay lengua que no desate,
Vista que no dé, ó persona
Cautiva que no rescate.
El Pilar de Zaragoza,
Por gran privilegio goza
Ser cámara angelical.
Guadalupe es celestial.

JEQUE.

Contóme el padre Mendoza
Mil cosas della.

VICTORIANO.

Es tan bella,
Que no podrá decir nada,
Por mucho que diga della.

JEQUE.

Montserrate está apartada,
Pero muchos van á vella.

VICTORIANO.

Allí enterrarse quería
Don Juan de Austria.

JEQUE.

¿Murió en Flandes?

VICTORIANO.

Murió en Bruges.

JEQUE.

No podría.

VICTORIANO.

Tuvo mil deseos grandes
De ser mártir.

JEQUE.

Berbería
Le temió y le amó.

VICTORIANO.

En efeto,
Yo doy el cuarto lugar
Á esta imagen.

JEQUE.

Yo os prometo
Que no acabo de admirar
Lo que he visto.

VICTORIANO.

Sois discreto,
Y así procedéis, señor.

JEQUE.

Mas imágenes he oído
Que hay con devoción menor.

VICTORIANO.

Los milagros, causa han sido
De ser menor ó mayor:
Hay en la Peña de Francia,
De Salamanca distancia
De una jornada, una hermosa
Imagen, que como rosa
Da en aquel monte fragancia.
El Sagrario de Toledo
Tiene una imagen divina
Que encarecella no puedo,
Porque es la misma cortina
De Dios.

JEQUE.

¡Admirado quedo!

VICTORIANO.

La Virgen de San Clemente
Gozan en Valladolid,
Y una imagen excelente
De Atocha adora Madrid,
Que un ángel sus glorias cuente.
Éstos hicieron la bella
De los Reyes de Sevilla,
Que no hay sol, que no hay estrella,
Que la humana maravilla
Pueda comparar con ella.
No te puedo referir
Las muchas que hay.

JEQUE.

Dime, padre,
Pues todos soléis decir
Que de vuestro Dios es madre,
¿En qué puede diferir
Aquesta imagen de aquélla?

VICTORIANO.

En que quiere Dios por ella
Hacer milagros mayores,
Que no porque son menores.

JEQUE.

Y esto, ¿cómo cabe en ella?

VICTORIANO.

Porque muchas dellas son
Del tiempo que destruisteis
Nuestra cristiana nación
En España, cuando hicistes
Á Muza español Nerón.
Enterraban los cristianos
Estos bultos soberanos
Por los montes; que temían
Que en sus reliquias pondrían
Aquellas bárbaras manos;
Que eso mismo hacen agora
Los ingleses que han dejado
Nuestra fe, que España adora:
Por mil veces se han vengado
Desta celestial Señora.
Como ya después tenían
Los cristianos, con mil guerras,
Las tierras que antes perdían,
En montes de varias tierras
Las imágenes se vían.

JEQUE.

Pues ¿quién las sacaba?

VICTORIANO.

El cielo
Las mostraba á los pastores,

Dueños de aquel verde suelo.
JEQUE.
Los reyes, ¿no eran mejores
Si era cristiano su celo?
VICTORIANO.
No, que acá, á los pequeñitos
Revela Dios sus secretos
Y misterios infinitos,
Para diversos efetos
En nuestros libros escritos.
Luego que Cristo nació,
Un ángel lo descubrió
Á los pastores también;
De la torre de Belén
Después los Reyes llamó.
JEQUE.
De suerte, que más valdría
En aquesta vuestra ley,
Ser pastor que rey.
VICTORIANO.
No haría:
Que siendo buen rey, tendría
Más grados de gloria el rey;
Pero tú no entenderás
Lo que es esto.
JEQUE.
Dime agora,
¿Á quién los milagros das,
Á la imagen que se adora
Ó á la Virgen, pues es más?
VICTORIANO.
La imagen, ¿qué puede hacer,
Siendo sola semejanza?
JEQUE.
Pues ¿cómo se ha de entender?
VICTORIANO.
Que por devoción se alcanza
De Dios, que tiene el poder.
JEQUE.
Luego ¿no lo hace María?
VICTORIANO.
No, que Dios obra por ella;
Que como sólo Dios cría,
Sólo Dios obra.
JEQUE.
En fin, ¿della
Se alcanza?
VICTORIANO.
Por ella envía
Dios mil socorros al hombre;
Que aunque de Dios hombre es madre,
Le da al hombre el mismo nombre.
JEQUE.
No es corto argumento, padre,
Para que el hombre se asombre,
Ver en un monte que tiene
Cuatro leguas en su falda,
Que de la gente que viene
Se corone esta guirnalda
Que nuestra vista detiene.
VICTORIANO.
De toda la Andalucía
Viene gran gente este día,
Primer domingo de Abril.
JEQUE.
¡Bello ejército!
VICTORIANO.
¡Gentil!
JEQUE.
¡Grandeza, por vida mía!
¿Será ya la procesión?
VICTORIANO.
Presto, mi señor, será.
JEQUE.
Estas tiendas, ¿de quién son?
VICTORIANO.
De los pueblos á quien da
La Virgen más devoción.
JEQUE.
¿Qué son estos estandartes?
VICTORIANO.
Repártese en varias partes
La procesión.
JEQUE.
¿De qué modo
Este hermoso cuerpo todo
En estas partes repartes?
VICTORIANO.
Andújar, donde tú estás,
Tiene aquí gran preeminencia.
JEQUE.
¿Por qué?
VICTORIANO.
Porque tiene más
Parte de aquesta excelencia
De obra que mirando vas.
Pensó tener su ciudad
La imagen, y fabricaba
Casa de gran majestad,
Mas luego se les tornaba
Á su antigua soledad.
Y aquí se ha labrado ansí;
Éstos sacan de su altar
La imagen, y desde aquí
La recibe otro lugar,
Y éste la lleva hasta allí.
¿Ves estas cruces?
JEQUE.
Muy bien.
VICTORIANO.
Estas las distancias son
De la suerte que se ven
La lleva la procesión,
Y se divide también.
Hace mil veces en ella
Milagros la Virgen bella,
Más que el monte tiene ramas.
JEQUE.
Con justa causa la llamas
Sol, luna, rosa y estrella.
Á burlarme aquí venía,

Y hele cobrado afición.

VICTORIANO.

Dios parece que te guía.

CARPIO.

Ya baja la procesión.

JEQUE.

¡Muy hermosa sois, María!

Tocándose campanas y chirimías, venga por un palenque, si le hubiere, ó si no por una puerta del vestuario y éntre por la otra, la procesión, con velas y labradoras, y detrás las andas en que vaya la Virgen: llevarán algunos estandartes, y una danza de gitanos ó zapateadores.

VICTORIANO.

¿Qué te parece?

JEQUE.

Muy bien.

VICTORIANO.

¡Bella imagen!

JEQUE.

¿Es María?

VICTORIANO.

¿No es gran razón que la den
Mil riquezas este día?

JEQUE.

Y dos mil almas también.

VICTORIANO.

¿Qué dices?

JEQUE.

No sé qué digo.

VICTORIANO.

¿Qué tienes?

JEQUE.

No estoy muy bueno;
Vente, mi padre, conmigo.

VICTORIANO.

Monte de milagros lleno,
Vuestras sendas santas sigo.
¿Qué tenéis, Príncipe noble?

JEQUE.

No sé, padre.

ZAYDE.

¿Qué es aquesto?

VICTORIANO.

¡Señor, haced que se doble,
Si está á ser palma dispuesto,
El corazón de este roble!

ZAYDE.

Pues ¿no me dirás lo que es?

JEQUE.

Zayde, veráslo después:
¡Terrible accidente empieza!

VICTORIANO.

¡Oh Virgen de la Cabeza,
Poned un Rey á esos pies!

ACTO TERCERO.

Salen Almanzor y Axa, esclava mora.

ALMANZOR.

Harás que me vuelva loco.

AXA.

Esto dice, esto porfía.

ALMANZOR.

¿Cómo que invoca á María?

AXA.

Yo sé que te he dicho poco.

ALMANZOR.

Sin duda es el frenesí
De la calentura ardiente.

AXA.

Que nace de otro accidente
Tengo, Almanzor, para mí.

ALMANZOR.

Axa, no me digas tal.

AXA.

Él trata hacerse cristiano.

ALMANZOR.

¡Por todo Alá soberano,
Que arrojo fuego infernal!
¿Cristiano el Jeque?

AXA.

No sé;
Él tiene este pensamiento;
Que el darle este mal violento
Por algún misterio fué.

ALMANZOR.

Todas, Axa, son quimeras
Nacidas del mucho ardor.

AXA.

Míralo bien, Almanzor,
Que pienso que va de veras.

ALMANZOR.

¡Sangre de Mahoma! ¿Había
De tomar cristiana ley
El nieto del mayor Rey
Que ha tenido Berbería?
¿Sabes, Axa, quién fué Audalla,
Padre del Rey mi señor,
Sus hazañas, su valor
En la paz y en la batalla?
No tienen lenguas mil famas,
No tienen las aves plumas,
Aunque hiciesen breves sumas,
Ni hay en mil laureles ramas
Para adornar sus trofeos,
Pues del padre que perdió,
De África el nombre pasó
Hasta los montes Rifeos.
¡Válame Alá! ¡Qué sería
Que naciese desta fiesta

De Andújar cosa como ésta!

AXA.

Todo su tema es María;
Que como los que están locos
Dan en algo, así da el Jeque
En María.

ALMANZOR.

¡Alá le trueque!

Sale Zayde, ya de moro.

ZAYDE.

Ya son los remedios pocos,
Pues son tantos los consejos.

ALMANZOR.

Zayde.....

ZAYDE.

Todo va perdido;
Haz cuenta que se han rompido
De África los dos espejos.

ALMANZOR.

Pues ¿qué dice?

ZAYDE.

Que es cristiano.

ALMANZOR.

¡Válame Alá!

AXA.

No lo entiendo.

ALMANZOR.

¿Quién está con él?

ZAYDE.

Oyendo
Está al fraile victoriano,
Que le ha enviado á llamar.

ALMANZOR.

¿Por qué entrar le habéis dejado?

ZAYDE.

Porque está muy congojado,
Y así puede descansar.

ALMANZOR.

¡Muriérase, que es mejor!

AXA.

¡Ay, Alcaide, el Jeque viva!

ALMANZOR.

Antes que esa ley reciba,
Le llore muerto Almanzor.

AXA.

Si él está determinado,
No es medio intentar su fin.

ZAYDE.

Aquí viene Albacarín

Sale Albacarín.

ALBACARÍN.

¡Á muy buen tiempo he llegado!
Nunca de África viniera,
Nunca de Tánger pasara,
Nunca Alá verme dejara
La portuguesa ribera;
Nunca en el Andalucía
Hubiera yo puesto el pie.

ALMANZOR.

¿Qué dice, Alcaide?

ALBACARÍN.

No sé;
Mas basta decir María.

ALMANZOR.

¿Ello es hecho?

ALBACARÍN.

Para mí
Tengo que ha de ser cristiano.

AXA.

Dau viene.

ALMANZOR.

Dau hermano.....

Sale Dau, moro.

DAU.

¿Para qué estamos aquí?

ALMANZOR.

¿Cómo?

DAU.

Ya es cristiano el Jeque.

ALMANZOR.

¿Eso dices?

DAU.

Esto veo.

ALMANZOR.

No lo creas, que no creo
Que en tan fiero crimen peque.

DAU.

Acá está el Corregidor;
Jácome también está,
El de Cárdenas, que ya
Ni hay Zayde ni hay Almanzor.

ALMANZOR.

El Corregidor, ¿á qué?

DAU.

Á Filipo escribir quiere.

ALMANZOR.

Sin duda que le refiere
Que quiere el Jeque su fe.

ALBACARÍN.

Anda que como está enfermo,
Sólo vendrá á visitalle.

DAU.

¿Cómo es eso? En escuchalle
Debe de ser que me duermo.
Muy presto le llevarán
De Cárdenas á la casa.

ZAYDE.

Pues si él désta á aquélla pasa,
Cristiano le volverán.
Ahora bien, dése un decreto
De lo que se debe hacer.

ALMANZOR.

No esté presente mujer,
Que nunca guardó secreto.
Axa, vete norabuena.

AXA.

¡Oh, cómo os cansáis en vano!

Si el Jeque ha de ser cristiano,
El cielo todo lo ordena:
Pues mirad cómo podréis
Resistir á todo el cielo.

Váyase Axa.

ALBACARÍN.
Córtale la lengua.

DAU.
Un hielo.
Me cubre.

ZAYDE.
Pues bien: ¿qué hacéis?

ALMANZOR.
Vivir el Jeque cristiano
Es terrible afrenta nuestra;
Que lo será, ya se muestra,
Y que es impedirlo en vano.
Si cuando pudo reinar,
Y, vuelto al África, ser
Tan gran señor, que en poder
Mandara la tierra y mar,
Se queda humilde en España,
Pobre, cristiano y sujeto,
Ya no es la lealtad de efeto;
Nueva ley su sangre extraña.
Salimos del juramento;
Moros somos, y él cristiano;
Luego el argumento es llano;
Y también es argumento;
Que no tiene al reino acción;
Pues para que muera moro
Y que no pierda el decoro
De su sangre y su nación,
Matarle agora es hacer
Un gran servicio á Alá.
¿Qué decís?

ALBACARÍN.
Que eso será
Remedio.

ZAYDE.
Y ¿cómo ha de ser?

ALMANZOR.
Darémosle una bebida,
Diciendo que es cordïal,
Y sin duda, de su mal
Es medicina escogida:
En ésta echaré veneno.

Salen el Corregidor y Jácome de Cárdenas.

DAU.
¡Quedo, que el Corregidor
Sale!

CORREGIDOR.
El milagro es mayor,
De esas circunstancias lleno.

JÁCOME.
Yo, señor, no pongo duda
De que esto milagro sea.

CORREGIDOR.
Pues ¿quién habrá que no crea
Una verdad tan desnuda?
Ir un hombre por burlar,
Y venir con tantas veras,
No son cosas tan ligeras;
Dios sólo las puede obrar.
Su santo dedo anda aquí
Y su espíritu divino.

JÁCOME.
¡Por qué notable camino
Le quiere Dios para sí!
Holgara Su Majestad
Destas nuevas grandemente.

CORREGIDOR.
Como coluna excelente
De religión y piedad,
Cosas extrañas se ven
En tiempo del gran Filipo.

JÁCOME.
Que de su edad participo,
Lo tengo yo por mi bien.

CORREGIDOR.
¡Qué de santos ya pasados
Canonizan, y en su edad
Viven por la cristiandad
Con tal fama venerados!
¡Qué de reliquias se hallan
En Granada y otras tierras,
Santos despojos de guerras
En que mártires batallan!
San Julián y San Segundo
Tienen gran veneración;
Raimundo y Jacinto son,
Con Diego, soles del mundo.
Edifícanse mil templos;
Y este Príncipe africano
No es, en volverse cristiano,
De los menores ejemplos.

JÁCOME.
Dios le amaba, pues le trujo
De perder reinos del suelo,
Para darle los del cielo,
Y aquí, á Andújar, le retrujo,
Para que la Virgen bella
Fuese el medio por quien fuese
Tan suyo, que no pudiese
Perderse con tal estrella.
Los moros están aquí;
Mala cara nos han hecho.

CORREGIDOR.
Trasladan en ella el pecho.
Vamos.

Váyanse el Corregidor y Jácome de Cárdenas.

ALMANZOR.
¿Fuéronse ya?

DAU.
Sí.

ALMANZOR.
Pues no dudéis, que conviene

Dar prisa á la ejecución.

ALBACARÍN.

Matarle es justa razón.

ZAYDE.

Muera moro.

DAU.

El Jeque viene.

ALMANZOR.

Yo lo voy á prevenir.

ALBACARÍN.

Aquí esperamos; camina.

Salen el Jeque y el victoriano.

VICTORIANO.

Dios á sí mismo te inclina.

JEQUE.

Á Dios deseo seguir.

VICTORIANO.

Siéntese aquí Vuestra Alteza,
Ya que un poco se levanta.

JEQUE.

La calentura no es tanta.
Pero es grande la flaqueza.
Padre, siéntese conmigo.

Siéntense en dos sillas.

En fin, dicen que pecó
Adán, y que Dios le dió
La muerte en justo castigo,
Y que la satisfacción
Sólo el Hijo hacer podía,
Que fué el que encarnó en María
Para nuestra redención.

VICTORIANO.

Á quien eso entiende así,
Luz del cielo alumbra el alma.

JEQUE.

Espero gozar la palma
Del fruto santo que vi.

VICTORIANO.

Digo, en fin, que derramó
El Príncipe de la luz,
Cristo, su sangre en la cruz,
En que las culpas lavó;
Abrió el cielo para el hombre,
Y los que allí le creyeron,
Á diversas partes fueron
Á predicar su fe y nombre;
Murieron, en fin, por ella
Sus Apóstoles benditos
Y mártires infinitos,
Con que se confirma y sella.

JEQUE.

¿Qué es la hostia?

VICTORIANO.

El Cuerpo mismo
De Cristo, que se quedó
Allí para el hombre, y dió
Fin á su amoroso abismo;
Porque no puede llegar
El amor á mayor nombre,
Que darse á sí mismo un hombre,
Que hombre y Dios se pudo dar.
Está Cristo vivo allí,
Y así en aquel blanco pan,
Cuerpo y sangre y alma están.

JEQUE.

Pues cómo baja me di.

VICTORIANO.

Yo, que sacerdote soy,
Con las palabras sagradas
Del mismo Cristo ordenadas,
Cuando en el altar estoy,
Le bajo del cielo al suelo.

JEQUE.

Quiérome echar á tus pies.

VICTORIANO.

Álzate, señor.

DAU.

¿No ves
Lo que pasa?

JEQUE.

Adoro al cielo;
Que si Cristo viene á ti,
Cielo de mi Cristo eres.

VICTORIANO.

En fin, ¿le adoras y quieres?

JEQUE.

Sí, padre, mil veces sí.

ALBACARÍN.

¿Quién hay que tenga paciencia
Para tolerar, Daú,
Tanto mal?

JEQUE.

En fin, ¿que tú
Tienes esa preeminencia?

VICTORIANO.

Y la de absolver también
Los pecados confesados,
Fuera de los reservados
Al Papa, que es bien lo estén.
El Papa es el sucesor
De Pedro, y Pedro de Cristo.

JEQUE.

Padre, mil cosas he visto
En sueños.

VICTORIANO.

Mira, señor,
Que es el Ángel de la Guarda,
Que cuelga en tu fantasía
La hermosa tapicería
Del cielo que darte aguarda.
Dos mil historias sagradas
Te mostrará en sus pinturas,
Con las divinas figuras
De sol y estrellas bordadas;
Verás á las tres personas,
Y un Dios en tu entendimiento,
Que es el más alto aposento
De todas las altas zonas;

Verás los ángeles puros
Que están acá en otras salas,
Con cuyas colores y alas
Son los diamantes obscuros.
En el retrete del Padre
Verás la Virgen María,
Que fué tu divina guía,
Que es nuestra piadosa Madre.
En las salas de acá fuera,
De mártires mil historias,
Con las palmas de sus glorias
En aquella eterna esfera.
Mil Vírgenes, Confesores,
Pontífices y Profetas,
Mil almas santas, perfetas,
Ceñidas de lauro y flores.
De aquestas tapicerías
Tendrás agora tu idea
Llena. ¡Plega á Dios que vea
Tu alma, al fin de tus días,
La verdad destos retratos,
Que es Casa de Austria del cielo!

JEQUE.

Mucho en oir me consuelo
Tus palabras.

VICTORIANO.

Los ingratos
Ángeles que hoy te decía,
Perdieron todo este bien
Por no conocer á quien
Los crió aquel mismo día.
Nosotros ocuparemos
Sus sillas, y tú tendrás
La de otro reino, y verás
Lo que hay en tales extremos

DAU.

Estoy por llegar allí
Y atravesarle aquel pecho.

Sale Almanzor con una capilla, salva y paño.

ALMANZOR.

Ya vengo.

ALBACARÍN.

Tú harás un hecho
Famoso.

JEQUE.

¿Quién está aquí?

ZAYDE.

Es el alcaide Almanzor,
Que te trae una bebida
Que te puede dar la vida.

ALMANZOR.

Yo soy, Príncipe y señor.

JEQUE.

¡Oh amigo!

ALMANZOR.

Si yo pudiera
Hacer de mi sangre y vida
Quinta esencia, que, bebida,
Príncipe, salud te diera,
No dudes de que en el fuego
La pusiera á destilar.

JEQUE.

¿Qué es esto?

ALMANZOR.

Piedra bezar,
Que hemos pedido á don Diego,
Jacinto, coral y oro,
Que así tomado, potable,
Hará eterno y perdurable
Tu nombre africano y moro.
No tendrás necesidad
De que el médico cristiano
En el pulso de tu mano
Conozca tu enfermedad;
Que está hecho con primor
Y con deseo de verte
Libre del mal de la muerte.

JEQUE.

¡Oh buen alcaide Almanzor!
¿Quién pudiera, como tú,
Hacer aquesto por mí?
¿Tomarélo, padre?

VICTORIANO.

Sí;
Mas di primero ¡Jesú!

Salga el médico y ponga la mano en el brazo de Jeque.

JEQUE.

¡Jesú!

MÉDICO.

Tenga Vuestra Alteza.
¿Qué es aquesto que le han dado?

ALMANZOR.

Este médico ha enviado
La imagen de la Cabeza:
Perdidos somos, Daú.

JEQUE.

¡Oh señor doctor, bebía
Esta bebida, y decía
Para beberla, ¡Jesú!

MÉDICO.

¿Quién se la da, y de qué es hecha?

JEQUE.

De jacinto, oro y bezar.

MÉDICO.

Pues ésa no ha de tomar.

JEQUE.

¿Por qué?

MÉDICO.

Por cierta sospecha;
Que, pues que Jesú decía,
Y yo llegué y lo estorbé,
Jesús quiere que le dé
La vida que aquí perdía.
Todos los moros se han ido;
No quiera mayor señal;
Y yo veo en el cristal
Que está el veneno escondido.

Déme Su Alteza licencia,
Que con algún animal,
Deste veneno mortal
Haré muy presto experiencia.

Váyase el médico con la copa.

VICTORIANO.
Algún ángel le ha traído.
JEQUE.
Sin duda me daban muerte
Por no verme desta suerte
Sin la ley en que he nacido.
¡Oh padre, pues Dios me guarda,
Para sí me quiere!
VICTORIANO.
El cielo
Favorece el santo celo
Con que ser cristiano aguarda.
Véngase á echar Vuestra Alteza;
Que de aquesta alteración
Ha mostrado el corazón
En el pulso la flaqueza.
JEQUE.
Algo será menester:
Perros, ¿así me matáis?
VICTORIANO.
Virgen, pues Vos le libráis,
Vos le debéis de querer.

Vanse.

Salen el Corregidor, Jácome de Cárdenas, D. Diego, D. Luis y D. Juan.

DIEGO.
Vuesa merced procede con prudencia
Y hace á Su Majestad un gran servicio
Y á toda la república cristiana.
JUAN.
Por lo que de afición me debe el Príncipe
Me holgaré que esto tenga buen suceso.
LUIS.
Si no se saca de entre aquesta gente,
No se podrá salir con este intento.
CORREGIDOR.
Ya dice el señor Jácome de Cárdenas
Que le aposentará en su casa.
JÁCOME.
Digo
Que ya le tengo aparejado un cuarto,
No como para rey, y rey cristiano,
Pero como ha podido un caballero
Con pura voluntad de honrado amigo.
CORREGIDOR.
Por él entremos; mas sin gente y armas,
No me parece que saldrá seguro,
Pues, en efecto, aquí viven cien moros
Que están desesperados del suceso,
Y temo que querrán perder las vidas,
Aunque yo he prevenido cierto bando.

LUIS.
¿Es ésta caja?
CORREGIDOR.
Sí.
DIEGO.
Pues alto: entremos.

Váyanse, y salga una caja, y un alguacil y gente.

ALGUACIL.
Aquí toca.
CAJA.
Aquí digo.
ALGUACIL.
Pues comienza.
CAJA.

«Manda el señor Corregidor que ninguno de los moros de servicio, alcaides ni caballeros que están en casa del señor Muley Jeque, Jarife, Príncipe de Fez y Marruecos, sea osado á tomar armas ni resistirle, pena de la vida.»

ALGUACIL.
Toca y vamos.
CAJA.
Andújar se alborota.
ALGUACIL.
Es el caso muy nuevo, pues cristiano
Quiere volverse un Príncipe africano.

Váyanse, y salgan Albacarín, Almanzor, Zayde, Dau, Axa y Fátima, moros, y ellos vengan con alabardas y escopetas, y otros que puedan.

ALBACARÍN.
Paréceme que mires lo que intentas.
ALMANZOR.
Pues ¿qué dijo el pregón?
ALBACARÍN.
Temo que dijo
Que todo Andújar se pusiese en armas.
ALMANZOR.
Luego ¿soldados vienen?
ALBACARÍN.
Eso creo.
FÁTIMA.
Mira, ¡por Dios! Alcaide, lo que intentas,
Mira que si cristiano el Jeque ha dicho
Que quiere ser, no ha sido este propósito
Accidente del mal, sino pensado
Con determinación de muchos días.
ALBACARÍN.
Pues ¿no es mejor morir?
AXA.
Cuando es sin fruto,
¿De qué sirve, Almanzor, perder la vida?
Haz ya ¡por Dios! lo que te ruega Fátima.
ALMANZOR.
Axa, ¿como podré? Toda la casa
Se pone en arma, hasta los propios mozos
Que limpian los caballos y que asisten

En la cocina.

Sale Zulemilla, moro gracioso, armado, con tres ó cuatro moros picarillos.

ZULEMILLA.

¡Afora dego, afora!

AXA.

Tente, Zulema.

ZULEMILLA.

¿Qué es tenemus? Dego
Que no se ha de volver grestiano el Jeque.
¡Joro á Dios.....

FÁTIMA.

¿Tú no miras, Zulemilla,
Que vienen á sacarle mil soldados?

ZULEMILLA.

¿Qué es mil soldados para mí? Ni aun treinta
Tememus, si venilde como estamus.

ZAYDE.

No hagas alboroto.

ZULEMILLA.

Vos hacelde,
Que yo estar bon soldado, é no queremus
Que el cristianilio me llevar me amo.
¡Arre allá vos tampoco!

DAU.

No presumo
Que hacer este alboroto es acertado,
Hasta saber mejor en lo que para.
Pongámonos delante, que ya sale;
Que si no le enternece nuestra vista,
Después intentaremos otra cosa.

Salen el Corregidor, el fraile, el Jeque y los caballeros y el médico.

CORREGIDOR.

Allí, señor, os serviremos todos.

JÁCOME.

Yo que os fuí tan amigo en otro tiempo,
Mejor lo seré agora.

JEQUE.

Yo agradezco
Esa merced, y á todos, caballeros,
Beso las manos por aquesta honra.

DIEGO.

La honra es nuestra: aquí está vuestra gente.

JEQUE.

No los quiero mirar, que ya la mía
Sois vosotros, señores.

VICTORIANO.

¡Qué bien habla!
Vamos presto de aquí.

JEQUE.

Desde que dije,
Señores, que dejar quería mi casa,
He sentido salud.

VICTORIANO.

¡Milagro extraño!
Yo espero en Dios que os la he de dar entera.

JEQUE.

Él quiera que en su fe cristiana muera.

Váyanse acompañándole, y advierto que siempre va de moro el Jeque.

ZULEMILLA.

Agora no pegalde.

ALMANZOR.

Qué, ¿es posible
Que tuvo, amigos, corazón el Jeque
Para dejarnos desta suerte á todos?
No tengo corazón, sale á los ojos
En lágrimas deshecho.

ALBACARÍN.

Yo te sigo,
Y al África me parto.

FÁTIMA.

Aunque de piedra
Fuera el Jeque, siquiera nos volviera
El rostro tantos años respetado.

AXA.

Vamos, Fátima, que éste al fin es hombre.

ZAYDE.

¿Dónde hallaré para mi mal consuelo?
Vamos, Daú.

DAU.

Yo voy á acompañarte
En el dolor y en la desdicha.

Váyanse todos.

ZULEMILLA.

Todos
Se haber andado. ¡Ah, pécaros beliacos!
¡Gobardes, joro á Dios..... Daca, Zolemia,
Esa botilia aquí, que no lo mera
Mahoma.

MULEY.

Toma.

ZULEMILLA.

Estalde de Cazalia;

Empínela y déle.

Algo tenelde bueno los grestianos.
¡Ah, bon hijo de uva, llavar diablo
El poto que hacelde pasa! Andamus
Á librar á me amo. ¡Mahoma, víctor!

Váyanse, y salgan el Corregidor y D. Diego.

CORREGIDOR.

¿Vino el Obispo en efeto?

DIEGO.

Ya el Obispo de Jaén
Vino, avisado también,
Como varón tan discreto,
Del Rey para esta ocasión.

CORREGIDOR.

Importará su presencia,

Su entendimiento y prudencia,
Sus letras y discreción.

DIEGO.

Para negocio tan grave
Es bien que el dueño lo sea,
Y porque el Príncipe vea
Que ya el Rey su intento sabe.

CORREGIDOR.

Y ¿está ya Su Señoría
Con él?

DIEGO.

Ya en cosas de Dios
Están hablando los dos,
Y él muestra grande alegría.
Caso ha sido milagroso,
Que en saliendo de entre moros,
Sin advertir á los lloros
Del triste escuadrón quejoso,
Luego el mal se le quitó,
Y cesó la calentura.

CORREGIDOR.

Tal mano su bien procura,
Tal médico le curó,
Aunque desde un monte yermo
Donde es ciprés, cedro y palma.

DIEGO.

Dando Dios salud al alma,
Nunca deja el cuerpo enfermo,
¿Que manda Su Majestad
Que destos moros se haga?

CORREGIDOR.

Quiere que se satisfaga
Conforme á su calidad:
Al que cristiano se vuelva,
Manda honrar y entretener
En Navarra, hasta saber
A lo que más se resuelva;
Al que no, manda enviar
Al África bien pagado,
Servido y acariciado.

DIEGO.

¿Quiérese alguno quedar?

CORREGIDOR.

No faltan muchos, que amor
Del Príncipe los ha hecho
Creer que éste es su provecho,
Y su seta loco error.
Porque viendo que su dueño
Deja sus vanas quimeras,
Conocen que éstas son veras,
Y lo que ellos tratan, sueño;
Aunque lo más cierto es,
Que es Dios de todo el autor,
Y del Príncipe el amor
Lo que los mueve después.

Sale D. Luis.

LUIS.

Al Obispo en este punto
Llegó de Su Majestad
Un pliego.

CORREGIDOR.

La brevedad,
El piadoso celo junto,
Hacen esta grande hazaña.

LUIS.

Y ésta viene para vos.

CORREGIDOR.

Si por una parte Dios,
Y por otra el Rey de España,
El uno el mayor del cielo,
Y otro en la tierra el mayor,
Muestran al Jeque este amor,
Daránle el cielo y el suelo.

DIEGO.

Grandes debieron de ser
Deste gallardo africano
Los méritos.

CORREGIDOR.

Fuera en vano
Quererle yo engrandecer;
Pero, en fin, la mayor loa
Es recibir nuestra ley.

LUIS.

Leed la carta del Rey.

CORREGIDOR.

Lea.

«Á don Gonzalo de Ulloa.»
Leer quiero para mí
Por si hay algo de secreto.

DIEGO.

¿Él está firme en efeto?

LUIS.

Sí, porque anda el cielo allí.
Demás, que tan gran señor
No emprendiera tan gran cosa,
Sin la constancia forzosa
Á su sangre y real valor.

DIEGO.

¡Por Dios, que es alto argumento
Del valor de nuestra fe,
Que tan gran Príncipe dé,
Con tan firme pensamiento,
Por ella las esperanzas
De un reino, y en la ocasión
Que tuvo en su posesión
Más seguras confianzas!

LUIS.

No hay duda de que rey fuera;
Pero mejor reina ya.

DIEGO.

Sí, porque seguro está
Del reino de Dios que espera.

CORREGIDOR.

Basta, que Su Majestad
Me escribe, señor don Diego,
Que lleve al Príncipe luego.

DIEGO.

Sentirá nuestra ciudad

Verse sin él, que le amaba
En extremo, y ver quisiera
Su bautismo.

CORREGIDOR.

Que aquí fuera,
Mucho esa ciudad honraba;
Pero bautismo tan grave
Y de persona real,
Ha de ser en parte igual.

DIEGO.

¿Sábese ya?

CORREGIDOR.

Ya se sabe.
Mándame Su Majestad
Que hasta El Escorial le lleve,
Que real pompa se debe
Á una persona real.
Será, sin duda, el padrino.

Salen el Jeque, el Obispo de Jaén y Zayde.

El Obispo viene ya.
Ya el señor Príncipe está
Para ponerse en camino;
Á Valdemorillo escribe
Su Majestad parta al punto.

CORREGIDOR.

Allí entiendo que está junto
Lo que ordena y apercibe
Para que le vea Su Alteza.

OBISPO.

Todo se previene allí.

JEQUE.

Su Majestad muestra en mí
Su católica grandeza.

OBISPO.

Yo, señor, querría volver
A Jaén, que ha días que falto;
Ya de un Príncipe tan alto
No hay que dudar ni temer,
Confirma ese entendimiento
Muy bien esta confianza,
Pues ya de nuestra fe alcanza
Á entender el fundamento.
En los principios le dejo
A Vuestra Alteza instruído.

JEQUE.

A Vueseñoría he tenido
Por padre, por luz y espejo.

OBISPO.

Dadme licencia.

JEQUE.

Y á mí.
Esas manos.

OBISPO.

Dios os dé
Su bendición, pues su fe
Os dió.

CORREGIDOR.

¿Partiremos?

JEQUE.

Sí.

Váyase el Obispo.

CORREGIDOR.

Huélgome que Vuestra Alteza
Muestre esa gran voluntad.

JEQUE.

Nuestro camino ordenad
Con la posible presteza,
Señor don Gonzalo, y vamos
Á ver á Su Majestad.

CORREGIDOR.

Hoy saldréis de la ciudad;
Hoy, señor, principio damos
Al primer paso que dais
Para entrar en nuestra fe.

DIEGO.

Aunque bien de todos fué,
Triste la ciudad dejáis;
Que sois de todos amado
Como es razón.

JEQUE.

Yo lo creo:
Conociendo ese deseo,
Por el buen trato pasado
Debo á Andújar grande amor;
Es ciudad de gran nobleza.

LUIS.

Aquí espere Vuestra Alteza
Al señor Corregidor
Y á todos sus servidores
Que le hemos de acompañar.

JEQUE.

¡Gran merced!

CORREGIDOR.

Voy á ordenar
Que partáis.

Váyanse, y queden el Jeque y Zayde.

JEQUE.

Zayde, no llores.

ZAYDE.

Lloro, señor, tu partida,
No lloro tu buen intento,
Pues tengo en mi pensamiento
La misma ley recibida.
Tus alcaides, tus criados,
Tus esclavos, están todos
Refiriendo de mil modos
Los beneficios pasados.
Dicen que ¿dónde hallarán
Un príncipe como tú?
Lloran Almanzor, Daú,
Alí, Selín, Reduán,
Axa, Fátima.....

JEQUE.

No digas
Más esos nombres aquí.

ZAYDE.

Digo que lloran por ti.

JEQUE.

Yo digo que no prosigas:
Llega una silla.

ZAYDE.

Estarás
Cansado destas visitas.

Lléguele una silla.

JEQUE.

Vete, Zayde.

ZAYDE.

¡Ya me quitas
De tus ojos!

JEQUE.

¿No te vas?

Siéntese.

ZAYDE.

Ya, señor, me voy.

Váyase Zayde.

JEQUE.

¡Gran sueño
Me aprieta! ¿Qué puede ser
No me poder defender?
Ya de mi sentido es dueño;
Puede ser que los desvelos
Destas noches causen tal.

Diga durmiendo:

Dios, Rey, Fe, Iglesia, Escurial,
Bautismo, premio, honra, cielos.
Ciego estaba, pues no vi,
Viviendo entre los cristianos,
Que eran los errores vanos
Que injustamente seguí.
¡Oh ley santa y verdadera,
Yo os abrazo, yo os adoro!

Salen dos mujeres, la una la Ley evangélica, y la otra la Seta africana, vestidas á este propósito.

LEY.

¿Tú, villana, á mi decoro,
Siendo tan bárbara y fiera?

SETA.

Tente, evangélica Ley.

LEY.

¡Sal desta casa, villana!

SETA.

Yo soy la Seta africana
En que ha nacido este Rey,
Y puedo vivir aquí.

LEY.

¿Cómo, si ya vive Dios?
Pues estar juntas las dos
Es imposible.

SETA.

Es ansí;
Pero advierte que le quitas
Gran bien, y que no es razón.

LEY.

¿Qué gran bien?

SETA.

La posesión
De riquezas infinitas
Y de un reino que en el mundo
No pienso que tiene igual.

LEY.

Yo le doy el celestial,
Y el gran Filipo segundo
Le dará con qué vivir
Y le honrará el noble pecho
De señal que á tu despecho
Ha de adorar y seguir;
Que después que yo le alisto
En la Ley que el cielo abarca,
Es bien que traiga la marca
De caballero de Cristo.
Y para que se anticipe
Á hacerte mayor estrago,
La cruz será de Santiago,
Y el nombre, de San Felipe.
No te canses, esto es hecho,
Ya sabes tú quién yo soy.

SETA.

¿Tú no ves que yo le doy,
Si tú esa cruz en el pecho,
Una corona en su frente
Que cuatro reinos abraza,
Que si quieres ver su traza,
No es más claro el sol de Oriente?

LEY.

Muéstrala á ver.

SETA.

Vesla allí.

Véanse á un lado, abriendo una cortina, cuatro moros bien vestidos, teniendo una corona tan grande que haya lugar para que entre todos la tengan.

LEY.

¿Son los cuatro reinos éstos?

SETA.

Desos que ves tan compuestos
Gozará el laurel por mí.
Aquél es Fez, Tarudante
Aquél, Marruecos aquél,
Los Montes Claros, por él
Es el que miras delante.
No le quites la esperanza;
Que está cerca de ser rey.

LEY.

Por mi evangélica ley
Mayores reinos alcanza.

Vuelve, injusta, y mira allí
Aquella gloria, aquel cielo.

Éste ha de ser un lienzo pintado de azul y dorado, con algunos rayos de oro, y no figura alguna, y con música: vea en otra parte Cristo de bulto, su Madre al lado, el Padre Eterno en más alto lugar, y una paloma entre los dos, y algunos ángeles.

SETA.
Cubre, Ley divina, el velo;
Cúbrele. ¡Ay, triste, ay de mí!
LEY.
¡Sal de aquí, infame!
SETA.
No puedo
Sufrir tanto resplandor.

Húyase la Seta.

LEY.
Ea, Príncipe, valor,
Que aunque me voy, con vos quedo.

Váyase la Ley evangélica, y despierte desasosegado.

JEQUE.
¡Válgame Dios, pues me guía!
¡Qué extraña imaginación,
Qué diferente visión
Agora entre sueños vía!
¡Qué poco es lo que he perdido
Por lo mucho que he ganado!

Sale el Corregidor.

CORREGIDOR.
Si habéis, señor, descansado,
Ya está todo apercibido.
JEQUE.
¿Podémonos ya partir?
CORREGIDOR.
Pienso que iréis con regalo.
JEQUE.
Vamos, señor don Gonzalo,
Que tengo bien que os decir.
CORREGIDOR.
¿Hay alguna novedad?
JEQUE.
Yo os lo diré.
CORREGIDOR.
¿Cómo ansí?
JEQUE.
Un sueño que, para mí,
Pienso que ha de ser verdad.

Váyanse, y éntre Juan Ruiz de Velasco y un ayuda de cámara.

JUAN.
Gustará de que se adorne,
Su Majestad en extremo.
AYUDA DE CÁMARA.
Tan bien está, que no temo,
Señor, que á mandarlo torne.
Cuélganse ricos doseles,
Y gran plata se ha sacado.
JUAN.
Fío que lo habrás trazado
Con el cuidado que sueles.
AYUDA DE CÁMARA.
El vestido se acabó
Para el Príncipe de Fez.
JUAN.
Su Majestad esta vez
El santo celo mostró
De nuestra fe soberana
Con más piadosa afición.
AYUDA DE CÁMARA.
Es notable la ocasión.
JUAN.
¡Oh gran coluna cristiana!
¡Oh gran Rey, que no se ha visto
Desde Salomón tal Rey!
AYUDA DE CÁMARA.
Procura ensalzar la ley
Evangélica de Cristo:
Ya él tuviera reducidos
Á los Estados de Flandes
Si á sus libertades grandes
Diera seguros oídos;
Pero antepuesta la fe
Á cuanto es bien temporal,
Con sangre y cuidado igual
Pone en sus cuellos el pie.

Sale un criado.

CRIADO.
Su Majestad ha tenido
Nuevas que el Príncipe viene.
JUAN.
Tanto cuidado se tiene,
Que está todo prevenido.
CRIADO.
Los coches están aquí,
Y los criados á punto.
JUAN.
Pues como todo esté junto,
Por lo que me toca á mí
Yo sé que no ha de haber falta.
CRIADO.
¿Sírvese como el Rey mismo
En el dichoso bautismo
De una persona tan alta?
JUAN.
¿Hasle visto alguna vez?
CRIADO.
Sí, señor.
JUAN.
¿Qué señas tiene?
CRIADO.
La majestad que conviene

Para un Príncipe de Fez:
Modesto rostro, y moreno;
De cabello rizo, y alto;
Alegre de ojos, y falto
De barba; fornido y lleno;
Fuerte, ligero y galán;
Á pie y á caballo, airoso;
Llano, humilde y generoso.

JUAN.

Así las nuevas me dan.
¿Dónde le viste?

CRIADO.

En Lisboa.

AYUDA DE CÁMARA.

Ya se suena que ha llegado.

JUAN.

¿De quién viene acompañado?

CRIADO.

De don Gonzalo de Ulloa,
Corregidor de Jaén,
Que de verde cruz se adorna.

AYUDA DE CÁMARA.

Otra vez á sonar torna
El alboroto.

Sale el príncipe Jeque, el Corregidor y gente.

JUAN.

Con bien
Sea venido Vuestra Alteza.

JEQUE.

Vuesa merced bien hallado.

JUAN.

Su Majestad ha ordenado,
Con su ordinaria grandeza,
Que un vestido á la cristiana
Se vista el Príncipe luego.

JEQUE.

Pues á ver su rostro llego,
No fué mi esperanza vana.

JUAN.

Á propósito se ha hecho.

CORREGIDOR.

Éntrese luego á vestir.

JUAN.

Sí, que luego ha de partir.

CORREGIDOR.

¿Dónde?

JUAN.

Al Escurial derecho.

CORREGIDOR.

Pues Vuestra Alteza se vista.

JUAN.

También hallará criados
Cristianos, que están buscados
Conforme nos dió la lista.

CORREGIDOR.

Pues vamos, porque se parta
En vistiéndose. Hasta aquí
Me toca, señor, á mí
La instrucción de aquella carta;
Agora ya sabéis vos
Lo que el Príncipe ha de hacer.

JUAN.

Cuidado podéis perder;
Mas vamos juntos los dos.

Vanse.

Salen Belardo y Gaseno.

GASENO.

Esta grandeza no vistes
Hasta agora.

BELARDO.

Esta real
Máquina del Escurial
No había visto.

GASENO.

¿Vos, nacistes,
Belardo, en Madrid?

BELARDO.

Nací
En Madrid, y confiado
En estar tan cerca, he estado
Sin verla hasta agora, y fuí
Dos mil leguas una vez
Sólo á ver á Ingalaterra.

GASENO.

Lo que está en la propia tierra,
Y de que un hombre es jüez,
No suele dar el deseo
Que lo que está en tierra extraña.

BELARDO.

Ello, fué cobarde hazaña
Y perezoso trofeo.

GASENO.

Parece esa maravilla,
En la que es tan soberana,
La del viejo de Triana
Que no había visto á Sevilla.

BELARDO.

Pues pienso que no viniera
Si del bautismo los ecos
Del Príncipe de Marruecos,
Donde tal vista se espera,
No me movieran los pies.

GASENO.

¿Suénase en Madrid?

BELARDO.

De modo,
Que viniera el pueblo todo
Con el gusto que me ves,
Si entendiera hallar lugar.
Para mí la nueva fué
Tal, que mis libros dejé,
Y carta de marear,
Y vengo á ver la grandeza
Deste acto.

GASENO.

Habrá que escribir.

BELARDO.

Podrá ser, que del oir

Al ver, aunque haya pureza
En la verdad del estilo,
Nunca es la misma verdad.

GASENO.

Ha hecho Su Majestad,
De nuestra fe santo asilo,
Notable demostración
Del gusto que desto tiene,
Viendo que un Rey al fin viene
Hoy á nuestra religión.

BELARDO.

Yo he leído las historias
Destos Jarifes, y estoy,
Gaseno, á fe de quien soy,
Aficionado á sus glorias.
Fueron grandes caballeros,
Fueron notables soldados;
Los imperios conquistados,
Como fueron los primeros,
Tienen para mí valor
Harto más que el heredar.
Mucho querrá al Jeque honrar
Hoy el Rey nuestro señor.

GASENO.

En este sagrado templo,
Del Santo español asado,
El católico Filipo
Espera al Jeque africano;
De blanco viene vestido,
Y también lo está de blanco
El gran Príncipe de España,
Que Dios guarde muchos años.
La señora Infanta ha sido
Madrina, que sobre raso
Pajizo y blanco, descubre
Nuevos tesoros indianos,
Y en la majestad divina
De su rostro, otro sol claro,
Porque siendo Eugenia Clara,
Muestra más claros sus rayos.
Está el Príncipe, aunque niño,
Contento, y yo, en él mirando
El Salomón de David,
Del santo Carlos retrato,
Aquél donde ya se ve
Otro divino Fernando,
Por bien de España nacido,
Y el mayor de reyes tantos.
Su padre invicto es padrino,
Que si no es él, yo no hallo
Igual para la madrina
Desde el Oriente al Ocaso.
Su vestido, humilde, y negro,
Como viudo, y realzando
Esta singular modestia,
La barba y cabello cano.
Lo que es, Belardo, el adorno,
La grandeza y aparato
De fuentes y de doseles,
Mejor es imaginarlo;
Que, pues no tengo tus musas
Para que pueda en un canto
Celebrallo como es justo,
Quiero en silencio pasarlo.
Esta máquina imagina
Llena de señores tantos,
Y que es un Rey el padrino,
Y un Príncipe el bautizado.
Es García de Loaisa
El que de ornamentos sacros
Está vestido, y le quiere
Dar el agua y óleo santo;
El Conde de Fuensalida
Está, aunque viejo, bizarro;
Está el Marqués de Velada
Con el de Denia, gallardo;
El de Orgaz y el de Chinchón,
Con los dos Toledos claros,
Uno Antonio, de cruz blanca,
Y otro de verde, y Fernando,
Con don Cristóbal de Mora,
Y con Juan Ruiz de Velasco,
Los dos don Pedros, que son,
Uno Guzmán, y otro Castro;
Don García de Figueroa,
Dos Córdovas, Diego y Álvaro;
El de Médicis, famoso,
Del Gran Duque noble hermano;
Don Francisco de Ribera,
Que es honra de las del Tajo;
Don Enrique de Guzmán,
Gallardo de vista y trato,
Con don Martín de Alagón.....
Pero perdona, Belardo,
Que viene el Príncipe.

Salgan por una parte el de Marruecos, con gente, vestido de blanco; por otra, el rey Filipo, la Infanta y el Príncipe, y acompañamiento y música.

FILIPO.

Sea
Vuestra Alteza bien llegado.

JEQUE.

Vuestra Majestad me dé
Los pies.

FILIPO.

Aquí están los brazos,
Que á quien tan bien los merece,
Es muy justa cosa darlos.
¿Viene bueno?

JEQUE.

Gran señor,
Nunca más bueno y honrado
Que siendo vasallo vuestro,
Que es decir que soy cristiano.
Vos, gran Príncipe y señor,
Dad los pies á este vasallo,
Y vos, señora, también,
Si es que merezco besarlos;
Que ningún hombre se ha visto
Al punto que yo he llegado,
Que al cielo, al sol y á la luna

Diré que besé las manos.

FILIPO.

Mucho tenemos que hacer;
Ya habrá tiempo en que despacio
Os hablemos.

GASENO.

Ya podréis
Imaginar, gran senado,
Que no se puede mostrar
La grandeza deste acto
Con la dignidad decente,
Ni lo que pasó contaros;
Mas ya todos los sabéis,
Aunque promete Belardo
Referíroslo otro día.

BELARDO.

Sí hago; al bautismo dando
Fin, del Príncipe de Fez,
Por el gran hijo de Carlos.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA
DEL «BAUTISMO DEL PRÍNCIPE DE MARRUECOS».

EL ALCALDE DE ZALAMEA

EL ALCALDE DE ZALAMEA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

El alcalde Pedro Crespo.
Juan Serrano.
El escribano.
El capitán D. Diego.
El capitán D. Juan.
Inés, *dama.*
Leonor, *dama.*
Ginesillo, *muchacho.*
Soldado 1.°
Soldado 2.°
Un alférez.
Galindo, *lacayo.*
Un labrador.
Un tendero.
Un labrador viejo.
Don Lope de Figueroa.
El rey Felipe II.
Bartolo, *gañán.*

JORNADA PRIMERA.

Salen el Alcalde y Ginesillo.

ALCALDE.
Que te pudiste engañar,
Ginesillo.
GINESILLO.
Yo las vi.
ALCALDE.
¿Á entrambas?
GINESILLO.
No hay que dudar:
Digo que hablar las oí.
ALCALDE.
¿Que también las oiste hablar?
GINESILLO.
Sí, por esta cruz.
ALCALDE.
¿Á Inés?
GINESILLO.
¿Es milagro?
ALCALDE.
Mujer es,
Sin madre está; no me espanto:
No cuesta de guardar tanto
Una viña: al fin, Ginés,
¿Tú las viste?
GINESILLO.
Lo que digo
Podrás verlo tú mañana,

Que á mostrártela me obligo
Asomada á la ventana
Del aposento del trigo.
Muchas veces han hablado;
Que viniendo del ganado
Tarde, la otra noche, vi
En la puerta y conocí
En las plumas al soldado.

ALCALDE.

¿Venía solo?

GINESILLO.

Otro venía
Con él.

ALCALDE.

Por Leonor sería;
Que cuando está Inés hablando,
No estará Leonor hilando.
Áspides en casa cría,
En vez de hijos, el padre,
Aunque más recato tiene,
Pues no hay virtud que le cuadre,
Pues cuando él á casa viene,
Halla la casa sin madre.
Sácame al sol una silla,
Hablando bueno en verdad.
¡Ay de aquella edad sencilla!
Agora todo es maldad
En la más pequeña villa.

GINESILLO.

Señor, ¿quiéreste sentar?

ALCALDE.

Pues si en pie hubiera de estar,
Tonto, no te la pidiera;
¡Toda ésta la prisa era
De escribir más que labrar!
Monjas han de ser las dos,
Según dicen. ¡Plegue á Dios
Que den tan honrado vuelo!
Señor, mi cristiano celo,
Si es bueno, lo sabéis vos.
Dejan, si han de ser casadas,
De estar en el pueblo honradas
Con dos maridos iguales (1),
Y buscan soldados tales,
Que las dejen deshonradas.

Salen el escribano y el alguacil.

ESCRIBANO.

Seáis, compadre, bien hallado.

ALCALDE.

¡Qué de buena gente viene
Á honrarme! ¿Hanse publicado
Ya los alcaldes?

SERRANO.

Sí, y tiene
El lugar voto acertado.

ESCRIBANO.

¿En qué se entiende?

ALCALDE.

Ponía
Una esquila á este collar,
Que compré un buey, que á fe mía,
Que hasta ahí pudo llegar;
En otro tiempo valía
Cincuenta ducados; era
De Gil Benítez vendido.

ESCRIBANO.

¿Era el gacho?

ALCALDE.

Sí.

ESCRIBANO.

Pudiera
Ser del Rey.

ALCALDE.

¡Por Dios, pudiera!
Y aun una vacada entera
Gobernalla.

SERRANO.

Dios os dé,
Por lo que lucir se ve
En vos, el bien que desea
Toda junta Zalamea.

ALCALDE.

Con eso pagáis mi fe;
Que, por la fe de cristiano,
Os juro que este lugar
Le vierais emparejar
Con el mejor.

ESCRIBANO.

Ya está llano
Su bien en vos.

ALCALDE.

¿Cómo así?

ESCRIBANO.

Que á lo que he venido aquí,
Por voto de los señores
Amigos y regidores,
Es, Pedro Crespo.....

ALCALDE.

Decí.

ESCRIBANO.

Que os ha hecho el Regimiento
Alcalde de Zalamea.

ALCALDE.

¡Por Dios, que ha errado el intento!
Que Alcalde es bien que lo sea
Un hombre de entendimiento.
Es bien que sepa y repare
El que hubiere de juzgar,
Porque si agravios causare,
Debe en conciencia pagar
Todo lo que mal juzgare.
¿Qué ley justa habrá que ordene
Que por mi ignorancia pene
El pobre? ¡Gentil ganancia!
¿Qué debe él á mi ignorancia
Para que yo le condene?

(1) En la edición de Krenkel este verso precede la anterior.

¡Aun no me sé averiguar
En mi casa, y queréis vos
Que rija todo el lugar!

ESCRIBANO.

Este es servicio de Dios,
Y no habéis de replicar.

ALCALDE.

Compadre, yo no querría
Tener, cuando á serlo venga,
Enemigos algún día,
Que no hay juez que no los tenga.
Dirán, con igual porfía,
Que la vara se procura
Por comer á la postura,
Y que así suele ponella
De modo que pierda en ella,
Quien su caudal aventura;
Que en la carne, vino y pan,
Metiendo la mano están
Regidores y escribano,
Porque él está de su mano,
Con quien á la parte van.

SERRANO.

Pues si es el vulgo, dejalde,
Que de la verdad desdice;
Por vos lo ha de hacer, rogalde.

ALCALDE.

Si es el vulgo quien lo dice,
Dígalo con otro Alcalde.

SERRANO.

De vos hay satisfacción,
Que sois quien el pueblo espera.

ALCALDE.

No querría, en conclusión,
Compadre, que á alguien le diera
Pesadumbre mi elección.

ESCRIBANO.

Al malhechor haréis daño,
Porque sois (y no me engaño)
Propio para Alcalde vos.

ALCALDE.

Pues en el nombre de Dios
Entro á ser Alcalde hogaño.

SERRANO.

¡Qué buen día nos llegó!

ALCALDE.

Dame la capa, muchacho.

ESCRIBANO.

Pues ¿queréis ir fuera?

ALCALDE.

No;
Mas si viene algún despacho,
¿He de estar en cuerpo yo?

ESCRIBANO.

Tomad la vara.

ALCALDE.

Esperad,
Y que es la vara, notad,
El Rey, que mil años viva;
Luego no es bien que reciba
En cuerpo á Su Majestad:
Agora dadme la vara.

ESCRIBANO.

Y con ella el parabién.

ALCALDE.

¡Yo Alcalde! ¡Quién tal pensara!
¡Por Dios, que me asienta bien!

ESCRIBANO.

Compadre, yo ya me holgara
Veros dar una sentencia.

ALCALDE.

Eso tenéis de escribano.

ESCRIBANO.

Yo me holgara en mi conciencia
Veros ya meter la mano.

ALCALDE.

Pues, aunque no es día de audiencia,
Oid, compadre.

ESCRIBANO.

¿Qué mandáis?

ALCALDE.

Por ahí dicen que estáis
Enquillotrado, y tenéis
La dama en casa, y no hacéis
Como cristiano, si andáis
En vida tan suelta y vana.
Compadre, un consejo os doy
Con que la sentencia gana:
Ó echalda de casa hoy,
Ó yo os destierro mañana.

ESCRIBANO.

Conmigo andáis liberal:
¿No sois mi amigo?

ALCALDE.

Y leal
Amigo; pero no amigo
De dilatar el castigo
Si mi amigo vive mal.
Señores, agradecido
Quedo en extremo, y honrado.

ESCRIBANO.

También el lugar lo ha sido,
Pues para honrarse, ha acertado
En haberos elegido.

SERRANO.

Ya sabéis que en el lugar
Sacamos á pasear
Los alcaldes en el día
De su elección.

ALCALDE.

Yo querría
Que se pudiera excusar.

ESCRIBANO.

No, que habéis de irnos honrando.

ALCALDE.

Haré cuanto me mandéis.

Sale un hombre á pedir justicia.

LABRADOR.

¿Hablaréle?

GINESILLO.

En despachando.

ALCALDE.
Compadre, no os olvidéis.....
ESCRIBANO.
¡Vive Dios, que voy temblando!
ALCALDE.
Comamos, que he de salir
Esta tarde muy temprano.
LABRADOR.
¡Oh, qué mal hice en venir
Ahora!
ALCALDE.
¿Qué queréis, hermano?
LABRADOR.
Señor, quisiera pedir
Justicia; porque, señor,
Hago mucha costa aquí.
ALCALDE.
Amigo, hablad sin temor;
Qué habéis menester decí,
Que tendréis todo favor
Como justicia tengáis,
Que, aunque en fiesta la pidáis,
La alcanzaréis.
LABRADOR.
Eso espero:
Señor, yo le dí á un tendero
A guardar.....
ALCALDE.
Ea, no temáis.
LABRADOR.
Díle á guardar (como digo),
Mientras yo me despachaba
(Sí, señor, Dios me es testigo),
Un jarro, y dentro llevaba
Un pañuelo; que conmigo,
Porque no se me cayera,
Aun no me atreví á llevar.
ALCALDE.
Y ¿de qué era el jarro?
LABRADOR.
Era
De plata; díle á guardar,
Porque seguro estuviera,
A un tendero.
ALCALDE.
¿Y el pañuelo?
LABRADOR.
Cincuenta y cuatro ducados
Tenía: vendí un majuelo
Y me los dieron contados
En el mismo pañizuelo
Con el jarro y el dinero.
Venía al lugar por trigo,
Y también compré á un ropero
Para el cura, que es mi amigo,
Un capote y un baquero;
Que al fin, como en Zalamea
Hay feria, hay comodidad
De cuanto el hombre desea;
Mas salióme, á la verdad,
La feria esta vez muy fea.

ALCALDE.
Pues ¿por qué?
LABRADOR.
Porque el tendero
Niega el jarro y el dinero.
ALCALDE.
Buen labrador, quizá juega
Con vos.
LABRADOR.
No, señor, que niega
Más ha de un mes.
ALCALDE.
Pues yo espero
Que os le vuelva.
LABRADOR.
Al otro alcalde
Que dejó la vara, fuí;
Mas ¡pardiez! canséme en balde,
Porque dicen por ahí
Que es su amigo.
ALCALDE.
Andad, llamalde,
Llamadme al tendero aquí;
Prométoos de no comer
Hasta averiguarlo.

Salen las hijas Leonor é Inés.

INÉS.
¿Ansí
Nos dejas, señor..... (1)
Cuando te buscan á ti?
LEONOR.
Luego, porque Alcalde seas,
¿Te olvidas, padre y señor,
De nosotras?
ALCALDE.
¿No deseas,
Como hija, Leonor,
Mi (2) bien?
LEONOR.
En tu vejez veas
Honra y honor en tu casa.
ALCALDE.
¿Cómo podré, si la abrasa
Vuestra loca liviandad?
¡Ay, loca y cansada edad!
¡Por qué de imposibles pasa! (3).

Salen D. Juan y D. Diego, capitán, y Galindo.

DON JUAN.
A saber esta elección,
Primero hubiéramos sido.....
GINESILLO.
¡Ah, señor, aquéstos son!

(1) Verso incompleto.
(2) En el manuscrito de la Biblioteca Nacional, *tu*.
(3) En la edición suelta y en el manuscrito, *pasas*.

DON JUAN.
Los que hubiéramos cumplido
Nuestra grande obligación.

DON DIEGO.
Parece que amor ha hallado
Entrada en nuestros amores.

INÉS.
Todo el calor me ha robado
El verlos.

ALCALDE.
Yo soy, señores,
El que debo ser culpado
En no enviar á ofreceros
Mi persona.

GALINDO.
¡Lindo encuentro!
Ya estaba muerto por veros.

ALCALDE.
Niñas, entraos allá dentro.

GALINDO.
Toma.

LEONOR.
Muestra.

Vanse las dos.

DON JUAN.
Agradeceros
Es razón el trato hidalgo,
Y si podemos en algo
Serviros don Diego y yo,
Lo haremos.

ALCALDE.
Tiempo llegó
En que lo que pueda y valgo
Os ofrezca: los soldados
Que han de estar en Zalamea
Estarán bien alojados,
Con gusto, porque se vea
Que están en el pueblo honrados
De su parte vuesarcedes.

DON DIEGO.
Mándenos, que mil mercedes
Recibimos en tu casa.

ALCALDE.
¡Que tal oigo, que tal pasa!
¡Ah paciencia, y lo que puedes!
Quisiérales suplicar
Que estén los soldados quietos.

DON JUAN.
En eso no hay qué encargar;
Que más que esclavos, sujetos
Han de estar en el lugar.

ALCALDE.
Dígolo porque han venido
Á quejarse á mí.

DON DIEGO.
¿De quién?

ALCALDE.
Hoy las quejas he sabido,
Y si en el caso estoy bien,
Quejas de los dos han sido.

DON DIEGO.
¿De nosotros?

ALCALDE.
Sí, en verdad,
Y son justas las querellas,
Pues vienen con libertad
Á infamar á dos doncellas
De esta honrada vecindad.

DON DIEGO.
Don Juan, si sabe quién son.....

DON JUAN.
¿Hay más nueva confusión?

DON DIEGO.
Alguno que se congracia
Será.

ALCALDE.
No tiene esa gracia.

DON JUAN.
Tenemos buena opinión:
No damos en el lugar
Más pesadumbre que á vos.

ALCALDE.
No den á quejas lugar,
Porque ¡yo les juro á Dios,
Que nos hemos de enojar!

GALINDO.
¡Oh, qué marrajo es el viejo!
¡Vive Dios, que disimula,
Y que corre mi pellejo
Riesgo!

DON DIEGO.
Quejas acumula
Siempre el vulgo sin consejo;
Que como es aborrecido
Un soldado, siempre ha sido
Ó con envidia mirado,
Ó sin razón murmurado.

ALCALDE.
Esta es la queja que ha habido.

DON DIEGO.
Lo que sabemos deciros,
Es que han venido á mentiros.

ALCALDE.
Pues como eso sea verdad
Les prometo mi amistad.

DON JUAN.
Siempre habemos de serviros.

Vanse.

GALINDO.
No quisiera que este Alcalde
Me enviara á pasear
En un asno.

Salen el alguacil y el labrador.

ALGUACIL.
Entrad y hablalde,
Que bien se ha de negociar.

LABRADOR.
Él negociará, dejalde.

Sale Ginesillo.

GINESILLO.

Señor.....

ALCALDE.

¿Qué quieres?

GINESILLO.

Agora
Leyó un papel mi señora
Leonor, y entre los colchones
Le guardó.

ALCALDE.

¿No es de oraciones
El papel? ¡Bien se mejora
Mi casa! Pues, Ginesillo,
¿No me le traerás volando?

GINESILLO.

Más has tardado en decillo:
Yo las iré descuidando
Para cogello.

Vase.

Sale el tendero con Horas y un rosario al cuello.

TENDERO.

Hombrecillo,
¿Qué me quieres?

LABRADOR.

Aquí está
El tendero.

ALCALDE.

Ven acá:
Este buen hombre se queja
De vos; no sé si es la queja
Con razón.

LABRADOR.

Él negará,
Como suele.

ALCALDE.

Hase quejado
De que habiéndole guardado
Vos un jarro.....

TENDERO.

¡Yo!..... ¿De qué?

ALCALDE.

De plata.

TENDERO.

¡Yo!..... ¿Para qué?

ALCALDE.

Dice que lo habéis negado:
¿Cuántos escudos tenía
El pañuelo?

TENDERO.

¿Hay testimonio
Igual?

LABRADOR.

Cincuenta y cuatro había (1).

TENDERO.

¡Líbreme Dios del demonio!

ALCALDE.

Este buen hombre venía
Con el jarro y el dinero
Por trigo: honrado tendero,
No se vuelva sin el trigo

TENDERO.

¿Habla vuesarced conmigo?

LABRADOR.

¡Cómo se finge santero!

TENDERO.

Porque le puedo jurar,
Por la fe de buen cristiano,
Que no le he visto llegar
Á mi puerta: decí, hermano,
Pues ¿yo os había de negar
Vuestra hacienda? ¡Sea loado
El Señor por siempre, amén!

ALCALDE.

Yo os tengo por hombre honrado

LABRADOR.

Yo soy cristiano también,
Y la verdad le he contado,
Señor Alcalde.

ALCALDE.

Y yo os creo,
¡Juro á Dios!

TENDERO.

¡Que yo me veo
Por vos ante la justicia!
No castiguéis su malicia,
Señor, que yo le deseo
Todo bien.

LABRADOR.

¡Buen desear!

ALCALDE.

Mirad si habéis de volvello.

TENDERO.

Pues nos venís á salvar,
Libradme, Señor, de aquello
Que yo no me sé librar.

ALCALDE.

No sé si os librará Dios
Esta vez.

TENDERO.

Ya te entendí:
Satanás, á mí y á vos
Nos tienta, para que aquí
Nos queramos mal los dos.

LABRADOR.

¿Cómo os he de querer bien
Si me negáis mi dinero?

ALCALDE.

Muy largo va esto: ahora bien,
Llegaos acá, buen tendero,
Que ahora sabremos quién
Miente: corre en un vuelo
(Veamos este santulario)
Á su mujer.....

TENDERO.

¡Santo cielo!

(1) Parece que debía decir *ciento y cuatro.*

ALCALDE.

Por señas de este rosario
Os dé el jarro y el pañuelo.

TENDERO.

Ya, buen Dios, por mi honra sales:
Amplius lava me.

ALCALDE.

¿Qué es eso?

TENDERO.

Los salmos penitenciales,
Por mi devoción los rezo (1)
Cada día.

ALCALDE.

Son señales
Todas de ser buen cristiano.

Sale Ginesillo con un papel.

GINESILLO.

Señor, aquí está el papel.

ALCALDE.

Sí, mas es trabajo en vano:
¡Si no sé qué dice en él!

GINESILLO.

Abajo está Juan Serrano,
El alguacil, que sabrá
Leer.

ALCALDE.

Su ventura alabe:
¿Qué entendimiento tendrá
Hombre que leer no sabe?

TENDERO.

Yo lo leeré.

ALCALDE.

No, que está
Allá con su devoción:
Rece su salmo en buen hora,
Porque yo, si hallo ocasión,
Le he de cantar otra cosa (2).

TENDERO.

Voluntate tua, Sion.

Sale Juan Serrano.

ALCALDE.

Juan Serrano, ¿sabéis leer?

SERRANO.

Sí sé, señor, aunque mal.

ALCALDE.

Pues ¿quién no lo ha de saber,
Sino es un hombre animal?
Hanme venido á traer
Este papel que le hallaron
Á una mujer, y el remedio
Con cuidado me encargaron.

SERRANO.

Si con leerlo remedio.....
Dice así:

ALCALDE.

¿De quién sacaron
Mis hijas esta labor?
No fué de su madre, á fe:
¡Mi honra os dejo, Señor!
Ea, Juan Serrano, lee.

SERRANO.

Parece papel de amor.

Lee.

«Ya ha llegado el día, querida prenda de mi alma, que, cumpliendo con la obligación de tu palabra, tengan fin dichoso mis ardientes suspiros y enamoradas quejas: mi camarada y yo estamos prevenidos con caballos para sacaros del lugar. Guárdeos Dios.»

ALCALDE.

¡No sacarán, juro á Dios,
Que he de matallos primero!
Andá, idos abajo vos,
Llevadle el papel.

GINESILLO.

Espero
Que no lo echen menos.

Vase.

ALCALDE.

Dos
Son ellos, y traerán
Otros dos, que no valdrán
Solos á caso tan grave,
Pues ya Pedro Crespo sabe
Embestir á un capitán.

Sale el escribano con el jarro de plata.

ESCRIBANO.

Aquí está el jarro, señor,
Y dentro viene el dinero.

LABRADOR.

¿Miento, señor pecador?

ALCALDE.

Ya vereis, santo tendero,
Como sois un pecador.

LABRADOR.

¡Quién quebrara seis garrotes
En el santo! ¿Santo vos?

ALCALDE.

Buen hombre, no te alborotes:
En amaneciendo Dios,
Le den doscientos azotes.
¿Qué aguardas con él? ¿Qué esperas?

SERRANO.

Soltad esas rezaderas.

ALCALDE.

Bien se las podéis dejar;
Llévelas, que ha de acabar
De rezallas en galeras.

Salen Leonor é Inés.

LEONOR.

¿Hay ventura semejante?

---

(1) Rima falsa.
(2) Tampoco rima.

¡Yo mujer de un capitán!

INÉS.

Si eres en tu amor constante,
Verás, querido don Juan,
En mi firmeza un diamante.

LEONOR.

Venga la noche sombría,
Helada, lóbrega y fría,
Y verás, dulce don Diego,
Si con la luz de mi fuego
No envidia á la luz del día.

INÉS.

Acaba, sol, de pasar
Tu perezosa carrera;
Mira que te espera el mar,
Y sólo á tu ausencia espera
Quien espera sólo amar.

LEONOR.

¡Quién pudiera, dueño mío
(Tanto amor engendro y crío),
Picar al sol los caballos,
Que yo bastara á ausentallos
Hasta el Occidente frío!

Tocan atabales.

INÉS.

Mas qué, ¿por mi padre viene
El Regimiento?

LEONOR.

Sí hará:
Grande fiesta le previene.

Sale Ginesillo.

GINESILLO.

No me moverán de acá (1)
Cien bueyes; que le conviene
Á mi amo que yo tenga
Cuenta con las mozas hoy.

INÉS.

¡Que este testigo nos venga
Á estorbar! Ginés.....

GINESILLO.

Yo soy,
¿Quieren que las entretenga?
Pues contaréles ¡pardiez!
Cómo el Regimiento vino.....

LEONOR.

Á la noche lo dirás.

GINESILLO.

Vinieron de veinticinco,
Venían los atabales,
Mas ya pudieron oirlos.....

INÉS.

Calla, que ya es fiesta vieja.

GINESILLO.

Todos de azul y amarillo;
Más de una pieza de frisa
Gastó en ellos el Cabildo,

(1) El texto antiguo dice *aquí*, pero la rima exige *acá*.

Porque llevaban las mulas
Cubierto hasta los tobillos.
Bartolo el de Berrocal
Y el hijo de Alonso Pinto
Eran los atabaleros.

LEONOR.

Déjanos, que estás prolijo.

INÉS.

Hermana, no has reparado.....
A la puerta está Galindo.

Galindo al paño.

LEONOR.

¿Qué podrá querer?..... ¡Ay, cielo!

GALINDO.

¡Oh, si se fuese este niño!.....

LEONOR.

Vete á la fiesta, Ginés.

GINESILLO.

Ya toda la fiesta he visto,
Y aun al soldado también.
Aunque más finjan conmigo,
Quiero avisar á mi amo
Como ya está en el garlito
El mancebo. Yo me voy,
Pero adviertan que han de oirlo
Cuanto hubiere en el paseo.

Sale Galindo.

GALINDO.

¡Que ha de haber tanto registro!.....

INÉS.

Pesárame que te viese.

GALINDO.

Sí, porque es habladorcillo.

INÉS.

Galindo, ¿qué es lo que quieres?

GALINDO.

Mis amos podrán decirlo,
Que no se les cuece el pan
Por veros: juzgan un siglo
Lo que hay de aquí á la noche.

INÉS.

También juzgamos lo mismo.

GALINDO.

Pues ¡por Dios, que están ahí fuera!

LEONOR.

¿Qué dices?

GALINDO.

Lo que les digo:
Entrarán.

LEONOR.

¡Válgame Dios!
Pues ¿no verán el peligro
Que tienen?

GALINDO.

Si vieran (1),

(1) Verso incompleto.

Vieran los dos el delito
Que intentan, porque es más feo
Cuarenta veces que un jimio.

INÉS.

¿Ya acobardas?

GALINDO.

No acobardo,
Pero tengo dos deditos
Desto que llamamos miedo.
Si Galindo fuera el lindo,
El amante y el amado,
Fuera para él el peligro
Como sorberse dos huevos;
Mas si es él el pasadizo,
¿No ha de temblar si le coge
De un Alcalde el torbellino,
Y más el señor su padre,
Que cada vez que le miro
Soy de condición de azogue?

INÉS.

¿Qué debes tú á lo que hizo
Tu señor?

GALINDO.

Tienes razón,
Porque yo soy un bendito;
Mas si á mi señor le tunden,
¿Mondaré yo en tanto nísperos?
Ahora bien, entren y hablen,
Y hablen bien, porque imagino
Que el peligro á que se ponen
Es un poco pesadillo.

Salen D. Diego y D. Juan.

DON JUAN.

Con el amor y el deseo
Vengo luchando, ángel mío;
El deseo para veros,
Y el amor para serviros.

DON DIEGO.

También pudierais oir
Que mi amor es infinito;
Que son relojes del alma,
Bella Leonor, los suspiros.

LEONOR.

¡Qué lisonjeros que estáis!

DON JUAN.

Mejor nos diréis perdidos.

GALINDO.

Pues ¿hay más de pregonallos?

DON JUAN.

Dulce Inés, los rayos limpios
Del sol, cuando en nubes de oro
Bordan los soberbios riscos,
Y de los humildes valles
Doran claveles y lirios,
Nunca alegraron mis ojos
(No es lisonja ni artificio),
Bella Inés, como me alegran
Tus bellos rayos divinos.

DON DIEGO.

Nunca el Oriente galán,
En cuyo balcón los indios
Miran asomarse el sol,
Alegre en que le hayan visto,
Muestra mayor hermosura,
Mi Leonor.

LEONOR.

Pues yo os suplico,
Por los indios y el balcón,
Por el sol asomadizo,
Que me digáis sin lisonjas,
Vuestra venida á qué ha sido;
Que si es á ver mi firmeza,
No es más firme el amor mismo.

DON DIEGO.

Á eso venimos, mi bien;
Que aunque os habemos escrito,
Tememos que os haga el miedo
Faltar al concierto.

GALINDO.

¡Lindo!
Primero faltará un monte:
Si fuera á traer cilicio
Ó confesarse á menudo,
No salieran de sus quicios,
Mas para decir: «Don Juan,
Llévame por esos trigos»,
Yo juro á Dios que no tenga
Más ánimo Valdovinos.

DON JUAN.

¿Qué dices, desvergonzado?

GALINDO.

Estoy hablando conmigo.

DON DIEGO.

Y ¿de qué se habla? Sepamos.

GALINDO.

De la huída de Egipto:
Si ello va á decir verdad,
Mala espina me da el niño.

DON DIEGO.

¿Es el que salió denantes?

GALINDO.

Huélgome que lo hayan visto,
Y aun él nos debió de ver.

DON JUAN.

No haría, que es un bobillo.

GALINDO.

No sé; mas donde yo estaba
Miró con ojos prolijos.
«Rey don Sancho, rey don Sancho,
No digas que no te aviso»,
Que de Zalamea á Zamora
Salió ¡juro á Jesucristo!
Un niño veintidoseno.

Tocan atabales.

LEONOR.

¡Jesús, qué extraño rüido!
¿Quién será el que sube ahora?

GALINDO.

¡Vive Dios, que sube el niño,

Pero el Alcalde delante!

INÉS.

¡Dios sea mil veces conmigo!

DON DIEGO.

¿Habrá en qué nos escondamos?

GALINDO.

Y ¿habrá para mí un servicio?
Que si el Alcalde trae pujo,
No me ofenderá en un siglo.

LEONOR.

Señores, esas paredes
Salen á un corral vacío,
Porque no hay nadie en la casa:
Libráos de tan gran peligro
Presto, señores.

DON JUAN.

Inés,
¿Y el concierto?

INÉS.

Sólo espero (1)
Hacer vuestra voluntad.

LEONOR.

Disfrazaos.

DON DIEGO.

Sí.

INÉS.

Que ya vino
Mi padre.

Vanse los capitanes y sale el Alcalde.

ALCALDE.

¿Qué hacéis aquí?

GALINDO.

¡Ay, hombre mal advertido!

ALCALDE.

¿Quién sois? ¿De dónde venís?

GALINDO.

Yo vengo de los Galindos
De África.

ALCALDE.

Apellido noble;
Mas que me digáis os pido
Qué queréis en esta casa.

GALINDO.

Señor, mi venida ha sido
Á ver si vuesa merced.....

ALCALDE.

Acabad, no seáis prolijo.

GALINDO.

Ha menester un corchete.

ALCALDE.

Corchete no, hijo mío;
Un verdugo he menester.

GALINDO.

Yo iré por él.

ALCALDE.

Yo me sirvo
De mis criados, y vos
Pienso que, según me han dicho,
Servís á dos capitanes.....

GALINDO.

Al uno, al descolorido.

ALCALDE.

Sea el que fuere, decildes
Que les ruego y les suplico.....

GALINDO.

Harélo de mil amores.

ALCALDE.

Que no inquieten los vecinos
Del lugar, porque otra vez
Á quejárseme han venido
Que infaman á dos doncellas,
Hijas de un amigo mío.

LEONOR.

Inés, ¿si pretenden otras?

INÉS.

Con celos el caso miro.

ALCALDE.

Mas si ellas se aconsejaran
Con la vergüenza ó conmigo,
Vieran cómo las engañan
Con palabras de maridos
Los que, en viéndolas sin honra,
Han de publicallo á gritos.

INÉS.

¡Válgame Dios! ¿Qué es aquesto?
¡Del cielo son los avisos!

ALCALDE.

Vuesa merced se lo diga,
Por mi fe, señor Galindo;
Y para que no se excusen,
Vosotras seréis testigos
Como aviso á estos señores.

GALINDO.

Yo seré el navío de aviso:
Queden con Dios.

ALCALDE.

Dios os guarde.

GALINDO.

No espere más el navío,
Porque es el último viaje
Y va al través.

Vase.

ALCALDE.

Tan molido
He venido del paseo,
Muchachas, que os certifico
Que no puedo estar en pie;
Hacedme luego al proviso
La cama.

INÉS.

Vamos, Leonor.

LEONOR.

Señor, saliste tan lindo,
Que quizá te han hecho mal.....

ALCALDE.

Yo sé quién el mal me hizo.

(1) No es asonante.

LEONOR.
¿Es alguna vieja?
ALCALDE.
No.
LEONOR.
¿Tienes romero bendito,
Inés, para que sahumemos
Á señor?
ALCALDE.
La cama pido
Que me hagáis, y no sahumerios.

Vase.

INÉS.
Leonor, ¿á las cuántas dijo
Don Diego?
LEONOR.
Á las once.
INÉS.
Vamos;
Que ya de modo me aflijo
De celos, que aunque perdiera
Mil vidas, he de seguillos.
LEONOR.
Celos me han quitado el miedo.
INÉS.
¡Ay, soldados fementidos!

Vanse.

Salen D. Diego, D. Juan y el sargento.

DON JUAN.
El Alcalde villano
Se cansa en balde y nos avisa en vano.
DON DIEGO.
Salgan de casa ellas,
Que aunque alcaldes hubiese más que estrellas.....
DON JUAN.
Que es negocio de cuento:
Arrímeseme luego allí el sargento,
Cubierto desa esquina.
SARGENTO.
Pues si me enojo yo, ha de haber bolina.
DON JUAN.
¿Quién tiene los caballos?
SARGENTO.
Un mozo con Galindo fué á guardallos.
DON DIEGO.
Venturosos seremos
Si con la presa en Portugal nos vemos.

Salen Ginés, el Alcalde y Bartolo.

ALCALDE.
¡Por Dios, que son diligentes,
Yo no he madrugado tanto!
Cierra la puerta, Ginés,
Ábranla ellas en entrando,
Porque si la hallan abierta
Temo que sospechen algo.
GINÉS.
¿Echaré la tranca?
ALCALDE.
Sí;
Y vete á echar en cerrando.
Bartolo, ya los has visto.
DON DIEGO.
Dos hombres, si no me engaño,
Salieron fuera.
DON JUAN.
El Alcalde
Saldrá á rondar.
ALCALDE.
¿Tendrás ánimo
Para ayudarme, Bartolo?
Cuatro son: dime, ¿con cuántos
Te atreverás á reñir?
BARTOLO.
¡Par Dios, yo con todos cuatro!
ALCALDE.
Eres honrado gañán.
BARTOLO.
Sin que tomaras trabajo
Te diera yo cuenta dellos.
ALCALDE.
Mira que hemos de matallos,
Bartolo.
BARTOLO.
Si la mohosa
No me la arrancan del brazo,
¡Par Dios, que han de conocer
Quién es el gañán!

Salen Leonor é Inés con mantos.

INÉS.
Ingrato
Es el amor de los hombres.
LEONOR.
En vivos celos me abraso.
INÉS.
Á fe, que me han de pagar
Los míos.
ALCALDE.
Bartolo, paso,
Que han salido; lo que vieres
Que hago, has de hacer.
DON DIEGO.
Ya el carro
Sale de la noche ciega.
DON JUAN
Si dos soles le han turbado,
¿Qué maravilla?
LEONOR.
¿Es don Diego?
ALCALDE.
¡Qué lindo don Diego!
INÉS
¡Ah, falso!
Don Juan, ¿tú eres el que penas?

LEONOR.
Amores, ¿iremos?
BARTOLO.
Vamos.
DON DIEGO.
¡Cielos! Ó tengo en los ojos
Un monte, ó son los villanos
Los que las llevan: ¿qué es esto,
Cobardes celos, qué aguardo?
DON JUAN.
¡Vive Dios, que se las llevan!
¿Oyen qué digo? ¡Ah, hidalgos!
ALCALDE.
¿Qué mandan vuesas mercedes?
DON JUAN.
¿Adónde llevan, sepamos,
Esas señoras?
ALCALDE.
Aguarden
Si quieren saberlo.
DON JUAN.
Aguardo.
LEONOR.
¡No riñas, por vida mía!
INÉS.
Mirad que nos confiamos
Que aquí no habéis de reñir.
ALCALDE.
Digo, señores soldados,
Que estas mujeres son mías,
No de tan grandes bellacos
Como ellos.
DON JUAN.
Don Diego, ¡mueran!
SARGENTO.
¡Ya hay en qué meter las manos!
Señores, treinta son pocos.
BARTOLO.
Yo pienso que en dos hay harto.
DON DIEGO.
¿Quién nos acomete? ¡Cielos!
ALCALDE.
¿Quién os acomete? ¡El diablo!
DON JUAN.
¡Los pies nos valgan, don Diego!
DON DIEGO.
¡La vida nos va! ¡Huyamos!
ALCALDE.
Mal hicisteis en caer.
¡Por Dios, que sois desgraciado!
¿Quién sois?
SARGENTO.
Yo soy el sargento.
ALCALDE.
¿El sargento? No tan malo.
Métele en casa, Bartolo.
BARTOLO.
Yo le pondré á buen recado.
ALCALDE.
De la agua vertida, dicen,
No toda cogida. Vamos.
SARGENTO.
Mirad que soy el sargento.
ALCALDE.
Pues yo haré, en alboreando,
Que convirtáis la alabarda
En una albarda.
BARTOLO.
¡Burlaos!

JORNADA SEGUNDA.

Salen Juan Serrano y el escribano.

SERRANO.
No ha tenido el lugar mejor Alcalde:
¡Que esto tenía escondido Pedro Crespo!
ESCRIBANO.
Cuatro causas (1)
De hijos de vecino he sentenciado
Esta mañana.
SERRANO.
¿En qué?, ¡por vuestra vida!
ESCRIBANO.
Piadosamente ha sido: desterrados
Van por dos años, con que al Rey le sirvan
En aquella jornada á que se apresta
Para ir á Portugal: muchos, sin ellos,
Van asentando plaza cada día
De miedo del Alcalde.....
SERRANO.
Así conviene
Que en poco deje limpia á Zalamea
De holgazanes; pero ya ha salido,
Que es hora de juzgado, y sólo temo
Que quiera perseguir á los soldados
Con tanto extremo: ¡plegue á Dios que sea
El agua limpia! Y más, este sargento
No sé en qué ha de parar; los capitanes
Sospecho que andan medio amotinados.
ESCRIBANO.
Dios lo ha de remediar aun bien; que es otro
El Escribano de la causa.

Sale el Alcalde.

ALCALDE.
¿Hay pleitos?
ESCRIBANO.
Ninguno hay criminal.
ALCALDE.
No es bien pequeño
Que esté en paz el lugar.
ESCRIBANO.
Una demanda

---

(1) Verso incompleto.

Hay aquí de dineros.

ALCALDE.

Pues leelda.

SERRANO.

Señor, ¿qué se ha de hacer con el sargento?
Que está el Maese de campo en Zalamea,
Don Lope de.....

ALCALDE.

Será de Figueroa.

SERRANO.

Sí, señor; es un hombre del dïablo.

ALCALDE.

Pues ¿qué se me da á mí? Sea de quien fuere,
Haced lo que os he dicho, Juan Serrano,
Ó ¡voto á tal, que os haga y acontezca.....

ESCRIBANO.

Vendrá de modo á alborotarse el pueblo,
Señor Alcalde, que se arriesgue mucho:
El Maese de campo es un demonio
Y es medio renegado; si se enoja.....

ALCALDE.

Pues más que sea renegado entero,
Yo soy cristiano y soy también Alcalde.
¡Ah, Juan Serrano, haced lo que os he dicho!
Y vos, compadre, en lo que yo mandare
No os metáis más, sino escribid callando.

SERRANO.

Ya voy, señor. De miedo voy temblando.

Salen D. Diego, D. Lope, D. Juan y Galindo.

DON DIEGO.

Vele aquí vuesarced, que si no fuera
Por no perdernos.....

DON LOPE.

¿Sois vos el Alcalde?

ALCALDE.

Yo soy.

DON LOPE.

Pues si sois vos, ¿qué es del sargento
Del capitán don Diego?

ALCALDE.

Ahí está preso.

DON LOPE.

¿Cómo le tenéis preso?

ALCALDE.

¡Bien pregunta!
En el cepo con dos pares de grillos.

GALINDO.

Burlaos, Galindo, con el padre Alcalde.
¡Por vida de quien soy, que tiene talle,
Si me coge este viejo testarudo,
De ponerme amarrado á un duro banco,
Como al forzado de Dragut!

DON LOPE.

No puedo
Responderos de cólera: ¿burláisos
Con algún villanchón de vuestro pueblo?
Pues, ¡por vida del Rey, que si me enojo.....

ALCALDE.

Enojaráse con el Rey: ¿qué importa?

DON LOPE.

¿Conocéis vos al Rey? ¿Quién es? Veamos.

ALCALDE.

Yo soy el Rey.

DON LOPE.

¿Quién, vos? ¿Tenéis jüicio?

ALCALDE.

¡Sí, juro á Dios; yo soy!

DON JUAN.

¿Hay desvergüenza
Mayor que la que tiene este villano?

GALINDO.

Si al Rey se le ha enobrado (1) en la cabeza,
No doy por la salud de un sargento
Dos berenjenas.

DON DIEGO.

¡Fuego (2) en la paciencia
Con que vuesa merced viene á hablarle,
Y aun en la nuestra!

DON LOPE.

¿Qué queréis, don Diego,
Que me llegue y le dé seis mojicones?
¡Qué fácil que lo halláis! ¿Pensáis que es vara
De varear bellotas la que tiene,
Ó la vara del Rey?

DON DIEGO.

Pues ¿de qué modo
Puede él prender soldados?

DON LOPE.

Pues sabrémoslo,
Que bien sé que no puede. Alcalde honrado,
Salga el sargento de la cárcel luego.

ALCALDE.

Rato ha que mandé que lo sacasen.

DON DIEGO.

De otra manera fuera, si no fuera
Por no descomponernos.

ALCALDE.

Yo lo creo:
Hácenlo al fin por no descomponerse,
Pues si entendiese aquí el señor don Lope
Lo que estos caballeros descomponen,
No me culpara en la prisión que hice.
El día después que sucedió el delito,
Quise azotalle: al fin me he detenido
Otros tres, por si daba algún descargo.

DON LOPE.

Pues sepamos, Alcalde del infierno,
Quién se ha hecho su jüez. (¡Pese á la pierna,
No viniera un demonio y la llevara!)

ALCALDE.

Pues ¿qué tiene en la pierna?

DON LOPE.

¡Cien demonios!
¿Qué me preguntas, hombre del demonio?
Suelta el sargento, ó ¡voto á Cristo, Alcalde,
Que queme este lugar! (¡Ah, pierna infame!)

---

(1) En la copia de la Biblioteca Nacional, *metido*.
(2) En los textos antiguos y en el de Krenkel, *velo;* pero parece seguro que Lope escribió *fuego*.

ALCALDE.

¿Tiene gota? ¡Por Dios! ¿duélele mucho?

DON LOPE.

¿Es posible que no viene un demonio
Á llevarse esta pierna?

DON JUAN.

¡Bravo miedo
Le ha cobrado el villano!

ALCALDE.

¿Tiene gana
De estar sin pierna, y no llama más de uno?
Llame treinta demonios ó cuarenta,
Que se la arranquen presto.

GALINDO.

¡Bravo miedo
Le ha cobrado el villano! Echa por copas.

Dentro:

«Esta es la justicia.....

GALINDO.

¡Zapatazo!

Dentro:

».... que manda hacer el Rey nuestro señor, y su alcalde Pedro Crespo en su nombre.....

DON DIEGO.

Míralo, pues, Galindo; acaba presto.

Dentro:

»A este hombre, por infamador de doncellas, mándanle dar doscientos azotes: quien tal hace que tal pague.»

GALINDO.

¡Señor, al sargento azotan!

DON DIEGO.

¿Á quién, Galindo?

GALINDO.

Al sargento.

ALCALDE.

¿Sí? ¡Par Dios! Pues ¿es milagro?

DON DIEGÓ.

Milagro es que quede al pueblo
Piedra sobre piedra, amigo.
Soldados: éste es el tiempo
De nuestra venganza. ¡Mueran
Estos villanos!

DON LOPE.

¿Qué has hecho,
Villano insolente?

ALCALDE.

¿Yo?.....
Ahí lo dice el pregonero.

DON JUAN.

¡Presto, acudid á quitallo!
¡Vive Dios.....

GALINDO.

Muda de intento,
Señor, que es grande el peligro,
Porque le llevan en medio
Más de trescientos villanos
Mayores que filisteos.
Apenas se ve el pollino,
Con ser mayor que un camello;
Con chuzos van la mitad,
Los demás pasan barriendo
La calle de peladillas,
Que á ochenta pasos y á ciento,
Desembrazando un brazo,
Matan á un hombre.

DON JUAN.

Don Diego,
Vamos con las compañías
Á quitarlo.

ALCALDE.

Esténse quedos;
Miren que no ha de ir vacío
El asno.

GALINDO.

¡Sopla ese huevo!

DON LOPE.

¿Qué has de hacer?

ALCALDE.

Poner en él
Al que quitare al sargento.

GALINDO.

Yo muy bien me hallo á pie.
¡Gloria á Dios!

DON DIEGO.

¡Que sufras esto,
Señor!

ALCALDE.

Porque no entendáis
Que yo sin razón me quejo,
Sabed, señor, que aquel hombre,
Siendo avisado primero
Por mí, me infamó mi casa;
Y la noche de año nuevo,
Él y otros tres, que podían
Los dos, si son caballeros,
Cumplirme á mí la palabra.....
Mas ¡no seré Pedro Crespo
Si ellos no me la pagaren!
Pero volviendo á mi cuento,
Sacaron dos hijas mías.....

DON LOPE.

¡Malo! Mal hizo el sargento.
Decid, señor.

ALCALDE.

Yo venía
De ronda entonces, y hallélos
Que mis hijas me llevaban:
Conózcolas, arremeto;
Meten mano todos cuatro;
Defiéndenseme, peleo;
Huyen los tres, cae el uno,
Ciégale el temor y préndolo;
Tómole la confesión,
Y niega; doyle tormento,
Confiesa ayer el delito,

Y hoy le azoto.

DON LOPE.

Está bien hecho.
¡Juro á Dios echar un bando,
Que no parezca en el pueblo
Hoy, so pena de la vida,
Ningún soldado!

DON DIEGO.

¡Reniego
De la paciencia y de mí!

DON JUAN.

Pues si no me mata el cielo,
Me he de vengar en sus hijas.

DON LOPE.

Mejor fuera, caballero,
Que el capitan castigara
Delitos que son tan feos,
Y más en los oficiales:
Y no alborotar el pueblo,
Dando lugar á que digan
Que es el capitán como ellos.
¿Qué dirá Su Majestad,
Que viene con el ejército,
Si esto llega á su noticia?
¡Buen nombre gana mi tercio
Con esas bisoñerías!
¡Nunca salgo de modernos!
¡Por vida del Rey, que estaba
Por hacer un escarmiento
De vuesas mercedes hoy!
Pues ¡sepa yo que hay encuentro
Con el Alcalde, de hoy más!

GALINDO.

Ya está echado el bando.

DON DIEGO.

¡Ay, cielos!
Saldrá del lugar don Lope,
¡Verá el mundo si me vengo
De este agravio!

DON LOPE.

¿Tenéis pluma?

ESCRIBANO.

Sí, señor.

DON LOPE.

Mostradla os ruego;
Dadme un poco de papel.

ALCALDE.

Y del sargento, ¿qué haremos?
¿Á quién lo podré entregar?

DON LOPE.

Eso es lo que estoy haciendo.

DON JUAN.

Á nuestro pedir de boca
Viene la ocasión, don Diego:
Hoy pagarán los villanos
Con su infamia nuestros celos.

DON DIEGO.

¿Otro concierto tenían?

DON JUAN.

Sí; pues por ellas vinieron
Otros dos, y las sacaron.

DON DIEGO.

¡El alma se abrasa en fuego
De venganza!

DON LOPE.

Este papel
Irá donde dice dentro;
Y vos haréis lo que él dice.

ALCALDE.

Agora, señor, confieso
Que hay entre soldados honra,
Venganza y comedimiento.

DON LOPE.

¿Agora lo habéis sabido?

ALCALDE.

¡Qué queréis, si en este pueblo
No han entrado en cuarenta años
Soldados que hiciesen menos!

DON LOPE.

El que es de veras soldado,
También es de veras bueno.
¿Están las postas á punto?

GALINDO.

Ya esperan.

DON LOPE.

Alcalde, llevo
Cierta duda: ¿conocisteis
Los otros tres compañeros?

ALCALDE.

No, señor.

DON LOPE.

Ea, Dios os guarde;
La quietud os encomiendo.

ALCALDE.

¿Mejoró ya de la pierna?

DON LOPE.

En mi vida estaré bueno.
¡Ofrézcola á Belcebú!

DON JUAN.

Manos á labor, don Diego.

Vanse.

ESCRIBANO.

Señor, ¿no fuera mejor,
Para castigos y ejemplo,
Que le dijerais quién son?

ALCALDE

Yo me entiendo: vengan pleitos.
Decid, ¿qué demanda es esa?

ESCRIBANO.

Demanda de unos dineros.

ALCALDE.

¿No decís que hay dos demandas?

ESCRIBANO.

Memoria y entendimiento
Tiene que asombra.

ALCALDE.

Veamos
Lo que contiene, primero,
Este papel.

ESCRIBANO.

Dice así:

Sale Serrano.

SERRANO.

Como mandaste se ha hecho,
Y lo hemos vuelto á la cárcel.

ALCALDE.

¿Veis como no ha habido riesgo?

SERRANO.

Ningún soldado hemos visto.

ALCALDE.

¡Serrano, es gigante el miedo!

ESCRIBANO.

«Al capitán Villalobos, en la Real de España, salud.

»Señor Capitán: Yo presumo que S. M. tiene gusto de enviarme con la armada á la Tercera para la quietud de aquellas islas, y así dudo que nos podamos ver hasta la vuelta, que lo siento en extremo: ahí envío á vuestra merced un forzado que fué sargento de los de mi tercio. Condenéle (aunque es novedad en la milicia) á diez años de galeras por incorregible y facineroso, causas bastantes para darle garrote á nuestra usanza; pero los ruegos pudieron estorbarlo. Vuestra merced le ponga donde trabaje, que antes que me embarque le enviaré la sentencia. Guarde Dios á vuestra merced.—Zalamea y Febrero.

ALCALDE.

Mostrad, compadre; eso no;
Yo castigo, mas no vengo,
En quien no es el principal,
Agravios con tanto extremo:
Culpa tiene el mozo, es llano;
Pero al amigo ni al deudo
No han de obligalle á hacer mal
La amistad ni el parentesco.
Pero supuesto que tiene
Castigo bastante el reo,
Y que su mal no ha de darle
Á mi enfermedad remedio,
Yo quiero que vaya libre,
Pues los que coger deseo,
Esta vez se han escapado;
Pues sólo bestias sabemos
Que se vengan sin razón,
Como el toro, que el empleo
De su enojo hace en la capa
Si se le escapa su dueño.
Señor compadre, yo estoy
Falto agora de dineros.

ESCRIBANO.

¿Qué manda vuesa merced?

ALCALDE.

Que me preste el Regimiento
Treinta ducados.

ESCRIBANO.

Y más,
Aunque haya menester ciento;
Vayan por ellos.

ALCALDE.

Serrano,
Id vos, y dádselos luego
Á ese pobre que afrentamos,
Y vaya con Dios.

ESCRIBANO.

El cielo
Le enseña: pudiera ser
De muchos jueces ejemplo.

Sale Ginés.

GINESILLO.

Señor, no sé cómo empiece.....

ALCALDE.

Empieza por donde digas
Á lo que vienes.

GINESILLO.

Agora
Se llevaron.....

ALCALDE.

¿Á mis hijas?

GINESILLO.

Sí, señor.

ALCALDE.

Los capitanes
Serán.....

ESCRIBANO.

¿Hay mayor desdicha?

ALCALDE.

¿Veis como no está en mi mano
Guardallas, si Dios no cría
Vergüenza y recogimiento
En ellas? ¡Ay, honra mía!
¡Mirad si la culpa tengo!
Dime, Ginés, ¿y ellas mismas
Gustaron de irse?

GINESILLO.

Señor,
No dieron gritos.

ALCALDE.

Sería,
Sin duda, con gusto suyo:
Vayan con Dios: ¡suerte es mía!
Señor, ¿castigáis pecados
Viejos con nuevas desdichas,
Ó el castigo que me dais
Es por falta de doctrina
De su padre? No será
Por eso, ni hay quien lo diga,
Que, ¡vive Dios! que he tenido
Más cuenta con estas niñas
Que con las dos de mis ojos.

ESCRIBANO.

Yo espero que Dios se sirva
Que las halléis, si os dais prisa,
Llevando un par de cuadrillas.....

ALCALDE.

Si estaban nuevas en casa
Y me las vuelven traídas,
¿Para qué las quiero? ¡El alma

Con el dolor agoniza!.....
¿Dónde iré á cobrar mi honor?
¡Cielos, que me atemoriza
Ya de Leonor y de Inés
La libertad que publican!
Si por fuerza las sacaran,
Estando ellas recogidas,
En el poder más lascivo
Vivieran castas y limpias,
Que la torre del honor
Sobre voluntad estriba.
Ginés, ¿era mucha gente?

GINESILLO.

Algunos vi en las esquinas,
Y otros fuera del lugar:
Bartolo, el gañán, les iba
Detrás siguiendo los pasos.

ALCALDE.

Compadre, adiós; Ginés, guía
Hacia dónde las llevaron;
No deis á nadie noticia
Del caso, porque la infamia
Crece cuando se publica.

ESCRIBANO.

Dios os dé, señor, paciencia,
Si hay paciencia en tal desdicha.

ALCALDE.

Sin honra estoy: quiero ver,
Siguiendo loco á mis hijas,
Si de la que van dejando
Hallo yo algunas reliquias.

Vanse.

Sale Leonor.

LEONOR.

Nunca al sol se desata
El arroyuelo que, vertiendo plata,
La desperdicia ufano
Entre las hojas del galán verano,
Ni más alegre suena
Con blanda luz la dulce filomena,
Que á mis gratos oídos
La blanda voz süave
Del que llamarse sabe
Amoroso ladrón de mis sentidos.

Sale Inés.

INÉS.

Nunca en laurel asiste
Más bello el pajarillo que se viste,
Según parece hermoso,
Con la capa de Abril vario y vistoso
Cuando á su dueño espera,
Que el cristal de la fuente lisonjera
Bebiendo turba un rato,
Libre y seguro del olvido ingrato,
Que me parece, hermana,
El dueño mío de que gozo ufana.

LEONOR.

Inés, ¿estás contenta?

INÉS.

En vano prueba, si probarlo intenta
Por oficio ó costumbre,
Fortuna á derribarme de la cumbre
Donde el amor más puro
Laurel de amante me ciñó seguro.

LEONOR.

Yo también soy dichosa,
Que soy querida como tú, hermosa;
Nunca á envidiarte llego.

INÉS.

Don Juan respira amor.

LEONOR.

Amor don Diego.

Dentro D. Diego.

¡Muera el loco villano!

LEONOR.

¡Válgame el cielo, Inés!

DON JUAN.

Matice el llano
El mozuelo atrevido
Con sangre suya, pues nos ha seguido.

LEONOR.

Hermana, ¿no es Bartolo?
Defendiéndose está, herido y solo,
De arcabuces y espadas:
Basta, don Diego, si de mí te agradas.

INÉS.

¡Dejalde ya, soldados!
Mirad que fuisteis sin razón mandados.

DON DIEGO.

No ha de vivir cien horas.

BARTOLO.

¡Ladrones del honor de mis señoras,
Quitad los arcabuces,
Veréis si pongo al campo tantas cruces
Como venís soldados!

DON JUAN.

Veráslo ahora.

Vanse los soldados.

LEONOR.

No es de enamorados,
Siendo la primer cosa,
Pareceros, señor, dificultosa:
No le quiten la vida.

DON DIEGO.

¿Pensará la villana que es querida?

LEONOR.

¡Don Diego de mis ojos!

DON DIEGO.

¡Suelta, villana!

LEONOR.

¡Ya te causo enojos!.....
¡Ay, cielos! ¿Qué es aquesto?
¿Villana de tu boca soy tan presto?

DON DIEGO.

Siempre has sido villana,

Infame y loca, como lo es tu hermana.

INÉS.

Dulce, querido esposo,
¿Eres también conmigo riguroso?

DON JUAN.

¡Villana! ¡Vive el cielo,
Que deje con tu muerte ejemplo al suelo!
¿Tu marido me llamas
Cuando mi nombre con tu nombre infamas?

LEONOR.

¡Inés!

INÉS.

¡Leonor!

SARGENTO.

Ya queda
De suerte que seguirnos más no pueda.

DON DIEGO.

Mientras llega la tropa
Con las banderas, el bagaje y ropa,
Que ya la dejé á punto.....

LEONOR.

¡Hermana, el corazón tengo difunto!

DON DIEGO.

En esa pontezuela
Podrán, con el alférez Valenzuela,
Quedarse diez soldados,
Por si hubiere villanos desmandados
Que seguirnos pretendan.

SARGENTO.

Primero que en el pueblo el caso entiendan,
Diez leguas estaremos.

SOLDADO 1.º

Paréceme que el puente defendemos.

SOLDADO 2.º

Pues ¿es el de Mantible?

INÉS.

¡Ah, don Juan de mis ojos! ¿Es posible
Que has hablado de veras?

DON JUAN.

¡Necia villana, provocar no quieras
Mi pecho vengativo!

INÉS.

Pues ¿qué te he hecho yo?

DON JUAN.

En el alma escribo,
De tu padre villano,
La ofensa hecha por su misma mano.

DON DIEGO.

Afrentóme el sargento,
Y yo en su mismo honor tomar intento
La venganza, de suerte
Que sienta menos la penosa muerte.
Una cosa he sentido:
Que nobleza las dos no hayáis tenido,
Para que, al deshonraros,
Pudierais de más pérdida quejaros.

LEONOR.

¿Hicieran más dos fieras?

DON JUAN.

En el campo os quedad como rameras;
Deste modo perdimos
Los celos viles que tener pudimos
De aquellos dos villanos
Á quienes disteis al salir las manos,
La noche desdichada
Que fué dichosa su villana espada;
Id y casaos con ellos,
Que, aunque gozadas vais, tiene cabellos
La ocasión que os convida.

INÉS.

¿Dónde irá una mujer sola y perdida?
No teméis á los cielos,
Y dais por ocasión injustos celos:
Si mi padre os agravia,
¿Por qué habéis de vengaros con tal rabia,
Que de la honra nuestra (1)
Que la hace blanco la venganza vuestra?
No esposas regaladas
Nos llamaremos ya, sino criadas:
¡No nos dejéis, señores,
Si mujer mereció jamás favores!

LEONOR.

Si ya ha llegado el día
En que te alegre la desdicha mía.....

INÉS.

¡En vano el llanto enjugo!

LEONOR.

¡No me dejes en manos del verdugo!
Mira que lo es mi padre,
Que no hay amor que sin honor le cuadre,
Porque tiene heredada
Villana sangre, pero sangre honrada.

DON DIEGO.

Porque os mate os dejamos.

DON JUAN.

De todos desta suerte nos vengamos.

Vase.

LEONOR.

¡Don Diego, espera, escucha!

INÉS.

¡Don Juan, escucha, espera,
Que me llevas el alma!

LEONOR.

¡Mira que un alma llevas
Tan rendida á tu gusto,
Que estima tus afrentas
Por regalos de amores!

SOLDADO 1.º

¿Dónde bueno, doncellas?

LEONOR.

Dejadnos ir, amigos,
Á rogarles siquiera
Que maten con las manos,
Pues matan con las lenguas.

SOLDADO 1.º

No se cansen, amigas,
Traten de dar la vuelta,
Ó les darán con algo.

---

(1) Acaso escribiría Lope:
¿Qué es de la honra nuestra,

LEONOR.
Qué, ¿el ruego no aprovecha?
Don Diego, esposo mío,
Qué, ¿me dejas de veras?

SOLDADO 2.º
Que no es sino burlando;
Aguarden á que vuelvan.

INÉS.
¡Ay, desdichada Inés,
Qué bodas que te esperan,
Despreciada y sin honra!
¿Posible es que me dejas?

LEONOR.
¡Plega á Dios, hombre infame,
Que con la misma afrenta
Que aquí nos has dejado,
En tu ciudad perezcas!
¡Cruel, si vas huyendo! (1).
Dime, ¿para qué llevas
La carga de mi alma,
Que más que un monte pesa?
Cubierta va de agravios,
De desdichas cubierta;
Déjala, pues que huyes,
Ya que dejarla intentas;
Mira que con el peso,
Ingrato, ha de ser fuerza
Que de cansado pares,
Aunque parar no quieras

SOLDADO 1.º
Ya me voy enfadando.
¡Villanas, no quisiera
Que volvieran desnudas!

LEONOR.
En vano, Inés, te quejas
Del hombre más ingrato
Que los cielos sustentan.

INÉS.
¡Plega á Dios que se acabe,
Sin comenzar la guerra,
Tu vida infame y vil,
Porque sin premio mueras!

Sale Galindo.

GALINDO.
Paréceme que escucho
Á dos niños de escuela,
Que en la doctrina tienen
Demandas y respuestas.

INÉS.
¿Qué te parece, amigo?

GALINDO.
Que los dos no parezcan
Era de parecer,
En Dios y en mi conciencia.

LEONOR.
Ruégales de tu parte,
Quizá tendrán clemencia,
Que nos dejen pasar.

GALINDO.
Galindo se lo ruega.
Pasen, señor alférez,
Porque no formen quejas
Del señor don Galindo.

SOLDADO 1.º
Pasen ya, norabuena;
Mas es cansarse en balde.

SOLDADO 2.º
Antes yo no quisiera
Que les pesase de oir.....

INÉS.
Con las lágrimas tiernas
De una mujer humilde
Se han ablandado peñas

LEONOR.
¡Ay, Dios, si nos llevasen
Cumplida la promesa!

Dentro.

ALCALDE.
¿Dónde podrán los cielos,
Para mayor afrenta,
Esconderme á mis hijas?

GALINDO.
Aquí está Zalamea:
Señores, ¿qué hacemos?
Que el alma me penetra
El eco deste Alcalde.

SOLDADO 1.º
Pues aunque el mundo venga,
¿Qué ha de importar, Galindo?

GALINDO.
Hijo, hay otra azotea
Como la del sargento.
Todos los hombres sepan,
El fuego, el aire, el agua
(Pero el agua no entra)
Del Garamanto adusto
Al pie del Rollo de Écija,
Como tengo á ese Alcalde
Tan grande reverencia,
Que no mandará cosa
En que no le obedezca;
Y hago juramento,
Créanme ó no me crean,
De que con este Alcalde
No quiero más reyertas;
Y porque de mi espada
Nadie forme querellas
De que ha sido instrumento
De alguna resistencia,
Como instrumento sordo
Que le faltan las cuerdas,
Ha de quedar colgada.....

SOLDADO 1.º
Necio, ¿dónde la cuelgas?

GALINDO.
En este sauce verde,
Donde mi alma llora el bien que pierde.

(1) La colocación de este verso está trastrocada en el manuscrito y en las ediciones.

SOLDADO 1.°

Tengan apercibidos
Arcabuces y cuerdas;
Que siento entre los árboles
Tropel de gente.

Sale el Alcalde.

ALCALDE.

Apenas
Me dejan dar un paso
El dolor y vergüenza.
¿Qué es lo que ven mis ojos?
¿Mis hijas son aquéllas?.....
¡Cielos, que van perdidas,
Aunque el camino sepan!
¿Qué tengo de hacer solo?
Mas ¿para qué reserva
La vida un desdichado?
¿Veis aquellas dos prendas,
Soldados? Pues son mías:
Dejadme, iré por ellas.

SOLDADO 1.°

Busque por otra parte
Por donde pasar pueda.

ALCALDE.

¡Por vuestros pechos viles
Abriré franca puerta
Si el paso me negáis!.....

SOLDADO 1.°

Poco aprovechan fuerzas
Contra arcabuces tantos
Que al pecho se enderezan.

DON DIEGO.

Échale el lazo presto.

DON JUAN.

Él es, don Diego. ¡Muera!....
La dichosa fortuna
Nuestros agravios venga.

DON DIEGO.

Quitadas ya las armas,
Daremos la sentencia.

ALCALDE.

Si los ruegos os mueven,
Mirad que un hombre os ruega
Que la muerte le deis.

DON DIEGO.

Eso es lo que te niegan
Tus enemigos hoy,
Porque viviendo sientas
La afrenta que me hicistes,
Viendo tu misma afrenta.
Atalde á un roble desos
Porque á sus hijas vea
Como á rameras viles
Que todos las desprecian.

ALCALDE.

¡Señor, si mis pecados
Han de alcanzar clemencia,
Poco es este castigo:
Otros mayores vengan!

SOLDADO 2.°

Ya queda bien atado.

DON DIEGO.

Venga ahora Zalamea
Y reciba su Alcalde.

Vanse los capitanes.

SOLDADO 1.°

Merecida es la pena.

ALCALDE.

Castigos....., mal he dicho;
Que en la mano suprema
Castigos son regalos,
Porque jamás se acuerda
De castigar al hombre,
Que por su bien no sea.

Salen Leonor é Inés.

LEONOR.

¿Por aquí volvió don Diego?.....

INÉS.

¿Por aquí don Juan volvió?.....

LEONOR.

¡Posible es que me dejó!.....

INÉS.

¡Que así me dejase luego!.....

LEONOR.

¡Válgame Dios! Ciega estoy,
Pues á mi padre no miro.

INÉS.

¡Cielos, con razón me admiro!
Probando desdichas voy
Por ver cuál me ha de matar.

LEONOR.

Padre, ¿quién os puso ansí?

INÉS.

Quien me ha hecho libre á mí,
Bien os pudo á vos atar.
Puesto os han infames lazos
Porque nuestra infamia vean
Vuestros ojos, sin que sean
Furioso estorbo los brazos.
Temiendo que no nos deis
La muerte, os habrán atado
Porque no dejéis quebrado
El vil espejo en que os veis.
Vengativo fué el consejo
Del que guardarnos intenta,
Y es porque dure la afrenta
Lo que durare el espejo.

LEONOR.

¡Ay, padre! Tarde he de ver
Venganza destos villanos,
Porque está el hombre sin manos,
Y con lengua la mujer.
Á Elvira y á Sol halló
Rodrigo atadas á un roble,
Y porque mi llanto doble,
La suerte en vos se trocó.

Pero, pues temen la lid,
Son, con astucias civiles,
Ó más que los condes viles,
Ó vos más fuerte que el Cid.

INÉS.

Que sois juez me hacéis dudar,
Pues tan sin valor os veis,
Que al preso que más queréis
Aun no le podéis soltar.
Mas yo os soltaré, señor;
Pero no es seguro intento,
Padre, porque el mandamiento
No lo ha firmado el temor.
Si aquí con acuerdo sabio
El uno y otro os ató,
¿Cómo he de soltaros yo,
Si de mí nació el agravio?
Perdonad, que estáis de suerte
Ofendido, y con razón,
Que si rompo la prisión
Me han de condenar á muerte.
Quedaos sin que me veáis
Hasta que padrinos tenga,
Porque cuando á veros venga
Más piadoso me veáis.

Vase.

LEONOR.

Sin desatalle se va
Mi hermana; discreta es,
Si ha podido serlo Inés
Después que sin honra está.
Mas, pues ella teme, es bien
Que tema también Leonor;
Que no es bien que sin honor
Sus hijas delante estén.

Vase.

ALCALDE.

Basta, que Leonor é Inés
Sin desatarme se van;
Si es el peligro en que están
Como mi deshonra es,
Tarde saldré donde estoy.

Sale Bartolo ensangrentado.

BARTOLO.

Si á mis señoras dejaran,
Menos dolor me causaran
Las heridas: ¿dónde voy
Tan desangrado y herido?
Ojos, ¿qué es lo que miráis,
Si no es, ojos, que os turbáis
Como ya os falta el sentido?

ALCALDE.

¿No es Bartolo? ¡Él es! ¡Ay, cielo!
No sé si ha de haber lugar
En el alma para entrar
Tan nuevo dolor.

BARTOLO.

Verélo,
Aunque con ojos turbados,
Por ver si tan muerto voy,
Que lo que mirando estoy
Me engaña.

ALCALDE.

Los engañados,
Mis pensamientos han sido.
Bartolo.....

BARTOLO.

Señor.....

ALCALDE.

Si puedes,
Suelta destas viles redes
Un pájaro inadvertido.

BARTOLO.

Si más no pudiera, hiciera,
Para desatar los lazos,
Los hilos de sangre brazos
Con que soltarte pudiera.

ALCALDE.

Aunque lo has hecho por mí,
Tu causa has solicitado,
Que si los has desatado,
Los desatas para ti,
Pues servirán de ayudarte
En dos cosas conocidas:
De vengarte las heridas
Y de llevar á curarte.

JORNADA TERCERA.

Salen Juan Serrano y el escribano.

ESCRIBANO.

Aunque tenga corazón
Para poderlo llevar,
En fin le habrá de acabar
La fuerte imaginación
De su desgracia, sin duda.

SERRANO.

Mucho su paciencia prueba,
Pues en desgracia tan nueva,
Ni voz ni semblante muda;
Pero vive avergonzado
De modo, que no ha salido
Después que le ha sucedido.

ESCRIBANO.

Por eso tiene el juzgado
En casa: y sus hijas, ¿sabe
Dónde están?

SERRANO.

No hay quien lo sepa.

ESCRIBANO.

Pues ¿cómo queréis que quepa

Alivio en él?

SERRANO.

El más grave
Dolor, es el no saber
Si acaso se las llevaron
Los que el honor le quitaron.

ESCRIBANO.

Un consuelo puede haber,
Si hay en desdichas consuelo,
Y es que el Rey ha de pasar
Presto por este lugar.

SERRANO.

Tráigale con bien el cielo,
Pues aliviará su pena
Castigando tiranías.

ESCRIBANO.

¿Dónde están las compañías?

SERRANO.

En jurisdicción ajena;
Más de diez leguas de aquí.

ESCRIBANO.

Y los capitanes, ¿dónde?

SERRANO.

El uno y otro se esconde.
Anoche, cuando volví
De mi heredad, como digo,
Me informé de seis soldados,
Que andan ahora alojados
Dos leguas de aquí.

ESCRIBANO.

No sigo
El parecer de ofendellos.

SERRANO.

Aun no sabemos quién son.

ESCRIBANO.

Y es ¿nuestra jurisdicción?

SERRANO.

¡Pluguiese á Dios fuesen ellos,
Que el nuestro distrito es
El cortijo donde están!

Salen Bartolo y el Alcalde.

BARTOLO.

Suelto como un alcotán (1)
Me siento, señor, después
Del ensalmo.

ALCALDE.

¿Ya estás bueno?

BARTOLO.

Apenas queda señal:
¡No hay cosa que me haga mal!
Anoche anduve al sereno,
Buscando la pollineja,
Más de hora y media.

ALCALDE.

Á Dios gracias
Que corren ya las desgracias
Por mí solo: aquí se queja
Martín Alonso, albañí,
Que una demanda tenéis
Suya, y que no la leéis.

ESCRIBANO.

Dice la demanda ansí:

«Martín Alonso, obrero y alarife de Zalamea, dice que ha dos meses que acabó de labrar junto al Terrero una casa al alcalde Pedro Crespo, y que le debe, rematadas cuentas (que por la obra se tomó á destajo), trescientos y cuarenta y seis reales: pide á vuesa merced un mandamiento para que se los paguen.»

ALCALDE.

Es muy justo,
Y estaba por poneros en la cárcel.....

ESCRIBANO.

¿Á mí, señor?.....

ALCALDE.

Á vos, que ha quince días
Que no queréis leer esa demanda:
¿Qué sabéis vos si el pobre que la pide
No tiene qué comer?

ESCRIBANO.

Pues ¿no pudiera
Pedillos sin demanda ni en juzgado?
Por parecerme libertad, no quise
Que vuesarced supiese la demanda
Por escrito. Jamás en Zalamea
De vuesarced ha habido quién se queje
De que no paga bien y puntualmente;
Pues ¿por qué tiene ya bachillerías
Martín Alonso, y quiere por justicia
Cobrar de vuesarced?

ALCALDE.

Muy bien ha hecho;
Yo os lo diré porqué: por que podía
La paga dilatar como vecino,
Y es justo que la pague como Alcalde.
¡Pena de mal jüez! ¡Ah, Juan Serrano!
Sacadme prendas luego de mi casa,
Las que Martín Alonso señalare.

ESCRIBANO.

Yo salgo por fiador de mil ducados,
Señor Alcalde.

ALCALDE.

Y ¿es esa fianza
Para pagalle al otro su dinero?

ESCRIBANO.

Para si vuesarced no los pagare,
Que los cobre de mí.

ALCALDE.

Y si estoy cien años
Sin que le pague, ¿comerá ese pobre
Con la fianza vuestra, ó con dineros?
Haced lo que os he dicho: bien pudiera
Pedro Crespo pagalle algún pedazo,
Y no comprar el buey á Gil Benítez;

(1) *Alcorán*, dicen disparatadamente la edición suelta y el manuscrito. El *alcotán* es una especie de halcón.

Que no es de hombres honrados y cristianos
Comer con gusto ni dormir sin pena,
Cuando el pobre á quien debe, por ventura
No tiene un pan que dalle á sus hijuelos.
No entendí tal de Pedro Crespo: ¿ahora,
Á la vejez, no paga lo que debe?
¡Muy bien se salvará! Sacadme prendas,
Y dentro de tres horas se rematen
Á voz de pregonero.

SERRANO.

No querría
Que diga nadie que se sacó prendas.

ALCALDE.

¿No vais con mi licencia?..... Pues ¿qué importa?
No serán las primeras, Juan Serrano,
Que no ha mil años que sacaron otras,
Y no por deudas, sin licencia mía,
Y sospecho que están ya rematadas.

ESCRIBANO.

Dios lo ha de remediar, que al fin son tuyas.

Sale un labrador.

LABRADOR.

Señor Alcalde, háganos (1) justicia,
Pues todos van contentos de su casa.

ALCALDE.

Mucho más estaréis vos en pedilla,
Que en darla yo, si darse puede luego.

LABRADOR.

Señor, en el cortijo de las Peñas,
Que es de mi amo el cura Antón Hidalgo.....

ALCALDE.

Pienso que viene á ser este cortijo
Nuestra jurisdicción.

ESCRIBANO.

Y otras dos leguas
De aquella banda, tiene Zalamea
Sus términos.

ALCALDE.

Decí.

LABRADOR.

Pues en mal hora
Llegaron á hacer noche unos soldados,
Que no son más cristianos que Mahoma,
Que han puesto ya el cortijo de manera,
Que es una compasión: ha doce días
Que están en él un macho y dos borricos
(Con perdón de las barbas que me escuchan);
Se llevaron también los compañeros,
Solmente con decir que lo mandaba
Su capataz.....

ALCALDE.

Su capitán sería.

LABRADOR.

Pues estos seis que están en el cortijo,
Bien pueden ellos ser lo que quisieren,
Mas son unos grandísimos bellacos:
No me han dejado pollo ni gallina,
Y hanme muerto también los ternerillos,
Que no tengo yo harto en la soldada
Para pagar el daño que me han hecho.
Dicen que pagarán cuando se vayan:
Yo tomara se fueran sin pagarme,
Como se fueran luego: son rufianes,
Señor Alcalde.

ALCALDE.

¿En qué manera, amigo?

LABRADOR.

En que cuantas mujeres van camino,
Las fuerzan y las tienen encerradas,
Tan sin temor de Dios, que es grande lástima
Ver lo que pasa en el cortijo.

ALCALDE.

Hermano,
No os dé cuidado, que esta noche iremos,
Y nos harán merced de irse en buen hora:
¿No podremos entrar sin que nos sientan,
Porque no se alboroten?

LABRADOR.

Fácilmente:
Yo le pondré en el patio en dos palabras.

ALCALDE.

Compadre, prevenid ocho vecinos
De los más atrevidos y arriscados.
¿Cuántos son los soldados?

LABRADOR.

Seis son ellos.

ALCALDE.

Pues doce hemos de ser los que allá vamos.

BARTOLO.

Ya estamos doce si los ocho vienen:
Bartolo y vos son diez, y Juan Serrano,
Con el otro alguacil, haremos doce.

ALCALDE.

¿Ya estás para meterte en pesadumbres?

BARTOLO.

Diera por verme ya con los soldados
Un brazo.

ESCRIBANO.

Y ¿cuándo quieres ir?

ALCALDE.

Luego quisiera.

ESCRIBANO.

Pues voy á prevenir los ocho mozos,
Que será cada uno como un pino.
Pero, señor, ¿con tanta gente armada
Agora quieres ir? ¿tú no solías
Solo embestir diez hombres?

ALCALDE.

Sí, compadre,
Y me parecían pocos; pero agora
No voy á pelear, sino á prendellos.

LABRADOR.

¡Pardiez, que aquesta vez damos en ellos!

Sale Juan Serrano.

SERRANO.

Señor, dice el albañí
Que deposites las prendas

(1) *Hagamos*, en la edición antigua y en la de Krenkel, pero es errata evidente.

En tu misma casa.....

ALCALDE.

¿En mí?

SERRANO.

Que no quiere que las vendas.

ALCALDE.

Pues yo le pagaré aquí
El dinero y la amistad;
En mi nombre lo buscad.

SERRANO.

Hallarás cuanto pidieres:
Aquí hay también dos mujeres
Que tienen necesidad
De hablarte.

ALCALDE.

Entren norabuena.

SERRANO.

Voy el dinero á buscar.

ALCALDE.

Mirad que estaré con pena
Hasta acabar de pagar.

Vase Juan Serrano, y salen Inés y Leonor con mantos y papeles.

Siempre está mi casa llena
De tristeza: aun los que vienen
Para hablarme, se previenen
De luto: tienen razón,
Si el luto es la compasión
Que de mis desdichas tienen.
¿Quién sois? ¿Qué habéis menester?
Como justicia traigáis,
En mí la podéis tener
Segura, porque llegáis
Adonde os ha de valer.

LEONOR.

Bien sé que en vuestra presencia
Hace la injusticia ausencia,
Que por eso á vos venimos;
Pero advertid que os pedimos
Juntas justicia y clemencia.

ALCALDE.

¡Válgame Dios! No pudiera
Causarme la hora postrera
Congoja y pena mayor:
Causado me han más dolor
Que si agora las perdiera.
El brazo enojado humillo
Por más que tenga razón
El vengativo caudillo;
Que nunca ofende el león
Si ve humilde al corderillo.
¡Ay, lágrimas! ¿Qué queréis?
¿Adónde salís? ¿No veis
Que agora soy juez severo?
¿Por qué me afrentáis? Ya espero,
Señoras, que me informéis.

LEONOR.

Dos capitanes que entraron
Á hacer gente en Zalamea,
Nos vieron, señor, un día.....
¡Pluguiera á Dios no nos vieran!
Aficionáronse entrambos
De nosotras..... Inés, cuenta
Lo demás, porque se ahoga
La voz de contar mi afrenta.

INÉS.

Dieron en rondar la calle.....

ALCALDE.

Ya lo sé.

INÉS.

Los días de fiesta,
Nos iban siguiendo juntos
Hasta volver de la iglesia.....

ALCALDE.

Ya lo sé.

INÉS.

Enviaron papeles
Llenos de locas promesas.....

ALCALDE.

Ya lo sé.

INÉS.

Di lo demás,
Leonor, que tengo vergüenza.

LEONOR.

Perseveraron humildes
Con lágrimas y con quejas.

ALCALDE.

Ya lo sé.

LEONOR.

Mas no pudieron
Tener esperanza cierta
De su amor, porque teníamos
Cerradas ventana y puertas.

ALCALDE.

Eso es lo que yo no sé.

LEONOR.

Pero como las estrellas
Inclinan las voluntades.....

ALCALDE.

¿Diréis que os hicieron fuerza
Estándoos en vuestra casa?

INÉS.

No hacemos de fuerza quejas,
Señor, sino del engaño.

ALCALDE.

Pues en verdad que pudierais
No dejaros engañar;
Que no es tan baja la venta
De honor, para no mirarse
Primero antes que se venda,
Pues no hay precio que la compre
Sin bendición de la Iglesia.
Para vender una viña,
Un pegujal, una huerta,
Me suelen llamar á mí
Para darle más firmeza
Al contrato; ¡y dos mujeres
De poca edad y experiencia,
Para la venta mayor
Que se conoce en la tierra,

Teniendo el Alcalde en casa,
Aun no le llaman siquiera
Para que asista al contrato,
Por ver si engañadas quedan!
Decid, señoras, decid,
Veré si es justa la queja
Que traéis.

LEONOR.

Decirlo pueden,
Señor Alcalde, estas cédulas.....

ALCALDE.

Y en ellas, ¿qué prometieron?

LEONOR.

Prometen los dos por ellas
De casarse con nosotras.

ALCALDE.

¡Cumplirán os la promesa,
Juro á Dios!..... Jurad aquí
Que hasta tener estas cédulas
No disteis el sí.

INÉS.

Juramos
Á esta cruz, que representa
La de Jesucristo vivo,
Y aquella limpia doncella,
Virgen parida en Belén,
Cuya celestial presencia
Llamaron para escribir
Estas engañosas cédulas,
Que hasta tenellas, guardamos
Inés y Leonor limpieza.

ALCALDE.

Pues iré á los pies del Rey
Cuando él al lugar no venga,
Y pediré en vuestro nombre
Justicia: no os cause pena,
Señoras, que en vuestra causa,
Como si mi causa fuera,
La tomo á cargo, que fuisteis
Hijas de madre tan buena,
Que por ella merecéis
Que os honre. Alzad de la tierra.

INÉS.

Hemos de besar primero
Vuestros pies, por la clemencia
Que con nosotras usáis.

ALCALDE.

Sean las manos, que las besan
Las que me quieren por padre;
Pero ahora es bien que sepa
Dónde quereis que á las dos
Depositadas os tenga
Hasta que alcancéis justicia.

LEONOR.

Pues es á voluntad nuestra,
En la casa del Alcalde
Estaremos bien.

ALCALDE.

Pues sea
Como lo pedís. Bartolo,
Esas dos señoras tengan,
Como si fueran mis hijas,
Regalo en casa.

Sale Bartolo.

BARTOLO.

Quisiera
Ser ahora el Rey, ¡par Dios!
Para que el regalo vieran.

Vanse.

Salen el alférez y un soldado.

ALFÉREZ.

No quede puerta ninguna
Que no se cierre, que es bien,
Porque puede la fortuna,
En dando el menor vaivén,
Dejar la gente á la luna:
Quede el cortijo cerrado,
Porque el hombre recatado
Es señor de los que vienen.

SOLDADO 1.º

Y más villanos, que tienen
Siempre por razón de estado
Querernos mal.

ALFÉREZ.

No se engaña
El villano que lo piensa.

SOLDADO 1.º

Ya sueño y silencio baña
El mundo.

ALFÉREZ.

Ninguna ofensa
Temiera estando en campaña;
Pero encerrado, ¿quién duda
Que desta canalla ruda,
Puesto que demos agravios
Con sólo mover los labios,
Copia innumerable acuda?
Mas con seis horas de fuego
Y seis espadas, seis hombres,
Será muy bárbaro y ciego
Quien llegare.

Sale Galindo.

GALINDO.

No te asombres
Si tan descompuesto llego.

ALFÉREZ.

Galindo, ¿á qué sales?

GALINDO.

Salgo.....

ALFÉREZ.

Dime á lo que vienes

GALINDO.

Vengo.....

ALFÉREZ.

¿Hay algo, Galindo?

GALINDO.

Hay algo.

ALFÉREZ.
¿Tienes ya temor?
GALINDO.
Sí tengo.
ALFÉREZ.
¿Valerte has de mí?
GALINDO.
Sí valgo.
ALFÉREZ.
Di lo que has visto.
GALINDO.
No vi.
ALFÉREZ.
¿Has sentido algo?
GALINDO.
Sentí.
ALFÉREZ.
Y ¿sabes lo que fué?
GALINDO.
Sé.
ALFÉREZ.
¿Soñaste acaso?
GALINDO.
Soñé.
ALFÉREZ.
Di lo que soñaste.
GALINDO.
Oí:
Como el hombre se desvela,
Porque siempre estoy velando,
Llegó el sueño con cautela,
Y dormiente apenas, cuando
Vi entre sueños á mi abuela,
Que era una mujer barbada,
Gorda, morena, estevada,
Algo golosa y picuda,
Muy tocada y afeitada
Y de mucho tiempo viuda.
Turbó mi sueño prolijo
Con un estruendo no usado,
Y en altas voces me dijo,
Si no es que se me ha olvidado:
«¡Galindo, sal del cortijo!»
ALFÉREZ.
El miedo es quien lo causó.
GALINDO.
Perplejo estoy de manera,
Que no sé si lo que habló
Fué para decirme que era
La sal del cortijo yo.
ALFÉREZ.
Claro está que eres la sal,
Pues que no ha tenido igual
Tu gracia.
GALINDO.
Con Faraón
Creciera vuestro caudal,
Sólo á interpretalle sueños.
Á acostaros podéis ir,
Porque aunque vengan sus dueños.....
ALFÉREZ.
¿Estáis loco?
GALINDO.
No he de abrir;
Dormideras y beleños
Será ahora menester
Para que repose un rato.
¿Tenemos en qué entender?
¿Quién está ahí? Será el gato.
Qué, ¿hay gatos? No hay que temer.
¡Qué hermosa sale y lozana
La luna! Cierto ruidillo
Me ha causado una terciana.
No es nada. Es el ternerillo
Que hemos de matar mañana.
Divertirme un rato quiero
Destas imaginaciones.
Mal hago si más espero.
No es nada: son los lechones,
Que está aquí cerca el chiquero.

Salen el labrador, Bartolo y Juan Serrano.

LABRADOR.
Está muy bajo el corral,
Y así, fué el salto pequeño.
BARTOLO.
Si no he reparado mal,
Allí está un hombre.
GALINDO.
¿Es sueño?
No. ¡La Corte celestial
Sea conmigo! Mil peones
Y cuatrocientos caballos
He contado ya.
LABRADOR.
Si pones
Diligencia, has de agarrallos.
GALINDO.
Del lago de los leones
Libraste, Señor, á Elías;
Pues ansí, también podías
Librarme esta noche á mí,
Ó á que me den aquí
De ventaja veinte días;
Que aunque á pie camino mal,
Yo me escaparé, Señor.
¡Ganado me han el portal,
Vive Dios!
ALCALDE.
Si hoy el valor
No me falta, presa igual
Al horror que me despierta
Tengo esta noche.
LABRADOR.
Arrimado
Se quedó el hombre á la puerta;
Allí no tiene sagrado,
Porque es pared de una huerta
Y tiene la tapia dentro.
ALCALDE.
Pues seguro está el encuentro.

Llegad.

GALINDO.

Fuera de costumbre
Ven, que me han visto sin lumbre.
Pues luego se abrirá el centro
Para tragarme una vez,
Que se lo suplico yo;
Muy madura está la nuez.

SERRANO.

Ya en nuestro poder entró.

GALINDO.

Lo mismo es entrar en Fez.

ALCALDE.

Guardarán de dos en dos
La puerta, que así conviene.
¡Ea, soldado, ¿quién sois vos?

GALINDO.

¡Habla muy áspera tiene!
Señor Juan de espera en Dios,
Porque espero en Dios que sea
Vuesa merced tan honrado,
Que no vuelva á Zalamea
Con despojos de un soldado
Que un cuarto de alcaravea
No se tendrá en el vestido.

ALCALDE.

¡No se os escape á los dos!
Y ¿á qué es lo que habéis venido?

GALINDO.

El Alcalde es, ¡vive Dios!
Señor, de limosna pido
Que me escuche.

ALCALDE.

No hay lugar:
Voces al viento derrama.

GALINDO.

¿Piensa que le han de contar
Con los nueve de la Fama
Porque me saque á azotar?

ALCALDE.

No es otro mi pensamiento
En dando fin á mi intento.

SERRANO.

El uno ya está en la red.

GALINDO.

Advierta vuesa merced
Que en mi vida fuí sargento.

ALCALDE.

Pues ¿quién sois?

GALINDO.

Galindo soy;
Pero no soy el Galindo
Que piensa, porque ya estoy
Tan humilde, que me rindo
Antes de echarme el rentoy.

ALCALDE.

¿Son soldados los que están
Con vos en este cortijo?

GALINDO.

Sí, señor: mi capitán,
Que no quiero ser prolijo;
Don Diego son y don Juan,
El alférez y otros dos.

ALCALDE.

Serrano, ¡válgame Dios,
Y qué ventura tan grande!

GALINDO.

Si ya no hay en qué me mande,
Me voy.

ALCALDE.

He de hablar con vos.

GALINDO.

¿Á mí, señor?.....

ALCALDE.

Sosegaos.

GALINDO.

Hállome tan de camino,
Señor Alcalde.....

ALCALDE.

Esperaos.

GALINDO.

¡Oh, lo que temo un pollino
Y un pregonero!

ALCALDE.

Aguardaos:
Decidme, ¿dónde podré
Hallarlos?

GALINDO.

¡De mil amores!
En adelantando el pie,
Verá de mis dos señores
La sala.

ALCALDE.

Pues yo os daré.....

GALINDO.

No quiero nada, señor;
Que me huele ese favor
Como á suela de zapato.

ALCALDE.

Serrano, esperadme un rato
Con Galindo, que el honor
No permite que dilate,
Como padre, la venganza:
Nadie de ayudarme trate,
Que honor la ocasión alcanza
Para que solo los mate.
Tomaránla aquestas manos
De dos cortesanos fieros,
Porque entiendan cortesanos
Que, á agravios de caballeros,
Hay justicia de villanos.
Bartolo, vente conmigo
Para que puerta ó postigo
Rompas, si abrir no quisieren.

GALINDO.

Antes, abiertas las tienen (1),
Que están durmiendo.

SERRANO.

¿Qué digo?

(1) Falta la rima.

Mancebo.....

GALINDO.

¿Á quién dice, á mí?

SERRANO.

¿Estáis alojado aquí?

GALINDO.

Y aun alejado quisiera.

SERRANO.

En vuestra mano estuviera
Si os fuerais.

GALINDO.

Ya no me fuí;
Pero quiero ver si puedo,
Porque me fatiga el miedo,
Si otra puerta se me ofrece.
¡Jesús, lo que le parece
Á un regidor de Toledo!

SERRANO.

No es mucho; á cada momento
Hace esos milagros Dios.

GALINDO.

¡Olióme ya el pensamiento!

SERRANO.

También sospecho que vos
Os parecéis á un sargento.....

ALCALDE.

Las espadas les quitamos.

Salen D. Diego y D. Juan.

DON DIEGO.

¿Quién entra con tanto estruendo?

GALINDO.

¡Bien aviados estamos!

ALCALDE.

Agora veréis, muriendo,
Quién somos los que llamamos.

DON DIEGO.

¿Quién eres, feroz villano,
Que á caballeros te atreves?

ALCALDE.

Que no lo eres es muy llano,
Pues no pagas lo que debes.

DON JUAN.

Nuestra defensa es en vano,
Que éste es el Alcalde: ¡cielos,
De sus manos me librad!

DON DIEGO.

Estos eran los recelos
Del corazón.

ALCALDE.

Procurad,
Locos, infames mozuelos,
Morir bien en esta hazaña,
Pues ya, de cobarde, huye
La gente que os acompaña.

GALINDO.

Paréceme que concluye,
Si el corazón no me engaña,
Con todos.

DON DIEGO.

Si has de matarnos
Sin poder aprovecharnos
De nuestras armas, más quiero
Juzgarte por caballero,
Y como tal, perdonarnos.

ALCALDE.

¿Sabéis lo que me debéis?

DON JUAN.

Sí sabemos; ¿qué queréis?

ALCALDE.

Quiero que en saliendo el día.....

GALINDO.

Oigamos la letanía.

ALCALDE.

Con mis hijas os caséis.

GALINDO.

No es mucho, que yo lo hiciera

DON DIEGO.

¡Es nuestra sangre muy clara!

ALCALDE.

Pues si es clara, bueno fuera
Que primero se mirara,
Porque no se obscureciera.
Hacer fuerza bien sabéis,
Que fué siempre de villanos;
Luego no es bien que os pintéis
Caballeros cortesanos,
Si agravio á mi honra hacéis;
Y pues villanos quedáis
Con las obras que mostráis,
En nada os ofendo aquí,
Si bajándoos hasta mí,
Con mis hijas os casáis.

DON DIEGO.

Cualquiera humilde partido,
Rendidos á vuestros pies,
Damos por bien recibido;
Pero ¿qué ha de ser después?

ALCALDE.

Lo que Dios fuere servido.

DON DIEGO.

Así hemos de asegurallos.

DON JUAN.

Apercibid los caballos.

DON DIEGO.

¡Sí; pero el trance es terrible!

GALINDO.

El hombre es tan convenible,
Que no hará más de ahorcallos.

Vanse.

Salen D. Lope y el Rey.

DON LOPE.

Es por medio del lugar
El camino, y se rodea
No habiéndole de pasar.

REY.

¿Qué lugar es?

DON LOPE.

Zalamea.

REY.

¿Hanse venido á alojar
Compañías en él?

DON LOPE.

Señor,
Dos de mi tercio han estado;
Pero por cierto rumor,
Han salido ya.

REY.

Excusado
Hubiera estado mejor,
Que por eso tenéis vos
El cargo de su quietud.

DON LOPE.

Que le tengo sabe Dios;
Pero ha sido la inquietud
De dos capitanes

REY.

¿Dos?

DON LOPE.

Ya que no la hayan causado,
Pienso que ha sido acertado
Dejar el lugar, señor,
Sin gente: es hombre de humor
Su Alcalde; es hombre extremado.
Tendrá Vuestra Majestad
Gusto en verle, que el villano
Tiene cierta autoridad
De más de juez cortesano.

REY.

Ea, en el lugar entrad.

Vanse.

Salen Ginesillo y Galindo.

GINESILLO.

¡De muy buena escapasteis,
Buen hombre!

GALINDO.

Á grande merced
Lo tengo, Ginés hermano;
Mas ¿cuándo la boda es?
Que hasta ver la conjunción,
Aun pienso que ha de llover
En mis espaldas granizo
Del tamaño de una nuez,
Y es por las pencas que tiene.

GINESILLO.

Pues si vestidas las ves
De novias, ¿cómo preguntas
Cuándo la boda ha de ser?
Ahora ha de quedar hecha.

GALINDO.

¡Por vida tuya, Ginés!
Mira que en aquesto estriba
Ser Galindo hombre de bien.

GINESILLO.

Su compadre el escribano
Falta no más.

GALINDO.

Venga, pues,
Y escriba en bronce esta historia,
Pues vale caro el papel.
Pero ¡duelos me dé Dios
Porque concibo placer!
¿Cuándo han de parir mis amos
Una traición tan cruel,
Por no mezclar con su sangre
Sangre que villana es,
Que á la morcilla del mundo
Dicen que no le está bien?
Quieren los dos esta noche.....
Nunca llegue á anochecer,
Sino que el sol, cariharto,
Un siglo se vaya á pie;
Los caballos se le cansen,
Meta mulas de alquiler,
Como una que á mí me cupo,
Que allá le dirán quién es;
Al pasar, pise una estrella,
Y vaya contra él un juez
Que le embargue todo el carro
Mientras el pleito se ve.
Pero ya salen los novios
Y sale el suegro también;
Que así tenga yo el despacho
Como Pedro Crespo es.

Salen D. Juan, D. Diego, Inés, Leonor, Alcalde y escribano.

DON DIEGO.

Pues si amor me veis fingir,
¿No lo fingiréis también?

DON JUAN.

Por ver lo que nos importa,
Á fingir aprenderé.

ALCALDE.

Pues que tan dichoso he sido,
Que este día alcanzo á ver,
Hacedme en todo dichoso.

DON DIEGO.

Nuestra la ventura es,
Pues hemos ya conocido,
Señoras, lo que valéis.
Mi Leonor, la mano os doy,
Y en ella el alma también,
Porque tengáis en la palma
El alma, pues la queréis.

DON JUAN.

Á ser mi ventura sueños,
Dulce y regalada Inés,
No me dieran ya los cielos
De mi dicha el parabién.
¡Llegue la noche, don Diego!

LEONOR.

Tal nuestra venganza es,
Que aun el sí tan deseado
Nos le procura esconder.
Vuestra esposa indigna soy:
En serlo yo vuestra veis
Lo que me regala el cielo.

ESCRIBANO.
Señores, el cielo os dé
Hijos que el lugar nos honren.
DON DIEGO.
Muy poca honra le veréis
Si han de ser nuestros villanos.
GALINDO.
¿De qué modo le diré
Al viejo el dañado intento?
Prosa los cielos me den,
Tan auténtica y medida,
Que por ella eche de ver
Que está Galindo sin culpa.
Señor, si vuesa merced
Quiere escuchar dos palabras..
ALCALDE.
Y cuatro os escucharé.
GALINDO.
Estos señores.....
ALCALDE.
Sí, hijo.
GALINDO.
No quieren amanecer
Sus yernos, porque á sus hijas
Degollabuntur: sí, á fe.
ALCALDE.
¡Loco, atrevido, insolente!
Al día lo agradeced,
Que si no.....
GALINDO.
Pues ¡juro á Cristo
De no ser más bachiller!
No vuelvo á casa en seis días.

Sale Ginesillo.

GINESILLO.
Señor, ¡si supieses quien
Viene ya por nuestra calle!.....
ALCALDE.
¿Quién viene, Ginés?
GINESILLO.
El Rey.
ALCALDE.
¿Estás loco?
GINESILLO.
Así lo dicen:
Gran gente viene con él.
ALCALDE.
Pues ¿no me hubiera avisado?.....
¡Pobre de mí! ¿Qué he de hacer,
Que no hay regalo que dalle?
DON DIEGO.
¿Hay fortuna más cruel?
¿Sabrá nuestro casamiento?
DON JUAN.
Y mi venganza después (1).
ALCALDE.
Salgamos á recibille.
DON DIEGO.
Porque no venga á saber
Que hemos vuelto á Zalamea,
Lo excusamos.
ALCALDE.
Está bien;
Yo saldré á la puerta, hijos,
Y los pies le besaré,
Que es razón. ¿Tiene Bartolo
Á punto lo que mandé?
¿Está prevenido todo?
GINESILLO.
Á que solamente dé
Licencia, espera.
ALCALDE.
Pues ¡ea!
Que ya licencia tenéis.
DON DIEGO.
Pues á recibir quedáis
Á Su Majestad.
ALCALDE.
Ya sé
Que queréis ya recogeros
Á vuestro cuarto; bien es.
DON DIEGO.
Licencia sólo esperamos.
ALCALDE.
Vuestra voluntad tenéis,
Que es la perfecta licencia.
LEONOR.
¿Hay más dichosa mujer?
INÉS.
¿Hay mujer más venturosa?
DON JUAN.
¿Hay demonio más cruel?
ESCRIBANO.
Si desa manera fué,
No tienen culpa las dos.
ALCALDE.
Con pena estuve hasta ayer,
Que supe que aquellos días,
Que fueron doce después
Que las sacaron de casa,
Se fueron á recoger
En casa de Elvira Sánchez,
Su tía.
ESCRIBANO.
Yo les envié
La comida por serviros.
ALCALDE.
¡No me avisarais!.....
ESCRIBANO.
¡Pardiez!
Que estabais tan despechado,
Que no me atreví, y juré
De no descubrirlo á nadie
Hasta volveros á ver
Con menos pasión y enojo;
Que, aun fingiendo, pregunté
Por ellas á Juan Serrano;
Pero ¿aquí no me diréis.....

(1) En el manuscrito de la Biblioteca Nacional, *tambien*.

ALCALDE.

Lleguemos hasta la esquina,
Que pienso que viene el Rey.

ESCRIBANO.

¿Qué secretos son los vuestros?
¿Qué prevenciones hacéis,
Que tan solícito os veo
Y suspenso, desde ayer
Que vinisteis del cortijo?

ALCALDE.

Un nuevo suceso es
El que me trae con cuidado.

ESCRIBANO.

Pues ya, ¿qué falta que hacer?
¿Qué más pretensiones faltan
Para que cuidado os dé?
¿No quedan ya desposados?
Por vuestra puerta ha de ser
La fiesta.

ALCALDE.

Pues si no avisa
Para que colgada esté
La calle, tome en buen hora
Lo que hallare el señor Rey.

Salen soldados, D. Lope y el Rey.

DON LOPE.

Este viejo es el Alcalde.

REY.

Llamadle.

DON LOPE

Ya os viene á ver.

ALCALDE.

No es menester que pregunte,
Por su grandeza cuál es;
Que la cara representa
Aún más, si más puede ser.

REY.

Alzaos.

ALCALDE.

Besaré primero,
Si lo merezco, los pies
Que tienen debajo el mundo.

DON LOPE.

Quisiera, Alcalde, saber
Su Majestad, dónde están
Los que por yernos queréis,
Que ya ha sabido el suceso;
Sabe la prisión también
Del cortijo: ¿están en casa?
Mirad que los quiere ver
Su Majestad para honrallos.

ALCALDE.

¿Enfadaráse ¡pardiez!
Conmigo cuando los vea?

REY.

¿Enfadarme yo? ¿Por qué?

ALCALDE.

Porque, siendo el juez mayor,
No os hice á vos el jüez;
Mas yo, como Dios me ayuda,
Hice lo que supe hacer.
Descubrid ese balcón;
Aquí mis yernos veréis.

REY.

¡Válgame Dios! ¿Qué habéis hecho?

ALCALDE.

¡Pardiez, hice lo que ve!

REY.

¿No era más justo casallos?

ALCALDE.

Sí, señor; ya los casé
Como la Iglesia lo manda;
Pero ahorquélos después.

REY.

Pues ¿para haber de ahorcallos,
Por qué los casasteis?

ALCALDE.

Fué
Porque ellas quedaran (1) viudas
Y no rameras.

REY.

Muy bien.

ALCALDE.

Si queréis que en dos palabras,
Señor, os cuente el por qué.....

REY.

Ya sé su delito, Alcalde.

ALCALDE.

Pues, señor, si lo sabéis,
¿Por qué me miráis con ceño
Cuando me arrimo á la ley?
Forzar doncellas, ¿no es causa
Digna de muerte?

REY.

Sí es;
Pero si son caballeros,
Era justo ver también
Que habíais de degollarlos,
Ya que os hicisteis su juez.

ALCALDE.

Señor, como por acá
Viven los hidalgos bien,
No ha aprendido á degollar
El verdugo.

REY.

Valor es,
Más que simpleza, el que tiene.
Y ahora, ¿qué habéis de hacer
De vuestras hijas?

ALCALDE.

Serán
Monjas.

REY.

¿Monjas han de ser?

ALCALDE.

Ó se las llevará el diablo.

REY.

Pues á tan honrado juez,

---

(1) *Quedaban*, dicen los dos textos antiguos, pero el sentido parece que exige la corrección.

Justo es que á sus hijas dote:
Para su dote les den
Lo que pidiere el convento;
Y á vos, por lo bien que hacéis
Vuestro oficio, os hago Alcalde
Perpetuo.

ALCALDE.

Á Matusalén
Venzas en años, señor.

DON LOPE.

Pues con esto, señor, ven,
Dando fin á la comedia
Pues premias (1) tan justo juez.

FIN.

---

(1) Así en el impreso de Londres y en el de Krenkel. En la copia manuscrita de la Biblioteca Nacional, *que premia*.

ARAUCO DOMADO

POR EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR D. GARCÍA HURTADO DE MENDOZA

ARAUCO DOMADO

POR

EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR D. GARCÍA HURTADO DE MENDOZA

TRAGICOMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

á D. Hurtado de Mendoza, su hijo,

MARQUÉS DE CAÑETE

Siendo esta verdadera historia vencimientos y hazañas de aquel insigne Capitán, padre de V. S., freno español y yugo católico de la más indómita nación que ha producido la tierra, en la parte cuyo descubrimiento dió tanta gloria á España, justamente vuelve al centro de su principio, como á su propia esfera y natural elemento, desde que dió sujeto á tantas plumas, cuantas en las alas de la fama volaron á la inmortalidad, resplandeciendo al sol de su esclarecido nombre. Materia dilatada en tantos versos y prosas, y por tantos y tan célebres ingenios, como en esta representación sucinta, y en este mapa breve, haciendo el mismo efeto en los oídos que la pintura en los ojos, grandes las primeras figuras, y las demás en lejos; porque sin reducirlas á perspectiva era imposible pintarlas: V. S. la reciba como prenda que restituyo á su dueño, y mi cuidado en estamparla, por censo del tiempo que la he tenido, si ya no se me tiene á grave culpa no haber comunicado al mundo cosas tan admirables, que, como sucedidas en el otro, parecen imposibles. ***Dios guarde á V. S. como deseo.***

Su Capellán,
LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

ARAUCO DOMADO

FIGURAS DE LA TRAGICOMEDIA

TIPALCO.
PILLARCO.
TALGUANO.
CAUPOLICÁN.
TUCAPEL.
RENGO.
OROMPELLO.
TALGUEN.
QUIDORA.
FRESIA.
GUALEVA.
MILLAURA.
PILLALONCO.
ENGOL.
LAUTARO, *en sombra.*
GALVARINO. } *Indios.*
PUQUELCO. }
DON GARCÍA DE MENDOZA.
DON FELIPE DE MENDOZA.
DON ALONSO DE ERCILLA.
EL CAPITÁN BIEDMA.
EL CAPITÁN ALARCÓN.
REBOLLEDO. } *Soldados.*
AVENDAÑO. }
EL DEMONIO, *en un ídolo.*
MÚSICOS INDIOS.

ACTO PRIMERO.

Salen Rebolledo, soldado, y Tipalco, indio yanacona.

TIPALCO.
¿Que este soldado, amigo, es don García?
REBOLLEDO.
Éste es aquel Hurtado de Mendoza
Que á gobernar su padre á Chile envía.
TIPALCO.
La libertad que el rebelado goza
En el gobierno de la gente anciana,
Aumentaráse con la gente moza.
Si toda la chilena y araucana,
Con ser Aguirre y Villagrán dos viejos
De igual respeto y de experiencia cana,
Previenen armas y hacen sus consejos,
Y sacudiendo el yugo de Filipe,
Su Rey, que deste polo está tan lejos,
No quieren que de Chile participe,
Como ya del Pirú y de Nueva España,
¿Quién duda que á las armas se anticipe,
Viendo que aqueste ejército acompaña
Un mancebo tan tierno?
REBOLLEDO.
Este mancebo,
El César ha de ser de aquesta hazaña;
Este Mendoza, este Alejandro nuevo,
Este Hurtado, que hurtó la excelsa llama,
No solamente á Júpiter y á Febo,
Sino á todos los nueve de la Fama,
Viene á domar á Chile y á la gente
Bárbara que en Arauco se derrama.
Si Aguirre y Villagran tan excelente
Nombre de capitanes merecieron,
Muerto Valdivia, General valiente,
Las discordias de entrambos, pues quisieron
Ser cada cual gobierno desta tierra,
De aquesta rebelión la causa fueron;
Digo, de que creciese á tanta guerra,
Que ya Caupolicán se llame y nombre
Su General de cuanto Arauco encierra;
Y no hay por qué, Tipalco, el ver te asombre,
Siendo, como eres, indio yanacona,
Que esto se cifre en el valor de un hombre;
Pues fuera del que has visto en su persona,
Por sólo lo que ha hecho en la Serena,
De capitán merece la corona.
TIPALCO.
Mucho me agrada el ver que en todo ordena

Nuestra justicia y paz, pues nos alivia
Á los indios de paz de tanta pena.
Allá, á los que mataron á Valdivia
Y con Caupolicán y Tucapelo
Están más fieros que áspides en Libia,
Podrá mostrar la sangre de su abuelo;
Que pues su padre á tanto sol le envía,
Ya habrá probado este águila al del cielo.
Mas dime, ¿qué es la fiesta deste día?

REBOLLEDO.

Por la inquietud del indio rebelado,
Vuestra mayor Iglesia no tenía
El santo Sacramento, en que encerrado
Está el cuerpo santísimo de Cristo,
Y que le tenga ha hecho y ordenado
Con muchas diligencias, que habéis visto:
Se ha de poner en la Custodia agora,
Que el llanto apenas de placer resisto.
Este divino Pan, que el cielo adora,
Acompaña el cristiano don García,
En tanto que la Iglesia le atesora.
La guarda, armas y galas deste día,
¿Es esta procesión?

Salen Pillarco y Talguano, indios.

TALGUANO.

Anda, Pillarco,
Que revientan las calles de alegría.

PILLARCO.

Dejé por verla, aunque se pierda, el barco.

TALGUANO.

¿Tipalco no es aquél?

PILLARCO.

¡Oh caro amigo!
¿Qué hay de fiesta?

TIPALCO.

Por verla diera el arco.

TALGUANO.

Pues bien podrás.

PILLARCO.

¿Quién viene aquí contigo?

TIPALCO.

Un soldado mi huésped.

PILLARCO.

Di, soldado,
¿Cuál es el General?

REBOLLEDO.

Si yo os lo digo
Correránse los cielos, que han formado
Su talle y rostro tan gallardo en todo,
Y la fama que vuela al Norte helado;
Mas si queréis mirarle de otro modo,
Pues ya la procesión se acaba y pasa,
Hecho mirad el generoso godo
Umbral por donde Dios entra en su casa.

Toquen chirimías, y córrase una cortina, detrás de la cual se vea un arco de hierba y flores, y en una alhombra debajo dél, tendido D. García en el suelo, y á los lados del arco los soldados que quepan, muy galanes, uno con el bastón, otro con la espada, y otro con el sombrero.

PILLARCO.

¿Qué es aquello?

TALGUEN.

¿Hay cosa igual?

TIPALCO.

¿Cómo vuestro General
Está tendido en el suelo?

REBOLLEDO.

Al pasar el Rey del cielo
Le quiso servir de umbral;
Que para daros ejemplo,
Indios, por él ha pasado,
En que su humildad contemplo,
El sacerdote sagrado
Con la Custodia á su templo.
Retiraos, que se levanta.

PILLARCO.

Á la iglesia voy.

TIPALCO.

Entremos.

Póngase en pie, y lleguen todos á darle sus insignias.

FILIPE.

Ella ha sido hazaña santa.

ALONSO.

Divino ejemplo tenemos;
Yo no he visto humildad tanta.

GARCÍA.

Caballeros, siendo yo
Polvo y nada, el que del suelo
Me levantó y me formó,
Hoy me ha convertido en cielo,
Pues, como veis, me pisó.
Oficio de ángeles es
Este que agora he tenido,
Pues fuí trono de los pies
Del mismo Dios.

FILIPE.

Justo ha sido
Que á todos ejemplo des:
Al español, porque entienda
Cómo se debe estimar
Aquesta angélica prenda,
Y al indio, porque al altar
Llegar con respeto emprenda.

ALONSO.

Capitán que ha comenzado
Del culto de Dios, no puede
Ser, gran señor, desdichado.

FILIPE.

Hoy el cielo te concede
El título más honrado,
Que es defensor de la fe.

GARCÍA.

Dos cosas en Chile espero
Que su gran piedad me dé,
Porque con menos no quiero
Que el alma contenta esté:
La primera es ensanchar
La fe de Dios; la segunda,

Reducir y sujetar
De Carlos á la coyunda
Esta tierra y este mar,
Para que Filipe tenga
En este antártico polo
Vasallos que á mandar venga.

FILIPE.

De cuanto alumbrare Apolo,
Rico imperio se prevenga,
Que de más le harán, señor,
Las muestras de tu valor;
Que pues con rayos tan grandes
En Rentín, en Sena, en Flandes
Diste tanto resplandor
Al aurora de tus años,
En llegando al Mediodía
Harás efectos extraños.

GARCÍA.

Dar á lo menos querría
De mi intento desengaños;
Y para principio dél,
Traedme aquí á Villagrán,
Y venga Aguirre con él,
Pues presos los dos están,
Y está aprestado el bajel;
Que al Pirú se han de partir,
Y desde allí, luego á España.

ALONSO.

¡Oh, cuánto lo han de sentir!

FILIPE.

Pensaron verse en campaña.

GARCÍA.

Pues cesen de competir;
Que esta vez juntos irán
Dentro de un mismo navío.

ALONSO.

Sentirálo Villagrán.

GARCÍA.

Viéndose juntos, confío
Que paz y amistad harán;
Que á dos hombres cuyo brío
No cupo en tal señorío,
Por ambición del poder,
Los tengo de hacer caber
En la tabla de un navío.

FILIPE.

¿Harás luego tu jornada?

GARCÍA.

Á la ciudad despoblada
De la Concepción iré,
Adonde esperar podré
La demás gente embarcada;
Que espero en Dios, y el valor
Que en la sangre de Mendoza
Me dió el Marqués mi señor,
Que la libertad que goza
Chile, rebelde y traidor,
Se reduzca á Carlos quinto
Y á Filipe su heredero,
En término tan sucinto,
Aunque le pese al mar fiero,
Por quien se juzga distinto,
Que todo el polo se espante
De que esta rebelde gente
Venga á humildad semejante.

FILIPE.

El cielo tu vida aumente.

ALONSO.

La fama tu nombre cante.

Vanse.

Salen Caupolicán, Fresia y Puquelco.

CAUPOLICÁN.

Deja el arco y las flechas,
Hermosa Fresia mía,
Mientras el sol con cintas de oro borda
Torres de nubes hechas,
Y declinando el día,
Con los umbrales de la noche aborda.
Á la mar, siempre sorda,
Camina el agua mansa
De aquesta hermosa fuente,
Hasta que su corriente
En sus saladas márgenes descansa:
Aquí bañarte puedes
Tú, que á sus vidros en blancura excedes.
Desnuda el cuerpo hermoso,
Dando á la luna envidia,
Y quejaráse el agua por tenerte;
Baña el pie caluroso,
Si el tiempo te fastidia,
Vendrán las flores á enjugarte y verte;
Los árboles á hacerte
Sombra con verdes hojas;
Las aves armonía,
Y de la fuente fría
La agradecida arena, si el pie mojas,
A hacer con mil enredos
Sortijas de diamantes á tus dedos.
De todo lo que miras
Eres, Fresia, señora:
Ya no es de Carlos ni Filipe Chile;
Ya vencimos las iras
Del español, que llora,
Por más que contra Arauco el hierro afile,
El ver que aun hoy destile
Sangre esta roja arena,
En que Valdivia yace.
Del polo en que el sol nace,
Adonde sus caballos desenfrena,
No hay poder que me asombre;
Yo soy el dios de Arauco, no soy hombre.
Pídeme, Fresia hermosa,
No conchas, no crisoles
De perlas para alfombras, sino dime:
Caupolicán, enlosa
De cascos de españoles
Todo este mar, que por tragarlos gime;
La fuerte maza esgrime;
Hazme reina del mundo,
Pásame, dando asombros,
Sobre tus fuertes hombros,

Desotra parte deste mar profundo;
Y adonde Carlos reina,
Di que de Chile soy y Arauco, reina.

FRESIA.

Querido esposo mío,
Á quien estas montañas
Humillan las cabezas presurosas,
Por quien de aqueste río,
Que en verdes espadañas
Se acuesta, coronándose de rosas,
Las ninfas amorosas
Envidian mi ventura:
¿Qué fuente, qué suaves
Sombras, qué voces de aves,
Qué mar, qué imperio, qué oro ó plata pura,
Como ver que me quieras,
Tú que eres el señor de hombres y fieras?
No quiero mayor gloria
Que haber rendido un pecho
A quien se rinde España, coronada
De la mayor victoria,
Pues cupo en ella el hecho
Por quien la India yace conquistada;
Ya la española espada,
El arcabuz temido,
Que truena como el cielo,
Y rayos tira al suelo;
Y el caballo arrogante, en que subido
El hombre, parecía
Monstruosa fiera que seis pies tenía,
No causarán espanto
Al indio que rebelas,
Cuya libre cerviz del cuello sacas
Del español, que tanto
Le oprimió con cautelas,
Cuy aambición de plata y oro aplacas;
Ya en tejidas hamacas
De tr onco á tronco asidas
Dest os árboles altos,
De inquieta guerra faltos,
Dormiremos en paz, y nuestras vidas
Llegarán prolongadas
A aquel dichoso fin que las pasadas.

CAUPOLICÁN.

Puquelco.....

PUQUELCO.

Señor.....

CAUPOLICÁN.

Advierte
Si alguien me viene á buscar;
No des á que éntre lugar.

PUQUELCO.

Bien puedes entretenerte;
Que yo en esta orilla quedo,
Donde os podéis desnudar.

FRESIA.

Ven, mi bien.

CAUPOLICÁN.

Que has de abrasar
Su agua en tu sol tengo miedo.

Vanse Caupolicán y Fresia.

Salen Tucapel, Rengo, Talguen, Orompello y Pillalonco, viejo.

PILLALONCO.

Llamad á Caupolicán.

RENGO.

Aquí está Puquelco.

TUCAPEL.

Amigo,
¿Qué hace el General?

PUQUELCO.

Yo os digo
Que otros cuidados le dan
Los recelos que traéis:
Con Fresia se está bañando.

TUCAPEL.

¡Bañando, cuando abrasando
De inquietud á Arauco veis!
Dejalde, que donde estoy
No es menester General.

REBOLLEDO.

Ni donde yo, porque igual
Con cuantos nacieron soy.
Haz tu oficio, Pillalonco,
Consulta á nuestro Pillán.

PILLALONCO.

¿Traéis la lana?

TALGUEN.

Aquí están,
Sacerdote, lana y tronco.

PILLALONCO.

Retiraos todos allí,
Mientras comienzo el conjuro.

OROMPELLO.

Pues presto, porque te juro
Que el furor revienta en mí.

PILLALONCO.

Yo daré prisa, Orompello,
No te fatigues, que ya
Pillán la verdad dirá.

OROMPELLO.

Pues aquí aguardo á sabello.

Retírense, y el viejo ponga un ramito en el suelo y una vedija de lana encima.

Ya pongo el ramo, y la vedija encima,
De la lana más cándida apartada:
¿Qué aguardas, pues, que tu tiniebla oprima?
Ponte en ella, Pillán, y la dorada
Faz descubierta, dime lo que sabes
Deste español y su vecina armada.
¿Para qué quieres que con voces graves
Te importune, si amigo y dueño eres,
Pudiendo responder á las suaves?

Salga por el escotillón Pillán, demonio, con un medio rostro dorado y un cerco de rayos, como sol, en la cabeza, y el medio cuerpo con un justillo de guadalmecí de oro.

DEMONIO.

¿Qué me oprimes, amigo, qué me quieres?

PILLALONCO.

Cuéntame, Pillán divino,
Quién es aqueste famoso
Capitán, que del Pirú
Viene á Chile, y sobre el hombro
Del mar Antártico, dando
Tanto miedo á nuestro polo,
Que los fieros araucanos,
De Valdivia victoriosos,
Los nunca vencidos pechos
Bañan en cobarde asombro.

DEMONIO.

Noble sacerdote mío,
Generoso Pillalonco,
Este capitán que viene,
Puesto que le ves tan mozo,
En vuestros rebeldes cuellos
Pondrá el yugo poderoso
De Carlos quinto y Felipe,
No más de en dos años solos.
Es el Virrey del Pirú
Su padre, aquel generoso
Marqués de Cañete, que él
Le envía contra vosotros.
Muy bien sabe á quién envía;
Que su brazo poderoso
Vencerá nueve batallas.
Al fin, rindiéndoos á todos,
En vuestro desierto suelo
(Ved si es hombre prodigioso)
Fundará siete ciudades.

PILLALONCO.

¿Qué me dices? ¿Cuándo? ¿Cómo?

DEMONIO.

El cuándo, agora será;
El cómo, del presuroso
Tiempo lo sabréis; mas creo
Que después de estos enojos
Le habéis de querer de suerte,
Por tantos hechos heroicos,
Que le llaméis San García
Y le hagáis estatuas de oro.
Yo solo seré el que pierda,
Y no pienso perder poco,
Pues si entra la cruz de Cristo,
Luego mis banderas rompo.

PILLALONCO.

¿Vaste? Espera. ¿Así me dejas?
¡Hola: llegad, llegad todos!

Disparen un arcabuz, y ciérrese, ó echen por allí una llama.

TUCAPEL.

¿Qué es aquesto?

PILLALONCO.

Grandes males
Nos pronostica este monstruo:
Un hombre dice que viene
Del Pirú, que tendrá en poco
Vuestros pechos, araucanos,
Y de quien seréis despojos.
Que os ha de vencer, me dijo,
Y que estos montes y sotos
Han de ser siete ciudades
De españoles victoriosos.

TUCAPEL.

¡Detén la cobarde lengua,
Ó, vive el sol, que si tomo
Una flecha del carcax,
Y por el aire la arrojo,
Que clavándola con ella,
Pase tu cuello medroso,
Y vaya á dar al navío
Adonde viene ese loco,
Para que, en viéndola, digan
Que es del brazo riguroso
Del soberbio Tucapel.

RENGO.

Si errares, y yo la pongo,
Tiraréla al sol, y el sol,
Con su diestra mano de oro,
La tomará y volverá
Á la tierra tan furioso,
Que como rayo la clave
En ese español, y roto
Su pecho, en su sangre escriba:
«Rengo soy, rayo me nombro.»

TALGUEN.

¿Para qué? Sino que yo
Tire aquésta tras vosotros,
Y en el cabo de la flecha
Que hiere su pecho un poco,
Dé tal golpe con la mía,
Que pasen de un cabo á otro
Juntas, y en sangre teñidas
Las plumas, dando en un tronco,
Escriban: «Soy de Talgueno.»

OROMPELLO.

De veros hablar me corro
No dejéis nada á Orompello.
Pues yo he de hacer más que todos:
Que si se arrima á algún muro
Ese General tan mozo,
Tengo de pasarle el pecho
Con golpe tan espantoso,
Que dando el hierro en el muro,
Vuelva la flecha á nosotros,
Porque en la sangre que traiga
Diga: «Este tiro famoso
Es del brazo de Orompello.»

PILLALONCO.

Si á tanta furia os provoco
Con las verdades que os digo,
Que siempre mentir propongo,
Esto me ha dicho Pillán.

TUCAPEL.

No hay Pillán; yo basto y sobro
Contra el mundo.

PILLALONCO.

Tucapel,
Yo los de España conozco.

RENGO.

Déjale, que es viejo.

TUCAPEL.

Rengo,
Por sus canas me reporto.

RENGO.

¿Miedo nos pones, villano?

TUCAPEL.

¿Cómo miedo? ¡Haréle polvo!

Salen Caupolicán y Fresia.

CAUPOLICÁN.

¡Fuego, fuego, que me abraso!
¡Déjame, Fresia!

FRESIA.

¡Señor!

OROMPELLO.

¿Qué es esto?

TALGUEN.

¡Extraño rumor!

FRESIA.

¿Dónde vas? Detén el paso.

CAUPOLICÁN.

¡Ay, Fresia, no me detengas!

TUCAPEL.

¿Qué tienes, Caupolicán?

CAUPOLICÁN.

¡Hame abrasado Pillán!

RENGO.

No es mucho que ardiendo vengas.

CAUPOLICÁN.

Bañábame, Rengo amigo,
Con Fresia en aquesta fuente,
Cuando miro de repente
Todo el infierno conmigo.
Del agua brotaban llamas,
Y en medio dellas, Pillán
Me dijo: «¡Oh, gran capitán,
Que tu heroico nombre infamas!
El español don García,
Aunque la mar alteré
Con tempestad que formé,
Que al cielo temor ponía,
Ya llegó á la Concepción,
Tomó puerto en Talcaguano,
Pasó á Tierra Firme; en vano
Intento su perdición;
Que en Penco ha formado un fuerte,
Donde defenderse piensa
De vuestra araucana ofensa,
Á quien promete la muerte.
Toma las armas, intenta
Que antes que su gente llegue,
Mueran, y el paso les niegue,
Que buscan con vuestra afrenta.
Arremete al fuerte luego,
No quede vivo español,
Antes que al valle de Engol
Pongan, los que vienen, fuego.
Mirad que es para mi daño
La venida desta gente.»
Dijo, y de alquitrán ardiente
Quedó rechinando el baño.
Salí sintiendo en el pecho
Mil víboras, de quien ya,
Á no ver lo que aquí está,
Fuera abrasado y deshecho
¡Oh valientes araucanos!
Agora es tiempo; mirad
Que es gran bien la libertad,
Y que hoy está en vuestras manos.
Tocad á guerra, saquemos
Las armas que dieron muerte
Á Valdivia, y este fuerte
De Penco por tierra echemos.
Tengo una capa de grana
Que quiero dar al primero
Que con maza, arco ó acero,
Sacare sangre cristiana;
Picas tenemos y espadas,
Que ganamos en la guerra
Pasada, que desta tierra
Fueron ya tan estimadas.
¡Ea, Rengo y Tucapel!
¡Ea, Talguen y Orompello,
La ocasión os da el cabello
Poned las manos en él!
¡Al arma, al arma!

TUCAPEL.

¡Detente,
General Caupolicán,
Que los que contigo van
Son muchos para esa gente!
Déjame ir solo, no digan
Que fuimos dos araucanos
Para treinta mil cristianos.

RENGO.

Oye, que á todos obligan:
Ten paciencia, pues yo voy,
Que también pudiera solo
Hacer temblar este polo,
Pues todos sabéis quién soy

TALGUENO.

¡Mueran! ¿En qué os detenéis?
El que primero llegare
Los mate, sin que repare
En que uno por mil valéis.
No imaginéis que esto es guerra,
Sino castigo.

OROMPELLO.

Talgueno
Habla de arrogancia ajeno;
Quede en libertad la tierra,
Y cada cual por su parte
Muestre su heroico valor.

CAUPOLICÁN.

Sígueme, Fresia.

FRESIA.

Mi amor
Me esfuerza, esposo, á ayudarte.

PILLALONCO.

¡Plega al cielo que algún día,

Araucanos, me creáis,
Cuando el valor conozcáis
Del español don García!

TUCAPEL.

¡Calla, infame Pillalonco!
Huye, empieza á retirarte,
Ó ¡vive Dios, de flecharte
Con ese primero tronco!
Deja que Caupolicán
Mate al español cruel.

PILLALONCO.

Presto verás, Tucapel,
Si dijo verdad Pillán.

Vanse.

Salen D. García y D. Filipe de Mendoza.

FILIPE.

El fuerte está bastantemente fuerte;
Bien podrás defenderte en cuanto llegan,
Señor, los que navegan en tu ayuda.

GARCÍA.

Mientras la gente acuda, don Filipe,
Que temo se anticipe la contraria,
Fué cosa necesaria á la defensa.

FILIPE.

Ya sin alguna ofensa, aficionados,
De todos los estados indios bajan,
Que las campañas cuajan para verte;
No el temor de la muerte los provoca,
Ni el ser la fuerza poca de su gente;
Tu persona excelente, y la nobleza
Alta y real grandeza con que has dado
Perdón al rebelado, los incita,
Y á venir solicita, reducidos
Á la paz, y movidos de tus dones.

GARCÍA.

Si las fieras naciones del Estado
De Arauco, no domado eternamente,
Con rebelada frente se desvían;
Si al Rey, á quien servían, la obediencia
Niegan con tal violencia; si mataron
Á Valdivia, y llamaron á altas voces
A un bárbaro, feroces, rey y dueño,
¿Qué importa que el isleño se nos rinda,
Que con Arauco alinda, pues se espera
Guerra dudosa y fiera? Mas el cielo
Verá mi honesto celo, el Rey de España
Esta imposible hazaña, y todo el mundo
Aquel valor profundo, del que ha dado
La sangre y nombre Hurtado á los Mendozas.

FILIPE.

Si el fin dichoso gozas que pretendes,
Y el nombre Hurtado extiendes en el polo
Antártico, tú solo decir puedes
Que de Alejandro excedes las memorias,
Que con tantas victorias su bandera
Pasó la India fiera, y este día,
Alejandro sería justa cosa
Que la fama ambiciosa te llamase,
Que aunque el Hurtado pase al mayor hombre,
No será hurtado, sino propio nombre.

Sale D. Alonso de Ercilla.

ALONSO.

Prevén, invicto Príncipe, las armas
Y defiende tu vida en este fuerte,
Y la de aquestos pocos españoles;
Que los rebeldes indios araucanos,
Fiados en la muerte de Valdivia
Y en que también á Villagrán vencieron,
Vienen, como deciende en el verano
Granizo en árbol de medrosos pájaros,
Á no dejarte piedra sobre piedra;
¡Que es ver la variedad de armas extrañas,
De pellejos de lobos y leones,
De conchas de pescados y de fieras,
Las mazas, las espadas y alabardas
Ganadas en batallas de españoles;
Los instrumentos varios que ensordecen
El aire, las alegres y altas voces;
Y que es de ver delante aquel membrudo
Gigante fiero y General que traen,
Que desde el hombro arriba excede á todos.
Ea, señor: ¿no escuchas ya los gritos
Con que niegan á Carlos la obediencia?

GARCÍA.

Hermano don Filipe de Mendoza,
Hoy es día de mostrar los pechos
¡Ea, españoles! fuertes.

FILIPE.

Don Alonso,
¿Qué gente viene?

ALONSO.

Un infinito número.

FILIPE.

Y ¿no se sabe el que es?

ALONSO.

Veinte mil indios.

FILIPE.

Para cada español habrá trecientos.

GARCÍA.

¡Al fuerte, caballeros! ¡Arma, guerra!
¡Chile, yo vuelvo á conquistar tu tierra!

Salen indios músicos delante, con unos tamborilillos, y por ser fuerza para cantar, con sus guitarras, y detrás Caupolicán con todos sus soldados, y pónganse arriba en el fuerte los españoles con sus armas.

UNA VOZ.

Pues tantas victorias goza
De Valdivia y Villagrán.....

TODOS.

Caupolicán.

SOLO.

También vencerá al Mendoza
Y á los que con él están.

TODOS.

Caupolicán.

SOLO.

Si sabías el valor
Deste valiente araucano,

Á quien Apó soberano
Hizo de Arauco señor,
¿Cómo no tienes temor?
Que si venció á Villagrán.....

TODOS.

Caupolicán.

SOLO.

También vencerá al Mendoza
Y á los que con él están.

TODOS.

Caupolicán.

CAUPOLICÁN.

Españoles desdichados,
En ese corral metidos,
Que es confesaros vencidos,
Y que estáis juntos atados,
¿Adónde vais engañados?

LA VOZ.

Á que les dé muerte irán.....

TODOS.

Caupolicán.

LA VOZ.

También vencerá al Mendoza
Y á los que con él están.

TODOS.

Caupolicán.

TUCAPEL.

Ladrones, que á hurtar venís
El oro de nuestra tierra,
Y disfrazando la guerra
Decís que á Carlos servís,
¿Qué sujeción nos pedís?

LA VOZ.

Temblando de verte están.

TODOS.

Caupolicán.

LA VOZ.

También vencerá al Mendoza
Y á los que con él están.

TODOS.

Caupolicán.

RENGO.

Infames, puesto que altivos;
Y tú, García, si tú
Piensas que es Chile el Pirú,
¿Por adónde saldréis vivos?
Hoy os llevará cautivos.....

LA VOZ.

Al cerro de Andalicán.

TODOS.

Caupolicán.

LA VOZ.

También vencerá al Mendoza
Y á los que con él están.

TODOS.

Caupolicán.

Sale D. García en lo alto.

GARCÍA.

¡Con qué extraños instrumentos,
Música, voces y grita,
Su General solicita
Á sus soldados contentos!
Si de aquesta suerte fueran
Los indios que vió Colón,
Tarde en aquesta región
Los españoles se vieran.

FILIPE.

Permitió Dios que la entrada
Fuese por tanta inocencia.

CAUPOLICÁN.

Ya se han puesto en resistencia.

TUCAPEL.

¡No se hiciera espada á espada,
Flecha á flecha y pecho á pecho!

RENGO.

Ya los tiros y arcabuces
Entre banderas de cruces
Coronan su cerco estrecho.

CAUPOLICÁN.

¡Al arma, que en eso estriban!
¿Quién ha de saltar el fuerte?

TUCAPEL.

Yo, que soy rayo y soy muerte.

GARCÍA.

¡Carlos y Filipe vivan!

Disparen los arcabuces de arriba, y los de abajo acometan tirándolos flechazos y alcancías, y entren, finalmente, bajando los de arriba á la defensa, y salgan Rengo y D. Filipe batallando.

FILIPE.

¿Tú osaste entrar, araucano?
¿Tú en el fuerte has puesto el pie?

RENGO.

Pues entré, yo buscaré
Por dónde salir, cristiano.

FILIPE.

¡Bárbaro! ¿Sabes que soy
Don Filipe de Mendoza?

RENGO.

Español, mucho te goza
De que venciéndote estoy;
Que soy Rengo, el que ha tenido
Más despojos de vosotros
En Chile.

FILIPE.

Venciste á otros,
Para ser de mí vencido.

Vanse.

Salen D. García y Caupolicán.

CAUPOLICÁN.

¿Tú eres García?

GARCÍA.

Yo soy,
Que he de quitarte la vida.

CAUPOLICÁN.

¿Sabes que está al sol asida,
En cuyos rayos estoy?

¿Sabes que es mi padre, y que es
Suyo este cetro que rijo?

GARCÍA.

¿Sabes tú que yo soy hijo
Del gran virrey don Andrés?

CAUPOLICÁN.

¡Lástima á tus años tengo!

GARCÍA.

Tenla, bárbaro, de ti;
Que yo Mendoza nací,
Y he de hacer á lo que vengo.

Vanse.

Salen algunos soldados sobre Tucapel y Talguen; D. Alonso y Biedma.

TUCAPEL.

Herido, Talguen, estoy.

TALGUEN.

Yo defenderé tu vida.

ALONSO.

¡Oh espada en fieras teñida!
Animo, mirad quién soy.

BIEDMA.

Ya van, Ercilla famoso,
Saltando el fuerte: tenéos.

ALONSO.

Llevábanme los deseos
Del ánimo generoso.
¡Que estos bárbaros saltasen
El fuerte!

BIEDMA.

No hay onzas fieras
Que sangrientas y ligeras
En ganado humilde entrasen,
Que mayor estrago hiciesen;
Mas no se irán alabando.

Dentro:

¿Qué voces dan?

FILIPE.

¡Santo cielo,
Nuestra vida vino al suelo!

ALONSO.

Sí. ¿Van el fuerte ganando?

BIEDMA.

Si los veinte arcabuceros
Que ha ordenado don García
Que tiren á puntería
Á los bárbaros más fieros
No son muertos, no creáis
Que pueda ganarse el fuerte.

Salen D. Filipe y soldados que traigan á D. García en los brazos, desmayado.

FILIPE.

Yo vengaré vuestra muerte,
Hermano, si vos lo estáis.

ALONSO.

¿Es el General?

BIEDMA.

Él es.

ALONSO.

Y ¿es muerto?

FILIPE.

¡El cielo no quiera
Que al Perú nueva tan fiera
Vaya tan presto al Marqués!
Una piedra disparada
De un bárbaro, le arrojó
De la trinchea, y cayó
Sobre la tierra, cuajada
De la sangre que ha sacado
Su brazo.

ALONSO.

¡Oh gran confusión!

BIEDMA.

Desatalde el morrïón.

ALONSO.

Él está todo abollado;
No tiene señal de herida;
Del golpe ha sido el desmayo.

FILIPE.

Si ha hecho efecto de rayo,
Mi hermano estará sin vida.

GARCÍA.

¡Jesús!

FILIPE.

¿Habló?

ALONSO.

¿No lo ves?

FILIPE.

Pedid albricias, señor,
Á vuestro mucho valor
Y á nuestra pena después.

GARCÍA.

¿Entraron el fuerte?

FILIPE.

No;
Que los que dentro han entrado
Ó vida ó sangre han dejado.

GARCÍA.

Pues esas dos tengo yo,
Hoy se empleen hasta echarlos
Del fuerte y de la campaña.
¡Cierra España!

TODOS.

¡Cierra España!

GARCÍA.

¡Viva Carlos!

TODOS.

¡Viva Carlos!

Vanse.

Salen las indias Gualeva, Quidora, Fresia y Millaura con unas cestillas de fruta y unas botillas ó barros de agua.

GUALEVA.

¡Triste de mí, que no salen
Del fuerte!

FRESIA.
Calla, Gualeva;
Que no será cosa nueva
Que el muro á la tierra igualen;
Y algo se han de detener
En pasarlos á cuchillo.

GUALEVA.
Madí traigo en mi cestillo;
Perper traigo que beber;
Mas no veo á mi querido
Tucapel.

MILLAURA.
Yo traigo aquí
El ulpo mejor que vi,
Por si cansado ó herido
De aquesta batalla sale,
Fresia, mi adorado Rengo.

QUIDORA.
Por aquí un cocavi tengo
Que no hay cosa que le iguale,
Y también truje muday
Porque beba mi Talgueno,
Aunque es de mi amor ajeno,
Si sangre en mis venas hay.

GUALEVA.
¿Cuánto me apuestas, Quidora,
Que aquel mi amor, temerario,
Como es en él ordinario,
Entra por el fuerte agora,
Y que sacarle de allí,
Hasta que vida no quede,
Ni Talguen, su amigo, puede,
Ni el amor que tiene en mí?

MILLAURA.
Consuelo puedes tomar
Conmigo.

GUALEVA.
¡Ay, Millaura mía!
Cuando Tucapel porfía,
No es tan invencible el mar.
Bien sé que Rengo es un tigre,
Mas mi esposo es un león,
Y temo en esta ocasión
Que por su furia peligre.

FRESIA.
Asentémonos aquí
Mientras del asalto vienen.

Asiéntense las cuatro indias, y en lo alto D. García, D. Filipe y los demás.

FILIPE.
Bien vistas las muestras tienen
Del gran valor que hay en ti.

GARCÍA.
Gracias á Dios, que nos dió
Vitoria, para que entiendan,
Cuando otra vez nos emprendan,
Qué Gobernador soy yo.

ALONSO.
¡Si llevarán ya creído
Que por tu brazo ha de ser
Domado Arauco!

GARCÍA.
Hasta ver
Á Caupolicán vencido,
Les parecerá imposible.
¡Notable bárbaro!

FILIPE.
¡Fiero!

GARCÍA.
Que vuelva esta noche espero;
Y así, será convenible
Poner velas en el fuerte
En tanto que descansamos.

FILIPE.
Bien dices; guarda pongamos.

GARCÍA.
Esos soldados advierte.

ALONSO.
Aquí viene Rebolledo,
Hombre á quien puedes fiar
El fuerte.

Sale Rebolledo.

REBOLLEDO.
Seré en velar
Un Argos.

GARCÍA.
Luego ¿bien puedo
Dejarte este cuarto aquí?

REBOLLEDO.
Está seguro, señor,
De mi lealtad y mi amor.

GARCÍA.
Y del valor que hay en ti:
Vamos, y haz como soldado,
Mira el peligro en que estoy.

Vanse todos y queda Rebolledo.

REBOLLEDO.
Ojos, advertid que soy
Hombre de honor y cuidado;
Alzad las cejas, mirad
Esa campaña muy bien.

QUIDORA.
¡Cómo tarda mi Talguén!

FRESIA.
Yo muero de soledad.

MILLAURA.
Yo de temor de la vida
De mi Rengo.

GUALEVA.
Yo de ver
Que Tucapel ha de ser
De mí inocente homicida.

REBOLLEDO.
Señores ojos, ya veo
Que han estado desvelados;
Pero los ojos honrados,

No por cumplir un deseo
Ponen su dueño en el potro.
Adviertan ¡cuerpo de Dios!
Que hay una vida, y son dos;
Duerma el uno y vele el otro.
Cierro el derecho: á la fe,
Que el otro empieza á plegarse:
¿No podría concertarse
Que duerma y despierto esté?
¿No se cuenta del león
Que duerme abiertos los ojos?

Salen Rengo y Orompello.

RENGO.
Todos fuéramos despojos
Suyos en esta ocasión,
Á no se haber divertido
Cuando el General cayó.

OROMPELLO.
¿Que Caupolicán entró,
Y salió del fuerte herido?

RENGO.
Hirióle el gran español,
El gallardo don García,
Porque herirle no podía
Menos que un hijo del sol.
Gente hay aquí.

GUALEVA.
¡Ay, cielo santo!

RENGO.
¿Quién va?

MILLAURA.
Tu voz conocí,
Rengo mío. ¿Vives?

RENGO.
Sí.

GUALEVA.
¡Quién escuchara otro tanto!

FRESIA.
¿Adónde, Rengo, has dejado
Á Caupolicán mi esposo?

RENGO.
Fresia, el Mendoza famoso
Le ha vencido y retirado.

GUALEVA.
¿Dónde queda Tucapel?
Dime, Rengo, ¿cómo queda?

RENGO.
No sé ¡por Dios! cómo pueda
Dar, Gualeva, nuevas dél;
Pero sé que muy herido
De aquel asalto salió.

GUALEVA.
Qué ¿le dejaste?

RENGO.
Pues yo,
¿Qué pude hacer?

GUALEVA.
Siempre has sido
De sus hechos envidioso:
Dejástele con cuidado
Del desafío aplazado,
De su valor temeroso.
¡Ah, cobarde, pues yo vivo,
Y si Tucapel murió,
Por él saldré al campo yo!

RENGO.
¡Amor notable!

OROMPELLO.
Excesivo.

GUALEVA.
¿Ríeste? Dame, Orompello,
Esa macana.

RENGO.
¿Qué intentas?

Quítale la macana.

GUALEVA.
Hacer, infame, que sientas
Que este femenil cabello
Cubre un alma varonil.

RENGO.
Perdono á tu loco amor,
Mujer, que con mi valor
Uses término tan vil.

GUALEVA.
No sabes qué estás mirando.

RENGO.
Vete, Gualeva, de aquí.

GUALEVA.
Mas diré que te vencí
Y que te dejé temblando;
Que por no me detener
En buscar mi dueño amado,
No te mato, afeminado.

Vase Gualeva.

RENGO.
Eres, Gualeva, mujer:
Habla, di lo que quisieres,
Que para hablar con dolor
Ha días que dió el amor
Gran licencia á las mujeres.

MILLAURA.
Perdónala, esposo mío,
Y escucha aparte.

Sale D. García en lo alto.

GARCÍA.
El cuidado
De un capitán desvelado,
Á quien ni el invierno frío
Ni el verano ardiente obliga
Á descanso, me ha traído
Á ver si mi vela ha sido
Firme y cuidadosa amiga.
¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
Durmióse, durmiendo está;

Vela que se ha muerto ya,
Volver á encenderla presto.
  Mas quiero tener la espada,
Considerando que ha sido
Grande el trabajo sufrido
De nuestra larga jornada.
  No desdice á capitán
Dar la vida á quien la muerte
Merece, si en este fuerte
Pocos tan buenos están.
  Haré que con el bastón
Despierte, y esconderéme.

Píquele, y escóndase.

REBOLLEDO.

¡Dormí, por Dios, descuidéme!
Ojos, no tenéis razón;
  Mas si el sueño me obligó
Á cerraros, él ha sido
El que abrirlos ha podido,
Que él mismo me despertó.
  Soñaba que era jumento,
Y mi amo un labrador,
Que después de su labor
Iba á su casa contento;
  Y que, en efeto, mi dueño,
Para que anduviese más,
Me picaba por detrás:
Desperté. ¡Qué extraño sueño!

RENGO.

  Ven conmigo, Fresia hermosa,
Con Quidora y con Millaura,
Donde el General restaura
Esta pérdida llorosa;
  Que de todos los estados
Bajan cuarenta mil hombres
Con caudillos, cuyos nombres
Tiene Arauco celebrados;
  Que presto verás por tierra
El fuerte, aunque esté García:
Dicen que por gente envía
Para continuar la guerra.

FRESIA.

  Vamos, y permita el sol
Que Chile se libre dél;
Que deste asalto cruel
Tembló el Mendoza español.

Vanse Rengo, Fresia, Quidora y Millaura.

REBOLLEDO.

  ¿Otra vez, ojos, tornáis
Á vencerme? ¿Aquesto es vida?
¿Hay muerte más conocida
Que la que sufriendo estáis?
  ¡No estuviera yo en España!
¿Quién me trujo por mil mares
Á sufrir tantos pesares
En esta estéril campaña?
  Yo como hierbas aquí
De nombres que indios les dan,
Que ni se los puso Adán,
Ni en la vida los oí.
  ¿Hay nombre como jamón?
¿Hay hierba como lunada?
¿Hay maíz como empanada
De una trucha ó de un salmón?
  Los que las Indias hallaron,
Vinieron por oro y plata;
Halláronla tan barata,
Que por vidros la compraron.
  No viene así don García,
Ni plata intenta buscar;
Que viene á pacificar
Su bárbara rebeldía.
  ¡Pues en verdad que éstos son
De los indios desarmados
Que hallaba en selvas y prados,
Como corderos, Colón;
  Sino los hombres más fieros,
Más valientes, más extraños,
Que vió este polo en mil años!
Ojos, no puedo venceros.
  Dicen que en la antigüedad
Daban tormento de sueño:
No era tormento pequeño.
Pero en tanta soledad,
  ¿Qué es lo que puedo temer,
Los indios ya recogidos?
Más curarán sus heridos,
Que cuidarán de volver.
  Durmámonos un poquito.

Sale D. García en lo alto.

GARCÍA.

Mi vela vuelvo á buscar,
Que para verle velar,
Sueño y descanso me quito.
  ¡Vive Dios, que está durmiendo!
Esto es insolencia clara.
¡Quién de un hidalgo pensara
Dos veces lo que estoy viendo!
  Daréle una cuchillada.

Sacúdele.

REBOLLEDO.

¡Matóme Caupolicán!

GARCÍA.

¡Oh infame!

REBOLLEDO.

¡Oh gran capitán!

GARCÍA.

¡Oh perro!

REBOLLEDO.

Detén la espada.

GARCÍA.

  ¿Guárdase mi honor así,
Y de un General la vida?

REBOLLEDO.

Basta, señor, esta herida,

Que en verdad que no dormí.

GARCÍA.

Pues ¿qué hacías?

REBOLLEDO.

Acechaba
Si Caupolicán venía;
Que así mejor descubría
La campaña que miraba.

Salen D. Filipe, D. Alonso, Biedma y soldados.

FILIPE.

Llegad presto, que, sin duda,
El indio vuelve al asalto.

ALONSO.

¿Quién está aquí?

GARCÍA.

Yo, bien falto
De descanso, y aun de ayuda.

BIEDMA.

¿Qué hacéis aquí, gran señor?

GARCÍA.

Á ver la vela he venido,
Que dos veces se ha dormido.

FILIPE.

¿Dormido? ¡Oh perro!

ALONSO.

¡Oh traidor!

GARCÍA.

Dejalde, que de otra suerte
Lo ha de pagar.

BIEDMA.

¿Cómo quieres?

GARCÍA.

¡Ahorcalde!

REBOLLEDO.

Mendoza eres:
Á mis servicios advierte.
Mándame tú, hasta morir,
Con mil indios pelear,
Mas no me mandes velar,
Que me tengo de dormir.

GARCÍA.

¿Dormir, perro?

REBOLLEDO.

¿Quién ignora
Que tres santos se durmieron,
Puesto que de Dios oyeron
Que le velasen un hora?
Si aquesto puede valerme,
No es milagro, gran señor,
Que se duerma un pecador
Que ha tres meses que no duerme.

GARCÍA.

¡Por vida del Rey!

FILIPE.

No jures,
Que por este buen humor
Le has de perdonar.

REBOLLEDO.

Señor,
¿Así es razón que aventures,
Adonde tan pocos tienes,
Un soldado?

GARCÍA.

Ese es tu abono:
Ahora bien, yo te perdono.

REBOLLEDO.

De virrey y reyes vienes.

ALONSO.

Descansa, que ya encendida
El alba, sale á mirarte.

GARCÍA.

¡Chile, yo he de sujetarte,
Ó tú quitarme la vida!

ACTO SEGUNDO.

Salen el capitán Alarcón y D. Filipe de Mendoza.

FILIPE.

Vióse, señor capitán,
En peligro don García,
Que él solo salir podía.

ALARCÓN.

Tanto más nombre le dan,
Cuanto con menos soldados
Ha ganado las victorias
Que obscurecerán las glorias
De muchos siglos pasados.
Dios sabe la mucha pena
Que teníamos allá.

FILIPE.

¡Buena gente junta está!

ALARCÓN.

Buena, y con extremo buena.
Pero ¿qué dijera España
Si hubiera visto esta tarde
Seiscientos hombres de alarde
Para tan notable hazaña,
Y venir un escuadrón
De cuarenta mil indianos
Por lo menos, araucanos,
Que es formidable nación?
Mas suplícoos, don Filipe,
Prosigáis la relación,
Porque en aquesta ocasión
De tanto bien participe.

FILIPE.

Resuelto ya don García
De acabar con gloria tanta
La empresa, el fuerte dejó,
Que fué su defensa y guarda.
Y entrando la tierra adentro,
Belicosa y rebelada,

Al río de Biobío
Valerosamente marcha;
Pero apenas ve su margen,
Cuando mira en la otra banda
Más indios que arenas y hojas
En sus aguas y en sus plantas.
Para ver si se podía
Pasar sin peligro en balsas,
Dejó su gente el Mendoza
Donde haciéndolas estaba,
É intentó la más notable
Y más prodigiosa hazaña
Que de general se cuenta
(César perdone en su barca),
Que en otra de árboles verdes
Con solos tres hombres pasa,
Como Ramón y Bastida,
Á las riberas contrarias.
Viendo, pues, disposición,
Vuelve á pasar sus escuadras,
Que fuera cosa imposible,
Pues apenas lo intentaran,
Cuando los indios, con flechas,
Los dejaran en sus aguas,
Como el cazador, las aves
Que sobre sus ondas andan.
Mas mira qué extraño ardid:
Que en tanto que los miraban,
Hacía bajar cien hombres
Dos leguas por la campaña;
Y en balsas, su poco á poco,
Secretamente pasaban;
De suerte, que cuando el indio
Quiso conocer su falta,
Ya estaba de la otra parte
La más parte puesta en armas.
Á Andalicán marchan todos;
Las banderas se levantan;
Los valles de Arauco atruenan,
Las trompetas y las cajas.
Reinoso, á reconocer
La campaña se adelanta;
Cargan sobre él dos mil indios,
Diciendo tales palabras:
«¿Adónde venís, ladrones
Cobardes por vuestra infamia?
Con esta paz os recibe
La tierra mal conquistada.
Venid, que como á Valdivia
Os sacaremos las almas,
Donde la codicia viene
Del oro antártico y plata.»
Al retirarse Reinoso,
Dos soldados se desmandan
Á comer alguna fruta,
Á quien los indios asaltan.
Guillén, valerosamente,
Se defiende con la espada;
Orompello se aficiona,
Y de los demás le guarda;
Pero al tiempo que le envía
Al General, la arrogancia
De Galvarino, indio fuerte,
Aunque de malas entrañas,
Pasó á Juan Guillén las flechas,
De un golpe, por las espaldas.
Quiere matarle Orompello;
Defiéndenselo las canas
Y autoridad de otros indios;
Román de Vega se escapa,
Y al General se lo cuenta;
Parte á saber lo que pasa
El capitán Juan Remón;
Halla los indios, disparan,
Pelean, dase principio
Á tan sangrienta batalla,
Que al mar de Chile corrían
Arroyos de sangre humana.
Alabarte al General,
Encarecerte su espada,
Lo que hizo, lo que dijo,

Dentro toquen al arma.

Era mi propia alabanza,
Porque soy hermano suyo;
Mas sólo decirte basta
Que tembló Arauco su nombre
Y le llamó Sol de España.

ALARCÓN.

Señal, don Filipe; han hecho.

FILIPE.

Al valle de Arauco marchan;
En el camino os diré
Cierta aventura más blanda,
Porque es de amor.

ALARCÓN.

Suele amor
Trocar con Marte las armas.

Salen Tucapel y Gualeva.

TUCAPEL.

Aunque de tantas heridas,
Gualeva, curaste el pecho,
Donde es justo que residas,
Mayor la del alma has hecho,
Por quien te ofrezco mil vidas;
Que el haber della curado
Fuera no haberte pagado,
Señora, con justo amor,
Aquel divino valor
Que en mi remedio has mostrado.

GUALEVA.

Tuviera tanta alegría,
Que en mil siglos aumentara,
Tucapel, la vida mía,
Si en tus ojos no mirara
Tanta tristeza este día;
Que el ver que no te merecen
Los míos que me la digas,
Nuevas sospechas me ofrecen,

Porque á imaginar me obligas
Que otros, mi bien, te entristecen.
¿Quieres bien otra mujer?
Ó acaso, ¿qué puede ser?
¿Te aflige el ver que se goza
Don Felipe de Mendoza
De que te pudo vencer?
¿Envidias á don García,
Su famoso General,
El talle ó la valentía,
Que ninguno te es igual,
Por tu vida y por la mía?
Los españoles, ¿qué son?
Pues yo, con esta macana
Te saqué de un escuadrón
Aquella propia mañana
Que te llevaba en prisión.
Alégrate, que ninguno
Volverá con vida á España.

TUCAPEL.

Ni amor ni español alguno,
De aquesta tristeza extraña
Hoy fuera dueño importuno,
Siendo, Gualeva, quien eres
Y yo el que soy, cuyos nombres
Haces mal si no prefieres
El mío á infinitos hombres,
Y el tuyo á muchas mujeres.
Tuyo soy, como lo fuí,
Que por belleza y valor
No hay más, Gualeva, que en ti,
Ni para lo que es amor
Hay más que penar que en mí.
Si don Filipe me hirió,
No digas que me venció;
Que si me arrojé en su fuerte
Fué en desprecio de la muerte,
Pero de mis armas no.
Yo salí, que pues salí,
Mayor mi victoria fué,
Y aunque herido yo vencí,
Pues basta decir que entré,
Para estar con honra aquí.
Envidiar á don García,
¿De qué manera podría?
Que si es Mendoza español,
Yo soy Tucapel, que al sol
En nobleza desafía.
Mi tristeza es no saber
De la vida de Talgueno.

GUALEVA.

Más causa debe de haber.

TUCAPEL.

De otra causa estoy ajeno,
Y ¿qué mayor puede ser
Que la vida de un amigo
Á quien debo lo que tengo?

GUALEVA.

Celos me has dado.

TUCAPEL.

Si digo
Por lo que suspenso vengo,
¿De qué te enojas conmigo?

Salen Puquelco y otros indios con Rebolledo atado.

PUQUELCO.

Camina, español.

REBOLLEDO.

Espera;
Que no me habéis convidado
Sino es á la muerte fiera.

GUALEVA.

Con un español atado
Viene Puquelco.

TUCAPEL.

¡Quién viera
Desta suerte al General!
¿Qué es esto?

PUQUELCO.

Á buscar su mal,
Aunque sustento buscaba,
Salió este español, que estaba
Comiendo en un platanal;
Flecharle quiso Leleco,
Yo se le quité, por ver
Si vale para algún trueco.

REBOLLEDO.

Hoy tengo de perecer.

TUCAPEL.

Algo me parece seco;
Mas mientras voy á la junta
Que hace Caupolicán,
Puquelco, al pecho le apunta.

PUQUELCO.

¿Qué parte dél asarán?

TUCAPEL.

¡Graciosa está la pregunta!
Ásale entero, que quiero
Comérmele todo entero
De rabia de don Filipe;
Y Gualeva participe
Si aquí me espera.

GUALEVA.

Aquí espero.

Vase Tucapel.

REBOLLEDO.

Acabóse: hoy imitamos
Al bendito San Lorenzo.

PUQUELCO.

Arrímale á aquellos ramos.

INDIO.

Comienza á flechar.

PUQUELCO.

Comienzo.

REBOLLEDO.

¡Comienzo!

PUQUELCO.

Ya comenzamos.

REBOLLEDO.

Pues ¿qué música ó qué historia?

Señora, doléos de mí.

GUALEVA.

Cuando traigo á la memoria
Que por Filipe me vi
Cerca de perder mi gloria,
Á todos juntos quisiera
Flecharos desa manera.
No le tiréis.

REBOLLEDO.

Todo el cielo
Te guarde, que tal consuelo
Me has dado en pena tan fiera.

GUALEVA.

No le tiréis, porque quiero
Que le aséis vivo.

REBOLLEDO.

Pensé
Que era piedad lo primero;
En lo que te dije erré.
Ya, que me tiréis espero;
Tiradme, que es menor mal
Asarme muerto que vivo;
Pero que venganza igual
Á vuestra crueldad, recibo.
¿Cómo comerme sin sal?
Dejadme ir, que os prometo
De traérosla en un punto.

GUALEVA.

Acá la habrá.

REBOLLEDO.

¡Bravo aprieto!
Pero si valgo difunto
Más que vivo, ¿por qué efeto
No sirvo al Rey, que es razón,
Á mi patria y mi nación?

GUALEVA.

Muerto los puedes servir
Más que vivo.

REBOLLEDO

Si á morir
Me faltaba el corazón,
Ya le tengo, por vengarme
En mataros. Ea, llegad,
Llegad; empezad á asarme;
Encended fuego; acabad.
¿Qué os detenéis en matarme?

GUALEVA.

Pues ¿muerto nos darás muerte?
¿No me dirás de qué suerte?

REBOLLEDO.

Tengo cierta enfermedad
De tan mala calidad,
Que por mis venas se vierte
Á manera de veneno;
Y si algún ave en España
Ó animal, della está lleno,
Tanto al que le come daña,
Que muere, del seso ajeno.
Asadme porque dé muerte
Á Tucapel desta suerte,
Y sirva á mi General
En quitaros hombre igual,
Tan atrevido y tan fuerte.

PUQUELCO.

Mira lo que haces, señora.

GUALEVA.

¿Qué nombre ha puesto la fama
Á esa enfermedad traidora?

REBOLLEDO.

Escapatoria se llama.

GUALEVA.

Ahora bien, dejalde agora.

REBOLLEDO.

¿Cómo dejar? ¡Eso no!
¡Vive Dios, que me han de asar!

GUALEVA.

¿No es mejor vivir, si yo
La vida te quiero dar?

REBOLLEDO.

Quien desdichado nació,
¿En qué acertará á servir
Á su Rey y á su nación?
¡Oh! ¡Qué mal hice en decir
Mi enfermedad!

GUALEVA.

La traición
Aun no la supo encubrir.
Traedle preso.

REBOLLEDO.

¡Oh, qué gloria
Me quitáis!

GUALEVA.

Toda la historia
Á Tucapel contaréis,
Y que está lleno diréis
De ponzoña escapatoria.

Vanse.

Salen Caupolicán, Tucapel, Rengo, Talguen y Orompello: siéntese Caupolicán en medio, y los cuatro á los dos lados.

CAUPOLICÁN.

Sentaos y oid, pues sois los principales
Destos Estados, el acuerdo mío.

RENGO.

¿Qué puedes tú decir en que no aciertes,
Con la experiencia y el ingenio tuyo?

TUCAPEL.

Propón, Caupolicán, lo que te agrada;
Que todos estaremos de tu voto,

CAUPOLICÁN.

Ya veis, valientes chilenos,
Y gallardos araucanos,
Cómo al español Filipe
Nos habemos rebelado,
Porque muchos de nosotros
Éramos ya sus vasallos,
Y aun el bautismo de Cristo
No pocos indios tomaron.
Pareció famosa hazaña
Al generoso Lautaro

Y á otros sacar el cuello
De los españoles lazos.
Sucedió como sabéis:
Murió Valdivia en Arauco;
Vencimos á Villagrán;
Libres entonces quedamos.
Pero sentido el Virrey
Del Pirú destos agravios,
Que aquellos reinos gobierna
En nombre del quinto Carlos,
Á su hijo don García,
Ese que llaman Hurtado
De Mendoza, envía á Chile;
Él dice á pacificarnos,
Y aunque es verdad que lo ha hecho
Con piedad é ingenio tanto,
Yo no sé determinarme
Si á su valor nos rindamos.
Proseguir la guerra es cosa
De gran duda, imaginando
El valor deste mancebo
Y sus principios extraños,
Las batallas que ha vencido,
Los ardides, los reparos
Que á nuestras ofensas hace,
Venciendo, hiriendo, matando.
Pues el rendirnos, también,
Aunque él lo pretende tanto,
Grande infamia me parece,
Ni ser de nadie vasallos;
Que aunque es verdad que el Mendoza
Lo ha de ser en perdonarnos,
¿Quién ha de poder sufrir
Que estos indomables brazos
Sujete el yugo español
Ni el imperio de hombre humano?
Decid vuestro parecer,
Porque yo, indeciso, acabo
Con decir que os seguiré
En el provecho y el daño.

TUCAPEL.

Mi voto, General, si tiene fuerza
Entre pechos tan graves voto mío,
Es que jamás de la razón se tuerza,
Que siempre el bien en la razón confío.
Si la vertida sangre no os esfuerza,
De que ha llevado más que de agua el río,
Á pretender venganza destos hombres
Que aquí nos hacen conocer sus nombres,
Pueda el veros esclavos, araucanos,
De extraños hombres, á tan justa hazaña
Mover el pecho y levantar las manos
Hasta morir con honra en la campaña.
¿Por qué vienen á Chile los cristianos,
Pues que no vamos los de Chile á España?
¿Que vengan por mil mares no es bajeza,
Á ponernos los pies en la cabeza?
Si el soberano Apó juntar quisiera
Chilenos y cristianos españoles,
No con tan largo mar nos dividiera,
Un sol nos diera luz y no dos soles,
Acá y allá de un alba amaneciera;
Mas cuando aquí se ven sus arreboles,
Allá es de noche; luego quiere el cielo
Que se sustenten en distinto suelo.
Razón es que miréis que Dios se ofende
Que os sujetéis á un hombre, y hombre extraño,
Que enriquecerse del sudor pretende
De nuestra mina de oro y fértil año.
Á lo menos, si alguno lo pretende,
No haga á los demás agravio y daño;
Váyase luego, y sirva como esclavo
Al español, entre cobardes bravo.

RENGO.

Yo no entiendo, Tucapel,
Si en lo que dices aciertas,
Siendo á tu patria cruel,
Cuando del Mendoza adviertas
Las grandezas que hay en él.
Si el General, si tú y yo,
Si Orompello, si Talgueno
Y otros que Arauco crió,
Como á fieras, con veneno,
Que este corazón nos dió,
Nos podemos eximir
De que nos pueda oprimir
La fuerza del español,
No todo Arauco y Engol,
Que muchos han de morir.
La guerra, ¿qué puede hacer
Sino robos, muertes, daños?
Los grandes han de comer;
En los pequeños, los daños
Se vienen á resolver.
No es sujetarse á cristianos
Bajeza, si ellos son tales,
Que han llegado por sus manos,
Desde sus septentrionales
Montes, á nuestros indianos.
La mejor luz en el cielo,
¿No es el sol? Pues si es el sol,
¿Qué te causa desconsuelo
Que sea el hombre español
El mejor hombre del suelo?
Confesad su pulicía,
Su lenguaje, su hidalguía,
Su república, sus leyes.
Pues ¿por qué no han de ser reyes
De cuanto el sol mira y cría?
Soy de parecer que luego
Esta tierra pertinaz
Vaya con humilde ruego
Á pedir paz, que la paz
Será su bien y sosiego.

TUCAPEL.

¿Téngote de responder,
Ó ha de hablar Talgueno agora?

TALGUEN.

No sé yo si es menester
Que hable yo, pues no mejora
El mío tu parecer;
Que cuando lo que has propuesto

No fuera justo y honesto,
Ser tu amigo era ocasión
De sustentar tu opinión.

RENGO.

¿Qué dices?

CAUPOLICÁN.

¡Paso! ¿Qué es esto?
¿Es campo ó consejo?

OROMPELLO.

Mira,
Tucapel, que muchas veces
No te da lugar la ira
Á ver las causas que ofreces
Á quien á la paz aspira.
Rengo propone muy bien;
Que no es hombre don García,
Aunque es mancebo, con quien
Burlarse Arauco podría,
Sino perderse también.
Si habéis visto tanta hazaña,
¿Por qué no se han de rendir
Por él á Carlos de España?

TUCAPEL.

Gana tenéis de vivir.

OROMPELLO.

El pensamiento te engaña.
Ya conoces á Orompello.

RENGO.

Para que tratemos dello
Si la guerra de allá fuera
Nuestras entrañas altera,
Y se ha de asir de un cabello.
Antes, pues, que Tucapel
Dé con su furia ocasión
Á atravesarme con él,
Digo que tiene razón,
Y que te rijas por él.
Acomete á don García,
No entienda que es cobardía
La paz que propongo aquí;
Que entre amigos hablo ansí
Por bien de la patria mía.
Pero cuando esté en la guerra,
Yo solo al bravo español
Arrojaré donde cierra
Con llave la noche al sol,
Porque no vuelva á esta tierra.
¿No es coronel de su campo
Don Luis, que con el blasón
De los Toledos estampo?
Y el capitán Juan Ramón,
¿No es su Maestre de campo?
Don Pedro de Portugal,
¿No es el Alférez mayor?
¿Y el sargento principal,
Pedro de Aguayo, en valor
Con los de Córdoba igual?
Los capitanes, ¿no son,
De á caballo, en su escuadrón,
Rengifo, Ulloa, Reinoso,
Con el Quiroga famoso
De la pasada ocasión?
Á don Filipe, su hermano,
Y á don Alonso Pacheco,
Y á Vasco Suárez Indiano,
Que hasta el Perú trujo el eco
Del gran nombre lusitano,
¿No ha dado la Infantería?
Para sargento, ¿no envía
Á Obregón, hombre de pecho?
Y á Berrio, ¿no le ha hecho
Capitán de Artillería?
Pues de cuantos he nombrado
Tengo de traer aquí
La cabeza.

TUCAPEL.

¡Estás airado!
Deja alguno para mí.

CAUPOLICÁN.

Tucapel, ya estás pesado.
Levántome, que no quiero
Que tengáis más ocasión;
Antes que salga el lucero
He de estar con mi escuadrón
Sobre el castellano fiero.
De noche quiero marchar,
Que, cogidos de improviso,
Los pienso desbaratar,
Y allí tendremos aviso,
Pues aquí no dais lugar,
Para saber si conviene
La guerra ó la paz.

OROMPELLO.

Quien tiene
Culpa, tu enojo merezca.

TUCAPEL.

Lo que más justo parezca,
Eso es razón que se ordene.

OROMPELLO.

¿Qué capitanes irán?

CAUPOLICÁN.

Colocolo, Paycaruán,
Alomaca, Leocotón,
Tomé, Lincoya, Atilguón,
Pilloldo, Elpoma y Tequán,
Los caciques Caniotaro
Y Millalermo, también.

TUCAPEL.

Pues como antes del sol claro
En los españoles den,
¿Adónde hallarán reparo?
Camina, que el santo Apó
Valor inmortal te dió
Para que nadie te dañe.

RENGO.

Basta que yo le acompañe.

TUCAPEL.

¿Para qué, donde estoy yo?

CAUPOLICÁN.

¡Bueno está!

OROMPELLO.

¿No callarán?

RENGO.
Yo puedo hablar, Tucapel.
CAUPOLICÁN.
Callad ya.
TALGUEN.
Recios están.
CAUPOLICÁN.
Que no va nadie con él
Donde va Caupolicán.

Vanse.

Salen Rebolledo y Gualeva.

GUALEVA.
Lejos vamos divertidos:
Cansancio siento, aunque es mengua
La que lleva de tu lengua
Tan colgados los oídos.
Extrañas cosas refieres
De don Filipe, si sabes
Que unas señas tan süaves
Son anzuelo en las mujeres.
Yo adoro mi Tucapel,
Y con ser mi fe tan rara,
Presumo que no contara
Tantas maravillas dél.
REBOLLEDO.
Éstas tiene, y muchas más,
Porque dél lo menos digo:
¿Quieres, Gualeva, conmigo
Irle á ver?
GUALEVA.
¿Tan necio estás?
¿No ves que fuera en mi honor
Gran delito?
REBOLLEDO.
Si tuvieras
Buen gusto, ¿cómo pudieras
Llamar delito al amor?
GUALEVA.
Luego ¿fuera una mujer
Á ver en España á un hombre
De buen talle, fama y nombre?
REBOLLEDO.
Poco debes de saber
De las costumbres de allá,
Porque van muchas mujeres
Á los honestos placeres
Donde el honor firme está.
Van á las fiestas, y ocupan
Ventanas, plazas y calles;
Tal vez por montes y valles
De todo se desocupan,
Y como cabras saltando,
Meriendan aquí y allí.
GUALEVA.
Y ¿hablan con cualquiera?
REBOLLEDO.
Sí,
Con cualquiera van hablando.
Ellas no dejan jardín:
Abejas son de sus flores,
Tal vez por hablar de amores,
Y tal vez á honesto fin.
Unas toman el acero
Que más de seis yerros cubre,
Y lo que han hecho en Otubre
Quieren curar por Hebrero.
Otras se van á pacer
Apio y bredos mercuriales,
Antes que el sol los cristales
Del alba salga á romper.
No hay cosa donde no estén:
Ellas saben cuanto pasa:
Hasta quemarse una casa
Tienen por fiesta, y lo ven.
Si entra un señor, allá van;
Si ajustician algún reo,
Con piedad ó con deseo
De verle, en la plaza están.
Ferian, compran, andan, trotan,
Porque todas son, en fin,
Devotas de San Tretín;
Hablan, piden, alborotan.
No digo, como encareces,
Ir á ver una persona
Famosa, pero una mona
La irán á ver treinta veces.
GUALEVA.
¿Vuestro Mendoza, en efeto,
Todos los indios recibe
Que vienen de paz?
REBOLLEDO.
No vive
Aquí ninguno sujeto:
Dos mil veces los perdona
Y los carga de regalos;
Y aun algunos son tan malos,
Que los honra y aficiona,
Y ellos vuelven otro día
Con las armas contra él.
GUALEVA.
De miedo de Tucapel,
Nunca he visto á don García.
REBOLLEDO.
Si le vas á ver y hablar,
Pues ningún temor lo veda,
De cuanto en España queda
No tienes qué desear:
Persona, virtud, valor,
Gracia, ingenio, autoridad
Y una real majestad
Vestida de resplandor
Verás en aqueste Hurtado,
Tan suya, en honor del suelo,
Que de algún Girón del cielo
Dirás que fué hurtado Hurtado.
Ven, y vendrás de sus manos
Cargada de ricos dones.
GUALEVA.
Dulces deseos me pones
De ver y hablar los cristianos.

REBOLLEDO.

Poco á poco, te he traído
Con engaño hasta el lugar
Donde los puedes hablar.

GUALEVA.

Engaño fué consentido:
Yo me he dejado traer.
¿Son éstos?

REBOLLEDO.

Sí, aquéstos son.

GUALEVA.

¡Oh, siempre hermosa nación!

REBOLLEDO.

Desde aquí los puedes ver.

Salen D. García, D. Filipe, D. Alonso y capitanes.

GARCÍA.

Pues es mañana, ¡oh nobles caballeros!
De aquel Apóstol soberano el día,
Que muriendo en la cruz con tanto gusto,
Le dijo mil requiebros, como á esposa;
Aquel que siendo Lino para el cielo,
Quiso pasar martirios como lino,
Hasta morir aspado; la grandeza
Del día, por mil causas nos obliga
Á celebrar su fiesta; y no es pequeña
Que el Marqués, mi señor, Andrés se llame.
Todos es justo que os halléis en misa,
Y que con regocijo nuestro ejército
Le haga salva al apuntar el día
Con las cajas, trompetas y clarines;
Podránse disparar algunas piezas,
Y á la tarde saldremos á caballo;
Tenga de todo el cargo don Filipe,
Don Alonso de Ercilla le acompañe,
Y cada cual se esfuerce, como es justo,
Á salir muy galán, por darme gusto.

FILIPE.

Estimo en gran favor que esto me mandes,
Como quien devoción tan justa tiene
Al nombre deste Apóstol soberano,
Que fué, cual dicen, el primer cristiano.

ALONSO.

Bien puedes recogerte, que dos horas
Antes que el alba muestre en el Oriente
La cabeza, de sándalos ceñida,
Ni se haya abierto flor á ver sus lágrimas,
Habrán los instrumentos militares
Hecho salva al Apóstol, y á los bajos
De las piezas llevando dulces tiples,
Las chirimías en alegre música.

GARCÍA.

Pues yo me voy con estos caballeros;
Mirad que Andrés es hoy el Patrón mío,
Y que es mi padre Andrés.

FILIPE.

Está seguro
Que no le harán más fiestas en España
Carlos, su Rey, y el príncipe Filipe,
Celebrando el Tusón que traen al cuello
Por su patrón Andrés, con aspas de oro.

GARCÍA.

El cielo os guarde.

FILIPE.

Á prevenirlo vamos.

Al irse le ase Rebolledo á D. Filipe.

REBOLLEDO.

Escucha una palabra.

FILIPE.

¿Qué me quieres?

REBOLLEDO.

¿No me conoces?

FILIPE.

¿Rebolledo?

REBOLLEDO.

El mismo.

FILIPE.

¡Válate Dios! Dijeron que eras muerto.

REBOLLEDO.

Allá estuve cautivo entre esos bárbaros;
Que me engañó la hambre y unos plátanos,
Adonde me asaltaron tres mil indios,
De los cuales maté, ya me conoces,
No me quiero alabar.....

FILIPE.

Cuando te alabes
Puedes muy bien, porque haces lo que dices;
Mas ¿cómo te has librado de sus manos,
Que son crueles estos araucanos?

REBOLLEDO.

Sentenciado estuve á asar,
Pero al tiempo de espetarme
Yo supe, señor, librarme.

FILIPE.

¿Qué? ¡Te pudiste escapar!
¿En qué gente diste?

REBOLLEDO.

Creo
Que te cause admiración:
De Tucapel.

FILIPE.

Fieros son.

REBOLLEDO.

¿Quieres cumplir un deseo
Á cierta dama araucana,
Que aunque anochece es un sol,
Que para verte español
Hará la noche mañana?

FILIPE.

¡Dama de Arauco! ¿Quién es?

REBOLLEDO.

Mi ama.

FILIPE.

¿Cómo tu ama?

REBOLLEDO.

Es de Tucapel la dama.

FILIPE.

Voces tendremos después:
Pero ¿dónde está?

REBOLLEDO.

Gualeva,
Don Filipe, mi señor,
Te habla.

GUALEVA.

Tu gran valor
Me da ocasión que me atreva
Á buscarte desta suerte:
¡Gracias al sol, que te veo!
Porque ha días que deseo,
Español, hablarte y verte.

FILIPE.

Este soldado decía
Que el mismo sol me buscaba,
Y que de noche llegaba
Para convertirla en día.
Y que se engañó, recelo;
Porque buscándome vos,
Podemos decir los dos
Que me busca todo el cielo.
¡Que sol, estrellas, esferas,
Luna y planetas, también
En esta noche se ven!

GUALEVA.

¡Qué palabras lisonjeras!
Yo pensé que los soldados
Menos blandura tenían.

FILIPE.

Cuando al campo los envían
De acero y de honor armados,
Muestran braveza á los hombres;
Pero hablando con mujeres,
¿Cómo, hermosa dama, quieres
Ver su arrogancia y sus nombres?
Cuando hablo á Tucapel,
Y él lo sabe ya de mí,
Soy león, mas para ti,
¿Para qué he de ser cruel?
Allá, deseo rendir;
Aquí, estar siempre rendido.

GUALEVA.

Qué, ¿fué de tu mano herido?
Qué, ¿tú le pudiste herir?

FILIPE.

Si tú me has herido á mí,
¿Qué te espantas? ¿No es más hombre
Que no herir un hombre á otro hombre?

GUALEVA.

Luego ¿yo te he herido?

FILIPE.

Sí.

GUALEVA.

No me acuerdo.

FILIPE.

Pues no ha tanto.

GUALEVA.

Y ¿es mucho?

FILIPE.

¿No lo sospechas?
Si tienen tus ojos flechas,
¿Para qué preguntas cuánto?
Basta, que á vengar viniste
La herida de Tucapel.

GUALEVA.

Soy noble y no soy cruel.

FILIPE.

Tal hermosura te viste.

GUALEVA.

Ahora bien, ¿cómo veré
Al General?

FILIPE.

Bien podrás,
Y de mí y dél llevarás
Prendas de amistad.

GUALEVA.

No sé
Por qué os tiene nuestra gente
Por crueles.

FILIPE.

Porque son
De indomable condición.

GUALEVA.

Vamos, capitán valiente,
Y veré tu General.
¡Honradme, por Tucapel!

FILIPE.

Por ti, señora, y por él.

REBOLLEDO.

¿Qué te ha parecido?

GUALEVA.

Mal.

REBOLLEDO.

¿Por qué?

GUALEVA.

Porque me consuela
De lo que no ha de ser mío
Decir mal.

REBOLLEDO.

Mira aquel brío.

GUALEVA.

Todo español me desvela;
Pero no quieras señal
De rendirse una mujer,
Como en lo que no ha de ser,
Mirar bien y decir mal.

Vanse.

Salen, con secreto, Caupolicán, Rengo, Tucapel, Orompello, Talguen, é indios, soldados, con armas.

CAUPOLICÁN.

Pisad de suerte que la misma tierra
No sienta las pisadas, conocidas
Del viento algunas veces en la guerra,
Porque en la blanda hierba detenidas,
Apenas lleguen á estamparse en ella.
Y no por el peligro de las vidas,
Mas por la gloria desta empresa bella,
Pues no siendo sentidos, os prometo
Que volveremos vitoriosos della.

TUCAPEL.

Llegado habemos todos con secreto

Al español alojamiento, y tanto,
Que hará nuestra venida grande efeto.
Cubrió la noche de su obscuro manto
La esclarecida lámpara del día,
Y bañóse la tierra en negro espanto.
Duerme seguro el español García,
Cansado del cuidado de la guerra;
Ni suena vela, ni parece espía.
En tanto, pues, que el sueño ocupa y cierra
Sus ojos de Argos, acomete, embiste,
Y libra de sus armas esta tierra.

RENGO.

Toda la guerra en el ardid consiste:
Ellos duermen, ¿qué aguardas prevenciones?

TALGUEN.

Antes que el alba, que los campos viste,
Declare al español tus escuadrones,
Pasa á cuchillo al General dormido,
Con los demás que siguen sus pendones.

OROMPELLO.

¡Válgame el cielo, si nos han sentido!

Dispárense tres ó cuatro arcabuces, y tóquense las chirimías; altérense los indios, y digan dentro luego los músicos:

MÚSICOS.

Cantan.

Al santo apóstol Andrés
Hace salva con el alba
El general don García,
Día de su fiesta santa;
Que los veinte corazones
Que pone Hurtado en sus armas,
Quisiera que fueran mil
Para darle con el alma.
¡Suenen los tiros, toca las cajas,
Dale fuego, dale fuego, hagamos salva
Al apóstol Andrés, y viva España!

Tornen á disparar, y luego las chirimías, tornando á alterarse los indios.

CAUPOLICÁN.

Vendidos habemos sido;
Algunos nos acompañan
Que nos deben de vender.

TUCAPEL.

Esta es traición.

RENGO.

Cosa es clara.

TALGUEN.

Fuera de senda venimos,
Hasta las plumas quitadas,
Porque no las viese el viento.

OROMPELLO.

Sin duda que están en arma.

La música.

¡Suenen los tiros, toca las cajas,
Dale fuego, dale fuego, hagamos salva
Al apóstol Andrés, y viva España!

Tornen á tocar cajas y disparar, y luego las chirimías.

Dentro.

Notable alboroto suena.

ALONSO.

¡Hola! Pase la palabra;
Que hay en el campo alboroto.

FILIPE.

Soldados, ¿es arma ó salva?

ALONSO.

Arma, señor don Filipe;
Cubierta está la campaña
De indios, que con la noche
Los buenos días nos daban.

FILIPE.

¡Ah, famoso General!

GARCÍA.

¿Quién es?

FILIPE.

Don Filipe os llama.

GARCÍA.

¿Qué hay, hermano?

FILIPE.

Indios de guerra,
Que aunque secretos llegaban,
Los descubrió el santo Andrés,
Porque su divina salva
Pensaron que era la nuestra.

GARCÍA.

¡Qué presto los buenos pagan!
¡Bien haya quien sirve á buenos!
Toca al arma.

FILIPE.

¡Al arma!

ALONSO.

¡Al arma!

Toquen al arma, y salgan todos á ellos, trabándose una gran batalla, acabada la cual salgan Fresia y Millaura.

MILLAURA.

¿Dónde tan apriesa vas?

FRESIA.

Millaura, no tiene amor
Sosiego y quietud jamás,
Porque es un dulce furor,
Que oprimido crece más.
Arco y flechas he tomado
Con ansia de que mi esposo
Habrá al español llegado.

MILLAURA.

Ya el asalto riguroso
Debe de estar acabado,
Y no tienes qué temer;
Que, cogiéndolos dormidos,
Vitorioso ha de volver.

FRESIA.
No me dicen los sentidos,
Millaura, que ha de vencer.
Los ojos, si el campo miro,
Todas las hierbas teñidas
De sangre ven; si respiro,
Me están quitando mil vidas,
Y en lugar de hablar, suspiro.
Sólo escuchan los oídos
Tristes aves agoreras,
Con cantos aborrecidos;
Y tal vez oigo las fieras
Dar por este monte aullidos.
Si algo toco, me parece
Que luego se desvanece;
Si lo gusto, que es veneno;
Todo está de sombras lleno;
Sangriento el sol me parece;
Perlas, Millaura, he soñado;
Lágrimas tendremos hoy.

MILLAURA.
Los agüeros que has mirado
Y los que mirando estoy,
Crecen más nuestro cuidado.
Agrádame en los cristianos
El no andar desvanecidos
En estos agüeros vanos.

FRESIA.
Tenémoslos recibidos
Como por ley los indianos.
Iré al asalto sin duda.

MILLAURA.
Calla, que vencido habrán,
Dándoles la noche ayuda.

FRESIA.
Temo que este capitán
Todos sus consejos muda.
Quidora fué con Talguén.

MILLAURA.
Ya no tardará Quidora,
Ó Gualeva, que también
Como á Tucapel adora,
Le fué siguiendo.

FRESIA.
Hacen bien;
Yo sola vengo á mostrar
En tal tiempo cobardía.

Sale Engol, indio muchacho, hijo de Caupolicán.

ENGOL.
¿Qué nos queda que esperar?

FRESIA.
¿Es éste Engol?

ENGOL.
Ya que el día
Ni el sol nos quiere ayudar,
Parece que le ha mandado
Á la noche, y á la luna,
Nos pongan en más cuidado.

FRESIA.
¿Qué es esto, Engol?

ENGOL.
La fortuna
Varía en el más firme estado.

FRESIA.
¿Qué ha sucedido?

ENGOL.
Llegó
Mi padre Caupolicán
Adonde ayer se alojó
Ese español capitán,
Que con tal dicha nació.
Y cuando pensó que había
De degollarlos á todos,
Y que el General dormía,
Buscando tan varios modos
De hurtalle la cara al día,
Hallólos todos de suerte,
Que saliendo, y dando en él,
Ni Rengo su sangre vierte,
Ni es valiente Tucapel,
Ni Caupolicán es fuerte,
Que todos huyendo van,
Desbaratados, vencidos,
Sin orden, sin capitán,
Con tantos muertos y heridos,
Que infamia á su nombre dan.
Desde que el alba la hermosa
Risa á los montes mostró,
Hasta la tarde, dudosa
Nuestra victoria llegó,
Y la batalla famosa;
Mas fué tal la valentía
Del heroico don García,
Que para aumentar su gloria
Quedó por él la victoria,
Y la desdicha por mía.

FRESIA.
Cobarde, ¿tú me refieres
Que vuelve vivo y sin honra
Tu padre infame? ¿Tú eres
Mi hijo? ¿Y esa deshonra
Nos cuentas á dos mujeres?
¿Yo te engendré? ¿Tú eres hijo
De Fresia?

ENGOL.
Yo te he contado
Lo que Pillolco me dijo;
Y aunque á la edad no he llegado
Que esta macana que rijo
Como mi padre la esgrima,
Tú verás que voy por él
Si el mundo.....

MILLAURA.
Su vida estima;
Detenle, que eres cruel.

FRESIA.
Este deshonor me anima:
Parte, villano, y si vive,
Dile, que por qué es infame,

Y en su cara le apercibe
Á que mujer no me llame
Quien tal afrenta recibe.
Y si es muerto, que es más cierto,
Que entres á morir te advierto;
Muere, y no quedes cautivo,
Porque no te quiero vivo
Si Caupolicán es muerto.

ENGOL.

Pues la licencia me has dado
Que otras veces te he pedido
Y que siempre me has negado,
Tú verás si me has parido,
Y él verá si me ha engendrado.
¡Vive el soberano Apó,
Que si respeto me tienen
Como le merezco yo,
Que con los que huyendo vienen,
Y que el español venció,
He de volver atrevido
Sobre el español Hurtado,
Pues que de hurtármelo ha sido
El valor que tu me has dado
Y yo por mí he merecido!
Que bien sé que aunque me dan
Por padre á Caupolicán,
Soy hijo del sol, que el sol
Sólo pudo hacer á Engol,
Donde sus rayos están.
Que al Mendoza, si me esperas,
Sacaré con manos fieras,
Á la venganza dispuesto,
Más corazones que ha puesto
Por armas en sus banderas.
¿Qué es para mí don Hurtado?
Yo soy el sol de la tierra,
Que al del cielo he sido hurtado.

FRESIA.

Aguarda, que en esta guerra
Me has de llevar á tu lado.

MILLAURA.

Mira que es muy niño Engol.
¿Estás loca?

FRESIA.

Ven tras mí.

ENGOL.

¡Guarda y aguarda, español,
Que baja Engol sobre ti,
Hijo de Fresia y del sol!

Vanse.

Sale Caupolicán con sangre.

CAUPOLICÁN.

¡Oh valor invencible de españoles!
¡Oh generoso mozo don García,
Sol que das resplandor á tantos soles!
Mas ¿qué se ha hecho la arrogancia mía?
¿Cómo alabando voy á mi enemigo
En este de mi infamia último día?
Huélgome que tendrás justo castigo,
Soberbio Tucapel, de tu arrogancia.
Mas ¿dónde voy, ó qué camino sigo?
Mi tambo está de aquí larga distancia,
Sangre me falta, descansar es justo,
Si ya es mi vida á Chile de importancia.
Quiérome echar al pie deste robusto
Antiguo tronco, para ver si el sueño
Templase de mis penas el disgusto.
No volveré jamás, palabra empeño,
A Arauco, al sol, á hacer á Hurtado guerra,
Sea de Chile el Rey de España dueño,
Y yo descanse en esta humilde tierra.

Un árbol esté arrimado al vestuario, y el tronco se abra en dos puertas, donde se vea Lautaro.

LAUTARO.

¡Ah, fuerte Caupolicán!
¡Ah, noble amparo de Chile!
¡Ah, General generoso,
Que en mi valor sucediste!

CAUPOLICÁN.

¡Válgame el sol! ¿Quién me llama?

LAUTARO.

¿No me ves? No te retires.

CAUPOLICÁN.

Pues ¿no quieres que me espante
De ver que por alma vives
De un árbol, y que su centro
En forma de un hombre habites?
¿Quién eres? ¿Eres Pillán?

LAUTARO.

Pues ¿ya me desconociste?
¿No adviertes que soy Lautaro,
Que, ya de los lazos libre
Del cuerpo, tomé esta forma
Para hablarte?

CAUPOLICÁN.

¿Puedo asirte?
¿Puedo abrazarte?

LAUTARO.

Detente,
Que el cielo no lo permite;
Mas este poco lugar
Que tengo de persuadirte,
Escucha.

CAUPOLICÁN.

¿Qué es lo que quieres?

LAUTARO.

¿Por qué, capitán, desdices
De quién eres? ¿Por qué juras
Que al español que persigues
No volverás á hacer guerra?

CAUPOLICÁN.

Porque si el mundo le embiste
Con la dicha de Alejandro
Y con las armas de Aquiles,
Volverá como yo vuelvo.

LAUTARO.

Advierte que, en lo que dices,
Degeneras de tu nombre,

Y que si agora no impides
Los pasos de sus intentos,
Después te será imposible.
¿Al cerro de Tucapel
Consientes que ya camine,
Y que donde tuvo casa
Valdivia, á quien muerte diste,
Funde una ciudad, que llama
Cañete, del nombre insigne
Del Estado de su padre?

CAUPOLICÁN.

¡Ciudad funda!

LAUTARO.

¿De qué sirve
La vida, Caupolicán,
Si es sujeta, esclava y triste?
¿No es mejor la muerte honrosa?
Esto he venido á decirte
Para que libres la patria,
Pues en tu valor consiste.

Ciérrense las puertas.

CAUPOLICÁN.

Detente.

LAUTARO.

No puede ser.

CAUPOLICÁN.

Escúchame.

LAUTARO.

No es posible.

CAUPOLICÁN.

¡Ciudad Mendoza en Arauco!
El cielo, el sol me castigue
Si lo consintiere. ¡España
Ciudad! ¡Deshonor terrible!
Juré no tomar las armas,
Mas pues los cielos me oprimen
Con las voces de los muertos,
¡Ánimo, pecho invencible!
¡Al arma, araucanos fuertes!
¡Muera España, viva Chile!

ACTO TERCERO.

Salen D. García y los españoles.

GARCÍA.

Por tan prósperas victorias
Doy muchas gracias al cielo.

FILIPE.

¡Qué de inmortales memorias
Dejas para siempre al suelo
De tu nombre y de tus glorias!
¿Á qué capitán romano
Dan el nombre que tendrás,
Heroico César cristiano?

GARCÍA.

Paso, Filipe, no más;
No digan que sois mi hermano.

FILIPE.

Cuando sangre no tuviera
De Mendoza, cuando fuera
Indio de Chile, ó mirara
Vuestros hechos con la cara
Que suele la envidia fiera,
Lo mismo dijera aquí.

GARCÍA.

Traed el preso.

ALONSO.

Aquí está.

Sale Galvarino.

GARCÍA.

¿Eres Galvarino?

GALVARINO.

Sí.

GARCÍA.

Y ¿qué es lo que dices, ya
Que estás delante de mí?
¿Parézcote agora el hombre
Que os ha de rendir?

GALVARINO.

No creas,
Mendoza, que el verte asombre
Á Galvarino, aunque seas
Tan grande como tu nombre.

GARCÍA.

Ya sé tus malas entrañas,
Y que en esta rebelión
Has hecho cosas extrañas.

GALVARINO.

¿Extrañas dices que son
Las que son propias hazañas?

GARCÍA.

¿Fué hazaña dalle la muerte
Á traición á Juan Guillén?

GALVARINO.

Todo es guerra.

GARCÍA.

Pues advierte
Que haré yo que te la den,
Pues es guerra, de otra suerte.
Cortalde luego las manos
Y envialde á Caupolicán,
Para que á sus araucanos
Diga que este premio dan
Á un rebelde los cristianos.
Tomen ejemplo, y entiendan
De la suerte que castigo,
Para que otra vez no emprendan
Tomar las armas conmigo
Ni en su rincón se defiendan;
Que ¡vive Dios, que han de ser

De Carlos de Austria, ó que á todos
Así los he de poner!

GALVARINO.

Tú has hallado justos modos
De castigar y vencer;
Pero quedan tantas manos
Por las que cortas en mí,
En los demás araucanos,
Que espero que por aquí
Saldrán tus intentos vanos.
Quítase el grano á la espiga
Para que el maíz se aumente,
Y así, esta mano enemiga,
Que cortas deste valiente
Brazo, á lo mismo se obliga;
Que en la tierra destos pies,
Donde con su sangre des,
Tantas manos nacerán,
Que las tuyas atarán,
Para cortallas después.

GARCÍA.

Llevalde.

FILIPE.

¡Notable fiera
Fué siempre este Galvarino!

Llévanle.

GARCÍA.

Todos son desta manera,
Todos por este camino.
Filipe, hablaros quisiera.

FILIPE.

¿Qué me mandas?

GARCÍA.

¿Qué se ha hecho
La india de Tucapel?

FILIPE.

Lo que presumes sospecho.

GARCÍA.

No porque el indio es cruel,
No es por temor de su pecho;
Pero porque los soldados,
De vuestro ejemplo movidos,
No intenten.....

FILIPE.

Justos cuidados,
Y justamente advertidos;
Pero ya están remediados,
Porque luego que la hablaste,
La honraste, la regalaste,
Con mayor honestidad
Que el Romano, cuya edad
Con esta hazaña igualaste,
La envié con Rebolledo
Á Tucapel, y allá está.

GARCÍA

Encareceros no puedo
Lo que, de tenerla acá,
Tuve á vuestros años miedo.
Filipe, si Cipïón,
Si Alejandro, aunque gentiles,
Dignos de alabanza son,
No se manche en hechos viles
La cristiana estimación.
Su ejemplo merece un templo.

FILIPE.

La fama le dé á tu ejemplo.

Sale D. Alonso.

ALONSO.

Ya las manos le han cortado
Al indio.

GARCÍA.

Y ¿cómo ha quedado?

ALONSO.

Una piedra en él contemplo:
Porque apenas en la mano
Siniestra, del inhumano
Cuchillo el golpe cayó,
Cuando la diestra asentó
Sobre el tronco el araucano.

GARCÍA.

¡Caso, por Dios, peregrino!

ALONSO.

Partióse al fin Galvarino
Á ver los amigos pechos,
Dejando dos rastros hechos
De sangre en todo el camino.
Pero advierte que ha llegado
Un yanacona de paz,
Que por muy cierto ha contado
Que el indio más pertinaz
De todo Arauco, ha trazado
Una fiesta y borrachera
De las que suelen hacer
En Coyocupil.

GARCÍA.

Espera;
¿Cuándo dicen que ha de ser?

ALONSO.

Esta noche es la primera.
Hay instrumentos chilenos,
Y españoles para asarse,
Soldados, y aun de los buenos;
Tienen para emborracharse,
De chicha cántaros llenos.
Estorba este desatino.

GARCÍA.

Vaya don Filipe luego.

FILIPE.

Partir luego determino.

GARCÍA.

Pues id en tanto que llego,
Á este cerro convecino,
Donde rüinas están
De la casa de Valdivia,
Que presto ciudad verán.

FILIPE.

En la más desierta Libia
Poblará tal capitán.

Vanse.

Salen Tucapel, Gualeva y Rebolledo.

GUALEVA.

Con todos aquestos dones
Y mil honras que me han hecho,
Con que traigo en alma y pecho
Cadenas de obligaciones,
Me envía, querido esposo,
Á tus brazos don García.

TUCAPEL.

Ya estaba, Gualeva mía,
De tu hermosura celoso.
¿Es posible que el Mendoza
Desa manera te ha honrado?

GUALEVA.

Es Tucapel, el soldado
Que más justamente goza
El laurel de capitán
En esta edad, y quisiera
Que tu consejo pudiera
Vencer á Caupolicán,
Para que al Rey español,
Antes que la espada afile,
Se rindiera todo Chile,
Ancud, Arauco y Engol.

TUCAPEL.

Como se gobierna el suelo
Por estrellas de mil nombres,
Así, Gualeva, los hombres
Por las de tu hermoso cielo.
Lo que queréis, eso hacemos;
Lo que mandáis, intentamos,
Porque luego que os amamos,
De vuestro gusto pendemos.
Háblale á Caupolicán,
Agradecido á García.

GUALEVA.

Pagarás la deuda mía
Sirviendo á tal capitán.

TUCAPEL.

Dime, español, qué, ¿tan noble
Es este Mendoza?

REBOLLEDO.

Toma
Veintitrés generaciones
La prosapia de Mendoza.
No hay linaje en toda España,
Tucapel, de quien conozca
Tan notable antigüedad:
De padres á hijos se nombran,
Sin interrumpir la línea,
Tan excelentes personas,
Y de tanta calidad,
Que fuera nombrarlas todas
Contar estrellas al cielo,
Y á la mar arenas y ondas:
Desde el señor de Vizcaya,
Llamado Zuría, consta
Que tiene origen su sangre.

TUCAPEL.

Yo no entiendo de esas cosas.
¿Qué es Vizcaya?

REBOLLEDO.

Aquella parte
De España que, limpia y sola,
Se libró del africano
En su pérdida llorosa.

TUCAPEL.

Dime: ¿en la sangre del Rey
De España y Castilla, toca
Este Mendoza?

REBOLLEDO.

¡Pues no!
Juan Hurtado de Mendoza,
Alférez mayor y ayo
Del Rey, tuvo por esposa
Á la gran doña María
De Castilla: esta señora
Fué hija del conde Tello,
Hermano del Rey.

TUCAPEL.

Sus obras
Muestran bien su calidad,
Porque éstas la sangre adornan:
¿Cómo se llama ese Rey?

REBOLLEDO.

Enrique.

TUCAPEL.

Pues como ponga
Un Rey de España en su sangre,
No le pidas mayor gloria.
Ahora bien, soldado amigo,
Yo no tengo ricas joyas
Que darte, que, como sabes,
Arauco produce pocas:
Este arco y estas flechas
Te doy por prenda amorosa
De nuestra firme amistad,
Y porque tengas memoria
De que si la guerra dura,
Y nuestras armas se tornan
A ver pecho á pecho, el día
Que en sacallas te dispongas,
En viéndome, no las muevas,
Que ¡por los ojos que adoran
Los míos! de no ofenderte.....

REBOLLEDO.

Mucho yerra el que os provoca
Á no rendiros en paz;
Que si te dijese cosas
Que estos Mendozas han hecho
Con la gente alarbe y mora,
Las batallas que han vencido,
Las ciudades, las coronas
Que han añadido á sus Reyes
Con tan ilustres victorias,
Echaríades de ver
Que es imposible que agora
Os libréis deste mancebo,
De cuyo sol seréis sombra.

TUCAPEL.

Ahora bien, yo quiero hablarlos.

Vete, soldado, en buen hora,
Que aquí vienen á consejo.

REBOLLEDO.

Presto veréis que os importa.

Vase.

Salen Caupolicán, Fresia, Rengo, Orompello y Engol, muchacho.

CAUPOLICÁN.

Español, ¿contigo estaba?
Tucapel, ¿andas de paz?

TUCAPEL.

De la guerra pertinaz
Que Rengo vituperaba,
Estoy de suerte cansado,
Viendo, General, las glorias
Del español, que en vitorias
Tan prósperas le han honrado;
Y de ver que en nuestro suelo
Funde fuertes y ciudades,
Que le tendrán mil edades,
Pienso, del airado suelo.
Y ansí, me sujeto á Rengo
En cuanto á rendirse toca.

RENGO.

¿Tras tanta arrogancia loca,
Tucapel, á escuchar vengo
De tu boca esa humildad?

TUCAPEL.

Múdase el tiempo, ¡qué quieres!

RENGO.

¿Tú eres Tucapel? ¿Tú eres
De cuya ferocidad
Tembló Valdivia?

ENGOL.

No quiero,
Rengo, que hables tú con él.

CAUPOLICÁN.

Calla, Engol.

ENGOL.

Di, Tucapel,
¿Eres tú el soberbio y fiero
Que tantas veces bebiste
Sangre de aquestos ladrones,
Que de remotas naciones
Vienen donde libre fuiste,
Solamente á hacerte esclavo?
¿Eres el que por ver queda
De su fortuna la rueda,
Juraste ponerle un clavo?
¿Eres el que los asabas,
Y que aun crudos los comías?
¿Eres el que los decías
Tantas arrogancias bravas?
¿Eres el que hiciste hacer
De las canillas famosas,
De Valdivia dos hermosas
Trompetas para tañer?
¿Eres el que las llevaba
Á las batallas delante,
Á cuyo són, tu arrogante
Pecho tanto se animaba?
¿Eres el que, puesto en oro
El casco de su cabeza,
Hiciste una hermosa pieza,
En que por grande tesoro
Bebías chicha y perper
Con los caciques de Chile?
Pues ¿quién hay que te aniquile
De aquel tu insigne poder?
¿Paz quieres, volviendo atrás
Del asunto comenzado?
¿De paz agora has tratado?

TUCAPEL.

Engol, quedo; no hables más:
No porque tu padre sea
Caupolicán, es razón
Que hables con presunción
Donde ninguno lo vea;
Que á no ser imagen suya,
Como á pequeño conejo,
Con pies, manos y pellejo,
Tragara viva la tuya.

ENGOL.

¡Por Dios, que había de hacerte
Muy mal estómago allá,
Y buscar por donde acá
Saliera, dándote muerte!
Mas ¿cuándo conejo has visto
Hijo de león, cual yo?
Pues león fué el que me dió
El pellejo que me visto.
¡Vive Apó, si no estuviera
Mi padre aquí.....

CAUPOLICÁN.

Calla, Engol.

ENGOL.

¡Sujetarse al español!

FRESIA.

Calla, Engol, por mí siquiera;
Y no crea Tucapel
Que falta causa al rapaz
Para no admitir la paz
De aqueste español cruel;
Que si ya por pareceres
Queréis rendir vuestros nombres,
Dejad las armas los hombres,
Y daldas á las mujeres;
Que yo seré capitán
De muchas á quien faltaron
Sus maridos, que emplearon
Mejor que los que aquí están,
Que irán contra don García
Y contra el mundo.

GUALEVA.

No creo,
Fresia, que con mal deseo
Mi esposo la paz quería;
Mas por excusar el daño
Que del Mendoza se espera.

CAUPOLICÁN.

¡Fresia, Fresia, menos fiera
Después de tal desengaño!
Ya no es justa la arrogancia,
Tratemos de paz.

FRESIA.

¡Cobarde!
¿Qué es paz?

ENGOL.

Paz dicen que tarde
Está infinita distancia.

Sale Galvarino, con las manos en unos troncos de sangre.

GALVARINO.

Pues he llegado con vida,
Nobles de Chile y Arauco,
Donde hacéis vuestros consejos,
Que á la patria importan tanto,
Volved los ojos á ver
Un amigo desdichado
Que os ayuda con la lengua,
Ya que le faltan las manos.
Éstas me han cortado agora
Para venir á avisaros
Que así que venga á las suyas
Pasaréis el mismo daño.
Por embajador me envían,
Mas si las manos, hablando,
Ayudan tanto á la lengua,
¿Cómo os hablaré sin manos?
Pienso que tratáis rendiros;
Quisiera poder mostraros
Á los que sois los caudillos,
Que es cobardía en el campo;
Porque fundarlo en razón,
Todos sabéis que es engaño
Y querer cubrir el miedo
Con tan vil razón de estado;
Porque cuando confeséis
Que este mancebo cristiano
Os vence en tantas batallas,
Os rinde en tantos asaltos,
¿Cuánto mejor es morir
Con las armas peleando,
Que vivir sirviendo un noble
Como bestia y como esclavo?
Siendo forzosa la muerte
Á todo lo que es humano,
¿Cuál hombre, aunque nazca rey,
Muere mejor que un soldado?
Morir de una enfermedad,
Sin lengua, desnudo, flaco,
En una cama, es el fin
De los más dichosos años;
Pero un soldado en la guerra
Muere animoso y gallardo,
Vestido y lleno de plumas,
Con su lengua y con sus manos.
¡Desdichados de vosotros,
Araucanos engañados,
Si vendéis la libertad
De vuestra patria á un extraño,
Pues que pudiendo morir
Llenos de plumas y armados,
Queréis morir como bestias,
En poder destos tiranos!
¿Será mejor que esas plumas
De que os miráis coronados,
Esas macanas famosas,
Esas flechas, hondas y arcos,
Llevar las cargas á cuestas
Destos españoles bravos,
Y morir en los pesebres
De sus galpones y tambos?
¿Será mejor que esos hijos
Vayan de leña cargados,
Y que sus madres les den,
Con vuestra afrenta y agravio,
Siendo amigas de españoles,
Otros mestizos hermanos,
Que los maten y sujeten
Con afrentas y con palos?
Mirad lo que hacéis, chilenos,
Morid con honra, araucanos,
Que yo, aunque manos no tengo,
Esta lengua con que os hablo
Haré que sirva en la guerra,
Sólo hablando y animando,
Lo que hace el atambor,
Que anima al que tiene manos.
Baquetas serán mis voces;
Caja la boca; los labios,
Parches; pífaro los dientes.
Toca, marcha. ¡Al arma! Vamos.

Vase Galvarino.

CAUPOLICÁN.

Indios, ¿qué decís?

TUCAPEL.

¿Cuál hombre,
Caupolicán, si es honrado,
No se anima cuando tocan
¡Al arma! ¡Al arma! en su campo?
Pues yo, que tocar he visto
Aquesta caja sin brazos,
Ya los míos apercibo.

RENGO.

Y yo, Tucapel, alargo
Los que ves para abrazarte.

OROMPELLO.

¡Que el español temerario
Estos castigos promete!
¡Y de las paces tratamos!
¡Desdichados de vosotros
Si los cuellos no domados
Rendís una vez al yugo
De los fieros castellanos!

ENGOL.

Toma ejemplo, padre mío,

En este sangriento caso.
¡Guerra! ¡Guerra!

TODOS.

¡Guerra! ¡Guerra!

CAUPOLICÁN.

¿Juráislo así?

TODOS.

¡Sí juramos!

CAUPOLICÁN.

Las quebradas de Purén,
Para hacer cualquier contrato
Son secretas y seguras;
Allí podremos juntarnos:
Yo tengo engastado en oro
De Valdivia el mismo casco,
Donde con alegre fiesta
Quiero que todos bebamos
Sangre de algún español,
Y con música y aplauso,
Juremos morir ó echar
Los españoles de Arauco.

RENGO.

García dicen que es ido
Á Ancud, con grandes trabajos,
Donde la ciudad de Osorno
Quiere decir que ha fundado
Por un abuelo que tiene,
Conde de Osorno; entretanto
Nos podremos prevenir.

CAUPOLICÁN.

Pues secretamente vamos.
¡Viva Arauco y Chile!

TODOS.

¡Viva!

ENGOL.

Padre, oid: yo solo basto
Á matar mil españoles.

CAUPOLICÁN.

¡Logren los cielos tus años!

Vanse.

Salen D. García y los españoles.

FILIPE.

En fin, ¿es Rey el ínclito Filipe?

GARCÍA.

Estas cartas lo dicen.

FILIPE.

¡Grande hazaña!

GARCÍA.

Bien es que el quinto Carlos le anticipe
Al imperio ilustrísimo de España,
Y que este nuevo mundo participe,
Con el remoto mar que á Chile baña,
Del contento y placer que el otro tiene,
Pues que tan gran corona le previene.
Cuando en todo el discurso de su vida
No hubiera Carlos otra hazaña hecho,
Era ésta sola tan esclarecida,
Que mostrara el valor de su alto pecho;
Si allá se muestra España agradecida,
No menos de su imperio satisfecho
Se ha de mostrar Arauco, aunque arrogante,
Del yugo agora la cerviz levante.
Hagamos fiesta, levantemos arcos
Al gran Filipe, fuertes españoles,
Tambos en tierra, y en el agua barcos,
Se coronen de ramos y faroles;
Nosotros cañas, y los indios arcos,
Jugaremos; lucidos como soles
Salgan nuestros caballos, dando al viento
Envidia, al són del bélico instrumento.
Pase por nuestro campo la palabra
Que ya reina Filipe, y que apercibe
Júpiter rayos que en España labra,
Para que al indio bárbaro derribe;
Todo soldado los oídos abra:
¡Filipe reina ya, Filipe viva!

FILIPE.

Filipe vive y reina.

Dentro:

¡Viva, viva
Filipe!

GARCÍA.

Y por su Rey Chile reciba.

Sale D. Alonso en tocando una caja.

ALONSO.

En medio deste placer
De nueva tan deseada,
Más cuidado es menester.

GARCÍA.

No pienso envainar la espada
Hasta morir ó vencer.

ALONSO.

Caupolicán ha juntado
En Purén todo el senado
De sus caciques, que quiere,
Según de aquesto se infiere,
Salir en campo formado.
Están agora en la fiesta,
Donde el casco de Valdivia
Sirve de copa, en que, puesta
Sangre humana, fresca y tibia,
Quieren beber sobre apuesta.
Allí tienen instrumentos
Para celebrar mejor
Estos bárbaros intentos;
No les des lugar, señor,
A sus locos juramentos;
Que es gente que, si lo jura
Con esta solemnidad,
Por la muerte más segura
Entrará con libertad
Ó verá el fin que procura.

GARCÍA.

¡Caso extraño, en que conviene
Diligencia, que gran daño
Desta junta se previene!

El capitán Avendaño,
Cuya compañía tiene
Los famosos vizcaínos
Que han honrado esta jornada,
Vaya por varios caminos
Para cercar la quebrada
Entre sus robles y pinos;
Que agora pienso que están
Seguros.

FILIPE.

Caupolicán
Nunca vive sin defensa;
Y en la quebrada ¿qué ofensa
Le ha de hacer el capitán?

GARCÍA.

No me llaman San García
Los indios porque soy santo,
Pero porque en profecía
Adivino y digo cuanto
Intenta su rebeldía.
Cuando me habló Elicura
De paz, envié tras él;
Dijistes que era locura,
Y fué una guerra cruel
Y una victoria segura.
Cuando estaba en la Imperial,
Al fuerte gente envié,
Que llegó en ocasión tal,
Que á los cercados libré
De muerte y desdicha igual.
Vaya á Purén Avendaño.

ALONSO.

Tu gran valor manifiestas.

GARCÍA.

Yo sé bien que no me engaño:
Soldado en convite y fiestas,
Muy cerca está de su daño.

Vanse.

Salen las indias é indios, y los músicos con sus instrumentos.

CAUPOLICÁN.

Sentaos, pues el verde suelo
Nos da alfombras de colores,
Donde compiten las flores
Con las estrellas del cielo.
Toma, Fresia, este lugar.

TUCAPEL.

Ponte á mi lado, Gualeva,
Serás Primavera nueva
Del campo que has de mirar,
Porque los ojos apenas
Pondrás en cuanto divisas
Sin salir mil manutisas,
Clavellinas y azucenas.

RENGO.

Aquí, Millaura, te asienta.

OROMPELLO.

Y tú aquí, bella Quidora,
Puesto que la ausencia agora
De Talgueno, te atormenta.

ENGOL.

Déjame, Orompello, estar
Junto á Quidora.

OROMPELLO.

No es justo.

ENGOL.

Hazme ¡por Dios! este gusto.

OROMPELLO.

Si da Quidora lugar.....

QUIDORA.

Por quitaros de cuestión,
Que celos es largo pleito,
Daré principio al areyto
Si me ayuda Leocotón.

LEOCOTÓN.

Ya estoy, por servirte, en pie,
Quidora bella.

QUIDORA.

Pues toca.

LEOCOTÓN.

Que tu hermosura provoca.
Ayuda, Purén.

PURÉN.

Sí haré.

Todos asentados, Quidora y Leocotón bailen, cantando los músicos.

MÚSICOS.

Piraguamonte, piragua,
Piragua, jevizarizagua.
En una piragua bella,
Toda la popa dorada,
Los remos de rojo y negro,
La proa de azul y plata,
Iba la madre de Amor,
Y el dulce niño á sus plantas;
El arco en las manos lleva,
Flechas al aire dispara;
El río se vuelve fuego,
De las ondas salen llamas.
Á la tierra, hermosas indias,
Que anda el Amor en el agua.
Piraguamonte, piragua,
Piragua, jevizarizagua;
Bío, Bío,
Que mi tambo le tengo en el río.
Yo me era niña pequeña,
Y enviáronme un domingo
Á mariscar por la playa
Del río de Bío-Bío;
Cestillo al brazo llevaba,
De plata y oro tejido;
Hallárame yo una concha,
Abríla con mi cuchillo;
Dentro estaba el niño Amor,
Entre unas perlas metido;
Asióme el dedo y mordióme;
Como era niña, dí gritos.
Bío, Bío,
Que mi tambo le tengo en el río.

Piraguamonte, piragua,
Piragua, jevizarizagua.
Entra, niña, en mi canoa
Y daréte una guirnalda,
Que lleve el sol qué decir
Cuando amanezca en España.
Iremos al tambo mío,
Cuyas paredes de plata
Cubrirán paños de plumas
De pavos y guacamayas.
No tengas miedo al Amor,
Porque ya dicen las damas
Que le quiebra el interés
Todos los rayos que fragua.
Piraguamonte, piragua,
Piragua, jevizarizagua;
Bío, Bío,
Que mi tambo le tengo en el río.
La blanca niña, en cabello
Salió una mañana al río,
Descalzó sus pies pequeños,
Comenzó á quebrar sus vidros.
Andaba nadando Amor,
Y acercándose quedito,
Asióle del uno dellos,
Á quien llorando le dijo:
«Deja el pie, toma el cabello,
Pues que la ocasión he sido,
Y porque mejor la goces,
Vente á mi tambo conmigo.»
Bío, Bío,
Que mi tambo le tengo en el río.
Piraguamonte, piragua,
Piragua, jevizarizagua.

CAUPOLICÁN.

Bien habéis los dos bailado.
¡Hola! Dadnos de beber.

RENGO.

Aquí está el casco engastado
De Valdivia.

CAUPOLICÁN.

Éste ha de ser
El día más celebrado
Que en Arauco se haya visto.

RENGO.

Toma, y esa sangre bebe.

CAUPOLICÁN.

Con ella la sed resisto,
Que aunque está caliente, es nieve.

TUCAPEL.

De ese regalo desisto;
Que si esa sangre cruel
Bebiese, estoy satisfecho
Que con la de Tucapel
No tendré paz en mi pecho
Mientras la tuviese en él.

Toquen una caja de guerra dentro.

AVENDAÑO.

¡Santiago, Santiago, á ellos!

CAPITÁN.

¡Santo Apó!

FILIPE.

La ocasión goza,
Pues te ofrece los cabellos.

AVENDAÑO.

¡España, España, Mendoza,
No se escape un hombre dellos!

RENGO.

Vendidos habemos sido.

CAPITÁN.

Sin armas nos han cogido;
Aviso al Mendoza han dado.

TUCAPEL.

El Galpón está tomado:
Nuestro secreto ha sabido.

CAUPOLICÁN.

¿Cómo encubrirse podía,
Siendo profeta del sol,
Mi secreto á San García?

FRESIA.

Hoy se venga el español
En tu vida y en la mía;
Mas muere como quien eres.

CAUPOLICÁN.

Dame, Engol, una alabarda.

ENGOL.

Padre, si primero mueres,
Sólo un momento me aguarda.

OROMPELLO.

¿Para qué dejarnos quieres?
Por esa puerta te escapa.

AVENDAÑO.

¡Cierra España, que se van!

CAUPOLICÁN.

La muerte la infamia tapa.

Todos sobre él y cérquenle.

ALONSO.

Aquí está Caupolicán.

CAUPOLICÁN.

¡Oh noche, del mundo capa!
¿No me ayudarás aquí?

AVENDAÑO.

¡Date, bárbaro!

CAUPOLICÁN.

¿Tú sabes
Quién soy, por ventura?

AVENDAÑO.

Sí.

CAUPOLICÁN.

Pues trata á los hombres graves
Como te tratara á ti
Si se trocara la suerte.

AVENDAÑO.

Ya te digo que te des.

CAUPOLICÁN.

Primero veréis mi muerte.

ALONSO.

Ya no te valdrán los pies

Ni el sitio, aunque extraño y fuerte.
  Rengo, Tucapel y aquellos
De quien favor esperabas,
Ya serán muertos.

CAUPOLICÁN.

Si en ellos,
Muriendo, el valor alabas,
Déjame morir con ellos.

FILIPE.

  El matarte justo fuera,
Pues fuiste aquel insolente
Que le diste muerte fiera
A Valdivia, y con tu gente
Alzaste infame bandera
  Contra tu Rey y señor,
De quien eras ya vasallo;
Pero pues fuiste traidor,
Sin otras cosas que callo
Porque ofenden nuestro honor,
  Preso irás, para que seas
Ejemplo á Chile.

CAUPOLICÁN.

No creas
Que tengas tanto poder.

FILIPE.

Pues eso pretendes ver.

CAUPOLICÁN.

No quiera Apó que lo veas.

AVENDAÑO.

  ¡Ea, soldados! ¿qué hacéis?

CAUPOLICÁN.

¿Sois muchos?

AVENDAÑO.

Acaba, loco.

Batallando con él se entren todos.

CAUPOLICÁN.

Pero muriendo veréis
Que tengo la vida en poco.

AVENDAÑO.

Soldados, no le matéis.

Sale D. García.

GARCÍA.

  Gracias os doy, gran señor,
Que me habéis dejado ver
Día de tanto placer
Y á España de tanto honor.
Cuando el gran emperador
Carlos quinto se retira
Á Yuste, y el mundo mira
Que á Filipe le ha dejado
Nuevo mundo conquistado
Su divina hazaña admira.
  Si de aquel águila santa
Quisiera el pollo que agora
Corona España y adora,
Alzar el vuelo que espanta,
De donde el sol se levanta
Adonde en obscuro olvido
Se acuesta, verá que ha sido
Señor absoluto y solo,
Para que en cualquiera polo
Tenga el águila su nido.
  Pacífica tengo ya
La más indomable tierra;
Sangre me cuesta su guerra,
Mas bien empleada está,
Pues Filipe, en fin, sabrá
Que le doy nueve ciudades,
Y entre estas ferocidades,
Nueve batallas vencidas,
Aunque envidias atrevidas
Obscurezcan mis verdades.

Salen los españoles con Caupolicán atado.

AVENDAÑO.

  Yo pienso, heroico señor,
Que hoy pacificas á Chile.

GARCÍA.

¡Oh, nunca el tiempo aniquile
La fama de tu valor!
  Dame los brazos, y al cuello
De los míos, y de oro,
Mientras de verde tesoro
Ciñe el tiempo tu cabello,
  Toma, valiente Avendaño,
Esta cadena.

AVENDAÑO.

Señor,
Del sol de tu gran valor,
Aunque nace en polo extraño,
  Hurté la luz que he tomado,
Que aqueste rayo español
Es hurtado de tu sol,
Porque tú eres sol, Hurtado.
  Si algo hice, pues lo hurté,
Á ti, como á dueño suyo,
Lo vuelvo y lo restituyo.

GARCÍA.

Más propio que hurtado fué.
  ¿Qué es esto, Caupolicán?

CAUPOLICÁN.

Guerra, señor, y desdicha.

GARCÍA.

No merecen tener dicha
Los que contra el cielo van.
  ¿No eras vasallo del Rey
De España?

CAUPOLICÁN.

Libre nací,
La libertad defendí
De mi patria y de mi ley;
  La vuestra no la he tomado.

GARCÍA.

Si por ti no hubiera sido,
Chile estuviera rendido.

CAUPOLICÁN.

Ya lo está, si estoy atado.

GARCÍA.

Mataste á Valdivia, echaste
Muchas ciudades por tierra;
Tú diste fuerza á la guerra,
Tú la gente rebelaste,
Tú venciste á Villagrán
Y tú morirás por ello.

CAUPOLICÁN.

Aun bien, que tienes mi cuello
En tus manos, capitán.
Venga á Filipe, derriba
Á Chile, ponle á sus pies;
Que en esta vida que ves,
Todo su poder estriba.

GARCÍA.

Fuerza me será entregarte
Á mi Maese de campo,
Que á vista de todo el campo
Querrá también castigarte.
Pésame, Caupolicán,
Que perdonarte no puedo.

CAUPOLICÁN.

Agradecido te quedo,
Generoso capitán;
Ni te aconsejo me des
La vida, porque sería
Conservar la rebeldía
Que en estos bárbaros ves;
Aunque, ¡por Dios! que no he sido
Quien más los ha rebelado;
Que á todo acudí forzado,
Y de sus ruegos vencido.

Sale Fresia, con un niño en los brazos, en alto.

FRESIA.

¡Ah, españoles! ¡Ah, Mendoza!

GARCÍA.

¿Qué es aquello?

FRESIA.

En una peña,
Con un muchacho en los brazos,
Una india hablarte intenta.

GARCÍA.

¿Qué quiere?

FRESIA.

Que me llaméis
Á Caupolicán.

GARCÍA.

Ya espera
Que le hables.

CAUPOLICÁN.

¿Qué me quieres
En tantas desdichas, Fresia?

FRESIA.

¡Cobarde marido mío,
Que el valor de Chile afrentas!
Tú, que prenderte dejaste,
Pudiendo morir sin ella,
¿Cómo perdiste el sentido
Al salir de aquella puerta?
Qué, ¿te han atado las manos
Esos que temblaron dellas?
¡Manos de Caupolicán
Ató la española fuerza!
Mirando estoy si son tuyas;
No es posible que lo sean.
Yo pienso que Engol, tu hijo,
Muerto en la campaña queda
Entre los demás caciques:
Pues ¿hay infamia como ésta?
¡Qué un niño tenga valor
Para morir sin afrenta,
Y que á un gigante le falte!

CAUPOLICÁN.

Mira lo que dices, Fresia,
Porque esto no ha consistido
En mi valor ni en mis fuerzas,
Sino en las de mi fortuna,
Á quien estaban sujetas.

FRESIA.

¡Calla infame, y no me des
Disculpa de tanta mengua;
Que tan afrentada estoy
De que mi marido seas,
Que este hijo que de ti
Entre los brazos me queda,
Por no tener de un cobarde
Á mis ojos tan vil prenda,
Le estrello en estos peñascos!

CAUPOLICÁN.

¡Tente!

GARCÍA.

¡Matóle!

FILIPE.

¿Qué fiera
Hiciera aquella crueldad?

GARCÍA.

¡Terrible mujer!

AVENDAÑO.

¡Soberbia!

FRESIA.

¡Españoles, si no hubiere
Alguno allá que se atreva
Á ser de Caupolicán
Verdugo, llamad á Fresia;
Que yo misma iré á quitarle
La vida, porque con ella
Vengue Chile sus agravios,
Pues él su patria no venga!

Vase.

CAUPOLICÁN.

Mal he hecho en no morir,
Pues para morir sin honra
Quise, españoles, vivir.

GARCÍA.

No arguyes bien tu deshonra,
Otra cosa has de decir.

CAUPOLICÁN.

¿Cuál es?

GARCÍA.

Del alma la muerte,
Pues muriendo desta suerte,
Pierdes de gozar á Dios.

CAUPOLICÁN.

Tratemos eso los dos,
Y de la verdad me advierte.

GARCÍA.

¿Tiénesme por noble?

CAUPOLICÁN.

Sí.

GARCÍA.

¿Por entendido?

CAUPOLICÁN.

También.

GARCÍA.

Pues ¿cómo presumes, di,
Que á no entender que voy bien,
Quisiese perderme á mí?

CAUPOLICÁN.

Yo, García, te he tenido
En opinión de tan sabio,
Tan noble y tan entendido,
Que fuera notable agravio
Pensar que fueses perdido;
Y pues acertado vas,
Y yo errado, aunque enemigo,
Muestra el lugar en que estás,
Da muerte al cuerpo en castigo,
Da vida al alma, que es más;
Así baja y alza el vuelo
La fortuna de la guerra;
Pues hoy me derriba al suelo,
Piérdase el cuerpo, que es tierra:
Gánese el alma, que es cielo.

GARCÍA.

Conozco, Caupolicán,
Tu valor y entendimiento:
Ven conmigo.

CAUPOLICÁN.

Capitán,
Aunque bárbaro, bien siento
Los consejos que me dan:
Inmortal alma tenemos.
Ya que la vida acabamos,
De darla al alma tratemos;
Serás mi padrino.

GARCÍA.

Vamos;
Y este parentesco haremos.
Echad un bando, Avendaño,
Que cuantos indios quisieren,
Vengan á verle sin daño.

Vanse.

Salen Gualeva y Rebolledo.

GUALEVA.

¿Que, en fin, castigarle quieren?

REBOLLEDO.

Y lo demás es engaño.

GUALEVA.

Si yo hablo al General,
¿No mostrará la real
Sangre que tiene en el pecho?

Tocan la caja.

REBOLLEDO.

Gualeva, en cuanto se ha hecho,
No se ha hecho ejemplo igual.

GUALEVA.

¿Qué toca aquel atambor?

REBOLLEDO.

Un bando en que, sin temor,
Dice el Maese de campo,
Que al indio asegura el campo
Para verle.

GUALEVA.

¡Qué rigor!

Salen Engol y Quidora.

ENGOL.

¿Mi padre preso?

QUIDORA.

¡Detente!

ENGOL.

¿Y á la muerte sentenciado?

QUIDORA.

Dar quiere ejemplo á su gente.

ENGOL.

¡Oh cobarde afeminado!
¿Qué es del corazón valiente?
¡Que se dejase prender!

QUIDORA.

¿Qué pudo entonces hacer,
Cercado de cien cristianos?

ENGOL.

¿Es posible que estas manos
No le pudieron valer?
Si hoy muere tal capitán,
¡Cúbrase de luto el sol!

REBOLLEDO.

¿Quién son los dos que allí están?

GUALEVA.

Quidora bella, y Engol,
Hijo de Caupolicán.

Salen Millaura, Orompello y Fresia.

MILLAURA.

Con el bando llegar puedes,
Pues que la vida asegura.

OROMPELLO.

Con la paz que nos concedes
Para tanta desventura,
Á la mayor guerra excedes.

FRESIA.

No me basta el corazón
Para ver hazaña igual.

MILLAURA.

¡Ay, Fresia, tienes razón:

Quita el amor natural
El discurso á la razón!

FRESIA.

Dime, español que Dios guarde,
¿Hacen justicia esta tarde
Del gran General de Chile?
¿Vístele, por dicha?

REBOLLEDO.

Vile
En triste y lloroso alarde.
Á la plaza le han llevado,
Donde en un palo verás
Su cuerpo fuerte clavado.

ENGOL.

Señora.....

FRESIA.

Engol, ¿aquí estás?

ENGOL.

¿Adónde está un desdichado,
Sino en sangre y en tragedias?

FRESIA.

¡Bien á tu padre remedias!

ENGOL.

Voces no son de provecho;
Si enteras salen del pecho,
Llévase el aire las medias.
¡Mísero yo, que nací
Para verme en tanto mal!

REBOLLEDO.

Pues habéis llegado aquí,
Indios, con desdicha igual,
Veisle allí.

ENGOL.

¿Mi padre?

REBOLLEDO.

Sí.

Ábranse dos puertas y véase á Caupolicán en un palo, diciendo así:

CAUPOLICÁN.

Señor, si yo era bárbaro, no tengo
Tanta culpa en no haberos conocido;
Ya que me han dicho lo que os he debido,
Sin pies á vuestros pies clavado vengo.
Yo confieso que tarde me prevengo;
Pero dicen que, estando arrepentido,
Debo creer que en este día he nacido;
Perdonadme, Señor, si me detengo.
Pasé adorando al sol mis años tristes,
Contento de mirar sus rayos de oro;
Pero ya sé que vos al sol hicistes.
Mi edad pasada arrepentido lloro:
¡Oh Sol, autor del sol, pues luz me distes,
Con esa misma vuestro rayo adoro!

Tornen á cerrar.

FRESIA.

¿Hay ojos que aquesto vean
Sin que se aneguen llorando?

ENGOL.

Padre, yo te vengaré
Si cubre el bozo mis labios:
Yo te juro por el cielo
Y el sol que me está mirando,
De no me llamar tu hijo,
De no dormir en tu tambo,
De no vestirme las armas
Que á españoles has quitado,
De no mirar á mujer
Y de no salir del campo
Hasta que vengue tu muerte,
Pasando este mar á nado;
Que de matar á García,
Pequeña venganza aguardo.
Á España tengo de ir,
Donde están Filipe y Carlos;
Allí verás que en su trono
Pongo mis dorados rayos;
Que si soy el Sol, bien puedo
Llegar al polo contrario.

Vase.

FRESIA.

¡Qué bien pareces mi hijo!

MILLAURA.

¿Qué gente es ésta, cristiano?

REBOLLEDO.

Hoy celebra don García
El nuevo reino heredado
De Filipe.

MILLAURA.

¡Tantas glorias!
Huye, Quidora.

QUIDORA.

Hoy quedamos
Esclavas del español.

FRESIA.

Si crece Engol, dél aguardo
La venganza de mi esposo,
Muerto en la flor de sus años.

Salga toda la compañía, muy galana, de soldados, con música, con nueve banderas, y detrás D. García; vuélvase á descubrir aquel arco, y sobre una basa se vea, armado con un bastón, el rey Filipe II, muy mozo, como que fuese estatua.

GARCÍA.

Invictísimo Filipe,
Nuevamente coronado
Por rey de España y del mundo
Que á vuestros abuelos santos
Halló Colón, y después,
Tantos españoles brazos,
Á costa de sangre suya
Os dieron y conquistaron:
Veis aquí nueve banderas,
Nueve batallas de Arauco
Que en vuestro nombre he vencido,
Pacificando su Estado.
Nueve ciudades también

Os doy, ofrezco y consagro,
Y todo aquesto, señor,
En término de dos años.
Aceptad la voluntad,
Que como estas nueve os traigo,
Os trujera nueve mundos
Si los hubiera criados.
Vosotros, soldados míos,
Llegad á besar su mano,
Porque los repartimientos
Que de los indios os hago,
Confirme en ausencia suya
Este famoso retrato.

FILIPE.

Señor, mirad que os servimos,
Tiñendo estos verdes campos
De sangre de cien mil indios
Por daros un reino extraño:
Quien calla, señor, otorga.

GARCÍA.

Pues con esto al templo vamos,
Y decid en altas voces
Que ya se retira Carlos.
¡Viva el invicto Filipe,
Rey español, Rey indiano!

TODOS.

¡Viva el rey Filipe!

FILIPE.

Aquí
Da fin *Arauco domado.*

ÍNDICE

DE LAS

COMEDIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO



